PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

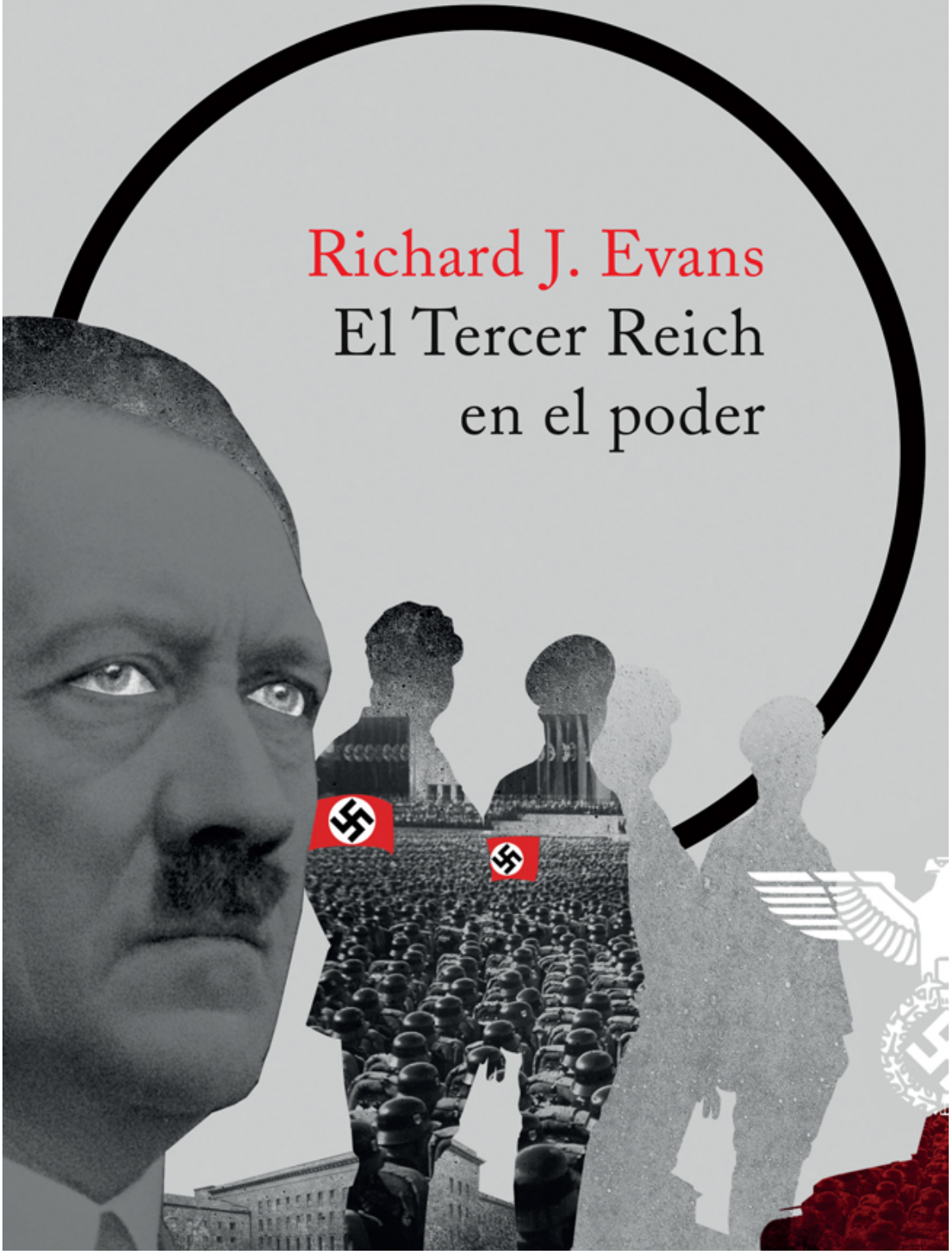
Richard J. Evans

El Tercer Reich en el poder

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

Richard J. Evans

El Tercer Reich en el poder



Índice

Portada
Dedicatoria
Prefacio
Prólogo
1. El estado policial
La Noche de los Cuchillos Largos
Represión y resistencia
«Enemigos del pueblo»
Instrumentos del terror
2. La movilización del espíritu
Ilustrar a la población
Escribir por Alemania
Problemas de perspectiva
De la discordia a la armonía
3. Convirtiendo almas
Cuestión de fe
Católicos y paganos
El triunfo entre los jóvenes
«La lucha contra el intelecto»
4. Prosperidad y pillaje
«La batalla por el trabajo»
Negocios, política y guerra
La arianización de la economía
El reparto del botín
5. La construcción de la comunidad del pueblo
Sangre y suelo
El destino de las clases medias
La domesticación del proletariado
Promesas sociales y realidad
6. Hacia una utopía racial
En el espíritu de la ciencia
Las Leyes de Nuremberg
«Los judíos tienen que marchar de Europa»
La Noche de los Cristales Rotos
7. Camino de la guerra
De la debilidad a la fuerza
La creación de la Gran Alemania
La violación de Checoslovaquia

Hacia el Este
Bibliografía
Lista de ilustraciones
Lista de mapas
Galería de imágenes
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre**

Comparte

Para Matthew y Nicholas

PREFACIO

Este libro cuenta la historia del Tercer Reich, el régimen creado en Alemania por Hitler y los nacionalsocialistas, desde el momento en que culminaron la toma del poder en verano de 1933 hasta que condujeron Europa a la Segunda Guerra Mundial a comienzos de septiembre de 1939. Es la continuación de un volumen anterior, *La llegada del Tercer Reich*, que contaba la historia de los orígenes del nazismo, analizaba el desarrollo de sus ideas y repasaba su ascenso al poder durante los años de la desgraciada República de Weimar. Un tercer volumen, *El Tercer Reich en guerra*, de próxima aparición, cubrirá el periodo entre septiembre de 1939 y mayo de 1945 y explorará el legado del nazismo en Europa y el mundo durante el resto del siglo XX y hasta el presente. El alcance general de los tres volúmenes se encuentra en el prefacio de *La llegada del Tercer Reich* y no hay ninguna necesidad de repetirlo aquí con detalle. Aquellos que han leído el primer libro pueden dirigirse directamente al inicio del primer capítulo del presente; pero quizá algunos lectores querrán recordar su contenido; éstos y los que no lo han leído pueden recurrir al prólogo, donde se esbozan las líneas principales de los acontecimientos anteriores a los últimos días de junio de 1933, cuando comenzó la historia que se cuenta en las páginas que siguen.

El tratamiento adoptado en el presente libro es necesariamente temático, aunque he intentado, como en el precedente, mezclar narración, descripción y análisis y trazar la rapidez de los cambios de situación tal y como se desarrollaron en el tiempo. El Tercer Reich no fue una dictadura estática ni monolítica; fue dinámica y cambiante, y se fue consumiendo desde el primer momento por una serie de odios y ambiciones viscerales. El dominio absoluto implicaba llegar a la guerra, una guerra que Hitler y los nazis veían como el camino hacia el reordenamiento racial de la Europa central y del Este y el resurgimiento de Alemania como fuerza dominante

del continente europeo y, todavía más, del mundo. En cada uno de los capítulos que siguen, que tratan por turno de la policía y la represión, la cultura y la propaganda, la religión y la educación, la economía, la sociedad y la vida cotidiana, la política racial y el antisemitismo y la política exterior, emerge claramente un hilo conductor: la urgencia de preparar Alemania y a sus gentes para una guerra de grandes proporciones. Pero este imperativo no era racional ni seguía un patrón coherente. En cada una de las áreas, aparecen las contradicciones y la irracionalidad intrínseca del régimen; la precipitación de los nazis en el camino de la guerra contiene las semillas de la destrucción final del Tercer Reich. El cómo y el porqué de este final predeterminado es uno de los temas principales del libro y el elemento que liga sus diversas partes. Así mismo, surgen otros asuntos adicionales: el ascendente que obtuvo el Tercer Reich sobre la población alemana; cómo funcionó; el grado en que Hitler, más que los factores más amplios inherentes a la estructura del Tercer Reich en conjunto, condujo la política hacia adelante; las posibilidades de oposición, resistencia, disidencia o incluso disconformidad con los dictados del nacionalsocialismo bajo una dictadura que pretendía la lealtad absoluta de todos los ciudadanos; la naturaleza de la relación del Tercer Reich con la modernidad; el modo en que sus políticas en diversas áreas se parecían o diferían de las que se seguían en otros puntos de Europa y del mundo durante los años treinta, y muchas otras cuestiones. El orden de los capítulos, que se aproximan al estallido de la guerra a medida que el libro avanza, proporciona el hilo narrativo.

De todas formas, aunque la separación en diferentes temas de los muchos aspectos del Tercer Reich hace que su presentación sea más coherente, hay que pagar un precio, porque los diversos aspectos se tocan los unos con los otros. La política exterior tuvo impacto en la política racial, la política racial tuvo consecuencias en la política educativa, la propaganda fue de la mano de la represión, etc. De modo que el tratamiento de un tema en un capítulo concreto queda necesariamente incompleto, y no se deben tomar los capítulos como narraciones omnicomprensivas de los temas que tratan. Así, por ejemplo, la expulsión de los judíos de la economía aparece en el capítulo sobre la economía más que en el capítulo sobre la política

racial; la formulación de las aspiraciones bélicas de Hitler en el llamado memorándum de Hossbach se desarrolla en la sección sobre el rearme más que en el capítulo sobre la política exterior, y el impacto de la anexión de Austria en el antisemitismo en el Tercer Reich se trata en el último capítulo más que en la sección sobre el antisemitismo en 1938. Espero que estas decisiones sobre la estructura del libro tengan sentido, pero sólo aquellos que lean el libro de principio a fin apreciarán su lógica al completo. Recomiendo a los que lo quieran utilizar simplemente como obra de referencia que se dirijan al índice, donde se detalla la ubicación de los principales temas, personajes y acontecimientos del libro.

Durante la preparación de la presente obra he utilizado los recursos incomparables de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, la Wiener Library y el German Historical Institute de Londres. El Staatsarchiv der Freienund Hansestadt Hamburg y el Forschungsstelle für Zeitgeschichte de Hamburgo me permitieron amablemente la consulta de los diarios inéditos de Luise Solmitz, y Bernhard Fulda me proporcionó generosamente copias de números clave de los diarios alemanes. El consejo y apoyo de muchos amigos y colegas ha sido crucial. Mi agente, Andrew Wylie, y su equipo, en particular Christopher Oram y Michal Shavit, han dedicado mucho tiempo al proyecto. Stephanie Chan, Christopher Clark, Bernhard Fulda, Christian Goeschel, Victoria Harris, Robin Holloway, Max Horster, Valeska Huber, Sir Ian Kershaw, Scott Moyers, Jonathan Petropoulos, David Reynolds, Kristin Semmens, Adam Tooze, Nikolaus Wachsmann y Simon Winder leyeron diversos borradores, me salvaron de cometer muchos errores y me hicieron sugerencias útiles: estoy en deuda con ellos por su ayuda. Christian Goeschel revisó también las pruebas de las notas y la bibliografía. Simon Winder y Scott Moyers han sido unos editores ejemplares, y su consejo y entusiasmo han sido esenciales en todo momento. Las conversaciones con, o sugerencias de, Norbert Frei, Gavin Stamp, Riccarda Tomani, David Welch y muchos otros han sido de un valor incalculable. David Watson ha sido un compaginador ejemplar; Alison Hennessy tuvo muchos quebraderos de cabeza en la búsqueda de ilustraciones, y fue extremadamente instructivo elaborar los mapas con András Bereznáy. Christine L. Corton leyó el manuscrito de arriba abajo y, más allá de su excelencia profesional, su

apoyo práctico a lo largo de los años ha sido indispensable para todo el proyecto. Nuestros hijos, Matthew y Nicholas, a quienes está dedicado este libro, como el precedente, han sido mi descanso ante tan desagradable tema. Estoy profundamente agradecido a todos ellos.

RICHARD J. EVANS

Cambridge, mayo de 2005

PRÓLOGO

I

El Tercer Reich se hizo con el poder en la primera mitad de 1933 sobre las ruinas del primer proyecto democrático de Alemania, la malhadada República de Weimar. En julio, los nazis prácticamente ya habían dado forma a las características fundamentales del régimen que iba a gobernar Alemania hasta su derrumbamiento, casi doce años más tarde, en 1945. Eliminaron cualquier tipo de oposición en todos los niveles, crearon un Estado de partido único y coordinaron todas las grandes instituciones de la sociedad alemana con las excepciones del Ejército y las iglesias. Mucha gente ha intentado explicar cómo consiguieron alcanzar tan rápidamente una posición de dominio absoluto en la política y la sociedad alemanas. Una explicación con cierta tradición ha apuntado a las debilidades del carácter nacional alemán, históricamente hostil a la democracia, inclinado a seguir a líderes implacables y susceptible de sentirse atraído por las proclamas de militaristas y demagogos. Pero si se observa con atención el siglo XIX apenas se encuentran pruebas de tales rasgos. Los movimientos liberales y democráticos no eran más débiles en Alemania que en otros países. Más relevante, quizá, es la creación relativamente tardía de Alemania como nación-estado. Después del derrumbamiento en 1806 del Sacro Reich Romano, creado por Carlomagno mil años antes—el famoso Reich de los mil años que Hitler pretendía emular—, Alemania permaneció desunida hasta las guerras concebidas por Bismarck entre 1864 y 1871, que condujeron a la formación de lo que más tarde se llamó Segundo Reich, el Reich alemán gobernado por el káiser. Éste era un Estado moderno en muchos aspectos: tenía un parlamento nacional que, a diferencia, por ejemplo, del Imperio Británico era elegido por sufragio universal masculino; la participación en las elecciones era superior al 80 por 100, y

los partidos políticos estaban bien organizados y formaban parte del sistema. El mayor de éstos en 1914, el Partido Socialdemócrata, tenía más de un millón de miembros y estaba comprometido con la democracia, la igualdad, la emancipación de las mujeres y el fin de la discriminación y los prejuicios raciales, incluido el antisemitismo. La economía alemana era la más dinámica del mundo. Con el cambio de siglo, adelantó rápidamente a la británica, y en los sectores más avanzados, como el eléctrico y las industrias químicas, llegó a rivalizar con Estados Unidos. A principios de siglo, los valores, la cultura y las costumbres predominantes en Alemania eran los de la clase media. El arte y la cultura modernos estaban empezando a hacerse notar por medio de la pintura expresionista de artistas como Max Beckmann y Ernst Ludwig Kirchner, las obras teatrales de Frank Wedekind y las novelas de Thomas Mann.

El Reich de Bismarck también tenía, por supuesto, una cara negativa. En muchas áreas, los privilegios de la aristocracia permanecían intactos, el poder del parlamento nacional era limitado y los grandes industriales, como sucedía en Estados Unidos, eran profundamente hostiles a los sindicatos obreros. La persecución, primero, de los católicos por parte de Bismarck en la década de 1870, y después del incipiente Partido Socialdemócrata en la década de 1880, acostumbró a los alemanes a la idea de que el gobierno podía declarar que grupos enteros de la población eran «enemigos del Reich» y recortar drásticamente sus libertades civiles. Los católicos reaccionaron intentando integrarse en mayor medida al sistema político y social, y los socialdemócratas, siguiendo estrictamente la ley y repudiando la resistencia y la revolución violentas; dos modos de actuar que resurgirían con consecuencias desastrosas en 1933. En la década de 1890 también aparecieron pequeños partidos políticos y movimientos extremistas que sostenían que la unificación de Bismarck era incompleta, porque fuera de las fronteras del Reich vivían todavía millones de personas de etnia alemana, especialmente en Austria, pero también en muchos otros países de la Europa del Este. Mientras algunos políticos empezaron a defender que Alemania necesitaba un gran imperio en ultramar como el británico, otros empezaron a explotar los sentimientos de la clase media baja contra el poder de las grandes empresas, el miedo de los pequeños tenderos a los

grandes almacenes, el resentimiento de los oficinistas hombres por la presencia creciente de secretarias mujeres en las empresas, el sentido de desorientación de la burguesía ante el arte expresionista y abstracto, y muchos otros efectos inquietantes de la precipitada modernización social, económica y cultural de Alemania. Estos grupos encontraron un objetivo fácil en la pequeña minoría de judíos de Alemania, un escaso 1 por 100 de la población, que había conseguido un éxito notable en la sociedad y la cultura alemanas desde que fue emancipándose de las restricciones legales a lo largo del siglo XIX. Para los antisemitas los judíos eran la fuente de todos los males. Sostenían que había que restringir sus libertades civiles y sus actividades económicas. Formaciones políticas como el Partido del Centro y los conservadores pronto empezaron a perder votos en beneficio de los partidos antisemitas. Su reacción fue incorporar a sus respectivos programas la promesa de reducir lo que describían como la influencia subversiva de los judíos en la sociedad y la cultura alemanas. Al mismo tiempo, en un sector muy diferente de la sociedad, los darwinistas sociales y los partidarios de la eugenesia empezaron a proclamar que la raza alemana necesitaba fortalecerse deshaciéndose del tradicional respeto cristiano por la vida y esterilizar, o incluso matar, a los débiles, los disminuidos, los delincuentes y los locos.

Antes de 1914, estos sectores todavía eran minoritarios y nadie había realizado ninguna síntesis efectiva de estas ideas. El antisemitismo era común en la sociedad alemana, pero la violencia manifiesta contra los judíos era escasa. La Primera Guerra Mundial cambió la situación. En agosto de 1914, las multitudes celebraron el estallido de la guerra en las principales plazas de las ciudades, como sucedió en otros países. El káiser declaró que ya no había partidos, sólo alemanes. El espíritu de 1914 se convirtió en un símbolo mítico de unidad nacional, del mismo modo que la imagen de Bismarck conjuró una nostalgia mítica por un líder político fuerte y decidido. El estancamiento de la situación en 1916 hizo que el esfuerzo de guerra alemán se pusiera en manos de dos generales que habían obtenido dos victorias importantes en el frente del este, Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff. Pero a pesar de su férrea organización del

esfuerzo de guerra, Alemania fue incapaz de resistir el poderío de Estados Unidos cuando éste entró en la contienda en 1917, y a principios de noviembre de 1918 ya se había perdido la guerra.

La derrota en la Primera Guerra Mundial tuvo consecuencias desastrosas para Alemania. Aunque no fueron más duras que las que Alemania quería imponer a los otros países en caso de ganar la guerra, las condiciones del tratado de paz tuvieron efectos muy amargos para casi todos los alemanes. En ellas se incluían fuertes indemnizaciones por el daño causado por la ocupación alemana en Bélgica y el norte de Francia, la destrucción de la Armada y de las Fuerzas Aéreas alemanas, la reducción del Ejército a 100.000 hombres, la prohibición de disponer de armas modernas como tanques y la pérdida de territorio en beneficio de Francia y, por encima de todo, de Polonia. La guerra también destruyó la economía internacional, que no se recuperó en treinta años. No era sólo que se tuvieran que pagar los costes enormes de la guerra, sino que el derrumbamiento del imperio de los Habsburgo y la creación de nuevos estados independientes en la Europa del Este exacerbó el egotismo nacional en la economía e hizo imposible la cooperación con otros países. Alemania había pagado la guerra a base de acuñar moneda con la vista puesta en la anexión de las áreas industriales de Francia y Bélgica. La economía alemana no podía pagar las indemnizaciones sin subir los impuestos, pero ningún gobierno quería hacer frente al problema porque habría abierto la puerta para que los opositores lo acusaran de gravar a los alemanes para pagar a los franceses. La consecuencia de todo ello fue la inflación. En 1913 un dólar se pagaba a cuatro marcos; a finales de 1919, valía 47; en julio de 1922, 493; en diciembre de 1922, 7.000. Las indemnizaciones de guerra se tuvieron que pagar en oro y bienes, y, con la inflación a esos niveles, los alemanes ni querían ni podían hacerlo. En enero de 1923, franceses y belgas ocuparon el Ruhr y empezaron a apoderarse de bienes y productos industriales. El gobierno alemán anunció una política de no cooperación, lo que produjo un declive sin precedentes del valor del marco con respecto al dólar. En julio de 1923, un dólar americano costaba 353.000

marcos; en agosto, 4,5 millones; en octubre, 25.260 millones; en diciembre, 4 billones, es decir, un cuatro seguido de doce ceros. El derrumbamiento económico miraba a Alemania a los ojos.

Finalmente se frenó la inflación. Se introdujo una nueva moneda; la resistencia pasiva a la ocupación franco-belga terminó; las tropas extranjeras se retiraron; el pago de indemnizaciones se reanudó. La inflación fragmentó a las clases medias por el enfrentamiento de grupos de intereses opuestos y ningún partido político era capaz de unirlos. La estabilización, el ahorro y la racionalización posteriores al periodo de inflación comportaron la pérdida masiva de puestos de trabajo, tanto en la industria como en los servicios. A partir de 1924, millones de personas se quedaron en la calle. El mundo de los negocios se resintió por la incapacidad del gobierno de intervenir para frenar la deflación y empezó a buscar alternativas. Para las clases medias en general, la inflación supuso una desorientación moral y cultural que no hacía otra cosa que empeorar por lo que veían como los excesos de la cultura moderna de los años veinte, desde el jazz y cabaret berlinés hasta el arte abstracto, la música atonal y la literatura experimental, como la poesía concreta de los dadaístas. La sensación de desorientación también reinaba en la política, la derrota en la guerra ocasionó el derrumbe del Reich, la partida al exilio del káiser y la creación de la República de Weimar en la revolución de noviembre de 1918. La República de Weimar tenía una constitución moderna que contemplaba el sufragio femenino y la representación proporcional, pero éstos no pudieron frenar su caída. El problema de la constitución era la elección independiente del presidente, que tenía plenos poderes para gobernar por decreto en caso de emergencia por el artículo 48. El primer presidente, el socialdemócrata Friedrich Ebert, ya utilizó con abundancia estos poderes. Cuando Ebert murió en 1925, el sucesor elegido fue el mariscal de campo Paul von Hindenburg, fiel a la monarquía y sin un compromiso fuerte con la constitución. En sus manos, el artículo 48 demostró ser un instrumento fatal para la supervivencia de la república.

El legado final de la Primera Guerra Mundial fue el culto a la violencia, no sólo por parte de veteranos de la derecha radical como los Cascos de Acero, sino más particularmente por parte de una generación más

joven de hombres que no había luchado en la contienda y que ahora intentaba igualar las hazañas heroicas de sus mayores luchando en el frente interior. La guerra polarizó la política, con los revolucionarios comunistas de izquierdas y la aparición de diversos grupos radicales de derechas. Los más famosos de estos últimos fueron los Cuerpos Libres, las bandas armadas utilizadas por el gobierno para reprimir las revueltas comunistas y de la extrema izquierda en Berlín y Munich en el invierno de 1918-1919. Los Cuerpos Libres protagonizaron un intento de golpe de Estado en Berlín a principios de la primavera de 1920 que provocó el levantamiento armado de la izquierda en el Ruhr, mientras que en 1923 hubo más revueltas, tanto de la izquierda como de la derecha. Incluso en el periodo de relativa calma comprendido entre 1924 y 1929 los enfrentamientos callejeros se saldaron con la muerte de como mínimo 170 miembros de diversos grupos políticos paramilitares; a comienzos de la década de 1930, el número de muertos y heridos subió de forma alarmante, y sólo entre marzo de 1930 y el mismo mes de 1931 se registraron 300 muertos en luchas callejeras y mítines políticos. La tolerancia política había dado paso a la violencia extremista. Los partidos del centro liberal y la izquierda moderada perdieron votos de forma dramática a mediados de la década de 1920, el espectro electoral del comunismo revolucionario retrocedió y las clases medias votaban a los partidos de la derecha. A partir de 1920, los partidos que apoyaban activamente a la República de Weimar no alcanzaron la mayoría parlamentaria. Finalmente, la legitimidad de la república fue minada por el sesgo de la justicia en favor de los asesinos e insurgentes del ala derecha que se proclamaban patriotas y por la actitud neutral del Ejército, donde crecía el resentimiento por el fracaso de la república en convencer a la comunidad internacional de que levantara las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles sobre el número de efectivos y el material. La democracia alemana, improvisada apresuradamente después de la derrota militar, no estaba de ningún modo destinada al fracaso desde el primer momento, pero los acontecimientos de la década de 1920 apuntan a que nunca tuvo muchas oportunidades de establecerse en condiciones.

II

En 1919 existía, especialmente en Munich, una gran variedad de grupos antisemitas de extrema derecha, pero hacia 1923 se desmarcó uno de ellos: el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores liderado por Adolf Hitler. Se ha escrito tanto sobre el poder y el impacto de Hitler y los nazis que es importante señalar que este partido permaneció fuera de los márgenes de la política hasta finales de la década de 1920. En otras palabras, Hitler no fue un genio de la política que obtuvo sin la ayuda de nadie el apoyo masivo para él y su partido. Nacido en Austria en 1889, Hitler era un artista fracasado con un estilo de vida bohemio que poseía un gran don: la habilidad de arrastrar a las masas con su retórica. Fundado en 1919, su partido era más dinámico, más implacable y más violento que otros grupos de extrema derecha. En 1923 se sintió lo suficientemente confiado como para intentar un golpe de Estado violento en Munich como preludio de una marcha hacia Berlín que emulara la exitosa marcha sobre Roma de Mussolini del año anterior. Pero no consiguió convencer ni al Ejército ni a las fuerzas del conservadurismo político de Baviera, y el golpe terminó bajo una lluvia de fuego. Hitler fue condenado y encerrado en la prisión de Landsberg, donde dictó su tratado político autobiográfico, *Mi lucha*, a su lugarteniente, Rudolf Hess: no se trataba de un programa de futuro, qué duda cabe, sino de un compendio, para todos aquellos que se molestaran en leerlas, de sus ideas, sobre todo en lo que se refería al antisemitismo y la conquista racial de la Europa del Este.

Cuando salió de prisión, Hitler había compuesto la ideología del nazismo a partir de un conjunto de elementos dispares que hacía tiempo que flotaban en el aire pero que todavía no habían sido integrados en un conjunto coherente: antisemitismo, pangermanismo, eugenesia y la llamada higiene racial, expansionismo geopolítico, y hostilidad a la democracia y a la modernidad cultural. Reunió en torno suyo a un grupo de subordinados inmediatos—el aventajado propagandista Joseph Goebbels, el hombre de acción Hermann Göring y otros—que forjaron su imagen de líder y afianzaron su sensación de ser predestinado. Pero, a pesar de ello, y de las acciones violentas de su grupo paramilitar de camisas pardas en las calles, no llegó a ninguna parte a nivel político hasta finales de la década de 1920. En mayo de 1928, los nazis sólo obtuvieron un 2,6 por 100 de los votos,

mientras que una Gran Coalición de partidos de centro e izquierda liderados por el Partido Socialdemócrata se hizo con el poder en Berlín. De todas formas, en octubre de 1929 el *crack* de Wall Street se llevó por delante la economía alemana. Los bancos estadounidenses cancelaron los créditos con que, desde 1924, se estaba financiando la recuperación de la economía. En respuesta a ello, los bancos tuvieron que reclamar los créditos concedidos a las empresas, y éstas no tuvieron otra opción que despedir a los trabajadores o declararse en bancarrota, algo que muchas acabaron haciendo. En poco más de dos años, más de un tercio de alemanes se encontraba sin empleo, y había millones de trabajadores con empleos temporales o salarios bajos. El sistema de subsidios de desempleo se vino abajo y dejó a un número creciente de personas en la indigencia. La agricultura, que pasaba por un mal momento a causa de la caída de la demanda internacional, también se derrumbó.

Los efectos políticos de la Depresión fueron desastrosos. La Gran Coalición se rompió en medio del desorden; las discrepancias entre los partidos sobre la manera de afrontar la crisis eran tan profundas que nadie podía alcanzar la mayoría parlamentaria suficiente para emprender acciones de ningún tipo. El presidente del Reich, Hindenburg, reunió a un gabinete de expertos bajo el liderazgo del político católico Heinrich Brüning, un reconocido monárquico. Procedió a imponer recortes salvajemente deflacionarios, cosa que sólo empeoró la situación. Y lo hizo con la prerrogativa presidencial de gobernar por decreto por el artículo 48 de la constitución, pasando por encima del Reichstag. El poder político se desvió hacia arriba, hacia el círculo de Hindenburg, que podía gobernar por decreto, y hacia abajo, en las calles, donde se produjo una escalada exponencial de la violencia empujada por las tropas de asalto pardas de Hitler, que ya contaban con cientos de miles de miembros. Al dirigir contra comunistas y socialdemócratas la misma furia que sus mayores habían descargado contra el enemigo entre 1914 y 1918, los miles de jóvenes que se afiliaron a los camisas pardas convirtieron la violencia en un modo de vida, casi en una droga.

A comienzos de la década de 1930, muchos camisas pardas eran desempleados. Pero no fue el desempleo lo que condujo a la gente a apoyar a los nazis. Los desempleados se congregaron sobre todo en torno a los comunistas, y su apoyo electoral subió de forma sostenida hasta alcanzar, en noviembre de 1932, un 17 por 100, cifra que proporcionó al partido 100 escaños en el Reichstag. La retórica revolucionaria y violenta de los comunistas, que prometían la destrucción del capitalismo y la creación de una Alemania soviética, aterrorizaba a las clases medias del país, que conocían demasiado bien lo que les había pasado a sus pares en Rusia después de 1918. Asustados por los fracasos del gobierno en la resolución de la crisis, y horrorizados hasta la desesperación por el ascenso de los comunistas, empezaron a abandonar las pequeñas facciones en disputa de los partidos convencionales de la derecha y a gravitar en torno a los nazis. Les siguieron otros grupos, entre ellos muchos pequeños agricultores protestantes y trabajadores manuales de sectores en que el peso de la cultura y la tradición socialdemócrata era escaso. Mientras los partidos de las clases medias se derrumbaban por completo, los socialdemócratas y el Partido del Centro se las arreglaron para limitar sus pérdidas. Pero hacia 1932 éstos eran todo lo que quedaba del centro moderado, aplastados y completamente impotentes en el Reichstag entre 100 diputados comunistas y 196 camisas pardas. La polarización de la política no podía ser más dramática.

Como demostraron las elecciones de septiembre de 1930 y julio de 1932, los nazis se convirtieron en un partido cajón de sastre para la protesta social, con un apoyo particularmente fuerte entre las clases medias y relativamente débil, aunque aun así muy significativo, entre la clase trabajadora. Habían superado su núcleo constituyente, formado por las clases medias bajas y los agricultores protestantes. Otros partidos, asustados por las pérdidas sufridas, intentaron vencerlos en su propio terreno. Nada que ver con políticas concretas, sino con la imagen de dinamismo que proyectaban los nazis. Había que librarse de la odiada y calamitosa República de Weimar, y el pueblo se estaba uniendo otra vez en una comunidad nacional que no conocía ni partidos ni clases, como en 1914; Alemania tenía que reafirmarse en la escena internacional y retomar el liderazgo: y esto es, más o menos, lo que aparecía en el programa de los

nazis. Éstos modificaron sus políticas concretas en función del público, por ejemplo restaron importancia al antisemitismo donde veían que no encontraban respuesta, es decir entre la mayor parte del electorado a partir de 1928. Aparte de los nazis y los comunistas que se enfrentaban en las calles y de los intrigantes que se disputaban la confianza de Hindenburg, en esos momentos apareció un tercer personaje en la arena política: el Ejército. Alarmado por el ascenso del comunismo y el caos en las calles, el Ejército también vio que la nueva situación política era la oportunidad de liberarse de la democracia de Weimar e imponer una dictadura militar autoritaria que rechazara el Tratado de Versalles y rearmara el país para prepararse para una guerra de reconquista de los territorios perdidos por Alemania, y quizá más.

El poder del Ejército estribaba en que era la única fuerza que podía restaurar efectivamente el orden en un país hecho añicos. Los días del canciller Brüning empezaron a estar contados desde el momento en que el presidente Hindenburg alcanzó la reelección en 1932 con el único apoyo de los socialdemócratas, que lo respaldaron por ser una opción menos inaceptable que la de su principal rival, Hitler. Brüning había fracasado en casi todos sus intentos para resolver la crisis económica y restaurar el orden en las ciudades y pueblos alemanes, y ahora había ofendido a Hindenburg porque no había conseguido asegurar su reelección sin oposición y por su propuesta de disolución del tipo de propiedad rural que el mismo Hindenburg poseía en el este de Alemania para ayudar al campesinado hambriento. El Ejército estaba ansioso por liberarse de Brüning, porque sus políticas deflacionarias impedían el rearme. Como muchos grupos conservadores, esperaba conseguir el apoyo de los nazis, que ya constituían el partido político más numeroso, como legitimación y apoyo en la destrucción de la democracia de Weimar. En mayo de 1932, Brüning fue obligado a dimitir y fue sustituido por el aristócrata rural católico Franz von Papen, amigo personal de Hindenburg.

La llegada al poder de Papen dio la puntilla a la democracia de Weimar. Papen utilizó al Ejército para deponer al gobierno socialdemócrata en Prusia y se preparó para reformar la constitución de Weimar restringiendo el derecho a voto y recortando drásticamente los poderes

legislativos del Reichstag. Empezó a aplicar la censura en los diarios y a restringir las libertades civiles. Pero sólo consiguió que el Partido Nazi aumentara su porcentaje de voto—un 37,4 por 100—en las elecciones que convocó en julio de 1932. El intento de Papen de conseguir el apoyo de Hitler y los nazis a su gobierno fracasó porque Hitler insistió en que debía ser él, y no Papen, quien lo encabezara. A falta de apoyos a lo largo y ancho del país, Papen se vio obligado a dimitir cuando el Ejército perdió la paciencia e impuso su propio hombre. El nuevo jefe de gobierno, el general Kurt von Schleicher, no fue mejor a la hora de restaurar el orden ni de conseguir el respaldo del Partido Nazi para ofrecer la imagen de que su política de creación de un Estado autoritario gozaba de un amplio apoyo popular. Después de que el Partido Nazi perdiera dos millones de votos en las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932, el declive evidente y su obvia falta de fondos provocaron una seria división en sus filas. Gregor Strasser, jefe de organización y efectivo segundo de Hitler, dimitió en disconformidad con el rechazo de Hitler a negociar con Hindenburg y Papen. Parecía que era un buen momento para aprovecharse de la debilidad del Partido Nazi. En enero de 1933, con la aquiescencia del Ejército, Hindenburg designó a Hitler jefe de un nuevo gobierno en que todos los cargos excepto dos estaban en manos de los conservadores y con Papen en calidad de vicecanciller.

III

En realidad, el 30 de enero de 1933 marcó el inicio de la toma del poder por parte del Partido Nazi y no el inicio de una contrarrevolución conservadora. Hitler evitó cometer los mismos errores que había cometido diez años atrás: consiguió gobernar sin atentar formalmente contra la constitución y con el respaldo de las fuerzas conservadoras y el Ejército. Ahora la cuestión era cómo convertir un gabinete de coalición en una dictadura de un Estado de partido único. Lo primero que se le ocurrió fue intensificar el nivel de violencia en las calles. Convenció a Papen de que designara a Hermann Göring ministro prusiano del Interior, puesto desde el que enroló puntualmente a los camisas pardas como cuerpo auxiliar de policía. Éstos se

desbocaron: destrozaron oficinas de los sindicatos, propinaron palizas a comunistas y reventaron mítines de los socialdemócratas. El 28 de febrero la suerte sonrió al Partido Nazi: un anarcosindicalista holandés que actuaba de forma independiente, Marinus van der Lubbe, incendió la sede del Reichstag en protesta contra la injusticia del desempleo. Hitler y Göring convencieron a un gabinete ya predispuesto de prohibir el Partido Comunista. Se detuvo a cuatro mil comunistas, incluida la práctica totalidad de la cúpula del partido; fueron sometidos a palizas, torturados y enviados a los campos de concentración recién creados. No hubo ni un momento de tregua en la campaña de violencia y brutalidad desatada en las semanas que siguieron. A finales de marzo, la policía prusiana informó de la presencia de 20.000 comunistas en las prisiones. En verano, se había detenido a más de 100.000 comunistas, socialdemócratas, sindicalistas y otros, y algunas estimaciones oficiales han indicado que murieron 600 personas bajo custodia. Hindenburg sancionó la situación en la noche posterior al incendio con la firma de un decreto de emergencia que suspendía las libertades civiles y dio permiso al gabinete para adoptar las medidas necesarias para proteger la seguridad pública. La acción individual de Van der Lubbe fue definida por Joseph Goebbels, que pronto se convertiría en el ministro de Propaganda del Reich, como el resultado de la conspiración comunista para organizar un levantamiento armado. Convenció a muchos votantes de las clases medias de la bondad del decreto.

Pero el gobierno todavía no había ilegalizado formalmente el Partido Comunista, porque temía que sus votantes se pasaran en masa a los socialdemócratas en las elecciones convocadas por Hitler para el 5 de marzo. A pesar de una gran ofensiva de propaganda, pagada con dinero fresco proporcionado por los industriales, y de intimidación con violencia, en la que prohibieron o reventaron la mayoría de mítines políticos de los rivales, los nazis todavía no alcanzaron la mayoría absoluta, con un 44 por 100 de los votos y obtuvieron sólo el 50 por 100 con la ayuda de sus socios de coalición conservadores. Los comunistas todavía se hicieron con el 12 por 100, los socialdemócratas con el 18, y el Partido del Centro se mantuvo firme en su 11 por 100 de los votos. Hitler y sus colegas de gabinete todavía estaban lejos de la mayoría de dos tercios necesaria para cambiar la

constitución. Pero el 23 de marzo de 1933 se las arreglaron para llevar a cabo la reforma bajo amenaza de guerra civil si se frustraban sus intenciones, y convenciendo a los diputados del Partido del Centro con la promesa de obtener un concordato con el Vaticano para garantizar los derechos de los católicos. La llamada Ley de habilitación aprobada por el Reichstag ese mismo día permitió al gabinete gobernar por decreto con independencia del parlamento y del presidente. Con el decreto del incendio del Reichstag, esta ley era el pretexto legal necesario para la creación de una dictadura. Sólo se opusieron los 94 diputados socialdemócratas.

Los socialdemócratas, y los comunistas que había en sus filas, habían obtenido 221 escaños en las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932 frente a los 196 del Partido Nazi y otros 51 de sus aliados, los nacionalistas. A pesar de ello, fracasaron totalmente a la hora de concertar cualquier resistencia a la toma del poder por parte de los nazis. Estaban amargamente divididos. Los comunistas, que recibían órdenes de Stalin desde Moscú, llamaban «socialfascistas» a los socialdemócratas y sostenían que éstos eran peores que los nazis. Los socialdemócratas eran reticentes a colaborar con un partido del que temían la arbitrariedad y la falta de escrúpulos. Sus organizaciones paramilitares se habían enfrentado duramente con los nazis en las calles, pero no habrían podido con el Ejército, que en 1933 respaldaba al gobierno de Hitler, y sus efectivos también eran menores de los que tenía la División de Asalto, que en febrero de 1933 superaba los 750.000 hombres. Los socialdemócratas querían evitar un baño de sangre y siguieron fieles a su tradición de respetar la ley. Los comunistas creían, por su parte, que el gobierno de Hitler era el último coletazo de un sistema capitalista moribundo que pronto se derrumbaría y abriría el camino a la revolución del proletariado, así que no veían la necesidad de organizar un levantamiento. Finalmente, con un desempleo del 35 por 100 no se contemplaba la posibilidad de convocar una huelga general; los huelguistas habrían sido reemplazados rápidamente por parados ansiosos por salir, ellos y sus familias, de la indigencia.

Goebbels obtuvo el apoyo de los líderes sindicales en la creación de un nuevo día festivo, el Primero de Mayo, una vieja demanda de los sindicatos, y lo convirtió en el llamado Día Nacional del Trabajo, que congregó a

cientos de miles de trabajadores en las plazas de Alemania bajo la esvástica para escuchar los discursos que Hitler y otros líderes nazis pronunciaron a través de los altavoces. Al día siguiente, la División de Asalto irrumpió en los locales y oficinas de los sindicatos y el Partido Socialdemócrata en todo el país, los saqueó, se hizo con su dinero y los clausuró. Al cabo de unas semanas, las detenciones masivas de líderes sindicales y socialdemócratas, muchos de los cuales fueron objeto de palizas y torturas en campos de concentración improvisados, minaron la moral del movimiento obrero. Había llegado el momento de convertir a los demás partidos en objetivo. Las diversas facciones de los liberales, reducidas por el desgaste electoral al papel de partidos minoritarios situados en los márgenes de la actividad política, se vieron abocadas a la autodisolución. Empezó una campaña de rumores contra los socios nacionalistas de Hitler pareja al acoso y la detención de sus líderes y diputados. El jefe de los aliados nacionalistas de Hitler, Alfred Hugenberg, fue forzado a abandonar el gobierno, mientras que el líder del grupo nacionalista en el Reichstag fue encontrado muerto en su despacho en circunstancias sospechosas. Las protestas de Hugenberg toparon con un ataque de histeria de Hitler, quien prometió un baño de sangre si los nacionalistas seguían resistiéndose. A finales de junio, los nacionalistas también habían sido disueltos. El único gran partido que quedaba, el Partido del Centro, sufrió un destino similar. La suma de las amenazas nazis de despedir a los funcionarios católicos y clausurar las organizaciones católicas laicas y del pánico del Vaticano al comunismo condujo a un acuerdo que se cerró en Roma. El partido accedió a autodisolverse a cambio de la firma del concordato prometido cuando se promulgó la Ley de habilitación. Supuestamente, éste garantizaba la integridad de la Iglesia Católica en Alemania junto con sus propiedades y organizaciones. El tiempo demostraría que el acuerdo era papel mojado. El Partido del Centro siguió a los demás en el camino del olvido. A mediados de julio de 1933, Alemania se había convertido en un Estado de partido único, una situación ratificada por la ilegalización oficial de todas las formaciones políticas excepto el Partido Nazi.

Pero no sólo se abolieron los partidos y sindicatos. El asalto de los nazis a las más diversas instituciones afectó al conjunto de la sociedad. Cada gobierno estatal, cada parlamento del sistema federal de Alemania, cada ciudad, distrito y consejo local fue purgado de modo implacable; el decreto del incendio del Reichstag y la Ley de habilitación fueron utilizados para destituir a los supuestos enemigos del Estado, es decir, a los enemigos de los nazis. Cada asociación nacional de voluntarios y cada club local pasaron a ser controlados por los nazis, desde los grupos de presión industriales y agrícolas hasta asociaciones deportivas, clubes de fútbol, coros masculinos, organizaciones femeninas... El tejido asociativo fue nazificado por completo. Clubes y sociedades rivales o con cierta orientación política pasaron a formar parte de un solo cuerpo nazi. Líderes de asociaciones de voluntarios fueron o bien expulsados sin contemplaciones, o bien sometidos por su propia voluntad. Muchas organizaciones expulsaron a sus miembros más izquierdistas o liberales y declararon su lealtad al nuevo régimen y a sus instituciones. El proceso («coordinación», según la jerga nazi) se extendió por toda Alemania de marzo a junio de 1933. Al final, prácticamente las únicas organizaciones no nazis que quedaron fueron el Ejército y las diversas iglesias con sus organizaciones seglares. Mientras se desarrollaba este proceso, el gobierno aprobó una ley que lo facultaba para purgar la función pública, una vasta organización que incluía a los profesores de escuela, el cuerpo universitario, los jueces y otras profesiones que en otros países no eran controladas por el gobierno. Fueron expulsados socialdemócratas, liberales y no pocos católicos y conservadores. Entre el 30 de enero y el 1 de mayo de 1933, momento en que la cúpula del Partido Nazi decidió frenar las afiliaciones, 1,6 millones de personas se sumaron a la formación con el objetivo de conservar el puesto de trabajo en una época en que el desempleo había alcanzado dimensiones terribles. Mientras, el número de camisas pardas creció hasta superar los 2 millones de hombres en verano de 1933.

La proporción de funcionarios, jueces o similares despedidos por razones políticas fue, sin embargo, muy pequeña. El principal motivo de despido no era político sino racial. La Ley del funcionariado aprobada por los nazis el 7 de abril de 1933 permitió el despido de funcionarios judíos,

aunque Hindenburg consiguió insertar una cláusula para proteger los puestos de trabajo de los veteranos de guerra y los que habían sido nombrados por el káiser antes de 1914. Hitler proclamaba que los judíos eran elementos subversivos y parasitarios de los que había que librarse. De hecho, la mayoría de los judíos pertenecían a las clases medias y tenían tendencias políticas entre liberales y conservadoras, en caso de que tuvieran alguna. A pesar de ello, Hitler creía que los judíos habían socavado Alemania deliberadamente durante la Primera Guerra Mundial y causado la revolución que precedió a la República de Weimar. Es cierto que algunos líderes socialistas y comunistas eran judíos, pero la mayoría no lo eran. Para los nazis esto no cambiaba nada. El día después de las elecciones de marzo miembros de la División de Asalto tomaron la Kurfürstendamm, la calle comercial de moda de Berlín, persiguiendo y propinando palizas a judíos. Se asaltaron sinagogas, y por toda Alemania grupos de camisas pardas irrumpieron en juzgados para llevarse a rastras a jueces y abogados judíos, atizándoles con porras de goma e instándoles a no regresar. De los detenidos por socialdemócratas o comunistas, los judíos recibían un trato peor. A finales de junio de 1933, la División de Asalto había matado a más de cuarenta judíos.

La prensa extranjera dio buena cuenta de estos incidentes, y proporcionó a Hitler, Goebbels y la cúpula nazi el pretexto que necesitaba para ensayar un proyecto largamente meditado de boicot a las tiendas y empresas judías. El 1 de abril de 1933 miembros de la División de Asalto se situaron frente a comercios advirtiendo a los transeúntes de que no entraran. La mayoría de alemanes no judíos obedecieron, aunque sin entusiasmo. Las empresas judías más grandes no se tocaron, porque su peso en la economía alemana era demasiado fuerte. Al darse cuenta de que no había conseguido despertar el entusiasmo popular, Goebbels suspendió la acción unos días más tarde. Pero las palizas, la violencia y el boicot tuvieron efecto sobre la comunidad judía alemana: a finales de año habían emigrado 37.000 de sus miembros. La purga de judíos por parte del régimen, no por motivos religiosos sino raciales, tuvo un efecto particularmente notable en la ciencia, la cultura y las artes. Directores y músicos judíos como Bruno Walter y Otto Klemperer fueron despedidos sumariamente o apartados de

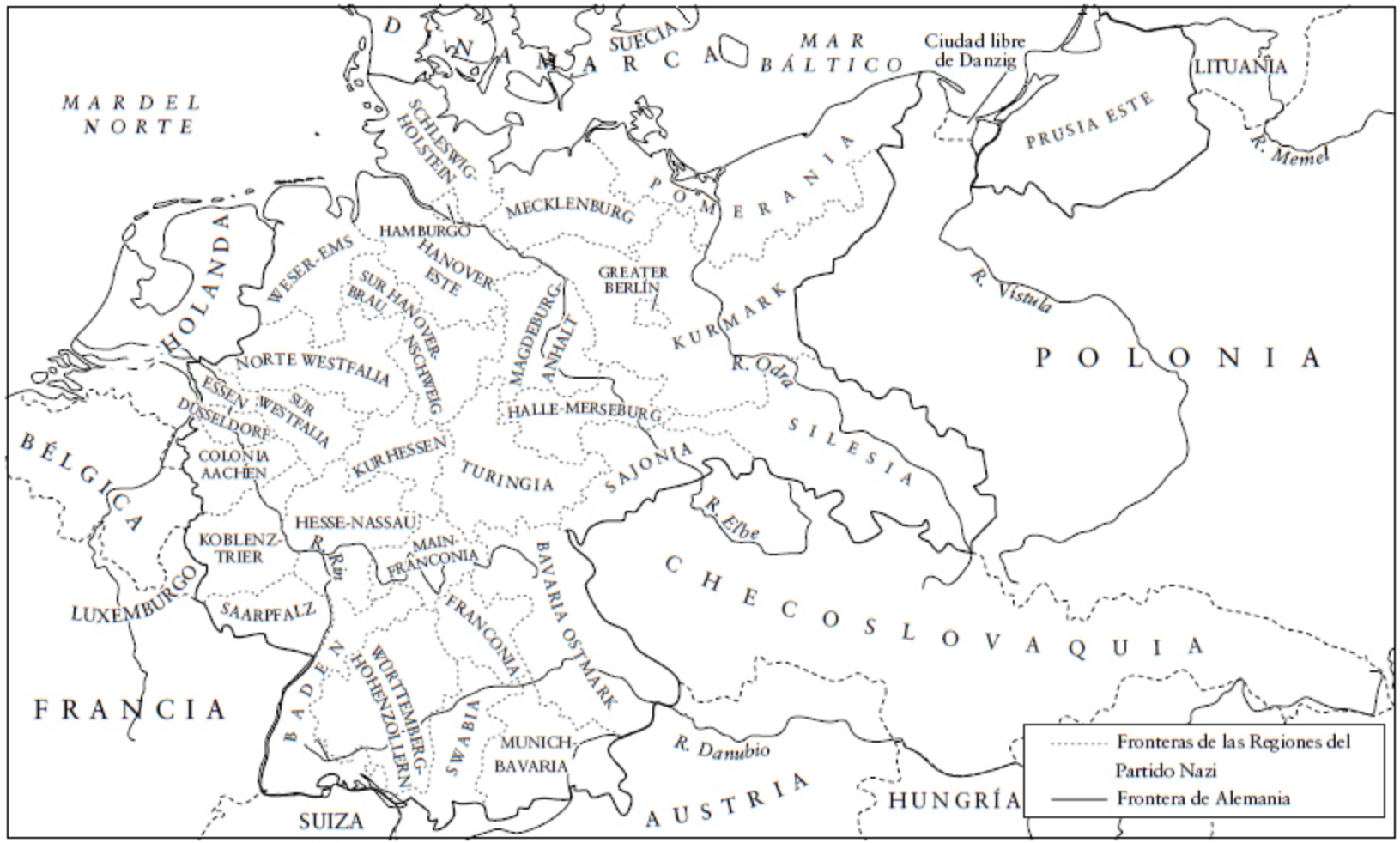
los escenarios. Las industrias del cine y la radio fueron depuradas tanto de judíos como de opositores políticos. Los diarios no nazis fueron clausurados o puestos bajo el control de los nazis, mientras que el Sindicato de Periodistas y la Asociación de Editores de Prensa se sometieron al liderazgo nazi. A los escritores de izquierdas y liberales, como Bertolt Brecht, Thomas Mann y muchos otros, se les prohibió publicar; muchos abandonaron el país. Hitler sentía especial aversión hacia los artistas modernos, como Paul Klee, Max Beckmann, Ernst Ludwig Kirchner y Vassily Kandinsky. Antes de 1914 había sido rechazado por la Academia Vienesa del Arte porque a pesar del esmero de sus representaciones de edificios, no tenía talento alguno. Durante la República de Weimar los artistas expresionistas y abstractos se habían hecho ricos y famosos con lo que para Hitler no eran más que borrones. Mientras Hitler clamaba en sus discursos contra el arte moderno, los directores de galerías y museos eran despedidos y reemplazados por hombres que se entregaban con entusiasmo a la tarea de retirar las obras modernas de las salas de exposición. Los muchos artistas y compositores modernos que desempeñaban cargos en instituciones educativas del Estado, como Klee y Schoenberg, fueron despedidos.

En conjunto, unas 2.000 personas activas en el campo de las artes emigraron de Alemania en 1933 y los años siguientes. Entre ellos, prácticamente todos los que gozaban de reputación internacional. El antiintelectualismo nazi se acentuó todavía más en las universidades, donde también se expulsó a profesores de todas las ramas. Muchos, como Albert Einstein, Gustav Hertz, Erwin Schrödinger, Max Born y veinte ganadores pasados o futuros del Premio Nobel, dejaron el país. En 1934, unos 1.600 de los 5.000 profesores universitarios habían sido forzados a abandonar sus puestos, un tercio porque eran judíos, y el resto porque eran opositores políticos de los nazis. El 16 por 100 de los profesores y asistentes de las facultades de Física emigró. En las universidades quedaron sobre todo los estudiantes, ayudados por un pequeño grupo de profesores nazis como el filósofo Martin Heidegger, que se hicieron cargo de las purgas. Se expulsó a los profesores judíos e izquierdistas en medio de demostraciones de violencia, y más tarde, el 10 de mayo de 1933, organizaron manifestaciones

en las principales plazas de diecinueve ciudades universitarias en que se quemaron pilas de libros de autores judíos y de izquierdas. Los nazis intentaban culminar una revolución cultural con la eliminación de influencias ajenas—especialmente las judías, pero también de la cultura moderna en general—para el renacimiento del espíritu alemán. Los alemanes no sólo tenían que dar su aquiescencia al Tercer Reich, sino que tenían que apoyarlo en cuerpo y alma: la creación del Ministerio de Propaganda por parte de Joseph Goebbels, que pronto controlaría todo lo concerniente a la cultura y las artes, fue el principal medio de los nazis para alcanzar ese fin. No obstante, el nazismo era, en muchos aspectos, un movimiento enteramente moderno, atento al uso de las últimas tecnologías, las armas más nuevas y los medios científicos más sofisticados para reformar la sociedad alemana a su voluntad. Para los nazis, la raza era un concepto científico, y al situarla en la base de todas sus políticas estaban manifestando su concepto de aplicación del método científico a la sociedad. Nada se iba a interponer en el camino de la revolución, ni las creencias religiosas, ni los escrúpulos éticos, ni las tradiciones más sagradas. A pesar de ello, en el verano de 1933 Hitler se sintió obligado a decir a sus seguidores que había llegado el momento de frenar la revolución. Alemania necesitaba un periodo de estabilidad. Este libro empieza en ese momento, el momento en que se había culminado la destrucción de lo que quedaba de la República de Weimar y el Tercer Reich estaba finalmente en el poder.

1

EL ESTADO POLICIAL



1. División por regiones del Partido Nazi durante el Tercer Reich, 1935.

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

I

El 6 de julio de 1933 Hitler reunió a los dirigentes nazis para hacer balance de la situación. La revolución nacionalsocialista había triunfado, les dijo; el poder estaba en sus manos, y sólo en sus manos. Era hora, continuó, de estabilizar el régimen. Era necesario dejar de hablar, como hacían los miembros más antiguos del ala paramilitar del partido, los camisas negras o División de Asalto (Sturmabteilung o SA), de una «segunda revolución» que siguiera a la «conquista del poder»:

> La revolución no es una condición permanente. No debe convertirse en una situación prolongada. Se ha destapado el flujo revolucionario, pero debemos canalizarlo por el cauce más seguro de la evolución [...]. El grito de combate de la segunda revolución estaba justificado mientras existían en Alemania posiciones que podían cristalizar en una contrarrevolución. Ya no es el caso. No debemos dejar lugar a dudas sobre el hecho de que, si es necesario, ahogaremos con sangre cualquier tentativa. Porque una segunda revolución sólo puede dirigirse contra la primera.[1]

En las semanas siguientes, otros líderes nazis hicieron afirmaciones similares, si bien menos abiertamente amenazadoras. Los Ministerios de Justicia e Interior del Reich ejercieron una presión creciente contra la violencia gratuita, y el Ministerio de Economía manifestó su preocupación porque los desórdenes dieran sensación de inestabilidad a la comunidad financiera internacional y desalentaran las inversiones y la recuperación. El Ministerio del Interior protestó por las detenciones de funcionarios, el de Justicia, por las de abogados. La violencia de los camisas pardas continuó por todo el país, especialmente en la Semana Sangrienta de Köpenick de junio de 1933, cuando un grupo radical de miembros de la División de Asalto se encontraron con la resistencia de un joven socialdemócrata en un suburbio de Berlín. Después de que el socialdemócrata matara a tiros a tres

camisas pardas, éstos se movilizaron en masa, detuvieron a más de 500 hombres y los torturaron con tanta brutalidad que mataron a 91. Entre ellos había un buen número de políticos socialdemócratas conocidos, como el anterior ministro-presidente de Mecklenburgo, Johannes Stelling.[2] Era evidente que había que revisar este tipo de acciones violentas: ya no era necesario combatir a los opositores de los nazis para someterlos a un Estado de partido único. Más aún, Hitler empezaba a estar preocupado por el poder que los desmanes de unas SA siempre en expansión daban a su líder, Ernst Röhm, quien el 30 de mayo de 1933 había afirmado que la obligación de culminar la revolución nacionalsocialista «todavía» estaba «pendiente». «No importan las declaraciones de lealtad que llegan cada día por parte de clubes de apicultores o de boliches *coordinados*—añadió Röhm—ni el hecho de que las calles de las ciudades actualicen el nomenclátor». Otros podían celebrar la victoria nazi, pero los soldados políticos que habían luchado por ella, dijo, tenían que tomar las riendas y no dejarlas.[3]

El 2 de agosto de 1933, Hermann Göring, preocupado por estas declaraciones y en funciones de ministro-presidente de Prusia, rescindió una orden del anterior mes de febrero por la que se había enrolado a los camisas pardas como oficiales de la policía prusiana. Le siguieron los ministerios de otros estados federados. Las fuerzas policiales oficiales obtuvieron más margen de maniobra para frenar los excesos de la División de Asalto. El Ministerio de Justicia de Prusia estableció una oficina pública para perseguir los asesinatos y otros crímenes en los campos de concentración, aunque también ordenó paralizar la persecución de los hombres de las SA y las SS por delitos violentos y perdonar a aquellos que ya habían sido condenados. Se reguló de manera estricta quién tenía potestad para mantener personas bajo custodia y qué procedimiento se debía seguir para hacerlo. Las regulaciones aprobadas en abril de 1934 nos proporcionan una indicación de cuáles habían sido las prácticas habituales hasta ese momento: no se podía detener a nadie por razones como calumniar, ni por haber despedido a trabajadores, ni por haber ejercido de abogado de personas ya encarceladas, ni por haber llevado a cabo acciones legales objetables. Privadas de su razón de ser inicial como fuerza de choque callejera y alborotadores del movimiento nazi, y apartadas de su

posición al mando de muchos pequeños campos de concentración y centros de tortura improvisados, las SA se encontraron sin cometido de un día para otro.[4]

Nadie les ofrecía una competencia seria en las elecciones, de manera que la División de Asalto se vio privada de la oportunidad que la gran actividad electoral de principios de los años treinta les había ofrecido de desfilar por las calles y reventar los mítines de sus rivales. Empezaron a desilusionarse. En la primavera de 1933 las SA habían crecido mucho gracias a una avalancha de simpatizantes y de oportunistas. En marzo de 1933, Röhm había anunciado que todos los alemanes «patriotas» debían alistarse. Cuando en mayo de 1933 la cúpula del Partido Nazi decidió frenar la captación de nuevos miembros por temor al exceso de oportunistas y a que su movimiento se viera diluido por la presencia de hombres sin un compromiso real con su causa, mucha gente vio el ingreso en los camisas pardas como una alternativa, debilitando de este modo los vínculos entre el partido y su brazo paramilitar. La incorporación de una gran organización de veteranos como los Cascos de Acero a los camisas pardas en la segunda mitad de 1933 reforzó todavía más los efectivos de las SA. A principios de 1934 el número de camisas pardas se había multiplicado por seis con respecto a principios del año anterior. La fuerza de la División de Asalto era de casi tres millones de hombres; si contamos los Cascos de Acero y otros grupos paramilitares, la cifra llegaba a 4,5 millones. Estas dimensiones dejaban muy atrás el tamaño de las Fuerzas Armadas alemanas, cuyo número estaba restringido a 100.000 hombres por el Tratado de Versalles. Aun a pesar de las limitaciones impuestas por el Tratado, el Ejército era de lejos una fuerza mucho mejor equipada y entrenada. El ominoso fantasma de la guerra civil que se había podido vislumbrar a principios de 1933 empezaba a asomar la cabeza otra vez.[5]

El descontento de los camisas pardas no se limitaba a envidiar al Ejército y a impacientarse con la estabilización de la escena política después de julio de 1933. Muchos miembros de la «vieja guardia» se sentían resentidos con los recién llegados que se habían apuntado al caballo ganador nazi a comienzos de 1933. La tensión era especialmente notable con los Cascos de Acero que se habían sumado a la organización. En los

primeros meses de 1934, la situación derivó en un número creciente de enfrentamientos y refriegas. En Pomerania, la policía ilegalizó las unidades de antiguos Cascos de Acero (organizados ahora bajo el nombre de Liga de Combatientes del Frente Alemán Nacionalsocialista) después del asesinato de un líder de las SA por parte de un antiguo Casco de Acero.[6] Pero el resentimiento de los viejos camisas pardas también se podía notar a mayor escala. Muchos esperaban grandes recompensas por haber eliminado a los rivales del Partido Nazi y se sentían decepcionados porque los políticos y los socios conservadores de los nazis se llevaban la mejor parte. Un activista de los camisas pardas nacido en 1897 escribió en 1934:

> Después de la toma del poder, las cosas cambiaron dramáticamente. La gente que hasta el momento me había menospreciado empezó a colmarme de elogios. Mi familia y todos mis parientes me consideraban el número uno después de años de amargas enemistades. Mi División de Asalto creció a pasos agigantados de modo que (de los 250 que éramos en enero) el 1 de octubre de 1933 tenía 2.200 miembros, por lo que fui promocionado en Navidad. De todas formas, cuanto más me alababan los filisteos, más empecé a sospechar que esos canallas estaban convencidos de que me tenían en el bolsillo [...]. Después de la incorporación de los Cascos de Acero, cuando las cosas se calmaron, me volví contra la pandilla de reaccionarios que, a hurtadillas, intentaba hacerme parecer ridículo a ojos de mis superiores. El mando de las SA y las autoridades públicas recibieron denuncias de todo tipo contra mí [...]. Finalmente, conseguí que me volvieran a ascender, esta vez a responsable local [...] de manera que pude romperles el cuello a los filisteos y a los reaccionarios que quedaban de los viejos tiempos.[7]

Los sentimientos de este tenor eran todavía más fuertes entre los veteranos que, a diferencia de este hombre, no habían conseguido situarse en posiciones de poder.

Como los camisas pardas más jóvenes se encontraron sin poder canalizar por la vía política sus instintos violentos, empezaron a verse implicados cada vez más en alborotos y peleas por toda Alemania, a menudo sin un motivo político evidente. Las bandas de camisas pardas se emborrachaban, causaban disturbios de madrugada, pegaban a transeúntes inocentes, y atacaban a la policía si ésta trataba de cortarles el paso. Las cosas se pusieron aún peor cuando Röhm intentó sacar a los camisas pardas de la jurisdicción de la policía y de la justicia en diciembre de 1933, cuando se les comunicó que la misma organización se haría cargo de los asuntos disciplinarios. Aunque todavía se les continuara persiguiendo, esto

constituía una licencia para la inacción. Röhm encontró más dificultades en el establecimiento a partir de mayo de 1934 de una jurisdicción independiente que debía enfrentarse retroactivamente con más de 4.000 casos por delitos diversos en los que estaban implicados hombres de las SA y las SS, la mayoría cometidos en los primeros meses de 1933. Se habían anulado muchos otros casos, y un número todavía superior de delitos no habían sido perseguidos, pero aun así, 4.000 casos era un número considerable. Además, el Ejército tenía sus propios tribunales militares; así, instaurando un sistema paralelo dentro de las SA, Röhm obtendría un estatus de igualdad con éste para su organización. El mes de julio anterior, había anunciado privadamente que los líderes de las SA con jurisdicción en un caso de asesinato de un miembro de la formación podían condenar a muerte hasta doce miembros de «la organización enemiga culpable del asesinato», lo que indicaba la ferocidad del sistema de justicia que pretendía crear.[8] Era obvio que se tenían que encontrar los medios de canalizar de forma útil toda esta energía desbordada. Pero la cúpula de las SA empeoró la situación al intentar dirigir las actividades violentas de la organización hacia lo que un líder del Este, Edmund Heines, describió en público como «la continuación de la revolución alemana».[9] En calidad de jefe de las SA, Ernst Röhm habló en numerosas concentraciones y manifestaciones en los primeros meses de 1934, poniendo un énfasis similar en la naturaleza revolucionaria del nazismo y lanzando ataques abiertos contra los líderes del partido, y particularmente contra los oficiales veteranos del Ejército alemán, a quienes los camisas pardas culpaban de su ilegalización temporal en 1932 por orden del antiguo canciller del Reich Heinrich Brüning. Röhm provocó una alarma considerable entre la jerarquía del Ejército cuando declaró que quería que los camisas pardas fueran la base de una milicia nacional que pasara por encima del Ejército y, finalmente, lo reemplazara. Hitler intentó quitárselo de encima nombrándolo ministro sin cartera en diciembre de 1933 pero, dada la inutilidad del gabinete en esos momentos, el gesto tuvo escasa relevancia a efectos prácticos, y no calmó la auténtica ambición de Röhm, que era llegar al Ministerio de Defensa, ocupado por un miembro del Ejército, el general Werner von Blomberg.[10]

Privado de poder real, Röhm empezó a construir el culto de su propio liderazgo dentro de las SA y continuó predicando la necesidad de proseguir la revolución.[11] En enero de 1934, los camisas pardas dieron un ejemplo palpable de su radicalismo al irrumpir en el Hotel Kaiserhof de Berlín y reventar la celebración del aniversario del ex káiser convocada por oficiales del Ejército.[12] Al día siguiente, Röhm envió un memorando a Blomberg. Quizá exagerando su significado sólo para impresionar, Blomberg manifestó que Röhm exigía la sustitución del Ejército por las SA como fuerza principal de ataque del país y que los militares se limitaran a entrenar a los camisas pardas para asumir este papel.[13] Para la cúpula del Ejército, los camisas pardas eran ahora una amenaza cada vez más seria. Desde el verano de 1933, Blomberg había conducido al Ejército desde su posición de neutralidad a un apoyo cada vez más abierto al régimen. Hitler había conseguido seducir a Blomberg y sus aliados con la promesa de expandir la fuerza militar alemana a partir de la reanudación del reclutamiento. Hitler les había convencido de que llevaría a cabo una política exterior agresiva que culminaría con la recuperación de los territorios perdidos por el Tratado de Versalles y el inicio de una guerra de conquista hacia el Este. Por su parte, Blomberg respondió con una demostración ostensible de su lealtad al Tercer Reich al adoptar el «Parágrafo Ario», que prohibía a los judíos servir en el Ejército, y al incorporar la esvástica a la insignia del Ejército. Aunque se trataba de gestos simbólicos—el presidente Hindenburg, por ejemplo, había insistido en que los veteranos de guerra judíos no fueran licenciados, y sólo se degradó a unos setenta soldados—eran concesiones importantes a la ideología nazi que indican lo mucho que se había conformado el Ejército con el nuevo orden político.[14]

De todas formas, el Ejército no era ni mucho menos una institución nazificada. Su relativa independencia se apuntalaba en el interés que el presidente del Reich, Paul von Hindenburg, oficialmente su comandante en jefe, se tomaba por su suerte. De hecho, Hindenburg había rechazado designar al pronazi Walther von Reichenau, el favorito de Hitler y Blomberg, para sustituir como comandante en jefe del Ejército al conservador antinazi Kurt von Hammerstein cuando éste se retiró. En cambio, forzó la designación del general Werner von Fritsch, un oficial

popular muy conservador, protestante estricto y apasionado de la equitación. Soltero, trabajador infatigable y marcial en todos los aspectos, Fritsch compartía el desprecio arrogante de los oficiales prusianos hacia la vulgaridad de los nazis. El jefe de la Oficina del Ejército, el general Ludwig Beck, designado a finales de 1933, respaldó la influencia conservadora de Fritsch. Beck era un viudo cauteloso, tímido y recogido cuya principal afición también era montar a caballo. Con hombres como Fritsch y Beck en dos de los puestos principales del Ejército no cabía la posibilidad de que éste cediera a la presión de las SA. En una reunión con Hitler y los líderes de las SA y las SS, el 28 de febrero de 1934, Blomberg forzó a Röhm para que firmara un compromiso por el que renunciaba a intentar sustituir el Ejército por una milicia de camisas pardas. La fuerza militar alemana del futuro, afirmó enfáticamente Hitler, sería un Ejército profesional y bien equipado en el cual los camisas pardas sólo podrían servir como fuerza auxiliar. Después de que los oficiales del Ejército dejaran la recepción posterior al compromiso, Röhm dijo a sus hombres que no obedecería a «cabos tan ridículos» y amenazó con «mandar de permiso» a Hitler. Tamaña insubordinación no pasó desapercibida. En efecto, consciente de su actitud, Hitler ya lo había puesto bajo vigilancia policial.[15]

La competencia con las SA llevó a Blomberg y a la jefatura del Ejército a intentar ganarse el favor de Hitler de muy variadas maneras. El Ejército veía a las SA como una fuente de potenciales reclutas, pero le preocupaba que éstos se convirtieran en infiltrados políticos y era consciente de que la cúpula de las SA estaba formada por antiguos militares que habían sido expulsados deshonrosamente. De manera que prefirió reanudar el reclutamiento, impulsado por un plan diseñado por Beck en diciembre de 1933. Hitler lo había prometido a la cúpula del Ejército en febrero. En efecto, Hitler había dicho al ministro británico Anthony Eden que era un error permitir la existencia de un «segundo Ejército» y que pretendía poner a las SA bajo control y desmilitarizarlas para tranquilizar a la opinión mundial.[16] A pesar de ello, se empezaron a multiplicar las noticias que concernían a comandantes locales y regionales de las SA que profetizaban la creación de un «Estado de las SA» y una «Noche de Cuchillos Largos». Max Heydebreck, un líder de las SA de Rummelsburg,

afirmó: «Algunos de los oficiales del Ejército son unos canallas. La mayoría son tan viejos que tienen que ser reemplazados por jóvenes. Esperaremos hasta que Papá Hindenburg se muera, y entonces las SA se levantarán contra el Ejército. ¿Qué pueden hacer 100.000 soldados para frenar una fuerza muy superior en hombres de las SA?».[17] Los hombres de las SA empezaron a retener los suministros del Ejército y a confiscar armas y provisiones. Pero en conjunto, estos incidentes tenían un alcance local, eran esporádicos y no estaban coordinados. Röhm no ideó ningún plan global. Contrariamente a las aseveraciones posteriores de Hitler, no albergaba intenciones inmediatas de organizar un *putsch*. En efecto, a principios de junio Röhm anunció que el médico le había ordenado tomar unas curas en Bad Wiessee, cerca de Munich, y concedió permiso a las SA durante todo el mes de julio.[18]

II

La retórica racista y los disturbios constantes no sólo preocupaban a la cúpula del Ejército, sino también a los conservadores del gobierno de Hitler. Hasta la promulgación de la Ley de habilitación, el gabinete se seguía reuniendo con regularidad para aprobar proyectos de ley que se expedían al presidente. Pero a partir de finales de marzo la Cancillería del Reich y los diversos ministerios empezaron a actuar con creciente independencia. A Hitler no le gustaban las largas y a veces críticas discusiones que implicaban las reuniones del gabinete. Prefería que los decretos llegaran tan desarrollados como fuera posible al Consejo de Ministros. Así, cada vez con más frecuencia, el gabinete sólo se reunía para sancionar leyes decididas con anterioridad. Hasta las vacaciones de verano de 1933, todavía se reunía cuatro o cinco veces al mes, e incluso en septiembre y octubre de ese año también se celebraron reuniones con relativa frecuencia. A partir de noviembre, sin embargo, se produjo un cambio notable. Ese mes el gabinete sólo se reunió en una ocasión, tres veces en diciembre, una en enero de 1934, dos en febrero y dos más en marzo. En abril no se llegó a reunir, sólo se convocó en una ocasión en mayo y en junio no hubo ninguna sesión. A esas alturas, ya hacía tiempo que había dejado de estar dominado

numéricamente por los conservadores, ya que el jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, se había incorporado al gabinete como ministro de Propaganda en marzo de 1933. El 1 de diciembre se sumaron Rudolf Hess y Ernst Röhm, y el 1 de mayo de 1934, otro nazi, el ministro de Educación Bernhard Rust. El 29 de junio de 1933 el nacionalista Alfred Hugenberg dimitió y fue sustituido como ministro de Agricultura por el nazi Walther Darré. En el gabinete designado por Hindenburg el 30 de enero de 1933 sólo había tres nazis: Hitler mismo, Wilhelm Frick, ministro del Interior, y Hermann Göring como ministro sin cartera. En cambio, en mayo de 1934, de los diecisiete ministros, una clara mayoría—nueve—eran miembros veteranos del Partido Nazi. Era evidente, incluso para un hombre tan propenso a engañarse a sí mismo y a la ceguera política como el vicecanciller conservador Franz von Papen, que las expectativas que albergaban tanto él como sus colegas conservadores cuando entraron en el gabinete el 30 de enero de 1933 habían sido frustradas por completo. No eran ellos los que estaban manipulando a los nazis, sino que los nazis los estaban manipulando, intimidando y forzando a ellos.[19]

A pesar de ello, Papen no aparcó su sueño, articulado abiertamente durante su periodo como canciller en 1932, de llevar adelante una restauración conservadora con el apoyo masivo del Partido Nazi. En el verano de 1933, el autor de sus discursos, Edgar Jung, seguía apostando por una «revolución alemana» que implicara la «despolitización de las masas» y su «exclusión del poder». El populismo rampante de las SA era un obstáculo serio para el régimen antidemocrático y elitista que deseaba Papen. Alrededor del vicecanciller se reunió un grupo de jóvenes conservadores que compartían sus puntos de vista. Mientras tanto, la vicecancillería empezó a recibir un número creciente de protestas de personas de todas las condiciones por la violencia y el comportamiento arbitrario de los nazis, dando a Papen y su equipo un punto de vista cada vez más negativo de los efectos de la «revolución nacional» que hasta el momento habían respaldado, y convirtiendo rápidamente el grupo en un foco de descontento.[20] En mayo de 1934 Goebbels se quejaba en su diario de Papen, de quien se rumoreaba que tenía el ojo puesto en la presidencia tras la muerte del anciano Hindenburg. Los demás miembros conservadores

del gabinete tampoco escaparon al desdén del jefe de propaganda nazi («hay que hacer limpieza tan pronto como sea posible», escribió).[21] Existía una clara posibilidad de que el grupo de Papen, que ya estaba bajo vigilancia policial, hiciera causa común con el Ejército. En efecto, el secretario de prensa de Papen, Herbert von Bose, estaba empezando a establecer contactos con los generales críticos y los oficiales preocupados por las actividades de las SA. En abril de 1934 se supo que Hindenburg, encargado de amortiguar las tensiones entre el Ejército y los conservadores de un lado y la cúpula nazi del otro, estaba seriamente enfermo. Pronto fue evidente que ya no se recuperaría. A principios de junio se retiró en su propiedad rural de Neudeck, en la Prusia oriental, para esperar la muerte. Su fallecimiento provocaría un momento de crisis para el que el régimen tenía que estar preparado.[22]

El momento era tanto más crítico para el régimen porque, como mucha gente sabía, un año después de la «revolución nacional» de 1933 el entusiasmo desatado había caído de forma notable. Los camisas pardas no eran los únicos que se sentían decepcionados con los resultados. Los agentes socialdemócratas informaron a la cúpula del partido exiliada en Praga de que la población estaba apática, protestaba constantemente y contaba incontables chistes sobre los líderes nazis. Los mítines nazis tenían poco público. Hitler seguía siendo admirado, pero la gente empezaba a dirigir críticas sobre su persona. Los nazis no habían cumplido muchas de sus promesas, y el temor a una nueva ola inflacionaria y a una guerra inminente habían creado el pánico; el pueblo acaparaba provisiones en algunos puntos del país. Las clases ilustradas temían que el desorden causado por los camisas pardas se desbordara y trajera el caos o, peor aún, el bolchevismo.[23] La cúpula nazi era consciente de que el murmullo del descontento se podía dejar oír por debajo de la aparentemente tranquila vida política. En una entrevista del periodista estadounidense Louis P. Lochner, Hitler se desvió del tema para insistir en la lealtad incondicional que exigía a sus subordinados.[24]

Las cosas estaban llegando a un punto crítico. El ministro-presidente de Prusia, Hermann Göring, antiguo miembro de las SA, estaba tan preocupado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos que el 20

de abril de 1934 autorizó la entrega del control de la policía política prusiana a Heinrich Himmler, permitiendo así al joven líder de las SS, que ya controlaba la policía política en el resto de Alemania, centralizar el aparato policial en sus manos. Las SA, de las cuales en esos momentos las SS todavía formaban parte sobre el papel, constituían un obstáculo evidente para la consecución de las ambiciones de Himmler.[25] Durante un crucero de cuatro días en el barco de la armada Deutschland por aguas de Noruega a mediados de abril, Hitler, Blomberg y la cúpula militar parecieron llegar a un acuerdo para refrenar a las SA.[26] Pasó el mes de mayo y la primera mitad de junio sin que Hitler hiciera nada. No era la primera vez que Goebbels se sentía frustrado por la aparente indecisión de su jefe. A finales de junio escribió: «La situación es cada vez más grave. El Führer debe actuar. Si no, la reacción será excesiva para nosotros».[27]

Finalmente, Hitler se vio forzado a actuar cuando Papen advirtió de una «segunda revolución» y criticó el culto a la personalidad que le rodeaba en un discurso en la Universidad de Marburg el 17 de junio de 1934. Era hora de parar el levantamiento permanente de la revolución nazi, afirmó. El discurso, escrito por el consejero de Papen Edgar Jung, añadía un fuerte ataque contra «el egoísmo, la falta de carácter, la deshonestidad, la falta de caballerosidad y la arrogancia» que se encontraba en el corazón de la llamada «revolución alemana». Los asistentes al discurso aplaudieron estruendosamente sus palabras. Al cabo de poco, en el transcurso de una elegante carrera de caballos en Hamburgo, el público celebró la presencia de Papen al grito de «¡*Heil*, Marburg!» [¡Salve Marburg!].[28] De regreso de una reunión frustrante con Mussolini en Venecia, Hitler desahogó su rencor por las actividades de Papen incluso antes de tener noticia del discurso de su vicecanciller en Marburg. En palabras dirigidas a los leales de su partido en Gera, Hitler atacó a los «pequeños pigmeos» que intentaban poner freno al triunfo de la idea nazi. «Es ridículo que un gusano tan insignificante intente enfrentarse al caudal imparable de renovación del pueblo. Es ridículo que un pigmeo tan enano se crea capaz de obstruir la renovación gigantesca del pueblo con unas cuantas frases vacías de contenido». El puño cerrado del pueblo, amenazó, «aplastará a cualquiera que se atreva a intentar el más pequeño sabotaje».[29] Pero las protestas del vicecanciller a

Hitler y sus amenazas de dimisión se encontraron con la promesa de frenar la deriva de las SA hacia una «segunda revolución» y la sugerencia, que Papen aceptó de buena gana, de que la situación se discutiría en conjunto en el momento debido con el presidente enfermo.[30] No era la primera vez que Hitler tranquilizaba con promesas poco sinceras a Papen, que se confundía acerca de la influencia de Hindenburg, y le daba una equivocada sensación de seguridad.

Hitler partió corriendo a despachar con Hindenburg. Cuando llegó a Neudeck, el 21 de junio, Blomberg, que había estado hablando del discurso de Papen con el presidente, se le encaró. El jefe del Ejército dejó claro que si los camisas pardas no se ponían bajo control, Hindenburg declararía la ley marcial de inmediato y pondría al gobierno en manos del Ejército.[31] Hitler no tenía más opción que actuar. Empezó a planear la defenestración de Röhm. La policía política, en colaboración con Himmler y su lugarteniente Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS, empezaron a fabricar pruebas para demostrar que Röhm y sus camisas pardas estaban preparando un alzamiento de alcance nacional. El 24 de junio se presentaron las «pruebas» a los oficiales de las SS y se les dieron instrucciones de cómo había que enfrentarse al supuesto *putsch*. Se elaboraron listas de personas «poco fiables políticamente» y se avisó a los jefes locales de que serían llamados para ejecutarlos, especialmente a los más recalcitrantes, y ese día llegó el 30 de junio. El Ejército puso sus recursos a disposición de las SS por si se desataba un conflicto grave.[32] Ay de aquellos que pensaran traicionar su lealtad al Führer y llevaran a cabo acciones revolucionarias, advirtió Rudolf Hess por radio el 25 de junio.[33]

El 27 de junio Hitler se reunió con Blomberg y Reichenau para asegurar la colaboración del Ejército; la respuesta de éstos fue expulsar a Röhm al día siguiente de la Liga Alemana de Oficiales y declarar la situación de alerta máxima en el Ejército. El 29 de junio Blomberg publicó un artículo en el periódico insignia nazi, el *Völkischer Beobachter*, en el que proclamaba la lealtad absoluta del Ejército al nuevo régimen. Mientras, según parece, Hitler tuvo conocimiento de que Hindenburg había concedido audiencia a Papen el 30 de junio, el día de la acción contra las SA. La coincidencia convenció a la cúpula nazi de utilizar la oportunidad para dar

un golpe a los conservadores.[34] Nervioso y aprensivo, Hitler intentó disipar cualquier sospecha asistiendo a una boda en Essen, desde la cual telefoneó al asistente de Röhm en el hotel de Bad Wiessee donde pasaba las vacaciones para darle la orden de reunir a los dirigentes de las SA en la mañana del 30 de junio. Entonces, Hitler organizó una reunión a toda prisa en Bad Godesberg con Goebbels y Sepp Dietrich, el oficial de las SS al cargo de su guardia de Corps. Actuaría contra Röhm al día siguiente, dijo a un atónito Goebbels, que sólo esperaba una pequeña reprimenda a los reaccionarios y que había permanecido ajeno a toda la operación hasta ese momento.[35] A Göring lo enviaron a Berlín para ponerse al frente de la acción en la ciudad. Empezaron a circular rumores, y las SA empezaron a inquietarse. Unos 3.000 camisas pardas tomaron las calles de Munich en la noche del 29 de junio al grito de que aplastarían cualquier intento de traición a su organización y reprendiendo al «líder» del Ejército. Adolf Wagner, el jefe regional de Munich, restauró finalmente la calma; pero se produjeron manifestaciones similares en muchos puntos del país. Cuando Hitler fue informado de los acontecimientos en un vuelo hacia el aeropuerto de Munich a las 4:30 de la madrugada del 30 de junio de 1934, decidió que no se podía esperar a la reunión de líderes de las SA que se produciría ese día y en la que tenía que empezar la purga. No se podía perder ni un minuto.[36]

III

Hitler y su entorno se dirigieron primero al Ministerio bávaro del Interior, donde se encararon a los líderes de la manifestación parda de la noche anterior en las calles de la ciudad. En un ataque de cólera, les dijo a gritos que serían ejecutados. Luego, les arrancó los galones con sus propias manos. Tras el escarmiento a los camisas pardas, que fueron conducidos a la prisión de Stadelheim, Hitler reunió a un grupo de guardaespaldas de las SS y policías y partió en una caravana formada por sedanes y descapotables hacia el Hotel Hanselbauer de Bad Wiessee. Acompañado por su chófer jefe Julius Schreck y seguido por un grupo de policías armados, Hitler subió al

primer piso. Los camisas pardas todavía dormían la mona de la noche anterior. Erich Kempka, que condujo el coche de Hitler hasta Wiessee, describió lo que pasó a continuación:

> Sin apercibirse de mi presencia, Hitler entra en la habitación donde se hospeda el dirigente de las SA Heines. Le oigo gritar: «¡Heines, si no te vistes en cinco minutos te pego un tiro en el acto!». Doy unos pasos atrás y un oficial de policía me dice al oído que Heines está en la cama con un camisa parda de dieciocho años. Finalmente, Heines sale de la habitación con un joven muy repeinado que camina a pasos menudos delante de él. «¡Que los lleven a la lavandería!», ordena Schreck. Mientras, Röhm sale de su habitación vestido con un traje azul y con un cigarrillo en la comisura de los labios. Hitler se lo mira con el ceño fruncido pero no dice nada. Dos policías se llevan a Röhm al vestíbulo del hotel, donde se desploma sobre un sillón y pide café al camarero. Me quedo en el pasillo, un poco apartado, y un policía me cuenta cómo ha sido detenido. Hitler ha entrado en su dormitorio, con el látigo en la mano. Detrás suyo, dos policías sostenían sus pistolas con el seguro levantado. «Röhm, estás detenido», le ha escupido. Con la cabeza medio escondida por las almohadas, Röhm se lo ha mirado soñoliento. «*Heil*, mi Führer». «¡Estás detenido!», se ha desgañitado Hitler por segunda vez. Ha girado sobre sus talones y ha dejado la habitación. Mientras, en el pasillo de arriba las cosas se animan mucho. Los jefes de las SA empiezan a salir de sus habitaciones y a ser detenidos. De uno en uno, Hitler les grita: «¿Tienes algo que ver con las maquinaciones de Röhm?». Por supuesto, ninguno de ellos dice que sí, pero les sirve de poco. Hitler ya sabe la respuesta; de vez en cuando se gira hacia Goebbels o Lutze con gesto interrogativo. Y entonces decide: «¡Detenido!».[37]

Los camisas pardas fueron encerrados en la habitación de la ropa blanca del hotel, y, al cabo de poco, conducidos a Stadelheim. Hitler y su equipo los siguieron de regreso a Munich. Mientras, los líderes pardos que iban llegando a la estación principal de Munich de camino a la reunión prevista eran detenidos por las SS cuando salían de los trenes.[38]

De nuevo en Munich, Hitler se dirigió al cuartel general del Partido Nazi, acordonado por efectivos del Ejército regular, y habló con violencia de Röhm y la cúpula parda, anunciando su expulsión y su ejecución. «La indisciplina y la desobediencia y los elementos asociales o enfermos» tenían que ser aniquilados. Un camisa parda veterano, Viktor Lutze, que había estado informando sobre Röhm desde hacía algún tiempo y que había acompañado a Hitler al hotel de Bad Wiessee, sería el nuevo jefe de las SA. Röhm, gritó Hitler, estaba pagado por los franceses; era un traidor y había estado conspirando contra el Estado. Los seguidores que se habían reunido en el lugar para escuchar su diatriba dieron su aprobación a gritos. Servicial como siempre, Rudolf Hess se ofreció voluntario para ejecutar

personalmente a los traidores. En privado, Hitler se resistía a enviar a Röhm, uno de sus partidarios más antiguos, a la muerte; finalmente, el 1 de julio le hizo llegar la promesa de que dispondría de un revólver con que suicidarse. Röhm no logró hacer uso de la oportunidad que le daban, y Hitler envió a Stadelheim a Theodor Eicke, el comandante de Dachau, y a otro oficial de las SS del mismo campo. Al entrar en la celda de Röhm, los dos oficiales de las SS le tendieron una Browning cargada y le dijeron que se disparara; si no, regresarían en diez minutos y acabarían la tarea ellos mismos. Al volver a la celda cuando el tiempo expiró, se encontraron a Röhm de pie, mirándoles a la cara con el torso desnudo en un gesto dramático pensado para enfatizar su honor y lealtad; sin pronunciar una palabra, le dispararon de inmediato a quemarropa. Hitler también ordenó ejecutar al camisa parda silesio Edmund Heines, que en 1932 había liderado un levantamiento contra el Partido Nazi en Berlín, a los líderes de la manifestación de Munich de la noche anterior, y tres hombres más. Otros camisas pardas fueron enviados al campo de Dachau, donde recibieron palizas de los guardias de las SS. A las seis de la tarde, Hitler voló a Berlín para hacerse cargo de la situación en la capital, donde Hermann Göring había ejecutado las órdenes de modo tan implacable que desmintió su fama de moderado.[39]

Göring no se había limitado a llevar a cabo la actuación contra los jefes de los camisas pardas. En la oficina de Göring, donde el ministro-presidente de Prusia estaba encerrado con Heydrich y Himmler, se respiraba una atmósfera de «sed de sangre descarada» y un «espíritu de venganza monstruoso», según explicó más tarde un policía que había visto a Göring ordenar el asesinato de las personas que tenía en la lista («disparadles... disparad... disparad en seguida») y sumarse a las risotadas estridentes de sus compañeros cuando llegaban noticias de operaciones que habían terminado con éxito. Caminando a grandes zancadas por la habitación vestido con una camisa larga blanca, botas blancas y pantalones de un gris azulado, Göring ordenó el asalto a la vicecancillería. Lo hicieron una unidad armada de las SS y agentes de la Gestapo, quienes abatieron a tiros al secretario de Papen, Herbert von Bose. El consejero ideológico del vicecanciller, Edgar Jung, detenido el 25 de junio, también recibió un balazo; su cuerpo fue arrojado

sin ceremonias en una cuneta. Papen escapó a la muerte; era una pieza demasiado importante como para liquidarla a sangre fría. El asesinato de dos de sus más cercanos colaboradores era aviso suficiente. Papen fue puesto bajo arresto domiciliario mientras Hitler decidía qué hacer con él.[40]

Otros pilares de las fuerzas conservadoras no se libraron tan bien como él. El general Von Schleicher, el predecesor de Hitler en la Cancillería del Reich, un hombre que lo consideraba poco adecuado para el cargo, fue asesinado a tiros por las SS en su casa junto con su mujer. No fue el único oficial del Ejército asesinado. El mayor general Kurt von Bredow, de quien se decía que había formulado críticas al régimen en el exterior, fue asesinado en su casa de un disparo mientras se resistía a ser detenido por haber cooperado con la infame conspiración de Röhm, informaron los periódicos. Aparte de muchas otras cosas, estos asesinatos advertían a la cúpula del Ejército de las consecuencias que debería afrontar si no se sometía a los nazis. El antiguo jefe de la policía y líder de Acción Católica, Erich Klausener, ahora funcionario del Ministerio de Transportes, fue abatido por orden de Heydrich para advertir a otro antiguo canciller, Heinrich Brüning, que había sido avisado de la purga que se avecinaba y había abandonado el país. El asesinato de Klausener también dejaba muy claro a los católicos que no se toleraría el resurgimiento de su actividad política independiente. Las afirmaciones posteriores de la jefatura nazi, que pretendía que los hombres asesinados estaban involucrados en la «revuelta» de Röhm, eran pura invención. La mayoría de ellos figuraban en una lista elaborada por Edgar Jung como posibles miembros de un futuro gobierno, aunque o bien no habían dado su consentimiento o bien no sabían nada de ello. Su inclusión en la lista supuso, para la mayoría de ellos, la pena de muerte.[41]

Gregor Strasser, el hombre que muchos veían como posible líder del Partido Nazi en un gobierno conservador restaurado, también se convirtió en objetivo. Poco antes de la designación de Hitler como canciller del Reich en enero de 1933, Strasser, jefe de la administración del Partido Nazi y arquitecto de muchas de sus instituciones principales, había dimitido por la negativa de Hitler de entrar en un gobierno de coalición a menos que él mismo fuera nombrado jefe. En esos momentos, Strasser estaba negociando

con Schleicher y se rumoreaba que éste le había ofrecido un puesto en su gabinete a finales de 1932. Aunque estaba retirado desde su dimisión, Strasser seguía planteando una amenaza potencial a la jefatura nazi porque era un socio de coalición aceptable para los conservadores. Además, hacía tiempo que era enemigo personal de Himmler y Göring, y mientras formó parte de la cúpula del partido no ahorró críticas hacia ellos. Göring lo detuvo y lo mandó al cuartel general de la policía, donde fue asesinado de un tiro. El amigo y colaborador de Strasser, Paul Schulz, antiguo oficial de las SA, fue localizado por emisarios de Göring y llevado a un bosque, donde también fue tiroteado; al salir del coche en el lugar escogido para la ejecución, salió a la carrera y consiguió hacerse pasar por muerto cuando le dispararon, aunque sólo estaba ligeramente herido. Consiguió escaparse mientras sus atacantes regresaban al coche a por una manta con que tapar su cuerpo, y más tarde se las arregló para negociar con Hitler en persona su partida al exilio. Otro objetivo que consiguió escapar fue el capitán Ehrhardt, el líder de los Cuerpos Libres en el *putsch* de Kapp de 1920, que había ayudado a Hitler en 1923; cuando la policía entró en su casa consiguió huir y más tarde cruzó la frontera con Austria.[42]

En Berlín, la «acción» adquirió un tono distinto de los acontecimientos de Munich, donde los líderes de las SA de todo el país se iban a reunir por orden de Hitler. En Munich, el objetivo principal eran los camisas pardas, mientras que en Berlín eran los conservadores. La acción había sido planificada cuidadosamente con anterioridad. El 29 de junio, Ernst Müller, jefe del servicio de seguridad de las SS en Breslau, fue a Berlín para recibir en mano una carta sellada y regresó a casa en un avión privado dispuesto por Göring. En la mañana del 30 de junio, Heydrich le ordenó por teléfono que la abriera; contenía una lista de camisas pardas que debían ser «eliminados», junto con instrucciones de ocupar el cuartel general de la policía y convocar una reunión de los líderes de las SA. También se ordenó la captura de los almacenes de armas de las SA, la ocupación de sus locales y la toma de aeropuertos y emisoras de radio. Siguió las instrucciones al pie de la letra. Antes del atardecer, no sólo se habían llenado las celdas de la policía de Breslau con numerosos camisas pardas desconcertados, sino que tuvieron que ocupar otras dependencias. Heydrich telefoneó a Müller

repetidas veces para ordenarle la ejecución de los hombres de la lista que no habían partido todavía hacia Munich. Estos hombres fueron conducidos al cuartel general de las SS, donde les arrancaron los galones, y luego llevados a un bosque cercano, donde fueron ejecutados en plena noche.[43]

La mañana siguiente todavía se produjeron detenciones y ejecuciones. En medio de un clima generalizado de violencia, Hitler y sus secuaces aprovecharon la ocasión para saldar cuentas y eliminar rivales personales. Algunos eran intocables, especialmente el general Erich Ludendorff, quien había causado bastantes quebraderos de cabeza a la Gestapo con sus campañas de extrema derecha y antimasonería; el héroe de la Primera Guerra Mundial estaba solo; murió apaciblemente el 20 de diciembre de 1937 y recibió los honores del régimen. Pero en Baviera, el antiguo ministro-presidente Gustav Ritter von Kahr, que había desempeñado un papel destacado en el aborto del *putsch* de Hitler en 1923, fue hecho pedazos por hombres de las SS. El crítico musical Wilhelm Eduard Schmid fue asesinado al ser confundido con Ludwig Schmitt, un antiguo partidario del hermano radical de Gregor Strasser, Otto, que había sido obligado a dimitir del partido a causa de sus puntos de vista revolucionarios y que continuaba su campaña de críticas a Hitler desde la seguridad que le proporcionaba el exilio. El político conservador bávaro Otto Ballerstedt, que había conseguido enviar a Hitler un mes a la prisión de Stadelheim en 1921 por reventar un mitin donde había pronunciado un discurso, fue detenido y ejecutado en Dachau el 1 de julio. Un oficial de las SS, Erich von dem Bach-Zelewski, aprovechó el momento para librarse de un rival, el jefe de la caballería de las SS Anton von Hohberg und Buchwald, que fue muerto a tiros en su propia casa. En Silesia, el jefe regional de las SS Udo von Woyrsch mató de un tiro a un antiguo rival, Emil Sembach, a pesar de que había acordado con Himmler que lo enviaría a Berlín. La violencia también explotó en otra área. En Hirschberg detuvieron a cuatro judíos a los que «dispararon mientras intentaban escapar». El jefe de la liga de veteranos judíos de Glogau fue conducido a un bosque, donde fue asesinado.[44]

A pesar de que estas acciones obedecían a motivaciones personales obvias, los nazis no tardaron en esparcir justificaciones propagandísticas por los asesinatos. Goebbels emitió un largo recuento de la «acción» al día siguiente, alegando que Röhm y Schleicher conspiraban para organizar una «segunda revolución» que hubiera sumido al Reich en el caos. «Todos aquellos que han levantado su puño contra el Führer y su régimen—advirtió, en una generalización que se dirigía a todo tipo de oposición—serán obligados a abrir la mano, si es necesario a la fuerza».[45] A pesar de ello, Hitler todavía tenía que explicar muchas cosas, sobre todo al Ejército, dos de cuyos oficiales había hecho asesinar durante la purga. En unas palabras dirigidas al gabinete el 3 de julio, Hitler adujo que Röhm estaba conspirando contra él con Schleicher, Gregor Strasser y el gobierno francés desde hacía más de un año. Se había visto obligado a actuar porque existían amenazas de que la trama culminara en un *putsch* el 30 de junio. Si había alguna objeción legal a lo que había hecho, su respuesta era que no era posible procesarlo en semejantes circunstancias. «Si estalla un motín en un barco, el capitán no sólo puede sino que está obligado a aplastarlo inmediatamente». No habría juicio, sino una ley que legalizara retroactivamente lo hecho, respaldada con entusiasmo por el ministro de Justicia del Reich Gürtner. «Su ejemplo es una buena lección para el futuro. Ha reestablecido para siempre la autoridad del Reich».[46] Goebbels se concentró en garantizar a la prensa que la acción había contado con un fuerte respaldo con el objetivo de tranquilizar a la opinión pública sobre el restablecimiento del orden. Titulares sensacionalistas manifestaban la gratitud de Blomberg y Hindenburg, mientras que otras noticias recogían «declaraciones de lealtad procedentes de toda Alemania» y «de veneración y admiración por el Führer». En general, los acontecimientos se describieron como una limpieza de elementos peligrosos y degenerados en el movimiento nazi. Algunos dirigentes de los camisas pardas, informó la prensa, habían sido encontrados con «jovencitos», y uno de ellos había sido sorprendido en pleno sueño en «situación muy comprometida».[47]

Cuando se reunió el Reichstag el 13 de julio, Hitler amplió con detalle estas anotaciones en un discurso que se emitió por radio y pudo escucharse a todo volumen en tabernas, bares y plazas a lo largo y ancho del país.

Rodeado de hombres de las SS tocados con cascos de acero, expuso a su audiencia una maraña fantástica y muy elaborada de declaraciones y suposiciones acerca de la conspiración para derribar al régimen. En ella estaban implicados cuatro grupos de descontentos: los matones comunistas que se habían infiltrado en las SA, los líderes políticos que no se habían reconciliado con los resultados del 30 de enero de 1933, los elementos desarraigados que creían en la revolución permanente, y «zánganos» de clase alta que llenaban sus vidas vacías con cotilleos, rumores y conspiraciones. Las tentativas previas de reprimir los excesos de las SA habían sido frustradas, ahora era consciente de ello, porque éstos formaban parte de un complot más amplio para subvertir el orden público. Se había visto obligado a actuar al margen de la ley:

> Si alguien me reprocha no haber recurrido a la justicia ordinaria para que decidiera, mi única respuesta es ésta: ¡en esa hora, yo era el responsable del destino de la nación alemana y, por ello, el Juez Supremo del pueblo alemán! [...]. Di orden de disparar contra los principales grupos responsables de la traición [...]. La nación debe saber que nadie puede amenazar su existencia—una existencia garantizada por la ley interior y el orden—y escapar sin castigo. Todo el mundo debe saber que a aquel que levante la mano contra el Estado, le espera una muerte segura.[48]

La confesión abierta de la ilegalidad absoluta en términos formales de su acción no recibió ninguna crítica de las autoridades judiciales. Al contrario, el Reichstag aplaudió la justificación de Hitler con entusiasmo y aprobó una resolución de agradecimiento. El secretario de Estado Meissner le envió un telegrama en nombre del presidente enfermo Hindenburg dándole su aprobación. Pronto se aprobó una ley que daba cobertura legal a la acción con efectos retroactivos.[49]

Algunos agentes socialdemócratas informaron de que, en un primer momento, los acontecimientos habían creado una confusión considerable entre la población. Aquellos que criticaban la acción abiertamente eran detenidos de inmediato. La prensa informó de que la policía había hecho pública una «seria advertencia a los elementos subversivos y a los agitadores». «Amenaza de campo de concentración» para «los propaladores de rumores y los que insulten y calumnien al movimiento y a su Führer». La ola de represión, que a principios de agosto todavía continuaba, dejó a la población una sensación de miedo al futuro, de temor a ser objeto de una

detención. Muchos sospechaban que en los acontecimientos del 30 de junio habían pasado más cosas de las que se sabían, y las autoridades de la policía local informaron sobre la expansión de una atmósfera de rumores y especulaciones, «protestas» y «críticas». En un memorando interno, el Ministerio de Propaganda señaló con alarma la «circulación de un sinfín de rumores disparatados». La campaña de prensa que se orquestó a continuación no pudo contener tales sentimientos. Las divisiones que el conflicto puso de relieve provocaron que los antiguos socialdemócratas y nacionalistas se sintieran optimistas sobre «el cercano final de Hitler».[50] De todas formas, la mayoría de la gente se sentía aliviada porque Hitler había actuado al fin contra los «espadones pardos» y porque las calles, según parecía, se habían librado de los excesos y desórdenes de los camisas pardas borrachos.[51]

Una reacción habitual fue la de la maestra de escuela de Hamburgo Luise Solmitz, que vivió con entusiasmo la formación del gabinete de coalición y el Día de Potsdam de 1933 («¡ese día tan bello, grande e inolvidable para Alemania!»), pero que empezó a preocuparse por las posibles tendencias socialistas del régimen cuando comenzó a confiscar las propiedades de judíos emigrados como Albert Einstein («No deberían hacerlo. No se puede confundir el concepto de propiedad; es bolchevismo sin bolchevismo»). Como muchos otros, Solmitz describió el 30 de junio de 1934 como «el día que desbarató nuestros sentimientos más íntimos». A medias convencida de las «transgresiones morales» de algunos de los hombres asesinados («una desgracia para toda Alemania»), pasaba las horas intercambiando rumores con los amigos y escuchando la radio sin aliento en casa de una amiga para conocer las últimas noticias. Pero cuando empezaron a saberse los detalles, se sintió llena de admiración por la conducta de Hitler. «El coraje individual, la decisión y la efectividad que demostró en Munich son únicos». Le comparó con Federico el Grande de Prusia y con Napoleón. El hecho que, según apuntó, «no hubo juicios militares sumarísimos» sólo hacía crecer su admiración. Estaba absolutamente convencida de que Röhm había planeado un levantamiento con Schleicher.

Ésta había sido la última de las muchas aventuras políticas poco fiables del antiguo canciller, apuntó Luise Solmitz. Su credulidad y su alivio eran típicos de la mayoría de los alemanes de clase media tras la confusión del primer momento. Habían dado su apoyo a Hitler porque a mediados de 1933 había restablecido el orden en las calles y la estabilidad en la escena política, y ahora lo había conseguido una segunda vez. El día después de la acción, las masas se reunieron enfrente de la Cancillería del Reich y el Ministerio de Propaganda cantando el himno de Horst Wessel y proclamando su lealtad al Führer, aunque no se puede determinar si lo hicieron motivados por el entusiasmo, el nerviosismo o la sensación de alivio. Era comúnmente aceptado que la posición de Hitler se había visto fortalecida por su rapidez y decisión. En las mentes de muchos, ello contrastaba más que antes con la radicalidad y desorden del partido.[52] Algunos, como el antiguo socialdemócrata Jochen Klepper, estaban conmocionados por el asesinato de la esposa de Schleicher, que no podía ser sospechosa de nada.[53] Sólo los más hostiles comentaron con amargura que el único inconveniente de la purga era que se había ejecutado a demasiados pocos nazis.[54]

Las dimensiones de la purga habían sido considerables. Hitler en persona dijo en el Reichstag el 13 de julio de 1934 que se había matado a 74 personas, mientras que Göring había detenido él solo a más de mil personas. Se sabe que como mínimo 85 personas fueron asesinadas sumariamente sin haber sido sometidas a procedimiento legal alguno.[55] Doce de los muertos eran diputados del Reichstag. La mayoría de líderes de las SA y sus hombres no sospechaban nada; en efecto, muchos de ellos fueron a la muerte en la creencia de que su detención y ejecución había sido ordenada por el Ejército y jurando lealtad eterna al «Führer». En los días y semanas siguientes, prosiguieron las detenciones y destituciones, en particular de los elementos más camorristas y corruptos de los camisas pardas. El alcoholismo, la homosexualidad, la malversación, el comportamiento desenfrenado, todo lo que había proporcionado notoriedad pública a los camisas pardas en los meses precedentes, fue purgado de forma implacable. Los alborotos regados con alcohol que caracterizaban a los miembros de las SA continuaron, pero a una escala menos peligrosa que

en los meses anteriores al 30 de junio de 1934. Desilusionados, sin un papel determinado e incapaces de hacer valer sus derechos, los camisas pardas empezaron a abandonar la organización en masa—100.000 hombres sólo entre agosto y septiembre—. De unos efectivos de 2,9 millones de hombres en agosto de 1934, las SA pasaron a tener 1,6 millones en octubre de 1935 y 1,2 millones en abril de 1938. Los requisitos de ingreso pasaron a ser muy estrictos, y las cuotas impuestas limitaron el reclutamiento. El descenso del desempleo y, desde 1935, la introducción del servicio militar obligatorio, apartaron a muchos de los jóvenes que de otro modo se hubieran alistado.[56]

Aunque ya no suponían una amenaza para el Ejército y el Estado, el potencial violento y agresivo de los camisas pardas sobrevivió. El informe de un líder de las SA sobre los acontecimientos acaecidos en un campamento de camisas pardas en una sola noche durante la manifestación del partido en Nuremberg en 1934 da una clara indicación de este hecho. Todo el mundo estaba borracho, apuntó, y una gran pelea entre dos grupos regionales dejó varios heridos por arma blanca. A su regreso al campamento, atacaron coches, arrojaron botellas y piedras a las ventanillas e hirieron a sus ocupantes. La fuerza policial de Nuremberg fue movilizada al completo para intentar sofocar los alborotos. Un camisa parda fue arrastrado fuera de la letrina del campamento, donde había caído a causa de un coma etílico, y murió por envenenamiento por gas de cloro al cabo de un rato. El campamento no se calmó hasta las cuatro de la madrugada, hora en que habían sido asesinados seis hombres, treinta habían resultado heridos y otros veinte habían recibido daños al saltar dentro y fuera de coches y camiones, quedar suspendidos de los lados o caer de la parte trasera mientras el vehículo estaba en movimiento. Incidentes de este tipo se repitieron en más ocasiones. Escarmentadas, reducidas en número, privadas de autonomía y—según decían los dirigentes nazis—purgadas de sus elementos más extremos, corruptos y violentos, las SA seguían siendo una fuente de violencia siempre que el régimen las necesitaba y, a veces, cuando no las necesitaba.[57]

Mientras tanto, el Ejército respiraba con alivio. El general Blomberg expresó su gratitud, garantizó a Hitler la absoluta devoción del Ejército y le felicitó por su «decisión de soldado» a la hora de enfrentarse a los

«traidores y los asesinos». El general Von Reichenau explicó el asesinato a sangre fría de uno de los más prominentes veteranos del Ejército, Kurt von Schleicher, en un comunicado en que daba por seguro que había conspirado con Röhm y las potencias extranjeras para derrocar el Estado y que había sido disparado mientras ofrecía resistencia a su detención. No decía nada sobre si su esposa, también asesinada, estaba implicada en el asunto. Oficiales del Ejército descorcharon botellas de champaña en una comida de celebración. Desde jóvenes encendidos como el teniente Claus von Stauffenberg, para quien la acción había sido como reventarse un grano, hasta oficiales veteranos como el mayor general Erwin von Witzleben, quien dijo a sus compañeros que le hubiera gustado presenciar la muerte de Röhm, todos se regocijaron hasta tal extremo que incluso a Blomberg le pareció indecoroso. Sólo un hombre, el capitán retirado y antiguo funcionario de la Cancillería del Reich, Erwin Planck, consideró que la alegría del Ejército era un error. «Si os quedáis mirando sin levantar un dedo—le dijo al general Von Fritsch—seguiréis el mismo camino más pronto que tarde».[58]

REPRESIÓN Y RESISTENCIA

I

Mientras estos acontecimientos se habían ido desarrollando, la salud del presidente del Reich Hindenburg se había ido deteriorando. En una visita del 1 de agosto a Neudeck, el jefe de Estado y antiguo líder militar de la Primera Guerra Mundial se dirigió a Hitler como «Majestad», tomándolo evidentemente por el káiser en una confusión que ejemplifica de modo muy gráfico el giro en el equilibrio de poderes entre los dos hombres que había tenido lugar durante los dieciocho meses precedentes.[59] Dado el deterioro físico y mental del anciano, los médicos de Hindenburg comunicaron a Hitler que al presidente sólo le quedaban veinticuatro horas de vida. De regreso a Berlín, Hitler convocó una reunión del gabinete para esa misma noche. Sin esperar a la muerte del anciano, el gabinete aprobó un decreto de fusión de la presidencia y la Cancillería por el que se transferían los poderes de la primera a la segunda y que entraría en vigor en el mismo momento de la muerte de Hindenburg. Hitler no tuvo que esperar mucho. A las nueve de la mañana del 2 de agosto de 1934, el presidente entregó el alma. Para muchos conservadores alemanes su muerte significó el fin de una era. Hindenburg era, según anotó Luise Solmitz en su diario, «un auténtico luchador y un ser humano intachable» que se había llevado «su era, nuestra era, a la tumba». También se había llevado su cargo. El título de presidente del Reich, anunció Hitler, estaba «inseparablemente unido al nombre del fallecido». No estaría bien que él lo utilizara. En el futuro, Hitler sería conocido como el «Führer y canciller del Reich». Se aprobó una ley a estos efectos que sería ratificada en un plebiscito a nivel nacional celebrado el 19 de agosto.[60]

Con esta ley, Hitler se convirtió en el jefe de Estado en toda la amplitud del término. El atributo más importante del cargo era que las Fuerzas Armadas habían jurado lealtad al jefe de Estado. El 2 de agosto de 1934 se convocó a las tropas en toda Alemania y se les hizo prestar un nuevo juramento formulado por el general Von Reichenau sin consultarlo a Hitler. El viejo juramento prometía lealtad a la entidad abstracta de la República de Weimar y a la persona del presidente, fuera éste quien fuera. El nuevo era muy diferente: «Juro por Dios que prestaré obediencia incondicional al Führer del Reich y el pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo de las Fuerzas Armadas, y, como soldado valiente que soy, estoy preparado con plena voluntad para arriesgar mi vida por este juramento en cualquier momento».[61] No era una mera formalidad. El juramento de fidelidad era más importante en el Ejército alemán que en las fuerzas equivalentes de cualquier otro país. Era objeto de un entrenamiento específico y de sesiones educativas especiales en las que se ponía énfasis en el deber y el honor y donde se daban ejemplos de las consecuencias que acarreaba romperlo. Lo más importante de todo, quizá, era la inclusión de la promesa de obediencia «incondicional» a Hitler, tanto si sus órdenes eran legales como si no, en contraste con la primacía que se daba en el juramento anterior a la lealtad a la constitución y a las «instituciones legítimas» de la nación alemana.[62]

Algunos oficiales eran perfectamente conscientes del significado del juramento. Unos cuantos de ellos albergaban dudas. La noche después del juramento, el general Ludwig Beck, un oficial de artillería procedente de la clase media, conservador y trabajador infatigable que en 1934 había ascendido hasta convertirse en jefe de la Oficina del Ejército (rebautizada como Estado Mayor del Ejército en 1935), describió el 2 de agosto como «el día más negro» de su vida. Pero la mayoría estaban o bien a favor, dada la manera en que Hitler había cumplido los deseos del Ejército durante el año y medio anterior, o bien no eran conscientes del significado potencial del juramento. Hitler no dudaba de la importancia de lo que había hecho. Después de promulgar, el 20 de agosto de 1934, una ley que daba validez legal retroactiva al nuevo juramento, escribió una carta a Werner von Blomberg, ministro de Defensa, en que expresaba con grandes palabras su

gratitud y prometía que la lealtad del Ejército sería recíproca. También en agradecimiento, Blomberg ordenó que las Fuerzas Armadas se dirigieran a partir de ese momento a Hitler como «mi Führer» en vez del apelativo civil de «señor Hitler» que habían usado hasta entonces.[63] El juramento militar fue el modelo de un juramento similar instaurado por una ley aprobada el 20 de agosto para los funcionarios. Otra vez se prestaba juramento al «Führer del Reich y el pueblo alemán», un cargo desconocido en cualquier otra constitución, una forma de autoridad derivada de la persona de Hitler en vez del Estado alemán.[64]

Los acontecimientos cimentaron el poder de Hitler como «el Führer». Como explicó el joven constitucionalista Ernst Rudolf Huber en 1939, éste no era un cargo gubernamental sino que su legitimidad derivaba de la «voluntad unánime del pueblo»:

> La autoridad del Führer es absoluta y lo abarca todo: en ella confluyen todos los brazos del cuerpo político; cubre todas las facetas de la vida del pueblo; abarca a todos los miembros de la comunidad alemana que han jurado lealtad y obediencia al Führer. La autoridad del Führer no es objeto de revisiones ni controles; no está circunscrita por reservas privadas de derechos individuales celosamente guardados; es libre e independiente, predomina por encima de todo sin trabas.

El parecer de Hitler, afirmaba Huber en su tratamiento de la *Ley Constitucional del Gran Reich Alemán*, que pronto se convirtió en una obra clásica, representaba la voluntad «objetiva» del pueblo, y de esta manera podía contrarrestar la «opinión pública desorientada» y anular la voluntad egoísta de los seres individuales. Como apuntó otro autor, Werner Best, el intelectual nazi que había protagonizado el asunto Boxheim en 1931, la palabra de Hitler era ley y podía pasar por encima de leyes preexistentes. Su poder no emanaba del Estado, sino de la Historia. Poco a poco, el título secundario de canciller del Reich, meramente constitucional, fue dejado de lado.[65]

No sólo Hitler en particular, sino todo el movimiento nazi había despreciado siempre la letra de la ley y las instituciones del Estado. Desde el principio habían actuado fuera de la legalidad, y continuaron haciéndolo incluso cuando aparcaron la idea de un *putsch* directo como manera de conseguir el poder. Para los nazis, las balas y las urnas eran instrumentos de

poder complementarios, no alternativos. Los votos y las elecciones eran concebidos cínicamente como instrumentos de legitimación política formal; la voluntad del pueblo se expresaba no a través de la articulación libre de la opinión pública, sino a través de la persona de Hitler y de la incorporación por el movimiento nazi del destino histórico de los alemanes, tanto si éstos estaban de acuerdo como si no. Además, normas legales comúnmente aceptadas, como la noción de que la gente no debe cometer asesinatos o actos de violencia, destrucción y robos, fueron ignoradas por los nazis porque éstos creían que la historia y los intereses de la raza alemana («aria») justificaban medidas extremas en la crisis que se desató tras la derrota de Alemania en la guerra.[66]

Al mismo tiempo, por lo menos durante los primeros años del Tercer Reich, no se podía ignorar ni anular a voluntad el gran aparato de burocracia del Estado, la judicatura, la policía y los sistemas penitenciario y de asistencia social heredados de la República de Weimar y, más a la larga y en gran medida, del Reich de Bismarck. Existía lo que el politólogo exiliado Ernst Fraenkel llamó *El Estado dual* en el título de su famoso libro, publicado en Estados Unidos en 1941. Por un lado existía el «Estado normativo», ligado por normas, procedimientos, leyes y convenciones, y que tomaba cuerpo en instituciones formales como la Cancillería del Reich, los ministerios, las autoridades locales, etc., y, por otro lado, el «Estado discrecional», un sistema esencialmente al margen de la ley que derivaba su legitimación de la autoridad supralegal del Führer.[67] Teóricos como Huber ponían buen cuidado en distinguir entre «la autoridad del Estado y la autoridad del Führer», y dejaban muy claro que el segundo siempre pasaba por encima del primero. Así, la autoridad del Führer podía sancionar acciones formalmente ilegales como los asesinatos cometidos en la Noche de los Cuchillos Largos, y así dejaban de ser ilegales. Las detenciones, encarcelamientos y asesinatos no eran llevados a cabo por la policía ni por los medios habituales de aplicación de la ley, sino por las SS, y el aparato formal de la ley y el Estado casi tropezó consigo mismo en su carrera por dar a estos actos violentos una apariencia legal. Esta sustitución es la demostración más palpable de que en la Alemania nazi cada vez había menos conflictos serios entre los sistemas «normativo» y «discrecional». El

primero tenía que obedecer cada vez más al segundo, y se fue empapando de su espíritu; se relajaron las normas; se prescindió de las leyes; se abandonaron los escrúpulos. Ya a principios de julio de 1933, Hans-Heinrich Lammers, jefe de gabinete de la Cancillería del Reich, empezó a firmar sus cartas con un «*Heil*, Hitler».[68] A finales de ese mes, todos los funcionarios, incluidos los profesores universitarios, abogados y otros empleados del Estado, tenían instrucciones de utilizar el «saludo alemán» cuando trataran asuntos oficiales. No decir «*Heil*, Hitler» o no hacer el saludo nazi cuando la ocasión parecía exigirlo se empezó a considerar una señal de disidencia.[69] Y éstos sólo eran los signos exteriores de una sumisión que creció rápidamente en intensidad a medida que el régimen se iba asentando.

Ministros como Franz Gürtner, que había sido ministro de Justicia del Reich en los dos gobiernos anteriores a Hitler y que continuaba en el cargo con el Tercer Reich, hizo arduos esfuerzos para dar cobertura legal a la autoridad arbitraria del Führer. Hacerlo requería la invención constante de frases y conceptos que daban la sensación que las órdenes de Hitler eran conformes a las normas y regulaciones legales existentes. En algunos casos, como en la Noche de los Cuchillos Largos, significó la aprobación de una legislación que daba legalidad retroactiva a los actos más descaradamente ilegales del régimen. El 1 de diciembre de 1933 se proclamó formalmente la supremacía del Estado discrecional por encima del Estado normativo en una Ley de garantías de la unidad del partido y el Estado, aunque la vaguedad de los términos con que se expresó la ley implicó que ésta tuviera poca repercusión en la práctica. En realidad, la situación era que continuaba existiendo una interferencia constante entre los órganos del partido y el Estado, con jefes nazis interviniendo en la política estatal y la toma de decisiones en todos los niveles, de las autoridades locales para arriba. Hitler intentó controlar las interferencias ocasionadas por dirigentes regionales del Partido Nazi y otros cargos en los asuntos del Estado, sobre todo en 1934, cuando éstos amenazaban desestabilizar la política económica en diversas áreas. Ahora que el Estado ya estaba en manos nazis, Hitler dijo que el partido tenía que ser sobre todo un instrumento de propaganda. Pero estas palabras también surtieron poco efecto.[70]

Para empezar, Hitler introdujo también una serie de medidas para hacer más efectivo al partido. La descentralización de su organización después de la dimisión de Gregor Strasser a finales de 1932 había ocasionado problemas. La lucha constante entre facciones y las peleas por el poder permitieron que algunos funcionarios espabilados consiguieran reducir la influencia del partido enfrentando facciones. Ansioso por volver a centralizar el partido sin arriesgarse a poner el poder en manos de un rival potencial, Hitler nombró al siempre fiel Rudolf Hess como «lugarteniente del Führer para los asuntos del partido», pero sin control sobre el aparato de organización. El 1 de diciembre de 1933 le dio un puesto en el gabinete. El 27 de julio de 1934, Hitler decretó que todas las leyes y decretos propuestos por los ministros del Reich debían pasar por la oficina de Hess. En 1935, a Hess le fue otorgado el poder de vetar el nombramiento y la promoción de altos funcionarios. Todo ello daba una gran influencia al partido sobre el Estado. Hess solo prácticamente no podía asumirlo. No tenía grandes ambiciones al margen de su abnegación absoluta a la voluntad de Hitler. De todas formas, hubo otra persona que sí utilizó ampliamente sus poderes, el mucho más ambicioso Martin Bormann, jefe del Estado Mayor de Hess desde julio de 1933. Bormann transformó el Estado Mayor del lugarteniente del Führer en un aparato muy elaborado, organizado en varios departamentos y tripulado por hombres leales que compartían su determinación de centralizar el partido y utilizarlo sistemáticamente para crear normas y aprobarlas por medio del funcionariado. En 1935, Bormann se hizo con la gestión del cuartel general rural de Hitler en Obersalzberg, Baviera. Utilizó su presencia en el lugar para actuar como secretario privado de Hitler y ejercer un control cada vez más férreo sobre las visitas al Führer. La rivalidad entre Bormann y la secretaría oficial de Hitler en la Cancillería del Reich, dirigida por el alto funcionario Hans-Heinrich Lammers, era típica del funcionamiento del Tercer Reich. Cuando Hitler estaba en Berlín, Lammers tenía más acceso a él y, en consecuencia, más influencia; pero el Führer pasaba cada vez más tiempo en Obersalzberg, donde Bormann podía denegar el acceso al propio Lammers.[71]

Este tipo de dualidad se repetía en todos los niveles. A medida que amainaba el caos desatado durante la toma del poder en la primera mitad de 1933, en el Tercer Reich empezaron a competir las más diversas instituciones. Gobernadores del Reich, ministros-presidentes y líderes regionales, todos competían por la supremacía en los estados federados, y en Prusia, que comprendía más de la mitad de la superficie de Alemania, también entraban en liza los gobernadores regionales. En abril de 1933, los conflictos se resolvieron en parte con el nombramiento del líder regional del partido de cada estado federado como gobernador del Reich de su área. El 30 de enero de 1934 se dio un paso más cuando, bajo presión del Ministerio del Interior del Reich, a cuyo mando estaba el nazi Wilhelm Frick, se abolieron por ley los estados federados junto con sus gobiernos, parlamentos y ministerios, que pasaron a depender del correspondiente ministerio del Reich. De ese modo se erradicaba el modelo federal que había caracterizado el sistema político alemán desde hacía más de mil años, y volvería a hacerlo después de 1945. Sin embargo, se mantuvieron algunos elementos del federalismo, de manera que el proceso de disolución no fue total. Los líderes regionales del partido mantuvieron su posición como gobernadores del Reich, y continuaron ocupando posiciones de poder dentro de la jerarquía del partido. Ejercían una influencia considerable en los asuntos locales y regionales, aunque al abolir las elecciones municipales, la Ley de gobierno local del Reich de 1935 había entregado la competencia sobre designación de alcaldes al Ministerio del Interior en Berlín. Este estado de cosas atizó la hostilidad de los jefes de distrito [*Kreisleiter*] del partido, quienes solían aprovechar el derecho de participación en la designación de funcionarios acordada por la ley para interferir en los gobiernos municipales y situar a compinches y clientes en cargos para los que a menudo no estaban preparados.[72]

Estas rencillas, no hace falta decirlo, no significaban un problema real para el liderazgo nazi ni sus políticas. Después de las purgas de 1933, una amplia mayoría de los burócratas del Estado eran o bien miembros del partido o bien simpatizaban con el movimiento. Lo mismo se puede decir de los jefes de algunos de los ministerios clave de Berlín. Figuras importantes del movimiento como Hermann Göring, que se las arregló para

evitar que se pusieran en marcha la mayoría de cambios propuestos en la administración de Prusia, reforzaban sus posiciones. En efecto, los enfrentamientos entre líderes regionales garantizaban que la reforma nunca fuera tan lejos como pretendía el Ministerio del Interior del Reich, de manera que la estructura administrativa de los diversos estados federados permaneció prácticamente intacta incluso después de la abolición de buena parte de su autonomía y de cualquier vestigio de sus instituciones representativas.[73] En la administración del Tercer Reich nada funcionaba como era debido, y la idea de que fue un Estado con un funcionamiento tranquilo y completamente centralizado fue desechada hace mucho tiempo por los historiadores. En lugar de eso, el caos de instituciones que competían entre sí y de conflictos de competencias impidió de manera harto efectiva que la maquinaria del Estado «normativo» se impusiera a las intervenciones arbitrarias del aparato «discrecional» y la condenó al lento declive de su poder y autonomía.

Mientras tanto, después de las turbulencias del verano y comienzos de otoño de 1934, Hitler empezó a preparar el terreno ante la eventualidad de que quedara incapacitado o fuera asesinado. No fue Hess, ni tampoco Himmler, el protagonista de la Noche de los Cuchillos Largos, sino la figura temible, implacable y decisiva de Hermann Göring. El 7 de diciembre de 1934, Hitler publicó un decreto por el que convertía a Göring en su «lugarteniente en todas las vertientes del gobierno nacional» en caso de que él no pudiera asumir sus obligaciones. Unos días después, la posición de Hermann Göring como segundo hombre fuerte del Tercer Reich se vio cimentada por otra ley, aprobada el 13 de diciembre, con la que Hitler nombraba sucesor a Göring, y daba órdenes al funcionariado, el Ejército, las SA y las SS de jurarle fidelidad personal inmediatamente después de su muerte. Göring iba a utilizar la decisión durante los próximos años para crearse una posición tan poderosa dentro del Tercer Reich, que, como se ha dicho, llegó a construir un Estado dentro del Estado. Lo que también demuestra su designación como lugarteniente y sucesor de Hitler, de todas formas, es la rapidez con que la distribución real y formal del poder dentro del Tercer Reich después de la muerte de Hindenburg se había convertido en una cuestión de personalidades más que de normas constitucionales y

regulaciones. El Tercer Reich ya era una dictadura hecha y derecha en la que el Führer podía hacer su voluntad, incluso nombrar su propio sucesor sin encomendarse a nadie.[74]

II

Nada evidenciaba mejor la naturaleza personalista de la autoridad de Hitler que el poder ascendente de las SS. Creadas en origen como guardia personal y «Escuadra de Protección» [*Schutzstaffel*, de aquí la abreviatura SS] de Hitler, sólo le debían obediencia a él y no obedecían otra ley que la suya propia. Heinrich Himmler, su jefe desde 1929, las hizo crecer rápidamente hasta llegar a más de 50.000 hombres en la primavera de 1933. De esta fuerza tan numerosa, Hitler seleccionó nuevamente una elite para formar una nueva guardia rebautizada como «Guardia de Corps de Adolf Hitler» en septiembre de 1933; otros grupos de elite de hombres de las SS fueron organizados en destacamentos especiales a disposición de Hitler para trabajos concretos de policía, terror y operaciones como la Noche de los Cuchillos Largos.[75] Pero ya en 1934, Himmler pensaba en las SS en términos más ambiciosos que una simple fuerza especial de tropas leales para ser utilizados por Hitler siempre que los necesitara. Concibió la ambición de convertir las SS en la elite del nuevo orden racial nazi. En contraste deliberado con el desorden plebeyo de los camisas pardas, Himmler se proponía que sus SS fueran estrictamente disciplinados, puritanos, de pura raza y absolutamente obedientes, e incorporaran a los hombres que considerara los mejores elementos de la raza alemana. Poco a poco, se fue licenciando a la vieja guardia de hombres de las SS, con historiales de violencia que se remontaban a menudo a la época de los Cuerpos Libres en los primeros años de la República de Weimar, y fue reemplazada por una generación de oficiales más joven y más culta.[76]

Himmler diseñó una elaborada jerarquía de oficiales de las SS en que cada nivel tenía su propia denominación rimbombante—jefe superior de grupo, jefe de estandarte [*Obergruppenführer*, *Standartenführer*], etc.—y unas sutiles indicaciones de estatus cosidas en las insignias de los pulcros uniformes de estilo militar que vestían todos los oficiales. Los nuevos

uniformes llevaban no sólo la insignia original de la organización con la calavera de plata, sino también una versión pseudorrúnica de las letras «SS», parecidas a dos rayos de luz; las máquinas de escribir de las SS fueron adaptadas para la utilización de los caracteres rúnicos en la correspondencia y memorandos oficiales. Siguieron más grados e insignias. Himmler recaudaba fondos para la organización repartiendo títulos honoríficos como «miembro patrocinador» a los donantes, y empezó a llegar dinero de industriales, banqueros y hombres de negocios. Entre los «Amigos de Himmler», otra fuente de recursos, había hombres como el banquero Friedrich Flick, el director de I. G. Farben Heinrich Bütefisch y representantes de firmas como Siemens-Schückert, Deutsche Bank, Rheinmetall-Borsig y la línea marítima Hamburg-America. Como recompensa, muchos de estos hombres recibían cargos honoríficos de las SS. No hay duda de que se daban cuenta de que esto era más que un simple gesto, ya que la asociación con las SS les podía proteger del celo excesivo de algunos miembros del partido sobre sus negocios. No es extraño que en septiembre de 1939 la revista impulsada por Himmler para sus «amigos» llegara a tener una circulación de 365.000 ejemplares y que las contribuciones económicas de estos «amigos» se situaran entre medio millón y un millón de marcos al año.[77]

Todo esto amenazaba con diluir la exclusividad y el carácter elitista de las SS, de manera que entre 1933 y 1935 Himmler expulsó a no menos de 60.000 hombres de sus abultadas filas. Purgó especialmente a homosexuales, alcohólicos y hombres que se habían alistado por oportunismo y no eran nazis absolutamente convencidos. A partir de 1935, pidió pruebas de ancestros arios puros, como él los llamaba, eliminando a 1.800 hombres en la base y a 1.750 oficiales. Tanto los miembros como los aspirantes peinaron minuciosamente las parroquias en busca de pruebas de su pureza o contrataron a genealogistas profesionales para que lo hicieran por ellos. Los reclutas tenían que pasar un examen físico para confirmar sus cualidades «arias»; Himmler consideraba que, con el tiempo, después de una evolución racial dirigida convenientemente, sólo se aceptarían hombres rubios. Desde 1931, todos los hombres de las SS tenían que recibir un permiso especial de Himmler o de su oficina para contraer matrimonio; sólo

se concedía si la prometida también era idónea desde el punto de vista racial.[78] Pero esta planificación estuvo lejos del ideal. Por ejemplo, de las 106.304 solicitudes presentadas para obtener un certificado de matrimonio entre 1932 y 1940, sólo 958 fueron rechazadas, a pesar de que sólo 7.518 hombres habían satisfecho todos los requisitos. Los pocos centenares de hombres expulsados por contravenir las normas de matrimonio acabaron siendo readmitidos. La nueva elite racial todavía tardaría en llegar.[79]

La elite formada por las SS fue adquiriendo gradualmente una caracterización diferente de la supremacía racial que pretendía Himmler en origen. Era, por encima de todo, y en contraste con las SA, un grupo con un alto nivel de instrucción.[80] Figuras importantes de las SS como Werner Best, Otto Ohlendorf, Walter Schellenberg y Franz Six poseían carreras universitarias, incluso doctorados; nacidos en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, eran demasiado jóvenes como para haber luchado en el frente, pero estaban imbuidos del fanatismo nacionalista que predominaba en las universidades en los años veinte. Llegados a la madurez en una era de incertidumbre, habían perdido su brújula moral, o quizá nunca llegaron a tener una, por la continuidad de los cambios políticos, la pérdida de valor del dinero y la imposibilidad aparente de obtener un puesto de trabajo fijo o seguir una carrera estable. Para hombres jóvenes como ellos, sólo el movimiento nazi parecía ofrecer una identidad sólida, certidumbres morales y una perspectiva de futuro. Otto Ohlendorf, nacido en 1907 en una familia protestante acomodada de agricultores de tendencias políticas conservadoras y nacionalistas, era un hombre típico de su generación. Ohlendorf se afilió a los camisas pardas en 1925 cuando todavía iba a la escuela secundaria y fue transferido a las SS en 1927, cuando se afilió al Partido Nazi. Entre 1928 y 1931 estudió Derecho y Ciencia Política en las universidades de Leipzig y Göttingen, y más tarde pasó un año en la Universidad de Pavía para estudiar el fascismo italiano. La experiencia lo desilusionó por la rigidez del «Estado corporativo», pero desvió su atención hacia la economía, que empezó a estudiar seriamente, aunque fracasó en su intento por obtener el doctorado y seguir una carrera académica. Desde 1936 se concentró en desarrollar sus ideas dentro de las SS, donde fue nombrado director de la sección

económica del Servicio de Seguridad [*Sicherheitsdienst* o SD], puesto donde sus ataques a la economía nazi por perjudicar a las clases medias le acarrearon problemas pero también le proporcionaron fama de persona inteligente y que se imponía con facilidad. Fueron probablemente estas cualidades, que indicaban su facilidad para resumir y articular ideas difícilmente digeribles, las que le llevaron en septiembre de 1939 a la posición de director de las áreas de habla alemana donde el Servicio de Seguridad realizaba operaciones.[81]

El Servicio de Seguridad se originó por unos informes de 1931 sobre la presencia de enemigos infiltrados en las filas del Partido Nazi. Himmler estableció el Servicio de Seguridad para investigar las sospechas, y puso el asunto en manos de un hombre que con posterioridad se convertiría quizá en la figura del régimen nazi más universalmente temida y cordialmente odiada, Reinhard Heydrich. Nacido en 1904 en una familia culta de clase media—su padre era cantante de ópera y su madre, actriz—Heydrich era un violinista competente que, según decían sus coetáneos, tocaba con tanto sentimiento que a menudo terminaba llorando mientras lo hacía. Alto, delgado y rubio, algunos opinaban que sólo la estrechez de su cara y sus ojos excesivamente pequeños y juntos estropeaban su apariencia francamente impresionante. Era también un espadachín experto y sobresalía en la esgrima. A los dieciséis años se alistó a los Cuerpos Libres, entró en la Armada en 1922 como cadete y en 1928, trabajando en el departamento de señales, fue nombrado teniente. Su futuro en las Fuerzas Armadas parecía afianzado.[82] Pero Heydrich hacía enemigos con facilidad. A la marinería no le gustaban sus modales abruptos y despóticos, y se burlaba de su voz aguda, casi de falsete. Sus numerosos escarceos amorosos lo violentaron con sus superiores cuando el padre de una de las chicas, director de I. G. Farben y amigo del almirante Raeder, comandante en jefe de la Armada, presentó una queja contra él; no era sólo que la chica estuviera embarazada, sino que en el tribunal naval de honor reunido para ver el caso, Heydrich intentó cargarla a ella con las culpas con gran escándalo de los oficiales, lo que provocó su expulsión de la Armada en 1931. Tras casarse con su nueva novia, Lina von Osten, que tenía convicciones nazis muy arraigadas y vínculos familiares con el jefe de las SS en Munich, el barón Karl von

Eberstein, Heydrich encontró una nueva ocupación en las SS, donde fue puesto a trabajar de inmediato en la búsqueda de infiltrados. Realizó la tarea de forma tan concienzuda que convenció a Himmler de que el Servicio de Seguridad tenía que ampliar su esfera de acción para convertirse en el núcleo de una nueva policía y fuerza de vigilancia alemanas. La minuciosidad de sus investigaciones desató la hostilidad de un buen número de nazis de la vieja guardia, como el líder regional de Halle-Merseburg, que contraatacó con la acusación maliciosa de que Heydrich tenía sangre judía. La investigación ordenada por Gregor Strasser, en ese momento jefe de organización del Partido Nazi, llegó a la conclusión de que las acusaciones eran falsas, aunque persiguieron a Heydrich durante toda su trayectoria y han ido resurgiendo periódicamente desde su muerte.[83]

Nada de esto impidió el ascenso meteórico de Heydrich al poder dentro de las SS. Poco dado al sentimentalismo, frío, eficiente, hambriento de poder y convencido del todo de que el fin justifica los medios, persuadió pronto a Himmler de su ambiciosa visión de las SS y su Servicio de Seguridad como el núcleo de un nuevo sistema global de policía y control. Ya el 9 de marzo de 1933, ambos hombres se hicieron con el control de la policía de Baviera, desgajaron la sección política e instalaron a hombres del Servicio de Seguridad de las SS en algunos puestos claves. Una detrás de otra, se hicieron con el control de las policías de todos los estados federados con el respaldo del ministro del Interior del Reich, el centralista Wilhelm Frick. Llegados a este punto, su plan de crear un sistema unificado de policía política para toda la nación topó con un obstáculo importante en la figura formidable de Hermann Göring, ministro-presidente de Prusia, que el 30 de noviembre de 1933 había establecido un servicio separado de policía política en Prusia. La policía de Göring partía de la sección política de la policía de Berlín, que había actuado como centro de información sobre los comunistas durante la República de Weimar y estaba dotada de policías profesionales dirigidos por el oficial de carrera Rudolf Diels. La fuerza independiente de Göring era conocida como la policía secreta del Estado, *Geheime Staatspolizei* o, para abreviar, Gestapo.[84]

Los conflictos de los primeros meses de 1934 se resolvieron por la necesidad de Göring de contrarrestar a los camisas pardas de Röhm, que veía como una creciente amenaza. Durante 1933, Diels había cumplido el programa nazi con entusiasmo, pero su profesionalidad no era adecuada en la lucha a toda costa contra los camisas pardas. El 20 de abril de 1934 Göring lo sustituyó por Himmler al frente de la Gestapo.[85] Desde ese momento, Himmler y Heydrich enfrentaron a Göring y Frick y obtuvieron más margen de maniobra al cortarse los vínculos formales entre las SS y las SA después de la Noche de los Cuchillos Largos. Göring y Frick se vieron obligados a reconocer que no eran capaces de controlar la Gestapo a pesar de los poderes que pretendían poseer sobre ella. Mientras Göring arrojó la toalla en noviembre de 1934, Frick y el Ministerio del Interior continuaron plantando batalla por la vía burocrática. Ésta se resolvió finalmente a favor de Himmler en 1936. Una nueva ley, aprobada el 10 de febrero, sacó a la Gestapo de la jurisdicción de la Justicia, de modo que desde entonces no tuvo que dar cuenta de sus acciones. Un decreto promulgado por Hitler el 17 de junio nombró a Himmler jefe de la Policía Alemana. Desde ese cargo, Himmler colocó a Heydrich a cargo de la Gestapo y la Policía Criminal, así como del Servicio de Seguridad de las SS, mientras que la policía uniformada también estaba a cargo de un hombre de las SS, Kurt Daluege. La policía y las SS empezaron a fusionarse en efecto; un número creciente de policías profesionales se alistaron a las SS y hombres de las SS ocuparon un número creciente de cargos dentro de las fuerzas de la policía. Así, un estamento clave del Reich para la ejecución de la ley empezó a trasladarse de forma decidida desde el Estado «normativo» al «discrecional», una transición simbolizada en 1939 por la subordinación del Servicio de Seguridad de las SS y la policía de seguridad a la Oficina de Seguridad del Reich, controlada por Himmler y Heydrich.[86]

III

El elaborado aparato policial y represivo del Tercer Reich se orientó, en primer lugar, a la persecución y detención de los enemigos del nazismo dentro de Alemania. En los primeros años de la dictadura, sólo los

comunistas y los socialdemócratas presentaban oposición de forma organizada. Los partidos de izquierdas habían ganado 13,1 millones de votos en las últimas elecciones libres que se habían celebrado en Alemania, en noviembre de 1932, frente a 11,7 millones de votos de los nazis. Representaban un grueso importante del electorado. Con todo, no disponían de medios para hacer frente a la violencia nazi de manera efectiva. En los primeros meses de 1933, sus respectivos aparatos habían sido barridos por completo junto con los de sus brazos paramilitares, la Liga de Combatientes del Frente Rojo y la Bandera del Reich [*Reichsbanner*], y organizaciones hermanas como los sindicatos; sus líderes estaban en el exilio o en prisión, sus millones de miembros y partidarios, muchos de ellos con un largo historial de compromiso con la causa, aislados y desorientados. Los antiguos activistas estaban bajo vigilancia más o menos permanente y su correspondencia y contactos, también. Divididos, hostiles los unos contra los otros y pillados por sorpresa por la rapidez e implacabilidad del ascenso al poder por parte de los nazis, al principio no supieron cómo reaccionar. La organización de alguna forma de resistencia efectiva parecía totalmente imposible.[87]

Aun así, de alguna manera, los socialdemócratas y los comunistas estaban mejor preparados para la resistencia que cualquier otro grupo en la Alemania nazi. El movimiento obrero había sido ilegalizado o suprimido en el pasado, bajo la represión policial de Metternich a principios del siglo XIX, durante la reacción posrevolucionaria de la década de 1850 y principios de 1860, y, sobre todo, durante la época de la Ley antisocialista de Bismarck entre 1878 y 1890. Pasar a la clandestinidad no era nada nuevo. En efecto, algunos veteranos de la Ley antisocialista, cuando los socialdemócratas habían desarrollado una red secreta de contactos y comunicaciones, todavía estaban en activo cuarenta y pico años después, bajo los nazis. Animados por sus historias de heroísmo y su osadía en la década de 1880, y desilusionados por los compromisos adquiridos por el partido durante los últimos años de la República de Weimar, muchos jóvenes socialdemócratas saboreaban la perspectiva de regresar a la tradición revolucionaria. Si el gran hombre de Estado Bismarck no había conseguido aplastarlos, era poco probable que Hitler, el demagogo de la cervecería, lo hiciera. Rápidamente,

los activistas socialdemócratas empezaron a elaborar octavillas ilegales, panfletos y periódicos y a distribuirlos clandestinamente entre simpatizantes para probar y fortalecer su determinación de resistirse a los intentos del nuevo régimen de aniquilarlos. Muchos compartían la creencia, fundamentada en la teoría marxista que todavía dominaba la ideología de los socialdemócratas de la época, que era poco probable que el régimen nazi durara mucho tiempo. Era la última tentativa a la desesperada para la supervivencia del sistema capitalista, sumido en su peor crisis por el *crack* bursátil de 1929. Lo único que tenían que hacer era permanecer unidos y prepararse para la autodestrucción del Tercer Reich. Si difundían información clara y precisa de la situación real en Alemania, podrían destruir los pilares ideológicos del régimen y poner a las masas en condiciones de reaccionar.[88]

En muchos lugares de Alemania, sobre todo en las áreas industriales, con una larga tradición de solidaridad obrera, se organizaron grupos clandestinos que pasaron rápidamente a la acción. Los socialdemócratas lograron reorganizarse para proseguir sus actividades en secreto incluso en entornos menos seguros. En Hannover, por ejemplo, el joven Werner Blumenberg, que más adelante se labró una reputación como especialista en Marx, organizó un «Frente Socialista» que contó con unos 250 miembros y produjo una serie de circulares mimeografiadas, los *Sozialistische Blätter*, en ediciones de 1.500 ejemplares que se distribuían entre sus contactos en toda la región.[89] En las ciudades bávaras de Augsburgo y Regensburgo, e incluso en la «capital» del movimiento nazi, Munich, se establecieron grupos similares pero más reducidos. Entre sus actividades también estuvieron colgar carteles en las calles en plena noche y urgir a la población para que votara «no» en el plebiscito del 19 de agosto de 1934. En los centros de trabajo se dejaban octavillas con eslóganes o noticias breves con críticas a la descripción de los acontecimientos que hacía la maquinaria nazi de propaganda. En toda Alemania, miles de antiguos activistas del Partido Socialdemócrata se dedicaron a tales actividades. Éstos se concentraron particularmente en mantener contactos con los líderes del partido en el exilio de Praga. Su objetivo no era sólo levantar a las masas, sino mantener en el redil a los leales del partido y los sindicatos y esperar la llegada de

tiempos mejores. La mayoría de ellos vivían una doble vida, manteniendo una actitud de conformidad con el régimen de cara al exterior, pero comprometidos en secreto con las actividades de la resistencia en su tiempo libre. Algunos conseguían las octavillas y periódicos que imprimía la organización del partido en el exilio, como el *Neue Vorwärts* en viajes al otro lado de la frontera, los introducían clandestinamente a Alemania y los distribuían entre otros miembros del partido. Y, a su vez, proporcionaban información detallada de la situación en Alemania a la cúpula en el exilio, suministrando mes a mes una valoración notablemente lúcida y cada vez más realista de las posibilidades de organizar una revuelta.[90]

Con todo, estas actividades tenían pocas oportunidades de conseguir el más básico de sus objetivos, el de mantener la solidaridad entre los antiguos socialdemócratas, y mucho menos el de difundir su mensaje de resistencia entre las masas. Había muchas razones para ello. La resistencia no tenía un liderazgo. Los socialdemócratas más destacados habían marchado en su mayor parte al exilio. Los que decidieron quedarse eran demasiado conocidos como para escapar a la atención de la policía por mucho tiempo: el diputado del parlamento de Silesia Otto Buchwitz, por ejemplo, consiguió escapar por un pelo muchas veces en sus viajes por toda Alemania para distribuir propaganda ilegal del partido hasta que asumió lo inevitable y permitió que el movimiento clandestino lo trasladara a Dinamarca a principios de agosto de 1933.[91] A esas alturas, casi todos los otros líderes socialdemócratas que se habían quedado en Alemania estaban en prisión, en un campo de concentración, silenciados o muertos. La cúpula en el exilio fue un sustituto poco eficaz. Su posición poco comprometida enojó a la mayoría de camaradas que habían decidido permanecer en Alemania en 1933, y la cosa se puso peor en enero de 1934 con la publicación del «Manifiesto de Praga», en que reclamaban una política radical de expropiación para destruir las grandes empresas y las grandes propiedades rurales una vez Hitler hubiera sido derrocado.[92] Para muchos grupos internos de oposición, el manifiesto era intragable; no convenció a nadie de que la cúpula del partido se hubiera deshecho de la pasividad y el fatalismo que le impidió resistir en 1932-1933.[93] Decepcionados con lo que veían como una posición de debilidad, surgieron otros grupos más pequeños

y radicales que actuaron de forma independiente, con nombres como Liga Internacional de Combatientes Socialistas, Socialistas Revolucionarios de Alemania o Tropas de Choque Rojas (una organización circunscrita solamente a Berlín). Estos grupos, a su vez, se enfrentaron a otros grupos clandestinos que permanecían leales a la cúpula de Praga, discutiendo no sólo sobre las políticas sino también sobre las tácticas.[94]

En esas circunstancias, la idea de levantar a las masas en una oposición directa al régimen, el objetivo que perseguiría un movimiento clandestino europeo, estaba condenada al fracaso. Encontrar una base entre las masas era prácticamente imposible. Los restos, hechos jirones, de los hombres de la cultura del movimiento obrero que permanecían bajo el Tercer Reich eran pocos y de escaso relieve. La «coordinación» nazi de la vida asociativa de todo tipo en pueblos y ciudades había sido exhaustiva. Círculos de criadores de conejos, clubes deportivos y grupos similares que habían cambiado sus nombres, descartando los términos socialdemócratas, pero conservando los mismos responsables y miembros fueron detectados rápidamente y clausurados por la policía o las autoridades municipales. De este modo, la resistencia socialdemócrata nunca pudo expandirse más allá de pequeños grupos de elite muy concretos. Además, el régimen nazi no podía ser definido de modo convincente, como sí lo fueron los regímenes de Metternich y Bismarck, como típico de una pequeña elite autoritaria; por el contrario, desde el primer momento su retórica afirmaba que representaba al pueblo en conjunto, movilizándolo para que apoyara la creación de un nuevo Estado que superaría las divisiones internas y crearía una nueva comunidad nacional para la raza alemana. Los activistas socialdemócratas tuvieron que conformarse a esta realidad tan desalentadora.[95]

Probablemente, detrás de las altas cifras de abstención registradas en las elecciones anuales exigidas por la ley para designar a los diputados en 1934 y 1935 estaba la lealtad a la memoria de los sindicatos cercanos a la socialdemocracia. Había tantos votos en blanco o nulos que los resultados se mantuvieron en secreto y finalmente se abandonó el procedimiento.[96] La Gestapo localizó a muchos de los «marxistas» que distribuían octavillas pidiendo el «no» en el plebiscito del 19 de agosto de 1934 y arrestó a más de 1.200 sólo en el área del Rin-Ruhr. En otros puntos de Alemania, como

en Hamburgo, se produjeron detenciones masivas de socialdemócratas. La publicación por parte de la resistencia socialdemócrata de una hoja volante especial el Primero de Mayo de 1935 provocó otra serie de detenciones. A finales de ese año, la organización clandestina de los socialdemócratas había sido destruida. Y aun así, la cantidad de antiguos miembros y la fuerza y resistencia de su medio cultural y tradiciones garantizaba que cientos de miles de viejos socialdemócratas permanecieran leales en sus corazones a los valores fundamentales del partido. Aunque no pudieran hacer nada para llevarlos a la práctica, grupos sin una organización formal y descentralizados de socialdemócratas continuaron manteniendo vivos sus valores e ideales durante lo que quedaba de Tercer Reich.[97]

Un pequeño grupo de socialdemócratas radicales, reunidos desde 1929 bajo el nombre de Nuevo Comienzo [*Neu-Beginnen*], creía que el requisito principal para una resistencia efectiva de los trabajadores era la reunificación del movimiento obrero alemán, ya que opinaban que las amargas divisiones entre socialdemócratas y comunistas habían abierto el camino al ascenso del fascismo. Su centenar escaso de miembros, respaldado por un número más elevado de simpatizantes, destinó muchos esfuerzos al intento de acercar los partidos con el uso de tácticas como infiltrarse en células comunistas para intentar cambiar la línea del partido desde dentro. El manifiesto de la organización, escrito por su líder, Walter Loewenheim, publicado en Karlsbad en agosto de 1933 en una edición de 12.000 ejemplares y distribuido clandestinamente en Alemania, suscitó el debate en círculos de la resistencia. Pero en 1935 Loewenheim llegó a la conclusión de que las perspectivas de éxito eran tan escasas que no valía la pena seguir por ese camino. Aunque algunos miembros, como el futuro historiador Francis Carsten, intentaron continuar, las oleadas de detenciones efectuadas por la Gestapo desarbolaron lo que quedaba del movimiento; Carsten mismo partió hacia el exilio y empezó un doctorado sobre la historia de Prusia. Otros pequeños grupos, tanto en el exilio como en el interior, trabajaron en una línea similar, como la Liga Internacional de Combatientes Socialistas y el Partido Socialista de los Obreros de Alemania, uno de cuyos líderes era el joven Willy Brandt, que dejó Alemania camino del exilio en Escandinavia y que después de la guerra

sería alcalde de Berlín Oeste y canciller de la República Federal. Todos estos grupos rechazaban las políticas de los dos grandes partidos obreros por anticuadas y porque acentuaban las divisiones, pero no desarrollaron ningún concepto político coherente que las sustituyera.[98]

La línea dura de los comunistas hacía que las propuestas de hacer frente común fueran prácticamente imposibles de llevar adelante. Desde finales de los años veinte, el Partido Comunista Alemán seguía la línea «ultraizquierdista» de Moscú, que llamaba «socialfascistas» a los socialdemócratas y los veía como el obstáculo principal para la revolución proletaria. Los acontecimientos de 1933 y 1934 no cambiaron su actitud. En mayo de 1933, el comité central del Partido Comunista Alemán reafirmó lo que la Komintern consideraba la «línea política absolutamente correcta» del partido contra el «socialfascismo». «La exclusión total de los socialfascistas del aparato del Estado, la supresión brutal de la organización del Partido Socialdemócrata y su prensa, así como de las nuestras, no cambian el hecho de que ahora, como antes, ellos constituyen el apoyo principal de la dictadura del capital». Los críticos con esta línea y los partidarios de la cooperación con los socialdemócratas, como Hermann Remmele y Heinz Neumann, habían sido ya expulsados por la cúpula del partido en 1932, dejando al siempre fiel Ernst Thälmann, por lo menos sobre el papel, al cargo de la organización, aunque estaba fuera de combate desde su detención y encarcelamiento después del incendio del Reichstag en febrero de 1933. «La clase trabajadora—pregonaba el dirigente comunista Fritz Heckert a finales de 1933 a pesar de todas las evidencias en contra—sólo tiene un enemigo real, la burguesía fascista y la socialdemocracia, su principal apoyo social».[99]

Unos puntos de vista tan grotescamente poco realistas no eran solamente el resultado de la obediencia incondicional a Moscú. También reflejaban la larga tradición de animadversión entre los dos grandes partidos trabajadores desde la Revolución de 1918 y el asesinato de los líderes comunistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg a manos de unidades de los Cuerpos Libres por orden de los socialdemócratas. Los socialdemócratas sabían, por su parte, que el régimen bolchevique de Rusia había asesinado miles de opositores, y que sus hermanos rusos, los mencheviques, habían

sido las primeras víctimas. El desempleo, que afectaba más a los comunistas que a los socialdemócratas, había introducido una nueva cuña entre los dos partidos. Entre 1931 y 1934, nadie levantó con éxito la bandera de la acción unitaria ni en el Partido Socialdemócrata ni en el Partido Comunista.

Los socialdemócratas podían jactarse de tener una base mucho más amplia que la de los comunistas—más de un millón a principios de 1933 por tan sólo 180.000 del Partido Comunista—y sus miembros solían permanecer leales al partido durante más tiempo que los comunistas. De todas formas, años de purgas y la persecución constante de la disidencia interna hacían de los comunistas un grupo disciplinado y unido, del mismo modo que la tradición de trabajo clandestino y una organización secreta más reciente y efectiva que la de los socialdemócratas garantizaba que las células comunistas pudieran establecerse por toda Alemania una vez hubiera pasado la sacudida de los primeros meses de 1933. Irónicamente, la falta de realismo sobre la situación era otro factor positivo. Los comunistas creían fervientemente que el derrumbe final no sólo del nazismo sino del capitalismo era una cuestión de meses, y con este objetivo arriesgaban su libertad y sus vidas en una lucha que acarrearía con toda seguridad y más pronto que tarde la victoria total de la revolución del proletariado.[100]

Con todo, ¿en qué consistía esta lucha? A pesar de la propaganda alarmista que los nazis difundieron en 1933 sobre la inminencia de una revolución comunista violenta, el hecho es que el Partido Comunista Alemán reconstituido podía hacer poco más que los socialdemócratas. Se registraron unos pocos actos de sabotaje, y un puñado de comunistas intentaron obtener información militar para pasarla a la Unión Soviética. Pero una amplia mayoría de los miles de comunistas en la resistencia clandestina sólo se podía concentrar en mantener el movimiento en activo, preparado para el día en que cayera el nazismo junto con el sistema capitalista que creían que le servía de apoyo. Mantenían reuniones secretas, difundían propaganda política importada ilegalmente, recolectaban dinero entre sus miembros y producían y distribuían octavillas y circulares mimeografiadas toscamente, a veces en grandes cantidades, persiguiendo el objetivo de llegar a la mayor cantidad de gente posible y animarla a

oponerse al régimen. Establecieron redes clandestinas de distribución de revistas y octavillas producidas por el aparato comunista fuera de Alemania e introducidas clandestinamente al país por medio de correos. También colaboraron abundantemente con la cúpula del partido en el exterior: el periódico *Die Rote Fahne*, por ejemplo, se editaba en el exilio pero se imprimía en diversos centros dentro del país, incluida, por ejemplo, una imprenta ilegal en Solingen-Ohligs, de donde salían unos 10.000 ejemplares de cada edición una o dos veces al mes. En algunos lugares, los comunistas llegaron a organizar manifestaciones secretas de Primero de Mayo, colgando en edificios altos banderas rojas y con la hoz y el martillo y pintando eslóganes en estaciones de tren. Como los socialdemócratas, los comunistas también pidieron el «no» en el plebiscito del 19 de agosto de 1934.[101]

En los primeros años del Tercer Reich es indudable que los comunistas fueron más activos y persistentes que los socialdemócratas en la organización de la resistencia. Aparte de la mayor entrega—algunos la llamarían fanatismo—de sus miembros, el Partido Comunista tenía órdenes de la cúpula en el exilio de mantenerse tan visibles como fuera posible. Correos y agentes iban y venían de París, Bruselas, Praga y otras ciudades extranjeras, a menudo con identidades falsas, para mantener el movimiento en marcha o revitalizarlo cuando sufría un golpe. Las redadas y las detenciones eran respondidas con frecuencia con el lanzamiento masivo de octavillas que ponían al descubierto la brutalidad de la policía y demostraban al régimen su fracaso en poner en vereda a la resistencia. Pero estas tácticas fueron la ruina del partido, porque con ellas no sólo se daba a conocer a los trabajadores sino también a la Gestapo.[102] La estructura burocrática del partido y sus costumbres también fueron de ayuda a la policía para identificar y localizar a sus miembros, ya que tesoreros y secretarios como Hans Pfeiffer, de Düsseldorf, por ejemplo, guardaban meticulosamente copias de cartas, actas de reuniones, registros de afiliados y listas de miembros, un material de valor incalculable para el régimen cuando caía en manos de la policía.[103] Los mismos problemas que habían tenido los socialdemócratas acuciaron a los comunistas: la dificultad de

comunicarse con la cúpula en el exilio, la destrucción de la infraestructura social y cultural del movimiento obrero, el exilio, el encarcelamiento o la muerte de los dirigentes más experimentados y con más talento.[104]

Por otro lado, a pesar de la disciplina legendaria del partido, pronto surgieron graves divisiones en la cúpula del partido en el exilio, entre una mayoría que seguía denostando a los socialdemócratas por un lado y, por otro, la Internacional Comunista, que reconocía la magnitud de la derrota sufrida por el partido y que finalmente empezó a colaborar con los socialdemócratas en un «frente popular» contra el fascismo. En enero de 1935 la Internacional Comunista condenó abiertamente la anterior línea del partido como «sectaria» y empezó a rebajar el tono de su retórica revolucionaria. Conscientes de la dirección en que soplaban los vientos, cada vez menos comunistas alemanes comulgaban con la nueva línea de Moscú. Éstos estaban liderados por Walter Ulbricht, el antiguo líder comunista de Berlín, y Wilhelm Pieck, diputado del Reichstag durante largos años y compañero de Liebknecht y Luxemburg en sus días finales, antes de su asesinato a manos de los Cuerpos Libres durante el «levantamiento espartaquista» de 1919. Aparte de la reorientación ideológica, la estructura centralizada del partido en Alemania, tan útil para la Gestapo, había sido desmantelada y sustituida por una organización más débil en que las diversas partes se mantenían separadas entre sí. Finalmente, parecía que se abría una vía para el establecimiento de una resistencia unida y efectiva de la clase trabajadora contra los nazis.[105]

Pero era demasiado tarde. Hacía tanto tiempo que los dirigentes locales y buena parte de las filas de la resistencia comunista luchaban contra los socialdemócratas que era difícil que enterraran los viejos odios. Cuando 7.000 comunistas desfilaron en Essen a mediados de 1934 para manifestarse ante la tumba de un compañero muerto en prisión, el jefe local dejó muy claro que los socialdemócratas, «contra quienes siempre había luchado el fallecido», no serían bienvenidos. Además, Ulbricht, que tenía el encargo de formar un Frente Popular de comunistas y socialdemócratas desde el exilio en París, tenía un talento especial para enfrentar a la gente. Algunos creían que actuaba deliberadamente para culpar a los socialdemócratas del fracaso de un proyecto en el que de hecho no creía. También era imposible

comunicar la nueva línea del partido a buena parte de los activistas dentro de Alemania dada la estrecha vigilancia que la Gestapo ejercía sobre los correos. Por su parte, los socialdemócratas eran tan reticentes al Frente Popular, que sí fraguó en una cooperación genuina aunque incómoda en Francia y España, como lo habían sido al «Frente Unido», con que los comunistas trataron de minarlos durante la República de Weimar. La herencia de animadversión sembrada entre 1919 y 1923 era demasiado poderosa como para llegar a algún tipo de colaboración en Alemania.[106]

En cualquier caso, en el momento que se estaba discutiendo la política de Frente Popular las organizaciones clandestinas de comunistas y socialdemócratas estaban prácticamente desarticuladas por la presión de la Gestapo. Las detenciones masivas practicadas entre junio y julio de 1933 obligaron al movimiento de resistencia a reagruparse, pero la Gestapo pronto se puso sobre la pista de la nueva organización y volvió a empezar a detener a sus miembros. Probablemente puede servir como ejemplo la experiencia de la rama de Düsseldorf de la resistencia comunista. Düsseldorf, un gran centro industrial con cierta tradición de radicalismo, era un sostén importante del Partido Comunista, que obtuvo allí 78.000 votos en las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932, 8.000 más que los nazis y más del doble que los socialdemócratas. Las detenciones masivas que siguieron al decreto del incendio del Reichstag el 28 de febrero de 1933 afectaron seriamente a la rama local del partido, pero bajo el liderazgo de Hugo Paul, que entonces contaba veintisiete años, ésta se reagrupó y llegó a publicar un flujo estable de octavillas y propaganda. En junio de 1933, sin embargo, la Gestapo se hizo con el registro del partido y detuvo al mismo Paul en casa del hombre que imprimía las octavillas. En un interrogatorio brutal, reveló los nombres de otros activistas, y a finales de julio se había detenido a más de noventa. La cúpula clandestina del partido en Berlín envió a una serie de reemplazos para Paul, cambiándolos con frecuencia para evitar que fueran descubiertos, y en la primavera de 1934 la organización local tenía unos 700 miembros, producía una circular interna con una tirada de 4.000 a 5.000 ejemplares, y distribuía octavillas en los buzones de la población por la noche o lanzándolas desde lo más alto de edificios como la estación de tren, bancos, cines y hoteles, utilizando

petardos. El partido consideró que la distribución de un comentario sarcástico y mordaz sobre la Noche de los Cuchillos Largos fue un éxito especial.

De todas formas, la Gestapo consiguió que un funcionario comunista, Wilhelm Gather, se hiciera agente doble, y cuando éste fue puesto en libertad en 1934 tras una detención, pronto se produjeron arrestos masivos, sesenta en el centro de la ciudad y cincuenta en la zona obrera de Friedrichstadt. Otros comunistas detenidos y torturados prefirieron suicidarse antes que traicionar a sus compañeros. A pesar de la represión, la muerte de Röhm suscitó un nuevo optimismo sobre la inminencia del derrumbe del régimen, y la afiliación empezó a crecer, llegando a 4.000 miembros entre los distritos del Bajo Rin y el Ruhr. Pero esto no duró. La centralización creciente y la eficacia de la Gestapo bajo Himmler y Heydrich tuvieron como resultado más detenciones; el momento más crítico fue la detención el 27 de marzo de 1935 de la cúpula nacional del Partido Comunista en Berlín. El golpe dejó a los grupos regionales y locales sin orientación y sin liderazgo, con la moral por los suelos y una desilusión creciente con la línea dura seguida por el partido desde finales de los años veinte. Las deserciones y todavía más detenciones dejaron la organización clandestina del partido en el Ruhr y el Bajo Rin hecha jirones. Cuando llegó un nuevo líder de distrito, Waldemar Schmidt, en junio de 1935, la organización consistía en poca cosa más que un puñado de grupos aislados entre sí. De todas formas, casi no tuvo tiempo de elaborar un informe para la cúpula en el exilio, ya que fue detenido casi de inmediato.[107]

Casi de toda Alemania se pueden contar historias parecidas. A principios de 1935, en Halle-Merseburg, por ejemplo, un espía de la policía condujo a la Gestapo hasta una reunión de dirigentes locales; los detenidos fueron torturados para obligarlos a dar los nombres de otros miembros; se incautaron documentos, hubo más detenciones, más torturas, y, finalmente, se detuvo a más de 700 personas, la organización regional del partido quedó completamente destrozada y los pocos miembros que quedaron libres, totalmente desmoralizados. Los cuadros del partido estaban políticamente paralizados, no de forma gratuita, porque sospechaban los unos de los otros.[108] A finales de 1934, la Gestapo había conseguido aplastar la

resistencia organizada del Partido Comunista gracias a un detallado trabajo de información, registros domiciliarios, interrogatorios despiadados y torturas a sospechosos, y la utilización de espías e informadores. Lo mismo había hecho con su organización de asistencia, el Socorro Rojo [*Rote Hilfe*], dedicada a ayudar a las familias de prisioneros o de miembros caídos en tiempos difíciles. A partir de ese momento, sólo siguieron reuniéndose pequeños grupos sin una organización formal, y en muchos lugares ni tan sólo eso.[109] Quien más quien menos abandonó la ambición de levantar a las masas, y, en lugar de eso, se concentraron en prepararse para el momento del desplome del nazismo. De todos los grupos que se opusieron al nazismo en los primeros años del Tercer Reich, los comunistas fueron los más tenaces y los más osados. Fueron, también, los que pagaron un precio más alto.[110]

A los comunistas que buscaron refugio en la Unión Soviética no les fue mejor que a los camaradas que permanecieron en Alemania. La amenaza del fascismo en toda Europa, el desastre de la colectivización agrícola en Rusia y Ucrania, y los trabajos y tribulaciones de un crecimiento industrial obligado provocaron una sensación creciente de paranoia entre los dirigentes soviéticos, y cuando uno de los líderes bolcheviques más destacados y populares de la generación más joven, Serguei Kirov, fue asesinado en 1934 con la complicidad evidente de los dirigentes del Partido Bolchevique, Josef Stalin empezó a organizar la detención en masa de funcionarios del partido, encendiendo una purga que cobró un gran ímpetu. Pronto, miles de funcionarios comunistas fueron detenidos y fusilados, obligados a confesar delitos fantásticos de subversión y traición en juicios públicos ampliamente difundidos. La purga se expandió rápidamente por la base del partido, donde cargos diversos y miembros rasos rivalizaban los unos con los otros en la denuncia de supuestos traidores y elementos subversivos en sus propias filas. El «archipiélago Gulag» de campos de trabajo repartidos por las zonas más inhóspitas de la Unión Soviética, sobre todo en Siberia, creció hasta albergar a millones de personas a finales de los años treinta. Desde que Stalin alcanzó el poder absoluto a finales de los

años veinte hasta su muerte en 1953, se calcula que en la Unión Soviética se ejecutó a más de 750.000 personas, mientras que, como mínimo, en los campos murieron entre 500.000 y 750.000.[111]

En esta atmósfera de terror, miedo y sospecha, cualquier cosa fuera de lo normal podía convertirse en una excusa para la detención, el encarcelamiento, la tortura y la ejecución. El contacto con gobiernos extranjeros, incluso haber vivido previamente en un país extranjero, empezó a levantar sospechas. Las purgas empezaron pronto a atraer a los exiliados alemanes hacia su vórtice de destrucción. Miles de comunistas alemanes que habían buscado refugio en la Rusia de Stalin fueron detenidos, enviados a campos de trabajo o confinados en Siberia. Más de 1.100 fueron condenados por falsos delitos, torturados por la policía secreta de Stalin y encarcelados en condiciones horrorosas en los campos de concentración durante periodos de tiempo muy prolongados. Muchos fueron ejecutados. Entre los muertos había diversos miembros del antiguo Politburó del partido: Heinz Neumann, el antiguo jefe de propaganda cuya defensa de la utilización de la violencia en 1932 y 1933 había sido rechazada con vehemencia; Hugo Eberlein, antiguo amigo de Rosa Luxemburg, y cuyas críticas a Lenin no habían encontrado eco en la Unión Soviética, y Hermann Remmele, que fue tan imprudente como para decir, en 1933, que la toma del poder por parte de los nazis significaba una derrota para la clase obrera. De los 44 miembros que tenía el Politburó del Partido Comunista Alemán entre 1920 y 1933, murieron más en las purgas de Stalin que a manos de la Gestapo y los nazis.[112]

«ENEMIGOS DEL PUEBLO»

I

En prisión desde su detención por el incendio del Reichstag en la noche del 27 al 28 de febrero de 1933, el joven anarquista holandés Marinus van der Lubbe era consciente de que no saldría vivo de la cárcel. Hitler lo había dicho en repetidas ocasiones. Los culpables, afirmó, debían ser colgados. Pero tales pretensiones chocaban con la ley. La horca era el método habitual de ejecución en su Austria natal, pero no en Alemania, donde hacía casi un siglo que sólo se utilizaba la decapitación. Además, el Código Penal alemán no contemplaba la pena de muerte para delitos de incendio a menos que el fuego hubiera ocasionado algún muerto, y nadie había muerto como consecuencia de la acción de Van der Lubbe. Dejando de lado los escrúpulos de sus asesores legales y de los burócratas del Ministerio de Justicia, el 29 de marzo de 1933 el gabinete convenció al presidente Hindenburg de aprobar un decreto que ampliara retroactivamente las condiciones de aplicación de la pena de muerte previstas en el decreto del incendio del Reichstag del 28 de febrero a los delitos, incluidos la traición y el incendio, cometidos desde el 31 de enero, el primer día de Hitler en el poder. Como algunos articulistas todavía se atrevieron a subrayar, la decisión atentaba contra un principio fundamental del derecho: la no aplicación retroactiva de penas por delitos que en el momento de ser cometidos se castigaban de otro modo. Para empezar, si en el momento en que Van der Lubbe incendió el Reichstag su delito hubiera sido castigado con la pena de muerte, quizá no lo habría hecho. A partir de ese momento, nadie que cometiera un delito podía estar seguro de la condena que le esperaba.[113]

Hitler y Göring no sólo querían ver la ejecución de Van der Lubbe; también querían colgar el incendio al Partido Comunista, cuya ilegalización, en efecto, se basaba en la acusación de estar detrás del atentado. Así, el 21 de septiembre de 1933, al inicio del juicio por delitos de incendio y alta traición, que se celebró en Leipzig, en el banquillo de los acusados no sólo estaba Van der Lubbe, sino el búlgaro Georgi Dimitrov, responsable desde Berlín de las operaciones en la Europa occidental de la Internacional Comunista, dos miembros de su equipo, también búlgaros, y Ernst Torgler, presidente del grupo comunista del Reichstag. El presidente del tribunal era el juez conservador y antiguo político del Partido del Pueblo Wilhelm Bünger. A pesar de sus prejuicios políticos, Bünger era un abogado de la vieja escuela y se atuvo a la normativa. Con cierta ingenuidad, pero con destreza, Dimitrov se representó a sí mismo, y cuando se llamó a testificar a Hermann Göring consiguió hacerle parecer idiota de remate. Con una combinación de aptitudes forenses y ardiente retórica comunista, Dimitrov obtuvo la absolución de todos los acusados excepto de Van der Lubbe, que fue mandado a la guillotina al cabo de poco. La Gestapo volvió a detener de inmediato a los tres búlgaros, que finalmente fueron expulsados a la Unión Soviética; Torgler sobrevivió a la guerra, y, con posterioridad, se hizo socialdemócrata.[114]

El tribunal puso mucho cuidado en concluir que el Partido Comunista, en efecto, había planeado el incendio como inicio de una revolución, y, por esa razón, el decreto del incendio del Reichstag estaba justificado. Pero las pruebas contra Dimitrov y los otros comunistas, concluía la sentencia, no eran suficientes para justificar una condena.[115] La cúpula nazi había sido humillada. El periódico nazi, el *Völkischer Beobachter*, afirmó que la sentencia era un error judicial que demostraba «la necesidad de una reforma total del sistema legal», en cuyo interior todavía se manifestaban «modos de pensar liberales y anticuados» que resultaban «ajenos al pueblo».[116]

Al cabo de pocos meses, Hitler transfirió los casos de traición, competencia del Tribunal Supremo del Reich, a un Tribunal Popular especial, establecido el 24 de abril de 1934. Su objetivo era ver los delitos políticos con rapidez y de acuerdo con los principios nacionalsocialistas. Los dos jueces profesionales al cargo de los casos serían asistidos por tres

legos del Partido Nazi, las SS, las SA u otras organizaciones similares. Después de un periodo de presidencia rotatoria, a partir de junio de 1936 el cargo recayó en Otto-Georg Thierack, nacido en 1889 y con una larga trayectoria nazi, designado ministro de Justicia de Sajonia en 1933 y vicepresidente del Tribunal Supremo del Reich dos años después.[117] Thierack sería una figura de gran trascendencia en la debilitación del sistema judicial durante la guerra, ya que introdujo un cariz altamente ideológico a unos procedimientos ya muy politizados.

Mientras tanto, se preparaba el juicio contra el líder del Partido Comunista Ernst Thälmann, que se basaría en la acusación de intento de levantamiento revolucionario en 1933. Se elaboró un expediente donde se acusaba a Thälmann de proyectar una campaña de terror, atentados, envenenamientos masivos y toma de rehenes. Pero el juicio se tuvo que aplazar por falta de pruebas contundentes. El perfil de Thälmann como antiguo líder de uno de los grandes partidos políticos de Alemania hizo que más de un millar de periodistas extranjeros solicitaran presenciar el juicio. El régimen se tomó tiempo para reflexionar. Existía la posibilidad de que Thälmann intentara volver el juicio en su favor. Se había acordado la condena de muerte con anterioridad, pero la experiencia del juicio por el incendio del Reichstag hacía que los dirigentes nazis, sobre todo Göring, fueran reacios a montar un nuevo gran juicio público. Así, la cúpula nazi decidió que era más seguro mantener a Thälmann bajo «custodia preventiva», esposado y aislado, en la oscuridad de una celda primero en la prisión estatal de Moabit, Berlín, después en Hannover y todavía más tarde en Bautzen, sin someterlo a juicio formal. El Partido Comunista sacó el mejor partido de su encarcelamiento y lo mantuvo indefinidamente en su antiguo cargo de presidente. En 1934, comunistas disfrazados de hombres de las SS intentaron sacarlo de la cárcel, pero la tentativa fue frustrada en el último minuto por un espía de la Gestapo infiltrado en el grupo. Bajo una estrecha vigilancia y con la correspondencia con su familia censurada, Thälmann no tenía una sola posibilidad de escapar. Nunca llegó a sentarse ante un tribunal y nunca fue acusado formalmente de ningún delito.

Permaneció en prisión, objeto de constantes campañas internacionales en pro de su liberación promovidas por los comunistas y sus simpatizantes en todo el mundo.[118]

Privado de la posibilidad de organizar un gran juicio público contra Thälmann, el Tribunal Popular vio los casos de acusados menos notorios, al menos en un primer momento. Su objetivo era despachar casos con rapidez y con un mínimo de normas, es decir, con un mínimo de garantías legales para los acusados. En 1934, el tribunal dictó 4 condenas a muerte; en 1935, la cifra ascendió a 9; en 1936, a 10; todas las sentencias, excepto una, fueron ejecutadas. Cuando Thierack se hizo cargo del Tribunal Popular en 1936, su línea se endureció mucho más, condenando a muerte a 37 acusados en 1937, con 28 ejecuciones, y a 17 en 1938, todos ejecutados excepto uno.[119] Entre 1934 y 1939, el tribunal juzgó a unas 3.400 personas; prácticamente todos eran comunistas o socialdemócratas, y aquellos que no fueron condenados a muerte recibieron penas de prisión de seis años de media cada uno.[120]

El Tribunal Popular estaba en la cumbre de un nuevo sistema de «Tribunales Especiales» destinado a tratar delitos políticos, a menudo muy triviales, como contar chistes sobre el Führer. Como sucedía en muchas otras áreas, los nazis no fueron particularmente originales, sino que se basaron en precedentes cercanos, como los Tribunales Populares que se establecieron en Baviera durante el «terror blanco» posterior a la derrota de la revolución de 1919. Su jurisdicción no contemplaba la posibilidad de apelar.[121] Pero el Tribunal Popular y los Tribunales Especiales no tenían el monopolio sobre los casos políticos. Entre el 18 de marzo de 1933 y el 2 de enero de 1934, los tribunales ordinarios condenaron por traición a casi 2.000 personas, el doble de las que estaban detenidas en ese momento. Entre ellos había comunistas y socialdemócratas más o menos destacados. De este modo, los nuevos tribunales, que tenían un estatus jurídico formal, funcionaban en paralelo a los tribunales del sistema legal ordinario, que también se ocupaba de despachar delitos políticos de todo tipo. En efecto, sería un error pensar que los tribunales ordinarios permanecieron inalterados durante el advenimiento de la dictadura nazi. No fue así. Ya en el primer año de cancillería de Hitler, los diversos tribunales condenaron a

muerte a 67 acusados por delitos políticos. La pena capital, abolida en 1928 y luego reinstaurada, bien que a menor escala, en 1930, se aplicaba en esos momentos no sólo a personas con delitos de sangre, sino, todavía más, a personas con delitos políticos de diversa índole. En 1933 hubo 64 ejecuciones, 79 en 1934, 94 en 1935, 68 en 1936, 106 en 1937 y 117 en 1938, la gran mayoría de las cuales fueron anunciadas con pósteres de un escarlata chillón que Goebbels ordenaba colgar en las ciudades donde éstas tenían lugar. Se abolieron las ceremonias previas a las ejecuciones, que se desarrollaban en el interior de las cárceles, y en 1936 Hitler decretó la sustitución del hacha, de larga tradición en Prusia pero objeto de críticas por parte de la profesión legal, incluidos destacados juristas nazis, por la guillotina.[122]

La pena de muerte se reservaba sobre todo a los comunistas, y fue aplicada tanto a los activistas de la Liga de Combatientes del Frente Rojo, que se había granjeado la hostilidad de los nazis en las luchas callejeras de los primeros años treinta, como a los cuadros comunistas que continuaron enfrentándose a los nazis durante el Tercer Reich, habitualmente sin haber hecho nada más que imprimir y repartir octavillas críticas y reunirse supuestamente en secreto para conspirar contra el régimen. Los primeros comunistas decapitados fueron cuatro jóvenes detenidos por su supuesta participación en los acontecimientos del Domingo Sangriento de Altona en junio de 1932, en que fue tiroteado un grupo de camisas pardas—presuntamente por comunistas, aunque en realidad los autores de los disparos fueron unidades de la policía prusiana en un momento de pánico—durante una marcha a través de un distrito comunista de la ciudad prusiana. Condenados por un Tribunal Especial de Altona con la acusación falsa de haber planeado un levantamiento armado, solicitaron clemencia a Hermann Göring. El fiscal le aconsejó que denegara la petición: «La ejecución de las sentencias advertirá de modo palpable de la seriedad de la situación a la gente con inclinaciones comunistas; les servirá de escarmiento y tendrá un efecto disuasorio».[123] Las sentencias se aplicaron a su debido tiempo y la prensa difundió ampliamente las ejecuciones.[124] Con espíritu de venganza, se obligó a cuarenta comunistas condenados en otro juicio multitudinario a presenciar la decapitación por hacha de los cuatro «soldados rojos»

compañeros en el patio de una cárcel de Hamburgo en 1934 en una ceremonia en que también tomaron parte camisas pardas, hombres de las SS y los familiares de sexo masculino de los activistas nazis fallecidos en la reyerta de 1932. La reacción desafiante de los comunistas, que gritaron eslóganes políticos y opusieron resistencia a los verdugos, hizo que no se repitiera una situación similar.[125]

II

La mayoría de jueces y fiscales manifestó pocas reservas ante actos de esta índole, aunque uno de los burócratas conservadores del Ministerio de Justicia se conmovió lo bastante como para apuntar en un margen de unas estadísticas de aplicación de penas capitales que un hombre, decapitado el 28 de septiembre de 1933, sólo contaba diecinueve años de edad. La preocupación internacional se manifestó en un buen número de campañas de clemencia para comunistas condenados, como el antiguo diputado del Reichstag Albert Kayser, ejecutado el 17 de diciembre de 1935. También se empezó a ejecutar a mujeres, cosa que no había sucedido durante la República de Weimar. La primera fue la comunista Emma Thieme, ejecutada el 26 de agosto de 1933. Los reos se enfrentaban a un nuevo conjunto de delitos susceptibles de recibir la pena capital: una ley de 21 de marzo de 1933 ordenó la muerte para aquellos que fueran hallados culpables de amenazar con destruir la propiedad privada con la intención de causar el terror; una ley de 4 de abril de 1933 castigó con la muerte los delitos de sabotaje; una ley de 13 de octubre de 1933 condenó a muerte el intento de asesinato de cualquier cargo del Estado o del partido, y otra ley, de 24 de abril de 1933, quizá la que llegaba más lejos, estableció la pena capital para aquellos que planearan alterar la constitución o la separación del Reich de cualquier zona de Alemania bajo amenaza del uso de la fuerza o conspiraran para hacerlo; así, cualquiera que distribuyera octavillas («planear») críticas con el sistema político dictatorial («la constitución») era susceptible de ser ejecutado; con lo que, según una ley de 20 de diciembre

de 1934, bajo circunstancias particulares, también lo eran los acusados de hacer declaraciones «de odio», entre las que se incluían los chistes contra figuras destacadas del partido o contra el Estado.[126]

Al cargo de la resurrección y ampliación de los motivos de aplicación de la pena capital estaba el ministro de Justicia del Reich Franz Gürtner, que no era nazi sino un conservador que había sido ministro bávaro de Justicia en los años veinte y ya había ejercido el cargo de ministro de Justicia del Reich en los gabinetes de Papen y Schleicher. Como la mayoría de los conservadores, Gürtner aplaudía la persecución de los desórdenes de 1933 y 1934. Después de la Noche de los Cuchillos Largos, dispuso la legislación que autorizó las muertes con efectos retroactivos, y atajó de cuajo los intentos de algunos fiscales de iniciar acciones contra los asesinos. Gürtner creía en las leyes escritas y los procedimientos, aunque fueran draconianos, y designó rápidamente a un comité para revisar el Código Penal del Reich de 1871 de acuerdo con los nuevos principios del Tercer Reich. Como expuso uno de los miembros del comité, el criminólogo Edmund Mezger, el objetivo era crear una nueva síntesis del «principio de responsabilidad individual del pueblo y el principio de perfeccionamiento racial del pueblo como un todo».[127] El comité permaneció reunido durante mucho tiempo y elaboró borradores muy largos, pero fue incapaz de mantener el ritmo de creación de nuevos tipos de delitos, y la pedantería legalista de sus recomendaciones molestaron a los nazis, que nunca las pusieron a la práctica.[128]

Mientras tanto, el sistema judicial estaba cada vez más sometido a presión por parte de la cúpula nazi, que protestaba, como hizo Rudolf Hess, por las «tendencias absolutamente contrarias al nacionalsocialismo» de algunas decisiones judiciales. Por encima de todo, como se quejó Reinhard Heydrich, los tribunales ordinarios seguían dictando sentencias contra «enemigos del Estado» que eran «demasiado benévolas con respecto al sentimiento popular». A ojos de los nazis, el objetivo de la ley no era aplicar los viejos principios de imparcialidad y justicia, sino erradicar a los enemigos del Estado y expresar el auténtico sentimiento racial del pueblo. Un manifiesto publicado en 1936 con la firma de Hans Frank, comisionado de Justicia del Reich y jefe de la Liga de Abogados Nazis, decía:

> La función de los jueces en relación con los ciudadanos no es representar la autoridad del Estado, sino ejercer como miembro de la misma comunidad del pueblo alemán. Su deber no es aplicar una ley superior a la comunidad nacional o imponer un sistema universal de valores. Su misión es salvaguardar el orden de la comunidad racial, eliminar a los elementos peligrosos, perseguir las acciones que la dañen y ejercer de árbitro en los enfrentamientos entre sus miembros. La ideología nacionalsocialista, manifestada en el programa del partido y en los discursos de nuestro Führer, es la base interpretativa de la ley.[129]

Por muy duramente que castigaran a comunistas y otros acusados por delitos políticos, era poco probable que los tribunales ordinarios, los jueces y los fiscales comulgaran del todo con este ideal, que exigía la revocación de todas las normas de la justicia y la conversión de la violencia callejera nazi anterior a 1933 en un principio de Estado.

Pero lejos de poner reparos a la policía y a las SS por sacar a los acusados del sistema judicial, o de protestar por la costumbre de la Gestapo de detener a prisioneros cuando eran puestos en libertad y enviarlos directamente a campos de concentración, la judicatura y los administradores legales y penales se congratulaban de cooperar en este proceso de subversión de los principios de la ley. Los fiscales entregaban a los acusados para que fueran confinados en campos cuando no tenían pruebas suficientes para condenarlos o cuando no podían someterlos a juicio por alguna otra razón, como por ejemplo, ser demasiado jóvenes. Los funcionarios judiciales elaboraron instrucciones para los alcaides en que se recomendaba que los reclusos peligrosos (especialmente los comunistas) fueran sometidos a «custodia preventiva» una vez fueran excarcelados, algo que hicieron en miles de casos. En la cárcel de Luckau, por ejemplo, 134 de una muestra de 364 reclusos estudiados por un historiador fueron entregados a la Gestapo al término del cumplimiento de sus sentencias por recomendación explícita de la administración de la prisión.[130] El alcaide de la cárcel de Untermassfeld ilustra cómo funcionaba esta práctica. El 5 de mayo de 1936, el alcaide escribió a la Gestapo de Turingia exponiendo el caso de Max K., un impresor condenado a dos años y tres meses de cárcel en junio de 1934 por su implicación en la red clandestina comunista. K. había tenido buen comportamiento en prisión, pero el alcaide y su equipo habían investigado a su familia y contactos y no creían que empezara una nueva vida. El alcaide comunicó lo siguiente a la Gestapo:

> K. no ha llamado especialmente la atención de esta institución. Pero en vista a su trayectoria, no puedo creer que haya cambiado de ideas y pienso que, como la mayoría de dirigentes comunistas, su actitud de mantenerse al margen de problemas obedece a un cálculo astuto. Bajo mi punto de vista, es absolutamente necesario que este activo dirigente comunista sea puesto bajo custodia preventiva después de haber cumplido condena.[131]

El hecho es que K. sólo era un miembro de base del movimiento comunista y no un dirigente. Pero la carta, enviada doce semanas antes de su excarcelación, surtió efecto, y el día que salió de prisión, el 24 de julio de 1936, la Gestapo lo estaba esperando a la puerta: al día siguiente fue enviado a un campo de concentración. En otras ocasiones, algunos funcionarios de prisión trataron de hacer valer el buen comportamiento y el cambio de conducta de reclusos de este tipo, pero estos intentos caían en saco roto si la policía consideraba que seguían representando una amenaza. Este sistema de denuncias se extendió pronto a otras categorías. El Ministerio de Justicia del Reich no intervino para parar la práctica de pedir explícitamente a la policía que sometiera a custodia a presos excarcelados, algo que parecía minar en la base la independencia del sistema judicial, hasta 1939. No tuvo efecto. Los funcionarios de prisión siguieron informando a la policía de la fecha de excarcelación de presos, y poniendo a disposición de la policía celdas, o incluso alas enteras de cárceles estatales, para albergar a miles de reclusos en «custodia preventiva» sin haber sido procesados formalmente ni juzgados, y esto no sólo sucedió durante el periodo caótico de detenciones masivas de marzo a junio de 1933.[132]

En lo que concierne al destino final de los acusados, los esfuerzos del aparato judicial para preservar algún grado de autonomía rara vez tuvieron efecto. Gürtner consiguió bloquear los intentos de la policía y las SS de trasladar presos a los campos de concentración antes del cumplimiento de sus condenas, pero no puso objeciones a que lo hicieran una vez excarcelados, sólo a la implicación formal de las autoridades penitenciarias en los traslados. Las SS acusaban constantemente de benevolencia a la justicia, pero no se expulsó ni se forzó a ningún juez a que se jubilara. La inutilidad de la actitud de Gürtner y la debilidad de la resistencia del aparato judicial a las interferencias de las SS se pueden ilustrar con la campaña del Ministerio de Justicia contra la brutalidad de los interrogatorios policiales.

Desde el comienzo del Tercer Reich, las sesiones de interrogatorio de la policía y la Gestapo terminaban a menudo con el regreso de los presos a sus celdas tan magullados, contusionados y heridos que su estado difícilmente podía pasar desapercibido a los abogados defensores, parientes y amigos. Para el Ministerio de Justicia estas prácticas eran censurables. No dejaban en buen lugar la reputación del aparato de aplicación de la ley en Alemania. Después de unas duras negociaciones, se llegó a un compromiso en una reunión celebrada el 4 de junio de 1937 en que funcionarios del Ministerio de Justicia y de la policía acordaron el fin de las palizas arbitrarias. A partir de ese momento, según el acuerdo alcanzado en la reunión, los interrogadores de la policía sólo podrían azotar veinticinco veces a los interrogados en presencia de un médico y, para ello, tendrían que utilizar un «palo estándar».[133]

III

Además de cumplir la nueva política de represión del Estado policial, los sistemas judicial y penitenciario ordinarios continuaron durante el Tercer Reich tratando los delitos no políticos como robos, asesinatos, etc. En este apartado también aumentó rápidamente la aplicación de la pena capital, ya que el nuevo sistema decidió ejecutar las condenas a muerte para delincuentes con delitos de sangre dictadas a comienzos de los años treinta durante la República de Weimar pero no ejecutadas por la incertidumbre de la situación política. Los nazis prometieron que no habría más prórrogas mientras se estudiaran las peticiones de clemencia. «Los días de sentimentalismo falso y empalagoso han terminado», afirmaba con satisfacción un periódico de extrema derecha en mayo de 1933. En 1936, se ejecutaba un 90 por 100 de las condenas a muerte dictadas en los tribunales. Se alentaba a fiscales y tribunales a que solicitaran para todos los homicidios el cargo de asesinato antes que el de homicidio involuntario, que no se castigaba con la pena de muerte, para alcanzar un veredicto de culpabilidad y dictar la condena más dura, de modo que el número de condenas por asesinato subió de 36 por mil ciudadanos adultos en 1928-1932 a 76 por mil en 1933-1937.[134] Basándose en obras de criminólogos de

las pasadas décadas e ignorando las restricciones y matices de sus tesis, los nazis sostenían que los delincuentes eran básicamente degenerados hereditarios y debían ser tratados como parias de la raza.[135]

Las consecuencias de estas doctrinas con respecto a los delincuentes comunes fueron extremadamente graves. Ya durante la República de Weimar, los criminólogos, expertos en derecho penal y las fuerzas policiales habían alcanzado un alto grado de consenso sobre la propuesta de encerrar indefinidamente a los «delincuentes reincidentes» para proteger al conjunto de la sociedad. El 24 de noviembre de 1933 este consenso fue ratificado por una Ley contra los delincuentes reincidentes peligrosos, que permitía que los tribunales sentenciaran a los delincuentes con más de tres delitos a un «confinamiento de seguridad» en una prisión estatal después del cumplimiento formal de su condena.[136] En octubre de 1942, se había aplicado esta condena a más de 14.000 hombres. Entre ellos, había antiguos reos a quienes los alcaides pidieron que se aplicara la sentencia de forma retroactiva; en algunas cárceles, como en la de Brandenburgo, se solicitó el tratamiento para más de un tercio de los reclusos. En general, éstos no eran delincuentes peligrosos ni especialmente violentos, sino abrumadoramente insignificantes; ladrones de bicicletas, de tiendas, rateros y similares. La mayoría eran pobres, personas sin empleo fijo que se habían visto abocadas a robar durante el periodo inflacionario y otra vez durante la Depresión. Un caso típico es el de un carretero, nacido en 1899, que cumplió diversas condenas por robos menores durante los años veinte y principios de los treinta, entre ellas, once meses por robar una bicicleta y siete por robar un abrigo. Cada vez que era excarcelado, lo enviaban de vuelta a la sociedad con un puñado de marcos como pago por su trabajo en prisión, pero con su historial no conseguía que le dieran trabajo ni que los servicios de asistencia social le dieran cobijo. En junio de 1933 fue condenado por robar un timbre, pegamento y otros chismes durante una borrachera, y después de cumplir la condena fue sentenciado retroactivamente a confinamiento de seguridad en la cárcel de Brandenburgo; nunca salió. Muchos compartieron su destino.[137]

Durante el Tercer Reich, las condiciones de las cárceles donde estos hombres eran encerrados empeoraron rápidamente. Los nazis solían acusar a las autoridades penitenciarias de Weimar de ser blandas con los criminales, de mimar a los reclusos con más comida y entretenimientos de los que hubieran gozado fuera. No era demasiado sorprendente, puesto que muchos de ellos, de Hitler y Hess a Bormann y Rosenberg, habían sido encarcelados en ese periodo a causa de su militancia nacionalista y tratados con una indulgencia notable. Pero, de hecho, las condiciones en las cárceles de Weimar eran bastante estrictas, y en muchas instituciones predominaba un régimen de tipo militar.[138] De todas formas, se habían hecho intentos de introducir un sistema de administración más flexible en algunos centros, con un énfasis en la educación, la rehabilitación y las recompensas por buena conducta. Todo esto terminó de modo abrupto, en buena parte para alivio de la mayoría de guardianes y administradores, que habían rechazado estas políticas desde un comienzo. Los alcaides y altos funcionarios reformistas fueron despedidos sumariamente, y se introdujo un nuevo régimen mucho más duro. El rápido aumento de reclusos ocasionó pronto problemas en la higiene, la nutrición y el bienestar general de los presos. Las raciones de comida empeoraron hasta tal punto que los reclusos empezaron a protestar por su pérdida de peso y un hambre atroz. Las plagas de parásitos y las enfermedades de la piel eran más habituales de lo que fueron bajo las condiciones, lejos de ser perfectas, de Weimar. En un principio, los trabajos forzados no eran una prioridad, ya que se consideraba que perjudicaban la creación de empleos en el exterior de las cárceles, pero pronto se cambió esta política y en 1938 cerca del 95 por 100 de los reclusos eran obligados a realizar trabajos. Muchos de los presos fueron encerrados en campos de trabajo especialmente construidos y administrados por el servicio penitenciario estatal, donde se realizaban tareas de despeje de páramos y cultivo en las tierras de Emsland, en el norte de Alemania. Cerca de 10.000 hombres realizaron allí trabajos agotadores, excavando y drenando un suelo árido. En estos campos las condiciones eran todavía más duras que en las cárceles ordinarias, había palizas constantes, latigazos, ataques deliberados de los perros de los guardianes e incluso asesinatos y tiroteos. Muchos de los guardas eran antiguos camisas pardas y habían

dirigido campo principal de los páramos antes de que el Ministerio de Justicia se hiciera cargo de él en 1934. Su actitud tuvo una fuerte influencia entre los funcionarios del Estado que fueron llegando al campo en los años siguientes. Aquí, a diferencia de otros campos, las condiciones brutales y arbitrarias de los primeros campos de concentración continuaron bien entrados los años treinta y apenas fueron reprimidos por los mandos.[139]

El 14 de mayo de 1934, en las cárceles y penitenciarías del Estado se impusieron unas nuevas normas que unificaban las anteriores diferencias locales y regionales, eliminaban los privilegios e introducían nuevos castigos para los reclusos más refractarios. A partir de ese momento, los objetivos del encarcelamiento eran la expiación, la disuasión y el castigo. Se recortaron los programas educativos, que fueron nazificados a fondo. Se sustituyeron los deportes y los juegos por la instrucción militar. Las protestas de los reclusos se trataban con mucha más dureza. El veterano delincuente con quien Friedrich Schlotterbeck, un preso político comunista, compartió celda conocía bien el grado de deterioro de las condiciones en la cárcel. Como dijo el viejo a su nuevo compañero de celda:

> Primero serraron los respaldos de los bancos del comedor. Se suponía que eran demasiado cómodos. Nos consentían demasiado. Después cerraron el comedor del todo. A veces se celebraban conciertos o conferencias con proyecciones los domingos. Ahora ya no. También han retirado montones de libros de la biblioteca [...]. La comida es cada vez peor. Se han introducido nuevos castigos. Por ejemplo, aislamientos de una semana a pan y agua. Cuando se acaba el periodo, no se puede decir que te sientas muy bien. También te pueden incomunicar con los pies y las manos atados. Pero lo peor es cuando te atan las manos y los pies detrás de la espalda. Sólo puedes tumbarte sobre la barriga. De hecho, las normas no han cambiado. Sólo las aplican de un modo más estricto.[140]

Como observó Schlotterbeck en los años que pasó en prisión, los castigos se fueron haciendo cada vez más frecuentes y severos, a pesar de que la mayoría de guardas eran viejos profesionales y no nazis acabados de llegar.[141] Muchos funcionarios de prisión no tenían bastante con la eliminación de las prácticas reformistas de Weimar, sino que deseaban volver a las del periodo imperial, cuando el castigo físico era moneda común. Pero en un gran número de cárceles estatales la sobrepoblación frustró la reinstauración de lo que éstos consideraban la manera apropiada de hacer las cosas. La contratación, en 1938, de un millar de paramilitares

veteranos nazis como guardas de refuerzo no mejoró la situación. Agradecían la oportunidad, pero eran incapaces de acatar la disciplina. Despreciaban la autoridad del Estado y tendían a golpear de una manera brutal a los reclusos con armas hasta ese momento poco habituales en las cárceles, como porras de goma.[142]

Los «confinados por razones de seguridad» lo pasaban especialmente mal. Cada día debían realizar trabajos forzados durante nueve horas, y estaban sujetos a una estricta disciplina militar. Como estaban condenados de por vida, al envejecer las condiciones se les hacían más duras. En 1939, más de una cuarta parte de ellos tenía cincuenta años o más. Los casos de automutilación y los intentos de suicidio aumentaron rápidamente. «No quiero pasar tres años más aquí dentro—escribió un recluso a su hermana en 1937—[...]. Mi hermana querida, es cierto que he robado, pero prefiero matarme que ser enterrado en vida por eso».[143] Las nuevas leyes y los poderes crecientes de la policía hicieron que el número de reclusos por todo tipo de delitos en las cárceles estatales creciera un 50 por 100 en 1933, hasta alcanzar un pico de 122.000 hombres a finales de febrero de 1937, mientras que diez años antes eran 69.000.[144] La política nazi acerca de la delincuencia no tenía el objetivo de reducir los delitos ordinarios de robo y violencia, aunque en los años de la posguerra era normal escuchar a los viejos decir que fueran cuales fueran las faltas de Hitler, por lo menos había hecho que las calles fueran más seguras para los ciudadanos honrados. De hecho, en agosto de 1934 y en abril de 1936 se declararon amnistías parciales para delitos menores, no políticos, invalidando no menos de 720.000 casos que habrían terminado en condenas cortas de cárcel o en multas. No era éste el tipo de delincuente que interesaba a los nazis. Los reincidentes, de todas formas, no se beneficiaron de estas amnistías, otra prueba de la arbitrariedad de las prácticas penales de los nazis.[145]

Mientras tanto, se había creado un buen número de nuevos tipos penales a partir de nuevas leyes y decretos, algunos de ellos con efectos retroactivos. Su diseño obedecía nada menos que a los intereses ideológicos y propagandísticos del régimen. Así, por ejemplo, en 1938, Hitler ordenó la aprobación de una nueva ley que contemplara la pena de muerte para los robos cometidos en autopista después de que dos hombres hubieran sido

declarados culpables de tal delito en 1938 y enviados a prisión. Al punto los mandaron guillotinar.[146] Se dio un sesgo político o ideológico a los delitos de todo tipo. Así, ser ratero o carterista era prueba de degeneración hereditaria, y actividades de definición etérea como «rumorear» y «hacer el vago» eran motivo suficiente para mandar a alguien a la cárcel por tiempo indefinido. Cada vez más, los castigos impuestos no casaban con el delito cometido, sino que obedecían a los supuestos intereses colectivos de la «comunidad racial» frente a las desviaciones de las normas impuestas por los nazis. Policía, fiscales y tribunales incluían a cada vez más conjuntos enteros de la población en categorías definidas como inherentemente criminales, perseguidas por miles con detenciones arbitrarias y encarceladas sin juicio.

Desviadas y marginales, pero hasta entonces más o menos toleradas, profesiones como la prostitución empezaron a ser definidas como «antisociales» y sujetas a las mismas sanciones. Leyes inconcretas y de largo alcance daban a la policía unos poderes casi ilimitados para practicar detenciones, prácticamente a voluntad, mientras que los tribunales no se quedaron muy atrás en la aplicación de políticas de control y represión, a pesar de los continuos ataques del régimen por su supuesta indulgencia. Un número considerable de criminólogos, especialistas en derecho penal, abogados, jueces y profesionales de todo tipo—hombres como el criminólogo Edmund Mezger, miembro del comité encargado de preparar un nuevo Código Penal, que en un libro publicado en 1933 afirmó que el objetivo de la política penal era «la eliminación de elementos que dañan la comunidad racial»[147]—celebraron todos estos cambios, sólo con pequeñas reservas que a menudo sólo se referían a cuestiones técnicas. Como indicaba la frase de Mezger, para los nazis el crimen, la desviación y la oposición política eran vertientes de un mismo fenómeno, el problema, como lo definió él mismo, de los «extraños a la comunidad» [*Gemeinschaftsfremde*], personas que, por alguna razón, no eran «camaradas de raza» [*Volksgenossen*] y que por esta razón debían ser eliminados a la fuerza de la sociedad de una manera u otra. Un experto de la policía de ese periodo, Paul Werner, lo resumió en 1939 cuando afirmó que sólo aquellos que se podían integrar completamente en la «comunidad

racial» podían gozar de plenos derechos; cualquiera que fuera «indiferente» a la comunidad actuaba «con una mentalidad criminal o asocial» y, por esa razón, era «un delincuente y un enemigo del Estado» que la policía debía «combatir y reducir».[148]

INSTRUMENTOS DEL TERROR

I

Uno de los resultados más destacables de la sistematización del mecanismo de represión y control nazi bajo la égida de las SS de Heinrich Himmler fue el establecimiento de campos de concentración.[149] Durante la toma del poder en los primeros meses de 1933, se construyeron precipitadamente por lo menos setenta campos, junto con un número desconocido, pero probablemente más alto, de celdas de tortura y pequeñas cárceles en los cuarteles de las diversas ramas de los camisas pardas. Durante este periodo se encerró a 45.000 prisioneros, a quienes los guardas de los campos sometieron a palizas, torturas y humillaciones rituales. Unos cientos de ellos murieron a causa de los maltratos. La inmensa mayoría eran comunistas, socialdemócratas y sindicalistas. De todas formas, la mayoría de estos campos y centros de tortura ilegales fueron cerrados entre la segunda mitad de 1933 y los dos o tres primeros meses de 1934. Uno de los más famosos, el campo de concentración ilegal levantado en los astilleros Vulkan, en Stettin, se clausuró en febrero de 1934 por orden del fiscal del Estado. Varios oficiales de las SA y las SS destacados en la tortura de prisioneros fueron llevados a juicio y recibieron condenas largas. Antes de que esto ocurriera, sin embargo, se había declarado una serie de amnistías oficiales y no oficiales que permitieron la puesta en libertad de un número importante de reclusos, una vez intimidados y escarmentados. Sólo en un día, el 31 de julio de 1933, se liberó a un tercio de la población de los campos. En mayo de 1934, sólo había una cuarta parte de los presos de un año antes, y el régimen empezaba a regularizar y sistematizar las condiciones de internamiento de los que permanecían dentro.[150]

Tiempo atrás, en junio de 1933, el fiscal del Estado en Baviera había presentado cargos contra el comandante de Dachau, Hilmar Wäckerle, el médico y el administrador del campo por complicidad en el asesinato de prisioneros.[151] El 26 de junio de 1933, Himmler, a quien Wäckerle había ayudado, aunque de forma poco consistente, a trazar y poner en vigor las normas de los campos, fue obligado a prescindir de él y designar un nuevo comandante. Éste fue Theodor Eicke, un ex policía con un pasado bastante turbulento. Nacido en 1892, Eicke era un oficial encargado de las pagas en el Ejército y guarda de seguridad que progresó en las filas de las SS hasta convertirse a finales de 1931 en jefe de batallón, al mando de más de 1.000 hombres. Al año siguiente, sin embargo, después de ser procesado por la preparación de atentados con bomba, fue obligado a viajar a Italia. Allí dirigió un campo de refugiados bajo las órdenes del gobierno fascista, y regresó finalmente a Alemania en febrero de 1933 para participar en la toma del poder por parte de los nazis. Pero pronto, después de una pelea violenta con el jefe nazi de distrito del Palatinado, Himmler tuvo que poner al irascible Eicke bajo examen psiquiátrico.[152] Uno de sus subordinados en Dachau, Rudolf Höss, lo describió como «un nazi inflexible de la vieja guardia» que veía a los comunistas recluidos en los primeros campos de concentración como «enemigos implacables del Estado» que debían ser «tratados con severidad y destrozados» si oponían «resistencia».[153]

En junio de 1933, Himmler recordó que Eicke había organizado un campo en Italia con algún éxito, y decidió nombrarlo director de Dachau. El nuevo comandante explicó más tarde que, a su llegada, encontró guardas corruptos, un equipamiento pobre y una administración con la moral baja. No había, explicó, «cartuchos ni rifles, por no mencionar la inexistencia de metralletas»: «De toda la dotación, sólo tres hombres sabían cómo funcionaban éstas. Mis hombres estaban alojados en naves con corriente de aire. En todas partes había pobreza y miseria»—en todas partes, es decir entre los guardas; no mencionó la pobreza y la miseria de los presos—. Eicke se deshizo de la mitad del personal, formado por 120 hombres, y pidió repuestos. En octubre de 1933 estableció un conjunto de reglas que, a diferencia de las anteriores, también dictaban el código de conducta de los guardas. Así, impuso una apariencia de orden y uniformidad allí donde

predominaban la brutalidad arbitraria y la violencia. Las normas eran en extremo draconianas. Los prisioneros que discutieran de política con el propósito de «incitar» o difundieran «propaganda atroz» serían colgados; el sabotaje, atacar a un guarda o cualquier otro motín o insubordinación se podían castigar con el paredón. Las infracciones menos graves se pagaban con una gran variedad de castigos más leves. Entre éstos estaban el aislamiento a pan y agua por un periodo que variaba según el delito; el castigo físico (veinticinco azotes); instrucción suplementaria; permanecer atado a un árbol o un poste durante horas; trabajos forzados, y la suspensión del contacto por correo con el exterior. Este tipo de castigos adicionales acarreaban también la prolongación de la condena.[154]

Mediante el establecimiento de un aparato burocrático que justificaba por escrito todos los castigos, el sistema de Eicke estaba pensado para evitar los maltratos individuales y proteger a los oficiales y guardas de la persecución por parte de funcionarios de justicia locales. La violencia arbitraria había sido sometida a regulación. Las palizas, por ejemplo, sólo las podían propinar determinados hombres de las SS, delante de los presos, y todos los castigos tenían que ser registrados por escrito. El comportamiento de los guardas de las SS también estaba sometido a normas muy estrictas. Se tenían que comportar de modo militar. No podían mantener conversaciones privadas con los presos. Tenían que observar un procedimiento detallado al milímetro en el recuento diario, la supervisión de los presos en el taller del campo, la salida de comandos y el cumplimiento de los castigos. Se proporcionaron uniformes a los prisioneros y se les dijo exactamente cuáles eran sus deberes en el mantenimiento de los barracones. Se establecieron los medios sanitarios y las provisiones médicas básicos, que brillaron por su ausencia en parte de los campos en los primeros meses de 1933. Se introdujeron también los destacamentos fuera del campo, que habitualmente consistían en trabajo físico sin descanso. Eicke estableció para su equipo una división del trabajo sistemática y jerárquica, y distribuyó insignias especiales a los guardas para que las llevaran en el cuello del uniforme; pronto, a partir de finales de 1934, se difundió la calavera que distinguía y daba identidad propia a la

división de campos de concentración de las SS. Ésta simbolizaba la doctrina de Eicke sobre la dureza extrema con que había que tratar a los presos. Como explicó más tarde Rudolf Höss:

> La intención de Eicke era que sus hombres estuvieran básicamente mal predispuestos hacia los prisioneros, y por ello los sometía a instrucción constante y les daba órdenes convenientes acerca de la peligrosidad de los reclusos. Había que «tratarlos duramente» y extirpar de una vez por todas cualquier asomo de simpatía que pudieran sentir por ellos. De esta manera, consiguió engendrar en estos hombres de naturaleza más bien simple un odio y una antipatía por los presos que un observador encontraría difícil de imaginar.[155]

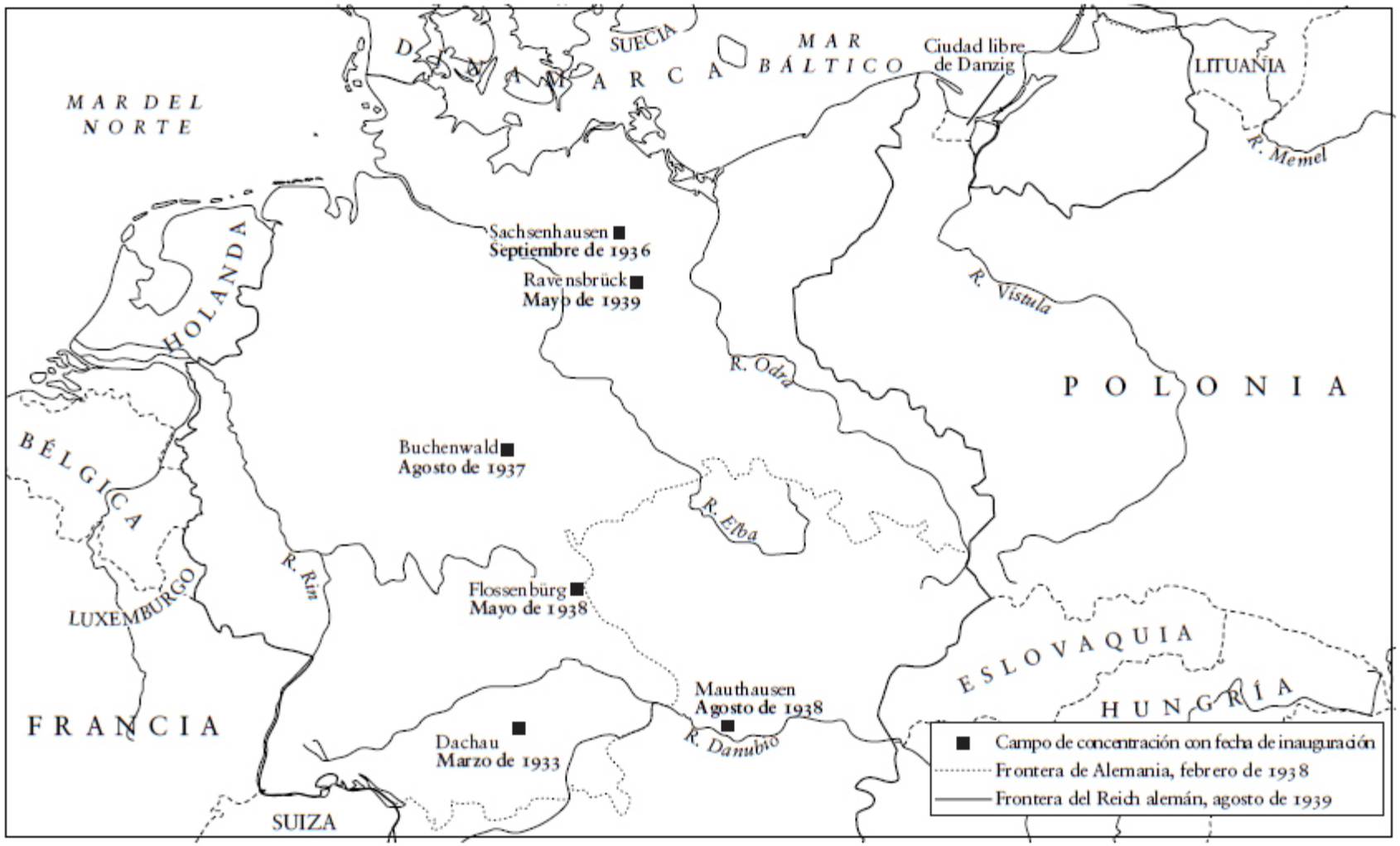
Himmler pidió a Höss, a quien conocía de la época de los Artamanos del lema «sangre y suelo», que entrara en la «formación de calaveras» de los guardas de las SS del campo de concentración de Dachau después de que éste se alistara en las SS en septiembre de 1933. Disciplinado y diligente, Höss ascendió rápidamente. En 1936 ya era oficial, y fue puesto al mando de los almacenes y de los bienes de los presos.

Höss, que había sido preso él mismo unos años antes, escribió más adelante que el peso psicológico más duro de llevar para la mayoría de reclusos en campos de concentración era la incertidumbre acerca de la duración de la condena. Mientras que los reclusos de las cárceles sabían cuándo iban a salir, la liberación de un campo de concentración dependía del antojo de un consejo que se reunía cada tres meses y podía retrasarse por la mala voluntad de cualquier guarda de las SS. En el mundo de los campos creado por Eicke, las normas daban un poder ilimitado a los guardas. Las normas detalladas y elaboradas daban a los guardas muchas coartadas para ejercer la violencia contra los reclusos por infracciones en todos los niveles, ya fueran reales o inventadas. No fueron diseñadas por otra razón que para suministrar cobertura legal al terror que descargaban sobre los reclusos. Höss protestó: no podía soportar ser testigo de los castigos brutales, palizas y latigazos a que se sometía a los presos. Escribió con desprecio sobre «las criaturas malignas, malintencionadas, básicamente malas, brutales, inferiores y vulgares» que predominaban entre los guardas, quienes dirigían la rabia de su complejo de inferioridad contra los presos. La atmósfera de odio era absoluta. Como muchos otros guardas de las SS, Höss creía que en los campos se desarrollaba la lucha entre dos mundos

hostiles entre sí: de un lado, los comunistas y los socialdemócratas, y, del otro, las SS. Las normas de Eicke aseguraban la victoria de las SS.[156] Como era de esperar, la reorganización de Dachau por Eicke dejó satisfecho a Himmler, quien el 4 de julio de 1934 lo nombró inspector de los campos de concentración en todo el Reich. El 11 de julio, Eicke recibió el rango máximo de jefe superior de grupo de las SS, y se situó codo a codo con Heydrich, jefe del Servicio de Seguridad.[157] La sistematización del régimen concentracionario por parte de Eicke fue la base de todos los campos en Alemania. En vista de que continuaban las intervenciones de los fiscales en casos de asesinatos cometidos por guardas en los campos, Eicke ordenó confidencialmente que no se aplicaran las normas que implicaban la pena capital por las infracciones graves de la disciplina; había que seguir utilizándolas principalmente como instrumento de «intimidación» para los presos. El número de muertes arbitrarias empezó a caer, aunque la razón principal era el declive constante del número total de presos. Después de unas 24 muertes en Dachau en 1933, el número cayó a 14 en 1934 (sin contar los muertos a causa de la purga contra Röhm), a 13 en 1935 y a 10 en 1936.[158]

Del mismo modo que tomó el control y centralizó las fuerzas policiales en toda Alemania, Himmler también puso los campos de concentración bajo el control de las SS en 1934 y 1935, ayudado por el poder y la influencia que las SS habían obtenido después de la purga de Röhm. Por entonces sólo quedaban 3.000 presos, señal que la dictadura se había establecido sobre una base más o menos firme. En paralelo al proceso de sistematización, se produjo un proceso de centralización. En 1935 se clausuraron los campos de Oranienburg y Fuhlsbüttel; en 1936, el de Esterwegen, y en 1937, el de Sachsenburg. En agosto de 1937, en Alemania sólo quedaban cuatro campos de concentración: Dachau, Sachsenhausen (donde fue trasladado Höss al año siguiente), Buchenwald y Lichtenburg, este último, de mujeres. Este estado de cosas refleja un tanto la sensación creciente de seguridad que tenía el régimen y el éxito del aplastamiento de la oposición de izquierdas. Los socialdemócratas y comunistas que se consideraba que habían aprendido la lección fueron liberados entre 1933 y 1936. Los que permanecían bajo custodia o bien eran demasiado importantes para ser

puestos en libertad, como el antiguo jefe comunista Ernst Thälmann, o bien eran considerados refractarios que continuarían resistiendo al Tercer Reich una vez en la calle. Los números relativamente bajos de presos indican también que el régimen había conseguido someter con éxito a su voluntad los sistemas judicial y penitenciario del Estado, de modo que, después de la clausura de los campos más pequeños y los centros de tortura de las SS en 1933, las prisiones oficiales del Estado desempeñaron el papel más importante en el encarcelamiento de los enemigos políticos, reales y supuestos, del Tercer Reich. En el verano de 1937, por ejemplo, el número total de presos políticos en los campos era insignificante en comparación con los 14.000 delincuentes políticos oficialmente designados como tales encerrados en las cárceles del Estado. Después del primer periodo de violencia y represión de 1933, el Estado, más que las SA y las SS, era quien se encargaba en mayor grado de aquellos que habían cometido delitos contra las pautas políticas del Tercer Reich.[159] En ese punto, las cifras también sufrieron un descenso, ya que los delincuentes políticos eran poco a poco devueltos a la sociedad. El aplastamiento efectivo de la resistencia comunista a mediados de la década de 1930 se reflejó en el declive del número de condenas por alta traición, de 5.255 en 1937 a 1.126 en 1939, y en un descenso de la cifra de reclusos en las cárceles del Estado clasificados como delincuentes políticos, de 23.000 en junio de 1935 a 11.265 en diciembre de 1938.[160] Estas cifras eran superiores a las correspondientes a los campos, es decir, la policía, los tribunales y el sistema penitenciario ejercieron un papel más importante en la represión política bajo el Tercer Reich que las SS y los campos de concentración, por lo menos hasta el estallido de la guerra.



2. Campos de concentración en agosto de 1939.

En febrero de 1936, Hitler aprobó una reorientación del sistema por la que las SS de Himmler y la Gestapo tenían el encargo de prevenir no sólo el resurgimiento de la resistencia de comunistas y socialdemócratas, sino de purgar la raza alemana—ahora que la resistencia obrera había sido aplastada de forma efectiva—de elementos indeseables. Éstos eran sobre todo delincuentes reincidentes, personas asociales y, más generalmente, tipos que se desviaban de la idea y la práctica de lo que debía ser un miembro normal y saludable de la comunidad racial alemana. Hasta ese momento, los judíos no constituían una categoría separada: el objetivo era purgar la raza alemana, tal como la entendían Hitler y Himmler, de elementos indeseables y degenerados. Así, la composición de la población de los campos empezó a cambiar, y la cifra de reclusos empezó a crecer otra vez. En julio de 1937, por ejemplo, de los 1.146 internos en Dachau, 330 eran delincuentes profesionales, 230 habían sido condenados a prestar trabajos bajo la normativa de asistencia social, y 93 habían sido detenidos en acciones de la policía bávara contra vagabundos y mendigos. Por aquel entonces, el 57 por 100 de los presos no eran clasificados como políticos, en contraste con la situación de 1933-1934.[161] Se estaba produciendo así un cambio dramático en la naturaleza y función de los campos. De formar parte del esfuerzo concertado con el Tribunal Popular y los Tribunales Especiales contra la oposición política y, por encima de todo, la resistencia de miembros del Partido Comunista, los campos de concentración se habían convertido en un instrumento de ingeniería racial y social. Ahora los campos de concentración eran vertederos para los degenerados desde el punto de vista racial.[162] Y el cambio de función, emparejado con el éxito de Himmler a la hora de garantizar la inmunidad para los guardas y oficiales de los campos en todo lo que hicieran de puertas adentro, produjo pronto otro aumento acentuado de la muerte de internos después de la relativa interrupción de mediados de los años treinta.[163] En 1937, se produjeron 69 muertes en Dachau, siete veces más que en el año anterior, en una población que había permanecido más o menos estable en torno a 2.200 hombres. En 1938, la cifra de muertos en el campo se multiplicó hasta 370 en una población que creció hasta alcanzar un número superior a los 8.000 hombres. En Buchenwald, donde las condiciones eran todavía peores, se produjeron 48

muertes por 2.200 reclusos en 1937, 771 por 7.420 en 1938, y no menos de 1.235 muertes por 8.390 internos en 1939, cifras, las dos últimas, que reflejan los efectos de una epidemia de tifus en el campo en el invierno de 1938 a 1939.[164]

El castigo de los elementos «ajenos a la comunidad» había empezado, de hecho, en seguida, en 1933, con la detención por la policía de cientos de «delincuentes profesionales» en la que sería la primera de una serie de acciones concertadas contra, entre otras, bandas criminales organizadas de Berlín.[165] En septiembre de 1933 se detuvo a 100.000 vagabundos en una «semana de los mendigos del Reich» organizada para coincidir con la presentación del primer programa de Ayuda Invernal, en que se recolectaban contribuciones voluntarias para los indigentes y los desempleados—un ejemplo claro de la interdependencia durante el Tercer Reich entre asistencia social y coacción.[166] No todos terminaban en los campos, pero en Prusia, el 13 de noviembre de 1933, se puso bajo custodia preventiva en campos de concentración a criminales y delincuentes sexuales, y en 1935 había cerca de 500 encarcelados. Después de la centralización de la policía y su sujeción a las SS, esta política se expandió todavía más y se sistematizó. En marzo de 1937, Himmler ordenó la detención de 2.000 delincuentes clasificados como profesionales o reincidentes, es decir, delincuentes con un largo historial de condenas por muy insignificantes que fueran éstas; a diferencia de los «confinados por razones de seguridad», cuyo destino tenía que ser decidido en los tribunales, éstos fueron enviados directamente a campos de concentración sin haber sido procesados. El 14 de diciembre de 1937 se aprobó un decreto que permitía la detención y el confinamiento en campos de concentración de aquellos elementos que el régimen y sus diversos agentes, que ahora trabajaban en colaboración más estrecha con la policía, consideraran asociales. Al cabo de poco tiempo, los ministerios del Interior prusiano y del Reich extendieron la definición de asocial para incluir en ella a todos aquellos cuya actitud no encajara con la de la comunidad racial, incluyendo a gitanos, prostitutas, proxenetas, vagabundos, mendigos y camorristas. Incluso aquellos que cometieran infracciones de tráfico podían ser incluidos en esas circunstancias, así como los que llevaban mucho tiempo

desempleados, cuyos nombres la policía obtenía en bolsas de trabajo. Por entonces, se argumentaba, no había excusa para no tener empleo, de modo que los que no lo tenían eran unos vagos que necesitaban un correctivo.[167]

En abril de 1938 la Gestapo emprendió por todo el país una serie de redadas en lugares como pensiones baratas del mismo tipo de la que acogió a Hitler en sus días de pobreza y desempleo en Viena antes de la Primera Guerra Mundial. En junio de 1938 sólo en el campo de concentración de Buchenwald había 2.000 personas procedentes de estos sitios. En ese momento, el 13 de junio, la Policía Criminal, siguiendo órdenes de Heydrich, lanzó otra serie de incursiones contra mendigos y vagabundos. La policía también detuvo a hombres desempleados con residencia fija. En muchas áreas, la policía fue más allá de las instrucciones de Heydrich y puso a todos los desempleados bajo custodia. Heydrich había ordenado que se practicaran 200 detenciones en cada distrito de policía, pero la de Frankfurt detuvo a 400 personas, y la de Hamburgo, a 700. El número total de detenciones en todo el país excedió con creces la cifra de 10.000.[168] Las consideraciones económicas, que desempeñaron un papel muy importante en acciones de este tipo, se pueden leer en los documentos que justificaban las detenciones preventivas de estos hombres. El informe sobre un hombre de cincuenta y cuatro años detenido en Duisburg en junio de 1938 como parte de una acción más amplia contra tipos considerados asociales decía:

> Según la información proporcionada por la oficina de asistencia social, C. debe clasificarse como vago. No cuida de su esposa ni de sus dos hijos, de modo que éstos dependen de las ayudas públicas. Nunca ha aceptado los empleos que se le han asignado. Se ha entregado a la bebida. Se ha gastado todos los pagos que ha recibido de la beneficencia. Ha sido advertido en diversas ocasiones por la oficina de asistencia social y se lo describe como un ejemplo clásico de elemento asocial, irresponsable y perezoso.[169]

Trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen, este hombre tardó poco más de dieciocho meses en morir de debilidad física general, según decían los informes del campo.[170]

Las personas clasificadas como asociales engrosaron la muy maltrecha población de los campos de concentración en toda Alemania y pronto hubo sobrepoblación. En el verano de 1938, por ejemplo, en Sachsenhausen entraron más de 6.000 hombres; los efectos de estos ingresos en un campo

donde el número total de internos no superaba los 2.500 a principios de año fueron alarmantes. En Buchenwald, de los 8.000 reclusos que había en agosto de 1938, 4.600 eran considerados vagos. El flujo de nuevos presos forzó la apertura de dos nuevos campos para delincuentes y «asociales» en Flossenbürg y Mauthausen, dirigidos por las SS pero asociados a una empresa subsidiaria fundada el 29 de abril de 1938, la DEST [Deutsche Erd und Steinwerke Gmgh]. Los presos eran obligados a trabajar en beneficio de esta empresa en canteras donde se volaba y excavaba granito para los proyectos de construcción de edificios colosales de Hitler y su arquitecto Albert Speer.[171] Dentro del campo, los asociales continuaban siendo el eslabón más bajo de la sociedad. Los guardas los trataban de forma brutal, y casi por definición eran incapaces de organizarse en grupos de ayuda mutua, como sí lo hacían los presos políticos. Los otros presos los miraban con desprecio, y casi no participaban en la vida del campo. Las cifras de enfermedades y muertes entre éstos eran especialmente altas. En la amnistía promulgada por el aniversario de Hitler el 20 de abril de 1939 sólo se liberó a unos cuantos asociales. El resto se tuvieron que quedar dentro de los campos indefinidamente. Aunque las cifras fueron bajando, en vísperas de la guerra seguían siendo el grupo más importante de presos. En Buchenwald, por ejemplo, de los 12.921 detenidos preventivos contabilizados el 31 de diciembre de 1938, 8.892 eran clasificados como asociales; un año después, la relación era de 8.212 por 12.221. Las redadas cambiaron del todo la naturaleza de la población de los campos.[172]

II

En vísperas de la guerra, las cifras de internos en los campos de concentración habían vuelto a aumentar, de 7.500 a 21.000, y la composición era mucho más variada que en los primeros años del régimen, cuando una abrumadora mayoría de reclusos estaban encerrados por motivos políticos.[173] Los internos se concentraban en unos cuantos campos relativamente grandes: Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Ravensbrück (el campo de mujeres que sustituyó al de Lichtenburg en mayo de 1939), Mauthausen y Sachsenhausen. Además, la necesidad de materiales de

construcción hizo que se abriera un subcampo [*Aussenlager*] en Sachsenhausen, en el suburbio hamburgués de Neuengamme, donde se manufacturaban ladrillos para la transformación del puerto del Elba planeada por Hitler. A su debido tiempo seguirían otros campos. El trabajo se estaba convirtiendo en una función cada vez más importante.[174] Con todo, éste era prescindible, y las condiciones de los nuevos campos eran todavía peores de las que presentaban sus predecesores de mediados de los años treinta. Desde el invierno de 1935 a 1936, los responsables de algunos campos empezaron a identificar a las diversas categorías de reclusos mediante señales en los uniformes, y en el invierno de 1937 a 1938 el sistema se había estandarizado. A partir de ese momento, los uniformes a rayas de los prisioneros llevaron un triángulo invertido cosido a la altura del pecho izquierdo: negro para los asociales, verde para los delincuentes comunes, azul para los emigrantes judíos que habían regresado al país (una categoría bastante reducida), rojo para los políticos, violeta para los testigos de Jehová, rosa para los homosexuales. Los presos judíos entraban dentro de cualquiera de estas categorías (normalmente los clasificaban como políticos), pero llevaban un triángulo amarillo cosido por debajo de la otra insignia, de manera que la superposición formaba una estrella de David. Muy a menudo, estas categorías se aplicaban con poca precisión e incluso de forma arbitraria, algo que no preocupaba demasiado a las autoridades de los campos. Con la concesión de pequeños privilegios a los políticos, se aseguraban el resentimiento de los demás; si ponían a los comunes a cargo de los otros presos, podían provocar todavía más divisiones entre los diferentes tipos de internos.[175]

Algunos de los que consiguieron sobrevivir a la experiencia han dado testimonio de la brutalidad de la vida en los campos a finales de los años treinta. Uno de estos fue Walter Poller, nacido en 1900, periodista de un periódico socialdemócrata durante la República de Weimar. Poller entró en la resistencia socialdemócrata tras su despido en 1933. A principios de noviembre de 1934 fue detenido acusado de alta traición después de que la Gestapo lo identificara como autor de hojas volantes de la oposición; era la tercera vez que era detenido desde principios de 1933. Cuando terminó la condena de cuatro años de prisión que le impusieron, fue detenido de nuevo

y enviado a Buchenwald. Su experiencia da fe de la brutalidad extrema que se había impuesto como norma en los campos. Tan pronto llegó, Poller y sus compañeros de traslado fueron objeto de una paliza, en absoluto provocada por ellos, por parte de los guardas de las SS que los habían conducido al campo; les pegaron con las culatas de los rifles y con porras de caucho mientras corrían. Cuando llegaron al barracón de prisioneros políticos, sucios, magullados y sangrando, un oficial de las SS les leyó una versión de las normas del campo:

> Aquí estáis, ¡y esto no es ningún balneario! Ya lo habréis notado. Quien no lo haya comprendido, lo hará pronto. Podéis estar seguros de ello [...]. Aquí no sois reclusos que cumplen una sentencia dictada por los tribunales, aquí sois pura y llanamente «prisioneros», y si no sabéis lo que esto significa, lo descubriréis en breve. ¡Sois abyectos y estáis indefensos! ¡No tenéis ningún derecho! ¡Vuestro destino es la esclavitud! Amén.[176]

Poller descubrió pronto que a pesar de que los presos políticos recibían uniformes de mayor calidad y que permanecían separados del resto, los trabajos pesados que le habían asignado fuera del campo eran demasiado para él. Los internos socialdemócratas y comunistas, bien organizados y con un sistema elaborado de ayuda mutua, consiguieron que le fuera asignado un puesto en las oficinas del médico del campo. Desde ese puesto, Poller pudo no sólo sobrevivir hasta su liberación en mayo de 1940, sino observar la rutina de la vida dentro del campo. Ésta implicaba un grado necesario de autogobierno por parte de los presos, con internos más antiguos que se responsabilizaban de cada barracón y *kapos* que se encargaban de llamar y contar a los internos en el recuento y en otras ocasiones—un cometido que muchos cumplían con una brutalidad que rivalizaba con la de los guardas—. Pero todos los presos, fuera cual fuera su posición, estaban completamente a merced de los SS, quienes no dudaban en explotar su posición de poder absoluto sobre la vida y la muerte siempre que les venía en gana.[177]

Los presos se levantaban cada día entre las cuatro y las cinco de la mañana, explicó Poller, según la estación del año, se lavaban, se vestían, hacían la cama al estilo militar, desayunaban y salían al patio para el recuento a paso ligero. Cualquier infracción, como hacer mal la cama o llegar tarde al recuento, podía acarrear una lluvia de improperios y golpes

por parte de los *kapos* o los guardas, o ser enviado a un destacamento de castigo, donde las condiciones de trabajo eran especialmente duras. El recuento presentaba otra ocasión de recibir palizas y abusos. Una vez, en 1937, Poller vio cómo dos presos políticos eran arrastrados de las filas con brutalidad, sacados fuera de las puertas del campo y acribillados por razones que nadie llegó a descubrir jamás. Los hombres de las SS no tenían reparos en utilizar las normas cuidadosamente detalladas de los campos para acusar a los presos que no les gustaban de infracciones—entre las cuales figuraban ofensas tan vagas como la de holgazanear en el trabajo—y hacerlos azotar, un procedimiento que tenía que ser registrado oficialmente en un formulario amarillo de dos páginas. A los presos se les obligaba con frecuencia a presenciar cómo los guardas de las SS ataban al infractor de pies y manos sobre un banco, lo ponían boca abajo y lo azotaban. Ni una sola de estas palizas, explicó Poller, se ceñía a las normas que establecía el formulario. Los presos condenados según las normas a cinco, diez o veinticinco azotes tenían que contarlos en voz alta, y si perdían la cuenta, los golpes empezaban otra vez. A menudo se sustituía la vara obligatoria por un látigo, una correa de piel o una barra de acero. Muchas veces, los golpes se alargaban hasta que el infractor perdía el conocimiento. Con frecuencia, las autoridades del campo intentaban ahogar los gritos de los presos sometidos a palizas ordenando a la banda del campo, formada por presos con habilidades musicales, que tocara alguna marcha o canción.[178]

Por infracciones más serias a las normas los presos podían ser puestos bajo «arresto» en una celda minúscula, oscura y fría durante días o semanas, alimentados sólo a pan y agua. En invierno, el «arresto» podía significar una sentencia de muerte. Más habitual era ser colgado de una vara por las muñecas durante horas, algo que causaba lesiones musculares de larga duración, y, a veces, si se alargaba lo suficiente, la pérdida de conocimiento y la muerte. Los intentos de fuga despertaban especialmente la ira de los guardas de las SS, conscientes de que, dado su escaso número en comparación con el de reclusos, una tentativa colectiva tenía muchas probabilidades de saldarse con éxito. Los que eran atrapados en plena faena eran sometidos a palizas salvajes, a veces hasta la muerte, delante de los demás, o colgados en el patio del campo mientras el comandante advertía a

los presos de que ése era el destino que esperaba a aquel que pretendiera escaparse. En una ocasión, a un preso de Sachsenhausen descubierto en pleno intento de fuga lo llevaron a rastras hasta el patio, lo golpearon violentamente, lo metieron en una pequeña caja de madera y lo dejaron durante toda una semana a la vista del resto de internos hasta que murió.[179] Ante tales amenazas, la amplia mayoría de los internos se concentraban simplemente en permanecer con vida. Durante el día, si tenían habilidad con las manos, trabajaban dentro del campo en pequeños talleres; la mayoría, no obstante, salía fuera del campo en comandos de trabajo para realizar trabajos intensivos como cargar piedras y rocas para empedrar el campo, extraer tiza o grava y recoger escombros. Durante estos trabajos, también, los guardas golpeaban a los que creían que no trabajaban lo suficientemente duro o rápido y disparaban sin aviso a quienes se apartaban demasiado del grupo principal. Al final de la tarde, los presos regresaban al campo, donde eran sometidos de nuevo al recuento, en posición de firmes, a veces durante horas y sin interrupción, húmedos, sucios y exhaustos. En invierno, algunos hombres caían hundidos por el frío, muertos por hipotermia. Cuando las luces de los barracones se apagaban, los guardas advertían a los presos de que dispararían sobre los que fueran sorprendidos caminando por el campo.[180]

La brutalidad arbitraria, y a veces sádica, de los guardas reflejaba de modo notable la brutalidad y sadismo de su propio entrenamiento como hombres de las SS. A finales de los años treinta, unos 6.000 hombres de las SS estaban destinados a Dachau, y unos 3.000 a Buchenwald. Los pormenores de la vida diaria de los guardas se conocen (en mucha menor medida) gracias a estas unidades, formadas en su mayor parte por jóvenes de clase baja; hijos de granjeros en Dachau, por ejemplo, a los que se añadían jóvenes de clase media baja y de clase obrera en Buchenwald. Con un nivel bajo de instrucción y acostumbrados al trabajo físico, les habían enseñado a ser duros. Los oficiales les sometían a insultos y abusos verbales durante la instrucción, y les castigaban de modo humillante si no conseguían hacerlo bien. Un recluta de las SS recordó más adelante que a los que se les caía un cartucho durante la instrucción con armas eran obligados a recogerlo del suelo con los dientes. La doctrina ideológica que

recibían ponía el acento sobre la necesidad de ser inflexibles con los enemigos de la raza alemana que se iban a encontrar en los campos. Cuando llegaban, se encontraban viviendo en barracones, separados del mundo exterior, con pocas diversiones, pocas oportunidades de conocer a chicas o de participar en la vida social de los pueblos de los alrededores, condenados al tedio diario de la vigilancia. En tales circunstancias, no es extraño que fueran duros con los prisioneros, los sometieran a abusos obscenos, que fortalecieran la conciencia de su propia importancia castigándolos con dureza con los pretextos más nimios, que mataran el aburrimiento haciéndoles objeto de todo tipo de burlas brutales y vengaran la humillación física y la dureza de su adiestramiento aplicando el mismo patrón a los internos; al fin y al cabo, ésta era la rutina y la disciplina que conocían. La mayoría de los hombres que se alistaron en las SS después de 1934 sabían, qué duda cabe, para qué lo hacían, de modo que a su ingreso ya tenían un alto grado de compromiso ideológico; aun así, los que decidían no tomar parte en la imposición diaria de dolor y terror en los campos podían dimitir, y, de hecho, muchos lo hicieron, sobre todo en los años 1937 y 1938, cuando el régimen concentracionario se endureció de modo notable. En 1937, por ejemplo, las SS se quedaron con cerca de 8.000 hombres menos. Había 146 miembros de los Escuadrones de la Calavera, 81 de los cuales abandonaron por propia voluntad. El 1 de abril de 1937, Eicke dio instrucciones de echar a los miembros de estos escuadrones que fueran «incapaces de obedecer» y que buscaran «componendas». Un guarda que entró en activo hacia la Semana Santa de 1937 pidió el relevo a su comandante después de presenciar palizas a prisioneros y escuchar los gritos que procedían de las celdas. Quería ser un soldado, dijo, no un guarda de prisión. Fue obligado a realizar instrucción de castigo y Eicke en persona intentó hacerle cambiar de opinión en una entrevista. Se mantuvo firme y, finalmente, el 30 de julio de 1937 su petición fue aceptada. Los que se quedaban en sus puestos, podemos asegurarlo con toda rotundidad, asumían del todo su misión sin escrúpulos ni reparos sobre los horrores a que sometían a los presos.[181]

Miles de internos fueron puestos en libertad, especialmente en los años 1933 y 1934. «Sé que has visto cosas que quizá todavía no resulten del todo comprensibles para la opinión pública—dijo un oficial del campo a Walter Poller cuando le dio los papeles de su puesta en libertad—. Debes guardar un silencio absoluto sobre ello. Lo sabes, ¿no? Si no lo haces, volverás pronto, y ya sabes lo que te va a pasar entonces».[182] La comunicación entre los internos y sus familiares y amigos estaba restringida, los oficiales y los guardas tenían prohibido hablar de su trabajo fuera del campo. Lo que pasaba en los campos debía permanecer bajo un halo de misterio. Los intentos de la policía ordinaria y la fiscalía de investigar los asesinatos que tuvieron lugar en los primeros años se rechazaban.[183] Hacia 1936 los campos eran instituciones situadas más allá de la ley. Por otro lado, sin embargo, el régimen no ocultaba en absoluto su existencia. La apertura de Dachau en 1933 recibió una amplia cobertura informativa, mientras que noticias publicadas más adelante informaron del traslado de comunistas, miembros de la Reichsbanner y funcionarios «marxistas» que ponían en peligro la seguridad del Estado; del rápido aumento del número de internos hasta contarse centenares; de los trabajos que tenían que realizar, y de las historias espeluznantes sobre las atrocidades que se cometían dentro, de las cuales se dijo que eran inexactas. Se advertía a la gente de que no se acercara a mirar dentro de los campos, y de que se dispararía a aquellos que intentaran saltar sus muros, algo que sólo sirvió para incrementar la sensación de miedo y aprensión que esas historias habían expandido.[184] Lo que sucedía en los campos era un horror innombrable cuyo alcance sólo podían atestiguar aquellos que veían los cuerpos y almas rotos de los internos que eran puestos en libertad. No podían darse pistas más aterradoras de lo que aguardaba a las personas comprometidas en la oposición política, a las que expresaban su disentimiento y, a partir de 1938 y 1939, a las que se desviaban de las normas de conducta que se suponía tenían que seguir los ciudadanos del Tercer Reich.[185]

III

Nada ejemplificaba mejor el terror nazi que el poder emergente y la reputación feroz de la Gestapo. Desde que se calmó la primera ola de violencia indiscriminada de los camisas pardas, el papel de la policía en la persecución y captura de delincuentes políticos o de cualquier otro tipo fue cada vez más importante para el aparato represivo del régimen. La Gestapo en particular adquirió pronto un estatus casi mítico como el brazo que todo lo ve y todo lo sabe de la seguridad del Estado y la aplicación de la fuerza de la ley. La gente empezó a sospechar muy pronto que había agentes en cada taberna y club, espías en cada centro de trabajo y fábrica, informadores al acecho en cada autobús y tranvía, en cada esquina.[186] La realidad era muy distinta. La Gestapo era una organización muy pequeña con un número muy limitado de agentes pagados e informadores. En 1934, en la ciudad de Stettin, conocida por sus astilleros, sólo había 41 oficiales de la Gestapo, los mismos que en Frankfurt; en 1935, en Bremen sólo había 44, y, en Hannover, 42. En marzo de 1937, la oficina del distrito del Bajo Rin, a cargo de una población de 4 millones de personas, sólo tenía 281 agentes, repartidos en el cuartel de Düsseldorf y las diversas subsedes de la región. Lejos de ser unos nazis fanáticos de leyenda, sus hombres solían ser policías de carrera que habían entrado en el cuerpo durante la República de Weimar, o incluso antes. La mayoría de ellos se tenían por profesionales bien adiestrados. En Würzburg, por ejemplo, sólo el jefe de la oficina de la Gestapo y su sucesor se habían afiliado al Partido Nazi antes de finales de enero de 1933; los otros se mantuvieron a distancia de cualquier compromiso político. En total, de los 20.000 hombres que servían como oficiales de la Gestapo en Alemania en 1939, sólo 3.000 eran también miembros de las SS, a pesar de que Heinrich Himmler, jefe de las SS, dirigía la organización desde comienzos del Tercer Reich.[187]

Entre los policías de oficio que constituían la Gestapo estaba su jefe, Heinrich Müller, de quien un dirigente local nazi escribió en 1937: «Difícilmente nos lo podemos imaginar como un miembro del partido». En un memorando interno del partido de ese mismo año, en efecto, se calificaba de incomprensible que «un opositor tan odioso al movimiento» pudiera ser jefe de la Gestapo, especialmente si se tenía en cuenta que en una ocasión se refirió a Hitler como «un pintor de brocha gorda, inmigrante

y sin trabajo» y como un «desertor austriaco». Otros dirigentes nazis, en cambio, advirtieron que Müller era un tipo «increíblemente ambicioso» y que se «empeñaría en obtener el reconocimiento de sus superiores bajo cualquier sistema». La clave de su permanencia en el puesto bajo el régimen nazi fue su anticomunismo fanático desde que le asignaran su primer caso como policía a los diecinueve años, el asesinato de rehenes por el «Ejército Rojo» en el Munich revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial. Durante la República de Weimar estuvo al cargo del departamento anticomunista de la Policía Política de Munich, y su prioridad fue siempre el aplastamiento del comunismo, incluyendo lo que el régimen nazi gustaba en llamar «minucias legales». Además, Müller, que se enroló como voluntario en el Ejército a los diecisiete años y fue condecorado diversas veces por su valentía, era riguroso en cuanto al deber y la disciplina, y cumplía las instrucciones que recibía como si fueran órdenes militares. Auténtico adicto al trabajo, nunca se tomó vacaciones y apenas se puso enfermo. Su objetivo era servir al Estado alemán, sin parar mientes en el sistema político, y creía que el deber de todo el mundo, especialmente el suyo, era obedecer sus dictados sin formular preguntas. Impresionado por su eficiencia y dedicación ejemplares, Heydrich lo mantuvo en el puesto y lo enroló a él y a todo su equipo en el Servicio de Seguridad.[188]

La mayoría de los oficiales destacados de la Gestapo eran oficinistas más que policías de calle. Pasaban buena parte del tiempo recogiendo y actualizando fichas, procesando montañas de órdenes y reglamentos, archivando montones de papeles y documentos y peleándose con otras instancias e instituciones por asuntos de competencias. Partiendo de los ya muy detallados índices de comunistas y simpatizantes elaborados por la policía durante la República de Weimar, la Gestapo ambicionaba mantener un registro general de «enemigos del Estado» dividido en infinidad de categorías objeto de un tratamiento distinto. Unas lengüetas adheridas a las fichas indicaban la categoría de cada individuo: rojo oscuro para los comunistas, rojo pálido para los socialdemócratas, violeta para los «rumoreadores», etc. La burocracia gozaba de una larga tradición en la Policía Alemana. Se basaba en tan gran medida en la recopilación de

información y en sistemas de procesamiento de datos controlados por oficinistas que el presupuesto del cuartel general de la Gestapo en Berlín subió de un millón de marcos en 1933 a no menos de cuarenta en 1937.[189]

Menos del 10 por 100 de los casos que llevaba la Gestapo procedían de investigaciones iniciadas por ésta. Algunos derivaban de informadores pagados y espías, la mayoría de los cuales eran aficionados empleados de forma ocasional. Otras agencias donde se controlaba la identidad de la gente también ponían de su parte, como el Registro Civil, las policías locales, los ferrocarriles y correos. A veces, la Gestapo pedía ayuda a activistas conocidos del Partido Nazi para identificar a elementos de la oposición. No parece que el rechazo a prestar colaboración acarreara demasiados problemas a nadie. A la activista de la Liga de Muchachas Alemanas Melita Maschmann la Gestapo le pidió que espiara a la familia de una vieja amiga cuyos hermanos formaban parte de un grupo de jóvenes resistentes comunistas. Maschmann rechazó la petición y más tarde escribió: «Me acosaban a diario y pusieron en duda mis convicciones nacionalsocialistas». Pero, aparte de eso, no le ocurrió nada. Una veterana de la Liga la convenció de que ese grupo de la resistencia estaba «amenazando el futuro de Alemania». De modo que accedió, sólo para descubrir que no había podido convencer a la familia de su amiga de su buena fe: cuando llegó al lugar donde se suponía que se tenía que celebrar una reunión del grupo, se encontró con que no había acudido nadie. «El oficial de la Gestapo—recordó—me esperaba fuera de la casa y me ahuyentó con un improperio». Después de eso, Maschmann llegó a la conclusión de que no la habían echado de la Liga de Muchachas Alemanas sólo porque la valoraban como propagandista.[190]

Con mucha frecuencia, la información sobre las actividades de la resistencia obrera procedía de comunistas y socialdemócratas que no habían podido resistir la tortura y que habían accedido a informar sobre sus antiguos camaradas. Puede ser que los agentes de la Gestapo pasaran la mayor parte de su tiempo en la oficina, pero entre sus deberes estaban los interrogatorios brutales, en que el trabajo sucio lo desempeñaban matones de las SS requeridos a propósito. Richard Krebs, un marinero comunista que permaneció en Alemania tras el incendio del Reichstag y ejerció de

correo secreto de la Komintern, retrató de forma muy gráfica la manera de interrogar de la Gestapo. Krebs fue detenido en Hamburgo en 1933 y sometido a semanas de palizas y azotes implacables, mantenido completamente aislado del mundo exterior, sin permiso para contactar con un abogado ni con la familia y los amigos. Entre un interrogatorio y otro permanecía encadenado a un catre en una celda minúscula, sin poderse lavar y con el pulgar, roto en una de las sesiones con la Gestapo, envuelto en un simple vendaje. Un oficial de la Gestapo le dirigía preguntas muy detalladas basadas en informaciones recibidas y en un grueso expediente policial sobre su trayectoria confeccionado por la policía desde los primeros años veinte. Encerrado en la prisión de Fühlsbüttel la mayor parte del tiempo, Krebs era conducido cada cierto tiempo al cuartel general de la Gestapo para ser interrogado por oficiales que miraban mientras hombres de las SS le propinaban las palizas. Al cabo de unas semanas de rutina, la espalda de Krebs estaba destrozada, tenía los riñones seriamente lesionados y había perdido la capacidad auditiva en una oreja. A pesar de ello, no reveló ningún detalle sobre la organización para la que trabajaba.[191]

Cuando lo trasladaron a la oficina central de la Gestapo en Berlín, Krebs conoció otros métodos, más refinados y menos brutales. En Berlín se agotaba a los presos a base de mantenerlos de pie o de rodillas en posiciones incómodas durante largos periodos más que someterlos a abusos brutales y físicos directos. Pero la atmósfera era la misma que en Hamburgo:

> Pasillos mugrientos, despachos amueblados con simplicidad espartana, amenazas, patadas, policías a la caza de hombres esposados por todo el edificio, gritos, filas de muchachas y mujeres de pie con la punta de la nariz y de los pies contra la pared, ceniceros a rebosar, retratos de Hitler y sus secuaces, el olor a café, muchachas vestidas con gracia trabajando a toda velocidad detrás de sus máquinas de escribir—muchachas aparentemente indiferentes a la miseria y agonía que las rodeaba—, pilas de publicaciones confiscadas, imprentas, libros y fotografías, y agentes de la Gestapo dormidos sobre sus mesas.[192]

Al cabo de poco, la táctica de la Gestapo con el marinero recalcitrante volvió a la brutalidad. Krebs afirmó más tarde que volvieron a golpearle durante horas con porras de caucho y que lo sometieron a careo con antiguos camaradas doblegados por los mismos medios. Pero el impacto

más serio a su moral lo tuvo cuando la Gestapo le informó de la detención de su esposa, que había regresado del exilio para buscar a su hijo, que había sido apartado de la familia y había desaparecido dentro de la red de asistencia social. Desesperado por impedir que la Gestapo infligiera algún daño a su esposa, se aproximó a sus compañeros en la cárcel y les dijo que se ofrecería a trabajar para la Gestapo pero que lo haría como doble agente de los comunistas. Ocultándoles el hecho de que su mujer había dejado el partido poco después de la detención de su marido, les presentó la estratagema como la manera de rescatar a una camarada devota de las garras del régimen. Estuvieron de acuerdo, y el truco funcionó. En marzo de 1934 se rindió a la Gestapo, que, por lo menos en un primer momento, aceptó como genuina su conversión fingida.[193] Desde ese momento, las circunstancias cambiaron. Pronto amnistiaron a Krebs, quien reanudó el contacto con la Komintern. Parece que buena parte de la información que proporcionó a la Gestapo o bien era falsa, o bien—por lo que él sabía—ésta ya la había obtenido de otras fuentes. Despertó sospechas, y la Gestapo rechazó poner en libertad a su esposa, que murió bajo arresto en noviembre de 1938. Finalmente, Krebs convenció a la Gestapo de que les sería más útil en el terreno internacional y obtuvo el permiso para viajar a Estados Unidos. No regresó jamás.[194] Su historia ilustra la estrecha colaboración que existía entre la Gestapo, las SS, los tribunales y los campos. También demuestra el celo con que el régimen nazi sacaba información a los comunistas sobre la resistencia, y la forma implacable con que perseguían el objetivo de conseguir que trabajaran para el Tercer Reich en lugar de hacerlo para la Internacional Comunista.[195]

IV

La información obtenida bajo tortura de comunistas y socialdemócratas en las celdas de la Gestapo servía, sobre todo, para localizar miembros de la oposición política organizada. En lo que respecta a comentarios casuales, chistes políticos y pequeñas ofensas individuales contra leyes nazis, tenían más relevancia las denuncias realizadas por agentes diversos del Partido Nazi y por los mismos ciudadanos. En Saarbrücken, por ejemplo, no menos

de un 87,5 por 100 de los casos de «difamación maliciosa contra el régimen» tramitados por la Gestapo tenían su origen en informaciones servidas por posaderos y parroquianos de bares, colegas de trabajo, gente que había escuchado por casualidad en la calle comentarios sospechosos, y por familiares del acusado.[196] La Gestapo recibía tantas denuncias que incluso un dirigente nazi como Reinhard Heydrich protestó, y la misma oficina de la Gestapo en Saarbrücken manifestó su alarma por «la constante expansión de un sistema de denuncias espantoso». Lo que les consternaba más era que buena parte de las denuncias obedecían a motivos personales más que ideológicos. Los dirigentes del partido habían alentado a la gente a descubrir deslealtades, murmuraciones y disensiones, pero querían que la práctica fuera un signo de fidelidad al régimen y no un medio de ventilar rencillas y satisfacer deseos personales. El 37 por 100 de los 213 casos estudiados por un historiador derivaban de conflictos privados, mientras que otro 39 por 100 no tenía una motivación clara; sólo el 24 por 100 se originaba en denuncias realizadas por personas que actuaban por motivaciones políticas y lealtad al régimen. Había vecinos que denunciaban a personas ruidosas y revoltosas que vivían en el mismo edificio, trabajadores que denunciaban a personas que bloqueaban su ascenso en la oficina, pequeños empresarios que denunciaban a competidores inoportunos, amigos o colegas que se peleaban y a veces terminaban presentando una denuncia a la Gestapo. En alguna ocasión, estudiantes de instituto o de universidad habían denunciado a sus profesores. Fuera cual fuera el motivo, la Gestapo lo investigaba todo. Si la denuncia no tenía fundamento, simplemente archivaban el asunto y no emprendían acción alguna. Pero en muchos casos, la denuncia podía acarrear la detención de la persona denunciada, la tortura, el encarcelamiento e incluso la muerte.[197]

Cuando perseguían casos de «rumores maliciosos», la Gestapo y los tribunales solían ser más indulgentes con los acusados de clase media que con los trabajadores, aunque el grueso más importante de acusados era de clase media baja, circunstancia que refleja de modo notable que la denuncia era un hecho mucho más común dentro de este grupo social. Basados en esta ley, los Tribunales Especiales persiguieron de forma enérgica las disensiones ocasionales que pasarían desapercibidas en un sistema político

democrático y condenaron a más de 3.700 personas en 1933, la mayoría de las cuales fueron enviadas a la cárcel por un periodo de seis meses de media. Dos tercios de los encausados por esta ley en el Tribunal Especial de Frankfurt habían sido denunciados por sus comentarios por compadres de borrachera. La mayoría eran hombres de clase trabajadora, quienes recibían peor trato que los miembros del Partido Nazi o de las clases media y alta porque los tribunales recelaban de su posible filiación secreta con los comunistas o los socialdemócratas.[198] Sin embargo, un estudio de los casos de «rumores maliciosos» vistos en el Tribunal Especial de Munich ha demostrado que la proporción de casos en que el acusado había actuado con intenciones políticas cayó del 50 por 100 en 1933 a una media de sólo el 12 por 100 en los años de 1936 a 1939. Si entre 1933 y 1934 el tribunal había desempeñado la función de aplastar cualquier intento de resistencia entre comunistas y socialdemócratas, más adelante pasó a prevenir la crítica abierta al régimen, y, de hecho, a finales de los años treinta se registró un ligero aumento de la proporción de denuncias contra ex nazis y conservadores y un incremento sustancial contra católicos.[199]

La Ley contra rumores maliciosos podía llevar a alguien a la cárcel por hacer afirmaciones como que los nazis estaban acabando con la libertad del pueblo, que los funcionarios cobraban demasiado, que el diario sensacionalista antisemita de Julius Streicher *Der Stürmer* era una vergüenza para la cultura, que los presos de Dachau eran sometidos a palizas, que Hitler era un desertor austriaco, que todos los camisas pardas eran ex comunistas (la acusación favorita de los católicos conservadores), y que Hermann Göring y otros dirigentes del Tercer Reich eran corruptos. Los acusados no solían ser críticos radicales o especialmente sofisticados, y sus afirmaciones ofensivas eran poco más que expresiones de descontento inarticuladas y desordenadas, formuladas de modo individual.[200] Algunos funcionarios se sentían incómodos ante el hecho de que «la actividad de los Tribunales Especiales» se basaba «en muy buena parte en la condena de bocazas», como dijo un responsable regional en 1937. La mayoría de los detenidos por esta ley, pensaba, sólo eran murmuradores que no se oponían al régimen de un modo serio. «Aunque es necesario tomar medidas drásticas contra la propaganda verbal traidora, existe el peligro de que

castigar excesivamente las habladurías inofensivas conduzca a la animadversión y la incomprensión de los amigos y familiares de los condenados por ello en los tribunales», continuó. Pero ésta no era la cuestión. Por principio, los miembros de la oposición y la resistencia no contaban chistes ni realizaban comentarios agrios acerca de los dirigentes nazis; en la mayoría de casos éstos eran la expresión de un desahogo. Pero al régimen no sólo le interesaba suprimir la oposición activa, sino que procuraba eliminar cualquier signo de descontento por insignificante que fuera y acabar con cualquier cosa que sugiriera que el pueblo no apoyaba de modo masivo y sincero todo lo que éste hacía. Desde este punto de vista, los rumores maliciosos y los chistes con contenido político eran tan condenables como la crítica directa y la resistencia.[201]

A menudo se llegaba ante un tribunal por pura casualidad. En una ocasión, por ejemplo, un actor se sentó en una mesa de un restaurante cerca de la estación de tren de Munich un día de la primavera de 1938; la mesa ya estaba ocupada por una pareja de desconocidos y entablaron conversación. Cuando empezó a criticar la política internacional del régimen, el actor se dio cuenta, por la reacción de la pareja, de que había ido demasiado lejos; rápidamente, se levantó de la mesa para coger el tren, o por lo menos eso dijo. La pareja le siguió, pero no lo pudo localizar, de modo que dieron su descripción a la policía, que lo detuvo al cabo de dos días. Otros terminaban ante el tribunal a consecuencia de reyertas que se salían de madre, como cuando un trabajador de correos borracho empezó a insultar a Hitler en presencia de dos conocidos suyos funcionarios del partido. Cuando éstos trataron de acallarle, el hombre empeoró las cosas insultando a uno de los dos conocidos en su calidad de funcionario del partido, de modo que el otro sólo supo restablecer su autoridad ante los parroquianos de la taberna donde estaban denunciando al trabajador de correos a la policía. Fueran cuales fuesen las circunstancias de la denuncia, era obvio que hablar con libertad en público era peligroso; la gente nunca podía estar segura de quién podía estar escuchando. Lo que importaba no era tanto la frecuencia de las denuncias, sino su carácter impredecible. Por esta razón, la gente empezó a creer que los agentes de la Gestapo, pagados o no, estaban en todas partes, y que la policía lo sabía todo.[202]

Las denuncias realizadas por la gente corriente eran importantes. Con mucho, la mayoría eran realizadas por hombres; en los lugares donde los denunciantes podían escuchar de pasada afirmaciones sospechosas, como tabernas y bares, no era bien vista la presencia de mujeres, e incluso en los casos en que era una mujer quien había escuchado algo, quizá en las escaleras del bloque o en algún ámbito doméstico similar, era frecuente que dejara el asunto en manos del marido o el padre para que fuera él quien lo pusiera en conocimiento de la policía. La proporción es distinta en función del lugar, pero, cuatro de cada cinco denunciantes eran, de media, hombres. Y la misma proporción sirve para los denunciados. Durante el Tercer Reich, la política, incluso a su nivel más bajo, era un asunto predominantemente masculino.[203] De todos modos, la denuncia era sólo uno de los medios de represión y control de que se servía la Gestapo y, por supuesto, la proporción de gente corriente que presentó denuncias era en extremo pequeña dentro del conjunto de la población. Un estudio sobre 825 investigaciones de la Gestapo de Düsseldorf realizadas entre 1933 y 1944 escogidas aleatoriamente demuestra que el 26 por 100 se iniciaron a partir de información proporcionada por ciudadanos corrientes, el 17 por 100 a partir de la Policía Criminal y otros ejecutores de la ley y cuerpos de control como las SS, el 15 por 100 a partir de los informadores y oficiales de la misma Gestapo, el 13 por 100 a partir de interrogatorios realizados en las celdas de la Gestapo, el 7 por 100 a partir de las autoridades locales y otras agencias del Estado, y el 6 por 100 a partir de organizaciones de todo tipo dependientes del Partido Nazi.[204] Algunas de éstas también podían haber sido iniciadas gracias a la participación de algún ciudadano que hubiera presentado una denuncia en una sede del partido o ante algún organismo local. Sin lugar a dudas, las sedes del partido desempeñaban un papel muy importante en el proceso de llevar cualquier forma de disentimiento ante los Tribunales Especiales. En la ciudad bávara de Augsburgo era palpable que en las áreas con una larga tradición de solidaridad obrera y una presencia de la oposición organizada contra el régimen se registraban muchas menos denuncias que en los barrios donde los nazis gozaban de un amplio apoyo.

El 42 por 100 de los denunciantes pertenecían al Partido Nazi o alguna de sus organizaciones, y el 30 por 100 de éstos se habían afiliado antes de 1933.[205]

El papel de los nazis en la denuncia de afirmaciones críticas o inconformistas fue especialmente importante en 1933, 1934 y 1935. No es extraño que el 54 por 100 de los denunciados en Augsburgo fueran antiguos comunistas y socialdemócratas, a pesar de que el 22 por 100 eran nazis, lo que demuestra que en esos años el régimen no era inmune a la crítica interna. Como en otros lugares de Alemania, muchas de las afirmaciones captadas por los denunciantes se realizaban en tabernas y bares de la ciudad, un reflejo de la larga tradición de debate político que existía en este tipo de centros de intercambio social. Más llamativo resulta el siguiente dato: mientras que en 1933 tres cuartas partes de los comentarios críticos perseguidos en Augsburgo por los tribunales habían sido escuchados en tabernas y bares, la proporción cayó a dos tercios en 1934 y a poco más de la mitad en 1935. Unos años después, la proporción era de un 10 por 100. El miedo a ser escuchado inhibió rápidamente la conversación libre en las tabernas, destrozando otro aspecto de la vida social que hasta ese momento había escapado al control nazi.[206] La conciencia del peligro constante de la denuncia por una palabra o expresión imprudente dicha en un sitio público fue un factor muy importante para la expansión del miedo y la ansiedad entre la población. «Todo el mundo está encogido por el miedo—escribió en su diario el profesor judío Victor Klemperer el 19 de agosto de 1933—: Ya no hay carta, conversación telefónica o palabra dicha en la calle que no pueda ser objeto de denuncia. Todos temen que el otro sea un traidor y un espía».[207] Lo que contaba no era si había informadores en todas partes o no, sino el hecho de que la gente pensara que estaban ahí. El escritor y periodista Friedrich Reck-Malleczewen, desencantado, dejó registrado el odio que él y sus amigos sentían por Hitler en la privacidad de su diario. El 9 de septiembre de 1937 se preguntaba si había alguien más en Alemania consciente de la situación: «¿Hay alguien que tenga idea de cuán lejos estamos de tener un orden legal, de lo que significa estar amenazado constantemente por la denuncia del primer histérico que nos pasa por el

lado?». ¿Cómo podrían comprender los extranjeros, se preguntaba retóricamente, la «soledad mortal» de los que no comulgaban con los nazis?[208]

Por supuesto, la gente podía desahogar sus miedos bromeando sobre la situación, preferentemente en privado. «En el futuro—decía un chiste— en Alemania nos van a sacar las muelas por la nariz, porque ya nadie puede abrir la boca». Algunos empezaron a hablar del «vistazo alemán», la imagen inversa del «saludo alemán» que se daban los amigos cuando se encontraban por la calle: es decir, mirar alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando. Para terminar una conversación supuestamente subversiva, en vez de decir «*Heil*, Hitler!», uno podía decir: «¡Tú también has dicho unas cuantas cosas!».[209] El humor también podía ser anecdótico, por supuesto:

> Un pez gordo nazi que se encuentra en Suiza se interesa por la finalidad de determinado edificio público. «Es nuestro Ministerio de Marina», responde el suizo. El nazi se burla. «Si sólo tenéis dos o tres barcos, ¿para qué necesitáis un Ministerio de Marina?». Y el suizo: «Cierto, pero entonces ¿para qué necesitáis vosotros un Ministerio de Justicia en Alemania?».[210]

Los chistes con contenido político podían ser un buen alivio para la tensión, pero todo el mundo sabía que podían ser peligrosos. «En invierno, dos hombres que viajan en el tranvía realizan movimientos extraños con las manos debajo de sus abrigos—empezaba otro chiste—. "Mira a esos dos", dice un pasajero a su amigo, "¿qué pretenden?" "Ah, les conozco, son sordomudos. ¡Se están contando chistes políticos!"».[211] Como demuestran los expedientes de la Gestapo, en la práctica la gente se contaba chistes políticos en sitios públicos, en tabernas, tranvías, y en la calle. Las autoridades se daban cuenta de que el humor era un recurso que la gente utilizaba para convivir con el régimen; apenas indicaba una oposición real. En marzo de 1937, un oficial de policía apuntó:

> Hace algún tiempo que inventarse y contar chistes políticos se ha expandido de tal manera que se ha convertido en una verdadera plaga. Dado que estas bromas son la expresión de un estado de ánimo y son inofensivas, no se les puede objetar nada, como han subrayado repetidamente las más altas instancias del gobierno. Pero si su contenido es injurioso, no se puede tolerar que circulen por razones de seguridad.[212]

El periodista Jochen Klepper coincidía con esta aseveración: «A pesar de los chistes políticos y las decepciones privadas, el pueblo todavía vive en la ilusión del "Tercer Reich"», concluía con resignación en el verano de 1934.[213] Si no tenían antecedentes, lo más frecuente es que se dejara en libertad sin cargos a aquellos que eran detenidos por contar chistes poco respetuosos. Si estaban fichados como miembros de la oposición, las cosas podían llegar más lejos, lo que a menudo significaba una corta temporada en la cárcel. Lo que realmente contaba era la identidad de la persona que había contado el chiste, más que la naturaleza de éste, y no es de extrañar que una amplia mayoría de las personas encarceladas por esta ley (por «rumores maliciosos») fueran de clase obrera, antiguos comunistas o socialdemócratas.[214] En suma, lo que ejercía un impacto más fuerte entre la población era la arbitrariedad de la policía y la indefensión de los detenidos. Como decía otro chiste: «En la frontera belga aparecen un buen día un gran número de conejos y declaran que son refugiados políticos. "La Gestapo quiere detener a todas las jirafas como enemigas del Estado". "¡Pero vosotros no sois jirafas!". "¡Ya, pero intenta explicárselo a los de la Gestapo!"».[215]

El miedo a ser denunciado, escuchado de pasada o detenido se extendió incluso a las conversaciones privadas, las cartas y las llamadas telefónicas. Ya en un tiempo tan temprano como en los meses de marzo y abril de 1933, Victor Klemperer lamentaba en su diario: «Nadie se atreve ya a hablar, todos tienen miedo».[216] El decreto del incendio del Reichstag del 28 de febrero de 1933 permitía a la Gestapo abrir cartas e intervenir teléfonos. Klemperer anotó: «La gente no se atreve a escribir cartas, nadie se atreve a llamarse por teléfono, cuando van de visita calculan los riesgos».[217] En Berlín, un amigo socialdemócrata de la periodista Charlotte Beradt le confió que había soñado que Goebbels había ido de visita a su centro de trabajo, pero que no había sido capaz de levantar el brazo para dar el saludo nazi, y cuando finalmente lo había conseguido al cabo de media hora, Goebbels le había dicho fríamente: «No quiero que me saludes». La alienación, la pérdida de la identidad, el aislamiento, el miedo, la duda, los sentimientos que expresa este sueño eran tan desgarradores que Beradt decidió recoger los sueños de la gente. Cuando finalmente partió a

Inglaterra en 1939, sus discretas indagaciones entre amigos y conocidos, especialmente médicos, quienes era poco probable que despertaran las suspicacias de sus pacientes si les preguntaban por sus sueños, habían dado como resultado una colección lo bastante grande como para llenar un libro incluso después de descartar los sueños sin un significado político evidente.[218]

Muchos de los sueños recogidos por Beradt testimoniaban el miedo de la gente a ser vigilada. En 1934, un médico soñó que los muros de su consulta y de todas las casas del vecindario desaparecían de repente, mientras desde un altavoz alguien proclamaba que la acción obedecía al «Decreto de Supresión de Muros aprobado el día 17 del mes en curso». Una mujer soñó que mientras estaba en la ópera viendo una representación de *La flauta mágica* de Mozart, un escuadrón de policía había entrado en su palco inmediatamente después del pasaje «¡Seguro que es el diablo!» porque habían percibido que ella había pensado en Hitler en conexión con la palabra diablo. Cuando miró a su alrededor en busca de ayuda, el anciano sentado en el palco vecino le lanzó un escupitajo. Una chica explicó un sueño en que los ángeles del cuadro que colgaba sobre su cama bajaban la mirada para mantenerla bajo observación. Un buen número de personas soñaron que eran encerrados tras un alambre de espino o que interrumpían sus conversaciones telefónicas, como un hombre que, después de decirle a su hermano por teléfono «ya no puedo disfrutar con nada», soñó que le llamaba una voz inexpresiva que se presentaba como la «Oficina de Vigilancia de Conversaciones Telefónicas»: el hombre se daba cuenta de inmediato de que el Tercer Reich consideraba un delito estar deprimido y pedía perdón, pero sólo recibía un silencio como respuesta. Unos cuantos soñaron que cometían pequeños actos de resistencia que siempre resultaban inútiles, como la mujer que soñó que cada noche retiraba la esvástica de una bandera nazi y que cada mañana reaparecía.[219] En el repaso y análisis de estos sueños, Charlotte Beradt recordó una frase del líder del Frente Alemán del Trabajo Robert Ley: «En Alemania sólo se puede tener vida privada cuando se duerme». Los sueños que había recogido mostraban, concluía Beradt con tristeza, que ni tan sólo eso era cierto.[220]

V

La Gestapo, el Partido Nazi y los camisas pardas no sólo dirigieron su atención hacia opositores, disidentes y descontentos, sino hacia aquellos que no mostraban el suficiente entusiasmo por el Tercer Reich y su política. Cada grupo de casas tenía un «delegado vecinal», los funcionarios de rango más bajo de la jerarquía nazi, encargados de asegurarse que todo el mundo colgara estandartes y banderas nazis en ocasiones especiales y acudiera a las manifestaciones y los desfiles nazis. Cada agrupamiento local del Partido Nazi tenía una media de ocho células, cada una organizada alrededor de unos cincuenta bloques con cerca de cincuenta familias cada uno de ellos. A estos funcionarios de bajo rango se les llamaba generalmente «jefes políticos» del Partido Nazi; cada uno se encargaba de vigilar un bloque, y designaba ayudantes para cubrir absolutamente todos los bloques o pequeños grupos de casas. En 1935 ya había 200.000 jefes políticos. Al inicio de la guerra, si se cuentan los ayudantes, había casi dos millones de «delegados vecinales». Según las estadísticas del partido de 1935, más de dos tercios de estos hombres eran de origen medio, y en los barrios obreros con un pasado comunista o socialdemócrata eran especialmente odiados. A menudo eran los primeros en recibir las denuncias, y ejercían una vigilancia estrecha sobre disidentes conocidos, sobre los judíos y las personas que mantenían contacto con éstos, sobre personas «desafectas», normalmente antiguos opositores de los nazis. Bautizados sarcásticamente como los «faisanes dorados» por sus uniformes de un color marrón dorado con insignias rojas al cuello, tenían que informar sobre «propaladores de rumores» e inconformistas al partido, quien pasaba los nombres y sus faltas a la Gestapo. Quienes estaban a malas con los delegados vecinales podían encontrarse también con que se les denegaban ayudas y subsidios del Estado. Otras ramas del enorme aparato del Partido Nazi, desde el servicio de asistencia social y el Frente Alemán del Trabajo hasta la organización de mujeres, tenían funcionarios del mismo tipo, encargados de tareas de vigilancia y control.[221] En las fábricas y centros de trabajo, los funcionarios del Frente del Trabajo, los patrones, los capataces y el Servicio de Seguridad nazi desempeñaban las funciones de los

delegados vecinales. A los trabajadores que no se sometían se les dispensaba un trato discriminatorio, se les negaba la promoción, se los trasladaba a puestos menos agradables, o incluso se les despedía.[222] «No se podía decir nada—explicó más adelante un trabajador de la fábrica Krupp—: Teníamos al capataz permanentemente a nuestras espaldas y no nos podíamos arriesgar».[223] La maquinaria nazi del terror alcanzó absolutamente todas las parcelas de la vida y el trabajo cotidiano.

La intimidación era particularmente evidente en los plebiscitos y elecciones que Hitler convocaba de vez en cuando para dar apariencia de legitimidad a sus acciones, especialmente en lo que respecta a política internacional. La proporción creciente de votos que obtuvo en estos acontecimientos propagandísticos, legitimados por una ley de 14 de julio de 1933 aprobada al mismo tiempo que la ley que convirtió Alemania en un Estado de partido único, demuestra la eficacia con que el régimen apretaba sus garras. La nueva ley permitía al gobierno «consultar a la población» acerca de políticas particulares según su propia iniciativa, en agudo contraste con la situación bajo la República de Weimar, en que el poder de convocar plebiscitos residía en el pueblo. Durante el Tercer Reich, las elecciones y los referéndums se utilizaron como ejercicios propagandísticos en que el gobierno movilizaba al electorado por todos los medios a su alcance para dar a sus medidas más controvertidas una apariencia de legitimidad popular.[224] La primera oportunidad de utilizar estos métodos llegó con las elecciones al Reichstag del 12 de noviembre de 1933. El decreto de disolución del Reichstag abolió también los parlamentos regionales, cuya asamblea colectiva, el Reichsrat, la cámara alta del poder legislativo, fue abolido a comienzos de 1934. En las elecciones al Reichstag, los votantes se encontraron con la lista de un solo partido, y sólo podían manifestarse a favor o en contra con un sí o un no. Para tranquilizar a los electores de clase media, la lista incluía cierta cantidad de conservadores no nazis, como Papen y Hugenberg, e incluso unos cuantos antiguos representantes del Partido del Centro y del Partido del Pueblo. La intensa campaña de propaganda, en la que Hindenburg pronunció un discurso emitido por radio, se complementó con una serie de instrucciones secretas del Ministerio del Interior, que otorgó a los funcionarios

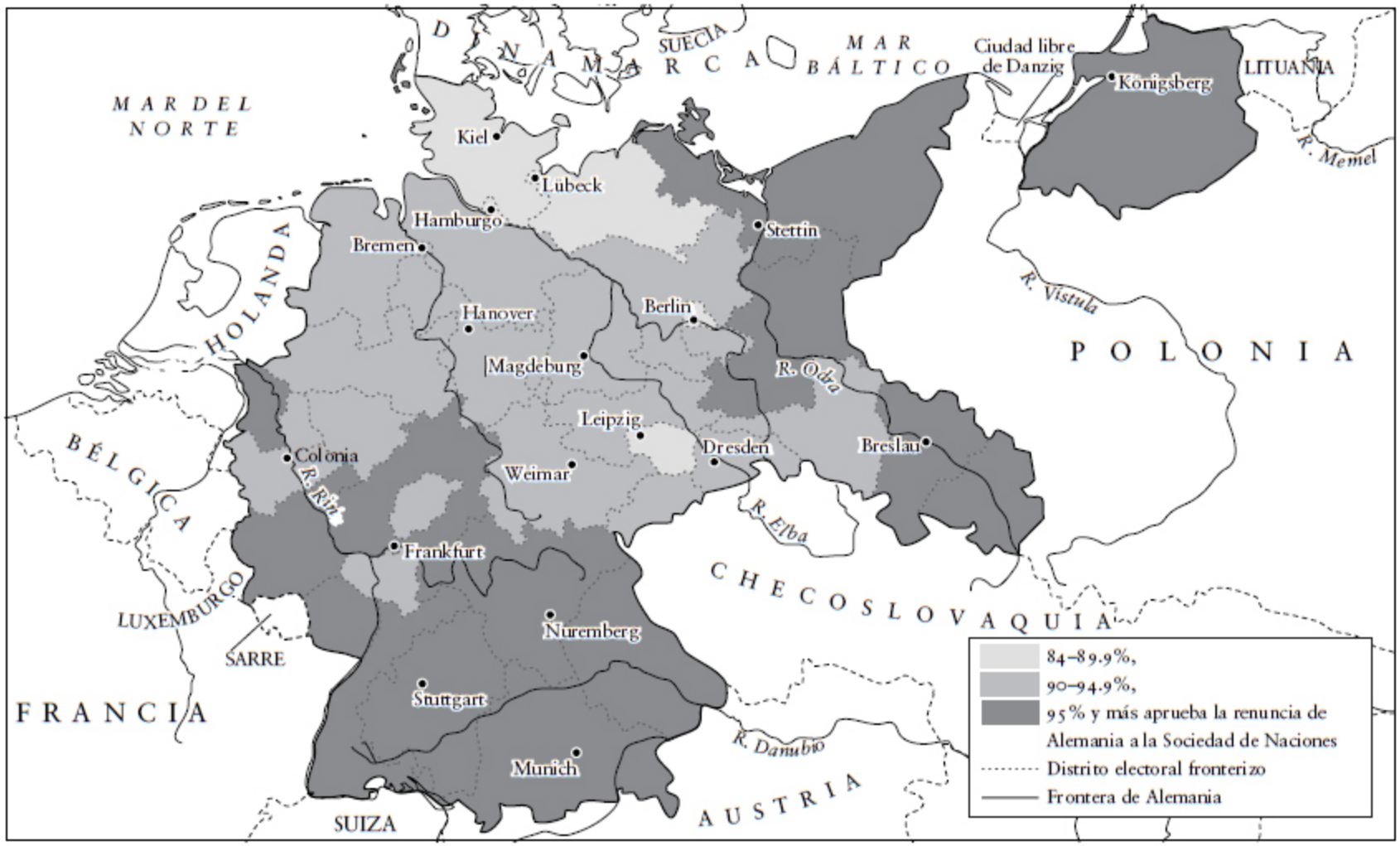
encargados del escrutinio un amplio margen de libertad para interpretar como síes las papeletas nulas. Algunos espíritus críticos sospechaban lo que estaba pasando. El 23 de octubre, Victor Klemperer, por ejemplo, apuntó en su diario: «Nadie se atreverá a no votar, y nadie responderá con un "no" al voto de confianza. Porque, primero, nadie cree que el voto sea secreto y, segundo, porque de todas formas un "no" será contabilizado como un "sí"».[225] Poca gente se atrevió a denunciar abiertamente la manipulación, pero los que lo hicieron revelaron malas artes como la violación del secreto del voto mediante la numeración de papeletas, el relleno de papeletas en blanco por parte de los funcionarios encargados del recuento, la eliminación de opositores al régimen del censo electoral y muchas otras. Los que comunicaban públicamente su intención de no votar eran detenidos; y la presencia de nazis y camisas pardas en los colegios electorales tenía como intención coaccionar a la población para que demostrara su lealtad al régimen votando a la vista de todos, y no en la intimidad de las cabinas de voto. Con la ayuda de estos métodos, aunque desechemos los casi tres millones y medio de votos nulos, el régimen obtuvo un 88 por 100 de síes. Cerca de un 5 por 100 de los votantes trazó una crucecita sobre el no en el plebiscito.[226]

Los métodos utilizados para obtener estos resultados se evidenciaron en el referéndum del 19 de agosto de 1934, convocado para ratificar la aprobación popular a la autodesignación de Hitler como jefe de Estado tras la muerte de Hindenburg. Informes clandestinos de agentes socialdemócratas enviados al cuartel general del partido en el exilio afirmaban que los colegios electorales estaban rodeados de camisas pardas, que creaban una «atmósfera de terror muy efectiva aunque no se empleara el terror directamente». En muchos lugares o bien se retiraron las cabinas o bien los camisas pardas impedían entrar en ellas o se les colocó carteles con la leyenda «Aquí sólo entran traidores». Los camisas pardas entraban en clubes y asociaciones y obligaban a sus miembros a ir a votar y a hacerlo a la vista de todo el mundo. En algunos colegios electorales las papeletas estaban marcadas previamente con un sí, mientras que en otras, las papeletas estropeadas contaban como síes. Se sustituyeron tantos votos negativos con uno o más síes falsificados que el número de votantes

excedió en algunas circunscripciones el censo electoral. El grado de terror era diferente según la zona, de modo que en el Palatinado, donde los socialdemócratas informaron sobre niveles notables de intimidación y falsificación, los votos afirmativos excedieron de mucho la media, con un 94,8 por 100 del electorado, mientras que en circunscripciones renanas vigiladas con menor mano dura, en contraste, la mitad de los votos fueron negativos o nulos. En Hamburgo, sólo el 73 por 100 del electorado votó sí; en Berlín, sólo el 74 por 100, y en algunos antiguos bastiones comunistas como Wilmersdorf y Charlottenburg el voto positivo estaba por debajo del 70 por 100. Es importante destacar que, bajo tales circunstancias, el régimen sólo consiguió que votara el 85 por 100 de los electores. Cinco millones de electores se manifestaron en contra de la ley, ya fuera votando no o estropeando la papeleta.[227] A pesar de las fuertes presiones por el voto afirmativo, muchos alemanes todavía pensaban que las elecciones habían sido libres. El día de las votaciones Luise Solmitz apuntó: «Ha sido un plebiscito del que nadie puede predecir el resultado, o por lo menos yo no soy capaz».[228] Victor Klemperer era menos optimista: «Un tercio ha dicho "sí" por miedo, otro tercio por intoxicación, y otro por miedo e intoxicación».[229]

Cuatro años más tarde, el régimen había perfeccionado sus técnicas de terror y manipulación electoral a tal extremo que obtuvo una aprobación de más del 99 por 100 en el plebiscito de abril de 1938 sobre la anexión de Austria, acompañado de un voto personal de confianza en Hitler y en sus acciones hasta la fecha. La fusión de las dos cuestiones enturbió las aguas, ya que ponía en evidencia que quien votara contra la unificación también votaba contra Hitler, de modo que podía ser susceptible de atentar contra las leyes sobre traición. Bandas de camisas pardas patrullaron por todas las calles a intervalos regulares, obligando a la gente a salir de sus casas y llevándolos a los colegios electorales. Los enfermos y las personas confinadas a una cama tuvieron que introducir sus votos en urnas que les llevaban a domicilio. Las personas que no querían votar, o que amenazaban con votar no, eran sometidas a palizas, obligadas a desfilar por las calles con un letrero colgado del cuello donde se podía leer frases como «Soy un traidor al pueblo», llevados a rastras de taberna en taberna para que la gente

les gritara y les escupiera, o enviados sin ceremonias al manicomio. En muchos lugares, opositores conocidos al régimen eran detenidos de modo preventivo hasta después del día de las votaciones. En otros, se les daban papeletas especiales, marcadas con un número con una máquina sin cinta, y se apuntaba el mismo número al lado de su nombre en el censo electoral. El 7 de mayo de 1938, el Servicio de Seguridad de las SS en Koblenz informó que de ese modo habían conseguido «descubrir a las personas que habían votado no o estropeado las papeletas». Con un detallismo falto de humor, el informe explicaba que se había utilizado «leche desnatada» para descubrir los números. En muchas ciudades, una mayoría aplastante de votantes fueron obligados a introducir sus votos en público, en mesas largas custodiadas por grupos de camisas pardas; en algunas con los camisas pardas al mando, simplemente les daban papeletas marcadas con un sí. Incluso en los puntos donde se mantuvieron las apariencias acerca del secreto del voto, circulaban deliberadamente rumores que decían que las papeletas estarían numeradas, de modo que todos los votantes podían ser identificados durante el escrutinio, y en algunos lugares así era. En los puntos donde, a pesar de las precauciones, aparecía un número sustancial de noes o de papeletas nulas, simplemente se descontaban. Y cuando algún votante tomó la determinación de anunciar públicamente su abstención, como hizo el obispo católico Joannes Sproll en protesta por la inclusión de Alfred Rosenberg y Robert Ley en la lista del Partido Nazi, la reacción fue severa; la acción del obispo Sproll provocó ruidosas manifestaciones de camisas pardas delante de su iglesia y su expulsión de la diócesis, ya que el régimen lo veía como un personaje demasiado importante como para detenerlo.[230] A pesar de incidentes de este tipo, muchos alemanes que daban su apoyo a los nazis en estos plebiscitos se enardecieron con orgullo por los resultados. «El 99 por 100 apoya al Führer—apuntó Luise Solmitz triunfante—. Esto tiene que haber causado una impresión arrolladora en el extranjero».[231]



3. El plebiscito del 12 de noviembre de 1933.

VI

Entonces, ¿hasta qué punto penetró el terror y la intimidación en la sociedad alemana bajo los nazis? La intimidación y manipulación descarada de las elecciones hace que los resultados sean absolutamente poco fiables como indicador de las actitudes del pueblo, pero indudablemente encubren cierto grado de apoyo al régimen así como una oposición y crítica bochornosas, y en algunas cuestiones, por lo menos—la remilitarización de Renania y la anexión de Austria, por ejemplo—es más que probable que la mayoría hubiera votado sí si las elecciones hubieran sido libres. Aún más, para la mayoría de alemanes, el terror nazi, como hemos visto, había pasado de ser una realidad, como lo fue en el periodo de violencia generalizada de la primera mitad de 1933, a convertirse en una amenaza que rara vez se hacía efectiva. En 1933, se estableció rápidamente un gran aparato de vigilancia para localizar, detener y castigar a cualquiera que se opusiera al régimen nazi, incluido un buen tercio del electorado que había votado a los partidos de izquierdas en las últimas elecciones libres que se habían celebrado en Alemania. A finales de 1935, la oposición organizada había sido aplastada del todo. La Noche de los Cuchillos Largos fue otra lección para los disidentes dentro del mismo movimiento nazi, sobre todo para los millones de hombres que formaban parte del turbulento movimiento paramilitar de los camisas pardas. Los políticos de los otros partidos, de los demócratas a los nacionalistas, habían sido detenidos, amenazados o asesinados a modo de advertencia. Pero de 1936 en adelante, el terror se dirigió cada vez más contra grupos relativamente minoritarios, como los comunistas y socialdemócratas recalcitrantes o más comprometidos, los asociales y vagos, los pequeños delincuentes y, como veremos más adelante, los judíos y los homosexuales. La gran mayoría de alemanes, incluidos millones de antiguos comunistas y socialdemócratas, con tal que se mantuvieran limpios, podían mantener alejada la amenaza de ser detenidos, encarcelados o enviados a un campo de concentración.[232]

En efecto, recientemente, algunos historiadores se han basado en estos hechos para sostener que los nazis no gobernaron a golpe de terror. La violencia y la intimidación raramente alcanzaron a la mayoría de alemanes.

Después de 1933, por lo menos, el terror se ejerció de modo altamente selectivo, concentrándose en grupos pequeños y marginales cuya persecución no sólo contó con la aprobación de una gran mayoría de alemanes, sino que gozó de la colaboración y la participación a menudo voluntaria a nivel local de una masa de ciudadanos de a pie. La sociedad alemana bajo el régimen nazi fue, desde este punto de vista, una sociedad comprometida con la «autovigilancia».[233] Fue más allá de las denuncias por motivos personales para incluir un grado notable de ideología, como demuestra a las claras el caso de Augsburgo. Las estadísticas de denuncias que incluyen, por ejemplo, informes a la Gestapo de clientes de tabernas y bares o «colegas del trabajo» no mencionan cuántos de éstos eran miembros fieles del Partido Nazi o funcionarios de organizaciones como el Frente del Trabajo; es muy probable que buena parte de ellos lo fueran, dadas las altas cifras de afiliación al Partido Nazi a mediados de los años treinta o de pertenencia a organizaciones hermanas como los camisas pardas, las Juventudes Hitlerianas, etc. Si observamos la composición de la población de internos en los campos de concentración durante todo el Tercer Reich, encontramos un número abrumador de miembros de minorías vistas con recelo por buena parte de la población alemana.

Aun así, cuando se habla de una sociedad donde todos se vigilaban mutuamente se subestima el elemento de terror e intimidación ejercido de arriba abajo en el funcionamiento del Tercer Reich.[234] Los casos que aterrizaban en las mesas de los agentes de la Gestapo constituían tan sólo una pequeña proporción de las afirmaciones susceptibles de ser perseguidas en un año determinado. Una gran mayoría no era denunciada. En lo que respecta a la gran mayoría de la población alemana, la denuncia era la excepción, no la norma. En Lippe, por ejemplo, un distrito de 176.000 habitantes, la cifra total de denuncias presentadas ante el partido entre 1933 y 1945 fue tan sólo de 292; el año en que se produjeron más la cifra final fue de 51, mientras que el año con menos denuncias, éstas se redujeron a tres.[235] En 1937, en toda Alemania la Gestapo sólo registró 17.168 casos de infracciones contra la Ley contra rumores maliciosos. La cifra real de infracciones fue, con toda probabilidad, muy superior. De este modo, por algún motivo, una mayoría aplastante de testigos de tales infracciones

preferían no denunciarlas. En los distritos de clase obrera en particular, el miedo al ostracismo, a ser denunciado o a ser objeto de una venganza tenía que ser considerable. Por otra parte, no eran los ciudadanos corrientes quienes se ocupaban de la vigilancia, era la Gestapo; hasta que la Gestapo no recibía una denuncia no pasaba nada, y sólo la persecución activa de la Gestapo de la desviación y la disensión daba sentido a las denuncias. Después de romper la resistencia del movimiento obrero, la Gestapo se concentró en la supresión de una variedad mucho más amplia de formas de disensión menos ideológicas, y el destino que aguardaba a estos detenidos también podía ser preocupante, empezando por la violencia brutal y la tortura impuesta por los propios oficiales de la Gestapo o bajo su supervisión en el transcurso de los interrogatorios, y acabando por los tribunales, las cárceles y los campos.[236] En este proceso, la Gestapo montó una red de funcionarios locales del régimen, de los delegados vecinales para arriba, y la existencia misma de la red, con la Gestapo en el centro, era un incentivo para la denuncia. Los funcionarios nazis sabían que si fracasaban en la persecución de las disensiones podían tener problemas; también sabían que ganarse la atención de la Gestapo les podía proporcionar la aprobación como auténticos servidores del Tercer Reich. Es decir, quien mantenía a los alemanes bajo vigilancia era la Gestapo y las instancias que utilizaba, explotaba o con que trabajaba, y no los alemanes mismos.[237]

Para defender que una mayoría aplastante de alemanes aprobaba la política represiva del régimen se ha señalado, correctamente, que los nazis, lejos de encubrir la existencia de instituciones y prácticas represoras, anunciaban con regularidad en diarios y otros órganos de propaganda del régimen las ejecuciones, las condenas de cárcel y los veredictos contra la disensión, los «rumores maliciosos», etc. Por consiguiente, prosigue esta argumentación, una amplia mayoría de la gente corriente que leía el periódico no ponía objeciones a estas prácticas. Pero esta publicidad cumplía más de un objetivo, y la muy importante función de publicitar el terror impuesto por el régimen sobre los disidentes era disuadir a millones de alemanes corrientes de seguir el mismo camino. La amenaza abierta de campo de concentración para la gente que expandía rumores sobre la purga de Röhm sólo explicitó algo que ya era implícito. De modo similar, el

hecho de que responsables de la policía y las SS como Reinhard Heydrich y Werner Best consideraran a la Gestapo como un organismo que trabajaba a favor de la población alemana y con su colaboración en una especie de purificación étnica y política que abarcara a toda la sociedad no debe ser tomado al pie de la letra: la ideología nazi reiteraba constantemente que el régimen disfrutaba del apoyo del pueblo en todos sus aspectos, pero, de hecho, pregonar la omnipresencia de la Gestapo era un instrumento de terror en sí mismo que fomentaba que la masa de la población alemana creyera que ésta tenía agentes en todas partes y que sabían todo lo que sucedía.[238]

Las minorías, qué duda cabe, eran enviadas a campos de concentración; pero fijarse exclusivamente en este hecho es ignorar la cifra mucho más elevada de delincuentes políticos y de otro tipo condenados por los tribunales y encerrados en cárceles y penitenciarías del Estado. Cuanto más nos alejamos en el tiempo de la Alemania nazi, más difícil resulta para los historiadores que viven en sistemas políticos democráticos y en culturas que respetan los derechos individuales comprender el comportamiento de la población en un Estado donde el encarcelamiento, la tortura e incluso la muerte amenazaban a cualquiera que se atreviera a manifestar la más leve crítica al régimen o a sus dirigentes. Los que aprobaban esta represión eran, con toda probabilidad, una minoría, partidarios activos y funcionarios del partido como los delegados vecinales, y un buen número de conservadores de clases media y alta que pensaban que el mejor lugar donde podían estar los marxistas era la cárcel. Éstos, de todos modos, sabían muy bien que debían tener cuidado con lo que decían y hacían, y los peligros de no hacerlo se hicieron cada vez más evidentes una vez la oposición empezó a expandirse también entre estos grupos. Los disparos que mataron a Kurt von Schleicher, Herbert von Bose, Edgar Jung, Gustav von Kahr, Erich Klausener y Kurt von Bredow a comienzos de julio de 1934 sirvieron también de advertencia a los conservadores de clases media y alta para que mantuvieran la cabeza bien agachada si no querían que se la volaran.[239]

Puede ser que los ciudadanos conservadores corrientes como Luise Solmitz, quien no albergaba la intención de practicar el activismo político, volvieran la espalda ante el hecho, nada halagüeño, de que el régimen

estaba asesinando a los opositores, revelado de forma tan dura a finales de junio y principios de julio de 1934, pero lo cierto es que se sintieron aliviados por el restablecimiento del orden; para esta gente, los camisas pardas de Röhm constituían una amenaza similar a la que la Reichsbanner o la Liga de Combatientes del Frente Rojo habían ejercido en los años de Weimar. Pero a puerta cerrada, no podían olvidar el destino del grupo de conservadores que rodeaba al vicecanciller Von Papen. No sólo el tercio de la población comprometida con la izquierda marxista antes de 1933 era objeto de intimidación. En efecto, poco después de que remitiera la violencia asesina de la Noche de los Cuchillos Largos, una minoría mayor que la de los marxistas, los católicos alemanes, empezó a ser perseguida y encarcelada cuando comenzó a manifestar en público sus puntos de vista cada vez más divergentes con los del régimen. Todavía más generales fueron medidas como la Ley contra rumores maliciosos, que contemplaba acciones drásticas contra las expresiones más triviales de disentimiento, como enviar a la cárcel a la gente que contaba chistes sobre Hitler y Göring. Éstos eran, en su mayoría, miembros de la clase trabajadora, es cierto, pero la clase trabajadora sólo era la mitad de la población, de modo que también miembros de las clases media y alta terminaron ante los Tribunales Especiales. Los procesos por esta ley que terminaban con éxito para el régimen eran un instrumento adicional de intimidación masiva en el clima general de miedo y ayudaban a crear la espiral de silencio gracias a la cual el régimen pudo cometer crímenes todavía mayores sin miedo a la oposición y a ser censurado públicamente.[240]

Lo cierto es que, lejos de dirigirse exclusivamente contra las minorías, el terror nazi, la amenaza de ser detenido, procesado y encarcelado en condiciones cada vez más brutales y violentas se cernía sobre todo el mundo, incluso sobre miembros del Partido Nazi, como se ha visto en los casos tramitados por los Tribunales Especiales. El régimen intimidaba a los alemanes para que dieran su consentimiento, aplicando una gran variedad de sanciones a los que se atrevían a oponerse, desorientando sistemáticamente a la gente y privándole de sus medios tradicionales de intercambio social o cultural, como las tabernas, los clubes o las asociaciones de voluntarios, sobre todo de los lugares que podían ser vistos

como una fuente potencial de resistencia, como en el caso del movimiento obrero. El miedo y el terror fueron partes integrantes del arsenal de armas políticas de los nazis desde el primer momento.[241] El Estado y el partido los podían utilizar porque desde el momento de la designación de Hitler como canciller del Reich habían privado sistemáticamente a los alemanes de prácticamente todos los derechos, humanos y civiles, que habían tenido durante la República de Weimar. La ley no protegía a los ciudadanos del Estado si éste o cualquiera de sus instancias sospechaba que un ciudadano no demostraba su aprobación a sus políticas y proyectos. Por el contrario, se aprobó un gran número de leyes, a menudo draconianas, que daban a la policía, la Gestapo y las SS prácticamente carta blanca para enfrentarse a todos los que se desviaran de las normas de comportamiento dictadas por el Tercer Reich para sus ciudadanos. En esta situación, no es extraño que la gente corriente y los funcionarios de bajo nivel del Partido Nazi empezaran a fortalecer la atmósfera de terror e intimidación omnipresentes presentando denuncias no solicitadas a la Gestapo.

Al mismo tiempo, la Gestapo sólo era una parte de una red mucho más amplia de vigilancia, terror y persecución impuesta por el régimen nazi sobre la sociedad alemana en los años treinta; también estaban las SA y las SS, la Policía Criminal, los servicios penitenciarios, los servicios sociales y las oficinas de empleo, la profesión médica, los centros de salud y hospitales, las Juventudes Hitlerianas, los delegados vecinales y organizaciones aparentemente neutrales como las oficinas de recaudación de impuestos, ferrocarriles y correos. Todos proporcionaban información a la Gestapo, los tribunales y la fiscalía sobre disidentes, formando un sistema polimorfo y descoordinado de control en que la Gestapo sólo era una institución más.[242] Todo lo que pasó en el Tercer Reich sucedió dentro de esta atmósfera omnipresente de miedo y terror que nunca aflojó y que incluso se intensificó todavía más hacia el final. «¿Sabe lo que es el miedo? —preguntó un obrero anciano a un entrevistador unos años después de que todo hubiera terminado—: El Tercer Reich era el miedo».[243] Y aun así, el terror sólo era una de las técnicas de mando del Tercer Reich. Porque los nazis no sólo querían que la población fuera un elemento pasivo que mostrara una aquiescencia resentida. Al contrario, querían un apoyo

positivo y entusiasta a sus ideales y sus políticas, cambiar la mentalidad y el espíritu del pueblo y crear una nueva cultura alemana que reflejara estos valores. Esto significaba propaganda, y en este punto, también, como veremos ahora, llegaron a extremos sin precedentes para alcanzar sus objetivos.

2

LA MOVILIZACIÓN DEL ESPÍRITU

ILUSTRAR A LA POBLACIÓN

I

«Nuestra revolución es total—afirmó Joseph Goebbels el 15 de noviembre de 1933—. Ha abarcado todas las áreas de la vida pública y las ha reestructurado. Ha cambiado y reformado del todo la existencia, la relación entre las personas y de éstas con el Estado». Se trataba, continuó, de «una revolución desde abajo», conducida por el pueblo, que había ocasionado «la transformación de la nación alemana en un pueblo unido». Convertirse en un pueblo significaba establecer una unidad de espíritu a lo largo y ancho de la nación, porque, según había anunciado el mismo Goebbels en marzo, «la era del individualismo» había muerto definitivamente el 30 de enero. «La voluntad individual» sería sustituida por la «comunidad del pueblo». «Las revoluciones—dijo—nunca se limitan a la esfera política. Desde ésta se expanden hasta cubrir las otras áreas de la existencia social y humana. La economía, la cultura, la ciencia, la universidad y el arte» no eran «inmunes a su impacto». En este proceso no cabía la neutralidad: nadie podía quedarse al margen con falsas pretensiones de objetividad o por amor al arte por el arte. El arte, afirmó, «no es un concepto absoluto, es el pueblo quien le otorga vida». Así, el arte debía tener un «sesgo político».[1]

La revolución de la que hablaba Goebbels no era una revolución económica y social como la Revolución Francesa de 1789 o la Rusa de 1917. Tampoco era una revolución permanente, como la que Röhm y los camisas pardas tenían en mente antes de su aplastamiento en 1934. Era una revolución cultural que contemplaba profundizar y reforzar la conquista de los nazis del poder político por medio de la conversión del conjunto del pueblo alemán a sus ideas. No podían contentarse con un apoyo del 37 por 100 de la población, dijo Goebbels el 25 de marzo de 1933, en referencia al porcentaje más alto de voto obtenido por los nazis en unas elecciones libres,

sino del 100 por 100.[2] La creación por parte de Hitler de un nuevo Ministerio de Ilustración Popular y Propaganda el 13 de marzo de 1933, encabezado por Goebbels, que se sentaría a partir de entonces en el gabinete, obedecía a este fin.[3] El 25 de marzo, Goebbels definió el objetivo del ministerio: la «movilización espiritual» del pueblo alemán en una recreación permanente del espíritu de entusiasmo popular que había galvanizado, así lo pretendían los nazis, la población en el estallido de la guerra en 1914. La confianza nazi en la fuerza positiva de la propaganda se debía en buena parte a la experiencia de la Primera Guerra Mundial, cuando, bajo su punto de vista, los británicos consiguieron expandir rumores dañinos para Alemania. El ministerio de Goebbels, formado por jóvenes ideólogos nazis muy motivados, intentó no sólo presentar el régimen y sus políticas bajo una óptica positiva, sino ofrecer la impresión de que toda la población alemana apoyaba con entusiasmo todo lo que éste hacía. De todos los ingredientes que hicieron del Tercer Reich una dictadura moderna, uno de los más destacados fue su demanda incesante de legitimación popular. El régimen se puso casi desde el primer momento en un estado de consulta plebiscitaria permanente. Su mayor preocupación era asegurarse de que todos los aspectos de cada consulta se tradujeran en un clamoroso apoyo prácticamente unánime a sus acciones, sus políticas y, por encima de todo, de su Führer. Aunque fuera consciente, como seguro que lo era, de lo lejos que estaba este apoyo de ser genuino, la sola apariencia de un entusiasmo masivo constantemente renovado al Tercer Reich y la adulación histérica del Führer por parte de las masas tenían que ejercer un efecto seguro sobre muchos alemanes escépticos o neutrales para que se añadieran al corriente de opinión popular. Todo ello también debía intimidar a los opositores del régimen, mantenerlos callados e inactivos y convencerles de que su propósito de ganarse el apoyo del resto de los ciudadanos era inútil y poco realista.[4]

Goebbels no se andaba con rodeos sobre el hecho de que la legitimación popular del Tercer Reich estaba manipulada por el régimen. La función del Ministerio de Propaganda era coordinar y dirigir la imagen pública del régimen y sus políticas. «Todo lo que ocurre frente al telón de fondo debe ser sometido a dirección escénica», afirmó.[5] Esto es,

ceremonias y ritos como los desfiles de antorchas organizados para celebrar el nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933, la apertura de las sesiones del Reichstag en Potsdam el 21 de marzo de 1933, las concentraciones anuales del Partido Nazi en Nuremberg cada otoño, el Día Nacional del Trabajo del Primero de Mayo, y muchos otros actos. El calendario tradicional se vio alterado con nuevos festivos como el cumpleaños de Hitler, el 20 de abril, y la conmemoración del *putsch* de 1923, el 9 de noviembre. En toda Alemania se cambiaron nombres de calles para eliminar recuerdos no deseados o inconvenientes del pasado democrático y para celebrar la personalidad de Hitler y de otros dirigentes nazis, mártires del movimiento como Horst Wessel, con cuyo nombre fue rebautizado el barrio obrero de Friedrichshain, en Berlín. En Hamburgo se puso el nombre de Otto Blöcker, un miembro de las Juventudes Hitlerianas de diecisiete años muerto por un disparo en una manifestación armada de los comunistas delante de la sede local del Partido Nazi el 26 de febrero de 1933.[6] Hay muchos ejemplos más.

Pero el objeto de máxima veneración fue Hitler. A principios de los años treinta, el culto a Hitler ya había alcanzado grandes dimensiones dentro del partido, pero ahora se propagaba por toda la nación por todos los medios al alcance del Estado, y no sólo se proyectaba a través de palabras e imágenes, sino en un sinfín de canales más pequeños y simbólicos.[7] Desde marzo de 1933 en adelante, las ciudades se apresuraron a nombrar a Hitler ciudadano de honor. A finales de 1933, casi todas las poblaciones a lo largo y ancho de Alemania habían rebautizado sus principales plazas como plaza de Adolf Hitler. El 20 de abril del mismo 1933, 44 cumpleaños de Hitler, se levantaron banderas y estandartes en todas las poblaciones alemanas y en los transportes públicos, se colgaron guirnaldas en las casas y se decoraron los escaparates de las tiendas. Los desfiles y las procesiones con antorchas llevaron la celebración a las calles, mientras en las iglesias se oficiaban servicios especiales para desearle suerte al Führer. La maquinaria de propaganda de Goebbels dio rienda suelta a su retórica, comparando a Hitler con Bismarck, mientras que el ministro bávaro de Educación, Hans Schemm, fue todavía más allá y lo describió como «el artista y arquitecto enviado por el Señor» para «dar forma a una nueva Alemania» que diera al

pueblo su «carácter definitivo» después de «dos mil años»: «Las ansias del pueblo alemán se han hecho realidad en la personalidad de Hitler».[8] Carteles, ilustraciones de revista, noticiarios y películas proclamaron a Hitler como el hombre de las trincheras, el tipo corriente... No era sólo el genio de mil caras con un sentido del destino, sino también un ser humano humilde y austero que rechazaba la riqueza y la ostentación, que amaba a los niños y a los animales y que se ocupaba de los viejos camaradas que pasaban momentos difíciles. Soldado, artista, trabajador, gobernante, hombre de Estado... Se le retrataba como un hombre con el que se podían identificar todos los sectores de la sociedad alemana. Muchos alemanes corrientes sucumbieron ante la escala y la intensidad de la propaganda. La emoción que invadió a Luise Solmitz durante una visita de Hitler a su ciudad, Hamburgo, es un caso típico: «Nunca olvidaré el momento en que nos pasó por delante en su uniforme marrón, haciendo el saludo hitleriano de ese modo tan personal... El entusiasmo [de la muchedumbre] explotó hacia el cielo...». Solmitz regresó a casa tratando de digerir «los grandes momentos» que acababa de vivir.[9]

La introducción del culto a Hitler en todos los aspectos de la vida cotidiana se evidenció con la obligación a partir del 13 de julio de 1933 de que los empleados del Estado introdujeran el saludo alemán—«¡*Heil*, Hitler!»—en la correspondencia oficial. Esta obligación se reforzó con la de hacer el saludo hitleriano, es decir, alzar el brazo derecho—algunas veces acompañando el gesto con el saludo alemán—, para todos los ciudadanos cuando se cantaba el himno nacional o el de Horst Wessel. «Los que no quieran ser sospechosos de comportarse de un modo deliberadamente negativo tienen que hacer el saludo hitleriano», se decretó.[10] Los ritos no sólo cimentaban la solidaridad entre los partidarios del régimen, sino que también aislaban a los que se mantenían al margen. Y dieron un empujón a la posición de Hitler.[11] Tras la muerte de Hindenburg y el posterior plebiscito sobre la jefatura del Estado del 19 de agosto de 1934, acompañado del eslogan «Hitler para Alemania, toda Alemania para Hitler», el culto al Führer no conoció límites. El rápido giro propagandístico que Goebbels dio a la Noche de los Cuchillos Largos proporcionó un respaldo mayor al hombre que supuestamente había vuelto a salvar

Alemania del desorden, aplastado las ambiciones excesivas de los peces gordos del partido y restaurado la decencia y la moral en el movimiento nazi.[12] A partir de ese momento, cualquier crítica que se vertiera contra el régimen iba dirigida a los sátrapas de Hitler; el Führer era prácticamente inmune.[13]

El culto a Hitler alcanzó su máxima expresión en la concentración del partido en Nuremberg de 1934, la segunda bajo el nuevo régimen. Fueron 500 trenes los que llevaron a un cuarto de millón de personas hasta una estación construida especialmente para la ocasión. Se instaló un enorme campamento de tiendas para albergar a los participantes y se dispusieron cantidades pantagruélicas de alimentos y bebidas. Durante el encuentro se desarrollaron diversos ritos. Con una duración de una semana, sirvió para celebrar la unidad del movimiento tras la alarma y las turbulencias del verano anterior. En el enorme Campo Zeppelin, situado en las afueras de la ciudad, cientos de miles de camisas pardas, hombres de las SS y activistas del Partido Nazi, todos uniformados y prietas las filas, participaron en intercambios rituales con el Führer. «*Heil*, muchachos», decía él, y cientos de miles de voces le contestaban, al unísono: «*Heil*, Führer». Al atardecer, los discursos, coros y desfiles daban paso a marchas con antorchas y ceremonias de coreografía dramática, con más de cien reflectores apuntados al cielo que encerraban a participantes y a espectadores en lo que el embajador británico definió como una «catedral de hielo». Los focos colocados en la arena iluminaban treinta mil estandartes rojos, negros y blancos con la esvástica mientras los portaestandartes desfilaban entre las filas de los camisas pardas. En un momento álgido del ritual se consagró de nuevo la «bandera de sangre» del *putsch* de la cervecería de 1923 y se la rozó con otras banderas nuevas para que les transmitiera su halo de lucha violenta y sacrificio sangriento por la causa.[14]

El corresponsal estadounidense William L. Shirer, que asistía a su primera concentración del Partido Nazi, quedó convenientemente impresionado. «Creo que empiezo a comprender algunas de las razones del éxito asombroso de Hitler», escribió en su diario el 5 de septiembre de 1934:

> Como en una congregación de la Iglesia romana, está devolviendo boato, color y misticismo a las vidas grises de los alemanes del siglo XX. El mitin inaugural de esta mañana en el Luitpold Halle de las afueras de Nuremberg fue algo más que un bello espectáculo; tenía algo del misticismo y el fervor religioso de una misa de Semana Santa o Navidad en una gran catedral gótica.

Cuando Hitler entró con su séquito, caminando lentamente por el pasillo central, «se levantaron treinta mil manos en un saludo». De pie en el estrado situado delante de la «bandera de sangre», Hess leyó en voz alta los nombres de los hombres muertos en el *putsch* de 1923 y se les rindió homenaje en silencio. «En esa atmósfera—escribió Shirer—no resultaba extraño que todas las palabras de Hitler parecieran inspiradas desde lo más alto». Cuando Hitler llegó a Nuremberg desde un aeródromo cercano en la víspera del inicio de la concentración en un coche descapotado, saludando con el brazo en alto a las masas que se amontonaban en las calles de la ciudad vieja, Shirer vio con sus propios ojos la emoción que la presencia de Hitler podía inspirar entre sus seguidores. Shirer prosiguió su relato:

> Quedé atrapado por una muchedumbre de 10.000 histéricos apiñados en el foso situado ante el hotel de Hitler y que gritaban: «Queremos ver a nuestro Führer». Cuando Hitler salió finalmente por un momento al balcón, me impresionaron las caras, especialmente las de las mujeres. Me recordaron las expresiones enloquecidas que vi una vez en la Louisiana profunda en las caras de algunos *holly rollers*. Lo observaban como si fuera un mesías, sus caras se transformaron en algo inhumano. Si se hubiera quedado a la vista por más tiempo, creo que muchas de las mujeres se hubieran desmayado de la emoción.[15]

Un «gran espectáculo» seguía a otro, escribió Shirer, culminando en la simulación de una batalla por unidades del Ejército en el Campo Zeppelin. El encuentro se clausuró con un interminable desfile por las calles de unidades militares y paramilitares que proporcionó a Shirer una fuerte impresión de la «fuerza cabal y disciplinada» de los alemanes bajo el régimen nazi. El objetivo principal de la concentración era transmitir una imagen coreografiada de la reencontrada unidad espiritual de los alemanes a través de una serie de demostraciones gigantescas de grandes cantidades de hombres avanzando al unísono, formando en posición de firmes o dispuestos pacientemente en enormes bloques geométricos; y la intención de Hitler y Goebbels no era sólo comunicar esta imagen a los alemanes, sino a todo el mundo.[16]

Hitler hizo filmar la concentración de 1934 con este objetivo en mente. Encargó el trabajo a una joven actriz y cineasta, Leni Riefenstahl, y dio órdenes de que se pusieran a su disposición todos los medios necesarios para hacerlo. Con treinta cámaras a su disposición, manipuladas por dieciséis operadores, cada uno con un asistente, y cuatro unidades de sonido, Riefenstahl elaboró un documental único hasta la fecha: un despliegue de 120 nuevas técnicas, como lentes de telefoto y fotografía con gran angular para conseguir un efecto que muchos consideraron magnético cuando se estrenó la película en 1935 con el título—escogido por Hitler en persona— de *El triunfo de la voluntad*. Como explicó Riefenstahl más adelante, la «voluntad» en cuestión no era sólo la del pueblo alemán, sino, sobre todo, la de Hitler, a quien las cámaras retrataron siempre individualmente, descendiendo desde las nubes hasta Nuremberg en su avión; de pie en su coche descapotable recibiendo el saludo de las masas que ocupaban las calles de la ciudad; deteniéndose para recibir un ramo de flores ofrecido por una chiquilla; hablando a los seguidores con el cielo como fondo; rozando ritualmente las nuevas banderas con la «bandera de sangre», y, finalmente, en el Luitpold Halle, enfervorizando a la multitud con un discurso que terminó con gritos unánimes de «*Sieg, heil*!» parecidos a los que harían los devotos en una iglesia y con Rudolf Hess, con la cara radiante de devoción fanática, gritando: «¡El partido es Hitler! ¡Pero Hitler es Alemania, del mismo modo que Alemania es Hitler! ¡Hitler! *Sieg*, *heil*!».[17]

El triunfo de la voluntad impactó por su carácter monumental y por su presentación de una masa enorme y disciplinada avanzando en perfecta coordinación como un solo hombre. Las escenas insertadas a intervalos por Riefenstahl con jóvenes camisas pardas protagonizando viriles peleas amistosas y quitándose la ropa para zambullirse en un lago glorificaban el cuerpo masculino, algo que obedecía tanto a los gustos de la directora como a una expresión de la ideología nazi. Todas estas imágenes encubrían sin embargo una realidad menos gloriosa, constituida por borracheras, pendencias, altercados y muertes y que se desarrolló fuera de cuadro.[18] Pero la película de Riefenstahl alteró la realidad de un modo todavía más sutil, no sólo describiendo los hechos en un orden distinto del que sucedieron,

sino, respaldada por la licencia que le dio Hitler para hacer lo que le viniera en gana, ensayándolos y representándolos en busca de un efecto cinematográfico. Algunas escenas, en efecto, sólo cobraban sentido vistas por el ojo de la cámara. Uno de los momentos más vertiginosos del filme, en el que se ve a Hitler rindiendo tributo a los muertos del movimiento, caminando lentamente por un corredor amplio y despejado entre las filas silenciosas de más de cien mil paramilitares uniformados y con Himmler y el jefe de los camisas pardas, Lutze, siguiéndole, sólo pudo ejercer un impacto real en un puñado de los que tomaron parte en la ceremonia. Al final de la película aparecen unas columnas en marcha de camisas pardas y de hombres de las SS con camisa negra y casco de acero, una imagen que el público podía interpretar como la coordinación y disciplina de las masas en Alemania, pero también, de modo más ominoso, como la primacía de los militares en su organización. Presentada como un documental, se trataba de una película de propaganda diseñada para convencer a Alemania y al mundo del poder, la fuerza y la determinación del pueblo alemán bajo el liderazgo de Hitler.[19] Fue el único filme sobre Hitler realizado durante el Tercer Reich; decía todo lo que había que decir, y no había ninguna necesidad de darle continuación. Fue estrenado con éxito en marzo de 1935, no sólo en el país, sino también en el extranjero. Ganó el Premio Nacional del Cine, entregado a Riefenstahl por Goebbels, quien describió la película como «una fabulosa visión cinematográfica del Führer», y también obtuvo la Medalla de Oro en el Festival de Venecia de 1935 y el Gran Premio del Festival de Cine de París en 1937. Siguió pasándose en salas de cine, y, aunque fue prohibida en Alemania después de la guerra, continúa siendo uno de los grandes clásicos del cine documental de propaganda del siglo XX.[20]

Irónicamente, el Ministerio de Propaganda se opuso ferozmente al encargo de *El triunfo de la voluntad* por el fracaso de un primer intento rodado por Riefenstahl el año anterior con el título de *El triunfo de la fe*. En esos momentos, Riefenstahl no era miembro del Partido Nazi, y, de hecho, nunca llegó a afiliarse. Goebbels estaba resentido porque el encargo lo había hecho Hitler en persona, pasando por encima de lo que consideraba los canales apropiados para encargar trabajos de propaganda.[21] Además, *El*

triunfo de la voluntad iba en contra de todos los preceptos ordenados por Goebbels a la industria. En unas palabras dirigidas a representantes de la industria cinematográfica el 28 de marzo de 1933, Goebbels criticó las películas chapuceras «alejadas del espíritu de nuestra era»: «Nuestro movimiento no se agota en desfiles y toques de trompeta», afirmó. En un elogio a la película *El acorazado Potemkin*, del director soviético Serguei Eisenstein, afirmó que «aquello que hace que una película sea buena no son sólo las convicciones, sino la habilidad de las personas que la realizan». Las películas tenían que dar forma al nuevo espíritu de la época, pero también tenían que contentar al gusto popular.[22] La propaganda, dijo Goebbels, era más efectiva cuando era indirecta:

> El secreto de la propaganda es penetrar en la persona de la que se quiere apoderar sin que ésta se dé cuenta. La propaganda tiene un propósito, por supuesto, pero éste tiene que ocultarse con inteligencia y virtuosismo, de modo que la persona a quien va dirigida no se aperciba de nada.[23]

En esta línea, Goebbels autorizó, y quizá la escribió él mismo, una crítica mordaz de una película nazi rodada a principios de los años treinta, *La marca de los hombres de las SA*, el retrato ficticio, tosco por obvio, de un estudiante de clase trabajadora de dieciséis años que se enfrenta a su padre socialdemócrata para alistarse a los camisas pardas. El chico es castigado en el trabajo por los sindicatos dominados por los judíos y, al final, es asesinado por los comunistas. Todo un mártir de la causa nazi. A juicio de Goebbels, era poco probable que una película así atrajera más adeptos a la causa nazi: se dirigía a los que ya estaban convencidos. En octubre criticó duramente otra película que glorificaba la vida y la muerte del camisa parda Horst Wessel, asesinado por un comunista en 1930. La película cuenta una historia similar a la de *La marca de los hombres de las SA*, pero con un mayor contenido antisemita. Retrata a los asesinos comunistas del héroe del filme como si fueran el brazo tonto de los criminales y los intelectuales judíos. Goebbels afirmó que la película no estaba a la altura de la memoria de Wessel. «Nosotros, los nacionalsocialistas, no damos ningún valor a los desfiles de las SA en los escenarios o la pantalla; su lugar está en las calles. Tal ostentación de la ideología nazi no es ningún sustituto para el auténtico arte».[24]

A la mañana siguiente del estreno de la película sobre Horst Wessel, a la que asistieron muchas figuras destacadas de la sociedad berlinesa, entre las cuales el heredero de los Hohenzollern, hijo mayor del último káiser y notorio partidario de los nazis, Goebbels prohibió su proyección. La arbitrariedad de la acción suscitó una acción furiosa de los partidarios de la película. Entre éstos estaba Putzi Hanfstaengl, antiguo amigo de Hitler, que había compuesto la banda sonora y la había financiado con una gran suma de dinero. Hanfstaengl protestó personalmente ante Hitler y Goebbels y obtuvo suficientes apoyos dentro de la jerarquía nazi como para retirar la prohibición, aunque sólo bajo la condición de cambiar el título de la película por el de *Hans Westmar: uno de tantos*. Así, la película se ganó la aprobación de la prensa y el público. En muchos cines, la gente se ponía en pie cada vez que sonaba el himno de Horst Wessel en la secuencia final.[25] Pero Goebbels había conseguido su objetivo. El escándalo convenció a Hitler de que a partir de ese momento el ministro de Propaganda ejerciera un control más efectivo sobre la industria cinematográfica. Y éste lo utilizó para asegurarse de que películas de propaganda tan evidentes como ésta, muy populares entre los viejos combatientes nazis pero que habían dejado de ser apropiadas desde el momento en que el partido consolidó su poder, no se volvieran a hacer.[26]

II

En los años treinta, el cine vivía una edad de oro en todo el mundo, con el advenimiento del cine sonoro y de las primeras películas en color. En Alemania, la media de visitas a las salas se duplicó de cuatro a ocho entre los años 1932-1933 y 1937-1938, y la venta de entradas en el mismo periodo pasó de 240 millones a casi 400 al año.[27] Muchas estrellas y directores habían emigrado de Alemania durante la primera mitad de la década. Algunos, como Marlene Dietrich, tentada por Hollywood, y otros, como Fritz Lang, por motivos políticos. Pero la mayoría se quedaron. Uno de los más famosos era Emil Jannings, quien en sus días de Hollywood de finales de los años veinte había ganado el primer Oscar por su interpretación en *La última orden*. De regreso a Alemania, Jannings empezó

pronto a participar en películas de contenido abiertamente político, como *El soberano*, una celebración de los liderazgos fuertes basada lejanamente en una obra de teatro muy conocida de Gerhart Hauptmann y protagonizada por una familia adinerada de industriales a la que sirvieron de modelo los Krupp. La guionista, Thea von Harbou, quien había trabajado en películas mudas como *Metrópolis* y *Dr. Mabuse*, de Fritz Lang, se labró una carrera por sí misma con las películas habladas durante los años treinta. Nuevas estrellas, como la sueca de nacimiento Zarah Leander, se hicieron muy populares entre los espectadores de cine, y otros, como el actor Theodor Loos, eran una presencia prácticamente permanente en todas las pantallas. Emergió una nueva generación de directores, entre los cuales Veit Harlan fue quizá el más destacado, que comunicaron el mensaje nazi a través de sus películas.[28] A pesar de ello, no todos los que tuvieron un papel en la industria cinematográfica durante el Tercer Reich escaparon a un escrutinio hostil. En 1935 y 1936 el partido exhortó a los espectadores de cine a presentar informes sobre la filiación racial y política de los actores principales. Se enviaron muchos sobre una de las estrellas más queridas de Alemania, Hans Albers, de quien se rumoreaba que su esposa era judía. El rumor era cierto: su esposa, Hansi Burg, era, en efecto, judía, pero Albers se aseguró de que no saliera de Suiza durante todo el Tercer Reich, manteniéndola fuera de peligro. Goebbels, que lo sabía, se sintió incapaz de emprender ninguna acción contra ella dada la extraordinaria popularidad de Albers, y los funcionarios del Ministerio de Propaganda negaron repetidamente la existencia de Hansi Burg.[29]

Actores como Albers y Jannings hicieron mucho por la expansión de la extraordinaria popularidad del cine alemán de los años treinta. Aun así, este éxito se vio contrarrestado por el creciente aislamiento de la industria cinematográfica del país. El descenso en picado de la exportación de películas alemanas se debió, en parte, a su creciente contenido político y al descenso de la calidad, pero, por encima de todo, a la hostilidad de los distribuidores extranjeros, especialmente de los judíos y de los que ponían objeciones de tipo político al control a que estaban sujetos sus colegas alemanes. Todavía más grave, desde el punto de vista de la industria, fue el cese prácticamente total de la importación de películas extranjeras a

Alemania. Los problemas a que se enfrentaban los filmes extranjeros se pueden ilustrar con la improbable figura de Mickey Mouse, que alcanzó una popularidad enorme en Alemania a principios de los años treinta y engendró una variedad colosal de productos de mercadotecnia, desde figuritas a tebeos. Un periódico nazi de Pomerania afirmó con estridencia en 1931: «*Micki Maus* representa el ideal más ruin y miserable que se haya inventado jamás». Pero esto era una excepción. Mickey Mouse era tan popular entre los espectadores de cine que los censores nazis se vieron más o menos obligados a dar el visto bueno a la exhibición de todas las *Silly Symphonies* de Disney. La película *Los tres cerditos* gustó particularmente a los censores ya que contenía una escena, que Disney eliminó más adelante, en la que el lobo feroz aparecía a la puerta de la casa de uno de los cerditos disfrazado de vendedor ambulante de cepillos con una nariz falsa que para los nazis era evidentemente judía. *The Mad Doctor*, una película en la que un científico enloquecido intenta cruzar al perro Pluto con una gallina, fue la excepción: puede ser que la prohibieran porque se podía interpretar como una sátira de las ideas nazis sobre la eugenesia, pero lo más probable es que lo hicieran porque era demasiado terrorífica para los niños.[30]

A pesar de todo, también las enormemente populares películas de Disney se encontraron pronto con dificultades en Alemania. La razón principal fue económica. Roy Disney, que se encargaba de la parte financiera del negocio de su hermano, firmó un nuevo contrato con la UFA el 20 de diciembre de 1933 para la distribución de las películas de Walt en Alemania, pero el 12 de noviembre de 1934 el gobierno alemán cuadruplicó las cargas sobre las películas, obligando a los distribuidores a pagar 20.000 marcos de impuestos por cada película extranjera que compraran. El gobierno también impuso controles estrictos sobre la exportación, lo que hacía prácticamente imposible que las empresas norteamericanas sacaran beneficios en Alemania. Consecuencia de ello fue el cese de los negocios de la Universal y la Warner Brothers en Alemania, mientras que Disney nunca sacó grandes beneficios de su éxito clamoroso en Alemania. Un cambio en la normativa realizado el 19 de febrero de 1935 apenas cambió la situación. Desde ese momento, las películas importadas tenían que canjearse por películas alemanas; pero los alemanes ya no hacían películas que los

extranjeros quisieran exhibir. La hostilidad de los distribuidores y del público estadounidenses al antisemitismo nazi lo hubiera hecho muy difícil aunque las películas tuvieran cierta calidad. En otoño de 1937 caducó el contrato entre la Disney y la UFA y, para empeorar las cosas, los activos acumulados por la Disney en Alemania fueron cancelados, en parte para cubrir la bancarrota de un distribuidor. Roy Disney viajó a Berlín para encontrar una salida a la situación pero fracasó, y hacia 1939 ya casi no se exhibían películas de Disney en Alemania. Adolf Hitler, a quien su ministro de Propaganda Joseph Goebbels había regalado 18 películas de Mickey Mouse en la Navidad de 1937, era un espectador afortunado.[31]

A partir de 1933, la creación del Banco de Crédito Cinematográfico por parte del régimen para ayudar a los productores a conseguir dinero en las circunstancias difíciles de la crisis permitió que el control estatal sobre la industria cinematográfica alemana fuera todavía más férreo. En 1936 financiaba tres cuartas partes de la producción alemana, y no temía negar subvenciones a los productores cuyos proyectos no aprobaba. Mientras, se apuntaló el control del Ministerio de Propaganda sobre las contrataciones y despidos de empleados en todas las ramas de la industria cinematográfica con la creación de la Cámara de Cine del Reich el 14 de julio de 1933, cuyo gerente despachaba directamente con Goebbels. Todas las personas que trabajaban en la industria estaban obligadas a hacerse miembros de la cámara, que, organizada en diez departamentos, cubría todas las facetas del negocio del cine en Alemania.[32] La creación de la cámara en 1933 fue un paso de gigante para el control total. Al año siguiente, el poder de Goebbels se vio fortalecido por la crisis que afectó a dos de las grandes compañías del sector, la UFA y la Tobis, que, finalmente, fueron nacionalizadas. En 1939, las empresas financiadas por el Estado producían cerca de dos terceras partes de las películas alemanas.[33] La Academia Alemana del Cine, creada en 1938, proporcionó adiestramiento técnico a una nueva generación de cineastas, actores, diseñadores, guionistas, operadores de cámara y técnicos, asegurándose de que trabajaran según el espíritu del régimen nazi. Una serie de poderes legales fortaleció el control económico, sobre todo gracias a la Ley de cine del Reich, aprobada el 16 de febrero de 1934, que ordenó la censura previa de los guiones y unificó las diversas oficinas de censura ya

existentes, creadas en 1920, en una sola dentro del Ministerio de Propaganda. En 1935 fue corregida para dar a Goebbels el poder de prohibir personalmente cualquier película. Certificaciones como «estimable desde el punto de vista artístico», «estimable desde el punto de vista político», etc., estimulaban a la población y guiaban las expectativas de los espectadores.[34]

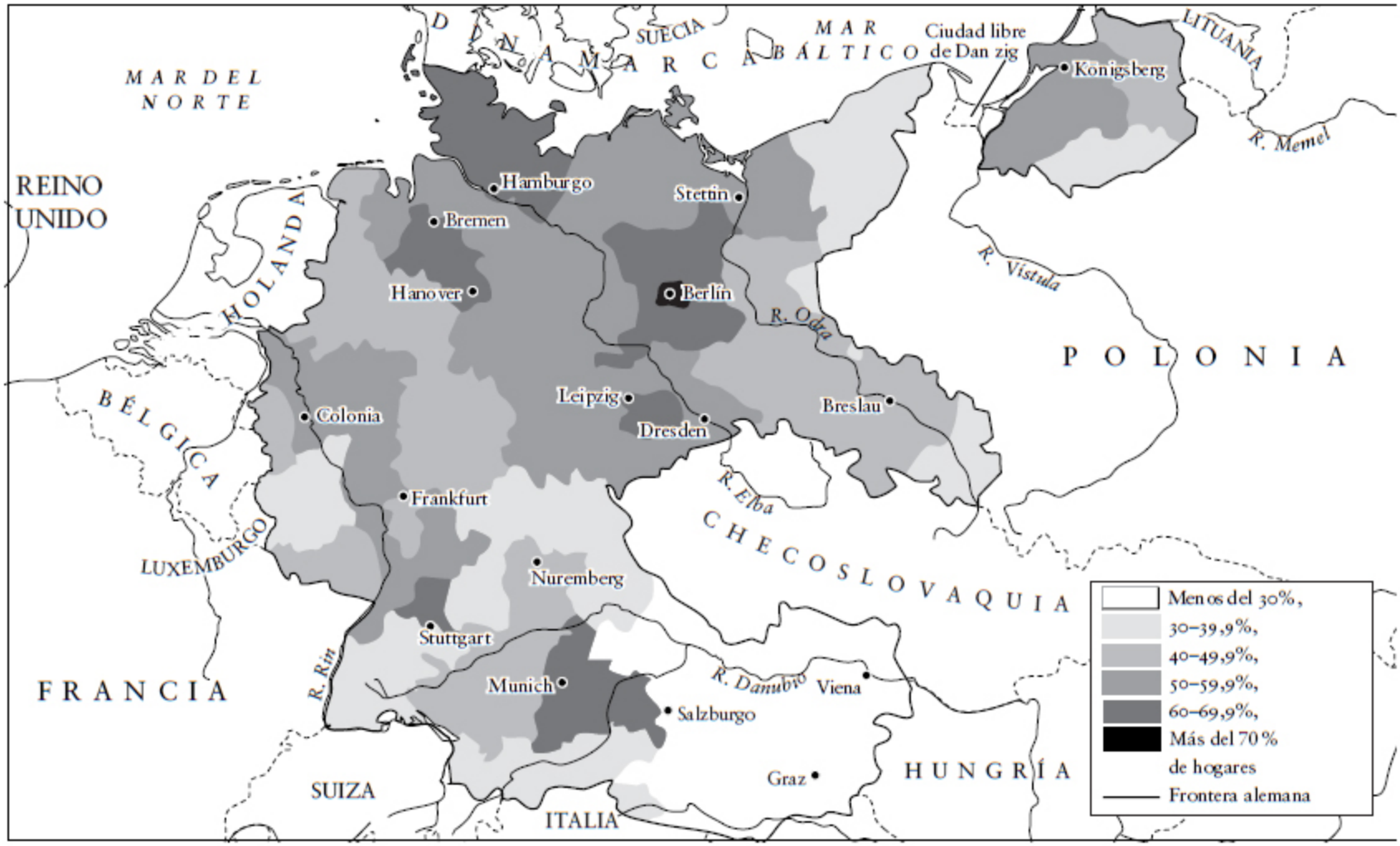
Goebbels quería que en la Alemania nazi se produjeran películas de entretenimiento en abundancia. Si utilizamos las categorías descritas por el Ministerio de Propaganda, de las películas exhibidas en Alemania en 1934, el 55 por 100 fueron comedias, el 21 por 100, dramas y el 24 por 100, políticas. Las proporciones fluctuaban de año en año, y algunas películas pertenecían en la práctica a más de una categoría. En 1938, de todos modos, sólo se clasificaron como políticas el 10 por 100 de las películas; el 41 por 100 fueron dramas, y el 49 por 100, comedias. En otras palabras, la proporción de películas políticas declinó, mientras los dramas aumentaron de forma notable. Los musicales, dramas costumbristas, las comedias románticas y otros géneros proporcionaban una válvula de escape y embotaban la sensibilidad de la gente, pero también podían contener mensajes.[35] Los filmes de todas las categorías tenían que adaptarse a los principios generales establecidos por la Cámara de Cine del Reich, y muchas de las películas que se producían enaltecían el liderazgo nazi, publicitaban las virtudes campesinas de «sangre y suelo», denigraban figuras odiadas por los nazis como los bolcheviques y los judíos, o los presentaban como los villanos en dramas aparentemente no políticos. Se prohibieron los filmes pacifistas, y el Ministerio de Propaganda se aseguró de que las películas de género de todos los tipos siguieran la línea correcta. Así, por ejemplo, en septiembre de 1933, la revista *Film-Kurier* censuró la representación «de una clase subversiva y criminal desarrollada a través de fantasías sobre la metrópolis de un gigantismo destructivo»—en clara referencia a películas de Fritz Lang como *Metrópolis* y *M*—del cine de Weimar y aseguró a sus lectores que, en el futuro, las películas de género negro no se centrarían en la figura del criminal, sino en «los héroes civiles y uniformados» al servicio del pueblo en la lucha contra el crimen.[36] Es decir, también el entretenimiento podía ser político.[37]

Los noticiarios, sobre todo el *Wochenschau*, de exhibición obligatoria en todas las sesiones comerciales desde octubre de 1938 en adelante, servían propaganda política. La mitad de su contenido estaba dedicado a cuestiones políticas, y el resto, a información deportiva, cotilleos de sociedad, etc. Estilizados, llenos de tópicos, aderezados con la retórica nazi sobre el combate y la lucha, leídos por una voz de tono agresivo e implacable, e informando a menudo sobre eventos organizados especialmente con el propósito de ser filmados, la relación de la realidad que brindaban los noticiarios sólo era, a lo más, mediana. En 1939, los noticiarios, que en origen realizaban diversas productoras—uno de ellos era estadounidense (el *Fox Talking Weekly Review*)—hablaban con una sola voz, coordinados desde una oficina especial del Ministerio de Propaganda y respaldados por la Ley de noticiarios aprobada en 1936. Como muchas otras fuentes audiovisuales para el estudio de la historia de la Alemania nazi, el metraje de los noticiarios tiene que utilizarse con suma cautela.[38] En lo que respectaba a los contemporáneos, el propósito propagandístico era obvio incluso para el más obtuso de los espectadores de cine.

III

Los noticiarios no eran el medio principal por el que la mayoría de alemanes se informaba sobre lo que sucedía en el país y el resto del mundo: la radio, cuya popularidad creció enormemente durante la República de Weimar, tenía mucha más importancia. Todos los que trabajaban en el medio, desde los dueños de las emisoras hasta los ingenieros y los vendedores, tenían que pertenecer a la Cámara de Radio del Reich, creada en otoño de 1933. Ésta daba al Ministerio de Propaganda plenos poderes sobre las contrataciones y despidos. Un poco antes en ese mismo año, las emisoras alemanas habían pasado a depender del gobierno; y las emisoras regionales fueron incorporadas a la Compañía de Radio del Reich el 1 de abril de 1934, y subordinadas directamente al Ministerio de Propaganda. Los nazis también se hicieron con el control de la producción de receptores, pagando grandes sumas a los fabricantes para hacer y vender radios baratas conocidas como *Volksempfänger* [‘Receptor del pueblo’] que costaban 76

marcos, o sólo 35 la versión pequeña. Era el sueldo medio semanal de un trabajador manual, y se podía pagar a plazos. En 1933 se produjeron un millón y medio de equipos. En 1934, en Alemania había más de seis millones de radios, y a mediados de 1939 más del 70 por 100 de los hogares tenían un receptor, el porcentaje más alto del mundo, incluso superior al de Estados Unidos. La



4. Posesión de radios entre la población en julio de 1938.

propaganda del gobierno llegó así por primera vez regularmente a mucha gente del campo. La expansión de la radio permitió al régimen llevar su mensaje a lugares que hasta ese momento habían quedado relativamente al margen de la escena política. En conjunto, se fabricaron más de siete millones de Receptores del Pueblo; en 1943, un tercio de las radios de los hogares alemanes eran Receptores del Pueblo. Éstos tenían la peculiaridad de que tenían un dial limitado, de modo que, fuera de las áreas fronterizas, los radioyentes no podían sintonizar emisoras extranjeras. En ocasiones especiales se instalaban altavoces en espacios públicos, fábricas, oficinas, escuelas y restaurantes para retransmitir discursos de Hitler. Al escuchar una sirena, el pueblo tenía que dejar lo que estuviera haciendo y reunirse alrededor de una radio o acercarse lo suficiente a un altavoz para una audición colectiva. También tenían que escuchar *La Hora de la Nación*, que se emitía cada día en todas las emisoras de siete a ocho de la tarde. Se planeó la instalación de 6.000 postes con altavoces en todo el país para facilitar la audición pública, y sólo el estallido de la guerra en 1939 interrumpió su instalación.[39]

En fecha tan temprana como el 25 de marzo de 1933, Goebbels avisó a los responsables de las emisoras de que la radio sería «purgada» de inconformistas e izquierdistas y les pidió que se encargaran de llevar a cabo el cometido; si no, lo haría él mismo. En verano las ondas habían sido depuradas. Los despedidos pasaron auténticos apuros. Uno de los muchos afectados fue el novelista, poeta y periodista Jochen Klepper. Nacido en 1903, no era judío, aunque sí lo era su esposa, un hecho sospechoso en sí mismo. Aunque era protestante, y profundamente religioso, tenía un pasado socialdemócrata. En junio de 1933 una denuncia anónima le supuso el despido de la radio controlada por el Estado. Como muchos otros como él, temía por su futuro económico. La publicación de novelas y poemas no podía sustituir su trabajo en la radio y, en cualquier caso, pensaba que era altamente probable que también le prohibieran publicar. «No creo que el Instituto Alemán de la Edición me apoye—escribió, desesperado—. ¿Cómo una editorial va a mantener a flote a un autor si no representa de modo explícito la “esperanza de la nación”?». Finalmente, el magacín sobre radio del grupo editorial Ullstein lo rescató ofreciéndole un empleo.[40] Muchos

tuvieron que emigrar o tuvieron que jubilarse prematuramente en la indigencia. Pero Goebbels no tenía suficiente con unos meros cambios de personal y, en la misma comunicación a los ejecutivos y productores de radio, prosiguió, con una franqueza notable:

> No existe nada que no tenga un sesgo político. El descubrimiento del principio de objetividad absoluta es cosa de los profesores de universidad alemanes, y no creo que los profesores universitarios hagan historia. No nos andamos con rodeos sobre el hecho de que la radio nos pertenece a nosotros y a nadie más. Pondremos la radio al servicio de nuestra ideología, y ninguna otra tendrá aquí cabida...[41]

Pero como sucedía con la industria cinematográfica, Goebbels sabía que la gente no toleraría una dieta compuesta tan sólo de propaganda incesante. En mayo de 1933 empezó a rechazar peticiones de dirigentes del Partido Nazi ansiosos por escuchar sus voces en la radio, y limitó la emisión de discursos políticos a dos al mes.[42]

La radio, dijo el ministro de Propaganda, tenía que ser imaginativa, moderna, estar a la última. «La primera regla—dijo a los responsables de las radios el 25 de marzo de 1933—: ¡No ser aburridos!». No debían llenar las programaciones con música marcial y discursos patrióticos. Tenían que utilizar la imaginación. La radio podía suscitar la adhesión del pueblo.[43] A pesar de esta advertencia, la red de radio se utilizó en un primer momento para emitir abundante propaganda política: sólo en 1933 se retransmitieron 50 discursos de Hitler. En 1934, las emisiones de la celebración del Primero de Mayo, con sus discursos, canciones, marchas, etc., ocuparon no menos de 17 horas de la programación. Tanto daban los informes sobre el hartazgo de los radioyentes ante tales excesos y que los que podían escucharan emisoras extranjeras. La advertencia tantas veces repetida de Goebbels sólo se atendió gradualmente. De 1932 a 1939 la proporción de emisiones musicales creció de forma sostenida. En 1939, las emisiones dedicadas a «literatura» y «charlas» se reducían a un 7 por 100; dos tercios del tiempo de emisión estaban ocupados por música, más popular que clásica. Los programas en que se emitían canciones a petición de los radioyentes, introducidos en 1936 y que ofrecían grandes éxitos y música de entretenimiento cuyo estilo era prácticamente idéntico a la de los años de Weimar, triunfaron. Pero alguna gente protestaba porque incluso la música

era aburrida, y echaban de menos los dramáticos que habían cosechado una gran popularidad durante la República de Weimar.[44] El Servicio de Seguridad de las SS informó en 1938 de que la «insatisfacción de los radioyentes» demostraba que «casi todos los oyentes alemanes, sean del tipo que sean [...], escuchan regularmente, ahora como antes, emisiones en lengua alemana de emisoras extranjeras».[45]

IV

La campaña en varios frentes de Goebbels en pos de la movilización del espíritu del pueblo alemán al servicio del Tercer Reich y sus ideas no fue siempre un camino de rosas. Como era característico de tantas otras áreas del régimen, Goebbels estaba lejos de tener el monopolio sobre el territorio que pretendía de su propiedad. Ya durante las discusiones previas a la creación del Ministerio de Propaganda Hitler había frustrado su pretensión de incluir la educación en su campo de acción y le había dedicado un ministerio independiente encabezado por Bernhard Rust. De todos modos, la lucha más dura por la supremacía en la esfera cultural la tuvo que mantener con el autodesignado ideólogo del partido, Alfred Rosenberg, quien consideraba que su deber era propagar la ideología nazi y, más concretamente, su peculiar versión de ésta, en el conjunto de la cultura alemana. A finales de los años veinte, Rosenberg lideraba la Liga de Combate para la Cultura Alemana [*Kampfbund für deutsche Kultur*], una de las muchas organizaciones especializadas creadas dentro del partido en esos momentos. En 1933, la Liga se puso rápidamente en marcha para poner bajo su control las instituciones teatrales «coordinadas».[46] Rosenberg quería imponer la pureza ideológica en muchos otros aspectos de la cultura alemana, incluidas la música y las artes visuales, las iglesias, la universidad y la vida intelectual, todas las áreas que Goebbels pretendía controlar desde el Ministerio de Propaganda.[47] La Liga de Combate para la Cultura Alemana era un grupo pequeño pero muy activo. Sus miembros crecieron de 2.100 en enero de 1932 a 6.000 un año más tarde, 10.000 en abril de 1933, y 38.000 en octubre siguiente. Muchas de las agresiones a músicos judíos e izquierdistas que se registraron en la primavera y principios de

verano de 1933 fueron organizadas o inspiradas por la Liga, a la cual pertenecía un buen número de críticos musicales y escritores de extrema derecha. Además, Rosenberg disponía de un arma de propaganda en el *Völkischer Beobachter*, el periódico nazi, del que era redactor jefe. Para empeorar las cosas para Goebbels, los gustos sobre arte y música de Rosenberg sintonizaban mucho más con los de Hitler y, en más de una ocasión, la afición de Goebbels por la innovación a punto estuvo de dar el control a Rosenberg.[48]

Goebbels apenas podía soportar a Rosenberg, cuya magna obra, *El mito del siglo XX*, se dijo que había calificado de «eructo filosófico».[49] Mientras la organización de Rosenberg era básicamente una institución del partido, Goebbels tenía la ventaja de combinar su fuerza dentro del partido como jefe de Propaganda del Reich y el poder de todo un ministerio al que nadie podía reprochar nada desde el punto de vista político, puesto que estaba formado por miembros comprometidos del partido. Hitler no tenía en mucha estima las habilidades políticas de Rosenberg, probablemente por lo mal que se desempeñó cuando se le puso al frente del partido tras el abortado *putsch* de la cervecería de Munich en 1923, y no quiso darle responsabilidades en el gobierno. Además, aunque compartían muchos prejuicios, Hitler tenía tan baja opinión de las teorías pretenciosas y pseudofilosóficas de Rosenberg como Goebbels. Nunca le admitió en su círculo íntimo de amigos y compañeros. La confusión que causaba la Liga de Combate para la Cultura Alemana ya empezó a ser un inconveniente desde el punto de vista político en el verano de 1933.[50] El 22 de septiembre de 1933 Goebbels consiguió la aprobación del decreto que establecía la Cámara de Cultura del Reich, que él mismo presidiría. Ésta estaba compuesta por siete subsecciones, también conocidas como cámaras—literatura, teatro, música, radio, cine, bellas artes y prensa—, que se correspondían con las divisiones de su ministerio. Algunas de estas cámaras ya existían, como la Cámara de Cine del Reich, o estaban en proceso de formación; desde ese momento se convirtieron en instituciones monopolizadas por el Estado. De este modo, Goebbels pudo arrebatar a Rosenberg el control del mundo teatral. El requisito legal que obligaba a todos aquellos que quisieran trabajar en cualquiera de estas áreas a afiliarse

a la cámara correspondiente daba a Goebbels el poder de excluir a los que tuvieran opiniones inaceptables para el régimen y de marginar efectivamente a Rosenberg de la esfera de la cultura. Goebbels también utilizó la Cámara de Cultura del Reich para mejorar las pensiones y tomar medidas contra los bajos niveles de formación y calificación en el sector, aunque esta última política se fue suavizando a partir de 1935. Al mismo tiempo, se ocupó de presentar la Cámara y sus áreas de especialización como una forma de autonomía cultural. El Ministerio de Propaganda las dirigiría con suavidad, mientras el poder real residiría supuestamente en los artistas, músicos y escritores veteranos que las presidían y las gestionaban en el día a día. De este modo, el ministro de Propaganda obtuvo un apoyo abrumadoramente mayoritario de los alemanes que dependían económicamente, de un modo u otro, de la cultura, cuyo número era considerable: en el año 1937, por ejemplo, 35.000 personas dependían de la Cámara de Bellas Artes del Reich; 95.600 de la Cámara de Música, y 41.100 de la Cámara de Teatro.[51]

La Cámara de Cultura del Reich se inauguró el 15 de noviembre de 1933 en una gran ceremonia presidida por Hitler en el auditorio de la Filarmónica de Berlín, con música de la prestigiosa orquesta residente del auditorio, dirigida primero por Wilhelm Furtwängler y después por Richard Strauss, seguida de un discurso de Goebbels y del coro («¡Levantaos! ¡El alba está cerca!») de *Los Maestros Cantores de Nuremberg* de Wagner. Posteriormente, se quitaron de encima a Rosenberg otorgándole el 24 de enero de 1934 el título, grandilocuente pero vacío de contenido, de «Representante del Führer para la Instrucción y Educación Filosófica e Intelectual del Partido Nacionalsocialista». Una vez se había ganado la batalla contra los opositores al nazismo, su Liga, rebautizada en 1934 en términos más neutrales como Comunidad Cultural Nacionalsocialista, sólo tiró adelante, sin atribuciones, como una especie de complemento cultural a los camisas pardas, hasta que fue disuelta finalmente en 1937.[52] Rosenberg siguió dando problemas a Goebbels de vez en cuando, pero dejó de ser un obstáculo serio al dominio del ministro de Propaganda cuando éste abandonó su tolerancia hacia la modernidad cultural ante la obstinada hostilidad de Hitler.[53]

Rosenberg no fue la única figura de peso con quien se las tuvo Goebbels. Hitler, que tiempo atrás se había ganado el pan pintando postales, se tomó un gran interés en las artes. Era un entusiasta de la música de Richard Wagner, había desarrollado una obsesión por la arquitectura, y pasaba mucho tiempo viendo películas en su cine privado. También estaba Hermann Göring, cuya posición como ministro-presidente de Prusia le dio el control sobre muchas de las grandes instituciones culturales dirigidas y financiadas por el Estado prusiano, aunque no intentó ejercer influencia sobre la política cultural en un sentido amplio. El ministro de Educación, Bernhard Rust, también tenía una gran implicación en las políticas culturales, especialmente las que afectaban a los jóvenes, y formó un tribunal de músicos veteranos, en el que figuraban el director Wilhelm Furtwängler, el pianista Wilhelm Backhaus y otros, para controlar y, de hecho, censurar las programaciones de todos los conciertos y otros eventos musicales en Berlín. Supervisaba instituciones como los conservatorios de música y las academias de arte. Su principal preocupación fue evitar las injerencias del Ministerio de Propaganda sobre su área de influencia, un peligro omnipresente dada la pretensión original de este ministerio de incluir la educación entre sus competencias. Finalmente, el Frente Alemán del Trabajo, liderado por Robert Ley, absorbió a un buen número de artistas y músicos y sus organizaciones durante su toma de los sindicatos en mayo de 1933 y parecía determinado a defender la posición que se había ganado dentro de la vida musical contra todos los contendientes. Las peleas entre estas organizaciones y sus responsables se volvieron tan violentas que el 15 de julio de 1933 el Ministerio de Educación prohibió la discusión pública de asuntos artísticos, aunque con escaso éxito.[54]

Fueran cuales fuesen sus diferencias, y lo mucho que divergieran en los detalles, todas las organizaciones culturales nazis y sus responsables estaban de acuerdo en que había que eliminar tan rápido como fuera posible de la vida cultural a los judíos y a los opositores al régimen nazi y que había que destruir el «bolchevismo cultural», aunque con frecuencia disentían sobre los individuos concretos y sobre las obras a los que se podía aplicar este concepto. En el curso de 1933 y en los años siguientes, unos 2.000 artistas, escritores, músicos, actores y directores, periodistas, arquitectos y

otros miembros activos del mundo de la cultura dejaron Alemania, algunos de ellos porque estaban en contra del nazismo, muchos porque eran judíos y les habían privado de su modo de vida. La expulsión de los judíos de la Cámara de Cultura del Reich fue lenta, en parte por las objeciones del Ministerio de Economía, que creía que podía ser perjudicial desde el punto de vista económico. De todos modos, a mediados de 1935 se había culminado el proceso.[55] Depurados de disidentes, inconformistas y de los que el régimen consideraba indeseables desde el punto de vista de la raza, la cultura y los medios de comunicación alemanes se enfrentaban a un futuro de control y organización cada vez más estricto. Las frecuentes peleas entre los dirigentes nazis por la supremacía en estas áreas sirvieron de poco para evitarlo.

ESCRIBIR POR ALEMANIA

I

En los años veinte y principios de los años treinta no había dudas sobre cuál era el diario alemán con más reputación dentro y fuera del país. El *Frankfurter Zeitung* gozaba de reputación internacional por su reporterismo minucioso y objetivo, sus ecuánimes columnas de opinión y sus elevados estándares intelectuales. Si había un diario alemán que consultaban los extranjeros interesados en conocer el giro de los acontecimientos en el país, era éste. Aunque su número de lectores no era muy elevado, constituía un público con alto nivel educativo e incluía muchos creadores de opinión. Liberal desde el punto de vista político, el periódico había permanecido independiente de los grandes imperios de la prensa que habían crecido alrededor de figuras como Alfred Hugenberg y las familias Mosse y Ullstein. Su política editorial y de personal no estaba determinada por un ejecutivo, sino por la decisión colectiva de un consejo editorial. Sin embargo, durante la República de Weimar pasó por dificultades económicas y tuvo que transferir la mayoría de sus participaciones a la sólida empresa química I. G. Farben, que pronto empezó a comprometer su independencia editorial, sobre todo en cuestiones de política económica. En 1932 sus editoriales sostuvieron que era hora de que Hitler y los nazis entraran en un gobierno de coalición para rescatar Alemania de la crisis y reformar la constitución de Weimar en un sentido autoritario.[56]

Los responsables del diario se adaptaron a los nuevos vientos en los primeros meses de 1933, editorializaron a favor de la supresión del Partido Comunista después del incendio del Reichstag y abandonaron las críticas que habían vertido sobre los nazis con anterioridad. Pero su reputación de periódico liberal provocó el ataque a la redacción de una banda armada de camisas pardas el 11 de marzo de 1933 y una amenaza de cierre. Al cabo de

poco, el consejo editorial empezó a resignarse, y la dirección se inclinó ante la presión del Ministerio de Propaganda para que despidiera a los judíos; a finales de 1936, no quedaba ni uno, aunque todavía quedaban dos medio judíos y dos hombres casados con judías. Viendo el cariz de los acontecimientos, el 1 de junio de 1934 la familia judía del fundador del periódico, Leopold Sonnemann, vendió sus acciones a I. G. Farben, que pasó a controlar el 98 por 100 de la empresa madre del diario. En esos momentos, el régimen nazi no se podía permitir ofender al monopolio químico, cuya ayuda era vital para el desarrollo de sus programas de rearme y para la creación de empleo. Inicialmente, I. G. Farben se había hecho con parte de la empresa para generar una opinión más favorable a la empresa entre aquellos cuya opinión contaba dentro del país y en el extranjero, pero sus responsables, como Carl Bosch, eran conservadores desde el punto de vista político y cultural y no querían ver desaparecer los atractivos principales del diario. De un modo distinto, Hitler y Goebbels también valoraban la reputación del periódico en el extranjero, y no querían alarmar a la opinión pública internacional forzando un cambio excesivamente radical. En consecuencia, el diario gozó de bastante más libertad de acción durante el Tercer Reich que el resto de la prensa.[57]

De este modo, hasta mediados de los años treinta, los corresponsales del diario siguieron registrando noticias sobre las críticas a los nazis en el extranjero. Y no era raro que sus redactores jefe, especialmente en las páginas de Cultura, dejaran de publicar noticias procedentes del Ministerio de Propaganda aunque tuvieran órdenes de Goebbels de hacerlo. Intentaron, algunas veces con éxito, llevar artículos que enfatizaran los valores humanos que consideraban que los nazis estaban pisoteando. Buena parte de los 40 nuevos miembros del consejo editorial nombrados entre 1933 y 1939 procedían de medios que habían sufrido mucho bajo los nazis, y entre ellos había socialdemócratas, nacionalistas y católicos. Muchos de ellos, como Walter Dirks y Paul Sethe, se convirtieron en periodistas famosos en la República Federal en los años de la posguerra. Dos escritores muy conocidos, Dolf Sternberger y Otto Suhr, cuyas esposas eran judías, también pudieron conservar sus puestos.[58] La redacción publicó artículos de historia sobre Genghis Khan y Robespierre, cuyos paralelos con Hitler eran

obvios para el lector medio. Y convirtió en costumbre el informar sobre hechos incómodos para el régimen con la fórmula «no es cierto el rumor que dice que...» y publicar titulares que denunciaban como mentiras noticias que se desarrollaban con considerable detalle. Pronto el periódico adquirió la reputación de ser prácticamente el único órgano donde se podían encontrar tales noticias, y su circulación empezó a crecer otra vez.[59]

La Gestapo era consciente de que el *Frankfurter Zeitung* contenía artículos que se podían describir como «agitación maliciosa» y consideraba que «ahora como antes» el *Frankfurter Zeitung* representaba «intereses judíos».[60] En efecto, hasta 1938 el periódico siguió llevando el nombre de Leopold Sonnemann en la cabecera, y sólo lo omitió al recibir órdenes directas del gobierno.[61] «El virtuosismo con que intenta alterar y cambiar el significado de los principios e ideas del nacionalsocialismo es a veces asombroso», reprochó en otra ocasión la Gestapo.[62] Con todo, con el tiempo, especialmente después de 1936, el régimen forzó cada vez más al diario. Era inevitable cumplir los numerosos compromisos con las instrucciones del Ministerio de Propaganda. La resistencia directa era prácticamente imposible. En fecha tan temprana como agosto de 1933 el periodista inglés Henry Wickham Steed advirtió de que, bajo el nuevo régimen, el que fuera un día un diario orgullosamente liberal se había convertido en un «arma de la ausencia de libertad».[63] Rápidamente, la prensa extranjera dejó de citar las noticias publicadas en el periódico, convencida de que prácticamente no se las podía distinguir entre el torrente de desinformación y propaganda que emanaba diariamente del ministerio de Goebbels.[64] En 1938, conscientes de que ya no necesitaban influir en la opinión pública porque ya no quedaba opinión pública en toda Alemana, los responsables de I. G. Farben vendieron en secreto la empresa a la editorial del Partido Nazi Eher sin ni siquiera molestarse en informar a la plantilla ni a los redactores jefe. El 20 de abril de 1939 el magnate de la edición del Partido Nazi, Max Amann, entregó el diario a Hitler como regalo de cumpleaños. Su función como vehículo de una información libre, aunque disfrazada, había terminado; su número de lectores volvió a bajar, y finalmente fue cerrado en 1943.[65]

A pesar de ello, el hecho de haber retenido un mínimo de independencia durante tanto tiempo fue una hazaña notable. Como había sucedido en otras áreas de la propaganda y la cultura, el control sobre el personal que trabajaba en la prensa quedó establecido en otoño de 1933 con la creación de la Cámara de Prensa del Reich, dirigida por Max Amann. Los que no eran miembros de la cámara no podían trabajar en la prensa. Amann se hizo con el control de un número creciente de rotativos como jefe de la editorial Eher, explotando las debilidades financieras de la prensa en la época de la crisis y privando de ingresos a los periódicos rivales desviando los contratos de publicidad del gobierno a la prensa nazi. Los lectores que no querían llevar el estigma de estar suscritos a un diario liberal cambiaron sus lealtades. A principios de 1934 la circulación del liberal *Berliner Tageblatt* cayó de 130.000 a menos de 75.000, y la del venerable *Vossische Zeitung*, de 80.000 a menos de 50.000. Los nazis pasaron de controlar un imperio de prensa con 59 periódicos con una circulación de 782.121 ejemplares a comienzos de 1933 a 86 periódicos con una circulación de más de 3 millones a finales del mismo año. En 1934 compraron la gran empresa editora de los Ullstein, la familia judía responsable de algunos de los diarios más respetados de Alemania. Amparándose en las nuevas normas de la Cámara de Prensa del Reich, aprobadas en abril de 1935, que prohibían las publicaciones confesionales o de «grupos especiales de interés», excluían de la propiedad de medios escritos a los grupos empresariales, las fundaciones, sociedades y otras organizaciones y permitían el cese de diarios cuyas cuentas no estaban saneadas o cuya propiedad no era aria, Amann clausuró o se hizo con entre 500 y 600 periódicos en los años 1935 y 1936. En 1939, la editorial Eher poseía o controlaba más de dos tercios de los diarios y revistas alemanes.[66]

Mientras Amann se ocupaba de hacerse con la prensa alemana, Goebbels y su aliado Otto Dietrich, el jefe de la oficina de prensa nazi, extendían el control sobre sus contenidos. El 4 de octubre de 1933 Dietrich consiguió la aprobación de una nueva Ley de directores, que hacía a los directores personalmente responsables del contenido de sus diarios, quitó a los propietarios la facultad de despedir al personal y estableció la normativa sobre las informaciones de los rotativos, que no podrían publicar nada que

«debilitara la fuerza del Reich alemán en el extranjero o dentro del país, la voluntad colectiva del pueblo alemán, la defensa, la cultura o la economía de Alemania, o injuriara el sentir religioso de los demás». La pertinencia a la Asociación Alemana de Prensa del Reich era obligatoria por ley y sujeta a revocación si el periodista infringía un código de conducta impuesto por tribunales profesionales. En consecuencia, al cabo de dos años del nombramiento de Hitler como canciller, se había apartado del trabajo a 1.300 periodistas judíos, socialdemócratas y de la izquierda liberal. De este modo, Goebbels controlaba a los directores y los periodistas, y Amann, la Cámara de Prensa y los propietarios.[67] A nivel regional y local, de todas formas, donde funcionarios nazis de nivel medio tomaron la iniciativa en el control de la prensa, se utilizaron los dos medios, especialmente donde existían editoriales de alcance regional. Forzando el cierre de diarios rivales por un medio u otro, no sólo se eliminaron las alternativas ideológicas a los diarios nazis locales, sino que convirtieron pequeños negocios que con frecuencia adolecían de problemas económicos en empresas prósperas.[68]

El diario del partido, el *Völkischer Beobachter*, destacó por encima de todos los periódicos durante la época nazi. Era el único diario alemán de alcance nacional, y se publicaba a la vez en Munich y Berlín. Portavoz de la cúpula del partido, se convirtió en una lectura obligatoria para los fieles al partido y para aquellos que querían que les dijeran qué pensar y qué creer. Los maestros se suscribían para utilizarlo en clase y, antes de atreverse a criticar el estilo o el contenido de los trabajos de los alumnos, comprobaban que no se los hubieran copiado del diario. Su circulación se disparó de 116.000 ejemplares en 1932 a 1.192.500 en 1941, y fue el primer periódico alemán en vender más de un millón de ejemplares en un solo día. Después de 1933, su director, Wilhelm Weiss, inyectó una buena dosis de contenidos basados en hechos, pero también fomentó la utilización de un tono intimidatorio, amenazador y triunfalista en los artículos, mostrando día a día la arrogancia del poder nazi y la determinación del partido de destruir a cualquiera que fuera considerado una amenaza. Weiss no pudo, sin embargo, convencer al partido de crear una red de corresponsales fijos en el extranjero, y tenía que depender en gran medida de las agencias para publicar noticias internacionales. Detrás del *Völkischer Beobachter* había

una larga lista de diarios y revistas, entre los que destacaba el sensacionalista *Der Stürmer*, de Julius Streicher, que alcanzó una circulación de cerca de 500.000 ejemplares en 1937, cuando tres años antes sólo era de 65.000, en buena parte gracias a las suscripciones en bloque de organizaciones nazis de todo tipo. Se vendía en gran medida en las calles, y su primera plana se exhibía en paneles a la vista de todos. Muchas de las noticias e informaciones que llevaba sobre asesinatos rituales y otras atrocidades similares supuestamente cometidas por judíos y sobre escándalos sexuales en que estaban implicados hombres judíos y chicas alemanas no judías eran tan descaradamente falsas y pornográficas que mucha gente evitaba tener ejemplares del diario en casa; la cúpula del partido se vio obligada a retirarlo de la circulación en alguna ocasión. Por otro lado, muchos lectores escribían al periódico para denunciar en sus páginas a los vecinos y conocidos que no hacían el saludo hitleriano, se relacionaban con judíos o proferían críticas contra el régimen. Una característica importante del periódico era su inclusión de peticiones públicas para el cierre de empresas judías y otras acciones antisemitas similares. Las suscripciones en bloque también fueron importantes para las altas cifras de circulación de otras publicaciones del partido menos sensacionalistas, como *Der SA-Mann*, que a mediados de los años treinta vendía 750.000 ejemplares cada semana a los camisas pardas. Los suscriptores individuales preferían los semanarios ilustrados, que trataban cuestiones menos políticas.[69]

Goebbels sabía que controlar la prensa significaba que todos los diarios y revistas debían seguir la misma línea. Con el objetivo de unificar los contenidos, el Ministerio de Propaganda se hizo en diciembre de 1933 con las dos agencias de prensa más importantes, la Hugenberg, y su rival, la Wolff, y las centralizó en la Oficina Alemana de Noticias. Su cometido era proporcionar no sólo noticias de alcance nacional e internacional a los diarios, sino que también entregaba comentarios e instrucciones sobre cómo había que interpretar las informaciones. A los directores se les prohibió utilizar noticias de otras fuentes que no fueran los corresponsales de la agencia. Las instrucciones de Goebbels a los directores, comunicadas en conferencias de prensa de periodicidad regular y transmitidas por cable a las

oficinas regionales de prensa para conocimiento de la prensa local, versaban con frecuencia sobre qué se podía y qué estaba prohibido publicar. «Bajo ninguna circunstancia se pueden publicar fotografías donde se vea al Führer con Ludendorff», se ordenó el 6 de abril de 1935. «El embajador Von Ribbentrop tuvo ayer un accidente de coche. Su hija mayor resultó herida de gravedad. El embajador resultó ileso. El incidente no debe aparecer en la prensa alemana», rezaba otra orden del 14 de abril de 1936. «De ahora en adelante, los nombres de los altos funcionarios y políticos soviéticos se citarán con el prefijo "judío" y su nombre judío, en tanto que son judíos», se comunicó a la prensa alemana el 24 de abril de 1936. «No debe informarse de la visita de los jefes del Grupo Central de las SA al Museo de la Francmasonería durante su visita a Berlín», se instruyó a los directores el 25 de abril de 1936. «Las informaciones sobre Greta Garbo tienen que ser positivas», les dijeron, quizá para su alivio, el 20 de noviembre de 1937.[70] El detallismo resulta asombroso; el objetivo era dejar poco espacio de maniobra a la iniciativa de los directores.[71]

Estas medidas no siempre tuvieron éxito. Como se puede ver en el caso del *Frankfurter Zeitung*, un director o un periodista inteligente y decidido todavía podían encubrir noticias que el régimen no quería que se dieran a conocer, o comprometerse con críticas veladas a las acciones del régimen disfrazadas de reportajes sobre sujetos como los dictadores de la antigua Grecia o Roma. El 20 de abril de 1935, un diario local, el *Schweinitzer Kreisblatt*, publicó en portada una gran fotografía de Hitler de tal manera que parte de la cabeza del dictador tapaba las letras "itzer" de la cabecera, dejando las letras "Schwein', que significa "cerdo" en alemán, y provocó el cierre del diario durante tres días por parte de la Gestapo, que lo consideró una descripción insultante del Führer. Es poco probable que esta composición ofensiva fuera un accidente.[72] A pesar de ello, y fueran cuales fuesen los logros de los periodistas del *Frankfurter Zeitung*, la mayoría de directores y periodistas no tuvieron la habilidad o no tendieron a modificar con un toque de independencia u originalidad la propaganda que estaban obligados a servir a sus lectores. El número de diarios bajó de 4.700 a 977 entre 1932 y 1944, y el de revistas y publicaciones periódicas de todo tipo, de 10.000 a 5.000 entre 1933 y 1938. Los contenidos de los que quedaban

eran cada vez más homogéneos. Además, el rápido aumento de la importancia de la radio como proveedor de noticias instantáneas y actualizadas al minuto enfrentaba cada día a los periódicos con un problema que hoy en día siguen teniendo, es decir, cómo retener a los lectores cuando las noticias que publican ya no son de última hora.[73] El resultado fue un incremento de la insatisfacción entre los lectores de prensa, de la que tenemos conocimiento a través de informes de la Gestapo. «La población siente que la uniformidad de la prensa —anotó la Gestapo de Kassel en su informe mensual de marzo de 1935—es algo insoportable, especialmente los que tienen ideas nacionalsocialistas». Además, continuaba el informe, la gente no entendía por qué no podían leer noticias sobre hechos de los que tenían conocimiento cabal y concluían que eran demasiado sensibles para las autoridades. La Gestapo consideraba que de ese modo era fácil que se propagaran rumores o, tan malo como eso, que el pueblo consultara la prensa extranjera, especialmente los periódicos de lengua alemana publicados en Suiza, que empezaron a aumentar las ventas incluso en poblaciones pequeñas alejadas de las grandes ciudades.[74]

Pero el régimen ya estaba empezando a tomar medidas contra este problema, y no sólo ejerciendo el poder de confiscar las importaciones de prensa extranjera. La Cámara de Prensa del Reich controlaba la Asociación Alemana de Quiosqueros de las Estaciones de Tren del Reich, que se aseguró de advertir de que «el principal deber de los quiosqueros de las estaciones es propagar las ideas alemanas. Los arrendatarios de quioscos deben recibir instrucciones de no promover la distribución de prensa extranjera». Y lo que se aplicaba a los quioscos de las estaciones también se podía aplicar a los de las calles principales.[75] Con tantas restricciones, no resulta extraño que el público se volviera todavía más desconfiado con lo que leían en los diarios, como indican los informes de la Gestapo de 1934 y 1935. La población se volvió a otras fuentes. Sólo en el curso de 1934 la circulación de la prensa del partido decreció en más de un millón de ejemplares, y todavía hubiera bajado más en este año y los siguientes de no haber sido por las sustanciosas suscripciones de las organizaciones del partido. En Colonia, la circulación del diario nazi local bajó de 203.000 ejemplares en enero de 1934 a 186.000 en enero de 1935, mientras la del

diario católico local aumentó de 81.000 a 88.000 ejemplares en el mismo periodo. En otros lugares de Alemania se registró un desarrollo similar. Así, no resulta extraña la introducción de las «normas de Amann» el 24 de abril de 1934, que permitían la revocación de la licencia de los diarios que ofrecieran «competencia desleal» u ocasionaran un «perjuicio moral» a los lectores. Después de esta fecha, la prensa del partido mejoró sus resultados, pero sólo porque se había eliminado la competencia y porque se obligaba a la gente con intimidaciones y amenazas a suscribirse a la prensa del partido.[76]

El control sobre la prensa era cada vez más férreo, y el régimen encontró cada vez maneras más dispares de acabar con la disidencia. Los periodistas, directores y otros miembros de las redacciones tenían que tomar constantemente decisiones difíciles sobre su grado de aceptación de los dictados del régimen sin abandonar del todo su integridad profesional. Con el tiempo, de todas formas, no les quedó otra opción que someterse casi del todo, y los que no lo hacían eran expulsados de sus puestos. A pesar de que Goebbels había proclamado ante los programadores de radio y los editores de prensa que no había que ser aburridos, el ministro de Propaganda terminó imponiendo una camisa de fuerza a la radio y la prensa que provocó protestas sobre la uniformidad y monotonía de estos dos medios de comunicación vitales para la formación de la opinión y sobre la sumisión de los que trabajaban en ellos. Ya en 1934 dijo a los editores de prensa lo contento que le hacía el que la prensa reaccionara ante la actualidad con toda corrección, sin que nadie les dijera cómo lo tenían que hacer.[77] Con su cinismo habitual, unos años más tarde afirmó: «Ningún hombre con un residuo de honor debería hacerse periodista».[78]

II

¿Y ahora qué?, de Hans Fallada, publicada en el mes de junio de 1932, fue la última novela de éxito seria de la República de Weimar. Vendió más de 40.000 ejemplares en los primeros 10 meses, se publicó por capítulos en no menos de 10 diarios, se realizó una adaptación cinematográfica y rescató al editor Ernst Rowohlt de una bancarrota casi segura. El título parecía

resumir los apuros de tantos alemanes en los desesperados últimos meses de 1932, cuando parecía que no había salida posible a la crisis económica y a la incertidumbre política. Muchos lectores se identificaron con el protagonista de la novela, el humilde oficinista Johannes Pinneberg, que sufre una humillación tras otra. Tiene que aceptar que su novia se ha quedado embarazada. Tiene que casarse con ella a pesar de la hostilidad del padre de la novia. Tiene que pasar incontables trabajos para encontrar piso. Y tiene que adaptarse a la vida en familia cuando llega el bebé. Después de muchos momentos llenos de angustia, Pinneberg pierde inevitablemente su empleo y se suma a las abultadas filas de parados. Pero a diferencia de otros personajes, el protagonista no recurre al delito para encauzar su vida. Permanece honrado y decente frente a la adversidad. Si es capaz de ello es sobre todo por su esposa, quien después de superar su inexperiencia inicial, se las arregla para crear un hogar que se convierte en un refugio contra las crueldades y penalidades del mundo exterior. Al final, la esposa, *Corderita*, se convierte en el personaje principal de la novela, y en general se consideraba que su retrato era el elemento clave de la popularidad de la novela.[79]

Hans Fallada, seudónimo de Rudolf Ditzen, nació en Greifswald en 1893, y no era un gran escritor ni una gran figura literaria. Sus novelas y cuentos eran populares sobre todo por su árido realismo y su atención a los detalles más anodinos de la vida cotidiana. Era un tipo muy alemán, y habría tenido dificultades para vivir de sus historias en cualquier otro país. Así, no contempló la opción de emigrar, y, en cualquier caso, un escritor tan poco político, y además no judío, no veía motivos para partir.[80] Sin filiación en ningún partido político, y tan popular como para ser elegido miembro de cuerpos tan augustos como la Academia Prusiana de las Artes, el régimen no lo consideraba particularmente ofensivo. Sus libros no se quemaron en las piras funerarias de la libertad literaria en las ciudades universitarias de Alemania el 10 de mayo de 1933. Pero no tenía otros medios de subsistencia que la escritura, y debía sufragar su cara afición a la bebida. Durante la República de Weimar tuvo frecuentes crisis nerviosas y episodios de adicción a las drogas, alcoholismo y delincuencia que lo

llevaron a pasar considerables periodos de tiempo en la cárcel o en sanatorios. La experiencia lo llevó a escribir una nueva novela, *Libre como el gorrión volando*, terminada en noviembre de 1933.[81]

Para conseguir publicar el libro, Ditzen pensó que sería útil escribir un prefacio donde aseguraba que el espantoso sistema judicial que se describía en él era cosa del pasado, una afirmación que seguro sabía lejos de la verdad. A ojos de su editor, Ernst Rowohlt, el prólogo era «demasiado complaciente». Pero el mismo Rowohlt también se había visto obligado a hacer concesiones. La mitad de los libros que había publicado hasta entonces estaban ahora prohibidos, y para mantener viva la empresa los sustituyó en el catálogo por títulos más aceptables y fichó a escritores de derechas, aunque no nazis redomados, como Ernst von Salomon, un autor nacionalista implicado en la muerte del liberal Walther Rathenau, el ministro de Exteriores judío de los primeros años de la República de Weimar. Entre bastidores, Rowohlt consiguió visados de Estados Unidos para que sus autores judíos pudieran emigrar, aunque como patrón privado no estuvo obligado a despedir a los empleados judíos hasta 1936, y, de hecho, mantuvo en su puesto a figuras claves como el editor judío de Ditzen, Paul Mayer. Los ingresos procedentes de la venta de derechos en el extranjero cayeron en picado a consecuencia de la forzada reducción de su catálogo. Rowohlt entró en el Partido Nazi para intentar aliviar su situación, pero al mismo tiempo empleó a mecanógrafos y lectores de pruebas judíos e ilustradores ex comunistas que trabajaban para él por cuenta ajena. Nada pudo salvarlo; el gigante Ullstein, que formaba parte a su vez del grupo editorial nazi Eher, lo absorbió, y en julio de 1938 fue expulsado de la Cámara de Literatura del Reich y se le prohibió publicar. La editorial fue transferida al Instituto Alemán de la Edición, que la acabó liquidando. Rowohlt partió a Brasil, y regresó a Alemania por sorpresa en 1940, porque estaba convencido de que el régimen de Hitler estaba en las últimas.[82]

La vida de Ditzen, quien contaba mucho con el apoyo personal de su editor, se resintió en gran manera. Retirado en su modesta y apartada casa de campo de Mecklenburg, confiaba en seguir ganándose la vida escribiendo cuentos de hadas y libros para niños. En sus novelas serias hizo suficientes concesiones al régimen como para tenerlo contento, aunque, al

mismo tiempo, conservó intacta la esencia de su obra y evitó verse involucrado en el antisemitismo violento del régimen. Pero esto no fue fácil para alguien cuyas novelas trataban sobre la vida contemporánea de Alemania. En 1934, Ditzen consiguió cierto equilibrio eliminando todas las referencias a los camisas pardas de una nueva edición de *¿Y ahora qué*?. Convirtió a un violento SA en un guardameta un poco agresivo, pero mantuvo la descripción positiva de los personajes judíos. No quiso modificar tampoco la descripción de las simpatías comunistas de su heroína, *Corderita*. Pero su novela más reciente, *Libre como el gorrión volando*, recibió feroces ataques en la prensa nazi por las simpatías que supuestamente mostraba hacia criminales «degenerados». La respuesta de Ditzen fue una nueva novela ambientada en el mundo rural del norte de Alemania, *Una vez tuvimos un hijo*, que esperaba que se adaptara a las ideas nazis de «sangre y suelo». Lo cierto es que a la novela le faltaban la mayoría de las características fundamentales del género, como la relación con la madre tierra, el racismo, el antiintelectualismo y, por encima de todo, el contacto con la tierra como fuente de renovación nacional (de hecho, el personaje principal era un fracaso en vida y seguía así hasta el final).[83]

Bajo una presión creciente por parte del régimen, la intención contemporizadora de Ditzen se fue tambaleando cada vez con más violencia. Su siguiente novela, *Corazón viejo a la aventura*, que no figura entre sus mejores obras, tuvo problemas por su retrato del cristianismo, y no del nazismo, como base unificadora del pueblo. Por ello, la Cámara de Literatura del Reich calificó a Ditzen de «autor indeseable». A pesar de que pronto le retiraron la clasificación, Ditzen empezó a sufrir nuevos episodios de depresión lo suficientemente serios como para ser internado. Escribió otra novela, *Lobo entre lobos*, ambientada en el periodo inflacionario de 1923 y que contó con una respuesta más favorable de los nazis («un libro fantástico», anotó Goebbels en su diario el 31 de enero de 1938). Lo que les gustaba era su retrato crítico de la República de Weimar y, desde su publicación en 1937, el libro se vendió bien. El éxito trajo *Gustavo el férreo*, una novela sobre una saga familiar centrada en la figura de un cochero conservador que no quiere saber nada del coche de motor. Se intentó llevarla al cine desde el primer momento, con Emil Jannings en el

papel protagonista, y atrajo la atención de Goebbels en persona, quien insistió, contra las intenciones originales del autor, para que la historia se ambientara en 1933 y mostrara cómo el héroe se hace nazi y el villano, comunista. A pesar de que Ditzen aceptó un compromiso tan humillante, la película nunca se llegó a rodar porque Alfred Rosenberg se opuso a cualquier adaptación de una novela de Hans Fallada y, finalmente, el libro fue retirado de las librerías tras colgarle los adjetivos de destructiva y subversiva. *Gustavo el férreo* fue la última novela seria de Ditzen publicada bajo el Tercer Reich. Su siguiente libro, *El bebedor*, el detallado retrato de la caída de un hombre en el alcoholismo, escrito en primera persona, iba en contra de todo lo que en el Tercer Reich se consideraba que debía contener una obra literaria. Aunque es extremadamente difícil de descifrar, Ditzen escribió en el manuscrito de esta novela, entre líneas, reutilizando las páginas del revés o transversalmente, un largo relato de su propia vida durante el periodo nazi, salpicado de afiladas críticas al régimen y bañado por el sentimiento de culpa por las concesiones que había hecho. No vio la luz hasta la muerte de Ditzen en 1947. Cuando escribía el manuscrito fue encarcelado en una prisión para dementes. «Sé que soy débil—escribió a su madre poco después del fin de la guerra—, pero no soy malo, nunca he sido malo».[84]

III

Las penalidades de Rudolf Ditzen muestran cuán limitadas eran las posibilidades para los escritores que se quedaron en Alemania. Casi todos los escritores conocidos internacionalmente estaban en el exilio, Thomas y Heinrich Mann, Lion Feuchtwanger, Bertolt Brecht, Arnold Zweig, Erich Maria Remarque y muchos más. Desde el exilio, organizaron rápidamente empresas editoriales, refundaron revistas prohibidas, montaron lecturas y ciclos de conferencias e intentaron alertar al resto del mundo sobre la amenaza del nazismo. Muchas de las narraciones de ficción sobre el ascenso nazi al poder y los primeros años del Tercer Reich que se han convertido en clásicos proceden del exilio de la segunda mitad de los años treinta, desde *Los hermanos Oppermann*, de Feuchtwanger, a *El verdugo*,

de Zweig. Algunas, como *La resistible ascensión de Arturo Ui*, de Brecht, se preguntaban por qué nadie había detenido la llegada al poder de Hitler; otras, como *Mephisto*, de Klaus Mann, exploraban las motivaciones personales y morales de los que se quedaron y trabajaron para el régimen. Ni una sola de estas obras, no hace falta decirlo, se distribuyó en Alemania. Los escritores asociados con el movimiento antifascista en la República de Weimar y que permanecieron en Alemania o bien estaban bajo vigilancia permanente o bien en prisión.[85]

Probablemente, el más destacado de estos autores fue el periodista y ensayista pacifista Carl von Ossietzky, director de una famosa publicación de izquierdas, *Die Weltbühne*, en la que antes del 30 de enero de 1933 se había ridiculizado ampliamente a Hitler. Encerrado en campos de concentración desde el inicio del Tercer Reich y maltratado duramente por los guardas, Ossietzky fue objeto de una campaña internacional para que le concedieran el Premio Nobel de la Paz por haber desenmascarado el rearme clandestino de Alemania a finales de los años veinte. La campaña consiguió llamar la atención sobre el frágil estado de salud de Ossietzky y convencer a la Cruz Roja Internacional de presionar al régimen para su liberación. La mala publicidad constante en la prensa extranjera sobre las palizas e insultos que padecía Ossietzky tuvieron el efecto deseado, y el periodista fue trasladado a un hospital de Berlín en mayo de 1936 para «no dar la oportunidad a los medios extranjeros de acusar al gobierno alemán de causar la muerte en prisión de Ossietzky», según afirmó el ministro de Propaganda. A pesar de los esfuerzos en contra del gobierno alemán, Ossietzky obtuvo el Premio Nobel de la Paz en noviembre de 1936. Las autoridades impidieron al escritor acudir a Oslo a recogerlo. Su representante en la ceremonia malversó la dotación del premio y Ossietzky no recibió ni un céntimo. Al cabo de poco, Hitler prohibió que los ciudadanos alemanes recibieran ningún premio Nobel, y creó un Premio Nacional de las Artes y las Ciencias alemán. Ossietzky nunca se recuperó de los maltratos en los campos y murió el 4 de mayo de 1938 tras dos años en el hospital. Sólo se permitió asistir a la incineración a su viuda y a su médico, y el régimen hizo que las cenizas fueran enterradas en una tumba anónima.[86]

Aunque no había publicado ni una línea desde el final de la República de Weimar, Ossietzky se convirtió en un símbolo de la oposición. Para los que se quedaron en Alemania, la crítica abierta al régimen fue pronto algo imposible; la oposición literaria más activa la ejercían escritores comunistas exiliados como Bertolt Brecht, Jan Petersen y Willi Bredel, cuyas obras entraban en secreto al país y eran publicadas en panfletos y periódicos clandestinos. Estas actividades cesaron una vez la Gestapo consiguió aplastar la resistencia comunista, es decir, desde 1935 en adelante.[87] Los escritores sin un compromiso político activo que permanecieron en Alemania se tuvieron que enfrentar al tipo de decisiones que perturbaron tanto a Rudolf Ditzen. Muchos escogieron el «exilio interior», dejando de escribir sobre personajes humanos y haciéndolo sobre la naturaleza, reemplazando la descripción de acontecimientos externos por la introspección, o distanciándose de la realidad presente y escribiendo sobre tiempos lejanos o sobre temas no ligados a ninguna época en particular. Bajo este disfraz, a veces podían comprometerse con críticas veladas al régimen, o, por lo menos, escribir novelas que podían ser interpretadas como tales. La novela de Werner Bergengruen *El gran tirano*, por ejemplo, publicada en 1935, fue celebrada por los críticos nazis como «la gran novela del Renacimiento» y su autor obtuvo un permiso especial de la Cámara de Literatura del Reich para seguir publicando a pesar de que su esposa tenía sangre judía. Aun así, muchos leyeron en ella una crítica a la tiranía, el terror, el abuso de poder y el arrepentimiento final del tirano culpable. Cuando fue publicada por capítulos, los censores del Ministerio de Propaganda cambiaron el título por el de *La tentación*, cortaron los paralelismos más obvios con Hitler, como el amor del tirano por la arquitectura, y eliminaron toda alusión a la vida política. El autor trató de desmentir cualquier pretensión crítica o satírica y afirmó que había empezado el libro antes de 1933, asegurando que el libro contenía una extensa meditación sobre el problema del poder más que un ataque directo a la dictadura nazi. Con todo, cuando se publicó en un solo volumen, con los cortes practicados por los censores restaurados, y con su título original, se

convirtió en un *best-seller*. Las circunstancias políticas del Tercer Reich dieron al mensaje de la novela un sesgo que el autor parecía no haber buscado.[88]

Críticas como la de la novela de Bergengruen procedían de las filas más conservadoras del arco político, y quizá eran más fáciles de colar porque sus autores nunca fueron sospechosos, como sí lo serían los más izquierdistas. El periodista y crítico de teatro desencantado Friedrich Reck-Malleczewen consiguió publicar un estudio crítico sobre el terror instaurado por los anabaptistas liderados por Jan Bockelson en la ciudad de Münster en el siglo XVII con el título de *Bockelson. Geschichte eines Massenwahns* [*Bockelson. Historia de una histeria colectiva*, Berlín, 1937]. Los paralelismos con Hitler y el fervor colectivo que despertaba eran obvios. Reck-Malleczewen era un autor prácticamente desconocido cuyo desprecio pseudoaristocrático por el populacho le granjeó pocas simpatías. Ernst Jünger, uno de los escritores de derechas más destacados de Alemania, era un caso completamente distinto. Jünger ya era un escritor de éxito por su descripción gráfica y heroica de la experiencia de los soldados en la Primera Guerra Mundial, y había estado muy cerca de los nazis durante los años veinte, pero se sintió incómodo con el Tercer Reich. En su novela corta *Sobre los acantilados de mármol*, Jünger describió un mundo de rasgos vagos, simbólico, a veces localizado en el pasado, a veces en el presente, centrado en un tirano que ha llegado al poder minando una democracia decadente y ahora gobierna por la fuerza y el terror. Jünger siempre negó, incluso después de 1945, que albergara ninguna intención política al escribir la novela, y el escenario vago y preindustrial de su relato guarda, ciertamente, pocas semejanzas con la Alemania nazi. El libro, publicado en 1939, vendió 12.000 ejemplares en un año, y fue reeditado varias veces. Y, con todo, muchos lectores lo entendieron como un ataque lleno de fuerza contra el régimen nazi, un acto evidente de resistencia literaria. En las circunstancias del Tercer Reich, el contexto podía condicionar más la recepción de un libro que las intenciones del autor.[89]

Jünger quedó al margen de toda injerencia, quizá porque era un héroe de guerra admirado por Hitler y Goebbels. Otros nunca necesitaron protección. Había muchos escritores dispuestos a producir novelas basadas

en los principios de «sangre y suelo» ambientadas en un mundo idílico y mítico de campesinos y granjeros alemanes, homenajear a los héroes del panteón nazi como el camisa parda asesinado Horst Wessel, o escribir poemas aduladores que celebraban la grandeza del Führer de Alemania.[90] En un discurso pronunciado ante la Cámara de Cultura del Reich el 15 de noviembre de 1933, Goebbels—él mismo autor de una novela—recomendó a los escritores la descripción positiva del nuevo despertar de Alemania. El enfoque adecuado era el de un «romanticismo inflexible».[91] Los poetas celebraban los valores nazis y el nuevo despertar del espíritu alemán: «Alemania no descansa sobre parlamentos ni palacios de gobierno», escribió Kurt Eggers en 1934, sino:

> Donde la tierra da sus frutos,
> Donde la mano del Señor sostiene las riendas, ahí reside Alemania.
> Donde las columnas marchan y resuenan los gritos de la batalla, ahí reside Alemania.
> Donde la pobreza y el sacrificio construye lugares de homenaje
> Y donde ojos desafiantes miran frente a frente al enemigo,
> Donde los corazones sienten el odio y los puños se levantan:
> ¡Ahí germina, ahí crece una nueva vida para Alemania![92]

Durante la República de Weimar, las canciones y poemas nazis se limitaban a enardecer el espíritu de los miembros del partido en su lucha contra todo lo que odiaban: la República, los judíos, la «reacción», el parlamentarismo. De 1933 en adelante, no obstante, estos sentimientos dieron lugar a un llamamiento más amplio a toda la nación alemana para movilizarse contra los enemigos de dentro y fuera del país. La violencia y el odio todavía estaban presentes, pero ahora se les añadía una capa de elogios empalagosos a la nueva Alemania, el nuevo Reich y, por encima de todo, el nuevo Führer. Hablando por boca del pueblo alemán en su imaginación, el poeta Fritz Sotke se dirigía así a Hitler en 1934:

> Condúcenos a casa.
> Sé nuestro camino,
> Llévanos sobre el abismo,
> Sobre desechos y rocas,
> Y te seguiremos.
>
> Si nos pides cuanto tenemos,

Te lo entregaremos porque creemos en ti.

Te hemos jurado lealtad,
Nadie puede romper el juramento
—Tampoco tú—sólo la muerte puede romperlo.
Y ésta será la realización de nuestra existencia.[93]

En muchas de estas composiciones estaba presente la idea de la muerte, que englobaba el mito nazi del sacrificio y el martirio en un principio general que apelaba a todo el pueblo alemán.[94]

Los autores de versos de este tipo no solían ser figuras reconocidas. Uno de los movimientos artísticos y literarios más importantes en Alemania en los años veinte y principios de los años treinta fue el expresionismo, cuyos exponentes eran mayoritariamente de izquierdas, a pesar de que unos pocos, como el dramaturgo Hanns Johst, prestaron sus servicios a los nazis de 1933 en adelante; en efecto, Johst fue el responsable de la Cámara de Literatura del Reich y gozó de un poder considerable bajo el nuevo régimen.[95] Los valores del expresionismo, de hecho, guardaban semejanzas superficiales con los del nacionalsocialismo, con su énfasis sobre la expresión de las emociones, las virtudes de la juventud, la maldad del mundo industrial, la banalidad de la burguesía y la forja de un nuevo espíritu humano en una revuelta contra el intelecto. Por otro lado, el expresionismo basaba buena parte de su originalidad en un rechazo muy poco nazi del naturalismo a favor de la comunicación directa de la emoción desde el alma y evitaba a menudo la descripción realista de las apariencias externas. El estilo radical y a menudo poco convencional de los expresionistas les convertía en elementos inaceptables para el aparato cultural nazi. El converso más célebre del expresionismo al nacionalsocialismo, el escritor Gottfried Benn, es un caso ilustrativo. En los años veinte ya era un poeta reconocido. Dedicado profesionalmente a la medicina general, entró en la órbita de los higienistas. Vio la llegada al poder de los nazis como una oportunidad profesional para poner en práctica los principios de la eugenesia. Apolítico en un primer momento, ahora proclamaba su lealtad al nuevo Reich y se dedicó con todas sus energías a purgar la Academia de escritores disidentes. Cuando Klaus Mann, hijo del novelista Thomas Mann y también escritor destacado en el exilio, le

reprendió por ello, Benn le contestó que sólo los que se habían quedado en Alemania podían entender el estallido de energía creativa que había provocado la llegada del Tercer Reich.[96]

A pesar de que su poesía era pura y elevada y de que estaba muy alejada de las miserias de la vida cotidiana, Benn no dejaba de elogiar la revitalización de la fe en la naturaleza y la vida rural alemanas que había desencadenado el Reich. Consideraba que Hitler era el gran restaurador de la dignidad y el honor de Alemania. Pero después de las primeras purgas en la Academia, Benn perdió rápidamente el favor del régimen. Cuando el aparato cultural nazi empezó a dirigirse contra el expresionismo en la música, el arte y la literatura, Benn se metió en dificultades al tratar de defenderlo. Aunque lo hizo en unos términos que pensó que podrían convencer a los nazis—el expresionismo era antiliberal, primario, ario, había nacido del espíritu de 1914—, no impresionó en absoluto a quienes lo denunciaban como antipatriótico, superintelectual, perverso e inmoral. «Si hay alguien que encarne el espíritu del gusto bolchevique por la repugnancia que celebra sus orgías en el arte degenerado—le espetó uno de sus críticos—, tú tienes todo el derecho a ser el primero en pasar por la picota». Poemas con títulos como «Carne, cruzada de las prostitutas, cuadrilla de la sífilis» y «pornopoemas» similares lo demostraban, prosiguió el mismo crítico.[97] Benn fue expulsado de la Cámara de Literatura del Reich en marzo de 1938. Aunque le prohibieron publicar poesía, en julio de 1937 ya había aceptado un puesto en el Ministerio de Guerra. En enero de 1934 había escrito: «En cuanto al futuro, me parece natural que no se permita la publicación de ningún libro en Alemania que desprecie al nuevo Estado». Cuando sus propios libros fueron incluidos en esta categoría porque su espíritu estético se consideraba ajeno a la cultura del nuevo Estado, se quedó sin respuesta.[98]

Los problemas con que se enfrentaron Rudolf Ditzen y Gottfried Benn demuestran que el régimen contaba con medios muy variados para controlar la producción literaria de sus ciudadanos. La obligación de formar parte de la Cámara de Literatura del Reich incluía no sólo a escritores, poetas, guionistas, dramaturgos, críticos y traductores, sino a las editoriales, los libreros de primera mano y de lance, las bibliotecas y cualquier asunto

relacionado con el negocio de la edición, ya fueran publicaciones científicas, académicas o técnicas. Se excluía a los judíos, a los disidentes y a las personas con un pasado político sospechoso. En el trasfondo existía una serie de instituciones de censura que basaban su actividad en un decreto aprobado el 4 de febrero de 1933, casi inmediatamente después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich, y que permitía la incautación por parte de la policía de los libros que pudieran «poner en peligro la seguridad y el orden públicos». Con este arma en las manos, los censores prácticamente no precisaban de los poderes adicionales que les proporcionó el decreto del incendio del Reichstag del 28 de febrero de 1933. Además, el Código Penal contemplaba la incautación y eliminación de libros supuestamente peligrosos, y existía una larga tradición de legitimación legal de la confiscación y prohibición de «literatura sucia y despreciable» [*Schundund Schmutzliteratur*].[99]

Muy pronto, las bibliotecas y librerías empezaron a ser objeto de batidas, a menudo en rápida sucesión, por parte de agentes de la Policía Criminal, la Gestapo, el Ministerio de Interior, los tribunales, las autoridades locales y la Autoridad Suprema de Censura para la Literatura Sucia y Despreciable, que tenía su sede en Leipzig. Las Juventudes Hitlerianas, los camisas pardas y la organización de estudiantes nazis también vigilaban la erradicación de libros de judíos, pacifistas, marxistas y de otros autores proscritos. La Liga de Combate para la Cultura Alemana de Rosenberg también tuvo su parte, como la Comisión de Censura del partido, que vetaba publicaciones producidas por el mismo partido. En diciembre de 1933, entre todas estas instituciones habían prohibido más de un millar de títulos. Después de la quema de libros en las ciudades universitarias el 10 de mayo de 1933, el periódico del comercio de libros publicó una lista negra con 300 títulos de 139 autores de literatura, seguida por otra lista con 68 autores y 120 obras del campo de la política, y otras listas que cubrieron las demás áreas. No sólo se vieron afectados libros alemanes. La lista de libros extranjeros prohibidos iba del *Oliver Twist* de Charles Dickens al *Ivanhoe* de Sir Walter Scott, casi todos los libros escritos por judíos, que versaran sobre temas judíos o que incluyeran a un personaje judío. Los libros extranjeros no fueron prohibidos como tales, y durante el Tercer

Reich disfrutaron de popularidad escritores tan diferentes como el novelista «sangre y suelo» Knut Hamsun, el autor de obras de crítica social John Steinbeck y el escritor de novelas de aventuras C. S. Forester, creador del capitán de navío Horatio Hornblower. Puede ser que la confusión y las rencillas entre los diferentes cuerpos censores supusieran un fastidio para la *gente de orden*, pero lo cierto es que éstos consiguieron eliminar en muchísimas ocasiones literatura considerada molesta.[100] Sólo en 1934, un total de 40 instituciones censoras prohibieron 4.100 libros.[101] Entre los dos o tres primeros años del Tercer Reich, las obras de escritores judíos desaparecieron de las estanterías al alcance del público, y poetas judíos como Heinrich Heine fueron denostados como imitadores superficiales de la auténtica literatura alemana. Las obras de escritores clásicos no judíos, como Goethe y Schiller, se reinterpretaron de modo que encajaran con la ideología del régimen. Y obras de teatro inconvenientemente filosemitas, como *Nathan el Sabio*, de Lessing, fueron descartadas del repertorio.[102]

El control sobre el teatro fue más sencillo que el control sobre los libros, ya que las representaciones eran básicamente eventos públicos. Fue confiado al Ministerio de Propaganda por la Ley del teatro, aprobada el 15 de mayo de 1934, que entregó a Goebbels la potestad de autorizar salas y representaciones, incluidas las de compañías de aficionados, y limitó las prerrogativas de otras instituciones, como la policía, en estos asuntos. La Cámara de Teatro del Reich, por su parte, entregaba licencias a actores, directores y personal, excluyendo, como era habitual, a judíos y a personas políticamente poco fiables. El presidente de la Cámara, Rainer Schlösser, instauró una cuota de cuatro obras de teatro alemanas por cada obra extranjera en las programaciones de todas las salas, e instauró la censura previa de los textos nuevos. Más controvertida fue la decisión de la Cámara de Teatro de hostigar, e incluso disolver, a las compañías de aficionados en beneficio de las profesionales, acosadas por el desempleo que acompañó a la crisis. El Ministerio de Propaganda recibió una avalancha de protestas airadas procedentes de asociaciones dramáticas locales y anuló la decisión de la Cámara en marzo de 1935.[103] Como en otras áreas, Goebbels tuvo mucho cuidado de no empujar su revolución cultural a tal extremo que la corrección ideológica ahogara la demanda popular de entretenimiento. En

toda Alemania los teatros siguieron ofreciendo representaciones de calidad de los clásicos, y la gente que se sentía alienada por el régimen podía encontrar refugio en la creencia de que, por lo menos, la cultura alemana seguía viva y floreciente. Un gran actor como Gustav Gründgens se enorgullecía después de 1945 de que su teatro, como otros, había permanecido como una isla de excelencia cultural en medio de las barbaridades cometidas por el Tercer Reich. Sin embargo, Gründgens vivía en una mansión cuyo antiguo propietario era judío y había sido «arianizada», y mantenía una relación muy estrecha con Hermann Göring y su esposa. Instituciones como la Cámara de Teatro de Munich no se convirtieron en instrumentos puros de propaganda, y el número de miembros del partido en su plantilla fue muy bajo.[104] Pero no todos los teatros pudieron resistir a la presión. Si la proporción de obras representadas por la Cámara de Teatro de Munich durante el Tercer Reich que se pueden describir como abiertamente nazis es menor a un 5 por 100, la del Teatro de Düsseldorf es mucho mayor, un 29 por 100. Un estudio realizado a partir de cuatro teatros de Berlín, Lübeck y Bochum ha demostrado que de las 309 obras representadas en ellos entre 1933 y 1945 sólo un 8 por 100 contenía alguna forma reconocible de ideología nazi. Aun así, ni siquiera las salas menos acomodaticias podían montar obras nuevas, críticas o radicales ni representar piezas prohibidas por el régimen. Y debían seguir los dictados del régimen en cuanto a la apariencia externa, el lenguaje y la presentación de las programaciones, por ejemplo, o en la relación que mantenían con la cúpula del partido de Munich. El recurso a los clásicos era una forma de escapismo a la que Goebbels, siempre consciente de las ventajas políticas de ofrecer a la gente un descanso temporal de las demandas incesantes de movilización política y propaganda, no era probable que objetase nada.[105]

Goebbels toleró la representación de los clásicos aunque trataran, como sucede en muchas obras de Shakespeare, de cuestiones como la tiranía y la rebelión (aunque *El mercader de Venecia* contara una historia mucho más simpática para los árbitros culturales nazis). Pero no tardó en tomar medidas drásticas en otra área, a saber, el movimiento que creó una forma teatral auténticamente nazi en el sedicente *Thingspiel*, o mitin

representado, que floreció brevemente en los primeros años del Tercer Reich. Estas obras rituales, con textos de contenido político escritos especialmente y dramas pseudonórdicos representados en teatros abiertos construidos expresamente, daban forma dramática al culto nazi al héroe y celebraban la glorificación de la muerte. Pero también exigían la participación del público y contenían coros hablados y otros elementos del movimiento comunista del teatro del periodo de Weimar. Algunas de las técnicas empleadas tenían tanta afinidad con los aspectos revolucionarios del expresionismo que incluso a Goebbels le parecían incómodas. A pesar de que se construyeron especialmente más de 40 teatros y de que se montaron unos cuantos centenares de representaciones, nunca fueron especialmente populares ni rentables. Goebbels prohibió la utilización de la palabra *Thing* en relación con el partido en octubre de 1935 y, en mayo del año siguiente, el recurso a los discursos. Las medidas ahogaron el movimiento, que entró en un proceso de declive del que nunca se recuperó.[106]

Goebbels pensaba que los dramaturgos, novelistas y otros escritores debían capturar el espíritu de los nuevos tiempos, no sus manifestaciones externas.[107] Eso les proporcionaba, cuando menos, cierto margen de maniobra. En tales circunstancias, los que ponían cuidado en no resultar ofensivos podían alcanzar un notable éxito entre un público lector y comprador de libros que seguía ávido de novedades. A pesar de ello, es innegable que buena parte de los libros más vendidos en los años treinta en Alemania trataban temas muy próximos al sentir nazi. La novela *Barb. Der Roman einer Deutschen Frau* [*Barb. La novela de una mujer alemana*], de Kuni Tremel-Eggert, publicada en 1933, vendió 750.000 ejemplares en 10 años y sus virtudes se limitan a proporcionar en clave de ficción el credo nazi sobre el lugar de las mujeres en la sociedad. El que quizá fuera el autor de más éxito del periodo, Paul Coelestin Ettighofer, vendió 330.000 copias de *Verdun. Das große Gericht* [*Verdun. El juicio final*] entre 1936 y 1940. Las novelas de Ettighofer eran respuestas intencionadas a la descripción ferozmente realista de la Primera Guerra Mundial de Remarque en *Sin novedad en el frente*: glorificaban la batalla y estaban llenas de retratos repletos de la ideología del heroísmo y el sacrificio en el frente. Más

explícitamente nazi fue la novela de Karl Aloys Schenzinger *Der Hitlerjunge Quex* [*Quex, de las Juventudes Hitlerianas*], publicado en 1932, que vendió 244.000 ejemplares hasta 1940, probablemente ayudada por una adaptación al cine que se distribuyó por toda Alemania. Entre las novelas «sangre y suelo», *La aldea olvidada*, de Theodor Kröger, vendió 325.000 ejemplares entre 1934 y 1939, y *Das Dorf an der Grenze* [*La aldea de la frontera*], 200.000 entre 1936 y 1940. Un libro tan popular como *Der Befehl des Gewissens* [*El sentido del deber*], de Hans Zöberlein, que vendió 480.000 ejemplares desde 1936, año de su publicación, hasta 1943, emanaba un antisemitismo poco menos virulento que el del mismo Hitler, con frecuentes referencias a los «parásitos judíos» y otros términos biológicos similares que invitaban implícitamente a los lectores a pensar en el exterminio como la única solución para la cuestión judía. Con la prohibición de autores que habían gozado de popularidad en el país, esta literatura tenía menos competencia de la que hubiera tenido de otro modo.[108] Además, en el caso de los diarios y revistas, las novelas e historias abiertamente políticas también se beneficiaban de los pedidos en bloque de las organizaciones del Partido Nazi. Con el exhaustivo esfuerzo de propaganda que acompañaba a la promoción de estos libros, habría resultado extraño que no se hubieran vendido bien. Lo que los nazis esperaban de los libros se puede ilustrar con eventos propagandísticos como la Semana del Libro Alemán, celebrada anualmente de 1934 en adelante. «Unos 60 millones de personas se movilizarán a finales de octubre al son del tambor de la promoción del libro», afirmó uno de los responsables de la organización de la edición de 1935. Estos «días de movilización», prosiguió, «contribuirán a la preparación militar de los espíritus en la causa de la reconstrucción de nuestro pueblo».[109] Hablando delante de una bandera enorme en la que se anunciaba «El libro: La espada del espíritu», el vicepresidente de la Cámara de Literatura del Reich declaró en una ocasión: «Los libros son armas. Armas que pertenecen a las manos de los combatientes. Ser un combatiente de Alemania es ser nacionalsocialista».[110]

De todos modos, como sucedía en otras áreas de la cultura, Goebbels sabía que el entretenimiento era importante para mantener al pueblo contento y alejado de los problemas del presente. Consiguió contener las

intenciones de Rosenberg de priorizar la literatura abiertamente ideológica, y desde 1936 en adelante, las listas de libros más vendidos estuvieron dominadas por literatura popular con una relevancia política indirecta. Las novelas cómicas de Heinrich Spoerl, como *Die Feuerzangenbowle* [*Ponche de ron quemado y vino tinto*], que vendió 565.000 ejemplares entre 1933 y 1944, fueron extremadamente populares; satirizaban al «hombrecito» de los años de Weimar, incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos en el Tercer Reich.

Todavía más leídas fueron las novelas científicas de Schenziger, que compensaban la nostalgia de la literatura «sangre y suelo» con una celebración de los inventos modernos, los descubrimientos científicos y el crecimiento industrial: *Anilin* fue la más popular de las novelas publicadas durante el Tercer Reich, y vendió 920.000 ejemplares entre 1937 y 1944; le siguió *Metall*, que vendió 540.000 entre 1939 y 1943. Los escritores extranjeros siguieron siendo publicados en Alemania con la condición de que no hubieran ofendido abiertamente las susceptibilidades ideológicas de los nazis; las novelas del noruego Trygve Gulbranssen, con títulos como *La voz de los bosques* y *La herencia de Björndal*, publicados respectivamente en Alemania en 1934 y 1936, habían vendido en conjunto más de medio millón de ejemplares al fin del Tercer Reich, y otro *best-seller* mundial, *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell, encontró 300.000 compradores en Alemania en los cuatro años posteriores a su publicación en 1937, y ésta sólo representa la más popular de una larga lista de ofertas culturales de Estados Unidos importadas a Alemania durante los años treinta.[111] Muchas obras editadas antes de 1914 y que el régimen consideraba que eran más o menos aceptables siguieron vendiéndose por cientos de miles. Proporcionaban un regreso imaginario a un mundo cuerdo y estable. Pero tan populares como éstas fueron los placeres más seguros proporcionados por un autor como Karl May, cuyas historias del lejano Oeste del cambio de siglo parecían presagiar, para muchos, los valores nazis; ciertamente, muchos nazis comprometidos las disfrutaban, incluso el mismo Hitler.[112] Los alemanes corrientes no se tragaban toda la literatura nazi; por el contrario, escogían por sí mismos qué querían leer, y desde mediados de los años treinta en adelante, buena parte de lo que leían no era nazi en absoluto.

La ambición de crear un nuevo ser humano impregnado de los valores nazis tuvo un éxito tan limitado en este campo como en otras áreas de la cultura alemana.[113]

PROBLEMAS DE PERSPECTIVA

I

Durante la República de Weimar, el expresionismo no fue tan sólo el movimiento dominante en la literatura alemana, sino que, en paralelo a la «nueva objetividad» [*Neue Sachlichkeit*], también lo fue en el arte.[114] Su representante más comúnmente aceptado era el escultor Ernst Barlach, cuya obra estaba muy influenciada por el arte popular que conoció durante una visita a Rusia antes de la Primera Guerra Mundial. Las figuras humanas de Barlach son sólidas, achaparradas, convencionales y en cierto modo toscas. Primero las realizaba en madera y, más tarde, con otros materiales como el estuco y el bronce. Representadas con túnicas y capas, las figuras solían tener una cualidad monumental e inmóvil. Eran muy populares, y el artista recibió numerosos encargos después de 1918 para realizar memoriales de guerra en muchos puntos de Alemania. Elegido miembro de la Academia Prusiana de las Artes en 1919, a mediados de los años veinte era un personaje bien instalado. Su hostilidad a la abstracción era conocida, así como la distancia crítica que mantenía con el resto del movimiento expresionista y su firme rechazo a comprometerse con ningún partido político. Era previsible que su obra gustara a los nazis, y, en efecto, a mediados de los años veinte Joseph Goebbels dejó constancia de su admiración por una escultura de Barlach en su diario y más adelante se dijo que había instalado dos pequeñas figuras del artista en su casa.[115] El ministro de Propaganda invitó a Barlach, junto con otros artistas expresionistas como Karl Schmidt-Rottluff, a la inauguración de la Cámara de Cultura del Reich. Su intención de apoyarles se vio reforzada por una campaña de miembros de la Liga de Estudiantes Nazis en Berlín a favor de un nuevo tipo de modernismo nórdico basado en un expresionismo depurado de artistas judíos e imágenes abstractas.[116]

Pero todos estos esfuerzos chocaron, por un lado, con la hostilidad de Alfred Rosenberg y, por otro, con el rechazo de Barlach a comprometerse con el régimen. Rosenberg reprendió a Barlach y a los expresionistas en las páginas del *Völkischer Beobachter* y tachó a los estudiantes berlineses de revolucionarios pasados de moda en la línea del nazi de izquierdas Otto Strasser, caído en desgracia. Y Barlach rechazó asistir a la inauguración de la Cámara de Cultura del Reich. Había empezado a sentir cierta hostilidad a su trabajo a nivel local, los encargos para realizar memoriales de guerra y exposiciones y la publicación de sus escritos empezaron a ser cancelados al cabo de poco de la designación de Hitler como canciller del Reich en enero de 1933. A principios de los años treinta, asociaciones de veteranos de extrema derecha, como los Cascos de Acero, ya habían criticado sus monumentos en recuerdo a los muertos en la guerra por su rechazo a retratar a los soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial como figuras heroicas que habían muerto por una causa noble. Los racistas acusaban a Barlach de representar a los soldados alemanes con rasgos eslavos, que consideraban seres inferiores. Barlach, que vivía en Mecklenburg, una provincia con una presencia muy elevada de nacionalsocialistas, empezó a recibir cartas anónimas y a encontrarse con insultos pintados en la puerta de su casa. Bajo estas presiones, se sintió obligado a declinar una oferta de realizar un nuevo memorial de guerra en Stralsund, que había aceptado en un primer momento.[117] Barlach se quedó en Alemania en parte porque tenía la esperanza de que el Tercer Reich respetaría la libertad de creación de los artistas, y en parte porque, dadas las características de su obra, le habría resultado difícil ganarse la vida en otro país.[118] A principios de mayo de 1933 ya se había desencantado. «La servil cobardía de esta época magnífica —escribió con amargura a su hermano—hace que uno se avergüence al pensar que es alemán».[119]

En 1933-1934 se hizo evidente que Barlach era un artista inaceptable para el régimen. Su memorial de guerra más controvertido era una gran escultura de madera situada en la catedral de Magdeburg. Está compuesta por seis figuras. Tres de ellas—un esqueleto con casco, una mujer cubierta con velo con los puños apretados en un gesto de agonía y un hombre en actitud desolada, con una máscara de gas al cuello, los ojos cerrados y las

manos a la cabeza descubierta—surgen del suelo. Detrás, se ven las formas de tres soldados vestidos con abrigos y situados uno al lado del otro. El soldado del medio, en el centro del conjunto, lleva un vendaje en la cabeza y descansa las manos sobre una gran cruz donde están grabadas las fechas de la guerra. Poco después del nombramiento de Hitler como canciller, la prensa empezó a publicar peticiones para que la escultura fuera retirada, atizadas por Alfred Rosenberg, quien en julio de 1933 describió sus figuras en el *Völkischer Beobachter* como «variaciones de tipos humanos indefinidos, medio imbéciles, de aspecto sombrío y con cascos soviéticos».[120] Mientras las negociaciones sobre su retirada entre el Ministerio de Propaganda, la Iglesia y el partido se alargaban, la campaña de la prensa contra Barlach subió de tono. Se le acusó de judío, a lo que el artista respondió que no tenía ninguna intención de refutarlo en público porque no se sentía insultado. Sus amigos sí investigaron sobre sus ancestros y publicaron pruebas de que no era judío. Pensar que tal cosa era necesaria, escribió, le llenaba el corazón de tristeza.[121] Finalmente, a finales de 1934 el memorial fue desmontado y guardado en un almacén.[122] Barlach se defendió de los ataques que recibía de todos lados subrayando el hecho de que su obra tenía sus raíces en el mundo campesino del norte de Alemania, donde vivía. Con más de sesenta años, a duras penas podía entender por qué sus obras suscitaban una hostilidad tan virulenta. En un intento de contenerla, firmó una declaración de apoyo a la asunción de la jefatura del Estado por parte de Hitler tras la muerte de Hindenburg en agosto de 1934. Pero no consiguió apaciguar a los dirigentes nazis de Mecklenburg, y el gobierno regional empezó a retirar sus obras del museo estatal.

Tal trato era de difícil aceptación por parte de muchos de los admiradores de Barlach, entre los que se encontraban partidarios entusiastas del movimiento nazi. Melita Maschmann, dirigente de la organización femenina nazi, por ejemplo, admiraba su obra, y no podía entender por qué había sido etiquetada de «degenerada» por los nazis.[123] De todas formas, Barlach se había indispuesto con el régimen porque su obra estaba en contra de la glorificación nazi de la guerra, porque rechazó comprometer su arte, porque respondió con agresividad a las críticas y porque no ocultó su

disgusto por la política cultural de la Alemania nazi. En 1936, la policía bávara secuestró del almacén de su editor en Munich todos los ejemplares de un libro sobre sus dibujos. Actuaban a las órdenes de Goebbels: «He prohibido un estúpido libro de Barlach—escribió en su diario—: Eso no es arte. Es una estupidez destructiva e incompetente. ¡Repugnante! El pueblo no puede entrar en contacto con este veneno».[124] La Gestapo añadió insulto a la injuria al describir los dibujos como «expresiones bolcheviques de una concepción destructiva del arte inapropiada para nuestra época». El libro fue inscrito en el índice de literatura prohibida. A pesar de sus protestas constantes por las injusticias a que se le sometía, Barlach se quedó cada vez más aislado. En 1937 se le obligó a dimitir de la Academia Prusiana de las Artes. «Cuando uno siente día tras día la amenaza y el aliento de la muerte, su obra se detiene por sí misma—escribió—. Parezco alguien empotrado en un rincón, con una jauría en los talones».[125] Su salud sufrió un gran deterioro y murió de un ataque al corazón en un hospital el 24 de octubre de 1938.[126]

El tipo de escultor por quien los nazis podían sentir un entusiasmo genuino era Arno Breker. Nacido en 1900, Breker pertenecía a una generación más joven que Barlach. En sus años de estudiante realizó una serie de esculturas que mostraban claramente la influencia del veterano. En una larga estancia en París entre 1927 y 1932 empezó a seguir la estela de Aristide Maillol, cuyo estilo figurativo dio forma al suyo. A comienzos de 1933, cuando trabajaba en Roma en la restauración de una escultura de Miguel Ángel, conoció a Goebbels, quien reconoció su talento y lo animó a regresar a Alemania. Breker le complació después de liquidar sus asuntos en París. Breker era apolítico y, como expatriado, no estaba muy bien informado sobre la situación política en Alemania, pero pronto cayó bajo el hechizo de los nazis. El estilo de Breker bebía de influencias no germánicas —la escultura clásica griega, Miguel Ángel, Maillol—. Algunos de sus bustos, como uno del pintor impresionista Max Liebermann, terminado en 1934, eran penetrantes, sutiles y llenos de detalles ilustrativos. Pero pronto empezó a limar los perfiles inacabados de sus obras, volviéndolas más impersonales y dándoles una calidad más monumental y menos íntima, proyectando dureza, vigor y agresividad a sus figuras y dejando de lado las

cualidades humanas más suaves de que las había dotado en los años veinte. A mediados de los años treinta, Breker producía desnudos masculinos macizos y supermusculados, superhombres arios de piedra.[127]

Estas obras le reportaron pronto dividendos. En 1936 participó en un concurso sobre el tema del éxito deportivo y este triunfo le proporcionó un número creciente de encargos oficiales. En 1937 se afilió al Partido Nazi para allanarse el acceso al mecenazgo oficial. Breker conoció personalmente a Hitler, quien instaló un busto de Wagner realizado por él en sus aposentos de Berchtesgaden. En el aniversario de Hitler de 1937 se le nombró «escultor oficial del Estado» y se le proporcionó un gran estudio con 43 empleados para ayudarle en su trabajo. Se convirtió en una figura influyente. Goebbels y otros dirigentes nazis lo trataban como una celebridad y lo protegían de las críticas. En 1937 su obra ocupó un lugar privilegiado en el pabellón alemán de la Exposición Internacional de París. En 1938 diseñó dos macizos desnudos masculinos para ser instalados en la entrada de la nueva Cancillería del Reich: *El Partido* y *La Wehrmacht*. Siguieron otras obras, especialmente *Alerta*, en 1939, una musculada figura masculina que frunce el ceño con odio ante un enemigo invisible, su mano derecha presta a desenvainar la espada para empezar la lucha. Breker se convirtió en un hombre rico, disfrutó de favores y condecoraciones, incluidas varias casas, subvenciones y, por supuesto, unos honorarios muy generosos por su obra pública. Las esculturas de Breker daban cuerpo a una afirmación vacía y declamatoria de una voluntad colectiva imaginaria. Faltas de vida, inhumanas, con una gestualidad amenazante tan artificial como intimidatoria, representan el gusto artístico público del Tercer Reich. Su aspecto muy cercano a la máquina las sitúa sin duda alguna en el arte del siglo XX; su presencia anunciaba al nuevo hombre, cuya creación era una de las prioridades de la política cultural nazi: un hombre irreflexivo, todo físico, agresivo, preparado para la guerra.[128]

II

Cuando Breker alcanzó la relevancia pública, los gestores culturales del Tercer Reich se habían deshecho del todo del arte abstracto y moderno que solían calificar de «degenerado». Los gustos de Hitler tuvieron un papel más importante en esta área de la cultura que en ninguna otra, con la excepción de la arquitectura. Él mismo había intentado con anterioridad hacer carrera como artista, pero siempre había rechazado lo moderno en todas sus vertientes.[129] Una vez en el poder, convirtió sus prejuicios en política. El 1 de septiembre de 1933 Hitler dijo a los participantes de la concentración del partido en Nuremberg que había llegado el momento de un arte nuevo alemán. La llegada del Tercer Reich, afirmó, conducía «inevitablemente a una nueva orientación en casi todas las áreas de la vida del pueblo». Los efectos de esta «revolución espiritual» también tenían que hacerse sentir en el arte. El arte debía reflejar el alma de la raza del pueblo alemán. La idea de que el arte era internacional tenía que rechazarse por decadente y por judía. Condenó lo que para él era la expresión de esta idea, el «culto cubista-dadaísta del primitivismo» y el bolchevismo cultural, y anunció en su lugar «un nuevo renacimiento artístico del ser ario». Y advirtió de que no se perdonarían los pecados pasados de los artistas modernos:

> También en la esfera cultural, el movimiento nacionalsocialista y la jefatura del Estado no tolerarán los cambios de chaqueta súbitos de charlatanes e incompetentes que pretendan, como si no hubiera pasado nada, ocupar un lugar en el nuevo Estado desde el que puedan echar bravatas sobre arte y política cultural [...]. Si sus monstruosas producciones reflejan una experiencia interna genuina, son un peligro para la salud de nuestro pueblo y tienen que ser puestos bajo vigilancia médica. Si tan sólo fueron realizadas para ganar dinero, son culpables de fraude y tienen que ser puestos bajo vigilancia de otro tipo de institución. De ninguna manera queremos que estos elementos distorsionen la expresión cultural de nuestro Reich; porque éste no es su Estado, sino el nuestro.[130]

Así, 1933 vio una purga masiva de artistas judíos, abstractos, semiabstractos, izquierdistas y de casi todos los creadores de la Alemania de la época que tenían reputación internacional. Las declaraciones de apoyo al nuevo régimen e, incluso, el haber sido miembro del Partido Nazi desde el primer momento, como sucedió con el pintor primitivista y escultor Emil

Nolde, no sirvieron para salvar a aquéllos cuyo trabajo era desaprobado por Hitler. Los pocos artistas que conservaban la esperanza de la llegada de mejores tiempos, como Ernst Barlach, se desencantaron pronto.[131]

En 1933, los directores de museos de arte que eran judíos, socialdemócratas, liberales o de izquierdas fueron apartados de sus puestos y sustituidos por personas a quienes los nazis consideraban de mayor confianza. El Museo Folkwang de Essen fue entregado a un oficial de las SS, Klaus Baudissin, quien hizo tapar con pintura unos famosos murales de Oskar Schlemmer, un artista íntimamente relacionado con la Bauhaus. Aun así, algunos directores de museos siguieron exponiendo obras que desaprobaban los personajes más extremistas del Partido Nazi. El mismo Baudissin, un experto historiador del arte, mantuvo obras de Oskar Kokoschka, Franz Marc y Emil Nolde en exposición hasta bien entrado 1935. El director de las colecciones de pintura del estado de Baviera, Ernst Buchner, miembro del Partido Nazi desde el 1 de mayo de 1933, luchó por su derecho a exhibir la obra de un artista judío alemán como el impresionista Max Liebermann y en 1935 resistió con fortuna a los intentos del ministro de Educación y Religión del Reich, Bernhard Rust, de obligarle a vender obras de Van Gogh y de los impresionistas franceses, a quienes los nazis rechazaban, en buena parte, por no ser alemanes. Cuando Hitler destituyó personalmente en 1933 al veterano director de la Galería Nacional, el partidario del arte moderno Ludwig Justi, su sucesor en el cargo, Alois Schardt, organizó una espectacular exposición de arte alemán con obras de Nolde y varios expresionistas más. En una visita previa a la inauguración, el ministro de Educación quedó horrorizado. Despidió de inmediato al nuevo director y ordenó el desmantelamiento de la exposición; después de organizar en una pequeña galería de Berlín una exposición de la obra de Franz Marc que fue clausurada por la Gestapo el mismo día de su inauguración en mayo de 1936, Schardt emigró a Estados Unidos. Al sucesor de Schardt, Eberhard Hanfstaengl, anterior director de una galería de Munich, no le fue mucho mejor y se indispuso con Hitler cuando éste visitó por sorpresa el museo y vio algunas obras expresionistas colgadas en las paredes. El 30 de octubre de 1936 se cerró una nueva ala de la Galería Nacional después de albergar una exposición en que se incluían obras de

Paul Klee.[132] Por todas partes se repetían situaciones similares. Desde mediados de 1933, los directores de galerías y museos, incluidos aquéllos nombrados por los nazis, lucharon en una especie de guerrilla cultural contra los jefes locales nazis que querían retirar obras de un tipo u otro de la exhibición pública. Algunos, como Hanfstaengl, siguieron comprando arte moderno, aunque discretamente lo dejaban fuera del catálogo del museo. Pero el tiempo de adquirir semejantes compromisos estaba a punto de agotarse.[133]

Desde el comienzo, algunos de los directores de galerías y museos más fanáticos organizaron exposiciones de las obras de arte moderno que habían retirado de la exhibición pública, con títulos como *Cámara de los horrores artísticos*, *Imágenes del bolchevismo cultural*, *Espejos de la decadencia en el arte* y *El espíritu de noviembre: el arte al servicio de la decadencia*. Entre los artistas expuestos estaban Max Beckmann, Otto Dix y George Grosz, Ernst Ludwig Kirchner, Franz Marc, August Macke, Karl Schmidt-Rottluff y Emil Nolde. También se exhibieron obras de artistas no alemanes establecidos en el país, como Alexei Jawlensky y Vassily Kandinsky, junto con los inevitables artistas cubistas y de vanguardia de otros países.[134] La inclusión de Marc y Macke causó especial controversia, ya que ambos habían muerto en el frente en la Primera Guerra Mundial y las asociaciones de veteranos se disgustaron por el insulto que su proscripción significaba para su memoria.[135] Algunas de las primeras exposiciones de este tipo, celebradas ya en 1933, levantaron fuertes protestas por parte de los amantes del arte que las visitaban, que en algún caso terminaron en detención. Pero al cabo de muy poco tiempo, se hizo imposible mostrar oposición. A mediados de los años treinta, se habían celebrado exposiciones de este tipo en 16 ciudades. Hitler visitó la más importante, la que se celebró en Dresde en agosto de 1935. La inspección de cerca de estos trabajos ofensivos le llevó a pronunciar otra larga diatriba en la siguiente concentración del partido de Nuremberg: era la tercera vez que Hitler utilizaba la ocasión para sermonear a sus seguidores sobre la cuestión. Era evidente que Goebbels tenía que adaptarse a la línea oficial si quería evitar que Rosenberg, Rust y otros dirigentes antimodernos se hicieran con el dominio en la política cultural. Así, en junio de 1936 actuó. «Me han llamado la atención algunos

ejemplos horrorosos de bolchevismo en arte—escribió en su diario, como si ahora cayera en la cuenta—. Quiero organizar una exposición del arte del periodo de la degeneración en Berlín. Así, el pueblo podrá verlo y aprender a reconocerlo». A finales de mes había obtenido permiso de Hitler para requisar «arte degenerado alemán desde 1910» (la fecha de la primera pintura abstracta, obra del artista ruso residente en Munich Vassily Kandinsky) de las colecciones públicas para la exhibición. En el Ministerio de Propaganda muchos eran reticentes a continuar con el proyecto. Su oportunismo político era demasiado cínico, incluso para Goebbels. Sabía que el odio de Hitler al arte moderno era insaciable y se propuso obtener su favor complaciéndole del todo, aunque no lo compartiera.[136]

La organización de la exposición fue confiada a Adolf Ziegler, presidente de la Cámara de Bellas Artes del Reich, y pintor de desnudos clásicos cuyo realismo pedestre le ganó el mote popular de «Maestro del Vello Púbico del Reich».[137] Armados con los permisos de Goebbels y Hitler, Ziegler y su equipo viajaron por las galerías y museos de Alemania en busca de las obras que necesitaban para la exposición. Los directores de las instituciones, entre los que se encontraban Buchner y Hanfstaengl, se enfurecieron, rechazaron colaborar y suplicaron a Hitler que se les compensara si las obras confiscadas eran vendidas en el extranjero. Tal resistencia resultó intolerable, y Hanfstaengl perdió su trabajo en la Galería Nacional de Berlín. El equipo de Ziegler se apoderó de 108 obras procedentes de las colecciones de Munich, y de un número similar de obras en museos de otros puntos del país.[138] Cuando se inauguró la *Exposición de arte degenerado* en Munich, capital del arte de Alemania, el 19 de julio de 1937, los visitantes se encontraron con que las aproximadamente 650 obras que contenía estaban intencionadamente mal colocadas, colgadas en ángulos extraños, pobremente iluminadas y amontonadas en las paredes, en confusión, bajo títulos genéricos como «Granjeros vistos por judíos», «Insulto a las mujeres alemanas» y «Burla a Dios».[139] Irónicamente, estos eslóganes, escritos con inclinación diagonal en las paredes y con estilo de pintada callejera, tenía algo de las técnicas del movimiento dadaísta, uno de los principales objetivos de la exposición. La intención, de todas formas, era mostrar una correlación entre las obras de arte realizadas por internos de

asilos de salud mental, que habían constituido uno de los grandes temas de debate entre los psiquiatras liberales de la República de Weimar, y las perspectivas distorsionadas adoptadas por los cubistas y los de su especie, algo que explicitó buena parte de la propaganda que acompañó al asalto al arte degenerado como un producto de seres humanos degenerados.[140]

Hitler visitó la exposición antes de que fuera abierta al público, y dedicó la mayor parte de un discurso pronunciado en la víspera de la inauguración a denostar con ferocidad sus obras:

> La humanidad no ha estado nunca tan cerca de la Antigüedad en apariencia y sensibilidad. El deporte, las competiciones y las luchas enrobustecen millones de cuerpos jóvenes que están adquiriendo una forma y un temperamento que quizá no se hayan visto en mil años, y con los que apenas soñábamos [...]. Este ser humano, mis patéticos predicadores del arte prehistórico, es el tipo de una nueva era. ¿Y, mientras tanto, qué hacéis, vosotros? Tullidos y cretinos deformes, mujeres por quienes sólo podemos sentir repulsión, hombres que están más cerca de ser bestias que humanos; niños que, si vivieran, tendrían que ser considerados como maldiciones de Dios.[141]

Hitler llegó a dar instrucciones al Ministerio del Interior para que se investigaran los defectos de visión que creía que habían conducido, en parte, a tal distorsión. Tenía que ser hereditario, pensó. Los cubistas y los demás artistas que no se limitaran a realizar esmeradas representaciones imitativas de la realidad serían esterilizados.[142]

De hecho, el criterio más importante de selección de obras para la exposición no fue estético, sino racial y político. De las nueve secciones en que estaba dividida, sólo la primera y la última estaban basadas en criterios estéticos. Las otras ridiculizaban los temas escogidos, y no tanto la manera como estaban representados. La primera sección trataba de la «barbaridad en la representación», de las «manchas de pintura de colores chillones» y del «desprecio deliberado por las técnicas básicas de las artes visuales». La segunda mostraba obras consideradas blasfemas, y la tercera, arte político que defendía el anarquismo y la lucha de clases. La cuarta sección contenía pinturas que mostraban a soldados como si fueran asesinos o como mutilados de guerra. Según el catálogo, estas pinturas pretendían «echar de la conciencia del pueblo el respeto debido a la virtud, el coraje, la valentía y la disposición a la acción de todos los soldados». La quinta estaba dedicada

al arte inmoral y pornográfico (la mayoría demasiado ofensivo como para ser expuesto, se dijo). La sexta sección mostraba la «destrucción de los restos de la conciencia racial» en obras que supuestamente mostraban a negros, prostitutas y similares como ideales de la raza. Igualmente, la séptima sección estaba dedicada a pinturas y grabados en que «idiotas, cretinos y parapléjicos» estaban representados desde un punto de vista positivo. La octava sección mostraba la obra de artistas judíos. La última y más amplia cubría los «"ismos" tramados, promovidos y vendidos a precios abrumadores por Flechtheim, Wollheim y sus cohnsortes [*sic*] en los últimos años», del dadaísmo al cubismo y más allá. Todo esto, se decía en el catálogo, demostraría al público que el arte moderno no era sólo una moda: los judíos y los bolcheviques que actuaban en el terreno de la cultura estaban planeando un «ataque organizado contra la existencia y continuidad del arte en su totalidad». Cinco de las diez páginas derechas ilustradas del folleto de la exposición llevaban mensajes antisemitas que subrayaban la idea.[143] El arte moderno, como pretendían las polémicas nazis de la época, era, por encima de todo, producto de las influencias extranjeras e internacionales. El arte debía regresar al alma alemana. En cuanto a lo moderno, un escritor concluyó con el siguiente deseo: «Los degenerados se pueden ahogar en su propia inmundicia, sin que nadie se apiade de su destino».[144]

La exposición fue enormemente popular y atrajo a más de dos millones de visitantes hasta finales de noviembre de 1937. La entrada era gratuita, y la publicidad que le dio la prensa llamó la atención sobre los horrores que contenía.[145] Los diarios proclamaban que las obras que se exhibían en ella eran «productos pésimos de una edad melancólica», «fantasmas del pasado», de una época en que «el bolchevismo y el diletantismo celebraban su triunfo». Descripciones e ilustraciones sensacionalistas mostraban a los lectores qué podían esperarse de la visita a la exposición.[146] En las primeras semanas fue visitada sobre todo por gentes de las clases medias y bajas de Munich, la mayoría de las cuales no habían acudido jamás a una exposición de arte, y por seguidores leales del partido, ansiosos por absorber una nueva manifestación de odio antisemita. El hecho de que los niños y los adolescentes no pudieran entrar por su contenido escandaloso añadía un

elemento de morbosidad que despertaba los anhelos del público. A pesar de ello, algunos jóvenes sí la pudieron visitar, entre los cuales se encontraba Peter Guenther, un chico de diecisiete años que asistió en julio. Hijo de un periodista liberal especializado en arte expulsado de la Cámara de Literatura del Reich en 1935, Guenther sabía bastante de pintura. Encontró que la atmósfera de la exposición era aterradora e intimidante. Los visitantes, explicó más adelante, comentaban en voz alta la impericia de las obras expuestas y decían que los críticos de arte, los marchantes y los directores de museos habían conspirado para estafar al público, un sentimiento animado por el hecho de que parte de las obras expuestas llevaban una etiqueta con precios, indicando lo mucho que habían llegado a costar («pagados con los impuestos del pueblo trabajador de Alemania»). Una pintura de Erich Heckel llevaba una etiqueta con un precio de un millón de marcos; los responsables de la exposición no decían que éste fue el precio que se pagó en 1923, durante la época de la hiperinflación, y que en términos reales valía mucho menos. Algunos grupos del partido que visitaron la exposición enviaron telegramas al Ministerio de Propaganda con mensajes como el siguiente: «Se debería atar a los artistas al lado de las obras para que todos los alemanes les pudieran escupir en la cara». Carola Roth, amiga del artista Max Beckmann, anotó que mientras los visitantes de más edad caminaban por la exposición meneando la cabeza, los activistas jóvenes del partido y los camisas pardas se reían y mofaban de las obras. La atmósfera de odio y escarnio público no permitía disensiones; en efecto, era una parte esencial de la exposición, que se convirtió así en otro ejercicio de propaganda de masas para el régimen. No obstante, más adelante, cuando el joven Peter Guenther acudió por segunda vez, la atmósfera era, explicó, mucho más tranquila, y había visitantes que permanecían largo rato enfrente de las obras y que claramente las estaban disfrutando, personas que habían ido a la exposición a ver unas obras que sospechaban no volverían a ver. Con todo, la exposición en conjunto fue un éxito. Como sucedía con otras manifestaciones de la cultura nazi, ofreció a los ciudadanos corrientes y conservadores la oportunidad de expresar en voz alta unos prejuicios que antes no osaban revelar.[147]

Muchos de los artistas de quienes se mostraba obra eran extranjeros, como Pablo Picasso, Henri Matisse y Oskar Kokoschka, y algunos de éstos habían emigrado, como Paul Klee y Vassily Kandinsky. Pero otros habían permanecido en Alemania con la esperanza de que cambiara la marea y de ser rehabilitados. Max Beckmann, cuya última exposición individual se había celebrado hacía poco en Hamburgo, en 1936, partió al exilio a Amsterdam el día después de la inauguración. Aunque estaba lejos de tener una posición acomodada, siguió pintando. En los difíciles años que siguieron contó con el apoyo de marchantes comprensivos y admiradores extranjeros.[148] Otros no fueron tan afortunados.[149] El artista expresionista Ernst Ludwig Kirchner, que en aquella época contaba más de cincuenta años, como Beckmann, llevaba viviendo en Suiza la mayor parte del tiempo desde los años veinte, pero dependía mucho más que Beckmann del mercado alemán del arte. Hasta 1937 no perdió la esperanza. Pero en julio de ese año fue finalmente expulsado de la Academia Prusiana de las Artes, y muchas de sus obras fueron confiscadas de las colecciones alemanas por la comisión de Ziegler, que expuso no menos de 32 en la exposición de arte degenerado. Kirchner estaba enfermo, y hacía algunos años que había perdido su grandeza artística, sin llegar a recuperar el esplendor de que había gozado desde 1910 hasta mediados de los años veinte. Éste fue el último mazazo. «Siempre he confiado en que Hitler era para todos los alemanes—escribió con amargura—y ahora ha difamado mucho y de modo muy grave a buenos artistas de sangre alemana. Es muy triste para los afectados, porque éstos—los más serios entre ellos—han deseado, y así lo han hecho, trabajar para el honor y la fama de Alemania». Una nueva ola de confiscaciones de su obra agravó su desesperación. El 15 de junio de 1938 destruyó muchas de las obras que guardaba en su retiro rural en Suiza, salió de la casa y se disparó un tiro en el corazón.[150]

III

Como era característico del proceso de toma de decisiones en otras áreas, el régimen aprovechó la oportunidad que le brindaba la exposición para aprobar una legislación que generalizara la política que ésta representaba.

El día antes de la inauguración de la exposición, Hitler declaró que la era de la tolerancia había acabado:

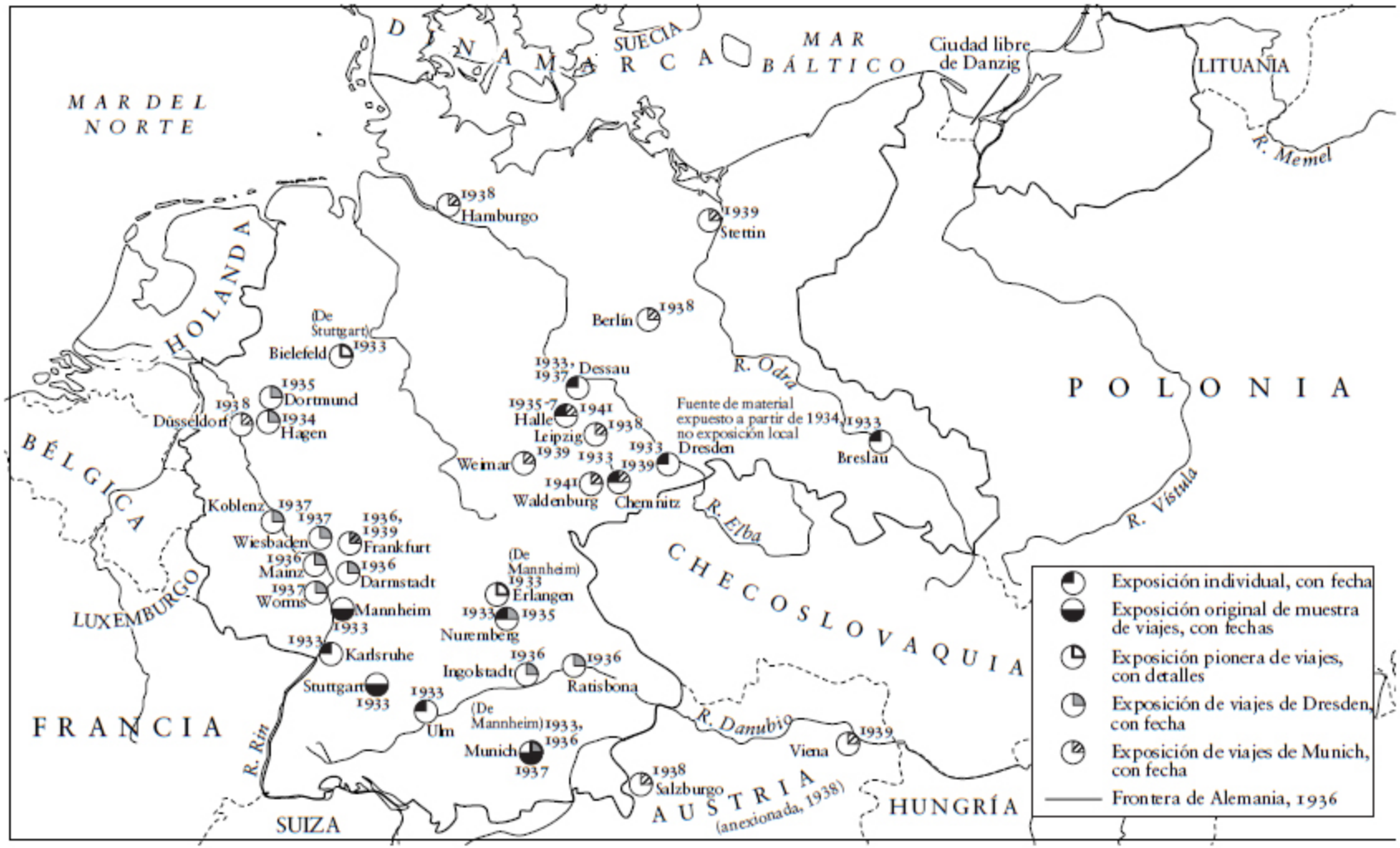
> A partir de ahora, debemos hacer una guerra implacable contra los últimos elementos subversivos de nuestra cultura [...]. Pero ahora—os lo garantizo aquí—todas estas pandillas de charlatanes, diletantes y estafadores que se inflaman y se mantienen en pie mutuamente serán capturadas y eliminadas. Por lo que respecta a nosotros, estos trogloditas de la cultura, estos patéticos predicadores tartamudos del arte prehistórico y antediluviano pueden regresar a sus cuevas y llevarse allí sus garabatos internacionales.[151]

En efecto, los «charlatanes» ya habían sido silenciados por una orden emitida por Goebbels el 27 de noviembre de 1936 que prohibía la crítica de arte, la cual, dijo, había sido «elevada a tribunal de juicio sobre el arte en la era de dominio extranjero y judío del arte». En su lugar, llegaron las «informaciones artísticas», que debían limitarse a ser simples descripciones. En un mundo artístico en que cualquier cosa que se exhibía en los museos públicos y en las galerías tenía que contar con la aprobación del Ministerio de Propaganda y la Cámara de Bellas Artes del Reich, la crítica de arte podía acercarse demasiado a la crítica al régimen.[152] Para asegurarse de que las obras modernas no serían expuestas en público, Ziegler declaró en su discurso inaugural que los centros de arte del país pronto serían despojados del todo de tales excrecencias.[153] Al cabo de poco, Goebbels dijo ante la Cámara de Cultura del Reich que «las formas horripilantes y aterradoras expuestas en la *Exposición de arte degenerado* de Munich» mostraban «obras de arte chapuceras», las «creaciones monstruosas y degeneradas» de los hombres del «ayer», «representantes seniles [...] de un periodo superado en términos políticos e intelectuales». El 31 de mayo de 1938 se aprobó la Ley para la confiscación de productos de arte degenerado, por la que se daba legalidad retrospectiva al embargo de obras de arte degenerado, no sólo de las galerías y museos, sino también de colecciones privadas, sin compensación salvo en casos excepcionales y para «evitar males mayores».[154] El programa de confiscación fue centralizado en manos de una comisión encabezada por Adolf Ziegler y con la presencia del marchante de arte Karl Haberstock y el fotógrafo de Hitler Heinrich Hoffmann.[155]

La comisión elevó el número de obras confiscadas a unas 5.000 pinturas y 12.000 grabados, dibujos, xilografías y acuarelas de un total de 101 galerías de arte y museos de toda Alemania.[156] Algunas obras no alemanas retornaron a instituciones extranjeras y propietarios individuales que las habían prestado a museos alemanes, unas 40 fueron devueltas y otras intercambiadas por otras piezas. Además, Hermann Göring se reservó 14 de las obras más valiosas: 4 cuadros de Vincent van Gogh, 4 de Edvard Munch, 3 de Franz Marc, y una de Paul Cézanne, una de Paul Gauguin y otra de Paul Signac. Göring las vendió a cambio de tapices para adornar Carinhalle, la lujosa mansión de caza que había hecho construir en memoria de su primera esposa; un ejemplo de rapiña que indicaba cuál sería su comportamiento cuando cayera en sus manos el arte de otros países europeos.[157] Por otra parte, cuando los artistas exiliados y sus partidarios empezaron a organizar contraexposiciones de arte alemán del siglo XX, especialmente en Londres, París y Boston, llamaron la atención sobre la reputación que muchos de los artistas prohibidos tenían en el extranjero. El régimen nazi no podía ignorar la demanda de arte alemán moderno en otros países en su búsqueda desesperada de moneda. Goebbels entabló negociaciones con Wildenstein y otros marchantes fuera de Alemania y reestructuró la comisión de Ziegler para ejercer un control más fuerte sobre ella. Organizada dentro del Ministerio de Propaganda en mayo de 1938, en ella trabajaban 3 marchantes de arte y tenía a su cargo la responsabilidad sobre la venta de las obras confiscadas. En los años que siguieron, hasta 1942, la venta de unas 3.000 obras de arte confiscadas revertió en más de un millón de marcos que quedó depositado en una cuenta especial en el Reichsbank. La transacción más sonada fue la venta de 125 obras de Ernst Barlach, Marc Chagall, Otto Dix, Paul Gauguin, Vincent van Gogh, George Grosz, Ernst Ludwig Kirchner, Paul Klee, Max Liebermann, Henri Matisse, Amedeo Modigliani, Pablo Picasso, Maurice Vlaminck y otros en la galería Fischer de Lucerna el 30 de junio de 1939. Todas las obras, excepto 31, encontraron comprador. Parte de los beneficios fue a parar a los museos y galerías donde se habían incautado las obras, pero la mayoría fue a parar en

una cuenta depositada en Londres que Hitler utilizaba para comprar pinturas para su colección personal. De este modo, parte de las obras confiscadas sobrevivió.[158]

La gran mayoría, sin embargo, no. Los beneficios totales de la subasta de Lucerna, un poco por encima del medio millón de francos suizos, resultaron decepcionantes incluso para los estándares de la época. Cuando se supo que el régimen estaba confiscando y sacando a la venta grandes cantidades de arte moderno los precios cayeron en picado, incluso en las ventas que se realizaban entre bastidores. Una pintura de Max Beckmann, *Costa meridional*, se vendió por tan sólo 20 dólares. Parecía que, después de todo, no iban a sacar grandes beneficios. Al fin y al cabo, un millón de marcos era poca cosa. Aunque más adelante se organizaron dos subastas más y una pequeña venta en Zurich en agosto de 1939 y de que se realizaron transacciones privadas hasta 1942, la amenaza de guerra hacía que el transporte de grandes cantidades de obras de arte al extranjero fuera cada vez menos aconsejable.[159] Su venta se volvió aún más complicada cuando Hitler inspeccionó personalmente las 12.167 piezas no vendidas en un almacén en Berlín y prohibió que fueran devueltas a las colecciones de las que habían sido confiscadas. Parecía que prácticamente no había otra alternativa que destruir aquello que no había sido vendido. Al fin y al cabo, a ojos de Ziegler y su comisión no tenían ningún valor artístico. De este modo, el 20 de marzo de 1939 fueron incendiadas 1.004 pinturas al óleo y 3.825 acuarelas, así como dibujos y grabados en una pira instalada en el patio del parque principal de bomberos de Berlín. La quema no fue acompañada de ninguna ceremonia formal ni anuncio público, y se realizó sin espectadores. A pesar de ello, esta hoguera recordaba mucho a la quema de libros del 10 de mayo de 1933, que consumió en las llamas las obras de escritores judíos, de izquierdas y modernos en las plazas de las ciudades universitarias alemanas.[160]



5. Exposiciones de arte degenerado.

El arte moderno en Alemania fue destruido, finalmente, de la forma más física posible. Las obras modernas fueron retiradas de las colecciones alemanas y lanzadas a la hoguera. Las únicas que se podían ver se mostraban en la *Exposición de arte degenerado*, que inició una itinerancia de dos años en formato reducido que atrajo un número importante de visitantes en otras ciudades, como Berlín, Düsseldorf y Frankfurt.[161] Los artistas modernos fueron enviados al exilio y se les prohibió vender o exponer sus obras en público. Con todo, todavía no habían desaparecido del todo. Al contrario, como informó el Servicio de Seguridad de las SS en 1938,«obras de arte bolcheviques y expresionistas» se seguían exponiendo en galerías y exposiciones privadas, especialmente en Berlín. En un concurso celebrado en Berlín en 1938, las SS deploraron que «la exhibición de artistas jóvenes» ofrecía «en su mayoría una estampa de degeneración e incompetencia, de modo que la generación joven de artistas» se oponía «a la concepción nazi del arte».[162] Parecía, entonces, que los puntos de vista nazis sobre el arte no habían triunfado, excepto por la supresión física brutal de las alternativas. Pero esto no era todo. Las SS también denunciaron en 1938 que «la oposición a la concepción nacionalsocialista del arte» estaba «presente entre grandes sectores de la comunidad artística alemana [...]», hasta el punto de que no se les podía considerar «inclinados por naturaleza al nacionalsocialismo». La Cámara de Bellas Artes del Reich era especialmente impopular, según el informe de las SS, ya que la mayoría de los artistas alemanes le tenían aversión.[163] La cámara ejercía amplios poderes sobre sus 42.000 miembros, entre los que había arquitectos, diseñadores de jardines, decoradores de interiores, copistas, marchantes de antigüedades, alfareros y casi todas las personas cuyo trabajo estuviera conectado remotamente con las artes plásticas. A la hora de ingresar como miembro era obligatorio rellenar un cuestionario exhaustivo en que debía figurar la filiación política previa del solicitante y el ascendente racial de su familia.[164] Aquellos que no cumplían los requisitos no podían ejercer su oficio. Impedidos de ganarse la vida con la venta de su obra, algunos tuvieron que humillarse a realizar tareas más bajas. En 1939, por ejemplo, Oskar Schlemmer camuflaba con pintura edificios militares.[165]

Mientras tanto, artistas «alemanes» como Arno Breker prosperaban como nunca. El Ministerio de Propaganda les dio alas con la institución de una serie de premios, condecoraciones y títulos para los artistas cuya obra se adaptara al ideal nazi.[166] En toda Alemania se organizaron exposiciones con títulos como *Sangre y suelo* y *Fuerzas básicas de la formación de la voluntad alemana*, dedicadas a mostrar retratos de los dirigentes nacionalsocialistas y, sobre todo, por supuesto, de Hitler.[167] Por otra parte, la *Exposición de arte degenerado* no se montó como un hecho aislado, sino que sirvió de contrapunto a la *Gran exposición de arte alemán*, que se inauguró en Munich el día antes.[168] Esta gran exposición, que se iba renovando anualmente e iba precedida por grandes representaciones de la cultura alemana en las calles de la ciudad, contenía paisajes, bodegones, retratos, esculturas alegóricas, etc. Entre los temas de las obras había representaciones de animales y de la naturaleza, de la industria, del deporte, de la vida campesina, de los oficios del campo y maternidades y no, quizá de modo sorprendente, de soldados y de la guerra. Los desnudos, imponentes e impersonales, proporcionaban una imagen sobrehumana, eminente e intocable de imperturbabilidad y eternidad que contrastaba con la dimensión humana del arte que ahora se etiquetaba de degenerado.[169] Hitler en persona inspeccionó las piezas antes de la exposición y descartó una décima parte de la lista de obras seleccionadas. Descontento por la falta de rigor que había demostrado la comisión de Ziegler, encargó a su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, que hiciera la selección final.[170] Las cifras relativamente bajas de visitantes—poco menos de 400.000 por los casi tres millones de personas que vieron la *Exposición de arte degenerado* en Munich y durante su itinerancia—fueron debidas en buena parte, probablemente, al hecho de que había que pagar entrada.[171] Pero también fue un éxito. Según Peter Guenther, los visitantes alababan la habilidad artesana y el realismo de las esculturas y pinturas (incluso de aquellas que pretendían ser alegorías) y en general quedaban impresionados con las piezas expuestas. Otra vez, muchos visitantes, según el joven Guenther, no habían visitado antes ninguna exposición.[172] La política artística nazi se dirigía, sobre todo, a este tipo de gente.[173]

IV

La *Gran exposición de arte alemán* se instaló en un museo construido para la ocasión, diseñado con el estilo de un templo antiguo por el arquitecto Paul Ludwig Troost. Con sus pesadas columnas cuadradas desplegadas delante del cuerpo rectangular y sólido del edificio, estaba muy lejos de la arquitectura neoclásica sutil y delicada que Troost intentaba imitar. Como otros edificios nazis, era, por encima de todo, una demostración de poder.[174] La Casa del Arte Alemán era tan sólo uno de una larga lista de proyectos que Hitler impulsó tan pronto como ocupó el poder en 1933. En efecto, había estado pensando en ello desde principios de los años veinte. Hitler se veía a sí mismo más como arquitecto que como pintor, y prestó más atención a la arquitectura que a las otras artes. «Todas las grandes épocas hallan la expresión más concluyente de sus valores en sus edificios —afirmó en 1938—: Cuando el pueblo experimenta interiormente grandes tiempos les da expresión eterna. La palabra del pueblo es así más convincente que cuando habla: ¡es la palabra hecha piedra!».[175]

Los nuevos edificios públicos del Tercer Reich estaban concebidos en este estilo contundente, pseudoclásico y monumental. Como los edificios que Hitler había observado y dibujado en la Ringstrasse de Viena en sus años de juventud, éstos tenían que proyectar una idea de permanencia y durabilidad. Todos recibieron la influencia de los planes arquitectónicos y decorativos de Hitler. Éste pasó mucho tiempo trabajando con arquitectos, refinando sus ideas, estudiando detenidamente las maquetas y discutiendo todos los detalles del estilo y la decoración. En los años 1931 y 1932 ya había colaborado con Troost en el rediseño de la Königsplatz de Munich, y cuando alcanzó el poder se llevó a cabo el proyecto. El antiguo cuartel general del partido en la Casa Parda fue sustituido por un gigantesco Edificio del Führer y un enorme Edificio de Administración, con grandes salas de recepciones y decorados con esvásticas y águilas en las fachadas. En ambos había un balcón desde el cual Hitler podía dirigirse a las masas que se esperaba que se reunieran enfrente. A pesar de su apariencia, los nuevos edificios incorporaban tecnologías avanzadas en su construcción y equipamiento, incluso aire acondicionado. A ambos lados se erigieron dos

expresiones características del culto nazi a los muertos: dos templos honoríficos dedicados a los nazis muertos durante el *putsch* de la cervecería en 1923. En éstos, prevalecía una atmósfera de sacralidad y reverencia, con la exhibición en unos sarcófagos instalados sobre estrados con los cuerpos de los mártires exhumados recientemente, a disposición de los elementos, y flanqueados por veinte pilares de piedra caliza iluminados con antorchas. La gran extensión de césped de la Königsplatz fue pavimentada con una extensión de 2.229 metros cuadrados de losas de granito. «Algo nuevo se ha creado en este lugar—observó un comentarista—cuyo significado más profundo es político». Aquí, las masas organizadas y disciplinadas se reunirían para jurar lealtad al nuevo orden. El conjunto era, concluyó el mismo comentarista, «ideología convertida en piedra».[176]

Como en otros campos, los responsables culturales nazis se tomaron un tiempo para imponer sus ideas. La Cámara de Arquitectos del Reich expulsó pronto de la profesión a los judíos, pero a pesar de la hostilidad nazi a la arquitectura ultramoderna, en un primer momento no se actuó contra sus representantes, algunos de los cuales, como Mies van der Rohe, permanecieron en Alemania aunque cada vez tuvieron más dificultades para trabajar. Hacia 1935, las formas más experimentales de arquitectura habían sido derrotadas; Mies emigró pronto a Nueva York.[177] A mediados de los años treinta, las construcciones de la época de Weimar, como los bloques modernos de apartamentos, ya no estaban de moda. En su lugar, el ideal nazi para la arquitectura doméstica favoreció un estilo vernáculo y pseudorural como el que practicaba el máximo defensor de las teorías raciales del arte moderno, Paul Schultze-Naumburg. Pero esta arquitectura sólo servía como escaparate en los barrios residenciales; la necesidad hacía que se tuvieran que construir bloques de pisos en las ciudades, donde se preferían las cubiertas inclinadas que las planas porque se pensaba que eran más alemanas.[178] Pero donde Hitler empeñó su auténtica pasión fue en los edificios públicos. En Munich se pusieron los cimientos de una nueva estación de ferrocarriles gigantesca diseñada para contener la estructura de acero más grande del mundo con una cúpula más alta que las torres gemelas del edificio más distintivo de Munich, la Frauenkirche. No sólo había que transformar Munich en una gran afirmación en piedra del poder y

permanencia del Tercer Reich, sino también otras ciudades. Hamburgo sería agraciada con un nuevo rascacielos que albergaría el cuartel general del Partido Nazi de la región, más alto que el Empire State de Nueva York y coronado por una enorme esvástica de neón que serviría de faro para los barcos que se acercaran al puerto. Río abajo, el barrio de Othmarschen sería demolido para hacer espacio a las rampas y los pilares de un descomunal puente colgante sobre el Elba. El puente tenía que ser el más largo del mundo, mucho más que el Golden Gate de San Francisco, en el cual se inspiraba.[179]

En Berlín se construyó una nueva terminal en el aeropuerto de Tempelhof con más de 2.000 salas, oficinas y habitaciones. Un grandioso nuevo Ministerio de Aviación incorporaba numerosos salones con suelo de mármol, esvásticas y memoriales de aviadores famosos. El enorme Estadio Olímpico, que costó 77 millones de marcos, tenía capacidad para 100.000 espectadores, que asistirían no sólo a acontecimientos deportivos, sino a concentraciones nazis. En unas torres colindantes se instalaron también memoriales para los caídos, en este caso los soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial. En 1938 Hitler encargó una nueva Cancillería del Reich, ya que consideraba que la existente era demasiado modesta. Ésta era todavía más grande e imponente que los edificios de Munich. La galería central medía 152 metros de largo; dos veces más, apuntó Hitler, que el Salón de los Espejos de Versalles.[180] Inaugurada en 1939, la nueva Cancillería del Reich anunciaba «la eminencia y riqueza de un Reich que se ha convertido en una superpotencia», observó un comentarista.[181] De hecho, el gigantismo de todos estos proyectos, que según los planes se tenían que completar a principios de los años cincuenta—un espacio de tiempo notablemente corto—, estaba pensado para indicar que, para entonces, Alemania no sólo sería una superpotencia, sino la potencia dominante en todo el mundo.[182]

La Cancillería del Reich no fue diseñada por el arquitecto favorito de Hitler, Paul Troost, fallecido en enero de 1934, sino por un recién llegado que desempeñaría un papel central en el Tercer Reich en los años siguientes, un joven colaborador de Troost, Albert Speer. Nacido en Mannheim en 1905, Speer pertenecía a una generación de profesionales

cuyas ambiciones estaban forjadas por las experiencias amargas y caóticas de la Primera Guerra Mundial, la Revolución y la hiperinflación. Hijo de un arquitecto, y miembro de la clase media alta ilustrada, Speer se formó con el arquitecto Heinrich Tessenow en Berlín, y mantenía fuertes lazos de amistad con otros pupilos de Tessenow. El maestro les inculcó una aproximación abierta a la arquitectura sin estar adherido a la arquitectura moderna ni a su antítesis, sino enfatizando la simplicidad de la forma y la importancia de enraizar el estilo en la experiencia del pueblo alemán. Como en todas las universidades durante la segunda mitad de los años veinte, la atmósfera que reinaba entre los estudiantes era profundamente de derechas y, a pesar de su educación liberal, Speer sucumbió. En 1931, Hitler se dirigió a los estudiantes berlineses en un mitin celebrado en una cervecería. Según confesó más tarde, Speer, que se encontraba entre el público, se dejó llevar «por la ola de entusiasmo que, casi se podía sentir de un modo físico, el orador suscitaba frase tras frase. Así erradicó todo escepticismo, todas las reservas».[183]

Fascinado, Speer se afilió al Partido Nazi y se lanzó de pleno al trabajo, ejerció de voluntario en el Cuerpo Motorizado nazi y exploró la posibilidad de entrar en las SS, aunque finalmente no se afilió. En 1932 se dedicaba a la arquitectura por libre, y empezó a utilizar sus contactos en el partido para conseguir encargos. Goebbels le pidió ayuda para la reforma y restauración del Ministerio de Propaganda, un edificio del gran arquitecto del siglo XIX Friedrich von Schinckel que Goebbels había destrozado durante la mudanza con la ayuda de un grupo de camisas pardas. No es extraño que Goebbels despreciara los intentos de Speer de preservar lo que quedaba de los interiores clásicos de Schinckel, y rehizo su trabajo en un estilo más grandilocuente pocos meses después de que Speer hubiera terminado su cometido. De todas formas, el siguiente proyecto del joven arquitecto tuvo más éxito. Speer estudió los planes desarrollados por el Ministerio de Propaganda para la celebración del Día Nacional del Trabajo de 1933 en el Campo Tempelhof de Berlín y criticó su escasa imaginación. Le encargaron que los mejorara. Los cambios que introdujo, con profusión de banderas, esvásticas y reflectores, tuvieron tanto éxito que Goebbels le encargó el diseño de la concentración de Nuremberg de ese mismo año. Fue

Speer quien, en 1934, creó el efecto de «catedral de luz» producido por reflectores enfocados al cielo que impresionó tan vivamente a los visitantes extranjeros. Muy pronto empezó a dedicarse a la reforma de las oficinas del Partido Nazi y remodeló los interiores de la nueva casa de Goebbels en Wannsee, en las afueras de Berlín. Speer se contagió de la energía y el ambiente decidido que rodeaba a los dirigentes nazis. Rápidamente, sin haber cumplido todavía los treinta años, se hizo un nombre por sí mismo en la cúpula nazi.[184]

La muerte de Troost, a quien Hitler veneraba, catapultó a Speer al entorno personal del Führer. Hitler captó al joven para convertirlo en su consejero personal en cuestiones de arquitectura, alguien con quien podía hablar de su afición favorita sin mostrar la deferencia que creía deber a Troost. Speer estaba abrumado por estas atenciones, y trasladó a su familia y su hogar para estar cerca del retiro bávaro de Hitler en Berchtesgaden. Invitado habitual en la casa de montaña de Hitler, Speer se vio arrastrado por el deseo del Führer de construir edificios enormes, monumentales, en un estilo inspirado en última instancia en la antigüedad clásica. Pronto le confiaron proyectos cada vez más ambiciosos, muchos de los cuales basados en esbozos realizados por el mismo Hitler a principios de los años veinte. Speer recibió el encargo de reconstruir y ampliar las instalaciones de las concentraciones del partido en Nuremberg en una serie de edificios imponentes construidos gastando grandiosas cantidades de dinero a finales de los años treinta: un estadio con capacidad para 405.000 personas, un palacio de congresos para 60.000 y dos explanadas para desfiles, el Campo Zeppelin y el Campo de Marte, flanqueados por filas de columnas y con espacio para 250.000 y 500.000 personas de pie respectivamente.[185] Mientras tanto, diseñó y construyó el Pabellón Alemán de la Exposición Internacional de París de 1937, otra estructura enorme, ampulosa, la más grande de la exposición. El pabellón estaba dominado por una maciza torre pseudoclásica con diez columnas estriadas rematadas por una cornisa que destacaba sobre las estructuras vecinas, incluido el Pabellón Soviético, y sólo sobrepasada por la Torre Eiffel, que se levantaba al final de la avenida donde estaban situados los pabellones. Por la noche, en los espacios entre las columnas brillaban esvásticas rojas. Al lado de la torre, el *hall* principal,

largo, rectangular y sin ventanas, proyectaba una imagen monolítica de unidad al mundo exterior. En una imagen macabra y profética, un crítico de arte alemán exiliado, Paul Westheim, comparó su interior con un crematorio en que la torre ocupaba el lugar de la chimenea.[186]

El éxito de Speer como arquitecto de construcciones propagandísticas como éstas culminó el 30 de enero de 1938 con su designación por Hitler como Inspector General de Edificios de la Capital Nacional, encargado de cumplir los planes megalomaníacos del Führer para transformar Berlín en la capital del mundo, Germania, en 1950. Berlín estaría traspasada por un gran eje de bulevares diseñados para celebrar desfiles militares. En medio se levantaría un arco de triunfo de más de 120 metros de alto, más del doble de su referente parisino. La avenida principal conduciría a un Gran *Hall*, cuya cúpula tendría un diámetro de más de 250 metros, la más grande del mundo. Al final de cada uno de los cuatro bulevares habría un aeropuerto. Hitler en persona había diseñado los planos muchos años antes y los discutió con Speer muchas veces después de conocerse. Ahora, decidió, era hora de llevarlos a cabo.[187] Serían para la eternidad, un monumento al Tercer Reich después de que Hitler hubiera desaparecido de escena. La expropiación y demolición de casas y bloques de apartamentos allanó el terreno para la construcción de los nuevos bulevares, y con el tiempo se abrió parte de la zona al tráfico. Mientras tanto, se agregaron nuevos edificios al proyecto, como la Cancillería del Reich, y, muy pronto, Speer hubo construido una maqueta que Hitler estudió detenidamente durante horas y horas en su compañía, haciendo reajustes y lamentando no haberse formado él mismo como arquitecto.[188]

A mediados de los años treinta, Speer dirigía un gran estudio de arquitectura y acumulaba una experiencia de gestión que le sería de gran ayuda cuando fuera catapultado durante la guerra a un papel mucho más importante. Muchos de sus trabajos más impactantes no los había realizado él solo, sino que habían sido realizados por un equipo cuyos miembros, especialmente Hans Peter Klinke, otro alumno de Tessenow, desempeñaron un papel cuando menos tan creativo como el suyo. Además, los proyectos del estudio estaban lejos de ser originales y su estilo tampoco era especialmente nazi: en otros países, la arquitectura civil de la época también

estaba basada en modelos clásicos, y la idea de reorganizar las ciudades según criterios geométricos, con amplios bulevares y grandes edificios públicos, tampoco era muy novedosa. Los planes de Speer para Berlín, por ejemplo, comparten muchas semejanzas con el centro de la capital federal de Estados Unidos, Washington, con un gran paseo central rodeado por estructuras neoclásicas con columnas de brillante piedra blanca. Lo que distinguía la arquitectura civil nazi y su planificación urbana no era el clasicismo de su estilo sino el gigantismo maníaco de su escala. Quizá no sería muy diferente de las construcciones civiles de otros lugares, pero iba a ser con toda seguridad mucho más grande de lo que el mundo había visto hasta la fecha. Esto ya era manifiesto en las maquetas de Berlín que Speer inspeccionó durante tantas horas con su amo. En una ocasión se las enseñó en una sesión privada a su padre, que entonces contaba setenta y cinco años y se había jubilado como arquitecto: «Os habéis vuelto todos completamente locos», dijo el anciano.[189]

DE LA DISCORDIA A LA ARMONÍA

I

Cuando estableció la Cámara de Música del Reich en noviembre de 1933, el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, dio el golpe persuadiendo a Richard Strauss de que la presidiera. Antes de este nombramiento, Strauss se había ganado el aplauso del régimen con la sustitución a última hora del judío Bruno Walter, a quien se había encargado la dirección de un concierto. A Strauss le disgustaba Walter y estaba convencido de que si no intervenía, la orquesta—la Filarmónica de Berlín—perdería ingresos vitales porque el público no acudiría. Como era previsible, el régimen explotó el incidente a su conveniencia.[190] Al cabo de poco tiempo, Strauss volvió a intervenir para reemplazar a otro director proscrito, Fritz Busch, y al director antifascista italiano Arturo Toscanini, que había rechazado participar en el Festival de Bayreuth por razones políticas.[191] No podía haber dudas de su lealtad al nuevo régimen. En esa época, Strauss tenía cerca de setenta años. Durante las décadas precedentes había conseguido reputación internacional como el mejor compositor de Alemania, superando a todos los demás en eminencia y popularidad. Era muy consciente de su preponderancia y de su papel histórico. Autor de piezas frescas, compuestas en un estilo enmarcado en el Romanticismo tardío, no apreciaba la música moderna y atonal; cuando le preguntaron en una ocasión qué pensaba de la música atonal del introductor del serialismo, Arnold Schönberg, Strauss afirmó que a éste le hubiera ido mucho mejor si se hubiera dedicado a recoger nieve con una pala.[192]

A pesar de su alta reputación, Strauss era muy consciente de que no había alcanzado la posición de sus grandes predecesores, como Bach, Beethoven, Brahms y Wagner («Quizá no soy un compositor de primera clase —se dice que observó resignadamente en una ocasión—, pero soy un compositor de segunda clase de primera»). Su padre, hijo ilegítimo de un

secretario judicial de Baviera, prosperó gracias a su talento musical hasta convertirse en un famoso intérprete de trompa, pero la conciencia de sus orígenes dio a Strauss un sentimiento de inseguridad del que nunca se pudo desprender. Nacido en 1864, el compositor alcanzó un notable éxito social y económico durante el reinado de Guillermo II, y durante la República de Weimar se distinguió por sus posturas conservadoras. El conde esteta Harry Kessler observó en un almuerzo privado celebrado en 1928 que Strauss condenó la República de Weimar y abogó por el establecimiento de una dictadura, aunque Kessler, algo caritativo, pensó que el comentario había sido realizado en clave irónica.[193] Strauss se agarró a la oportunidad de convertirse en el capitoste de la profesión musical en Alemania. Aceptó la presidencia de la Cámara de Música del Reich como si fuera un derecho de nacimiento. Durante muchos años había organizado campañas en nombre de los músicos para el reconocimiento de sus derechos, un asunto más importante que nunca en la era de la radio y el gramófono. Frustrado por la incapacidad aparente de la República de Weimar para defender la posición de la tradición musical alemana frente al caudal de música popular, operetas, musicales y jazz, por un lado, y a la emergencia de la música moderna y atonal, por otro, Strauss creía que el Tercer Reich atajaría los retrasos y confusiones de los procedimientos legislativos y les entregaría, a él y a su profesión, lo que deseaban.[194]

Con este bagaje, Strauss era un gestor cultural experimentado, y esperaba que Goebbels le compensara por su lealtad. El ministro de Propaganda lo complació a su debido tiempo con la creación de una agencia central del Estado para la protección de los derechos musicales en 1934 y adhiriéndose a la Convención de Berna, que extendía la protección de las composiciones musicales hasta cincuenta años después de la muerte del autor. Pero a Goebbels no le gustaban tanto los intentos de Strauss de utilizar la Cámara de Música del Reich para actuar contra las operetas baratas, el jazz y la música ligera, y lo cierto es que los hombres de Strauss no podían hacer nada contra los de Goebbels en las luchas burocráticas internas y en la intriga política. Pronto, los representantes del ministerio en la cámara denunciaron que ésta no funcionaba como era debido. Strauss no se pudo defender porque lo más habitual era que estuviera lejos,

componiendo. No se llevaba bien con su vicepresidente, el eminente director Wilhelm Furtwängler. Y, lo más importante, ambos tuvieron problemas pronto con el régimen a cuenta del empleo de músicos judíos. En sus años de juventud, Strauss había hecho muchos comentarios denigratorios sobre los judíos, y Furtwängler también comulgaba con los lugares comunes de la derecha sobre el «bolchevismo judío» y la «falta de raíces» judía. Sin embargo, como muchos otros antisemitas ocasionales, más que fanáticos, cuando les convenía trabajaban con judíos.[195]

Strauss trabajó con el libretista Hugo von Hofmannsthal, fallecido en 1929, y con Stefan Zweig, un autor de gran éxito con quien colaboró felizmente en una ópera, *La mujer silenciosa*, en 1933-1934. Alfred Rosenberg vio en esta circunstancia la oportunidad de socavar el control de Goebbels sobre el mundo musical, y señaló que no sólo el autor del libreto de *La mujer silenciosa* era judío, sino que la esposa del director del teatro donde se tenía que estrenar la ópera también lo era. Strauss había insistido para que se incluyera el nombre de Zweig en el programa, pero se culpó de ello al director, que fue jubilado a la fuerza. Por su lado, Zweig, que residía en Austria, había firmado con anterioridad una protesta contra la política del régimen con el novelista Thomas Mann, uno de los más feroces críticos del Tercer Reich. Después de este episodio, Zweig afirmó que no quería seguir colaborando con Strauss porque no podía aprobar que se produjera su obra en una Alemania donde se sometía a persecución a sus hermanos judíos. En un intento de disuadirle, Strauss escribió una carta a Zweig el 17 de junio de 1935 en que afirmaba que no había aceptado ser presidente de la Cámara de Música del Reich por su apoyo al régimen, sino por «sentido del deber» y «para evitar desgracias mayores». Por esa época, la Gestapo tenía bajo vigilancia a Strauss y abría toda su correspondencia. Los agentes interceptaron la carta y mandaron una copia a la Cancillería. Algunos sectores del régimen habían atacado a Strauss no sólo por su colaboración con Zweig, sino también porque trabajaba con una empresa judía para imprimir sus partituras y porque había encargado a un músico judío una versión para piano de la ópera. Sometido a una presión creciente y decepcionado por su gestión ineficiente de la Cámara de Música del Reich, Goebbels decidió que Strauss tenía que dejar el cargo. El 6 de julio de 1935

el compositor presentó su dimisión «a causa de un deterioro de salud». Mientras tanto, *La mujer silenciosa* fue retirada después de la segunda representación y fue prohibida durante el resto del Tercer Reich.[196]

En un intento de rescatar alguna cosa de la debacle de *La mujer silenciosa*, Strauss escribió una carta personal a Hitler el 13 de julio de 1935 en la que le solicitaba audiencia. La carta interceptada que había conducido a su cese había sido «malinterpretada—protestaba—, como si yo [...] no comulgara con el antisemitismo o con el concepto de la comunidad del pueblo». Hitler no se molestó en contestar. Sus intentos de obtener una entrevista con Goebbels también fueron rechazados con brusquedad. En privado, Strauss apuntó con amargura: «Es triste el día en que un artista de mi posición tiene que preguntar a un ministro insignificante qué puede componer e interpretar. Yo también pertenezco a la nación de "los sirvientes y los mozos" y casi siento envidia por mi compañero perseguido por motivos de raza Stefan Zweig».[197] Todo esto no le impidió intentar un regreso. Compuso el himno de los Juegos Olímpicos de Berlín, pero no recibió el encargo del gobierno alemán, sino del Comité Olímpico Internacional. El encargo, y el éxito del himno, hizo que Goebbels se diera cuenta de que el prestigio internacional de Strauss podía ser útil para el régimen, y le dio permiso para viajar al extranjero como embajador cultural de Alemania y recibir una vez más el aplauso de los amantes de la música. Goebbels le propuso dirigir su obra en el Festival de Música del Reich de 1938 de Düsseldorf y, con su bendición, Strauss participó como jurado en concursos y recibió premios y felicitaciones de cumpleaños del régimen. El compositor siguió estrenando óperas, como *El día de la Paz*, de 1938, pensadas para ser aceptables para el régimen, con libretos escritos por el ario Joseph Gregor, a quien Strauss consideraba muy inferior a sus colaboradores anteriores. Sin embargo, éstas eran compensaciones muy pobres a su expulsión del centro de poder, donde otros compositores, más actuales, encontraban ahora el favor del régimen.[198]

II

En 1933 no estaba nada claro quiénes serían estos compositores. La mera adherencia política al Partido Nazi tenía tan sólo una importancia secundaria. Lo que contaba de verdad era la filiación racial de un compositor determinado, estuviera vivo o muerto. Según el precepto nazi, los judíos eran superficiales, imitativos, incapaces de albergar una creatividad genuina; todavía peor, eran subversivos, degenerados, destructores de la auténtica música de tradición alemana. Del compositor Felix Mendelssohn, por ejemplo, se decía que había sido un imitador con éxito de la música genuinamente alemana, y no un músico auténtico; Gustav Mahler era el compositor de la depravación y la decadencia; la música atonal de Arnold Schönberg atentaba con su disonancia contra la idea de una comunidad racial armoniosa. El Ministerio de Propaganda promocionaba la publicación de cualquier cosa que ayudara a minar la reputación de estos compositores entre el público que acudía a conciertos, desde tomos pseudoacadémicos como *Musik und rasse* [*Música y raza*], de Richard Eichenauer, publicado en 1932, hasta diccionarios como *El ABC de los músicos judíos*, que apareció en 1935. En la prensa especializada y las secciones de cultura de los periódicos aparecían con regularidad artículos que reforzaban el mensaje de estos libros.[199] Y los musicólogos nazis no se conformaban con las palabras.

Inspirado por la *Exposición de arte degenerado* de Munich, Hans Severus Ziegler, gerente del teatro nacional de Weimar, organizó en mayo de 1938 una *Exposición de música degenerada* en Düsseldorf que formó parte del primer Festival de Música del Reich. Asistido por personal de la oficina de Rosenberg, Ziegler formó con rapidez un equipo de ilustradores, técnicos, diseñadores y demás especialistas y montó una gran exposición con secciones sobre compositores y directores, críticos y maestros judíos, música atonal y moderna, etc. «Lo que se ha reunido en la *Exposición de música degenerada*—anunció con estruendo en la ceremonia inaugural—constituye el retrato de un sábath de auténticos brujos, del bolchevismo cultural, espiritual y artístico más frívolo, el retrato del triunfo de los seres inferiores, de la arrogante insolencia judía y de la absoluta demencia espiritual». La exposición resolvió el obstáculo de cómo mostrar al público cómo era esa música por medio de la instalación de seis cabinas de sonido

donde los visitantes podían escuchar discos con extractos de obras de Arnold Schönberg, Ernst Křenek y otros. Uno, con extractos de *La ópera de tres peniques* de Kurt Weill, tuvo mucha demanda. Se formaron largas colas delante de la cabina, evidenciando la popularidad del músico entre un público a quien se había privado de la oportunidad de escuchar desde hacía cinco años. Aun así, hay buenas razones para creer que las otras obras expuestas confirmaron los prejuicios de un público conservador en materia musical al que nunca habían gustado los músicos modernos.[200] Esta acción, y el propósito radical que había tras ella, no fue del todo del gusto de Goebbels, quien prefería utilizar la Cámara de Música del Reich como un medio para regular las representaciones. «La exposición del doctor Ziegler sobre "música degenerada"—apuntó en su diario—está recibiendo muchas críticas. He hecho retirar las partes más discutibles».[201] La exposición cerró en tan sólo tres semanas.[202]

Mientras tanto, se había creado una Oficina de Censura dentro de la Cámara de Música del Reich desde la que se publicaron listas con los nombres de compositores y obras prohibidas, entre las cuales figuraban las de Irving Berlin, que era judío. La inclusión en la lista no sólo significaba que determinados autor u obra no podían ser interpretados en vivo, sino que no podían ser grabados ni emitidos por radio. El caso de Mendelssohn fue especialmente problemático por su gran popularidad. Algunos directores siguieron dirigiendo sus obras en ocasiones—por ejemplo Furtwängler, quien en febrero de 1934 dirigió la Filarmónica de Berlín en la interpretación de tres movimientos de *Sueño de una noche de verano* para celebrar el 125 aniversario del nacimiento del compositor—, pero cuando esto sucedía los diarios no lo mencionaban, de modo que el impacto se limitaba a los que habían asistido al concierto. Cuando el director británico Sir Thomas Beecham llegó a Leipzig con la Orquesta Filarmónica de Londres para ofrecer un concierto en el Gewandhaus en noviembre de 1936, el alcalde conservador de la ciudad, Carl Goerdeler, les dio permiso para depositar una corona en un memorial dedicado a Mendelssohn, quien había jugado un gran papel en las relaciones musicales anglo-germanas en el siglo XIX. Cuando la orquesta se dirigió al lugar donde estaba el memorial la mañana después del concierto, éste había desaparecido; el jefe local del

partido había aprovechado la circunstancia de que Goerdeler estaba de vacaciones fuera de la ciudad para retirar el monumento de noche y romperlo en mil pedazos. Furioso, Goerdeler dimitió al cabo de poco de su regreso y empezó a sentir una hostilidad creciente hacia el régimen. En lo que respecta a Mendelssohn, este episodio resultó ser un punto de inflexión. Si su música se volvía a tocar, sería sin firma. En 1938, el nombre de Mendelssohn había desaparecido de los catálogos de los editores de música y de las compañías de discos, y apenas se celebraban conciertos de su obra. Entre 1933 y 1944 no menos de 44 compositores intentaron crear alternativas a su música para *Sueño de una noche de verano*; todas las composiciones eran inferiores, tuvieron que reconocer los críticos que asistieron a sus interpretaciones.[203]

Las obras famosas de compositores no judíos que llevaban letra de autores judíos también fueron objeto de desaprobación. El poema de Heinrich Heine *Lorelei*, por ejemplo, era tan conocido que el régimen intentó convencer al público general de que se trataba de una canción popular de autor anónimo y no un poema escrito por un judío. Las óperas de Wolfgang Amadeus Mozart suscitaron problemas de otro tipo. Tres de las más queridas, *Così fan tutte*, *Las bodas de Fígaro* y *Don Giovanni*, no sólo estaban escritas por el colaborador judío de Mozart Lorenzo da Ponte, sino que las traducciones más habituales a lengua alemana eran del director judío Hermann Levi. La oficina de Rosenberg encargó nuevas traducciones al autor no judío Siegfried Anheisser, que pronto fueron utilizadas en toda Alemania y se consiguió así distraer la atención sobre el hecho fundamental de que la versión original había sido escrita por un judío. Rosenberg fomentó la «arianización» de los oratorios de Händel, en los que se tratan abundantes episodios del Antiguo Testamento, lo que provocó el enfado de la Cámara de Música de Goebbels, que prohibió cualquier cambio en sus textos el 19 de septiembre de 1934. A pesar de ello, no se evitó que el *Judas Macabeo* de Händel se representara sin nombres judíos ni referencias bíblicas y con el título de *El comandante*.[204]

Los compositores no judíos podían despertar la ira de la oficina de Rosenberg si su obra presentaba algún atisbo de modernidad, eran atonales o habían suscitado algún tipo de controversia. Si no eran alemanes, la

Cámara de Música del Reich consideraba un asunto secundario si su obra era interpretada o no. Ésta es la razón por la que durante los años treinta no se prohibió la interpretación de la música de Igor Stravinsky, uno de los autores más ridiculizados en la *Exposición de música degenerada*. El mismo compositor fomentó sus conciertos en Alemania, y con su habilidad legendaria para los negocios consiguió permisos especiales para que se le mandaran los *royalties* a París, donde vivía desde antes de la Primera Guerra Mundial. El Ministerio de Propaganda tuvo siempre en cuenta las relaciones diplomáticas en su trato con compositores extranjeros, de modo que las obras del moderno Béla Bartók no fueron prohibidas, porque el autor era húngaro, y Hungría era aliado de Alemania. Bartók, ardiente antifascista, cambió de editor en Alemania cuando la empresa fue arianizada, manifestó su solidaridad con los compositores prohibidos y protestó ante el Ministerio de Propaganda por no haber sido incluido en la *Exposición de música degenerada*, pero todo fue inútil; su música siguió siendo interpretada en Alemania, como la de Stravinsky.[205]

Cuando el compositor en cuestión era alemán, o austriaco (lo que para los nazis era lo mismo), las cosas podían ser muy diferentes. Los pupilos de Arnold Schönberg fueron señalados por el régimen por su adherencia a la atonalidad de doce notas. La música de Anton von Webern fue prohibida desde el primer momento, mientras que un concierto de una *suite* orquestal de Alban Berg de la ópera todavía inacabada *Lulú*, dirigido por Erich Kleiber en Berlín en noviembre de 1934, terminó en un gran alboroto, con gritos de «¡*Heil*, Mozart!» por parte de algunos sectores soliviantados del público. El destacado crítico Hans-Heinz Stuckenschmidt, que publicó una crítica positiva sobre la obra en un diario de Berlín, fue expulsado de la Asociación Alemana de Críticos de Música (agregada a la Cámara de Literatura del Reich) y se le denegó en adelante cualquier empleo. El crítico se había ganado enemigos con anterioridad por su insistencia tenaz en las virtudes de compositores como Stravinsky. Todo ello bloqueó sus subsiguientes intentos de encontrar trabajo en Alemania, y fue obligado a partir hacia Praga. Consternado por la animosidad percibida en el concierto, el director, Erich Kleiber, emigró a Argentina al cabo de dos meses. La música de Berg no volvió a ser interpretada en público durante el resto del

Tercer Reich.[206] Sin duda, el carácter sensacionalista de *Lulú*, con descripciones del mundo de la prostitución y donde aparecía Jack el destripador como personaje, tuvo algo que ver con el escándalo. Otro alumno no judío de Schönberg, Winfried Zillig, siguió utilizando las series de doce notas, aunque de un modo relativamente tonal, escapó a la censura y siguió trabajando como compositor y director. Sus obras incluían escenas de la vida campesina, descripciones de héroes sacrificados y temas similares muy cercanos a la ideología nazi. En su caso, como sucedió con la obra de algún otro compositor, el mensaje triunfó por encima del medio.[207]

Sin embargo, en otro caso célebre las autoridades consideraron inaceptables tanto el medio como el mensaje de una obra, a pesar de que ambos parecían conciliables con la estética nazi, por lo menos superficialmente. Durante los años veinte, Paul Hindemith, quizá el compositor moderno más destacado durante la República de Weimar, se había ganado fama de *enfant terrible*, pero hacia 1930 su estilo viró hacia un neoclasicismo más accesible. Algunas figuras influyentes de la escena cultural nazi reconocieron este cambio en 1933. También Goebbels, ansioso por mantener en Alemania a quien se reconocía como el compositor más importante del país después de Strauss. A comienzos del Tercer Reich, Hindemith estaba enfrascado en una ópera con libreto de su propia mano, *Mathis der Maler* [*Matías, el pintor*], sobre el artista alemán de la Edad Media Matthias Grünewald, una figura muy querida por los historiadores del arte nazis. La ópera cuenta la historia de la rebeldía del pintor, que se quiere establecer como artista alemán, y culmina con su aceptación del patronazgo de un Estado que finalmente reconoce su talento. Una partitura con un nuevo elemento de romanticismo atestigua los constantes esfuerzos del compositor para acercar su estilo algo académico al gran público. Aunque no había ocultado su oposición al fascismo antes de la conquista nazi del poder, era obvio que Hindemith había decidido seguir adelante y arriesgarse. En noviembre de 1933 le nombraron miembro del consejo directivo de la sección de compositores de la Cámara de Música del Reich. El 12 de marzo de 1934 Furtwängler estrenó con la Filarmónica de Berlín una sinfonía en tres movimientos extraída de la música de *Mathis der*

Maler. Siguieron otros conciertos y una grabación para gramófono. Todo parecía indicar que Hindemith sería aceptado como el principal compositor contemporáneo del Tercer Reich.[208]

Pero Goebbels no contaba con las maquinaciones constantes de su rival en la escena de la política cultural, Alfred Rosenberg. La prensa musical empezó a publicar en 1934 una serie de ataques furibundos al pasado estilo musical de Hindemith y a sus anteriores filiaciones políticas, y las emisoras de radio y agencias de conciertos empezaron a recibir presiones para no programar sus obras. En respuesta a los ataques, el director Wilhelm Furtwängler escribió una valiente defensa del compositor publicada en un periódico el 25 de noviembre. Por desgracia, al hacerlo, el director decidió atacar también las denuncias contra Hindemith aparecidas en la prensa musical nazi. «¿Dónde estaríamos—se preguntaba retóricamente—si las denuncias políticas en un sentido más amplio se aplicaran al arte?». El asunto creció de tono cuando Furtwängler apareció en el atril del director en una representación de *Tristán e Isolda* en la Ópera Estatal de Berlín el mismo día de la publicación del artículo y se encontró con una ruidosa demostración de apoyo por parte del público, que había entendido a las claras que el director estaba defendiendo la libertad artística frente a las injerencias del régimen. Tanto Goebbels como Göring estaban en el teatro y fueron testigos del incidente. El asunto cambió completamente de plano. Frente a esta oposición abierta a la política cultural del régimen, Goebbels cerró filas con Rosenberg. El 4 de diciembre Goebbels obligó a Furtwängler a dimitir todos sus cargos en la Ópera Estatal de Berlín, la Filarmónica de Berlín y la Cámara de Música del Reich. A partir de ese momento se tendría que ganar la vida por libre. El 6 de diciembre, en un discurso ante representantes de los creadores en el Palacio de Deportes, el ministro de Propaganda aseguró que Furtwängler había declarado que los días de Hindemith como provocador habían acabado. Pero añadió: «Los descarrilamientos ideológicos no pueden ser perdonados como meros pecados de juventud». Que Hindemith fuera «de pura raza alemana» demostraba «cuán profundamente» había «mermado el cuerpo racial de la nación la infección intelectual y judía».[209]

Alterado por lo imprevisto de su caída, Furtwängler se reunió con Goebbels el 28 de febrero de 1935 y comunicó al ministro su pesar por las implicaciones políticas que algunos habían derivado de su artículo. De ningún modo había pretendido, aseguró al ministro, criticar la política artística del régimen.[210] El 27 de julio de 1936 Goebbels anotaba otra larga conversación con Furtwängler en el jardín de Wahnfried. «Me ha contado todas sus preocupaciones con sensatez e inteligencia. Ha aprendido mucho y está absolutamente con nosotros», escribió el ministro.[211] En abril de 1935 Furtwängler ya volvía a dirigir la Filarmónica de Berlín como director invitado. En su ausencia, los últimos músicos judíos, a quienes había mantenido en sus puestos mientras había sido director principal, habían sido despedidos. A Furtwängler le fue muy bien en el nuevo cargo. En 1939 ganaba más de 200.000 marcos de este trabajo y otras fuentes, aproximadamente cien veces más que los ingresos anuales de un trabajador manual medio. De todos modos, había pensado dejar Alemania. En 1936 le habían ofrecido el puesto de director principal de la Filarmónica de Nueva York. Pero Göring le dejó muy claro que si marchaba no podría volver. Además, la capitulación de Furtwängler ante Goebbels el año anterior había despertado críticas feroces en Estados Unidos. Desde entonces, había dirigido *Los maestros cantores de Nuremberg* en la concentración del partido de 1935, en la que se promulgaron leyes de discriminación contra la comunidad judía de Alemania. No sólo los patrocinadores judíos de la Filarmónica de Nueva York se opusieron a su fichaje, sino también muchas otras personas; todos expresaron en voz alta su preocupación y amenazaron con boicotear la orquesta. Si Furtwängler había deseado alguna vez dejar Alemania por un trabajo de elite en Estados Unidos, era demasiado tarde. De modo que se quedó, con el aplauso del régimen.[212]

Hindemith abandonó por tiempo indefinido su puesto de maestro en Berlín, pero en un primer momento se quedó en Alemania, intentando revertir la situación distanciándose públicamente de la música atonal y jurando lealtad a Hitler. Sus esfuerzos en favor de la educación musical también debieron congraciarle con el régimen. Su obra se seguía representando en pequeños conciertos celebrados en los márgenes de la vida musical, y recibió un encargo para componer una pieza para las Fuerzas

Aéreas de Göring. Pero en la prensa se continuaban publicando ataques contra él, y los directores de ópera y los organizadores de conciertos temían incluir sus obras en sus repertorios después de la debacle de *Mathis der Maler*. Más importante aún, Hitler nunca había olvidado la notoriedad que Hindemith había obtenido con su ópera *Neues von Tage* [*Noticias del día*] en los años veinte. En 1936, Hitler utilizó un discurso pronunciado en la concentración anual en Nuremberg para urgir al partido a que redoblara sus esfuerzos para purificar las artes. El Ministerio de Propaganda prohibió puntualmente todas las representaciones de la obra de Hindemith. En la *Exposición de música degenerada* de 1938 se exhibió el tratado sobre armonía del compositor. Hindemith emigró a Suiza, donde en mayo de ese año se representó por primera vez su ópera *Mathis der Maler*. Más adelante partió a Estados Unidos. Al final, lo más importante no fueron sus intentos de congraciarse artísticamente con el régimen, sino el hecho de que la controversia levantada por sus composiciones radicales de los años veinte todavía era recordada por los dirigentes nazis una década después. Que su esposa fuera medio judía tampoco ayudó a su causa. Todavía se esgrimía en su contra una colaboración temprana con Bertolt Brecht, como su colaboración con gran número de artistas judíos a lo largo de los años. Todo junto sirvió a Rosenberg y sus colaboradores para utilizarle en su batalla por debilitar la posición de Goebbels en la música y las artes. En este caso tuvieron éxito, pero en el frente más amplio de la política cultural triunfaron más bien poco. En 1939, Rosenberg había abandonado su interés en la escena cultural y lo dirigió a la política internacional.[213]

III

Si a los nazis no les resultaba fácil decidir qué música no les gustaba ni qué tipo de directores y compositores no deseaban, todavía les resultaba más complicado llevar a cabo una política consistente sobre qué tipo de música querían fomentar. A pesar de la gran producción teórica de los musicólogos nazis, durante el Tercer Reich no emergió un auténtico cuerpo de música genuinamente nazi.[214] Los compositores que prosperaban lo hacían en parte porque no eran judíos, en parte porque adaptaban su obra a un estilo más

accesible de lo que hubiera sido en otras circunstancias, y en parte porque escogían temas que fueran aceptables para el régimen, como la vida campesina o los héroes de la nación. Pero resulta imposible unificar la música que escribieron bajo un denominador común. Además, pocos permanecieron del todo inmunes a la influencia del estilo moderno que aborrecían tanto los nazis. Werner Egk, por ejemplo, compuso a la manera de Stravinsky, incluyendo a menudo melodías populares bávaras, que solía emplear en un contexto de disonancias punzantes. A pesar de ello, su ópera *Die Zaubergeige* [*El violín mágico*], estrenada en 1935, obtuvo el aplauso del régimen por su retrato del encanto y la tranquilidad de la vida campesina. El argumento se centraba en las maquinaciones malignas de un villano, Guldensack [Saco de dinero], que en el contexto del Tercer Reich se trataba obviamente de un judío. Los aspavientos de unos cuantos críticos del entorno de Rosenberg fueron acallados rápidamente y Egk apuntaló su triunfo al afirmar que ninguna pieza musical alemana podía ser tan complicada que no pudiera ser representada en una concentración del Partido Nazi. La siguiente ópera de Egk, *Peer Gynt*, también incluía a un villano pseudojudío, o mejor, villanos en plural, en forma de unos *trolls* deformes y degenerados, una interpretación algo inexacta de la obra de Ibsen; el mismo Hitler, que asistió a una representación de la pieza, que incluía no sólo las habituales disonancias stravinskyanas de Egk sino música de tango y una insinuación de música de jazz, quedó tan impresionado con la obra que aclamó a Egk como digno sucesor de Richard Wagner.[215]

La influencia de Stravinsky también se encontraba en la música de Carl Orff, quien detestaba la disonancia y había atacado con dureza a compositores modernos como Hindemith durante la República de Weimar. Orff obtuvo el apoyo del régimen al idear un proyecto a gran escala de educación musical en las escuelas que defendió con éxito de las críticas oscurantistas de algunos de los colaboradores de Rosenberg, a quienes disgustaba su utilización de instrumentos musicales poco convencionales. Aunque el proyecto se basaba en gran medida en la música popular del país, era demasiado complejo y ambicioso como para tener influencia en las instituciones para las que había sido pensado, como las Juventudes

Hitlerianas. Orff alcanzó una auténtica posición de preeminencia con el estreno de su cantata *Carmina Burana* en junio de 1937. Basada en poemas medievales laicos, la cantata se caracterizaba por sus ritmos fuertes y simples y un canto monódico sobre un acompañamiento de percusiones fuertes. Su primitivismo, sus versos a menudo irreverentes y su utilización, en muchas partes, del latín en vez del alemán levantaron las sospechas de los críticos conservadores del entorno de Rosenberg, pero Orff se había ganado el apoyo de personas influyentes gracias a sus actividades educativas y la influencia de Rosenberg estaba menguando. Poderosa y original, y aun así fácil de entender, *Carmina Burana* tuvo un éxito inmediato y fue representada en toda Alemania. Puede ser que sus futuras composiciones no la igualaran, pero los ingresos y la reputación de Orff ya estaban asegurados. Si hay alguna obra musical de calidad compuesta durante el Tercer Reich que encajara en la idea nazi de cultura, se trata, seguramente, de *Carmina Burana*: su tonalidad descarnada, sus ritmos repetitivos y brutales, sus textos medievales y sus melodías populares, su pulso anestesiante e insistente, su ausencia de cualquier elemento que ocupe la mente, parecían erradicar las excrecencias de la modernidad y el intelectualismo que los nazis detestaban tanto y devolver la cultura a la simplicidad primitiva de un pasado lejano y campesino.[216]

Sin embargo, a pesar de su popularidad, las composiciones como *Carmina Burana* sólo ocuparon un segundo puesto en el panteón musical de las obras de los grandes compositores de épocas anteriores más admirados por Hitler. El primero de ellos era Richard Wagner. Hitler había sido un admirador devoto de sus óperas desde su juventud en Linz y Viena antes de la Primera Guerra Mundial. Éstas llenaban su cabeza con imágenes míticas del pasado heroico de Alemania. Wagner era también autor del famoso panfleto *El judaísmo en la música*. Aun así, la influencia del compositor sobre Hitler ha sido a menudo exagerada. Hitler nunca se refirió a Wagner como una fuente de su propio antisemitismo, y no hay pruebas de que hubiera leído ningún escrito de Wagner. Admiraba el coraje del compositor ante la adversidad, pero no se reconocía deudor de sus ideas. Si Wagner tuvo alguna influencia sobre los nazis fue menos directa, a través de las doctrinas antisemitas del círculo que se reunió en torno a su viuda Cosima

después de su muerte, y a través del mundo mítico retratado en sus óperas. En esta área sí compartían un mismo espacio cultural lleno de nacionalismo mítico alemán. La devoción de Hitler por Wagner y su música era patente. En los años veinte había entablado amistad con la nuera inglesa de Wagner, Winifred, y su esposo, Siegfried Wagner, guardianes del gran coliseo operístico que el compositor había hecho construir en Bayreuth. Ambos eran firmes partidarios de la extrema derecha. Durante el Tercer Reich se convirtieron en una suerte de familia real de la cultura.[217]

A partir de 1933, Hitler visitó cada año durante diez días el Festival de Bayreuth, donde se representaban las obras de Wagner. Vertió grandes sumas de dinero en el teatro, que dependía directamente de él y no del Ministerio de Propaganda. Inauguró monumentos y memoriales dedicados a Wagner, y procuró que las representaciones de sus obras estuvieran siempre hasta la bandera dando instrucciones a sus subordinados de que reservaran entradas para sus hombres. Incluso llegó a proponer la reconstrucción de la sala para hacerla más suntuosa, pero lo evitó la insistencia de Winifred Wagner en que la acústica única del teatro, diseñado a propósito por el compositor para representar su obra, no se podría reproducir en un espacio más grande. Sus injerencias en las producciones eran frecuentes, pero también erráticas. El patronazgo personal de Hitler significaba que ni Goebbels ni Rosenberg ni cualquier otra persona con cargos en la política cultural del régimen podía llevar Bayreuth a su campo. Por consiguiente, y de modo paradójico, Winnifred Wagner y los gestores del festival disfrutaron de un grado de autonomía poco frecuente. Ni tan siquiera eran miembros de la Cámara de Teatro del Reich. De todos modos, utilizaron su libertad en una armonía total con el espíritu del Tercer Reich. El Festival de Bayreuth se convirtió en el festival de Hitler, con Hitler saludando al público desde su palco, con su retrato en el frontispicio del programa, propaganda nazi en todas las habitaciones de hotel y con las calles y paseos que rodeaban el teatro engalanados con esvásticas.[218]

Goebbels y otros dirigentes nazis aborrecían la pasión de Hitler por Wagner, que consideraban bastante excéntrica. Por voluntad de Hitler, la concentración anual del partido en Nuremberg se inauguraba cada año con una representación de gala de *Los maestros cantores de Nuremberg* de

Wagner. En 1933 Hitler entregó un millar de entradas gratis a los altos funcionarios del partido, pero cuando entró en su palco se encontró con que el teatro estaba prácticamente vacío; los hombres del partido habían preferido salir a beber en las numerosas cervecerías y cafés de la ciudad antes que pasar cinco horas escuchando música clásica. Furioso, Hitler envió patrullas a arrastrarlos a la fuerza, pero tampoco así se pudo llenar el teatro. El año siguiente no fue mejor. Bajo estrictas órdenes de asistir, muchos de los encallecidos funcionarios del partido se durmieron durante la interminable representación, despertándose sólo al final para aplaudir a regañadientes una ópera que no habían disfrutado ni entendido. Desde ese momento, Hitler se rindió y las localidades fueron vendidas al público.[219] Aun así, a pesar de la falta de interés por parte de casi toda la cúpula del partido excepto Hitler, la influencia de la música de Wagner era omnipresente en la escena cultural. Compositores especializados produjeron grandes cantidades de basura pseudowagneriana para disponer de ella en cualquier ocasión. Las películas, la radio y los noticiarios estaban saturados de música de este tipo. La sobreexposición puede ser una de las razones del descenso de la popularidad de Wagner en los coliseos operísticos y entre el público durante el Tercer Reich. Las representaciones de su obra bajaron de 1.837 en la temporada de ópera de 1932-1933 a 1.327 en 1938-1939, mientras que las de Verdi aumentaron de 1.265 a 1.405 en 1937-1938, y las de Puccini de 762 a 1.013 en la temporada siguiente. Y mientras la lista de las óperas más populares de 1932-1933, encabezada por la *Carmen* de Bizet, contenía cuatro obras de Wagner, en los lugares tercero, cuarto, quinto y sexto respectivamente, la misma lista de la temporada 1938-1939, encabezada esta vez por *I Pagliacci* de Leoncavallo, sólo incluía una y en el duodécimo lugar.[220] Después de 1933, el repertorio de las orquestas vio la sustitución del segundo compositor más interpretado tras Richard Strauss, el ahora prohibido Gustav Mahler, por el mezquino, conservador y profundamente antisemita Hans Pfitzner. Al mismo tiempo, los conciertos de compositores extranjeros como Sibelius, Debussy y Respighi se siguieron celebrando en paralelo a los de luminarias ahora olvidadas del panteón musical nazi como Paul Graener y Max Trapp. En este proceso confluyeron los compromisos obvios entre los imperativos políticos y

raciales del régimen, el gusto básicamente conservador del público y las exigencias comerciales de mantener en marcha los auditorios y los teatros de ópera.[221]

El dominio sobre los conciertos de música clásica y las representaciones operísticas era relativamente fácil. Sin embargo, era más difícil de controlar lo que pasaba en el interior de las casas. En Alemania, la cultura musical era muy fuerte y existía una larga tradición de tocar y cantar en grupos de familiares y amigos. Sin duda, en aquellos sitios donde no había vecinos con las orejas afiladas o delegados vecinales la gente seguía tocando al piano las tan queridas *Canciones sin palabras* de Mendelssohn a pesar de que la prensa nazi las había calificado de «cháchara».[222] Clubes, coros, grupos de cámara aficionados y demás instituciones a pequeña escala de la rica tradición musical alemana habían sido nazificadas en 1933, pero aun así, se podían producir pequeñas reuniones en privado de gente para tocar y escuchar aquello que les viniera en gana si tenían cuidado de vigilar a quién se invitaba. Al fin y al cabo, la censura previa de partituras por parte de la Cámara de Música del Reich sólo afectaba a lo nuevo. Tocar música de Mendelssohn en casa no podía constituir apenas un acto de resistencia al régimen, y tampoco era en ningún caso una ofensa a la ley.[223] Incluso en público se podía dar algún ejemplo de libertad. La lista de obras prohibidas de la Oficina de Censura de Música cubría sobre todo la música de jazz, y en su segunda edición, publicada el 1 de septiembre de 1939, sólo tenía 54 entradas.[224]

La música es la más abstracta de las artes, y, por consiguiente, la más difícil de vigilar bajo una dictadura. Los árbitros de la cultura del Tercer Reich creían saber lo que querían: conformidad ideológica de las óperas y las canciones, simplicidad tonal y ausencia de disonancia en la música que no contuviera letras que evidenciaran la tendencia ideológica del compositor. De acuerdo con su ideología cultural, el espíritu de la tonalidad y la sencillez era ario y el de la atonalidad y la complejidad, judío. Aun así, la defenestración y prohibición de músicos y compositores judíos no tuvo un efecto sobre el mundo musical aparte de privarlo de sus figuras más distinguidas y apasionantes. Porque, a fin de cuentas, ¿qué era la música atonal?, ¿qué era la disonancia? Las definiciones técnicas no conducen a

ninguna parte, ya que todos los compositores desde antes de los tiempos de Bach y Mozart habían utilizado con abundancia la disonancia desde el punto de vista de la técnica. Por supuesto, la atonalidad llevada al extremo, especialmente el método de doce tonos desarrollado por Arnold Schönberg y sus discípulos, era anatema; y era poco probable que el romanticismo tonal de Hans Pfitzner y Richard Strauss levantara objeción alguna. Pero la mayoría de compositores se movían entre los dos extremos. Estos últimos pisaban una delgada línea, entre la aceptación y el rechazo, a menudo dependiendo del patrocinio de figuras poderosas dentro del partido, ya fuera a nivel nacional o local, para resguardarse de las críticas. De este modo, figuras como Paul Hindemith o Werner Egk se convirtieron, hasta cierto punto, en peones en los juegos de poder de Goebbels, Rosenberg y otros sátrapas nazis. Y si algún compositor o intérprete traspasaba la línea y entraba dentro del reino de la política, la simpatía por la modernidad que sentía Goebbels tampoco podía salvarlo.[225]

Como sucedía en otras áreas de la cultura, Goebbels era consciente de que la música podía proporcionar a la gente un refugio frente al desorden de la vida diaria. Del mismo modo que fomentó las películas de entretenimiento y la música ligera en la radio, también se dio cuenta de que los conciertos de piezas muy populares de música clásica podían servir de alivio y distracción y ayudar al pueblo a reconciliarse con la idea de vivir en el Tercer Reich. El público, por su parte, como mucha gente afirmaba, había encontrado una fuente de valores alternativos a los propagados por los nazis en los conciertos de Furtwängler, pero si éste fue el caso, estos valores permanecieron encerrados en sus almas, y se hace difícil calibrar si fueron más allá dada la abstracción de la música con respecto al mundo real. La música, en cualquier caso, como las otras artes, debía dar una esfera de relativa autonomía al creador, según el punto de vista de Goebbels. Podía ser purgada y censurada, y lo fue, pero también tenía que ser fomentada y apoyada, y, en la mayoría de los casos, los músicos tenían que llevar adelante sus propios espectáculos; el Estado no era competente para hacerlo en su lugar. El Ministerio de Propaganda estaba dispuesto a nutrir a los músicos con concursos, subvenciones y un mejor trato en lo que respecta a los derechos de autor. En marzo de 1938 se llevó a cabo una reorganización

total de los salarios y las pensiones que contribuyó a sumar nuevos músicos a una profesión que había sufrido mucho durante la depresión económica. Había tantos músicos que habían dejado el país, que habían sido depurados o que habían dejado la profesión que en esos momentos se anunciaba una nueva demanda de profesionales, exacerbada esta vez por la expansión de nuevas organizaciones, como el Ejército, las SS y el Frente Nacional del Trabajo, que solicitaban cada vez más músicos para sus bandas y orquestas militares. Estas circunstancias aseguraban la vitalidad de la vida musical en Alemania, y las grandes orquestas siguieron interpretando grandes partituras bajo la batuta de grandes directores, a pesar de que el espectro de la música interpretada, y el número de directores que la podían dirigir, era más limitado que antes de 1933. A pesar de ello, muchos consideraban que no había grandes compositores entre los nuevos. El mismo Strauss era de esta opinión. En todo caso, esto sirvió para aumentar su convicción inalterable de su propia importancia como heredero de la gran tradición de compositores alemanes. «Soy el último monte de una gran sierra—afirmó—: Después de mí, las llanuras».[226]

IV

La influencia decreciente de Alfred Rosenberg en la esfera cultural a partir de mediados de los años treinta no salvó la forma de música más difamada y castigada durante el Tercer Reich, el jazz. Considerados degenerados, extraños a la identidad musical alemana, asociados a las más diversas formas de decadencia y producidos por seres racialmente inferiores, afroamericanos y judíos, el jazz, el *swing* y otras formas de música popular fueron pisoteados tan pronto como los nazis se hicieron con el poder. Los músicos de jazz extranjeros dejaron el país o fueron expulsados, y en 1935 se prohibió que los intérpretes de música popular alemanes utilizaran los seudónimos extranjeros que habían estado tan de moda durante la República de Weimar. Los clubes de jazz, tolerados hasta cierto punto en el primer año del régimen, empezaron a ser objeto de redadas cada vez más frecuentes y más multitudinarias, con la participación de agentes de la Gestapo y de la Cámara de Música del Reich, que intimidaban a los

músicos pidiéndoles los papeles que certificaran su pertenencia a la cámara y confiscando sus partituras si les pillaban tocando música de compositores judíos de la lista negra, como Irving Berlin. A través de un control estrecho sobre las emisoras de radio se aseguraban de que la música ligera no fuera demasiado rítmica, mientras los diarios anunciaban con gran redoble de tambores que se había prohibido la retransmisión por radio de «música negra». En verano, los camisas pardas patrullaban las playas frecuentadas por jóvenes con gramófonos portátiles y rompían a pedazos sus discos de jazz. Los compositores de música clásica cuyas obras contenían ritmos jazzísticos, como el joven Karl Amadeus Hartmann, vieron la prohibición absoluta de su trabajo. Imposibilitado de ganarse la vida en Alemania pero de todas formas incapaz de dejar el país, la economía de Hartmann dependía del todo de sus conciertos y discos en el extranjero, por lo que se le identificó con los críticos con el Tercer Reich y se colocó en una situación de riesgo potencial considerable. Se mantuvo a flote gracias a sus acaudalados e influyentes parientes y amigos, distanciados en buena parte del régimen. Su música no cedió ante las demandas del Tercer Reich por una mayor simplicidad y sencillez, y llegó a marcar una distancia incluso mayor asistiendo a las lecciones de composición de uno de los discípulos más extremados de Schönberg, Anton von Webern. Hartmann tuvo cuidado de evitar la publicidad, y su conformidad aparente con el régimen en cuestiones como el saludo hitleriano lo mantenían a salvo de sospechas. Cuando dedicó un poema sinfónico a los amigos, vivos o muertos, que habían sido encerrados en el campo de concentración de Dachau se aseguró de que la dedicatoria sólo apareciera en la partitura original, que sólo vio el director, un amigo personal del compositor, del estreno de la pieza en Praga en 1935; los nazis nunca lo supieron.[227]

En música clásica, el añadido de ritmos de jazz se podía descubrir con facilidad y ser señalado como inapropiado. Pero entre la música más popular y la música clásica y el jazz había un término medio en la forma de las operetas—que gozaron del favor de Hitler—, los cantantes melódicos de café, las orquestas de los parques y las de música de baile. El tipo de música que se tocaba en salones de baile, clubes nocturnos, hoteles y lugares similares, sobre todo en Berlín, era mucho más difícil de vigilar, en buena

parte por la dificultad extrema de establecer una separación clara entre qué era jazz o *swing* y qué no lo era. Los jóvenes ricos y de clase alta que frecuentaban estos sitios solían disponer de la manera de ahuyentar la vigilancia hostil de los agentes de la Gestapo y de la Cámara de Música. En las tiendas más alejadas de los centros comerciales se podían comprar con discreción discos de jazz importados, y Goebbels, consciente de la popularidad del jazz y el *swing*, permitió la emisión de algunos temas en sesiones radiofónicas nocturnas. Y si no se podía escuchar en las radios alemanas, sí se podía encontrar en Radio Luxemburgo, donde, como temía Goebbels, los oyentes también podían oír emisiones políticamente indeseables. Hacía mucho tiempo que Goebbels era espectador habitual del espectáculo de variedades del teatro Scala de Berlín, donde cada noche se reunía un público formado por hasta 3.000 personas ante su famoso coro de chicas de piernas largas y para escuchar canciones prohibidas de compositores como el judío americano George Gershwin. Goebbels fue pillado por sorpresa cuando el periódico de Julius Streicher *Die Stürmer* publicó críticas contra el repertorio del Scala en mayo de 1937, y por una buena razón. Siempre que el equipo de Goebbels telefoneaba al local de antemano para avisar de que el ministro asistiría, los responsables cambiaban el programa para evitar cualquier ofensa potencial al gusto nazi. Goebbels los depuró e impuso un programa que su propio lugarteniente tachó de «insulso».[228]

Para el régimen, el jazz y el *swing* eran peligrosos porque se creía que fomentaba el libertinaje entre los jóvenes. Los instructores de baile profesionales también sometieron estos ritmos a una gran presión porque deseaban frenar la amenaza del baile del *swing*, que se puso de moda en el verano de 1937. Las Juventudes Hitlerianas también desaprobaban el *swing* y abogaban por los bailes tradicionales alemanes. Las autoridades locales empezaron a prohibir la nueva moda. Despreciando estos intentos de ahogo, los hijos de la elite comercial y profesional de Hamburgo empezaron a ostentar su desdén en público, vistiendo a la última moda de Londres, luciendo la Union Jack, llevando ejemplares del *Times* bajo el brazo y saludándose en inglés con frases como «¡Hola, viejo amigo del “swing”!». En clubes y bares, y en fiestas privadas, bailaban *swing* y escuchaban discos

de jazz prohibidos por el régimen. No pretendían convertirlo en una protesta política. Pero bajo el Tercer Reich todo era político. Los jóvenes del *swing* traspasaron la línea cuando, en 1937, decidieron desafiar al dirigente de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach, que el 1 de diciembre de 1936 había hecho pública una orden por la cual todos los jóvenes alemanes debían afiliarse a su organización. Más grave era que en la despreocupada escena del *swing* existía una mezcla de judíos, medio judíos y no judíos que chocaba con la política racial del régimen. Lo que había empezado como un acto de tozudería cultural adolescente se estaba convirtiendo rápidamente en una manifestación de protesta política. Durante la guerra adquirió dimensiones todavía más graves.[229]

La confusión y la irracionalidad de la política nazi con respecto a la música, donde las definiciones son a menudo arbitrarias y la aceptación o rechazo depende con frecuencia de los gustos, se puede ilustrar con la historia de la humilde armónica, cuya producción mundial en los años veinte estaba dominada por Alemania. En la segunda mitad de los años veinte, la exportación de armónicas alemanas significaba un 88 por 100 del comercio mundial del instrumento. La empresa Hohner, de la pequeña ciudad suaba de Trossingen, se llevaba la parte del león, con la producción de entre 20 y 22 millones de armónicas al año, más de la mitad del total. Casi todas estaban destinadas al mercado estadounidense. En esa época los mercados estaban prácticamente saturados y la crisis económica mundial provocó la caída de la demanda. De modo que la empresa tuvo que intentar aumentar las ventas dentro de Alemania. Por desgracia, el aparato musical conservador reprobaba el instrumento, ya que lo consideraba vulgar y propio de aficionados. Sus representantes consiguieron que la armónica fuera prohibida en las escuelas de Prusia en 1931. La familia Hohner replicó con una gran campaña publicitaria al estilo americano, con imágenes del campeón alemán de los pesos pesados, Max Schmeling, soplando su armónica y una campaña de persuasión dirigida al mundo musical para convencerlo de que el instrumento no era subversivo. Después de la llegada nazi al poder, Ernst Hohner se afilió al partido para intentar ganar influencia a pesar de que no era en absoluto un nacionalsocialista convencido e hizo campaña a favor de la armónica con el argumento de

que, tocado por el pueblo llano, el instrumento era una parte importante de la música popular y era ideal para que la tocaran los camisas pardas y los chicos de las Juventudes Hitlerianas en sus campamentos mientras se reunían alrededor del fuego y se intercambiaban batallitas patrióticas.[230]

Pero la táctica no tuvo éxito. En primer lugar, la música *folk* sólo ocupaba un 2,5 por 100 de la programación radiofónica. Además, la Cámara de Música del Reich, todavía dominada por los tradicionalistas, afirmó que la armónica era un instrumento moderno y que no formaba parte en absoluto de la tradición alemana, y señaló, como prueba de que no era un instrumento adecuado, su utilización por parte de algunos grupos de jazz. Las Juventudes Hitlerianas prohibieron los conjuntos de armónicas, aunque siguió permitiendo que se tocara de forma individual. Parecía previsible que, a largo plazo, se acabara prohibiendo del todo. Pero al final nadie supo muy bien en qué categoría meter el instrumento, o puede ser que a nadie le importara demasiado. Hohner y su empresa siguieron adelante. Incluso llegó a montar una escuela para intérpretes de armónica en la ciudad madre de la casa, Trossingen, en un último y vano intento de proporcionar a la armónica el estatus de otros instrumentos musicales más convencionales. En este caso, también, las normas, el control y las luchas internas en el mundo de la música terminaron en tablas. A la ideología nazi incluso le resultaba difícil encerrar en una categoría determinada un instrumento tan humilde como la armónica.[231]

V

De todas las dictaduras modernas, la del Tercer Reich es la que encontró mejor definición a través del arte y la cultura de masas. Hitler dedicó más tiempo en sus discursos a estos temas que ningún otro dictador del siglo XX.[232] Sin duda, los nazis tomaron buena nota de los ritos y símbolos de la Italia fascista; y las manifestaciones de individuos formando una masa monolítica y única también fueron una característica de la Rusia de Stalin y la España de Franco. Todos estos regímenes redujeron las artes a instrumentos de propaganda y eliminaron cualquier atisbo de disidencia creativa, o, como mínimo, lo intentaron. Erradicaron los aspectos más

complejos y elitistas de las producciones culturales modernas e intentaron obligar a los artistas, escritores y músicos a adoptar estilos más sencillos con que comunicar de forma más directa con las masas. El realismo socialista de la Unión Soviética fue, en gran medida, la otra cara de lo que podríamos llamar realismo racista y nacionalista del Tercer Reich. Como ya habían demostrado las campañas de propaganda de principios de los años treinta, antes de la llegada al poder de Hitler, la apelación a las emociones a través de la vista y el oído era un arma política muy potente, y todos los grupos políticos, incluso los socialdemócratas, más formales, la exploraron, en la creencia de que en la época de las masas ya no había suficiente con apelar a la razón, la palabra y el intelecto. Durante el Tercer Reich, el arma de la propaganda cultural se transformó en un instrumento del poder del Estado, como sucedió en la Rusia de Stalin. Por naturaleza, los artistas y escritores son individualistas, y tanto en la Unión Soviética como en la Alemania nazi se declaró una guerra sin cuartel contra el individualismo, proclamando que la única función aceptable de las artes era expresar el sentir del pueblo. La música resultó ser el arte más difícil de controlar en ambos regímenes, con compositores como Prokoviev y Shostakovich, que siguieron componiendo obras en un lenguaje muy personal a pesar de los intentos ocasionales de meterlos en vereda y de sus gestos periódicos de compromiso con los dictados culturales de sus jefes políticos. En arquitectura, el estilo fomentado por Troost, Speer y los suyos hizo poco más que repetir las características habituales del diseño de edificios públicos de la época en toda Europa y Estados Unidos, aunque a mayor escala. La hostilidad de Hitler hacia la modernidad cultural era absoluta, y contrastaba con la actitud más relajada de los fascistas italianos, una de cuyas fuentes ideológicas principales había sido el futurismo. Una exposición de futurismo italiano celebrada en Berlín en 1934 fue desaprobada por los comentaristas de arte nazis, que tuvieron la suficiente osadía para afirmar que no querían ver una demostración similar de «bolchevismo artístico» nunca más, a pesar de que los artistas habían declarado su apoyo al fascismo. Pero si repasamos los edificios de Speer, las esculturas de Breker, la música de Egk y las películas de Riefenstahl, se puede reconocer a todas luces que la cultura nazi fue una parte más de la

cultura de su época. Perteneció sin duda alguna a los años treinta y no significó una mera regresión al arte de épocas anteriores.[233] Por todo ello, la aproximación a la cultura del Tercer Reich estuvo lejos de ser única.[234]

Con todo, sí había alguna cosa especial. No es extraño que, dada su trayectoria y sus ambiciones, Hitler se tomara un interés personal en las artes plásticas. Sus diatribas constantes contra la modernidad fueron, seguramente, el factor clave en el viraje que experimentó la política de Goebbels, de una posición más bien laxa a la supresión efectiva de lo moderno en todas sus variedades de 1937 en adelante. Pero no sería correcto inferir entonces que Hitler dictara personalmente la política cultural en todas las áreas.[235] Aparte de su pasión por Wagner, no tenía excesivo interés ni conocimiento sobre música, cuyo carácter abstracto hacía difícil su calificación entre lo que era tolerable o no desde el punto de vista nazi; el entusiasmo que desarrolló por la música de Anton Bruckner a finales de los años treinta fue también bastante forzado. A pesar de su afición por ver películas viejas por las noches y del encargo a Leni Riefenstahl para rodar *El triunfo de la voluntad*, no intervino demasiado en cuestiones cinematográficas, que quedaron en buena parte en manos de Goebbels, como la radio y la literatura. En todas estas áreas, Goebbels tuvo que tenérselas con muchos rivales, especialmente con Alfred Rosenberg, pero a pesar de las luchas internas, Goebbels consiguió una posición de dominio para su Ministerio de Propaganda al comienzo del régimen, especialmente a partir de los primeros meses de 1935. Sería fácil subrayar la complejidad y las contradicciones de la vida cultural durante el Tercer Reich, y, en efecto, se produjeron casos marginales que acarrearon dificultades al régimen, y otros casos en que sus decisiones fueron completamente arbitrarias, de modo que se podrían haber resuelto de una manera completamente distinta. Los artistas, escritores, músicos y otros adoptaron una variedad de estrategias para tratar con la dictadura cultural nazi: de la sumisión total por convencimiento y la adopción de compromisos mínimos en interés de su propia obra al exilio interior e, incluso, el silencio absoluto, que no siempre fue forzado por el régimen. A pesar de los temores de muchos, durante el Tercer Reich la vida cultural normal no quedó completamente extinguida. La gente podía seguir

escuchando las sinfonías de Beethoven, ver las pinturas de los viejos maestros en los museos estatales, leer a los clásicos, y, en algunos lugares, asistir a clubes de jazz y salones de baile donde sonaban los últimos éxitos del *swing*. Por su parte, Goebbels fue un político lo suficientemente fino como para darse cuenta de que la gente necesitaba escapar de sus problemas diarios, y les permitió cierto margen de libertad para hacerlo.[236]

A pesar de todo ello, la situación de las artes durante el Tercer Reich siguió estando determinada por una dictadura cultural impuesta desde arriba. Como demostró la *Exposición de arte degenerado*, las consideraciones estéticas y estilísticas sólo fueron un factor relativamente menor en la política cultural nazi. Los imperativos políticos e ideológicos fueron más determinantes. Fuera lo que fuera lo que habían producido las artes en el pasado, los nazis querían asegurarse de que lo que se produjera en el presente no se opondría a sus valores fundamentales, y, siempre que fuera posible, que los artistas los fomentaran con su trabajo. El antisemitismo, la desaparición de los judíos de la vida cultural, el fomento del militarismo y el aplastamiento del pacifismo fueron elementos básicos de la política cultural nazi. También lo fueron el perfeccionamiento de la raza aria y la supresión de los ineptos y los débiles, la recreación del mundo mítico de la vida campesina de «sangre y suelo», la destrucción de la creatividad personal e independiente y el fomento de una producción cultural impersonal que sirviera a las necesidades colectivas de la nación y la raza. Por encima de todo, quizá, la cultura nazi glorificó el poder, lo que se hizo patente en la arquitectura. La discriminación racial y política, aplicada desde el principio, tuvo como consecuencia la emigración de Alemania de los mejores escritores, pintores y músicos, de los más reconocidos a nivel internacional. Los que se quedaron fueron silenciados, esquinados, obligados a comprometerse o alistados al servicio de la intención decisiva de los nazis: preparar a la nación y el país para la guerra.[237] Con esta finalidad, los nazis hicieron un esfuerzo sin precedentes para acercar a las masas lo que entendían por cultura, distribuyendo radios baratas, celebrando conciertos en fábricas, llevando el cine hasta pueblos remotos en salas itinerantes, organizando traslados en autobús para que la gente pudiera ver los horrores de la *Exposición de arte degenerado* y

mucho más. Durante el Tercer Reich la cultura dejó de ser privativa de una elite; se la utilizó para penetrar en todas las áreas de la sociedad y la vida alemanas.[238]

La política cultural nazi obedeció a la política nazi en otras áreas y compartió sus contradicciones. El aprecio y la comprensión de Hitler por las artes fue fundamentalmente político. El arte, al fin y al cabo, debía reducirse a poco más que a una celebración del poder y un instrumento de propaganda. Siempre consciente de lo que se le podía reprochar, el 17 de junio de 1935 Goebbels afirmó:

> El movimiento nacionalsocialista [...] es de la opinión que la política es la más grande y noble de las artes. Porque así como el escultor talla una forma que respira de un bloque de piedra muerta, el pintor transforma el pigmento en vida y el compositor traduce notas muertas en melodías que encantarían al cielo, la tarea del político y del hombre de Estado no es otra que convertir una masa amorfa en un pueblo vivo. Es así como se corresponden el arte y la política.[239]

El nazismo estetizó la política; pero también politizó las artes.[240] «A menudo se nos ha acusado—dijo Goebbels—de reducir el arte alemán al nivel de una mera cuestión de propaganda. ¿Cómo puede ser? ¿Es la propaganda algo a lo que uno pueda reducir otra cosa? ¿No es la propaganda, tal como la entendemos, un tipo de arte?». El arte y la propaganda eran una sola cosa, prosiguió, y su objetivo era provocar la movilización espiritual del pueblo alemán:

> El nacionalsocialismo no es sólo una doctrina política, es una perspectiva general absoluta y omnicomprensiva de todos los asuntos de alcance público. Todos los aspectos de nuestra vida deben estar basados en él como algo natural. ¡Confiamos en que llegará un día en que nadie tenga que hablar del nacionalsocialismo, porque éste será el aire que respiremos! Así, el nacionalsocialismo no se puede conformar con que se le pregone de boquilla; hay que actuar de acuerdo con él con los hechos y con el corazón. El pueblo debe acostumbrarse a comportarse íntimamente de acuerdo con él, deben incorporarlo a sus actitudes. Sólo entonces reconoceremos que el nacionalsocialismo ha creado una nueva voluntad de ser y que ésta determina nuestra existencia nacional de modo orgánico. Un día, el despertar espiritual de nuestro tiempo emergerá de esta voluntad de ser.[241]

Los emblemas, signos, palabras y conceptos nazis penetraron en la vida cotidiana de la población como parte de esta campaña. Los ideales nazis no sólo informaban ni se limitaban al cine, la radio, los diarios, las revistas, las

esculturas, la pintura, la literatura, la poesía, la arquitectura, la música y la alta cultura, sino que afectaron también a la cultura cotidiana. Además de los días de movilización ideológica, como los cumpleaños de Hitler o los aniversarios de su nombramiento como canciller, con sus banderas al viento y sus esvásticas por todas partes, la vida cotidiana también se impregnó de los principios y preceptos del nazismo. Como apuntó Victor Klemperer, el régimen fomentó el uso de los nombres pseudogermánicos de los meses. La siempre entusiasta Luise Solmitz empezó a utilizarlos en su diario en lugar de los nombres tradicionales de origen latino: «Julmond», «Brechmond», etc.[242]

La publicidad y el diseño empezaron a incorporar símbolos nazis y a adoptar un estilo nazi apropiado.[243] Se prohibieron las agencias de publicidad extranjeras y se instauraron los mecanismos habituales para garantizar que los carteles y anuncios fueran «alemanes» en su contenido y estilo. Los anuncios de productos de consumo se adaptaron a la voluntad del régimen del mismo modo que lo hizo el arte más elevado.[244] Los objetos cotidianos adquirieron pronto un barniz político. En fecha tan temprana como marzo de 1933, el agudo Victor Klemperer se dio cuenta de que un tubo de pasta de dientes que acababa de comprar en la farmacia llevaba una esvástica.[245] Al cabo de poco, podían comprarse hueveras, horquillas, lápices o juegos de té decorados con esvásticas, y se podían regalar a los niños muñecos que emulaban camisas pardas, cajas de música en que sonaba el himno de Horst Wessel o rompecabezas que consistían en «ordenar las letras correctamente para formar el nombre de un gran líder: L-I-T-R-EH».[246] Los muebles de tubo de acero tan caros a la Bauhaus empleaban grandes cantidades de metal que ahora se necesitaba para producir armamento, de modo que, en un matrimonio de conveniencia entre ideología y economía, dieron paso a la madera lacada y a un estilo pseudonatural —pseudo porque a pesar de que tenían aspecto de haber sido realizados a mano, los muebles se producían cada vez más en cadena—.[247] El paisajismo y el diseño de jardines, áreas aparentemente más neutrales, no escaparon al proceso: las plantas y formas extranjeras pasaron de moda y se llevaba un estilo natural basado en especies alemanas.[248] Los coleccionistas de los cromos que se incluían en los paquetes de tabaco los podían pegar en

álbumes donde se representaba «la lucha por el Tercer Reich». Entre los cromos había retratos de Hitler hablando a una niña rubia («Los ojos del Führer, los ojos del Padre»), imágenes de «Hitler y la tecnología», Hitler y Hindenburg y, por supuesto, Hitler y los trabajadores.[249] Como se hacía notar en 1937 en una importante revista de arte nazi: «Más que las grandes obras individuales, son los pequeños objetos de la vida cotidiana los que conforman la atmósfera cultural de una época».[250]

La estetización de la política creó la ilusión de que los problemas sociales, económicos y nacionales habían sido resueltos de inmediato gracias a la voluntad. Esto distrajo la atención de la población de la dura realidad de la vida en una Alemania que en la primera mitad de los años treinta todavía sufría una fuerte crisis económica, y la dirigió a un mundo de fantasías y mitos, un entusiasmo coreografiado desde el Gobierno y sus políticas, el sentimiento de vivir en un mundo nuevo que, en muy buena parte, era, de hecho, una ilusión. En una cultura industrial avanzada como la de la Alemania de los años treinta, estas ilusiones se basaban en la resurrección de creencias pseudoarcaicas como el mundo «sangre y suelo», en los modelos artísticos clásicos, en la música tradicional tonal y en los edificios públicos sólidos y macizos; pero los medios utilizados fueron los más avanzados, desde la radio y el cine a las últimas técnicas de impresión y de construcción. En buena parte, éstos debían parecer sorprendentemente nuevos a la media de la población de los entornos rurales y las ciudades pequeñas de Alemania. Por encima de todo, la cultura nazi, dirigida por el Ministerio de Propaganda, pretendía aplastar el pensamiento y los sentimientos individuales y moldear a los alemanes en una masa obediente y disciplinada como la que aparecía en *El triunfo de la voluntad* de Riefenstahl.[251] El objetivo sólo se fue estableciendo gradualmente, en parte por la incertidumbre inicial sobre la dirección de la política cultural y, en parte, por las rivalidades dentro del mismo partido; pero en la notable radicalización de los años 1937 y 1938 se acabaron de definir los contornos de la política cultural nazi. Para entonces, Goebbels y su Ministerio de Propaganda controlaban prácticamente todos los órganos de creación de opinión de la sociedad alemana, los habían «coordinado», depurado de disidentes reales o potenciales, arianizado y puesto bajo control ideológico,

económico y administrativo. La «opinión pública» como tal había dejado de existir; las opiniones que se vertían en la gran pantalla, se emitían por radio o se imprimían en los diarios, revistas y libros eran, con muy pocas excepciones, las opiniones del régimen. La Gestapo y los administradores locales y regionales informaban con regularidad a Goebbels, Himmler y los otros dirigentes nazis sobre las opiniones de la población y así permitían al Ministerio de Propaganda emprender campañas con objetivos determinados para corregirlas si era necesario. La propaganda nazi era un complemento esencial del terror e intimidación nazi en la supresión de la oposición abierta y en la creación de un apoyo masivo para el régimen. En este aspecto, el Ministerio de Propaganda fue uno de los éxitos más evidentes del régimen.[252]

La penetración de la propaganda nazi fue tan profunda e impregnó tanto a los medios de comunicación de masas que llegó a afectar al lenguaje hablado y escrito de los alemanes. Desde su casa de Dresde, Victor Klemperer empezó a reunir un dossier sobre la lengua nazi—*LTI. La lengua del Tercer Reich*—. Las palabras que en una sociedad normal y civilizada tenían una connotación negativa adquirieron, bajo el nazismo, un sentido opuesto; de este modo, palabras como «fanático», «brutal», «implacable», «intransigente» e «inflexible» se convirtieron en motivo de bendición en vez de desaprobación. La lengua alemana se convirtió en una lengua de superlativos, de modo que todo lo que el régimen hacía era lo mejor y lo más grande, sus logros no tenían precedentes, eran únicos, históricos e incomparables. Las estadísticas del Gobierno experimentaron una inflación que las llevaron más allá de los límites de lo que era plausible. Las decisiones siempre eran finales, los cambios se hacían para siempre. La lengua que se empleaba para hablar de Hitler, apuntó Klemperer, estaba infestada de metáforas religiosas; la gente «creía en él», él era el redentor, el salvador, un instrumento de la Providencia, su espíritu residía en la nación alemana, el Tercer Reich era el reino eterno del pueblo alemán, y los que habían muerto por su causa eran mártires. Las instituciones nazis se convirtieron en parte de la lengua alemana a través de abreviaciones y acrónimos hasta llegar a ser una dimensión más de la vida cotidiana en la que no había que pensar. Por encima de todo, quizá, el nazismo empapó la

lengua alemana de metáforas de la batalla: la batalla por el empleo, la lucha por la existencia, el combate por la cultura. En manos del aparato propagandístico nazi, la lengua alemana se volvió estridente, agresiva y marcial. Los asuntos más triviales se describían en términos más adecuados para el campo de batalla. El lenguaje también empezó a ser movilizado para la guerra.[253]

Si el lenguaje estructura la sensibilidad, y las palabras de que dispone una sociedad establecen los límites de lo que se puede pensar, el Tercer Reich iba en camino de eliminar la posibilidad de pensar en la oposición y la resistencia, y mucho menos de expresarla. Con todo, la inteligencia de la mayoría de alemanes, por supuesto, se había formado mucho antes de la llegada de Hitler al poder, y tradiciones culturales de peso como las que compartían millones de católicos, socialdemócratas y comunistas no se podían borrar de la faz de Alemania de la noche a la mañana. Incluso entre los millones de votantes de Hitler en 1932 y 1933 había muchos, quizá la mayoría, que no comulgaban con todo el paquete de la ideología nazi. Muchos votantes de clase media habían votado por el Partido Nazi porque en las campañas electorales de comienzos de los años treinta los nazis habían sido deliberadamente ambiguos sobre lo que se proponían hacer una vez hubieran alcanzado el poder. El voto nazi en 1932 fue, por encima de todo, un voto de protesta, más negativo que positivo. Por muy poderosa, sofisticada y persuasiva que fuera, la maquinaria de propaganda de Goebbels no podía convencer a la gente de abandonar sus más apreciados valores en el magnífico mundo nuevo del Tercer Reich de Hitler. Además, mucha gente empezó a encontrar fastidiosas las constantes demandas de aclamación popular de las políticas y los dirigentes del régimen. «La gran hiperactividad en el campo de las políticas culturales—informó la Gestapo del distrito de Potsdam en fecha tan temprana como agosto de 1934—se siente en parte como una obligación cargante, y por esta razón o bien es rechazada o bien es saboteada». Las iniciativas culturales locales habían sido ahogadas por la creación de grandes organizaciones de masas en el proceso de «coordinación». La introducción del principio de liderazgo sólo sirvió para empeorar las cosas. «Es objeto de intrigas, y así nada se convierte en un éxito, que siempre es individual».[254]

La aclamación popular que solicitaba el régimen en ocasiones como el cumpleaños de Hitler, los plebiscitos y elecciones, el Primero de Mayo y otros festivos se prestaba más por miedo que por entusiasmo, y la gente empezaba a cansarse de tener que acudir constantemente a mítines y manifestaciones, informaba la oficina de la Gestapo del distrito de Potsdam dos meses después, en octubre de 1934.[255] Como hemos visto, los esfuerzos de Goebbels para hacer que la propaganda resultara interesante en la radio, el cine, la literatura y las artes acabaron aburriendo a la población, porque la iniciativa creadora individual había sido ahogada, la variedad de la vida cultural había sido reducida drásticamente por la censura y la monotonía de la oferta cultural nazi se volvió rápidamente tediosa. A pesar de que los que asistían eran por definición los más fanáticos y entusiastas partidarios de Hitler, también las concentraciones del partido en Nuremberg perdieron pronto su poder de inspiración. Como informaron en 1937, con un poco de exagerado optimismo, agentes socialdemócratas en Alemania a la cúpula del partido exiliada en Praga:

> En los primeros dos o tres años, la moral de los nazis estaba en su punto más alto, y la población todavía prestaba atención a los anuncios del Führer, que habitualmente resultaban sorprendentes. Cuando columnas de activistas del partido desfilaban hacia las estaciones de ferrocarriles, era frecuente observar a grupos de mujeres y hombres en las calles, y especialmente de gente joven, que vitoreaban a los soldados del partido con entusiasmo. Todo esto ha desaparecido. A la larga, se ha vuelto aburrido. Los discursos trillados se han vuelto demasiado familiares. Los antiguos votantes de Hitler ya no ven en el partido una fuerza redentora, sino el opresor aparato de poder de una organización implacable que no es capaz de nada. El pueblo deja que las divisiones del partido que marchan hacia Nuremberg desfilen en silencio. Aquí y allá se oyen gritos de «*heil*!» por parte de algún admirador pertinaz, pero éstos se arrastran tímidamente, porque nadie los corea. En lo que respecta a la población, el tema de la propaganda es como todo lo demás, sólo un modo de sacarles dinero, nada más. Siempre la misma imagen: las columnas marciales desfilan entre grupos que levantan banderas. Unas veces menos, otras veces más. La gente les lanza una mirada y sigue su camino.[256]

Por consiguiente, Goebbels parecía haber fracasado en gran medida en su objetivo de provocar una movilización espiritual genuina y a largo plazo del pueblo alemán. Lo que había conseguido, excepto por un grupo relativamente pequeño de activistas nazis fanáticos, era el tipo de conformismo gris que en 1933 le parecía tan insatisfactorio.[257]

La propaganda nazi fue más efectiva en los puntos en que se producía una coincidencia entre la ideología nazi y otras ideologías. Ésta fue mayor en algunos grupos y áreas que en otros. Entre la clase alta conservadora y nacionalista la coincidencia era tan considerable que hombres como el vicecanciller, Franz von Papen, el ministro de Defensa, Werner von Blomberg, el de Justicia, Franz Gürtner, y el de Finanzas, Lutz Schwerin von Krosigk, formaron de buena gana coalición con los nazis en 1933 y permanecieron en ella, fueran cuales fueran sus reservas, en los años siguientes. Algunos, como Papen, se dieron cuenta gradualmente de que las diferencias entre sus convicciones y las de los nazis eran mayores de lo que habían pensado en un primer momento; otros, como Gürtner, se fueron conformando poco a poco por el impacto de la propaganda y la presión de los acontecimientos. Entre los alemanes de clase media, la ofensiva propagandística del régimen contra el «marxismo» y el comunismo encontró un apoyo importante, ayudado por la reacción contraria a la violenta retórica revolucionaria de los paladines del comunismo sobre una «Alemania soviética» y la lealtad ideológica inalterable de los socialdemócratas a las teorías marxistas sobre el derrocamiento socialista de las instituciones de la sociedad capitalista. El resentimiento nacionalista por las condiciones de paz de 1919, la creencia en la necesidad de unir Alemania en un renacimiento del espíritu de 1914 después de las divisiones tan profundas y dañinas de los años de Weimar, y el anhelo de disponer de un líder fuerte en la tradición de Bismarck eran todavía más habituales. Del mismo modo, aunque nunca caló con fuerza entre la clase trabajadora organizada, el antisemitismo se había difundido en la cultura alemana durante la República de Weimar, la creencia en la inferioridad de los eslavos era compartida por prácticamente todo el mundo, incluso por los comunistas, y la convicción de que los negros eran inferiores era prácticamente universal.

En todas estas áreas, la propaganda nazi podía construirse sobre creencias y valores preexistentes y crear un nuevo consenso que abarcara a la mayoría de la población alemana, aunque apenas podía alcanzar la aceptación universal en las áreas colindantes. Además, el énfasis nazi en determinados acontecimientos podía atraer a la gente si se apelaba a sus

miedos y prejuicios. Por ejemplo, a primera vista, la explicación que el régimen dio del incendio del Reichstag en 1933 no fue especialmente plausible, y, en efecto, fue desmentida públicamente en el juicio. Aun así, a la gente que ya albergaba un temor hacia los comunistas se la podía convencer con facilidad de que, al quemar la cámara baja de la nación, Van der Lubbe había sido una herramienta de una conspiración revolucionaria. Del mismo modo, los asesinatos cometidos por orden de Hitler y Göring en la Noche de los Cuchillos Largos estaban descaradamente fuera de la ley; pero la tradición alemana de tratar la Ley como una creación del Estado y el temor difundido a la violencia revolucionaria que los camisas pardas parecían estar preparando se combinaron para convencer a la mayoría de la población de la legitimidad de las acciones de Hitler. En efecto, el régimen consiguió en un espacio de tiempo muy corto elevar a Hitler a un estatus de inviolabilidad casi mítica, desviando las críticas y el descontento hacia sus subordinados y proyectando en él toda suerte de esperanzas y deseos poco realistas. Hitler se convirtió en el Führer que estaba por encima del partido, casi por encima de la política. Para la gran mayoría de alemanes, incluidos millones de católicos recalcitrantes y de miembros de las comunidades de clase trabajadora, Hitler era el Führer que no podía equivocarse.[258]

Ahí donde la propaganda nazi se topó con actitudes profundamente arraigadas le fue mucho más difícil ejercer un impacto. Del mismo modo, tuvo mucho más éxito entre la gente cuyas opiniones no tenían una formulación muy fuerte, es decir, sobre todo entre los jóvenes. Además, dijera lo que dijera la propaganda, la población tenía una idea muy clara de la realidad de la situación económica y social. No era difícil que desconfiaran de las pretensiones del Ministerio de Propaganda. La proclamación de la abolición de la diferencia de clases, la creación de una comunidad nacional unificada o la recuperación milagrosa de la economía les decían poca cosa si su propia situación seguía sin mejorar de forma ostensible desde las grandes penalidades de principios de los años treinta. En otras palabras, cuando trataba de cuestiones específicas como la economía o la situación de Alemania en el mundo, la propaganda dependía del grado de relación que mantuviera con la verdad para resultar efectiva. El éxito comportaba apoyar al régimen y creer en sus objetivos, el fracaso

creaba escepticismo sobre sus pretensiones y dudas sobre sus políticas.[259] Aun así, afirmaban los nazis, el tiempo estaba de su parte. El dominio sobre el pensamiento y las acciones de los alemanes no sólo dependía del poder y sofisticación de la propaganda en el presente. A largo plazo, la remodelación del sistema educativo crearía una nueva generación de jóvenes alemanes que no habrían conocido un sistema de valores alternativo al del nazismo. Con todo, existía todavía un área en que tales valores alternativos persistían, más allá del marxismo, el socialismo y todos los credos políticos y sociales que habían sido exterminados. La religión. Por razones de oportunidad política y por precaución, el Tercer Reich dejó de atacar a las Iglesias y a sus instituciones seculares dependientes en 1933. Pero cuando empezó a sentirse más confiado empezó a dirigir su atención al cristianismo y a buscar el medio de adaptarlo a una forma más conveniente para la nueva Alemania, o, si esto no funcionaba, de acabar del todo con él.

3

CONVIRTIENDO ALMAS

CUESTIÓN DE FE

I

Los nazis aborrecían la división religiosa existente en Alemania y, en un paralelo evidente con su política de «coordinación» de las áreas laicas de la política, la cultura y la sociedad, muchos deseaban la formación de una sola religión nacional con una sola Iglesia nacional. Creían que la República de Weimar había profundizado las divisiones, con agrias disputas sobre cuestiones como educación, beneficencia, parejas mixtas y procesiones religiosas locales que socavaban la voluntad de la nación.[1] La Iglesia Evangélica alemana parecía el vehículo ideal para que los nazis lograran la unificación religiosa del pueblo alemán. Con la unificación de los credos luterano y calvinista a principios del siglo XIX, la Iglesia Evangélica no debía lealtad a un cuerpo o institución situado fuera de Alemania, como sucedía con la católica respecto del Vaticano. Se trataba de una Iglesia extremadamente conservadora desde el punto de vista político. En los días del Reich de Bismarck se convirtió en un brazo más del Estado; el rey de Prusia, también emperador de Alemania, era el jefe de la Iglesia Evangélica en Prusia, y no ocultaba su deseo de que ésta se mostrara leal con las instituciones. Los nacionalistas alemanes veían el Reich alemán como un Estado protestante, una creencia que se había expresado de modos muy distintos a lo largo de las décadas, desde la persecución de los católicos por parte de Bismarck en la década de 1870 a la hostilidad muy extendida y a veces mortal hacia los curas católicos mostrada por las tropas alemanas durante la invasión de Francia y Bélgica en 1914. El clero protestante alemán había presentado la Primera Guerra Mundial como una cruzada religiosa contra la Francia y la Bélgica católicas y la Rusia ortodoxa, y era evidente que, para muchos, el nacionalismo y el protestantismo eran dos caras de la misma moneda ideológica.[2]

Un ejemplo característico de la fusión de patriotismo, militarismo y religiosidad en la tradición del protestantismo alemán nos lo proporciona el pastor de Berlín Martin Niemöller, nacido en 1892 e hijo de un pastor luterano, aunque bautizado como calvinista. Niemöller fue cadete en la Armada alemana, sirvió en la tripulación de submarinos durante la Primera Guerra Mundial y llegó a asumir el mando de uno en junio de 1918. Sus recuerdos de la guerra no son una obra maestra de la literatura pero, como ejemplifica el deleite que siente por el hundimiento de un mercante enemigo, exudan un entusiasmo comparable al de *Tempestades de acero* de Ernst Jünger. Después de atracar en el puerto de Kiel tras escuchar por radio la noticia del final de la guerra y el derrumbe de la monarquía a finales de noviembre de 1918, se sintió, como escribió más tarde, «extranjero» en su propio país. No existía un «lugar de reunión» para los hombres que creían en la nación y que se oponían a los «coreógrafos de la "Revolución"».[3] Durante un periodo que pasó trabajando en una granja se convenció de que estaba obligado a participar en el rescate de su nación de la catástrofe espiritual en que estaba sumida y empezó a prepararse en Westfalia para ejercer de pastor. Como miembro de la liga de estudiantes de los nacionalistas alemanes, participó en el abortado *putsch* de Kapp contra la República en marzo de 1920. También tomó parte en la creación de un Cuerpo Libre de estudiantes compuesto por 750 hombres para luchar contra el Ejército Rojo, formado en la región por grupos de izquierdas. Más adelante, se mezcló con otro grupo paramilitar de extrema derecha, la Organización Escherich. En 1923, Niemöller y sus hermanos llevaron a brazos el féretro del saboteador nacionalista Albert Leo Schlageter, muerto por el Ejército francés en Düsseldorf durante la ocupación del Ruhr.[4]

Sin duda alguna, Niemöller se oponía a la República de Weimar y rechazaba los tratados de paz de 1919. Pero su receta para la renovación nacional era, además de política, espiritual. Durante la gran inflación de 1923 obtuvo un empleo subvencionado por el gobierno como capataz en los ferrocarriles para mantener a flote a su familia y, más tarde, se afilió a la división de asistencia social de la Iglesia Protestante, la Misión Interior, lo que le aportó un gran conocimiento de los problemas sociales de Alemania, una experiencia de gestión muy valiosa y una red de contactos dentro de la

comunidad protestante a lo largo y ancho del país. En 1931 alcanzó el puesto de tercer pastor de un barrio residencial de alto copete de Berlín, Dahlem. Como era habitual entre los pastores, prestó tanto atención a los criados y a los trabajadores de las haciendas, la clase baja del distrito, como a las familias ricas y cultivadas que habitaban sus villas espaciosas y elegantes. Los pastores de derechas y populistas como Niemöller eran especialmente susceptibles de sentirse atraídos por los nazis, y en marzo de 1933 Niemöller votó a Hitler. En 1931 pronunció un discurso por radio reclamando la necesidad urgente de un nuevo líder nacional, y en 1933 creyó que éste había llegado en la persona de Adolf Hitler. Los sermones que pronunció en ese periodo adoptaban la llamada nazi a una cristiandad unida, positiva, que superara las divisiones religiosas que infestaban Alemania desde hacía tantos años. También dio pábulo a la pretensión nazi de que los judíos habían ejercido una pésima influencia durante la República de Weimar. En 1935 pronunció un sermón sobre la influencia venenosa de los judíos en la historia mundial, resultado, creía, de la maldición que pesaba sobre ellos desde la crucifixión.[5]

Para los nacionalistas protestantes como Niemöller el enemigo era el marxismo, ya fuera en su variante comunista o en la socialdemócrata. Su ateísmo había estado descristianizando a la clase trabajadora desde mucho antes de finales del siglo XIX.[6] Muchos protestantes, incluidas figuras como el obispo luterano Theophil Wurm, vieron con la llegada del Tercer Reich una oportunidad para revertir finalmente esta tendencia, especialmente gracias al punto 24 del programa del Partido Nazi, que presentaba el movimiento en términos de «cristiandad positiva» y anunciaba su lucha contra el «materialismo judío». Y, en efecto, en los primeros meses del Tercer Reich, pastores protestantes entusiastas celebraron un buen número de bautizos colectivos de niños que no habían sido bautizados durante los años de Weimar y de bodas simultáneas de camisas pardas que durante el antiguo régimen sólo se habían casado por lo civil.[7] Los protestantes, unos 40 millones de personas, casi dos tercios de la población total del Reich, proporcionaron al Partido Nazi su reserva más amplia de votos en sus triunfos electorales de comienzos de los años treinta. Un número sustancial de votantes nazis eran antiguos partidarios del partido protestante por

antonomasia, el Nacionalista. Los nazis se aprovecharon de ello. En 1933 organizaron grandes celebraciones del 450º aniversario del nacimiento de Martín Lutero, manipulando su memoria para convertirlo en un precursor del movimiento.[8] Eventos pseudorrestauracionistas como el Día de Potsdam de marzo de 1933, celebrado intencionadamente en la Iglesia de la Guarnición para subrayar la simbiosis de la religión protestante y la tradición prusiana, ejercieron una atracción muy fuerte sobre muchos protestantes.[9]

A la luz de lo dicho, y especialmente a la luz de una larga historia de control estatal, no puede sorprender que desde 1933 se realizaran movimientos muy serios para nazificar la Iglesia Evangélica. Hitler había albergado la ambición de convertirla en una nueva Iglesia nacional que proporcionara al régimen nuevas doctrinas raciales y nacionalistas y se ganara a las masas católicas para la causa nazi.[10] Los «Cristianos Alemanes» desempeñaron un papel protagonista en este proceso. Se trataba de un grupo de presión organizado en mayo de 1932 por partidarios de los nazis entre el clero. No eran en absoluto una minoría despreciable. A mediados de los años treinta sumaban unos 600.000 miembros de la Iglesia Evangélica. En fecha tan temprana como noviembre de 1932 obtuvieron un tercio de los representantes en las elecciones de la Iglesia prusiana. Estos resultados les pusieron en situación de intentar tomar el control de la Iglesia, intención que anunciaron en una gran reunión celebrada en Berlín a principios de abril de 1933. Del mismo modo que el gobierno centralizaba la estructura federal de Alemania mediante la «coordinación» de los estados federados, los Cristianos Alemanes presionaron para que se aboliera la estructura federal de la Iglesia Evangélica en veintiocho iglesias regionales autónomas y su sustitución por una «Iglesia del Reich» bajo control nazi. Con el apoyo manifiesto de Hitler, esta Iglesia se creó a su debido tiempo; el candidato de la mayoría para el puesto de obispo del Reich, Fritz von Bodelschwingh, fue defenestrado al cabo de pocas semanas en el cargo, y fue sustituido por el candidato nazi, Ludwig Müller. Los Cristianos Alemanes obtuvieron una victoria aplastante en las elecciones de la Iglesia celebradas el 23 de julio de 1933 con la ayuda de una gran campaña de propaganda del ministerio de Goebbels y de la prensa.[11]

Estos movimientos propiciaron el dominio de un sector de los protestantes cuyo objetivo declarado desde mucho antes de la llegada nazi al poder era la oposición a la «misión judía en Alemania», el rechazo al «espíritu del cosmopolitismo cristiano» y la lucha contra el «mestizaje racial» como parte de su proyecto de establecer «una fe en Cristo adecuada para nuestra raza».[12] Estas ideas contaban con un respaldo amplio entre el clero y los teólogos protestantes. En abril de 1933 la Iglesia Protestante de Baviera ordenó que el día del cumpleaños de Hitler ondearan banderas en todos sus edificios. En el verano de ese año las congregaciones ya empezaban a estar acostumbradas a ver a los pastores del grupo Cristianos Alemanes pronunciando sus sermones en uniforme de las SA o las SS en lugar de la indumentaria tradicional y asistiendo a la celebración de servicios especiales para bendecir banderas u otros emblemas de los camisas pardas, cuya presencia uniformada en los servicios añadía ahora un claro elemento de intimidación a las deliberaciones de la Iglesia Evangélica en todos los niveles. Sin embargo, los Cristianos Alemanes nunca fueron unos oportunistas guiados por el miedo; por el contrario, representaban la culminación extrema de la vieja identificación del protestantismo alemán con el nacionalismo. Pronto procedieron a colgar con entusiasmo esvásticas en sus iglesias, a grabar símbolos nazis en las campanas de las iglesias y a organizar ritos y ceremonias para celebrar la simbiosis entre la fe protestante y el Tercer Reich.[13]

Entre otros factores, la «coordinación» de la Iglesia Protestante fue adelante gracias a la designación del abogado August Jäger como comisionado del Estado para las Iglesias Evangélicas de Prusia. Jäger declaró que Hitler estaba completando lo que Lutero había empezado. «Ambos», afirmó, coincidían en su trabajo «para la salvación de la raza alemana». Jesús representaba «un estallido de las razas nórdicas en un mundo torturado por síntomas de degeneración».[14] De acuerdo con el «principio de liderazgo», Jäger disolvió los cuerpos electos de la Iglesia prusiana y sustituyó muchos de sus cargos por Cristianos Alemanes. Mientras tanto, el obispo del Reich Ludwig Müller había tomado el control de la sede de la administración de la Iglesia Evangélica con la ayuda de un grupo de camisas pardas. A partir de septiembre se ejerció una presión cada

vez más fuerte para echar a todos los judíos que trabajaban para la Iglesia.[15] Buena parte de la presión la ejercían los pastores de base. Especialmente los jóvenes pastores que procedían de entornos de clase media baja y de familias sin formación académica, hombres para quienes la experiencia de la guerra había sido determinante en sus vidas, y los pastores conscientes de la raza procedentes de las áreas fronterizas con el Este, para quienes el protestantismo representaba la cultura alemana frente al catolicismo de los polacos o la fe ortodoxa de los rusos. Estos hombres deseaban una Iglesia militante basada en la propagación agresiva del Nuevo Testamento, una Iglesia cruzada cuyos miembros fueran soldados de Jesús y de la patria, duros, severos, intransigentes. Una cristiandad tan musculosa atraía particularmente a los jóvenes que despreciaban la feminización de la religión mediante la caridad, la asistencia y la compasión. Para estos hombres, el énfasis tradicional en el pecado y la penitencia, con la insistencia en imágenes de Cristo sufriendo y de la transfiguración, era anatema. En lugar de estas imágenes, querían ver a un Cristo que representara un ejemplo heroico para los alemanes en el mundo del aquí y ahora. Para ellos, Hitler adquirió el papel de redentor nacional que llevaría a cabo la recristianización de la sociedad junto con su renacimiento nacional.[16]

II

Veinte mil Cristianos Alemanes se reunieron el 13 de noviembre de 1933 en el Palacio de Deportes de Berlín para jalonar su triunfo dentro de la Iglesia Protestante y exigir la expulsión de los pastores que todavía no se hubieran declarado a favor del nuevo régimen. El administrador regional de la Iglesia, Reinhold Krause, pidió en la misma reunión la eliminación del Antiguo Testamento «judío» de la Biblia cristiana y la depuración de la «teología de la inferioridad del rabino Pablo» en el Nuevo Testamento. Krause afirmó que el espíritu de Cristo estaba estrechamente relacionado con el espíritu nórdico. También la cruz, añadió, era un símbolo judío, intolerable para el nuevo régimen.[17] Pero su discurso no estaba libre de contradicciones. Aunque era políticamente conservador, buena parte del

clero protestante creía que la piedra angular de la Iglesia tenía que ser la religión, no la raza. Los pastores protestantes empezaron a albergar una preocupación creciente por la rápida nazificación de la Iglesia y su consiguiente pérdida de autonomía. En abril de 1933 el teólogo berlinés de veintisiete años Dietrich Bonhoeffer habló en defensa del estatus de igualdad para los judíos conversos. Bonhoeffer intervino en la fracasada organización de la oposición a los Cristianos Alemanes en las elecciones de la Iglesia. Los pastores opositores empezaron pronto a organizarse en grupos en los sínodos regionales. Entre éstos estaba Martin Niemöller, quien, a pesar de su simpatía por el régimen, consideraba ahora que la politización racista de la Iglesia era una amenaza para su concepción tradicionalista de la cristiandad protestante. En septiembre de 1933 montó la Liga de Emergencia de los pastores. Liderada por Bonhoeffer y Niemöller, a finales de 1933 la liga se había ganado la lealtad de cerca de 6.000 pastores. Las organizaciones diocesanas autónomas empezaron a reorganizarse como consecuencia de esta protesta, dando la vuelta a su previa «coordinación» en un cuerpo centralizado de alcance nacional.[18]

El movimiento rebelde se propagó sobre todo entre los pastores de clase media procedentes de entornos académicos. Una cuarta parte del grupo de pastores de Berlín que se añadieron y permanecieron con los rebeldes procedían de familias de teólogos o de pastores; para ellos, el servicio en la guerra no había sido una experiencia que les hubiera transformado y, a pesar de su nacionalismo, consideraban que la religión era lo primero. Sólo un 5 por 100 eran miembros del Partido Nazi, por un 40 por 100 de los pastores del grupo de Cristianos Alemanes de Berlín. Muchos de los rebeldes procedían de las provincias del centro de Prusia, lejos de las disputadas fronteras étnicas de Alemania. Rechazaban las innovaciones teológicas de los Cristianos Alemanes desarrolladas fuera de las Escrituras, y basaron su movimiento en el establecimiento de grupos de estudio de la Biblia, donde las mujeres eran mayoría, en contraste con el movimiento de los Cristianos Alemanes, dominado por los hombres. Las creencias básicas de los rebeldes se basaban en una piedad que viró cada

vez más hacia un fundamentalismo bíblico, un factor que repugnaba a los escasos pastores que habían sido liberales o socialdemócratas y que, por esta razón, se mantuvieron al margen del movimiento.[19]

El obispo del Reich Müller intentó boicotear a los rebeldes prohibiendo la mención de la disputa en los sermones, emprendiendo acciones disciplinarias contra los disidentes y fusionando las organizaciones de jóvenes protestantes, con más de un millón de miembros, con las Juventudes Hitlerianas. Al mismo tiempo, en un intento de demostrar su imparcialidad, dimitió del movimiento de los Cristianos Alemanes. Pero fue inútil. Los pastores opositores desafiaron sus órdenes y hablaron desde sus púlpitos en contra de la «cristiandad nazificada». Rechazaron la Iglesia del Reich en conjunto y fundaron un cuerpo rival, la Iglesia Confesional, que en una reunión en Barmen en mayo de 1934 adoptó una declaración de principios inspirada por el teólogo Karl Barth en que se repudiaba el «Parágrafo Ario» y se expresaba su fe en la Biblia. Barth, que era suizo pero residía en Bonn, fue obligado a abandonar Alemania y regresar a su país natal, desde donde siguió ejerciendo una influencia considerable entre sus seguidores con unos escritos en que llamaba a los protestantes a resistir ante la intrusión del régimen y regresar a una religión pura basada en la Biblia.[20]

Estos acontecimientos tuvieron como consecuencia que el obispo del Reich Müller se viera obligado a expulsar a Krause al cabo de poco de la concentración del Palacio de Deportes y a abandonar las medidas disciplinarias que había adoptado para someter a los rebeldes, sumiendo en el desorden al movimiento de los Cristianos Alemanes y abriendo un periodo de disputas internas que se alargaría durante más de un año. La posición de Müller como obispo del Reich perdió significado con la creación por parte de la Iglesia Confesional de una «Gestora Provisional de la Iglesia Evangélica Alemana» el 22 de noviembre de 1934.[21] Un predicador adherido a la Iglesia Confesional proclamó: «Los hombres que ahora nos gobiernan sólo hablan por sus propios hechos y egos; ya no se habla del temor de Dios, y es por esta razón que el Tercer Reich no puede durar». Un pastor de Franconia afirmó en un sermón dominical que «un cristiano como es debido no puede ser al mismo tiempo nacionalsocialista,

y un nacionalsocialista como es debido no puede ser al mismo tiempo cristiano». Martin Niemöller pronunció una serie de sermones cuya hostilidad hacia el régimen no dejaba lugar a dudas. Ante la congregación de su parroquia de Dahlem, que por lo menos en una ocasión había alcanzado la cifra de 1.500 personas, Niemöller nombró explícitamente a Goebbels, Rosenberg y Gürtner como los responsables del encarcelamiento de pastores refractarios y leyó en voz alta los nombres de los pastores que habían sido detenidos o acallados; el 30 de enero de 1937, cuarto aniversario del nombramiento de Hitler como canciller del Reich, pronunció un sermón en que describía el encarcelamiento del apóstol Pablo, y rezó por los no arios que habían sido privados de sus empleos. La Gestapo informó con cierta preocupación de que 242 parroquias del distrito de Potsdam no habían izado la esvástica el 9 de noviembre de 1935, aniversario del *putsch* de la cervecería en Munich de 1923.[22] Los regímenes políticos pasaban, afirmó otro pastor; sólo Dios era eterno. La Gestapo denunció que en ocasión de tales sermones, la congregación solía estar formada por enemigos de todo tipo del nacionalsocialismo, no sólo por «viejos funcionarios» que no se podían «adaptar», por grandes propietarios y similares, sino que también había francmasones y «algunos antiguos comunistas» que se habían «descubierto repentinamente como feligreses redomados».[23] El informe de la Gestapo recogía una canción que iba de boca en boca en Marburg:

> Una vez fuimos comunistas
> Cascos de Acero y del SPD
> Hoy somos Cristianos Confesionales
> Y combatimos al NSDAP.[24]

Elementos opositores empezaron a gravitar en torno a la Iglesia Confesional. A algunos les parecía una amenaza seria para el régimen nazi.[25]

Con todo, la Iglesia Confesional nunca se convirtió en un centro de oposición como sí lo fue la Iglesia Protestante de la República Democrática Alemana a finales de los años ochenta del siglo XX. Hitler y los cabecillas nazis todavía consideraban que la religión era un área demasiado sensible

como para apoyar en serio las políticas de Müller. El intento de Jäger de expulsar de sus puestos a los obispos Wurm y Meiser, por ejemplo, provocó grandes protestas públicas en las que participaron miembros del partido, y hubiera significado además enemistarse con muchos de los partidarios nazis de las zonas agrícolas de Württemberg y la Franconia. Los obispos fueron rehabilitados.[26] Los dirigentes nazis se vieron obligados en consecuencia a aceptar el fracaso del intento de los Cristianos Alemanes de «coordinar» la Iglesia Evangélica desde dentro. Además, muchas figuras destacadas de la Iglesia Confesional declararon enérgicamente su lealtad al Tercer Reich y negaron que sus actividades tuvieran contenido político. En 1934, en el momento álgido del conflicto, Dietrich Bonhoeffer, uno de los pensadores más radicales de la Iglesia Confesional, protagonizó una excepción al adoptar una línea crítica y afirmar: «Los soñadores e ingenuos como Niemöller todavía creen que son auténticos nacionalsocialistas». Pocos miembros de la Iglesia, pensaba Bonhoeffer, desarrollarían su compromiso durante una amplia resistencia al nazismo que acabaría siendo necesaria.[27] En cualquier caso, en 1937 la Iglesia Protestante o bien seguía profundamente dividida entre los Cristianos Alemanes y la Iglesia Confesional, como en Berlín, Westfalia y Renania, o bien seguía dominada por los Cristianos Alemanes, como en la mayoría de puntos del norte de Alemania. Muchos protestantes de base estaban aburridos de las peleas internas y abandonaron del todo su implicación en la Iglesia; para la mayoría silenciosa, el fundamentalismo bíblico y la cristiandad nazificada eran igualmente repelentes.[28]

Además, la causa más importante de la pelea, la demanda de los Cristianos Alemanes de expulsar de la Iglesia a los definidos racialmente como no arios, no consistía en un rechazo por principios al antisemitismo por parte de los pastores confesionales, sino que éstos sólo oponían un matiz. La Iglesia Confesional creía que los judíos bautizados ya no eran, por definición, judíos y no se preocupaba por los no bautizados. El mismo Niemöller declaró públicamente en 1935 que los judíos estaban condenados para la eternidad porque habían causado la crucifixión de Cristo. Aun así, utilizó el mismo argumento para pedir que se frenara la persecución de los judíos en el Tercer Reich: si Dios los había juzgado, los hombres no podían

intervenir con su propio odio y, en cualquier caso, ¿no había dicho Jesús a los cristianos que debían amar a sus enemigos? Niemöller intentaba de este modo volver los argumentos de los nazis en su contra. Los judíos, declaró, se habían envanecido tanto de su identidad racial como «semilla de Abraham» que no podían obedecer al espíritu de Jesús; y ahora el orgullo racial estaba haciendo que los alemanes siguieran el mismo camino, abriendo así la puerta a ser malditos por toda la eternidad. Vistos retrospectivamente, tales argumentos pueden parecer antisemitas, pero en el contexto de la época tuvieron consecuencias muy diferentes.[29] Los pastores que bautizaban a niños judíos o predicaban las virtudes del Antiguo Testamento eran difamados por los Cristianos Alemanes como «pastores judíos» y tuvieron que soportar la acometida de invectivas constantes e insultos por parte de sus oponentes. En los años treinta, la diferencia entre los Cristianos Alemanes y la Iglesia Confesional era considerable.[30]

En tanto que institución del Estado, la Iglesia Evangélica tuvo que adoptar en 1933 el «Parágrafo ario» y expulsar a los dieciocho pastores a los que éste se podía aplicar (otros once quedaron exentos porque habían participado en la Primera Guerra Mundial). Durante muchas décadas se había dedicado a convertir judíos al cristianismo, pero estos esfuerzos se encontraban con un rechazo cada vez mayor dentro de la misma Iglesia. En efecto, la Iglesia Confesional se creó en parte como protesta contra estas acciones, que provocaron una gran hostilidad entre algunos pastores locales. Muchos legos protestantes encontraban perturbador el antisemitismo racial declarado de los Cristianos Alemanes. El novelista, poeta y periodista de radio Jochen Klepper, cuya esposa era judía, empezó a lamentar el antisemitismo del régimen en marzo de 1933. La «revolución nacional» estaba creando nada menos que «una atmósfera de pogromo», apuntó en su diario. Para Klepper, un protestante devoto, el antisemitismo, lejos de ser un compañero natural de la cristiandad, era la negación de su herencia bíblica: «No soy antisemita—escribió—, porque ningún creyente puede serlo. No soy filosemita, porque ningún creyente puede serlo. Pero creo en el Misterio de Dios, manifestado por Él a los judíos, y por esta razón no puedo sino sufrir porque la Iglesia tolera lo que está sucediendo en este momento».[31]

Aun así, las consideraciones políticas entre los que estaban asumiendo responsabilidades en la resistencia institucional a los Cristianos Alemanes exigían prudencia. Incluso Niemöller instó a los pastores no arios a que fueran «moderados».[32] En un reflejo de la tendencia habitual a culpar a cualquiera excepto a Hitler, otro pastor de la Iglesia Confesional emparejó su crítica al principio de liderazgo en la Iglesia con la advertencia de que Dios les había proporcionado el Führer; no era Hitler sino el obispo del Reich quien era responsable de todos los problemas.[33] Además, si algunas congregaciones rurales se acercaban en masa a la Iglesia Confesional, era, en general, porque «la gente del campo parece querer celebrar sus ritos religiosos del modo tradicional; por lo que respecta a ellos, forman parte de las costumbres rurales y abandonarlas les parece inimaginable», según un informe de la Gestapo del distrito de Potsdam. Lo que se puede aplicar a los distritos rurales se podría aplicar también a las congregaciones menguantes de los pueblos y ciudades, abandonadas por la clase trabajadora pero todavía frecuentadas por artesanos conservadores, burgueses y círculos aristocráticos. El informe de la Gestapo añadía que el régimen no había hecho lo suficiente para superar tan innato tradicionalismo.[34] Pero era difícil ver qué más se podía hacer en realidad. Las tentativas de los Cristianos Alemanes de crear una síntesis entre el protestantismo alemán y el racismo nazi habían fracasado definitivamente.[35]

III

Mientras, los líderes de la Iglesia Confesional, como Niemöller, fueron puestos bajo vigilancia y se empezó a multiplicar el acoso oficial contra los pastores confesionales, acciones aumentadas por los intentos a veces violentos de recuperación de parroquias concretas por parte de los Cristianos Alemanes, que siguieron contando con la fidelidad de muchos protestantes hasta 1945.[36] El fracaso del régimen a la hora de someter a la Iglesia no era algo fácil de asumir. Hitler abandonó a regañadientes su ambición de convertirla en la Iglesia oficial del Estado del Tercer Reich. En lugar de eso, ordenó la creación de un nuevo Ministerio para Asuntos Religiosos, establecido en julio de 1935 bajo el mando de Hanns Kerrl, de

cuarenta y ocho años, miembro del partido desde 1925 y ministro prusiano de Justicia desde 1933 hasta la disolución del ministerio el año siguiente. El nuevo ministerio contaba con amplios poderes y Kerrl no dudó en utilizarlos para poner en vereda a los pastores más refractarios.[37] Kerrl decretó medidas represivas contra la Iglesia Confesional y, en particular, contra su sección de Berlín-Brandenburgo, donde se registraba una disidencia más dura. Se prohibió predicar a sus pastores, si no, se les congelaría el salario. Se les prohibió también enseñar en las escuelas. Los estudiantes de Teología se vieron obligados a afiliarse a organizaciones nazis. Se confiscó una importante editorial protestante y se demolió una iglesia protestante de Munich. Niemöller fue detenido y, a finales de 1937, más de 700 pastores protestantes de todo el país estaban en prisión. Sus delitos eran haber desobedecido las limitaciones impuestas por el gobierno al contenido de sus sermones, las prohibiciones del gobierno sobre la recolecta de dinero para la Iglesia Confesional y otros decretos y normativas oficiales. En el distrito de Potsdam se detuvo a 102 pastores por leer en público las declaraciones del sínodo de la Iglesia Confesional, aunque todos fueron puestos en libertad de inmediato. En algunos lugares fueron recibidos con manifestaciones triunfantes de miembros de los Cascos de Acero, liberándose momentáneamente de su incorporación a los camisas pardas. «Las medidas empleadas contra la Iglesia Confesional—se vio obligada a confesar la Gestapo—han demostrado ser poco adecuadas y sólo han conseguido insubordinar todavía más a los pastores».[38]

El juicio a Niemöller fue un fiasco y fue absuelto de todos los cargos. Una serie de testigos testificaron a favor de su patriotismo, y el mismo Niemöller dijo que estaba lejos de considerarse un opositor a los nazis. Fue puesto en libertad inmediatamente. A pesar de ello, cuando Niemöller salió de prisión el 2 de marzo de 1938 se encontró con que la Gestapo le esperaba. Hitler en persona había ordenado que se le volviera a detener. Niemöller fue enviado a una celda de aislamiento en el campo de concentración de Sachsenhausen. Cuando estalló la guerra en septiembre de 1939 se ofreció para alistarse de nuevo a la Armada, pero su oferta fue rechazada. Su rebelión era puramente religiosa, insistió. No obstante, su detención y encarcelación fue muy condenada. Se le recordaba a diario en

las plegarias no sólo de la Iglesia Confesional sino también en las congregaciones protestantes de muchos otros países, donde se le consideraba un mártir de los principios cristianos. Su encarcelamiento después de haber sido absuelto por un tribunal ocasionó al régimen un conflicto internacional. Para mitigar las críticas internacionales Hitler permitió que saliera un día de la prisión para visitar a su padre moribundo. El hecho de que Niemöller fuera un prisionero personal del Führer permitió que gozara de cierto número de privilegios especiales en ocasiones señaladas para aplacar a la opinión pública internacional. Le permitieron recibir visitas de su esposa, y cuando después de uno de estos encuentros se supo de su precario estado de salud, las protestas resultantes hicieron que se le aumentara el racionamiento. A pesar de ello, cuando la esposa de Niemöller pidió su liberación directamente a Hitler en 1939, el Führer nazi le contestó que si le ponía en libertad reuniría en torno suyo a un grupo de oposición que pondría en peligro al Estado.[39]

Niemöller no quedó al margen de las humillaciones diarias y la brutalidad que los guardas de las SS aplicaban a los internos. Gracias a la resignación con que sufría los maltratos y a su fe constantemente reiterada en Dios, se labró un grado considerable de autoridad moral sobre los otros internos, a quienes trataba de modo igualitario como víctimas de un régimen maligno. Fue entonces, cuando observó el sufrimiento de los internos judíos del campo, cuando repudió sus ideas antisemitas de antaño. Los judíos, dijo a un compañero, debían ser tratados como los otros alemanes: su anterior postura sobre las restricciones a sus derechos civiles era equivocada. Aunque le asignaron tareas relativamente ligeras como cortar madera, Niemöller recibía palizas con frecuencia a la mínima oportunidad. En una ocasión, a finales de los años treinta, cuando le ordenaron que se identificara, contestó que era el pastor Niemöller. Los guardas del campo le propinaron una paliza salvaje y le obligaron a decir: «Soy el cerdo Niemöller». Según escribió un compañero de internamiento al cabo de poco, en numerosas ocasiones los guardas,

> le obligaban a saltar sobre un pie entre ellos, algunas veces debía agacharse y saltar. Mientras tanto, le iban pegando para que saltara con más agilidad. Un día empleó sin duda el nombre de Dios (aunque yo no lo pude escuchar), porque oí que uno de los guardas gritaba «el cerdo está

> llamando a su sucio Dios; me gustaría ver si éste le ayuda a salir de aquí». Algunas veces, el comandante o algún otro oficial se paraban a ver la representación. Entonces los guardas se excedían todavía más mientras escuchaban risotadas de aprobación.[40]

En 1941, cuando pareció por un momento que Niemöller estaba a punto de convertirse al catolicismo, Hitler lo hizo trasladar a Dachau con tres curas católicos, donde gozó de unas condiciones considerablemente mejores hasta casi al final de la guerra. Pero nunca se dejó entrever la perspectiva de que fuera liberado, especialmente después de que Niemöller decidiera no convertirse al catolicismo.[41] Y, mientras tanto, su parroquia en el lujoso barrio residencial de Dahlem había sido tomada por los Cristianos Alemanes, donde su rival, el pastor veterano Eberhard Röhricht, anteriormente eclipsado por el carisma de Niemöller, tomó la iniciativa y expulsó el núcleo de partidarios de la Iglesia Confesional.[42]

De viejo, repasando el periodo de su detención y encarcelamiento, Niemöller se reprochó su anterior compromiso con el régimen, y se culpó por haber estado sujeto a unos intereses religiosos estrechos de miras. En una afirmación por la que se le recuerda en todo el mundo, dijo:

> Primero se llevaron a los comunistas, pero yo no era comunista y no dije nada. Luego se llevaron a los socialdemócratas, pero yo no era socialdemócrata, de modo que no hice nada. Después llegó el turno de los sindicalistas, pero yo no era sindicalista. Y después se llevaron a los judíos, pero yo no era judío, de modo que poco hice. Cuando vinieron a por mí ya no quedaba nadie que pudiera levantarse por mí.[43]

A pesar de la fuerza de la formulación explícita del remordimiento retrospectivo de Niemöller, esta afirmación tan famosa también ilustra la persistente estrechez de su perspectiva confesional y la profundidad de la división religiosa en Alemania; porque dejó de mencionar a un grupo: los católicos.[44]

CATÓLICOS Y PAGANOS

I

Hitler admiraba y temía a la vez a la Iglesia Católica, que, en el momento de su nombramiento como canciller del Reich, pretendía contar con 20 millones de fieles en Alemania, un tercio de la población, especialmente en el sur y el oeste del país. Como Bismarck antes que él, Hitler consideraba que los católicos estaban lejos de tener un compromiso serio con la causa nacional porque debían lealtad institucional a Roma y no al Estado alemán. Otros dirigentes nazis procedentes de entornos católicos, como Joseph Goebbels, también sentían admiración por la poderosa y elaborada organización de la Iglesia y por su habilidad para convencer a sus miembros de lo justo de su credo. Hitler admiraba el nivel de compromiso que el celibato imponía al clero, y la cercanía de la relación de los sacerdotes con el pueblo llano.[45] El lugarteniente de Himmler, Reinhard Heydrich, reaccionó contra su estricta formación católica con un odio a la Iglesia que sólo puede ser calificado de fanático. Heydrich afirmó en 1936 que los dos principales enemigos del nazismo eran los judíos y la Iglesia Católica, que actuaba sobre todo a través de instituciones políticas como el Partido del Centro. En tanto que institución internacional, sostenía, la Iglesia Católica subvertía necesariamente la integridad racial y espiritual del pueblo alemán.[46] A diferencia de los protestantes, los católicos habían sido representados tradicionalmente por un solo partido político, el del Centro, cuyos votantes, otra vez a diferencia de la mayoría de los de otros partidos, habían permanecido leales y habían resistido la tentación del nazismo en las elecciones de principios de los años treinta. A juicio de los nazis, los responsables de la situación eran, en buena parte, los sacerdotes católicos. Éstos habían predicado con vehemencia contra el Partido Nazi, habían ordenado en muchas ocasiones a los católicos que no se afiliaran a él y

habían instado con fuerza a sus congregaciones a seguir votando al Centro o a su equivalente bávaro, el Partido Popular de Baviera.[47] Para muchos dirigentes nazis, si no para la mayoría, era de vital importancia reducir tan pronto como fuera posible a la Iglesia Católica a una posición de sumisión total al régimen.

La comunidad católica ya había accedido en 1933 a renunciar al Partido del Centro, que fue disuelto puntualmente al igual que otras organizaciones políticas como los sindicatos católicos, pero esperaba poder mantener la independencia de la gran mayoría de sus organizaciones laicas. Con vistas al Concordato entre el régimen nazi y el Papado de julio de 1933, que prometía la protección de las instituciones laicas a cambio del compromiso de la Iglesia de abstenerse de implicarse en política, muchos católicos consideraron razonable esta perspectiva.[48] Sin embargo, las disposiciones del Concordato a este respecto eran en extremo ambiguas, y durante el verano de 1933 el régimen empezó a embargar las propiedades de estas organizaciones y a forzarlas a cerrar si no lo hacían voluntariamente. El 20 de julio se prohibió que los periódicos se autodefinieran como «católicos» (todos los periódicos tenían que ser «alemanes»), y el 19 de septiembre de 1933 la Policía Política bávara, bajo el mando de Heinrich Himmler, prohibió «todas las actividades de las organizaciones católicas» con la excepción de los grupos juveniles, los ensayos de los coros de iglesia y las organizaciones caritativas en función de sus solicitudes de apoyo económico. El 4 de octubre, el cardenal Bertram, de Breslau, comunicó con alarma al Papa Pío XI los conflictos que podían causar la ambición nazi de ejercer un control total sobre la sociedad, la prohibición de los periódicos católicos, las injerencias del Estado en las obras de caridad de la Iglesia y la disolución o «coordinación» de las asociaciones católicas de voluntariado. Otra figura destacada de la Iglesia, el cardenal Michael Faulhaber, criticó públicamente las agresiones a católicos no arios, aunque no las acciones del régimen contra los judíos. En el Vaticano, el cardenal Pacelli, antiguo nuncio del Vaticano en Alemania y entonces secretario de Estado con el Papa Pío XI, presentó una queja ante el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y amenazó con publicar una carta de protesta. Pero en la práctica no se hizo nada. La jerarquía católica en

Alemania consideraba más efectivo hacer públicas declaraciones de apoyo al régimen con la esperanza de contener la marea de acciones anticatólicas. Así, el arzobispo Gröber de Freiburg afirmó públicamente el 10 de octubre de 1933: «Me pongo a disposición del nuevo gobierno y del nuevo Reich». Después utilizó su lealtad abierta al régimen para intentar convencer a las autoridades nazis de Baden de que detuvieran las agresiones a la Iglesia. Con todo, la jerarquía no podía protestar con excesiva contundencia contra las medidas que desaprobaba porque esto hubiera significado entrar en el campo de la política, del que se había excluido a sí misma explícitamente al firmar el Concordato.[49]

6. Filiación religiosa en 1936.

En la práctica, los dirigentes nazis eran conscientes de los peligros inherentes a su ataque a instituciones y tradiciones fuertemente enraizadas en la comunidad católica. De modo que procedieron lentamente. Himmler mismo insistió mediante una orden del 2 de noviembre de 1933 en que no se debían tomar medidas anticatólicas sin que él las hubiera ordenado. La Gestapo empezó a vigilar las actividades católicas, incluidas las misas, y prestó especial atención a los legos que antes habían destacado en el Partido del Centro y el Partido Popular de Baviera, redactando largas listas de católicos que se pensaba que todavía se oponían al régimen.[50] A los dirigentes nazis les preocupaba especialmente el rechazo persistente de las organizaciones juveniles católicas a autodisolverse, lo que significaba que las Juventudes Hitlerianas no podían hacer avances significativos en las áreas donde el catolicismo estaba muy enraizado. El control sobre la generación más joven era vital para la construcción del futuro. El 15 de marzo de 1934 el jefe de las Juventudes Hitlerianas Baldur von Schirach condenó la influencia perturbadora de los grupos de jóvenes católicos y urgió a los padres a enrolar a sus hijos en su movimiento. También comenzó a animar a las unidades de las Juventudes Hitlerianas a presentar pelea a los miembros de los grupos católicos rivales, empezando así a aplicar la misma coacción callejera que se había demostrado tan efectiva a una escala más amplia en la primera mitad de 1933.[51] La jerarquía recibió una seria advertencia con los asesinatos por parte de las SS de Erich Klausener, secretario general de Acción Católica, una importante institución seglar, en su oficina de Berlín en la Noche de los Cuchillos Largos de 1934, y de Adalbert Probst, director nacional de la Asociación Deportiva de Jóvenes Católicos. Entre los muertos de Munich se encontraba Fritz Gerlich, director del semanario católico *Der Gerade Weg* [La recta vía] y conocido por sus críticas al régimen. Se rumoreó con insistencia que el antiguo jefe del Partido del Centro y ex canciller del Reich Heinrich Brüning también figuraba en la lista negra, pero resultó que estaba en Londres de visita y consiguió escapar. El significado de estas acciones, que se sucedieron en medio de las negociaciones personales entre Hitler y la jerarquía católica sobre el futuro de las organizaciones laicas de la Iglesia, no podía ser más claro. Con todo, la jerarquía no protestó por los asesinatos. En lugar de ello,

se sumó a la Iglesia Evangélica en un sentimiento compartido de alivio por la derrota de radicales supuestamente inmorales como Röhm y de puertas afuera se mostró satisfecha con la explicación de que los hombres asesinados o bien se habían suicidado o bien habían sido abatidos a disparos mientras intentaban escapar.[52]

II

Muy poco después de estos acontecimientos falleció Hindenburg, fuertemente identificado como representante de una fe conservadora, protestante y cristiana y se aparcó el proyecto nazi de crear una Iglesia nacional basada en los principios de los Cristianos Alemanes. La situación dio paso a una fuerte escalada de las políticas anticatólicas. Fue entonces cuando empezó un debate feroz sobre los escritos anticristianos del ideólogo nazi Alfred Rosenberg, quien rechazó públicamente las doctrinas que defienden la inmortalidad del alma y que Cristo redimió a la humanidad del pecado original. En su libro *El mito del siglo XX*, Rosenberg afirmaba que el catolicismo es un producto del clericalismo judío, una idea que desarrolló más adelante en una serie de libros publicados a mediados de los años treinta.[53] Rosenberg llegó a repugnar incluso a los Cristianos Alemanes. Éstos pidieron a Hitler que repudiara sus ideas, aunque no obtuvieron éxito. Las publicaciones de Rosenberg fueron incluidas inmediatamente en el Índice de Libros Prohibidos de la Iglesia Católica y levantaron una furiosa respuesta del clero católico alemán. Las teorías de Rosenberg fueron condenadas mediante panfletos, libros, mítines y sermones en que se anatemizó a sus partidarios dentro del Partido Nazi. Por parte del régimen, las obras de Rosenberg no eran más que la expresión de unos puntos de vista privados. No vio la necesidad de repudiarlas. Pero al mismo tiempo el régimen reconocía que la controversia daba alas a la resistencia de la comunidad católica a la penetración de la ideología y las instituciones nazis. Según informó la Gestapo en mayo de 1935: «Un buen número de curas están tomando posiciones muy críticas desde sus púlpitos contra el *Mito* de Rosenberg y su nueva obra *An die Dunkelmänner unserer*

Zeit [A los oscurantistas de nuestro tiempo]. Los curas maldicen el espíritu de nuestra época, a los descreídos y a los paganos, es decir a los nacionalsocialistas».[54]

La controversia sobre las ideas de Rosenberg empezó pronto a tomar una dimensión más peligrosa según los dirigentes nazis cuando los obispos alemanes empezaron a reprender en público al ideólogo nazi y pidieron a los fieles que rechazaran sus ideas.[55] En un mensaje de Pascua escrito el 19 de marzo de 1935, Clemens von Galen, obispo de Münster, lanzó un ataque feroz contra el libro de Rosenberg. «En Alemania vuelve a haber paganos», escribió con alarma. También criticó la idea de Rosenberg sobre el alma racial. «La así llamada alma racial eterna—afirmó Galen—no existe en la realidad». A principios de julio de 1935 Rosenberg aprovechó una manifestación en Münster para criticar a Galen y, en respuesta, los fieles católicos de la ciudad acudieron en cantidades sin precedentes a la procesión anual de julio para conmemorar la supervivencia de la Iglesia a la persecución de Bismarck medio siglo antes y—en esa ocasión—el 400º aniversario de la derrota de los anabaptistas que habían instaurado un reino de terror en la ciudad durante la Reforma. Fueron 19.000 católicos, el doble del número habitual de asistentes, los que salieron a las calles para vitorear a su obispo, quien, en una estruendosa declaración, afirmó que nunca se rendiría ante los enemigos de la Iglesia. En respuesta, el partido local colgó unos carteles en que se negaba cualquier intención de repetir la tentativa de Bismarck de suprimir la independencia de la Iglesia, mientras que funcionarios locales denunciaron a Berlín que Galen estaba espoleando el descontento y le acusaron de inmiscuirse en política.[56] Galen escribió personalmente a Hitler para denunciar las agresiones al clero cometidas por dirigentes nazis como Baldur von Schirach.[57] Pero no se percibía ninguna intención de llegar a una solución. Apretando las tuercas a la Iglesia, Himmler y la Gestapo empezaron a introducir medidas cada vez más duras contra las organizaciones e instituciones católicas laicas, limitando las reuniones públicas, censurando los periódicos y revistas católicos que quedaban y prohibiendo las ediciones privadas, e imponiendo a nazis de confianza en los puestos de dirección de la prensa católica. Tanto Hermann Göring como Wilhelm Frick, ministro del Interior del Reich, se

manifestaron en contra del «catolicismo politizado», declarando que la existencia continuada en el tiempo de las organizaciones laicas católicas era incompatible con el espíritu de la época.[58] Hacia finales de 1935, Goebbels y el Ministerio de Propaganda intervinieron en la polémica acusando de corrupción a las organizaciones católicas, lo mismo que habían hecho en 1933 con los sindicatos.[59]

En conjunto, estas tácticas fracasaron al no conseguir el efecto deseado, que era que la comunidad católica se desenganchara de la fe. La Gestapo informó de que los sacerdotes habían conseguido contrarrestar las acusaciones contra la Iglesia tanto desde el púlpito como mediante un programa de visitas a domicilio, de modo que los fieles, especialmente los de las áreas rurales, veían lo que se escribía en los periódicos «como una falsedad o, como mínimo, una gran exageración».[60] La campaña de reclutamiento de jóvenes para las Juventudes Hitlerianas y su equivalente femenino, la Liga de Muchachas Alemanas, se encontró con la oposición férrea de los sacerdotes católicos, quienes, según se denunció, rechazaban dar la absolución a las chicas que se habían afiliado a la Liga en vez de a la organización de chicas católicas.[61] Los incidentes se empezaron a multiplicar. Las congregaciones católicas reaccionaron con furia indisimulada a los intentos de los jefes locales del partido de retirar las estatuas religiosas de edificios públicos como tanatorios, y ondeaban ostentosamente banderas de la Iglesia en vez de estandartes con esvásticas cada vez que recibían la visita de dignatarios católicos. Los camisas pardas montaron algaradas, como una en Rosenheim, donde exigieron la expulsión de un profesor de escuela que había castigado a los alumnos que no iban a misa («¡a Dachau con él!», gritaban).[62] El gobierno regional del norte de Baviera denunció en julio de 1937 que la Iglesia se estaba convirtiendo en «un Estado dentro del Estado», y dirigentes locales nazis acusaron a la Iglesia de «propagar una oposición continuada y descarada desde los púlpitos».[63] La política del régimen hacia los católicos llegó a tener repercusiones en el mismo centro del poder: cuando Hitler celebró una ceremonia para entregar la insignia de oro del partido a los únicos miembros no nazis del gabinete el 30 de enero de 1937, el ministro de Correos y Transportes, el barón Peter von Eltz-Rübenach, un firme católico,

la rechazó y le dijo a Hitler en la cara que detuviera la represión a la Iglesia. Furioso por lo comprometido de la situación, Hitler salió disparado del salón sin decir una palabra, mientras que el siempre perspicaz Goebbels se aseguró de que el ministro refractario dimitiera al instante.[64]

En un área concreta el conflicto estalló en una protesta abierta. Los aldeanos del sur de Oldenburg, una zona rural profundamente católica, se habían sentido muy contrariados con la reducción de la educación religiosa en las escuelas y porque el ministro de Educación regional había defendido las diatribas anticatólicas de Rosenberg. La situación se volvió prácticamente insostenible cuando, el 4 de noviembre, el ministro prohibió la consagración religiosa de los nuevos edificios escolares y ordenó la retirada de todos los símbolos religiosos, como crucifijos (también los retratos de Lutero), de todos los edificios estatales, municipales y parroquiales, incluidas las escuelas. El clero católico protestó desde el púlpito. El 10 de noviembre, 3.000 veteranos de guerra reunidos para celebrar el Día del Recuerdo escucharon a un cura jurar que nunca toleraría la retirada de los crucifijos de las escuelas. Se enfrentaría al decreto, dijo a la multitud, y, si fuera necesario, moriría por la causa, como habían hecho los veteranos de la Primera Guerra Mundial. Las campanas de la parroquia sonaron por todos los rincones durante la mañana y el atardecer como un signo más de protesta. Se presentaron gran cantidad de peticiones formales al ministro de Educación regional. En las casas de la población y en las escuelas se decoraron los crucifijos y se instalaron grandes cruces en las torres de las iglesias, cuyas bombillas se encendieron por la noche. Los parroquianos empezaron a abandonar el Partido Nazi y una rama de camisas pardas se autodisolvió en señal de protesta. En un mitin con una participación de 7.000 ciudadanos corrientes, el dirigente regional del partido se vio obligado a anunciar la retirada del decreto. El anuncio fue seguido por un nuevo redoble de campanas en todo el distrito, misas de acción de gracias y la publicación, en toda la diócesis, más allá del vecindario, de una pastoral del obispo Von Galen en que daba cuenta del asunto, celebraba la victoria y hacía votos por no tener más tratos con los enemigos de Cristo. El asunto hizo mucho daño a la posición del Partido Nazi en el sur de Oldenburg, donde, a pesar de la manipulación masiva y la

intimidación, obtuvo un porcentaje de votos sorprendentemente bajo en las elecciones al Reichstag de 1938 (el 92 por 100 contra el 99 por 100 registrado en el mismo distrito en marzo de 1936).[65]

Incluso antes de la ratificación del Concordato, el cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, había ido enviando constantemente protestas a veces muy detalladas al gobierno alemán por estas violaciones, presentando listas de cientos de casos en que los camisas pardas habían clausurado organizaciones laicas, confiscado dinero y equipamientos, hecho propaganda anticristiana y clausurado publicaciones católicas, entre otras cosas. En respuesta, el gobierno alemán afirmó repetidamente al Vaticano que su lucha contra el marxismo y el comunismo exigía la unidad del pueblo y acabar con las divisiones religiosas. Los sacerdotes católicos dificultaron los esfuerzos de Pacelli al definir en público la esvástica como «la cruz del demonio», rechazar la utilización del saludo hitleriano, expulsar a los camisas pardas de misa y violar constantemente el Concordato al incluir ataques políticos al régimen en sus sermones. De modo que el régimen prosiguió su guerra contra la infraestructura cultural de la comunidad católica en muchos frentes. Las organizaciones juveniles católicas, que en mayo de 1934 contaban con 1,5 millones de miembros, y que incluían desde el equivalente católico de los Boy Scouts a clubes deportivos de muchos tipos, eran un objetivo evidente, especialmente porque con frecuencia se registraban choques con las Juventudes Hitlerianas, aunque se limitaran en su mayoría a insultos. A los ojos del régimen, estas organizaciones eran «antinacionalistas y antinacionalsocialistas» y tenían que ser suprimidas. Sus miembros se vieron sometidos a una presión creciente para que dimitieran y se afiliaran a las Juventudes Hitlerianas.[66] De 1935 en adelante, la Cámara de Teatro del Reich empezó a prohibir las representaciones musicales y teatrales patrocinadas por la Iglesia, argumentando que hacían competencia económica e ideológica a los conciertos y obras patrocinados por los nazis. En 1937 prohibió las obras de Navidad, porque constituían una forma de propaganda política y contradecían las disposiciones del Concordato.[67]

En ésta, como en otras áreas, Pacelli siguió protestando ante el gobierno alemán mediante un flujo de largos memorandos muy detallados y redactados con palabras duras. Después de que comenzara la campaña de Goebbels contra la supuesta corrupción financiera en la Iglesia, el tono de los intercambios entre Berlín y Roma se volvió mucho más agrio. Parecía que las relaciones derivarían en una hostilidad abierta.[68] Las misas y sermones en Alemania estaban sujetos a constante vigilancia por parte de las autoridades, denunciaba el Vaticano: «El fenómeno repugnante de los informantes afecta cada paso, cada palabra, cada acto oficial».[69] En muchos lugares del país, los sacerdotes católicos se involucraron en una guerra en buena parte espontánea de palabras con dirigentes y funcionarios locales del partido sobre los constantes intentos de «coordinar» las escuelas y las organizaciones juveniles de la Iglesia. En efecto, estas peleas eran la única causa de oposición política abierta dentro de Alemania a mediados de los años treinta, según denunciaron los funcionarios regionales del Estado.[70] El asunto llegó a su punto culminante con la visita a Roma, en enero de 1937, de una delegación de obispos y cardenales alemanes, entre los que se encontraban Bertram, Faulhaber y Galen, que, alarmados por la escalada del conflicto, denunciaron a los nazis por la violación del Concordato. La respuesta del Papa fue favorable, y Faulhaber redactó un bosquejo de una encíclica papal, ampliada considerablemente por Pacelli, que recurrió a su larga correspondencia con el gobierno alemán y resumió las quejas que había ido presentando el Vaticano desde hacía unos años. El documento fue aprobado por el Papa, fue introducido en Alemania, impreso en secreto en doce imprentas distintas, distribuido entre los sacerdotes por muchachos que se desplazaban en bicicleta o a pie, y leído prácticamente en todos los púlpitos católicos del país el 21 de marzo de 1937.

Escrita en alemán y titulada *Mit brennender Sorge* [Con ardiente preocupación], la encíclica condenaba el «odio» y la «calumnia» que los nazis vertían sobre la Iglesia.[71] Aunque buena parte del documento se expresaba en un lenguaje teológico difícilmente comprensible para el pueblo llano, algunos fragmentos eran lo suficientemente claros. Cuando se

trataba de las políticas del régimen hacia la Iglesia, el Papa Pío XI, utilizando el lenguaje proporcionado por el cardenal Pacelli, no se anduvo con rodeos. Así, tronó:

> Si es verdad que la raza o el pueblo, el Estado o alguna de sus formas determinadas, y los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen un puesto esencial y digno de respeto, aquel que los desliga de la escala de valores terrenales elevándolos a ley suprema, y aun de los valores religiosos, y los diviniza en un culto idólatra, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios, está lejos de la verdadera fe y de una concepción de la vida conforme con ella.[72]

Porque los fieles, los valores eternos de la religión debían ser supremos. Para socavarlos, continuaba la Encíclica, el gobierno alemán estaba llevando a cabo una «lucha de aniquilación» contra la Iglesia:

> Con presiones, ocultas y manifiestas, con perspectivas de ventajas económicas, profesionales, cívicas o de otro género, la adhesión de los católicos a su fe, y singularmente la de algunas clases de funcionarios católicos, se halla sometida a una violencia tan ilegal como inhumana.[73]

Enfurecido por esta condena, y alarmado por las pruebas que proporcionaba de la habilidad de la Iglesia Católica para organizar una protesta de alcance nacional sin levantar la más mínima sospecha de la Gestapo, Hitler ordenó el secuestro de todas las copias de la Encíclica, la detención de los que se hallaran en su posesión, la prohibición de cualquier reimpresión y la clausura de las empresas que la habían impreso.[74]

Ungido desde 1936 con sus nuevos poderes como jefe de la Policía Alemana, Himmler intensificó la campaña contra la Iglesia. Junto con su lugarteniente Reinhard Heydrich, introdujo agentes secretos en las organizaciones católicas y aumentó el hostigamiento a los sacerdotes. Se produjo una nueva supresión de publicaciones diocesanas, se introdujeron restricciones a los peregrinajes y procesiones, e incluso se prohibieron el consejo a los matrimonios católicos y las clases sobre paternidad porque se consideraba que no transmitían un punto de vista nacionalsocialista. Hacia 1938, se había clausurado la mayoría de organizaciones juveniles porque daban cobertura a la difusión de «escritos hostiles al Estado». Acción

Católica, cuyos líderes en Alemania fueron acusados de mantener comunicación con el prelado Kaas, antiguo líder del Partido del Centro, también fue prohibida en enero de 1938.[75]

En Baviera y Sajonia se cortaron las subvenciones del Estado a la Iglesia, se disolvieron los conventos y sus propiedades se confiscaron. Las batidas en casas particulares y la detención de sacerdotes «políticos» experimentaron un aumento pronunciado, acompañadas de un flujo constante de casos en los tribunales de «abuso de poder desde el púlpito», a los que se daba gran publicidad. La detención y juicio de un sacerdote jesuita, Rupert Mayer, levantó una airada manifestación de protesta en el tribunal por parte de sus partidarios y en la iglesia de San Miguel de Munich se pronunciaron desafiantes plegarias especiales por él. Algunos sacerdotes siguieron rechazando doblegarse, y se denunció que algunos curas rechazaban hacer el saludo nazi y decían a los niños que dijeran «bendito sea Jesucristo» en lugar de «*Heil*, Hitler».[76] Mientras se prolongó la lucha, más de un tercio de los sacerdotes alemanes fue objeto de alguna forma de castigo por parte de la policía y las autoridades del Estado, y, en el curso del Tercer Reich, muchos acabaron encarcelados.[77] La Encíclica no tuvo efectos inmediatos, excepto el empeoramiento de las relaciones entre la Iglesia y el régimen.

La campaña no se limitó a la policía y la administración de Justicia. El ministro de Propaganda Goebbels también desempeñó un papel importante. Después de la Encíclica, intensificó su campaña de publicidad contra los supuestos escándalos sexuales en que estaban implicados sacerdotes católicos, que había comenzado a mediados de 1935. En noviembre de ese año se llevó ante los tribunales a quince monjes por delitos contra la Ley de homosexualidad cometidos en un asilo para enfermos mentales en el oeste de Alemania y que revelaban, así lo expresó la prensa, un estado de cosas «peor que en Sodoma y Gomorra».[78] Les dictaron duras condenas de prisión y les dedicaron un sinfín de páginas en la prensa. Al cabo de poco, se acusó a otros sacerdotes de delitos sexuales cometidos contra menores en hogares infantiles e instituciones similares. En mayo de 1936 la prensa informó sobre el juicio en Coblenza de más de doscientos franciscanos acusados de delitos parecidos.[79] Estas noticias se entremezclaban con la

desaprobación por parte de los nazis de la homosexualidad. A menudo ocupaban la primera plana de los periódicos de distribución nacional. A los incidentes sobre curas y monjes católicos detenidos por agresiones sexuales a chicas se les daba menos publicidad. Basándose en las acusaciones de homosexualidad, la prensa afirmó que los monasterios eran el «caldo de cultivo de una epidemia repulsiva» que se tenía que extinguir. En abril de 1937 había más de mil curas, monjes y frailes esperando juicio por tales cargos—el grado de veracidad de las informaciones es incierto—.[80] La prensa sensacionalista no dudó en encabezar estas noticias con titulares como «Casas de Dios degradadas a burdeles y antros de perdición» y en reclamar a la Iglesia Católica «¡quítate la máscara!», con lo que más que insinuó que la homosexualidad y la pedofilia eran endémicas en el conjunto de la Iglesia y no meros hechos aislados.[81] Estos juicios eran sobre todo producto del Ministerio de Propaganda, que proporcionó informes detallados al Ministerio de Justicia y presionó para que los acusados llegaran a los juzgados con la máxima publicidad.

Lo más ofensivo, afirmó la prensa, era que la Iglesia apoyara a los acusados y los tratara como mártires.[82] Mientras se sucedían los juicios, el Ministerio de Propaganda montó una campaña ininterrumpida para retratar a la Iglesia como un ente sexualmente corrupto que no merecía que se le confiara la educación de los jóvenes. Se suprimieron las informaciones sobre otros delitos sexuales para dar la impresión de que tales cosas sólo sucedían dentro de la Iglesia, donde, así se sugirió, eran una consecuencia inevitable del celibato requerido para el sacerdocio. La Iglesia Católica era «una úlcera para la salud de la raza» que debía ser eliminada, se afirmó en un artículo publicado en la prensa nazi.[83] La campaña culminó con un feroz discurso del ministro de Propaganda pronunciado ante una audiencia de 20.000 seguidores del partido y emitido por radio a toda la nación el 28 de mayo de 1937 en que denunció a los «corruptores y envenenadores del alma del pueblo» y prometió «el exterminio desde la raíz de esta plaga sexual».[84] No se trataba de juicios espectáculo basados en cargos falsificados, afirmó ante su público, sino de un «ajuste de cuentas» necesario, según recogió la prensa, a «los depravados hereditarios con hábito de monje en los monasterios y hermandades» en nombre de la rectitud moral innata de la

auténtica Alemania. El Estado se enfrentaba a un boicoteo sistemático de la moralidad del pueblo alemán. Y si los obispos seguían discutiendo los hechos, ellos también serían enviados a los tribunales. «Entre nosotros no rige la ley del Vaticano—advirtió a la Iglesia—sino la ley del pueblo alemán».[85]

La campaña era un producto típico del Ministerio de Propaganda, basada en la posibilidad de que hubiera un elemento de verdad en alguna de las acusaciones pero explotado fuera de toda proporción al servicio de un objetivo político que tenía poco o nada que ver con los casos en cuestión. La pretensión de Goebbels era convencer a los católicos de base de que la Iglesia era una institución corrupta e inmoral. De modo más concreto, sin embargo, los juicios proporcionaban un escenario constante para la propaganda, acompañada del hostigamiento policial y la intimidación. Los nazis lanzaron una campaña para cerrar las escuelas de la Iglesia y sustituirlas por «escuelas comunitarias» no religiosas, apoyados por los votos de los padres que seguían el patrón familiar nazi en elecciones organizadas por éstos. Los padres se vieron obligados a firmar declaraciones preparadas en que decían que no querían que la educación escolar de sus hijos fuera «mal empleada por la excitación del desorden religioso» y a dar su aprobación al eslogan «un Führer, un pueblo, una escuela». Ya a comienzos de 1936, el cardenal Bertram había denunciado ante Hitler el «terror inaudito» que se estaba ejerciendo en «Baviera, Württemberg y en otros lugares». «Los que votan a favor de las escuelas de la Iglesia son calificados de enemigos del Estado», continuó. Su demanda fue recibida con oídos sordos. La batalla, basada en una intensa campaña de propaganda a nivel local, proseguía.[86] «¡No queremos que nos dé clases el cura!», informó que decían unos niños el diario nazi más importante el 25 de mayo de 1937 bajo el titular: «Una clase se defiende contra un delincuente sexual vestido de sacerdote».[87]

La campaña no tardó en dar resultados. En 1934, el 84 por 100 de los niños de Munich todavía estaban matriculados en escuelas de la Iglesia, pero a finales de 1937 el porcentaje había bajado a un escaso 5 por 100, un resultado obtenido, según denunció la administración de la diócesis de Munich, «por medios completamente injustos e ilegales» y «por una

campaña de terror indescriptible» que contravenía «todos los principios de la ley y la justicia», incluyendo la retirada de ayudas económicas a las familias que no votaban a favor de la abolición de las escuelas católicas. En el verano de 1939, todas las escuelas de la Iglesia se habían convertido en escuelas de la comunidad, y todas las escuelas privadas dirigidas por las iglesias habían sido clausuradas o nacionalizadas, y los frailes y sacerdotes de las plantillas, despedidos. Los pastores y los sacerdotes fueron apartados de la educación privada en número creciente. Al mismo tiempo, las clases de instrucción religiosa fueron reducidas. En el mismo año, la organización de maestros nazis solicitó a sus miembros que no sustituyeran a los sacerdotes en las clases de instrucción religiosa, aunque no todos obedecieron. En 1939 la instrucción religiosa en las escuelas profesionales se redujo a media hora semanal, y en muchas zonas se dio instrucciones de que se describiera a Jesús como no judío. Los padres que pusieron objeciones a estos movimientos—y había muchos, tanto protestantes como católicos—fueron obligados por las autoridades locales a retirar sus objeciones, convocados a reuniones especiales en las escuelas para apuntar a sus hijos a las clases de instrucción ideológica en lugar de la educación religiosa e incluso se les amenazó con el despido de sus trabajos si rechazaban las medidas. En una línea similar, el Ministerio de Educación trazó un plan para fusionar o clausurar las facultades de Teología en las universidades, mientras que, desde 1939, los puestos vacantes de profesor de Teología en las escuelas de magisterio no fueron cubiertos por orden del ministro de Educación. En algunas áreas, especialmente en Württemberg, donde el ministro de Educación Mergenthaler tenía una fuerte aversión al cristianismo, se intentó abolir la instrucción religiosa y sustituirla por clases sobre la visión del mundo de los nazis. En 1939, el régimen no había conseguido la abolición total de la educación religiosa, pero sus intenciones a largo plazo ya eran evidentes.[88]

En 1939, el poder y la influencia de la Iglesia Católica en Alemania, como la de los protestantes, estaba seriamente dañada. Fue objeto de intimidación y hostigamiento hasta que empezó a rebajar sus críticas al régimen por miedo de que las cosas se pusieran peor. Las amenazas de encarcelamiento, informó un funcionario del gobierno a finales de 1937,

habían dado como resultado «una actitud de cautela por parte del clero».[89] En algunas áreas, la Gestapo se puso al mando de la campaña contra la Iglesia y consiguió rápidamente echar a la Iglesia de la vida pública.[90] A mediados de 1938, se presentaron informes de «una pacificación general en los asuntos de la Iglesia».[91] Desde Roma, el cardenal Pacelli siguió enviando interminables cartas de protesta al gobierno alemán, acusándolo de violar de forma continuada el Concordato.[92] Aunque contemplaba hacerlo en septiembre de 1937, Hitler finalmente se abstuvo de repudiar públicamente el Concordato. No merecía la pena suscitar la hostilidad del Vaticano y las protestas de los estados católicos, especialmente Austria, dado el estado cada vez más delicado de las relaciones internacionales a finales de los años treinta. De todas formas, privadamente, el Ministerio de Exteriores no se andaba con rodeos con el hecho de que consideraba que el Concordato había «caducado» porque muchas de sus disposiciones, especialmente en lo concerniente a la educación, estaban «fundamentalmente en contra de los principios básicos del nacionalsocialismo».[93] Era más fácil actuar poco a poco y en secreto y evitar cualquier mención al Concordato. En público, Hitler siguió reclamando lealtad a la Iglesia y subrayando que ésta seguía recibiendo ayudas sustanciales del Estado. Sin embargo, evidenció en privado que a largo plazo se la separaría completamente del Estado, se la privaría de los ingresos procedentes de los impuestos, y se convertiría en un cuerpo meramente voluntario, del mismo modo que su equivalente protestante. En buena parte, los católicos no eran conscientes de estas intenciones. A pesar del tono agrio del conflicto, éste no condujo a una alienación total de la comunidad católica del Tercer Reich. Muchos católicos eran muy críticos con el Partido Nazi, y especialmente con fanáticos como Rosenberg, pero la posición de Hitler sólo se veía afectada a medias. El deseo profundamente enraizado de la comunidad católica desde los tiempos de Bismarck de ser aceptada como parte de la nación alemana aguó su hostilidad hacia las políticas anticatólicas del régimen, que muchos creían producto de los radicales sin que Hitler les hubiera dado su aprobación. Era una ilusión. A largo plazo, declaró Rosenberg en septiembre de 1938, el control casi total de la juventud por parte de las Juventudes Hitlerianas y la nazificación del

sistema educativo harían que la influencia de la Iglesia sobre los fieles se rompiera y que las diversas confesiones desaparecieran de la vida del pueblo. Era un sentimiento del que Hitler no disentía.[94]

III

Por muy dramática que pareciera la escalada del conflicto, no era algo nuevo ni exclusivo de Alemania. Como la vieja generación de socialdemócratas de los años treinta, los sacerdotes católicos más ancianos ya habían experimentado con anterioridad la persecución. En la década de 1870, Bismarck había lanzado un asalto organizado contra la Iglesia Católica en Alemania que terminó con la detención y encarcelamiento de cientos de sacerdotes católicos y la imposición de una amplia variedad de controles seglares sobre el clero. En la misma época, los gobiernos partidarios de la secularización del Estado en Italia y Alemania—la monarquía italiana unificada y la Tercera República francesa—habían arrancado la educación de las manos del clero y la habían puesto en las de profesores designados por el Estado en escuelas estatales. Tales políticas venían justificadas, también, por campañas masivas de propaganda contra la supuesta inmoralidad sexual del sacerdocio católico, sobre todo por su utilización de la confesión para hablar de los secretos íntimos de las mujeres jóvenes. El Papa Pío IX había estimulado e inflamado estos conflictos con la publicación de su denuncia del secularismo y la modernidad en el *Silabario de errores* (1864) y haciendo un llamamiento a su rebaño para que proclamara su fidelidad a través de la *Declaración de la Infalibilidad del Papa* (1871). En el siglo XX, la persecución de la Iglesia había alcanzado mayor intensidad en México y en Rusia como consecuencia de sus respectivas revoluciones. El aplastamiento de una organización internacional como la Iglesia, que degradaba al Estado en su modo de pensar, podía formar parte del proceso de construcción de una nueva nación o un nuevo sistema político. Localmente, los profesores de escuela y los sacerdotes de los pueblos participaron en una batalla por la supremacía sobre las inteligencias de los jóvenes en toda Europa occidental a finales del siglo XIX y principios del XX. Así, las agrias tensiones entre el

Estado y la Iglesia en los años treinta no eran nada nuevo. Lo que sí era una novedad, quizá, era el rechazo nazi al secularismo racionalista. En los otros casos, la persecución de la Iglesia no iba ligada a la promoción de una religión alternativa. Por muy poderoso que fuera el reclamo de la ideología del Estado, era el reclamo de una ideología secular y terrenal. Sin embargo, en el caso del Tercer Reich el asunto no estaba tan claro.[95]

¿Qué sustituiría el lugar de las iglesias en Alemania cuando éstas hubieran desaparecido definitivamente? En lo que respecta a este asunto, los dirigentes nazis adoptaron posiciones muy distintas. Las creencias religiosas de Hitler y Goebbels conservaban un elemento del cristianismo, bien que un componente muy distante que se debilitó todavía más después del fracaso del proyecto de los Cristianos Alemanes en 1934-1935. Incluso Rosenberg modificó su postura anticristiana prestando ayuda a los Cristianos Alemanes hasta que se evidenció su fracaso en la toma del control de la Iglesia Evangélica. Inicialmente, Rosenberg admiraba a Lutero, adaptó doctrinas del místico medieval Eckhart y creía que una cristiandad perfeccionada desde el punto de vista de la raza se podría ir convirtiendo a una nueva religión germánica que podría desprenderse de las misas ofrecidas por los sacerdotes y consagrarse a los intereses de la raza aria. Así, abogando por esta nueva religión desde mediados de los años treinta, Rosenberg se convirtió en el portavoz más destacado de la tendencia anticristiana dentro del Partido Nazi.[96] De *El mito del siglo XX* se vendieron más de un millón de ejemplares,[97] a pesar de que Hitler negó que se tratara de una declaración oficial de la doctrina del partido. «Como muchos dirigentes locales—remarcó—sólo he leído un breve fragmento del libro». Éste estaba escrito «en un estilo demasiado difícil de entender». Sólo se había empezado a vender bien, siguió, porque el cardenal Faulhaber lo había condenado en público y había sido incluido en el Índice de Libros Prohibidos de la Iglesia.[98] A pesar de que muchos dirigentes no habían conseguido abrirse paso entre las páginas del *Mito*, no sentían ninguna repugnancia a utilizar sus ideas en beneficio de sus propios programas, como Baldur von Schirach, que en 1934 urgió a los jóvenes a abandonar las organizaciones juveniles católicas y afiliarse a las Juventudes Hitlerianas y declaró que «el camino de Rosenberg» era «el camino de la juventud

alemana».[99] En julio de 1935, en el punto culminante de la controversia por los ataques de Rosenberg a las diversas iglesias, un orador afirmó en un mitin de la Liga de Estudiantes Nazis en Bernau: «O se es nazi o se es cristiano devoto». El cristianismo, afirmó, «promueve la disolución de las ataduras raciales y de la comunidad racial nacional [...]. Debemos repudiar el Antiguo y el Nuevo Testamento, ya que a nosotros sólo nos sirve la idea nazi. Para nosotros sólo hay un ejemplo, Adolf Hitler y nadie más».[100]

Las ideas anticristianas eran comunes dentro de las Juventudes Hitlerianas y se convirtieron en una parte cada vez más importante del programa del partido para el adoctrinamiento de los jóvenes. Los niños que comían en la organización de beneficencia nacionalsocialista de Colonia, por ejemplo, estaban obligados a dar las gracias por los alimentos que iban a recibir antes y después de comer y a sustituir el nombre de Dios por el del Führer.[101] En un campamento de entrenamiento para escolares en Freusberg se dijo a los niños que el Papa era «medio judío» y que tenían que odiar «las enseñanzas cristianas» que procedían del «este judío» y eran «ajenas a la raza», algo incompatible con el nacionalsocialismo. La madre de un chico de doce años de las Juventudes Hitlerianas encontró el siguiente texto en sus bolsillos cuando llegó a casa una tarde; el mismo texto fue cantado en público por las Juventudes en la concentración del partido en Nuremberg de 1934:

> Somos las alegres Juventudes Hitlerianas,
> No necesitamos las verdades cristianas,
> Porque nuestro Führer Adolf Hitler, nuestro Führer,
> Intercede siempre por nosotros.
>
> Intenten lo que intenten los curas del Papa,
> Nosotros seremos los hijos de Hitler hasta la muerte;
> No seguimos a Cristo sino a Horst Wessel.
> ¡Fuera el incienso y el recipiente de agua bendita!
>
> Como hijos de nuestros ancestros de tiempos lejanos,
> Con los estandartes en alto cantamos y caminamos.
> No soy cristiano, católico no soy,
> Con las SA siempre voy.

No era la cruz, cantaban, sino la esvástica, la que representaba la redención.[102]

En buena parte, esta propaganda obedecía al empeño de abolir las organizaciones católicas juveniles y enrolar a sus miembros en las Juventudes Hitlerianas. Así, la propaganda propagó una ética ferozmente anticristiana cuya virulencia y potencia no se debería subestimar. En agosto de 1936, Friedrich Reck-Malleczewen observó a un miembro de las Juventudes Hitlerianas entrando en clase en Munich:

> Su mirada cayó sobre el crucifijo que colgaba detrás de la mesa del profesor y en un instante su cara todavía joven y suave se contrajo en una expresión de furia. Agarró el símbolo al que están consagradas las catedrales de Alemania y las progresiones resonantes de la *Pasión según San Mateo*, lo arrancó de la pared y lo lanzó por la ventana a la calle [...] al grito de «¡fuera, cochino judío!».[103]

Aparte de Schirach, entre los dirigentes nazis había más figuras abiertamente anticristianas. El paganismo, liderado por Erich Ludendorff a mediados de los años veinte, no desapareció con la fundación de la Liga Tannenberg en 1925 y la expulsión de Ludendorff del partido dos años después. Robert Ley, el líder del Frente del Trabajo, llegó todavía más lejos que Rosenberg en su desprecio por el cristianismo y su rechazo de la dimensión divina de Cristo, aunque no lo siguió en el camino de la creación de una religión sustitutoria.[104] El experto en agricultura del partido Richard Walther Darré era un partidario de un paganismo consistente en la elite nazi y su ideología «sangre y suelo» causó una impresión muy fuerte sobre Heinrich Himmler. Darré creía que los teutones de la época medieval se habían visto debilitados por su conversión al cristianismo, que aseguraba había sido impuesta por los decadentes latinos del sur de Europa.[105] Por su parte, Himmler abandonó su fe cristiana influenciado por Darré. En los planes de Himmler para las SS a partir de 1933, la elite racial en camisa negra tenía que convertirse en una especie de orden religiosa, inspirada de algún modo en los jesuitas. Las ideas en que se iba a basar las extraía de rituales y creencias paganos supuestamente germánicos de la Alta Edad Media. Como resumía un proyecto de las SS de 1937: «Vivimos en la era de la lucha final con el cristianismo. La misión de las SS consiste en parte en proporcionar al pueblo alemán durante los próximos cincuenta años los

cimientos ideológicos no cristianos de un modo de vida más adecuado a su carácter». Éstos serían una mezcla de fragmentos de la religión pagana de vikingos y teutones, símbolos wagnerianos y pura invención. Las SS establecieron sus propios ritos de matrimonio, con antiguos poemas escandinavos, cálices de fuego, música wagneriana y símbolos solares presidiendo tan extraña ceremonia. Himmler dio orden a las familias de los hombres de las SS de no celebrar la Navidad pero sí el solsticio de verano. El 9 de junio de 1942 Himmler declaró que el cristianismo era «la peor de las plagas»; la moralidad verdadera no consistía en exaltar el espíritu del individuo sino en dedicarse de modo abnegado al servicio de la raza. Los valores morales sólo se podían extraer de la conciencia del lugar de cada uno en la cadena de una herencia «preciosa» y de los deberes para con ella.[106]

Una vez se evidenció que era imposible satisfacer la ambición primera de los nazis de crear una Iglesia unificada del Estado bajo la tutela de los Cristianos Alemanes, los dirigentes nazis empezaron a animar a los miembros del partido a declarar su renuncia formal a la Iglesia. Rosenberg, como era previsible, ya había abandonado la Iglesia en 1933; Himmler y Heydrich apostataron en 1936, y a partir de entonces les siguieron un número creciente de dirigentes regionales. El Ministerio del Interior decretó que las personas que abandonaran la Iglesia se podían declarar «deístas» [gottgläubig], y el partido, que sus cargos no podían ostentar simultáneamente ninguna responsabilidad en las Iglesias católica y protestante. En 1936 se prohibió a los camisas pardas asistir a cualquier servicio religioso en uniforme, y a comienzos de 1939 se extendió la prohibición a todos los miembros del partido. En 1939, más del 10 por 100 de la población de Berlín estaba registrada como deísta, un 7,5 por 100 en Hamburgo y entre el 5 y el 6 por 100 en otras grandes ciudades. El término albergaba una variedad de creencias religiosas, incluido el paganismo. Es muy probable que la gran mayoría de éstos fueran miembros del partido; la proporción de deístas en las SS había alcanzado un 25 por 100 en 1938. El proceso se vio acelerado por una serie de medidas impulsadas por el jefe de la oficina de Rudolf Hess, el enérgico y muy anticristiano Martin Bormann, acerca de la prohibición a pastores y sacerdotes de tomar parte en cualquier

asunto del partido o, a partir de mayo de 1939, de pertenecer al partido. De todos modos, todavía quedaba un largo trecho para que el conjunto de la población tomara parte en este movimiento. «No permitiremos que nos conviertan en paganos», escuchó decir a una mujer de Hesse un agente de la Gestapo.[107] El Movimiento Alemán de la Fe, que propagaba una religión nueva y racial basada en una mezcla de ritos, símbolos y textos nórdicos e indios, nunca superó la cifra de 40.000 miembros, y otros grupos neopaganos, como la esotérica Liga Tannenberg de Ludendorff, eran todavía más reducidos.[108] Sin embargo, a pesar de la poca popularidad del movimiento, lo cierto es que a finales de los años treinta el Partido Nazi iba camino de cortar todas las relaciones con el cristianismo organizado.[109]

Que el proceso condujera a una forma muy retocada de «Cristianismo Alemán» o a un paganismo redomado fue el núcleo de una batalla continua entre Rosenberg, cuya oficina perseguía constantemente la eliminación de cualquier publicación que simpatizara con la vieja idea de una Iglesia del Reich basada en una síntesis de nazismo y cristianismo, y Goebbels, quien, como era habitual, optó por una posición menos rígida. Goebbels formaba tándem con el jefe de la Cancillería del Führer, Philipp Bouhler, que llevaba la «Comisión Oficial de Supervisión del Partido para la Protección de la Literatura Nacionalsocialista». Su misión, aprobada por Goebbels, era revisar la corrección ideológica de las publicaciones del Partido Nazi. La Oficina de Información Ideológica de Rosenberg intentó repetidamente asumir el mando de la comisión de Bouhler, que consideraba laxa desde el punto de vista ideológico, pero sin éxito, a pesar de que en ocasiones obtuviera alguna victoria táctica con la intervención personal de Hitler contra publicaciones concretas.[110] Otro personaje, mucho menos diestro en estos juegos tan complicados, era el ministro de la Iglesia, Hans Kerrl, que intentaba propagar la idea de reconciliación entre protestantismo y nazismo, pero a quien ya se le había pasado la hora en el momento de su designación en 1935, y a quien el rechazo obstinado de la Iglesia Confesional a adaptarse a sus planes había debilitado y hecho vulnerable a los ataques de figuras más radicales, como Himmler y Rosenberg. La tentativa de su ministerio de anular el Concordato con la Iglesia Católica tropezó con un fracaso similar, ya que Hitler lo encontró desaconsejable desde el punto de

vista de la diplomacia. En 1939, la influencia de Kerrl declinaba. Había demostrado que era incapaz de imponer el monopolio en las relaciones con las iglesias que se suponía debía ejercer su ministerio.[111]

IV

De este modo, en vísperas de la guerra, la política nazi acerca de las iglesias se encontraba en un estado de confusión y desorden. La tendencia ideológica se encontraba claramente lejos del cristianismo, aunque todavía quedaba un largo camino antes de que la alternativa neopagana encontrara una aceptación general dentro del mismo partido. Con todo, a pesar de las disputas ideológicas, desde el principio había un objetivo claro: el régimen estaba decidido a reducir, y si era posible eliminar, las iglesias como núcleos de una ideología, real o potencial, alternativa a la suya.[112] El trato que el régimen dispensó a una secta pequeña pero muy unida, los Testigos de Jehová, evidencia la primacía de este objetivo. Los miembros de esta secta prestaban juramento de obediencia sólo a Jehová, y por este motivo rechazaron de plano jurar lealtad a Hitler. No hacían el «saludo alemán», no asistían a concentraciones políticas, no participaban en las elecciones y rechazaban el reclutamiento para servir en las Fuerzas Armadas. Aunque su extracción social humilde en las clases media y trabajadora los ponía en contacto con los antiguos comunistas y socialdemócratas, la pretensión de la Gestapo de que eran un mero frente de los grupos de resistencia del movimiento obrero no tiene fundamento. En efecto, el movimiento de los Testigos guardaba ciertas semejanzas con el de las pequeñas sectas antiliberales de los años iniciales de la posguerra de los que procedía el mismo nazismo. Para la policía era también muy importante que la organización estuviera dirigida desde fuera de Alemania, en Estados Unidos; el cuartel general del movimiento en Brooklyn fue uno de los primeros críticos del fascismo europeo, y prestó apoyo al bando republicano en la Guerra Civil española. Era de prever que las organizaciones del Partido Nazi y los oficiales de la Gestapo utilizaran la intimidación y la amenaza para poner en vereda a los Testigos de Jehová. Pero estas tácticas sólo consiguieron volverlos más testarudos. Reforzados por una resolución

aprobada en una conferencia internacional celebrada en 1936 en Lucerna en que se criticaba duramente al gobierno alemán, empezaron a distribuir lo que el régimen consideró panfletos sediciosos. La policía respondió con detenciones y persecuciones y, en 1937, los Testigos de Jehová sumaban mucho más de la mitad de los casos presentados ante el Tribunal Especial de Freiberg, Sajonia, y también una proporción sustancial en otros puntos del país.[113]

Dentro de las prisiones los Testigos rechazaban de forma constante abandonar su fe y transigir ante el Estado secular. Mientras que algunos alcaides y funcionarios de prisiones los consideraban poco más que unos locos inofensivos, otros, como el alcaide de la cárcel de Eisenach, Turingia, hizo grandes esfuerzos para lavarles el cerebro, sometiéndolos a sesiones regulares de adoctrinamiento. El experimento fue abandonado en 1939, al cabo de un año, al no obtener resultados. Para los Testigos, el castigo y la persecución sólo eran pruebas de su fe, impuestas según ellos por Dios. La mayoría de ellos rechazaban trabajar en prisión a pesar de los castigos constantes. Otros llegaron todavía más lejos. El testigo de Jehová Otto Grashof, condenado a cuatro años en la cárcel de Wolfenbüttel por negarse a servir en el Ejército e intentar convencer a otro joven de hacer lo mismo, empezó una huelga de hambre cuando su familia fue desahuciada y sus hijos entregados en adopción. Aunque lo alimentaron a la fuerza con métodos brutales, murió a comienzos de 1940, pesando menos de cuarenta kilos.[114]

La represión legal no ejerció ningún efecto sobre los Testigos de Jehová. Sacaban las fuerzas de los estrechos vínculos familiares y comunitarios que los mantenían unidos. Frustrados por el rechazo de los Testigos a someterse, la policía y las SS empezaron a llevarlos directamente a campos de concentración cuando salían de prisión. Un alto funcionario del Ministerio de Justicia llegó a criticar a la judicatura por no tomarse en serio la amenaza que representaban los Testigos de Jehová. En Alemania, afirmaba, había cerca de dos millones—una gran exageración, puesto que en realidad había menos de 30.000—y actuaban como un frente comunista, una acusación de la que, no hace falta ni decirlo, no había la más mínima prueba. A pesar de ello, la Gestapo desencadenó una nueva oleada de

detenciones. A finales del Tercer Reich se había encarcelado a unos 10.000 testigos y 2.000 estaban en campos, donde murieron unos 950.[115] En su caso, los sufrimientos sólo les incitaron a nuevos actos de autosacrificio piadoso y de martirio. En algunos aspectos, eran prisioneros modélicos, limpios, ordenados y trabajadores. Aun así, el hombre de las SS Rudolf Höss, alto oficial del campo de Sachsenhausen a finales de los años treinta, denunció más adelante que los Testigos rechazaban ponerse en posición de firmes, participar en desfiles de instrucción, descubrirse y mostrar cualquier signo de respeto hacia los guardas, ya que el respeto, afirmaban, sólo se debía a Jehová. Cuando les propinaban palizas pedían más en señal de devoción. Cuando les obligaban a presenciar la ejecución de algún Testigo que había rechazado realizar trabajos relacionados con el Ejército o desobedecido la orden de alistarse en las Fuerzas Armadas, pedían que los martirizaran a ellos. Höss explicó que Himmler quedó tan impresionado por su fanatismo que a menudo los ponía como ejemplo a los hombres de las SS.[116]

Con todo, los Testigos de Jehová fueron el único grupo religioso que mostró una hostilidad intransigente con el Estado nazi. A pesar del coraje de muchas figuras destacadas de las iglesias más importantes y de muchos miembros corrientes de sus congregaciones, ninguna se opuso al Tercer Reich más que en el estrecho frente religioso. La Gestapo podía sostener que los sacerdotes católicos y los pastores protestantes ejercían una oposición total al nacionalsocialismo encubriéndose en su retórica piadosa, pero la verdad era que, en un sentido más amplio, las iglesias guardaron silencio. Tanto la Iglesia Evangélica como la Católica eran conservadoras desde el punto de vista político, y lo eran desde mucho antes de que los nazis alcanzaran el poder. El miedo al bolchevismo y a la revolución, fuerzas que volvieron a mostrar sus colmillos con las noticias de grandes masacres de sacerdotes por parte de los republicanos al comienzo de la Guerra Civil española, las reafirmaron en su convicción de que si el nazismo desaparecía sería sustituido por algo peor. La profunda y a menudo agria división confesional en Alemania hacía que no se pudiera ni pensar en que los protestantes y los católicos unieran sus fuerzas contra el régimen. Los católicos estaban ansiosos por demostrar su lealtad al Estado alemán

desde los tiempos en que Bismarck los había puesto en cuestión en la década de 1870. Los protestantes habían sido el brazo ideológico del Estado durante el Imperio de Bismarck y se sentían profundamente identificados con el nacionalismo alemán desde hacía muchos años. Ambas religiones aplaudieron la supresión de los marxistas, los comunistas y los partidos políticos liberales, el combate contra la «inmoralidad» en el arte, la literatura y el cine, y muchos otros aspectos de las políticas del régimen. La larga tradición de antisemitismo tanto entre los católicos como entre los protestantes garantizaba que las iglesias no protestarían formalmente contra las leyes antisemitas del régimen. Lo máximo a que estaban dispuestos era a proteger a los judíos conversos dentro de sus propias filas, e incluso en este punto su actitud fue a veces extremadamente equívoca.

Aun así, los nazis consideraban que las iglesias constituían las reservas más poderosas y acérrimas de oposición ideológica a sus principios. Si podían ganar la batalla ideológica, sería más sencillo moldear a todo el pueblo alemán en una masa nazi uniforme. A pesar de los muchos reveses que se encontraron en su confrontación con las iglesias, en 1939 parecía que estaban ganando la batalla. Muchos bajos funcionarios del régimen concluyeron que la única manera de combatir a las iglesias era desarrollar una alternativa atractiva al ritual cristiano. «Es necesario llevar a cabo cierto misticismo—se decía en un informe de la Gestapo de fecha tan temprana como 1935—que ejerza un efecto en las masas todavía más fuerte que el que la Iglesia cristiana ha desarrollado a través de los objetos de una —polvorienta—tradición, rodeándolos de una atmósfera de magia y cubriéndolos con la pátina de la edad».[117] A pesar de que tales puntos de vista eran mayoritarios entre los nazis más comprometidos, especialmente Heinrich Himmler, Hitler y Göring se mostraban muy escépticos ante los intentos de resucitar lo que Göring definía como las «ridiculeces» de «Wotan y Tor» y la «boda germánica». El ministro de Educación nazi, Bernhard Rust, lanzó fuertes invectivas contra las tentativas de propagar el «Valhalla como sustituto del cielo cristiano».[118] Y el 6 de septiembre de 1938, Hitler intervino en el asunto con un discurso en que atacó los intentos de convertir el nazismo en una religión:

> El nacionalsocialismo es una doctrina fría, basada en la realidad, en el conocimiento científico más depurado y su expresión mental. Hemos abierto el corazón del pueblo a esta doctrina, y lo seguimos haciendo en el presente, por eso no deseamos destilar al pueblo un misticismo alejado del propósito y los objetivos de nuestra doctrina [...]. Porque el movimiento nacionalsocialista no es un movimiento de culto, sino, más bien, una filosofía racial y política que parte solamente de consideraciones racistas. Su significado no es el de un culto místico; sino el cultivo y el dominio del pueblo determinado por su sangre. Por eso no tenemos templos para celebrar cultos, sino templos para el pueblo. Ni lugares de veneración, sino lugares de reunión y plazas para celebrar marchas. No tenemos lugares de culto, sino campos de deportes y juegos [...]. El movimiento nacionalsocialista no puede tolerar un movimiento subversivo de ocultos buscadores del Más Allá.

El nazismo, concluyó, estaba basado en el respeto a las leyes de la naturaleza, ofrecidas por Dios; en su centro estaba la criatura creada por Dios para dominar la tierra, es decir el ser humano, y, sirviendo a los intereses de la humanidad, el nazismo servía a Dios. «El único culto que conocemos es el del cultivo de la naturaleza y, a partir de aquí, el de lo que Dios ha querido».[119]

A lo largo de los años, muchos observadores han visto en el nazismo una especie de religión política.[120] Su uso de un lenguaje, ritos y símbolos religiosos, su dogma incuestionable e inalterable, su veneración de Hitler como un mesías llegado para redimir al pueblo alemán de su debilidad, degeneración y corrupción, su demonización de los judíos como enemigos universales, y su promesa de que el individuo, atormentado por la duda y la desesperación después de la derrota alemana de 1918, renacería en una colectividad brillante de fieles, eran elementos fuertemente relacionados con la religión, despojada de elementos sobrenaturales y aplicada al mundo real. Los nazis no dudaron en adaptar los Diez Mandamientos y el Credo a los propósitos de un catecismo nacionalista de creencia en Alemania y en su Führer, ni se encogieron a la hora de utilizar un lenguaje que retratara la relación de Hitler con sus primeros partidarios, como Göring y Goebbels, en los mismos términos en que la Biblia retrataba a Jesús reuniendo a sus primeros discípulos.[121] «Cuando oyes la voz de un hombre —dijo Hitler a sus seguidores el 11 de septiembre de 1936 en la concentración del partido de Nuremberg—y esta voz te llega al corazón y te despierta, tú sigues la voz».[122] Es evidente que estas palabras estaban calculadas para influenciar al pueblo desorientado que buscaba soluciones a los terribles problemas a

que se enfrentaba en los tiempos caóticos que le tocó vivir. También resulta obvio que al abandonar la tentativa de unificar las iglesias y al tratar de destruirlas, el régimen empezó a adoptar características casi religiosas.[123] Pero hay que ser cuidadosos y no llevar demasiado lejos la metáfora religiosa. Sería tan fácil como interpretar el nazismo por medio de una imagen militar: la promesa de convertir la derrota en una victoria absoluta, la imagen de una nación avanzando llevando el paso, aniquilando a sus enemigos y fundiendo a los individuos dubitativos en una masa militar motivada, la jerárquica estructura de mando dominada por un gran líder militar, etc.; aunque la religión y el militarismo han estado ligados muy a menudo, han sido en esencia fuerzas bastante diferentes y mutuamente hostiles.[124]

Como ideología, el nazismo no era una religión. No sólo porque lo afirmara Hitler, ni porque no dijera nada sobre el más allá, la eternidad o el alma inmortal, como hacen todas las religiones auténticas, sino también, todavía más importante, porque era demasiado incoherente para serlo. Los dirigentes nazis no emplearon su tiempo en discutir los matices de su ideología, como hicieron los escolásticos medievales y como hacían los filósofos marxistas-leninistas, sus equivalentes modernos. No había un libro sagrado del nazismo del que la gente pudiera utilizar textos a diario, como hacían los burócratas de la Rusia de Stalin con las obras de Marx, Engels y Lenin: aunque todo el mundo debía tener un ejemplar de *Mi lucha* de Hitler en casa, el libro era demasiado verboso, contenía demasiadas divagaciones y elementos autobiográficos como para que se le pudiera dar este uso. Además, el nazismo no prometía una victoria final seguida por una suspensión del tiempo celestial; en lugar de eso era una doctrina de lucha perpetua, de conflicto sin fin. No había nada universal en su llamada, así como sí lo hay en las grandes religiones o en las grandes ideologías políticas, como el socialismo y el comunismo: se dirigía solamente a un segmento muy pequeño de la humanidad, los alemanes, y nadie más podía beneficiarse de él. Los filósofos conservadores de mediados del siglo XX sostenían en general que, como religión política, el nazismo llenó la necesidad de fe religiosa que sentían millones de alemanes que se habían quedado vacíos por el secularismo de la modernidad. Pero no se puede

reducir de este modo su atractivo. Millones de católicos se opusieron a él o permanecieron relativamente inmunes. Millones de protestantes, incluidos muchos de los más destacados, como los Cristianos Alemanes, no. Muchos millones de personas se resistieron a sus encantos ideológicos a pesar de haberse formado en la tradición política atea y anticlerical del movimiento obrero alemán.[125]

La religión no implica necesariamente el rechazo a la democracia, el racionalismo y la tolerancia; algunos historiadores han señalado que el movimiento obrero también tenía sus estandartes, sus ritos, su dogma y su escatología, aunque nada de ello impidió que los socialdemócratas abrazaran la democracia, el racionalismo y la tolerancia. Finalmente, tampoco es cierto que el dogmatismo, la fe en un gran líder, la intolerancia o la creencia en la redención futura de los males del presente se hayan limitado al comportamiento y la ideología religiosos. La utilización de símbolos y ritos casi religiosos por parte del nazismo era real, pero en su mayor parte obedecía más a una cuestión de estilo que de contenido. «La estudiada usurpación de funciones religiosas por parte de Hitler—como ha escrito un historiador—quizá obedecía a un odio desplazado a la tradición cristiana: el odio de un apóstata».[126] El núcleo de creencias nazis residía en la fe en la ciencia proclamada por Hitler en su discurso de septiembre de 1938 —la versión nazi de la ciencia—como base para la acción. La ciencia reclamaba la persecución de los intereses no de Dios sino de la raza humana, y, por encima de todo, de la raza alemana y de su futuro en un mundo dominado por las ineluctables leyes de Darwin sobre la competencia entre razas e individuos. La moralidad se basaba en este solo criterio, que superaba los principios del amor y la compasión que siempre han figurado en la base de un elemento tan importante en las creencias de las grandes religiones del mundo.[127] Finalmente, la conceptualización del nazismo como una religión política no es solamente descriptiva, sino demasiado general como para ser de ayuda; no nos dice mucho sobre cómo funcionaba el nazismo o sobre la naturaleza de la atracción que ejerció sobre grupos diferentes de la sociedad alemana. El fracaso del Tercer Reich a la hora de

encontrar un sustituto para el cristianismo, por muy débiles que fueran sus intentos, fue especialmente manifiesto en su política hacia los jóvenes del país, el futuro de Alemania.

EL TRIUNFO ENTRE LOS JÓVENES

I

> En prácticamente todas las clases cuelga un retrato de Adolf Hitler. Al lado de la placa conmemorativa del hueco de la escalera un retrato especialmente caro del Führer, adquirido con fondos de la Fundación Nölting, ocupa el puesto de honor. Los maestros y los alumnos hacen el saludo alemán al inicio y al final de cada clase. Los alumnos escuchan los discursos políticos considerados importantes en la radio del comedor de la escuela.

El director de una escuela pública de secundaria de Wismar escribía así a finales del curso 1933-1934, un año, apuntó, de «crecimiento de la concepción del mundo del nuevo Estado nacionalsocialista».[128] El proceso de ajuste había sido más sencillo gracias a la inclusión del equipo de profesorado en la Liga Nacionalsocialista de Maestros y del alumnado en las Juventudes Hitlerianas. El gobierno de Berlín y otras autoridades estatales de otros lugares de Alemania lo impulsaron mediante una serie de normativas y directivas. Tan temprano como el 30 de julio de 1933 se decretaron las «Directrices para los libros de texto de historia», de acuerdo con las cuales las lecciones de historia se debían basar en el «concepto de heroísmo en su forma germánica, ligado a la idea de liderazgo». Muy pronto, se empezó a pedir a los alumnos la redacción de trabajos sobre temas como «Hitler como garante de la unidad alemana», «La revolución nacionalista como comienzo de una nueva era», «La película *Quex, de las Juventudes Hitlerianas* como una obra de arte» y «Yo soy alemán (una expresión de orgullo y deber)». La imaginación de un alumno se desbordó en un trabajo titulado «Adolf Hitler cuando era niño», escrito en 1934:

> Cuando era niño, a Adolf Hitler no le gustaba quedarse en casa. Prefería la libertad de salir a correr con otros chicos. ¿Por qué tardaba tanto hoy? Su madre no podía dejar de recorrer el camino de la cocina a la mesa, meneó la cabeza, miró el reloj y empezó a pensar lo peor. Unas horas antes le había visto desde la ventana cuando salía con una docena de chicos. Casi todos le pasaban una cabeza al pequeño Adolf, y si querían le podían dar una buena tunda.

> Entonces, la puerta se abrió con estrépito y Adolf se abalanzó en la habitación. Tenía la cabeza llena de chichones, y arañazos en la cara, pero, con los ojos brillantes, gritó: «Madre, hoy los niños me han nombrado general».[129]

A otro niño, alumno en una escuela de primaria, a quien le habían preguntado «¿Eran bárbaros nuestros ancestros germánicos?», se le ocurrió en seguida cómo establecer un paralelo con el pasado reciente: «La acusación de que nuestros ancestros alemanes eran bárbaros—escribió—es tan mentira como decir que sólo Alemania tiene la culpa de la guerra mundial. Se ha demostrado que las tribus germánicas tenían un nivel cultural alto, incluso en la Edad de Piedra».[130] El culto nazi a la muerte también se introdujo en las lecciones, con preguntas sobre Horst Wessel y otros mártires de la causa nazi: «No debemos olvidar a los caídos por el movimiento», escribió un chico de catorce años en 1938, y añadió: «Cuando pensamos en ello también debemos pensar en nuestra propia muerte».[131]

Los alumnos de todas las edades se veían forzados a regurgitar toda la bilis antisemita que el régimen les inculcaba en grandes cantidades. Erna, una alumna de primaria, envió un trabajo para su publicación en *Der Stürmer* de Streicher, del cual se confesaba feliz lectora. Dado el tema «Los judíos son nuestra desgracia», la niña escribió: «Por desgracia, todavía hay mucha gente que dice:"Los judíos también son hijos de Dios, de modo que debéis respetarlos". Pero nosotros decimos: "Los insectos también son animales, pero aun así los exterminamos"». En ocasiones, particularmente en los distritos de clase trabajadora, los alumnos expresaban una posición distinta. En 1935, por ejemplo:

> En una lección dedicada a los caídos en la guerra por el país, el profesor dijo que también habían caído muchos judíos. Inmediatamente un chico nazi exclamó: «¡Se murieron de miedo! ¡Los judíos no pertenecen a la patria alemana!». A esto, otro alumno dijo: «Si Alemania no es su patria y con todo cayeron por ella, su muerte es más que heroica».[132]

Sin embargo, el trabajo de otro alumno, escrito en 1938, refleja los efectos de años de adoctrinamiento en las opiniones de los jóvenes. «Los judíos —afirmaba—no constituyen una raza en sí mismos, sino que son una rama de la raza asiática y oriental con una mezcla negroide». Los judíos, continuaba,

habían ocupado el 60 por 100 de las plazas del funcionariado durante la República de Weimar (una estimación mucho más alta que el porcentaje real) y «el teatro también estaba completamente en manos de los judíos», una sobreestimación igualmente drástica y grosera. A pesar de ello, «nunca habrás visto a un judío trabajando, porque éstos sólo pretenden burlar a sus compañeros no judíos, que trabajan duramente para ganarse el pan». Los judíos, concluía, «han conducido al pueblo alemán al abismo. Pero su tiempo se ha acabado».[133]

El trabajo de este alumno refleja un gran cambio en la dirección de la enseñanza impulsado desde arriba. La historia, decía una directiva aprobada el 9 de mayo de 1933 por el ministro del Interior, Wilhelm Frick, tenía que ocupar una posición dominante en las escuelas. La idea de que la historia debía ser objetiva, añadía el *Allgemeine Deutsche Lehrerzeitung* [Diario General de los Profesores Alemanes] el 9 de agosto de 1933, era una falacia del liberalismo. El objetivo de la historia era enseñar al pueblo que la vida siempre había estado dominada por la lucha, que la raza y la sangre eran primordiales en todo lo que había sucedido en el pasado, sucedía en el presente y sucedería en el futuro, y que el liderazgo determinaba el destino de los pueblos. Los temas centrales de la nueva enseñanza incluían el coraje en la batalla, el sacrificio por una causa mayor, la admiración sin reservas por el Führer y el odio hacia los enemigos de Alemania, los judíos.[134] Estos temas se introdujeron también en la enseñanza de otras materias. Desde finales de 1933 en adelante, la biología se modificó para incluir «las leyes de la herencia, la enseñanza racial, la higiene racial, la enseñanza sobre la familia y la política de natalidad».[135] Las lecturas básicas de primaria incluían un retrato de Hitler, a menudo en compañía de niños, en la portada o como frontispicio, y a veces ambas cosas. Los niños más menudos aprendían a recitar versos como los siguientes:

> ¡Mi Führer!
> Te conozco bien y te quiero como a mi madre y a mi padre.
> Te obedeceré siempre como hago con mi padre y mi madre.
> Y cuando crezca, te ayudaré como ayudo a mi padre y a mi madre.
> Y estarás satisfecho conmigo.[136]

Libros de lectura como el *Libro Alemán de Lectura*, publicado en 1936, estaban repletos de historias sobre niños que ayudaban al Führer, sobre las virtudes saludables de la vida campesina, o sobre la felicidad de las familias arias que tenían montones de hijos. Una de las historias preferidas estaba escrita por el jefe de prensa de Hitler, Otto Dietrich, y contaba la valentía de Hitler atravesando en avión una tormenta durante la campaña de las elecciones presidenciales de 1932. El Führer transmitía su serenidad a Dietrich y a los otros dirigentes nazis que compartían el vuelo y calmaba su terror mientras los vientos sacudían el avión.[137] A mediados de los años treinta prácticamente no quedaban lecturas de primaria que no mencionaran alguna institución nazi bajo una óptica positiva.[138] Los libros ilustrados para los más pequeños retrataban a los judíos como figuras diabólicas que se ocultaban en lugares oscuros, siempre prestos a abalanzarse sobre los confiados y rubitos niños alemanes.[139]

Al comienzo, todavía se utilizaban algunos libros de texto de la época de Weimar, aunque se les sometió a censura localmente o en las escuelas, y ya en el mismo 1933 los comités estatales que vigilaban los libros de texto habían sido depurados y ocupados por nazis. Las autoridades educativas regionales publicaban un flujo constante de directivas, mientras que las organizaciones de maestros nazis publicaban materiales adicionales de enseñanza en diversos puntos del país. De este modo, al cabo de pocos meses de la llegada al poder de los nazis, los maestros sabían qué debían enseñar. Una directiva publicada en enero de 1934 obligaba a las escuelas a educar a los alumnos «en el espíritu del nacionalsocialismo».[140] Para alcanzar este objetivo, por ejemplo, la delegación de Breslau de la Liga de Maestros Nazis había publicado a comienzos de 1936 más de cien panfletos extra sobre cuestiones como «5.000 años de la esvástica» y «La personalidad judía y la alemana». Se vendían a los alumnos por 11 *pfennings* cada uno. En algunas escuelas, los maestros agregaban a la educación de los alumnos en estas materias la lectura en voz alta de artículos de *Der Stürmer* de Julius Streicher.[141] Todo esto iba acompañado de toda una batería de obligaciones impuestas por el gobierno central, que iban desde la asistencia a las audiciones de discursos de Hitler cuando eran emitidos por radio a la proyección de películas de la división de propaganda

de películas escolares del Ministerio de Propaganda de Goebbels desde 1934, entre las que se encontraban filmes que se creían que podían atraer a los jóvenes, como *Quex, de las Juventudes Hitlerianas* y *Hans Westmar*. Las bibliotecas de todas las escuelas fueron peinadas de literatura no nazi, que fue sustituida por libros nazis. Las clases se vieron interrumpidas cada vez con más frecuencia para que los profesores y los alumnos celebraran una variedad de festivales nazis, desde el cumpleaños de Hitler a la conmemoración de los mártires del movimiento nazi. Los tablones de anuncios se llenaban de carteles de propaganda, lo que se sumó a la atmósfera general de adoctrinamiento desde comienzos del Tercer Reich.[142]

A partir de 1935, las iniciativas regionales se vieron aumentadas con directivas centrales que cubrían la enseñanza de una gran variedad de temas para los diversos cursos. En 1938, estas directivas cubrían ya todos los cursos y la mayoría de asignaturas, incluso aquellas que no tenían un contenido ideológico evidente.[143] La enseñanza de la lengua alemana se enfocó, según los patrones del discurso, como un producto de los antecedentes raciales, las palabras alemanas como instrumentos de la conciencia nacional alemana y el discurso como expresión del carácter.[144] La enseñanza de la física se reorientó hacia temas relacionados con lo militar, como la balística, la aerodinámica y las comunicaciones por radio, aunque una buena parte de la enseñanza de los principios básicos no tenía un punto de referencia claramente político.[145] La biología se reorientó hacia el estudio de la raza.[146] En 1935, el Ministerio de Educación también empezó a orientar los libros de texto sobre aritmética. Una característica principal de estos libros era la inclusión de «aritmética social», que incluía cálculos diseñados para inculcar un adoctrinamiento subliminal en áreas clave—por ejemplo, sumas que pedían a los niños calcular cuánto costaba al Estado mantener vivo a un enfermo mental en un sanatorio.[147] Una de estas preguntas rezaba así: «Se estima que la proporción de sangre de origen nórdico entre el pueblo alemán es de 4/5 partes de la población. Un tercio de éstos se pueden considerar rubios. De acuerdo con estas estimaciones, ¿cuántos rubios hay entre los 66 millones de alemanes?».[148] La geografía se proyectó en términos de la ideología nazi para acentuar «los conceptos de hogar, raza, heroísmo y organicismo», como rezaba el título

de un capítulo de un libro destinado a los maestros. El clima estaba relacionado con la raza, y se aconsejaba a los maestros que el estudio del Oriente era una buena manera de introducir la «cuestión judía».[149] Incontables libros de texto de geografía propagaban conceptos como «espacio vital» y «sangre y suelo» y el mito de la superioridad racial de los alemanes.[150] Los mapamundis y los nuevos libros de texto ponían énfasis en la importancia de la geopolítica, apuntalaban implícitamente el concepto de «un pueblo, un Reich» y rastreaban la expansión de las tribus germánicas hacia la Europa central y oriental en la Edad Media.[151]

II

A pesar de todos estos cambios, en algunas situaciones los maestros conservaron un estrecho margen de maniobra. Muchas escuelas de pueblo eran pequeñas, y en 1939 la mayoría de las escuelas elementales sólo tenían una o dos clases. En estos casos, los maestros podían ejercer cierto grado de libertad en la interpretación de los materiales que les proporcionaba el régimen. Además, da la impresión de que algunos autores de libros de texto entraron implícitamente en colisión con los funcionarios del Ministerio de Educación al incluir una buena dosis de material ideológicamente neutral en sus publicaciones, lo que permitía a los maestros cuyas prioridades eran educativas más que ideológicas ejercer cierto grado de elección.[152] Un manual para profesores de primaria publicado en 1938 por la Liga Nazi de Maestros insistía en que el núcleo del currículo debía seguir siendo aprender a leer y escribir y la aritmética. Los niños servirían mejor a la nación, afirmaba el autor, si sobresalían en las cuestiones básicas de las letras y los números antes de acometer tareas secundarias.[153] Los alumnos más inteligentes, como el artista Joseph Beuys, que iba a la escuela en un área católica del oeste de Alemania durante este periodo, recordarían más adelante cómo podían distinguir a los profesores que «se oponían al régimen por debajo de la superficie»; algunas veces se distanciaban con gestos fácilmente negables como adoptar una postura o una actitud poco ortodoxas mientras hacían el saludo hitleriano.[154] Un maestro de una escuela de Colonia saludaba irónicamente cada día a sus alumnos con el

saludo: «¡*Heil*, miembros de las antiguas tribus germánicas!». Muchos evidenciaban que sólo prestaban obediencia a la ideología nazi de boquilla.[155] Con todo, ambigüedades de este tenor podían tener un efecto negativo en la enseñanza. Como recordó una chica que dejó Alemania a los dieciséis años en 1939, los niños eran conscientes de que muchos profesores

> Tenían que simular que eran nazis para conservar su lugar de trabajo, y la mayoría de los maestros hombres tenían familias que dependían de ellos. Si alguien quería una promoción tenía que demostrar ser un buen nazi, tanto si creía en lo que decía como si no. En los últimos dos años me fue muy difícil recibir cualquier enseñanza, porque nunca sabía si el profesor creía en lo que decía o no.[156]

La oposición abierta en las escuelas se había convertido en algo prácticamente imposible mucho antes del inicio de la guerra.[157]

En tanto que empleados del Estado, los maestros estaban incluidos en las disposiciones de la Ley del Reich para el Restablecimiento del funcionariado profesional, aprobada el 7 de abril de 1933, y los pedagogos políticamente sospechosos fueron pronto identificados por una red de comités de investigación establecida por el ministro prusiano de Educación, Bernhard Rust, que era maestro de escuela y dirigente regional del Partido Nazi. Atestados de nazis y controlados por dirigentes regionales y funcionarios nazis locales, estos comités impulsaron la expulsión de 157 de los 1.065 directores de escuela varones en Prusia, 37 de los 515 jefes de seminario varones y 280 de los 11.348 profesores titulares varones. No menos de 23 mujeres de las 68 directoras de escuelas secundarias de Prusia, un 32 por 100, fueron despedidas.[158] En algunas áreas la proporción fue todavía más alta. Por ejemplo, en el baluarte socialdemócrata y comunista de Berlín, se despidió a 83 de 622 directores, e instituciones progresistas como la escuela Karl Marx del distrito obrero de Neukölln fueron reorganizadas bajo directrices nazis, en este caso con la pérdida de 43 de los 74 maestros.[159] Los maestros judíos que no habían sido despedidos en abril de 1933 lo fueron obligatoriamente en 1935; dos años después, se prohibió enseñar a judíos y «medio judíos» en las escuelas no judías.[160] Aun así, la proporción de despidos fue relativamente baja. El hecho de que se purgara a tan pocos maestros no judíos sugiere en gran medida que la gran mayoría de

maestros de escuela simpatizaba con el régimen nazi. En efecto, antes de 1933 constituían uno de los grupos profesionales más bien representado dentro del partido y en sus puestos más elevados, lo que refleja, entre otras cosas, un descontento muy extendido por las reducciones en los salarios, los despidos y la pérdida de puestos de trabajo por los recortes en el gasto estatal durante la crisis de la República de Weimar.[161]

La Liga Nacionalsocialista de Maestros, fundada en abril de 1927 por otro maestro de escuela reconvertido en dirigente regional, Hans Schemm, aumentó rápidamente su afiliación de 12.000 miembros a finales de enero de 1933 a 220.000 a finales del mismo año, ya que los maestros se apresuraron a asegurarse el lugar de trabajo con esta manifestación obvia de su lealtad al nuevo régimen. En 1936, un 97 por 100 de los maestros de escuela, unos 300.000 en conjunto, se habían hecho miembros, y al año siguiente la Liga consiguió aglutinar tardíamente el resto de asociaciones profesionales. Algunas de éstas, como la Liga de Maestros Católicos, fueron clausuradas a la fuerza, en este caso en 1937. Otras, como los grupos de maestros especializados en determinadas asignaturas, siguieron existiendo como entidades independientes o subgrupos de la Liga Nacionalsocialista de Maestros. En un primer momento, la Liga tuvo que rivalizar con otra organización, la Comunidad Alemana de Educadores, respaldada por un dirigente nazi rival, el ministro del Interior Wilhelm Frick. Pero salió victoriosa. A partir del 6 de mayo de 1936, la Liga era formalmente responsable del adoctrinamiento político de los maestros, que llevó a cabo con el establecimiento de cursos de educación política que normalmente se alargaban durante una o dos semanas en campamentos especiales. De los maestros empleados en Alemania en 1939, 215.000 habían sido sometidos a este entrenamiento, que, como sucedía en otros campos nazis, incluía una buena dosis de disciplina militar, ejercicios físicos, caminatas, canciones y similares, y obligaba a los participantes a vestir un uniforme de estilo militar durante la estancia.[162]

La presión para que los maestros siguieran las directrices nazis no sólo se ejercía desde arriba. Una palabra imprudente pronunciada en clase podía traer como consecuencia la detención de un maestro. En una ocasión, una maestra de treinta y ocho años del distrito del Ruhr contó un chiste a su

clase de chicos de doce años e inmediatamente se dio cuenta de que podía tener una interpretación crítica con el régimen; a pesar de que suplicó a sus alumnos que no lo repitieran, uno de ellos, que le guardaba rencor, se lo contó a sus padres, que acudieron a la Gestapo. No sólo se interrogó a la maestra, que negó cualquier intención de insultar al Estado, sino a cinco de sus alumnos. Uno de ellos dijo que preferían a su anterior maestro, y añadió que no era la primera vez que la mujer detenida contaba un chiste político en clase. El 20 de enero de 1938 se presentó ante el Tribunal Especial de Düsseldorf, que la encontró culpable y la condenó a pagar una multa; se tuvieron en cuenta las tres semanas que había pasado en prisión. Ya había sido despedida al estallar el asunto algunas semanas antes. En la vida cotidiana dentro de las aulas, repletas de obligaciones políticas de un tipo u otro, el temor a la denuncia debía ser común. Era muy probable que los maestros bajo sospecha recibieran visitas de los inspectores, y, según se informó, los maestros que intentaran reducir el impacto de las enseñanzas cada vez más nazificadas debían «considerar cada palabra antes de decirla, ya que los hijos de los viejos "camaradas del partido" vigilaban constantemente lo que era "susceptible de ser denunciado"».[163]

La presión se ejercía desde todos los puntos; los niños que no pronunciaban el obligado «*heil*, Hitler», por ejemplo, podían ser castigados; en un caso, se inició una auténtica investigación a gran escala cuando se encontró a un grupo de alumnas católicas saludándose con la fórmula «H.u.S.n.w.K»., que significaba, como pudo saber una chica pronazi bajo la promesa de guardar el secreto, «*Heil und Sieg, nie wieder Krieg*» [Heil y Victoria, nunca más una guerra]. Tanto los ordenancistas tradicionalistas como los flamantes nazis del cuerpo educativo pusieron en práctica el nuevo énfasis del régimen en la educación física y la disciplina militar. El castigo físico y los azotes se propagaron en las escuelas, y el espíritu militar impregnó el sistema educativo. Un director de escuela escribió con admiración sobre uno de sus maestros: «Un fuerte viento prusiano que no encaja con los alumnos poco aplicados y perezosos sopla en sus clases». Así mismo, los niños que no conseguían caminar erguidos, que no prestaban

atención cuando se les dirigía, o que demostraban algún tipo de «debilidad o negligencia» tenían problemas con los nazis y los profesores más autoritarios.[164]

Con todo, los maestros tenían que soportar en todos los niveles críticas de los activistas nazis adultos, empezando por el mismo Hitler, y aguantar lo que un grupo de maestros calificó de «tono de desdén hacia la profesión de maestro» en los discursos del líder de las Juventudes Hitlerianas Baldur von Schirach. Las consecuencias de un desprecio tan evidente eran, continuaron, que «ya nadie» quería «sumarse a la profesión, ya que los altos funcionarios la trataban de este modo y ya nadie la respetaba».[165] La observación no era una denuncia vana. La presión constante del gobierno para bajar los salarios y así tener dinero disponible para otros gastos del Estado, como armamento, se añadía al efecto disuasorio. En las escuelas de pueblo los maestros se encontraban con dificultades crecientes para alargar el sueldo porque se veían privados de sus fuentes tradicionales de ingresos adicionales como amanuenses, mientras que muchos se vieron imposibilitados para actuar como organistas de las iglesias o directores de coro en un tiempo de crecientes conflictos entre la Iglesia y el partido.[166] Cada vez más profesores se jubilaban anticipadamente o dejaban la profesión por otros empleos. En 1936, las escuelas elementales sumaban 1.335 vacantes; en 1938 el número había crecido hasta cerca de 3.000 mientras que el número anual de graduados en las escuelas de Magisterio, unos 2.500, no alcanzaba para las necesidades del sistema educativo, con una estimación de 8.000 puestos de maestro adicionales al año.[167] El resultado fue que en 1938 la media de alumnos por clase en las escuelas había crecido hasta 43 niños por maestro, mientras que en 1927 era de 37, y que menos de uno de cada catorce maestros de escuela tenía menos de cuarenta años.[168]

Los maestros que permanecieron en la profesión perdieron pronto buena parte del entusiasmo con que muchos de ellos habían abrazado la llegada del Tercer Reich. La militarización de la vida educativa provocó un progresivo desencanto. «No somos más que un departamento del Ministerio del Ejército», se informó que decían los maestros en 1934.[169] Los campamentos de entrenamiento en los que estaban obligados a participar

eran especialmente poco populares.[170] Cada vez tenían que pasar más y más tiempo en cursos oficiales de entrenamiento y realizando ejercicios militares.[171] Las vidas de los directores y gerentes de las escuelas estaba llena de sufrimientos a causa de las normativas y decretos sin fin aprobados por un gran número de instancias diferentes y que a menudo se contradecían. Un observador socialdemócrata describió la situación en términos drásticos a finales de 1934:

> Todo aquello que la profesión de maestro ha ido construyendo a lo largo de más de un siglo ha desaparecido en esencia. Sólo se mantiene la cáscara; las escuelas, los maestros y los alumnos continúan en sus puestos, pero el espíritu y la organización interna ha desaparecido. Han sido destruidos a voluntad desde lo más alto. Ni pensamiento de los métodos apropiados de trabajo en las escuelas, de la libertad de enseñanza. En su lugar, tenemos escuelas de empollones y de violencia, métodos de aprendizaje prescritos y asignaturas limitadas. En lugar de la libertad de aprendizaje, tenemos la supervisión escolar más estrecha de miras y espionaje entre maestros y alumnos. No se permite la libertad de palabra ni a los maestros ni a los alumnos, ni una empatía personal. Todo está dominado por un espíritu militar y la disciplina.[172]

En cada escuela lo más probable es que hubiera dos o tres maestros fanáticos, dispuestos a denunciar a los colegas que expresaban opiniones heterodoxas. Los más considerados advertían de forma abierta a sus colegas de que se verían obligados a informar sobre ellos si decían algo fuera de tono. La sala de profesores se convirtió en un lugar que evitar en vez de un lugar de debate intelectual. Cuando un director, como sucedió en Bremen, criticó «en términos muy duros la violación de la confidencialidad de las decisiones y la redacción de cartas anónimas enviadas a la Policía Política» y pidió detener «este ataque al honor y estas denuncias reprobables», trazó un retrato siniestro del cambio de atmósfera en las salas de profesores de toda la nación; este director era una rara excepción.[173] Los comités de gestión de las escuelas y las asociaciones de padres pasaron de ser instituciones democráticas a agencias de control; a partir de 1936, los directores de escuela dejaron de ser nombrados por el equipo de la escuela y pasaron a ser nombrados desde fuera.[174] Esta situación reforzó el principio de liderazgo introducido en 1934, con el director como «Líder» de la escuela y los maestros como su «séquito», personas que ya no participaban en la gestión de la escuela, sino que se debían limitar a acatar las órdenes recibidas desde arriba.[175] En muchas escuelas, los maestros tuvieron que

vérselas con la presencia de viejos camisas pardas que ejercían de cuidadores o que incluso llegaron a tener posiciones de autoridad por encima de ellos.[176] En cada escuela se designaban dos o tres «asistentes» para ayudar a los maestros; muchos maestros tomaban a mal su presencia continuada en las aulas porque los veían, con toda la razón, como espías políticos. La mayoría no tenían ninguna formación y muchos no contaban con una educación básica. Sus intervenciones ideológicas se hicieron famosas. «Los asistentes de escuela —bromeaban entre ellos los maestros —son como el apéndice: inútiles y se inflaman fácilmente».[177]

III

Al pasar el tiempo, el Partido Nazi, impaciente con las inercias adquiridas por el sistema educativo estatal, empezó a sustituirlo en su búsqueda de nuevos medios para adoctrinar a los jóvenes. El principal era las Juventudes Hitlerianas, una rama relativamente poco exitosa del movimiento nazi antes de 1933 si se la comparaba con, por ejemplo, la Liga Alemana de Estudiantes Nacionalsocialistas. En esos momentos, las Juventudes Hitlerianas no podían competir con el alto número de grupos juveniles reunidos alrededor de las organizaciones juveniles de las iglesias protestante y católica, las alas juveniles de los otros partidos políticos y, por encima de todo, todo el movimiento libre que representaban la tradición de los Wandervogel y similares, grupos débilmente organizados anteriores a la Primera Guerra Mundial. Las organizaciones juveniles no nazis convertían a las Juventudes Hitlerianas en un enano, con unos escasos 18.000 miembros de 1930 y no más de 20.000 todavía dos años más tarde. En verano de 1933, de todos modos, como sucedió en otras áreas de la vida social, los nazis habían disuelto prácticamente todas las organizaciones rivales, con la excepción de las organizaciones juveniles católicas, que, como ya hemos visto, costó bastante clausurar. Los chicos y chicas recibían cada vez más presión para que se afiliaran a las Juventudes Hitlerianas o a sus organizaciones filiales. Los maestros se veían obligados a encargar trabajos a alumnos seleccionados con títulos como «¿Por qué no soy de las Juventudes Hitlerianas?» y los alumnos que no se apuntaban tenían que

soportar constantes pullas de los maestros en la clase y de sus compañeros en el patio; como último recurso, si cuando llegaba el momento de la graduación todavía no se habían enrolado, se les podía denegar la expedición del certificado de estudios. Con frecuencia creciente, los patronos sólo aceptaban aprendices si eran miembros de las Juventudes Hitlerianas, agregando un plus de presión particularmente fuerte a los estudiantes que se acercaban a la graduación.[178]

A partir de julio de 1936, las Juventudes Hitlerianas obtuvieron el monopolio sobre el abastecimiento y organización de actividades deportivas para todos los niños menores de catorce años; al cabo de poco, los deportes para chicos de entre catorce y dieciocho años se vieron sujetos al mismo monopolio; en efecto, las instalaciones deportivas ya no estaban al alcance de los no miembros. A los miembros de las Juventudes Hitlerianas les concedían días libres especiales de la escuela para realizar sus actividades. Los resultados de tal presión se manifestaron pronto. A finales de 1933 la organización de las Juventudes Hitlerianas tenía 2,3 millones de miembros, chicos y chicas entre los diez y los dieciocho años. A finales de 1935, la cifra se acercaba a los 4 millones, y a comienzos de 1939 había alcanzado los 8,7 millones. Con una población total de alemanes de 8,87 millones de chicos entre los diez y los dieciocho años, las Juventudes Hitlerianas y sus grupos asociados podían presumir de una fidelidad prácticamente total entre las generaciones jóvenes, especialmente si tenemos en cuenta el hecho de que los niños judíos tenían prohibido afiliarse. A partir del 1 de diciembre de 1936 las Juventudes Hitlerianas adquirieron el estatuto de institución educativa oficial y fueron apartadas de su subordinación anterior al Ministerio del Interior del Reich. A partir de ese momento fue una organización autónoma de la que su jefe, Baldur von Schirach, sólo rendía cuentas ante Hitler. A partir del 25 de marzo de 1939, fue obligatorio apuntarse a partir de los diez años, los padres podían ser multados si no afiliaban a sus hijos o, incluso, encarcelados si trataban de impedirles activamente que se enrolaran.[179]

El principal medio con que contaban los nazis para construir a los nuevos alemanes del futuro eran las Juventudes Hitlerianas y sus asociaciones afiliadas. Hitler ya había dedicado en *Mi lucha* una cantidad

considerable de espacio a perfilar sus opiniones sobre la naturaleza y objetivo de la educación en el Estado racial que quería construir en Alemania.[180] «El Estado del pueblo—proclamó—no debe limitar su trabajo en el campo de la educación a la inoculación de simples conocimientos, sino a la nutrición de cuerpos absolutamente saludables. La preparación del desarrollo intelectual sólo es secundaria». A continuación venía la construcción del carácter, luego la promoción de la voluntad de poder, y después la educación de la alegría en la responsabilidad. «Un pueblo de estudiantes, si éstos son degenerados en lo físico, de voluntad débil y pacifistas cobardes, no asaltará los cielos». La educación académica no tenía sentido. «En general, a los cerebros jóvenes no se los debe cargar con cosas que no se pueden utilizar en un 95 por 100». Los temarios se enseñarían «resumiendo las materias», y se relacionarían con los intereses de la raza: la enseñanza de la historia, por ejemplo, omitiría detalles inútiles y se concentraría en exacerbar el patriotismo. La educación física y la construcción del carácter culminarían en el servicio militar, la última etapa de la educación. El objetivo principal de la escuela era «marcar a fuego la conciencia y el sentimiento racial en el instinto y el intelecto, el corazón y la mente de los jóvenes que se le han confiado».[181]

Como hemos visto, la receta se aplicó a las escuelas alemanas después de la llegada de los nazis al poder, respaldada por las doctrinas pedagógicas de teóricos nazis de la educación como Ernst Krieck, de circulación común en las escuelas de magisterio.[182] Pero incluso después de haber sido centralizado y sometido por completo al control del Estado, el sistema educativo tradicional de enseñanza primaria y secundaria sólo ejercía un efecto limitado en la consecución de los objetivos. Como proclamó Hitler en la concentración del partido en Nuremberg de 1935:

> A nuestros ojos, el chico alemán del futuro debe ser delgado y flexible, rápido como un galgo, resistente como la piel y duro como el acero Krupp. Debemos educar a un nuevo tipo de ser humano, hombres y mujeres absolutamente disciplinados y saludables. Nos hemos comprometido a dar al pueblo alemán una educación que comienza en la infancia y nunca termina. Comienza con el niño y terminará con el «viejo combatiente». Nadie podrá decir que tiene un solo momento en que haya sido dejado del todo a su suerte.[183]

Los miembros de las Juventudes Hitlerianas estaban obligados a aprenderse el discurso de memoria y a decirlo en voz alta cuando se izaba la esvástica.[184]

El adoctrinamiento que recibían los jóvenes alemanes a través de las Juventudes Hitlerianas no tenía fin. Aunque estaba inspirada en el estilo de otras organizaciones juveniles, con excursiones, campamentos, canciones, ritos, ceremonias, deportes y juegos, se trataba de una organización profundamente jerárquica, no dirigida por los mismos jóvenes, como lo había sido el viejo movimiento juvenil, sino, de acuerdo con el principio de liderazgo, por el liderazgo del Reich en manos de Schirach. La organización publicó directrices estrictas sobre las actividades que se habían de celebrar. Los afiliados tenían que pronunciar un juramento personal de lealtad a Hitler. La formación era obligatoria por ley. Cada segmento de edad debía demostrar conocer el temario correspondiente, con temas como «Los dioses y héroes germánicos», «Veinte años de lucha por Alemania», «Adolf Hitler y sus compañeros de lucha» y «El pueblo y la herencia de la sangre». Sus canciones eran nazis, sus libros eran nazis. A los jefes de grupo les proporcionaban paquetes con información especialmente preparada sobre lo que debían decir a los niños y jóvenes y se les proporcionaba el material para su adoctrinamiento.[185] Con el tiempo, el entrenamiento militar empezó a destacar. Los candidatos a ser admitidos, incluso entre los más pequeños, tenían que pasar una prueba médica y de estado físico y sólo entonces podían convertirse en miembros de pleno derecho. El 20 de febrero de 1938, la lista de sus divisiones clave proclamaba:

> La Juventud Hitleriana Naval comprende 45.000 chicos. La Juventud Hitleriana Motorizada comprende 60.000 chicos. En las Fuerzas Aéreas sirven 55.000 miembros de la Juventud Hitleriana Junior mientras aprenden a planear. En las Unidades Aéreas de las Juventudes Hitlerianas están organizados 74.000 jóvenes. Sólo en 1937, 15.000 chicos aprobaron sus pruebas de vuelo. Hoy, 1,2 millones de chicos de las Juventudes Hitlerianas reciben instrucción regular en armamento de bajo calibre dirigidos por 7.000 instructores de tiro.[186]

En esos momentos, la formación de los chicos estaba dirigida al aprendizaje de cómo desfilar, el código Morse, la lectura de mapas y actividades similares, mientras que la de las chicas estaba enfocada a la enfermería militar y a la protección en caso de incursiones aéreas.[187]

Como informaron secretamente agentes socialdemócratas a la cúpula del partido exiliada en Praga, el resultado de esta educación era que, aunque los chicos de más edad conservaran algo de las creencias que sus padres socialdemócratas, comunistas o católicos les hubieran transmitido, los más pequeños habían sido «educados desde el primer momento exclusivamente en el espíritu nacionalsocialista».[188] La posibilidad de apuntarse a pasar las vacaciones con las Juventudes Hitlerianas, el entrenamiento deportivo, y muchas más ofertas, hacían que la organización fuera muy atractiva para muchos niños pobres de familias de clase trabajadora que antes no habían tenido la posibilidad de disfrutar de tales cosas. Algunos podían encontrar en las Juventudes Hitlerianas cierta excitación y un sentimiento de dignidad.[189] Sin duda alguna, el idealismo también desempeñó un papel importante a la hora de granjearse el compromiso de muchos jóvenes a la causa desafiando los deseos de sus padres. Melita Maschmann se afilió en secreto a la Liga de Muchachas Alemanas el 1 de marzo de 1933 porque sabía que sus padres conservadores lo hubieran desaprobado. Sus tentativas de leerse tomos de contenido ideológico como *Mi lucha*, de Hitler, o *Los fundamentos del siglo XX*, de Chamberlain, quedaron en nada.[190] Más adelante afirmó que, como muchas de sus amigas de clase media alta, consideraba que la violencia y el antisemitismo de los nacionalsocialistas eran excesos que se disiparían pronto. La Liga de Muchachas Alemanas le ofrecía un objetivo y un sentido de pertenencia, y se consagró a ella noche y día, hasta el punto de dejar de lado su formación y llegar a preocupar a sus padres. Aun así, escribió más adelante, su interés en la política sólo era «secundario», y, a menudo, sólo lo mostraba bajo «coacción».[191] Entre los chicos, el constante énfasis en la competición y la batalla, el heroísmo y el liderazgo, tanto en el deporte como en otros campos, tuvo su efecto. Con toda seguridad, se produjeron muchos incidentes como el que registró un agente socialdemócrata en otoño de 1934:

> El hijo de un camarada tiene trece años y pertenece a las Juventudes Hitlerianas. Hace poco llegó un día a casa después del entrenamiento vespertino y preguntó a su padre: «¿Por qué no os defendéis? Os desprecio porque no mostráis ni el más mínimo asomo de heroísmo. ¡Vuestra socialdemocracia no se merece más que la conviertan en picadillo porque no tenéis ni un solo héroe!». El padre le contestó: «No entiendes nada de lo que dices». Pero el chico se rió y continuó creyendo lo que su jefe le había dicho.[192]

Los viejos socialdemócratas se desesperaban. Toda una nueva generación estaba creciendo «sin una idea del movimiento obrero», según afirmó uno de ellos. «Sólo oyen hablar de "héroes y heroísmo". Esta generación de jóvenes no quiere saber nada más de nosotros».[193]

A pesar de este programa masivo de formación militar y adoctrinamiento ideológico, habría que matizar los efectos de las Juventudes Hitlerianas entre los más jóvenes. A medida que dejó de ser un movimiento participativo que luchaba por una causa para convertirse en una institución obligatoria que servía a los intereses del Estado, perdió atractivo para los jóvenes. El adoctrinamiento ideológico era a menudo superficial, puesto que los dirigentes de los diversos grupos de las Juventudes Hitlerianas se situaban más bien en la tradición brutal y antiintelectual de los camisas pardas y no eran precisamente pensadores cultos como lo eran los dirigentes del viejo movimiento juvenil.[194] De este modo, la mayoría de los cargos no conocía a fondo «la idea del nacionalsocialismo». Si había un cambio de régimen, pensó uno de los jóvenes dirigentes más reflexivos, por ejemplo la derrota en una guerra, la mayoría se debería «adaptar a la nueva situación sin demasiadas complicaciones».[195] El énfasis en las actividades deportivas, tan atractivo para que muchos se afiliaran a las Juventudes Hitlerianas, también era un estorbo a la hora de acometer un adoctrinamiento total, ya que el interés de muchos chicos y chicas no iba más allá del uso de las instalaciones deportivas. El ejercicio físico no era del gusto de todos los niños. Lo más impopular era la obligación de hacer la ronda con una hucha para donaciones, especialmente porque éste era un deber cada vez más habitual de la vida en la escuela. Con excursiones que empezaban a las 7:30 de la mañana del domingo y se alargaban todo el día (no es coincidencia que se obligara así a los creyentes a perderse la misa) o la obligación de hacer gimnasia los miércoles a las ocho de la tarde, no es extraño que algunos jóvenes desearan fervientemente tener un poco de tiempo para sus propios asuntos. Pero las excursiones no organizadas y las actividades espontáneas que llevaban a cabo los jóvenes por sí mismos, características principales del movimiento juvenil de antes de 1933, fueron prohibidas expresamente.[196]

En septiembre de 1934, los dirigentes de un grupo de las Juventudes Hitlerianas de un distrito obrero de Hamburgo enviaron un largo memorando a los miembros del grupo, con copia a sus padres. Denunciaban:

> No aparecéis para cumplir con vuestro deber y ni tan siquiera excusáis vuestra ausencia. En lugar de venir, os dedicáis a vuestros ocios privados. Una vez más, estáis bajo el influjo del «yo» liberal marxista y negáis el «nosotros» nacionalsocialista. Cometéis pecado contra los intereses de la nación. Os excusáis de vuestras obligaciones porque tenéis demasiados deberes de la escuela y luego queréis ir a dar una vuelta en bicicleta. Cuando llegáis a la escuela utilizáis las Juventudes Hitlerianas como excusa por no haber terminado los deberes.[197]

Lo más odiado era la disciplina militar, que cada vez era más pronunciada.[198] Schirach proclamó que se aplicaría «el principio de autoliderazgo» del mismo modo que se había aplicado en el viejo movimiento juvenil,[199] pero en la práctica la organización era gestionada por adultos. Los miembros de las Juventudes Hitlerianas hacían instrucción con camisas pardas adultos, quienes les sumergían en agua congelada para fortalecerles, les obligaban a realizar largos ejercicios en invierno con ropa poco adecuada para inculcarles la resistencia física y les sometían a castigos cada vez más brutales si desobedecían las órdenes. Se informó de casos de chicos tratados a baqueta por faltas menores, o incluso azotados con ganchos. Los médicos denunciaban que las largas horas de instrucción, las caminatas nocturnas con las mochilas llenas y los ejercicios militares sin una nutrición adecuada estaban haciendo estragos en la salud física y mental de los jóvenes.[200]

Agentes socialdemócratas informaron de que los jóvenes faltaban a los entrenamientos vespertinos o no pagaban las cuotas, de modo que eran excluidos de la organización y sólo se volvían a apuntar cuando necesitaban enseñar su carné de miembro para conseguir un trabajo o entrar en la universidad. Un agente de Sajonia informó en 1938: «Los chicos son maestros consumados en contar los últimos chistes sobre instituciones nazis. En cuanto pueden desperdician las horas de servicio. En su tiempo libre, cuando se encuentran para jugar en casa de algún amigo de la escuela, hablan despectivamente del “plan de servicio”».[201] Los niños se aburrían rápidamente de las veladas alrededor del fuego cantando canciones

patrióticas: «La mayoría—informó un agente socialdemócrata—ya desea regresar a casa después de la primera canción».[202] Los desfiles semanales, de 7:30 a 9:30 de la noche, se hicieron famosos por su escasa asistencia. La organización podía hacer poco para castigar a los que no iban. Mientras pagaran la cuota no podían expulsar a nadie, y muchos jóvenes, como observó una miembro de la Liga de Muchachas Alemanas, sólo eran «más o menos miembros de pago», ya que los quinceañeros tenían «muchos otros intereses». Los jóvenes que empezaban a trabajar siendo adolescentes encontraban las horas de formación especialmente fastidiosas.[203] Los campamentos, que antes habían sido una de las actividades favoritas del movimiento juvenil, se convirtieron en una carga cada vez menos popular porque se militarizaron progresivamente. Según denunció un joven al regreso de un campamento:

> Apenas hemos tenido tiempo libre. Todo se hacía al estilo militar, desde el toque de diana, el primer desfile, izar la bandera, la sesión matutina de deportes y las abluciones, pasando por el desayuno, los juegos de «reconocimiento», el almuerzo y todo lo demás hasta la noche. Algunos participantes abandonaron el campo porque el conjunto era demasiado idiota para ellos. No había ningún signo de compañerismo entre los chicos. La camaradería era muy débil, y todo se hacía en términos de dominio y obediencia [...]. El jefe del campamento era un viejo funcionario de las Juventudes Hitlerianas del tipo de los sargentos de instrucción. Todo su esfuerzo educativo se limitaba a ladrar órdenes, organizar ejercicios de exploración, y ocuparnos en trabajos excesivos [...]. El campamento consistía más en una demostración de hiperactividad y culto exagerado al músculo que en una experiencia espiritual o incluso una forma de ocio activa y cooperativa.[204]

Otro hombre, recordando su tiempo en las Juventudes Hitlerianas unos años más tarde, confesó su «entusiasmo» inicial al enrolarse con diez años —«porque, ¿qué chico no se entusiasma cuando se le muestran los altos ideales de la camaradería, la lealtad y el honor?»—pero pronto empezó a encontrar que «la obligatoriedad y la obediencia incondicional» eran «exageradas».[205] Las eternas formaciones en posición de firmes eran aburridas y los castigos por las infracciones más leves podían amargar a los chicos, recordaba otro hombre, pero nadie se quejaba porque demostrar que se era duro era el único modo de tirar adelante, y tenía sus efectos, también: «Se nos inculcaba la dureza y la obediencia ciega desde el momento en que aprendíamos a andar».[206]

También los jóvenes nazis eran susceptibles de enfadarse y desencantarse. Bajo la superficie sobrevivían las viejas tradiciones del movimiento juvenil, y los chicos aprendían viejas canciones de montaña ahora prohibidas y tarareaban las melodías en los campamentos de las Juventudes Hitlerianas en señal de reconocimiento; cuando podían, hacían frente común en los campamentos y organizaban sus propias actividades.[207] Pero un buen número de observadores socialdemócratas vieron refrenado su deseo de ver la luz al final del túnel y denunciaron con amargura que los jóvenes estaban perdiendo el contacto con los valores de sus mayores y cayendo presas de la ideología nazi bajo el impacto de las Juventudes Hitlerianas y el adoctrinamiento en las escuelas. Porque a pesar de todas sus deficiencias, el movimiento de las Juventudes Hitlerianas y el sistema escolar cada vez más nazificado estaban abriendo una brecha entre los padres que todavía conservaban cierta fidelidad a sus antiguas creencias y los patrones de conducta en que habían sido educados, y sus hijos, quienes habían sido adoctrinados en cada etapa de sus vidas. Como observó con tristeza un agente:

> A los padres que se oponen al nazismo les resulta extremadamente difícil ejercer algún tipo de influencia sobre sus hijos. Si piden a los niños que no cuenten en la escuela lo que se dice en casa, éstos tienen la sensación de que, ajá, los padres tienen que esconder lo que piensan. El maestro se permite decir lo que sea en voz alta. De modo que debe de tener razón. Si expresan sus opiniones sin advertir al hijo, no pasa mucho tiempo antes de que los hayan detenido o, como mínimo, los haya convocado el maestro, quien les grita y amenaza con denunciarlos. «¡Dile a tu padre que venga a la escuela!», es la respuesta normal a las dudas y preguntas de los niños. Si el padre se queda tranquilo después de la visita, da al hijo la impresión de que el maestro le ha convencido, y entonces el efecto es mucho peor.[208]

Existen informes todavía más inquietantes sobre padres que desaprobaban que sus hijos fueran miembros de las Juventudes Hitlerianas y eran amenazados por éstos con denunciarlos a las autoridades si intentaban evitar que fueran a las reuniones. Para los adolescentes era muy fácil molestar a los padres que habían sido socialdemócratas saludándoles en casa con un «*Heil*, Hitler» en lugar de con un «buenos días». «La guerra ha penetrado en cada familia—observó la esposa de un antiguo activista del movimiento obrero—. Lo peor es tener que controlarte a ti mismo delante de tus propios hijos»—añadió con aprensión.[209]

De este modo, el Estado y el partido socavaban la función socializadora y educativa de la familia. Baldur von Schirach era consciente de esta crítica e intentó contrarrestarla argumentando que, de todos modos, muchos niños pobres y de clase obrera no tenían una vida familiar adecuada. Los padres de clase media más beligerantes al protestar por el tiempo que sus hijos eran obligados a pasar fuera de casa en actividades organizadas por las Juventudes Hitlerianas o la Liga de Muchachas Alemanas debían recordar, añadió, que «las Juventudes Hitlerianas han llamado a filas a sus hijos para formar parte de la comunidad de jóvenes nacionalsocialistas para que los hijos e hijas más pobres de nuestro pueblo tengan algo similar a una familia por primera vez en sus vidas».[210] Pero tales argumentos sólo conseguían aumentar el resentimiento entre los padres de clase trabajadora. Criar a los hijos, denunciaban muchos, ya no era un placer. El coste de suministrarles uniformes y el equipamiento necesario para las Juventudes Hitlerianas era considerable, y no obtenían nada a cambio. «Hoy en día, las parejas sin hijos reciben felicitaciones de los padres. Estos días, los padres no tienen nada más que el deber de alimentar y vestir a sus hijos; su educación es trabajo de las Juventudes Hitlerianas».[211] Un «viejo soldado» fue oído mientras se quejaba de su hijo, activista de las Juventudes Hitlerianas, en términos muy amargos: «El chico se ha distanciado del todo de nosotros. Como veterano de guerra estoy en contra de todas las guerras, pero este chico está como loco con la guerra y con nada más. Es horroroso. A veces siento que mi hijo es un espía en la familia».[212]

El efecto de conjunto entre los miembros de las Juventudes Hitlerianas, denunciaron algunos agentes socialdemócratas, era la «tosquedad» de los jóvenes. La supresión de las discusiones y el debate, la disciplina militar, el énfasis en la destreza física y la competición hacía que los chicos se volvieran violentos y agresivos, especialmente contra los jóvenes que por la razón que fuera no se afiliaban a las Juventudes Hitlerianas.[213] Cuando viajaban en tren, los grupos de las Juventudes se divertían insultando y amenazando a los revisores que no decían «*Heil*, Hitler» cada vez que pedían el tíquet a un viajero. Los campamentos en los distritos rurales solían terminar con una riada de denuncias de granjeros por

el robo de fruta de sus huertas. La formación a que se sometía a los niños era tan dura que no era raro que se hirieran con cierta frecuencia. En el entrenamiento de boxeo se saltaban todas las normas y precauciones: «Cuanta más sangre ven, más entusiasmo demuestran». En las Juventudes Hitlerianas, como en las SA, el Ejército y el Servicio Laboral, se había iniciado un proceso de embrutecimiento, apuntó un agente socialdemócrata. «El tipo de jefes que tienen y el modo en que éstos tratan a todo el mundo degrada a los seres humanos a animales, convierte el sexo en algo obsceno. Muchos tienen enfermedades venéreas». «En muchas divisiones de las Juventudes Hitlerianas se celebran mensualmente el tipo de "desfiles sexuales" que todos recordamos de la guerra».[214] Las Juventudes Hitlerianas rechazaban ofrecer educación sexual porque lo consideraban un deber de los padres. Los casos de comportamiento homosexual entre los jefes de las Juventudes en los campamentos eran silenciados; no era cuestión de ponerlos en conocimiento de la prensa, como había sucedido con la campaña de acusaciones contra los sacerdotes católicos que trabajaban en instituciones de beneficencia. En un caso especialmente grave, ocurrido en 1935, en el momento en que comenzó la exposición de escándalos sexuales en la Iglesia por parte de Goebbels, un chico fue agredido sexualmente por varios compañeros en un campamento y luego apuñalado para que no pudiera hablar. Cuando la madre descubrió lo que había sucedido y lo explicó al comisionado del Reich Mutschmann, éste la hizo detener y encarcelar para evitar el escándalo. Los padres que protestaban por el trato recibido por sus hijos en los campamentos, o que sacaban a los chicos de la organización por su propio bien, podían ser acusados de socavar a las Juventudes Hitlerianas y, en alguna ocasión, silenciados con la amenaza de que si seguían adelante les retirarían la custodia de los niños.[215] El proyecto de un personaje tan importante como Heinrich Himmler, en colaboración con Schirach, de imponer la disciplina mediante una fuerza policial interna dentro de las Juventudes, establecido en julio de 1934, se convirtió en un mecanismo efectivo de reclutamiento para las SS.[216]

La indisciplina de las Juventudes Hitlerianas tenía un efecto especialmente perturbador en las escuelas. Los activistas adolescentes, empujados por el régimen con promesas sobre su importancia básica para el futuro de la nación y acostumbrados a dominar grupos de jóvenes considerablemente más grandes que las clases, se comportaban con arrogancia creciente hacia sus mayores. «Exacerbando continuamente su confianza en sí mismos —reconoció un jefe de las Juventudes—los dirigentes han provocado una suerte de megalomanía entre los chicos que rechaza reconocer cualquier otra autoridad».[217] En la lucha entre las Juventudes Hitlerianas y las escuelas, las primeras fueron ganando terreno progresivamente.[218] Las Juventudes Hitlerianas utilizaban su propio uniforme en la escuela, de modo que cada vez más los profesores se enfrentaban a unas clases vestidas de una manera con la que advertían que su lealtad se encontraba en una institución dirigida desde el exterior. Una regulación de enero de 1934 que daba a las Juventudes Hitlerianas un estatuto de igualdad con las escuelas en tanto que institución educativa multiplicó su seguridad en sí mismos.[219] La rebelión adolescente estaba siendo canalizada contra instituciones de socialización como las escuelas, los padres, la familia y las iglesias. Antiguos miembros de las Juventudes Hitlerianas recordaban en entrevistas mantenidas después de la guerra el modo como habían obtenido más poder en la escuela mediante su pertenencia a la organización.[220] Incluso el Servicio de Seguridad de las SS expresó su preocupación en 1939 ante las relaciones cada vez más deterioradas entre los maestros y las Juventudes Hitlerianas.[221] En 1934, un agente socialdemócrata informó de que un «jefe de escuela» de las Juventudes Hitlerianas había dicho a un maestro de sesenta años que llevaba puesto el sombrero en la instrucción colectiva semanal de la mañana de los lunes un día de frío invierno, mientras toda la escuela cantaba el himno nacional y atendía al izado de la bandera nazi con la cabeza descubierta, que si volvía a hacerlo lo denunciaría.[222] Sólo raras veces los maestros eran lo suficientemente ingeniosos como para encontrar la manera de recuperar el control sin correr el riesgo de ser denunciados, como en el caso de un profesor de matemáticas de una escuela de secundaria de Colonia, que proponía problemas de aritmética especialmente complicados

a dos jefes de las Juventudes Hitlerianas que asistían a clase en uniforme, con las palabras: «En tanto que jefes de las Juventudes Hitlerianas seguramente daréis buen ejemplo; ¡seguramente sabéis resolver este problema!».[223]

IV

El sistema educativo del Tercer Reich era formalmente responsabilidad de Bernhard Rust, nombrado ministro prusiano de Educación y Religión en 1933. Maestro de escuela, Rust se unió tempranamente al Partido Nazi, y en 1925 se convirtió en el jefe del distrito del sur de Hannover y Brunswick. Cuando Hitler fue nombrado canciller tenía cincuenta años, y era por tanto mayor que el resto de la cúpula nazi, que mayoritariamente estaba en los treinta o en los primeros cuarenta. El 1 de mayo de 1934 Rust asumió el Ministerio de Ciencia y Educación del Reich, que pasó a controlar el ministerio prusiano y, a comienzos de 1935, el resto de ministerios regionales, mientras que la responsabilidad sobre la religión y las iglesias pasó a manos del nuevo Ministerio para Asuntos Religiosos del Reich, que, como hemos visto en este mismo capítulo, dirigía Hans Kerrl. El 20 de agosto de 1937 el Ministerio de Educación del Reich asumió la centralización del control sobre el nombramiento de todos los maestros, y en 1939 estableció una Oficina de Examinación del Reich para supervisar los exámenes. Mientras tanto, el 20 de marzo de 1937 había racionalizado por ley el sistema de enseñanza secundaria, una antigua demanda de los profesores que ya había sido proyectada durante la República de Weimar, en tres tipos básicos de escuela divididas en lenguas modernas y humanidades, ciencia y tecnología, y cultura clásica.[224] El 6 de julio de 1938 el régimen aprobó otra ley por la que se extendía la estructura educativa de Prusia, establecida en 1927, al conjunto de Alemania, y que se basaba en la enseñanza obligatoria a ocho años—un paso adelante respecto de Baviera, que hasta la fecha sólo requería siete años de enseñanza obligatoria, pero un paso atrás respecto de Schleswig-Holstein, donde el mínimo era tradicionalmente de nueve años. Esta ley también establecía un currículo común en el que se incluía la «educación racial» para todos los alumnos.[225]

El 20 de abril de 1933, cumpleaños de Hitler, Rust fundó tres Instituciones Nacionales de Educación Política o «Napolas», internados cuyo funcionamiento se basaba en las premisas de las antiguas escuelas prusianas de cadetes (prohibidas por el Tratado de Versalles) y diseñadas para formar a una nueva elite de dirigentes futuros del Tercer Reich.[226] Seguramente, la necesidad de complacer al presidente Hindenburg, que había estudiado en una de estas escuelas de cadetes, desempeñó un papel importante en esta decisión. En 1939 existían dieciséis Napolas.[227] Estaban pensadas para dar instrucción militar y estaban equipadas con cuadras de caballos, motocicletas, barcos y similares, signos de que los deportes en que se formaba a los alumnos tenían una connotación inequívocamente aristocrática que reforzara su imagen elitista. Después de graduarse, los alumnos solían integrarse en las Fuerzas Armadas, en las SS o en la policía con rango de oficiales.[228] A los alumnos se les seleccionaba en primer lugar de acuerdo con criterios raciales, después de someterse a examen médico realizado por un médico cualificado, y, en segundo lugar, por su carácter, que debían exhibir en un examen de ingreso que consistía, sobre todo, en deportes de competición en que los aspirantes tenían que demostrar su coraje y agresividad.[229]

De todas formas, por insistencia de los funcionarios del ministerio de Rust, las Napolas también enseñaban el currículo común a todas las escuelas del Estado y su temario académico. En el congreso del partido de 1934, y de nuevo en 1935, Hitler insistió en que la educación política era responsabilidad del partido y no de las escuelas del Estado ni de los maestros nombrados por el Estado. De acuerdo con su opinión, las Napolas estaban dirigidas por oficiales de las SS y las SA sin experiencia educativa previa. La administración designó a un cuerpo paralelo de «educadores» de la misma procedencia para trabajar junto a los maestros que impartían a los alumnos las asignaturas de una escuela normal. Todos los maestros debían pasar un entrenamiento especial, y también los alumnos debían pasar diversas semanas al año trabajando en una granja o en una fábrica para mantener contacto con el pueblo. Bajo estas circunstancias, no resulta extraño que pronto se encontraran con dificultades para hallar profesores con la preparación suficiente. En muchos casos, los que sí servían solían

contar con experiencia previa en las antiguas escuelas de cadetes prusianas, y algunos directores reproducían a conciencia las tradiciones de estos centros. De este modo, en 1934 algunos dirigentes nazis consideraban las Napolas más como pervivencias reaccionarias de la vieja tradición prusiana que como instituciones modernas dedicadas a la creación de una nueva elite para el Tercer Reich. Éstas parecían más interesadas en proporcionar oficiales al Ejército que dirigentes al Estado.[230] El hombre encargado de la gestión diaria de las escuelas era Joachim Haupt, un educador profesional que había publicado numerosos trabajos durante la República de Weimar en que reclamaba la fundación de un nuevo sistema educativo dedicado a la formación racial y política. Pero tras la Noche de los Cuchillos Largos, Haupt empezó a recibir ataques de las SS, desde las que se insinuó con insistencia que era homosexual y afirmó que Rust quería librarse de él porque era demasiado reaccionario. En consecuencia, Haupt fue expulsado en 1935 y la gestión general e inspección de las Napolas fue transferida a un oficial de las SS, August Heissmeyer; finalmente, la administración de las Napolas fue entregada en conjunto a las SS. No representaron un gran éxito en tanto que nuevas instituciones educativas del Estado. Sus estándares tampoco fueron tan elevados como para suministrar al Estado una nueva elite de dirigentes para el futuro.[231]

7. Escuelas de la elite nazi.

Según demuestran estos acontecimientos, Rust tenía muchas dificultades para enfrentarse con los peces gordos de la estructura del poder nazi. Sufría episodios depresivos que alternaban con periodos de euforia y agresividad, algo que le dificultaba seguir una línea política consistente; sus funcionarios desconfiaban de él y a menudo boicoteaban sus órdenes. Rust no solía estar suficientemente en forma como para plantar cara a las agresiones de sus rivales en los escalones más elevados del partido. Rust sufría también una parálisis progresiva de los músculos faciales cada vez más dolorosa, lo que fue limitando su capacidad de reacción.[232] Sus Napolas se vieron pronto superadas por los flancos por dos instituciones todavía más ideologizadas, no dirigidas, como las Napolas, por el Estado, sino controladas desde el primer momento por órganos del partido. El 15 de enero de 1937, el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach, y el dirigente del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley, hicieron público un anuncio conjunto informando de que Hitler había ordenado la fundación de las «Escuelas Adolf Hitler», escuelas secundarias dirigidas por las Juventudes Hitlerianas, entidad que diseñaría el currículo, y supervisadas por dirigentes regionales del Partido Nazi.[233] Haciendo caso omiso de las protestas furiosas de Rust, los dos dirigentes abrieron la primera Escuela Adolf Hitler el 20 de abril de 1937. Su intención era, según declaró Ley, que nadie pudiera alcanzar una posición de dirigente en el partido sin haber pasado antes por estas instituciones. Dos tercios de los alumnos de las escuelas Adolf Hitler eran internos. Las Juventudes Hitlerianas decidían el currículo, todavía más enfocado que en las Napolas a la formación física y militar. Como las Napolas, las escuelas Adolf Hitler no ofrecían instrucción religiosa. No se hacían exámenes, sino que se celebraban con regularidad «semanas de logros» en las que los alumnos debían competir entre ellos en todas las áreas.[234] Adosadas a las Juventudes Hitlerianas en toda Alemania, estas escuelas, que proporcionaban educación gratuita desde los doce años, se convirtieron en una especie de vehículo para progresar en la escala social, con un 20 por 100 de los alumnos procedentes de entornos que se podrían definir *grosso modo* como de clase trabajadora.[235] Inicialmente, el criterio de selección sólo estaba determinado por el aspecto físico, pero en 1938 se había evidenciado que la negligencia en el aspecto intelectual

estaba ocasionando problemas graves, ya que una gran proporción de los alumnos no podían comprender ni siquiera las ideas políticas más básicas que los maestros trataban de inculcarles. A partir de ese momento, en consecuencia, se añadieron criterios académicos al proceso de admisión. Durante los dos primeros años de existencia, los maestros, todos líderes de las Juventudes Hitlerianas, tampoco fueron muy competentes, y a partir de 1939 se les obligó a pasar un curso de formación apropiado en la universidad antes de asumir el puesto. La intención de Ley era que existiera una de estas escuelas en cada región del Partido Nazi, y que estuvieran bajo la supervisión del dirigente regional del partido; pero en el Partido Nazi se objetó que los costes serían demasiado elevados para el partido, y nunca se llegó a completar el proyecto. En 1938, en todo el país sólo había 600 alumnos, mucho menos de los previstos en el plan inicial. Nunca se terminaron los edificios que debían albergar las escuelas, y hasta 1941 dependían de forma abrumadora de los locales alquilados en el *Ordensburg* de Sonthofen.[236]

Los *Ordensburgen* [Castillos de la Orden] constituían la etapa siguiente en el sistema educativo dependiente del partido soñado por Schirach y Ley. Estaban destinados exclusivamente a los graduados de las escuelas Adolf Hitler, aunque, antes de ser admitidos, los alumnos tenían que pasar por cursos de formación profesional o estudios universitarios y demostrar su solidez personal e ideológica. Los alumnos no sólo no tenían que pagar cuotas, sino que recibían dinero de bolsillo de las escuelas. Existían tres *Ordensburgen*, situados en lugares muy remotos. Fueron diseñados por arquitectos importantes y a gran escala. La construcción empezó en marzo de 1934 y los edificios abrieron dos años más tarde. Fueron pensados para formar un sistema de educación e instrucción interconectado. Los alumnos pasarían el primer año en Falkenburg, en el lago Crössin, Pomerania, donde se les educaría en biología racial y acometerían diversas actividades deportivas; el segundo año los alumnos se trasladarían al castillo de Vogelsang, en los montes Eifel, en el Rin, donde se concentrarían más exclusivamente en el deporte; y en el tercer año se les traspasaría al castillo de Sonthofen, en el distrito montañoso de Baviera Allgäu, donde se les inculcaría más formación ideológica y se les haría

realizar deportes peligrosos, como montañismo. El régimen pretendía construir un cuarto Ordensburg en Marienburg, donde se enfocaría la instrucción sobre la Europa del Este, y, finalmente, un «instituto» en el lago Chiem, Baviera, para llevar a cabo investigación y formar a los maestros de los otros *Ordensburgen* y las escuelas Adolf Hitler. Mientras tanto, los alumnos de elite de los *Ordensburgen* debían pasar periodos de tres meses anuales trabajando en organizaciones del partido en las diversas regiones, de modo que pudieran acumular experiencia en la práctica política; a su vez, los *Ordensburgen* funcionaban como centros de instrucción para numerosos funcionarios del Partido Nazi, así como centros de formación para los maestros de las escuelas Adolf Hitler.[237] Como sugiere su nombre, el objetivo principal de los *Ordensburgen* era crear una versión moderna de la caballería medieval y los antiguos órdenes monásticos: disciplinados, homogéneos y dedicados a la causa; para subrayar esta pretensión, los alumnos eran conocidos como junkers.[*] Con las escuelas Adolf Hitler, representaban el medio por el cual el partido planeaba garantizarse sus dirigentes futuros a largo plazo.[238]

Comparado con los estándares educativos normales, el nivel educativo de los *Ordensburgen* no era alto. El énfasis abrumadoramente elevado que se daba al entrenamiento deportivo y el currículo guiado por cuestiones ideológicas los convertía en un pobre sustituto de la educación universitaria convencional, y los criterios con que seleccionaba a los alumnos dejaban más o menos de lado las aptitudes intelectuales. En julio de 1939 el castillo de Vogelsang fue objeto de agrias críticas en un informe interno del Partido Nazi en que se ponía en ridículo el bajo nivel intelectual de los graduados y se expresaban serias dudas sobre su capacidad para hacer un relato coherente de la ideología nazi: «Sólo en un número muy reducido de casos la salud y la fuerza se corresponde con una capacidad intelectual pronunciada». En fecha tan temprana como en 1937, el periódico de Goebbels, *Der Angriff* [*El ataque*], había levantado dudas sobre la efectividad de la institución después de que un reportero escuchara a uno de sus primeros graduados ofrecer una «conferencia ideológicamente colorista», pero sin decir «nada concreto»: «¿Se ha escogido a las personas adecuadas?», se preguntaba el periodista con toda la intención. Dos años

más tarde, la situación en el castillo de Vogelsang se sumió en el caos cuando se descubrió que su comandante, Richard Manderbach, cuyo principal mérito era haber fundado el primer grupo de camisas pardas en el distrito de Siegerland en 1924, había hecho bautizar en secreto a su hijo pequeño en una iglesia católica. Aunque Manderbach negó tener conocimiento del bautizo, los *junkers* le recibieron en el comedor y las aulas con lemas insultantes, canciones y gritos preguntándole por qué se había asociado con «el Papa y los sacerdotes». Sólo se restableció el orden con su despido el 10 de junio de 1939.[239] Según recordó más adelante uno de los alumnos de la escuela Adolf Hitler que albergaba el *Ordensburg* de Sonthofen, el futuro actor de Hollywood Hardy Krüger, a los alumnos se les decía constantemente que serían los futuros dirigentes de la Alemania nazi, de modo que no resulta extraño que no toleraran ningún desliz ideológico. En una atmósfera que celebraba la dureza física y un comportamiento implacable, añadió, la intimidación y el abuso físico de los más jóvenes por parte de los mayores estaba inevitablemente extendido, y el ambiente general era brutal y áspero.[240]

Las mismas ideas que inspiraron las escuelas Adolf Hitler, los *Ordenburgen* y, en menor medida, las Napolas, también eran evidentes en otra escuela de elite, fundada bajo la égida de Ernst Röhm y las SA: el Instituto Nacionalsocialista del lago Starnberger. Esta escuela privada propiedad de la organización parda, inaugurada en enero de 1934, sólo llevaba unos meses en funcionamiento cuando Röhm fue asesinado por orden de Hitler. Desesperado, el director intentó preservar la escuela poniéndola primero bajo la protección de Franz Xaver Schwarz, tesorero del partido, y después de la oficina de Rudolf Hess, donde Martin Bormann era el funcionario clave. El 8 de agosto de 1939 Hess lo rebautizó como Escuela del Reich Feldafing del NSDAP, y para entonces ya se había convertido en la más exitosa de las escuelas de la elite nazi. Dividida en cuarenta mansiones, algunas de ellas confiscadas a sus propietarios judíos, la escuela estaba bajo el control de la Liga Nazi de Maestros, y todos los alumnos y profesores se convertían automáticamente en miembros de las SA. Con patronos poderosos en la cúpula del partido, la escuela no tenía muchas dificultades para obtener donaciones generosas y equipamiento de

primera, y, con sus conexiones con la profesión educativa, suministraba una educación académica mucho mejor que el resto de escuelas de elite, aunque compartía con éstas el énfasis en el deporte, la instrucción física y la construcción del carácter. Aunque los críticos mantenían que los alumnos, a menudo vástagos de altos funcionarios del partido, sólo aprendían cómo convertirse en *playboys*.[241] Con todo, ninguna de estas escuelas de elite se acercaba a los estándares de las viejas instituciones educativas de Alemania. Eclécticas y a menudo contradictorias en su enfoque, les faltaba un concepto educativo coherente que pudiera servir como base a la formación de un nuevo funcionariado de elite que dirigiera en el futuro una nación moderna y tecnificada como Alemania. En vísperas de la guerra, con sólo 6.000 alumnos y 173 alumnas en las dieciséis Napolas, las diez escuelas Adolf Hitler y la Escuela del Reich, sólo representaban una pequeña porción del sistema de internados: en el mismo momento, septiembre de 1939, otros internados formaban a 36.746 alumnos de ambos sexos, es decir, seis veces más.[242]

A pesar de ello, en vísperas de la guerra, el bajo nivel académico de las Napolas, las escuelas Adolf Hitler y los *Ordensburgen* también había empezado a resultar manifiesto en el sistema educativo estatal. En todos los niveles, la educación formal había dejado de ser lo primordial, mientras que las horas dedicadas a la educación física y al deporte en las escuelas públicas había aumentado en 1936 a tres semanales, y en 1938 a cinco, mientras que las lecciones dedicadas a las asignaturas académicas dieron paso al adoctrinamiento y a la preparación para la guerra.[243] Los niños todavía aprendían a leer, escribir y contar, y en las escuelas elementales y en algunos sectores del sistema de educación secundaria aprendían muchas más cosas, pero no hay duda de que la calidad de la educación estaba decayendo progresivamente. En 1939 los patronos protestaban porque el nivel de conocimiento de los graduados en lengua y aritmética era pobre: «El nivel de los chicos ha estado bajando desde hace algún tiempo».[244] Sin embargo, esto no preocupó en absoluto al régimen. Como declaró en 1935 Hans Schemm, jefe de la Liga Nazi de Maestros: «El objetivo de nuestra educación es la formación del carácter», y se quejó de que a los niños se les había cebado con demasiados conocimientos en detrimento de la

construcción del carácter. «¡Dejadnos tener—afirmó—diez libras menos de conocimientos y diez calorías más de carácter!».[245] La desmoralización progresiva de la profesión educativa, la reducción creciente de la plantilla de profesores y el consiguiente crecimiento del tamaño de las clases también surtieron efecto. Como hemos visto, las Juventudes Hitlerianas también demostraron ejercer una influencia perturbadora en la educación formal. «La escuela—había apuntado un informe socialdemócrata en 1934—se ve perturbada constantemente por los eventos organizados por las Juventudes Hitlerianas». Los maestros tenían que permitir a los alumnos tiempo libre prácticamente cada semana para asistir a ellos.[246] La abolición en 1936 de las ceremonias obligatorias ligadas al Día de la Juventud del Estado, que se ha calculado que implicaba 120 horas de preparación cada año, no supuso ninguna diferencia a este respecto.[247] A pesar de la disciplina militar en las escuelas, existían numerosos informes de indisciplina y desórdenes, incidentes violentos entre los alumnos e insubordinación hacia los maestros.[248] «Ya no se puede hablar de la autoridad de los maestros—apuntaba un agente socialdemócrata en 1937—: los pequeños mocosos insolentes de las Juventudes Hitlerianas deciden qué se hace en las escuelas, son ellos quienes están al mando».[249]

El mismo año, los maestros de un distrito de la Franconia se quejaron en su informe semestral a su departamento de la Liga Nazi de Maestros que la actitud de los alumnos hacia la educación estaba

> ocasionando quejas constantes y una preocupación justificada sobre el futuro. Hay una falta extendida de celo en el trabajo y de sentido del deber. Muchos alumnos creen que pueden aprobar los exámenes finales sólo con sentarse bien erguidos en sus asientos durante ocho años aunque estén muy lejos del nivel intelectual apropiado. En las unidades de las Juventudes Hitlerianas hay una falta total de apoyo a la escuela; al contrario, son precisamente los alumnos que ocupan lugares importantes quienes son más notorios por su comportamiento desobediente y su pereza en la escuela. Es necesario denunciar que la disciplina escolar declina a ojos vistas y a un nivel preocupante.[250]

En 1939 los estándares educativos habían bajado notablemente. Lo que realmente importaba era, según apuntó un observador socialdemócrata en junio de 1937: «Si se observa a la gente joven jugando o trabajando, si uno lee lo que escriben o visita sus casas, si uno repasa el horario escolar o

sigue lo que sucede en un campamento, sólo ve una voluntad que dirija la maquinaria de operaciones diseñada con cuidado y todavía más efectiva: la voluntad de la guerra».[251]

«LA LUCHA CONTRA EL INTELECTO»

I

Desde 1933 los nazis dedicaron grandes esfuerzos a amoldar el sistema educativo a sus propósitos. Sin embargo, al imponer sus opiniones en las universidades alemanas fueron de algún modo menos rigurosos. Sólo con la creación del Ministerio de Educación del Reich, en 1934, empezó el régimen a intervenir realmente desde el centro en los estudios superiores. Pero incluso así, la impronta fue bastante débil. No era sólo que el ministro de Educación Bernhard Rust fuera un personaje débil e indeciso, sino que no tenía un interés especial en las universidades. Su tendencia incurable a la vacilación empezó pronto a convertirse en objetivo de burlas entre los profesores universitarios, quienes hacían bromas sobre la introducción por parte del gobierno de una nueva unidad mínima de medida, el «Rust», el tiempo que transcurría entre la promulgación de un decreto y su derogación. Los otros dirigentes nazis tampoco se mostraban especialmente preocupados por los estudios superiores. Cuando Hitler habló ante una audiencia formada por estudiantes en el décimo aniversario de la fundación de la Liga Nazi de Estudiantes en enero de 1936, apenas mencionó los asuntos estudiantiles; nunca volvió a dirigirse a un público formado por estudiantes. Como era típico del Tercer Reich, los estudios superiores se convirtieron en un foco de rivalidades internas entre la jerarquía, ya que la oficina del lugarteniente del Führer, nominalmente al cargo de Rudolf Hess pero en realidad conducida por su ambicioso secretario, Martin Bormann, empezó a mostrarse interesada en los nombramientos académicos. La financiación de la investigación cayó en manos del Ministerio del Interior. Los dirigentes regionales también interfirieron en los asuntos universitarios. Las SA intentaban reclutar estudiantes. Y la Liga Nazi de Estudiantes asumió el liderazgo en la nazificación de la vida universitaria. El ministerio

era de la opinión que la principal función de la Liga de Estudiantes debía ser promover el adoctrinamiento político de los estudiantes y los licenciados; pero la dirección de las universidades era tarea de los rectores, definidos como jefes de la institución por unas directrices del Ministerio de Educación publicadas el 1 de abril de 1935; el deber del resto de los equipos y de los estudiantes era seguirles y obedecer sus órdenes.[252]

De todos modos, en la práctica, la debilidad del Ministerio de Educación imposibilitaba que este principio se aplicara con consistencia. Los nombramientos académicos se convirtieron en objeto de luchas entre el ministerio, los rectores, la Liga Nazi de Estudiantes, los profesores y los jefes locales del partido, que reclamaban todos el derecho de ejercer el control político sobre las universidades. Como las Juventudes Hitlerianas en las escuelas, la Liga Nazi de Estudiantes y sus miembros no titubearon en señalar y avergonzar a los profesores que creían que no seguían los principios nazis. En 1937 un profesor de Hamburgo denunció que en los últimos años no se había celebrado ninguna reunión de estudiantes donde no se hubiera «rechazado al profesorado en términos despectivos», calificándolo de «cuerpo osificado no apto para educar o guiar a los jóvenes en las universidades».[253] La Liga de Estudiantes contaba desde 1936 con un nuevo responsable, Gustav Adolf Scheel. En su época de estudiante, antes de 1933, había dirigido una exitosa campaña de hostigamiento e intimidación contra el profesor pacifista Emil Julius Gumbel en la Universidad de Heidelberg. Scheel reforzó la posición de la Liga con la incorporación de todos los sindicatos estudiantiles y el reconocimiento formal del derecho a designar a sus propios dirigentes y a dirigir sus propios asuntos. Scheel mantenía relaciones excelentes con la oficina de Hess y, de este modo, consiguió protegerse de las tentativas del Ministerio de Educación para refrenar su creciente influencia. Con representación en los consejos académicos de todas las universidades, la organización estudiantil podía acceder a información confidencial acerca de los nombramientos. No dudó en dar a conocer sus deseos y objeciones. Era evidente que si a los estudiantes no les gustaba un nuevo rector podían—y así lo harían—hacerle la vida muy difícil. Por ello, de 1937 en adelante, el Ministerio de

Educación se vio obligado a consultar previamente a los representantes de los estudiantes, dando a Scheel y su organización todavía más peso en la gestión de las universidades.[254]

Aun así, la influencia de la Liga Nazi de Estudiantes tenía limitaciones. Aunque mucho antes de 1933 ya barría en las elecciones estudiantiles en toda Alemania, era de hecho una organización relativamente pequeña, con menos de 9.000 miembros en vísperas del nombramiento de Hitler como canciller. Muchos de éstos pertenecían a la organización femenina, estudiaban en centros de estudios superiores no universitarios o en universidades de lengua alemana localizadas fuera del Reich, razón por la cual el número de miembros masculinos de la Liga en las universidades alemanas era menor a 5.000, o sea menos del 5 por 100 de los estudiantes alemanes en conjunto.[255] Durante y después de la toma del poder, la cifra creció rápidamente con la ayuda de la mezcla de terror y oportunismo característicos del proceso de «coordinación» social e institucional que se produjo en 1933. Además, los estudiantes alemanes, abrumadoramente nacionalistas, se habían visto arrastrados por el espíritu de 1914 desencadenado por el nuevo régimen en los momentos iniciales de su dominio. Pero en esos momentos a la Liga Nazi de Estudiantes no le faltaban competidores dentro del mundo estudiantil. En la primavera de 1933, muchos estudiantes se enrolaron en las SA. Obedeciendo las órdenes de Hitler de septiembre de 1933 de que los camisas pardas asumieran la tarea de politizar al cuerpo estudiantil, las SA instalaron sus propios centros en las universidades y ejercieron presión sobre los estudiantes para que se afiliaran. A finales de 1933, más de la mitad de los estudiantes de la Universidad de Heidelberg, por ejemplo, se habían enrolado en las SA. A principios de 1934, el Ministerio del Interior implantó la obligatoriedad entre los estudiantes de sexo masculino de participar en la instrucción militar organizada por los camisas pardas. Pronto empezaron a pasar largas horas formándose con las SA, lo que tuvo efectos nocivos sobre sus estudios. Las autoridades universitarias empezaron a percibir un declive muy pronunciado en el nivel académico, mientras los estudiantes pasaban días o incluso semanas apartados de los estudios o aparecían por clase

agotados después de haber pasado toda la noche de instrucción. Y esto no era todo. Como denunció el rector de la Universidad de Kiel ante el Ministerio de Educación el 15 de junio de 1934:

> Existe ahora un nuevo peligro que lleva por título «la lucha contra el intelecto», una lucha contra la inteligencia llevada a cabo por la oficina universitaria de las SA. Existe el peligro adicional de que bajo el lema «un tono agresivo de soldado» los estudiantes de los tres primeros semestres adopten una actitud que puede ser definida con frecuencia no ya como agresiva sino directamente grosera.

Algunos dirigentes pardos llegaron a decir a los estudiantes miembros de la organización que se debían, en primer lugar, a las SA: los estudios académicos eran un pasatiempo y, por lo tanto, sólo debían dedicarles sus horas libres. Este tipo de pretensiones chocaron con una resistencia creciente entre la mayoría de estudiantes. En junio de 1934 el dirigente estudiantil Wolfgang Donat tuvo que hacer frente a «aullidos, pataleos y silbidos» al intentar pronunciar un discurso en la Universidad de Munich, mientras algunos profesores universitarios que habían osado introducir una pizca de críticas al régimen en sus clases eran interrumpidos con estallidos de aplausos fervientes. En algunas universidades estallaron luchas abiertas entre los activistas nazis y otros estudiantes.[256]

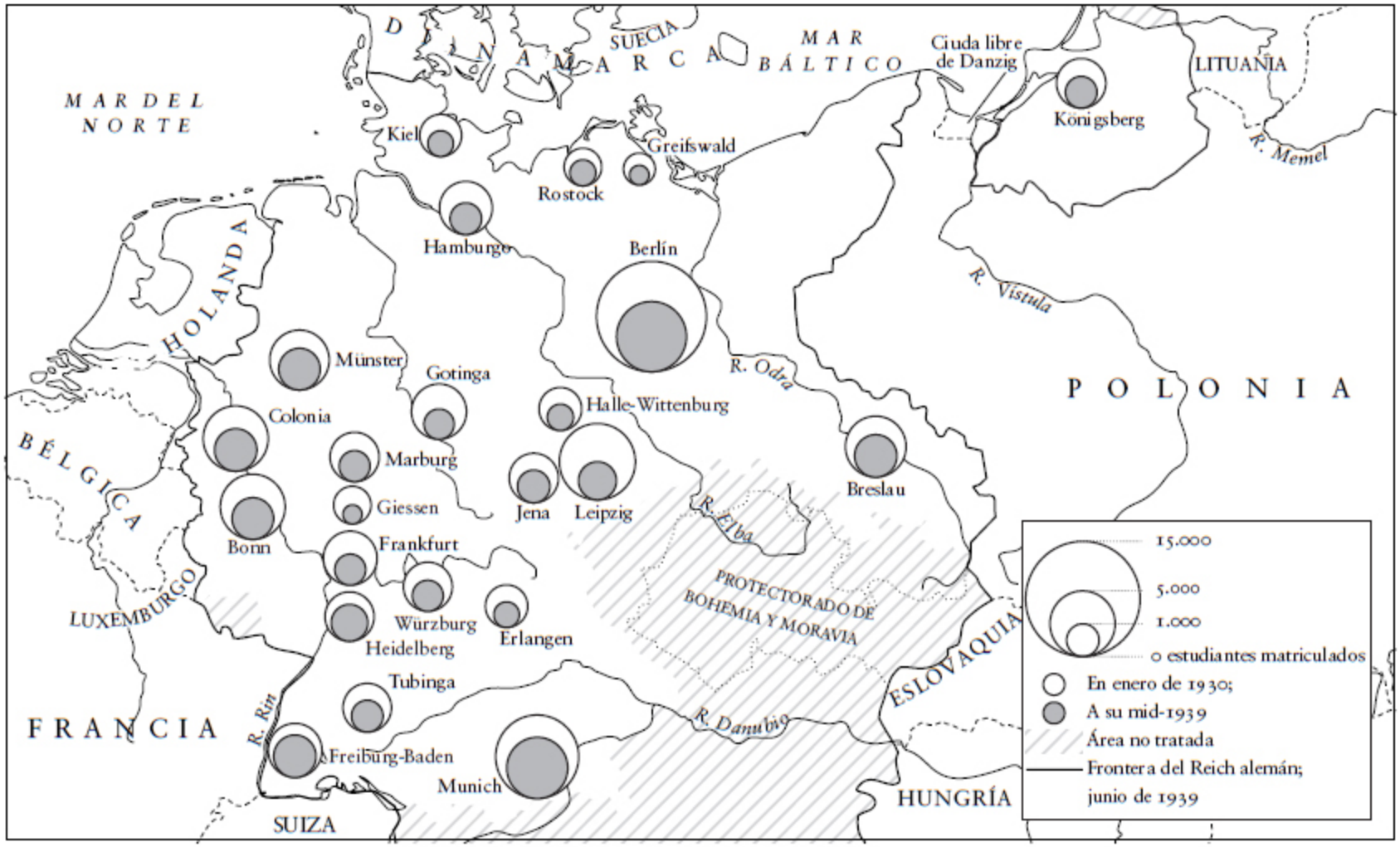
Que estos acontecimientos ocurrieran al tiempo que la primera gran crisis del régimen en junio de 1934 no fue una coincidencia. La decapitación de la cúpula de las SA en la Noche de los Cuchillos Largos a finales de mes abrió la puerta a una reforma completa de la presencia nazi entre los estudiantes. La oficina del lugarteniente del Führer, Rudolf Hess, asumió el control de la Liga Nazi de Estudiantes y reformó su cúpula, mientras que a finales de octubre se retiró la presencia de las SA en las universidades, y la formación que realizaban los camisas pardas fue sustituida por una educación deportiva menos exigente. La afiliación a la Liga Nazi de Estudiantes empezó a subir de forma acusada, alcanzando en 1939 el 51 por 100 de los estudiantes de sexo masculino y el 71 por 100 de sexo femenino.[257] Para entonces, la Liga ya había conseguido vencer la tenaz resistencia de las hermandades estudiantiles tradicionales, que en 1933 sumaban más de la mitad de los estudiantes de sexo masculino. Como otras instituciones conservadoras, las hermandades se habían opuesto

vehementemente a la República de Weimar y aprobaban la toma del poder por parte de los nazis; muchos de sus miembros se habían afiliado al partido en el verano de 1933. Pero al mismo tiempo se habían visto obligados a introducir el principio de liderazgo en lo que antes había sido una gestión colectiva, a colocar a nazis en los puestos más destacados y a expulsar a los miembros con ancestros remotamente judíos y a los ex estudiantes judíos, antiguos miembros cuyas aportaciones económicas les daban una influencia decisiva en la dirección de las hermandades. Aun así, el tono aristocrático y la tradicional independencia de las hermandades seguían sin gustar a los dirigentes nazis, y cuando algunos miembros de una de las hermandades más exclusivas de Heidelberg fueron vistos borrachos interrumpiendo uno de los discursos radiados de Hitler y, unos días más tarde, especulando ruidosamente durante una comida generosamente regada en una taberna sobre si el Führer comía los espárragos «con cuchillo y tenedor o con las zarpas», el jefe de las Juventudes Hitlerianas Baldur von Schirach emprendió una gran campaña de prensa contra ellos y ordenó a los miembros de su organización que no se hicieran miembros de grupos tan vergonzosamente reaccionarios. La orden contradecía el conocido punto de vista del jefe de la Cancillería del Reich, Hans Heinrich Lammers, un ex miembro muy destacado e influyente de una hermandad, de modo que le tocó a Hitler lidiar con el asunto. En un monólogo de dos horas pronunciado ante dignatarios nazis reunidos el 15 de junio de 1935, el Führer dejó claro que esperaba que las hermandades fueran desapareciendo del Estado nazi en tanto que restos de una época aristocrática ya superada. En mayo de 1936 Hitler y Hess condenaron públicamente las hermandades y prohibieron que los miembros del partido se asociaran a ellas. Viendo el cariz que tomaba el asunto, Lammers abandonó su defensa de las hermandades, y a finales de ese curso académico estos grupos o bien se habían autodisuelto o bien se habían fusionado con la Liga Nazi de Estudiantes.[258]

II

De este modo, la Liga Nazi de Estudiantes alcanzó a mediados de los años treinta la supremacía entre los estudiantes, desplazando a las demás instituciones de representación del alumnado universitario. Pero lo había conseguido en el contexto de una rápida reducción del número de estudiantes. Uno de los muchos factores que había incrementado la insatisfacción de los estudiantes con la República de Weimar había sido la masificación que habían experimentado las universidades como resultado del gran aumento de nacimientos de los años anteriores a 1914, jóvenes que entraban por esos años en el sistema universitario. Sin embargo, bajo el Tercer Reich el número de estudiantes en las universidades cayó en picado, desde un máximo de casi 104.000 en 1931 a menos de 41.000 en 1939. En las escuelas técnicas, los números experimentaron un declive similar aunque menos drástico, de poco más de 22.000 en 1931 a un poco más de 12.000 ocho años más tarde.[259] En el conjunto de este descenso generalizado, algunas carreras resultaron más perjudicadas que otras. Derecho se vio especialmente afectada. Los estudiantes de Derecho, un 19 por 100 del conjunto de estudiantes en 1932, sólo representaban el 11 por 100 en 1939. Un descenso similar se experimentó en las Humanidades, con un 19 por 100 del conjunto de estudiantes en 1932 y sólo el 11 por 100 siete años más tarde. Las Ciencias Naturales también sufrieron un retroceso, aunque sus porcentajes fueron menos drásticos, de un 12 por 100 del conjunto de estudiantes a un 8 por 100 entre los mismos años. De manera un tanto sorprendente, Teología mantuvo los mismos porcentajes, que oscilaban entre un 8 y un 10 por 100, y Económicas experimentó un modesto crecimiento, de un 6 a un 8 por 100. Pero la auténtica ganadora fue Medicina, cuyo alumnado ya representaba un tercio del conjunto de estudiantes en 1932 y alcanzó casi la mitad, un 49 por 100, en 1939. Las verdaderas dimensiones de estos cambios se manifiestan cuando se recuerda que el total de estudiantes universitarios cayó a más de la mitad en esos años, de modo que es razonable hablar de una genuina crisis, sobre todo en las Humanidades y Derecho, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Existía un puñado de razones para ello. Tanto las Humanidades como el Derecho eran objeto de críticas constantes por parte del régimen, circunstancia que reducía su atractivo entre los solicitantes. Del mismo

modo, el funcionariado, destino tradicional de los licenciados en Derecho, se encontró bajo un fuego cruzado desde 1933 en adelante, y su influencia y prestigio decreció de modo acentuado mientras crecía el del Partido Nazi. Como hemos visto, la enseñanza, la fuente principal de empleo para los licenciados en Humanidades, también vio perder su atractivo a mediados de los años treinta. En contraste, la posición social y política de la profesión médica se vio propulsada durante esos años, puesto que el régimen situó la higiene racial en el centro de su política interior, y la expulsión de los médicos judíos de la profesión dejó un gran número de vacantes a disposición de los licenciados arios.[260]



8. El declive de las universidades alemanas, 1930-1939.

El descenso de las Humanidades, de lejos la opción más popular entre las estudiantes de sexo femenino, fue en parte resultado de las restricciones que el régimen imponía a las mujeres que querían acceder a la universidad. Hitler era de la opinión que el objetivo principal de la educación de las chicas era prepararlas para ser madres. El 12 de enero de 1934, el Ministerio del Interior dirigido por Wilhelm Frick ordenó, sobre la base de la Ley de 25 de abril de 1933 contra la masificación de las instituciones y escuelas de enseñanza superior que la proporción de graduadas en enseñanza secundaria que podía entrar en la universidad no podía superar el 10 por 100 de los graduados de sexo masculino. En la Semana Santa del mismo año, unas 10.000 graduadas aprobaron los exámenes de acceso a la universidad, pero como resultado de esa directiva, sólo pudieron ingresar 1.500. En consecuencia, en 1936 el número de estudiantes mujeres en las universidades se había reducido a la mitad. Las instituciones educativas nazis de elite, las escuelas Adolf Hitler y los *Ordensburgen*, no admitían a estudiantes de sexo femenino, aunque sí lo hacía un pequeño número de escuelas de elite del Estado, las Napolas. Además, con la reorganización de las escuelas de secundaria ordenada en 1937 se prohibió a las chicas aprender latín, un requisito para entrar en la universidad, y el Ministerio de Educación dedicó todos sus esfuerzos a dirigirlas hacia la educación doméstica, para la cual existía una gran variedad de tipos de escuelas; la única educación secundaria normal al alcance de las chicas eran las escuelas de lenguas, donde también era obligatoria la formación doméstica. A partir de abril de 1938, las chicas que todavía se las habían arreglado para llegar al examen de ingreso a la universidad a pesar de todos los obstáculos eran obligadas a pasar un «curso doméstico»; sólo después se les daría el certificado final de estudios y podrían entrar en la universidad, siempre que la cuota no se hubiera completado.[261] El número de chicas en los estudios superiores cayó de un poco más de 17.000 en el curso 1932-1933 a mucho menos de 6.000 en 1939, mucho más rápido que el de estudiantes de sexo masculino: la proporción de chicas cayó de poco menos del 16 por 100 a un poco más del 11 por 100 en el mismo periodo. Los intentos de revertir la tendencia para satisfacer la demanda creciente de mujeres entrenadas y cualificadas en el momento en que el rearme empezó a dominar la dirección

de la economía no cambió la situación de forma considerable, ya que se veían contrarrestados por todas las demás medidas destinadas a empujar a las mujeres fuera de las universidades desde 1933.[262]

La Ley de 25 de abril de 1933 contra la masificación de las instituciones y escuelas de enseñanza superior sólo afectó, en un comienzo, a los estudiantes judíos, pero en diciembre de 1933 el Ministerio del Interior del Reich anunció que sólo podrían encontrar plaza en las universidades alemanas 15.000 de los 40.000 alumnos de secundaria que se esperaba que aprobaran el examen de graduación en 1934. El desempleo todavía alcanzaba niveles muy altos, y sería un error que los estudiantes fueran a la universidad si no tenían perspectivas de encontrar un trabajo cuando terminaran la carrera. Sin embargo, la medida sólo fue válida durante dos semestres, ya que el Ministerio del Interior perdió sus competencias sobre las universidades cuando se fundó el Ministerio de Educación en mayo de 1934, y este nuevo ministerio abolió rápidamente las restricciones, con lo que permitió que aquellos cuyo acceso había sido denegado ese año pudieran volver a presentarse, siempre que estuvieran desempleados y no fueran sospechosos desde el punto de vista político.[263] Es probable que todas estas medidas se vieran influidas por el desprecio manifiesto de la cúpula nazi hacia las universidades y hacia aquellos que profesaban y estudiaban en ellas. En noviembre de 1938 Hitler lanzó un ataque furibundo contra los intelectuales, entre los cuales es indudable que incluía a los profesores y catedráticos de universidad. Declaró que los intelectuales eran fundamentalmente poco fiables, inútiles e incluso peligrosos, y comparó su irreductible individualismo y sus críticas y censuras constantes con la solidaridad instintiva e incondicional de las masas. «Cuando observo a nuestra clase intelectual—desgraciadamente, supongo, son necesarios; de otro modo, podríamos, no lo sé, exterminarlos o algo por el estilo—, veo que por desgracia es necesaria».[264] No dijo durante cuánto tiempo más. Cualquiera que hubiera leído *Mi lucha* era consciente de su desprecio por los intelectuales, a quienes culpaba en gran medida del desastre de 1918. Inevitablemente, esta circunstancia tuvo el efecto de provocar cierto desencanto entre los académicos y la reticencia de los potenciales estudiantes. Antes de 1933 en Alemania un título universitario significaba el

camino del prestigio social y el éxito profesional. Ahora, para muchos, ya no era así. No puede haber dudas de que durante el Tercer Reich las universidades alemanas estaban en declive. La cifra de estudiantes estaba disminuyendo, los científicos e investigadores más destacados habían sido despedidos y en muchos casos sustituidos por personajes de segunda fila. Muchas cátedras y plazas de profesor se encontraban vacantes.[265]

El declive había empezado ya antes de la llegada de Hitler al poder, ya que las altas cifras de desempleo constituían un elemento disuasorio para los jóvenes, especialmente para las mujeres, porque las posibilidades de encontrar un trabajo después de licenciarse eran mínimas. Además, alrededor de 1934 empezaron a llegar a la universidad los chicos nacidos durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando la natalidad cayó a la mitad con respecto a los años anteriores a la guerra. En lugar de actuar para contrarrestar los efectos de este declive demográfico en el número de estudiantes, el régimen hizo cuanto pudo para magnificarlos. Finalmente, la gran expansión del Ejército profesional con la introducción del reclutamiento obligatorio en 1935 abrió el acceso a un número muy elevado de empleos de prestigio y bien pagados en el cuerpo de oficiales, de modo que de un porcentaje del 2 por 100 de bachilleres de sexo masculino que se alistó al Ejército en 1933 se pasó a un porcentaje no menor al 20 por 100 en 1935, y a un 28 por 100 en 1937. En ese momento, también, los aspirantes a entrar en la universidad debían esperar dos años o más entre que terminaban el bachillerato e ingresaban en los estudios superiores porque debían someterse al servicio militar obligatorio. Después, con una edad en torno a los veinticinco años, muchos jóvenes no se podían permitir pasar muchos más años sin obtener un trabajo. Se ha calculado que la prohibición a los judíos de acceder a la universidad redujo la cifra de estudiantes entre un 3 y un 4 por 100, mientras que, como hemos visto, las medidas de los nazis contra las mujeres estudiantes también afectaron a la reducción de las cifras en conjunto.[266]

El atractivo de seguir estudios universitarios también se vio socavado por la decisión de la Liga Nazi de Estudiantes de obligar a todos los graduados de secundaria a cumplir un periodo de trabajo para el Reich antes de que se les permitiera empezar la carrera. Desde la Semana Santa de 1934

todos los solicitantes que hubieran sido admitidos en la universidad debían cumplir un periodo de seis meses de trabajos obligatorios, mientras que los alumnos de primero y segundo curso eran obligados a servir por un periodo de diez semanas en un campo de trabajo. El objetivo era inculcar a los estudiantes universitarios el fortalecimiento del carácter que se estaba convirtiendo en primordial en las escuelas. Como dijo Bernhard Rust a los estudiantes de Berlín en junio de 1933: «Los que evitan ir a los campos de trabajo pierden su derecho a asumir responsabilidades en Alemania en tanto que licenciados universitarios». En el Tercer Reich, los estudiantes fueron los primeros en estar sujetos a estas medidas. No era sólo que se esperara que dieran un ejemplo práctico de su compromiso en la construcción de la nueva Alemania, sino que se suponía que debían superar el esnobismo de clase y la arrogancia de los intelectuales; por ello, los organizadores del Servicio Laboral hicieron que los estudiantes no representaran más del 20 por 100 de los internos de los campos de trabajo donde eran enviados.[267]

A pesar de ello, esta política fracasó en su objetivo de ayudar a construir una comunidad racial nueva y sin clases. Según se lamentaba en un memorando de la misma organización de estudiantes en noviembre de 1933, la gran mayoría de estudiantes que servían en los campos detestaban el modo en que «la especie de sargentos vociferantes» del antiguo Ejército que dirigían los campos, «siempre dándose aires», descargaban su resentimiento social en los internos jóvenes. La disciplina militar estricta, los insultos y la intimidación eran táctica común entre los incultos jefes de los campos para humillar a los estudiantes. Un interno recordó más adelante que estos hombres

> se aburrían, bebían hasta emborracharse cada noche y entonces nos hacían malas pasadas. [...] Nos sacaban a empujones de la cama tres o cuatro horas después del toque de silencio y teníamos que desfilar en pijama, correr alrededor de los barracones, regresar, arrastrarnos a gatas por debajo de las camas y después saltar encima de los armarios y cantar cancioncillas que les parecían adecuadas a nuestras acciones.[268]

Las largas horas de trabajo físico no cualificado, construyendo carreteras o drenando ciénagas, y las escasas raciones de comida dejaban exhaustos a los estudiantes, la mayoría de clase media. Además, eran objeto constante de bromas, burlas e insultos por parte de la mayoría de los demás internos,

que procedían en gran medida de entornos rurales o de clase trabajadora y estaban mucho más acostumbrados al trabajo manual duro y no cualificado. Para los estudiantes era el mundo al revés, algo que no despertaba la solidaridad con las otras clases sociales sino odio, amargura y resentimiento hacia ellas.[269]

Pero las actividades de este tipo destinadas a los estudiantes universitarios no se acababan aquí. Una vez habían ingresado en la universidad, se veían sometidos a una presión creciente para que pasaran diversas semanas al año, durante las vacaciones, trabajando sin cobrar en una fábrica o en el campo. No se trataba de una tarea popular entre los estudiantes, y las cifras de participación se mantuvieron bajas—sólo un 5 por 100 de los estudiantes en 1936—. Himmler también ordenó en 1939 que 25.000 estudiantes ayudaran en la cosecha, porque la tensa situación internacional del momento hacía imposible contar con los temporeros polacos que solían realizar esta función. La medida provocó desórdenes y protestas en diversas universidades. Se llamó a la Gestapo y se detuvo a algunos estudiantes. A pesar de todo, sólo 12.000 estudiantes participaron en la cosecha; el resto encontró un modo u otro de eludirla. Otras tentativas de llevar a la universidad el espíritu de la vida de los campos de trabajo tampoco tuvieron éxito. Los sindicatos nazificados de estudiantes querían establecer «casas de camaradería» en que los estudiantes vivieran colectivamente en lugar de instalarse en alojamientos privados como habían hecho hasta 1933. Esta medida estaba pensada en buena parte como un desafío a los duelistas y a las otras hermandades, cuyos locales se querían utilizar para instalar las casas de camaradería. Las hermandades utilizaron sus influencias en los ministerios, muchos de cuyos altos funcionarios eran antiguos miembros de ellas, para bloquear la iniciativa, y la Liga Nazi de Estudiantes también se opuso al movimiento. Finalmente, acabó interviniendo Hitler en persona, declarando en noviembre de 1934 que las casas de camaradería fomentarían la homosexualidad.[270] Pero la desaparición de las hermandades en 1936 dio una segunda oportunidad a la idea, esta vez por iniciativa de la Liga Nazi de Estudiantes, y en 1939 ya existían no menos de 232 casas de camaradería, más atractivas ahora para los estudiantes al abandonar la pretensión del primer momento de despertar

a los internos a las 6:15 de la mañana para un vigoroso turno de gimnasia. Al mismo tiempo, sin embargo, no se abolió la obligación, igualmente poco popular, de participar tres tardes a la semana en sesiones de adoctrinamiento político. Muchos estudiantes recibían presiones de un tipo u otro para vivir en una casa de camaradería, y las veían como establecimientos de relación social. Después de haber sufrido años de adoctrinamiento incesantemente repetido e intelectualmente insípido en la escuela y en las Juventudes Hitlerianas, la última cosa que deseaban era más de lo mismo. Los responsables de las casas de camaradería en Hamburgo, por ejemplo, se lamentaron en 1937 de los signos de «fatiga en la educación política», mientras que un entusiasta estudiante nazi de Marburgo manifestó su desencanto en 1939 porque en las casas de camaradería de la Liga Nazi de Estudiantes se continuaban cultivando «los modos de vida de las antiguas hermandades». «Hoy en día —concluía un dirigente estudiantil nazi de Würzburg en 1938—quedan muy pocos fanáticos politizados en las universidades. La gente está o de vuelta de todo o saciada».[271]

III

La Liga Nazi de Estudiantes no tenía suficiente con intentar cambiar la experiencia de los estudiantes mediante la obligatoriedad de los campos de trabajo, el servicio laboral y las casas de camaradería. También intentó influir en lo que se enseñaba en las universidades. En 1936 manifestó:

> Nosotros [...] intervendremos allí donde la visión del mundo nacionalsocialista no se ha convertido en la base y el punto de partida de las investigaciones científicas y académicas. No deben ser los profesores quienes conduzcan a iniciativa propia a sus alumnos hacia estos puntos de vista ideológicos a través del material científico y académico.[272]

Los dirigentes del Partido Nazi no se cansaron de repetir este punto de vista con énfasis diverso—brutal en los discursos repletos de retórica violenta de Hans Frank, aparentemente más moderado y flexible en las locuciones de un carácter dubitativo como Bernhard Rust. Era evidente que las universidades tenían que perseguir los mismos objetivos que las escuelas y situar la ideología nazi en el centro de la enseñanza y la investigación. Se

fundaron nuevas cátedras e institutos en diversas universidades sobre estudios raciales e higiene racial, historia militar y prehistoria, mientras que entre 1933 y 1945 se establecieron cátedras de folclore alemán en la mitad de las universidades alemanas. Muchas de éstas eran resultado de iniciativas de los rectores más que del Ministerio de Educación. En 1939 existían institutos de estudios raciales en doce de las veintitrés universidades de Alemania (dentro de las fronteras de 1937). Las nuevas instituciones hacían que se invirtieran grandes sumas de dinero en temas que antes de 1933 no habían gozado de prestigio ni habían estado bien representados al nivel más alto de las universidades alemanas.[273]

Las nuevas áreas de enseñanza e investigación se complementaban en muchas universidades con cursos especiales sobre estos temas y sobre las ideas políticas del nacionalsocialismo, que en algunas universidades eran obligatorios para todos los estudiantes antes de pasar los exámenes. En Heidelberg, el destacado profesor nazi Ernst Krieck, rector en 1937, daba clases sobre la visión del mundo nacionalsocialista. En todas partes se impartían cursos similares. Sin embargo, tras la primera ola de entusiasmo, la mayoría de cursos especiales sobre ideología nazi fueron suprimidos, y a mediados de los años treinta, menos del 5 por 100 de las clases en las universidades alemanas eran nazis en su título y contenidos. Muchos de los profesores y catedráticos que no habían sido depurados en 1933—la gran mayoría—seguían impartiendo sus asignaturas como antes, con sólo algunas concesiones marginales a la ideología nazi, ocasionando numerosas protestas de los estudiantes nazis. Los funcionarios del partido les sirvieron de portavoces en muchas ocasiones: no era extraño que se registraran acusaciones como la que presentó en 1936 Walter Gross, jefe de la Oficina de Política Racial del Partido Nazi, por «los esfuerzos a menudo extremadamente vergonzosos de científicos y eruditos notables de jugar al nacionalsocialismo». Después de 1945, muchos antiguos estudiantes de ese periodo recordaban que sus profesores habían sido, por abrumadora mayoría, profesores de la vieja escuela que sólo se habían adaptado superficialmente a la ideología nazi.[274] La Liga Nazi de Estudiantes intentó forzar un cambio presentando una alternativa al programa de estudios mediante la creación de grupos autogestionados por alumnos sobre temas

específicos que suministraran una educación nazi completa al margen de las clases normales. Pero estos grupos no gozaron de popularidad entre los estudiantes, en buena parte porque éstos no se podían permitir perderse las clases y duplicar sus esfuerzos. Estos grupos se granjearon la animosidad de los catedráticos y, en gran medida, se vieron neutralizados porque la mayoría de estudiantes no tenía los conocimientos suficientes para enseñar a sus compañeros y porque no podían ser sustituidos por profesores.[275] En muchas clases normales, todavía era posible cierto grado de debate, y los profesores podían eludir la ideología nazi con facilidad cuando trataban cuestiones técnicas, incluso en materias como la filosofía, donde la discusión sobre Aristóteles y Platón daba pie a formular preguntas básicas sobre la moral y la existencia sin recurrir a los conceptos y terminología del nacionalsocialismo.[276]

Así, los nazis tuvieron un éxito sorprendentemente limitado a la hora de adaptar las universidades a sus propósitos ideológicos.[277] La enseñanza prosiguió sólo con cambios relativamente superficiales en la mayoría de áreas. Sólo un 15 por 100 de las disertaciones doctorales terminadas durante la época nazi pueden ser calificadas de nazis en su lenguaje y enfoque.[278] Los profesores esnobs y elitistas tradicionales menospreciaban abiertamente a los oportunistas colocados en las universidades por el régimen, mientras que muchos de estos últimos estaban tan involucrados en la administración de la universidad que tenían poco tiempo para propagar sus ideas entre los estudiantes. Por otro lado, el antiintelectualismo del movimiento nazi garantizaba que muchas de las figuras relevantes del partido, de Hitler para abajo, ridiculizaran muchas de estas ideas y las consideraran demasiado abstrusas como para tener una relevancia política real. Ni Bernhard Rust ni Alfred Rosenberg, los dos dirigentes nazis con responsabilidad en el campo de la educación y la ideología, tenían la habilidad política ni eran suficientemente resueltos como para manipular a los profesores más astutos, cuya facilidad para la intriga y la simulación venía aguzada por décadas de luchas internas en los comités universitarios. La fundación de un nuevo instituto dedicado a la consecución de alguna de las obsesiones favoritas de los nazis podía ser bienvenido por los profesores conservadores como una manera de apartar a algún colega poco querido con una merced

secundaria, como fue el caso del quisquilloso historiador de extrema derecha Martin Spahn, a quien se le entregó el Instituto de Política Exterior de la Universidad de Colonia en 1934. Con este instituto se mataban dos pájaros de un tiro ya que se consiguió sacar a Spahn del Departamento de Historia, donde era extremadamente impopular, y se le colocó en un área donde no estaría en contacto con sus colegas, y se demostró al mismo tiempo el compromiso de la universidad con las ideas geopolíticas del nuevo régimen.[279]

De todos modos, la ideología nazi era demasiado pobre, rudimentaria y contradictoria y, finalmente, demasiado irracional como para ejercer un impacto verdadero sobre la enseñanza y la investigación al nivel de sofisticación en que se desempeñaban en los estudios superiores. Los intentos de encerrar el cuerpo de profesores en una Asociación Nacionalsocialista de Profesores de Alemania en diciembre de 1934—muy tarde, en comparación con organizaciones similares de otras profesiones—fracasó en buena parte por la ineptitud de su dirigente, Walter *Bubi* Schultze, quien se había ganado la gratitud de Hitler por haberle curado el hombro que se había dislocado durante el fracasado *putsch* de 1923. Schultze se ganó enemigos por doquier por sus intrigas mal encubiertas. Irritó al Ministerio de Educación. Su organización era vista por los profesores como una injerencia injustificada sobre la profesión a largo plazo. A su organización madre, la Comisión de Estudios Superiores del Partido Nazi, fundada en julio de 1934, no le fue mejor, ya que estaba dirigida por hombres que no tenían una posición en la comunidad académica. No se podía considerar la posibilidad de obligar a los profesores alemanes a asistir a cursos de adoctrinamiento en campos de trabajo, como a sus colegas maestros de escuela. Seguros en su propia jurisdicción, reprobaban el antiintelectualismo de los nazis. El entusiasmo inicial de los universitarios nacionalistas como el filósofo Martin Heidegger por la revolución cultural nazi se fue desvaneciendo mientras se iba haciendo evidente que el nuevo régimen no tenía un interés en la renovación de la ciencia y la erudición alemanas como un fin en sí mismo. En 1939 incluso un universitario nazi convencido y resuelto como Ernst Krieck se

preguntaba: «¿Han cambiado los profesores? ¡No! Es el espíritu de 1933 quien se ha apartado de ellos una vez más, o, como mínimo, de su erudición, aunque éstos se muestren predispuestos».[280]

Por supuesto, tal generalización debe ser matizada; en algunas universidades, el nazismo se inmiscuyó entre el profesorado más que en otras. Jena, Kiel y Königsberg, por ejemplo, fueron centros de enseñanza e investigación nazis relativamente fuertes, mientras que las universidades de las regiones católicas se mantuvieron menos afectadas; la Universidad de Bonn, en efecto, se convirtió en una suerte de vertedero de profesores no deseados recolocados obligatoriamente desde otros centros de estudios superiores, mientras que entre los estudiantes siguieron predominando los grupos católicos y conservadores hasta su disolución por los nazis a mediados de los años treinta. En Bonn, sólo una pequeña parte de los puestos—cerca de un 5 por 100—eran ocupados por nazis fanáticos, otro 10 por 100 por seguidores del partido, y el resto por simpatizantes tibios, indiferentes o por universitarios que se oponían al régimen. El hecho de que cerca de una cuarta parte de los 380 profesores de Bonn fueran hostiles al nazismo era raro, pero no lo era el predominio de los criterios de erudición y científicos en la mayoría de los nombramientos incluso después de 1933, como tampoco lo era en la mayoría de las otras universidades alemanas.[281] En una investigación en profundidad realizada en 1938, el Servicio de Seguridad de las SS sacó conclusiones comprensiblemente lóbregas. «En casi todas las universidades—se lamentaba—hay protestas por la actitud pasiva de los catedráticos, quienes rechazan cualquier trabajo de tipo político o ideológico que rompa las estrechas fronteras de su especialidad».[282]

IV

Las dificultades que experimentaron los nazis para convertir las materias académicas tradicionales en expresiones de su propia ideología se manifestaron de modo todavía más evidente en la Física. En este campo se desarrolló una tentativa global de nazificación de la disciplina, dirigida por el físico Philipp Lenard, un veterano científico alemán jubilado de su

cátedra en Heidelberg en 1931. Nacido en 1862, hijo de un comerciante de vinos, Lenard había estudiado con Heinrich Hertz, el descubridor de las ondas de radio, y había recibido el Premio Nobel por sus experimentos pioneros con rayos catódicos en 1905. A pesar de su Premio Nobel, Lenard estaba lleno de amargura y resentimiento porque uno de sus discípulos, Wilhelm Röntgen, se le había adelantado por poco en el descubrimiento de los rayos X, y había acusado al físico británico J. J. Thomson, quien había establecido la naturaleza de los rayos catódicos, de robo y boicoteo de sus trabajos en el mismo campo. Lenard era un catedrático muy carismático y popular que había conseguido fama en toda Alemania gracias a su trabajo. Concentrado en realizar experimentos meticulosos y precisos, no tenía tiempo para la teoría. Su odio a Thomson derivó en un odio generalizado a los británicos, mientras que el nacionalismo alemán que había mamado en su lugar de nacimiento, Bratislava, en la monarquía plurinacional de los Habsburgo, desembocó en chovinismo en 1914 y en antisemitismo al final de la Primera Guerra Mundial. Todo ello hizo que reaccionara con una furia indisimulada cuando en mayo de 1919 se validó empíricamente la teoría de la relatividad que dio fama mundial a Albert Einstein.[283]

Pacifista, judío, teórico y partidario de la República de Weimar, Einstein representaba todo aquello que Lenard odiaba. Además, los científicos que habían validado su teoría eran británicos. En el debate sobre la relatividad que se desarrolló a continuación, Lenard rechazó la teoría de Einstein como un «fraude judío» y movilizó a la comunidad de físicos en su contra. Lenard se aproximó a los nazis después de que su rechazo a adherirse al duelo oficial por el asesinado ministro de Exteriores Rathenau —cuyo asesinato había defendido abiertamente hacía poco tiempo— hiciera estallar en 1922 manifestaciones de los sindicatos contra él, momento en que tuvo que ser puesto bajo custodia policial para su propia seguridad. Apartado de su puesto de trabajo en la universidad, Lenard fue rehabilitado a resultas de la presión de los estudiantes de extrema derecha, con quienes mantenía relaciones. En 1924 celebró abiertamente el *putsch* de la cervecería del año anterior, y, aunque no se afilió formalmente al Partido Nazi hasta 1937, en los años veinte ya era en realidad un seguidor del movimiento y participaba activamente en grupos como la Liga de Combate

para la Cultura Alemana de Rosenberg. Celebró la llegada del Tercer Reich con un entusiasmo desenfrenado, apoyó la expulsión de los profesores judíos de las universidades y publicó un manual de cuatro volúmenes sobre la *Física alemana* en 1936-1937 que esperaba que proporcionara las bases para una nueva «física aria» fundamentada en términos raciales que eliminara la doctrina judía de la relatividad de la ciencia alemana.[284]

Sin embargo, la edad relativamente avanzada de Lenard en esa época le impedía asumir el liderazgo en la lucha por una física aria. Esta responsabilidad recayó en manos de su amigo y compañero Johannes Stark, otro partidario del experimentalismo dotado pero extremadamente pendenciero, entre cuyos descubrimientos se contaba el desdoblamiento de las líneas espectrales en un campo eléctrico, un fenómeno conocido como el efecto Stark. Stark era nacionalista como Lenard y, en buena medida, se opuso a Einstein por su pacifismo e internacionalismo en el periodo de 1914-1918. Su creciente hostilidad hacia la física moderna, y en particular hacia el predominio de la física teórica en la estela de Einstein, había sido un obstáculo en su carrera en los años veinte; su búsqueda frustrada de un puesto de trabajo lo llevó a culpar a la República de Weimar de sus penalidades y a acercarse a ideólogos nazis destacados como Hans Schemm y Alfred Rosenberg. Como resultado de estas relaciones, el ministro del Interior, Wilhelm Frick, nombró a Stark presidente del Instituto Imperial de Física y Tecnología el 1 de mayo de 1933. Un año más tarde, Stark asumió la presidencia de la Asociación de Emergencia de la Ciencia Alemana (más tarde Comunidad Alemana de Investigación), a cargo de un presupuesto muy elevado de dinero del gobierno destinado a la investigación. Desde estas posiciones de poder, Stark lanzó una campaña organizada para colocar a partidarios de la «física aria» en puestos de responsabilidad académica, y para reformar la financiación y gestión de la investigación en el campo para cortar las subvenciones a los partidarios de las teorías modernas como la relatividad o la mecánica cuántica.[285]

Pero Stark hacía enemigos con demasiada facilidad. Pronto se granjeó la animadversión de algunos altos funcionarios del Ministerio de Educación, de las SS (cuyas investigaciones raciales y genealógicas había despreciado bruscamente como acientíficas) y del jefe regional del partido

en Baviera, Adolf Wagner. Además, los mismos «físicos alemanes» estaban divididos, con Lenard liderando la investigación en física pura y Stark la aplicación de la física a la tecnología. Pero, por encima de todo, si se descontaban las polémicas políticas y las diatribas antisemitas, la «física aria», cuyas ideas eran embrolladas, confusas y contradictorias, no tenía mucha utilidad. La mecánica cuántica y la relatividad eran demasiado útiles como para ser ignoradas, y otros físicos eludieron las críticas de Lenard argumentando que tales teorías encarnaban conceptos nórdicos clave y constituían un rechazo al materialismo judío. En consecuencia, la mayoría de físicos repudiaban las ideas de Stark y Lenard, y los progresos de los «físicos arios» fueron escasos. En 1939 sólo habían conseguido ocupar seis de las ochenta y una cátedras de física en Alemania y mayoritariamente con sus propios alumnos. Sin embargo, su influencia no desapareció. Uno de sus triunfos más ejemplares fue la campaña montada contra Werner Heisenberg, quien había ganado un Premio Nobel en 1932 por sus trabajos pioneros en el campo de la mecánica cuántica. Nacido en 1901, Heisenberg había estudiado con luminarias de la física moderna como Niels Bohr y Max Born, y en 1927 había sido nombrado catedrático de Física Teórica en Leipzig. Nacionalista y conservador, aunque políticamente inactivo, Heisenberg estaba convencido, como muchos de sus colegas, de que el mal hecho contra la ciencia alemana por medio de la expulsión de los investigadores judíos sólo se podía reparar si hombres como él se quedaban en Alemania.[286]

Pero los «físicos arios» albergaban otras ideas. Éstos organizaron una vigorosa campaña contra su nombramiento para ocupar la prestigiosa cátedra de Física Teórica de Munich en 1937. La acusación que Stark vertió en la prensa nazi según la cual Heisenberg era un seguidor del tan odiado Einstein era puramente polémica: de hecho, Einstein rechazaba de plano la mecánica cuántica. Sin embargo, la acusación entrañaba una amenaza a la vanguardia de la física en conjunto. Heisenberg y otros 75 físicos respondieron mediante una carta pública, una intervención casi sin precedentes dadas las circunstancias del Tercer Reich. Los físicos se reafirmaban en el principio de que no es posible el progreso en la experimentación sin realizar elucubraciones teóricas sobre las leyes de la

naturaleza. Las acciones de los «físicos arios», declaraban, eran dañinas para la disciplina y desanimaban a los estudiantes. Ya había demasiados pocos físicos jóvenes en Alemania. Después del incidente, cesaron las acusaciones abiertas, pero entre bastidores los «físicos arios» consiguieron ganarse el apoyo del Servicio de Seguridad de las SS de Reinhard Heydrich y de la Liga Nacionalsocialista de Profesores Universitarios de Munich para bloquear el nombramiento de Heisenberg. Para contrarrestarlo, Heisenberg utilizó las relaciones de su familia con la de Heinrich Himmler, cuyo padre había sido maestro de escuela en Munich en la misma época que el suyo. Envió a su madre a interceder ante la madre de Himmler, operación que obtuvo como resultado que el jefe de las SS saliera en su defensa. Aun así, Stark y sus partidarios se salieron con la suya. Con efecto a partir del 1 de diciembre de 1939, la cátedra de Munich no fue ocupada por Heisenberg sino por Wilhelm Müller, que ni tan siquiera era físico sino un experto en aerodinámica cuyo principal mérito era haber publicado en 1936 un librito con el título de *Judíos y ciencia* en el que atacaba la relatividad como un timo judío. Al final, la enseñanza de la Física Teórica en la Universidad de Munich cesó por completo, algo que satisfizo por completo a los «físicos arios», su máximo triunfo hasta ese momento.[287]

Al margen de la física, ninguna otra disciplina científica tradicional estuvo sometida a una tentativa similar por parte de algunos de sus representantes más eminentes para convertirla en una forma de conocimiento específicamente nazi, con la posible excepción de la Biología. Existió una tentativa bastante más débil de crear unas «Matemáticas alemanas» que ponían el acento en la geometría por encima del álgebra porque se suponía que estaba más relacionada con la forma humana ideal expresada en el tipo racial ario, pero fue ignorada por la mayoría de matemáticos como algo abstruso e irrelevante y terminó en agua de borrajas.[288] Igualmente, la tentativa de crear una «Química alemana» que, como sus paralelos en otras disciplinas, fue lanzada por los mismos científicos más que por las autoridades del régimen nazi, fue demasiado vaga y difusa como para tener un impacto real. Menos antisemita que la «Física aria», prefería lanzar sus ataques contra el racionalismo «occidental» y basaba sus teorías en una recuperación de los conceptos

orgánicos de la naturaleza gratos a los románticos alemanes; pero los resultados fueron muy poco relevantes, en gran parte porque los «químicos arios» no podían presumir de contar en sus filas con figuras de altura de Lenard y Stark.[289] Lo que unificaba a estas tentativas de nazificar la ciencia era la sospecha típicamente nacionalsocialista ante la abstracción y el formalismo, comparable a la expresada de modo tan gráfico en las diatribas oficiales contra el «arte degenerado». Pero la «ciencia degenerada» era más difícil de identificar y no estaba conectada tan obviamente con las tendencias liberales y de izquierdas.[290] Al final, la ciencia sobrevivió, pero no salió ilesa. El Tercer Reich vio un declive notable de los niveles de la enseñanza y la investigación científica en las universidades alemanas entre 1933 y 1939. No fue sólo a causa del exilio forzado de tantos destacados científicos judíos, sino también porque la ciencia alemana empezó progresivamente a quedar aislada de las conferencias internacionales, de la visita de profesores, los intercambios de investigación y otros contactos con la comunidad científica internacional que han desempeñado siempre un papel vital en la estimulación del desarrollo. Después de 1933, el número de científicos de países avanzados en la comunidad investigadora internacional que visitaban Alemania cayó en picado. En 1936 Heisenberg se lamentó de su creciente aislamiento a su colega noruego Niels Bohr. Las academias e instituciones extranjeras empezaron a reducir sus contactos con los colegas alemanes en protesta por la destitución de los científicos judíos, los viajes al extranjero estaban cada vez más restringidos o sometidos a objetivos políticos, y se cancelaban las suscripciones de las bibliotecas universitarias a las publicaciones internacionales más importantes si—como en el caso de la publicación británica *Nature*—contenían cualquier atisbo de crítica al Tercer Reich.[291]

Pero a pesar del curso de los acontecimientos, la investigación científica en Alemania no se atrofió completamente ni desapareció del todo. Quizá cayó el nivel de las universidades, pero éstas nunca habían ostentado el monopolio de la investigación en Alemania. Desde el siglo XIX, grandes empresas modernas en áreas como la industria electrónica, la ingeniería y la química dependían en gran medida de sus propios departamentos de investigación y desarrollo para mantenerse en la primera línea de los

mercados mundiales gracias a la innovación tecnológica y empleaban a científicos altamente cualificados y bien pagados. Quizá más importante era la existencia de una serie de institutos de investigación científica financiados generosamente por el Estado, no sólo dentro de las universidades sino fuera, especialmente la Comunidad Alemana de Investigaciones y la Sociedad Káiser Guillermo. No resulta extraño que el Tercer Reich orientara sus fondos a la inversión en tecnología militar o útil para la guerra, desde nuevo armamento a carburantes sintéticos. La medicina y la biología se vieron beneficiadas por el apoyo nazi en áreas como la optimización del rendimiento de las cosechas, los fertilizantes químicos y las fibras sintéticas. Cuando el rearme y la preparación para la guerra empezaron a ser más urgentes, los sectores de la comunidad científica que resultaban más útiles se beneficiaron de inversiones cada vez más generosas. Es sintomático de esta evolución que Heisenberg y sus colegas pudieran no sólo conseguir la aceptación de su argumento de que la física teórica era necesaria para el desarrollo de tecnología militar sofisticada, sino que se desplazara a Johannes Stark de la presidencia de la Comunidad Alemana de Investigaciones en 1936 porque su obstinada hostilidad a la física teórica ponía obstáculos a la financiación de la investigación útil para la guerra.[292]

El gobierno aumentó de forma considerable la financiación de la Comunidad Alemana de Investigaciones y la Sociedad Káiser Guillermo, condicionando la inversión a la habilidad de los receptores para demostrar la relevancia de su trabajo en la preparación de Alemania para la guerra. Otros gobiernos de otros estados en otras épocas han dirigido el apoyo a la investigación hacia lo que han considerado útil para el Estado, una tendencia que rara vez ha beneficiado a las artes y las humanidades. Pero la escala, intensidad y resolución del Tercer Reich excede con mucho la mayoría de los paralelos que se puedan establecer. La comunidad investigadora de Alemania era inmensamente potente; comparada con la población del país, era en 1933 probablemente la más potente del mundo. Durante el Tercer Reich continuó siendo pionera en muchas áreas de la investigación científica y tecnológica, especialmente en los institutos de investigación financiados por el gobierno y en los departamentos de

investigación y desarrollo de las empresas. Entre estas innovaciones se encuentran el descubrimiento de la fisión nuclear por Otto Hahn y Lise Meitner en 1938, la creación de drogas tan importantes como la metadona y el demerol, y el gas sarín; desarrollos tecnológicos como el motor *jet* de propulsión, los microscopios de electrones y la computadora electrónica, e inventos importantes como la extrusión de acero en frío, la fotografía aérea por infrarrojos, el interruptor diferencial, el magnetófono, los tubos de rayos X, el revelado de la película en color, el motor Diésel y los misiles de alcance intercontinental. Se ha afirmado que la primera emisión de televisión lo suficientemente potente como para llegar más allá del planeta Tierra fue el discurso de Hitler en la inauguración de los Juegos Olímpicos de 1936. Así, mientras el Tercer Reich tendió a priorizar la formación militar en las escuelas y universidades en detrimento de otras disciplinas, apoyó la investigación científica y tecnológica más moderna y avanzada en aquellas áreas en que podía tener la más remota posibilidad de ser útil para la guerra que el régimen preparaba iniciar en Europa a medio plazo.[293]

V

Una de las principales razones por las que sobrevivieron los modos tradicionales de enfocar las disciplinas académicas en las universidades alemanas fue que su complejidad y sofisticación dificultaba su asimilación dentro de las categorías más bien toscas de la ideología nazi.[294] En Historia, por ejemplo, los profesores más veteranos se resistieron obstinadamente a las tentativas nazis de los primeros años del régimen de introducir un nuevo enfoque del pasado basado en la raza y el concepto de «sangre y suelo». Los ideólogos como Alfred Rosenberg pretendían que el tratamiento de la historia en universidades y escuelas se convirtiera en una forma de propaganda y adoctrinamiento político, y se abandonaran las ideas tradicionales de objetividad basada en la investigación. Desde mediados del siglo XIX, los historiadores alemanes se habían acostumbrado a intentar leer el pasado según sus periodos y a considerar el Estado como la fuerza motriz de la historia. Ahora se les decía, por ejemplo, que Carlomagno era alemán, en una época de la que muchos historiadores alemanes consideraban

anacrónico pensar que existían los alemanes, y se les pedía que afirmaran que la raza constituía el fundamento del cambio histórico y el desarrollo. Algunos comulgaron de buena gana con la idea de la «alemanidad» de Carlomagno. En el caso del especialista en Europa oriental Albert Brackmann, la idea incluía un intento de minimizar el alcance de la fe cristiana en las acciones de Carlomagno. Pero había conservadores como Hermann Oncken que defendían que la historia era, en primer lugar, la búsqueda de la verdad, al margen de sus implicaciones ideológicas. Otro historiador, Johannes Haller, que había declarado públicamente su apoyo a los nazis en las elecciones de julio de 1932, afirmó en noviembre de 1934 que los historiadores que adoptaban «una visión mítica del pasado» se estaban haciendo el «haraquiri»: «Ahí donde el mito toma la palabra, la historia no tiene nada más que decir», afirmó. Así, muchos historiadores universitarios se resistieron a los intentos del régimen de revolucionar su disciplina mediante nuevas fundaciones como el Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania, dirigido por el nazi Walter Frank. El instituto fracasó. No consiguió producir ninguna investigación, excepto en el departamento para la cuestión judía, dirigido por Karl Alexander von Müller, cuya relación con Hitler se remontaba a la época de Munich al final de la Primera Guerra Mundial.[295]

Müller arrebató en 1935 el control editorial de la publicación insignia de la profesión, el *Historische Zeitschrift*, al liberal Friedrich Meinecke. Pero aparte de algunos pocos artículos e informaciones breves sobre la «cuestión judía», de la historia de los alemanes más allá de las fronteras del país, y uno o dos temas políticos, el periódico siguió publicando artículos especializados sobre temas académicos basados en detalladas investigaciones realizadas en archivos.[296] En las organizaciones de historiadores y los institutos de investigación sobre historia también se introdujo el principio de liderazgo, pero sin excesiva trascendencia; la profesión ya era extremadamente jerárquica, y el poder lo ostentaban los catedráticos más veteranos. La organización nacional de historiadores incorporó primero un par de nazis destacados en su comité ejecutivo en 1933, y después, en 1936, pasó a depender del Ministerio de Educación. Esta relación llevó a una selección más política de los delegados alemanes

en los congresos internacionales, y al dominio de los historiadores nazis del instituto de Walter Frank en los congresos anuales de la organización. La consecuencia más destacada de todo ello, sin embargo, fue que los historiadores adscritos a las universidades dejaron de ir, y la apatía generalizada llegó a tal punto que el congreso nacional de 1937 fue el último.[297] Como observó el Servicio de Seguridad de las SS al año siguiente, la mayoría de historiadores se conformaban con «seguir compilando las enciclopedias eruditas de siempre y librar nuevas contribuciones para el conocimiento de épocas concretas». No se produjeron excesivos signos de un avance de los conceptos y métodos nacionalsocialistas como para consignarlos.[298] En consecuencia, parecía que los historiadores quedaron relativamente al margen del régimen nazi y preservaron con éxito la custodia del legado de los grandes historiadores alemanes del pasado frente la embestida del nuevo antiintelectualismo.

Aun así, cuando los historiadores, especialmente los de las generaciones mayores, objetaban que la historia era una disciplina apolítica, querían decir, como habían hecho tantos conservadores durante la República de Weimar, que no debía estar sujeta a la política de partido, no que estuviera vacía de contenido político. Desde su punto de vista, el patriotismo era apolítico, la fe en la justicia y la inevitabilidad de la unificación alemana por Bismarck en 1871 era apolítica, y la afirmación de que Alemania no había sido responsable del estallido de la guerra en 1914 era apolítica. El enfoque erudito y objetivo del pasado se correspondía milagrosamente con los prejuicios nacionalistas de la burguesía alemana culta del momento. Casi todos consideraban, por ejemplo, que la migración germánica hacia el este en la Edad Media había llevado la civilización a los eslavos. El derecho a conquistar naciones eslavas como Polonia y Checoslovaquia surgió, por este modo de ver las cosas, de la realidad objetiva de que Alemania tenía la misión histórica de civilizar esta parte de Europa. Nadie reflexionó sobre la posibilidad de que estuvieran interpretando la historia con la vista puesta en el pasado y no en el futuro.[299] Así, aunque ningún profesor cabal de historia se había afiliado al

Partido Nazi antes de 1933, apenas ninguno renunció a su cátedra por razones políticas o de conciencia después de que los nazis asumieran el control de las universidades porque casi nadie lo consideró necesario.[300]

El concepto tradicional de objetividad de Ranke no era compartido por todos los historiadores, especialmente entre la generación más joven. Uno de ellos, Hans Rothfels, rechazó abiertamente lo que llamaba «la tendenciosa concepción errónea de una objetividad sin punto de vista» y abogó por una «unificación» consciente «de la erudición y la vida».[301] Sin embargo, incluso los jóvenes investigadores que rechazaban la noción de objetividad en esos mismos términos insistían en la necesidad de mantener los niveles académicos de la investigación y de resistir la conversión indisimulada de la historia en propaganda. Ideólogos de la línea dura como Rosenberg y Himmler se tuvieron que enfrentar con una oposición considerable en sus intentos de inculcar una interpretación racial de la historia, el concepto de «sangre y suelo», las opiniones paganas anticristianas y otras similares entre los historiadores. El mismo Hitler prefería alabar el valor militar alemán y los grandes héroes nacionales del pasado, un punto de vista mucho más cómodo para los profesores. A pesar del interés de algunos historiadores jóvenes en una historia populista y orientada al estudio de la gente sencilla bajo auspicios ideológicos nazis o casi nazis, la historia de las relaciones internacionales y la historia militar todavía eran dominantes en Alemania, como en muchos otros países europeos de la misma época, y escribir biografías de los grandes hombres todavía se consideraba básico en el trabajo del historiador.[302]

En este sentido, un ejemplo frecuente de historiador académico fue el catedrático de Friburgo Gerhard Ritter, quien se convirtió en los años treinta en uno de los representantes más destacados de la profesión. Nacido en 1888 en una familia culta de clase media, la experiencia en la batalla del Somme en 1916, en la que participó como oficial del Ejército, marcó a Ritter para siempre. En esas circunstancias, su patriotismo se tiñó con una buena dosis de sobriedad y realismo, y aunque nunca cesó de abogar por la revisión del Tratado de Versalles y contra la tesis de que Alemania fuera culpable del estallido de la guerra en 1914, también advirtió repetidamente contra el belicismo irresponsable y la retórica patriótica vacía de contenido.

Quizá de forma un tanto extraña, Ritter nunca tuvo tratos con el antisemitismo y desconfiaba del populismo de los nazis, prefiriendo una concepción elitista que excluyera a las masas irresponsables e incultas de la participación en política. Después de la asunción del poder por parte de Hitler, la actitud de Ritter hacia el régimen fluctuó de modo ambivalente entre el apoyo condicional y una oposición limitada. Combativo y valiente, no dudó en dar su apoyo a los alumnos y colegas judíos despedidos o perseguidos por el régimen. Por otro lado, fue un partidario entregado de muchas de las acciones políticas de Hitler en el país y en el extranjero, aunque al mismo tiempo esperaba que el régimen se reformara y adoptara una dirección menos radical. Como escribió en su biografía de Federico el Grande en 1936, los alemanes habían aprendido a «sacrificar la libertad política» a cambio de «la ventaja de pertenecer a una nación estado líder». En privado se mostraba crítico con muchos aspectos del régimen nazi, pero en público, sus libros y artículos servían en gran medida a sus propósitos políticos, porque enfatizaban los temas habituales entre los historiadores sobre la nación alemana y las vidas de los grandes alemanes del pasado, incluso cuando algunos de los puntos de vista de estos grandes hombres no fueran compartidos del todo por la cúpula nazi.[303]

De modo similar, otras disciplinas tuvieron pocas dificultades para adaptarse a las demandas generales del régimen preservando parte de su autonomía académica o científica. En la Universidad de Heidelberg, por ejemplo, la facultad de Ciencias Económicas y Sociales centró la investigación en los campos de la población, la economía agrícola y la «investigación espacial», cuya vaga denominación se refería de hecho a la acumulación de conocimientos útiles para la expansión futura del Reich en pos de su *Lebensraum* [espacio vital]. Los sociólogos se empeñaron en realizar detalladas obras empíricas y rechazaron a aquellos nazis que intentaban utilizar el fanatismo para promocionarse. En otras universidades se puede observar un desarrollo parecido.[304] En la enseñanza universitaria y en la investigación en el campo de la lengua y la literatura alemanas del periodo nazi, los catedráticos y conferenciantes se concentraron en la historia literaria y lingüística como un campo en que el espíritu alemán y las expresiones de la identidad racial alemana se podían rastrear a lo largo de

todas las épocas, y contrastaban esta tradición con la amenaza representada por influencias extranjeras, como las literaturas románicas y la cultura popular americana. Podía parecer un enfoque nazi, pero era el mismo que habían mantenido la gran mayoría de eruditos en este campo desde mucho antes de la Primera Guerra Mundial.[305]

Las facultades de Teología, divididas entre las instituciones católicas y las protestantes, se encontraban en una situación más difícil. Las facultades protestantes se convirtieron en centros de agrias polémicas entre los partidarios de los Cristianos Alemanes y los de la Iglesia Confesional. En la Universidad de Bonn, por ejemplo, cuyo líder espiritual era Karl Barth, el principal teólogo de la Iglesia Confesional, se eligió en abril de 1933 como nuevo decano a Emil Pfennigsdorf, de Cristianos Alemanes. Al cabo de tres años había despedido o trasladado a la fuerza a diez de los catorce miembros de la facultad y los había sustituido por partidarios suyos, con el resultado de que al cabo de poco tiempo la facultad se quedó prácticamente sin alumnos. La hostilidad del Partido Nazi hacia la Iglesia Católica encontró su expresión en el rechazo de las autoridades del Estado a autorizar que se ocuparan las vacantes por jubilación en la facultad católica de Bonn. Ocho de las doce cátedras de la facultad estaban vacantes en 1939; sólo se pudo seguir adelante con la enseñanza mediante el traslado de dos catedráticos de la facultad de Munich, clausurada por los nazis. Sacudidas similares afectaron también a otras universidades.[306]

El contraste con las facultades de Medicina, que se convirtieron rápidamente en las más importantes durante el nazismo, no podía ser más agudo. Los profesores de Medicina constituían en 1935 prácticamente un tercio de todos los miembros de facultades universitarias, y la posición absolutamente dominante de la disciplina dentro del mundo universitario queda reflejada en el hecho de que, entre 1933 y 1945, el 59 por 100 de los rectores provenían de la profesión médica. El interés del régimen por la enseñanza de la Medicina se manifestó claramente en 1933 con la designación por Hitler de Fritz Lenz para ocupar la cátedra de higiene racial en Berlín, la primera en Alemania; rápidamente, siguieron cátedras en otras universidades o, en las que no, la institución de cursos sobre la materia. Por desgracia, el problema no era sólo que la disciplina misma fuera pobre en

términos intelectuales, sino que aquellos que se precipitaron a enseñarla destacaban más por su fanatismo ideológico que por su competencia científica. Los alumnos más brillantes se mofaban de este tipo de profesores a sus espaldas, pero incluso éstos suspendían a menudo los exámenes más sencillos, identificando como ario, por ejemplo, a un sujeto de aspecto nórdico que, de hecho, era judío. La absurdidad de este tipo de exámenes no impidió que los profesores nazis invirtieran grandes cantidades de tiempo y energía en los estudios raciales. En la Universidad de Giessen, por ejemplo, el Instituto para la Salud Hereditaria y la Preservación de la Raza, en parte financiado por el Partido Nazi en 1933, se convirtió en 1938 en departamento universitario bajo la dirección de su fundador, el veterano Heinrich Wilhelm Kranz, quien había intervenido en su época de estudiante de Medicina en el asesinato a sangre fría de quince obreros cometido por una unidad de los Cuerpos Libres en Turingia tras el *putsch* de Kapp de 1920. De hecho, Kranz era oftalmólogo, y no tenía experiencia científica en antropología física, pero esto no le impidió utilizar sus contactos en el partido para establecer su propio imperio en el campo de las investigaciones raciales.[307]

Aunque la calidad de los profesores era a menudo escasa y el contenido de lo que enseñaban dudoso en términos científicos, la higiene racial fue aceptada, por lo menos en principio, por la mayoría de facultades de Medicina de los años treinta. Pero no era sólo esto lo que querían imponer los nazis a las universidades en lo que respecta a este campo. El jefe de la Liga Nazi de Médicos desde antes de 1933, y desde 1936, de la Cámara de Médicos del Reich, era Gerhard Wagner, muy próximo a Rudolf Hess y entusiasta de la medicina alternativa.[308] Wagner apoyaba a los radicales nazis que defendían un enfoque holístico basado en las hierbas y otros remedios naturales, conocido como Nueva Salud Alemana. No ocultaba su desprecio por el enfoque mecánico y científico de la medicina universitaria convencional y rechazaba su dependencia de la farmacología sintética. Wagner estableció un hospital universitario en Dresde en junio de 1934 con el objetivo de propagar las ideas naturópatas de la Nueva Salud Alemana. Pronto lo acompañó de una serie de cursos de formación especiales. La higiene racial era parte integrante de la enseñanza de la

nueva academia para los funcionarios estatales de salud pública que Wagner montó en Munich en 1933. La «salud del pueblo» se convirtió pronto en característica de las facultades universitarias de Medicina. Wagner realizó intervenciones frecuentes y a menudo frustradas ante el Ministerio de Educación en el nombramiento de catedráticos, cuyos puestos habían quedado vacantes como consecuencia del despido de judíos entre 1933 y 1934. En la Universidad de Bonn, por ejemplo, doce de las diecisiete cátedras de Medicina quedaron vacantes a partir de 1933; diez de los catorce catedráticos nuevos nombrados hasta 1945 eran nazis, quienes consiguieron establecerse como grupo dominante dentro de la facultad. A menudo, los beneficiados no estaban a la altura de sus predecesores ni como investigadores ni en la práctica de la medicina. Aun así, en 1938 había tal escasez de candidatos cualificados para las cátedras de Medicina que el Ministerio de Educación empezó a pedir a los catedráticos que se tenían que jubilar que se quedaran en sus puestos. En Berlín, por ejemplo, se concedieron dos años más de docencia al eminente ginecólogo de sesenta y siete años Walter Stoeckel porque no se pudo encontrar a un sustituto. El hecho es que los médicos y cirujanos competentes gozaban de recompensas todavía mayores, y de más libertad en sus investigaciones de la que hubieran tenido en la industria o las Fuerzas Armadas. Y el número de estudiantes en áreas como la higiene racial era tan elevado que se tuvo que recurrir a especialistas de otros campos para que les dieran clase.[309]

El Tercer Reich ejerció un impacto desastroso en todas las áreas del sistema educativo. «La ciencia no es ahora lo importante», apuntó Victor Klemperer en su diario en octubre de 1933 al reflejar en él la cancelación de dos clases semanales en su universidad para que los alumnos se entrenaran en deportes militares.[310] En un régimen basado en el desprecio por el intelecto, esto no debería ser motivo de sorpresa. Los nazis consideraban que el sistema educativo era, en primer lugar, un medio para inculcar a los jóvenes su visión del mundo, y todavía más como un medio para formarlos y prepararlos para la guerra. Cualquier cosa que se interpusiera en su camino, ya fueran valores de la educación tradicional como la libertad de investigación, la inteligencia crítica o el ideal de la investigación pura, sería apartado o desechado. Al generalizarse la preparación para la guerra, la

demanda de médicos por parte de las Fuerzas Armadas se hizo más urgente; y en 1939 se redujo la duración de los estudios universitarios de Medicina. La calidad de la docencia ya se había visto diluida por la reducción del tiempo dedicado a las asignaturas fuertes de la disciplina para dejar espacio a nuevas disciplinas como la higiene racial, sin mencionar las diversas obligaciones de los estudiantes para con el partido, desde asistir a campos de trabajo hasta la participación en las actividades de los camisas pardas. En 1935, el cirujano Ferdinand Sauerbruch lamentaba el bajo nivel de los nuevos estudiantes de Medicina, muchos de los cuales habían sido admitidos, afirmó, porque ellos o sus padres eran miembros del partido. Existían algunas pruebas de que se rebajaba el nivel de los exámenes para que éstos pudieran acceder a la facultad. Cuando una disertación sobre higiene racial podía servir como requisito final para la práctica de la medicina, no resulta extraño que un tradicionalista como Sauerbruch se preocupara por el futuro de la profesión médica en Alemania.[311]

Sin embargo, tanto en Medicina como en otras áreas, muchos catedráticos siguieron enseñando e investigando como lo habían hecho hasta entonces. A pesar de todas sus diatribas contra la medicina académica, Wagner era consciente de que los médicos eran esenciales para implementar muchos de los proyectos eugenésicos de los nazis. Se mostró reacio ante la idea de los partidarios de la Nueva Salud Alemana de abolir todas las facultades de Medicina. Además, los logros de la investigación médica alemana de las décadas precedentes se habían granjeado el reconocimiento internacional, y existían poderosos argumentos nacionalistas para intentar mantener esta tradición que les llenaba de orgullo. La investigación médica seria en una variedad de campos tenía una importancia obvia para la protección del Ejército alemán ante enfermedades infecciosas y para la mejora de la salud de la población alemana en general. Así, ésta siguió adelante durante el Tercer Reich. El patólogo Gerhard Domagk ganó el Premio Nobel en 1939 por su desarrollo de las sulfamidas para combatir enfermedades infecciosas (el régimen le prohibió aceptarlo). En su empeño para mejorar la salud y la fecundidad de la parte aceptable de la población alemana, los nazis apoyaron la medicina preventiva y la investigación de las mayores causas de muerte. El primero en establecer la relación entre el

fumar y el cáncer de pulmón fue un epidemiólogo nazi, lo que dio como resultado el establecimiento de una agencia gubernamental para combatir el tabaquismo en junio de 1939. Algunas agencias del partido y del gobierno persiguieron activamente sustancias cancerosas como el asbesto, los pesticidas peligrosos y los colorantes culinarios. Las Fuerzas Aéreas prohibieron fumar en sus instalaciones en 1938, medida que fue seguida por la prohibición de fumar en otros centros de trabajo como Correos y oficinas del Partido Nazi. Libros, panfletos y carteles advertían de los peligros de fumar, y se señalaba repetidamente que Hitler nunca había acercado una pipa, un puro o un cigarrillo a sus labios. Tampoco bebía alcohol, y los nazis se mostraron igualmente activos en combatir el consumo excesivo de cerveza, vino y otras bebidas alcohólicas. El hecho de que muchos de los dueños de empresas tabaqueras, productores de cerveza, destilados y mercaderes de vino fueran miembros del partido y entregaran grandes sumas de dinero no supuso un impedimento: la prioridad era mejorar la salud de la raza aria.[312]

Estas políticas contribuyeron a insensibilizar a los investigadores en medicina frente a la cara negativa de la política sanitaria nazi. El perfeccionamiento de la raza incluía no sólo la investigación y la prevención, sino, como veremos, la eliminación de influencias supuestamente negativas para la raza y su futuro mediante la esterilización y, finalmente, el asesinato, camuflados por la retórica neutra de la medicina preventiva.[313] La intrusión de la higiene racial y la eugenesia en la educación médica durante el Tercer Reich influyó también en la ética de los médicos, mientras los investigadores médicos en otras áreas también sucumbieron a la idea de que las personas racialmente inferiores o los subhombres podían ser utilizados legítimamente para realizar experimentos.[314] El poder y el prestigio inmensos de la medicina y otras disciplinas afines durante el Tercer Reich hizo que algunos investigadores estuvieran convencidos de que cualquier cosa estaba justificada en nombre del progreso de la ciencia, no sólo cuando ésta tenía una relación directa con el destino de la nación en la lucha por el poder, sino también en los reinos más remotos de la investigación pura. En esta creencia, se vieron animados por el desprecio del régimen hacia la moral convencional. Las

profundas creencias cristianas que apuntalaban la ética médica y que eran compartidas por muchos millones de alemanes eran otro obstáculo para la movilización del espíritu racial ario. Pero no existen pruebas contundentes de que los nazis consiguieran llevar a cabo su ambición de arrastrar a la gran masa de alemanes hacia fuentes alternativas de identidad moral y cultural e inculcarles un entusiasmo ciego por su propia visión del mundo. Porque la lealtad a un sistema político, incluso a uno tan extremo como el del Tercer Reich, no depende enteramente de la identificación ideológica. Por lo menos en términos de política convencional, los factores materiales son todavía más importantes. Los nazis llegaron al poder en medio de, y en gran medida como consecuencia de, la depresión económica más desastrosa de los tiempos modernos. Si conseguían sacar Alemania del cenagal de desempleo masivo y desesperación económica en que había caído a finales de los años veinte, esto sólo podía servir para garantizarse la aprobación del Tercer Reich por parte del pueblo, aunque éste se mostrara indiferente ante sus propósitos religiosos, culturales y educativos más ambiciosos.

4

PROSPERIDAD Y PILLAJE

«LA BATALLA POR EL TRABAJO»

I

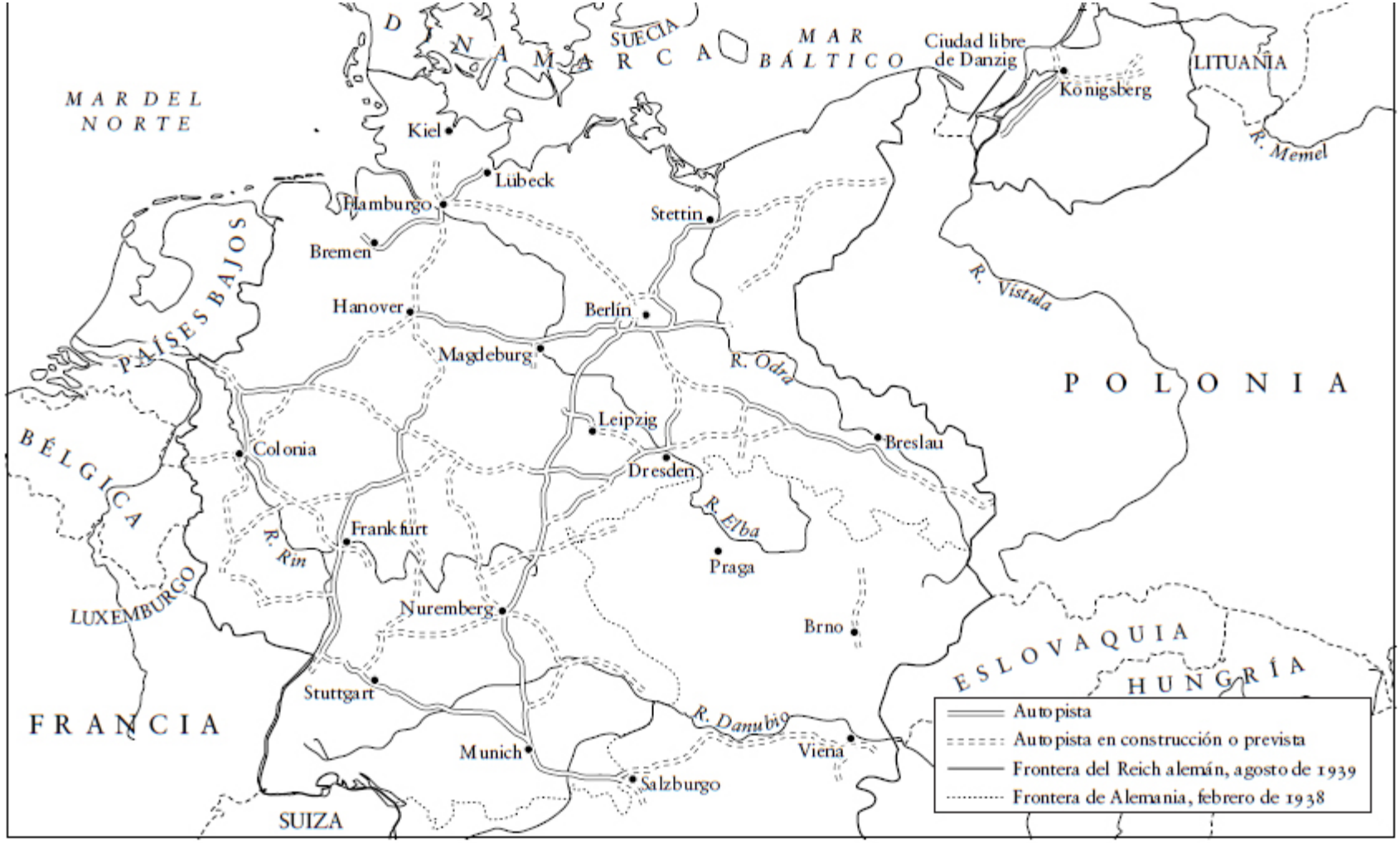
El 27 de junio de 1933 el gobierno de Hitler promulgó una ley que autorizaba la construcción de un nuevo tipo de carretera, la autopista [*Autobahn*]. Las carreteras de doble sentido permitirían conectar las mayores ciudades de Alemania entre ellas y establecer una red de comunicaciones que permitiría el transporte de ciudadanos y mercancías a unas velocidades sin precedentes y sin dar excesivos rodeos. La idea era originaria de Italia, donde ya se había construido un prototipo en 1924. En Alemania, una empresa privada había ideado conectar Hamburgo, Frankfurt y Basilea, un proyecto que se empezó a desarrollar a partir de 1926 pero que en las circunstancias de la Depresión se había quedado en nada. Pero casi simultáneamente a su nombramiento como canciller del Reich, Hitler lo retomó. En un discurso pronunciado en la Exposición Internacional del Motor de Berlín el 11 de febrero de 1933, Hitler declaró que el estado de las autopistas del Estado sería en el futuro el criterio con que se mediría su prosperidad. Devoto entusiasta del automóvil, Hitler había viajado en coche a lo largo y ancho del país durante las campañas electorales de los años precedentes, y consideraba la conducción—o, como mínimo, el ser conducido—como una experiencia estética muy superior a la que proporcionaba el viaje en avión o en tren. De este modo, las nuevas autopistas se construirían a lo largo de rutas pintorescas, con apartaderos para que los viajeros pudieran salir de sus vehículos, estirar las piernas y admirar el paisaje alemán. Para Fritz Todt, el hombre a quien Hitler designó el 30 de junio de 1933 para supervisar la construcción de las autopistas, éstas también cumplirían un propósito racial, conectar el alma alemana

motorizada con los bosques, montañas y campos de su tierra nativa y expresar el gusto de la raza nórdica por la aventura, la velocidad y la excitación que proporcionaba la tecnología moderna.[1]

En buena medida, el responsable de convencer a Hitler de que adoptara esta idea fue Todt. Ingeniero civil por formación y procedencia, había trabajado en la construcción de carreteras de alquitrán y asfalto para la empresa muniquesa de Sager y Woerner y había entrado en el Partido Nazi a comienzos de 1923. Nacido en la población suaba de Pforzheim en 1891, había recibido educación técnica y había servido en las Fuerzas Aéreas durante la Primera Guerra Mundial. Su compromiso con el partido se debía, en primer lugar, a su admiración personal por Hitler. Tras el fracaso del *putsch* de Munich, Todt evitó todo compromiso político activo y se concentró en su carrera, pero en 1932 se había convertido en miembro en la reserva de la división de asalto, y desde ese momento asumió el liderazgo de la división de ingenieros de la Liga de Combate de Arquitectos e Ingenieros Alemanes del partido, fundada el año anterior. Como otros profesionales altamente cualificados dentro del partido, consideraba que el movimiento nazi era una fuerza decisiva, enérgica y moderna que acabaría con las vacilaciones de la República de Weimar y empujaría Alemania hacia un futuro basado en la aplicación centralizada de la ciencia y la tecnología a la sociedad, la cultura y la economía para servir a los intereses de la raza alemana. Dentro del partido, intentó contrarrestar la hostilidad que economistas como Gottfried Feder sentían hacia la mecanización y la racionalización, que consideraban culpables de la destrucción de puestos de trabajo, proponiendo ambiciosos proyectos de construcción como el de las autopistas, sobre el que presentó un informe a la cúpula del partido en diciembre de 1932. Para entonces se había labrado importantes apoyos a sus ideas gracias a su nombramiento como consejero jefe sobre tecnología de la oficina del lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess. Cuando Hitler anunció el inicio del programa de construcción de autopistas, estaba proponiendo de hecho la puesta en práctica de buena parte de las ideas de Todt.[2]

El 23 de septiembre de 1933, Hitler puso la primera piedra de las esperadas autopistas de Hamburgo a Basilea; en mayo de 1935 se abrió el primer tramo, de Frankfurt a Darmstadt; en el verano de 1938 se habían

completado 3.500 kilómetros. Las autopistas constituyeron, quizá, el ejercicio de propaganda más perdurable de todos los organizados por el Tercer Reich; de hecho, han sobrevivido hasta el día de hoy. Hitler se tomó un interés personal en las rutas que seguían las autopistas, interviniendo en ocasiones para cambiar el trazado cuando pensaba que éste no pasaba por la ruta más pintoresca. También insistió en aprobar personalmente el diseño de los puentes y de las estaciones de servicio. Muchas de estas construcciones constituían ejemplos claros de modernismo, y Hitler prefería que su diseño recayera en arquitectos y no en ingenieros; el antiguo representante de la Bauhaus Mies van der Rohe llegó a presentar dos proyectos para la construcción de estaciones de servicio. La modernidad de las autopistas, la simplicidad y amplitud de los puentes que se extendían sobre ríos y barrancos, las elegantes calzadas de dos sentidos que se abrían camino por montes y descendían hacia las llanuras, las convirtieron en una de las creaciones más impactantes del Tercer Reich. Todt dio instrucciones a los proyectistas para fundir los terraplenes y pasos en el paisaje, utilizar variedades autóctonas de plantas en los márgenes, y construir las vías de tal manera que el paisaje fuera visible para los conductores y sus pasajeros.[3] Pero de hecho, las autopistas no representaban el alma alemana fundiéndose con el paisaje, sino la preeminencia de la tecnología por encima de la naturaleza, una impresión acentuada por la propaganda, que celebraba las autopistas como el equivalente moderno de las pirámides del Antiguo Egipto, superando las catedrales góticas de la Edad Media o la Gran Muralla china en la grandiosidad de su concepción. «Despeja los bosques—decía un claro eslogan en una ilustración de un puente de autopista realizada por Carl Theodor Protzen—, separa las montañas, atraviesa los valles, supera las distancias, ábrete camino a través de la tierra alemana».[4]



9. Red de carreteras.

En otros aspectos, los planes de Todt no funcionaron como había previsto. A los 3.500 kilómetros completados en 1938, sólo se pudieron añadir 500 kilómetros más hasta 1945, ya que la financiación para la construcción pronto se derivó a la construcción de proyectos más directamente relacionados con la guerra; el Ministerio de Defensa llegó a vetar estratégicamente las carreteras menos importantes e insistió en que se diera prioridad a las carreteras militares en áreas sensibles como la Prusia oriental. Como consecuencia de estas intervenciones y de otros retrasos en la posguerra, la conexión por autopista entre Hamburgo y Basilea no se completó hasta 1962.[5] Además, antes de 1939 había muy poca gente que tuviera los medios para disfrutarlas, ya que Alemania era una de las sociedades menos motorizadas de Europa. En 1935, sólo el 1,6 por 100 de la población alemana poseía vehículos a motor, por un 4,9 por 100 en Francia, un 4,5 en Gran Bretaña y un 4,2 por 100 en Dinamarca. Incluso Irlanda tenía una proporción más elevada de propietarios de vehículos, con un 1,8 por 100. Todas estas cifras no tenían punto de comparación con las de Estados Unidos, donde el porcentaje se situaba en un 20,5 por 100, es decir, una quinta parte de la población.[6]

En su discurso en la Exposición del Motor en Berlín, Hitler no sólo anunció la inauguración del programa de construcción de autopistas, sino también la promoción de los deportes de motor y la reducción de los impuestos sobre la propiedad de coches.[7] El resultado fue un incremento del 40 por 100 en el número de trabajadores en la industria del motor sólo entre marzo y junio de 1933. La producción de coches se duplicó entre 1932 y 1933 y otra vez en 1935. En ese momento se fabricaban más de un cuarto de millón de coches cada año, y los precios habían bajado mucho con respecto a los de finales de los años veinte. Las ventas de coches extranjeros bajaron del 40 por 100 del conjunto de ventas de coches en 1928 a menos del 10 por 100 seis años más tarde.[8] El número de turismos en las carreteras subió de poco más del medio millón en 1932 a un poco menos de un millón en 1936.[9] Incluso Victor Klemperer se compró un coche a comienzos de 1936 a pesar de sus crecientes agobios financieros, aunque pronto empezó a lamentar su decisión: «El coche—escribió el 12 de abril de 1936—me consume: corazón, nervios, tiempo, dinero. No es tanto

mi precaria conducción y lo que eso me pueda agitar en alguna ocasión, ni siquiera el trabajo que me cuesta entrar y salir con el coche; pero es un vehículo que nunca funciona bien, siempre hay algo que falla».[10]

Pero incluso él tenía que admitir que las nuevas autopistas eran «magníficas». Al conducir por una de ellas el 4 de octubre de 1936, apuntó con entusiasmo que él y su mujer habían disfrutado de una «vista espléndida» y que incluso se había atrevido a conducir varias veces a 80 kilómetros por hora.[11] A pesar del aumento del número de coches de propiedad, en 1939 la motorización de Alemania no había llegado muy lejos, y describirla como la fuerza motriz de la recuperación económica del país en esos años es una exageración notable.[12] Es cierto que en 1938 la producción de vehículos en Alemania estaba creciendo más rápidamente que en cualquier otro país europeo, pero todavía había solamente un vehículo por cada 44 habitantes, mientras que en Gran Bretaña y Francia había uno por cada 19 habitantes.[13] La gran mayoría de desplazamientos privados y el movimiento de mercancías se realizaban todavía mediante el sistema de ferrocarriles, el principal proveedor de empleo de Alemania de la época, cuya administración se centralizó y recibió financiación suficiente como para producir un incremento del 50 por 100 en sus reservas (muy escasas) de locomotoras eléctricas y cuadruplicar el número de locomotoras de maniobras entre 1932 y 1938.[14] Sin embargo, en general, durante ese periodo los ferrocarriles adolecieron de una escasa inversión. La gerencia de los ferrocarriles, celosa de su posición dominante en la distribución de bienes de consumo, consiguió el retraso de la eliminación de impuestos sobre los vehículos comerciales hasta enero de 1935, aunque cuando esto sucedió, la producción de vehículos comerciales aumentó mucho más rápido que la de turismos—un 263 por 100 de aumento en 1934-1935 frente a un 74 por 100 de aumento de turismos.[15]

Sin embargo, el coche privado encarnaba una parte importante de la visión tecnológica de Hitler sobre la Alemania del futuro, que abarcaba la propiedad de un coche a escala prácticamente universal. Ya en los años veinte se había encontrado por casualidad con un artículo sobre la «motorización de Alemania» mientras mataba el tiempo en la prisión de Landsberg, y a comienzos de 1930 empezó a bosquejar un pequeño coche

familiar que se vendiera por menos de 1.000 marcos y estuviera así al alcance de la gran mayoría de la población. Hitler topó con el escepticismo de los principales representantes de la industria del motor, pero consiguió la colaboración del ingeniero de coches de carreras Ferdinand Porsche, quien a finales de 1937 había terminado el prototipo del diseño. Hitler insistió en que la producción del coche corriera a cuenta del Frente Alemán del Trabajo, el sucesor, dentro del partido, de los sindicatos, que construyó una gran fábrica para producir el coche. De este modo, se podría romper el dominio de las marcas de propiedad americana Opel y Ford sobre el mercado de coches pequeños en Alemania. Con los apodos de «Coche del Pueblo» o «el coche de A la Fuerza por la Alegría», Hitler concibió la producción de hasta un millón de coches al año. Se lanzó una enorme campaña de publicidad para convencer a los trabajadores de que se ahorraran parte de sus salarios para comprarse uno con el eslogan de «un coche para cada uno».[16]

La campaña obtuvo un gran éxito. En abril de 1939 un agente socialdemócrata en Renania-Westfalia informaba:

> Para un gran número de alemanes, el anuncio del Coche del Pueblo es una gran y feliz sorpresa. El coche de «A la Fuerza por la Alegría» ha generado una auténtica psicosis. Durante mucho tiempo, el coche se ha convertido en el tema principal de conversación en todos los segmentos de la población alemana. Cualquier otro problema, ya sea doméstico o de política exterior, ha pasado a un segundo plano. El gris día a día alemán ha declinado inadvertidamente bajo la impresión de esta música del futuro. Cuando se ven los modelos de prueba del nuevo coche en construcción, las multitudes se reúnen en torno a él. El político que promete un coche para cada uno se puede convertir en el hombre de las masas si las masas le creen. Y en lo que respecta al coche de «A la Fuerza por la Alegría», el pueblo alemán cree en las promesas de Hitler.[17]

Hitler regaló con orgullo uno de los primeros modelos a la Exposición Internacional del Motor de Berlín el 17 de febrero de 1939, y entregó otro a su amante Eva Braun por su aniversario. Aunque durante el Tercer Reich no llegó a salir ninguno de la cadena de montaje, el coche resistió la prueba del tiempo: con el nombre de *Volkswagen*, o Coche del Pueblo, y conocido popularmente como *Escarabajo* por la forma redondeada que Hitler dio a su diseño original, se convirtió en uno de los coches más populares de la segunda mitad del siglo XX.[18]

II

La creación de una sociedad motorizada no era sólo una elevada visión tecnológica del futuro. También se esperaba que produjera beneficios más inmediatos. Fritz Todt calculaba que la construcción de autopistas daría empleo a 600.000 hombres, no sólo en las carreteras, sino también en las industrias que proporcionaban los materiales básicos. En junio de 1935 había unos 125.000 hombres trabajando en la construcción de autopistas, de modo que el proyecto creó, en efecto, puestos de trabajo, aunque menos de los que muchos pensaban.[19] Los nazis obtuvieron sus sonados éxitos electorales de comienzos de los años treinta en buena medida por la fuerza de su promesa de sacar Alemania de la catastrófica crisis económica en que estaba sumida. En enero de 1933 había 6 millones de personas registradas en las listas de desempleados, y otros 3 millones habían desaparecido de las estadísticas de empleo, muchas de ellas mujeres. A mediados de 1929 trabajaban 20 millones de alemanes; en enero de 1933 el número había descendido a 11,5 millones. Muchos tenían trabajos temporales, o habían sido obligados a aceptar jornadas reducidas o recortes en los salarios. El desempleo masivo había privado al movimiento obrero de su principal herramienta de negociación, la huelga, y facilitó las cosas al nuevo régimen a la hora de doblegarlo en los primeros meses de 1933. Sin embargo, devolver a los alemanes la posibilidad de trabajar se convirtió en la más inmediata prioridad del gobierno de coalición formado bajo la cancillería de Hitler el 30 de enero de 1933.[20] El 1 de febrero de 1933 Hitler declaró en su primer discurso radiado que «la salvación del trabajador alemán en una lucha enorme y omnicomprensiva contra el desempleo» era un objetivo clave del nuevo gobierno. «Dentro de cuatro años—afirmó—el desempleo debe ser vencido».[21]

El gobierno de Hitler pudo utilizar los proyectos de creación de empleo iniciados por sus predecesores. La salida de Alemania del patrón oro en el verano de 1931 había permitido al Estado inyectar dinero en la economía para reanimarla. Bajo presión de los sindicatos, el efímero gobierno del general Kurt von Schleicher había realizado pasos significativos en este proceso a finales de 1932, a partir de los planes bosquejados ya por sus predecesores Franz von Papen y Heinrich Brüning. Mientras Papen había destinado 300 millones de marcos en deuda pública

para la construcción de carreteras, la agricultura y la construcción de viviendas, Schleicher inyectó directamente 500 millones de marcos en la economía para los mismos propósitos; los nazis incrementaron la cifra a 600 millones en el verano de 1933. El programa se empezó a poner en práctica el 28 de enero de 1933, permitiendo a los nazis atribuirse su éxito. En buena medida, los planes eran fruto del ingenio de Günter Gereke, un economista que había sido nombrado comisionado del Reich para la creación de empleo el 15 de diciembre de 1932 y que en 1933 conservó el puesto. El 27 de abril de 1933, el ministro de Trabajo, Franz Seldte, pudo anunciar que el número de desempleados había descendido en casi medio millón de personas. Sin duda, parte de esta cifra se correspondía con factores temporales ya que el empleo mejoró después del bajón invernal. El comienzo de la recuperación económica que había comenzado a percibirse en los últimos meses de 1932 también tuvo un papel importante. El gobierno de Hitler tuvo suerte en su desarrollo.[22]

Sin embargo, el Partido Nazi no estaba del todo faltado de ideas en este campo. El programa del partido de 1920 presentaba ideas con matices izquierdistas para la reforma económica, incluido el control estatal de empresas privadas, de modo que cuando 10 años más tarde tuvieron la posibilidad de asumir el poder al alcance de la mano, Hitler y la cúpula nazi tuvieron que trabajar duro para convencer a los industriales y financieros de que habían madurado mucho. En 1930, el administrador jefe del partido, Gregor Strasser, estableció una división de política económica que cultivó las relaciones con el mundo de los negocios y se dedicó a realizar proyectos de creación de empleo para el futuro. En julio de 1932, los nazis insistieron durante las elecciones en su propuesta de utilizar créditos estatales para realizar obras públicas como medio de reducir el desempleo, en proyectos como el drenaje de marismas, la construcción de canales, la conversión de páramos en tierras cultivables y similares. Alemania, declararon, necesitaba salir de la Depresión por sus propios medios; no se podía permitir seguir esperando a la economía internacional para recuperarse.[23]

Seldte presentó más adelante propuestas más ambiciosas basadas en una nueva emisión de obligaciones del tesoro para proyectos de obras públicas. El gabinete las aceptó y, el 1 de junio de 1933, el gobierno

promulgó la primera Ley para la reducción del desempleo, que destinó 1.000 millones de marcos adicionales a obras públicas en el llamado «Primer Programa Reinhardt», en honor del secretario de Estado del Ministerio de Finanzas del Reich, Fritz Reinhardt. Una segunda Ley para la reducción del desempleo, conocida también como «Segundo Programa Reinhardt», aprobada el 21 de septiembre de 1933, destinó 500 millones de marcos en créditos para negocios privados, especialmente destinados a la industria de la construcción, para que se emprendieran nuevos proyectos y se empleara a más obreros.[24] Si se toman todos estos planes y se suman otras intervenciones menores, se ha calculado que el gobierno puso hasta finales de 1933 más de 5.000 millones de marcos a disposición de proyectos para la creación de empleo, de los cuales, a comienzos de 1936 se habían gastado 3.500 millones. De este modo, expandió enormemente las modestas dimensiones del anterior programa del gobierno de Schleicher.[25] Además, el régimen desarrolló un plan para subvencionar la compra de viviendas, rehabilitaciones y reformas iniciado durante el gobierno de Papen en septiembre de 1932 para estimular la industria de la construcción. Finalmente, destinó importantes sumas de dinero a áreas especialmente deprimidas, sobre todo las provincias agrícolas; en el trasfondo figuraba el pensamiento de que cuando la guerra estallara, cuantas más industrias se hubieran trasladado fuera de las grandes ciudades, menos daños sufriría la producción industrial a causa de los bombardeos enemigos.[26]

El nuevo régimen también actuó rápidamente para sacar parte del pueblo fuera del mercado laboral, reduciendo así el número de personas activas contra las cuales se medía la proporción de desempleados. El plan más notable en esta área fue la aprobación de préstamos por matrimonio, iniciados como parte de la Ley para la reducción del desempleo de 1 de junio de 1933 y apuntalados mediante regulaciones subsiguientes. Las parejas jóvenes que quisieran casarse podían solicitar un préstamo sin intereses de hasta 1.000 marcos siempre que la futura esposa hubiera tenido un empleo de un mínimo de 6 meses en los 2 años anteriores de la promulgación de la ley. Lo más importante era que ella tenía que dejar el empleo cuando se casara y comprometerse a no reintroducirse al mercado laboral hasta que el crédito fuera devuelto, excepto en el caso de que su

esposo hubiera perdido el empleo en el ínterin. Que ésta no era una medida a corto plazo lo demuestran los plazos para el pago del crédito, que eran de un 1 por 100 del monto cada mes, de modo que el periodo máximo de devolución del crédito podía ser de hasta ocho años y medio. En la práctica, se concedieron pocos créditos por el plazo máximo—la media era de 600 marcos, que significaban aproximadamente un tercio de las ganancias anuales medias de un trabajador de la industria. Sin embargo, los créditos se volvieron más atractivos mediante un decreto suplementario aprobado el 20 de junio de 1933 que reducía la cantidad para devolver en un cuarto por cada niño que tuviera la pareja en cuestión. Así, si tenían cuatro hijos, las parejas no tenían que devolver nada. Por supuesto, sólo se entregaban créditos a parejas arias, de modo que, como muchas otras áreas del Tercer Reich, la política de créditos se convirtió en un instrumento más de la política racial añadida a su función original. Los solicitantes no sólo tenían que pasar un examen médico para demostrar su conveniencia, como se estableció en un decreto adicional del 26 de julio de 1933, sino que les podían denegar el crédito si tenían alguna enfermedad hereditaria o eran considerados asociales, vagabundos, alcohólicos o tenían conexiones con movimientos de oposición como el Partido Comunista. Además, para estimular la producción y asegurar que el dinero se invertía bien, los créditos no se entregaban en metálico sino en forma de vales para comprar muebles o equipamiento para el hogar.[27]

La idea de reducir el desempleo entre los hombres sacando a las mujeres del mercado laboral no era nueva. En efecto, entre las medidas de ahorro durante la estabilización de 1924 y la crisis de 1930-1932, los llamados asalariados por duplicado, es decir, las mujeres casadas que aumentaban los ingresos de sus maridos con sus puestos de trabajo, fueron despedidas del sector público y también fueron sometidas a presión en el privado.[28] A pesar del advenimiento del sufragio femenino, todos los partidos políticos de la República de Weimar coincidían en que el lugar de la mujer se encontraba primordialmente en la familia, en el hogar.[29] Los nazis repetían lo que habían dicho otros, pero en voz más alta, con más insistencia y brutalidad. Aquí, como en muchas otras áreas, Hitler marcó el camino. La idea de la emancipación de la mujer, dijo en un mitin de

mujeres nacionalsocialistas el 8 de septiembre de 1934, era una invención de los «intelectuales judíos» y era, en esencia, no alemana. En Alemania, proclamó, el mundo de los hombres era el Estado, el de las mujeres era «su marido, su familia, sus hijos y su hogar». Hitler continuó:

> No nos parece correcto que las mujeres interfieran en el mundo de los hombres, en su esfera principal. Consideramos que lo natural es que estos dos mundos permanezcan separados. A uno le pertenece la fuerza del sentimiento, la fuerza del alma. Al otro le pertenece la fuerza de la visión, la fuerza, la decisión y la voluntad de actuar.[30]

Goebbels lo había dicho en términos más coloquiales en 1929: «La misión de las mujeres es ser hermosas y llevar hijos al mundo. [...]. Los pájaros hembra se adornan para el macho e incuban los huevos para él. A cambio, el varón se ocupa de buscar comida, se muestra vigilante y los defiende del enemigo».[31] La afirmación demuestra, entre otras cosas, la extrema ignorancia de Goebbels acerca de la ornitología: existen muchas especies, como los pavos reales o los pájaros del paraíso, en que el macho es el más vistoso, mientras en otras, como el pingüino emperador, es el macho quien cuida de los huevos. También era típico de Goebbels el énfasis sobre el deber de las mujeres de ser bellas, algo que nunca pareció preocupar demasiado a Hitler. Sin embargo, el asunto estaba claro, y la analogía con el mundo natural, muy expresiva. «La resurrección alemana—como se decía en un libro de texto elemental nazi en 1933—era asunto de los hombres». El lugar de las mujeres estaba en el hogar.[32]

Así, el plan de créditos para los matrimonios y la declaración de la guerra al trabajo de las mujeres fuera del hogar eran centrales para la ideología nazi, así como útiles para la reducción de las cifras de desempleo. Y tan pronto como se lanzó el plan, los propagandistas nazis lo celebraron como un éxito sobresaliente. En el primer año de la puesta en marcha del plan, 1934, se concedieron cerca de un cuarto de millón de créditos. La cifra disminuyó a un poco más de 150.000 en 1935, pero creció a más de 170.000 en 1936, momento en que cerca de un tercio de los nuevos matrimonios recibían la ayuda de un crédito estatal.[33] Eran cifras impresionantes. Pero sus efectos en el desempleo fueron menores de lo que pretendían los nazis. Porque las mujeres, en conjunto, no competían por los

mismos puestos de trabajo que los hombres, de modo que sacar a una mujer del mercado laboral apenas significaba liberar un puesto de trabajo para que lo recuperara un hombre. El equilibrio de sexos en la economía cambió entre los años veinte y los treinta. Con todo, el patrón básico de diferencias de sexo permanecía igual que a finales del siglo XIX. Menos de una cuarta parte de los clasificados como obreros eran mujeres. Dentro de esta categoría, las mujeres se concentraban sobre todo en el sector textil y alimentario. La mayoría de trabajadores del servicio doméstico eran también mujeres, como entre los «asistentes familiares». En contraste, había muy pocas mujeres en los sectores más importantes de empleo industrial. De este modo, la máxima diferencia que impusieron los créditos para los matrimonios fue en las estadísticas globales de empleo; en realidad, no crearon espacio para que los varones desempleados volvieran a trabajar, porque un obrero del metal o de la construcción desempleado difícilmente podía coger un trabajo en la limpieza doméstica o como tejedor, no importa cuán desesperada fuera su situación. Además, la petición de créditos para los matrimonios tiene que ser vista en el contexto de la recuperación económica que empezó poco a poco durante la segunda mitad de 1932 y ganó velocidad más adelante. Durante la Depresión, las mujeres que antes no se habían registrado como personas activas entraron en el mercado laboral cuando sus padres o parejas perdieron sus puestos de trabajo, y cuando los hombres empezaron a volver a encontrar empleos, sobre todo en sectores industriales cruciales para el rearme, estas mujeres dejaron de trabajar, contentas de liberarse de la doble carga que significaba encargarse del mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos por un lado y el trabajo fuera del hogar por otro. Muchos habían retrasado los planes de boda y de tener hijos a causa de la crisis económica. El número de solicitudes para obtener un crédito en el primer año del plan sugiere que una gran proporción de los que lo recibieron pertenecían a esta categoría. De esto se deduce que estas parejas tomaron sus decisiones con independencia de los incentivos del gobierno.[34]

Sin embargo, los nazis empezaron pronto a proclamar en voz muy alta que con medidas como éstas habían reducido drásticamente los niveles catastróficos de desempleo que habían devastado la economía y la sociedad

alemanas desde finales de los años veinte. En 1934, las estadísticas oficiales mostraban que el desempleo se había reducido a menos de la mitad de los niveles de dos años antes; en 1935 representaba no más de 2,2 millones de personas, y en 1937 había caído por debajo de un millón. La jactancia de Hitler de que podía resolver el problema del desempleo en 4 años parecía plenamente justificada con un triunfo. La propaganda nazi, que presumía incesantemente de que la «batalla por el trabajo» se había vencido, ganaba credibilidad por doquier. Desde mayo de 1933 en adelante, ayudó a convencer a muchos escépticos, e inyectó nueva euforia entre los partidarios del Tercer Reich. La creencia en que Hitler estaba reconstruyendo efectivamente la economía alemana fue un factor clave en el apuntalamiento de la aceptación popular del régimen en sus primeros meses.[35] ¿Fue todo esto, entonces, el «milagro económico de Hitler», como algunos han sugerido, implicando la conquista del desempleo, una propulsión keynesiana de la economía mediante una política atrevida de gastos deficitarios, un enorme incremento de la inversión, y una recuperación general de la prosperidad y el estándar de vida desde las profundidades en que la había sumido la Depresión? ¿Fueron éstas las semillas que hicieron crecer milagrosamente la economía de la Alemania Federal de los años cincuenta tras la destrucción de la guerra?[36]

Hasta cierto punto, es cierto que la recuperación económica mundial ya había empezado, aunque poco a poco; en Alemania la recuperación contó con el incremento de la confianza del sector de los negocios como resultado de la estabilidad política que parecía garantizar el Tercer Reich en contraste con sus inmediatos predecesores y como consecuencia de la supresión del movimiento obrero, que daba a los patronos la sensación de que tenían más espacio de maniobra que antes. Además, mientras el problema del desempleo de los años de la Depresión entre 1929 y 1931 había empeorado por el hecho de que la abultada generación de nacidos en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial se apresuraban a introducirse en el mercado laboral justo después de terminar la escuela, la situación cambió desde 1932 en adelante, cuando le tocó el turno a la generación, mucho menos abultada, de los nacidos durante los años de la guerra. En efecto, en los años entre 1914 y 1918 nacieron más de

dos millones de niños menos que los esperados según las estadísticas, mientras que los porcentajes de mortalidad infantil durante los años de la guerra, fuertemente afectados por los recortes en el racionamiento, fue de un 40 por 100 por encima de lo normal. Así, el mercado laboral también se benefició de una caída en la demanda de empleo.[37]

La impresión de que los nazis fueron extremadamente afortunados cuando llegaron al poder por una recuperación económica que ya había comenzado se hace más fuerte cuando se constata que algunas de sus tan cacareadas medidas hicieron poco más que restaurar el *status quo* de los años previos a la Depresión. En la construcción, por ejemplo, las cifras de viviendas de nueva planta o rehabilitadas parecen impresionantes: 310.490 en 1936; pero eran todavía inferiores a la cifra de 317.682 alcanzada por la despreciada República de Weimar en 1929. De hecho, el gobierno recortó las subvenciones para la construcción de viviendas de 1.000 millones en 1928 a casi nada en 1934 y concentró sus fondos en la subvención de reparaciones. Más aún, las cifras de trabajadores adicionales en la industria de la construcción provenían mayoritariamente del empleo, en muchos casos obligatorio, en grandes proyectos de construcción que no tenían nada que ver con la vivienda.[38] En efecto, el gobierno no sintió ninguna repugnancia a falsificar las cuentas. No sólo se contaban como empleados a hombres adscritos al servicio laboral obligatorio, sino a familias previamente no registradas y a otros asistentes en el trabajo en granjas, muchos de los cuales eran mujeres. Ninguno de éstos podía ser considerado como personas activas en el mercado laboral; ninguno recibía un salario con regularidad con que mantenerse a sí mismo, por no hablar de mantener a una familia. En estos cálculos existían en Alemania como mínimo 1,5 millones de «desempleados invisibles», y el número total de desempleados, que los autores de las estadísticas nazis situaban en poco más de 2 millones, se acercaba, de hecho, a los 4 millones.[39] En enero de 1935, un observador contemporáneo estimaba que todavía existían 4 millones de desempleados en Alemania.[40] Existían métodos de manipulación de estadísticas más sutiles. Los trabajadores temporales se contaban como empleados fijos. Entre enero de 1933 y diciembre de 1934 el número de desempleados desde hacía tiempo que dependían de la caridad cayó por encima del 60 por 100

en las ciudades con más de medio millón de habitantes, un logro impresionante, por lo menos sobre el papel. Pero en buena parte obedecía a que la cifra de «desempleados dependientes» se extraía de aquellos que presentaban solicitudes de empleo y no, como antes, de aquellos que se registraban en las oficinas de beneficencia para recibir subsidios. En Hamburgo, por ejemplo, las oficinas de empleo contaban 54.000 desempleados dependientes a finales de marzo de 1934, en contraste con la cifra de la oficina de beneficencia, cercana a los 60.000.[41]

Además, se introdujeron nuevas normativas que reducían las jornadas laborales en algunas áreas del comercio y la industria, haciendo necesario emplear a más trabajadores pero recortando sustancialmente los salarios de los que ya tenían un empleo. A menudo, las oficinas de empleo sólo podían suministrar empleos temporales; los empleos fijos todavía eran escasos. Los hombres jóvenes, y algunas mujeres, se vieron sometidos a creciente presión para enrolarse en el llamado Servicio Laboral Voluntario o a ser enviados a realizar trabajos agrícolas, donde los campesinos se quejaban de su falta de experiencia y los veían simplemente como bocas que alimentar. Aquellos que se resistían eran amenazados con la privación de los pagos de beneficencia, el trabajo forzado o incluso el encarcelamiento. En algunas áreas, todos los hombres jóvenes desempleados entre los dieciocho y los veinticinco años fueron reunidos y se les dio la oportunidad de escoger entre trabajar la tierra o perder todos los subsidios. Los salarios por estos trabajos eran tan bajos que en muchos casos eran menores que los subsidios de beneficencia, y si los trabajadores tenían que trasladarse lejos de su hogar todavía necesitaban dinero para asumir los gastos que esto implicaba.[42] También en los prestigiosos proyectos de construcción de autopistas, las condiciones de trabajo eran tan pobres, las raciones de comida tan escasas y las jornadas tan largas que había protestas frecuentes que alguna vez llegaron a desembocar en la quema de las barracas de los obreros. Muchos de los que recibieron un empleo en estos proyectos, ya fueran barberos, oficinistas o viajantes de comercio, eran completamente inadecuados para realizar trabajos físicos. Los accidentes eran frecuentes, y las acciones de protesta en una obra causaron la detención de 32 de los 700 obreros en el espacio de pocos meses; los más vociferantes fueron enviados

a Dachau para su «reeducación» y para intimidar a los otros para que dieran su aquiescencia silenciosa.[43] Estas medidas también contribuían, junto con los estrictos controles laborales y la abolición de los sindicatos, a mantener los salarios netos muy bajos.[44]

El llamado Servicio Laboral Voluntario no era, de hecho, creación de los nazis; existía desde antes de su llegada al poder, con 285.000 enrolados ya en 1932. En 1935 la cifra había crecido hasta 422.000, pero muchos de éstos eran habitantes de las ciudades empleados como temporeros en el campo para realizar trabajos como ayudar en la cosecha, que hubieran llevado a cabo los trabajadores rurales de todos modos. De modo que mientras todos estos planes contribuyeron a la reducción de las cifras de desempleados en las estadísticas oficiales, no tuvieron como consecuencia un incremento general de la capacidad adquisitiva de la población. Observadores informados apuntaban que la recuperación no había afectado a los bienes de consumo, cuya producción en mayo de 1935 seguía siendo un 15 por 100 más baja que siete años antes. La venta al por menor disminuyó entre 1933 y 1934, mientras los salarios seguían a la baja y los precios de la comida y la ropa crecían. La teoría keynesiana clásica de la creación de empleo, adoptada por lo menos en teoría por el gobierno de Papen, contemplaba la reactivación de la economía cuando los créditos estatales y los planes de creación de empleo introdujeran dinero en los bolsillos de los trabajadores para impulsar la demanda de los consumidores, estimulando así la producción, lo que ocasionaría la creación de más empleo, etc., hasta que el proceso de recuperación se mantuviera por sí mismo. Dos años y medio después de la llegada de Hitler al poder, no había signos de que esto fuera a suceder.[45]

III

De hecho, el significado del programa nazi de creación de empleo era otro que iniciar una recuperación económica general. El 8 de febrero de 1933 Hitler explicó su verdadero objetivo a sus ministros:

> Alemania debe dedicarse en los próximos cinco años al rearme del pueblo alemán. Todos los planes de creación de empleo que reciben ayuda pública deben ser juzgados por el criterio de si son necesarios desde el punto de vista del rearme del pueblo alemán. Este principio debe figurar siempre y en todas partes en primer término. [...] El lugar de Alemania en el mundo estará condicionado decididamente por el lugar de las Fuerzas Armadas alemanas. Y la posición económica del país también depende de ello.[46]

Las autopistas, añadió, también debían ser construidas «según principios estratégicos».[47] Cuando Hitler presentó a los industriales el plan de construcción de autopistas el 29 de mayo de 1933, llegó a sugerir que las autopistas se debían tapar con cubiertas de hormigón armado para protegerlas de los ataques aéreos del enemigo, mientras que, en su interior, los tanques y blindados alemanes zumbarían en dirección al frente. Al final, las rutas que se construyeron estaban demasiado lejos de cualquier posible frente en una guerra, y la superficie de la carretera era demasiado delgada como para soportar el peso de los tanques y del equipamiento pesado militar. Sus superficies blancas destellantes eran susceptibles de suministrar a los aviones enemigos una fuente tan sencilla de orientación que durante la guerra tuvieron que ser pintadas con pintura de camuflaje. Aun a pesar de la importancia que se dio a sus funciones ideológicas, estéticas y propagandísticas, la intención subyacente, no sólo en el pensamiento de Hitler sino también en el de su arquitecto, Fritz Todt, era en primer lugar estratégico.[48] Hitler llamó la atención acerca de lo que consideraba la importancia vital, si bien indirecta, de la industria del motor para el futuro militar de Alemania. «Los automóviles y los aviones tienen un punto en común en la industria del motor—declaró—: Sin el desarrollo de, por ejemplo, el motor Diésel para los vehículos, habría sido prácticamente imposible poner los cimientos necesarios de su utilización por la aviación».[49] Las características de la producción automovilística permitirían que las fábricas se adaptaran a la producción de suministros militares con poco tiempo de aviso, mientras los beneficios de la industria del motor podrían utilizarse para financiar el desarrollo de motores para avión en las mismas empresas.[50]

La «motorización de Alemania» resultó ser otra falsa visión nazi, ya que el desvío de recursos a la producción militar desde mediados de los años treinta puso el freno a la fabricación de coches, que empezó a

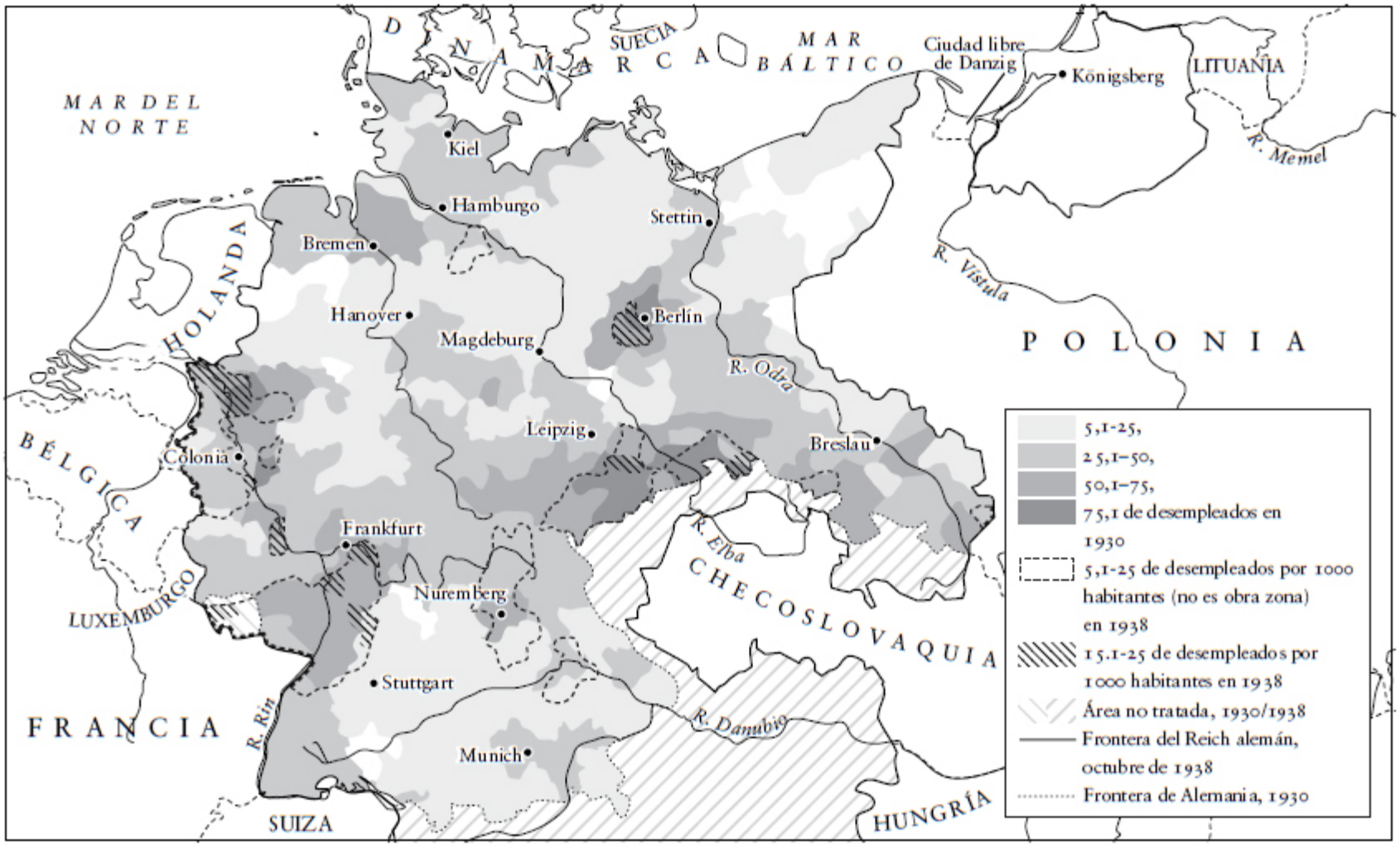
estancarse y en 1938 no llegaba a cubrir la demanda. El plan por el que los trabajadores, bajo la influencia de una masiva campaña de publicidad, ahorrarían una porción de sus salarios cada semana para comprarse un coche de «A la Fuerza por la Alegría» resultó ser poco más que un medio para conseguir que realizaran más horas extras para contribuir a la financiación del rearme. A finales de 1939, 270.000 personas habían entregado 110 millones de marcos al Estado por este medio. Al final, no menos de 340.000 invirtieron su dinero en el plan. Ninguno de ellos recibió un Volkswagen a cambio. En septiembre de 1939 la fábrica se convirtió en una fábrica de guerra.[51] El mismo Ejército consideraba que la expansión de la fabricación de vehículos de motor era una precondición esencial para la rápida motorización final de las Fuerzas Armadas. De modo más genérico, industrias básicas como la producción y manipulación del hierro y el acero gozaron de prioridad por encima de las industrias de bienes de consumo porque las primeras suministrarían la infraestructura básica para el rearme. Poner a los alemanes, especialmente a los hombres, de vuelta al trabajo les curtiría y haría que dejaran de ser desempleados holgazanes para convertirse en potenciales combatientes: de aquí que fuera más importante someterles a una disciplina férrea que darles un buen salario. Desde el punto de vista de Hitler, los campos y barracas en que los jóvenes se afanaban por unos salarios por debajo del nivel de beneficios en los planes de trabajo voluntario, que en realidad no eran voluntarios para nada, eran importantes en buena parte porque les preparaban para las privaciones de la futura guerra.[52]

De modo más inmediato, Hitler también deseaba poner otra vez en marcha la producción de armas después de su prohibición por las limitaciones impuestas a Alemania por los acuerdos de paz de 1919. En un discurso ante dirigentes del Ejército, las SA y las SS pronunciado el 28 de febrero de 1934, Hitler afirmó que en unos ocho años sería necesario crear «espacio vital para el excedente de población» en el Este, porque para entonces la recuperación económica habría perdido ímpetu. Ya que «las potencias occidentales» no les permitirían realizar este tipo de «golpes cortos pero decisivos» hacia el Oeste, sería necesario dirigirse «hacia el Este». Así, el rearme tenía que haberse completado en 1942.[53] Tenían un

largo camino por delante. En 1933 Alemania estaba más o menos sin una Fuerza Aérea, sin grandes buques, sin tanques, sin los elementos más básicos de suministro militar, y los efectivos de su Ejército estaban limitados a 100.000 hombres. En fecha tan temprana como comienzos de febrero de 1933, Hitler puso en marcha un programa de rearme, camuflado, en la medida de lo posible, como creación de empleo (el renovado programa Schleicher, afirmó el 9 de febrero, «facilita en primer lugar utilizar el empleo para ocultar la mejora de la defensa nacional. En el futuro inmediato se debe poner el acento en este encubrimiento»).[54] El Ejército solicitó 50 millones de marcos del programa Schleicher para financiar la fase inicial de expansión, siguiendo las líneas que ya habían sido esbozadas en 1932, y el comisionado para la aviación pidió más de 43 millones. Estas cantidades eran, de mucho, demasiado modestas para Hitler, quien pensaba que el rearme requeriría «miles de millones» de marcos y tenía que realizarse tan rápidamente como fuera posible para superar el difícil periodo que se sucedería si los enemigos de Alemania empezaban a darse cuenta de lo que estaba sucediendo antes de que éste hubiera alcanzado un estadio suficiente para poder resistir seriamente a, es un decir, una invasión polaca. Los militares convencieron finalmente a Hitler de que, en la etapa inicial del rearme, no era posible hacer más. Hitler ordenó que se diera prioridad a los militares a la hora de asignar los recursos del programa de recuperación económica, y en abril de 1933 concedió el control sobre el presupuesto de rearme a las mismas Fuerzas Armadas.[55]

El Ejército elaboró un registro de 2.800 empresas a las que se podían realizar pedidos de armas; en 1934 éstos representaban más de la mitad de la producción de hierro y acero, diseño y tecnología y vehículos de motor. Entre los efectos de la Depresión se encontraba una gran infrautilización de la capacidad productiva, de modo que los primeros pedidos de armas se pudieron cubrir con el capital productivo disponible y no exigieron mayores inversiones. La inversión en la industria alemana en 1932 estaba por debajo del 17 por 100 del nivel de 1928, pero ahora empezaba a crecer, alcanzando el 21 por 100 en 1933, el 40 por 100 en 1934 y el 63 por 100 en 1935. Casi de inmediato se iniciaron los trabajos de preparación para la creación de unas Fuerzas Aéreas alemanas. En marzo de 1934 se elaboró un calendario

de producción con el objetivo de disponer de 17.000 aviones en 1939; muchos de éstos figuraban como aviones de pasajeros aunque se pretendía convertirlos en bombarderos cuando llegara el momento. El 58 por 100 de los aparatos se registraron, de modo bastante poco plausible, como «aviones de entrenamiento». En 1935 había 72.000 trabajadores empleados en la construcción de aviones, por menos de 4.000 a comienzos de 1933. De modo parecido, Krupps se embarcó en julio de 1933 en la producción a gran escala de lo que describió sarcásticamente como «tractores agrícolas»; en realidad eran tanques. En 1934, la empresa Auto Union puso en marcha otro departamento de producción de vehículos militares, camuflado bajo el ambiguo nombre de «oficina central». En noviembre de 1933 la marina encargó 41 millones de marcos en equipamiento militar y otros 70 millones en barcos. Grandes empresas como Borsig, de Berlín, y Bochumer, de Hannover, empezaron a producir rifles y pistolas. Todo esto tuvo un efecto inmediato en el empleo. Ya en enero de 1933, la empresa de rifles Mauser aumentó su fuerza de trabajo de 800 a 1.300 empleados; en los cuatro primeros meses de 1933, la Compañía de Metal del Rin, que fabricaba obuses y ametralladoras, contrató a 500 nuevos trabajadores. En cientos de empresas en toda Alemania se pueden observar desarrollos similares. Esta actividad febril tuvo inevitablemente efectos secundarios en la industria en general, ya que las empresas del sector del hierro y el acero, la maquinaria, el carbón y la minería intensificaron la producción y contrataron a trabajadores adicionales para dar respuesta a la nueva y creciente demanda de armas y del sector relacionado con el armamento. A finales de 1934, el gobierno, advirtiendo la reducción de las cifras de desempleo a menos de la mitad del nivel a que estaban cuando asumió el poder, suspendió los programas específicos para la creación de empleo. A partir de ahora ya no necesitaba contar con medidas de este tipo para absorber a los desempleados que quedaban.[56]



10. La disminución del desempleo, 1930-1938.

El último paso en la reducción de las cifras de desempleo se dio con la introducción del servicio militar obligatorio en mayo de 1935. En octubre de 1933 Hitler ya había preguntado al embajador británico si su gobierno tendría inconveniente en que Alemania triplicara el tamaño de su Ejército a 300.000 hombres; y el Ejército se pudo aprovechar pronto del acuerdo internacional firmado el 11 de diciembre de 1932 que proponía sustituir las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles por una convención que daría a Alemania derechos de igualdad dentro de un nuevo sistema de seguridad internacional. El reclutamiento masivo en el curso del año 1934, inicialmente lanzado para destinar miles de efectivos a las nuevas Fuerzas Aéreas alemanas, resultó en un incremento de hasta 240.000 hombres a fecha de 1 de octubre. Pero esto no era suficiente. Hitler había prometido el 3 de febrero de 1933 al Ejército que reintroduciría el servicio militar obligatorio. Pretextando la propuesta de incrementar la duración del servicio militar en Francia, Hitler hizo el anuncio formal ante el Consejo de Defensa del Reich el 15 de marzo, tomando a muchos de los oficiales presentes por sorpresa. A partir de ese momento, todos los alemanes sanos y no judíos deberían servir en el Ejército por un año—periodo alargado a dos años en agosto de 1936—a partir de la edad de dieciocho años y después de haber cumplido el periodo obligatorio de seis meses en el Servicio Laboral del Reich. El 12 de junio de 1936, el Estado Mayor estimaba que los efectivos del Ejército superaban los 793.000 hombres, incluyendo a los reservistas, personal civil y militares no combatientes; en vísperas de la guerra, había cerca de 750.000 hombres en servicio activo, y más de un millón en la reserva. En la primavera de 1935, también, el gobierno alemán anunció formalmente la existencia de una Fuerza Aérea [*Luftwaffe*], que por entonces contaba con 28.000 oficiales y soldados; en agosto de 1939 la cifra había alcanzado los 383.000 hombres.[57] El rearme naval empezó más lentamente, basado en un principio en planes esbozados en 1932, pero también en este caso la expansión alcanzó finalmente velocidad de crucero. En 1933 había 17.000 oficiales navales y marinos en servicio, un incremento de tan sólo 2.000 con respecto al año anterior, pero cuando estalló la guerra en 1939 el número había crecido hasta casi 79.000.[58] En conjunto, estos incrementos absorbieron los restos de desempleados entre

los jóvenes. Después de 1936, Hitler y la cúpula nazi no tuvieron empacho en mencionar de nuevo la «batalla por el trabajo»; una abrumadora mayoría de la población alemana había aceptado el hecho de que ésta se había ganado.[59]

IV

Cuando Hitler se convirtió en canciller en enero de 1933, el gobierno alemán se encontraba en un estado financiero lamentable. Más de tres años de la crisis económica más desastrosa en la historia alemana habían obligado a sus predecesores a recortar los gastos del Estado de forma acentuada. Bancarrotas, cierres de negocios y un desempleo masivo habían provocado un enorme descenso del producto interior bruto y una disminución precipitada de los ingresos provenientes de los impuestos. La situación no cambió de la noche a la mañana. En 1938, por ejemplo, el gasto estatal era de un 35 por 100 de la renta nacional. Los 17.700 millones de marcos que entraron en los cofres del Estado por impuestos sólo sirvieron para cubrir poco más de la mitad del dinero que gastaba el Estado —30.000 millones de marcos—. ¿Cómo consiguió el régimen pagar sus masivos programas de rearme y de creación de empleo? Sólo podía mediante lo que llamaba «producción creativa de crédito». Esto era anatema para los gestores económicos tradicionales, en vistas de los peligros de la inflación que tal política amenazaba con acarrear. Nadie quería que se repitiera la hiperinflación descontrolada de 1923. El presidente del Reichsbank, Hans Luther, no veía con buenos ojos el objetivo del régimen de financiar el rearme mediante déficit. Partidario de la ortodoxia monetaria, también tenía un pasado político como antiguo canciller del Reich. En su preocupación por mantener la neutralidad del Reichsbank, que contaba con la confianza internacional, protestó ante Hitler en persona cuando unos camisas pardas colgaron la esvástica en la sede del banco el 30 de enero de 1933. Todo esto lo convertía en un personaje incómodo para los nazis. De modo que Hitler lo sustituyó a mediados de marzo por Hjalmar Schacht, el mago financiero responsable en buena parte del control de la inflación a finales de 1923.[60]

Schacht era una figura anómala dentro de la cúpula del Tercer Reich. En los actos oficiales, mientras otros ministros aparecían con botas y uniforme, Schacht destacaba por vestir su traje gris de paisano, cuello blanco, camisa y corbata, abrigo oscuro y bombín. Su presencia delgada, algo modesta, y sus gafas sin montura le daban un aire ligeramente retraído de académico que desentonaba con la energía brutal de los otros dirigentes del régimen. Su procedencia tampoco se parecía a la de éstos. Nacido en enero de 1877 en una familia humilde, fue bautizado con el nombre de Horace Greeley Hjalmar Schacht; su padre había vivido algunos años en Estados Unidos y admiraba tanto al fundador del *New York Herald Tribune* y autor de la frase «Go west, young man» [«Al oeste, muchacho»], que puso su nombre a su hijo. «Hjalmar», el nombre por el que se le conocía en Alemania, era tradicional de la familia de Hamburgo y Schleswig-Holstein de la que descendía su madre. Educado en una famosa escuela de Hamburgo, estudió economía política con Lujo Brentano en la Universidad de Munich. Después de adquirir experiencia como aprendiz de periodista, aprendió francés en París y se doctoró con una tesis sobre economía británica. La formación de Schacht era diversa y cosmopolita y había trabajado con los mayores economistas y analistas del periodo guillermino, como Hans Delbrück y Gustav Schmoller. De modo natural, gravitó en torno del Partido Liberal, y escribió para la Asociación para el Tratado de Comercio, a través de la cual entró en contacto con Georg von Siemens, fundador del Deutsche Bank. A través de este contacto, se introdujo en el mundo de las finanzas y progresó rápidamente. Schacht participó en la gestión económica del esfuerzo de guerra alemán entre 1914 y 1918, pero no era un nacionalista de derechas y, en efecto, si hay que creerle, se separó finalmente de su mujer en 1938 por las opiniones radicales y pronazis de ésta. Las lealtades de Schacht durante la República de Weimar estaban entre los demócratas.[61]

Schacht alcanzó la fama a finales de 1923 como comisionado para la moneda nacional, un cargo por el que fue designado por Hans Luther, entonces ministro de Finanzas. Probablemente debía el ascenso a los amplios contactos que consiguió entre los círculos financieros durante los años anteriores como director de una serie de grandes bancos. Su papel en

la detención de la hiperinflación le llevó a la presidencia del Reichsbank tras la muerte súbita del anterior presidente el 20 de marzo de 1923. Desde este puesto cimentó su reputación como autor de milagros financieros manteniendo con éxito la estabilidad del *Rentenmark*[*] y después—con un coro de censuras por parte de la extrema derecha—desempeñando un papel central en la renegociación de las indemnizaciones del Plan Juvenil. Cuando el gobierno renegoció algunas partes del plan que Schacht consideraba que se tenían que haber mantenido, dimitió y se retiró temporalmente. El movimiento sugería que había virado hacia planteamientos nacionalistas de extrema derecha y, en efecto, por aquel entonces había abandonado el Partido Demócrata, aunque sin afiliarse a ningún otro partido. Presentado a Hitler a principios de 1931 durante una cena organizada por Hermann Göring, sacó una impresión favorable del Führer nazi. Como muchas otras figuras del *establishment*, pensó que el radicalismo de Hitler podía matizarse si se asociaba con figuras más conservadoras y experimentadas como él mismo.[62]

Desde el punto de vista de Hitler, Schacht era simplemente el mejor gestor financiero que podía encontrar. Lo necesitaba para obtener dinero para su programa de rearme, y para asegurarse de que el rápido crecimiento del gasto estatal no causaría problemas. Schacht no necesitaba hacerse miembro del Partido Nazi. Más tarde pretendió, como muchos otros, que había aceptado un cargo en el régimen para evitar males mayores. Sin embargo, el hecho es que las opiniones políticas de Schacht por aquel entonces se acercaban bastante a las del mismo Hitler. Quizá no era un apóstol de la agitación de la violencia, pero ciertamente se había convertido lo suficiente en un nacionalista radical como para aprobar sinceramente el objetivo principal del régimen de rearmar Alemania a la máxima velocidad. A finales de mayo de 1933 ya tenía un plan brillante para la financiación del déficit. El Instituto de Investigación Metalúrgica [*Metallurgisches Forschungsinstitut*], formado por cuatro grandes empresas con un capital de un millón de marcos, fue autorizado a emitir las llamadas «obligaciones MeFo», con garantía del Estado y descontadas por el Reichsbank. Por su parte, el banco hacía frente a las obligaciones emitiendo billetes. Entre 1934 y 1936, el 50 por 100 de las compras de armamento por los militares se

realizaron con este sistema. Como el Reichsbank cubría las facturas emitiendo moneda, el número de billetes en circulación creció a 6.000 millones a finales de marzo de 1938, momento en que se habían gastado 12.000 millones en obligaciones MeFo. A Schacht le preocupaban los efectos inflacionarios que pudieran tener estas medidas y detuvo la emisión de obligaciones MeFo en 1937. En su lugar se utilizaron obligaciones y notas de tesorería sin intereses. Mientras tanto, la deuda bruta del Estado se había descontrolado. Pero ni Hitler ni sus gestores económicos lo consideraban demasiado importante. Porque para ellos la financiación del déficit era tan sólo una medida a corto plazo; la deuda sería pagada gracias a la expansión territorial en un futuro lo suficientemente cercano. Hitler estaba tomando otras medidas para asegurarse de que el rápido rearme fuera no sólo una realidad sino que, así como lo veía él, les reportara el máximo beneficio económico.[63]

Desde el primer momento, Hitler quiso que Alemania fuera económicamente autosuficiente. En su preparación para el estallido de la guerra, la economía alemana debía liberarse de su dependencia de las importaciones extranjeras. Hitler había visto por sí mismo los efectos del bloqueo aliado a Alemania en la Primera Guerra Mundial: una población malnutrida y descontenta; la fabricación de armas incapacitada por la falta de materias primeras. No quería que volviera a suceder. «Autarquía», el término nazi para hablar de autosuficiencia, fue el precepto básico del programa económico nazi desde comienzos de los años veinte. El término ocupaba gran parte del discurso económico, por llamarlo así, del tratado autobiográfico de Hitler *Mi lucha*. Estaba íntimamente relacionado con otra idea básica de la política nazi, la de la conquista de «espacio vital» en la Europa del Este, que Hitler creía iba a asegurar el suministro de alimentos a la población urbana de Alemania. Así, desde el primer momento, la política nazi se enfocó a abandonar los mercados internacionales y orientar los negocios hacia los países, por ejemplo en el sudeste de Europa, que algún día formarían parte del imperio nazi. Dado el estado crítico de la economía mundial, dijo Hitler a la cúpula militar a comienzos de febrero de 1933, era inútil intentar fomentar las exportaciones; la única vía hacia una

recuperación segura y a largo plazo de la economía alemana era mediante la conquista de «espacio vital» hacia el Este, y la preparación de esta conquista era prioritaria por encima de cualquier otra consideración.[64]

En el interior del país, el Tercer Reich acometió el objetivo de la autarquía en el suministro de alimentos a través de la Corporación Alimenticia del Reich, aprobada el 13 de septiembre de 1933. Liderada por el ideólogo «sangre y suelo» Richard Walther Darré, ahora adornado con el título de Líder de los Campesinos del Reich, era una organización típica nazi, estructurada jerárquicamente sobre la base del principio de liderazgo, con jefes de campesinos designados en cada nivel a través de distritos y localidades. La idea, perseguida desde hacía tiempo por los agricultores, era aunar a productores, mayoristas, detallistas y consumidores en una sola cadena que eliminara el abuso de una de las partes y garantizar juego limpio entre todos. Así, en la industria pesquera, por ejemplo, los pescadores, los manipuladores de pescado, los distribuidores y los comerciantes estaban organizados en una sola asociación dirigida desde Berlín, y lo mismo se hizo en las otras ramas de la agricultura, desde los cultivadores de fruta a los productores de cereales. Estas estructuras estaban apoyadas por agencias de importación para proteger a los productores de determinados productos y se hacían respetar por medio de sanciones entre las que se incluían fuertes multas e incluso penas de cárcel por contravenir las regulaciones. Así se podría controlar el conjunto de la producción nacional y el suministro de comestibles, fijar los precios y determinar cantidades y cuotas según los intereses de los productores. De algún modo, la Corporación Alimenticia del Reich, que se quería hacer funcionar como una corporación independiente, era vista por Darré como el vehículo a través del cual los campesinos podrían fortalecer sus intereses económicos y clamar una posición de pleno derecho en la nueva Alemania. Era también una copia de las instituciones del Estado corporativo de la Italia fascista, aglutinando todos los elementos de un área concreta de la sociedad y su economía en una estructura que, por lo menos en teoría, sustituyera los antagonismos mutuos por la colaboración recíproca y generara un sentido de comunidad eliminando fuentes de conflictos reales y potenciales.[65]

Pero la Corporación Alimenticia del Reich resultó ser una institución problemática.[66] Muy pronto, los imperativos más inmediatos de la autarquía y el rearme empezaron a dejar de lado la visión ideológica de Darré sobre una futura Alemania basada en una comunidad saludable y estable de campesinos. De acuerdo con las líneas generales de la política económica, la Corporación Alimenticia tenía que mantener los precios a la baja, restringir las importaciones (incluso el forraje para animales) y racionar el consumo. Los controles de precios cercenaban los beneficios de los agricultores y hacían que éstos no pudieran competir con las grandes empresas en los salarios que pagaban a sus empleados. La escasez de hierro y acero y la prioridad de que gozaba la industria armamentística en el reparto suponía graves restricciones en la fabricación de maquinaria que podría haber sustituido la falta de mano de obra, y eso en el caso de que los campesinos pudieran permitirse pagar por ella. En septiembre de 1934 Schacht lanzó una «batalla por la producción» con el objetivo de alcanzar la autosuficiencia en la alimentación, un objetivo que la Corporación Alimenticia debía contribuir a alcanzar. Pero no tuvieron éxito. Las ayudas para la construcción de almacenes de cereales, ensiladoras y similares tuvieron algún efecto. Pero éstos fueron contrarrestados en gran medida por las expropiaciones de grandes cantidades de superficies de cultivo para construir autopistas, campos de aviación, barracones, campamentos y áreas de entrenamiento militar, y por el reclutamiento de trabajadores del campo para los sectores industriales relacionados con el armamento en las áreas urbanas. Entre 1933 y 1938, las compras forzadas de tierra por parte del Ejército provocaron la desaparición de 140 aldeas y la disolución o desplazamiento de 225 comunidades rurales, mientras en los dos últimos años de paz, la construcción de la defensa conocida como «Muro Occidental» ocasionó el abandono de 5.600 explotaciones agrícolas con 130.000 hectáreas de tierra. Las cosechas de cereales no alcanzaban ni tan siquiera los niveles de 1913, mientras el déficit de la producción nacional en relación a la demanda era de entre el 10 y el 30 por 100 en la carne de cerdo y la fruta, del 30 por 100 en las aves de corral y los huevos, alrededor del 50 por 100 en las grasas, mantequilla y margarina, cerca del 60 por 100 en legumbres y más del 90 por 100 en aceites vegetales.[67] En ésta, como en

otras áreas, la desviación de la producción en beneficio del armamento e industrias asociadas, en detrimento de la producción de bienes de consumo, y la supresión de las importaciones de productos no relacionados con los suministros militares crearon una carestía de bienes de consumo a partir del otoño de 1936, cuando la demanda empezó a superar a la oferta. Los precios, en consecuencia, empezaron a subir. A finales de 1934 se había nombrado un comisionado de precios—el político conservador Carl Goerdeler, alcalde de Leipzig—, pero su propuesta de ralentizar el rearme para solucionar la inflación fue rechazada con brusquedad, y su oficina no fue más que un elemento de propaganda. Para prevenir la repetición de la pavorosa ola inflacionaria de comienzos de los años veinte, el gobierno impuso la congelación de los precios el 26 de octubre de 1936. El 1 de enero de 1937 introdujo el racionamiento de mantequilla, margarina y grasas. De este modo, los consumidores empezaron a pasar tantos apuros como los productores.[68]

En tanto que ministro de Agricultura, Darré tenía que estar de acuerdo con estas medidas. Cada vez que los intereses del Estado chocaban con los de la Corporación Alimenticia del Reich, era ésta quien tenía que acatar. En 1936 era evidente que el objetivo de la autosuficiencia estaba más lejos que nunca. La Corporación Alimenticia estaba atrapada entre el partido y el Estado. Formalmente, la institución no pertenecía ni al uno ni al otro, y perdió su función en cuanto los dos hicieron valer sus intereses. La fortuna de Darré se desvaneció rápidamente. Su lugarteniente, Herbert Backe, convenció a Göring y a Himmler de que Darré era un ideólogo que vivía en un mundo de sueños y de que sólo un experto como el mismo Backe podía alcanzar el objetivo práctico de la autosuficiencia en la producción alimentaria. Además, la guerra de desgaste que mantenía con Robert Ley por los intereses de los trabajadores del campo conllevó la pérdida de la posición de la Corporación Alimenticia en la sociedad rural. Ley también pudo utilizar su posición como jefe de Organización del partido para retirar una serie de atribuciones a la organización de Darré, por ejemplo sobre educación y formación, como preludio de su incorporación al Frente del Trabajo. En un intento de apuntalar su poder decreciente, Darré ya se había sometido a las demandas de la autarquía, por ejemplo patrocinando una ley

de 26 de junio de 1936 que permitía al Estado forzar la fusión de explotaciones agrícolas para crear unidades más grandes y eficientes. Además, le habían obligado a ceder al partido y a organizaciones subordinadas a éste el cuidado del bienestar social y cultural de sus miembros. La impopularidad de estas medidas entre los agricultores sellaron su destino.[69]

Göring y Backe empeñaron una gran dosis de energía a incrementar la producción de alimentos dentro de Alemania: entre las medidas que aplicaron figuran créditos blandos para los agricultores para la compra de maquinaria, descuentos en los fertilizantes, incentivos sobre el precio para la producción de cereales, huevos y similares y, en algunos casos, el requisito de plantar cultivos que proporcionaran materias primas para fibras textiles, como lino, aceites vegetales o grasas. También intentaron paliar la creciente escasez de mano de obra en el campo. Desde los comienzos del Tercer Reich, cientos de miles de jóvenes habían sido reclutados en el campo para intentar compensar la carestía de trabajadores, aunque muchos eran demasiado jóvenes, no tenían la fuerza necesaria o eran demasiado ignorantes de las labores del campo como para ser de mucha utilidad. Incluso se llegó a utilizar a cuerdas de presos en campos de concentración en trabajos de despeje de páramos para hacerlos cultivables. No era lo que Darré había imaginado cuando creó las granjas protegidas y la Corporación Alimenticia del Reich. En vísperas de la guerra, no quedaba nada de su visión original.[70]

En 1939, Alemania había logrado ser autosuficiente en la producción de comestibles básicos como pan, patatas, azúcar y carne, pero quedaban muchos otros productos, especialmente grasas, legumbres (excepto lentejas), e incluso huevos, para los que todavía había que recurrir a las importaciones para abastecer la demanda. El número de trabajadores del campo bajó en 1,4 millones entre 1933 y 1939, en parte a causa de la desaparición de los trabajadores extranjeros y en parte por un constante éxodo hacia las ciudades, donde había empleos mejor pagados.[71] Las tierras destinadas a cultivo no eran suficientes para cambiar la situación. Tenía que importarse el 30 por 100 del forraje para caballos, todavía un componente de vital importancia para el sistema de transporte del Ejército en 1938. En

1939, las cosechas de cereales no eran mejores de lo que habían sido en 1913. En vísperas de la guerra, aproximadamente un 15 por 100 de los comestibles en Alemania aún procedían del extranjero.[72] Todo esto apuntaló entre la cúpula nazi la idea de la necesidad de buscar «espacio vital» en el Este para compensar el déficit. Por otro lado, los acuerdos comerciales negociados por Schacht proporcionaron productos agrícolas baratos del sudeste de Europa y permitieron a Hitler y Göring evitar emprender medidas más draconianas para subordinar completamente al campesinado a los dictados de la autarquía, algo que los habría enajenado todavía más. Los productores no serían militarizados o sometidos a un nuevo tipo de servidumbre para satisfacer las demandas del Estado. Así es que algunas de las medidas introducidas con anterioridad por Darré todavía eran vigentes, y en 1939 el campesinado podía mirar atrás y sacar la impresión de que su situación había mejorado durante los seis años anteriores, en que los ingresos conjuntos de la agricultura habían crecido un 71 por 100 en comparación con 1933, muy lejos del incremento de la industria, pero aun así, en vísperas de la guerra, mejor que la situación de finales de los años veinte.[73]

A los consumidores alemanes no les fue tan bien. Cada vez más comestibles estaban sujetos a racionamiento mientras el gobierno almacenaba suministros en vistas a la guerra y requisaba mano de obra del campo y artesanos para las industrias relacionadas con el armamento. La mantequilla y las grasas hacía tiempo que estaban sujetas a restricciones; la fruta y el café empezaron a racionarse a comienzos de la primavera de 1939. Las manzanas permanecían sin recolectar porque los trabajadores habían sido enviados a las ciudades. Se urgió a la población a cultivar huertos y a hacer conservas para utilizarlas en los meses de invierno. Las malas cosechas a causa del mal tiempo de mediados de los años treinta no ayudaron a la distribución de comestibles, una repentina ola de frío en la primavera de 1938 había congelado los árboles fruteros en flor y el mismo año se declaró una epidemia de fiebre aftosa en el ganado. Las importaciones de café cayeron cuando la escasez de divisas empezó a limitar la capacidad de pago de los importadores. La falta de trigo y centeno ocasionó el establecimiento de controles oficiales sobre los panaderos, a

quienes se dio instrucciones de hornear sólo «pan homogeneizado», hecho con una amalgama de harinas de baja calidad. El pan blanco sólo se podía comprar si se presentaba un certificado médico. Para evitar que la gente evadiera los controles en la compra de leche acudiendo directamente al productor, a partir del 1 de enero de 1939 se obligó a los vaqueros a entregar el suministro a unos depósitos centrales. Más tarde en el mismo año se informó de que no se podrían comprar huevos en Munich durante toda la Semana Santa, mientras que el pueblo de Elberfeld no pudo cocinar pasteles de Pascua por falta de grasas. Las amas de casa recibieron cursillos para aprender a cocinar «*gulasch* húngaro de pescado» ya que era muy difícil hacerse con carne para hacer uno auténtico. El 28 de marzo de 1939, el mostrador de carne de los almacenes Hertie de la Dönhoffplatz de Berlín sólo se abrió para vender a clientes registrados su ración semanal de grasas; no había carne ni fresca ni congelada. La carestía condujo inevitablemente a la formación de un próspero mercado negro. Los mercados de Berlín se quedaban sin fruta a las siete de la mañana, antes de que los comisionados de precios llegaran para comprobar que los dueños de los puestos se sujetaban a los límites oficiales de precios. La fruta importada, como los plátanos y las naranjas, era especialmente difícil de encontrar. Sólo las personas acomodadas más madrugadoras podían permitirse burlar las regulaciones, aunque fuera a precios muy por encima del máximo oficial. En el Ruhr, muchos obreros sólo podían comer carne una vez a la semana. «El pueblo—informó un agente socialdemócrata en mayo de 1939—sufre mucho a causa de la escasez de todo tipo de comestibles y de vestidos respetables y buenos». «Aun así—añadió—, esto no ha conducido a ningún tipo de desorden, aparte de las colas delante de las tiendas, lo que se ha convertido en una experiencia diaria».[74]

NEGOCIOS, POLÍTICA Y GUERRA

I

A pesar de instituciones intervencionistas como la Corporación Alimenticia del Reich, Hitler y los dirigentes nazis trataron de gestionar la economía a través de un control férreo de la economía de mercado más que mediante la nacionalización o la gestión estatal directa.[75] Así, para poner un ejemplo, el régimen presionó al gigante de la industria química I. G. Farben para que desarrollara y produjera carburantes sintéticos para vehículos de motor y aviones mediante la hidrogenización de carbón con el objetivo de reducir la dependencia de Alemania de la importación de petróleo; el 14 de diciembre de 1933 se firmó un acuerdo por el que el monopolio químico se comprometía a producir 300.000 toneladas anuales a cambio del compromiso del Estado de realizarle encargos por un periodo de diez años.[76] Sin embargo, si una compañía rechazaba acceder a demandas de este tipo el régimen intervenía para ponerla en vereda, como en el caso de Hugo Junkers, el fabricante de aviones, obligado a vender al Reich su participación mayoritaria en dos empresas a finales de 1933 tras su intento de resistirse a las llamadas del gobierno para que pasara a servir intereses militares. En efecto, a su muerte, en abril de 1935, las dos compañías se habían nacionalizado, aunque sólo por un breve periodo de tiempo.[77] Además, el Ministerio de Economía insistió activamente en la creación de carteles en áreas clave para facilitar al Estado la dirección y control del incremento de la producción de bienes relacionados con la guerra.[78] Pero a pesar del aumento de la intervención estatal, como insistió repetidamente el portavoz económico nazi, Alemania debía permanecer como un mercado de economía libre en el cual el Estado ejercía el liderazgo y establecía los objetivos principales. Para ello, como mínimo en un primer momento,

cuando los principales objetivos eran la «batalla por el trabajo» y la reorientación de la economía hacia el rearme, Hitler necesitaba la cooperación y predisposición del sector de los negocios.

Así, no resulta sorprendente que escogiera a un representante destacado de la comunidad empresarial como ministro de Economía del Reich después de la salida forzada del quisquilloso nacionalista Alfred Hugenberg.[79] Este nuevo líder era el director general de la compañía de seguros Allianz, Kurt Schmitt. Nacido en 1886 en el seno de la modesta familia burguesa de un médico, Schmitt había sido un miembro entusiasta de un grupo de duelistas en la universidad, donde estudió Derecho Mercantil. Después trabajó brevemente como funcionario en Baviera bajo las órdenes de Gustav Ritter von Kahr y más adelante se hizo conocido en el ambiente de extrema derecha de Baviera. Poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, Schmitt entró en la sede de Munich de Allianz. Trabajador infatigable, no se trataba precisamente de un burócrata frío. Schmitt desarrolló una aproximación humana a los seguros, mediando personalmente entre demandantes y asegurados, reduciendo de este modo el número de pleitos onerosos que debía afrontar la compañía. De modo poco sorprendente, su actitud le acarreó una rápida promoción a las filas directivas, un ascenso que la guerra no interrumpió de forma grave: una herida menor que se le infectaba repetidamente lo invalidó y no tuvo que regresar al frente. A los treinta y cuatro años ya era director general. Alentado por sus subordinados, pronto empezó a llevar caros trajes a medida y a codearse con la flor y nata de los clubes para caballeros de Berlín. Bajo la dirección de Schmitt, Allianz se expandió rápidamente gracias a las fusiones y adquisiciones que caracterizaban a otros sectores del mundo de los negocios en los años veinte. Como otros hombres de negocios, no comulgaba con las condiciones con que se encontraban las empresas privadas para trabajar durante la época de Weimar, y formó *lobby* para reformar la ley que afectaba a los seguros mediante la Asociación de Seguros Privados, lo que le permitió entrar en contacto con políticos destacados, muchos de los cuales admiraban su competencia, decisión y su ojo para las finanzas. A comienzos de los años treinta se había convertido en un personaje público de cierta reputación. Schmitt aumentó su

reputación gracias a su actuación en el Consejo Económico Consultivo creado por Brüning. Tanto Brüning como Papen le ofrecieron el Ministerio de Finanzas. Él rechazó las propuestas en el convencimiento de que la situación económica no le permitiría salir airoso del encargo.[80]

Para entonces, Schmitt ya había entrado en contacto con el Partido Nazi. En noviembre de 1930, como Schacht un poco más adelante, conoció a Göring en el curso de una cena y quedó fuertemente impresionado por su activismo político. Pronto empezó a mimar el gusto impresionante de Göring por la comida y el vino en una serie de almuerzos en un restaurante berlinés, sufragados por la empresa de Schmitt. Al cabo de poco había conocido también a Hitler. La promesa nazi de acabar con la amenaza del comunismo y con las riñas entre partidos políticos de los años de Weimar lo atrajo a su causa. En tanto que hombre hecho a sí mismo, Schmitt estaba menos aferrado a la política conservadora tradicional que otros colegas que trabajaban para empresas de toda la vida o como altos funcionarios. Cuando los nazis tomaron el poder en Alemania, Schmitt abandonó su anterior discreción, se afilió al partido en la primavera de 1933 y organizó la celebración del cumpleaños de Hitler el 20 de abril dentro de su empresa. Schmitt compartía los prejuicios comunes de la elite contra los judíos porque desempeñaban un papel demasiado destacado en la vida pública e intelectual, la banca, las finanzas y el derecho; el adjetivo más común utilizado para referirse a ellos era «desagradables». Estuvo de acuerdo con la propuesta de Göring, formulada en una de sus reuniones privadas, de privar de voto a los judíos y prohibirles desempeñar cargos de autoridad sobre los alemanes. En verano, sus contactos con Göring habían dado frutos espectaculares. En busca de un sustituto para Hugenberg en el Ministerio de Economía del Reich, Göring convenció a Hitler de que sería aconsejable poner a un representante destacado de la comunidad empresarial en el puesto. Hitler se lo ofreció a Schmitt, quien juró el cargo el 30 de junio de 1933, creyendo que tenía un papel que desempeñar ahora que la situación política se había estabilizado.[81]

A pesar de sus intentos de reforzar su posición convirtiéndose en oficial de las SS, Schmitt no fue competencia para las principales bestias de la jungla del poder nazi, como Goebbels, Ley o el mismo Darré, quienes al

cabo de pocos meses se habían apropiado de áreas de peso en la economía que pertenecían a su ministerio. Subordinados como el teórico nazi Gottfried Feder, autor de la abolición de la «servidumbre del interés del dinero» del programa nazi de 1920, se convirtieron en una fuente constante de problemas. Los avisos e instrucciones de Schmitt a los funcionarios estatales y regionales para que no pusieran en peligro la recuperación de la economía llevando a cabo acciones contra los negocios de judíos eran ignorados por la prensa y por los «viejos combatientes». Todavía más grave era que Schmitt se oponía al gasto en armamento, que consideraba improductivo, y a ideas espectaculares pero a su juicio inútiles como la construcción de autopistas. También en este caso le ignoraron. Schmitt desaprobaba las extravagantes pretensiones propagandísticas nazis sobre la recuperación económica, el fin del desempleo y asuntos similares. Cada vez se veía más a sí mismo como un fracaso. Sometido a una presión creciente en todos los flancos, sufrió un grave ataque al corazón el 28 de junio de 1934 y dejó el cargo definitivamente el 30 de enero del año siguiente. Al cabo de poco había regresado al negocio de los seguros. Se había dado cuenta de su incompetencia como político y rechazó las subsiguientes invitaciones a abandonar el camino en que más cómodo se encontraba.[82]

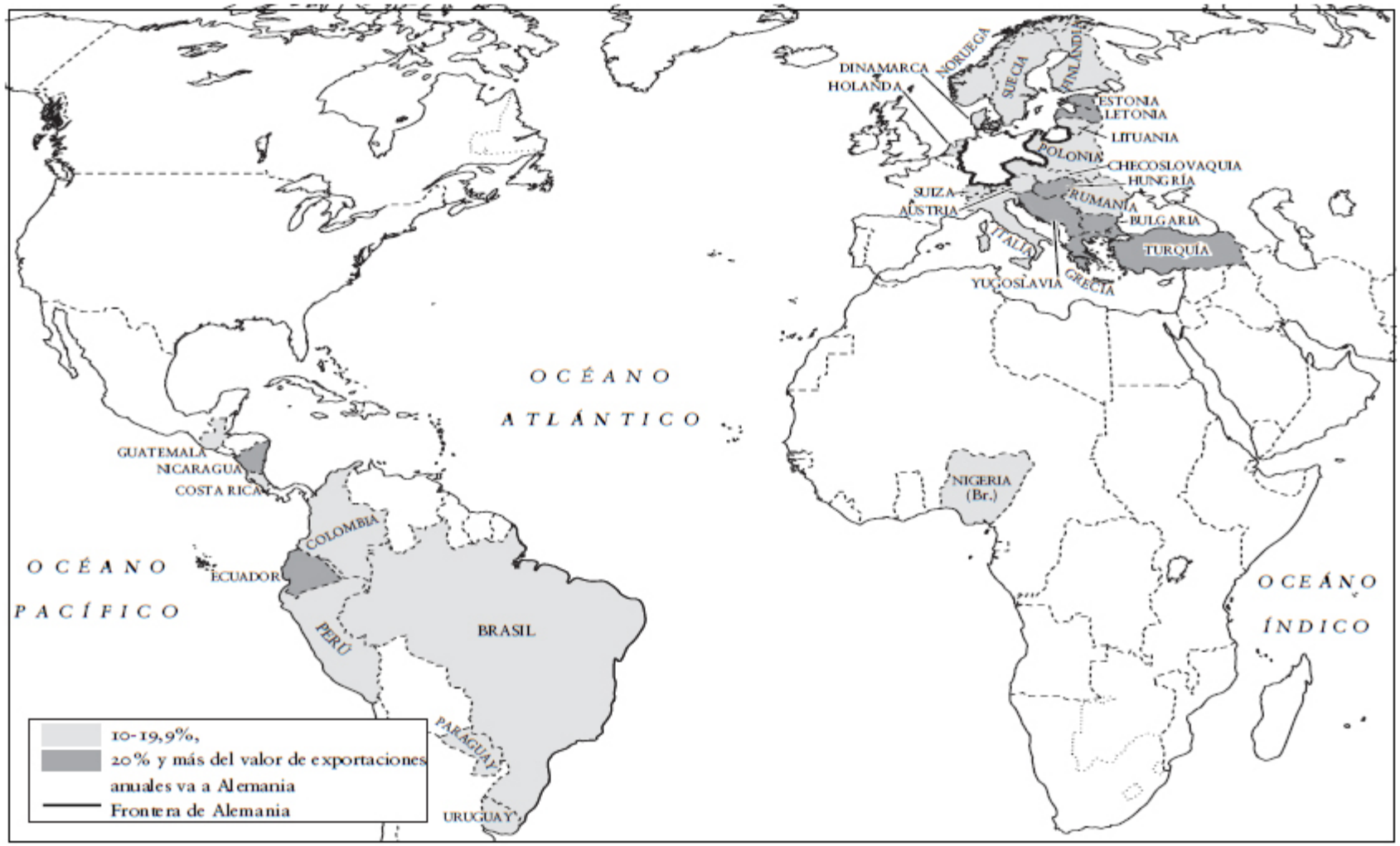
El 3 de agosto de 1934 Schmitt fue sustituido al frente del Ministerio de Economía por Hjalmar Schacht, quien asumió del todo el cargo a partir del 30 de enero de 1935. Schacht ya había dicho en privado a Hitler que, a diferencia de su predecesor, él consideraba que el rearme era prioritario, con independencia de la situación económica. Schacht obtuvo poder absoluto en la gestión económica. Empezó echando a Feder de su puesto en el ministerio y purgando a otras figuras del partido de quienes el Ejército se había quejado porque querían imponer sus ideas en la gestión de la economía. En los cuatro meses que siguieron, Schacht estableció una nueva estructura dependiente de su ministerio, compuesta de siete grupos de los cuales dependían todas las empresas (industria, comercio, banca, etc.); grupos luego subdivididos en subgrupos según especialización y regiones. La estructura permitió al ministerio implementar la política de rearme sobre una base más fuerte y sobre las empresas privadas ya existentes, más que sobre las ideas anticapitalistas de Feder.[83]

Pero para entonces, el incipiente auge del armamento empezó a producir algunos efectos inesperados. Al aumentar la producción industrial interior, el Estado y el Ejército habían hecho que la industria abandonara la producción de bienes destinados a la exportación, la mayoría productos de consumo. Añadido al bajón del comercio internacional y a la imposición de sanciones por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos en protesta por la persecución de los judíos, se produjo una caída de las exportaciones de 1.260 millones de marcos en el último trimestre de 1933 a 990 millones en el segundo trimestre de 1934. Simultáneamente, el volumen de las importaciones creció rápidamente, al aumentar en Alemania la demanda de productos como caucho, petróleo y algodón. Las importaciones de materias primas crecieron un 32 por 100 desde mediados de 1932 a comienzos de 1934, mientras los precios de las exportaciones alemanas cayeron un 15 por 100. La situación empeoró porque Gran Bretaña y Estados Unidos permitieron la devaluación de sus respectivas monedas, mientras el gobierno nazi, como sus predecesores, estaba poco predispuesto a devaluar el marco por miedo a la inflación. Así, los productos alemanes eran cada vez más caros dentro de los mercados mundiales, lo que impulsó a las otras economías a buscar los mismos productos en otras partes, mientras las importaciones a Alemania eran cada vez más baratas, lo que impulsó a las empresas alemanas a comprar cada vez más afuera. En 1934, la balanza de pagos alemana entró en déficit.[84] La deuda externa alemana creció, mientras sus reservas de oro y de divisas cayeron a más de la mitad entre enero y septiembre.[85] Las cuotas y restricciones, parciales y desordenadas, de moneda extranjera no surtieron efecto en una situación que se deterioraba rápidamente.[86] El 14 de junio de 1934 el Reichsbank impuso una moratoria de seis meses en el pago de la deuda externa a largo y medio plazo.[87]

Para intentar contrarrestar tantos problemas, Hjalmar Schacht, ungido nuevo «dictador económico» de Alemania, anunció el 19 de septiembre de 1934 un «Nuevo Plan» por el que el comercio se debía establecer a partir de entonces sobre una base bilateral: una especie de trueque entre Alemania y los otros estados en que sólo se permitirían las importaciones de países a los que Alemania exportara cantidades significativas de productos. «La

implementación del programa de rearme—afirmó el 3 de mayo de 1935, era —“la” función de la política alemana». Para pagarlo se debían restringir las importaciones, en la medida de lo posible, a materias primas relacionadas con la fabricación de armas y comestibles que no se podían producir en Alemania.[88] El sudeste de Europa parecía un área particularmente apropiada para alcanzar acuerdos comerciales bilaterales. Los Balcanes podían abrir una perspectiva de una futura área comercial en la Europa central y del Este para la Gran Alemania, el proyecto largamente esperado de la *Mitteleuropa* [Europa central]. En vistas a la guerra, ésta sería más segura que las existentes conexiones comerciales con el norte y el oeste. Además, la reducción del comercio con ultramar disminuiría la dependencia alemana de la marina mercante británica, una dependencia que sería perjudicial en caso de que estallara una guerra entre las dos naciones.

Llegaban demasiadas materias primas de muy diversas partes del mundo, y el Nuevo Plan pretendía reducir la dependencia alemana de estas fuentes. Dotado con 25 Oficiales de Vigilancia, el nuevo plan contribuyó a reducir las importaciones del resto de Europa de 7.240 millones de marcos en 1928 a 2.970 millones diez años más tarde; en 1938, las importaciones del sudeste de Europa, que representaban el 7,5 por 100 del total en 1928, habían crecido al 22 por 100 del conjunto.[89] Aun así, el Ejército pronto empezó a quejarse de que mientras Schacht había conseguido encontrar el dinero para pagar las etapas iniciales del rearme, no había podido preparar a la economía para la guerra. En concreto, las restricciones a la importación habían mermado las reservas de materias primas, minerales y metales, y los intentos de hallar sustitutos—tejidos del país, caucho y carburantes sintéticos, explotaciones petrolíferas locales—habían tenido un impacto muy limitado hasta la fecha. En opinión de Hitler, había llegado el momento de intervenir de un modo más radical en la economía, una intervención que no se podía confiar a Schacht, quien no había ocultado que creía que la economía alemana había alcanzado en 1936 el límite de su capacidad para sostener el rearme y la movilización para la guerra.[90]



11. Mayores exportadores al Tercer Reich.

II

El 4 de septiembre de 1936, Hermann Göring leyó al gabinete un largo memorando redactado por Hitler a la luz de las crecientes pruebas de la bancarrota del Nuevo Plan. Como era habitual, el informe se extendía en pormenores históricos y políticos antes de llegar al meollo de la cuestión: preparar la economía para la guerra. La política, afirmaba Hitler, era «la lucha de las naciones por la supervivencia». En esta lucha, la Unión Soviética se estaba convirtiendo en una amenaza. «La esencia y el objetivo del bolchevismo es la eliminación de los estrados de la humanidad que han ejercido el liderazgo hasta la fecha y su sustitución por los judíos». Alemania tenía que asumir el liderazgo para evitarlo, ya que la victoria del bolchevismo significaría «la aniquilación del pueblo alemán». La preparación para la batalla que se avecinaba, declaraba Hitler, era una prioridad absoluta. Las demás cuestiones tenían una importancia secundaria. «Las Fuerzas Armadas alemanas deben estar operativas en cuatro años». «La economía alemana—añadía—debe estar preparada para la guerra en cuatro años». Hitler seguía adelante con su letanía habitual sobre sus ideas económicas: Alemania estaba superpoblada y no podía alimentarse con sus propios recursos; la solución estribaba en extender su espacio vital para obtener nuevas fuentes de materias primas y alimentos. Las materias primas no se podían acumular para la guerra, ya que la cantidad que se necesitaba era demasiado grande. La producción de carburantes, caucho sintético, grasas artificiales, hierro, sustitutos del metal, etc., debía incrementarse a niveles con los que se pudiera sostener una guerra. Había que ahorrar en comestibles; las patatas, por ejemplo, ya no se podrían utilizar para hacer aguardiente. El pueblo debía hacer sacrificios. Había que redactar un plan económico. Los intereses de los negocios particulares debían subordinarse a los de la nación. Los hombres de negocios que mantuvieran recursos financieros en el extranjero serían castigados con la pena de muerte.[91]

Al presentar este memorando al gabinete, Göring lanzó un ataque feroz contra la opinión, propagada por Schacht y su aliado, el comisionado de precios Goerdeler, según la cual la solución al bloqueo económico de 1936

estribaba en reducir el programa de rearme. Al contrario, había que doblar su velocidad porque el «enfrentamiento con Rusia» era «inevitable». Se debía implantar un control mucho mas férreo sobre la economía y la exportación de moneda. Göring reveló que el Führer le había confiado un Plan Cuatrienal que Hitler anunciaría en la concentración del partido el 9 de septiembre. Schacht había empezado a dejar de ser útil. Un decreto del 18 de octubre de 1936 entregó a Göring plenos poderes. Éste lo utilizó para establecer una nueva organización dedicada a preparar la economía para la guerra, con seis departamentos que se encargaban de la producción y distribución de materias primas, la coordinación de la fuerza de trabajo, el control de los precios y los cambios y la agricultura. Göring designó a los más altos funcionarios de los ministerios de Trabajo y Agricultura para dirigir los dos departamentos más importantes en la organización del Plan Cuatrienal. De este modo, empezaba a someter al plan a los dos ministerios, pasando por encima de Walther Darré y Franz Seldte, sus respectivos ministros. La operación de Göring también dejaba de lado a Schacht, quien fue forzado a retirarse el día que se comunicó el plan al gabinete. Schacht se encontró pronto con que la operación del Plan Cuatrienal tomaba decisiones políticas sin tener en cuenta a su Ministerio de Economía. Sus protestas no surtieron efecto. Cada vez más frustrado por su pérdida de poder, y preocupado por la rápida expansión de la producción militar y de materias primas sobre una base financiera que consideraba poco adecuada, Schacht escribió a Hitler el 8 de octubre de 1937 reafirmando su opinión de que los asuntos económicos del Tercer Reich sólo podían estar en manos de una sola persona y evidenciando que pensaba que esa persona tenía que ser él mismo. La amenaza implícita de dimisión era evidente.[92]

Pero a esas alturas Hitler ya había perdido la confianza en Schacht, cuyo realismo económico le irritaba en gran medida. El 25 de octubre de 1937, el jefe de la Armada, almirante Erich Raeder, solicitó formalmente al ministro de Guerra del Reich, general Werner von Blomberg, que Hitler interviniera personalmente para arbitrar entre los diversos intereses—de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire—que competían por suministros inapropiados de hierro, acero, petróleo y otras materias primas. Hitler respondió ordenando a Blomberg que organizara una reunión en la

Cancillería del Reich el 5 de noviembre de 1937 en la que el Führer nazi explicó a grandes trazos su estrategia a un pequeño grupo formado por Raeder, Blomberg, el comandante en jefe de las fuerzas de Tierra, general Werner von Fritsch, el jefe de las fuerzas de Aire Hermann Göring y el ministro de Exteriores Konstantin von Neurath. El asistente militar de Hitler, coronel Friedrich Hossbach, tomó notas que fueron utilizadas más adelante como prueba de que Hitler estaba planeando una guerra en un futuro no muy lejano. De hecho no existía un plan concreto, aunque, ciertamente, sí existían intenciones. Lo que preocupaba más a Hitler era trasladar a su auditorio la necesidad urgente del rearme y la inminencia de un conflicto armado, especialmente en la Europa central y del Este. Mucho de lo que tenía que decir a sus oyentes les debía resultar familiar de anteriores declaraciones del mismo tenor. «El objetivo de la política exterior alemana—empezó Hitler, de acuerdo con el memorando de Hossbach—es asegurar y preservar su estirpe racial [*Volkmasse*] y agrandarla. Es una cuestión de espacio». Por ello, Hitler quería decir, como siempre había hecho, la conquista de la Europa central y del Este, lo que resolvería la necesidad de expansión de la raza alemana «sólo por un periodo previsible de entre una y tres generaciones» antes de que fuera necesario continuar la expansión, probablemente a ultramar, y de que fuera posible el derrumbe del Imperio Británico. Después de un detallado examen de la escasez de materias primas y alimentos, Hitler concluyó: «La autarquía, tanto en vistas a la alimentación como al conjunto de la economía, no se puede mantener». La solución, especialmente en lo que se refería al suministro de alimentos, pasaba por «ganar espacio para uso agrícola» en Europa mediante la conquista e, implícitamente, la expulsión o reducción de la gente que viviera en los espacios conquistados. «El problema de Alemania—afirmó—sólo se puede resolver mediante el uso de la fuerza».[93]

Hitler continuó avisando de que otras naciones se estaban poniendo al día cuanto a armamento y que la crisis de suministros alimentarios llegaría pronto a un punto crítico. Hossbach apuntó que el discurso de Hitler contenía un tono de ansiedad nuevo con respecto a su propia salud: «Si el Führer continuaba con vida era por su determinación inalterable de resolver el problema de espacio de Alemania a más tardar en 1943-1945».

Emprendería incluso antes acciones militares si Francia se veía debilitada por una grave crisis interna o entraba en guerra con otro Estado. En cualquier caso, si llegaba la guerra, la prioridad de Alemania sería derrotar a Austria y Checoslovaquia para reducir la amenaza en el flanco sudeste. La deportación forzosa de 2 millones de personas de Checoslovaquia y de un millón de Austria dejaría disponible el suministro de alimentos para los alemanes. Era poco probable, añadió, que los británicos y los franceses intervinieran, y los polacos permanecerían neutrales si los alemanes salieran victoriosos.[94] Así, la respuesta de Hitler a la falta de suministros no era reducir la velocidad del rearme sino acelerar la conquista de «espacio vital». A pesar de las dudas de algunos de los presentes en la reunión, Hitler siguió adelante con el rearme a un ritmo cada vez más frenético. Las cautelas de Schacht y de sus aliados—entre los que se contaban algunos de los presentes en la reunión—fueron ignoradas. La solución de los problemas económicos de Alemania se posponía a la creación de «espacio vital» en el Este. Con un Hitler de tal humor, la posición de Schacht se había vuelto insostenible. El 26 de noviembre de 1937 Hitler aceptó su dimisión como ministro de Economía. La gestión de la economía pasó a manos de Hermann Göring. La exposición del estado de la cuestión a principios del mismo mes hacía evidente que la misión de Göring sería asegurarse de que se levantarían los frenos al rearme con independencia de los problemas económicos que esto causara.[95]

Pronto se pudieron percibir los resultados de estos cambios. La velocidad del rearme aumentó todavía más. Como Schacht había previsto, en 1938 los gastos de los preparativos para la guerra se habían descontrolado: se habían gastado 9.137 marcos en el Ejército de Tierra, por 478 millones gastados en 1933; 1.632 en la Armada, por 192 cinco años antes; y 6.026 en las Fuerzas Aéreas, por 76 millones en 1933. Si se incluían los gastos administrativos y del rescate de las obligaciones MeFo, los costes del rearme habían pasado de representar un 1,5 por 100 de la renta nacional en 1933 a un 7,8 por 100 en 1934, un 15,7 por 100 en 1936 y un 21 por 100 dos años más tarde, cuando la renta nacional casi se había doblado en el mismo periodo. Las finanzas del Reich, que habían registrado un modesto superávit en 1932, arrastraban un déficit de 796 millones de

marcos en 1933, que creció a prácticamente 9.500 millones de marcos en 1938. Actuando ahora como presidente del Reichsbank, Schacht escribió una carta personal a Hitler el 7 de enero de 1939, firmada también por el resto de directores del banco, en que le advertían de que «forzar en exceso el gasto público» estaba conduciendo a «la aparición del peligro de la inflación». «La expansión sin límites del gasto público—decían a Hitler—destruye cualquier intento de poner en orden el presupuesto. A pesar de que se han apretado las tuercas enormemente en los impuestos, las finanzas del Estado están al borde de la ruina y están debilitando el banco emisor y su moneda». Hitler respondió a la misiva despidiendo a Schacht y a todo el consejo directivo al cabo de unos días, el 20 de enero de 1939. Hitler dijo a Schacht que ya no encajaba en el orden nacionalsocialista.[96]

Schacht emprendió unas largas vacaciones a India y a su regreso se retiró de la vida pública. Después de la muerte de su primera esposa, se casó con una mujer treinta años más joven que él y que trabajaba en la Casa del Arte Alemán de Munich. Tras pasar la luna de miel en Suiza en 1941, vivieron tranquilamente en el campo, aunque Schacht mantuvo una serie de títulos más o menos vacíos de contenido, como el de ministro sin cartera. Su sucesor fue el antiguo secretario de Estado del Ministerio de Propaganda, Walther Funk, impulsado al Ministerio de Economía por Göring el 15 de febrero de 1938. Funk asumió también la dirección del Reichsbank y subordinó ambas instituciones al Plan Cuatrienal. Resulta poco sorprendente que aquello que Schacht y sus directores, algunos de los cuales fueron rehabilitados, llamaron «hábitos de gasto desenfrenados de las finanzas públicas» siguieran como antes, incluso a un ritmo más frenético. El 15 de junio de 1939 se promulgó una ley que eliminaba los límites para la emisión de moneda, haciendo realidad los temores de Schacht. Pero a Hitler y la cúpula nazi les daba igual. Contaban con la invasión y conquista de la Europa del Este para cubrir los gastos. En febrero de 1934, Hitler había afirmado que el rearme debía completarse en 1942. Cuando se puso en marcha el Plan Cuatrienal, la fecha se había avanzado a 1940. Los problemas económicos de Alemania, como siempre había dicho Hitler, sólo se podían solucionar definitivamente mediante la guerra.[97]

III

El giro del Nuevo Plan al Plan Cuatrienal en 1936 evidenciaba la creciente sensación de urgencia con que Hitler perseguía ahora su objetivo. Pero ninguno de los dos podía ser definido con exactitud como plan. En tanto que máximo responsable en los primeros años del Tercer Reich, Schacht por lo menos había mantenido una concepción de la economía y las finanzas del Estado como un conjunto. Pero Göring, a pesar de toda su energía, ambición y comprensión intuitiva del funcionamiento del poder, no poseía esta visión global. No tenía una idea muy cabal de la economía y las finanzas. No estableció unas prioridades claras, ni pudo hacerlo, ya que Hitler iba cambiando su opinión sobre cuál de los brazos del Ejército —Fuerza Aérea, Armada, Tierra—debía figurar el primero en el reparto. Se elaboraban constantemente nuevos proyectos que eran inmediatamente sustituidos por otros más ambiciosos. El caos de funciones solapadas y en competencia en la gestión de la economía fue definido más adelante por un funcionario veterano como «la jungla organizativa del Plan Cuatrienal». Existía una contradicción fundamental entre la vía autárquica en la anticipación de una guerra larga y el rearme temerario de los preparativos para un conflicto inminente. Nunca se resolvió. Tampoco la información estadística necesaria para elaborar un planteamiento racional. A pesar de su elaborada estructura, que incluía un Consejo General que se suponía debía coordinar las operaciones y armonizar las actividades de los diversos ministerios del gobierno implicados, el Plan Cuatrienal consistió en realidad en poco más que una serie de iniciativas deslavazadas. Aun así, éstas tuvieron algún éxito. La producción de carbón, por ejemplo, creció un 18 por 100 entre 1936 y 1938, la de lignito, un 23 por 100, y la de coque un 22 por 100. En 1938, Alemania producía un 70 por 100 de aluminio más que dos años antes y había adelantado a Estados Unidos como principal productor mundial. En 1932 Alemania sólo podía abastecer el 5,2 por 100 de la demanda de producción textil, esencial, entre otras cosas, para los uniformes militares. La creciente producción de rayón y otras fibras artificiales aumentó el porcentaje a un 31 por 100 en 1936 y a un 43 por 100 en 1939. El objetivo de eliminar la dependencia alemana de carburantes

importados casi se cumplió al alcanzar la producción de petróleo un 63 por 100 y la de carburantes sintéticos un 69 por 100 entre 1937 y 1939. En 1937 Hitler anunció el establecimiento de «dos fábricas gigantes de caucho sintético» que pronto abastecerían la demanda en Alemania.[98]

Pero estas cifras tan impresionantes escondían el fracaso del Plan Cuatrienal a la hora de producir el resultado deseado de hacer Alemania completamente autosuficiente en 1940. Para empezar, el Plan no resolvió el problema crónico de la balanza de pagos. A pesar de que las exportaciones crecieron en 1937, volvieron a caer en 1938 cuando los fabricantes alemanes confiaron en contratos internos seguros y lucrativos en vez de arriesgar sus productos en los mercados mundiales. En los dos años, el valor de las exportaciones fue sobrepasado por el de las importaciones, reduciendo todavía más las ya mermadas reservas alemanas de moneda extranjera. Quizá fue esta cuestión, más que ninguna otra, la que llevó a Schacht a separarse cada vez más del régimen que había servido tan fielmente desde el primer momento.[99] Las importaciones siguieron siendo vitales en diversos campos después de que él hubiera salido de escena. A pesar de aumentar masivamente su producción, las fábricas alemanas de aluminio, por ejemplo, dependían casi enteramente en las materias primas importadas. El acero de calidad superior también dependía de metales que no se podían encontrar en Alemania. En 1938, la producción de caucho sintético significaba menos del 5 por 100 del consumo interior alemán; sólo se habían producido 5.000 toneladas a pesar de que el objetivo era de 29.000. En 1939, Alemania todavía dependía de las importaciones para la mitad del petróleo que consumía. La expansión hacia el Este debía proporcionar nuevas fuentes de aprovisionamiento, pero no aliviaría la escasez de caucho. Por encima de todo, los incrementos en la producción se deben contraponer a un aumento importantísimo en la demanda, sobre todo por parte de las Fuerzas Armadas. En un primer momento, las Fuerzas Armadas habían concebido el rearme como un medio de reforzar las defensas alemanas; pero el objetivo a largo plazo siempre fue la preparación de una guerra hacia el Este, y en diciembre de 1935 el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor, se basó en la experiencia exitosa de unas maniobras realizadas el verano anterior para solicitar la creación de un

Ejército más ágil, aumentando el número de brigadas de tanques y de unidades motorizadas de infantería. A mediados de 1936, el Ejército planeaba añadir tres divisiones blindadas y cuatro divisiones motorizadas a las 36 existentes en tiempos de paz. Todo esto requeriría grandes cantidades de acero y de carburante.[100]

La construcción de la fuerza naval era menos urgente, ya que el principal objetivo de Hitler a corto y medio plazo era la conquista de Europa, y, sobre todo, la de la Europa del Este. Pero a largo plazo, como había indicado en su segundo e inédito libro, contemplaba un enfrentamiento transcontinental titánico con Estados Unidos, y por ello también sería necesario contar con una gran Armada. En la primavera de 1937 incrementó de cuatro a seis el número de acorazados que se debían construir hasta 1944. Además, se tenían que construir cuatro acorazados de los llamados *de bolsillo* (orden cambiada en 1939 por tres cruceros de guerra), y la velocidad de construcción aumentó al acercarse la amenaza de una guerra con Gran Bretaña. Los gastos en la Armada crecieron de 187 millones de marcos en 1932 a 497 dos años más tarde, 1.161 millones en 1936 y 2.390 millones en 1939. En 1936 la construcción de barcos significaba cerca de la mitad del gasto de la Armada, aunque en vísperas de la guerra el porcentaje había caído a menos de una cuarta parte al empezar el reclutamiento para abastecer la nueva flota y la fabricación de municiones para las nuevas armas. En 1938 se creía que la flota proyectada necesitaría seis millones de toneladas de fuel y dos millones de toneladas de Diésel al año, en un contexto en que el consumo de aceites minerales en el conjunto de Alemania era de seis millones, de los que menos de la mitad se producían en el país. Los proyectos para la expansión de las Fuerzas Aéreas eran todavía más ambiciosos, y se tuvieron que enfrentar rápidamente con inconvenientes parecidos. Haciendo caso omiso de las objeciones del Ejército de Tierra y de la Armada, que veían a los aviones como poco más que fuerzas de apoyo, Hitler creó el 10 de mayo de 1933 un Ministerio de Aviación bajo la dirección de Hermann Göring, antiguo piloto. Con la ayuda de su secretario de Estado, el dotado y enérgico Erhard Milch, antiguo director de las líneas aéreas Lufthansa, adoptó de inmediato un plan redactado por otro director de la Lufthansa, Robert Knauss, que preveía una

fuerza aérea independiente diseñada para mantener una lucha en dos frentes contra Francia y Polonia. Los bombarderos de largo alcance eran la clave del éxito, sostenía Knauss. En 1935, se había reorganizado la producción de aparatos, con muchas empresas realizando componentes, ahorrando tiempo a los grandes fabricantes, como Junkers, Heinkel y Dornier. Pronto se añadieron cazas defensivos entre los objetivos del ministerio. En julio de 1934, un programa a largo plazo preveía la fabricación de más de 2.000 cazas, otros 2.000 bombarderos, 700 bombarderos Stuka [*Sturzkampfflugzeug*, bombardero en picado], más de 1.500 aviones de reconocimiento y miles de aviones de entrenamiento más para finales de marzo de 1938. Sin embargo, en 1937 la escasez de hierro y acero empezó a afectar seriamente estos planes tan ambiciosos. Los cambios constantes en el diseño de los bombarderos reducían todavía más la velocidad. Entre 1937 y 1938 la producción de aviones cayó, de hecho, de 5.600 a 5.200.[101]

Mientras, las importaciones de mineral de hierro crecieron de poco más de 4,5 millones de toneladas en 1933 a casi 21 millones de toneladas en 1938; la vía del rearme estaba negando la vía de la autarquía. A pesar de ello, las restricciones de cambio limitaron en gran medida la compensación del déficit de materias primas mediante importaciones. En 1939, el Ejército de Tierra estaba imponiendo lo que un informe estadounidense describió más tarde como «restricciones drásticas en el uso de vehículos de motor para ahorrar caucho y gasolina». Ya en 1937 sólo recibía la mitad de acero que pedía. Las municiones eran escasas, y se construían menos barracones de los que se necesitaban para albergar el número creciente de efectivos. La Armada era incapaz de obtener el acero que necesitaba para completar su programa de construcción de buques.[102] En 1937, las Fuerzas Aéreas sólo recibían un tercio del acero necesario para alcanzar sus objetivos de producción. Sin embargo, en octubre de 1938 Göring anunciaba que el tamaño de las Fuerzas Aéreas se había multiplicado por cinco, unas dimensiones tan enormes que habrían necesitado la importación del 85 por 100 de la producción mundial de carburante para aviación para hacerlas funcionar. En vistas al comienzo de la guerra, previsto para finales de 1941 o inicios de 1942, debían estar preparados para la acción cerca de 20.000 aparatos de aviación. Cuando la guerra estalló, las Fuerzas Aéreas sólo

contaban con 4.000 aviones preparados para la acción. Era un número impresionante, especialmente si se comparaba con la situación de seis años antes, pero estaba muy por debajo del objetivo previsto por Göring.[103]

En 1939, la escasez de materias primas acarreaba consecuencias grotescas para la vida cotidiana de los alemanes de a pie. A partir de 1937, el régimen empezó a fomentar la recolección de chatarra para alimentar las demandas insaciables de la industria del hierro y acero. La entrega a las autoridades de objetos viejos o inutilizados de metal se convirtió en un deber patriótico. Se designó un comisionado, Wilhelm Ziegler, para organizar la recolección y, cada vez más, la requisa forzosa de chatarra. En 1938 ordenó requisar las vallas metálicas de los jardines de todo el Reich. Camisas pardas uniformados arrancaban a la fuerza los cercados de fábricas, iglesias, cementerios y parques. Los postes metálicos del alumbrado fueron sustituidos por otros de madera. Las vallas de hierro que protegían mausoleos familiares fueron arrancadas por bandas de camisas pardas, quienes también registraban fábricas y centros de trabajo en busca de alambres, tuberías y otros objetos metálicos en desuso. Muchachos de las Juventudes Hitlerianas registraban bodegas y desvanes privados en busca de platos viejos de estaño, radiadores metálicos fuera de uso, llaves viejas y similares. En todas partes se formaron comités locales para organizar la caza de chatarra. El metal que no fuera para utilización militar estaba estrictamente racionado, y se imponían multas muy altas a los constructores que instalaban calefacción central con cañerías metálicas en lugar de hornillos cerámicos, más pasados de moda. Cuando se instalaba un lavabo en una casa, las cañerías tenían que ser de arcilla y no de hierro. Los propietarios de casas y los ayuntamientos intentaban sustituir los postes de alumbrado y verjas de hierro confiscados por otros de madera, pero también había escasez de madera, lo que también hacía que el papel fuera escaso. Se dieron instrucciones de reducir la utilización de madera en los proyectos de construcción en un 20 por 100, mientras en los entornos rurales se debía quemar turba en lugar de madera. También se racionó el carbón para uso doméstico. Se limitó oficialmente la utilización de oro por parte de los relojeros. Empezó a florecer un mercado negro de metal para lavadoras y

otros aparatos domésticos. Se dieron casos de robo y venta de cobre y otros metales a fabricantes de armas, quienes estaban tan desesperados que no preguntaban de dónde procedía el material.[104]

IV

Además de la escasez de materias primas, el programa de rearme también ocasionó problemas de mano de obra que se fueron agudizando con el tiempo. Mientras la producción de carbón, hierro y acero, maquinaria, la industria manufacturera y la armamentística absorbían la mano de obra disponible especializada o semiespecializada, el régimen se vio obligado a reconsiderar su actitud hacia el trabajo femenino. Las mujeres podían no estar capacitadas para trabajar en la industria pesada, pero seguramente podían ocupar puestos administrativos y en las cadenas de montaje de los sectores modernos de la economía como el químico y el electrotécnico y, más en general, en la producción de bienes de consumo. El gobierno retiró mediante una serie de decretos de los años 1936-1937 el requisito según el cual las mujeres casadas que hubieran recibido un crédito de matrimonio debían dejar su empleo y no podían aceptar otro. La medida conllevó un incremento inmediato del número de solicitudes de créditos, como era de esperar, y avanzó una reorientación general de la política hacia el trabajo femenino. Sólo en un área, en buena parte por casualidad, las restricciones se hicieron más duras. Después de una conferencia en el Ministerio de Justicia celebrada en agosto de 1936, en la que los participantes plantearon la cuestión de la participación de las mujeres en el sistema judicial, Martin Bormann preguntó a Hitler si se debía permitir a las mujeres ejercer como abogadas. La respuesta de Hitler fue comprensiblemente negativa: las mujeres, dijo a Bormann, no podían ser jueces ni abogadas; si estaban legalmente capacitadas, había que encontrarles trabajo en el sector público.[105] Sin embargo, al margen de este sector, las mujeres ya estaban regresando al mundo laboral en grandes cantidades. El número de mujeres médicos creció de 2.814, un 6 por 100 de la profesión, en 1934, a 3.650, un 7 por 100 de la profesión, a principios de 1939, momento en que el 42 por 100 de éstas estaban casadas. De un modo todavía más significativo, el

número de mujeres que trabajaban en la industria creció de 1.205.000 en 1933 a 1.846.000 en 1938. La escasez creciente de mano de obra en el campo también conllevó un incremento de la presencia de mujeres en las explotaciones agrícolas. Consciente de la necesidad de proporcionar ayudas especialmente a las trabajadoras casadas con hijos, el Frente Alemán del Trabajo, sucesor nazi de los antiguos sindicatos, ejerció una presión creciente sobre los patronos para que establecieran guarderías de día para los hijos más pequeños de las trabajadoras y regularan las jornadas y las condiciones de trabajo de las mujeres para que su salud no se resintiera.[106]

En febrero de 1938, la organización del Plan Cuatrienal anunció que todas las mujeres menores de veinticinco años que desearan trabajar en la industria o en el sector servicios tenían que cumplir antes un año de trabajo en una explotación agrícola (o en servicios domésticos si las trabajadoras estaban casadas). Ampliado diez meses más tarde, el plan movilizó a 66.400 mujeres jóvenes en julio de 1938, y otras 217.000 en julio de 1939. La medida tuvo mucho más éxito que el servicio laboral voluntario promovido por las diversas organizaciones femeninas nazis con un propósito similar y cuyos programas sólo movilizaban en 1939 a poco más de 36.000 mujeres jóvenes, la mayoría en explotaciones agrícolas.[107] Una de estas mujeres jóvenes fue Melita Maschmann, activista de la Liga de Muchachas Alemanas, que prestó servicio laboral en el área rural de la Prusia oriental. Aquí Maschmann se encontró con un grado de pobreza y atraso completamente extraño a su entorno confortable en la clase media alta de Berlín. Las largas jornadas de trabajo físico sólo encontraban alivio en breves periodos de deporte, instrucción política y canto. A pesar de la dureza, en tanto que miembro comprometida de la Liga de Muchachas Alemanas, encontró que la experiencia era edificante, incluso inspiradora. Más adelante confesó:

> Nuestra comunidad en el campamento era un modelo en miniatura de lo que imaginaba que debía ser la Comunidad Nacional. Era un modelo absolutamente exitoso. Nunca antes había encontrado una comunidad tan buena, incluso allí donde la composición era más homogénea en todos los sentidos. Entre nosotras había chicas campesinas, estudiantes, chicas que trabajaban en fábricas, peluqueras, alumnas de colegios, trabajadoras de oficina, etc. [...] La conciencia de que este modelo de Comunidad Nacional me había proporcionado tal grado de felicidad dio lugar a

> un optimismo del que no me despegué hasta 1945. Basándome en esta experiencia, creí, a pesar de todas las evidencias en contra, que el patrón de nuestro campo se multiplicaría un día a una escala infinita—si no en la siguiente generación, sí en las futuras.[108]

Pero para los campesinos, las chicas de ciudad, poco formadas, eran a menudo de poca utilidad. Además, en vísperas de la guerra, en 1939, dos tercios de las mujeres casadas todavía no estaban registradas como empleadas. Si trabajaban lo hacían a menudo sin registrarse, como mujeres de la limpieza a media jornada o como asistentas en hogares, especialmente en el campo.[109]

Por el contrario, en 1939 más del 90 por 100 de las mujeres adultas solteras trabajaban. Aun así, el incremento desde 1933 del número de trabajadoras en la industria no se desarrolló a la misma velocidad que el de hombres: de hecho, entre 1933 y 1939 el porcentaje de mujeres que trabajaban en la industria cayó, desde un porcentaje del 29 por 100 a un poco por encima del 25 por 100. Los intentos del Frente del Trabajo para convencer a las empresas de que dieran facilidades a las madres trabajadoras no habían dado resultado. La movilización de la potencial mano de obra femenina también chocó con la constante insistencia del régimen y de sus líderes en que el papel más importante de la mujer era tener hijos y criarlos para el Reich. Los créditos para matrimonios, con sus pluses por cada hijo, y la recuperación generalizada del empleo entre los hombres durante el proceso de rearme hacía que a muchas madres les pareciera innecesario someterse a la dureza del trabajo en una fábrica cuando cuidaban de sus familias. En efecto, hacia finales de 1937, el gobierno intentó que las chicas que dejaban la escuela se instruyeran en labores domésticas y el cuidado de niños antes de entrar en el mercado laboral. En realidad, ni los hombres que trabajaban ni sus compañeras ni el régimen consideraban apropiado que las mujeres trabajaran en la industria pesada del hierro y el acero ni en otras industrias relacionadas con el armamento en lo que en general se consideraba un trabajo de hombres. A pesar de la presión de las Fuerzas Armadas para la movilización de lo que un funcionario veterano describió en junio de 1939 como una enorme mano de obra potencial de 3,5 millones de mujeres que entonces no tenían empleo

remunerado, la contradicción entre los intereses económicos y la ideología hizo que no se hiciera nada para reclutar mujeres en la producción de guerra antes de 1939.[110]

Entre bastidores, a Hitler y la cúpula nazi también les inquietaba otro problema potencial. Creyendo, como así lo creían, que Alemania había perdido la Primera Guerra Mundial en el frente interno y no en las trincheras, estaban preocupados casi hasta la obsesión por evitar lo que veían como una repetición de la pobreza, privaciones y penalidades sufridas entre 1914 y 1918 por las familias de los soldados. La conciencia de la situación, creían, había desmoralizado a las tropas y había hecho que la población en general fuera más susceptible a los halagos de los subversivos y los revolucionarios. A finales de los años treinta, el fantasma de 1918 perseguía todos los preparativos de guerra de los nazis. Reclutar a mujeres en el trabajo en las fábricas le habría dado una forma concreta. Con el estallido de otra guerra, los hombres llamados a filas habrían luchado más duramente si sabían que sus esposas no tenían que trabajar como esclavas durante largas horas en las cadenas de montaje produciendo munición y que el Tercer Reich cuidaba de ellas y de sus hijos.[111] Así, el régimen tenía que buscar en otro lugar para encontrar mano de obra cuando el rearme empezó a intensificar la demanda de trabajos especializados a partir de 1936. Es decir, mano de obra extranjera. El reclutamiento y prácticamente todos los aspectos del control de obreros de otros países ya había sido centralizado por el Ministerio de Trabajo en 1933, basándose en leyes y normativas previas que daban prioridad a los obreros alemanes y reducían a los extranjeros a la categoría de ciudadanos de segunda. En verano de 1938 los trabajadores extranjeros eran en su mayoría obreros no cualificados y se reclutaban para aliviar la escasez desesperada de mano de obra en explotaciones agrícolas y para trabajar en la construcción. El grueso de esta fuerza de trabajo estaba compuesto por temporeros polacos e italianos. Entre 1936-1937 y 1938-1939, el número de trabajadores extranjeros creció de 274.000 a 435.000. Aun así, los trabajadores extranjeros eran un colador para la economía porque enviaban moneda a sus países. Así, a menos que se encontrara la manera de detener el daño que hacían a la balanza de pagos alemana, había que contener este contingente. En 1938-1939 empezó a

vislumbrarse la solución, ligada, como tantos otros aspectos de la economía, a la conquista de territorios mediante la guerra. Se podrían reclutar trabajadores extranjeros en trabajos forzados entre los prisioneros de guerra y otros grupos en países como Polonia y Checoslovaquia una vez los alemanes hubieran asumido su control. Éstos estarían sujetos a un régimen especialmente duro que garantizaría que harían lo que se les ordenara. En agosto de 1938 se introdujeron nuevas normativas a este respecto, endurecidas en junio de 1939. Durante la guerra iban a alcanzar extremos draconianos.[112]

Mientras tanto, sin embargo, estas medidas hicieron poco para aliviar los problemas inmediatos que intentaban resolver. Las dificultades que experimentaba la economía alemana en 1938-1939 testimoniaban las contradicciones fundamentales inherentes al Plan Cuatrienal. Su objetivo principal era hacer que Alemania fuera autosuficiente en cuanto a comestibles y materias primas en vistas a una guerra como la de 1914-1918, un precedente que Hitler nunca perdía de vista. Se esperaba que en algún momento de principios de los años cuarenta comenzara una guerra europea, enfocada a la invasión del Este pero en la que se incluía el enemigo tradicional, Francia, y quizá también Gran Bretaña. Pero, acelerando la velocidad del rearme, el Plan creó tensiones y escaseces que sólo se podían resolver avanzando la fecha de la acción militar para obtener nuevos suministros de materias primas y comestibles en los países conquistados, como Austria y Checoslovaquia. Esto significaba, a su vez, que la guerra general podía estallar antes de que Alemania estuviera preparada del todo. La guerra que se avecinaba tenía que ser rápida y terminante porque en 1938-1939 la economía no estaba preparada para sostener un conflicto prolongado.[113] Hitler empezó a ver la solución en 1937, cuando, en la reunión de la que tomó apuntes Friedrich Hossbach, el Führer dijo a los responsables militares que la próxima «invasión de los checos» debía llevarse a cabo a «la velocidad del rayo».[114] El estado de la economía sencillamente no permitía un conflicto largo. El concepto de «guerra relámpago», *Blitzkrieg*, había nacido. Pero ni la planificación económica, ni la tecnología militar, ni la producción armamentística, era de ninguna ayuda para llevarla a cabo.

V

El Plan Cuatrienal determinó una escalada en la intervención estatal en la economía. El régimen, y no la industria, imponía las prioridades, y se establecieron mecanismos para asegurar que las empresas las cumplirían fueran cuales fuesen las consecuencias. Los responsables del Plan eran todos nacionalistas de la línea dura: Göring, al mando, los líderes regionales Walter Köhler y Adolf Wagner, el «viejo combatiente» Wilhelm Keppler y otros, que habían desplazado a los burócratas económicos conservadores que trabajaban con Schacht. Sin embargo, al mismo tiempo, dada la prioridad que el Plan daba a los carburantes y al caucho sintéticos, así como a los fertilizantes químicos para la agricultura y las fibras sintéticas para ropa y uniformes, no resulta sorprendente que los responsables de I. G. Farben, la gigantesca empresa que recibía los encargos de fabricar estos productos, desempeñaran un papel determinante en la administración del Plan. Entre éstos, el más destacado fue uno de los directores de la empresa, Carl Krauch, al cargo de la investigación y el desarrollo del Plan, pero había otros, especialmente Johannes Eckell, jefe del departamento químico. Evidentemente, estos dos hombres fueron nombrados por su experiencia, pero ejercieron su trabajo en interés de su propia empresa. Esta circunstancia ha llevado a algunos historiadores a definir el Plan Cuatrienal como «Plan I. G. Farben» y a atribuir buena parte del empuje de los programas de armamento y autarquía a la codicia de la gran empresa. En efecto, después de la guerra 23 ejecutivos de la empresa fueron juzgados en Nuremberg por conspiración en la preparación y estallido de la guerra. Aunque fueron exculpados de los cargos, mucha literatura, y no toda marxista, ha atribuido a I. G. Farben en concreto y a las grandes empresas alemanas en general buena parte de la responsabilidad en el camino que llevó a Europa y al mundo a la guerra entre 1933 y 1939.[115] Más en general, gran cantidad de textos marxistas y neomarxistas, tanto en la época como más adelante, especialmente en los años cincuenta y sesenta, han intentado defender que la política económica del Tercer Reich y, finalmente, también, su política extranjera y militar estaba dirigida por intereses capitalistas.[116]

Aun así, ya en los años sesenta, algunos historiadores marxistas empezaron a sostener que en la Alemania nazi la economía estaba sujeta a «la primacía de la política», en la que los parámetros clave estaban determinados más por la ideología que por intereses capitalistas.[117] Lo cierto es que el sistema económico del Tercer Reich es difícil de categorizar. De algún modo, su irracionalidad consumada socava cualquier intento de definirlo como sistema. De modo superficial, el Plan Cuatrienal de Alemania recordaba bastante el Plan Quinquenal de la Unión Soviética de Stalin. Pero el planteamiento económico nazi no estaba pensado en ningún modo para promover los intereses de la clase trabajadora, como sí lo estaba el plan soviético, por lo menos oficialmente. Mientras el planteamiento soviético bajo Stalin eliminaba más o menos el mercado y la empresa libre, el planteamiento nazi dejaba intacto el mundo de los negocios, desde las grandes empresas como I. G. Farben hasta los pequeños comerciantes detallistas y los talleres artesanales. Por otro lado, la retórica nazi, especialmente en los años veinte, tenía un sabor fuertemente anticapitalista, de modo que no es extraño que el mundo de los negocios no empezara a acercarse al partido hasta después de que Hitler se convirtiera en canciller en enero de 1933. La destrucción del movimiento obrero en los meses siguientes convenció a muchos hombres de negocios de que era bueno apoyar al nuevo régimen. Pero con el tiempo los hombres de negocios se encontraron con que el régimen tenía sus propios objetivos y que éstos divergían cada vez más de los suyos. El principal de ellos fue el camino cada vez más frenético hacia el rearme y los preparativos para la guerra. Al comienzo, el mundo de los negocios estaba feliz de acomodarse a este objetivo, que le proporcionaba nuevos pedidos cada vez mayores. Incluso los productores de bienes de consumo se beneficiaron de la recuperación económica impulsada por el rearme. Pero al cabo de unos años, cuando las demandas del régimen empezaron a superar la capacidad de la industria alemana, empezaron a crecer las dudas de los industriales.[118]

Pocos industriales reaccionaron a este proceso con tanta aspereza como el magnate del acero Fritz Thyssen, cuyo apoyo al Partido Nazi antes de 1933 fue tan extremo como el desencanto que sentía hacia el movimiento seis años más tarde. En 1939, Thyssen condenó con amargura

la dirección estatal de la economía y profetizó que los nazis empezarían pronto a ejecutar a los industriales que no cumplieran las condiciones prescritas por el Plan Cuatrienal, como había pasado con sus iguales en la Rusia soviética. Cuando estalló la guerra huyó al extranjero, sus propiedades fueron confiscadas por la Gestapo, y fue finalmente detenido en Francia y enviado a un campo de concentración.[119] Sin embargo, la alarma que Thyssen sentía por las crecientes injerencias del Estado en la economía era compartida por muchos otros. En el centro de sus preocupaciones figuraba el Plan Cuatrienal. En un intento de aumentar el suministro de materias primas en el interior, Göring había amonestado antes a los industriales por su egoísmo al exportar sus productos en beneficio propio en lugar de utilizarlos para sostener el rearme alemán. Luego asumió las riendas, nacionalizando los depósitos privados de mineral de hierro, asumiendo el control de las acerías privadas y estableciendo una nueva empresa, conocida como Hermann Göring Reichswerke.

Fundada en julio de 1937, esta empresa de propiedad y gestión estatal, establecida en Salzgitter, estaba diseñada para producir y procesar mineral de hierro alemán de baja calidad a precios antieconómicos, algo que la industria privada se había resistido a hacer. La Hermann Göring Reichswerke utilizaría dinero del Estado para comprar coque y otras materias primas, y también la fuerza de trabajo, por encima del precio de mercado, forzando a las empresas privadas a competir. La consecuencia sería aumentar el precio del hierro y el acero alemán y dificultar su exportación; aunque las exportaciones eran en esa época donde se hacían más beneficios. Peor aún, la Hermann Göring Reichswerke empezó pronto a absorber pequeñas empresas del mismo sector y, en abril de 1938, la empresa de fabricación de armas Rheinmettal-Borsig. La nacionalización del gran grupo Thyssen fue, de hecho, parte de un proceso más amplio por el que Göring sometió a la industria para servir a los intereses de la autarquía y el rearme. Industriales de empresas como la Vereinigte Stahlwerke, que se habían mantenido en un segundo plano mientras Schacht todavía ostentaba responsabilidades, se opusieron ferozmente al aumento de poder por parte del Estado y a la competencia subvencionada por el Estado con sus propias empresas. Empezaron a intrigar contra el Plan Cuatrienal y

a discutir la manera de reducir los controles estatales. Göring instaló micrófonos en sus reuniones secretas y grabó sus conversaciones telefónicas y llegó a citar a dos de los principales conspiradores a su despacho para hacerles escuchar las grabaciones. Enfrentados a esta presión, y a la amenaza más que implícita de ser detenidos y enviados a campos de concentración, los industriales, desencantados y divididos, se vinieron abajo.[120]

Un ejemplo paradigmático, en muchos aspectos, fue el del magnate del acero y fabricante de armas Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, presidente de la empresa Krupp desde la sede de la casa en Essen (Ruhr) por matrimonio desde 1906. Los Krupp tenían una conexión antigua y muy estrecha con el estado prusiano, al que abastecían de armas. El káiser Guillermo II en persona le había dado permiso para añadir el nombre de Krupp al suyo al casarse con la heredera de la familia, Bertha. Desde ese momento, Gustav, diplomático de carrera hasta ese momento (aunque también pertenecía a una familia de industriales), consideró que su principal tarea en la vida era preservar la empresa. Rígido, formal, frío e inflexible, trabajaba largas jornadas en beneficio de los intereses de la empresa, y fue recompensado con pedidos enormes de armamento que hicieron que, en 1917, el 85 por 100 de la producción de Krupp consistiera en productos relacionados con la guerra. Aunque inactivo en política, Gustav era, como muchos industriales, conservador y nacionalista; Alfred Hugenberg fue el presidente del consejo supervisor de la empresa a partir de 1909, y ambos compartían muchas opiniones. Paternalista, proporcionaba vivienda, asistencia y otros beneficios a sus trabajadores a cambio de comprometerse a no afiliarse a sindicatos ni a desarrollar actividades políticas. Gustav pensaba que el Estado debía hacer lo mismo, cuidar de las masas mientras éstas fueran leales. Durante la inflación de la posguerra, este modo de hacer se hizo más difícil para la empresa, y todavía más durante la ocupación francesa de 1923, durante la cual Gustav permaneció en prisión por unos meses por fomentar supuestamente la resistencia alemana. A pesar de todo, la empresa sobrevivió, reorientando con éxito su producción adaptándola a los tiempos de paz, hasta que recibió el golpe de la crisis económica

mundial en 1929. En 1933 su producción de acero y carbón se había reducido a la mitad de la de 1927, y su fuerza de trabajo en Essen se había reducido de 49.000 a poco más de 28.000.[121]

Todos estos acontecimientos no hicieron que Gustav Krupp apoyara el nazismo. Por el contrario, veía su demagogia con considerable disgusto, prefiriendo entregar su apoyo al gobierno radical conservador de Franz von Papen. La importancia de Krupp se veía fortalecida por su posición como presidente de la Asociación de la Industria Alemana del Reich, la organización nacional de patronos, en nombre de la cual hizo campaña contra la idea de autarquía y promovió la idea de un Estado fuerte que reprimiera a los sindicatos, cortara los gastos sociales y suministrara la estabilidad política necesaria para la recuperación de la economía. Como muchos otros, al principio vio el nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933 como la creación de otro gobierno efímero de Weimar. En la campaña electoral siguiente entregó dinero a Papen y el Partido Popular alemán en la esperanza desesperada de una victoria conservadora. Presionado por Thyssen y otros partidarios del nuevo régimen, se vio obligado a aceptar la «coordinación» de la Asociación del Reich. Cuando Paul Silverberg, un industrial de Colonia y uno de los máximos representantes de la Asociación, fue privado de su posición en 1933 y obligado a exiliarse por ser judío, Krupp insistió en visitarle a su nuevo hogar en Suiza. En los primeros años de poder nazi no se afilió al partido, y aunque se convirtió en director de la «Donación Adolf Hitler de la Economía Alemana», que entregó dinero regularmente al Partido Nazi desde junio de 1933, el gesto obedeció en buena parte al deseo de defenderse de las numerosas y rapaces demandas a los industriales y patronos por parte de líderes regionales, bandas de camisas pardas y funcionarios locales del partido para que hicieran donaciones *ad hoc*. Un visitante que se encontró con Krupp en Berlín a finales de 1934 lo encontró desesperado por la naturaleza arbitraria del gobierno del partido. «Créeme —dijo—, estamos peor aquí que los nativos de Tombuctú».[122]

A pesar de ello, en los primeros años del Tercer Reich, Krupp no estaba del todo insatisfecho con el régimen. Le daban tranquilidad la presencia en el gobierno de hombres como Papen y Schacht, el dominio en

las Fuerzas Armadas de oficiales como Blomberg y Fritsch, las políticas financieras relativamente ortodoxas del Ministerio de Economía y, por encima de todo, los abultados libros de pedidos que se transformaron en la duplicación de los beneficios de Krupp en 1935 y el incremento de la fuerza de trabajo en Essen de 26.360 a comienzos de octubre de 1932 a 51.801 dos años más tarde. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Krupp empezó a encontrar que el nuevo régimen no permitía a su empresa la libertad de acción que deseaba. Una parte importante del crecimiento de su empresa dependía de las exportaciones, incluyendo importantes contratos de armamento con Turquía y América Latina, y Krupp estaba lo suficientemente preocupado por el creciente camino del régimen hacia la autarquía como para manifestarse públicamente en contra de ella en 1935. Siguió manteniendo en cartera una variedad de productos entre los cuales las armas sólo eran una parte del conjunto. Desde 1937, empezó a alarmarse por el rol secundario que el Plan Cuatrienal otorgaba a las industrias pesadas básicas, su hostilidad al comercio internacional y su promoción de la propiedad estatal, sobre todo en las Reichswerke. El crecimiento de los beneficios de la empresa había reducido considerablemente la velocidad. La independencia que Krupp había perseguido empezó a verse seriamente restringida por la concentración maníaca del régimen en los preparativos para una guerra europea en los que el nombre de la empresa Krupp debía desempeñar un papel significativo. El gobierno le concedió créditos sin intereses para expandir su capacidad, pero sólo a cambio de que el Estado se encargara de determinar en qué se invertían. Las cosas no estaban yendo como Krupp había esperado, y en 1937 empezó a poner sus negocios en manos de hombres más jóvenes que, eso esperaba, lucharían por los intereses de la empresa de manera más agresiva de lo que él se sentía capaz. En 1941 sufrió la primera de una serie de apoplejías que le obligaron a renunciar a su parte en la empresa. Incapacitado, vivió hasta 1950, sin ser muy consciente de lo que sucedía a su alrededor.[123]

Aparentemente, una gran empresa como I. G. Farben, cuyos productos estaban en el centro de los planes del régimen para una economía autártica, estaba mejor situada para beneficiarse del Tercer Reich. A partir de 1933, su influencia en la formación e implementación de la política económica del

gobierno en su área creció rápidamente. La empresa empezó a prepararse para la guerra en fecha tan temprana como el 5 de septiembre de 1935, cuando creó una Oficina de Enlace con el Ejército para coordinar los preparativos para una economía de guerra. Aun así, no debe exagerarse el papel del monopolio, ya que su porcentaje en los gastos bajo el Plan significan en conjunto no más de una cuarta parte, y el porcentaje de la industria química en la economía alemana en conjunto no creció de forma notable durante el Tercer Reich. El tratamiento del metal, el hierro, el acero y la minería fueron siempre más importantes en el programa de rearme. Al mismo tiempo, I. G. Farben se vio obligado a reorientar su producción cada vez más para abastecer las demandas militares del régimen. Negociaciones complejas y aparentemente interminables sobre las condiciones financieras bajo las que el monopolio debía producir el tan preciado caucho sintético ilustran a las claras la gran separación entre la primacía que el mundo de los negocios daba a los beneficios y la indiferencia que el Plan Cuatrienal sentía por cualquier cosa que no fuera la aceleración del rearme y el camino hacia la autarquía. I. G. Farben se vio arrastrado en el proceso en su preocupación de minimizar los costes. En otoño de 1939, la producción nacional de caucho sintético sólo estaba un poco por encima de los dos tercios de una producción estimada de 30.000 toneladas, mientras la producción y el almacenaje de caucho en septiembre de 1939 sólo eran suficientes para dos meses de guerra.[124] Esta precaución garantizaba que la empresa se las apañara bien fuera de la órbita del Plan Cuatrienal, aunque los porcentajes de crecimiento eran más lentos de lo que habían sido en los primeros años de la recuperación. Entre 1933 y 1936, los beneficios netos crecieron un 91 por 100, y entre 1936 y 1939 otro 71 por 100. Las cinco ramas más importantes del grupo que sí estaban bajo el Plan—petróleo, metal, caucho, plásticos y nitrógeno para explosivos—aumentaron su porcentaje en la facturación de I. G. Farben de un 28 por 100 en 1936 a casi un 33 por 100 en 1939; durante este periodo significaron más del 40 por 100 de las ventas del grupo. Pero la contribución a la facturación total de I. G. Farben de los productos fomentados por el Plan Cuatrienal sólo creció de

un 28,4 por 100 en 1936 a un 32,4 por 100 en 1939, y el mismo grupo tuvo que pagar por el desarrollo de estos productos. Así, ni el Plan dependía completamente de I. G. Farben ni I. G. Farben del Plan.[125]

Sin duda alguna, las grandes empresas se beneficiaron del rearme y, más generalmente, de la recuperación económica que se produjo en parte como resultado natural de la prosperidad económica que había empezado antes de que los nazis accedieran al poder, y después cada vez más por los efectos secundarios del rearme en el resto de la economía. Las políticas financieras de Schacht fueron osadas e ingeniosas, pero, al final, relativamente ortodoxas desde el punto de vista financiero. En 1938 habían agotado su camino, y el régimen, corriendo contrarreloj contra los límites impuestos al rearme por la política de beneficios que siempre ha caracterizado el libre mercado, empezó a tomar cartas en el asunto. El camino implacable de Hitler hacia el rearme ya había implicado injerencias cada vez mayores por parte del régimen en la economía con el Plan Cuatrienal. En 1938, el Partido Nazi y diversas organizaciones filiales como el Frente del Trabajo, bajo la dirección de Hitler, estaban creando grandes operaciones económicas que pretendían dejar atrás la forma de actuar capitalista convencional en pos de los objetivos políticos y de poder del régimen. La industria automovilística sería adelantada por la empresa Volkswagen; el hierro y el acero por las Hermann Göring Reichswerke. Con un sinfín de leyes y normativas se trató de limitar los precios, obligar a racionalizar las empresas, desviar inversiones a departamentos relacionados con la producción de guerra, imponer cuotas de producción, controlar el comercio exterior y mucho más.

Las promesas realizadas en el programa del partido y con posterioridad de nacionalizar la banca y la bolsa fueron olvidadas cuando la realidad del mundo financiero empezó a hacerse evidente para Hitler y sus lugartenientes. Necesitaban dinero, y para ello se necesitaban bancos.[126] Sin embargo, en este punto, el régimen impuso controles cada vez más férreos y completos sobre las instituciones financieras para dirigir capital hacia el programa de rearme. En 1939, una serie de leyes sobre crédito, hipotecas, préstamos y bancos aseguraba que la libertad de invertir en cualquier cosa que no fuera el rearme fuera reprimida.[127] Los hombres de negocios

pasaban cada vez más tiempo tratando con las grandes cantidades de normativas y requisitos que les imponía el Estado. Entre éstos, figuraban injerencias cada vez más detalladas sobre la producción y el comercio. El 2 de marzo de 1939, por ejemplo, el coronel Von Schell, plenipotenciario de la industria automovilística para el Plan Cuatrienal, promulgó una serie de órdenes que restringían el número de modelos diferentes que se podían fabricar. Así, la producción de los diversos componentes se podría racionalizar y abaratar, y los vehículos militares se podrían reparar más rápida y eficientemente. En lugar de 113 tipos de camiones y furgones, por ejemplo, en el futuro sólo se permitiría la fabricación de 19, y por parte de empresas designadas específicamente. «Es cierto que en la industria continúa existiendo la propiedad privada», concluyó un observador crítico, pero quedaba poco margen de iniciativa para «los emprendedores», quienes estaban siendo refrenados por las órdenes del poder del Estado.[128] No importaba que algunos pensaran que el socialismo del nacionalsocialismo estuviera asomando la cabeza otra vez.

LA ARIANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA

I

A comienzos de los años veinte, el término «socialismo» aplicado a la ideología nazi había implicado un elemento real de hostilidad hacia las grandes empresas, normalmente mezclado con una gran dosis de antisemitismo. En los últimos años de la República de Weimar hacían todo lo posible para minimizarlo. Como era previsible, todo lo que quedó de éste fue el odio al papel de los judíos en la economía alemana, que los nazis exageraron en beneficio propio. En efecto, la historia económica del Tercer Reich es inseparable de la historia de la expropiación a los judíos por parte del régimen, una vasta campaña de pillaje con pocos paralelos en la historia moderna. De acuerdo con estos imperativos ideológicos, uno de los principales objetivos de la propaganda nazi anterior a 1933 habían sido los grandes almacenes [*Warenhaus*], donde desde finales del siglo XIX la gente podía comprar productos de todo tipo a bajo precio. Muchos de los fundadores de este tipo de tiendas eran judíos, lo que refleja, tal vez, la concentración de judíos en mercerías y ramas similares del comercio al detalle.

La más famosa de estas empresas fue fundada por miembros de la familia Wertheim después de 1875, cuando Ida y Abraham Wertheim abrieron una pequeña tienda en Stralsund donde vendían ropa y bienes manufacturados. Pronto se les sumaron sus cinco hijos, que introdujeron un nuevo sistema de venta al por menor basado en una facturación alta, un margen bajo de beneficios, productos a precio fijo, una amplia selección de mercancías, derecho a devolver o cambiar productos por parte del cliente y el pago únicamente en efectivo. La empresa creció rápidamente, y en 1893-1894 construyó un gran edificio en la Oranienstrasse, en el distrito de Kreuzberg de Berlín, seguido de tres almacenes más en la capital. Wertheim

ofrecía un nuevo concepto en la compra, en almacenes luminosos, aireados y bien diseñados, con dependientes eficaces y una mezcla de productos baratos y de lujo que alentaba a la gente a comprar. La empresa exhibió además una actitud avanzada en las relaciones laborales y la protección social de los empleados. Fue, por ejemplo, la primera empresa alemana que obligó a los empleados a descansar los domingos. Los Wertheim no fueron la única familia judía que fundó una cadena de grandes almacenes; en 1882, por ejemplo, Hermann Tietz y su sobrino Oscar fundaron una pequeña tienda en Gera sobre los mismos principios. Ésta también se expandió, y en 1930 los Tietz poseían 58 grandes almacenes, incluidos los famosos KaDeWe [*Kaufhaus des Westens*] de Berlín. En comparación con las ventas anuales de los almacenes de los Tietz, que en 1928 eran de 490 millones de marcos, y su enorme fuerza laboral, de más de 31.450 empleados, en ese momento los Wertheim, con sólo siete almacenes, 10.450 empleados y unas ventas de 128 millones de marcos, poseían una empresa relativamente modesta.[129]

A pesar de su popularidad, a finales de los años veinte estos grandes almacenes sumaban menos del 5 por 100 del total de ventas al detalle en Alemania.[130] Antes de 1914 no habían sufrido agresiones antisemitas, ni dentro de las asociaciones de detallistas.[131] La situación cambió con los problemas económicos de los primeros años de Weimar. El punto 16 del programa del Partido Nazi de 1920 apelaba directamente a los pequeños tenderos al demandar la «inmediata nacionalización de los grandes almacenes y su alquiler a pequeños empresarios».[132] En 1932, un panfleto electoral de la Baja Sajonia urgía a los detallistas y pequeños comerciantes a afiliarse al partido para oponerse a la inauguración de nuevas sedes del «negocio vampírico» de Woolworth's, que supuestamente iba a arruinarlos en nombre del «capital financiero».[133] En marzo de 1933 un grupo de camisas pardas entró en una sucursal de Woolworth's en Gotha y destrozó el almacén; una serie de grandes almacenes recibieron agresiones violentas con independencia de cuál fuera la propiedad. En Braunschweig un grupo de camisas pardas armados con pistolas destrozaron a tiros el restaurante de un gran almacén local. Con menos violencia, durante los primeros meses del Tercer Reich se registraron numerosas demandas para que se

clausuraran grandes almacenes o se los gravara con impuestos que no pudieran soportar. Pero el Ministerio de Economía y la cúpula nazi se dieron cuenta en seguida de que la clausura de empresas sería muy perniciosa en la «batalla por el trabajo». Hess intervino para proteger los grandes almacenes, y el boicot nacional a las tiendas de propietarios judíos del 1 de abril de 1933 no tuvo impacto más allá de ese día.[134]

Sin embargo, los grandes almacenes empezaron pronto a experimentar la discriminación por medios más sutiles. Cuando el Ministerio de Finanzas empezó a entregar créditos para matrimonios en el verano de 1933, por ejemplo, los cupones de compra de que constaban los créditos no podían canjearse en grandes almacenes, tanto si pertenecían a judíos como si no, ni en negocios judíos de ningún tipo. Un informe oficial estimaba que en 1934 las tiendas y negocios afectados perdieron como mínimo 135 millones de marcos en ventas. Desde mediados de 1933 también se prohibió que los grandes almacenes, con independencia de su propiedad, y los negocios judíos de todo tipo se anunciaran en la prensa. La medida, que llegó después de un declive en las ventas que había empezado al comienzo de la Depresión, les puso en serios aprietos. En 1933, las ventas de los almacenes de Hermann Tietz habían caído un 41 por 100. La empresa se vio obligada a pedir un crédito de 14 millones de marcos. Gestionado por el ministro de Economía, Schmitt, que quería evitar una bancarrota espectacular que implicara la pérdida de 14.000 puestos de trabajo, graves perjuicios a los proveedores y problemas financieros a los bancos, se condicionó el crédito a la «arianización» de la dirección, es decir, a la expulsión de los propietarios, miembros del consejo de administración y otros altos directivos judíos. Los hermanos Tietz fueron obligados a salir de la empresa en 1934 después de una prolongada auditoría y con una compensación de 1,2 millones de marcos. Cubriéndose las espaldas, Schmitt se aseguró de que Hitler diera su aprobacion al acuerdo. A partir de ese momento, los almacenes se conocieron con el nombre de Hertie, que conservaba de modo ingenioso la conexión con el nombre del fundador y al mismo tiempo advertía a todos de que el negocio había cambiado de manos; las tiendas de Leonard Tietz fueron rebautizadas con un nombre más neutro, Kaufhof [‘Almacén’].[135]

Los acontecimientos empujaron a la familia Wertheim a emprender acciones para preservar sus intereses. Añadieron a un amigo de la familia, el banquero Emil Georg von Stauss, conocido personal de Hitler y Göring y que daba su apoyo al Partido Nazi por diversos medios, al consejo de administración. Su protección permitió frustrar el intento de los camisas pardas de clausurar el almacén Wertheim de Breslau. Pero los activistas del Partido Nazi, especialmente los que tenían relación con su sección sindical, la Organización Nazi de Células de Fábrica, prohibieron la entrada de Georg Wertheim a sus propios almacenes. Después de 1934 nunca se aventuró a entrar y dejó de participar en las reuniones del consejo de administración. Para evitar una repetición de los problemas que habían hostigado a la familia Tietz, Wertheim transfirió sus acciones y algunas de sus difuntos hermanos a su esposa Ursula, que no era judía. Ursula se convirtió en accionista mayoritaria. Pero esto no impidió que la empresa pasara por dificultades. Hertie y otras cadenas habían neutralizado las agresiones nazis a los grandes almacenes demostrando que ya no pertenecían a judíos y la hostilidad, tanto de los nazis locales como del gobierno central y de las organizaciones del partido, se dirigió cada vez más directamente contra las cadenas, como Wertheim, que todavía pertenecían a judíos. Tras la denuncia de un antiguo empleado de Breslau, el Ministerio de Propaganda ordenó la clausura de todos los departamentos de libros a principios de 1936, aunque la empresa ya había retirado por lo menos 2.500 libros prohibidos de sus estanterías. Stauss consiguió la retirada de la orden, pero sólo después de hacer una donación de 24.000 marcos a la Fundación Schiller. Georg Wertheim y su hijo fueron a ver al ministro de Economía para quejarse por estas presiones y Schacht les dijo: «Tenéis que bailar con la música que suena».[136]

Y la música se volvió considerablemente más estridente en 1936. Mientras las ventas de sus rivales bajaban, las de Wertheim crecían. El fenómeno se puede explicar porque la expulsión de los directores y empleados judíos de las cadenas rivales había conllevado la contratación de personal sin experiencia, o porque sólo Wertheim había conseguido conservar intacta su imagen, nombre y estilo. Sin embargo, Stauss, quien ahora controlaba las acciones de Ursula mientras ella gastaba sus ingresos

en caras vacaciones, obligó primero a los pequeños accionistas de la familia a transferir sus participaciones a accionistas no judíos a un precio muy por debajo de su valor y después hizo saber a Georg y a Ursula que la oficina de Hess les exigía el divorcio si ella quería conservar sus acciones; se divorciaron en 1938. Encargado por Hitler de comprar terrenos en Berlín para construir la nueva Cancillería del Reich, Stauss escogió un lugar ocupado por propiedades de los Wertheim, hizo que los bancos los valoraran a la baja para ahorrar dinero y presionó a Wertheim para que los vendiera para devolver créditos que los bancos reclamaban. En 1938 ya no quedaban accionistas judíos, los directores judíos habían sido expulsados y los últimos 34 empleados judíos habían sido despedidos; no hay pruebas de que recibieran indemnizaciones, en contraste con sus colegas de otras cadenas. Tras consultar con el Ministerio de Economía, Stauss se mostró dispuesto a cambiar el nombre de los almacenes de Wertheim por AWAG. Era un compromiso parecido, aunque menos obvio, al del cambio de nombre de Tietz. Mucha gente pensaba que el nuevo nombre era el acrónimo de A. Wertheim AG (Albrecht Wertheim S. A.). Pero de hecho significaba Allgemeine Warenhaus Aktien Gesellschaft (General de Grandes Almacenes S. A.), lejos de cualquier asociación con la familia. Georg Wertheim, que para entonces tenía ya más de ochenta años y estaba casi ciego, murió el 31 de diciembre de 1939. Un año después, su viuda se casó con Arthur Lindgens, un miembro no judío del consejo de administración de la nueva empresa.[137]

II

El destino de los grandes almacenes ilustra en pequeño el cambio de las prioridades nazis desde 1920. Empezaron con un mensaje pronunciadamente anticapitalista que luego suavizaron, influenciados por las necesidades económicas, y más adelante sustituyeron por la determinación de expulsar a los judíos de la economía alemana. Los grandes almacenes no desaparecieron. En efecto, la campaña contra los propietarios judíos abrió un abanico de nuevas oportunidades a las empresas no judías para expandir sus operaciones. Si, como pretendían los

nazis, los males económicos del país de los años veinte y principios de los treinta tenían su origen en los judíos, entonces ¿no se resolverían liberándose de la influencia económica judía sobre los negocios más que atacando los negocios en sí? El boicot del 1 de abril de 1933 había advertido sobre las intenciones del partido en este sentido. Aunque el boicot se saldó con un apoyo público relativamente escaso, grupos locales del partido siguieron hostigando y atacando tiendas y negocios judíos, como indica el ejemplo del almacén Wertheim de Breslau. Los camisas pardas siguieron pintando eslóganes en los escaparates de las tiendas de judíos para disuadir a la gente de frecuentar tales establecimientos o para presionar a las autoridades locales de que no les hicieran pedidos. Alarmados por los efectos económicos de estas acciones, el gobierno y el partido promulgaron una serie de advertencias oficiales. El mismo Hitler declaró a comienzos de octubre de 1933 que los funcionarios podían comprar en tiendas y grandes almacenes pertenecientes a judíos. Aun así, en la temporada navideña de 1933, bandas de camisas pardas volvieron a situarse enfrente de las tiendas de judíos en muchas localidades con pancartas donde proclamaban que quienes entraran en tales establecimientos eran traidores a la raza alemana. Cada vez más mercados locales prohibían la presencia de comerciantes judíos, se prohibió que las empresas judías se anunciaran, las autoridades locales rompieron toda relación con las empresas judías, y en la primavera de 1934 todavía se registraron más acciones de boicot. Estas acciones iban acompañadas a menudo de violencia, desde la rotura de escaparates al ataque con bombas a la sinagoga de Ahaus, Westfalia. El proceso culminó con una manifestación de unos 1.500 habitantes de la población de Gunzenhausen, Franconia— una localidad cuya población no superaba los 5.600 habitantes—. Inflamados por un discurso vehementemente antisemita de un líder nazi local, los manifestantes irrumpieron en las casas y apartamentos de los judíos de la ciudad y se llevaron a 35 personas al calabozo local, donde uno fue hallado colgado.[138]

Los consumidores alemanes no apoyaron masivamente las acciones de boicot. Bajo amenaza de represalias si frecuentaban las tiendas judías de su pequeña población, la gente de Falkenstein, apuntó Victor Klemperer en su diario en junio de 1934, viajaban hasta la cercana Auerbach para comprar

en un establecimiento judío, donde no serían reconocidos; los habitantes de Auerbach, por su parte, visitaban la tienda judía de Falkenstein.[139] Incluso Hermann Göring fue visto, en fecha tan tardía como en el año 1936, visitando el almacén de alfombras Bernheimer de Munich, donde compró dos alfombras por la importante suma de 36.000 marcos. Las rebajas de febrero de la empresa textil Sally Eichengrün de Munich del mismo año atrajeron colas de clientes, informó la policía local. Ambas empresas pertenecían a judíos. Al año siguiente, el Servicio de Seguridad de las SS denunciaba que la gente—especialmente en las zonas católicas—seguía ignorando las exhortaciones del partido para que no compraran en tiendas judías.[140] Sin embargo, los activistas del partido no se rindieron. Muchos de ellos estaban movidos por el deseo de librarse de negocios rivales en un momento en que la economía de consumo languidecía.[141] Las campañas violentas de boicot siguieron a lo largo de 1934 y alcanzaron un nuevo punto álgido en la temporada de Navidad. En noviembre, por ejemplo, la cúpula del partido de Baden-Baden envió la siguiente carta amenazadora a la tienda judía de juguetes, informando al propietario de lo siguiente:

> No toleraremos de ningún modo que tú, como propietario de una tienda de juguetes no aria, vendas modelos de miembros de las SA y las SS. Los vecinos están indignados y se nos han quejado. Te exigimos que retires urgentemente las figuras de las SA y las SS de tu tienda judía. Si no es así, no estamos en posición de garantizar el orden público y la tranquilidad.[142]

El 23 y el 24 de diciembre, miembros del partido vestidos de paisano bloquearon las entradas de tiendas y almacenes judíos de Frankfurt, insultaron a gritos a los clientes y golpearon a aquellos que persistían en el empeño de entrar. Rompieron los escaparates y, cuando llegó la policía para detenerlos, reaccionaron de modo tan amenazador que los agentes tuvieron que sacar sus armas.[143] La campaña fue el preludio de una ola mayor de terror económico por medio de la cual las organizaciones locales del partido amenazaron con retirar los subsidios sociales a las personas que fueran vistas entrando en una tienda de propiedad judía. Funcionarios y empleados municipales de muchas localidades recibieron órdenes de permanecer alejados de estos establecimientos. Estas acciones fueron especialmente frecuentes en pequeñas poblaciones de Pomerania, Hesse y Franconia

central. En Marburg un grupo numeroso de estudiantes entró en una zapatería de propiedad judía, sacó a todos los clientes y saqueó y destrozó toda la mercancía. En Büdingen, en la noche del 18 al 19 de abril de 1935 se rompieron los escaparates de casi todas las tiendas de judíos. En todas partes se registraron incidentes similares. Cuando empezaban a remitir estas acciones, una nueva ola de agresiones antisemitas a tiendas judías sacudió el país en el verano de 1935: el 25 de mayo hubo un boicot total en el centro de Munich, llevado a cabo sobre todo por hombres de las SS vestidos de paisano, algunos de los cuales irrumpieron en las tiendas y golpearon a los dependientes. La acción sólo finalizó después de que los asaltantes intentaran atacar una comisaría de policía para liberar a uno de los suyos que había sido detenido.[144]

La reacción de los ministros del gobierno ante estas acciones fue diversa. El ministro de Exteriores, Von Neurath, por ejemplo, dijo a sus colegas que los incidentes antisemitas no tendrían efecto en la opinión extranjera; detenerlas no significaría mejorar la posición internacional de Alemania. Por otro lado, el ministro de Economía, Hjalmar Schacht, manifestó su extrema preocupación por el efecto que podían ejercer sobre la economía y sobre las relaciones económicas con otros países. En efecto, cuando la organización del partido en la localidad de Arnswalde, Brandenburgo, colocó en un escaparate una fotografía de la esposa del director de la sede local del Reichsbank con el lema de «traidora» porque había sido vista comprando en un establecimiento perteneciente a judíos, Schacht cerró la sucursal en protesta. El 18 de agosto de 1935 pronunció un discurso en Königsberg. «Señor—dijo—, guárdame de mis amigos. Es decir, de la gente que embadurna escaparates al amparo de la oscuridad y marca a los alemanes que compran productos en tiendas judías como traidores al pueblo [...]». A pesar de que más adelante pretendió lo contrario, Schacht no se oponía en principio a la expulsión de los judíos de la vida económica. Creía, como explicó a un grupo de ministros y altos funcionarios dos días después, que dejar que «la alegalidad» siguiera su curso ponía un interrogante sobre el rearme. «Sus observaciones—se apunta en el acta de la reunión—culminaron en la declaración de que el programa del NSDAP se debía llevar a cabo, pero sólo sobre la base de decretos

legales». Schacht convino con la Gestapo y los representantes del partido en que la manera de llevarlo a cabo era restringir ordenada y legalmente la implicación de los judíos en los negocios, marcar públicamente las tiendas judías y excluir a los hombres de negocios judíos de los contratos públicos.[145] En efecto, Schacht compartía del todo los prejuicios antisemitas de muchos burgueses alemanes y en fecha tan tardía como el año 1953 que los judíos habían introducido un «espíritu extranjero» a la cultura alemana durante la República de Weimar y habían desempeñado un papel demasiado destacado en muchas áreas de la vida pública.[146] Schacht cooperó con la expulsión de funcionarios judíos del Reichsbank por la llamada Ley para el reestablecimiento del sector público profesional y defendió públicamente las leyes antisemitas aprobadas por el régimen en los años 1933 y 1935; lo único que rechazaba era la violencia explícita.[147]

Pero había medios menos violentos de presionar a las empresas judías que a menudo resultaban más efectivos. El enorme tamaño de organizaciones nazis como las SA, el Frente del Trabajo o el mismo partido les proporcionaban un gran poder económico mediante los abultados pedidos para realizar construcciones, equipamientos, banderas, uniformes y suministros de todo tipo. Desde el primer momento, estas organizaciones utilizaron estos contratos para discriminar a las empresas judías. La industria del calzado fue un caso destacado. Durante el Tercer Reich esta industria se benefició de un aumento importantísimo de la demanda de botas militares. Pero estos pedidos se dirigían, por supuesto, a empresas no judías. Sin embargo, las empresas judías dominaban la industria, de modo que se produjo una inmediata presión para que fueran arianizadas. Casi tan pronto como Hitler se convirtió en canciller del Reich, por ejemplo, empezó una campaña contra la marca Salamander, cuya propiedad era judía al 50 por 100 y tenía contratos con casi 2.000 sucursales independientes, unas 500 de las cuales también eran de propiedad judía. Bandas de camisas pardas habían irrumpido ya en algunas de estas tiendas y las habían cerrado a finales de marzo de 1933, mientras la prensa nazi organizaba una campaña de boicot contra la empresa, acusándola (sin justificación) de esquilmar a sus clientes y asegurándose de que no recibiera pedidos de las organizaciones del partido. Las ventas empezaron a caer en picado. Viendo

que se acercaba una crisis, la familia judía que poseía la mitad de las acciones las vendió por un millón de marcos a la familia no judía que poseía la otra mitad. La empresa despidió entonces a sus empleados judíos, expulsó a los miembros judíos del consejo de administración y canceló los contratos con las sucursales que pertenecían a judíos, un 20 por 100 de las cuales ya habían pasado a manos no judías a finales de 1934. La campaña de prensa, los boicots y los cierres forzados cesaron, y la facturación volvió a subir. Aun así, en este caso no existen pruebas de antisemitismo por parte de los propietarios y gestores de la empresa; simplemente se inclinaron a la realidad económica de la situación impuesta por el partido y los camisas pardas locales.[148]

En otros casos, las organizaciones locales y regionales del partido también podían ejercer un papel de moderación. En Hamburgo, por ejemplo, una ciudad pobre cuyos intereses no coincidían con las prioridades del rearme y la autarquía, la economía local tardó mucho más en recuperarse de la Depresión. Los problemas económicos persistentes, que contribuyeron a que se registrara un 20 por 100 de votos negativos en el plebiscito del 19 de agosto de 1934 sobre la autodesignación de Hitler como jefe de Estado, hacían que el jefe regional, Karl Kaufmann, fuera especialmente sensible a cualquier perturbación de la economía de la ciudad. En Hamburgo existían más de 1.500 empresas judías que duraron mucho más que sus equivalentes del resto de Alemania. La elite mercantil de Hamburgo se mostró muy poco entusiasta con las políticas antisemitas del régimen e instituciones destacadas como la Cámara de Comercio rechazaron suministrar información acerca de qué empresas eran judías y cuáles no. Tan tarde como en noviembre de 1934, la Cámara seguía utilizando un impresor judío para imprimir sus folletos informativos. Los antiguos comerciantes y los hombres de negocios eran tradicionalmente alérgicos a cualquier injerencia estatal en el mundo de los negocios y veían la arianización como el presagio de un control todavía mayor del Estado sobre las empresas.[149] Aun así, en 1938 las actitudes habían cambiado. En ese momento era evidente, incluso para el comerciante hanseático más intransigente, que el régimen nazi iba a durar mucho tiempo. La recuperación económica había llegado a un punto en que la eliminación de

los negocios judíos ya no parecía tan amenazante para la estabilidad. Más importante fue que las restricciones crecientes sobre los negocios con moneda extranjera en 1936-1937 habían obligado a cerrar a un número sustancial de empresas de importación y exportación judías de la ciudad. Cantidad de agencias de inspección, incluida la Oficina de Vigilancia de Capitales [*Devisenfahndungsamt*], establecida por Reinhard Heydrich el 1 de agosto de 1936, y un equivalente local, permitieron a las autoridades absorber aquellas empresas sospechosas de participar en la evasión de capitales. Los funcionarios que trabajaban para estas agencias falsificaron confesiones, se inventaron actas de interrogatorios y denunciaron a la Gestapo a los procuradores que actuaban en nombre de empresas judías. En consecuencia, entre diciembre de 1936 y octubre de 1939 se emitieron 1.314 órdenes de detención contra hombres de negocios en Hamburgo.[150]

Estas medidas se justificaban en memorandos y documentos internos en un lenguaje profundamente antisemita, repleto de referencias a la «falta de escrúpulos judía», a «los estraperlistas judíos» y similares. En 1936 el presidente de la Oficina Regional de Finanzas de Hamburgo definió a un sospechoso judío como «parásito del pueblo». Mientras el Estado desempeñaba su papel a su manera, el consultor económico regional del Partido Nazi se declaraba a sí mismo agente coordinador de la arianización de empresas judías. La oficina del consultor tomó aquí un papel más preponderante que en otros puntos de Alemania en el proceso, aunque no tenía potestad legal para hacerlo. Designó a administradores para las empresas judías e insistió en que se despidiera a los empleados judíos que quedaban. También estableció precios de compra deliberadamente bajos para estas empresas y solicitó que fueran vendidas sin que se llegara a acuerdos de «buena voluntad», porque, según sostenía, los judíos no tenían. Los miembros de la oficina eran jóvenes con estudios académicos, nazis convencidos con poca experiencia en el mundo de los negocios, como Gustav Schlotterer (de veintiséis años), Carlo Otte (veinticuatro) y Otto Wolff (veinticinco). El economista al cargo del departamento de arianización de Hamburgo, Karl Frie, sólo tenía diecinueve años cuando entró a trabajar en la oficina del consultor. Su carácter implacable, característico de la generación que había nacido justo antes de la Primera

Guerra Mundial y crecido en los años de la inflación, la Revolución, la inestabilidad política y la depresión económica, no encontró oposición. La Cámara de Comercio de Hamburgo abandonó pronto sus reticencias a participar en el programa de arianización y ordenó que todas las adquisiciones de empresas judías realizadas antes de 1938 fueran inspeccionadas de nuevo y se devolvieran las cantidades entregadas en acuerdos de buena voluntad.[151]

Lo que destaca más en este proceso no es hasta qué punto fue empujado por los funcionarios económicos del partido, sino el alcance de la implicación de las agencias estatales; y las últimas fueron incluso menos escrupulosas que los primeros. En este caso, también, como en el sistema legal, la idea de un «Estado dual» en que las normas legales eran defendidas por las instituciones tradicionales del Estado «normativo» y socavadas por el nuevo aparato paralegal del Estado «discrecional» de Hitler debe ser reconsiderada, si no abandonada del todo.[152] Un conjunto diverso de oficinas estatales estaba implicada en la expulsión de los judíos de la vida económica. Era poco sorprendente, porque los funcionarios de estas agencias habían participado en la expulsión de los judíos de sus propios departamentos en los años 1933-1934. La reforma de los impuestos del 16 de octubre de 1936, por ejemplo, exigía que todas las leyes sobre impuestos debían reflejar la visión nacionalsocialista del mundo y utilizar los principios nacionalsocialistas en el análisis de casos individuales. El resultado fue que las empresas judías se tenían que enfrentar con frecuencia a nuevas demandas de impuestos supuestamente impagados, ya que la normativa se interpretaba con toda libertad para perjudicarlos. El proceso de arianización empezó así en 1933 y no cuando Schacht fue desalojado de su posición como emperador de la economía en 1936, y todavía menos a consecuencia de su defenestración. El 26 de noviembre de 1935, el mismo Schacht firmó una orden por la que se prohibía ejercer a los corredores de bolsa judíos y, en los dos últimos meses de ese año, presionó repetidamente para que se promulgaran leyes que restringieran la actividad económica de los judíos. Las restricciones sobre la circulación de moneda extranjera que fueron tan importantes en el caso de las empresas judías de Hamburgo fueron responsabilidad en gran medida de Schacht, y el 14 de octubre de

1936 el Reichsbank ordenó a sus sucursales inspeccionar los negocios con moneda extranjera si otros no lo hacían.[153] La arianización fue, así, un proceso continuado, algunas veces cauteloso, otras veces galopante, pero siempre en marcha.[154]

III

A partir de 1936, el Plan Cuatrienal aceleró indudablemente el proceso. Los apuntes de Hitler acerca del Plan identificaban, como era habitual, a la «judería internacional» como la fuerza oculta tras la amenaza bolchevique y exigían leyes que responsabilizaran económicamente a todos los judíos alemanes por cualquier perjuicio causado por un judío a la economía alemana, por ejemplo por medio de la acumulación de reservas de moneda en el extranjero, un delito por el que Hitler pedía la pena de muerte.[155] El aparato de inspección de moneda extranjera, que desempeñaría un papel tan funesto en Hamburgo, fue una creación del ente precursor del Plan, la Oficina para Materias Primas y Divisas de Göring, creado en la primavera de 1936. Durante 1936, en los ministerios se produjeron discusiones continuadas sobre medidas económicas antijudías, lo que condujo a que a finales de año se aprobaran leyes que ilegalizaban la transferencia al extranjero de fondos por parte de judíos. Siguieron una serie de procesos que concluyeron en numerosas penas de cárcel, aunque no hubo ejecuciones. Bajo esas leyes, la sola sospecha de que alguien estaba a punto de transferir una cantidad era suficiente para confiscar el dinero. Las leyes proporcionaron la excusa legal para un creciente número de expropiaciones durante los meses y años siguientes. Los poderes que acompañaron al Plan, especialmente el racionamiento de materias primas fundamentales, se utilizaron deliberadamente para perjudicar a las empresas judías. El gobierno promulgó ahora un decreto de emergencia aprobado primero por Heinrich Brüning para evitar la fuga de grandes capitales de Alemania bajando el límite de aplicabilidad del decreto de 200.000 marcos a 50.000, y basando las exacciones en el valor estimado de tasación de las propiedades de los judíos más que en la suma resultante de su venta. En consecuencia, los judíos que emigraban estaban sujetos a la práctica a perder mucho más

del 25 por 100 en impuestos que marcaba el decreto de Brüning. En 1932-1933, este impuesto había recaudado menos de un millón de marcos para el Estado; en 1935-1936, los ingresos habían subido a un poco menos de 45 millones; en 1937-1938, a más de 80 millones; en 1938-1939, a 342 millones. Además, las transferencias de capitales al extranjero estaban sujetas a una cuota del 20 por 100, recaudada por el Deutsche Golddiskontbank (Dego), a través del cual había que gestionar las transferencias; en junio de 1935 la cuota creció al 68 por 100, en octubre de 1936 al 81 por 100, y en junio de 1938 al 90 por 100. Así, las empresas y los particulares judíos eran sistemáticamente desvalijados no sólo por otras empresas y por el Partido Nazi, sino también por el Estado y sus instituciones dependientes.[156]

Al mismo tiempo, continuaban los boicots y agresiones esporádicos a nivel local, especialmente cuando se acercaba la Navidad, mientras las leyes y normativas promulgadas desde Berlín hacían la vida cada vez más difícil a los empresarios judíos. Cada vez más, la venta forzada de negocios se realizaba a precios muy por debajo del precio de mercado y bajo la amenaza de arresto y encarcelamiento, basada en acusaciones falsas que no tenían nada que ver con la gestión de los negocios. En la población de Suhl, por ejemplo, el jefe regional del partido, Fritz Sauckel, detuvo al propietario judío de la fábrica de armas Simson y lo puso en prisión en 1935 después de que éste rechazara vender su empresa a precio de saldo; citando la autorización explícita de Hitler, transfirió la propiedad a una fundación creada especialmente y alegó actuar en defensa de los intereses de la nación. Se denegaba cualquier compensación a los propietarios aduciendo supuestas deudas.[157] El 1 de enero de 1936, muchos banqueros judíos habían perdido la posibilidad de hacer negocios o habían decidido que ya tenían suficiente y habían cerrado para disponerse a emigrar. Una cuarta parte de los 1.300 banqueros privados alemanes habían dejado la banca; la gran mayoría de los 300 bancos privados que cerraron las puertas habían sido de propiedad judía.[158] Sólo unos cuantos grandes bancos, como M. M. Warburg, de Hamburgo, siguieron adelante tenazmente hasta 1938, en buena parte por un sentido del deber para con la comunidad judía y por la tradición de la empresa.[159] La banca no era un caso excepcional. Hasta ese

momento, la cuarta parte de las empresas judías de todo tipo habían sido arianizadas o clausuradas.[160] En julio de 1938, de las 50.000 tiendas de propiedad judía que se estimaba que existían en 1933, sólo quedaban 9.000. A comienzos del Tercer Reich había unas 100.000 empresas de propiedad judía en Alemania; en julio de 1938 se habían arianizado o clausurado cerca de un 70 por 100.[161] Un conjunto de normativas de todo tipo apartaron de la esfera de los negocios hasta a las empresas judías más humildes. En verano de 1936, por ejemplo, la introducción de un sistema de registro oficial de vendedores ambulantes de ropa de segunda mano tuvo como consecuencia que la exclusión de este tipo de comercio de entre 2.000 y 3.000 vendedores judíos.[162]

Desde 1933, la arianización fue más o menos constante en la mayoría de localidades. En Marburg, por ejemplo, once de los 64 negocios judíos de la ciudad fueron arianizados o liquidados en el mismo año 1933; siete en 1934; ocho en 1935; nueve en 1936; seis en 1937; y cinco en los tres primeros trimestres de 1938. En Göttingen, 54 de las 98 empresas judías que operaban en la ciudad en 1933 habían sido arianizadas o liquidadas a comienzos de 1938.[163] A esas alturas, todos los implicados entendían que se estaba alcanzando el estadio final. El 26 de abril de 1938 Göring y el Ministerio del Interior aprobaron un decreto con el objetivo de acelerar las cosas: las esposas, judías o no judías, de un judío estarían obligadas a declarar todas las propiedades contenidas en sus hogares y en el extranjero que tuvieran un valor superior a los 5.000 marcos. Al decreto le siguieron una serie de discusiones internas sobre la exclusión definitiva de los judíos de la economía. Órdenes ulteriores prohibieron a los judíos trabajar como subastadores, poseer o vender armas, y—un golpe especialmente grave—firmar contratos legales. Por entonces, la presión contra las empresas judías se había hecho prácticamente insoportable. A partir de otoño de 1937, las autoridades locales ordenaron la instalación de carteles en el exterior de los comercios judíos—una clara invitación al hostigamiento, el boicot y la agresión—. Entre enero y octubre de 1938, se produjeron cerca de 800 arianizaciones, entre las que se contaban 340 fábricas y 22 bancos privados. La velocidad iba aumentando. En febrero de 1938, todavía quedaban 1.680 comerciantes independientes judíos en Munich; el 4 de octubre la cifra

había caído a 666, y dos tercios de éstos estaban en posesión de un pasaporte extranjero. La expulsión final de los judíos de la economía alemana estaba ya a la vista, y muchas empresas y particulares alemanes estaban preparados para la cosecha.[164]

EL REPARTO DEL BOTÍN

I

El 16 de abril de 1938 un hombre de negocios de Munich que había trabajado como experto en casos de arianización escribió una carta en términos muy duros a la Cámara de Comercio e Industria local. Él, apuntaba, era «nacionalista, miembro de las SA y admirador de Hitler». A pesar de ello, continuaba, estaba

> tan disgustado por los métodos brutales y de extorsión empleados contra los judíos que, a partir de ahora, rechazo implicarme más en las arianizaciones, aunque esto implique perder una bonita recompensa. [...] En tanto que hombre de negocios experimentado, honesto y recto, no puedo permanecer de brazos cruzados ante la manera con que muchos hombres de negocios arios, emprendedores y similares [...] intentan sin ninguna vergüenza apoderarse de tiendas y fábricas judías a precios ridículos. Estas personas parecen buitres que rondan con los ojos turbios y la lengua colgando con avaricia, prestos a saciarse gracias al cadáver judío.[165]

En efecto, la arianización ofrecía muchas oportunidades de enriquecimiento a las empresas y a los hombres de negocios no judíos. Muchos se abalanzaron a ellas. Cuando los negocios judíos eran liquidados, las empresas no judías del mismo ramo de la economía podían congratularse, como mínimo, por la pérdida de un competidor. Esto fue así en todos los niveles. En enero de 1939, por ejemplo, en Hamburgo había 2.000 tiendas vacías como resultado del proceso de arianización, un hecho que el líder de la Asociación Nazi de Comerciantes de la ciudad consideraba positivo. Ya que la mayoría de negocios judíos eran pequeños, las principales beneficiarias del proceso eran sobre todo las pequeñas empresas no judías. En efecto, el régimen trabajó para que esto fuera así, ya que cuando se disolvieron cadenas de Hamburgo como las zapaterías Bottina o las tiendas de medias Feidler las diversas tiendas fueron vendidas por separado.[166]

Sin duda alguna, pocos lo reconocieron en la época. Los pequeños comerciantes estaban resentidos porque el régimen no había mantenido su promesa de cerrar los grandes almacenes y disolver las grandes cadenas de tiendas. «Los grandes almacenes—se quejaba uno en 1938—tanto si son judíos como arios, son empresas que compiten deshonestamente con los negocios pequeños».[167] Un hombre de negocios de Berlín lamentaba que las grandes beneficiadas del proceso eran las grandes compañías en una carta a la cúpula exiliada del Partido Socialdemócrata escrita durante un viaje fuera de Alemania en 1939. «Este proceso ha conllevado una enorme concentración de poder industrial y financiero en todas las ramas de la economía, un poder que los jefes de los grandes grupos manejan sin escrúpulos».[168] Pero antes de lanzarse a actuar con agresividad, las grandes empresas pasaron por un periodo de vacilación. Las grandes empresas y conglomerados judíos eran menos susceptibles de sufrir boicots y agresiones a nivel local que las pequeñas empresas, los negocios independientes y las tiendas y, por lo menos al comienzo del Tercer Reich, el régimen tuvo cuidado de no presionarlos demasiado porque los necesitaba para la recuperación económica y el rearme y porque muchos de ellos eran conocidos a nivel internacional.[169]

Así, los judíos de los consejos de administración de empresas como Mannesmann e I. G. Farben conservaron algún tiempo su puesto después de 1933. El Deutsche Bank conservaba todavía un miembro judío en el consejo de administración en fecha tan tardía como el mes de julio de 1938, aunque residía en el extranjero desde el año anterior. Pero estos casos eran excepcionales. La mayoría de empresas se inclinaron antes a la presión de despedir a los directivos, miembros de los consejos de administración y empleados judíos. En el Dresdner Bank, por ejemplo, que había iniciado una política de reducción de la plantilla tras la absorción del Danat Bank en 1931, la arianización significó que la reducción afectara sobre todo a los empleados judíos. El banco se vio obligado a hacerlo así porque el 9 de mayo de 1933 se extendió la ley de 7 de abril a «los cuerpos reconocidos legalmente como públicos e instituciones equivalentes y empresas de pompas fúnebres», lo que cubría un amplio abanico de instituciones. A partir de entonces, los empleados de banca tuvieron que rellenar

formularios detallados acerca de su procedencia religiosa y racial, el servicio que habían presado en la guerra y otros factores considerados relevantes. La normativa permitía que las instituciones esgrimieran «necesidades urgentes» para retener a sus empleados, de modo que la banca pudo evitar el caos que habría resultado de los despidos masivos y simultáneos; pero el Ministerio de Economía dejó de admitir este tipo de peticiones a partir del 30 de junio de 1934. A finales de ese año, todos los judíos habían abandonado los consejos de administración de la banca; en octubre de 1935, la banca había despedido al 80 por 100 de los judíos, y el resto había sido expulsado al cabo de un año. Sin duda alguna, los jóvenes no judíos que trabajaban para la banca dieron la bienvenida a estas medidas, ya que les despejaban el camino para la promoción que, de otro modo, habrían encontrado cerrado por más tiempo. Los siete grandes directores que fueron obligados a dimitir en 1933-1934 porque eran judíos fueron sustituidos por hombres en la treintena o entrados en la cuarentena que, de no ser por la arianización, no habrían sido promocionados. Los que tomaron el poder no mostraron mucha compasión con los que habían sido expulsados. Sólo en algún caso, como en el de I. G. Farben, se envió a empleados judíos a sucursales extranjeras para que no perdieran completamente el sustento.[170] Fuera cual fuera su destino, la expulsión de directores judíos de las empresas alemanas contribuyó a la aparición de una nueva elite de dirección más joven, que ya había empezado a pasar por encima de la generación anterior cuando llegó la guerra.[171]

La compañía de seguros Allianz, cuyo director Kurt Schmitt había sido el predecesor de Schacht en el Ministerio de Economía, no siguió una política de despidos muy activa. Cuando los dos directores judíos que tenía fueron obligados a dimitir los trataron bien. Por otro lado, sin embargo, la empresa no ofreció gran resistencia a la presión de la prensa nazi y de la Oficina de Supervisión de Seguros para que despidiera a los empleados judíos y cortara las conexiones con corredores y agentes judíos. En 1933, por ejemplo, la compañía prolongó por cinco años el contrato con su agente Hans Grünebaum, que trabajaba para la sucursal de Stuttgart desde 1929, y en 1936 lo prolongó otra vez hasta 1941. Pero el gesto provocó comentarios hostiles en la prensa local y el envío de una carta amenazadora de la oficina

del jefe regional del partido. La compañía respondió argumentando que los agentes judíos eran necesarios para tratar con los clientes judíos. Pero no sirvió de nada. A comienzos de 1938, la compañía canceló el contrato con Grünebaum. Accedió a pagarle su comisión anual completa, 35.000 marcos, cubriendo el periodo hasta finales de 1939, pero es imposible saber cuánto pudo llevarse Grünebaum cuando emigró a América. Para entonces, el gobierno había prohibido que los judíos trabajaran como viajantes de comercio, con lo que era imposible que nadie mantuviera una relación de negocios de este tipo.[172]

En cierto número de casos parece que las grandes empresas ofrecieron precios justos a las empresas judías en los primeros años del Tercer Reich, como sucedió con la adquisición de una industria cervecera del norte de Alemania por Henkel.[173] Ante estos casos, las oficinas regionales de consultores económicos del partido solían devolver los contratos incluso cuando se habían asegurado de que los compradores tenían el dinero necesario, eran expertos en el área de que se trataba y eran adecuados desde el punto de vista político y racial. En el sur de Westfalia, se devolvió para su renegociación la gran mayoría de contratos porque el precio ofrecido se consideró demasiado elevado.[174] A pesar de ello, a medida que la arianización ganaba velocidad, las grandes empresas, especialmente las relativamente recientes, empezaron a abandonar sus escrúpulos y a dedicarse a la búsqueda de beneficios.[175] Como sucedió en el caso de los grandes almacenes Wertheim, el proceso se podía llevar a cabo internamente, con directores judíos que dejaban paso a no judíos; en efecto, de las 260 grandes empresas que habían pasado de manos judías a no judías a finales de 1936, relativamente pocas lo hicieron mediante la absorción por parte de otra empresa.[176] A partir de 1936, sin embargo, dado el número de empresas judías que salían al mercado, las grandes empresas empezaron a mantenerse vigilantes en busca de oportunidades de negocio. En 1937 muchos se abonaron a ello con alegría. Así, la empresa de ingeniería Mannesmann absorbió la empresa metalúrgica Wolf, Netter y Jacobi, con una facturación de más de 40 millones de marcos en 1936-1937; también participó en un consorcio que absorbió la empresa de chatarrería Stern de Essen, que se vio obligada a vender después de la cancelación de

contratos.[177] En algunos casos, la arianización proporcionó una salida a las dificultades económicas ocasionadas por el régimen, especialmente en la industria de bienes de consumo. La empresa de zapatos Salamander, por ejemplo, arianizada en 1933, recibió una fuerte presión del Plan Cuatrienal para exportar zapatos de piel para obtener la tan buscada moneda extranjera y utilizar sustitutos de la piel para los zapatos que vendía en el mercado interior. Desde 1934, sin embargo, la piel estaba estrictamente racionada. Para Salamander, lo más sensato fue crear una serie de monopolios verticales comprando empresas peleteras y curtidurías judías como Mayer e Hijo, de Offenbach, que adquirió en 1936; trabajando en la dirección contraria, la empresa peletera de Carl Freudenberg compró en 1933 la empresa de zapatos judía Tack, que llevaba un tiempo sufriendo boicots y agresiones por parte de los nazis locales.[178]

En 1937, prácticamente todas las grandes empresas alemanas participaban en del reparto del botín. Una gran compañía como Allianz abandonó todas las reticencias y participó con creciente cinismo en el aprovechamiento de los apuros de las compañías de seguros judías, forzadas ahora a abandonar los negocios. Mientras todavía fue posible, Allianz también ofreció créditos hipotecarios a los compradores de propiedades judías.[179] Los bancos, por su parte, hicieron negocio con las comisiones que obtenían de estas ventas; en 1935, por ejemplo, cuando el propietario judío de la empresa Aron de Berlín, un gran fabricante de radios, se rindió finalmente después de ser enviado por diversas temporadas a un campo de concentración y accedió a vender su compañía a Siemens-Schuckert y a otra empresa, el Deutsche Bank obtuvo 188.000 marcos de la transacción. Los grandes bancos empezaron pronto a competir en tan lucrativo negocio. El Deutsche Bank imponía una comisión del 2 por 100 por hacerse cargo de estas transacciones, y entre 1937 y 1940 ganó de este modo varios millones de marcos.[180] De modo similar, el Commerzbank actuó como agente para compradores de negocios judíos, siguiendo una lógica comercial al rechazar la concesión de créditos a estos últimos. Los vendedores judíos no recibían ningún tipo de ayuda ni consejo; por el contrario, la competición con otros bancos por un mercado cada vez mayor en un momento en que la libertad de invertir en la industria o el comercio exterior estaba cada vez más

restringida, el Commerzbank se dedicó activamente a buscar aquellas empresas de las que podía obtener mayores comisiones en tales transacciones. En 1938, las acciones de arianización eran parte integrante del quehacer diario de los grandes bancos.[181]

La participación directa en la arianización de negocios de propiedad judía acarreó recompensas todavía mayores. El imperio de cadenas de tiendas de Helmut Horten, por ejemplo, se construyó en gran medida gracias al proceso de arianización.[182] Algunas adquisiciones, por supuesto —quizá una quinta parte del conjunto de transacciones—, fueron llevadas a cabo por amigos personales o simpatizantes de los hombres de negocios judíos quienes les persuadieron de comprar sus empresas a precios hinchados (para compensar la prohibición de incluir el fondo del negocio) o por sumas en las que incluían primas secretas o, donde esto no era posible, hacerse cargo en fideicomiso de las empresas hasta el final del Tercer Reich, fuera cuando fuera. Pagar un precio justo durante el Tercer Reich, especialmente a finales de los años treinta, y mantener así una ética comercial fundamental, era de hecho un delito criminal; en efecto, para cumplir las reglas y normativas de la arianización en esos momentos algunos hombres de negocios sensibles llegaron a entregar a los vendedores judíos pagos mensuales, secretos e ilegales, no mencionados en los documentos de transacción o, en algún caso, sacar clandestinamente del país relojes y cadenas de oro hacia Amsterdam para que los recogiera el vendedor judío al emigrar. Otros, como la empresa química Degussa, actuando más según la lógica comercial que de acuerdo con principios morales, mantuvo por algún tiempo a los responsables judíos de sus empresas arianizadas porque valoraba su experiencia y sus contactos.[183]

Un porcentaje mucho más amplio de compradores—quizá un 40 por 100—no hizo ningún intento de burlar la normativa. Pagaron el precio mínimo de costumbre, aprovechándose de la devaluación de las existencias para obtener una ganga. Existen pruebas de que los compradores consideraban que estas transacciones eran completamente legítimas; en efecto, después de la guerra, muchos reaccionaron ultrajados cuando se enfrentaron a las demandas de compensación de los antiguos propietarios judíos de los negocios que habían adquirido de esta forma. Una tercera

categoría, también formada por un 40 por 100, y en la que se incluían muchos miembros activos del Partido Nazi, fomentó la arianización y redujo los precios tanto como pudo. En Hamburgo, por ejemplo, negocios rivales hicieron campaña contra la empresa Beiersdorf, que producía la crema de manos Nivea, pagando anuncios a la prensa local y publicando pegatinas notificando a los clientes que «Quien compra Nivea está apoyando a una empresa judía».[184] Algunos no tuvieron escrúpulos a la hora de utilizar la amenaza y el chantaje o de hacer intervenir a la Gestapo. Un caso típico es el que sucedió en verano de 1935 en la población de Fürstenwalde: el propietario judío de una tienda accedió después de largas negociaciones a vender su negocio a un comprador no judío que había intentado rebajar el precio repetidamente. Al aceptar el dinero del comprador durante la última reunión mantenida en el despacho de su abogado, la puerta se abrió y entraron dos agentes de la Gestapo que declararon que el dinero quedaba confiscado sobre la base de la ley acerca de las propiedades de los «enemigos del Estado». Tras apoderarse del dinero, detuvieron al vendedor judío por resistencia a la autoridad y el comprador le prohibió, a él y a su familia, regresar a la tienda y a su casa del piso superior, aunque el contrato les permitía hacerlo.[185]

Las empresas de propiedad extranjera también participaron en la arianización de sus plantillas. Cuando los nazis alcanzaron el poder en 1933, algunas reaccionaron con rapidez y se libraron de sus empleados judíos, inquietas por su posición en un régimen obviamente nacionalista. El director gerente de Olex, la sucursal alemana de lo que más adelante se convertiría en British Petroleum, despidió a sus empleados judíos o limitó sus contratos en fecha tan temprana como finales de la primavera de 1933. Más tarde en el mismo año, la compañía química suiza Geigy solicitó un certificado oficial para demostrar que era una empresa aria y seguir vendiendo tintes al Partido Nazi con los que realizar «los símbolos del movimiento nacional».[186] Grandes empresas de propiedad extranjera, como el fabricante de coches Opel, filial de General Motors, y la rama alemana de la Ford, participaron en la política de arianización y se libraron de sus empleados judíos. Ambas compañías permitieron también que sus fábricas pasaran a dedicarse a la producción de guerra, aunque, por supuesto, las

restricciones sobre moneda extranjera no les permitió exportar sus beneficios a sus cuarteles generales de Estados Unidos. Dadas estas restricciones, no tenía sentido que las empresas de capital extranjero se lanzaran a la lucha por asumir el control de negocios judíos.[187]

En las manos de algunos de los implicados en el proceso, la lucha degeneró con demasiada facilidad en un pantano de chantaje, extorsión, corrupción y pillaje. Es cierto que Göring, en tanto que responsable del Plan Cuatrienal, y Hess, lugarteniente del Führer, habían ordenado que la arianización se llevara a cabo legalmente y que los representantes del partido no debían obtener provecho económico del proceso, una orden repetida por otros nazis destacados como Heinrich Himmler y el jefe regional de Baden, Robert Wagner. Pero la frecuencia y la insistencia de estas advertencias pone en evidencia la excesiva disposición de los funcionarios del partido a explotar la expropiación de negocios judíos en su provecho personal. Activistas nazis de nivel medio y bajo sencillamente no estaban dispuestos a permitir que los despreciados órganos del Estado y la ley se interpusieran en su camino en la batalla contra los judíos, y a menudo veían el pillaje como una recompensa justa por los sacrificios que habían tenido que hacer en la «época de penalidades» de la República de Weimar. En cualquier caso, argumentaban, las propiedades y el dinero de los judíos habían sido robados a la raza alemana. La violencia masiva de alcance nacional y a menudo descoordinada que apuntaló la toma nazi del poder en la primera mitad de 1933 proporcionó el contexto adecuado para que los camisas pardas robaran oro y joyas de las casas y apartamentos de judíos, en ocasiones torturando a los propietarios para que les dieran las claves de las cajas de caudales. Era habitual que los judíos detenidos fueran liberados a cambio de «fianzas» muy sustanciosas que desaparecían inmediatamente en manos de los hombres de las SA o de las SS que los habían mantenido bajo custodia. Unos funcionarios del partido de Breslau, que habían extorsionado a judíos con violencia, fueron detenidos primero por obtener dinero bajo amenaza y amnistiados después porque el fiscal excusó su acción tachándola de «celo nacionalsocialista excesivo».[188]

Después de la Noche de los Cuchillos Largos de finales de junio de 1934, este tipo de acciones cesó más o menos, aunque todavía se registraron unas cuantas más en el verano del año siguiente. La arianización de las empresas judías, de todas formas, especialmente allí donde fue dirigida por las oficinas de consultores económicos del partido, proporcionó oportunidades de ganancias a una escala más amplia. En Turingia, por ejemplo, el asesor económico regional del partido se quedaba con una comisión del 10 por 100 del precio de compra de las acciones de arianización para, dijo, cubrir los costes de la oficina; al final acumuló más de un millón de marcos de esta manera, abriendo una cuenta especial del partido desde la cual se desembolsaban cantidades para que miembros del partido compraran otras empresas judías cuando éstas se ponían en venta. Así, el «camarada del partido Ulrich Klug» obtuvo un «crédito» de 75.000 marcos para comprar una fábrica de cemento, mientras el «camarada del partido Ignaz Idinger» obtuvo otros 5.000 marcos para la arianización del hotel Blum de Oberhof. Prácticas similares se registraron también en otras regiones. No se esperaba que el dinero fuera devuelto. Los altos funcionarios del partido podían enriquecerse sustancialmente por estos medios. El jefe regional del partido en Hamburgo, Karl Kaufmann, solicitaba «contribuciones de arianización» tanto a los vendedores como a los compradores, que utilizó, por ejemplo, para comprar todas las acciones de la empresa química Siegfried Kroch. El jefe regional de educación de Württemberg-Hohenzollern consiguió adquirir una cantera de pizarra en Metzingen cuyo valor superaba diez veces sus ingresos anuales.[189]

A menor escala, muchos activistas del partido de extracción humilde podían obtener dinero de las acciones de arianización con la adquisición de concesiones de lotería, estancos y similares. Dada la prohibición de obtener beneficios directos, no resulta sorprendente que los funcionarios locales del partido utilizaran parientes cercanos, como en el caso de Gerhard Fiehler, que compró una zapatería y marroquinería judía gracias a los buenos oficios de su hermano, el alcalde de Munich. En muchos de estos casos resulta evidente que la familia del funcionario nazi en cuestión actuaba de modo organizado. Este tipo de acciones, que más que burlar abiertamente la ley la atajaban, se fueron transformando gradualmente en actividades claramente

delictivas cuando los funcionarios del Partido Nazi empezaron a obtener dinero de los judíos engañándoles con ofertas fraudulentas de ayuda o protección o solicitándoles sobornos para ayudarles a sortear las normativas financieras que hacían tan difícil la emigración. Pero los hombres de negocios que querían situarse convenientemente para adquirir empresas judías a bajo precio eran todavía más generosos en sus sobornos. «Para hacer negocios con los nazis—dijo a un agente americano un agente de la propiedad de Aquisgrán que se había aprovechado considerablemente de la arianización de propiedades judías—tenías que tener un amigo en cada oficina gubernamental, pero era demasiado peligroso sobornar abiertamente. Tenías que actuar indirectamente». Sus métodos favoritos eran invitar a un funcionario clave a un almuerzo caro con buenos vinos u ofrecer rondas de bebidas en las tabernas y bares frecuentados por la elite local del partido. «Me costó mucho dinero—admitió—, pero al final nos hicimos conocidos».[190]

II

La arianización fue sólo una parte de un vasto sistema de pillaje, expropiación y malversación que creció rápidamente bajo el Tercer Reich. Empezó desde lo más alto, con el mismo Hitler. Para empezar, cuando Hindenburg murió, Hitler estuvo en disposición de meter la mano en los fondos oficiales del presidente. Antes, el gasto de los fondos oficiales estaba sujeto a auditoría interna del Ministerio de Finanzas y a la aprobación final del Reichstag, como también era el caso del presupuesto personal del canciller del Reich. Con la mutilación de las funciones del Reichstag y la desaparición del escrutinio de las acciones del gobierno por parte de la prensa y los medios de comunicación de masas, por no mencionar el abrumador culto a la personalidad que rodeaba a Hitler, un culto que no toleraba críticas al Führer, se abrió la veda para que Hitler dispusiera de los fondos como deseara. A pesar de algunos recelos en los escalones más altos de los funcionarios, Hitler empezó a repartir dinero a espuertas con creciente generosidad. Conscientes de ello, los dirigentes nazis empezaron a sugerir al canciller qué objetos creían merecían su esplendidez. Ya en otoño

de 1933, a sugerencia del ministro del Interior del Reich y de uno de sus burócratas, Hitler destinó una pensión mensual de 300 marcos a cargo de los fondos de la Cancillería del Reich a 17 individuos descritos como «precursores racistas y antisemitas» del movimiento nazi. El escritor Richard Ungewitter, de Stuttgart, autor de numerosos libros con títulos como *De la servidumbre a los judíos a la libertad* y *El socavamiento de la raza por parte de los judíos*, fue incluido en la lista junto a otros individuos parecidos. En 1936 la generosidad de Hitler se había extendido a personas encarceladas durante la República de Weimar por actividades de traición de un tipo u otro. Más de un centenar de hombres y mujeres recibían pensiones con cantidades que oscilaban entre 50 y 300 marcos al mes por servicios especiales al partido. Con estas concesiones, Hitler evidenciaba que estaba compensando a propagandistas racistas y antisemitas y a activistas del partido por los sacrificios que habían realizado antes de la toma del poder, subrayando así la imagen de los camisas pardas y de los «viejos combatientes» como mártires entregados a una causa superior y ligándolos al nuevo régimen tanto desde el punto de vista simbólico como el material.[191]

Hitler tampoco olvidó al Ejército, cuyos cuarteles generales recibían con frecuencia regalos como pinturas al óleo de tema militar de parte del Führer. Además, a partir de julio de 1937, los fondos oficiales de Hitler fueron utilizados para pagar 100.000 marcos al año a los «oficiales de las Fuerzas Armadas» para realizar «curas de reposo». Mantener a las Fuerzas Armadas contentas era ciertamente importante, especialmente después del asesinato del general Von Schleicher durante la Noche de los Cuchillos Largos, y Hitler también pagó considerables sumas de dinero para incrementar las pensiones de oficiales retirados como el vicealmirante Von Reuter, quien había ordenado el hundimiento de la flota alemana en Scapa Flow el 21 de junio de 1919. August von Mackensen, que a mediados de los años treinta era el único mariscal de campo superviviente del Ejército del káiser, y por ello una importante figura simbólica del Ejército, recibió un gran regalo libre de impuestos en la forma de una propiedad rural en el distrito de Prenzlau, acompañado de 350.000 marcos para gastos de renovación. En tanto que monárquico, Mackensen se creyó obligado a

escribir al antiguo káiser Guillermo II, que se encontraba en el exilio, excusándose por aceptar el regalo, ya que en su opinión sólo el káiser estaba facultado para realizar concesiones de este tipo. Como era de prever, al káiser no le gustó nada el regalo, y desde ese momento consideró que el mariscal de campo era un traidor a su causa. Hitler entregó generosas subvenciones a una serie de propietarios rurales aristócratas, ayudándoles a pagar deudas y evitando que conspiraran con el ex káiser.[192]

Los fondos del presupuesto estatal asignado a Hitler crecieron sostenidamente hasta alcanzar la impresionante suma de 24 millones de marcos en 1942, con el objetivo de seguir prodigando su generosidad.[193] Hitler podía añadir a esta suma los beneficios derivados de las ventas de *Mi lucha*, que las organizaciones del Partido Nazi compraban en bloque y era de presencia prácticamente obligada en las estanterías de todo ciudadano. Sólo en 1933, las ventas le supusieron 1,2 millones de marcos. A partir de 1937, Hitler también reclamó derechos por el uso de su retrato en sellos, algo que Hindenburg nunca había hecho; Speer explicó más adelante haber sido testigo de la entrega de un cheque por parte del ministro de Correos por valor de 50 millones de marcos. Los empresarios alemanes entregaban otra suma anual a Adolf Hitler, y cada vez que la prensa publicaba los discursos del Führer pagaba también derechos y *royalties*. Hitler recibía también considerables sumas procedentes de legados testamentarios de nazis agradecidos. Si sumamos todas estas entradas de dinero, era evidente que Hitler no necesitaba el modesto salario de 45.000 marcos que ganaba como canciller del Reich ni las dietas anuales de 18.000 marcos y, por este motivo, renunció públicamente muy pronto a su salario y a las dietas en un gesto propagandístico diseñado para manifestar el espíritu de dedicación y entrega con que dirigía el país. Pero cuando la oficina de impuestos de Munich le recordó en 1934 que nunca había pagado el impuesto sobre la renta y debía más de 400.000 marcos en atrasos, se ejerció toda la presión contra tan desconsiderados funcionarios, que accedieron al cabo de poco a cancelar la deuda y, por añadidura, destruyeron todos los expedientes sobre los impuestos de Hitler. Un Hitler agradecido concedió al jefe de la oficina de impuestos, Ludwig Mirre, una paga suplementaria de 2.000 marcos al año por este servicio, libres de impuestos.[194]

La posición de Hitler como Führer carismático del Tercer Reich, por encima y más allá de la ley, le dio inmunidad, no sólo a él sino a otros, en lo concerniente a su situación financiera. Sus subordinados inmediatos no debían su posición a un cuerpo electo sino sólo a Hitler; no tenían que rendir cuentas a nadie excepto a él. Las mismas relaciones personales se repetían de arriba abajo en todo el escalafón político. El resultado fue, inevitablemente, una vasta y creciente red de corrupción, con tráfico de influencias, nepotismo, sobornos y favores, compras, ventas y regalos que ocupó rápidamente un lugar central en el funcionamiento del sistema. Después de 1933, la lealtad de los fieles al partido era comprada por medio de un enorme sistema de favores personales. Para los cientos de miles de activistas del partido que no tenían empleo, esto significaba, en primer lugar, un trabajo. Ya en julio de 1933 Rudolf Hess prometió empleo a todos los que se habían afiliado al partido antes del 30 de enero de 1933. En octubre del mismo año, la Oficina de Subsidios de Desempleo y Trabajo del Reich en Berlín centralizó la campaña para proporcionar empleo a todos aquellos cuyo número de afiliación al partido estuviera por debajo del 300.000, a los que hubieran tenido una posición de responsabilidad en el partido durante más de un año y a los que hubieran formado parte de las SA, las SS o los Cascos de Acero con anterioridad al 30 de enero de 1933. Le medida provocó descontentos, ya que la afiliación al partido superó la cifra de 300.000 a finales de 1930, de modo que los muchos que se habían apuntado desde esa fecha no podían optar a un empleo. Sin embargo, en la práctica, estas normas servían de poco, ya que cualquiera que asegurara ser un nazi veterano era susceptible de ser incluido en la lista, mientras los nazis más ambiciosos que ya tenían empleo utilizaron el plan para obtener una ocupación mejor. En 1937, el servicio de Correos del Reich había empleado a más de 30.000 «dignos nacionalsocialistas», mientras sólo 369 de los 2.023 nazis que disfrutaban de un empleo estatal permanente y bien pagado en el Ministerio de la Guerra a finales de 1935 habían estado antes sin trabajo.

El sistema de «trabajo para los muchachos» se basaba, de hecho, en una práctica tradicional en Prusia y otros lugares, por la que los oficiales de rango inferior del Ejército que se jubilaban recibían automáticamente un

empleo en la función pública, especialmente en la policía pero también en otras ramas del sector público. La aplicación de este principio a miembros de las SA y del Partido Nazi era otra cosa, ya que se les recompensaba en tanto que miembros de un partido político, y no en tanto que antiguos servidores del Estado. Su escala y precipitación también eran nuevas. En octubre de 1933, el Partido Nazi en Berlín había encontrado trabajo para 10.000 de sus miembros, y el 90 por 100 de los trabajos de oficina del sector público eran para «viejos combatientes». Había que ser un patrón muy valiente para rechazar a un candidato de los camisas pardas locales, por muy poco preparado que estuviera. Muchos de los que obtenían un trabajo del Estado veían como se calculaba su antigüedad en sus nuevos cargos en función del servicio que habían realizado para el partido, las SA o las SS, lo que les otorgaba una clara ventaja sobre sus colegas a la hora de promocionarse. Algunos de estos trabajos eran simples sinecuras. En julio de 1933, por ejemplo, el camisa parda Paul Ellerhusen, comandante del campo de concentración de Fuhlsbüttel, oficinista no cualificado en el paro desde 1929, fue nombrado secretario personal del comisionado del Reich en Hamburgo con el título de consejero de Estado; al cabo de poco tiempo fue trasladado a un puesto mejor pagado en la Oficina de Juventud de la ciudad, aunque casi nunca se presentaba al trabajo, porque estaba casi permanentemente borracho.[195]

Se dieron muchos casos como éste en toda Alemania. Los servicios municipales de gas, agua y similares ofrecían muchas oportunidades a los hombres de las SA, que excedían a menudo las ofertas. Una auditoría en la oficina de la Fundación para la Enfermedad de Hamburgo detectó que ésta empleaba a 228 administrativos más de los que necesitaba. Miles de veteranos del partido encontraron empleos confortables en el sistema de transportes; los ferrocarriles de Hamburgo emplearon a más de un millar en 1933-1934, si los necesitaban o no era otro asunto. El jefe regional de los campesinos de Hamburgo, Herbert Duncker, por ejemplo, cobraba 10.000 marcos anuales como «consejero en cuestiones de agricultura» de la Compañía Eléctrica de Hamburgo sin siquiera presentarse una vez para ver de qué trataba el empleo. De este modo, las corporaciones públicas estaban siendo obligadas a subvencionar al partido y a sus organizaciones

auxiliares. Muchas empresas privadas se vieron sometidas a una presión similar. Mientras tanto, unas leyes aprobadas en 1934 y 1938 indemnizaron a miembros del partido por las demandas por daños causados en el curso de la destrucción de oficinas de sindicatos y otras entidades en 1933 y les permitieron liquidar sus deudas sin multa alguna si se daba el caso de que hubieran pasado por dificultades económicas entes del 1 de enero de 1934.[196] En contraste, antiguos activistas de los partidos comunista o socialdemócrata se encontraban con que sus solicitudes de empleo eran rechazadas una y otra vez, hasta que la demanda de mano de obra en la industria armamentística empezó a resultar tan urgente que sus actividades políticas previas fueron olvidadas convenientemente. La experiencia de Willi Erbach, un habilidoso mecánico que había sido miembro de la Reichsbanner, el ala paramilitar de los socialdemócratas, no puede ser poco habitual: despedido por sus actividades políticas en 1933, no volvió a encontrar trabajo hasta tres años más tarde, cuando la oficina de empleo le destinó de pronto a la fábrica de Krupp en Essen. Mientras tanto, obreros menos cualificados que él, miembros del Partido Nazi, encontraban trabajo con más facilidad.[197]

Las oportunidades de enriquecimiento estaban en todas partes, hasta entre los camisas pardas de a pie, quienes se servían de las cajas, los muebles, la ropa de cama y el equipamiento que encontraron en los locales de los sindicatos que asaltaron el 2 de mayo de 1933 y en las casas de los hombres y mujeres que detenían. El caso del líder de la Unión de Estudiantes de Munich, Friedrich Oskar Stäbel, vencedor en una rencilla interna de la que resultó nombrado jefe de la Unión de Estudiantes de Alemania en septiembre de 1933, fue frecuente. Stäbel celebró su ascensión a lo más alto utilizando las cuotas de la asociación a beneficio personal, en ropa, coches y similares, y para financiar y equipar una banda musical para su propio entretenimiento. La unión estudiantil de Berlín gastó las contribuciones de sus miembros en la compra de no menos de siete coches para uso personal de sus dirigentes.[198] Las cantidades de dinero y propiedades que fueron a parar a manos del partido desde comienzos de 1933 en adelante fueron tan enormes que pocos pudieron resistirse a la tentación de afanar algo en beneficio propio. La tesorería del partido no se

tomó a bien la malversación de sus propios fondos, y entre el 1 de enero de 1934 y el 31 de diciembre de 1941 llevó ante los tribunales no menos de 10.887 casos de apropiación indebida de fondos del partido; los casos implicaron a organizaciones auxiliares del partido y al partido mismo. La auditoría de cuentas y el control de las finanzas en general tendían a ser caóticas en una situación como la de 1933, cuando el Partido Nazi y la miríada de grupos subordinados estaban creciendo de forma casi exponencial. No puede sorprender que entre los 1,6 millones de personas que se afiliaron al partido en los primeros meses de 1933 hubiera muchos que esperaran hacer fortuna.[199]

III

Con tanto dinero fluyendo a sus cuentas, no puede sorprender que los funcionarios nazis, en todos los niveles de la jerarquía, disfrutaran pronto de un estilo de vida con el que nunca hubieran soñado antes de 1933. Los que se encontraban en la cumbre también. El ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, por ejemplo, declaró en 1932 unos ingresos anuales de menos de 619 marcos. Sin embargo, al cabo de pocos años estaba ganando 300.000 marcos al año en pago de sus artículos semanales para la revista nazi *Das Reich*, una cantidad desproporcionada con respecto a las tarifas estándar y que en la práctica representaba un enorme soborno anual por parte del editor de la revista, Max Amann. Por su parte, Goebbels hacía constar que el 20 por 100 de sus ganancias eran gastos de negocios, aunque de hecho no poseía ninguno. Con este dinero, el ministro de Propaganda compró, entre otras cosas, una mansión en la isla berlinesa de Schwanenwerder, cuya antigua propietaria, la médico judía Charlotte Herz, se había visto obligada a vender. En 1936 la ciudad de Berlín puso otra propiedad a su disposición de por vida en el lago Constanza. Goebbels se gastó 2,2 millones de marcos en su ampliación y restauración. En 1938 vendió la propiedad de Schwanenwerder al industrial Alfred Ludwig, quien se la prestó para su uso y disfrute sin gasto alguno. Aun así, Goebbels figuraba en la opinión popular como uno de los dirigentes nazis menos corruptos, como Albert Speer, cuyos honorarios como arquitecto, aumentados por los regalos

habituales de Navidad del líder del Frente del Trabajo, Robert Ley, y las concesiones en impuestos que se hacían habitualmente a los dirigentes nazis, le habían hecho millonario antes de la guerra.[200]

El más destacado de todos fue Hermann Göring, cuya mansión de caza Carinhalle fue ampliada y restaurada con un coste de 15 millones de marcos pagados por los contribuyentes. El mantenimiento y administración de estas propiedades palaciegas costaban no menos de medio millón de marcos, también a cargo de los contribuyentes; y todavía más, Göring poseía otra mansión de caza en la Prusia oriental, una mansión en Berlín, un chalé en Obersalzberg, un castillo, Burg Veldenstein, y otras cinco mansiones de caza, por no mencionar un tren privado cuyos vagones transportaban diez automóviles e incluso un horno de panadería, mientras los aposentos privados de Göring en el tren, que ocupaban dos vagones, costaron al Estado 1,32 millones de marcos en 1937, incluso antes de instalar el mobiliario y unos elementos decorativos extravagantes y lujosos. El mismo año, la Asociación de Fabricantes de Automóviles del Reich le regaló un yate valorado en tres cuartos de millón de marcos para su uso privado. En todas estas propiedades, Göring exhibía una gran colección de obras de arte, aunque la auténtica ocasión de forjarla no le llegara hasta la guerra. Como los otros dirigentes nazis, también logró ocultar buena parte de sus ingresos a las autoridades de Hacienda y obtener grandes privilegios para el resto; la evasión de impuestos se volvió todavía más fácil gracias a una orden de 1939 por la que los impuestos de los ministros y de los dirigentes del Partido Nazi fueron administrados exclusivamente a través de las oficinas de finanzas de Berlín y norte de Munich, donde podían estar seguros de contar con un trato favorable.[201]

Un abuso tan evidente no era sólo la manifestación de la corrupción que acompaña toda dictadura, sino que también expresaba el deseo, común entre la cúpula nazi, de demostrar simbólicamente que eran los nuevos amos de Alemania. La caza se convirtió en un pasatiempo favorito de muchos jefes regionales, quienes se compraban terrenos de caza aunque nunca antes hubieran demostrado ningún interés en tan aristocrático pasatiempo. Enfrentado a la necesidad de mantener el mismo nivel que sus colegas en este campo como en otros, el líder regional de Hamburgo, Karl

Kaufmann, no pudo hacer nada al principio, ya que su feudo urbano no disponía de terrenos de caza. Sin embargo, la creación del Gran Hamburgo en 1937 y la incorporación de un área forestal en el norte de la ciudad le proporcionaron la oportunidad que esperaba; la declaró de inmediato reserva natural, la proveyó de caza, la cerró con 11 kilómetros de valla, y la alquiló a la ciudad para su uso y disfrute. De modo similar, la mayoría de dirigentes nazis siguieron el ejemplo de Hitler y adquirieron obras antiguas y modernas en la *Gran Exposición de Arte Alemán* para colgar en sus grandiosas villas y mansiones de caza, no porque les interesara especialmente el arte, sino porque era un símbolo de su estatus en la jerarquía nazi.[202]

Poco sorprendentemente, la corrupción se alió con el robo y la extorsión cuando los dirigentes nazis y sus subordinados entraron en contacto con los desamparados y los menos poderosos. El odio que los activistas nazis sentían hacia los judíos, los comunistas, los «marxistas» y otros «enemigos del Reich» les dio carta blanca para saquearlos a voluntad. En el curso de la violenta toma del poder en 1933, bandas de camisas pardas enrolados como policías auxiliares llevaron a cabo «registros» en casas particulares que no eran más que una excusa para el atraco. En los campos de concentración, los oficiales y comandantes trataban los talleres donde trabajaban los reclusos como si fueran de su propiedad, llevándose muebles para sus aposentos, cuadros para sus paredes, etc. El comandante del campo de concentración de Lichtenburg utilizaba a los reclusos para realizar encuadernaciones para sus libros, zapatos y botas para él y su familia, buzones y tablas de planchar para su casa, y muchos más objetos. Los oficiales de menor graduación obligaban a los reclusos a robar espárragos y fresas del huerto del campo, «organizaban» las comidas en la cocina del campo y malversaban dinero de la cantina. El robo de los objetos personales y el dinero que llevaban consigo los infortunados que eran enviados a los campos era la norma, no la excepción. En 1938 el comandante de Buchenwald, Karl Koch, confiscó no menos de 200.000 marcos en bienes y dinero de los judíos que ingresaban en el campo: repartió parte del botín entre sus subordinados pero depositó la mayoría del dinero en su cuenta personal.[203]

Si se procesaba a alguien a un nivel relativamente alto por este tipo de delitos lo más probable es que fuera por falta de habilidad y no por algún sentido de rectitud por parte de sus superiores. Cuando Robert Schöpwinkel, un veterano funcionario de la Asociación Alemana de Hoteleros y Posaderos, fue procesado y sentenciado junto a sus dos subordinados más antiguos por malversar 100.000 marcos fue, en muy buena parte, porque su corrupción se había hecho tan famosa en el sector que el posadero del Rheinhotel Dreesen de Bad Godesberg, donde se hospedaba a menudo Hitler, se acercó en una ocasión al Führer y le dijo que si no se le pedían cuentas a Schöpwinkel todo el sector hotelero de Renania se volvería desafecto al régimen.[204] Unos pocos casos como éste en los tribunales permitieron a los dirigentes del régimen dar la imagen de combatir resueltamente la corrupción, a diferencia de sus predecesores de la República de Weimar. De hecho, lo más frecuente era que la corrupción se ocultara a los medios. La corrupción se vio estimulada por la ausencia de una prensa crítica y de un control público del gobierno y el partido, por la naturaleza personal del régimen y por la aversión generalizada entre los nazis hacia las estructuras y normas administrativas formales. En el clima de depresión económica de comienzos y mediados de los años treinta, el poder parecía una vía rápida para enriquecerse, y pocas personas con responsabilidades dentro del Partido Nazi pudieron resistirse a la tentación de utilizarlo. Los rumores e historias sobre corrupción se expandieron rápidamente entre la población. En septiembre de 1934, Victor Klemperer apuntó una conversación con un miembro de las Juventudes Hitlerianas, hijo de un amigo, quien describía cómo los líderes del grupo malversaban las contribuciones de los miembros para realizar excursiones y las utilizaban para comprarse bienes tan caros como motocicletas para uso privado. Era algo que sabía todo el mundo, le dijo el chico.[205]

El cenagal de corrupción en que se hundió la economía rápidamente desde el año 1933 sirvió de inspiración para cantidad de amargos chistes entre la población. La definición de «reaccionario» era «un tipo que tiene un empleo bien pagado que pretende un nazi». Uno de los objetivos del humor popular era el gusto de Göring por los uniformes y los títulos. Un «Gör» era «la cantidad de hojalata que puede llevar un hombre en el

pecho». En una visita a Roma para negociar con el Vaticano, Göring telegrafió a Hitler: «Misión cumplida. Papa destituido. Tiara y vestidos pontificales quedan perfectos». Por la noche, de acuerdo con otro chiste, la esposa de Göring se levantaba y encontraba a su marido, desnudo, de pie al lado de la cama y blandiendo su bastón de mariscal. ¿Qué haces?, le preguntaba ella. «Estoy ascendiendo mis calzones a pantalones», respondía él. Los chistes sobre la corrupción llegaron a los escenarios: en 1934 el cabaretero Werner Finck, que se dedicaba a pronunciar monólogos en el Katakombe de Berlín, se quedaba quieto con el brazo derecho en alto haciendo el saludo nazi mientras un sastre le tomaba medidas para un traje nuevo. «¿Qué tipo de chaqueta tiene que ser?—preguntaba el sastre—: ¿Con tiras y hebillas?». «¿Está pensando en una camisa de fuerza?», decía Finck. «¿Cómo querrá los bolsillos?». «Muy grandes, como se llevan ahora», respondía finalmente Finck. Goebbels ordenó la clausura del cabaret. Finck fue enviado a un campo de concentración. Normalmente, Hitler se libraba de los sarcasmos relacionados con la corrupción, tanto en público como en privado. Las quejas por corrupción se dirigían contra sus subordinados, especialmente los «pequeños Hitler» que mandaban en las regiones. Los hijos de Goebbels protagonizaban un chiste que circuló mucho. Les invitaban a tomar el té sucesivamente en las casas de Göring, Ley y otras figuras destacadas del partido. Después de cada visita llegaban a casa entusiasmados por los deliciosos pasteles de crema que les habían ofrecido y los estupendos regalos que habían recibido. Sin embargo, después de visitar a Hitler, quien sólo les había ofrecido café de malta y unos pasteles minúsculos, los niños preguntaban: «Papaíto, ¿es que Hitler no es el Führer del partido?».[206]

Con todo, en paralelo a estas manifestaciones humorísticas, existía la sensación de que el régimen nazi había alcanzado muchos logros en la esfera económica en 1939. Al fin y al cabo, la economía se había recuperado de la depresión más rápidamente que en otros países. La deuda externa alemana se había estabilizado, los tipos de interés habían caído a la mitad de los niveles de 1932, la bolsa se había recuperado de la Depresión, el producto nacional bruto había crecido un 81 por 100 durante el mismo periodo y la inversión y la producción industrial había alcanzado otra vez

los niveles que ostentaba en 1928. Los dos grandes espantajos económicos de los años de Weimar, la inflación y el desempleo, habían sido neutralizados.[207] Todo esto se había conseguido mediante una creciente intervención estatal en la economía que en 1939 había alcanzado proporciones sin precedentes. Dijeran lo que dijeran los mensajes de la propaganda sobre la batalla por el trabajo, la política económica nazi estaba dirigida por las ansias abrumadoras de Hitler y la cúpula nazi, respaldados por las Fuerzas Armadas, de prepararse para la guerra. A finales de 1936, la gestión de la economía apenas levantaba objeciones dentro del mundo de los negocios; cuando el Plan Cuatrienal empezó a aplicarse, sin embargo, el rearme empezó a superar la capacidad de la economía para abastecerlo, y las empresas empezaron a inquietarse, sometidas a una red cada vez más estrecha de restricciones y controles. De modo más ominoso, la empresa privada empezó a ser superada por los flancos por empresas estatales fundadas y financiadas por un régimen cada vez más impaciente con la prioridad que el capitalismo daba al beneficio. Con todo, nada de todo esto, fueran cuales fuesen las sospechas de los críticos, representaba un retorno a los principios supuestamente socialistas que abrazaron los nazis en los primeros tiempos. Hacía mucho tiempo que estos principios habían sido abandonados y, de hecho, los nazis no habían sido nunca socialistas en realidad. El Tercer Reich no iba a crear jamás la propiedad estatal y la planificación centralizada como se hacía en la Rusia de Stalin. Los principios darwinistas que animaban al régimen dictaban que la competición entre empresas e individuos seguiría siendo el principio que guiaba la economía, así como la competencia entre diferentes agencias del Estado y el partido guiaban los principios de la política y la administración.[208]

Sin embargo, lo que Hitler quería asegurar era que las empresas compitieran para cumplir los objetivos políticos globales establecidos por él. Aunque estos objetivos fueran fundamentalmente contradictorios. Por un lado, la autarquía se había diseñado para preparar a Alemania para una guerra larga; por otro lado, se perseguía el rearme con un abandono precipitado que no prestaba excesiva atención a los dictados de la autosuficiencia nacional. Si se lo mide con sus propios objetivos, en verano

de 1939 el régimen nazi sólo había triunfado, a lo sumo, parcialmente. Los preparativos para una guerra a gran escala eran inadecuados, el programa de armamento, incompleto; la escasez dramática de materias primas hacía que los objetivos de construcción de tanques, barcos, aviones y armas no se estuvieran alcanzando ni remotamente, y Hitler exacerbaba la situación con su incapacidad de establecer prioridades estables y racionales dentro del programa de rearme. La respuesta fue el pillaje. La corrupción, extorsión, expropiación y el robo descarado que se convirtieron en características del régimen y sus amos y sirvientes en todos los niveles en el curso del programa de arianización situó el pillaje en el corazón de la actitud nazi hacia la propiedad y el sustento de las gentes que consideraban no arias. Las convulsiones y tensiones enormes acumuladas en la economía alemana entre 1933 y 1939 sólo se podían resolver, el mismo Hitler lo sostuvo explícitamente en varias ocasiones, conquistando espacio vital en el Este. Los «viejos combatientes» del partido fueron recompensados por sus sacrificios durante los «años de lucha» bajo la República de Weimar con dinero, empleos, propiedades y rentas tras la toma del poder. Ahora, llevado al extremo, se aplicaría el mismo principio a la economía alemana y a las economías del resto de Europa: se tendrían que pedir sacrificios a los alemanes en los preparativos de guerra, pero una vez que la guerra llegara, recibirían grandes recompensas gracias a los nuevos dominios del Este de Europa que les darían riquezas a una escala sin precedentes, suministrarían comida a la nación en el futuro y resolverían todos los problemas económicos de Alemania de un golpe.[209]

Mientras tanto, el pueblo alemán tendría que hacer sacrificios. El régimen dirigió todos sus esfuerzos a desarrollar la producción y a contener firmemente el consumo. La escasez de manteca, mantequilla y otros comestibles, sin mencionar productos de lujo como la fruta importada, se habían convertido en algo habitual en la vida diaria en 1939. La gente recibía constantemente peticiones de contribución a los planes de ahorro de un tipo u otro. Los ahorros se dirigían directamente a bonos del Estado, certificados de crédito y créditos sobre impuestos, de modo que la mayor parte se podía destinar a armamento. Se exhortaba a la gente a ahorrar más que a gastar, gastar y gastar. Los autónomos se vieron obligados a tener

planes de pensiones que les forzaban a invertir dinero en compañías de seguros a las que el gobierno podía recurrir para financiar el rearme. Al mismo tiempo, los departamentos del Gobierno y del Ejército retrasaban a menudo el pago a los contratistas por periodos superiores a un año, obteniendo de los retrasos lo que en realidad era una especie de crédito escondido. En muchas empresas pequeñas y medianas que trabajaban en la fabricación de armas o en proyectos relacionados con el armamento esta práctica creó problemas de liquidez tan serios que algunas veces no podían llegar a pagar a tiempo los salarios de sus empleados.[210] El régimen lo justificaba todo con su retórica acostumbrada de sacrificio por el bien mayor de la comunidad racial alemana. Sin embargo, ¿aceptaba la gente la realidad de tal comunidad? ¿Consiguió el régimen diluir los antagonismos y hostilidades de clase que habían hecho impracticable la democracia de Weimar y unir a todos los alemanes en un renacimiento de la unidad nacional y la lucha por una causa común? Del cumplimiento de esta promesa dependía en gran medida la popularidad y el éxito del régimen.

5

LA CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD DEL PUEBLO

SANGRE Y SUELO

I

Para Friedrich Reck-Malleczewen, el Tercer Reich representó la llegada al poder de la chusma y el derrocamiento de toda autoridad social. Reck residía en la Alta Baviera, donde poseía una antigua casa de campo con once hectáreas de tierra y comodidades aristocráticas, pero procedía del norte de Alemania. Como explicó a un diario de Munich en 1929, sus orígenes y sus lealtades se encontraban en la antigua aristocracia prusiana y no en la bávara. Profundamente conservador, esnob, nostálgico de la época en que Bismarck todavía no había arrastrado a los *junkers* al mundo moderno, Reck aborrecía la Alemania nazi con una rara intensidad. Desde la seguridad relativa de su retiro rural, vertió en su diario la repugnancia que sentía hacia el nuevo orden de cosas. «Soy prisionero de una horda de simios viciosos», escribió. Hitler era un «pedazo de bruto» a quien tenía que haber disparado cuando se le presentó la oportunidad en una ocasión en que, en posesión de un revólver para protegerse de la creciente violencia de las masas de la época, se lo había encontrado en el restaurante Osteria de Munich en 1932. Tras escuchar hablar a Hitler, Reck obtuvo la impresión de que se trataba de alguien «fundamentalmente estúpido». Parecía un «conductor de tranvías»; sus facciones, «hechas de depósitos de grasa poco saludables, temblaban; todo le colgaba, era flojo y sin forma concreta: insignificante, gelatinoso, mórbido». Y aun así, la gente veneraba a esa «sucia [...] monstruosidad», a ese «esquizofrénico borracho de poder». Reck no podía soportar escuchar el «lerdo e imbécil grito de “Heil!” [...], a las mujeres histéricas, a los adolescentes en trance, a un pueblo entero en el estado espiritual de los derviches». «Verdaderamente—escribió en 1937—, no se puede caer más bajo. Esta chusma, con la que estoy relacionado por

una misma nacionalidad, no sólo no es consciente de su propia degradación sino que está siempre presta a exigir de sus semejantes el mismo rugido [...], la misma degradación».[1]

A juicio de Reck, los líderes nazis eran «sucios pequeño burgueses [...] sentados en la mesa de sus señores desahuciados».[2] En septiembre de 1938, escribió lo siguiente con respecto a la sociedad alemana en general:

> La masa pasa, como si estuviera compuesta por robots, de la digestión al sueño. Con sus hembras teñidas de rubio, produce hijos para que no se detenga la actividad de las termitas. Repite palabra por palabra los hechizos del Gran Manitú, denuncia o es denunciada, muere o la conducen a la muerte, y así sigue, vegetando. [...] Pero, aun así, no es esta invasión del mundo por parte de los neandertales lo que resulta insoportable. Lo que es insoportable es que esta horda de neandertales exige que los pocos seres humanos auténticos que quedan también se conviertan gustosamente en hombres de las cavernas; y si se resisten, los amenazan con la desaparición física.[3]

Sabiamente, Reck escondía cada noche su diario en los bosques y campos de su propiedad rural, cambiando constantemente el escondite para que la Gestapo no lo descubriera.[4]

A Reck le angustiaba especialmente lo que había sucedido con la joven generación de la aristocracia. A principios de 1939, visitó un club de moda de Berlín y lo encontró lleno de «jóvenes de la aristocracia rural, todos con uniformes de las SS»:

> Se lo estaban pasando en grande, lanzando los cubitos de hielo que sacaban de las cubiteras de champaña a los escotes de las damas y recuperándolos de tan horribles profundidades en medio del júbilo general. [...] Se comunicaban por medio de gritos, que con toda seguridad se podían escuchar en Marte, y utilizaban el lenguaje de los chulos de la Primera Guerra Mundial y del periodo de los Cuerpos Libres—la jerga en que se ha convertido la lengua durante los últimos veinte años—. [...] Observar a estos hombres era como ver el abismo insuperable que nos separa a todos nosotros del ayer. [...] Lo primero que se percibe es la vacuidad espantosa de sus caras. Luego, de vez en cuando, se puede observar en sus ojos una especie de brillo tenue, una iluminación repentina. No tiene nada que ver con la juventud. Es la mirada típica de su generación, el reflejo inmediato de un salvajismo básico y absolutamente histérico.[5]

Estos hombres, escribió proféticamente, «convertirían en ceniza las pinturas de Leonardo, y su Führer las calificaría de degeneradas». «Perpetrarán cosas todavía peores. Y lo peor de todo, lo más horrendo, es que serán completamente incapaces de darse siquiera cuenta del nivel de degradación

de su existencia». Los aristócratas de linajes antiguos y honorables, bramó, estaban aceptando títulos y honores vacíos de significado de manos de un régimen que los había degradado y había llevado la desgracia a sus famosos nombres. «Esta gente está loca, y pagará cara su locura». La moral tradicional y el orden social había sido trastocado, y el hombre a quien atribuía todas las culpas era el mismo Hitler. «Te he odiado cada hora de mi vida —escribió al Führer nazi en la privacidad de su diario en agosto de 1939—, te odio tanto que daría gustosamente mi vida para que murieras. Me dirigiría gustosamente hacia la perdición y me sumiría en las profundidades si supiera que puedo arrastrarte».[6]

La vehemencia del desdén de Reck y su visión de las masas nazificadas no eran habituales. La agudeza y la perspicacia de algunas de sus observaciones pueden deberse, en parte, a su extrema marginalidad. Las pretensiones de Reck, manifestadas en el artículo de 1929 publicado en un diario muniqués, según las cuales procedía de un linaje noble, eran tan falsas como los detalles de sus supuestos orígenes en la aristocracia báltica que figuraban en su elaborado árbol genealógico. En verdad, su nombre era Fritz Reck a secas. Su abuelo era posadero y, aunque su padre ganó suficiente dinero y posición como para ser nombrado miembro de la Cámara de Diputados de Prusia en 1900, no se sentaba en la cámara alta, que pertenecía a la nobleza de sangre, sino en la cámara baja, como convenía a los comunes. Reck era un médico competente que dedicaba la mayor parte del tiempo a escribir—novelas, obras de teatro, artículos para la prensa, guiones de cine, etc.—y se construyó un pasado fantástico: habría prestado servicio en diversos escenarios de la guerra e incluso habría servido en el Ejército colonial británico. Todo era inventado, aunque sus pretensiones aristocráticas no levantaron jamás sospechas ni animosidad en los círculos en que se movía. Su actitud de superioridad y su arrogancia en público apuntalaban estas pretensiones. Reck asumió tanto en su vida social como en la privada todos los atributos de los *junkers* prusianos. Parece ser que su fe en su propio carácter aristocrático y en las virtudes de la elite social de los que poseían títulos y cultura fue absolutamente genuina.[7] Y fueran cuales fueran los detalles inventados de su diario, el odio de Reck hacia Hitler y los nazis era indudablemente auténtico.[8]

Reck era mucho más conservador que la mayoría de los miembros genuinos de la vieja aristocracia prusiana. Como reconoció con perspicacia, la joven generación apenas compartía sus valores. En los años de Weimar, la aristocracia alemana había sufrido una fractura generacional extrañamente aguda. Privadas del respaldo económico y social del que habían disfrutado por parte del Estado durante el régimen de Bismarck, las viejas generaciones esperaban con ansia el regreso de los viejos tiempos. Veían con sospecha y alarma la retórica pseudoigualitaria de los nazis. Pero las generaciones más jóvenes despreciaban la vieja monarquía por haberse rendido sin luchar en 1918. Para los más jóvenes, el Partido Nazi de comienzos de los años treinta era el vehículo potencial para la creación de una nueva elite. Para ellos, la aristocracia no se caracterizaba por ser un grupo basado en el estatus y en un sentido del honor compartido, sino por ser una entidad racial, el producto de una crianza de siglos. A principios de los años veinte, ésta era la opinión que prevalecía entre los 17.000 miembros de la Deutsche Adelsgenossenschaft [Unión de Nobles Alemanes], cuando prohibieron el ingreso en la entidad de los nobles judíos (aproximadamente un 1,5 por 100 del total). Pero no todos pensaban lo mismo. Los nobles católicos, concentrados en su gran mayoría en el sur de Alemania, se mantuvieron apartados de este proceso y muchos se pusieron de parte de su Iglesia cuando el Tercer Reich empezó a someterla a presión. Aunque muchos eran opositores de la República de Weimar, los miembros más jóvenes de la aristocracia bávara no ingresaron en las SS en las mismas cantidades que sus pares protestantes del norte. Se sentían más cómodos en otras organizaciones de derechas, como los Cascos de Acero. Los nobles más viejos de todas las regiones alemanas solían ser monárquicos y, de hecho, para ser miembro de la Unión de Nobles, antes de que ésta fuera suprimida durante el Tercer Reich, había que comprometerse abiertamente con la restauración de las monarquías alemanas. Aun así, muchos se sentían atraídos por la hostilidad de los nazis hacia el socialismo y el comunismo, por su énfasis en el liderazgo y por sus ataques contra la cultura burguesa. Para la generación más joven, la rápida expansión de las Fuerzas Armadas constituía una nueva oportunidad de servir, como era tradicional, en el cuerpo de oficiales. La prioridad concedida por los nazis a la conquista de

espacio vital en el este de Europa atraía a muchos miembros de la nobleza de Pomerania y Prusia, que la interpretaban como un regreso a los días gloriosos en que sus ancestros habían colonizado el Este. Conscientes de la necesidad de ganar votos entre los sectores conservadores de la población, a comienzos de los años treinta los nazis utilizaron a menudo a los vástagos de la nobleza para que figuraran con ellos en las tribunas en los mítines. Los miembros más jóvenes de la familia Hohenzollern se destacaron en su apoyo a los nazis: el príncipe Augusto Guillermo de Prusia era oficial de los camisas pardas desde mucho antes de 1933 y el príncipe heredero, Federico Guillermo, pidió el voto para Hitler en detrimento de Hindenburg en las elecciones presidenciales de 1932.[9]

Los camisas pardas y buena parte de los «viejos combatientes» despreciaban a la nobleza alemana, que veían como un cuerpo degenerado, pero Hitler era consciente de que los jóvenes aristócratas eran indispensables para su nuevo cuerpo de oficiales, que crecía de forma exponencial, y para seguir dando un barniz de respetabilidad al cuerpo diplomático. Hitler permitió la supervivencia de la Unión de Nobles Alemanes, debidamente coordinada bajo liderazgo nazi. Sin embargo, tan pronto creyó que ya no era necesario tratar a los conservadores con paños calientes, evidenció que la restauración de la monarquía no entraba en sus planes. A comienzos de 1934, grupos de camisas pardas reventaron las aristocráticas celebraciones del cumpleaños del ex káiser en Berlín y se prohibieron diversas asociaciones monárquicas. Cuando Hitler asumió la jefatura del Estado tras la muerte de Hindenburg, se desvanecieron del todo las esperanzas de la vieja generación de nobles alemanes en una restauración de la monarquía. Pero si el trato que Hitler dispensaba a la aristocracia se enfrió, éste se vio compensado con creces por el creciente entusiasmo demostrado por Heinrich Himmler, jefe de las SS. Poco a poco, la vieja generación de hombres de las SS, con historiales de violencia que se remontaban a menudo a la época de los Cuerpos Libres de los primeros años de la República de Weimar, fue jubilada y reemplazada por hombres más cultos y de noble cuna. Los populistas nazis podían haber castigado a la aristocracia alemana por decadente y degenerada, pero Himmler estaba convencido de que la conocía mejor; siglos de crianza bien planificada,

pensaba, tenían que haber producido una mejoría constante de sus características raciales. Pronto empezó a dar a entender este mensaje a públicos receptivos formados por aristócratas alemanes. Figuras como el heredero del Gran Duque de Mecklenburg y el príncipe Guillermo de Hesse ya se habían afiliado a las SS antes del 30 de enero de 1933; ahora, los jóvenes aristócratas se desvivían por enrolarse, como muchos miembros de la nobleza militar prusiana, los barones Von der Goltz, Von Podbielski y muchos más.[10]

En 1938, cerca de una quinta parte de la cúpula de las SS estaba formada por hombres con título nobiliario y la proporción entre los oficiales de baja graduación era de uno a diez. Para cimentar estas relaciones con la aristocracia, Himmler convenció a las asociaciones de jinetes más importantes de Alemania, reservas de socialización de la clase alta, de que se enrolaran en las SS, fueran cuales fueran sus opiniones políticas, en gran medida para disgusto de algunos miembros de la vieja generación de veteranos de las SS. Así, los jinetes de las SS ganaban regularmente los campeonatos de hípica de Alemania, hasta ese momento reservados a los clubes privados. Otros, especialmente los que habían alcanzado la juventud durante la República de Weimar, asumieron un papel más activo y comprometido. Erich von dem Bach-Zelewski fue un caso típico. Alistado como voluntario en la guerra con quince años, más tarde se enroló en los Cuerpos Libres, del que fue expulsado en 1924 por hacer proselitismo de los nazis. Bach-Zelewski se ganó la vida dirigiendo una empresa de taxis y, después, una explotación agraria. En 1930 se afilió al Partido Nazi y a las SS y a finales de 1933 ya estaba escalando rápidamente en la jerarquía. Otros jóvenes nobles con carreras similares fueron Ludolf von Alvensleben, que también había servido en los Cuerpos Libres, había perdido su hacienda en Polonia al final de la guerra y la compensación por la pérdida durante la inflación, y había intentado sin éxito dirigir una empresa de coches que entró en bancarrota, y el barón Karl von Eberstein, que había intentado ganarse la vida en los años veinte como viajante. La observación de Reck-Malleczewen en el club berlinés es sagaz y penetrante: muchos de los jóvenes de la aristocracia *junker* se habían afiliado en efecto a la nueva elite

alemana de Himmler. Otros, especialmente los que se enrolaron en el Ejército o en el cuerpo diplomático, iban a desencantarse pronto con el régimen a pesar de su entusiasmo inicial.[11]

II

Tradicionalmente, la aristocracia alemana había obtenido sus riquezas de la tierra. Aunque con los años los nobles habían empezado a tener un papel significante, y en algunas áreas más que significante—en el cuerpo de oficiales, entre los altos funcionarios e incluso en la industria—, durante los años veinte y treinta la tierra seguía siendo su fuente principal de ingresos, de poder social y de influencia política. El presidente del Reich, Paul von Hindenburg, fue especialmente susceptible a la influencia de los aristócratas rurales de Prusia, con quienes trataba cuando pasaba temporadas en su propiedad rural de Neudeck, en la Prusia oriental. Las concesiones especiales del gobierno a propietarios como él mismo, como las ayudas a los productores agrícolas del este rural, levantaron muchos comentarios. Sin embargo, en lo que concernía a los nazis, el fundamento de la sociedad alemana en el campo no lo formaban los grandes propietarios, sino los pequeños campesinos. El punto 17 del programa del Partido Nazi de 1920 pedía, en efecto, «una reforma de la tierra que encaje con nuestras necesidades nacionales» y la «creación de una ley de confiscación de la tierra sin compensaciones y en beneficio de la comunidad». Siguiendo al punto 16, que pedía la abolición de los grandes almacenes, la cláusula parecía dirigirse directamente contra las grandes propiedades. Pero los críticos del nazismo hicieron creer que el partido también amenazaba con expropiar a los pequeños campesinos, de modo que el 13 de abril de 1928 Hitler hizo pública una «clarificación» de esta cláusula, modificando lo que hasta entonces se había presentado repetidamente como una lista de peticiones fija, inalterable y no discutible. El punto 17 del programa del partido se refería, afirmó, a los especuladores judíos que no pensaban en el interés público sino que utilizaban la tierra para enriquecerse. Los campesinos no debían preocuparse: el Partido Nazi se comprometía en principio a la inviolabilidad de la propiedad privada.[12]

Sosegado por esta afirmación, y desesperado por la profunda crisis económica en que había caído la agricultura con anterioridad al inicio de la Depresión, el campesinado del norte de Alemania votó en masa al Partido Nazi a partir de 1930. La aristocracia terrateniente se mantuvo al margen y prefirió seguir apoyando a los nacionalistas. Comparados a éstos, los nazis parecían poder ofrecerles poca cosa. Sus intereses estuvieron bien representados en la coalición que asumió el poder el 30 de enero de 1933. Alfred Hugenberg, el líder nacionalista, no era sólo ministro de Economía, sino que también ocupaba la cartera de Agricultura y, desde este cargo, introdujo rápidamente una serie de medidas diseñadas para sacar a sus partidarios, y a los agricultores alemanes en general, del cenagal económico en que estaban hundidos. Prohibió a los acreedores la expropiación de fincas con deudas hasta el 31 de octubre de 1933, aumentó los aranceles para la importación de productos agrícolas básicos y, el 1 de junio, introdujo medidas que incluían la cancelación de algunas deudas. Para proteger a los productores de leche, Hugenberg también recortó en un 40 por 100 la producción de margarina y ordenó que ésta incorporara mantequilla entre sus ingredientes. Esta última medida provocó en un breve espacio de tiempo el incremento de hasta un 50 por 100 del precio de las grasas, entre las cuales la mantequilla y la margarina, y levantó muchas críticas entre el pueblo. Fue otro clavo en la tumba política de Hugenberg. En el mes de junio, el proceso de «coordinación» ya afectaba a los grupos de presión más importantes en el sector de la agricultura y estaba alcanzando al Partido Nacionalista de Hugenberg. A finales de mes, Hugenberg dimitió todos sus cargos y desapareció de la escena política.[13]

El hombre que le sustituyó fue Richard Walther Darré, el experto de agricultura del partido e inventor del eslogan nazi «sangre y suelo». Para Darré, lo importante no era mejorar la posición económica de la agricultura sino reforzar al campesinado como fuente primigenia de la fuerza racial alemana. En sus libros *Das Bauerntum als Lebensquell der nordischen Rasse* [*El campesinado como fuente vital de la raza nórdica*], publicado en 1928, y *Neuadel aus Blut und Boden* [*La nueva aristocracia de sangre y suelo*], que apareció al año siguiente, Darré sostenía que las cualidades esenciales de la raza alemana habían sido inoculadas por el campesinado en

la Alta Edad Media, cuyos miembros no habían sido pisoteados ni oprimidos por la aristocracia terrateniente sino que, por el contrario, habían creado en esencia una única comunidad racial. La existencia de haciendas rurales era meramente funcional y no estaba relacionada con la superioridad intelectual o de carácter por parte de los propietarios.[14] Estas ideas ejercieron una fuerte influencia sobre Heinrich Himmler, que dio a Darré el cargo de director de su Oficina Central para la Raza y el Reasentamiento. Por lo menos en un principio, la idea de Himmler de una nueva aristocracia racial que dirigiera Alemania tenía muchos puntos en común con la de Darré. Y las ideas de Darré atraían a Hitler, que en 1930 le invitó a integrarse al partido y dirigir una nueva sección dedicada a la agricultura y al campesinado. En 1933, Darré había desarrollado una gran maquinaria propagandística bien organizada que expandía entre el campesinado la buena nueva de su papel central en el venidero Tercer Reich. Había conseguido infiltrar a tantos miembros del Partido Nazi en los grupos de presión del sector de la agricultura, como la Liga de la Tierra del Reich, que le resultó relativamente sencillo organizar la «coordinación» en los primeros meses del nuevo régimen.[15]

Cuando Hugenberg dimitió, Darré controlaba ya *de facto* la organización nacional de campesinos nazificada y su designación como ministro de Agricultura cimentó su posición como líder de unos nueve millones de campesinos y trabajadores del campo que, con sus subordinados, sumaban aproximadamente el 30 por 100 del conjunto de la población alemana.[16] Al cabo de dos meses de su nombramiento, estaba preparado para introducir una serie de medidas con la intención de traducir sus ambiciones a la práctica. Aparte de la Corporación Alimenticia del Reich, estas medidas ponían el acento en unas nuevas leyes de patrimonio con que Darré quería proteger al campesinado e incorporarlo a la fundación de un nuevo orden social. En algunos lugares de Alemania, especialmente en el sudoeste, la costumbre y las leyes de reparto del patrimonio heredado hacían que, cuando moría un campesino, sus propiedades y bienes fueran divididos a partes iguales entre sus hijos, lo que fomentaba la parcelación, la creación de explotaciones agrícolas demasiado pequeñas para resultar viables y la proletarización del pequeño campesino. El ideal de Darré era

una Alemania con explotaciones agrícolas lo suficientemente grandes como para resultar autosuficientes. En lugar de repartir las tierras a partes iguales o, como sucedía en la mayoría del norte de Alemania, de que las heredara el hijo mayor, las explotaciones debían pasar, según Darré, a manos del heredero más fuerte y eficaz. Al mantenerse así en manos de la misma familia, las alejaría del mercado. Fomentada por esta nueva norma, la selección natural fortalecería al campesinado y éste podría cumplir su destino de suministrador de una nueva casta de líderes para la nación. El 29 de septiembre de 1933 se aprobó la Ley de granjas protegidas, que tenía como objetivo llevar a la práctica tan ambicioso proyecto. La ley pretendía recuperar la vieja costumbre alemana de la indivisibilidad o herencia inalienable. Todas las explotaciones agrícolas de entre 7,5 y 125 hectáreas estarían sometidas a la ley. No podían ser compradas, vendidas ni divididas, ni podían ser expropiadas a causa de las deudas. Tampoco se podían utilizar como aval en la solicitud de un crédito. Eran medidas extremadamente draconianas para un mercado libre. Y tampoco eran muy realistas. En la práctica, obedecían más a la imagen ideal y abstracta que tenía Darré de un campesino sólido y autosuficiente. Pero Alemania era un país donde siglos de herencias repartidas habían creado, por un lado, miles de explotaciones agrícolas muy pequeñas, mientras, por otro lado, la acumulación de propiedades por parte de los terratenientes había conducido al desarrollo de grandes cantidades de haciendas mucho mayores de 125 hectáreas. La ley sólo afectaba a 700.000 explotaciones, el 22 por 100 del total, que sumaban un 37 por 100 de los terrenos cultivables y forestales del país. De estas explotaciones, el 85 por 100 se encontraba en el extremo más bajo del arco, es decir, tenía un tamaño de entre 20 y 50 hectáreas. En algunas áreas, especialmente en Mecklenburg y en las llanuras del este del Elba, donde predominaban las grandes haciendas, y en el sudoeste, altamente parcelado, la ley afectó a relativamente pocas propiedades y tuvo en consecuencia poco efecto. Pero en la Alemania central su impacto fue potencialmente considerable.[17]

Darré esperaba sortear el problema de qué hacer con los herederos que quedaban al margen de la ley animándolos a crear nuevas explotaciones en el Este. De este modo, recuperaba la tradición, santificada por los

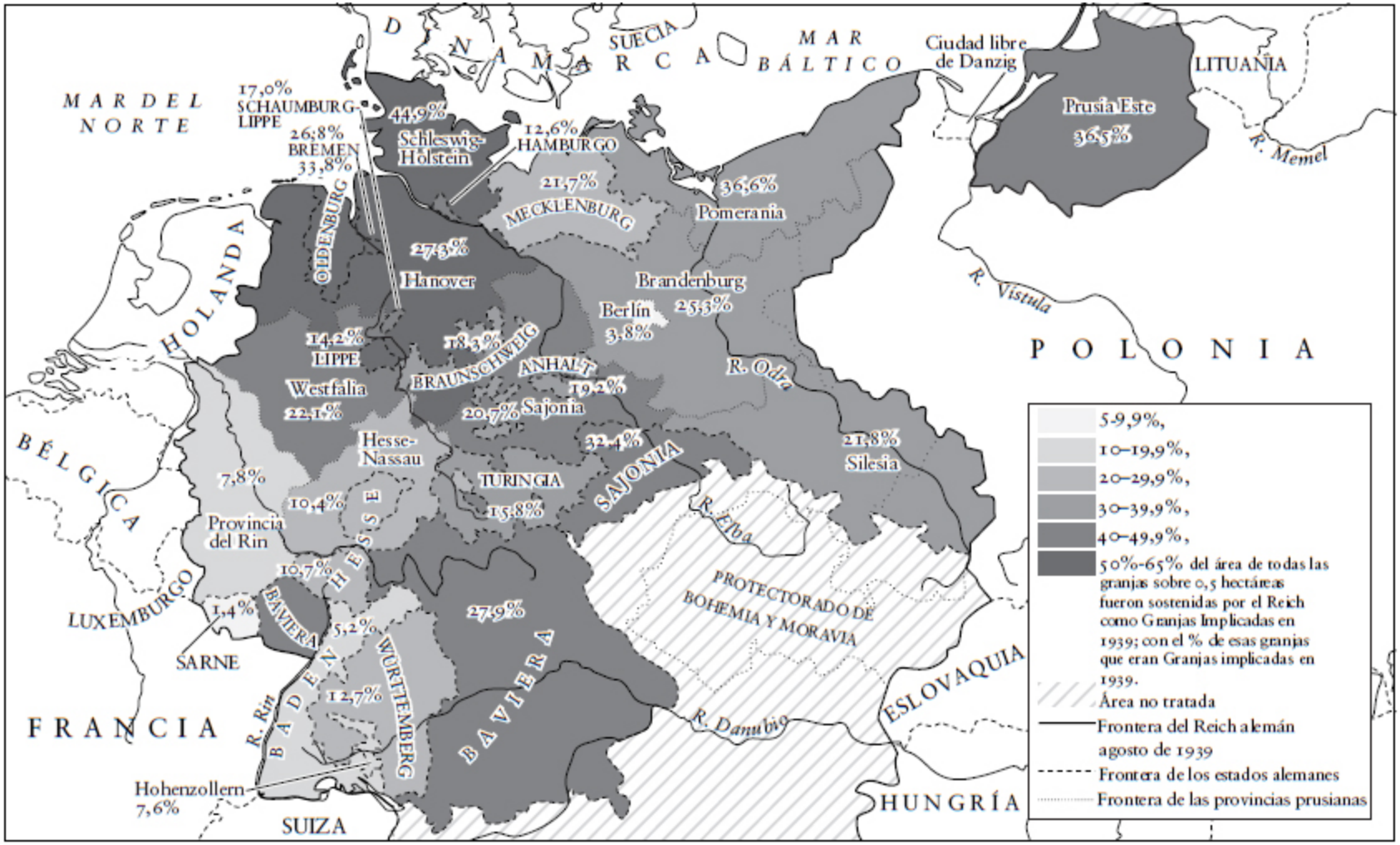
conservadores alemanes, de la «colonización» del Este, pero con una diferencia crucial: el área que debía ser colonizada ahora para crear una nueva sociedad de pequeños campesinos autosuficientes estaba ya ocupada por haciendas medianas y por grandes propiedades en manos de los *junkers*. El 11 de mayo de 1934, Darré se manifestó ásperamente en contra de los propietarios actuales de las haciendas, que, según afirmó, venían destruyendo desde hacía siglos al campesinado del este del Elba y habían reducido a muchos pequeños campesinos a la categoría de obreros sin tierra. Era hora, declaró, de devolver a los campesinos las tierras que los *junkers* les habían robado. Pero dado que el Partido Nazi había abandonado la idea de expropiar las grandes propiedades rurales y dividirlas entre pequeños campesinos, propuesta originalmente en el punto 17 de su programa, Darré no pudo imponer medidas para llevar a cabo sus propósitos. Por consiguiente, instó al Estado a no hacer nada para ayudar a los grandes propietarios que pasaran por dificultades económicas, una posición que no se alejaba demasiado de la de Hitler, que el 27 de abril de 1933 declaró que las grandes haciendas con problemas económicos debían ser «colonizadas» por campesinos alemanes sin tierra.[18]

Los ambiciosos planes de Darré sólo se cumplieron parcialmente. Sus proyectos le hicieron profundamente impopular en muchos sectores de la población, también entre gran parte del campesinado. Además, a pesar de su voluntad de dividir las propiedades en bancarrota, Hitler contemplaba la conquista de «espacio vital» en el Este como la solución de los problemas agrícolas de Alemania. En su opinión, la colonización tenía que esperar hasta que Alemania hubiera extendido su dominio sobre Polonia, Bielorrusia y Ucrania. En cualquier caso, a pesar de su igualitarismo de cara a la galería, Hitler no quería destruir la base económica de la aristocracia rural de Prusia. Muchos expertos económicos eran conscientes de que las haciendas de los *junkers*, muchas de las cuales habían sido racionalizadas con éxito y habían modernizado su producción y gestión desde finales del siglo XIX, eran mucho más eficientes como productoras de comestibles que los pequeños campesinos, y el mantenimiento del suministro alimentario en el presente no podía ser hipotecado por la creación de la utopía racial en el futuro. En consecuencia, en la práctica, el número de nuevas explotaciones

agrícolas pequeñas en el este del río Elba no creció mucho más de lo que había hecho en los últimos años de la República de Weimar. Los hijos desheredados a causa de la ley no consiguieron encontrar nuevas propiedades y, en cualquier caso, muchos campesinos católicos de las colinas del sur de Alemania no estaban en absoluto entusiasmados con la idea de alejarse hacia las lejanas tierras de Pomerania o la Prusia oriental, lejos de sus familias, rodeados de protestantes que hablaban dialectos extraños en un paisaje que no les era familiar, llano y monótono.[19]

El gobierno desembolsó 650 millones de marcos en el contexto del plan de liquidación de las deudas de los campesinos y los propietarios de tierra iniciado por el predecesor de Darré, Alfred Hugenberg. La cifra contrastaba con la desembolsada durante la República de Weimar entre 1926 y 1933, que era de 454 millones. Los campesinos endeudados que cayeron bajo la protección de la Ley de granjas protegidas del Reich se encontraron de pronto con que se habían librado de la amenaza de un embargo. A pesar de ello, los propietarios de granjas protegidas veían a menudo que se les rechazaban créditos porque no podían utilizar sus explotaciones agrícolas como aval. El hecho de que algunos esgrimieran su nuevo estatus para negarse a pagar sus deudas sólo hizo que reforzar la determinación de los proveedores y comerciantes de hacerles pagar en metálico todo lo que adquirían. La ley dificultó así que los campesinos invirtieran en maquinaria o compraran pequeños terrenos cultivables para añadir a sus explotaciones. «¿Qué utilidad tiene una explotación heredada que estará libre de deudas en treinta años si no podemos reunir dinero ahora porque nadie nos da nada?», se preguntaba uno de ellos.[20] Entre los hijos e hijas de campesinos que se veían ahora de pronto desheredados había amargura y resentimiento: muchos habían trabajado duro sin cobrar toda su vida a la espera de heredar una porción de las tierras de sus padres y ahora se encontraban bruscamente marginados por las disposiciones de la nueva ley. Los campesinos que se compadecían por la situación de sus hijos ya no podían seguir la tradición, habitual en las áreas donde heredaba el primogénito, de rehipotecar las explotaciones para reunir dinero para las dotes o sumas en metálico que transferían a los hijos desheredados en sus últimas voluntades y testamentos. Se sabe que en la primavera de 1934 en

una sola notaría se habían cancelado 20 compromisos de boda desde la introducción de la ley porque los padres de las novias ya no podían reunir el dinero de las dotes.[21] Además, a los desheredados les resultaba ahora más difícil comprar sus propias tierras aunque poseyeran dinero en metálico, porque, al sacar 700.000 explotaciones fuera del mercado de la propiedad, la ley aumentó los precios de la tierra cultivable no protegida. Así, irónicamente, la Ley de granjas protegidas no dejó a los hijos e hijas de los propietarios de tierras que no podían heredar otra opción que dejar el campo y emigrar a las ciudades, justo lo contrario de lo pretendido por Darré. Las restricciones impuestas eran tan onerosas que muchos granjeros protegidos ya no se sentían propietarios de sus tierras, sino meros depositarios o administradores.[22]



12. Granjas vinculadas al Reich.

La eliminación de las normas de herencia automática crearon graves tensiones en las familias. Los campesinos creían que la ley ocasionaría «guerras envenenadas entre hermanos» y que tendría como consecuencia «la introducción de un sistema de familias con hijo único»—otro aspecto en que los efectos de la ley apuntaban al reverso de lo esperado por Darré—. Hacia finales de 1934, un campesino de Baviera, el miembro más veterano del partido en su distrito, fue enviado a prisión por un periodo de tres meses por decir en público que Hitler no habría aprobado la ley si hubiera sido campesino y padre. El hombre repitió la afirmación ante el tribunal, aunque sin las groseras obscenidades que habían acompañado la versión original. Algunos campesinos llegaron a presentar casos en los tribunales desafiando la decisión de considerarlos granjeros protegidos del Reich.[23] En verano de 1934, los campesinos estaban en todas partes en contra de las políticas agrarias nazis; en Baviera se decía que la atmósfera en los días de mercado era tan hostil al partido que los policías locales no se atrevían a intervenir y los nazis más conocidos evitaban a los campesinos por miedo a tener que someterse a un chaparrón de preguntas agresivas. En áreas como Schleswig-Holstein, donde la población rural votó masivamente al Partido Nazi en 1930-1933, también se informó en julio de 1934 del desaliento de los campesinos, especialmente por los precios que obtenían de sus cerdos. Un agente socialdemócrata informó sobre la situación en el noroeste de Alemania en ese mismo momento:

> Antes, los propietarios rurales medianos y grandes de Oldenburg y Friesia oriental eran grandes entusiastas de los nazis. Pero hoy en día los rechazan casi unánimemente y están regresando a sus viejas tradiciones conservadoras. La Ley de granjas protegidas ha contribuido especialmente a este cambio entre los criadores de ganado y los acaudalados campesinos de los pólders de Friesia oriental, mientras que la regulación de la producción de leche y huevos ha afectado sobre todo a los agricultores medianos y a los arrendatarios de tierras.[24]

El problema era que, en lugar de vender la leche y los huevos directamente a los clientes, como habían hecho hasta entonces, los granjeros se veían obligados ahora a someterse a la complicada estructura de la Corporación Alimenticia del Reich, lo que significaba que sólo recibían 10 *pfennigs* por cada litro de leche en lugar de los 16 acostumbrados, ya que los mayoristas se quedaban con 10 *pfennigs* y el precio máximo estaba fijado en 20. No es

extraño que emergiera pronto un mercado negro de huevos y leche, para irritación de las autoridades, que respondieron con redadas policiales, la intervención masiva de huevos de contrabando y la detención de los implicados.[25]

Los campesinos recordaban las grandes promesas hechas por Darré en 1933 y protestaron de forma más abierta y desenfrenada que los demás sectores de la población, porque el régimen se sentía impotente a la hora de castigarlos ya que resultaban indispensables. Los oradores nazis se encontraban con que les interrumpían en los mítines de campesinos; en una asamblea, celebrada en Silesia en 1937, un orador perdió la paciencia y dijo a los asistentes que la Gestapo les enseñaría pronto de qué estaban hechos los nacionalsocialistas; el público simplemente se levantó y salió de la sala. Los campesinos se quejaban no sólo de los bajos precios, la fuga de mano de obra del campo, el coste de la maquinaria, los fertilizantes, etc., sino también de los altos salarios que cobraban los funcionarios de la Corporación Alimenticia del Reich, que no hacían otra cosa que poner palos en las ruedas. Como los demás alemanes, acusaban las constantes peticiones del partido y sus organizaciones filiales para realizar donaciones y contribuciones.[26] Los más vociferantes eran los propietarios de granjas protegidas, que se sentían tan seguros en sus posesiones que se podían permitir hablar con una franqueza a menudo sorprendente. Preguntado por un joven nazi si los campesinos de su aldea eran realmente partidarios del partido cuando se les veía tan dispuestos a echar pestes de él en cualquier momento, un campesino protegido de Baviera respondió: «Bah, aquí no somos hitlerianos, de éstos sólo encontrarás en Berlín». Cuando el joven contestó que se creía en el deber de ilustrarles y hacerles entrar en razón, el campesino, aplaudido por otros testigos de la escena, le dijo: «¡Nosotros no necesitamos ilustración, mequetrefe! ¡Deberías estar en el colegio!». Los campesinos tenían la sensación de haber perdido la libertad de comprar y vender sus productos y, en los casos de las granjas protegidas del Reich, la de disponer de sus propiedades sin obtener nada a cambio. Aun así, muchos observadores recordaban que «los granjeros siempre han echado pestes de todos los gobiernos a lo largo de los siglos». Las protestas contra el régimen nazi no eran diferentes. Además, los campesinos jóvenes y los hijos de los

campesinos también podían encontrar oportunidades dentro del régimen, en muchos casos en forma de empleos en la administración de la misma Corporación Alimenticia. La ideología nazi de «sangre y suelo» atraía más a los jóvenes que a los campesinos ancianos, más cínicos, que creían haberlo visto todo y prestaban más atención a las cuestiones materiales. Pero incluso los mayores eran conscientes de que la situación de 1939 no era tan mala en comparación con la de seis o siete años antes.[27]

III

A pesar de las muchas presiones, a menudo contradictorias, que recibieron del Tercer Reich, las comunidades aldeanas no cambiaron fundamentalmente entre los años 1933 y 1939. En las áreas rurales protestantes del norte de Alemania, el Partido Nazi consiguió unificar la opinión pública local, a menudo con el apoyo de figuras destacadas dentro de la comunidad como el pastor o el maestro, los campesinos más prósperos y a veces incluso del terrateniente local, bajo promesa de evitar que la lucha de clases que se desarrollaba en las poblaciones más grandes y las ciudades perturbara la relativa calma del campo. Aquí, como en todas partes, la promesa de una comunidad nacional unida había creado muchos partidarios del nazismo antes de 1933.[28] Las familias acaudaladas de muchos pueblos asumieron sin esfuerzo papeles destacados en el nuevo Reich. En la Baviera rural, el Partido Nazi se mostró cauto a la hora de introducir «viejos combatientes» en los consejos locales o ayuntamientos para no contrariar a la opinión pública si éstos no contaban con el respeto de los aldeanos en virtud de sus familias o de su lugar en la jerarquía tradicional de la comunidad campesina. Los nazis avanzaron con especial cautela en los lugares donde el catolicismo estaba más arraigado y donde los aldeanos habían seguido votando hasta 1933 al Partido del Centro o a su equivalente bávaro, el Partido Popular de Baviera. La prioridad era generar consenso y neutralizar a la oposición potencial. Por su parte, la mayoría de aldeanos se contentaba con adaptarse al nuevo régimen siempre que éste preservara las estructuras sociales y políticas existentes.[29]

En el pueblo bávaro de Mietraching, por ejemplo, el tesorero Hinterstocker, en el puesto desde 1919, fue convencido por otros miembros del Partido Popular de Baviera de que se afiliara al Partido Nazi en 1933 para poder conservar el cargo y evitar que un «viejo combatiente» fanático pusiera las manos en la caja de la comunidad. Cuando un nazi que suscitaba un rechazo especial amenazó con quedarse con la alcaldía en 1935, los ancianos del pueblo convencieron una vez más al popular y siempre dispuesto Hinterstocker de que hiciera lo correcto y asumiera él el cargo de alcalde. Desde esta posición, Hinterstocker hizo cuanto pudo en los años siguientes para evitar que las medidas más impopulares del régimen afectaran a la población e insistió en tomar parte cada año en las procesiones religiosas del pueblo, para satisfacción de los otros aldeanos. Como explicó el administrador regional a las autoridades estadounidenses de ocupación el 12 de diciembre de 1945, el 90 por 100 de los aldeanos estaba a favor de que se le volviera a nombrar alcalde.[30] Cuando el partido local intentó colocar a un «viejo combatiente» en un lugar clave en otra población bávara, la oficina del administrador local registró la alarma de los vecinos:

> La oficina del distrito no está en posición de acceder a la sugerencia de que el maestro sastre S. sea nombrado alcalde del Ayuntamiento de Langenpreising. En discusión con los consejeros, los últimos han expresado unánimemente el deseo de dejar en el cargo al actual alcalde Nyrt, ya que como campesino es más adecuado para el puesto que el maestro sastre S. [...] La oficina del distrito también es de la opinión de que el nombramiento de un campesino respetado es mayor garantía para el buen funcionamiento de los asuntos de la comunidad.[31]

A menudo, cuando las actas de sus reuniones llegaban a instancias más elevadas, los miembros de los consejos tenían que ser advertidos de que en el Tercer Reich los alcaldes no se elegían sino que se nombraban a dedo.[32] En algunos lugares del Lippe rural, las cosas llegaron a ser todavía más desconcertantes para el partido, como en el caso del alcalde Wöhrmeier, del pueblo de Donop, que rechazó participar en actos del Partido Nazi y utilizar el encabezamiento «¡*Heil*, Hitler!» en su correspondencia, nunca poseyó una bandera con la esvástica y organizó con éxito boicots económicos

contra los artesanos y comerciantes del pueblo que apoyaban los esfuerzos del líder local del partido para expulsarlo. A pesar de que fue objeto de repetidas denuncias, Wöhrmeier siguió en su puesto hasta 1945.[33]

En muchos puntos de Alemania, la solidaridad de las comunidades pequeñas se había creado a lo largo de los siglos a través de una densa red de costumbres e instituciones que gobernaban derechos comunes como la recogida de madera, etc. Los pueblos estaban constituidos a menudo por grupos familiares entrelazados. En las épocas de gran demanda de trabajo, era tradicional contar con la ayuda de miembros de una misma familia procedentes de explotaciones agrarias cercanas. La precariedad de la vida cotidiana en la tierra había generado una economía basada en un sistema de obligaciones mutuas que no podía verse perturbado con facilidad—de aquí el resentimiento en muchas partes del campo contra la Ley de granjas protegidas, incluso entre los que se vieron beneficiados por ella—. Al mismo tiempo, dentro de las comunidades existían considerables desigualdades de clase y estatus, no sólo entre los campesinos, por un lado, y los molineros, los comerciantes de ganado, los herreros, etc., por el otro, sino también entre los mismos campesinos. En el pueblo de Körle, en Hesse, por ejemplo, con apenas un millar de almas en 1930, la comunidad estaba dividida en tres grupos principales. En la cumbre, los que poseían caballos, catorce campesinos de peso con propiedades de entre 10 y 30 hectáreas cada uno, que producían el excedente suficiente como para poder mantener caballos y emplear a trabajadores y a criadas y, en tiempos de cosecha, a temporeros. En el punto intermedio se situaban los que poseían vacas, sesenta y seis en 1928, más o menos autosuficientes, con tierras de entre 2 y 10 hectáreas cada uno pero dependientes del trabajo de parientes y de temporeros en tiempos de necesidad, a quienes pagaban en general en especie y no en metálico. Finalmente, en el lugar más bajo de la escala social, estaban los campesinos que poseían cabras, ochenta casas con menos de 2 hectáreas de tierra cada una, dependientes del préstamo de animales de tiro y arados de los que poseían caballos, a quienes pagaban trabajando por ellos.[34]

En los años veinte, la situación económica de los últimos era tan precaria que muchos tenían que ganarse el pan trabajando durante la semana como obreros industriales en ciudades vecinas, con las que la aldea tenía buena conexión por tren. Así fue como entraron en contacto con el comunismo y la socialdemocracia, que pronto se convirtió en la principal opción política de muchas de las familias más pobres de Körle. A pesar de ello, la red de dependencia y deberes mutuos contribuía a unir a la comunidad y a cimentar el papel de los campesinos que poseían caballos como líderes naturales y generalmente aceptados; las diferencias políticas preocupaban a la elite del pueblo, pero éstas todavía se expresaban en gran medida fuera de la estructura tradicional del pueblo. Los campesinos que poseían caballos y los campesinos que poseían vacas eran mayoritariamente nacionalistas y difícilmente pudieron sentirse satisfechos cuando el alcalde fue expulsado en 1933 para ser sustituido por un dirigente nazi local. A pesar de ello, la retórica nazi atrajo poderosamente a la comunidad en todos los niveles sociales. Los aldeanos, animados convenientemente por las efusiones del Ministerio de Propaganda y por sus numerosos órganos, se pudieron identificar con la imagen de Hitler como jefe de un hogar nacional basado en una red de deberes mutuos en una comunidad nacional orgánica. Si la propaganda tenía limitaciones en el campo, donde en 1939 sólo existía un aparato de radio por cada 25 habitantes comparado con uno por cada 8 habitantes en las ciudades y donde no había acceso directo a los cines, el ministerio hizo cuanto estuvo en su mano para hacer llegar su mensaje en todas partes y fomentó la compra de Receptores del Pueblo y envió cines ambulantes en todas las aldeas. Su mensaje, el de la nueva comunidad del pueblo en que el campesinado ocuparía un lugar central, no fue rechazado del todo y contribuyó a convencer a los campesinos más viejos de que las cosas no iban a cambiar. Tal vez, el nuevo régimen llegaría incluso a reestablecer las estructuras jerárquicas comunitarias, socavadas por el éxodo de muchos jóvenes de familias pobres hacia las ciudades y por la expansión de la ideología marxista entre los propietarios de cabras.[35]

Dadas estas estructuras de cohesión social, no es extraño que las comunidades rurales permanecieran en gran medida intactas durante y después de la llegada de los nazis al poder. Existió poca resistencia a la

toma del control; los comunistas locales fueron sujetos a registros domiciliarios y amenazados con la detención y, en términos sociales, la supresión del movimiento obrero en Körle, por llamarlo así, representó claramente la reafirmación del dominio de los propietarios de caballos y de los propietarios de vacas sobre la clase baja de la aldea, los propietarios de cabras. Sin embargo, hasta donde el proceso de «coordinación» pudo llegar, la utilización de la retórica de la comunidad para aplastar a la oposición al nuevo régimen también tuvo consecuencias en la aldea. Los propietarios de cabras y sus hijos eran demasiado valiosos para las elites del pueblo como para dejar que fueran aplastados. Así, el padre monárquico del nazi local que dirigió las redadas de la policía y de los camisas pardas en los hogares de los comunistas locales en 1933 amenazó con desheredarlo si alguno de los afectados era enviado fuera del pueblo y, de este modo, limitó los efectos de la acción. Cuando unos camisas pardas de fuera del pueblo llegaron a la aldea para confiscar las bicicletas del club de ciclismo local, muy cercano al Partido Comunista, el tabernero local, un veterano miembro del Partido Nazi, les mostró una cuenta falsa para dar a entender que el club le debía tanto dinero que tenía derecho a quedarse él las bicicletas en contraprestación. Los camisas pardas se retiraron y el tabernero almacenó las bicicletas en su desván, donde se quedaron hasta que fueron recuperadas por sus antiguos propietarios después de la guerra. A menudo, la solidaridad del pueblo era más importante que la política, especialmente cuando se veía amenazada desde fuera.[36]

A pesar de ello, Körle no sobrevivió completamente inmaculado al Tercer Reich. Como en otros puntos de la Alemania rural, el régimen nazi abrió tensiones generacionales en la aldea, ya que la mayoría de padres de todos los segmentos sociales permanecieron en oposición al nazismo mientras muchos de sus hijos veían la afiliación y la actividad dentro del partido como un medio de afirmación personal contra una generación anterior autoritaria. Afiliarse a una variedad de organizaciones del Partido Nazi significaba poder ejercer un nuevo papel que no dependía de sus mayores. Entrevistados después de 1945, los aldeanos dijeron que los primeros años del Tercer Reich llevaron la «guerra» a todos los hogares.[37] El aumento de la demanda de trabajo industrial hizo que muchos hombres

jóvenes y un número creciente de mujeres de las casas de los propietarios de cabras fueran a las ciudades para trabajar por un salario y llevar nueva prosperidad a sus hogares, con lo que se expusieron a las nuevas ideas y las nuevas formas de organización social. Las Juventudes Hitlerianas, el Servicio Laboral, el Ejército y toda una variedad de organizaciones de mujeres sacaron de la aldea a chicos y chicas, hombres y mujeres jóvenes, y les mostraron el amplio mundo. El ataque creciente de los nazis contra las iglesias socavó también otra institución central de la aldea, instrumento de socialización y centro de cohesión social. Al mismo tiempo, sin embargo, estos cambios tuvieron límites. Las generaciones mayores creían firmemente en la comunidad y dependían del trabajo y las demás obligaciones de los jóvenes, por lo que toleraban la arrogancia de la generación más joven y despachaban con humor las tensiones que ésta generaba. Así, la comunidad se podía preservar intacta. La implicación de los jóvenes en las organizaciones del Partido Nazi tampoco les proporcionaba demasiada independencia en tanto que individuos; en todo caso, significaba que extendían sus lealtades comunitarias a un nuevo conjunto de instituciones.[38]

El hecho de que las estructuras sociales de la aldea no se vieran fundamentalmente afectadas por el régimen tal vez ayuda a explicar los motivos por los cuales los campesinos no presentaron una oposición directa a pesar de sus protestas y sus murmuraciones. Las principales manzanas de la discordia—la escasez de mano de obra, los molestos efectos colaterales de la Ley de granjas protegidas, los bajos precios impuestos por la Corporación Alimenticia del Reich a su producción—eran obstáculos que el campesinado podía sortear con su sagacidad tradicional, por medio de la adulteración de la harina, la venta de productos directamente al mercado negro, etc. También podían recurrir a la ley, cosa que hicieron muchos. La inclusión de una serie de disposiciones que permitían excluir a los granjeros protegidos que no querían pagar sus deudas o no dirigían bien sus explotaciones ayudó a suavizar los efectos de la Ley de granjas protegidas. Los tribunales creados a nivel local para tratar estas cuestiones, en los que la comunidad campesina estaba bien representada, no dudaron en excluir a este tipo de malhechores que perturbaban claramente los intereses de una

producción de alimentos eficiente así como la paz y la estabilidad en el campo.[39] En efecto, en general, estos tribunales tomaron decisiones sobre una base más práctica que ideológica y apaciguaron en gran medida la rabia de la comunidad campesina ante las consecuencias venenosas de la Ley de granjas protegidas.[40]

En el distrito rural protestante de Stade, en el norte de Alemania, donde los nazis obtuvieron muchos más votos que la media en las elecciones de comienzos de los años treinta, los campesinos estaban básicamente a favor de un sistema de precios fijos y cuotas, ya que contribuían a hacer la vida menos incierta. Allí, en todo caso, la ética de la sociedad campesina, como en otros puntos del país, nunca había encajado del todo con el capitalismo de libre mercado. Lo que no les gustaba era que se fijaran unos precios demasiado bajos. Cuanto más bajos eran los precios, más protestaban. Se trataba de personas que a duras penas se ganaban el pan gracias a la tierra, de modo que era de esperar que su insatisfacción con el régimen se viera limitada a los casos en que éste ejercía efectos negativos sobre su sustento. Si violaban las cuotas de producción establecidas por la Corporación Alimenticia del Reich y por el Plan Cuatrienal era más a causa de la dirección contradictoria e irracional de la economía agraria que de una objeción por principios a las cuotas. Así, por ejemplo, en los casos en que los pequeños campesinos rechazaron el cumplimiento de las cuotas de cereales, como sucedió a menudo, fue en gran medida para utilizar el cereal retenido para alimentar el ganado y poder cumplir así las cuotas de leche y ganado. La solidaridad de las comunidades rurales también hacía que los campesinos se sintieran relativamente seguros para violar las cuotas y vocear su descontento hacia la política agraria del régimen: en contraste con la situación en la Alemania urbana, era extraño que en el campo se registraran denuncias a la Gestapo o al partido por proferir críticas al régimen, excepto allí donde se produjeron conflictos auténticamente graves entre las viejas elites de los pueblos y la joven generación con aspiraciones pero políticamente frustrada. A pesar de las pretensiones de la Corporación Alimenticia del Reich y de la administración del Plan Cuatrienal, los campesinos solían mostrarse reacios a la modernización de la agricultura, las nuevas técnicas y la maquinaria que no les era familiar, con

independencia de las dificultades prácticas con que se encontraban para obtenerlas, y el Tercer Reich no hizo mucho para empujar la modernización de la agricultura en las explotaciones pequeñas. En cambio, espectáculos grandiosos a escala nacional, como el anual Festival de Acción de Gracias por la Cosecha, que atraía a más participantes que cualquier otra ceremonia o rito en el Tercer Reich, confirmaba a los campesinos en su terquedad mediante la celebración acrítica de su contribución a la comunidad nacional. En 1939, por lo tanto, la promesa de Darré de una nueva utopía rural no se había realizado más que la ambición contraria del régimen de alcanzar la autosuficiencia nacional en abastos alimenticios; pero, por muy adulados que se sintieran, pocos campesinos estaban interesados en estas cosas. Lo que realmente les importaba era llevar una vida decente, mejor que la que habían llevado durante los años de la Depresión, y con esto ya tenían suficiente.[41]

EL DESTINO DE LAS CLASES MEDIAS

I

El discurso político alemán de finales del siglo XIX y principios del XX incluía generalmente al campesinado en ese grupo social peculiar y amorfo denominado *Mittelstand*. El término expresaba la aspiración de los propagandistas de derechas de dar un lugar reconocible dentro de la sociedad a aquellos grupos que no eran ni burgueses ni proletarios. Equivalente aproximadamente a la *petite bourgeoisie* francesa o a la *lower middle class* inglesa, a comienzos de los años treinta representaba a mucho más que un simple grupo social: en la política alemana representaba todo un conjunto de valores. Situada entre las dos clases antagónicas en que se dividía la sociedad, representaba a las gentes que se valían por sí mismas, a las gentes independientes y trabajadoras, el núcleo saludable del pueblo alemán, dejado injustamente de lado por una guerra de clases que le perjudicaba. En un primer momento, los nazis se dirigieron a personas de esta clase: pequeños comerciantes, artesanos especializados con talleres en propiedad, campesinos y granjeros autosuficientes. En efecto, el programa del Partido Nazi de 1920 era, entre otras cosas, un producto típico de la política de extrema derecha del *Mittelstand* alemán; el apoyo de esta parte de la población estuvo entre los factores que contribuyeron al despegue del partido.[42]

Los resentimientos que albergaban estos grupos eran muchos y los enemigos que percibían, legión. Los pequeños comerciantes se resentían de los grandes almacenes, los artesanos odiaban la producción en serie de las grandes fábricas, los campesinos protestaban por la competición desleal de las grandes haciendas. Todos eran susceptibles de sentirse atraídos por la retórica política que culpabilizaba a cabezas de turco como los judíos de todos sus problemas. Los representantes de todos estos grupos vieron la

llegada del Tercer Reich como la oportunidad de llevar a cabo sus aspiraciones. Y, en efecto, al principio obtuvieron algunos resultados. Los ataques a grandes almacenes a nivel local, los boicots y actos discriminatorios conducidos por los mismos artesanos y pequeños comerciantes, que actuaban a través del Partido Nazi y las SA, fueron apoyados rápidamente por la Ley de protección del comercio individual, aprobada el 12 de mayo de 1933. A partir de entonces, se prohibió que las cadenas de tiendas se expandieran o abrieran nuevas sucursales, incorporaran nuevas líneas de productos o albergaran en sus dependencias a departamentos independientes como barberías o secciones de confección o remiendo de zapatos. Los grandes almacenes se vieron obligados a cerrar sus restaurantes, que se consideraba que competían con los taberneros y restauradores independientes. Un nuevo decreto de agosto de 1933 prohibió que los grandes almacenes ofrecieran servicios como panaderías, elaboración de salsas, reparación de relojes, revelado de fotografías y talleres de coches. Al cabo de tres meses, se prohibió que los grandes almacenes y las cadenas de tiendas ofrecieran descuentos superiores al 3 por 100, una medida que también se extendió a las cooperativas de consumidores. Las empresas de venta por correo también se vieron refrenadas; las organizaciones del partido hicieron cuanto estuvo en sus manos para asegurarse de que los contratos para el suministro de uniformes y equipamiento beneficiaran a empresas pequeñas. A partir de septiembre de 1933, los subsidios gubernamentales para reparaciones y rehabilitación de viviendas dieron un fuerte empujón a muchos carpinteros, fontaneros, albañiles y otros artesanos.[43] Los grupos de presión de artesanos, frustrados por los fracasos de los años de Weimar, presionaron para obtener un mayor estatus de cualificación y reconocimiento mediante la afiliación obligatoria a los gremios, y lo consiguieron: a partir de junio de 1934, los artesanos tenían que pertenecer a un gremio [*Innung*], obligatorio para controlar el sector en que trabajaban, y, desde enero de 1935, pasaron a ser supervisados por el Ministerio de Economía. A partir de 1935, los artesanos tuvieron que superar un examen para ser registrados oficialmente y obtener, así, el permiso para abrir un taller. Eran ambiciones largamente esperadas que de algún modo significaban la restauración del estatus que muchos artesanos

creían haber perdido por la industrialización y el aumento de la producción en serie de las fábricas. Los artesanos fueron respaldados ampliamente por Schacht, que creía que los pequeños talleres y sus propietarios eran sumamente útiles a la economía y merecían que se les defendiera ante los intentos del Frente del Trabajo de equiparar su estatus al de los obreros por medio de la incorporación a su organización.[44]

Pero a pesar de toda la retórica y la presión aplicada sobre el terreno por el partido y por los activistas pardos a nivel local, cuya procedencia, en muchos casos, era muy próxima a la de los pequeños comerciantes y artesanos, el despliegue inicial de acciones prácticas e intervenciones legislativas a favor del pequeño comercio se fue apagando a medida que la economía empezó a quedar supeditada a los abrumadores imperativos del rearme. El rearme precipitado benefició necesariamente a las grandes empresas. A pesar de las promesas nazis de rescatar a la clase media baja y a los pequeños empresarios, el número de empresas artesanales, que creció durante la recuperación económica cerca de un 18 por 100 entre 1931 y 1936, cayó un 14 por 100 entre 1936 y 1939.[45] Entre 1933 y 1939, el número de talleres de zapateros disminuyó un 12 por 100 y el de carpinteros un 14 por 100. En 1939, la facturación total del comercio artesano no había recuperado los niveles de 1926. En efecto, muchos artesanos eran más pobres que los obreros de la industria. La escasez de materias primas, la competencia de las grandes empresas, los gastos prohibitivos de adquisición de la maquinaria necesaria para tratar, por ejemplo, pieles artificiales, fueron algunos de los factores que ocasionaron estos problemas. Algunos artesanos manuales, como los fabricantes de violines de Mittenwald y los relojeros de la Selva Negra, fueron adelantados progresivamente por la producción fabril y entraron en un pronunciado declive. Además, las empresas pequeñas, como sus rivales de mayores dimensiones, se vieron cada vez más acosadas por las regulaciones del gobierno. La pertenencia obligatoria a un gremio y el requisito de superar un examen antes de recibir el certificado de aptitud que les permitiría entrar en el negocio demostraron ser positivos sólo a medias; muchos maestros artesanos tuvieron que volver a pasar los exámenes y el papeleo que éstos conllevaban era excesivo para muchos de ellos, especialmente cuando en 1937 se vieron obligados a

mantener libros de registro de todos sus ingresos y gastos. En lugar de encontrarse con corporaciones autorreguladas, los artesanos se vieron arrastrados a gremios organizados bajo el principio de liderazgo y dirigidos desde arriba. La promesa de aumentar su estatus en un nuevo Estado corporativo demostró ser una ilusión. Además, el Plan Cuatrienal exigía una formación rápida en lugar de una preparación exhaustiva basada en unos estándares elevados—el motivo por el cual se habían introducido los exámenes—y las cámaras de artesanos perdieron el derecho exclusivo de adjudicar las calificaciones de maestro.[46]

Las pequeñas empresas también se vieron afectadas por la pérdida de mano de obra a causa del reclutamiento obligatorio y por los mejores salarios que podían ofrecer a los empleados las industrias relacionadas directamente con la guerra. Entre 1933 y 1939 se produjo un descenso del 7 por 100 en el número de propietarios y directores en áreas como el comercio, las comunicaciones y el transporte, cifra que refleja una creciente concentración empresarial. Es cierto que el cierre de talleres de propiedad judía está relacionado con esta disminución: entre 1933 y 1938, el número de empresas artesanas judías cayó de 10.000 a 5.000 y a finales de 1938 ya había desaparecido el resto. Casi todas eran demasiado pequeñas como para ser absorbidas y, en efecto, la cifra de este tipo de empresas arianizadas no superó las 345. Pero en esta disminución influyeron otros factores. Durante el mismo periodo, el número de empleados de la familia sin salario en los establecimientos de comercio creció un 11 por 100, ya que era cada vez más difícil encontrar empleados. Mientras los jóvenes se alejaban de este sector de la economía para acercarse a otros que resultaban más atractivos o eran reclutados por las Fuerzas Armadas, las empresas quedaban cada vez más en las manos de hombres ancianos y sus compañeras. Una inspección realizada en 1939 en tiendas de jabones y cepillos, por ejemplo, muestra que el 44 por 100 estaban dirigidas por mujeres y más del 50 por 100 de los propietarios varones tenía más de cincuenta años. Cerca del 40 por 100 de los propietarios varones se veía obligado a complementar sus ingresos recurriendo a otras fuentes.[47]

En diciembre de 1938 se impuso otro gravamen, ya que los artesanos se vieron obligados a contratar seguros sin la ayuda del gobierno. En 1939, el Plan Cuatrienal, con sus cuotas y precios fijos, había limitado drásticamente la independencia del pequeño comercio, desde carnicerías, verdulerías, tiendas de chucherías, panaderías y colmados hasta talleres de remiendo de zapatos, estancos y puestos de mercado. Las regulaciones y las auditorías ocupaban mucho tiempo y los nuevos impuestos y los donativos obligatorios recortaban los beneficios. La gran escasez de mano de obra en las industrias armamentísticas y relacionadas implicaba una presión cada vez mayor sobre las pequeñas empresas y talleres para engrosar la fuerza de trabajo en la industria. En 1939, los artesanos independientes, forzados a dar fe de la duración de su periodo de formación, cualificaciones y experiencia, podían ser llamados a servir en algún programa de trabajo obligatorio en cualquier momento. En la fábrica Volkswagen, por ejemplo, se reclutó a maestros zapateros para formarse y trabajar como tapiceros. Con el objetivo de facilitar el despliegue del trabajo artesanal en la producción destinada a la guerra (como era, en efecto, la fábrica Volkswagen), en 1939 se solicitó a las cámaras de artesanos que «registraran minuciosamente» sus comercios para identificar aquellas empresas que no fueran viables en las industrias de consumo; a consecuencia de ello, se liquidó el 3 por 100 de las empresas artesanales, casi todas talleres con un solo trabajador y cuyo propietario era tan pobre que contaba con los subsidios sociales como parte de sus ingresos.[48]

La experiencia de los farmacéuticos, un sector de detallistas formado por abrumadora mayoría por pequeñas tiendas independientes, es paradigmática del desencanto de muchos de estos grupos durante el Tercer Reich. Muchos farmacéuticos vieron la llegada del Tercer Reich como una oportunidad para dar forma a su largamente esperada ambición de equiparar su profesión a la profesión médica, contener el poder creciente de las grandes empresas y restablecer la integridad del apotecario como un experto cualificado y especializado—un profesional, de hecho—que producía la mayoría de remedios y tratamientos medicinales por sí mismo y estuviera protegido frente a la competencia de herbalistas y otros rivales no cualificados mediante el establecimiento de un monopolio legal. Pero esta

visión demostró rápidamente ser un espejismo. A pesar de que en 1934 se reformó la formación de los farmacéuticos y de que en 1935 se arianizó con pocas objeciones, los apotecarios no se pudieron poner de acuerdo sobre cuál era la mejor manera de imponer sus pretensiones de monopolio y en 1934 sus organizaciones fueron absorbidas por el Frente del Trabajo. Las prioridades del régimen se hicieron valer muy pronto, y los farmacéuticos se vieron implicados en la búsqueda de medicinas realizadas en el país para evitar que Alemania dependiera de las importaciones farmacéuticas y en la preparación de los medicamentos necesarios para la guerra. En este juego, las grandes empresas tuvieron un papel principal y las prioridades militares convirtieron en prácticamente obsoleta la figura pseudomedieval de los pequeños apotecarios independientes que producían sus propios medicamentos y remedios acreditados.[49] La misma historia sirve para ilustrar las experiencias de muchos otros sectores de las empresas independientes. En la profesión veterinaria, por ejemplo, se desarrolló el mismo proceso de «coordinación», con la disolución de las organizaciones existentes y la inclusión de 4.000 de los 7.500 veterinarios alemanes en la Asociación de Cirujanos Veterinarios del Reich en enero de 1934. En este caso, como en tantos otros, las asociaciones profesionales voluntarias se coordinaron en buena parte por sí mismas y su recompensa fue la incorporación formal de las mismas en una Cámara de Cirujanos Veterinarios del Reich en 1936. Pero las tentativas de primera hora de un sector de la profesión de imponer una forma corporativa anticuada a su organización nacional dio paso muy rápidamente a la estructura institucional habitual del Tercer Reich, centralizada, jerárquica y sujeta al control del gobierno, como sucedió en otras áreas.[50]

Observadores socialdemócratas en Alemania informaron de la insatisfacción de los artesanos y los pequeños comerciantes con su situación en el Tercer Reich. En mayo de 1934, pequeños empresarios y detallistas lamentaban que la situación económica no había mejorado lo suficiente como para que la gente gastara más dinero en los bienes de consumo y servicios que producían y vendían, mientras el partido les acosaba constantemente para que hicieran contribuciones de todo tipo que no tenían más opción que cumplir. Entre sus muchos agravios figuraba el hecho de

que la promesa de refrenar las cooperativas de consumo, en muchos casos instituciones anteriormente muy cercanas al movimiento obrero socialdemócrata, no se había mantenido. Coordinadas por el Frente del Trabajo y utilizadas a menudo para recompensar a «viejos combatientes» colocándolos en puestos ejecutivos, las cooperativas no perdieron más que los subsidios y privilegios de que habían gozado durante la República de Weimar. Una ley de mayo de 1935 dispuso la clausura de las cooperativas más débiles desde el punto de vista económico, pero Hess impidió en 1934 que se prohibiera asociarse a los funcionarios públicos. Así, aunque en 1936 había cerrado un tercio de las 12.500 cooperativas, a menudo bajo presión de grupos locales del partido, en la misma fecha quedaban todavía unos dos millones de miembros de cooperativas y los pequeños comerciantes se sentían estafados porque éstas no habían desaparecido del todo.[51] De acuerdo con el informe de un agente socialdemócrata, en Silesia existía un gran «resentimiento» en estos círculos:

> Las recaudaciones incesantes están llevando a la gente a la miseria. La facturación ha caído rápidamente. Los bajos salarios hacen que los trabajadores sólo puedan adquirir los artículos más baratos y, por supuesto, éstos acuden a los grandes almacenes y a las tiendas de precio único. La gente maldice como pescaderas y el descontento se ha hecho público en diversos encuentros. [...]. En un mitin reciente en Görlitz, un tendero manifestó: «¿Qué nos habían prometido? Cerraremos los grandes almacenes, destruiremos las sociedades cooperativas, haremos desaparecer las tiendas de precio único. ¡Nada de esto ha pasado! ¡Nos han mentido y traicionado!». El hombre fue detenido al día siguiente. Esto ha causado mucho resentimiento.[52]

No era sólo que la demanda de los consumidores se estuviera recuperando con excesiva lentitud, sino que, en este sentido, el régimen no había sido suficientemente nacionalsocialista.[53]

En 1935, incluso algunos tenderos y artesanos que habían sido celosos nacionalsocialistas en tiempos anteriores estaban manifestando su enfado porque su situación no había mejorado. Un maestro artesano de Aquisgrán fue escuchado diciendo que todos sus colegas se oponían a Hitler, pero que de cincuenta conocidos suyos sólo tres se atrevían a abrir la boca; los demás permanecían callados.[54] No se podía decir que los nazis no hubieran hecho nada por ellos, apuntó más adelante un informe socialdemócrata, pero la mayoría de medidas que habían llevado a cabo habían resultado armas de

doble filo. Era difícil obtener un crédito, la demanda se recuperaba poco a poco, los controles de precios habían tenido un efecto negativo sobre los beneficios, las contribuciones a los gremios eran excesivas, los gremios estaban mal dirigidos y los impuestos aumentaban y se recolectaban con mucho más celo que antes.[55] Aun así, en 1939, incluso los socialdemócratas se vieron obligados a concluir lo siguiente: «Por el momento, el descontento de los artesanos por su situación cada vez más difícil apenas tiene traducción política». Refunfuñaban por la escasez de materias primas, se quejaban de la pérdida de trabajadores en beneficio de las Fuerzas Armadas o la industria armamentística y maldecían la obligación de registrar todos los movimientos de sus negocios, pero nada de eso se tradujo en una crítica generalizada al régimen. Los socialdemócratas concluyeron que éstos eran «estrados sociales que siempre habían permanecido ajenos al pensamiento político». Esto es dudoso. El enfado creó desencanto, incluso disensiones; pero como en otras áreas de la sociedad, había buenas razones para que el descontento no se tradujera en una oposición directa al régimen. Los artesanos y pequeños empresarios que se mantuvieron a flote—la gran mayoría—sabían que, a pesar de todos sus problemas y trabajos, su situación económica era, como mínimo, mejor de la que había sido durante la Depresión. El sector de la pequeña empresa permaneció profundamente dividido entre productores y detallistas, servicios y manufacturas, y de muchas otras maneras. Pero, de todos los sectores de la sociedad alemana, éste había sido el más favorable al nacionalismo de derechas, el antisemitismo y el sentimiento antidemocrático desde finales del siglo XIX. Hacía falta más que el descontento económico para girarles en contra del régimen.[56]

II

Los artesanos y los pequeños comerciantes no eran los únicos grupos sociales que confiaban en mejorar su estatus con la llegada del Tercer Reich. Hacía tiempo que los oficinistas y los asalariados de la empresa privada miraban con envidia los salarios más altos, el estatus y los privilegios de que gozaban los funcionarios. Conocidos popularmente como

el «nuevo *Mittelstand*», se encontraban muy divididos entre sí en cuestiones políticas, con organizaciones liberales y socialdemócratas que rivalizaban con las de la extrema derecha y la media de votantes del Partido Nazi entre este sector en los años de Weimar no excedía la del país. Muchos esperaban que el Tercer Reich restauraría las barreras de estatus entre oficinistas y trabajadores manuales, derribadas en los años anteriores. El miedo a la «proletarización» era una importante fuerza motriz de los sindicatos de oficinistas, ya fueran de izquierdas, de centro o de derechas. Pero tuvieron un gran desengaño cuando Hitler alcanzó el poder. Los líderes de las organizaciones de oficinistas de las tres tendencias fueron detenidos y enviados a campos de concentración y los sindicatos fueron absorbidos por el Frente del Trabajo junto a otras organizaciones profesionales.[57] Además, el hecho de que los trabajadores y sus organizaciones fueran integrados formalmente a la comunidad nacional desmantelaba una barrera más. Los oficinistas no poseían las tradiciones de solidaridad ni la cultura distintiva de que gozaban los obreros organizados dentro de los movimientos socialdemócrata y, en menor medida, el comunista, de modo que eran más vulnerables a la atomización y al miedo y menos capaces de ofrecer siquiera una resistencia pasiva.[58] No es extraño, en consecuencia, que un agente socialdemócrata que trabajaba en una compañía de seguros en el centro de Alemania informara en 1936 de que la mayoría se mostraba políticamente indiferente, y los pocos antiguos partidarios de los Cascos de Acero y de los nacionalistas estaban satisfechos por el modo en que Hitler había aplastado al «marxismo» en 1933, pero no se les podía llamar fanáticos. «La mayoría de los empleados acepta estúpidamente las obligaciones políticas y las más diversas normativas», admitía. La mayoría procedía de la clase media baja. Culpaban de los problemas a los «pequeños Hitlers» del régimen pero admiraban al Führer. Encontrar algún tipo de pensamiento crítico contra el régimen en este sector era una posibilidad bastante remota.[59]

La posición de los profesionales pasados por la universidad, abogados, médicos, maestros, ingenieros, profesores de universidad y similares era más complicada. Como hemos visto, el Tercer Reich ejerció un impacto diverso sobre el estatus de estos grupos: por un lado, degradó a los

abogados, los funcionarios, los maestros de escuela y los profesores y, por otro lado, elevó sobre todo a los médicos. El antiintelectualismo y el populismo nazis tuvieron un efecto evidentemente negativo sobre el prestigio social de estos grupos y los cambios ocurridos en la universidad lo reflejaban bien, con una disminución drástica del número de estudiantes, la obligación de pasar largas temporadas en campos de trabajo y la abolición de instituciones estudiantiles autónomas. El rápido crecimiento del poder y el prestigio de las Fuerzas Armadas abrió nuevas perspectivas a los jóvenes más brillantes y ambiciosos de las clases media y alta en el cuerpo de oficiales y la comparación hacía que las profesiones liberales resultaran aburridas y sin provecho. El desprecio repetido y expresado abiertamente de los nazis hacia el Derecho la convirtió en una carrera poco atractiva, y no es extraño que en 1939 se produjeran quejas sobre la escasez de jóvenes capacitados en las profesiones judicial y legal. Incluso en el caso de las profesiones relativamente útiles para el Tercer Reich, como la ingeniería, su situación tampoco mejoró. El rearme y el imperativo de encontrar expertos técnicos para el diseño de tanques, barcos, aviones y armamento, fortificaciones como el Muro Occidental y proyectos públicos como las autopistas, los prestigiosos proyectos arquitectónicos prestigiosos de Berlín, Munich y muchas otras ciudades condujeron al Ministerio de Trabajo a eximir a los ingenieros de las restricciones impuestas sobre la movilidad laboral en 1937, especialmente si cambiaban de trabajo para continuar su formación y desarrollo profesional. Sin embargo, nada de esto significó una gran diferencia en sus salarios: en una empresa como Siemens, por ejemplo, el salario inicial de un ingeniero en 1936 era inferior al de un maestro de escuela durante su primer año de trabajo, mientras la organización de ingenieros, dirigida por Fritz Todt, todavía se quejaba en 1939 de que los licenciados en Humanidades gozaban de un prestigio social superior al de los ingenieros. A ojos de muchos ingenieros, el segundo Premio Anual para el Arte y la Ciencia (el sustituto de los prohibidos premios Nobel) entregado en la concentración del partido en Nuremberg de 1938 a Fritz Todt, el diseñador de coches Ferdinand Porsche y los ingenieros aeronáuticos

Wilhelm Messerschmidt y Ernst Heinkel, en lo que constituyó un reconocimiento explícito y muy publicitado a los logros de la tecnología alemana, no parecía una recompensa suficiente.[60]

Sin embargo, todos los grupos profesionales habían perdido un grado sustancial de autonomía mediante el proceso de «coordinación» llevado a cabo en los primeros meses del Tercer Reich, cuando las diversas asociaciones profesionales fueron clausuradas o fusionadas y sometidas al liderazgo nazi. Todos se habían conformado con el proceso, como hicieron con la purga de socialdemócratas y comunistas y la expulsión de los miembros judíos de las asociaciones profesionales y, finalmente, de las profesiones mismas. La reducción del nivel de la educación universitaria y la formación profesional, con el nuevo énfasis en el adoctrinamiento político y la preparación militar antes que en la tradicional adquisición de conocimientos y técnicas, se añadió a esta estricta organización de las actividades profesionales hasta producir una desmoralización palpable entre muchos profesionales. También los médicos, probablemente la profesión tradicional más beneficiada durante el Tercer Reich, perdieron algunos de sus viejos privilegios sin obtener otros. Cuando en 1935 el gobierno introdujo una ordenanza para los médicos del Reich, por ejemplo, acompañada de un estatuto profesional en noviembre de 1937, los médicos se vieron atados a un conjunto de normas impuestas desde arriba cuyo incumplimiento implicaba sanciones penales. Los tribunales disciplinarios se caracterizaron pronto por su actividad en publicar advertencias, imponer multas y suspender a los médicos que las transgredían. No era sólo que los médicos tuvieran que informar a la Cámara de Médicos del Reich, fundada en 1936, de cualquier cambio en sus circunstancias y someter a su aprobación los acuerdos contractuales a que llegaban, sino que también tenían que romper el principio de confidencialidad informando a las autoridades de los casos graves de alcoholismo, impedimentos hereditarios o congénitos y de enfermedades de transmisión sexual. En efecto, aunque la ordenanza de 1935 afirmaba, en teoría, el principio de confidencialidad, decía explícitamente que podía ser anulada en la práctica si «el sentido común» lo creía necesario; un sentido común, por supuesto, definido por el régimen y sus sirvientes. Los médicos, no importaba cuán veteranos fueran,

estaban obligados a participar en cursos de formación sobre higiene racial y biología hereditaria. Sólo en 1936, 5.000 médicos tuvieron que asistir a estos cursos: muchos de ellos tomaron a mal tener que escuchar clases interminables de ideólogos nazis cuya cualificación solían considerar inferior a la suya y cuyas ideas trataban con justificado escepticismo y recelo.[61]

Un golpe todavía peor para su orgullo colectivo fue que el régimen no accedió a una vieja demanda de la profesión médica: la supresión de los «curanderos» sin formación universitaria, de los que en 1935 existían como mínimo 14.000, es decir 3 para cada 10 médicos con título. La Liga Nacionalsocialista de Médicos, a la que pertenecía un tercio de la profesión, no tenía suficiente influencia y prestigio y, en general, se la consideraba poco eficaz. La posición de la Cámara de Médicos del Reich, a la que tenían que pertenecer todos los profesionales, era más fuerte, pero el problema era que los líderes nazis, de Hitler para abajo, simpatizaban bastante con la medicina alternativa. El director de la Cámara de Médicos, Gerhard Wagner, como ya hemos visto, apoyaba lo que denominaba «Nueva Salud Alemana» e intentó que se introdujeran cursos sobre ésta en las facultades de Medicina.[62] Enfrentado a las presiones contradictorias de la organización de médicos por un lado y de sus propios líderes del otro, el régimen vaciló durante años hasta que en febrero de 1939 anunció finalmente que todos los terapeutas sin título de Medicina tenían que registrarse en la Unión Alemana de Naturópatas y que, a partir de ese momento, no se permitiría a nadie más acceder a esta ocupación. La medida no sólo dio estatus profesional a los terapeutas sino que, a partir de entonces, los que podían demostrar poseer cierto grado de competencia podían obtener el título de «especialista en terapias naturales», equivalente al de médico, mientras los médicos con título universitario podían ser movilizados para asistir a los terapeutas registrados si los últimos pedían su ayuda. Los terapeutas especialmente dotados también obtuvieron la admisión a las facultades de Medicina sin las cualificaciones normales. Finalmente, este conjunto de normas y regulaciones no se vio reforzado con ningún tipo de sanción contra los terapeutas no registrados, que pudieron

seguir ejerciendo mientras no cobraran. Así, la profesión médica alemana tuvo que soportar la pérdida de estatus profesional, una creciente injerencia gubernamental y la erosión de sus posicionamientos éticos tradicionales.[63]

Aun así, todo esto se vio más que compensado con el enorme crecimiento del poder que los médicos podían ejercer sobre los individuos en el Tercer Reich, un poder reforzado por políticas estatales como la esterilización y la investigación en materia de salud para una gran variedad de propósitos, desde el servicio militar hasta el matrimonio. La salud era fundamental para un régimen cuya prioridad principal era la aptitud racial, y la gran mayoría de médicos estaban más que dispuestos a contribuir a las nuevas peticiones del Estado en este sentido; en efecto, la idea de higiene racial había sido enormemente popular entre la profesión médica desde mucho antes de 1933. Los honorarios de los médicos crecieron de forma pronunciada después de 1937, con unas ganancias brutas medias que aumentaron de unos 9.000 marcos en 1933 a casi 14.000 cuatro años más tarde; en 1939 se situaban alrededor de los 20.000 marcos. La expulsión de tantos médicos judíos de la profesión conllevó un aumento de la actividad de los que permanecieron en ella, la recuperación económica había incrementado la disposición de la gente a pagarse una mutua, y éstas fueron reformadas para encarecer las operaciones de los pacientes y simplificar el procedimiento por el que los médicos cobraban sus honorarios. Esto hizo que los médicos se situaran por encima de los abogados en las estadísticas de ingresos y, por cierto, estas ganancias doblaban aproximadamente los de los dentistas, cuyo papel en la higiene racial y sus políticas de salud asociadas era más o menos mínimo. Fuera de la cirugía, el rápido crecimiento de las Fuerzas Armadas abrió nuevas oportunidades para los médicos. Éstos fueron reclutados para suministrar servicios médicos en las muchas ramas del Partido Nazi y sus organizaciones filiales, desde los camisas pardas a las Juventudes Hitlerianas. Los más ambiciosos se podían afiliar a las SS, donde obtenían prestigio y ascensos más fácilmente que en la vida civil. Himmler creó una academia de médicos de las SS en Berlín donde se les impartía formación ideológica. Los médicos de las SS estaban liderados por un personaje que llevaba el título grandilocuente de Doctor SS del Reich, paralelo al título del propio Himmler, Líder SS del Reich. Se ha

calculado que más de dos tercios de los médicos alemanes tenían conexiones con el Partido Nazi y sus filiales. El papel clave de los médicos en el futuro imaginado de Alemania era señalado por instituciones como la Escuela de Elite de Médicos Alemanes, un campo de entrenamiento situado en un lugar pintoresco del Mecklenburg rural, donde los miembros de la Liga Nazi de Médicos se sometían a un programa formativo de dos semanas sobre ideología nazi que les preparaba para desempeñar un papel político dentro del Tercer Reich en los años que estaban por venir. Los médicos más jóvenes encontraron así una esfera de acción para sus ambiciones en el área altamente ideologizada de la higiene racial, mientras los mayores, los miembros más asentados de la profesión, podían seguir llevando a cabo su trabajo del modo tradicional y obtener mejores honorarios que antes, al precio de un nivel de injerencias sin precedentes por parte del Estado. Era un trato implícito que la mayoría de médicos estaban dispuestos a aceptar.[64]

III

Otros grupos profesionales estaban menos satisfechos, especialmente el vasto y muy ramificado cuerpo alemán de funcionarios. A pesar de que Hitler intentó implantar una división del trabajo entre los funcionarios estatales y el partido, se produjeron tensiones y peleas entre los brazos normativo y discrecional del «Estado dual», que fueron empeorando con el tiempo. Mientras instituciones como el Ministerio del Interior se sentían obligadas a advertir a los funcionarios de que no aceptaran instrucciones de las agencias del Partido Nazi o de individuos sin cargo formal en la estructura del Estado, el mismo Hitler insistió repetidamente—especialmente en una declaración solemne leída durante la concentración del partido en Nuremberg el 11 de septiembre de 1935—en que si las instituciones del Estado no aplicaban las políticas del partido, el partido las debía aplicar por sí mismo. «La batalla contra el enemigo interior no se verá frustrada por las formalidades de la burocracia ni por su incompetencia».[65] En consecuencia, la carrera funcionarial empezó a dejar de resultar atractiva para los jóvenes licenciados más ambiciosos. Según apuntó el Servicio de Seguridad de las SS en un informe de 1939:

> El empleo público ha tenido, en general, un desarrollo negativo. Problemas bien conocidos y muy peligrosos han asomado otra vez en el periodo estudiado: la escasez de personal, la selección negativa y la falta de jóvenes a causa de los bajos salarios y la vergüenza pública a que se somete a los funcionarios, fallos en la política de personal por falta de unidad de enfoque, etc.[66]

Ya en 1937 existían graves problemas de reclutamiento. Las facultades alemanas de Derecho, de las que procedían en gran medida las nuevas quintas de funcionarios, vieron reducido su tamaño de forma alarmante desde 1933, ya que los estudiantes preferían seguir carreras más de moda como Medicina. Por otro lado, la burocratización de la Alemania nazi—un término utilizado en 1936 por la Oficina de Estadísticas del Reich—ocasionó un crecimiento del 20 por 100 en el empleo público en las administraciones federal, estatal y local entre 1933 y 1939. Pero el partido y sus organizaciones filiales ofrecían puestos administrativos mejor pagados. En 1938 existía una grave escasez de personal en las oficinas del Estado en todos los niveles. Pero los recortes salariales impuestos por el programa de austeridad de Brüning durante la Depresión no se empezaron a revertir, al menos parcialmente, hasta el verano de 1939. El ministro del Interior, Wilhelm Frick, trazó un retrato dramático de la inadecuación crónica de los funcionarios y predijo una pronta imposibilidad de llevar a cabo sus funciones. Sin embargo, a pesar del repentino declive del prestigio y la posición de los funcionarios, el partido y sus dirigentes, que despreciaban constantemente el aparato del Estado y a aquellos que trabajaban en él, sólo se podían culpar a sí mismos.[67]

Enfrentado a estas circunstancias, no es extraño que un funcionario aplicado como el conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg, miembro del Partido Nazi desde 1932, manifestara su desesperación por cómo se estaban sucediendo las cosas en septiembre de 1937. Schulenburg recordó a los ministros que la nueva Ley de funcionarios del Reich los describía como el pilar central del Estado. Sin ellos, recalcó, el Plan Cuatrienal no se podría llevar a cabo convenientemente. Aun así, su funcionamiento eficaz estaba siendo bloqueado por un declive pronunciado de su fuerza a causa de las constantes depuraciones políticas y raciales, mientras la proliferación de

instituciones del partido y estatales estaba ocasionando un caos de lucha de competencias que hacía prácticamente imposible una administración adecuada. Y así, continuó:

> Aunque ha cosechado logros considerables desde la toma del poder, es *ridiculizada* públicamente como «burocracia» tanto por el Líder como por la comunidad y desacreditada como ajena al pueblo, desleal, sin que nadie pueda rechazar oficialmente este desprecio hacia un grupo del que el Estado depende. Los funcionarios, especialmente los que ocupan los puestos más elevados, están *sujetos a agresiones* en su trabajo, agresiones que, de hecho, *se dirigen contra el mismo Estado*. [...]. Las consecuencias de este trato son que los funcionarios se sienten cada vez más *difamados, sin honor y, de algún modo, desesperados. El reclutamiento está empezando a agotarse*. [...]. Los funcionarios se han visto reducidos en gran medida al estatus económico del proletariado. [...]. En comparación, la empresa privada ofrece salarios mucho más altos [...].[68]

El desencanto por la frustración de las grandes esperanzas de 1933 era palpable entre los altos funcionarios como Schulenburg. Las cosas, declaró, estaban peor que durante la República de Weimar. La larga y honorable tradición del funcionariado estaba siendo destruida.[69]

La desilusión de Schulenburg lo iba a llevar rápidamente a una posición profundamente hostil al régimen. Sin embargo, en lo que respectaba a la gran mayoría de funcionarios, las fuerzas de la tradición y la inercia demostraron ser superiores. El funcionariado ostentaba un lugar especial en la sociedad y la política alemanas desde su formación en la Prusia del siglo XVIII. Algunos de los ideales de deber hacia la nación, desprecio por la política y fe en una administración eficiente sobrevivieron hasta el siglo XX y conformaron la reacción de los funcionarios ante los nazis. Los rígidos procedimientos burocráticos, las normas formales, una gran cantidad de grados y títulos y muchos otros aspectos distinguían al funcionariado como a una institución especial con una conciencia especial. No se podía desplazar fácilmente. Algunos decidieron obedecer en beneficio de los intereses de la nación, que creían habían representado siempre los funcionarios. A otros les atraía el estilo autoritario del Tercer Reich, su énfasis en la unidad nacional, la eliminación del conflicto político abierto y, especialmente, tal vez, la eliminación efectiva de todo un conjunto de limitaciones a la acción burocrática. La eficacia reemplazó la responsabilidad, lo que también resultaba atractivo para muchos

funcionarios. En todos los ministerios de Berlín y en todas las oficinas de gobierno regionales y locales, los funcionarios obedecían las leyes y decretos impuestos por Hitler, Göring y otros ministros porque, por encima de todo, consideraban que ése era su deber. Los disidentes ya habían sido eliminados en 1933, pero, en cualquier caso, la gran mayoría de burócratas alemanes eran archiconservadores y creían en un Estado autoritario, consideraban que los comunistas y los socialdemócratas eran unos traidores y estaban a favor de la expansión nacional y el rearme.[70]

Uno de estos burócratas, paradigmático en muchos aspectos, fue Friedrich Karl Gebensleben, responsable de la planificación urbana de Braunschweig, cuya voluminosa correspondencia familiar ha sobrevivido por fortuna para ofrecernos una perspectiva detallada sobre el Tercer Reich desde la clase media. Nacido en 1871, año de la unificación alemana, Karl Gebensleben se formó como ingeniero y trabajó para la red de ferrocarriles alemana en Berlín antes de aceptar otro puesto en 1915. Era un hombre de integridad incuestionable, sus colegas confiaban en él, y en los primeros años treinta empezó a alternar su puesto de administrativo con el cargo de teniente de alcalde de su ciudad. Su esposa, Elisabeth, nacida en 1883, procedía, como su marido, de una familia próspera de campesinos. La pareja era uno de los pilares de la sociedad de Braunschweig, asistía con asiduidad a conciertos y al teatro y se les veía juntos en todas las grandes celebraciones, recepciones y eventos parecidos. Su hija Irmgard, nacida en 1906, se casó con un holandés y, dado que vivía en Holanda, la familia se carteaba a menudo; su hijo Eberhard, nacido en 1910, estudió Derecho en diversas universidades, como era normal en la época, como Berlín y Heidelberg, y ansiaba hacer carrera en el funcionariado del Reich. Era una familia burguesa sólida y convencional. Pero a principios de los años treinta se encontraba en un profundo estado de angustia, basado sobre todo en el miedo a una revolución comunista o socialista. Elisabeth Gebensleben expresó una opinión muy común en una carta a su hija el 20 de julio de 1932 según la cual Alemania se enfrentaba al peligro de muerte representado por los comunistas, ayudados y encubiertos por los socialdemócratas. El país era un hormiguero de agentes rusos, pensaba, y la

violencia callejera era el inicio de una planificada desestabilización del país. Así, todas las medidas que se tomaran para ahuyentar la amenaza estaban justificadas.[71]

Elisabeth Gebensleben se había convertido en admiradora de Hitler y de su movimiento mucho antes de la llegada nazi al poder: «¡Esta predisposición a hacer sacrificios, este patriotismo e idealismo ardiente!—exclamaba en 1932 después de asistir a una manifestación del Partido Nazi—: ¡Y al mismo tiempo esta disciplina férrea y este control!».[72] No es extraño que se mostrara entusiasmada con la formación de la coalición gubernamental encabezada por Hitler el 30 de enero de 1933—en el momento justo, pensaba, después de presenciar una manifestación comunista contra el nombramiento de la coalición («¿Ha tomado Hitler demasiado tarde el timón? El bolchevismo ha anclado en el pueblo más profundamente de lo que una suponía.»)—.[73] La violencia brutal que los nazis aplicaron contra sus oponentes en los meses siguientes no le quitó el sueño: «Esta acción implacable y decidida del gobierno de la nación—escribió el 10 de marzo de 1933— puede desagradar a mucha gente, pero antes de que la reconstrucción sea posible tiene que haber una depuración de raíz».[74] La «depuración» incluía al alcalde socialdemócrata de Braunschweig, Ernst Böhme, elegido en 1929 a los treinta y siete años. El 13 de marzo de 1933, los camisas pardas entraron en una sesión del consejo municipal y lo sacaron a rastras a la calle. Al cabo de pocos días firmó, bajo coacción, una carta de dimisión. Hombres de las SS lo llevaron a las oficinas del diario socialdemócrata local, lo desnudaron, lo lanzaron contra una mesa y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente, después le tiraron encima un cubo de agua, lo vistieron otra vez, lo hicieron desfilar por las calles y lo metieron en la prisión de la ciudad, de donde fue puesto en libertad al cabo de un tiempo para volver a una existencia privada. En tanto que teniente de alcalde, Karl Gebensleben asumió sin demora el puesto de alcalde por un tiempo. Aunque le inquietó la dramática escena que había presenciado en la alcaldía, Karl se ofendió mortalmente cuando leyó en los diarios que se le había visto llorar cuando se llevaron al alcalde. En efecto, había trabajado codo con codo con Böhme en los años anteriores, pero su rectitud de funcionario no le habría consentido una expansión sentimental

de esa magnitud. Aunque desaprobó la acción («habría preferido que Böhme hubiera tenido un final menos ignominioso»), su esposa Elisabeth se consoló con el pensamiento de que el alcalde conservador de la época de la Revolución de 1918 también había sido humillado por los «rojos».[75]

Como otros conservadores, a los Gebensleben les tranquilizó el acato a la tradición demostrado en la ceremonia inaugural del Reichstag en Potsdam el 21 de marzo. Desempolvaron la bandera imperial negra, blanca y roja y la colgaron en una demostración de triunfo, mientras Karl participó en una marcha de celebración por las calles de Braunschweig.[76] Los Gebensleben despedían todo aquello que no les gustaba, especialmente los actos de violencia cometidos por los camisas pardas y las SS, como obra de los infiltrados comunistas.[77] Implícitamente, creían en las acusaciones falsificadas de apropiación de bienes contra los responsables de los sindicatos y otros.[78] En una carta donde hablaba de los discursos de Hitler emitidos por radio, Elisabeth comunicó entre líneas a su hija un fuerte sentimiento de renacimiento del orgullo nacional: Alemania tenía ahora un canciller respetado en todo el mundo.[79] Protestante devota, se afilió a los Cristianos Alemanes («Así, una reforma en la Iglesia. Estoy satisfecha») y se entusiasmaba cuando su pastor comparaba a Hitler con Lutero.[80] Las ilusiones de la familia eran tan significativas como sus entusiasmos. Karl Gebensleben aplaudía la «estricta disciplina» introducida en la vida pública y la economía gracias al «principio de liderazgo, el único que vale», y la «coordinación que somete incluso a las instituciones más pequeñas», pero confiaba en que al cabo de un tiempo se toleraría la existencia de una oposición moderada al estilo inglés. A finales de mayo, él y su esposa se afiliaron al Partido Nazi, no sólo para garantizar su protección personal, sino por un sentimiento positivo de compromiso con la nueva Alemania. Como escribió orgullosamente aunque algo tímidamente a su hija:

> De modo que tu «viejo» padre también ha tenido que procurarse una camisa parda, gorra con visera, cinturón, corbata e insignia del partido tan rápido como ha sido posible. ¡¡¡Mamá piensa que el uniforme me queda estupendamente y me hace parecer décadas (?) más joven!!! ¡¡Oh!! Bien, bien, querida, ¡si alguien me lo hubiera dicho! Pero me produce una sensación muy reconfortante ver que todo el mundo intenta hacer con disciplina lo mejor por la patria, estrictamente de acuerdo con el lema: El interés público es lo primero.[81]

En tanto que administrador, Karl dio la bienvenida a la decisión de excluir al consistorio de la ciudad de las cuestiones más perentorias y decidirlas en pequeño comité. «Así se ahorra tiempo y energía para el trabajo útil».[82] Veía ante sí una nueva época de eficacia y coherencia en la administración. Las cosas, por supuesto, no fueron exactamente en esa dirección.

No era la única cuestión sobre la que se engañaban los Gebensleben. La familia también se hacía ilusiones acerca de la postura del régimen sobre los judíos. Inicialmente, el antisemitismo tenía poco que ver con el apoyo que la familia daba al nazismo. Cuando Elisabeth Gebensleben vio que se habían roto los escaparates de tiendas de propietarios judíos a mediados de marzo de 1933 lo atribuyó a «provocadores [...] que, como se ha podido averiguar, se han infiltrado en el NSDAP para desacreditar al movimiento nacionalsocialista en el interior y en el extranjero. [...]. Comunistas y compañeros de viaje». Elisabeth pensaba que si había algún nazi implicado, Hitler lo desaprobaría.[83] Encontraba «horribles» los discursos antisemitas de Goebbels y Göring y vio con alarma la interrupción de una actuación del director Fritz Busch en Leipzig (pensó que se debía a que era judío, aunque Busch, de hecho, no lo era). Las agresiones de este tipo contra los artistas judíos eran «catastróficas», escribió, y añadió: «Entre los judíos también hay canallas, pero no hay que olvidar a los grandes judíos que han alcanzado tantos logros en los campos del arte y de la ciencia».[84]

Aun así, pronto empezó a cambiar de opinión y el 1 de abril de 1933 cumplió el boicot contra las tiendas judías. «La era que nos ha tocado vivir —escribió con una fuerza profética no intencionada el 6 de abril de 1933— sólo podrá ser juzgada con justicia por la posteridad». Y continuó:

> Estamos protagonizando la historia mundial. Pero la historia mundial pasa por encima del destino de los individuos, y esto hace que esta época, cuyos objetivos son tan puros y elevados, sea tan difícil, porque en paralelo a la alegría que experimentamos también sentimos piedad por el destino de los individuos. Y esto implica también el destino de los individuos judíos, lo que no debe alterar nuestra opinión sobre la cuestión judía. La cuestión judía es una cuestión de orden mundial, como lo es el comunismo, y si Hitler intenta enfrentarse a ella, como hace con el comunismo, y consigue su objetivo, entonces tal vez algún día Alemania sea envidiada.[85]

Elisabeth consideraba que el boicot estaba justificado por la «campaña de calumnias contra Alemania» de que el régimen acusaba a los marxistas y judíos en el extranjero. Las noticias sobre las atrocidades antisemitas cometidas en Alemania eran «pura invención», afirmó rotundamente a su hija, que se encontraba en Holanda, siguiendo las instrucciones dadas por Goebbels a todos aquellos que tuvieran contacto con el extranjero sobre la versión que había que dar: tanto si había olvidado los incidentes que ella misma había encontrado tan escandalosos sólo tres semanas antes como si había decidido deliberadamente omitirlos. El Tratado de Versalles había robado a Alemania la «posibilidad de vivir», recordaba a su hija: «Alemania se protege con las armas que tiene a mano. Que en parte se haya mostrado el camino de la puerta a los judíos en el sistema legal y en la medicina, también es correcto en términos económicos, por muy duro que sea para los individuos inocentes». Creía, por supuesto erróneamente, que sólo se estaba reduciendo la presencia de judíos en proporción a su peso en el conjunto de la población (aunque este principio, se le olvidó apuntarlo, no se aplicaba a otros grupos de la sociedad alemana, a los protestantes, por ejemplo, cuya proporción en puestos de responsabilidad era proporcionalmente mucho más alta que la de católicos). En cualquier caso, escribió, demostrando hasta qué punto había asumido la propaganda nazi en tan sólo unas semanas, los judíos eran «taimados»: «Lo que quieren los judíos es mandar, no servir». Su marido Karl le había contado historias de la ambición y corrupción de los judíos que parecían justificar la depuración.[86] En octubre de 1933 incluía sin esfuerzo la utilización del lenguaje nazi en sus cartas, definiendo el *Libro Pardo* de los comunistas sobre las atrocidades nazis como obra de «judíos mentirosos y calumniadores».[87]

En lo que concernía a Karl, el advenimiento del Tercer Reich implicaba la sustitución del desorden por el orden. «Cuando el gobierno nacionalsocialista asumió el poder—afirmó en un discurso de bienvenida al nuevo alcalde nazi de Braunschweig al dejar el cargo el 18 de octubre de 1933—encontró caos». La eliminación de los partidos políticos en constante pelea de los años de Weimar había despejado el camino para una serie de mejoras ordenadas en los municipios. Además, se había restaurado el orgullo de Alemania.[88] Cuando pareció que el desorden volvía a asomar

la cabeza a finales de junio de 1934, encarnado por Ernst Röhm y los camisas pardas, Elisabeth respiró con alivio tras la acción de Hitler. A diferencia de su hija, no manifestó ninguna duda sobre la justicia de los asesinatos cometidos por orden de Hitler. «Uno se siente absolutamente insignificante al lado de la grandeza, la veracidad y la franqueza de un hombre así», escribió.[89] Después de estos acontecimientos, a la familia ya no le quedó casi nada más que decirse sobre política. Sus preocupaciones se volvieron más íntimas, el nacimiento de los nietos y los planes que el hijo de Karl y Elisabeth, Eberhard, hacía de seguir un doctorado con el abogado conservador y pronazi Walter Jellinek en Heidelberg. Después de hablar mucho de él, Jellinek desapareció repentinamente de la correspondencia: resultó ser judío y perdió su trabajo.[90]

Eberhard se alistó para realizar formación paramilitar con los camisas pardas, prestó el servicio militar, entró en el Ministerio de Economía como funcionario y se afilió en el Partido Nazi el 29 de noviembre de 1937. El interés de la familia por la política no resucitó. Para los Gebensleben, la Alemania nazi significaba la estabilidad que habían esperado, una especie de retorno a la normalidad después de las sacudidas de los años de Weimar. En comparación con esos años, las pequeñas dudas e inquietudes sobre la manera en que se había llegado a la nueva situación parecían insignificantes, apenas valía la pena preocuparse. Lo que querían los Gebensleben era la derrota del comunismo, la superación de la crisis política y la restauración del orgullo nacional. Todo lo demás era ignorado, justificado o, más insidiosamente, asumido como propio a medida que el aparato de propaganda del Tercer Reich martilleaba incesantemente con sus mensajes los hogares de la nación. El conformismo de familias de clase media como los Gebensleben fue comprado al precio de una serie de ilusiones que se iban a hacer pedazos después de 1939. Karl y Elisabeth no vivieron para verlo. Karl murió el día de su jubilación, el 1 de febrero de 1936, de un ataque al corazón; su viuda, Elisabeth, le siguió el 23 de diciembre de 1937. La carrera de Eberhard en el funcionariado no duró mucho: en 1939 fue reclutado por el Ejército.[91]

LA DOMESTICACIÓN DEL PROLETARIADO

I

La clase social más amplia en Alemania en 1933 era, con diferencia, el proletariado, que comprendía aproximadamente el 46 por 100 de la población activa. El censo de ocupación del 16 de junio de 1933, planificado con mucho tiempo y elaborado en gran medida sin injerencias nazis, mostraba que otro 17 por 100 podía ser clasificado en la categoría de funcionarios, oficinistas o soldados; el 16,4 por 100 en la de trabajadores por cuenta propia; la misma proporción, un 16,4 por 100, en la de ayudantes sin sueldo en negocios familiares (la mayoría en pequeñas explotaciones agrícolas), y un 3,8 por 100 en la de servicio doméstico. Si analizamos la población adulta por sectores económicos, los responsables del censo estimaban que en 1933 13,1 millones de personas trabajaban en la industria y en oficios artesanales; 9,3 millones en la agricultura y en la silvicultura; 5,9 millones en el comercio y el transporte; 2,7 millones en los servicios públicos y privados y 1,3 millones en el servicio doméstico. En otras palabras, en la sociedad alemana la clase trabajadora en la industria era muy importante y estaba en expansión, la agricultura todavía tenía un peso significativo pero estaba en declive y el sector servicios, dominante en las economías avanzadas del siglo XXI, todavía era pequeño pero estaba aumentando rápidamente. Las industrias modernas, como la química, la impresión y los productos electrónicos, apuntaban al futuro, con una presencia femenina comprendida entre una cuarta y una quinta parte de sus trabajadores, y las mujeres también tenían una presencia destacada en algunas áreas del sector servicios. Sin embargo, las industrias tradicionales y todavía inmensamente importantes, como la minería, el metal, la construcción y similares, todavía eran un mundo principalmente masculino. Aproximadamente una cuarta parte de la población activa en la industria se

concentraba en la metalurgia y la ingeniería en sentido amplio. En 1933 había más de tres millones de personas activas en estas industrias, y más de dos millones en la construcción; a éstos, el núcleo de la clase trabajadora industrial tradicional, se les pueden añadir 867.000 personas en las industrias madereras, un poco más de 700.000 en la minería, las salinas y la extracción de turba y 605.000 en las canteras y sillería. Sólo una parte muy pequeña de las personas activas en estos sectores eran mujeres—menos del 2 por 100 en la minería y la construcción, por ejemplo—. Y fueron estas áreas clásicas del empleo masculino—o, en los primeros años treinta, del desempleo—las que daban el tono de la clase trabajadora y del movimiento obrero en conjunto.[92]

A comienzos de los años treinta, el desempleo masivo había socavado la moral y la cohesión de la clase trabajadora. Había desestabilizado el movimiento sindical, muy importante y bien organizado. En busca de una solución, los partidos mayoritarios de clase trabajadora habían perdido su capacidad de acción independiente, como los socialdemócratas, o se habían engañado con fantasías revolucionarias fútiles y autodestructivas, como los comunistas. En 1933 pagaron el precio de todo ello. Entre marzo y julio de 1933 los nazis destruyeron el hasta entonces sólido movimiento obrero alemán, clausuraron los sindicatos y prohibieron los dos partidos principales de la clase trabajadora. La resistencia organizada de lo que quedaba del viejo movimiento obrero siguió durante un tiempo, pero fue finalmente suprimida.[93] Mientras tanto, los nazis se movilizaron para crear una nueva organización obrera que coordinara a los trabajadores bajo el control estatal. El sindicato nazi, la Organización Nacionalsocialista de Células de Fábrica, era visto con recelo por los empleados, que veían su potencial como una amenaza. Las empresas no querían librarse de los viejos sindicatos para que otra forma de sindicalismo más poderosa ocupara su lugar. Los industriales y los banqueros sintieron consternación por los desórdenes en las fábricas ocasionados por los ataques de los camisas pardas y los agentes de la Organización de Células de Fábrica contra representantes electos de los trabajadores, a quienes echaron para ocupar sus puestos en la representación de los trabajadores. Los patronos empezaron pronto a quejarse de que estos agentes interferían en la marcha

de sus empresas, formulaban demandas poco razonables y perturbaban el orden agitando su fuerza sin parar. En Sajonia, por ejemplo, el líder regional del Partido Nazi, Martin Mustchmann llegó a detener al presidente del banco del estado, Carl Degenhardt, y lo mantuvo en custodia durante un mes. Este tipo de acciones no era bien recibido por la comunidad empresarial.[94]

El desorden era consecuencia en buena parte de las ambiciones radicales de la Organización de Células de Fábrica, cuya influencia en este periodo era desproporcionada en comparación a su militancia, relativamente débil, formada por unos meros 300.000 empleados. Apoyada por la fuerza de las SA y la voluntad de coordinación del nuevo régimen, sus agentes ya habían ocupado las oficinas de los sindicatos y habían empezado a dirigir sus asuntos mucho antes de que los sindicatos fueran abolidos el 2 de mayo de 1933. El dirigente de la Organización de Células de Fábrica, Reinhard Muchow, que no llegaba a los treinta años de edad en el momento de la llegada al poder de los nazis, se había curtido en una serie de amargas disputas laborales en los años finales de la República de Weimar, especialmente durante la huelga de trabajadores de los transportes de Berlín en 1932, cuando los nazis lucharon codo a codo con los comunistas. En tanto que asistente para asuntos de propaganda de Goebbels en las funciones de éste como líder regional del partido en Berlín, Muchow utilizó su atractivo entre la clase trabajadora de la ciudad, a la que pertenecía. En su mente, la Organización de Células de Fábrica crecería como una organización sindical que representara a todos los empleados del Tercer Reich. De este modo, la organización sería un elemento crucial del nuevo Estado corporativo; determinaría las pagas y los salarios, presentaría al gobierno nuevas medidas de protección y asumiría las funciones sociales de los sindicatos.[95]

Pero la cúpula nazi no deseaba que el conflicto de clases de la República de Weimar se trasladara al nuevo Reich. El 7 de abril de 1933, Hess ordenó a la Organización de Células de Fábrica que no interfiriera en la marcha de las empresas ni perturbara el trabajo de los sindicatos, cuyo papel en la paga de subsidios a los desempleados había sido crucial durante la Depresión. La toma de los sindicatos efectuada el 2 de mayo fue, en

muchos aspectos, un ejemplo típico de la tendencia de la cúpula nazi a intentar encauzar por formas institucionales el activismo descoordinado cuando éste empezaba a resultar molesto.[96] Los sindicatos fueron sustituidos de inmediato por el Frente Alemán del Trabajo, consagrado oficialmente en una ceremonia presidida por Hitler y el gabinete el 10 de mayo de 1933. El jefe del Frente del Trabajo era uno de los personajes más pintorescos del Tercer Reich, Robert Ley. Nacido en 1890, séptimo hijo de un campesino del oeste de Alemania, Ley había sufrido de niño un trauma determinante para su vida cuando su padre entró en bancarrota y prendió fuego a su granja para intentar cobrar el dinero del seguro. A juzgar por sus escritos autobiográficos, la pobreza y la desgracia en que cayó su familia después de que su padre fuera condenado por el incendio de la granja dejó al chico con un permanente sentimiento de inseguridad social y de resentimiento contra las clases altas. Inteligente y ambicioso, trabajó duro durante su periodo estudiantil y, de modo poco habitual en alguien de su entorno, ingresó en la universidad. Empezó a estudiar Químicas en 1910 y se mantenía gracias a un trabajo a tiempo parcial. Sin embargo, en 1914 la guerra se interpuso en su carrera; Ley se ofreció inmediatamente voluntario y sirvió en una unidad de artillería en el frente del Oeste hasta 1916, cuando, harto de los bombardeos constantes y del sangriento punto muerto de la guerra de trincheras, se formó como piloto y empezó a pilotar aviones de reconocimiento. El 29 de julio de 1917 su avión fue derribado y su copiloto logró aterrizar casi de milagro, pero detrás de las líneas enemigas. Ley fue capturado y pasó el resto de la guerra como prisionero de los franceses. El incidente dejó a Ley heridas graves, no sólo en la pierna, que pudo salvar después de seis operaciones, sino también en el lóbulo frontal del cerebro, que parece que se fue deteriorando con los años. Ley tartamudeaba y era cada vez más propenso al alcoholismo y a conductas desenfrenadas de todo tipo.[97]

Al finalizar la guerra, Ley regresó a la universidad y completó sus estudios. Obtuvo el doctorado en 1920 con una disertación sobre química aplicada a la alimentación, que fue publicada en parte en una publicación científica. Con esta formación, no resulta extraño que obtuviera un buen trabajo en la empresa química Bayer en Leverkusen. El empleo le permitió

casarse y fundar una familia. Aun así, permanecía descontento e inseguro, y encendía su insatisfacción frente a la monotonía de la rutina de la vida cotidiana con la lectura de literatura romántica y utópica. La ocupación francesa del Rin, donde residía, encendió sus ideas nacionalistas, que se convirtieron en admiración por Hitler cuando Ley leyó las noticias sobre los discursos del líder nazi en el juicio a los participantes en el *putsch* de Munich a comienzos de 1924. Ley se afilió al Partido Nazi, se convirtió pronto en un activista destacado a nivel local y prosperó hasta convertirse en líder regional del sur de Renania en junio de 1925. Como en el caso de otros nazis destacados de primera hora, Ley se sintió cautivado por la oratoria de Hitler en el mismo momento en que le escuchó por primera vez. La admiración incondicional de Ley por el líder nazi se debe, tal vez, como han sugerido algunos *psicohistoriadores*, a que encontró en él a un sustituto del padre cuya desgracia había proyectado tanta sombra sobre su infancia. Ley apoyó a Hitler en las disputas que separaron a las filiales del partido en el Rin de la cúpula a mediados de los años veinte, y le ayudó a recuperar las riendas del poder tras la inactividad forzosa que siguió el fracaso del *putsch* de Munich de 1923. Fue por esta razón, y porque Ley, a pesar de su tartamudeo, demostró ser un orador eficaz y agitador, que Hitler obvió las quejas frecuentes de los colegas de Ley sobre su pésima gestión financiera, su actitud despótica hacia los subordinados y su incompetencia administrativa. Ley empezó pronto a dirigir un diario local nazi, lleno de propaganda antisemita cuya virulencia no tenía nada que envidiar a la del más famoso *Der Stürmer*, editado por Julius Streicher, el líder regional del partido en Nuremberg. El diario, el *Westdeutscher Beobachter*, publicó repetidamente acusaciones de asesinatos rituales cometidos por judíos y noticias pornográficas sobre la supuesta seducción de chicas arias por sus patronos judíos. Estas acusaciones le acarrearon diversos procesos y multas, lo que no le disuadió de repetirlas una y otra vez.[98]

Llamado por Hitler al cuartel general del partido en Munich en 1931, Ley sustituyó a Gregor Strasser después de su repentina dimisión como jefe de organización del partido en diciembre de 1932, aunque no heredó el inmenso poder administrativo de su predecesor. La experiencia de Ley en la cosecha de votos entre la potente clase trabajadora del Rin, junto con su

idealismo utópico y su resentimiento social, proporcionó un discernible matiz colectivista a su nazismo. Ley fue la primera opción de Hitler a la hora de llevar a cabo los planes para la remodelación de las organizaciones obreras alemanas a comienzos de abril de 1933. En términos políticos formales, el trabajo de Ley era cumplir la visión de Hitler sobre la integración de la clase trabajadora en la nueva Alemania y conseguir que el que tal vez fuera el sector de la población más recalcitrante y antinazi apoyara el nuevo orden con entusiasmo. Pero a Ley le faltaba habilidad para trabajar por iniciativa propia. Fue rápido a la hora de instalar el Frente del Trabajo en las oficinas de los viejos sindicatos y de incorporar a la Organización de Células de Fábrica. Pero no tuvo otra alternativa que utilizar a los dirigentes de la Organización para establecer las estructuras internas del Frente del Trabajo. En un primer momento, éstas consistieron en someter a nueva supervisión las instituciones sindicales existentes, con nombres nuevos y organizadas en cinco grandes subgrupos. Así, la vieja organización sindical se convirtió en un subgrupo, con todas sus divisiones subordinadas, como la oficina de prensa y el diario, mientras los sindicatos de oficinistas formaban otro subgrupo, los detallistas un tercero, los profesionales el cuarto y las empresas el quinto. La vía para que el Frente del Trabajo se convirtiera en el núcleo de un Estado corporativo a imagen del modelo de la Italia fascista, reconciliando los intereses de los diversos sectores de la economía al servicio del nuevo orden político, parecía abierta.[99]

Pero estas ideas, impulsadas por Muchow y los dirigentes de la Organización de Células de Fábrica, no duraron mucho. Ni los profesionales ni las empresas las apoyaban, los detallistas nunca tuvieron excesiva influencia, y Muchow y sus colegas eran con mucho la fuerza más dinámica de la nueva estructura. Al cabo de poco tiempo, el Frente del Trabajo se había convertido en lo que querían que fuera la Organización de Células de Fábrica, una especie de supersindicato que representara por encima de todo los intereses de los trabajadores. Así, publicó órdenes que regulaban las vacaciones pagadas, acuerdos sobre salarios, pagas igualitarias para las mujeres, salud, seguridad y muchas órdenes más. A nivel local, la agitación continuaba: algunos de sus representantes

amenazaban a los patronos con enviarlos a un campo de concentración si no se sometían a sus peticiones. Muchow declaró que los responsables de la agitación eran ex socialdemócratas y algunos ex comunistas y llevó a cabo una investigación del pasado político de todos los funcionarios del Frente del Trabajo con la intención de purgar a 100.000 de ellos de la organización. Pero las quejas seguían multiplicándose: los ministro de Trabajo, Interior y Transportes sentían que su autoridad estaba siendo erosionada por las acciones unilaterales de los funcionarios de menor nivel del Frente del Trabajo. Las cosas se estaban saliendo de madre y era hora de poner la situación bajo control.[100]

II

Bajo presión de los patronos y de los ministerios, el 19 de mayo de 1933 el gabinete promulgó la Ley de fiduciarios de trabajo, por la que se creaba el puesto de doce funcionarios estatales con la función de regular los salarios, las condiciones de trabajo y los contratos laborales en los diversos distritos y mantener la paz entre trabajadores y empleados. Los fiduciarios eran funcionarios del Ministerio de Trabajo. Sólo dos de ellos pertenecían a la Organización de Células de Fábrica; cinco eran abogados de empresa y cuatro eran funcionarios. Los términos, bastante vagos, de la ley fueron complementados por una medida adicional, la Ley fundamental de organización del trabajo, promulgada el 21 de enero de 1934 y redactada por un funcionario que antes había trabajado para un grupo de presión de industriales.[101] Las dos leyes erradicaron el marco de negociaciones bilaterales y de regulación entre patronos y sindicatos, uno de los mayores logros de la política laboral de Weimar, y lo sustituyó por una nueva estructura que incorporaba el «principio de liderazgo» nacionalsocialista. Las leyes enfatizaban que en el nuevo Estado nacionalsocialista no había necesidad de antagonismo entre trabajadores y patronos; ambos trabajarían juntos en armonía como parte de la comunidad racial alemana unificada de nuevo. Las leyes estaban formuladas en un lenguaje neofeudal de reciprocidad que, como el feudalismo de la Edad Media, ocultaba el hecho de que el poder real recaía predominantemente en uno de los dos lados: los

patronos. Los poderes de los fiduciarios de trabajo incluían el nombramiento de consejos de delegados en las fábricas, el arbitrio en disputas, la confirmación de los casos alegados de exceso de mano de obra, la regulación de las jornadas laborales y de la base sobre la que se calculaban los incentivos, y la comunicación de casos de abusos de autoridad, provocaciones, desórdenes, rotura de confianza y faltas similares a unos Tribunales de Honor que tendrían una función cuasijudicial y formados por jueces designados por el Ministerio de Justicia entre sus miembros. Al patrón se le llamaría ahora «jefe de fábrica» [*Betriebsführer*] y los trabajadores serían su «séquito» [*Gefolgschaft*]. Al sustituir el sistema de la época de Weimar de consejos elegidos y constriñendo legalmente los contratos de empleo, el nuevo sistema puso todos los ases en las manos de los jefes en colaboración con los fiduciarios de trabajo. De hecho, los Tribunales de Honor eran prácticamente papel mojado; en los años 1934-1936 sólo vieron 516 casos, la mayoría relacionados con casos de maltratos físicos a aprendices por parte de sus maestros artesanos. Sobre el papel podían parecer buenos y justos, pero en la práctica prácticamente no tuvieron efecto.[102]

Este nuevo sistema de relaciones industriales representó una gran victoria para los patronos, apoyados por Hitler y la cúpula nazi, que necesitaban desesperadamente la colaboración de la industria en su proyecto de rearme. Mientras los nuevos fiduciarios de trabajo despreciaban abiertamente la idea de un Estado corporativo, las oportunidades de que las ideas de la Organización de Células de Fábrica incrementaran su influencia sufrieron un revés fatal con el asesinato de Reinhard Muchow en una pelea en una taberna el 12 de septiembre de 1933. Esta circunstancia hizo que el sector más radical del Frente del Trabajo perdiera la iniciativa y abrió la puerta al restablecimiento de la autoridad de Ley, más versado ahora que en la primavera anterior en las complejidades de las relaciones laborales. El 1 de noviembre de 1933, Ley habló a los trabajadores de la fábrica de Siemens en Berlín:

> Todos somos soldados del trabajo, algunos mandan y otros obedecen. La obediencia y la responsabilidad tienen que recuperar su importancia entre nosotros [...]. No podemos estar todos en el puente de mando porque, si no, no habría nadie que izara las velas y soltara las amarras.

No, no podemos hacer todos lo mismo, hay que entender esta realidad.[103]

Ley reorganizó el Frente del Trabajo, se libró de lo que quedaba de la cultura y las actitudes sindicales, abolió las funciones independientes que todavía tenía la Organización de Células de Fábrica y accedió a la demanda del Ministerio de Trabajo y de las nuevas leyes de trabajo de no intervenir en la negociación de los acuerdos salariales. El Frente del Trabajo fue reorganizado según la estructura del partido, con una organización vertical que sustituyó la previa representación horizontal de los obreros, los oficinistas, etc. Ahora tenía una serie de departamentos centrales—propaganda, derecho, educación, asuntos sociales, etc.—cuyas órdenes se transmitían a los departamentos correspondientes a nivel regional y local. Los antiguos responsables de la Organización de Células de Fábrica hicieron cuanto pudieron para obstruir el sistema, pero después de la Noche de los Cuchillos Largos fueron despedidos sumariamente en masa. Detrás de estas maniobras políticas se encontraba el reconocimiento de Hitler y los demás dirigentes del régimen de que el rearme, su principal prioridad económica, sólo se podría conseguir tranquila y rápidamente si se mantenía a los trabajadores bajo control. Esto implicaba librarse de los elementos más revolucionarios del Frente del Trabajo, así como aplastar cualquier idea relacionada con la «segunda revolución» defendida por los camisas pardas y sus dirigentes. En otoño de 1934 era evidente que en la batalla para el control de las relaciones laborales, los patronos habían resultado vencedores. Sin embargo, la lucha no les había dejado en la situación que realmente deseaban. La organización y la estructura de las fábricas bajo el nacionalsocialismo tenía ciertamente mucho en común con el tipo de gestión y el sistema de relaciones industriales deseado por muchos patronos en los años veinte y principios de los treinta, pero también introducía una injerencia masiva en las relaciones laborales por parte del Estado, el Frente del Trabajo y el partido en áreas en que la gestión privada pretendía gozar de control exclusivo. Los sindicatos habían desaparecido, pero, a pesar de ello, los patronos ya no eran los dueños en su propia casa.[104]

Mientras tanto, el enorme aparato del Frente Alemán del Trabajo empezó rápidamente a ganar reputación como la más corrupta tal vez de las grandes instituciones del Tercer Reich. El mismo Ley tenía buena parte de la culpa. Su posición como jefe del Frente del Trabajo le había hecho rico, con un salario de 4.000 marcos a los que añadía 2.000 marcos como jefe de organización del partido, 700 marcos como diputado del Reichstag, y 400 marcos como consejero del *land* prusiano. Pero esto era sólo la punta del iceberg. Sus libros y panfletos, que los funcionarios del Frente del Trabajo debían adquirir en grandes cantidades para distribuir entre sus miembros, le proporcionaban dividendos sustanciosos, mientras los beneficios de su diario—50.000 marcos al año—iban a parar directamente a su bolsillo. Ley utilizó con toda libertad el dinero confiscado por el Frente del Trabajo a los antiguos sindicatos, y en 1940 se benefició de un regalo de un millón de marcos entregado por Hitler. Con estas cantidades, se compró una serie de grandes mansiones en las zonas de moda de diversas ciudades y pueblos de Alemania. Los costes de mantenimiento, que en su mansión berlinesa de Grunewald incluían una cocinera, dos niñeras, una doncella, un jardinero y un ama de llaves, corrieron a cuenta del Frente del Trabajo hasta 1938, y después de esta fecha la entidad todavía sufragaba todos los gastos de ocio de Ley. Le gustaban los coches caros y regaló unos cuantos a su segunda esposa. Ley poseía también un vagón de tren acondicionado para su uso personal. Coleccionaba pintura y muebles para sus casas. En 1935 compró una hacienda rural cerca de Colonia y la empezó a convertir en una especie de utopía nazi. Demolió los viejos edificios y contrató al arquitecto Clemens Klotz, diseñador de los *Ordensburgen* nazis, para que construyera una nueva casa en un estilo grandilocuente, confiscando tierra para aumentar la superficie de la suya, drenando pantanos, introduciendo nueva maquinaria y estableciendo un programa de formación para los aprendices de peones de labranza. Ley actuaba como un señor neofeudal, sus empleados le esperaban en formación cuando llegaba de Berlín, y se aseguró de que la finca fuera designada oficialmente como hacienda protegida hereditaria.

Instalado cómodamente en residencias tan pretenciosas, rodeado de pinturas y muebles caros, Ley pasaba sus ratos de ocio con mujeres y bebiendo cada vez más, lo que le llevó a protagonizar a menudo escenas embarazosas en público. Las borracheras que protagonizaba con su séquito terminaban frecuentemente en demostraciones de violencia. Una de estas ocasiones, en Heidelberg, terminó con una paliza al ministro-presidente de Baden. En 1937 Ley se presentó visiblemente ebrio a una visita del duque y la duquesa de Windsor y, después de llevarles en su Mercedes a visitar una serie de fábricas, de las que los invitados sólo vieron los accesos cerrados, fue sustituido rápidamente por orden de Hitler por Hermann Göring como anfitrión. Dos años antes, después de una serie de romances, Ley había empezado una relación con la joven soprano Inge Spilker, con quien se casó en 1938 inmediatamente después de divorciarse de su primera esposa. Su apasionamiento por sus encantos físicos le llevó a encargar un cuadro de la mujer, desnuda de cintura para arriba, que mostraba orgullosamente a los dignatarios de visita, mientras en una ocasión se dijo que llegó a desabrocharle la ropa en presencia de invitados para enseñarles lo bello que era su cuerpo. Sujeta a esta presión, e incapaz de lidiar con el alcoholismo galopante de Ley, Inge también empezó a beber, cayó en la drogadicción y se suicidó el 29 de diciembre de 1942, después de la última de las muchas peleas violentas con su marido. Hitler advirtió en más de una ocasión al líder del Frente del Trabajo por su comportamiento, pero Ley hacía caso omiso. Como sucediera en otros casos, el Führer estaba dispuesto a perdonar cualquier cosa a un subordinado mientras éste permaneciera leal.[105]

La corrupción en el seno del Frente del Trabajo no se limitaba a Ley; en efecto, puede decirse que éste dio ejemplo a sus subordinados sobre cómo aprovecharse de la organización en beneficio propio. Las diversas empresas de un tipo u otro dirigidas por el Frente del Trabajo ofrecían múltiples oportunidades de ganar dinero. Las empresas de construcción del Frente del Trabajo, dirigidas por el funcionario Anton Karl, un hombre con un historial de condenas por robo y malversación, pagaron sólo en los años 1936 y 1937 más de 580.000 marcos en sobornos para obtener contratos. Sepp Dietrich, jefe del cuerpo de seguridad de Hitler, tomó nota de todos

los regalos que le hizo Karl, una tabaquera de oro, armas de caza, camisas de seda y unas vacaciones a Italia para su esposa, entre otros. Dietrich encargó a las empresas de Karl la rehabilitación de los barracones de la unidad en Berlín. A cambio de favores e influencia, Karl utilizó el banco del Frente del Trabajo para conceder créditos blandos a dirigentes nazis o para comprarles casas a precios por debajo del mercado. Los ayudantes personales de Hitler, Julius Schaub y Wilhelm Brückner, su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, y cualquier otra persona de quien se creyera que tenía contacto directo con el Führer, eran receptores de frecuentes sobornos del Frente del Trabajo; sólo en 1935, Ley entregó a cada uno de éstos 20.000 marcos como «regalo de Navidad».[106] Observadores socialdemócratas informaron con regocijo de la gran cantidad de casos de corrupción y malversación en que se veían implicados funcionarios del Frente del Trabajo cada año. En 1935, por ejemplo, apuntaron que Alois Wenger, un funcionario del Frente del Trabajo en Constanza, había sido condenado por apropiarse cantidades destinadas a actividades de ocio de los trabajadores y por falsificar recibos para intentar engañar a los auditores. Otro funcionario, un «viejo combatiente» del Partido Nazi, malversó las contribuciones de sus colegas del Frente del Trabajo y obtuvo 2.000 marcos—probablemente bajo amenaza—de su patrón para ocultar el agujero. Se lo gastó todo en bebida. Lo que se hacía con las contribuciones al Frente del Trabajo, informaba otro agente socialdemócrata, se podía ver frente al cuartel general de la organización en Berlín:

> En 1932, delante de la antigua sede de los sindicatos solía haber aparcados dos o tres coches privados. Pertenecían al Banco de los Trabajadores o a los sindicatos. Hoy en día, forman una fila, hay 50 o 60 coches cada día, y a veces más. Los chóferes del Frente del Trabajo disponen de cheques en blanco para gasolina, pueden llenar sus depósitos tanto como quieren y lo hacen a menudo, porque no tienen que rendir cuentas por ello. La corrupción en el Frente del Trabajo es vasta, y la moralidad es, en consecuencia, baja.[107]

Ley estaba lejos de ser el único beneficiado del dinero del Frente del Trabajo; su corrupción evidente y abierta sólo era la punta de un iceberg enorme. Los millones de trabajadores que se veían obligados a mantener al Frente del Trabajo con contribuciones obligatorias procedentes de sus salarios no veían con simpatía estas actividades.

III

El régimen nazi era muy consciente de que el cierre de los sindicatos y la regimentación y subordinación de los trabajadores en un Frente del Trabajo corrupto y autoritario podían causar descontento en las filas de la clase social más numerosa de Alemania, una clase que hasta 1933 había dado un apoyo poderosísimo a los mayores enemigos del nazismo, los comunistas y los socialdemócratas. Así, además de celebrar ruidosamente las victorias de la «batalla por el trabajo» mediante su aparato de propaganda, el régimen intentó disponer medios alternativos para reconciliar la clase trabajadora con el Tercer Reich. El más importante de éstos fue la extraordinaria organización conocida como «Comunidad Nacionalsocialista A la Fuerza a través de la Alegría» [*Kraft durch Freude*, KdF], fundada como entidad subsidiaria del Frente Alemán del Trabajo el 27 de noviembre de 1933. El objetivo de A la Fuerza a través de la Alegría era organizar actividades de ocio para los trabajadores, impedir que las organizaran ellos mismos y asegurarse así de que el tiempo de ocio servía a los intereses de la comunidad racial y reconciliaba los mundos divergentes del trabajo y el tiempo libre, la fábrica y el hogar, la cadena de montaje y el patio de juegos. Los trabajadores obtendrían fuerza para trabajar mediante la alegría experimentada en su tiempo libre. Por encima de todo, A la Fuerza a través de la Alegría acortaría las diferencias de clase al poner a disposición de las masas las actividades de ocio de la clase media. La prosperidad material, afirmó Robert Ley en su discurso inaugural el 27 de noviembre, no haría feliz a la nación alemana; éste era el vulgar error de los «marxistas» de los años de Weimar. El régimen nacionalsocialista utilizaría medios espirituales y culturales para conseguir la integración de los trabajadores en la comunidad nacional. A la Fuerza a través de la Alegría estaba inspirada en la organización fascista italiana Dopolavoro, pero extendía también sus tentáculos a los centros de trabajo. Desarrolló rápidamente una gran variedad de actividades y se convirtió prácticamente de la noche a la mañana en una de las organizaciones más grandes del Tercer Reich. En 1939 disponía de más de 7.000 empleados a sueldo y 135.000 voluntarios

organizados en divisiones que cubrían áreas como los deportes, la educación y el turismo, con delegados en las fábricas y talleres con más de veinte empleados.[108]

«A la Fuerza a través de la Alegría—proclamó Robert Ley en junio de 1938—es la fórmula más rápida a la que se puede reducir el nacionalsocialismo para las grandes masas».[109] Introduciría contenido ideológico a todas las formas de ocio y destinaría grandes recursos a realizar su cometido. En 1937 A la Fuerza a través de la Alegría recibía subvenciones del Frente del Trabajo por la suma de 29 millones de marcos al año y la incorporación del enorme aparato de ocio y cultura del movimiento obrero socialdemócrata le proporcionó todavía más activos, entre los que se contaban albergues de montaña y campos de deporte. Con estos recursos, A la Fuerza a través de la Alegría podía ofrecer actividades de ocio a precios muy bajos al alcance de muchos trabajadores y sus familias. En 1934-1935, más de tres millones de personas participaban en sus cursos de educación física y actividades gimnásticas, y muchos otros se beneficiaron de cursillos muy baratos de tenis, vela y otros deportes que hasta ese momento habían sido exclusivos de la clase media alta. En el campo cultural, la organización adquiría paquetes de entradas de teatro para ofrecer a sus miembros que en el año 1938 representaron más de la mitad de las reservas en Berlín. Ofreció conciertos de música clásica en las fábricas, y organizó para ello diversas orquestas; construyó teatros, organizó grupos ambulantes de teatro y exposiciones de arte. En 1938, asistieron a sus conciertos más de 2,5 millones de personas, más de 13,5 millones vieron sus «representaciones populares», más de 6,5 millones asistieron a veladas de ópera y opereta y casi 7,5 millones, a obras de teatro. Además, 1,5 millones de personas visitaron sus exposiciones y más de 2,5 millones participaron en «espectáculos» organizados en las autopistas del Reich. Uno era automáticamente miembro de la organización por serlo del Frente del Trabajo, por lo que en 1936 tenía 35 millones de miembros. A la Fuerza a través de la Alegría se anunció profusamente tanto dentro del país como en el extranjero, con lo que se ganó muchos partidarios entusiastas en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros lugares entre aquellos que admiraban su energía en la civilización de las masas.[110]

La actividad más llamativa de A la Fuerza a través de la Alegría fue, sin lugar a dudas, la organización de actividades turísticas para los trabajadores. «Para muchas personas—se informó en febrero de 1938—A la Fuerza a través de la Alegría es poco más que una agencia de viajes».[111] En 1934, unas 400.000 personas participaron en viajes organizados ofrecidos por la organización dentro de Alemania; en 1937, el número había crecido a 1,7 millones, cerca de 7 millones participaron en excursiones de fin de semana y 1,6 millones en caminatas organizadas. Aunque las cifras descendieron ligeramente en 1938-1939, no hay duda de que estas operaciones tuvieron mucho éxito. Los pedidos al por mayor hacían posible ofrecer los viajes a precios muy rebajados—un 75 por 100 en el caso de las tarifas de tren, por ejemplo, y un 50 por 100 en el caso de las habitaciones de hotel y de *bed and breakfast*. La operación benefició a las economías de las zonas turísticas: en 1934, por ejemplo, A la Fuerza a través de la Alegría llevó a 175.000 turistas al sur de Baviera, que se gastaron un total de 5,5 millones de marcos en sus vacaciones. Los viajes más atractivos eran los que se realizaban en el extranjero, ya fueran viajes en tren a la favorable Italia fascista o cruceros en Madeira, gobernada por la bien dispuesta dictadura portuguesa de Salazar. Sólo en 1939, estos viajes llevaron a 175.000 personas a Italia, de los que buena parte viajaron en cruceros. En 1939, la organización poseía ocho barcos (dos de los cuales se construyeron especialmente) y alquilaba otros cuatro de forma más o menos permanente para llevar a sus miembros a sitios tan exóticos como Libia (colonia italiana), Finlandia, Bulgaria y Estambul, en lo que constituía una celebración de la solidaridad alemana con aliados potenciales o reales y un anuncio de los límites de un imperio europeo del futuro dominado por Alemania. Ese año estos cruceros albergaron a 140.000 pasajeros. Fueran donde fueran, eran recibidos por las delegaciones consulares alemanas, que organizaban visitas en tierra, mientras los gobiernos amigos preparaban a menudo generosas recepciones en honor de los turistas.[112]

Los cruceros de A la Fuerza a través de la Alegría estaban cuidadosamente planificados para combinar el placer con el adoctrinamiento. Estaban pensados para enseñar la nueva Alemania al resto del mundo o, como mínimo, a los países amigos. Los cruceros tradicionales

estaban divididos en clases según la capacidad adquisitiva de los pasajeros, pero A la Fuerza a través de la Alegría despreciaba estas reliquias del pasado y celebraba la unidad de la comunidad racial alemana construyendo sus nuevos barcos sobre la base de una sola clase y reconvirtiendo los barcos ya existentes a este modelo. Una vez a bordo, se recordaba a los pasajeros que no estaban ahí para pasarlo bien o para pavonearse, como en los cruceros burgueses tradicionales, sino para participar en una empresa cultural seria. Se les exhortaba a vestir modestamente, a no beber en exceso, a renunciar a tener romances a bordo y a obedecer sin condiciones las órdenes de los jefes del viaje. El nuevo barco Robert Ley incluía un gimnasio, un teatro y una piscina para asegurarse de que los pasajeros hicieran ejercicio físico con regularidad y participaran en su oferta cultural. Los folletos de los viajes enfatizaban que los cruceros y los viajes en tierra habían logrado unir a los alemanes de clases diferentes y de orígenes regionales diversos en la empresa común de la construcción de la comunidad orgánica racial del Tercer Reich. Los participantes debían viajar al extranjero para recibir educación sobre el mundo y, así, ser conscientes de la superioridad de los alemanes sobre las otras razas. El principal propósito de los viajes dentro de Alemania era mantener a la nación unida y favorecer la familiaridad del pueblo con las regiones de la patria que todavía no conocía, especialmente si, como en el caso de las áreas rurales más remotas, se podían presentar como centros donde se conservaban las antiguas tradiciones populares alemanas.[113]

Aun así, como sucedía a menudo en la Alemania nazi, la realidad no coincidía del todo con las pretensiones de la propaganda. Las instalaciones ofrecidas a los turistas por A la Fuerza a través de la Alegría eran a menudo pobres, con dormitorios colectivos con poca o ninguna intimidad y alojamientos sin instalaciones sanitarias apropiadas. Los conciertos de música clásica no eran siempre del gusto de los obreros, especialmente si tenían que pagar entrada. Un concierto organizado en Leipzig por la entidad tuvo que ser cancelado porque sólo se habían vendido 130 de las 1.000 entradas disponibles.[114] Algunos teatros, como el Teatro del Oeste de Berlín, ofrecían operetas baratas en exclusiva para A la Fuerza a través de la Alegría, pero los principales teatros seguían siendo frecuentados

mayoritariamente por las clases medias. Incluso en las ocasiones en que A la Fuerza a través de la Alegría adquiría paquetes de entradas para ofrecer con descuento a sus miembros, se las acababan quedando aficionados de clase media.[115] La visión de una sociedad sin clases se desvanecía rápidamente en cuanto los grupos de A la Fuerza a través de la Alegría irrumpían ruidosamente en tranquilos refugios rurales. Lejos de fortalecer los sentimientos de solidaridad nacional, los viajes organizados dentro de Alemania suscitaron serias objeciones de las industrias turísticas locales, fondas y balnearios cuyos precios se veían muy rebajados por los paquetes de reservas de la nueva organización. Los turistas adinerados y los veraneantes privados, horrorizados porque sus lugares favoritos de vacaciones se veían invadidos por hordas de inferior extracción social que a menudo se comportaban como gamberros y provocaban las quejas de los posaderos y hoteleros, cambiaron rápidamente de costumbres.[116]

Sin dejarse intimidar, la organización se dispuso a construir su propio centro de vacaciones en la isla báltica de Rügen, Prora. La construcción empezó bajo supervisión de Albert Speer el 3 de mayo de 1936 y estaba previsto que terminara en 1940. El centro de vacaciones ocupaba 8 kilómetros de la costa báltica, con bloques residenciales de 6 pisos, salpicados de comedores y centrados en un enorme salón comunitario diseñado para albergar a los 20.000 veraneantes del centro en manifestaciones colectivas de entusiasmo hacia el régimen y sus políticas. Fue diseñado para albergar a familias y compensar la falta de instalaciones para éstas en otras ofertas de A la Fuerza a través de la Alegría, y se previó que fuera lo suficientemente barata para que el trabajador ordinario se pudiera permitir la estancia, a un precio de menos de 20 marcos a la semana. El centro fue dotado de las instalaciones más modernas, con habitaciones con calefacción central y agua corriente fría y caliente, una piscina climatizada, un cine, boleras, un embarcadero para cruceros, una gran estación de tren, etc. Diseñado por Clemens Klotz, el arquitecto del *Ordensburg* de Vogelsang, se distinguía por su estilo moderno pseudoclásico nazi y monumental. Como siempre dentro de la organización A la Fuerza a través de la Alegría, ponía el énfasis en el gigantismo, en lo colectivo, en la desaparición del individuo en la masa. A diferencia de los

campos de vacaciones británicos contemporáneos creados por el emprendedor Billy Butlin, que ofrecía a los veraneantes chalés individuales, librándoles así de la supervisión y la intrusión de figuras temidas como las patronas de Blackpool, los enormes edificios residenciales de seis pisos de Prora distribuían sus pequeñas habitaciones en pasillos larguísimos e impersonales, se organizaban de modo muy estricto las visitas al exterior y se regulaba incluso el espacio que cada familia podía ocupar en la playa. Aunque en su momento de máximo ritmo empleaba a tantos trabajadores de la construcción como las autopistas, el centro de vacaciones nunca llegó a inaugurarse: el estallido de la guerra supuso el cese inmediato de las obras, aunque más adelante se terminaron rápidamente algunos edificios para albergar a los evacuados de las ciudades bombardeadas. Saqueado por gente de los alrededores y por las fuerzas de ocupación rusas después de la guerra, la República Democrática Alemana lo utilizó como centro de formación. Hoy está en ruinas.[117]

IV

A la Fuerza a través de la Alegría no llegó a resolver las dificultades que el centro de vacaciones de Prora debía solucionar. Pero se produjeron fracasos peores. La gente que viajaba con A la Fuerza a través de la Alegría se resistía obstinadamente a hacerlo en el espíritu pretendido por el régimen. Preocupada por la influencia que podían ejercer los ex socialdemócratas que participaban en los viajes y por los posibles contactos secretos entre trabajadores de la industria armamentística y agentes extranjeros, la organización dispuso que la Gestapo y el Servicio de Seguridad de las SS enviaran agentes camuflados de turistas para espiar a los participantes. El cuadro descrito por sus informes desde el mismo momento en que empezaron a actuar en marzo de 1936 era perturbador. Lejos de superar la división social en interés de la comunidad racial, los viajes de A la Fuerza a través de la Alegría sacaban a la luz diferencias sociales que de otro modo hubieran permanecido en estado latente. Los beneficios que obtenían de estos viajes eran tan bajos que los hoteleros y los restauradores servían con frecuencia comidas y bebidas de inferior calidad a los participantes, que se

tomaban a mal que los turistas privados que comían a la mesa del lado disfrutaran de mejores platos. Las entradas para el teatro que se vendían a la organización solían corresponder a las peores localidades de las salas, lo que se añadía a los resentimientos de clase que albergaban los que se veían obligados a mirar desde el gallinero a los burgueses vestidos con pieles de la platea. En los cruceros, en que la reestructuración interna de los barcos no podía abolir del todo las diferencias entre los camarotes de las cubiertas superiores y los de los niveles inferiores o por debajo del nivel del agua, los funcionarios del partido, del Estado y otros se quedaban con las mejores cabinas. Este tipo de gente solía acaparar también las plazas de los mejores cruceros, hasta tal punto que el crucero a Madeira era conocido popularmente como el «viaje de los peces gordos» [*Bonzenfahrt*]. El registro de listas de pasajeros de los cruceros organizados por A la Fuerza a través de la Alegría revela que los empleados asalariados formaban el grupo más nutrido, igual que en el turismo ordinario. Sólo un 10 por 100 de los 1.000 pasajeros en un crucero a Noruega en 1935 decían pertenecer a la clase obrera; el resto eran funcionarios del partido, que acabaron con las existencias de bebida mucho antes de que el barco regresara a puerto. «Estos tipos se hinchan a beber y a comer como cerdos», se quejó un miembro de la tripulación. Entre los trabajadores predominaban jóvenes solteros de ambos sexos o, en otras palabras, asalariados con dinero en el bolsillo más que hombres de familia y madres. La mayoría de los trabajadores del viaje eran cualificados y estaban relativamente bien pagados. Los menos acomodados solían recibir importantes subsidios de los patronos. El coste de los viajes todavía estaba lejos de las posibilidades de la mayoría de asalariados, quienes sólo podían aumentar sus ingresos alargando la jornada, es decir, reduciendo sus oportunidades de marchar de vacaciones. En muchos casos no se podían permitir los gastos extra que acarreaba necesariamente un viaje, así como indumentaria de vacaciones.[118]

Mientras los funcionarios del partido y otros pasajeros gastaban dinero a espuertas en regalos, recuerdos y comidas caras y en distracciones durante los cruceros y otros viajes, los obreros no podían permitirse ni el más mínimo extra con respecto al paquete básico ofrecido por la organización. Los participantes de clase trabajadora presentaban numerosas quejas por el

comportamiento ostentoso de sus compañeros de viaje burgueses y porque en la mayoría de viajes existía escasa mezcla social. Los antagonismos de clase iban paralelos a las rivalidades regionales; en un crucero por Italia, la discordia a bordo entre renanos y silesios alcanzó tal grado que ambos grupos rechazaron permanecer en la misma estancia que el otro. En otro viaje por Italia en el mismo barco, un grupo de westfalianos insultó a los pasajeros silesios llamándoles «polacos» y sólo se pudo evitar que la riña terminara en un alboroto gracias a la intervención de la tripulación.[119] Además, a menudo el comportamiento de muchos participantes en los viajes no estaba de acuerdo con el previsto por los organizadores. Como todos los turistas, lo que la mayoría deseaba era soltarse la melena. En lugar de reprimirse y dedicarse a la comunidad racial, resultaban ser individualistas en busca de placer. Los agentes de la Gestapo informaron sobre frecuentes borracheras y comportamientos bulliciosos. En algunos barcos, los botes salvavidas eran ocupados cada noche por parejas. Las mujeres jóvenes, cuya presencia en los cruceros era muy numerosa, tenían un comportamiento especialmente vergonzoso, se lamentó la Gestapo. Un agente afirmó que sólo se apuntaban a los cruceros con «fines eróticos». Los flirteos, coqueteos y romances con hombres a bordo o, todavía peor, con morenos jóvenes italianos, griegos o árabes en los puertos, suscitaban frecuentes críticas de los espías de la Gestapo. En general, los pasajeros mostraban una penosa falta de interés en las conferencias y reuniones políticas. Los peores eran los funcionarios del partido, cuyas borracheras y comportamiento bullicioso se hicieron famosos. En un viaje organizado para jefes regionales del partido, por ejemplo, la Gestapo descubrió a dos conocidas prostitutas entre la lista de pasajeros. Bastante previsiblemente, el peor de todos era el mismo Robert Ley, quien participaba con frecuencia en cruceros de A la Fuerza a través de la Alegría, donde pasaba la mayoría del tiempo tan borracho que el capitán del barco en cuestión tenía que asignarle dos marineros para que cuando quisiera subir a cubierta no cayera por la borda. Los guardias de A la Fuerza a través de la Alegría lo tenían todo arreglado para que siempre le acompañara un grupo de jóvenes rubias y de

ojos azules para que le hicieran «compañía» durante los viajes.[120] No es de extrañar que uno de los nombres populares de A la Fuerza a través de la Alegría fuera «el burdel de los peces gordos» [*Bonzenbordell*].[121]

Y sin embargo, por mucho que no llegara a cumplir sus objetivos ideológicos, A la Fuerza a través de la Alegría fue una de las innovaciones culturales más populares del régimen. Al proporcionar vacaciones y otras actividades que de otro modo hubieran permanecido fuera del alcance de muchos de los participantes, la organización era en general muy apreciada por los trabajadores.[122] Para muchos de los participantes, la oferta de A la Fuerza a través de la Alegría era algo nuevo. En 1934, por ejemplo, una encuesta realizada entre 42.000 trabajadores de la fábrica de Siemens en Berlín reveló que 28.500 de ellos no habían salido nunca de vacaciones fuera de Berlín y sus alrededores; éstos no dejaron pasar la oportunidad que les ofrecía A la Fuerza a través de la Alegría. «¡Es tan barato que vale la pena levantar el brazo de vez en cuando!», dijo un obrero a un agente socialdemócrata en 1934.[123] «Los nazis han creado algo realmente bueno» era una reacción común, se decía en otro informe.[124] Otro agente informó lo siguiente desde Berlín en febrero de 1938:

> A la Fuerza a través de la Alegría es muy popular. Sus programas responden al anhelo de los más humildes por salir de vez en cuando y participar de los placeres de los «grandes». Es un espejismo inteligente construido sobre la actitud de la pequeña burguesía hacia el obrero apolítico. Para estos hombres, participar en un crucero por Escandinavia o viajar a la Selva Negra o al Harz ya es algo. Creen que así suben un peldaño en la escala social.[125]

La participación en las ofertas de A la Fuerza a través de la Alegría era tan común que un chiste popular mantenía que el pueblo estaba perdiendo su fuerza por culpa del exceso de alegría.[126] Algunos comentaristas socialdemócratas descorazonados concluían, por lo tanto, que el programa estaba desempeñando una función importante en la reconciliación del pueblo, especialmente de los antiguos elementos opositores, con el régimen. «Los obreros—escribió uno de éstos en 1939—creen firmemente que A la Fuerza a través de la Alegría les está cegando, pero de todas formas participan en sus actividades, y así es como consigue, al fin y al cabo, sus objetivos propagandísticos».[127]

En efecto, los efectos simbólicos de A la Fuerza a través de la Alegría llegaron más allá de sus programas de actividades. Después del fin del Tercer Reich, los obreros destacaban la importancia de sus viajes y cruceros en los años de paz.[128] Incluso aquellos que—o, como afirmaban amargamente algunos antiguos socialdemócratas, especialmente aquellos que—nunca habían participado en sus viajes o cruceros organizados admiraban la empresa y su iniciativa y su empeño por poner placeres hasta entonces inalcanzables al alcance del bolsillo del hombre ordinario.[129] En fecha tan temprana como diciembre de 1935, un observador socialdemócrata resumió así sus objetivos y efectos:

> Atomización y pérdida de individualidad, terapia ocupacional y vigilancia para el pueblo. No tiene que haber lugar para el ocio, el ejercicio físico y las actividades culturales individuales, no tiene que haber espacio para reuniones informales voluntarias o para las iniciativas independientes que provengan de éstas. Y hay que «ofrecer» algo a las masas. [...] A la Fuerza a través de la Alegría distrae a la gente, contribuye a nublarles el entendimiento y tiene un efecto propagandístico favorable al régimen.[130]

Puede ser que la gente que participaba en las actividades de A la Fuerza a través de la Alegría se tomara su contenido ideológico con cierto escepticismo, pero, al mismo tiempo, estas actividades les alejaban de las tradiciones edificantes e instructivas de la cultura de masas socialdemócrata y comunista. Sin duda, ésta es una de las razones por las que los observadores socialdemócratas se las miraban por encima del hombro («A la Fuerza a través de la Alegría no tiene fundamento cultural. Sus actividades están al mismo nivel de las fiestas de la cerveza de pueblo que se celebran en tabernas campesinas», afirmaba uno de éstos con desprecio en 1935).[131] Sin embargo, al fomentar actividades de ocio mercantilizadas acabaron de dar la puntilla a las tradiciones culturales del movimiento obrero. Los vastos aparatos culturales de los socialdemócratas y los comunistas, forjados desde el siglo XIX, habían puesto el acento en la educación y estaban ligados a los diversos valores nucleares del movimiento obrero. Los nazis no sólo los destruyeron, sino que los reorientaron hacia una dirección más populista, ajustándose a la emergencia de la cultura popular apolítica durante la República de Weimar. En parte a

consecuencia de este proceso, el renacimiento de la cultura de la clase trabajadora después de 1945 tuvo una forma mucho menos ideológica que antes.[132]

Sin embargo, estos efectos tienen que ser analizados en su justa medida. La mayoría de las personas que asistían a obras de teatro y conciertos siguieron haciéndolo en tanto que ciudadanos privados. A la Fuerza a través de la Alegría era muy atractiva, pero nunca llegó a representar más del 11 por 100 de las pernoctaciones anuales en los hoteles alemanes.[133] En 1938, la facturación anual de la mayor agencia de viajes privada, la Agencia de Viajes de la Europa Central, fue de 250 millones de marcos, y la del departamento de turismo de A la Fuerza a través de la Alegría, de 90 millones.[134] Además, mientras el tamaño de A la Fuerza a través de la Alegría se vio reducido con el estallido de la guerra, sus cruceros convertidos en barcos de transporte de tropas, sus albergues en hospitales y sus centros de vacaciones en hogares de convalecencia, el turismo comercial siguió prosperando a pesar de que las autoridades no lo aprobaban. Sin embargo, desde el comienzo, el régimen intentó amoldarlo a sus propios objetivos, animó a la gente a viajar dentro de Alemania y no al extranjero (por razones económicas y patrióticas), e intentó que la gente viajara a los países donde su presencia como embajadores de Alemania fuera más útil. Emergieron nuevas atracciones turísticas, desde las estructuras gigantescas de la Cancillería del Reich hasta los lugares de memoria y recuerdo de los mártires nazis; las guías de viaje fueron reescritas para adaptarse a los dictados ideológicos del régimen, dieron mayor énfasis a la continuidad con el pasado remoto germánico y mencionaban siempre que fuera posible la asociación de Hitler y otros líderes nazis con los lugares turísticos. La cúpula del Tercer Reich era consciente de las tensiones entre la creciente industria turística y el turismo organizado por A la Fuerza a través de la Alegría, pero lejos de aplastar la primera en interés de la segunda, el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, y el jefe de la industria turística, Gottfried Feder, sabían que el pueblo necesitaba válvulas de escape para desconectar del estrés y la tensión del trabajo diario, aunque éstas se enmarcaran en un entorno no

político. En la Alemania nazi estaba emergiendo una sociedad de consumo y, a pesar de que la prioridad de su política económica fuera el rearme, el régimen no pudo ni quiso detenerla.[135]

La afirmación del consumidor fue tal vez una de las razones por las que fracasó el departamento de A la Fuerza a través del Trabajo denominado «Belleza del Trabajo» [*Schönheit der Arbeit*]. Su primera intención era compensar los salarios bajos y las largas jornadas de trabajo, pero en este caso iba a ser implementada mediante mejoras en el centro de trabajo y no mediante la provisión de actividades de ocio. La oficina Belleza del Trabajo hizo campaña para que se instalaran instalaciones sanitarias y baños, vestuarios y armarios, duchas y, en general, una mejor higiene y limpieza en las fábricas, con más ventilación, menos ruido, ropas de trabajo adecuadas, aseo y orden. Unos trabajadores saludables en un centro de trabajo limpio trabajarían mejor y serían más felices y, para ello, Belleza del Trabajo organizó conciertos y eventos parecidos en las plantas, fomentó la construcción de instalaciones deportivas y de descanso en los centros de trabajo y presionó a los patronos para que ofrecieran cantinas decentes y limpiaran las plantas de escombros y basura. En 1938, aseguraba que cerca de 34.000 empresas habían mejorado su actitud en algunos de estos aspectos y habían repintado y decorado sus plantas, construido áreas de descanso y mejorado la higiene. Se ofrecían incentivos en los impuestos para animar a los patronos, y Belleza del Trabajo organizó también concursos y premios para la empresa con mayores mejoras, entregando a los ganadores certificados firmados por Hitler, en que se afirmaba que eran «empresas modélicas». Los beneficios en términos de mejora en la productividad eran obvios, tanto para los patronos como para el régimen. Pero estas mejoras se conseguían a expensas de los mismos trabajadores, ya que muchas empresas esperaban que fueran sus empleados quienes pintaran, limpiaran y construyeran fuera del horario laboral sin paga extra, redujeran sus salarios para cubrir los gastos y amenazaban a los que no lo hicieran «voluntariamente» con el despido o, incluso, con el campo de concentración.[136]

A los obreros no les engañaban con la retórica del proyecto, mucho menos a los que habían sido influenciados por las ideas comunistas o socialdemócratas antes de 1933, como era el caso de millones de ellos. Si, a pesar de todo, A la Fuerza a través de la Alegría disfrutaba de popularidad no era por su objetivo evidente de motivar a la gente a trabajar más duramente, sino porque les daba medios para el tedio y la represión de la vida cotidiana en las plantas de trabajo. La gente aprovechaba sus ofertas de distracción y diversión porque la gran masa no tenía otra cosa al alcance. Muchos calculaban que si de todas formas pagaban a la organización a través de las contribuciones obligatorias del Frente del Trabajo, valía la pena aprovechar el dinero. Con el tiempo, llegó a vencer las reticencias de los antiguos socialdemócratas, que no querían ser vistos aprovechando ofertas del tan odiado Frente del Trabajo.[137] Las actividades de A la Fuerza a través de la Alegría, se decía en un informe socialdemócrata de 1935, «ofrecen sin lugar a dudas oportunidades baratas de relajarse. Los viejos amigos pueden encontrarse a través de éstas en entornos muy relajados y, alrededor de un vaso de cerveza, hablar de cosas completamente opuestas de lo que querrían los organizadores».[138] No sólo los viejos socialdemócratas reconocían la función compensatoria de estas actividades. En un memorando del Ministerio de Trabajo de 1936 se decía con sobriedad: «Los viajes de turismo, las obras de teatro y conciertos no despejarán la pobreza de los barrios bajos ni hartarán a los hambrientos». «Los cruceros de relax en un barco de lujo—concluyó un funcionario del Frente del Trabajo en 1940—no relajan a nadie, ya que el turista tiene que regresar al final a la opresión material de su existencia diaria».[139]

PROMESAS SOCIALES Y REALIDAD

I

En general, se opinaba que A la Fuerza a través de la Alegría y sus programas asociados eran un sustituto de las mejoras económicas auténticas y, de hecho, esta opinión tenía una base real. Las investigaciones estadísticas coinciden en que entre 1933 y 1939 la situación económica de la masa de asalariados de clase trabajadora no mejoró sustancialmente. El valor nominal de los salarios por hora en 1933 representaba un 97 por 100 del de 1932. En 1939, los salarios sólo habían subido un punto porcentual y, por tanto, no habían recuperado el nivel anterior.[140] El Instituto Alemán de Investigación Empresarial reconoció el 24 de febrero de 1937 que el rearme había supuesto «un gran sacrificio para el pueblo alemán», aunque intentó desmentir que el nivel de vida hubiera descendido.[141] Calcular los salarios reales siempre ha sido un asunto complicado, más en el Tercer Reich que en la mayoría de economías. El comisionado de precios, Goerdeler, se tomó muy en serio la tarea de mantener los precios bajos; pero el Ministerio de Economía admitió en 1935 que las estadísticas oficiales subestimaban las subidas de precios, sin mencionar los alquileres y otros factores. Estimaciones recientes han situado el salario medio en la industria por debajo de los niveles de 1928 (que se reconoce que fue un buen año) hasta 1937, creciendo un 108 por 100 en 1939. En la práctica, esto significa que muchos trabajadores de las industrias de bienes de consumo seguían ganando menos de lo que ganaban antes de la Depresión; sólo los que trabajaban en industrias relacionadas con la guerra cobraban sustancialmente más.[142] Además, en esta ecuación también intervienen las escaseces de todo tipo, parejas a la calidad cada vez más deficiente de muchos productos a consecuencia del uso cada vez más frecuente de sustitutos de materias primas básicas como la piel, el caucho y el algodón.

A mediados de los años treinta, bajó el consumo per cápita de muchos alimentos básicos. Además, los incrementos salariales sólo se conseguían con jornadas más largas. En julio de 1934, los fiduciarios de trabajo obtuvieron el derecho a incrementar las jornadas más allá de las ocho horas diarias legales y, especialmente en las industrias relacionadas con el armamento, lo utilizaron. En el sector de la producción de maquinaria, por ejemplo, en la primera mitad de 1939 se incrementaron las jornadas semanales hasta las 50 horas, después de que durante la Depresión se hubiera producido un retroceso de 49 horas en 1929 a 43 en 1933.[143] Sin embargo, entre 1932 y 1938, los salarios disminuyeron un 11 por 100 en relación a la renta nacional. Entre 1928, cuando el 10 por 100 de los asalariados mejor pagados representaba el 37 por 100 de la renta nacional total, y 1936, cuando éstos representaban el 39 por 100, las desigualdades crecieron.[144] Las numerosas deducciones sobre las nóminas, ya fuera para A la Fuerza a través de la Alegría, el Frente del Trabajo u otras organizaciones similares, sin mencionar el sinfín de colectas que se realizaban en las calles, reducían todavía más los ingresos reales, en algunos casos hasta un 30 por 100. Bajo estas circunstancias, no es extraño que en 1937-1938 los trabajadores tuvieran que hacer horas extras para mantener un nivel de vida muy modesto.[145]

Las horas extraordinarias, pagadas en general con un 25 por 100 más, eran el único modo realista de aumentar el salario para la mayoría de trabajadores, ya que la desaparición de los sindicatos les había privado cualquier intervención en los procesos de negociación de salarios. Hacer horas extraordinarias o no era un asunto individual. El resultado fue una rápida atomización de la fuerza de trabajo, ya que los trabajadores se tenían que enfrentar a sus compañeros en la lucha para incrementar el salario y mejorar la productividad. El incremento de la producción no se debió a la racionalización, sino al trabajo extra: el gran periodo de racionalización y mecanización se había desarrollado a mediados de los años veinte; esta tendencia continuó en muchas industrias bajo el Tercer Reich, pero a menor velocidad.[146] Las horas extraordinarias, que eran mal vistas por el régimen y sus agencias en las industrias de bienes de consumo, eran fomentadas en la producción de guerra. Ésta fue una de las razones por las que la velocidad

vertiginosa del rearme provocó no sólo una escasez grave de suministro de materias primas, sino de obreros expertos y cualificados. En los primeros meses del Tercer Reich, el gobierno se concentró en intentar orientar mano de obra hacia la agricultura, donde la escasez era notoria, especialmente a través del voluntariado laboral y los campos de trabajo de todo tipo. Dos leyes aprobadas el 15 de mayo de 1934 y el 26 de febrero de 1935 obligaban a todos los trabajadores a presentar expedientes con datos sobre su formación, cualificaciones y trayectoria laboral; éstos se archivaban en las oficinas de empleo, donde podían ser consultados cuando el gobierno buscaba trabajadores para asignarles nuevos trabajos. Si un trabajador quería salir al extranjero de vacaciones, tenía que pedir permiso a la oficina de empleo. Los patronos podían hacer constar comentarios críticos en los expedientes, lo que dificultaba que los empleados obtuvieran otros trabajos en el futuro. Y al aumentar la velocidad del rearme, el gobierno empezó a utilizar los expedientes para orientar la mano de obra hacia las industrias relacionadas con el armamento. El 22 de junio de 1938, Göring promulgó un decreto sobre el Deber de Servir que permitía al presidente del Instituto de Empleo y Prestaciones de Desempleo del Reich asignar temporalmente a los trabajadores a proyectos concretos en que se necesitaba mano de obra. En febrero de 1939, se extendieron estos poderes para hacer indefinida la duración de un trabajo obligatorio. Al cabo de poco, más de un millón de trabajadores habían sido destinados a fábricas de munición, trabajos de defensa como el Muro Occidental, conocida como Línea Siegfried, un vasto sistema de fortificaciones que defendían la frontera occidental alemana, y otros proyectos considerados vitales para la guerra que estaba por venir. De éstos, sólo 300.000 fueron reclutados a largo plazo, pero un millón de personas seguía siendo un grueso muy importante con relación a una fuerza de trabajo que, en esa época, era de 23 millones de personas.[147]

Estas medidas no sólo privaban a los trabajadores del poder de cambiar de trabajo, ascender a un puesto mejor pagado o cambiar de sector. En muchos casos les colocaron en situaciones difíciles de soportar. En febrero de 1939, por ejemplo, observadores socialdemócratas informaron de que entre los trabajadores arrancados a la fuerza de sus trabajos en Sajonia para trabajar en las fortificaciones próximas a Trier, en la otra punta de

Alemania, había un contable de 59 años que jamás había empuñado un pico y una pala y otros tipos tan poco adecuados como él. A menudo se utilizaban trabajos forzados como forma de castigo: «Cuando la escasez de mano de obra impide un arresto, los que dejan caer una palabra imprudente son enviados a trabajar». A los trabajadores del sector textil se les obligó a pasar exámenes médicos para ver si eran útiles para realizar trabajo manual en las fortificaciones. Se produjeron casos de personas que rechazaron pasar los exámenes y fueron detenidas y transportadas por las autoridades penitenciarias a su nuevo lugar de trabajo, donde les adjudicaron las tareas más agotadoras. En un viaje en tren a Berlín, un observador se sorprendió cuando:

> Un grupo de 80 personas irrumpió en el tren en Duisburg dando voces, vestidos todos de forma precaria, en algunos casos con sus monos de trabajo, y un equipaje compuesto por el tipo de maleta más pobre del Tercer Reich, las cajas de cartón Persil. En seguida se hizo evidente que se trataba de obreros del textil desempleados del área cercana a Krefeld y Rheydt, que iban a ser reasentados en Brandenburgo, los hombres para trabajar en la construcción de autopistas y las mujeres en una nueva fábrica. Entraron de uno en uno en nuestro compartimiento para recibir los dos marcos que les tocaban por el viaje de manos del responsable del traslado. Al cabo de poco algunos estaban borrachos; se habían gastado el dinero bebiendo cerveza en el coche restaurante.[148]

Este tipo de grupos, dijeron al informante, cambiaban cada semana de sitio de trabajo y eran trasladados en tren. Los hombres casados podían visitar a sus familias cuatro veces al año.

Tampoco así se solucionó el problema, que todavía empeoró más por el insaciable apetito de reclutas de las Fuerzas Armadas. En abril de 1939, la oficina de empleo de Hannover informó de que había un déficit de 100.000 trabajadores en todo tipo de destinos, cerca de la mitad en la construcción. La construcción del Muro Occidental había dejado a la industria prácticamente sin empleados. En agosto de 1939, se decía que había 25.000 vacantes en la industria del metal de Berlín. Al cabo de poco, la administración del Ejército del Aire se quejaba de que se necesitaban 2.600 ingenieros en la industria de construcción de aviones. Los administradores de trabajo del gobierno estaban tan desesperados que llegaron a sugerir la liberación de 8.000 prisioneros del Estado, obreros del metal cualificados. La sugerencia no fue aceptada, probablemente porque la

mayoría de estos hombres estaba en prisión por delitos políticos. La situación puso en manos de los obreros un nuevo poder negociador en las industrias clave. El 6 de octubre de 1936, los ministerios de Economía y Trabajo enviaron una carta directamente a Hitler en que se subrayaba que la escasez de mano de obra estaba provocando retrasos en el cumplimiento de contratos y en el programa de rearme. Los patronos empezaron a tomar cartas en el asunto, tentando a los trabajadores de la competencia con salarios más altos e incrementando así el precio de los bienes que producían. En algunas fábricas, los empleados trabajaban hasta 14 horas diarias; en otras, hasta 60 horas semanales.[149] A finales de los años treinta, los trabajadores de Daimler-Benz trabajaban una media de 54 horas semanales por 48 horas en los años anteriores a la Depresión.[150] Inquieto por la paz laboral, el Frente del Trabajo flexibilizó en cierto número de casos su postura acerca de los incrementos salariales, en contra de lo deseado por el gobierno, lo que provocó una reacción redactada en términos muy duros el 1 de octubre de 1937 por Rudolf Hess, en nombre del Führer, en la que se exhortaba a las instituciones del partido a no buscar la popularidad a cambio de ceder a las demandas salariales. Las cosas acabarían mejorando, les prometía; pero por el momento todavía era necesario hacer sacrificios.[151]

El 25 de junio de 1938, Göring permitió a los fiduciarios de trabajo fijar máximos salariales en un esfuerzo por mantener los costes bajo control. La lógica económica de los efectos del rearme sobre el mercado laboral estaba en su contra. Para entonces, los empleados de las fábricas utilizaban cualquier interrupción del trabajo—en la práctica, huelgas informales—para intentar mejorar sus salarios; la presión por trabajar jornadas más largas estaba provocando que los trabajadores fueran más lentos o se pusieran enfermos a un nivel que algunos funcionarios empezaron a hablar de «resistencia pasiva» en las plantas. Los obreros adscritos a proyectos como el Muro Occidental se enfrentaban a la detención y la cárcel si dejaban el puesto sin permiso; a principios de 1939, por ejemplo, se informó de que uno de estos trabajadores, Heinrich Bonsack, había sido condenado a tres meses de prisión por abandonar el Muro Occidental sin permiso en dos ocasiones para visitar a su familia en

Wanne-Eickel. Que los obreros escaparan del Muro Occidental no resulta extraño: se construía día y noche en turnos de doce horas, las condiciones de vida eran primitivas, la paga era escasa, las medidas de seguridad inexistentes, los accidentes frecuentes y, si se producían retrasos respecto al calendario previsto, los obreros se veían obligados a doblar o triplicar los turnos, con descansos sólo cada doce horas. Otro trabajador, un tornero, vio cómo su patrón le denegaba el permiso para dejar su trabajo en Colonia y aceptar otro mejor pagado en otro lugar, y cuando pidió la baja por enfermedad el médico de la empresa le obligó a regresar a su lugar de trabajo. Cuando al cabo de poco encontraron que su banco tenía desperfectos, fue detenido y condenado a seis meses de prisión por sabotaje, un delito que las autoridades esgrimían cada vez más. La obligación de aceptar trabajos lejos del hogar provocó tantos incidentes que Hitler ordenó en noviembre de 1939 que siempre que fuera posible los trabajadores fueran destinados a proyectos o fábricas circunscritos en el distrito donde éstos residían, una medida que al parecer tuvo poco eco.[152]

Como era habitual, el régimen intentó hacer cumplir sus medidas mediante el terror. La medida favorita de los patronos era amenazar a los supuestos alborotadores con el despido y el traslado inmediato al Muro Occidental. Pero tuvo poco impacto. Al borde del colapso, algunos patronos empezaron a llamar a la Gestapo para que destinara a agentes a las plantas para espiar casos de gandulería y holgazanería. Desde la segunda mitad de 1938, las normativas de trabajo incluían multas cada vez más severas por violaciones como no trabajar como había sido ordenado y fumar y beber durante la jornada, pero éstas eran bastante poco efectivas, y los tribunales empezaban a estar atascados con casos que no acababan de resolverse nunca. En agosto de 1939 la administración del Frente del Trabajo en la fábrica de I. G. Farben de Wolfen escribió a todos los trabajadores advirtiéndoles de que, en el futuro, los gandules serían entregados a la Gestapo sin juicio previo. En abril del mismo año, cuatro empresas de Nuremberg habían llamado a la Gestapo para que se llevara a los empleados menos productivos. En la fábrica de ferrocarriles de Dresde la Gestapo llegó a llevar a cabo dos redadas semanales entre la mano de obra sin ofrecer explicaciones. Las fábricas de producción de munición y de

productos relacionados con la guerra sentían a menudo la convulsión de los miedos de la dirección al espionaje o el sabotaje. Los antiguos comunistas y socialdemócratas eran especialmente vulnerables a ser detenidos, aunque hiciera tiempo que no tuvieran actividad política. En otoño de 1938, las fábricas de aviones de Heinkel en Rostock y Warnemünde, donde los trabajadores contaban con relativos privilegios y estaban bien pagados, la policía detenía a empleados prácticamente cada día, en virtud de las denuncias presentadas por los espías que ésta mantenía entre la mano de obra. En muchas fábricas se detenía a los trabajadores por sabotaje cuando protestaban por la disminución de los salarios o el empeoramiento de las condiciones de trabajo. En algunas fábricas, la Gestapo llegó a ser tan intrusiva que incluso los patronos empezaron a quejarse. La Gestapo detuvo en una ocasión a 174 empleados de la fábrica de municiones de Gleiwitz, que fueron puestos en libertad al cabo de 24 horas, después de que los patronos explicaran a la Gestapo que había que tolerar una pizca de críticas al régimen por parte de los trabajadores, si no, la producción se podría ver perjudicada, y eso no era bueno para los intereses nacionales.[153]

La supresión y la fragmentación de la vida política y asociativa hizo que la gente se concentrara en los placeres y los proyectos individuales: tener un trabajo estable, casarse, tener hijos, mejorar las condiciones de vida, ir de vacaciones. Ésta es la razón por la que tantos alemanes recordaban con afecto A la Fuerza a través de la Alegría después de la guerra. Cuando la gente habla de este periodo, no sólo suele encontrar difícil acordarse de los acontecimientos públicos, sino que también suele hacer recuento de sus recuerdos en orden cronológico. Los años entre 1933 y 1939, o incluso 1941, se convierten en retrospectiva en una especie de borrón en que las rutinas de la vida privada hacen que se distinga un día del otro. Los logros económicos se convierten en el único significado real en la vida de muchos: la política era una molestia irrelevante, una vida en que no era posible participar de forma autónoma o independiente y, por lo tanto, en la que no valía la pena participar en absoluto, excepto cuando uno se veía obligado a ello. Desde este punto de vista, 1939 era visto con una especie de brillo nostálgico, el último año de una paz y una prosperidad relativas antes de desplomarse en un vórtice de guerra y destrucción, indigencia y

ruina que se alargó hasta 1948. En efecto, los fundamentos de la sociedad alemana trabajadora y relativamente apolítica del «milagro económico» de los años cincuenta se encuentran en la segunda mitad de los treinta. A finales de los años treinta, la gran masa de trabajadores alemanes se había reconciliado, con diversos grados de reticencia, con el Tercer Reich. Puede ser que sus dogmas ideológicos no les persuadieran, que se sintieran irritados por las peticiones constantes de aclamación y apoyo al régimen y por su fracaso a la hora de proporcionar un mayor grado de prosperidad. Puede ser que refunfuñaran por aspectos muy diversos de la vida y que despreciaran en privado a muchos de sus dirigentes e instituciones. Pero, como mínimo, así lo reflejaba la mayoría de la gente, el régimen les había proporcionado trabajo estable y había vencido, no importaba por qué medios, las dificultades económicas y las catástrofes de los años de Weimar y, sólo por este motivo, la gran mayoría de trabajadores alemanes creía que valía la pena tolerarlo, especialmente dado que la posibilidad de una resistencia organizada era mínima y el precio de la expresión del descontento muy alto. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, muchos trabajadores de las fábricas y centros de trabajo alemanes eran refractarios al régimen a nivel individual e informal, pero esto no podía ser calificado de oposición, aún menos resistencia, ni creó una sensación de crisis real en la elite dirigente del Tercer Reich.[154]

II

¿Cómo se enfrentó el Tercer Reich a los millones de desempleados e indigentes que sufrieron la Depresión y seguían padeciendo cuando los nazis alcanzaron el poder? La ideología nazi no favoreció en principio el concepto de asistencia social. En los pasajes de *Mi lucha* dedicados al tiempo en que vivió entre los pobres y los indigentes de Viena antes de la Primera Guerra Mundial, Hitler se había mostrado indignado por la manera en que la asistencia social fomentaba la perpetuación de la existencia de degenerados y débiles. Desde el punto de vista del darwinismo social, la caridad y la filantropía eran males que debían ser erradicados si se quería fortalecer la raza alemana y eliminar a sus elementos más débiles en un

proceso de selección natural.[155] El Partido Nazi criticó a menudo el elaborado sistema de asistencia que había crecido durante la República de Weimar por burocrático, pesado y estar orientado a fines equivocados. En lugar de apoyar a los elementos valiosos desde el punto de vista biológico y racial, el Estado social de Weimar, respaldado por cantidad de entidades privadas de caridad, se aplicaba, según los nazis de modo completamente indiscriminado, apoyaba a mucha gente racialmente inferior y no contribuía en absoluto a la regeneración de la raza alemana. En muchos aspectos, esta opinión no se alejaba demasiado de la de la burocracia asistencial pública y privada, que a comienzos de los años treinta empezaba a estar influida por las doctrinas de la higiene racial y también abogaba por el establecimiento de diferencias entre los necesitados y los degenerados, aunque aplicar estas distinciones no fue posible hasta 1933. En ese momento, las instituciones asistenciales, cuya actitud acerca de los indigentes se había vuelto cada vez más punitiva en el transcurso de la Depresión, empezó rápidamente a sancionar a los «perezosos», los indigentes y los desviados. De este modo, las ideas nazis sobre asistencia social no eran del todo ajenas al pensamiento de la administración asistencial en los últimos compases de la República de Weimar.[156]

Sin embargo, enfrentados a diez millones de receptores de ayudas de la asistencia social en el punto más alto de la Depresión, para los nazis hubiera significado un suicidio político dar por perdida a la masa de desempleados e indigentes como indigna de ayuda. Por mucho que mejorara la situación del empleo, o por mucho que se hiciera para dar a entender que había mejorado, en la primavera, el verano y el otoño del primer año de gobierno de los nazis, el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, reconoció que la situación económica era lo suficientemente grave como para que mucha gente siguiera viviendo por debajo del umbral de la pobreza en el primer invierno del Tercer Reich al poder. Para dar bombo a la imagen del régimen y convencer al pueblo de que se estaba haciendo todo lo posible para favorecer la solidaridad entre los más afortunados y los más pobres en Alemania, el 13 de septiembre de 1933 anunció la implantación de un programa de ayuda a corto plazo bautizado como Programa de Ayuda Invernal del Pueblo Alemán. Éste aprovechaba una serie de programas de

emergencia presentados ya por los líderes regionales del partido y los formalizaba, coordinaba y aplicaba; y, todavía más importante, continuaba y extendía planes similares propuestos durante la República de Weimar, establecidos formalmente en 1931 por el canciller del Reich Brüning.[157] Cerca de 1,5 millones de voluntarios y 4.000 trabajadores con salario empezaron pronto a servir sopas a los pobres en centros de emergencia, a llevar paquetes de comida a los indigentes, a recoger y distribuir ropa a los desempleados y sus familias, y a dedicarse a diversas actividades caritativas dirigidas de modo centralizado. Cuando Hitler exhortó a la gente a contribuir en el programa en un discurso al que se dio la máxima publicidad, una serie de instituciones se comprometieron a entregar dos millones de marcos al día siguiente, incluso el cuartel central del Partido Nazi en Munich. Los donativos recogidos durante el invierno de 1933-1934 alcanzaron finalmente la cifra de 358 millones de marcos. El Ministerio de Propaganda de Goebbels manifestó con gran ruido su satisfacción por esa prueba del nuevo espíritu de solidaridad comunitaria y de ayuda mutua entre el pueblo alemán.[158] En consecuencia, no se trataba de caridad o de asistencia estatal, aunque el programa estuviera dirigido por el Estado, el ministro de Propaganda y un comisionado designado especialmente por el Reich. Por el contrario, se trataba, según declaró Goebbels, de una forma de autoayuda racial dirigida por el mismo pueblo alemán y para el pueblo alemán.[159]

Aun así, la realidad, otra vez, era distinta de lo que decía la propaganda. Desde el principio, las contribuciones a la Ayuda Invernal fueron prácticamente obligatorias para todo el mundo. Cuando un fornido miembro de las SA uniformado asomaba por la puerta pidiendo un donativo, pocos eran suficientemente valientes como para decir que no, y los que lo hacían se enfrentaban a la perspectiva de una oleada de amenazas e intimidaciones hasta que cedían y ponían dinero en la hucha. En Baviera se anunció que los que no contribuyeran serían vistos como enemigos de la patria; algunos fueron obligados a desfilar por las calles con carteles colgando del cuello anunciando su pecado de omisión; otros fueron echados de sus puestos de trabajo. Sería raro que la experiencia de un campesino protegido de Franconia que en 1935 rechazó prestar contribución fuera

única. El jefe de partido del distrito, Gerstner, le informó: «No mereces llevar el honorable título de campesino en la Alemania nacionalsocialista». También fue advertido de que sería necesario «adoptar medidas para prevenir los posibles desórdenes públicos» creados por su actitud—en otras palabras, podía esperar tanto que lo enviaran en «custodia preventiva» a un campo de concentración o a enfrentarse a la violencia física de la SA local—. En diciembre de 1935, ocho hombres de las SS armados aparecieron en el escenario de un cine de Breslau al final de una sesión y anunciaron que las salidas habían sido cerradas; había enemigos del Estado en el auditorio y todos tenían que hacer donativos al programa de Ayuda Invernal para demostrar que no se contaban entre ellos. Al acabar su breve anuncio, se abrieron las puertas e irrumpieron cincuenta camisas pardas con sus huchas. Los trabajadores se vieron presionados en todo el país a permitir la deducción automática de las contribuciones de sus nóminas por un 20 por 100 de su sueldo base (reducidas más adelante al 10 por 100). Los que ganaban demasiado poco como para pagar impuestos también tenían que contribuir con 25 *pfennigs* de su paga. En 1938, se advirtió a los obreros de una fábrica de que si no accedían a que se les practicara una deducción, se añadiría a las sumas que deberían pagar las sumas deducidas a sus compañeros.[160]

Los donantes que realizaban sus contribuciones regular y automáticamente tenían el honor de recibir una placa que podían colgar a la puerta de su casa, la señal para que los camisas pardas, miembros de las Juventudes Hitlerianas y otros miembros del partido que iban de puerta a puerta recogiendo donativos pasaran de largo sin molestar. Sin embargo, en algunas fábricas se pedían donativos adicionales a los trabajadores aun en el caso de que ya hubieran accedido a que se les dedujera la contribución a la Ayuda Invernal de sus nóminas. Y esto tampoco protegía a estos donantes de la insistencia de los camisas pardas desplegados en las calles con sus huchas o de la presión de tenderos y clientes para que se depositara la vuelta de las compras en las huchas de Ayuda Invernal colocadas en los mostradores de la mayoría de tiendas al detalle. Los vendedores de Ayuda Invernal también ofrecían colecciones de postales, entre las que había una de fotografías de Hitler. En ocasiones se daban días libres a los alumnos de

las escuelas y se les suministraban chucherías para vender en las calles y recolectar dinero para Ayuda Invernal. La compra de una insignia de Ayuda Invernal podía ayudar a resguardarse de la insistencia de los recaudadores callejeros; todavía era mejor comprar una aguja del programa, prueba de que se poseía un escudo en el que se podían clavar las agujas, a cinco *pfennigs* cada una, hasta cubrir la superficie del mismo hasta con unas 1.500. Llevar una insignia de Ayuda Invernal por la calle podía ser una medida de autoprotección, pero también tenía el efecto de advertir a los demás sobre la solidaridad de uno con el régimen. En el invierno de 1938 a 1939 se vendieron cerca de 170 millones de insignias, que se convirtieron en un objeto popular de decoración de abetos de Navidad en las casas.[161]

Como sucedió con tantas otras medidas de emergencia durante el Tercer Reich, Ayuda Invernal se convirtió en una característica permanente del paisaje sociopolítico. El programa se apuntaló legislativamente el 5 de noviembre de 1934 por medio de una Ley de recolectas que permitió al ministro del Interior y al tesorero del Partido Nazi suspender todas las agencias y fundaciones caritativas que entraran en competencia con Ayuda Invernal, lo que limitó todas las actividades filantrópicas a los meses de verano y garantizó que las contribuciones sólo se dirigieran al pueblo alemán. El 4 de diciembre de 1936 se reforzó la ley con la Ley de Ayuda Invernal, que dotó el plan de una base permanente. Las estadísticas eran impresionantes. En el invierno de 1938 a 1939, se obtuvieron 105 millones de marcos de las deducciones salariales; con las recolectas y donativos, la mayoría de la industria y de las grandes empresas, la suma alcanzaba la cifra de 554 millones. Los donativos a Ayuda Invernal representaban cerca del 3 por 100 de los ingresos medios de los trabajadores en ese momento. Desde 1933, se habían realizado algunos cambios, por supuesto: después del invierno de 1935 a 1936 no se contaba con los judíos ni en las filas de los donantes ni en las de los receptores. Y la recuperación económica había supuesto la reducción a la mitad de los receptores de Ayuda Invernal, de 16 millones en 1933-1934 a 8 millones en 1938-1939. Las novedades más destacadas del plan fueron el «Día de Solidaridad Nacional», celebrado cada 1 de diciembre, cuando miembros destacados del régimen aparecían en público solicitando donativos en las calles: en 1935 recolectaron cuatro

millones de marcos y en 1938 no menos de quince. Para entonces, también se había hecho más o menos obligatorio para cada familia, para cada alemán, que el primer domingo de cada mes se cocinara un puchero o guiso barato, con un coste no superior a cincuenta *pfennigs*, el «puchero del domingo»; por la noche, miembros de las SA o de las SS se presentaban a las puertas de las casas a pedir la diferencia entre los cincuenta *pfennigs* y el coste normal de la comida para una familia. En los restaurantes se aplicó la misma política. Hitler la siguió de forma ostentosa y repartía una lista a los invitados a cenar los domingos para que entregaran donativos de una grandeza apropiada. Después de cada una de estas comidas, Albert Speer se quejaba de que le había costado «cincuenta o cien marcos». Bajo esta presión, el número de invitados de Hitler en el primer domingo de cada mes se redujo a dos o tres, lo que provocó, según Speer, «algunos comentarios sarcásticos de Hitler sobre el espíritu de sacrificio de sus colegas».[162]

Mientras tanto, el Partido Nazi también había llevado a cabo acciones para reformar el sector privado de la caridad. El personaje más destacado en este campo fue Erich Hilgenfeldt, nacido en 1897 en el Sarre y oficial en la Primera Guerra Mundial. Antiguo activista de los Cascos de Acero, Hilgenfeldt se afilió al Partido Nazi en 1929 y fue nombrado jefe de distrito de Berlín. Era, por lo tanto, un personaje muy cercano a Joseph Goebbels, su jefe inmediato en el partido en tanto que jefe regional de Berlín. Hilgenfeldt centralizó y coordinó dentro de la llamada Asistencia Popular Nacionalsocialista en la capital una serie de grupos de asistencia social de los camisas pardas y el partido. Enfrentándose a considerable oposición por parte de Baldur von Schirach y Robert Ley, que querían dirigir la asistencia desde sus respectivas organizaciones, Hilgenfeldt extendió su dominio sobre los grupos de solidaridad del partido en todo el país con la ayuda de Magda Goebbels, esposa del ministro de Propaganda, y del mismo Hitler, que le manifestó su apoyo el 3 de mayo de 1933. Hilgenfeldt sostuvo con éxito que la asistencia no era la prioridad ni del Frente del Trabajo ni de las Juventudes Hitlerianas, de modo que se necesitaba contar con una institución independiente que la situara en lo más alto de sus prioridades. En los turbulentos meses de marzo a julio de 1933, asumió el control de prácticamente todas las organizaciones de asistencia y filantrópicas de

Alemania, sobre todo los importantes brazos asistenciales de socialdemócratas y comunistas. A partir del 25 de julio de 1933 sólo existieron en Alemania cuatro organizaciones no estatales de asistencia: Asistencia Popular Nacionalsocialista, la Misión Interior protestante, la asociación católica Cáritas y la Cruz Roja alemana. Sin embargo, de éstas sólo recibía subvención estatal la organización nazi; un buen número de instituciones, como las guarderías de la Iglesia, habían sido transferidas a la Misión Interior durante el breve periodo de hegemonía de los Cristianos Alemanes sobre la Iglesia protestante y, a pesar de que podían recolectar dinero durante los meses de verano, las otras organizaciones, especialmente Cáritas, veían su trabajo cada vez más perturbado por las agresiones físicas de bandas de camisas pardas. A partir de 1936, se las obligó a hacer las recolectas puerta a puerta junto a la organización nazi, lo que las situó en una clara situación de desventaja con respecto a una competidora tan poderosa.[163]

El ministro del Interior, Wilhelm Frick, no permitió que la gente albergara dudas sobre dónde tenían que dirigirse las contribuciones. En octubre de 1934 declaró: «Es indefendible permitir que los impulsos caritativos y el sentido de sacrificio de la población sean utilizados por propósitos cuya implementación no es en interés del Estado nacionalsocialista y, por tanto, del bien común». Como sugerían estas palabras, la caridad cristiana sería desplazada por el deseo de sacrificio que la ideología nazi situaba en tan alto lugar en su lista de supuestos atributos de la raza alemana. Pero había otro factor que tener en cuenta: a diferencia de Ayuda Invernal y de otras organizaciones como Cruz Roja, el Partido Nazi limitó sus donativos desde el principio exclusivamente a las personas de «ascendencia aria».[164] El objetivo de Asistencia Popular Nacionalsocialista era fomentar «las fuerzas vivas y saludables del pueblo alemán». Sólo daría asistencia a aquellos que fueran adecuados desde el punto de vista racial, capacitados y deseosos de trabajar, políticamente de confianza, y con voluntad y capacidad para tener descendencia. Los que no estuvieran «completamente en condiciones de cumplir con sus obligaciones colectivas» quedarían excluidos. Los alcohólicos, vagabundos, homosexuales y prostitutas, los «perezosos» y los «asociales», los

delincuentes habituales, los que tuvieran enfermedades hereditarias (una categoría muy poco delimitada) y los miembros de otras razas que no fueran la aria no recibirían asistencia. Los funcionarios de Asistencia Popular no tardaron en atacar a las instituciones estatales por su modo supuestamente indiscriminado de repartir caridad y las empujaron todavía más hacia el camino de la higiene racial que éstas ya habían empezado a adoptar. Desde el punto de vista nazi, el concepto cristiano de caridad era completamente reprobable y la marginación de Cáritas y de la Misión Interior por parte de la organización asistencial nazi se diseñó en parte para limitar en la medida de lo posible los efectos indeseables de la filantropía de la Iglesia.[165]

A pesar de estas limitaciones, Asistencia Popular Nacionalsocialista fue, junto a A la Fuerza a través de la Alegría, tal vez la organización más popular del partido durante el Tercer Reich. Con 17 millones de miembros en 1939, proyectaba una imagen poderosísima de cuidado y apoyo a los miembros más débiles de la comunidad racial alemana o, por lo menos, a los que se consideraba que no eran responsables de las dificultades por las que pasaban. En 1939, por ejemplo, dirigía 8.000 guarderías y proporcionaba hogares de descanso para madres, comida extra para familias numerosas y una gran variedad de otros servicios. Aun así, los más pobres de la sociedad la temían porque tomaban a mal sus intrusiones, sus preguntas, sus juicios morales sobre sus comportamientos y la amenaza constante del reclutamiento obligatorio y de la Gestapo si no cumplían los criterios para la recepción de ayudas. A muchos otros les inquietaba la brusquedad con que se habían apartado las instituciones de caridad de la Iglesia con que tradicionalmente contaban en tiempos de necesidad. Tampoco era posible ignorar la irritación, incluso la rabia y el temor, causados por la ubicuidad de las recolectas en las calles que, según informó un agente socialdemócrata en 1935, habían adquirido el carácter de «asalto organizado». «Es tanta la insistencia», informó otro agente, que «nadie puede escapar». «El año pasado todavía se podía hablar de ello como de una molestia—se quejaba sobre Ayuda Invernal un informador en diciembre de 1935—, pero este invierno se ha convertido en una plaga de primer orden». No sólo había colectas de Ayuda Invernal, sino de las Juventudes

Hitlerianas para construir nuevos albergues, para los alemanes en el extranjero, para la construcción de refugios antiaéreos, para los «viejos combatientes» necesitados, una lotería a beneficio de la creación de empleo y muchas otras colectas para los más diversos proyectos a nivel local. Había deducciones salariales para la obtención del coche Volkswagen, las contribuciones de A la Fuerza a través de la Alegría y de Belleza del Trabajo y muchas, muchas más. Estas contribuciones, tanto si se efectuaban en metálico o en forma de trabajo voluntario no remunerado, significaban, de hecho, un nuevo impuesto encubierto. La gente protestaba y maldecía, pero todos los informes coinciden en que, fuera como fuera, acababan pagando. No se producían boicots organizados a ninguna de las recolectas, a pesar de que sí se registraron incidentes individuales. La gente se acostumbró a las constantes demandas de dinero, ropa y otras contribuciones; se convirtió en un elemento más de la vida diaria. Era comúnmente aceptado que los más beneficiados de estas ayudas eran viejos nazis, y circulaban muchas historias de casos de trato preferencial a miembros del partido sobre antiguos comunistas y socialdemócratas. No es extraño, ya que la confianza política era, en efecto, un criterio básico para la recepción de ayudas. En efecto, los más beneficiados eran miembros del partido y sus parásitos. Tampoco puede sorprender que circularan muchos chistes sobre la corrupción que se consideraban inherente a la operación en conjunto. En un chiste se hablaba de dos funcionarios del partido que encontraban un billete de cincuenta marcos en una alcantarilla mientras caminaban por la calle. Tras recogerlo, uno de los dos hombres anunciaba su intención de entregarlo al programa Ayuda Invernal del partido. «¿Por qué lo complicas tanto?», preguntaba el otro.[166]

Al entregar la asistencia social al sector (supuestamente) voluntario, el régimen pudo ahorrar ingresos procedentes de impuestos y utilizarlos a beneficio del rearme. El reclutamiento, los créditos de matrimonio y otros planes destinados a aliviar los problemas del mercado laboral produjeron nuevas reducciones en la paga de subsidios y, así, nuevos ahorros del gasto estatal. Los subsidios de desempleo ya habían recibido recortes drásticos por parte de los gobiernos y las autoridades locales antes de que los nazis asumieran el poder. El nuevo régimen apenas perdió el tiempo en

recortarlos más. El Servicio Laboral Voluntario y otros planes similares destinados a reducir las estadísticas de desempleados también tuvieron como efecto la reducción del desembolso en subsidios de desempleo. Como ya hemos visto, el desempleo no había desaparecido de ningún modo de escena en invierno de 1935-1936, pero las autoridades locales seguían reduciendo el nivel de subsidios por todos los medios posibles. De octubre a diciembre de 1935 el número oficial de desempleados con derecho a subsidio subió de 336.000 a 376.000, pero el monto de los subsidios entregados en todo el Reich cayó de 4,7 a 3,8 millones de marcos. En todas partes, las autoridades de asistencia social requerían la presencia de los desempleados para hacerles preguntas y examinarlos para saber si podían trabajar; los que se consideraban aptos eran asignados al Servicio Laboral del Reich o a proyectos asistenciales de emergencia de todo tipo; los que no se presentaban eran eliminados del registro y se les dejaba de pagar. Se recortaron las ayudas para pagar el alquiler, se redujeron al máximo los pagos para el cuidado de ancianos y para la medicación de enfermos. En Colonia, una mujer de clase trabajadora que pidió ayuda al funcionario de asistencia social para pagar la medicación de su madre de 75 años, a quien cuidaba en casa, recibió como respuesta que el Estado ya no daría dinero para ese tipo de gente que no era más que una carga para la comunidad nacional.[167]

El recorte de los subsidios sociales sólo era una parte de una estrategia más amplia. Exhortar a los alemanes a que contaran con sus propios medios en lugar de confiar en los pagos del Estado implicaba que aquellos que no se podían mantener eran prescindibles. Eran, de hecho, una amenaza para el futuro del pueblo alemán. Los defectuosos desde el punto de vista de la raza, los desviados, los delincuentes, los «asociales» y similares serían excluidos del sistema de asistencia social. Como hemos visto, en 1937-1938 los miembros de las clases bajas, los desviados desde el punto de vista social y los pequeños delincuentes estaban siendo detenidos y enviados en masa a los campos de concentración, porque los nazis los consideraban inútiles para el régimen. Por consiguiente, al final, tan pronto como el

rearme hubo absorbido la masa de desempleados, el escepticismo original de los nazis sobre los beneficios de la asistencia social se vio confirmado del modo más brutal posible.

III

Las organizaciones Asistencia Popular Nacionalsocialista, Ayuda Invernal y A la Fuerza a través de la Alegría fueron con mucho los proyectos más populares impulsados por el Tercer Reich en el interior del país. Para muchos, eran la prueba tangible de que el régimen se tomaba en serio el cumplimiento de la promesa de crear una comunidad nacional orgánica de todos los alemanes, que superara el conflicto de clases y los antagonismos sociales y en la que el egoísmo del individuo diera paso a los intereses predominantes del grupo. Estos proyectos aspiraban explícitamente a borrar las distinciones de clase y estatus, a implicar a los más acomodados en la ayuda a los compatriotas que habían sufrido la Depresión y en la mejora de la vida del grueso de la población de diversas maneras. Paradójicamente, los más acomodados fueron los más atraídos por la ideología de la comunidad del pueblo; los trabajadores solían estar demasiado imbuidos de las ideas marxistas de clase y conflicto como para rendirse directamente a su atractivo. La reacción de Melita Maschmann, una mujer joven criada en una familia conservadora de clase media alta cuyos padres le inculcaron una concepción de Alemania que más adelante describiría como «un misterio terrible y maravilloso», era prototípica.[168] A comienzos de los años treinta, las conversaciones que mantenía en casa solían girar en torno a la humillación de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, las divisiones y las disputas entre los partidos políticos en el Reichstag, la creciente violencia callejera y la pobreza y la desesperación de un número cada vez más elevado de desempleados. Nostálgicos de los tiempos del káiser, cuando, según decían sus padres, los alemanes estaban orgullosos de serlo y permanecían unidos, Melita no pudo resistirse al señuelo de la promesa nazi de detener la discordia interna y unir a todas las clases sociales en una nueva comunidad nacional en la que los ricos y los pobres serían tratados por igual.[169] Su experiencia se repite en muchos otros casos.

Pero a pesar de que las reacciones a los programas de asistencia social y de ocio desplegados por los nazis para dar efecto a estas ideas unificadoras eran a menudo favorables, especialmente en retrospectiva, había una cara oculta. No se podía ignorar el elemento de obligatoriedad de todos estos programas. A pesar de que el régimen publicitaba constantemente las virtudes del sacrificio, éstas no ejercían un atractivo universal; por el contrario, mucha gente estaba concentrada en mejorar su situación desde el punto de vista material—algo poco sorprendente, después de todo lo que habían tenido que pasar durante la guerra, la inflación y la Depresión—. Las distinciones de clase parecían tan vivas como siempre y se complicaron todavía más con nuevas diferencias entre los «viejos combatientes» y los jefes locales del partido, que eran vistos generalmente como los principales beneficiarios de estos programas, y el resto de la población. Las creencias más profundas de amplios sectores de la población, posiblemente de la mayoría, desde la fe en el concepto cristiano de caridad hasta la arraigada costumbre de muchos obreros de verlo todo a través de la lente del concepto marxista de lucha de clases, se demostraron muy difíciles de erradicar para el régimen.

Por consiguiente, en 1939 el desencanto era generalizado incluso hacia algunos de los programas más populares implantados por el Tercer Reich. La primera ola de entusiasmo hacia el régimen había empezado a desvanecerse en 1934, y a comienzos de 1936 había alcanzado un nivel tan bajo que incluso la popularidad de Hitler estaba empezando a menguar.[170] ¿Qué nivel alcanzó este desencanto? ¿Cuán generalizado fue? ¿Por qué no se tradujo en una oposición más amplia y organizada al régimen? La experiencia de una pequeña ciudad provinciana puede proporcionarnos una imagen de la opinión de la gente ordinaria sobre el Tercer Reich, el modo en que cambió la sociedad entre 1933 y 1939 y el nivel de realización de la promesa de una comunidad nacional unida y orgánica. En la ciudad de Northeim, en la Baja Sajonia, el signo externo más evidente y visible de cambio a ojos de sus habitantes fue el retorno de la prosperidad y el orden después de la pobreza y los desórdenes de los últimos años de la República de Weimar. Las luchas callejeras y los alborotos, que habían producido tanta angustia entre la ciudadanía, eran cosa del pasado. El alcalde nazi de la

ciudad, Ernst Girmann, dirigía Northeim en solitario después de expulsar a sus rivales dentro del partido en septiembre de 1933, sin controles democráticos, una posición confirmada en enero de 1935, cuando se puso en marcha una ley estatal que daba a los alcaldes poder absoluto sobre las comunidades que dirigían. Girmann impulsó una importante campaña de propaganda para anunciar planes elaborados para revivificar el mercado laboral en la ciudad. Los astutos hombres de negocios de Northeim nunca asumieron estos planes, pero después de que los desempleados hubieran sido desalojados de las calles por medio de los campos de trabajo y los planes de obras públicas, la recuperación general de la economía, que ya había empezado antes de la llegada nazi al poder, empezó a ejercer un impacto real. Los trabajadores adscritos al Servicio Laboral del Reich fueron asignados a tareas muy visibles, como la mejora del paisaje urbano o repintar algunas de las viejas casas de la ciudad.[171]

El proyecto más notable fue la construcción de un *Thingplatz* o lugar de culto nazi, un teatro al aire libre en un bosque cercano en un terreno comprado por la ciudad a un precio altísimo a un amigo de Girmann. Se construyó también gran número de casas y bloques de apartamentos con subsidios del gobierno, aunque el proyecto al que se dio más publicidad, el establecimiento de 48 nuevas casas en la periferia de la ciudad, había sido concebido a comienzos de los años treinta y, de hecho, había sufrido retrasos a causa de las objeciones presentadas por los mismos nazis en 1932. Sólo podían disfrutar de estas casas familias arias que pertenecieran al partido o a alguna organización subsidiaria, y sólo si les ayudaba la rama local del partido. Aun así, la propaganda que rodeaba la «batalla por el trabajo» convenció a la mayoría de gente de Northeim de que el Tercer Reich había conseguido una recuperación económica milagrosa. La sensación de que todo el mundo estaba empujando para sacar a Alemania del bache económico se veía reforzada por la representación local de la organización Asistencia Nacionalsocialista, con sus huchas, sus veladas de beneficencia, el puchero de los domingos y manifestaciones masivas. Sin embargo, el beneficio más significativo que ejerció el Tercer Reich sobre la economía local fue la reocupación por parte del Ejército de los cuarteles locales, cuya rehabilitación ocasionó un pequeño *boom* en la industria de la

construcción de Northeim. Un millar de soldados y personal auxiliar significaba un millar de nuevos consumidores y clientes para las tiendas y proveedores locales.[172]

Pero de acuerdo con los informes de la Gestapo de la región, nada de todo esto convenció a los muchos antiguos socialdemócratas y comunistas de la población, que a finales de 1935 todavía no se habían reconciliado con el régimen y seguían emitiendo propaganda negativa a nivel individual. Entre los católicos locales también existía hostilidad; la gente seguía comprando en las tiendas judías; los conservadores estaban desencantados y buscaban el contacto con el Ejército; el intento de Girmann de aplastar la congregación luterana local y convertir su ciudad en la primera de Alemania sin cristianos se encontró con la resistencia pasiva tanto de la clase religiosa como de los laicos. De acuerdo con la política nacional, Girmann consiguió forzar el cierre de la escuela católica de la ciudad mediante una serie de entrevistas personales con los padres de los alumnos en que el tono de intimidación tuvo que ser patente. Pero las autoridades superiores no le iban a permitir utilizar la violencia contra los luteranos, y enviar a las Juventudes Hitlerianas a lanzar bolas de nieve al crucifijo de la iglesia de la ciudad no parecía una medida muy eficaz, de modo que su campaña fracasó. Girmann no dudaba en amenazar a las personas que no cedían como los demás. La gente que no comparecía en los mítines o que marchaba pronto se exponían a que se les pidiera una explicación, y en un caso Girmann escribió personalmente a una joven que no había alzado el brazo diciéndole que si volvía a hacerlo se expondría a una agresión física. Enfrentada a estas amenazas, la población local ponía cuidado en parecer conformada con la situación, por lo menos en apariencia. A pesar de todo, era innegable que se había producido una pérdida generalizada de entusiasmo hacia el régimen en la ciudad tras los primeros meses de euforia.[173]

Al partido no le fue fácil contrarrestar este desencanto. A finales de 1935 había perdido dinamismo; sus jefes, el alcalde Girmann incluido, vivían confortablemente, bien acomodados, cobraban salarios altos y recogían las recompensas de sus anteriores sacrificios. A finales de los años treinta, Girmann no hizo apenas nada, excepto reconstruir las instalaciones hípicas de la ciudad, que él mismo utilizaba a menudo. Los festivales y

celebraciones nazis se convirtieron en ritos vacíos y la gente participaba en ellos más por miedo que por compromiso. Los pocos incidentes de violencia antisemita registrados en la ciudad se encontraron con reacciones que variaban desde la indiferencia a la franca desaprobación; eran, al fin y al cabo, el tipo de desórdenes que creían que serían suprimidos por el Tercer Reich. Los antiguos socialdemócratas eran tolerados de mala gana, siempre que se abstuvieran de organizar actividades de oposición, como sucedió después de 1935, cuando los últimos grupos de resistencia fueron suprimidos. Los delegados vecinales del partido visitaban los hogares a su cargo con regularidad para recoger los pagos a Ayuda Invernal y comprobar su fidelidad política. Éstos debían presentar informes sobre las personas de sus bloques que solicitaran asistencia social, buscaran una posición en alguno de los numerosos gremios y clubes de la ciudad o un empleo del gobierno. A este fin, debían rellenar formularios dando detalles sobre la asistencia del solicitante a los mítines, sus contribuciones a obras de caridad, etc. Pero en los miles de informes de este tipo almacenados en el archivo local, después de 1935 no se clasificó a casi nadie como desafecto; sólo durante un breve periodo de tiempo, en el punto álgido de la batalla eclesiástica, aparecen informes con comentarios negativos, normalmente dedicados a activistas católicos. Muchos de los informes de los delegados vecinales eran ambiguos o decían poca cosa significativa. Sólo eran concretos en un punto: en apuntar si el sujeto contribuía o no a Ayuda Invernal y programas similares. Si la persona en cuestión no lo hacía se ganaba un distintivo negro y la designación de «egoísta» u «hostil». Un individuo de éstos complicaba el trabajo de los delegados vecinales, que debían esgrimir el poder de causarle problemas si no entregaba las cantidades adeudadas. Apenas importaba nada más, excepto en las raras ocasiones en que alguien dejaba de colgar una bandera en el cumpleaños de Hitler u olvidaba hacer el saludo hitleriano. Se había alcanzado cierto grado de estabilidad política, y la mayoría de delegados vecinales preferían llevar a cabo sus deberes sin estorbos ni problemas. Ya no se preocupaban demasiado por las creencias políticas de la gente, siempre que mantuvieran las apariencias y se guardaran de expresar sus ideas. Sin lugar a dudas, se mostraban más vigilantes en los antiguos baluartes comunistas de Berlín y

el Ruhr que en una pequeña ciudad de provincias como Northeim. Con todo, en 1939 se había alcanzado cierto *modus vivendi*: la gente de la ciudad, fueran cuales fuesen sus ideas políticas, participaban como era debido en los rituales públicos, aunque sin excesivo entusiasmo; el partido local ponía cuidado en dejarlo así y no apretar demasiado a la gente. Al final, la aquiescencia y el consentimiento aparente era todo lo que se podía conseguir. El partido era lo bastante realista para admitir que había que conformarse con eso, y probablemente ésta era una situación muy habitual.[174]

La situación en Northeim se repetía en muchos otros lugares de Alemania. En 1939, no todos los alemanes eran nazis fanáticos, pero la gran mayoría deseaba orden, seguridad, trabajo, la posibilidad de contar con un mejor nivel de vida y de prosperar, cosas que parecían imposibles durante la República de Weimar. Ahora lo tenían al alcance de la mano, y eso era suficiente para obtener su aquiescencia. Puede que la propaganda no tuviera tanto efecto si se considera la circunstancia real y evidente de la estabilidad social, económica y política. Por ejemplo, la violencia y la ilegalidad de la depuración de Röhm fue aceptada no porque el pueblo apoyara la utilización del asesinato como herramienta política por parte de Hitler, sino porque ésta parecía restaurar el orden amenazado por los camisas pardas de Röhm durante los meses anteriores. Existía un consenso generalizado sobre la primacía de la disciplina, y los nazis lo admitían, aceptaban y explotaban. A largo plazo, por supuesto, éste se demostró ilusorio. Pero por el momento, era suficiente para desinflar cualquier movimiento de oposición que intentara convertir cualquier murmullo de descontento en una forma más amplia de oposición al Tercer Reich.[175]

IV

Las promesas sociales de los líderes nazis eran, en efecto, de largo alcance. El apoyo electoral obtenido por el nazismo en las elecciones de principios de los años treinta se debió en buena parte a la promesa, repetida incesantemente, de superar las divisiones de la República de Weimar y unir al pueblo alemán en una nueva comunidad nacional y racial basada en la

cooperación y no en el conflicto, en la ayuda mutua y no en el antagonismo. Las diferencias de clase desaparecerían; los intereses de la raza germánica serían supremos. Las dos grandes manifestaciones propagandísticas coreografiadas por Goebbels y la cúpula nazi en los primeros meses del Tercer Reich, el Día de Potsdam y el Día Nacional del Trabajo, tuvieron como objetivo demostrar el modo en que la nueva Alemania conciliaría las antiguas tradiciones prusianas y el movimiento obrero. Entrevistado por el dramaturgo nazi Hanns Johst el 27 de enero de 1934, Hitler afirmó: «El nazismo concibe Alemania como un cuerpo único, un solo organismo». El nacionalsocialismo, afirmó a Johst, «toma la resolución nacional de la tradición burguesa y el socialismo vivo y creativo del materialismo del dogma marxista». Continuó:

> Comunidad del pueblo: es decir una comunidad de todo el trabajo productivo, es decir la unidad de todos los intereses vitales, es decir la superación de los intereses privados de la burguesía y de las masas sindicales organizadas mecánicamente, es decir la equivalencia incondicional del destino individual y la nación, del individuo y el pueblo. [...] El burgués debe convertirse en un ciudadano del Estado; el camarada rojo debe convertirse en un camarada de raza. Con sus mejores intenciones, ambos deben ennoblecer el concepto sociológico de trabajador y elevar el estatus de un título honorario por el trabajo. Por sí sola, esta patente de nobleza sitúa al soldado y al campesino, el comerciante y el académico, el obrero y el capitalista bajo juramento de tomar la única dirección posible a la que deben dirigirse los esfuerzos resueltos de los alemanes: hacia la nación. [...] El burgués debe dejar de sentirse como una suerte de pensionista de la tradición o el capital, separado del obrero por el concepto marxista de la propiedad; debe esforzarse, con la mente abierta, en integrarse en el conjunto como un trabajador más.[176]

Hitler subrayó estos puntos proyectándose a sí mismo como un obrero por orígenes, un hombre humilde del pueblo que había ascendido sin dejar de ser consciente de sus orígenes.

Como dijo en una ocasión ante una audiencia de más de un millón de personas congregadas en el Lustgarten de Berlín el Primero de Mayo de 1937, Hitler recordaba con frecuencia a su público que él no salía «de ningún palacio»: «Yo provengo del trabajo. Tampoco era un general: yo era un soldado como otros tantos millones». La camaradería en el frente en la guerra de 1914, cuando las barreras sociales fueron barridas al calor del compromiso con la causa nacional, resucitaría en el espíritu del Tercer Reich:

> ¡Es un milagro que, aquí en nuestro país, un hombre desconocido haya podido salir de un Ejército de millones de alemanes, trabajadores y soldados alemanes para ponerse al frente del Reich y de la nación! A mi lado tengo a alemanes de todas las clases que hoy son líderes regionales. Sin embargo, vosotros, antiguos miembros de la burguesía y de la aristocracia, también tenéis un lugar en este movimiento. Para utilizarlo no importa la procedencia; lo que cuenta es el trabajo en beneficio de nuestro pueblo.[177]

Como sugiere la utilización del adjetivo «antiguos» por parte de Hitler en esta ocasión, el Tercer Reich propagó con insistencia la noción de que la nueva Alemania había abolido todas las diferencias de clase. «Nosotros somos—afirmó Robert Ley en 1935—el primer país europeo que supera la lucha de clases».[178] Como muestra de ello, muchas instituciones del Partido Nazi insistieron en ascender a los miembros de las clases más bajas a posiciones de autoridad por encima de miembros de la burguesía, como en las Juventudes Hitlerianas, o en sujetar a los vástagos de las elites a la autoridad de aquellos que, supuestamente, eran sus antiguos inferiores, como cuando enviaban a los estudiantes universitarios a campos de trabajo o cuando los maestros de escuela eran castigados por «viejos combatientes» de procedencia humilde en las sesiones obligatorias de formación. El ataque de los estudiantes nazis contra las tradicionales hermandades de duelistas fue sólo un ejemplo de un asalto más generalizado a los bastiones más destacados de los privilegios sociales en Alemania, que—para disgusto de tradicionalistas como Reck-Malleczewen—fue acompañado de una gran demostración de retórica igualitaria y agresiones verbales contra la naturaleza reaccionaria de las discriminaciones de clase que practicaban de forma tan evidente las hermandades de duelistas.[179]

La retórica se acompañó de hechos, algo que resultó decisivo. El descenso de estatus, autonomía y poder de las profesiones que requerían formación académica en los primeros seis años del Tercer Reich fue real. Instituciones tradicionales como las universidades fueron degradadas como parte de la experiencia vital de los jóvenes alemanes, y en 1939 había muchos menos matriculados que seis años antes. Más allá de los discursos nazis, los pequeños empresarios y los oficinistas vieron efectivamente erosionadas las diferencias sociales entre ellos y la clase trabajadora. Los aristócratas se vieron apartados de los pasillos del poder por jóvenes nazis insolentes de clases inferiores a la suya. Figuras que anteriormente gozaban

de autoridad, como médicos y sacerdotes, terratenientes y ancianos, se encontraron siendo objeto de ataque. En todas partes, los jóvenes, o por lo menos una minoría significativa de jóvenes, aprovecharon la oportunidad e hicieron valer su autoridad sobre los mayores: en la aristocracia, en los pueblos, en las escuelas, en la universidad. No se podía negar que una nueva elite política había asumido el control. Desde la cúpula nazi, representada por Goebbels y Göring, Schirach y Ley, pasando por los jefes regionales hasta el nivel más bajo representado por los delegados vecinales y los comandantes de las Juventudes Hitlerianas, un nuevo tipo de hombre, mayoritariamente jóvenes, a menudo procedentes de entornos sociales heterodoxos y, a veces, como Rosenberg, de fuera de Alemania, tomó las riendas del poder. También se devaluó una serie de valores sociales tradicionales: la prioridad que los profesores daban a la enseñanza, el juramento hipocrático de los médicos, e incluso la creencia de los hombres de negocios en el beneficio como medida definitiva del éxito, fueron desechados por la prioridad que el Tercer Reich daba a la guerra, la raza y la comunidad nacional.

Pero la igualdad de estatus proclamada con tanto ruido e insistencia por los nazis no implicaba igualdad de posición social, ingresos y riqueza. Los nazis no revisaron el sistema impositivo de modo tan radical como para igualar los ingresos netos, por ejemplo, ni controlaron la economía como en la Unión Soviética o como más adelante en la República Democrática Alemana como para minimizar las diferencias entre ricos y pobres. En el Tercer Reich seguían habiendo, como siempre, ricos y pobres. Al final, el poder de la aristocracia en el mundo rural permaneció intacto, y los jóvenes aristócratas encontraron un nuevo papel de liderazgo en las SS, la elite política del futuro. Las familias campesinas que habían dominado sus comunidades durante décadas o incluso siglos consiguieron en su mayoría conservar su posición logrando una adaptación limitada al nuevo régimen. Los hombres de negocios, grandes y pequeños, siguieron dirigiendo sus empresas según la acostumbrada búsqueda capitalista del beneficio. Los profesores universitarios confinaron las excrecencias más obviamente acientíficas y antiacadémicas de la ideología nazi a pequeños institutos donde podían permanecer aisladas del curso principal de la enseñanza y la

investigación y siguieron más o menos como antes. Los jueces y los abogados seguían juzgando y pleiteando, todavía defendían casos, aún enviaban a gente a la prisión. Los médicos tenían más poder sobre sus pacientes, los patronos sobre sus trabajadores. Sin duda, las iglesias perdieron pie en áreas como la educación, pero todos los informes coinciden en que los sacerdotes y los pastores conservaban en general la lealtad de su grey a pesar de los esfuerzos del régimen para socavarla. La retórica sobre la comunidad nacional convenció a muchos, tal vez a la mayoría de alemanes: las rivalidades partidistas habían desaparecido, todo el mundo parecía remar en la misma dirección bajo el liderazgo de Hitler. «Con Hitler ya no hay lucha de clases—apuntó Luise Solmitz en su diario el 27 de abril de 1933—ni marxismo ni antagonismos religiosos, sólo Alemania».[180] Pero muy pocos estaban convencidos de que la utopía social prometida por los nazis en 1933 se hiciera nunca realidad.

No se puede transformar totalmente una sociedad en tan sólo seis años sin la violencia sanguinaria desatada por ejemplo en Rusia, desde el «terror rojo» de los años de la guerra civil (1918-1921) a las purgas masivas llevadas a cabo por Stalin en los años treinta. Como hemos visto, la cúpula del Tercer Reich llevó a cabo acciones asesinas limitadas contra disidentes, o supuestos disidentes, dentro de sus propias filas a finales de junio de 1934, y también mató a unos cuantos millares de oponentes reales o presuntos en Alemania, pero reservó sus acciones más violentas para la gente de fuera del país y fueron llevadas a cabo en tiempo de guerra. No se pueden establecer paralelos con el asesinato por parte del régimen soviético de unos tres millones de sus propios ciudadanos, la mayoría en tiempo de paz, ni con el encarcelamiento de muchos más millones en campos de trabajo, ni con las violentas sacudidas provocadas por la nacionalización de la industria y la colectivización de la agricultura en la Rusia de Stalin. Igualmente, mientras el Tercer Reich restringió los salarios y el consumo, no fue en tanto que parte de un intento deliberado de reducir las diferencias entre ricos y pobres, como en el caso de las restricciones mucho más drásticas impuestas en la sociedad soviética, sino simplemente como un medio de ahorrar dinero para pagar el rearme. A pesar de la retórica sobre la reinstauración de las jerarquías y valores del pasado mítico de Alemania, el

nazismo no intentó volver al pasado. Como hemos visto, los grupos que esperaban la restauración de las antiguas barreras y jerarquías sociales sintieron un desencanto similar al de los que esperaban que el Tercer Reich llevara a cabo una redistribución radical de la tierra y la riqueza.[181]

El problema fue que cualquier programa de cambio social deseado por los nazis fue finalmente sometido a la determinación predominante de los preparativos de guerra. Todo lo que contribuyera a preparar Alemania para conquistar la Europa del Este era bueno; todo lo que se interpusiera en el camino era malo. La realización de las utopías sociales y raciales se pospuso hasta que Alemania hubiera adquirido el tan cacareado «espacio vital» en el Este, del mismo modo que la prosperidad económica de las masas dependía finalmente de lo mismo. Pero cualquier valoración de cómo pudo ser esa realización es pura especulación, y más si se tiene en cuenta que Hitler no se hubiera conformado con la conquista del Este sino que hubiera transformado la guerra en una lucha para el dominio del mundo y no sólo por la supremacía en Europa. Aun así, en 1939 sí que se podía discernir algo de la naturaleza del carácter utópico del futuro Tercer Reich imaginado por sus líderes e ideólogos. El romance del Tercer Reich con la tecnología, aunque dependiente del rearme, fue más allá de lo meramente militar. En este campo, se trataba de un régimen que deseaba la última maquinaria, los últimos aparatos, los últimos medios de comunicación. Todas estas cosas implicaban grandes fábricas, grandes empresas, ciudades modernas, organizaciones complejas. Los principios sobre los que se fundamentaría el futuro nazi serían científicos: la aplicación de la higiene racial y de la selección darwinista a la sociedad humana sin tener en cuenta la moralidad tradicional y los escrúpulos religiosos, dirigido por un aparato estatal complejo y jerárquico que no toleraría la disidencia. A veces puede parecer que la retórica nazi concebía una Europa de agricultores, de alemanes unidos por lazos de «sangre y suelo» que esclavizarían y explotarían a los miembros de las razas inferiores en un mundo pseudofeudal despojado de las complejidades y ambigüedades de la sociedad industrial; la desindustrialización y la desurbanización serían esenciales a la encarnación final del Tercer Reich a escala europea.[182] Pero los defensores más acérrimos de este concepto, como Darré, fueron

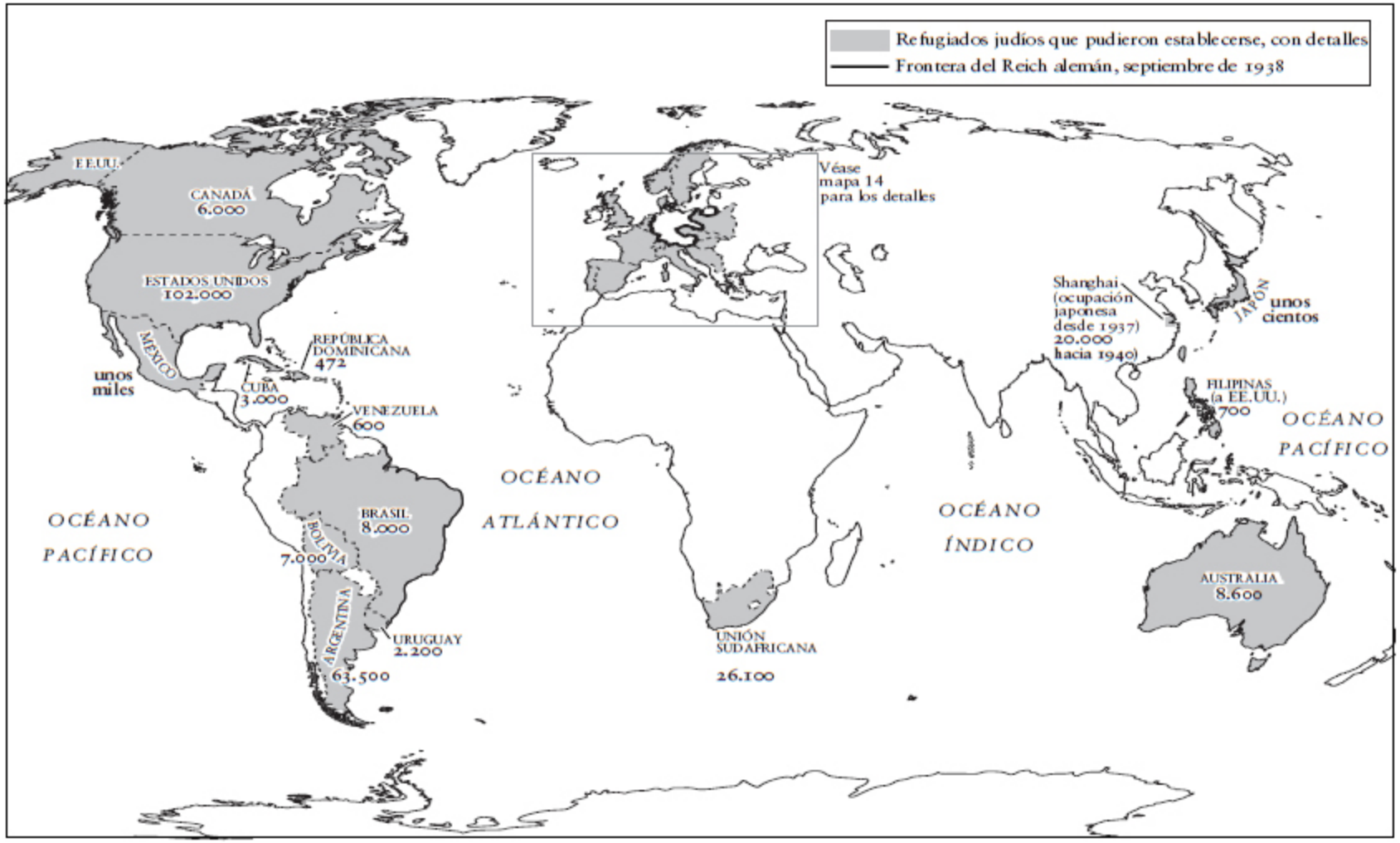
adelantados por aquellos que creían que el nuevo orden racial europeo debía combinar la industria, la tecnología y las comunicaciones más avanzadas con el reordenamiento de la agricultura y el campo en un nuevo equilibrio entre los dos.[183]

En el mundo real de la Alemania del siglo XX, los efectos modernizadores del nazismo tuvieron un impacto en un contexto que ya había empezado a experimentar rápidas transformaciones económicas y sociales desde la revolución industrial de mediados del siglo XIX. A este respecto también se produjeron contradicciones finalmente fatales. Los preparativos de guerra, por ejemplo, aceleraron sin lugar a dudas procesos ya existentes de concentración y racionalización de la industria y aceleraron desarrollos tecnológicos de muchos tipos. La tecnología y la investigación militar y médica, como hemos visto, avanzaron en institutos gubernamentales y en los departamentos de investigación y desarrollo de las empresas. Por otro lado, las políticas educativas del Tercer Reich se orientaron rápidamente a la reducción de la competencia profesional, científica e intelectual de las elites profesionales del futuro, cuya fuerza y dotación ya empezaba a declinar en 1939. Si emergía una nueva elite de las SS y de las nuevas escuelas de elite y los *Ordensburgen*, se trataba de una elite simple que difícilmente podría dirigir un complejo y moderno sistema social y económico industrial y tecnológico que fuera capaz de presentar y sostener una compleja y moderna guerra industrial y tecnológica. Instituciones sociales tradicionales como los sindicatos fueron eliminados para fomentar una identificación total del individuo con el Estado y la raza, pero el resultado fue exactamente el opuesto, el retraimiento de la gente corriente en sus mundos privados del hogar y la familia, la priorización de las necesidades de consumo que el Tercer Reich ni quería ni podía satisfacer del todo. La destrucción de instituciones tradicionales del movimiento obrero puede ser vista plausiblemente como un soplo de modernidad, la preparación del camino a una estructura de relaciones laborales muy diferente, con menos antagonismos, después de 1945. Sin embargo, a largo plazo el ocaso de la clase trabajadora industrial tradicional y el ascenso del sector servicios en una sociedad posindustrial habría llevado al mismo resultado por otros medios.

El problema de discutir sobre si el Tercer Reich modernizó o no la sociedad alemana, sobre hasta qué punto deseaba transformar el orden social y en qué sentido lo consiguió, es que la sociedad no fue realmente la prioridad de la política nazi. Es cierto que las divisiones sociales debían ser, si no abolidas del todo, recortadas, la discordia social debía ser sustituida por la armonía social, y el estatus, aunque no la clase, iba a ser tan igualitario como fuera posible en el nuevo Reich. Sobre todo, lo que Hitler y los nazis deseaban era un cambio en el espíritu de la gente, en su manera de pensar, en su manera de comportarse. Deseaban que de las cenizas de la República de Weimar emergiera un hombre nuevo y, en este sentido, una nueva mujer que resucitaran la unidad de acción y el compromiso del frente en la Primera Guerra Mundial. Su revolución fue, en primer lugar y por encima de todo, cultural más que social. Pero sí fue apuntalada por algo más concreto que tuvo consecuencias físicas reales para miles y, al final, millones de alemanes, judíos y otros: el concepto de ingeniería social, de transformar científicamente el pueblo alemán en una nueva casta de héroes y su corolario, la eliminación de los débiles de la cadena hereditaria y la expulsión de los que eran considerados como enemigos de los alemanes, reales y potenciales, de la comunidad nacional renacida. Esto implicaba, por un lado, un esfuerzo generalizado para mejorar las cualidades físicas de la raza alemana, y, por el otro, una gran campaña para eliminar a los elementos que los nazis consideraban indeseables, sobre todo los judíos, de la sociedad alemana, como ahora mismo veremos.

6

HACIA UNA UTOPÍA RACIAL



13. Emigración judía a ultramar, 1933-1938.

EN EL ESPÍRITU DE LA CIENCIA

I

Los higienistas raciales acogieron la llegada del Tercer Reich con grandes esperanzas. Desde 1890 venían haciendo campaña para la implantación de políticas sociales cuya prioridad fuera el perfeccionamiento de la raza y la identificación de los débiles, los inútiles, los delincuentes, los degenerados y los locos para eliminarlos de la cadena hereditaria. Como remarcó Fritz Lenz, un antiguo defensor de estas medidas, Alemania tenía finalmente un gobierno dispuesto a tomarse en serio estos temas y a hacer algo al respecto.[1] Su entusiasmo no iba desencaminado. Durante su retiro forzado en la prisión de Landsberg, en 1924, Hitler leyó algunos tratados sobre higiene racial y empezó a considerar, si no había empezado a pensarlo antes, que Alemania y los alemanes sólo podrían recuperar su fuerza si el Estado aplicaba sobre la sociedad los principios básicos de la higiene y la ingeniería racial. La nación se había debilitado, se había visto corrompida por la transfusión de elementos degenerados a sus venas. Estos elementos debían ser eliminados tan rápidamente como fuera posible. A los fuertes y puros desde el punto de vista de la raza se les debía animar a tener más hijos, los débiles y los impuros debían ser neutralizados de un modo u otro.[2]

Al ver que Hitler les ofrecía una oportunidad única de poner en práctica sus ideas, los higienistas raciales más destacados empezaron a adaptar su doctrina a la de los nazis en las áreas donde hasta entonces no coincidían. Entre éstos había una minoría considerable demasiado ligada a ideas y organizaciones políticas de izquierdas como para seguir formando parte de la Sociedad de Higiene Racial, que cayó bajo control de los nazis en 1933 y fue depurada. Los médicos judíos, entre los cuales había bastantes entusiastas de la higiene racial, también fueron expulsados. Incluso Lenz se encontró con que algunas de sus ideas, como por ejemplo la

teoría según la cual los hijos ilegítimos eran degenerados desde el punto de vista de la raza, fueron duramente criticadas por ideólogos nazis como Heinrich Himmler. Los higienistas raciales más destacados en la profesión médica fueron apartados rápidamente por la generación más joven, que asumió las instituciones políticas clave en este campo, la Oficina de Política Racial del Partido Nazi, encabezada por Walter Gross (nacido en 1904), Asistencia Popular Nacionalsocialista, la Liga Nazi de Médicos y, cada vez más, las SS, todas ellas instituciones con ideas propias sobre la crianza y la selección que se impusieron a las minucias científicas y médicas que se debatían en las eruditas publicaciones del movimiento de higiene racial. A pesar de ello, las figuras más prominentes del movimiento no se desencantaron en absoluto con el nuevo régimen. En una carta personal a Hitler de abril de 1933, Alfred Ploetz, alma del movimiento eugenésico durante los cuarenta años anteriores, explicó al Führer que tenía más de setenta años y se sentía demasiado mayor para desempeñar un papel destacado en la aplicación de los principios de la higiene racial en el nuevo Reich, pero que, de todas formas, apoyaba todas las políticas del canciller.[3]

Las políticas prácticas no tardaron en llegar. A comienzos del Tercer Reich, el ministro del Interior, Wilhelm Frick, anunció que el nuevo régimen iba a concentrar el gasto público en beneficio de las personas convenientes desde el punto de vista de la raza y de la gente sana. No sólo se iba a reducir el gasto destinado a los «individuos inferiores y asociales, los enfermos, los deficientes mentales, los locos, los tullidos y los delincuentes», sino que también se les iba a sujetar a una política implacable de «erradicación y selección». La aprobación de la Ley para la prevención de la descendencia de personas con enfermedades hereditarias el 14 de julio de 1933 dio cobertura legal a esta política.[4] La ley prescribía la esterilización obligatoria de todas las personas que sufrieran debilidad mental congénita, esquizofrenia, psicosis maníaco depresiva, epilepsia hereditaria, corea de Huntington, sordera hereditaria, ceguera, deformidades físicas graves y alcoholismo agudo. Las condiciones fueron sujetas a definición adicional por parte de la burocracia establecida por el Ministerio del Interior para administrar la ley, mientras las decisiones sobre casos concretos las tomarían 181 Tribunales de Salud Hereditaria designados

expresamente y unos tribunales de apelación formados por un abogado y dos médicos, que actuarían a instancias de los funcionarios de salud pública y de los directores de instituciones como residencias de inválidos, clínicas, asilos, escuelas especiales y similares, así como de trabajadores del sistema de asistencia social. Hacía mucho tiempo que el influyente movimiento alemán de higiene racial, dirigido por médicos veteranos como Alfred Ploetz y Fritz Lenz, ambicionaba una ley de este tipo, una demanda especialmente insistente durante la Depresión. La enorme carga que representaba la asistencia social sobre las finanzas de la nación había aumentado en gran manera el número y el vigor de los miembros de la profesión médica y de la asistencia social que creían que muchos aspectos de la desviación social, la pobreza y la indigencia eran consecuencia de la degeneración de aquellos que las sufrían. En 1932 la Asociación Médica Alemana había aconsejado ya una ley que permitiera la esterilización voluntaria. Ahora, de repente, la esterilización era una realidad.[5]

Pero en la ley de 1933 no había nada que fuera voluntario. Los médicos estaban obligados a registrar todos los casos de enfermedades hereditarias de que tuvieran conocimiento, excepto de las mujeres de más de 45 años, y podían ser multados si no lo hacían; al mismo tiempo, sin embargo, los criterios arbitrarios y ambiguos utilizados para definir los casos les proporcionaban cierto margen de maniobra. Algunos pacientes permitían que se les esterilizara, pero la mayoría no. En 1934, el primer año de aplicación de la ley, cerca de 4.000 personas presentaron recurso contra las decisiones de las autoridades de esterilización; de éstos, 3.559 fueron rechazados. Como indican estas cifras, la escala de la aplicación de la esterilización fue considerable. Sólo en 1934, los tribunales recibieron 84.500 solicitudes de esterilización, de los cuales aproximadamente la mitad concernían a hombres y la otra mitad a mujeres. De éstos, cerca de 64.500 se fallaron el mismo año; en más de 56.000 casos se falló a favor de la esterilización. Así, la solicitud de un médico, un trabajador social u otra instancia legitimada tenía más de un 90 por 100 de posibilidades de ser aceptada y era altamente improbable que fuera revocada tras un recurso. En cada uno de los cuatro primeros años de aplicación de la ley, se esterilizó a

más de 50.000 personas por esta vía; cuando el Tercer Reich finalizó, el número total de personas esterilizadas era superior a 360.000, casi todas tratadas antes del estallido de la guerra en septiembre de 1939.[6]

Tres cuartas partes de las solicitudes presentadas tenían como motivo la «debilidad mental congénita», un concepto extremadamente ambiguo y elástico que daba un poder tremendo a médicos y tribunales: se convirtió en algo habitual, por ejemplo, definir muchos tipos de desviación social, como la prostitución, como formas de «debilidad moral». La inclusión del alcoholismo afectaba principalmente a miembros de las clases más bajas. Las técnicas empleadas—vasectomía para los hombres y ligadura de trompas para las mujeres—eran a menudo dolorosas y a veces se producían complicaciones: la mortalidad, que afectaba más a las mujeres que a los hombres en un porcentaje abrumador, era del 0,5 por 100, con un total de 2.000 personas. Al cabo de poco tiempo, la magnitud del programa había transformado la profesión médica, ya que todos los médicos tenían que formarse en el reconocimiento de la degeneración hereditaria (por ejemplo mediante la forma de los lóbulos de las orejas de los pacientes y de la media luna de las uñas o por su manera de caminar). Las facultades de Medicina de las universidades invirtieron muchas horas en la redacción de informes para los tribunales e idearon «exámenes prácticos de inteligencia» para distinguir a unos de otros («¿Qué forma de Estado tenemos ahora? ¿Quiénes eran Bismarck y Lutero? ¿Por qué son las casas más altas en la ciudad que en el campo?»). Los exámenes resultaron ser problemáticos al revelarse que, en las zonas rurales, los alumnos de escuela supuestamente normales y los «débiles mentales» mostraban un nivel parecido de ignorancia. A juicio de algunos médicos veteranos del partido, la posibilidad de que miembros de los camisas pardas de los distritos rurales suspendieran los exámenes era prueba suficiente para desacreditar todo el proceso de selección.[7]

Aproximadamente dos tercios de las personas esterilizadas eran internos de hospitales mentales, muchos de cuyos directores peinaron con celo los expedientes de sus pacientes en busca de candidatos para presentar a los tribunales. En los hospitales, la proporción de supuestos esquizofrénicos era muy alta; en el asilo de Kaufbeuren-Irsee, en efecto, un

82 por 100 de los 1.409 pacientes podían entrar en las disposiciones de la ley, aunque en otros centros era más habitual encontrar proporciones de un tercio. La esterilización resultaba atractiva para los directores de los asilos porque significaba que, después de practicarla, se podía dar el alta a los pacientes. Esto afectaba sobre todo a los pacientes jóvenes menos perturbados, de modo que, cuanto más altas fueran las posibilidades de una recuperación, más probable era que fueran esterilizados. En el asilo de Eglfing-Haar, dos tercios de los pacientes esterilizados en 1934 dejaron el centro al cabo de unos meses; en el de Eichberg, cerca del 80 por 100 de los esterilizados en 1938 recibieron rápidamente el alta. El proceso implicaba una reducción de los costes en una época en que los sanatorios, como el resto del sistema de asistencia social, recibían fuertes presiones para recortar los gastos. Con toda evidencia, muchas mujeres jóvenes fueron esterilizadas con el objetivo principal de evitar que tuvieran hijos ilegítimos que serían una carga para la comunidad.[8]

Las razones dadas para la esterilización se referían con más frecuencia a la desviación social que a una enfermedad hereditaria demostrable. Un médico escribió lo siguiente sobre un candidato a ser operado sobre la base de su supuesta «debilidad moral»:

> En el expediente del trabajador social se le describe como mendigo o vagabundo. Recibe el 50 por 100 de una pensión por herida de guerra, porque padece de tuberculosis pulmonar e intestinal. Gasta el dinero de manera muy irresponsable. Fuma mucho y a veces se emborracha. Ha estado interno repetidas veces en Farmsen. Deja la institución con frecuencia para vagabundear. Tiene condenas previas por resistencia a la autoridad, perturbación del orden público, difamación y daños personales graves. En su expediente de asistencia social se informa de que ha perturbado a menudo el orden del servicio y ha agredido físicamente a los funcionarios, de modo que se le ha prohibido la entrada en la oficina. De acuerdo con el Dr. [...], C. es un «individuo mentalmente inferior en grado sumo sin ningún valor para la comunidad».[9]

En casos como el de este hombre la esterilización se utilizaba principalmente como forma de castigo o medida de control social. La probabilidad de que este hombre tuviera hijos era, en efecto, remota. La esterilización de internos de sanatorios e instituciones similares era en muchos casos una excusa para descargar al erario público de la responsabilidad de mantenerlos.

No se trataba de enfermos graves, todavía menos de sujetos cuyas dolencias los condenaran a una vida de internamiento perpetuo. No era muy probable que las personas demasiado enfermas, demasiado necesitadas o demasiado peligrosas para vivir libres en sociedad tuvieran hijos, de modo que no requerían esterilización. Así, en esencia, el régimen utilizó la esterilización para borrar aquellas áreas de la sociedad que no se adaptaban al ideal nazi del nuevo hombre y la nueva mujer: eran, en un porcentaje abrumador, miembros de las clases más bajas, mendigos, prostitutas, vagabundos, personas que no querían trabajar, personas procedentes de orfanatos y de reformatorios, de los barrios bajos y de las calles: gente de la que no se podía esperar que se afiliaran a las Juventudes Hitlerianas, entregaran dinero a Ayuda Invernal, se alistaran en las Fuerzas Armadas, colgaran banderas el día del cumpleaños del Führer o se presentaran cada día puntualmente al trabajo. Esta nueva ley entregó al régimen el poder de llegar a la esfera más íntima de la existencia humana, la sexualidad y la reproducción, un poder que extendería finalmente a su trato a los judíos y, de hecho, por lo menos en potencia, a todos los alemanes en edad adulta. El 26 de julio de 1933 se aprobó una nueva normativa que apuntaló estas medidas y bloqueó el acceso a los créditos matrimoniales a la gente que padecía enfermedades mentales o físicas hereditarias; otra normativa aprobada dos meses más tarde extendió la prohibición a las ayudas para los hijos. Era tan sólo un paso más hacia la prohibición de los matrimonios indeseables desde el punto de vista de la raza.[10]

En este ambiente, no resulta extraño que tanto psiquiatras como criminólogos consideraran deseable desde hacía tiempo la esterilización forzosa de los «delincuentes habituales». Los funcionarios de salud a nivel local, especialmente Gerhard Boeters, de Zwickau, emprendieron vigorosas campañas para que se aplicara esta medida durante la República de Weimar. El médico de la prisión de Straubing, Theodor Viernstein, consideraba que «los enemigos de la raza, los enemigos de la sociedad», debían ser eliminados de la cadena hereditaria tan rápidamente como fuera posible.[11] Incluso socialdemócratas como Wilhelm Hoegner pidieron, como mínimo, la esterilización voluntaria de los delincuentes reincidentes, aunque los comunistas y el Partido del Centro, por razones diferentes, se opusieron

férreamente a la medida.[12] Hitler y nazis destacados como el experto en Derecho Hans Frank eran férreos partidarios de incluir a los «delincuentes habituales» en la lista de aquellos a quien había que esterilizar. Pero el ministro de Justicia del Reich, Franz Gürtner, consiguió bloquear este movimiento tanto en la Ley de esterilización como en la Ley de delincuentes habituales. A pesar de la presión ejercida por eugenistas como Ernst Rüdin, el ministro siguió bloqueando la medida: en parte, porque los funcionarios no estaban seguros de que fuera posible distinguir nítidamente la criminalidad determinada por herencia de las desviaciones condicionadas por el entorno, pero sobre todo porque consideraban innecesaria la esterilización, ya que los «delincuentes habituales» se encontraban ahora encarcelados de por vida bajo las nuevas normas de «confinamiento de seguridad» y, por tanto, no se podían reproducir. A pesar de ello, los reclusos podían ser esterilizados si entraban en cualquiera de las otras categorías especificadas en la ley, y los médicos de prisión se dedicaron con energía a identificarlos. Los criterios para la esterilización eran extremadamente elásticos e incluían a «débiles mentales» y «alcohólicos», dos categorías que los médicos de prisión podían aplicar a una gran proporción de reclusos. Hans Trunk, el sucesor de Viernstein en Straubing, por ejemplo, propuso la esterilización de un tercio de los reclusos de la prisión, un porcentaje considerado demasiado elevado incluso por el Tribunal de Salud Hereditaria local. No resulta sorprendente que los prisioneros fueran un colectivo muy representado entre los esterilizados a la fuerza, con cerca de 5.400 sujetos a este procedimiento en diciembre de 1939. Tampoco resulta extraño que la amenaza de una vasectomía o una histerectomía extendiera el miedo entre los reclusos, que se pasaban entre ellos las respuestas correctas de los exámenes de inteligencia administrados por los médicos y se las aprendían de memoria.[13]

Por otro lado, los disminuidos físicos se vieron considerablemente menos afectados. Es cierto que una de las condiciones de la ley de 1933 era tener una «deformidad física hereditaria grave», que incluía a cualquiera que sufriera «desviaciones a la norma que impidan en mayor o menor medida un funcionamiento normal», siempre que se pudiera demostrar que fueran heredadas. Desde este punto de vista, era del todo irrelevante si

tenían también disminuciones psíquicas. Los subsidios estatales para este tipo de personas debían ser abolidas, ya que no tenían ninguna utilidad para la comunidad. Ya en tiempos de la Depresión, las instalaciones para el cuidado de disminuidos físicos en Alemania, 11.000 camas en 1927, empezaron a aceptar tan sólo a niños y, entre éstos, tan sólo a aquellos que se creía que podían recuperarse por medio de un tratamiento. Así, mucho antes de 1933, la distinción entre los «válidos» y los «inferiores», o entre la gente que sufría disminuciones físicas que se podían curar, de un lado, y los que sufrían disminuciones graves o múltiples, del otro, se había convertido en un lugar común en las instituciones asistenciales. A la luz de los masivos ataques propagandísticos de los nazis contra los disminuidos físicos en conexión con la Ley de esterilización de 1933, muchas familias sacaron a sus hijos y parientes de estas instituciones temiendo lo peor.[14]

Pero a mediados de los años treinta, el ambiente estaba empezando a cambiar. Los médicos señalaron que por lo menos tres cuartas partes de las disminuciones físicas se desarrollaban después del nacimiento, y que una gran mayoría era extremadamente improbable que se transmitiera a la siguiente generación. Una dislocación de la cadera, por ejemplo, se consideraba que se podía tratar perfectamente. También los pies deformes, lo que seguramente fue un alivio para el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, cuya deformidad era famosa. Era demasiado tarde para proponerle a él para una esterilización, y la idea de que su impedimento podía ser hereditario era absurda, un extremo demostrado por la envidiable constitución física de su numerosa prole. Es posible que el desconcierto provocado por esta situación—tener que descartar a las personas con los pies deformes como un peligro para el futuro de la raza—fuera uno de los factores que impulsaron el cambio en la política hacia las disminuciones físicas del Tercer Reich. Pero el principal factor fue económico. Los cirujanos y los médicos ortopédicos, temerosos por sus empleos si se adoptaba una política de esterilización y el abandono efectivo de los tratamientos, señalaron que ya que los disminuidos físicos no tenían problemas psíquicos, podían ser empleados en una gran cantidad de trabajos, especialmente si sus tratamientos habían tenido cierto éxito. Éstos observaron que para que una terapia tuviera resultados era necesario

empezar pronto, aunque la actitud de los nazis provocaba que las madres ocultaran a la profesión médica los impedimentos de sus hijos por miedo a lo que les pudiera ocurrir.

El 12 de octubre de 1937 se celebró un encuentro de funcionarios locales, que coincidieron en que la creciente escasez de mano de obra hacía aconsejable integrar a los disminuidos físicos en la economía. Otto Perl, fundador en 1919 de la Liga para el Avance de la Autonomía de los Disminuidos Físicos, consiguió mediante una campaña la sustitución en los documentos oficiales de la peyorativa denominación «inválido» [*Krüppel*] por la más neutral «disminuido físico» [*Körperbehinderte*] y, en efecto, así fue cada vez más de 1934 en adelante. Muchas de las personas representadas por Perl eran, claro está, heridos de guerra; pero sus campañas también tuvieron consecuencias para los disminuidos más jóvenes. El resultado fue que la proporción de disminuidos físicos esterilizados a la fuerza durante todo el periodo nazi se mantuviera por debajo del 1 por 100. En 1934, la organización de Perl fue reconocida oficialmente, incorporada a Asistencia Nacionalsocialista con el nombre de Liga de Disminuidos Físicos del Reich [*Reichsbund der Körperbehinderten*] y encargada de incorporar a sus miembros a la economía productiva. Los que tenían disminuciones como la hemofilia, artritis reumática progresiva grave, contracciones musculares espasmódicas graves o deformidades crónicas de las manos o de la columna vertebral eran confiados a instituciones con la instrucción de que se les dieran unos mínimos cuidados. E incluso en estos casos se desechó el concepto de esterilización obligatoria; en un país donde se podían ver cada día en las calles a miles de veteranos de guerra con disminuciones físicas graves, hubiera sido muy difícil justificar esta política ante la opinión pública.[15] Aun así, este cambio de actitud tuvo limitaciones. Era cierto que los disminuidos físicos podían ser útiles al régimen, pero de ningún modo se les podía considerar miembros plenos de la comunidad racial. La importancia dada por los nazis a la salud física y el vigor les empezaba a discriminar en la escuela. Además, desde el 17 de marzo de 1935 se les prohibió acceder a la enseñanza secundaria, junto a los estudiantes que habían fracasado «persistentemente en su formación física» y a los «jóvenes» que exhibían

«persistentemente su poca disposición a cuidar sus cuerpos». En gran medida, el modo en que uno se promocionaba en la escuela, en la universidad, en las Juventudes Hitlerianas y en prácticamente todas las instituciones del Tercer Reich tenía mucho que ver con la demostración de la capacidad de lucha. Los que no estaban en condiciones de luchar eran ciudadanos de segunda clase.[16]

Fuera de Alemania, algunos médicos eran también de la opinión de que muchos males sociales eran consecuencia de la degeneración hereditaria de ciertos sectores de la población. Incluso antes de que los nazis llegaran al poder en Alemania, 28 estados de Estados Unidos habían aprobado leyes que ocasionaron la esterilización forzada de unas 15.000 personas; en 1939, la cifra total se había multiplicado por dos. Los higienistas raciales alemanes como Gerhard Boeters señalaron el ejemplo estadounidense para justificar su postura; otros también señalaron a propósito las leyes contra el cruce de razas de los estados del sur como otro ejemplo útil para Alemania. El eugenista estadounidense Harry Laughlin, que en 1931 presentó un programa de esterilización de 15 millones de estadounidenses de razas inferiores durante los cincuenta años siguientes, recibió en 1936 un doctorado *honoris causa* de Heidelberg. A su vez, los eugenistas de Estados Unidos admiraban las leyes alemanas, y Laughlin se vanagloriaba de que sus ideas las habían inspirado en parte.[17] En diversos países europeos con estructuras políticas tanto democráticas como autoritarias se aprobaron leyes de esterilización de un tipo u otro: en Suiza en 1928, en Dinamarca en 1929, en Noruega en 1934, etc. En Dinamarca se esterilizó a 6.000 personas y en Noruega a no menos de 40.000. Todavía más remarcable es el caso de Suecia, donde entre 1935 y 1975 se realizaron cerca de 63.000. Se ha sostenido que en Suecia las esterilizaciones se llevaron a cabo para eliminar a las personas no productivas de la cadena hereditaria y que tenían como objetivo las desviaciones desde el punto de vista social y no del racial; y, ciertamente, el Estado del bienestar construido por la socialdemocracia sueca en esas décadas no tenía un fundamento racial, como sí lo tenía el Estado nazi. Aun así, entre los criterios para la esterilización obligatoria del Instituto Nacional para la Biología Racial sueco se incluían características físicas, y se señaló a los

gitanos como grupo supuestamente inferior desde el punto de vista de la raza. Además, aunque el proceso de esterilización alcanzó una escala mucho mayor que en cualquier otro lugar, en los primeros seis años del Tercer Reich no tuvo un carácter primordialmente racial en el sentido de estar basada en la identificación de las razas inferiores: las personas esterilizadas fueron arias en un porcentaje abrumador, y lo fueron por razones que no divergían mucho de las dadas por las autoridades suecas y los eugenistas de todo el mundo en la misma época.[18] La gran diferencia sólo emergería más adelante, cuando empezó la guerra y el régimen nazi pasó de esterilizar a los desviados desde el punto de vista social a asesinarlos.

II

La aplicación de los principios de la higiene racial significaba apartar la moralidad cristiana tradicional y sustituirla por un sistema ético solamente derivado, para lo bueno y para lo malo, de los supuestos intereses colectivos de la raza alemana. Esto no impidió que algunos funcionarios de beneficencia protestantes se mostraran de acuerdo con esta política, pero cuando la Iglesia Católica protestó contra medidas como la esterilización forzosa, ideólogos nazis como el médico Gerhard Wagner se refirieron a la protesta como un capítulo más de la larga lucha entre el oscurantismo religioso y la ilustración científica, una lucha que la ciencia iba a ganar con toda seguridad.[19] En efecto, en pocas áreas se manifestaron tanto las diferencias entre el tradicionalismo conservador y la modernidad nazi como en la actitud del régimen hacia las mujeres, el matrimonio y la familia, vistos por los ideólogos nazis no a la luz de la moral cristiana convencional sino de los principios científicos de la política racial. Cualquier coincidencia entre las opiniones conservadoras y nacionalsocialistas sobre el lugar de la mujer en la sociedad era puramente superficial. Alarmados por el descenso a largo plazo de la natalidad en Alemania que había empezado con el cambio de siglo, tanto los conservadores nacionalistas como los nazis defendieron el retorno de la mujer al hogar; pero mientras los conservadores consideraban que la clave para revertir la situación era resucitar el modelo

tradicional de matrimonio, los nazis deseaban adoptar las medidas más radicales para proporcionar más niños para el Reich, siempre que estos niños fueran racialmente puros y hereditariamente inmaculados, principios que los conservadores tradicionales aborrecían. La actitud frente al aborto, profundamente repugnante para la moralidad católica, es un buen ejemplo de estas diferencias de criterio. El Tercer Reich hizo más estrictas e hizo cumplir con más rigor las leyes existentes de prohibición del aborto excepto por razones médicas y redujo el número de abortos permitidos de cerca de 35.000 anuales a principios de los años treinta a menos de 2.000 al año al final de la década. Pero también permitió el aborto por razones eugenésicas a partir de 1935 y, en noviembre de 1938, un tribunal de Lüneburg estableció un precedente significativo al legalizar el aborto para las mujeres judías.[20] Al mismo tiempo, durante los años treinta todo el mundo podía tener acceso a los anticonceptivos, otro espantajo de la Iglesia Católica, aunque se clausuraron las clínicas de planificación familiar a causa de su relación con las políticas de izquierda y libertarias.[21]

Dado su concepto darwinista de la política internacional, los nazis consideraban que la salud de la nación dependía de que la natalidad fuera alta. Una natalidad en descenso significaba una población envejecida y, a largo plazo, escasez de reclutas para las Fuerzas Armadas. Una natalidad al alza significaba una población joven y vigorosa y la garantía de un potencial humano militar en expansión en el futuro. Los higienistas raciales habían señalado con alarma el declive de la natalidad en Alemania, de 36 nacimientos por cada 1.000 habitantes en 1900 a tan sólo 15 por cada 1.000 habitantes en 1932. En fecha tan temprana como el año 1934, Fritz Lenz afirmó que la culpa la tenía la emancipación de las mujeres y abogó por la prohibición del acceso de las mujeres a la universidad. Lenz criticó a otros higienistas raciales que sostenían modestamente que una mujer sana debía dar a luz a ocho o nueve hijos a lo largo de su vida. Una mujer, pensaba Lenz, podía dar a luz durante un periodo de treinta años; si tenía como mínimo un hijo cada dos años, podía dar a luz hasta quince veces. Cualquier otro resultado sería debido a «causas no naturales o patológicas».[22] Los nazis no podían estar más de acuerdo con esto. Tan pronto como llegaron al poder, se pusieron en marcha para eliminar las causas de la baja natalidad y

a incentivar los embarazos. El primer objetivo fue el amplio y activo movimiento feminista alemán, que fue clausurado rápidamente y sus asociaciones disueltas o incorporadas a la Organización Nacionalsocialista de Mujeres [*NS-Frauenschaft*]. Las feministas radicales más destacadas, como Anita Augspurg y Lida Gustava Heymann, pioneras de la campaña para el voto femenino, y Helene Stöcker, activista de la liberación sexual de las mujeres, se exiliaron; entre otras razones, sus convicciones pacifistas las ponían en situación de riesgo de ser detenidas y encarceladas por el nuevo régimen. Las feministas más conservadoras, como Gertrud Bäumer, que había liderado el movimiento durante los años veinte, se retiraron a un «exilio interior» autoimpuesto, dejando el campo abierto a las mujeres de ideas abiertamente nazis.[23]

La Organización Nacionalsocialista de Mujeres estuvo dirigida, después de feroces batallas internas que se alargaron hasta comienzos de 1934, por Gertrud Scholtz-Klink, madre orgullosa de once hijos; su devoción por la idea de familia era incuestionable. La Organización debía ejercer el liderazgo activo de una organización de masas de las mujeres alemanas, la Oficina Alemana de Mujeres [*Deutsches Frauenwerk*], que convertiría a todo el género femenino de Alemania a las ideas nazis.[24] Una vez nombrada jefa de las dos organizaciones en calidad de líder de las mujeres del Reich, en febrero de 1934, Scholtz-Klink se puso en marcha estableciendo una serie de programas para convencer a las mujeres de tener más hijos y de cuidar mejor de los que ya tenían. Uno de los programas más ambiciosos fue el Servicio de Madres del Reich, basado en la experiencia de los antiguos grupos de asistencia social para mujeres. Daba cursos de cuidado de niños, cocina, costura y, por supuesto, de higiene racial; en marzo de 1939 había llegado a más de 1,7 millones de mujeres y se financiaba con la venta de insignias del Día de la Madre y una pequeña cuota de participación. El Día de la Madre se utilizaba como un gran acontecimiento propagandístico, convertido en fiesta nacional en 1934. Goebbels ordenó a los camisas pardas, las Juventudes Hitlerianas y otras organizaciones del Partido Nazi dar el día libre a sus miembros para que pudieran asistir a las celebraciones con sus familias; los teatros tenían que representar obras relacionadas con el día en cuestión y repartir entradas

gratis a las madres y sus familias; sacerdotes y pastores tenían que pronunciar sermones sobre la maternidad. El Día de la Madre de mayo de 1939, tres millones de mujeres que habían dado a luz a cuatro niños o más fueron investidas con el título de «Madre del Reich» en ceremonias especiales celebradas en toda Alemania. Su nuevo estatus se señalaba con la entrega de unas cruces honoríficas acuñadas especialmente—de bronce por tener cuatro hijos, de plata por tener seis y de oro por tener ocho o más—, un logro considerado tan notable que el mismo Hitler prendía las cruces a estas madres. Las depositarias de este honor podían ahorrarse las colas en los colmados, y los miembros de las Juventudes Hitlerianas tenían instrucciones de saludarlas en la calle. Las madres con más de diez hijos recibían el honor adicional de que Hitler apadrinara el décimo hijo: si era niño tenían que bautizarlo con el nombre de Adolf, algo que las familias católicas resentidas por la persecución de su Iglesia por parte de Hitler debían encontrar un tanto penoso.[25]

La implicación de Goebbels en esta demostración de propaganda prueba que la organización femenina de Scholtz-Klink no tenía de ningún modo el monopolio sobre la política en su área. En tanto que mujer, Scholtz-Klink disfrutaba de un estatus más bien bajo en la jerarquía nazi y no era, por lo tanto, competencia ni tan siquiera para los líderes nazis varones con menos fortuna en las luchas intestinas que caracterizaban la política interna del régimen. Muy pronto, el Frente del Trabajo, la Corporación Alimenticia del Reich y la organización Asistencia Nacionalsocialista habían asumido el control de grandes áreas de la asistencia social a mujeres, mientras el Frente del Trabajo y sus organizaciones subsidiarias también controlaban buena parte de las actividades de ocio destinadas a las mujeres. Al mismo tiempo, los limitados recursos al alcance de la organización de Scholtz-Klink hicieron que no pudiera conseguir sus ambiciosos objetivos. No llegó a alcanzar más que a las mujeres de clase media que habían formado el antiguo movimiento de mujeres de los años de Weimar. Las amas de casa eran reticentes a ser movilizadas al servicio de la nación del modo que Scholtz-Klink pretendía. Los maridos y los hijos pasaban cada vez más tiempo en actividades relacionadas con el partido, en campos o en sesiones vespertinas

de formación. A resultas de ello, las mujeres alemanas estaban cayendo en una «sombra de soledad», como lamentaba una de las participantes en una colección de cartas de mujeres dirigidas a Hitler, notablemente crítica por cierto, publicada en 1934.[26]

Además, la política en pro de la natalidad del gobierno significaba, en sí misma, una injerencia del régimen en la familia, la sexualidad y el parto, ya que se ejercía todo tipo de presiones sobre las mujeres para que se casaran y tuvieran montones de hijos. El régimen nazi difundió los intereses de las familias numerosas al asumir el control de la ya existente Liga de Familias Numerosas del Reich, una organización que también se convirtió en un instrumento de la ingeniería racial ya que excluyó a muchas familias en situación de desventaja social junto por ser asociales o degeneradas. Las familias que cumplían los requisitos, con cuatro o más hijos menores de dieciséis años, tenían muchas ventajas, entre otras, prioridad en la formación, trabajo para el padre, una mejor vivienda para la familia y suplementos para cada hijo introducidos en octubre de 1935, con una media de 390 marcos por familia. En julio de 1937 unas 400.000 familias habían recibido estas ayudas. Además, 240.000 familias recibían también ayudas familiares progresivas y se entregaban subvenciones únicas de un máximo de 1.000 marcos por hijo para que los padres compraran bienes para el hogar, ropa de cama, etc. El gobierno añadió en abril de 1936 una subvención suplementaria de 10 marcos mensuales a partir del quinto hijo. En 1938 se extendieron los beneficios a los hijos que tuvieran entre 16 y 21 años. Las reformas en los impuestos a nivel nacional introdujeron mejores pensiones para las familias numerosas, mientras los gobiernos locales tomaron otras medidas como reducir las tarifas del gas, agua y electricidad, entregar uniformes gratis de las Juventudes Hitlerianas, subvencionar los gastos escolares, ofrecer suplementos a los empleados municipales con cuatro hijos o más y (como en el caso de Leipzig) publicar cada mes «listas honoríficas» de familias numerosas. Los costes de todas estas medidas eran sostenidos por las personas solteras y las parejas sin hijos, lo que constituía un claro incentivo para tener más hijos, especialmente entre los menos acomodados: una familia pobre con tres hijos pequeños podía mejorar drásticamente su situación si tenía un cuarto. Pero también había

limitaciones, especialmente en lo concerniente a la vivienda: había una constante escasez de vivienda, lo que suponía que la supuesta prioridad de las familias numerosas para obtener una no valía para nada. Los propietarios de viviendas seguían prefiriendo tener inquilinos solteros o parejas sin hijos, porque utilizaban menos gas, agua y electricidad en una situación de congelación del precio del alquiler. La inversión estatal en vivienda nueva cayó de 1.300 millones de marcos en 1928 a 250 millones en 1938.[27]

Estos problemas se traducían en el hecho de que el porcentaje de matrimonios con cuatro hijos o más seguía sin subir. Cerca de la mitad de parejas casadas en 1900-1904 tenía cuatro hijos o más, pero entre los casados en 1926-1930 la proporción era tan sólo del 20 por 100; en 1931-1935 cayó hasta el 18 por 100 y en 1936-1940 al 13 por 100.[28] Los esfuerzos del régimen hicieron poco para contener el descenso del tamaño de las familias, que había empezado décadas atrás e iba a continuar durante mucho tiempo. Los costes económicos, sociales y culturales de tener más de uno o dos hijos eran demasiado grandes para que el Tercer Reich los neutralizara.[29] Por lo menos superficialmente, parece que tuvo más éxito en revertir la tendencia al declive de la natalidad que preocupaba tanto a los higienistas raciales. De un mínimo de 14,7 nacimientos por cada 1.000 habitantes en 1933, la natalidad creció hasta un 18 por 1.000 en 1934 y a un 18,9 por 1.000 en 1935. En 1936 y 1937 permaneció estable en un 19 y un 18,8 por 1.000 respectivamente, antes de crecer ligeramente hasta un 19,6 por 1.000 en 1938 y a un 20,4 por 1.000 en 1939.[30] A comienzos de los años cuarenta, un comentarista pudo afirmar que las políticas introducidas por el Tercer Reich habían tenido como consecuencia directa el nacimiento de tres millones de alemanes extra.[31] Aun así, el salto del número de matrimonios, de cerca de un 25 por 100 entre 1932 y 1938, se debió sobre todo a la recuperación económica. La población había estado posponiendo los planes de boda y los hijos a causa de la Depresión: con bastante más de un tercio de la población activa sin empleo, es bastante comprensible. Por lo tanto, aun sin la existencia del plan de créditos matrimoniales, una mayoría de los ma-trimonios y nacimientos que se produjeron de 1934 en adelante habrían ocurrido de todos modos. Otros nacimientos reflejaban las

grandes dificultades con que se encontraron las mujeres para abortar después de 1933; a las políticas introducidas por el Tercer Reich se le pueden atribuir, entonces, relativamente pocos nacimientos.[32]

III

Andado el tiempo, estas políticas incidieron más en los matrimonios y las familias. En 1938, una nueva Ley de matrimonio permitió que un marido o una esposa fértiles solicitaran el divorcio por «infertilidad prematura» de su pareja o por su rechazo a procrear. También se introdujeron como motivos de divorcio una separación de tres años o una crisis irrecuperable en un matrimonio. De este modo, ignorando completamente el concepto tradicional cristiano del matrimonio como una pareja bendecida por Dios para toda la vida, el Tercer Reich fomentó que la gente se casara con el único propósito de tener hijos. En 1941, cerca de 28.000 personas habían solicitado el divorcio argumentando una crisis y una separación y se habían concedido 3.838 divorcios por infertilidad prematura y 1.771 por rechazo a procrear. No eran cifras muy impresionantes y tuvieron un impacto muy limitado sobre la natalidad, si es que tuvieron alguno. Aun así, en una sociedad en que el divorcio todavía era algo poco habitual y estaba generalmente mal visto, éstos representaban una quinta parte de todos los divorcios. El Vaticano manifestó su desaprobación ante el embajador alemán. La queja fue desatendida.[33] La Ley para la protección de la salud hereditaria del pueblo alemán, promulgada el 18 de octubre de 1935, era todavía más intrusiva en potencia. La ley contemplaba la prohibición de los matrimonios en que uno de los prometidos padeciera una enfermedad hereditaria o alguna enfermedad mental. En consecuencia, las personas que querían casarse tenían que presentar pruebas por escrito de su adecuación a la ley. Las oficinas locales de salud se hubieran visto sobrepasadas a causa de las peticiones de exámenes médicos si hubiera sido cuestión de aplicar estos requisitos de forma omnicomprensiva. De modo que, en la práctica, dependía de las oficinas de registro pedir los exámenes si se tenían dudas sobre la adecuación de los futuros esposos. Algunos ya se habían hecho examinar antes de la aprobación de la ley. La demanda de pruebas escritas

se pospuso indefinidamente y, en los años siguientes, la ley fue diluida mediante una serie de enmiendas. A pesar de ello, la ley dificultó bastante más el matrimonio a las personas clasificadas como asociales o moralmente débiles—diagnósticos que ya les habían descalificado para entrar en el programa de créditos matrimoniales—; en la práctica, los que tenían conflictos con este programa solían encontrarse con problemas con el programa de esterilización.[34]

Finalmente, la ilegitimidad, un estigma persistente en los círculos socialmente y moralmente conservadores, era completamente irrelevante en el concepto nazi de la natalidad. Si el niño era puro desde el punto de vista de la raza y tenía salud, no importaba en absoluto si sus padres estaban legalmente casados o no. La consecuencias lógicas de priorizar la crianza de esta forma moralmente neutral fueron llevadas al extremo por Heinrich Himmler, que a partir de 1936 fundó una serie de maternidades dirigidas por una asociación de las SS llamada Fuente de vida [*Lebensborn*]. Se pretendía que éstas dieran cabida a madres solteras de pura raza que, de otro modo, no hubieran gozado de las facilidades que Himmler creía que merecían: la mortalidad infantil entre los niños ilegítimos era notablemente superior a la media nacional. Pero el extravagante intento de Himmler de animar a su elite a criar una futura raza dominante no tuvo demasiado éxito: rápidamente, las maternidades fueron utilizadas por parejas casadas de las SS y, más adelante, del Partido Nazi en general, porque eran muy baratas, disponían de buenas instalaciones y (especialmente durante la guerra) se encontraban en entornos rurales favorables. En tiempo de paz, menos de la mitad de las madres que pasaban por estas casas eran solteras, aunque la cifra era suficiente para atraer las críticas de los católicos y los conservadores. En conjunto, en estas maternidades nacieron 8.000 niños, apenas suficiente para inaugurar una nueva raza dominante. Tampoco tuvo mucha suerte con los oficiales de las SS. Una investigación llevada a cabo en 1939 muestra que los 115.690 hombres de las SS que estaban casados tenían una media de hijos de tan sólo 1,1.[35]

Al margen de todo esto, los nazis llegaron a extremos considerables en su intento de difundir e imponer una imagen de las mujeres que expresara su función de madres en el Reich. Rechazar las modas francesas se

convirtió en un deber patriótico; evitar el maquillaje y las barras de labios, cuyo mercado dominaban grandes empresas estadounidenses, manifestaba el compromiso con la raza germánica; dejar de fumar se convirtió en una señal de feminidad, así como de una mejor salud de la madre potencial y del futuro niño—un resultado del que los expertos médicos nazis ya estaban convencidos en los años treinta—. A los padres se les animaba a vestir a sus hijas con vestidos tradicionales como el *Dirndl* y las peinaran con trenzas, especialmente si eran rubias. El Instituto Alemán de la Moda celebró festivales de la nueva alta costura alemana para enfrentarse al dominio internacional de la moda de París. Era más que mera propaganda. La cúpula del partido en el distrito de Breslau, por ejemplo, prohibió la asistencia de mujeres «pintadas» con maquillaje a los mítines del partido. En los cafés se colgaban carteles que pedían a las clientas que se abstuvieran de fumar, mientras el jefe de policía de Erfurt exhortó a los ciudadanos a «recordar a las mujeres que fuman en la calle su deber en tanto que esposas y madres alemanas». Se informó de casos en que camisas pardas arrancaban los cigarrillos de los labios de las mujeres que veían fumando en público o que regañaban a las mujeres que se depilaban las cejas o se pintaban los labios con colores fuertes. Los diarios y revistas criticaban tanto a la «nueva mujer» andrógina de la República de Weimar, con su pelo corto y su ropa masculina, como a las «vamps» sexualmente seductoras, con su atractivo elegante y sus permanentes. El ejercicio físico era la mejor manera para que las mujeres consiguieran la salud y el aspecto brillante que requería el futuro de la raza alemana.[36]

Pero en este campo los nazis también fracasaron. Fue imposible contener la industria cosmética, que encontró nuevas maneras de hacer beneficios. Las revistas se vieron pronto inundadas con anuncios que aconsejaban a las mujeres alemanas cómo conseguir un aspecto natural por medios artificiales. Las marcas de champú sacaron al mercado nuevos productos que permitían a las mujeres conseguir el tono rubio que buscaban. Las empresas de ropa judías fueron arianizadas y los diseñadores de ropa judíos supuestamente cosmopolitas fueron excluidos del comercio, pero la moda internacional era demasiado fuerte como para resistirse a ella. Las revistas de mujeres seguían prestando atención al aspecto de las

estrellas de Hollywood y explicaban cómo conseguirlo. Mujeres destacadas de la alta sociedad nazi desdeñaban los ataques contra la moda: Magda Goebbels aparecía a menudo en público fumando con boquilla, Winifred Wagner asistía a las veladas operísticas vestida con seda de París, e incluso la amante de Hitler, Eva Braun, fumaba cuando él no andaba cerca y hacía uso con regularidad de cosméticos Elizabeth Arden. El Instituto Alemán de la Moda no tenía la energía suficiente para ejercer un impacto real y los intentos del régimen de contribuir a la economía autártica y fomentar el orgullo nacional animando a las mujeres a que se vistieran con ropa hecha en casa se encontraron con cada vez más dificultades a causa de los bajos precios de los vestidos producidos en serie realizados con fibras artificiales —otro producto de la autarquía—. Ansiosas por contrarrestar la percepción generalizada en el extranjero de que las mujeres alemanas iban desaliñadas y eran poco elegantes, las revistas femeninas, con instrucciones del Ministerio de Propaganda, intentaron convencerlas de vestir elegantemente, especialmente ante la presencia de visitantes extranjeros. A finales de los años treinta, volvió a utilizarse el vestido tradicional, el *Dirndl*, pero a menudo tan modificado de acuerdo con las tendencias internacionales que apenas si era reconocible. A las mujeres alemanas no se las podía convencer de presentarse como meras madres, de hecho o en potencia, ni de comportarse como tales.[37] No puede sorprender, dado el alcance de la socavación nazi de las distinciones tradicionales entre lo público y lo privado, el hogar y el ancho mundo. Mientras las políticas del gobierno penetraron y politizaron la esfera doméstica, las organizaciones del partido se llevaban a las mujeres y a los niños fuera del hogar y los socializaban en campos, expediciones y encuentros de todo tipo. El resultado fue que las distinciones se difuminaron y que las mujeres no pudieran adaptarse a los papeles domésticos y maternales que quería imponerles la propaganda nazi. En efecto, en pocas áreas las contradicciones e irracionalidades del Tercer Reich fueron tan notables como en ésta.[38]

¿Hasta qué punto divergía esta situación de la que se daba en el resto de Europa? En los años treinta, casi todos los países europeos adoptaron medidas para aumentar su natalidad, ya que casi todos los gobiernos estaban preocupados con los efectos potenciales de una natalidad a la baja

en su potencial militar. La Italia de Mussolini y la Rusia de Stalin impusieron restricciones a la limitación de hijos y ofrecieron recompensas a las madres más fecundas, y la propaganda en pro de la natalidad en Francia, donde el descenso de la natalidad era especialmente grave desde hacía tiempo, alcanzó un punto álgido en el periodo de entreguerras. La Italia fascista también vio un ataque al trabajo femenino y un intento de reducir a las mujeres al estatus de portadoras y criadoras de criaturas y en la Unión Soviética la atmósfera de relativa liberación sexual de los años veinte dio paso bajo Stalin a un régimen mucho más pacato y represivo. En todas partes, los movimientos feministas declinaban, perdían apoyos o eran aplastados por los gobiernos autoritarios. Pero, al mismo tiempo, también había diferencias. El poder de la Iglesia Católica en Italia hizo que Mussolini no pudiera incluir el tipo de ingeniería racial que fue la piedra angular de la política demográfica en la Alemania nazi. Aunque pudo haber un trasfondo racista en la política de Moscú hacia las demás nacionalidades del imperio soviético, el racismo no era una parte central de la ideología del régimen y no hubo un equivalente a la esterilización, la política sobre los matrimonios y la legislación sobre la raza del régimen nazi. Además, si en la Unión Soviética estaban mal vistos el maquillaje y la moda sofisticada era, en gran medida, porque se consideraban «burgueses» y quitaban mérito al rol de la mujer en tanto que trabajadora, que—a diferencia de la Alemania nazi— se anunciaba asiduamente mediante carteles que mostraban a mujeres conduciendo tractores o trabajando en la industria del acero. Al margen de todo esto, las políticas de matrimonio y de población de la Alemania nazi, como casi todas las demás políticas sociales, tuvieron tanto un impacto tan negativo como positivo y pusieron en una mayor situación de desventaja a las minorías raciales y otras minorías que no concordaban con la imagen del nuevo ser humano del Tercer Reich.[39] Y no eran pocas.

IV

Los gitanos, de los que había unos 26.000 en la Alemania de principios de los años treinta, constituían uno de estos grupos considerados peligrosos por el Tercer Reich.[40] Consistían en grandes familias extensas que pertenecían a una u otra de diversas tribus más grandes—los Romaníes, los Sinti, los Lalleri—y vivían al estilo nómada. Habían llegado a Europa central a finales del siglo XV, algunos han afirmado que a través de Egipto (origen de la denominación *gitano*); de hecho, procedían originariamente de India. De piel oscura, con una lengua diferente, apartados del resto de la sociedad alemana y dependientes del comercio itinerante de un tipo u otro, arrastraban un estigma social y se les había aplicado una legislación represiva muy dura cuando emergieron los estados territoriales en el periodo de consolidación política y social que siguió al final de la Guerra de los Treinta Años en 1648. Los románticos de comienzos del siglo XIX los habían idealizado como primitivos y exóticos, los depositarios de ciencias ocultas como la adivinación de la fortuna. Pero con la emergencia de la biología racial hacia finales del siglo, los legisladores y los administradores empezaron a incluirles otra vez dentro de las clases delincuentes. Los gitanos fueron sujetos a un hostigamiento creciente por parte de la policía a causa de su rechazo a sujetarse al ideal moderno de ciudadano—ir a escuela, pagar impuestos, registrar un domicilio fijo—y por su indiferencia hacia las nociones convencionales de propiedad privada, trabajo, regularidad, higiene, etc. Las violaciones a la red cada vez más estrecha de reglas que constreñía la sociedad en todas las áreas significaban que la mayoría de gitanos tuvieran historiales delictivos, lo que simplemente confirmaba a los representantes de la ley en que se trataba de sujetos predispuestos hereditariamente a la delincuencia. En 1926, el gobierno bávaro aprobó una ley especialmente severa contra los gitanos que los situaba al mismo nivel que los vagabundos y los perezosos y creó una oficina central para recoger sistemáticamente información sobre ellos. Al cabo de diez años había recopilado un índice con cerca de 20.000 expedientes.[41]

En un primer momento, la llegada del Tercer Reich no supuso grandes cambios para los gitanos alemanes, excepto en los casos en que caían dentro de otras categorías perseguidas por el régimen, como los delincuentes, los

asociales o los perezosos. Cierto número de autoridades locales y regionales intensificaron el hostigamiento a los nómadas con incursiones en sus campamentos, expulsiones de los lugares donde descansaban y la detención de los que pedían limosna. El 6 de junio de 1936, el ministro del Interior presentó un decreto que permitía coordinar esfuerzos y unas cuantas ciudades empezaron a instalar campamentos especiales para gitanos similares al instalado en Frankfurt am Main. No se trataba exactamente de campos de concentración ya que, en principio, los gitanos podían entrar y salir cuando les viniera en gana y no se intentó imponer disciplina ni infligir castigos. Sin embargo, las condiciones eran a menudo muy precarias: el campamento del suburbio berlinés de Marzahn, que custodiaba a 600 gitanos expulsados a la fuerza de la ciudad en julio de 1936, sólo tenía dos letrinas, tres fuentes de agua, no tenía electricidad y demasiados pocos barracones para los que no tenían caravana. Las enfermedades eran frecuentes y, en marzo de 1939, cerca de un 40 por 100 de los internos tenía sarna. Los guardas más brutales lanzaban los perros a los internos que no cumplían sus órdenes. En esa época ya contenía a más de 800 internos y disponía de una escuela. Sin embargo, la mayoría de gitanos siguió viviendo en sociedad, especialmente porque había un alto índice de matrimonios con alemanes, y muchos vivían en pisos o habitaciones alquilados en lugar de continuar su estilo de vida nómada tradicional.[42]

En 1938, Himmler lanzó una serie de medidas de prevención de la delincuencia en que incluyó el traslado de la Oficina Central de Asuntos Gitanos a Berlín y su conversión en una autoridad del Reich. Sus redadas policiales contra supuestos perezosos habían afectado a un número sustancial de gitanos, pero todavía no se les perseguía específicamente por motivos raciales. No fue hasta el 8 de diciembre de 1938 que Himmler publicó un decreto de este tipo contra los gitanos, aunque se estuvo preparando durante meses. El decreto consolidaba medidas ya existentes y las centralizaba bajo el control de la Policía Criminal en Berlín. El decreto ordenaba el registro de todos los gitanos y personas sin domicilio fijo y que se les sometiera a examen biológico y racial. En la tarjeta de identidad resultante constaría si el sujeto era gitano, gitano mestizo o persona sin domicilio fijo no gitana; sólo los que tuvieran tarjeta podrían obtener un

trabajo, el carné de conducir, subsidios, etc. El registro se llevó a cabo a partir de los archivos policiales y con la asistencia de un instituto especial de investigación asociado en 1936 a la Oficina de Salud del Reich bajo la dirección del doctor Robert Ritter, un joven médico que se convirtió rápidamente en el consejero favorito del gobierno sobre los gitanos. Nacido en 1901, Ritter era el forense que había organizado el equipo de investigadores que visitaba los campamentos de gitanos, medía y registraba a los internos y hacía análisis de sangre: los que rechazaban colaborar eran amenazados con ser enviados a un campo de concentración. Ritter y su equipo peinaron archivos parroquiales, utilizaron los archivos de la Oficina Central de Asuntos Gitanos de Munich y compilaron un índice de más de 20.000 personas. Muy pronto, Ritter pudo vanagloriarse de que conseguiría tener datos de todos los gitanos y mestizos de Alemania.[43]

Ritter sostenía que los gitanos eran una raza primitiva e inferior, incapaz por constitución de llevar un estilo de vida normal. Por tanto, los gitanos puros no eran una amenaza para la sociedad y se les debía permitir llevar su vida a su estilo nómada tradicional. Sin embargo, advirtió, quedaban muy pocos gitanos puros. La gran mayoría de los llamados gitanos se habían mezclado con alemanes de los barrios bajos, donde habían fundado sus hogares y, de este modo, habían creado un sustrato peligroso de delincuentes y vagos. Ritter dio la vuelta de este modo al dogma nazi del antisemitismo, de acuerdo con el cual los judíos puros constituían una amenaza mayor para Alemania que los judíos mestizos. Estas teorías daban justificación pseudocientífica a las medidas policiales efectuadas ahora por Himmler. Éstas gozaban de un amplio apoyo entre trabajadores sociales, criminólogos, autoridades policiales, municipios y los ciudadanos alemanes de a pie. El decreto de 8 de diciembre de 1938 prohibía a los gitanos viajar en grupo, ordenaba la expulsión de los gitanos extranjeros y daba a la policía la facultad de detener a los ambulantes clasificados como asociales. El decreto aplicó la legislación racial existente a los gitanos, que ahora tenían que mostrar un certificado de idoneidad antes de que se les permitiera casarse. Era poco probable que les fuera entregado. En marzo de 1939, Himmler ordenó que en el futuro se controlara la mezcla racial entre gitanos y alemanes. Las oficinas regionales de la Policía Criminal se vieron

obligadas a disponer de una oficina especial para tratar con los gitanos. Se trataba de garantizar que una vez los gitanos hubieran pasado el examen racial se les entregaran tarjetas de identidad especiales de color marrón para los gitanos puros, marrón con una banda azul para los mestizos y gris para los ambulantes no judíos. Cuando estalló la guerra, Himmler ya había avanzado un largo trecho en los preparativos de lo que en su decreto de 8 de diciembre de 1938 había bautizado como «solución final de la cuestión gitana».[44]

V

Si el régimen se enfrentó de manera gradual a la «cuestión gitana» y, por lo menos al principio, sobre la base de políticas previas sólo racistas en parte, y no muy diferentes de las que se llevaban a cabo en otros países europeos, no se puede decir lo mismo acerca de su trato a otra minoría, mucho más reducida, de la sociedad alemana: los llamados «bastardos renanos». La misma denominación era una manifestación polémica de la terminología nacionalista, referida a los alemanes negros o mestizos resultado, así se creía de forma casi universal, de la violación de mujeres alemanas por parte de las tropas coloniales africanas francesas durante la ocupación del Rin después de 1919 y, sobre todo, del Ruhr en 1923. De hecho, se registraron muy pocas violaciones; la mayoría eran descendencia de uniones consentidas y existían, según un censo posterior, no más de 500 o 600; otros afroalemanes, aunque se les veía como un producto de la ocupación francesa, eran los hijos de colonos alemanes y de mujeres africanas del periodo colonial anterior a 1918 y de años posteriores, cuando muchos alemanes regresaron de las antiguas colonias como Camerún o Tanganica (la actual Tanzania). Sin embargo, fue tanta la publicidad que se dio a las acusaciones de violación, que durante los años veinte se siguió hablando de ello. Para los nacionalistas, los afroalemanes eran la encarnación de la vergüenza de Alemania.[45]

En 1927, en el Ministerio bávaro del Interior ya circulaban propuestas para que se procediera a su esterilización por miedo a la introducción de características africanas a la sangre alemana. Tan pronto como los nazis

llegaron al poder, estas propuestas resucitaron y Göring ordenó que se recogiera información sobre estos niños, muchos de los cuales eran ahora adolescentes.

Las investigaciones de que fueron objeto algunos de ellos por parte de expertos raciales concluyeron, de forma bastante predecible, que se trataba de seres inferiores en todos los aspectos. Pero la base legal para proceder a su esterilización según las disposiciones de la ley de 1933 era muy poco firme. De modo que, después de largas deliberaciones burocráticas, en 1937 se decidió la esterilización de estos muchachos sobre la base única de la autoridad del Führer, casi seguramente con el apoyo explícito de Hitler. Se estableció una comisión especial dentro de la Gestapo formada por higienistas raciales y antropólogos y se abrieron delegaciones en el Rin. Se localizó y examinó a los jóvenes en cuestión. El programa de esterilización, organizado en secreto por Ernst Rüdin, Fritz Lenz y Walter Gross, entre otros, fue adelante.[46]

El caso archivado por la Gestapo con el número 357, un chico nacido en 1920 de la unión consentida entre una mujer alemana y un soldado colonial francés de Madagascar, que reconoció voluntariamente su paternidad, confirmada por la madre, demuestra hasta qué punto afectó la medida a los individuos afectados más directamente. Un examen médico antropológico realizado en 1935 concluyó que las características faciales del chico no eran alemanas sino negroides. Cuando se decidió el programa de esterilización, el chico había empezado a trabajar en una gabarra en el Rin. La Gestapo lo localizó y lo detuvo en la medianoche del 29 de junio de 1937. La delegación de Colonia ordenó su esterilización sobre la base de la confirmación de la paternidad por parte de la madre y del examen médico de 1935. La madre y su nuevo marido, un alemán, dieron su consentimiento, muy probablemente bajo presión considerable de la Gestapo, y el chico fue sometido a una vasectomía en el Hospital Evangélico de Colonia el 30 de junio, el día posterior a su detención. El 12 de julio le dieron el alta y regresó a su trabajo. Aunque era ciudadano alemán, no se le dio la oportunidad de protestar o de apelar la decisión porque era menor de edad. Muchos de los esterilizados eran todavía más jóvenes. Chicas de doce años fueron obligadas a hacerse una ligadura de

trompas. Podemos preguntarnos cuántos de ellos eran realmente conscientes de lo que les hacían, o de los motivos, o de las consecuencias que podía tener en sus vidas. El número real de personas sujetas a esta medida no se conoce, pero es probable que en la región sumaran unas 500. Sin embargo, después de este episodio los dejaron tranquilos, a menos que se pusieran a malas con el régimen por alguna otra razón. Un número sustancial de afroalemanes, en efecto, consiguió ganarse la vida en circos y ferias y trabajando como extra en películas alemanas ambientadas en las colonias africanas. Los efectos de su esterilización, físicos o psicológicos, permanecieron en su interior por el resto de sus vidas.[47]

VI

En paralelo a la persecución de estas minorías raciales, los nazis también persiguieron con cada vez mayor intensidad a un grupo mucho más grande de ciudadanos alemanes. Como en la mayoría de países europeos, el comportamiento homosexual entre los hombres, aunque no entre las mujeres, hacía mucho tiempo que se encontraba fuera de la ley en Alemania. El párrafo 175 del Código Penal del Reich prescribía la cárcel para aquellos hombres que se entregaran al «intercambio sexual» con otros hombres. En otras palabras, para asegurar una condena era necesario demostrar que había ocurrido penetración. Se trataba de una definición muy restrictiva difícil de demostrar y que dejaba sin castigar muchas prácticas sexuales homosexuales. La cultura homosexual floreció durante la República de Weimar en la atmósfera relajada de Berlín y en una o dos grandes ciudades más, de modo que se convirtió en una especie de imán para los homosexuales que se alejaban de otros países más represivos. El más famoso fue, tal vez, el escritor británico Christopher Isherwood. Aun así, en un principio, los nazis no hicieron mucho más que seguir una ley ya en vigor antes de su llegada al poder al practicar redadas en bares y lugares de reunión notoriamente homosexuales de Berlín y al aplastar el movimiento para la abolición del párrafo 175, aunque la violencia que acompañó a estas acciones no se puede justificar, ciertamente, por ningún código legal existente.[48]

Para los nazis, los homosexuales eran degenerados, afeminados y pervertidos: al rechazar tener hijos socavaban la fuerza de la raza alemana, y subvertían la idea de masculinidad que propagaba tanto la política nazi. Para Heinrich Himmler, cuya formación burguesa estrecha de miras le había imbuido los prejuicios sociales en este campo más allá de lo normal, la homosexualidad era un «síntoma de las razas decadentes», era la causa del «fracaso» de «todos los logros, de todos los intentos de conseguir cosas en un Estado». En la República de Weimar había millones de homosexuales, dijo a los oficiales de las SS en 1937, de modo que no era raro que fuera un régimen débil, caótico e incapaz de devolver Alemania al lugar que le correspondía en el mundo. El miedo patológico de Himmler a la homosexualidad reforzó todavía más su creencia en que sólo grupos estrechamente unidos de hombres arios podían dirigir Alemania y el mundo. Pero, ligados por estrechos lazos de camaradería, viviendo juntos en campamentos y barracones y pasando la mayor parte del tiempo en su compañía en lugar de con el sexo opuesto, podían caer fácilmente presas de urgencias sexuales los unos con los otros: el homoerotismo podía traspasar la barrera fatal hacia la homosexualidad. Himmler no sólo era partidario de advertir a las SS sobre los peligros de la homosexualidad masculina, sino de imponer las sanciones más duras a los oficiales y soldados hallados culpables de entregarse a ella, incluso la pena de muerte.[49]

Por el contrario, los nazis no prestaron apenas atención a la homosexualidad femenina. Como en la mayoría de países europeos, en Alemania no iba en contra de la ley: el Código Penal no hacía referencia a ella. Sin embargo, en la Alemania nazi las lesbianas podían ser detenidas y enviadas a campos de concentración si las autoridades consideraban que se pasaban de la raya. En los tribunales se vieron casos relacionados con el párrafo 176 del Código Penal, que prohibía la explotación sexual de subordinados por parte de superiores, registrados en organizaciones como las Juventudes Hitlerianas y la Liga de Muchachas Alemanas. Además, a causa de su estilo de vida poco convencional y por su rechazo frecuente a asumir la que el régimen consideraba principal obligación natural de las mujeres con la raza, es decir, tener hijos, las lesbianas fueron clasificadas en algunos casos como asociales. Casarse con otro homosexual como tapadera

(por parte de los dos miembros de la pareja), una práctica cada vez más común en estos círculos a partir de 1933, no servía necesariamente de ayuda, ya que el hecho de que estas parejas raramente tenían hijos también despertaba el escrutinio hostil de las autoridades. En 1933, la policía clausuró los clubes y bares de lesbianas, que no pudieron volver a abrir. Aun así, no se produjo una persecución sistemática de las lesbianas como sí la hubo contra los hombres homosexuales. Siguió funcionando una sociedad lesbiana, especialmente en grandes ciudades como Berlín, aunque entre bastidores. No se las consideraba una amenaza real, dado el concepto nazi de las mujeres como seres esencialmente pasivos y subordinados.[50]

Por otro lado, la homosexualidad masculina fue objeto de escrutinio, y no sólo por parte del obsesivo Heinrich Himmler. Las publicaciones de las SS se hicieron eco a menudo de la opinión de Himmler según la cual era necesaria «la erradicación de los degenerados para mantener la pureza de la raza». Pero ésta tenía sus límites. La medicina y la ciencia trataba ciertamente a la homosexualidad como una perversión. Pero como sucedía con otros tipos de desviación, se tendía a distinguir entre el núcleo de incorregibles, que Himmler calculaba que constituía el 2 por 100 de la población homosexual, unos 40.000 hombres, y los demás, que se podían curar de su perversión por medio de la reeducación. En su opinión, el mejor lugar para llevarla a cabo eran los campos de concentración, por lo que la reeducación estaba estrechamente ligada con los castigos físicos, concebidos como un elemento disuasorio de futuras conductas homosexuales, una postura que no distaba mucho de la de los tribunales. Y fue precisamente a los tribunales donde Himmler tuvo que dejar el asunto en un primer momento; en 1933, las SS todavía eran una organización relativamente pequeña, casi eclipsada del todo por las SA, mucho mayor y muy diferente. Dirigida por Ernst Röhm, cuya homosexualidad era un secreto a voces, los camisas pardas no emprendieron acciones contra los homosexuales en sus propias filas. No sólo los enemigos de Röhm, los socialdemócratas, sino también sus rivales dentro del movimiento nazi sacaban a colación su homosexualidad, y la de otros jefes pardos, como un punto de controversia, especialmente cuando Röhm fue llamado a hacerse cargo del liderazgo de las SA a comienzos de 1931. Pero Hitler hacía caso

omiso de la cuestión. Las SA no eran, afirmó, «una institución moral para la educación de jovencitas, sino un grupo de duros combatientes». La vida privada de sus dirigentes y miembros era tan sólo de su incumbencia, a menos que no «contraviniera seriamente los dogmas básicos del nacionalsocialismo». Mientras tanto, cualquiera que atacara a Röhm o a sus camaradas por su sexualidad podía ser expulsado del movimiento. Esto no detuvo la discusión, tanto dentro del partido como fuera, sobre la sexualidad de Röhm. Pero Hitler consideraba que el jefe de las SA era indispensable y la cuestión no fue, de momento, más allá.[51]

La situación cambió drásticamente a partir del 30 de junio de 1934, cuando Hitler atacó a la cúpula de las SA y utilizó la homosexualidad de Röhm y de otros dirigentes asesinados por orden suya, especialmente Edmund Heines, para explicar sus acciones. La Noche de los Cuchillos Largos proporcionó a Himmler la ocasión que esperaba. En un discurso ante miembros destacados de las SS, Himmler afirmó que Röhm había intentado establecer una dictadura homosexual y llevar el país a la ruina, una opinión manifestada también por Alfred Rosenberg. La homosexualidad significaría ahora la inmediata expulsión del movimiento. El Partido Nazi y sus organizaciones filiales se vieron sacudidos por una ola de homofobia. Las fuerzas policiales practicaron una nueva serie de redadas contra los homosexuales y sus lugares de reunión. Se detuvo de nuevo a 48 hombres con condenas previas por pederastia y se les envió a Dachau. En diciembre de 1934, se informó de la detención de 2.000 hombres en una serie de redadas policiales en bares y clubes homosexuales. Tras la acción contra Röhm, se creó en la Gestapo un nuevo departamento con la finalidad de compilar un fichero de homosexuales, especialmente de los que había dentro del partido. Estas medidas favorecieron la proliferación de denuncias, ya que se trataba de un comportamiento que tenía lugar, mayoritariamente, a puerta cerrada. A mediados de 1935, se desarrollaba una serie de procesos contra dirigentes de las Juventudes Hitlerianas por el párrafo 175. Docenas de ellos fueron enviados en secreto al cuartel general de la Gestapo en Berlín para ser interrogados. A un buen número de ellos se les envió a campos de concentración por periodos indefinidos de tiempo después de haberles arrancado una confesión. Himmler utilizó también este

nuevo clima para librarse de personajes incómodos, como el líder regional del partido en Silesia, Helmut Brückner, que se había quejado de los numerosos asesinatos cometidos por el oficial de las SS Udo von Woyrisch en su área durante la purga contra Röhm. Himmler consiguió que se detuviera a Brückner por indecencia grave cometida con un oficial del Ejército, fue expulsado de su oficina y condenado a dieciocho meses de prisión. Brückner protestó que antes del 30 de junio de 1934, cuando había tenido la relación de que se le acusaba, a nadie le importaba que fuera bisexual, pero nadie le hizo caso.[52]

Como era habitual en la práctica legal del Tercer Reich, Brückner fue condenado retroactivamente por una ley aprobada el 28 de junio de 1935. Se trataba de una enmienda a los términos del párrafo 175 que definía el comportamiento homosexual, en términos mucho más vagos que antes, como un «acto sexual contra natura» [*Unzucht*] y endurecía los castigos. El requisito por el cual se tenía que demostrar que había habido penetración fue eliminado. En febrero de 1937, Himmler dedicó un largo discurso a la cuestión, advirtiendo a los dirigentes de las SS de la expulsión, juicio y condena de cualquier homosexual que se encontrara en la organización. Una vez fueran puestos en libertad serían enviados a un campo de concentración donde se les dispararía «cuando intentaran escapar», continuó.[53] Las fuerzas policiales en toda Alemania recibieron instrucciones sobre cómo reclutar informadores en los lugares frecuentados por homosexuales y se redoblaron los esfuerzos para compilar dossiers sobre todos los posibles sospechosos. No es extraño que las condenas se multiplicaran. En los años de 1933 a 1935, se condenó a cerca de 4.000 hombres por el párrafo 175, tanto en su formulación no enmendada como en la enmendada; sin embargo, en los años 1936 a 1938, la cifra subió a 22.000. A partir del 1 de octubre de 1936, las redadas y las detenciones empezaron a ser coordinadas por una nueva Oficina Central del Reich para el Combate contra la Homosexualidad y el Aborto que se agregó al departamento de la Gestapo creado para tratar de la misma cuestión tras la purga contra Röhm y dio nuevo ímpetu a la ola de persecuciones.

Durante todo el Tercer Reich se detuvo a una cifra no inferior a 50.000 hombres por el párrafo 175, cerca de la mitad en el periodo de 1937 a 1939; unos dos tercios fueron condenados y enviados a la cárcel. Sin embargo, estas cifras deben ser analizadas en la perspectiva de una criminalización general de la homosexualidad en las sociedades industriales avanzadas hasta el último tercio o cuarto del siglo XX. Si tenemos en cuenta que entre 1953 y 1965 se procesó en la República Federal Alemana a cerca de 100.000 hombres por violar el párrafo 175 del Código Penal, de los que cerca de la mitad fueron condenados, la cifra parece menos impactante.[54] Las relaciones homosexuales consentidas no fueron legalizadas en la Alemania Federal hasta que el párrafo 175 fue objeto de enmienda en 1959 y otra vez en 1965. El hecho de que los homosexuales encarcelados durante el Tercer Reich fueran condenados por tribunales ordinarios por un párrafo del Código Penal ha sido un gran obstáculo para que el colectivo viera reconocidos sus sufrimientos.[55] Las cifras tampoco estaban lejos de los niveles internacionales, aunque el pico de procesos llevados a cabo entre 1937 y 1939 tal vez sí. En Gran Bretaña, la homosexualidad entre dos hombres adultos estaba penada con dos años de cárcel desde el siglo XIX; en este sentido, la enmienda de 1935 al párrafo 175 hizo poca cosa más que ponerse al mismo nivel de lo que era habitual en otros lugares. A comienzos de los años cincuenta, las policías de Inglaterra y Gales despachaban cada año un millar de casos de sodomía y bestialidad y 2.500 casos de comportamiento indecente. Estas cifras señalan un incremento drástico con respecto a las estadísticas de los años treinta, cuando había menos de 500 casos al año por ambos delitos—un salto que se puede atribuir en gran medida al nombramiento de altos funcionarios de justicia rabiosamente homófobos en los años intermedios.[56]

Aun así, en la persecución de los homosexuales existía una diferencia básica entre la Alemania nazi y otros estados modernos. A su puesta en libertad de la prisión, una minoría sustancial de infractores contra la ley alemana fue detenida de nuevo inmediatamente por la Gestapo o las SS y enviada directamente a un campo de concentración, una práctica cada vez más habitual a partir de 1937. En conjunto, entre 1933 y 1945 se encarceló en campos a entre 5.000 y 15.000 homosexuales.[57] En los campos se les

distinguía con un triángulo invertido de color rosa cosido al uniforme, que les identificaba como homosexuales en contraste a los prisioneros políticos (rojo), los asociales (negro), los delincuentes (verde), etc. En la jerarquía de los prisioneros, los homosexuales se encontraban a un nivel muy bajo, sujetos a un trato brutal y despectivo por parte de los guardas, y su esperanza de vida era significativamente más corto que el de otros reclusos. Una investigación ha llegado a la conclusión de que la mortalidad del grupo en los campos se situó por encima del 50 por 100 durante todo el Tercer Reich, por un 40 por 100 de los políticos y un 35 por 100 de los testigos de Jehová. Este porcentaje situaría el número total de homosexuales muertos en los campos entre 2.500 y 7.500.[58] No existen paralelos a esta política deliberadamente asesina en otros países, por muy severos que fueran o por muy libres que se sintieran los homófobos para mortificar a los homosexuales sin miedo a represalias.

Los que escaparon de la muerte se tuvieron que enfrentar a una alternativa terrible. Un número significativo de homosexuales fue objeto de castración «voluntaria» para «curarles» de su «degeneración». La naturaleza legalmente dudosa de este procedimiento no evitó que se presionara a los internos de las prisiones y los campos de concentración para que se hicieran castrar. A los homosexuales que se encontraban en prisión se les dijo en ocasiones que si rechazaban la medida serían entregados a la Gestapo una vez puestos en libertad o puestos bajo confinamiento de seguridad. En consecuencia, hasta 1939 se castró «voluntariamente» a unos 174 hombres en instituciones penales del Estado. Es probable que el número de castrados en los campos fuera mucho más alto y excediera los 2.000.[59] La escala de estas operaciones hace palidecer a las que se llevaron a cabo en otros países: la castración obligatoria sólo se llevó a cabo en Finlandia y en algunos estados de EE UU. Además, la Ley de delincuentes habituales alemana de 24 de noviembre de 1933 permitía que se castrara a los delincuentes sexuales de todo tipo, aunque fuera contra su voluntad, como defendían destacados criminólogos y expertos en derecho penal. Para que se llevara a cabo la castración era necesario haber cometido dos delitos sexuales graves, y hasta finales de 1939 un poco más de 2.000 hombres fueron sometidos a este castigo.[60] Entre éstos no sólo

había violadores y pedófilos, sino un gran número de exhibicionistas, que podían ser ofensivos e irritantes para el público pero no constituían una amenaza física grave para nadie. A muchos delincuentes con un solo delito se les castró inmediatamente sin darles la oportunidad de rehabilitarse. Las secuelas físicas de la operación incluían dolor constante, pérdida de pelo y crecimiento de pechos, cansancio y obesidad. Para empeorarlo todavía más, la operación no eliminaba necesariamente el deseo sexual. Formalmente, no estaba permitido castrar a los homosexuales contra su voluntad, pero muchos de ellos no tuvieron oportunidad de elegir: la alternativa a la castración era el encarcelamiento a perpetuidad y la muerte probable en un campo de concentración.[61] Es probable que la persecución de los homosexuales durante el Tercer Reich sólo afectara directamente a una fracción de los homosexuales alemanes; pero la conciencia de lo que les podía pasar si eran denunciados, detenidos y condenados debió crear una gran sensación de miedo en todos ellos.[62]

LAS LEYES DE NUREMBERG

I

El diseño de las políticas de discriminación contra minorías como los homosexuales, gitanos, asociales, los deficientes mentales o físicos y los afroalemanes obedecía en primer lugar al deseo de purificar la raza alemana y prepararla para una guerra de conquista mundial. La sociedad alemana debía librarse a largo plazo de su lastre social, de los segmentos de la población que no podían desempeñar ningún papel en los preparativos de guerra, ya fuera afiliándose a las Fuerzas Armadas, trabajando duro en las fábricas de armamento o curtiéndose para el conflicto que se avecinaba. Visto así, el Estado y la sociedad alemanes arrastraban una serie de cargas que suponían una amenaza a largo plazo. Eliminarlas por medio de la prisión y, todavía más importante, sacarlas de la cadena hereditaria, supondría un ahorro para la nación al reducir el número de personas no productivas que, desde el punto de vista de los nazis, tenían que ser mantenidas por el resto de la población. Sin embargo, en la sociedad alemana existía una minoría totalmente distinta para los nazis: no era una carga molesta, sino una gran amenaza. No se trataba de simples vagos, ni de seres inferiores o degenerados—aunque la ideología nazi también les consideraba así—, sino que eran subversivos activos y estaban comprometidos en una gran conspiración para socavar y destruir todo lo alemán, una conspiración que no sólo estaba organizada desde el interior del país, sino que operaba a nivel internacional. Esta minoría, que no constituía más del 1 por 100 de la población, era la comunidad judía de Alemania.[63]

El antisemitismo estaba íntimamente relacionado con otros aspectos de la política racial nazi. La Ley para la prevención de enfermedades hereditarias fue concebida en origen como una parte más de un paquete que

incluyó leyes que retiraron la ciudadanía a los judíos y les prohibía el matrimonio y las relaciones sexuales con los arios. Estas últimas leyes, sin embargo, fueron retiradas temporalmente, en gran medida a causa del mal efecto que se creía ejercirían sobre la opinión pública en el extranjero. En los primeros años del régimen, las políticas de eugenesia del régimen contra las minorías como los asociales, los delincuentes, los gitanos y los homosexuales fueron mucho más radicales de lo que fueron las medidas contra los judíos. Cuando los judíos entraban en alguna de estas otras categorías, por supuesto, eran tratados más duramente que la mayoría; pero la política *general* del régimen hacia la minoría judía alemana no contemplaba la esterilización ni la castración por la simple razón de que la persona en cuestión fuera judía. Sin embargo, estas otras políticas demostraron a los nazis cuán lejos podían llegar con impunidad y les acostumbraron a ejercer sistemáticamente la violencia de Estado contra los individuos. Fue una experiencia que se demostró muy útil cuando las acciones antisemitas empezaron a cobrar radicalismo con el tiempo. Sin embargo, mientras tanto, el contraste era bastante evidente. Después de la promulgación de la ley de 7 de abril de 1933, que prohibía a los judíos ocupar cargos en el funcionariado, las universidades, la enseñanza, la justicia y otras instituciones del Estado, el gobierno puso el freno durante un tiempo a la violencia antisemita. Como hemos visto, su preocupación inmediata fue apaciguar el activismo violento de los camisas pardas. El régimen estaba preocupado por las consecuencias económicas de las acciones antisemitas en la frágil recuperación económica y tenía prevenciones sobre las consecuencias económicas y diplomáticas que la ley y el anterior boicot patrocinado por el gobierno contra las tiendas judías estaban ocasionando en la reacción de los estados y negocios extranjeros. Finalmente, también estaba ansioso por aplacar a sus cada vez más inquietos socios conservadores, que habían insistido, por medio del presidente Hindenburg, en excluir de la ley a los antiguos soldados.[64]

Los efectos de la ley de 7 de abril de 1933 tardaron en surtir efecto en las instituciones, pero a finales de 1933 la depuración era más o menos completa. El enfriamiento del ardor de los dirigentes no fue del agrado de muchos activistas del partido, sobre todo dentro de la División de Asalto,

que organizó repetidamente boicots contra las empresas judías durante este periodo, boicots que alcanzaron nuevos niveles de virulencia en la primavera de 1934. Tras la purga del 30 de junio de 1934, el activismo pardo estuvo apagado durante un tiempo, pero al llegar la Navidad las acciones de boicot se habían vuelto a poner en marcha. Además, las organizaciones locales del partido también impulsaron la marginación de empresas judías por otros medios, como hemos visto, y en este aspecto fueron fomentadas también por la cúpula del partido.[65] En la primavera y el verano de 1935 la violencia antisemita estalló de nuevo en muchos puntos del país. Se difundió más propaganda antisemita que nunca. La circulación del periódico antisemita sensacionalista *Der Stürmer* creció enormemente cuando su editor, Julius Streicher, el líder regional del partido en Franconia, firmó un contrato con el Frente del Trabajo para distribuir ejemplares en todas las fábricas y centros de trabajo del país. Desde ese momento, la presencia del periódico fue omnímoda e ineludible. El negocio hizo millonario a Streicher: el periódico había sido siempre de su propiedad y no de Eher, la editorial del partido.[66] Con el dinero y el poder que le proporcionó el contrato, Streicher pudo anunciar más el periódico, con carteles prácticamente en cada esquina. Además de él, otros líderes regionales convocaron mítines y pronunciaron discursos para arengar al pueblo, y especialmente a los miembros del partido, sobre la maldad de los judíos. Al margen de estas acciones, se dieron otras influencias ideológicas más generales, desde un incremento de ventas de *Mi lucha*, de Hitler, hasta los frecuentes ataques a los judíos en la prensa del partido. Muchos grupos locales se creyeron legitimados para pasar a la ofensiva una vez más.[67]

Las razones de este recrudecimiento de los ataques contra los judíos alemanes por parte de grupos del partido y de los camisas pardas en 1935 estribaban, sobre todo, en la popularidad menguante del régimen. Como hemos visto, por mucha que fuera la euforia que acompañó al establecimiento del Tercer Reich por parte de los nazis en 1933, ésta fue desapareciendo durante 1934, y el breve estímulo que supuso para el régimen la acción decidida de Hitler contra el supuesto intento de *putsch* por parte de Röhm a finales de junio de 1934 se había disipado a finales de año. Durante los primeros meses de 1935, la Gestapo, el Servicio de

Seguridad y otros agentes informaron sobre un fuerte aumento del descontento popular, mientras que las condiciones materiales seguían siendo pobres, los niveles reales de desempleo seguían siendo altos, los precios de la comida y de otras necesidades básicas aumentaban y el pueblo empezaba a cansarse de las demandas constantes de aclamación, apoyo y dinero por parte del régimen. Los rumores y chistes sobre la corrupción de los jefes nazis locales y regionales se multiplicaban, y los esfuerzos del Ministerio de Propaganda para generar un entusiasmo popular positivo hacia el Tercer Reich parecían fracasar.[68] Dentro del mismo movimiento nazi, el aplastamiento de la esperanza de una «segunda revolución» en los meses de junio y julio de 1934 había provocado resentimientos. El deseo de acción violenta, muy arraigado en sectores de las SA, necesitaba ser encauzado. ¿Cómo podían justificar los camisas pardas su existencia ante ellos mismos o ante el partido si no era por medio de la acción violenta? Al fin y al cabo, ésta era la razón por la que habían sido creados. Pero el deseo de reanudar una política de lucha no era exclusivo de los veleidosos camisas pardas. Más generalmente, el Partido Nazi era muy consciente del hecho de que no sólo había fracasado a la hora de mantener el entusiasmo de la población, sino que estaba perdiendo los apoyos de siempre. Se necesitaba llevar a cabo alguna acción.

El deseo de introducir medidas contra el matrimonio y las relaciones sexuales entre judíos y no judíos, creando una categoría especial de ciudadanía para los judíos y acelerando su expulsión de la vida económica, era frecuente desde mediados de 1933 no sólo dentro del Partido Nazi sino entre sectores significativos del funcionariado. El punto 4 del programa del Partido Nazi manifestaba inequívocamente que los judíos no serían ciudadanos de pleno derecho del Tercer Reich y, en algunos de sus primeros discursos, por no mencionar en *Mi lucha*, Hitler había evidenciado su intolerancia visceral hacia las relaciones sexuales entre arios y judíos. El grupo del partido en el Reichstag había intentado aprobar en marzo de 1930 una ley que prohibiera la mezcla racial, con sanciones que llegaban a contemplar la pena de muerte. Estas disposiciones extenderían todavía más la influencia del partido en los aspectos más íntimos de la vida privada. Además, una nueva ley de ciudadanía no sólo sometería los derechos a la

identidad racial, sino que también los haría depender de criterios políticos, con la denegación de derechos civiles a los elementos refractarios. Sacar a los judíos de la vida económica aplacaría a los muchos seguidores del partido de clase media baja y les proporcionaría las oportunidades tanto tiempo esperadas de mejorar su situación. Se consideraba que una nueva campaña de propaganda, terror y legislación antisemita desviaría la hostilidad popular hacia el régimen al atribuir todas las culpas de la situación miserable de la población a los judíos.[69]

Las acciones antisemitas llevadas a cabo en la primavera y el verano de 1935 adoptaron formas muy diversas. En mayo, como hemos visto, se registraron numerosos boicots contra tiendas judías organizados por los camisas pardas y hombres de las SS, acompañados a menudo de violencia. Fue también en esa época cuando se colocaron carteles antisemitas en los márgenes de los caminos de acceso a muchas ciudades y pueblos. No eran nada nuevo, ya que en el feudo de Julius Streicher en Franconia se habían erigido muchos, pero en la primavera y verano de 1935 se colocaron en muchos otros lugares, incluso en el sur de Baviera. El lema más común era «Aquí no queremos judíos», pero algunos intentaron adoptar un tono irónico («Nuestra demanda de judíos ha sido abastecida suficientemente»), claramente amenazante («¡Los judíos entran en esta localidad por su cuenta y riesgo!») o apelaban al sentimiento religioso («El padre de los judíos es el Diablo»).[70] En ciertas localidades, entre ellas Weimar, las autoridades locales prohibieron a los judíos acudir al cine; en las puertas de entrada de los tranvías de Magdeburg se colocaron carteles con las palabras «No queremos a judíos». En la misma ciudad también se prohibió la entrada a los judíos en la biblioteca municipal. Las tabernas y restaurantes de Stralsund y de otros lugares cerraron las puertas a los clientes judíos. Las piscinas y baños públicos, informó en agosto un agente socialdemócrata, fueron cerradas a los judíos en «incontables comunidades». Los cementerios y sinagogas judíos fueron profanados. Los no judíos que tenían relaciones con judíos fueron objeto de escarnio público en tanto que «profanadores de la raza» y tuvieron que ser custodiados con frecuencia por la Gestapo, por una vez por su propia seguridad. La atmósfera en las calles

de muchas ciudades de Renania, Westfalia, Hesse, Pomerania y la Prusia oriental era tan amenazadora que muchos habitantes judíos apenas se atrevían a salir de casa.[71]

Este tipo de acciones era alentado no sólo por la atmósfera general de antisemitismo, sino también explícitamente por figuras destacadas del partido. «Alguna gente piensa—dijo Goebbels en una manifestación del Partido Nazi en la región de Berlín el 30 de junio de 1935—que no nos hemos dado cuenta de que los judíos están intentando volver a campar a sus anchas por nuestras calles. Los judíos deberían observar las normas de la hospitalidad y no comportarse como si fueran como nosotros». El 15 de julio, en una información sobre las befas que «tropas de agitadores judíos» habían hecho en el estreno de una película antisemita tres días antes, el periódico berlinés de Goebbels, *Der Angriff*, exhortó a los miembros del partido a pasar a la acción violenta: los judíos, afirmaba el diario, deben saber «que no bajamos la guardia». De hecho, la «manifestación» judía, ya fuera real o inventada, fue la excusa utilizada por Goebbels para justificar la violencia antisemita que siguió inevitablemente, con activistas del partido propinando palizas a judíos en la principal calle comercial de la ciudad, el Kurfürstendamm, o siguiéndoles hasta las tabernas y bares cercanos, donde les agredían físicamente. El incidente hizo estallar a su vez una nueva ola de violentas acciones de boicot en otros puntos del país.

Goebbels no fue el único líder nazi en exaltar de este modo a sus seguidores. El 30 de agosto de 1935, Julius Streicher organizó una manifestación en Hamburgo. El día antes, grupos de camisas pardas marcharon en dos vehículos por las calles de la ciudad donde residían judíos lanzando antorchas ardiendo con cánticos de «¡Muerte a los judíos!». A los camaradas del partido se les comunicó que la asistencia a la manifestación era obligatoria; una campaña masiva de publicidad ofrecía entradas a diez marcos para los desempleados. Asistieron 20.000 personas, muchos de ellos vestidos con uniformes de las SA, las SS, las Juventudes Hitlerianas, el Servicio Laboral u otros, situados estratégicamente entre el público para provocar aplausos en los puntos culminantes del discurso de Streicher. Aumentando progresivamente el tono de voz hasta adoptar un bramido ensordecedor, Streicher lanzó una invectiva contra los

corresponsales extranjeros que criticaban el antisemitismo nazi. «¡Aquí mismo digo que en Alemania hacemos lo que queremos con los judíos!», gritó. Cuanto más avanzaba en su discurso, según observó un asistente que informó clandestinamente a los socialdemócratas exiliados en Praga, Streicher se iba volviendo más y más obsceno, afirmando no sólo que cientos de mujeres alemanas habían sido violadas por judíos sino dando detalles gráficos de estos supuestos delitos. Cuando una chica daba a luz al cabo de nueve meses de casarse con un judío, prosiguió, «¿qué es lo que se mece en la cuna, camaradas? ¡Un pequeño simio!». Algunos asistentes abandonaron la manifestación; otros, adscritos al Servicio Laboral, hacía rato que aparentemente se habían dormido. A pesar de ello, aunque la gente corriente de la audiencia parecía o bien indiferente o bien indignada, tales delirios tuvieron que surtir efecto entre los nazis más convencidos del público. Afirmaciones de este tenor fueron repetidas, si bien de modo menos extremo, por otros dirigentes nazis en todo el país. La mayoría de dirigentes locales y regionales del partido interpretaron la insistencia de Streicher sobre la necesidad de que las acciones antisemitas tuvieran cobertura legal y no fueran violentas como un simple intento de calmar la opinión pública en el interior y en el extranjero.[72]

II

Ni esta ola de acciones terroristas ni la campaña ejercida en paralelo contra la Iglesia Católica tuvieron el efecto revitalizador deseado sobre el apoyo público al régimen. En efecto, la coincidencia de estas campañas provocó que muchos católicos simpatizaran con los judíos y que sintieran, según informó la Gestapo de Münster, que «las medidas contra los judíos» habían ido «demasiado lejos». En cualquier caso, los católicos eran hostiles al concepto de que la raza, más que la religión, fuera el principio que guiaba las acciones sociales. Los boicots y, todavía más, la violencia inspiraban «rechazo más que aprobación» entre la población, según informó otra delegación de la Gestapo. En Mannheim-Neckarau se llegó a la situación de que algunos clientes se enzarzaban a puñetazos con los camisas pardas que intentaban evitar que entraran en las tiendas de los judíos. Las clases medias

estaban especialmente trastornadas ante los desórdenes callejeros y temían su impacto sobre la opinión extranjera. Cínicamente, algunos eran de la opinión de que los activistas nazis pequeñoburgueses sólo estaban intentando sacarse de encima a la competencia.[73]

Un agente socialdemócrata de Baviera informó de la situación en términos más sutiles:

> La persecución de los judíos no tiene el apoyo activo de la población. Pero, por otro lado, no está fracasando del todo. La propaganda racista está haciendo mella inadvertidamente. El pueblo está perdiendo su imparcialidad hacia los judíos, y muchos se dicen que los nazis tienen razón en su lucha; la gente sólo está en contra de que esta lucha se salga de madre. Y cuando compran en grandes almacenes judíos no lo hacen para ayudarles sino para fastidiar a los nazis.[74]

En principio, la cúpula nazi no ponía objeciones a la violencia, pero fue creciendo la opinión de que, a pesar de los intentos de Streicher, estaba teniendo un efecto perjudicial sobre la opinión extranjera cuando el régimen todavía necesitaba apoyos. En la última semana de agosto de 1935, se informó de que los camisas pardas habían llevado a cabo una manifestación violenta contra los judíos de Breslau que había terminado con una paliza al cónsul sueco. Hablando por boca de Hitler, Göring, Bormann y Hess dieron instrucciones a la policía a finales de julio y principios de agosto para detener las acciones de terror descoordinadas contra los judíos. Según dijo Göring a la Gestapo, pronto se darían normas de cómo tratar a los judíos. Estas líneas estaban ya en el aire. En los ministerios del Interior y de Justicia se venía discutiendo intermitentemente sobre la cuestión desde julio de 1934, pero no se encontraba la manera de superar los formidables obstáculos legales a una nueva ley que regulara la ciudadanía y las relaciones sexuales interraciales. Sin embargo, el 21 de mayo de 1935 las disposiciones de una nueva Ley de defensa incluyeron ya la prohibición de «matrimonios mixtos» entre soldados alemanes y mujeres no arias. Las oficinas locales de registro ya habían empezado a rechazar las solicitudes de matrimonios mixtos. El 19 de julio, representantes de los ministerios de Justicia y del Interior y la oficina de Hess propusieron una ley que prohibiera del todo estos matrimonios. El asunto era urgente, en buena parte por las numerosas agresiones a «traidores a la raza» y por una ola de detenciones por parte de la Gestapo. En mayo de 1935 una nueva ley de

regulación de las solicitudes de ciudadanía por parte de extranjeros excluyó a los judíos y a otros no arios. Así, parecía que se había alcanzado un consenso sobre la acción legislativa. Cuando las organizaciones locales y regionales del partido fueron informadas de ello a comienzos de septiembre, la ola de acciones antisemitas violentas empezó finalmente a calmarse, aunque no se detuvo del todo.[75]

Cuando empezó la concentración anual del partido en Nuremberg el 9 de septiembre, los funcionarios del Estado y del partido estaban familiarizados no sólo con la idea de una nueva ley de ciudadanía sino con un número considerable de propuestas concretas para su formulación. Justo en ese momento, unos trabajadores del puerto de Nueva York que habían derribado una bandera con la esvástica de un barco alemán fueron dejados en libertad por un juez que acompañó su medida con una larga denuncia del nazismo y sus acciones. Hitler se enfureció tanto que decidió al momento que había llegado la hora de convertir la esvástica en bandera nacional de Alemania. Como dijo ante la concentración del partido el 11 de septiembre de 1935, el reciente congreso de la Internacional Comunista en Moscú, que había declarado una guerra internacional contra el fascismo, demostraba que había llegado el momento de hacer frente a la amenaza bolchevique, que consideraba un producto de una conspiración judía internacional. Hitler convocó de urgencia una sesión del Reichstag en Nuremberg el 15 de septiembre, el último día de la concentración; el hecho de que lo pudiera convocar de este modo demuestra cuán insignificante se había convertido este órgano. La sesión del Reichstag, decidió, sería el momento oportuno para introducir de una tacada las leyes sobre Ciudadanía, Sangre y Bandera. Después de redactar a toda prisa y en el último minuto el detalle de las leyes en colaboración con un funcionario del Ministerio de Justicia, Hitler las presentó el 15 de septiembre de 1935. Los judíos en Alemania, afirmó, habían estado utilizando la tensa situación internacional para provocar problemas. «Están llegando quejas vehementes desde incontables puntos sobre el comportamiento provocativo de individuos de este pueblo», afirmó: las provocaciones judías estaban bien organizadas y por ese motivo debían ser contestadas con acciones decididas para evitar «acciones defensivas individuales e incontroladas por parte de la población ultrajada».

En esta afirmación había una mezcla característica de mentiras y amenazas, rematada por la aseveración igualmente característica de que las nuevas leyes constituirían, «de una vez por todas, la solución definitiva».[76]

Hitler dejó la justificación detallada de las leyes a Göring, cuyo discurso ante el Reichstag dejó pocas dudas sobre su antisemitismo, tan fanático como el de Goebbels, Streicher y el mismo Führer. «[La esvástica] es el símbolo de nuestra lucha por nuestra raza específica, es la señal de la lucha contra los judíos en tanto que saboteadores de la raza», afirmó ante los uniformados diputados del Reichstag. El «insolente judío» que había insultado la bandera en Nueva York desde «un odio sin límites» a Alemania, había insultado a toda la nación. Por esa razón no había que permitir a los judíos izar la bandera. Las nuevas leyes, en efecto, irían mucho más lejos, y protegerían la sangre alemana de la contaminación de los judíos y de otras razas extrañas. Las leyes eran, según afirmó:

> Una declaración de fe en la fuerza y la bendición del espíritu nórdico-germánico. Sabemos que cometer pecado contra la sangre es pecar contra la herencia de un pueblo. Nosotros, el pueblo alemán, hemos sufrido mucho a causa de este pecado hereditario. Si analizamos hasta el fondo la raíz de la descomposición de Alemania, la encontramos en estos pecadores contra la herencia. De modo que debemos intentar conectar otra vez con la cadena hereditaria que nos enlaza con las tinieblas de la prehistoria. [...] Y el deber de todo gobierno y, por encima de todo, el deber del pueblo es garantizar que la pureza de la raza no vuelva a enfermar ni a pudrirse.[77]

Naturalmente, el parlamento aprobó por aclamación las tres leyes, que fueron publicadas íntegramente en páginas destacadas en los periódicos al día siguiente. Pero no eran tan simples ni sencillas como podían parecer a simple vista.[78] La Ley de ciudadanía definía a los ciudadanos del Reich exclusivamente como personas de «sangre o parentesco alemán». Igualmente crucial era que serían ciudadanas del Reich aquellas personas que «demostraran, mediante su conducta, su deseo de adaptarse y servir fielmente al pueblo y el Reich alemanes». Sólo los ciudadanos disfrutaban de plenos derechos políticos. El resto de la población, especialmente los judíos pero también los opositores del régimen, e incluso aquellos que se distanciaran silenciosamente por su falta de entusiasmo hacia sus políticas, eran meros «sujetos del Estado». Éstos tenían «obligaciones» hacia el Reich, pero no obtenían derechos políticos en contrapartida. Los detalles de

aplicación fueron confiados al Ministerio del Interior en coordinación con la oficina de Hess y, a su debido tiempo, dos funcionarios del ministerio, Wilhelm Stuckart y Hans Globke, publicaron un comentario justificando sus disposiciones y perfilando sus consecuencias. Al cabo de quince días, el ministro del Interior, Wilhelm Frick, había ordenado el despido de todos los funcionarios con ancestros judíos que quedaban en sus puestos a resultas de las disposiciones especiales de la Ley de funcionarios del 7 de abril de 1933.

¿Quién era judío, exactamente? El decreto de Frick incluía a las personas con como mínimo tres de los cuatro abuelos judíos y, naturalmente, a todos aquellos que practicaban la religión judía. De acuerdo con estimaciones contemporáneas, que divergen considerablemente, en 1935 había en Alemania otros 50.000 judíos que se habían convertido al cristianismo o eran hijos de padres judíos que se habían convertido, y 2.000 conversos con tres de los cuatro abuelos judíos. El alto índice de matrimonios mixtos entre judíos y cristianos a lo largo de las décadas precedentes sumaban entre 70.000 y 75.000 personas que sólo tenían dos abuelos judíos y entre 125.000 y 135.000 que sólo tenían uno. Además, de estos últimos, muchos estaban casados con no judíos, como lo estaban hasta 20.000 personas catalogadas por los nazis como judíos plenos, y muchos de éstos, a su vez, tenían hijos. Los nazis calcularon en 1939 que en el Gran Reich Alemán (incluyendo, en esa época, Austria y los Sudetes) existían 20.454 matrimonios mixtos. El mismo censo, el primero en definir a los judíos con criterios raciales, contabilizaba dentro del antiguo Reich alemán a 52.005 judíos en un 50 por 100 y a 32.669 judíos en un 25 por 100. Más del 90 por 100 de las personas definidas como mestizas pertenecían a alguna Iglesia cristiana. Como en toda legislación racista, el diablo estaba en los detalles y, en esas circunstancias, llegar a una definición rígida de quién era judío y quién no lo resultaba casi imposible. Los legisladores nazis se enfrentaban a un dilema ideológico irresoluble: ¿el veneno que creían que circulaba en la sangre alemana era tan virulento para que una pequeña mezcla fuera suficiente para convertir a una persona en judía o la sangre alemana era tan fuerte y sana que predominaba en la constitución hereditaria de una persona? Estas preguntas no tenían una respuesta

racional, porque no existía una base racional para las presunciones sobre las que descansaban. Las soluciones a que llegaron los nazis acerca de la cuestión de los alemanes mestizos y los matrimonios mixtos fueron al final completamente arbitrarias.[79]

Las minucias de la clasificación racial mantuvieron a los funcionarios ocupados en reuniones interminables y elaborando infinitos memorandos internos durante las semanas siguientes. Los más cautos advertían de que definir a los medio judíos como judíos añadiría un número sustancial de alemanes anteriormente leales al régimen a la nómina de enemigos internos del nazismo. Sus consejos prevalecieron, y estas personas fueron clasificadas en un decreto suplementario promulgado el 14 de noviembre de 1935 como mestizas en primer grado, a menos que profesaran la fe judaica o estuvieran casados con un judío, en cuyo caso serían contabilizados como plenos judíos (*Geltungsjuden*, en la jerga oficial), con todas las consecuencias que esto implicaba. Las personas con un solo abuelo judío fueron contabilizadas como mestizas en segundo grado. Disposiciones posteriores incluyeron a los nacidos fuera del matrimonio y a los nacidos después de la promulgación de las Leyes de Nuremberg en 1935 (que era más probable que fueran clasificados como judíos). Los legisladores evidenciaron la arbitrariedad de estas medidas al incluir una disposición final que daba a Hitler la potestad de eximir a quien quisiera y cuando quisiera. Hitler la utilizó a su debido tiempo, u otros lo hicieron en su nombre, estampando un sello con su firma en un documento conocido como Declaración de Sangre Alemana. Mientras tanto, al establecer los ancestros judíos, las autoridades sólo se basaban en si los abuelos de una persona habían practicado o no la religión judía, un hecho que convertía en un disparate las pretensiones científicas sobre la importancia de la raza y la sangre en la determinación de la identidad judía o alemana. Los genealogistas se convirtieron de repente en expertos rastreadores en todo el país, ya que los alemanes se lanzaron a buscar pruebas en los registros parroquiales y en otras fuentes de su pureza racial para incluirlas en la llamada Prueba de Ancestros [*Ahnennachweis*], un documento que se había convertido en un requisito esencial para hacer carrera en el funcionariado y, de hecho, para encontrar cualquier otro empleo.[80]

III

Las Leyes de Nuremberg se presentaron en la prensa como una medida estabilizadora que ayudaría a la minoría judía alemana a asentarse y a vivir su propia vida. El Ministerio de Propaganda de Goebbels puso cuidado en prohibir la publicación de artículos triunfalistas «del tipo "¡vamos a por ellos!"».[81] Sin embargo, las leyes abrieron el camino a la discriminación masiva contra los definidos como judíos. Dos semanas después del decreto de 14 de noviembre de 1935, Hitler anuló retroactivamente la disposición que prohibía la ampliación de medidas para garantizar la pureza de sangre alemana más allá de lo contemplado por la legislación. Esto autorizaba efectivamente a las organizaciones no gubernamentales a aplicar el párrafo ario a sus miembros y empleados, no sólo a los judíos sino también a los mestizos. Medidas posteriores pusieron más restricciones a la admisión de judíos a las profesiones reguladas por el Estado. Las personas con dos abuelos judíos tenían que obtener permiso oficial del Comité del Reich para la Protección de la Sangre Alemana si querían casarse con un no judío. Pero los representantes del partido en el Comité votaban en contra de estas solicitudes con tanta frecuencia que éste fue liquidado en 1936 y a partir de entonces las solicitudes fueron vistas por un solo funcionario. Los mestizos todavía podían estudiar, no se les prohibió tener relaciones sexuales o de otro tipo con no judíos, y en muchos aspectos vivían relativamente sin restricciones. Para los hombres, esto incluía hacer el servicio militar. La cúpula del Ejército era naturalmente consciente de que prohibir a los mestizos varones realizar el servicio militar les privaría de miles de potenciales reclutas. En un escrito al ayudante militar de Hitler, coronel Friedrich Hossbach, el 3 de abril de 1935, un funcionario del Ministerio del Interior estimó que existían 150.000 varones medio judíos y judíos en un 25 por 100 en edad militar en el país—una exageración notable que alimentó la preocupación del Ejército.[82]

Ciertamente, la cúpula del Ejército tenía motivos para estar preocupada. A finales de 1935 destituyó prácticamente a todos los oficiales y soldados judíos plenos que todavía quedaban, y a comienzos de verano de 1936 llegó a un acuerdo con Hitler según el cual los medio judíos y los

judíos en un 25 por 100 que debían prestar el servicio militar no podrían asumir puestos de autoridad en las Fuerzas Armadas, a menos que Hitler les concediera una exención personal y específica. La Oficina Genealógica del Partido Nazi bombardeó a los militares con información sobre los oficiales que no eran «arios puros» y que debían ser retirados de sus puestos según su opinión. Sin embargo, en 1936-1937 muchos oficiales de alto rango todavía tomaban a mal las injerencias políticas en los asuntos militares e ignoraron estas demandas. Además, comprobar los ancestros de decenas de miles de hombres era una tarea prácticamente imposible de llevar a cabo, y unos cuantos oficiales consiguieron ocultar sus ancestros judíos por lo menos hasta el estallido de la guerra y, en algunos casos, durante más tiempo. Desde el punto de vista de los militares, por supuesto, lo que importaba era si se trataba de buenos soldados, marinos o aviadores.[83]

La actitud del Ejército refleja con precisión el estatus incierto de los muchos alemanes con ancestros judíos después de 1935. Sin embargo, en conjunto, las personas mestizas, también los judíos, se sintieron hasta cierto punto aliviadas con la aprobación de las Leyes de Nuremberg, porque parecían eliminar los mayores elementos de incertidumbre sobre su posición y prometían finalizar las violentas campañas antisemitas de los meses precedentes. Los activistas del partido se entusiasmaron, comprensiblemente, con las Leyes de Nuremberg y las interpretaron correctamente como un gran paso adelante hacia la eliminación total de los judíos de la sociedad alemana. Sin embargo, tanto la Gestapo como los agentes socialdemócratas informaron sobre actitudes críticas, incluso hostiles, hacia las Leyes de Nuremberg incluso entre sectores de la sociedad que no se habían manifestado hasta entonces su comprensión hacia los judíos. Se dijo que cuatro quintas partes de la población del Palatinado desaprobaban las leyes, que la clase trabajadora era casi unánime en el rechazo del antisemitismo nazi y que a la pequeña burguesía le disgustaban las leyes porque los pequeños empresarios temían el boicot de los productos alemanes en los mercados extranjeros. Sin embargo, incluso los socialdemócratas admitían que la mayoría de la población se sentía tan intimidada tras la violencia del verano anterior y por la propaganda que

acompañó a las Leyes de Nuremberg que había dejado de comprar en las tiendas judías. La gran mayoría de la población reaccionó con indiferencia y pasividad.[84]

Gradualmente, la violencia incesante, la propaganda constante y la aprobación legal de las políticas nazis por el Estado surtieron efecto. Como informó un agente socialdemócrata desde Berlín en enero de 1936:

> La campaña contra los judíos ha influido en la opinión de la gente. Muy lentamente, se infiltran las opiniones que antes rechazaban. Al principio, la gente leía *Der Stürmer* por curiosidad, pero finalmente se les ha pegado algo. Al mismo tiempo, uno debe admitir que dice mucho sobre el pueblo alemán que, a pesar de años de campañas contra los judíos, los judíos todavía pueden residir en Alemania. Si el pueblo alemán no fuera bueno por naturaleza, esta propaganda habría acabado con los judíos apaleados hasta la muerte en las calles. [...] En general, uno puede concluir que los nacionalsocialistas han abierto realmente una brecha profunda entre el pueblo y los judíos. Hoy en día, el sentimiento de que los judíos constituyen otra raza es general.[85]

Las memorias de Melita Maschmann permiten calibrar el efecto del bombardeo constante de las ideas antisemitas en una persona joven y reflexiva. Melita había tenido muchos contactos con judíos, que constituían cerca de un tercio de su clase en el instituto donde estudió en un barrio pudiente de Berlín a comienzos de los años treinta. Aquí, las muchachas no judías distinguían entre sus compañeras judías de clase y «los judíos», que «eran algo misteriosamente amenazador y anónimo». «El antisemitismo de mis padres», escribió Maschmann con franqueza a una antigua compañera judía de clase después de la guerra,

> era una parte de sus puntos de vista que se daba por supuesta. [...] Una era simpática con los judíos que a una le gustaban, del mismo modo que una simpatizaba con algunos católicos en tanto que protestante. Pero mientras a nadie se le ocurría ser ideológicamente hostil con *los* católicos, una sí lo era, del todo, con *los* judíos. [...] El predicar que la desgracia de las naciones se debía a los judíos o que el alma y la sangre judías eran traidoras te hacía pensar en el viejo señor Lewy y en Rosel Cohn, pero al final sólo pensabas en el *coco*, «el judío». Y cuando oí que los judíos estaban siendo apartados de sus profesiones y hogares y encerrados en guetos, mi mente desvió automáticamente el pensamiento de que este destino también te podía afectar a ti o al viejo Lewy. Tan sólo se perseguía y «neutralizaba» *al* judío.[86]

Sin embargo, después de afiliarse a la Liga de Muchachas Alemanas, Maschmann sintió que su «deber» era «romper abiertamente» con su amiga judía «[...] porque una sólo podía hacer una cosa: o bien tener amigas judías

o bien ser nacionalsocialista».[87]

Expuesta constantemente a la propaganda antisemita, Maschmann recordaba más adelante que tanto ella como sus amigos de clase media alta la consideraban bastante vulgar, y se reían a menudo de los intentos de convencerles de que los judíos practicaban asesinatos rituales y delitos parecidos. En tanto que gente culta despreciaban el diario sensacionalista antisemita *Der Stürmer*. Aunque no tomó parte en ninguna acción violenta y en ningún boicot, Maschmann entendía que éstos estaban justificados y se decía a sí misma: «Los judíos son los enemigos de la nueva Alemania. [...] Si los judíos siembran el odio contra nosotros en todo el mundo deben saber que nosotros tenemos rehenes de su pueblo en nuestras manos». Más adelante, suprimió los recuerdos de la violencia que había presenciado en las calles, y «mientras pasaban los años cada vez desconectaba más a menudo de este modo en ocasiones parecidas. Era la única manera. Fueran cuales fuesen las circunstancias, evitar las dudas sobre si lo que había sucedido era justo».[88] Muchos otros debieron hacer un proceso similar de racionalización y adaptación moral.

IV

A partir de septiembre de 1935, el antisemitismo se convirtió en un principio que gobernaba tanto la vida privada como la pública. Consagrado como piedra angular de la ideología nazi desde un principio, ahora estaba penetrando en áreas más grandes de la sociedad alemana y más profundamente que antes. El conjunto del funcionariado estaba implicado en la aplicación de las Leyes de Nuremberg y otras disposiciones. Jueces, fiscales, agentes de la policía, la Gestapo y otros representantes de la ley dedicaban cada vez más tiempo a hacer cumplir la legislación antisemita. Los ayuntamientos y sus empleados en bibliotecas, piscinas y otras instalaciones municipales cumplían las regulaciones antisemitas. Taberneros, tenderos, comerciantes (muchos de los cuales se protegían por medio de la instalación de carteles presentándose como «establecimiento de pura raza aria»), hombres de negocios, todas las personas en todas las esferas de la vida eran conscientes de las leyes contra los judíos y no

dudaron en obrar de acuerdo con ellas. Los informes secretos socialdemócratas estaban llenos de ejemplos de mesoneros y propietarios de restaurantes concretos que hacían la vista gorda ante los avisos que se veían obligados a colgar prohibiendo la entrada de clientes judíos. Sin embargo, las medidas estaban surtiendo efecto. Junto a la progresiva marginación económica de los judíos, las Leyes de Nuremberg supusieron un paso significativo hacia la eliminación de los judíos de la sociedad alemana. Su aislamiento era considerablemente mayor tras septiembre de 1935 que antes.[89]

La tercera de las medidas promulgadas durante la concentración del partido en Nuremberg de 1935, bautizada por los nazis como Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes, fue tal vez la más significativa en el proceso que introdujo el nazismo en la esfera privada. La ley prohibía los matrimonios entre judíos y alemanes o «mestizos» y prohibía las relaciones sexuales fuera del matrimonio entre las dos categorías tal y como las definía la Ley de ciudadanía. Los judíos no podían emplear a mujeres alemanas menores de 45 años para el servicio doméstico, en una alusión a la fantasía sexual que a menudo aparecía en las páginas de *Der Stürmer*. Estas leyes serían administradas por tribunales ordinarios. Se presentaron casos bajo el peligroso encabezamiento de «profanación de la raza» [*Rassenschande*, literalmente «vergüenza racial» o «desgracia racial»]. Por su misma naturaleza, estos casos eran difíciles de identificar, y su persecución dependía en gran medida de las denuncias de vecinos, conocidos y a veces miembros de la familia de los implicados. Entre 1936 y 1939 la media anual de condenas por profanación de la raza bajo las Leyes de Nuremberg se situó en 420, dos tercios de las cuales a hombres judíos. Bajo presión constante de la Gestapo y del Ministerio de Justicia, los tribunales fueron cada vez más duros; en 1938, por ejemplo, la mayoría de sentencias por profanación de la raza dictadas por el tribunal regional de Hamburgo implicaron largos periodos de cárcel en cárceles de alta seguridad en lugar de en prisiones ordinarias. La definición de relación sexual ilícita se extendió hasta cubrir casi todos los contactos corporales entre judíos y arios, incluyendo abrazos y besos de convención social.[90] Hasta finales de 1935 se dictaron once sentencias por delitos raciales, y

durante el primer año entero de aplicación de la ley, 1936, el número creció hasta 358, creciendo hasta 512 en 1937 y bajando otra vez hasta 434 en 1938, 365 en 1939 y 231 en 1940. La emigración creciente de judíos jóvenes y de mediana edad pudo ser uno de los factores del declive. Es posible, también, que el efecto disuasorio de la ley ejerciera influencia, ya que la dureza de las sentencias fue aumentando con el tiempo.[91]

Dentro de las cárceles, los condenados eran expuestos con frecuencia a agresiones antisemitas por parte de los guardias; en algunas instituciones se les daban raciones escasas y el buen comportamiento era considerado a menudo como «típico de un carácter racial que comprende cómo hay que conformarse incluso en una situación de debilidad», como apuntó en 1939 un funcionario de prisiones bávaro. «Sufro mucho a causa del odio a los judíos—escribió un joven recluso judío a su madre en una carta confiscada por las autoridades de la prisión en junio de 1938—: Un funcionario me llama Moisés, aunque sabe perfectamente cómo me llamo. [...] Otro me ha llamado maldito cerdo judío a la hora del almuerzo». Sus sufrimientos no terminaban ahí. Siguiendo una orden comunicada por el ministro de Justicia el 8 de marzo de 1938, los judíos enviados a prisión por profanación de la raza debían ser vueltos a detener por la Gestapo tras cumplir la condena y ser enviados a campos de concentración.[92] En los campos se les señalaba con frecuencia por la naturaleza de su supuesto delito. En el campo de concentración de Buchenwald, Julius Meier, de veinte años, un judío culto de clase media que cumplía una condena de dos años después de haber sido denunciado por un vecino que le había observado intimar con la criada no judía de su familia, fue señalado por el médico del campo para ser castrado. Meier rechazó firmar el consentimiento aduciendo que estaba a punto de obtener sus papeles de emigración y fue golpeado repetidamente en la cara por un guarda de las SS por orden del médico, recibió puntapiés, rechazaron que recibiera atención médica por las heridas recibidas y fue enviado a la celda de castigo del campo por doce días. Utilizando todas las influencias a su alcance, los padres de Meier obtuvieron los papeles para poder emigrar y una orden de la Oficina Central de Seguridad del Reich—no para liberarlo, sino para detener la orden de castración—. El telegrama no llegó al comandante, quien lo habría liberado inmediatamente, sino al médico del

campo, para quien se había convertido en un asunto de orgullo personal romper la moral de Meier: siguiendo sus órdenes, Meier fue enviado de nuevo a la celda de castigo y asesinado por un guarda de las SS.[93]

La ley abría muchas vías al hostigamiento y persecución de los judíos alemanes, especialmente a los hombres. En diciembre de 1935, un oficinista judío de cuarenta y tres años fue condenado a un año y tres meses de cárcel por profanación de la raza. Hacía un año que vivía con su pareja no judía y tenían un bebé de nueve meses. Pero los procesos se iniciaban a menudo con los pretextos más mínimos. En Bad Dürkheim, por ejemplo, un judío de sesenta y seis años, Hermann Baum, fue condenado a un año de prisión en noviembre de 1935 porque una chica de quince años testificó que había intentado besarla. La Gestapo llamaba al servicio doméstico que trabajaba en hogares judíos para informarles de que debían dejar el trabajo y les importunaba con preguntas («¿pero te ha tocado a veces la espalda, no?») con la esperanza de obtener la excusa para realizar una detención, amenazándoles con la prisión si no incriminaban a sus señores.[94] En noviembre de 1935, un hombre de negocios judío de cincuenta años, Ludwig Abrahamson, fue denunciado a la Gestapo por tener relaciones sexuales con una empleada no judía, Wilhelmina Kohrt. Durante un interrogatorio admitió haber abusado de ella (vistos los métodos de la Gestapo para obtener confesiones, podemos ponerlo en duda). Lo condenaron a dos años de prisión y a su liberación fue conducido por la Gestapo al campo de concentración de Buchenwald, del que pudo salir el 6 de octubre de 1938 presentando pruebas de su inmediata emigración. Un caso todavía más impactante fue el de Hannelore Krieger, trabajadora de una fábrica de bebidas alcohólicas, que fue denunciada anónimamente en abril de 1938 por mantener relaciones sexuales con su jefe, Julius Rosenheim. Ella dijo que él le había pedido favores sexuales a cambio de dinero; pero en el juicio cambió su testimonio y afirmó que la relación había terminado en 1934, antes de la aprobación de la ley. El tribunal decidió absolver a los dos implicados, pero la Gestapo detuvo a Rosenheim tras el juicio y lo envió de todos modos a un campo de concentración.[95]

Si la conducta de Krieger bordeaba tal vez la prostitución, entonces las prostitutas de verdad eran especialmente vulnerables a la denuncia de vecinos hostiles por aceptar a clientes judíos. Los hombres y mujeres judíos que mantenían relaciones de compromiso con parejas no judías tomaron considerables precauciones para ocultarse tras septiembre de 1938, pero inevitablemente muchos fueron víctimas de denuncias de vecinos entrometidos y de fisgoneadores nazis. Con el tiempo, se registraron denuncias por ser «amable con los judíos»: taberneros que decían inconscientemente a alguien que todavía admitían a judíos en sus establecimientos, ciudadanos alemanes que mantenían relaciones amistosas de tipo no sexual con judíos, o no judíos que chocaban las manos con judíos en la calle. A veces, el comportamiento de las personas denunciadas denotaba una oposición por principios al antisemitismo nazi; más a menudo era el producto de la indiferencia hacia las normas y regulaciones oficiales, o simplemente por mantener las viejas costumbres. Muchas de estas denuncias eran falsas, pero esta circunstancia no venía al caso: las denuncias falsas contribuyeron tanto como las auténticas a generar una atmósfera general en que los alemanes cortaron gradualmente sus relaciones con los amigos y conocidos judíos, como hizo Melita Maschmann. Sobrepasando lo que prescribían las Leyes de Nuremberg e investigando todas las denuncias que recibían, fueran frívolas o interesadas, la Gestapo y otras agencias de control y aplicación de la ley desmantelaron pieza por pieza las elaboradas redes de relación social construidas entre los judíos alemanes y su prójimo durante décadas. Éstas fueron apoyadas por todas las instituciones del partido, de los delegados vecinales para arriba, quienes se dedicaron igualmente a prevenir cualquier relación social entre arios y judíos.[96]

Los delegados vecinales hacían la vista gorda en algunas ocasiones, como el caso del joven abogado y ambicioso periodista Raimund Pretzel y su pareja, una mujer judía que había conocido a su regreso de París en 1934. Pretzel había abandonado Alemania porque tenía aversión a la represión y el racismo del Tercer Reich y también persiguiendo a una chica; cuando ella se casó con otro hombre, regresó a Alemania y empezó a ganarse la vida escribiendo artículos de contenido no político en las páginas

de arte de periódicos y revistas. Su nueva pareja había sido despedida de su trabajo en una biblioteca a causa de su raza, y hacía poco que se había terminado su matrimonio. Su hijo, Peter, era un chico rubio y de ojos azules, y llegó a ser fotografiado como modelo ideal de niño ario. Al mudarse Pretzel al apartamento de ella, ambos contravenían las Leyes de Nuremberg, pero al delegado vecinal le gustaba la familia y les protegió de cualquier injerencia. Sin embargo, en 1938 ella se quedó embarazada y el peligro de una denuncia empezó a ser demasiado elevado. Se llevó con ella a su hijo Peter a una oficina de emigración y obtuvo permiso para unirse con su hermano en Inglaterra. Pretzel también obtuvo permiso para ir a Inglaterra por separado, utilizando la excusa de que estaba escribiendo una serie de artículos sobre la vida inglesa; visto con sospecha por las autoridades británicas al ver que permanecía en el país por demasiado tiempo, encontró grandes dificultades para hacer llegar el dinero, y sólo pudo salvarlo Frederic Warburg, director de los editores Secker y Warburg, que quedó suficientemente impresionado con la sinopsis de un libro presentado por Pretzel que le ofreció un contrato. Esto satisfizo al Ministerio del Interior británico, que alargó un año el visado de Pretzel. Mientras tanto, se casó con su pareja y tuvieron un hijo. Sin embargo, el futuro de ambos parecía cualquier cosa excepto seguro, como sucedió con otros miles de personas que emigraron en la misma época.[97]

«LOS JUDÍOS TIENEN QUE MARCHAR DE EUROPA»

I

De Alemania emigraban sobre todo los judíos lo suficientemente jóvenes como para iniciar una nueva vida en el extranjero y lo suficientemente ricos como para financiarla. No se trataba, qué duda cabe, de una emigración libre y voluntaria; era una huida al exilio para escapar de unas condiciones de vida que se habían vuelto completamente intolerables para la mayoría. No sabemos realmente cuántos judíos abandonaron Alemania durante esos años. Lo único que tenemos para hacer una estimación son las estadísticas oficiales, que seguían clasificando a los judíos solamente por la religión. Dado el alto porcentaje de conversiones al cristianismo durante las décadas previas a 1933, las cifras oficiales no deben contemplar a un 10 por 100 o más de personas que abandonaron el país porque el régimen las clasificaba como judías aunque no practicaran esta religión. Según las estadísticas oficiales, en 1933 en Alemania había 437.000 alemanes de fe judía. A finales de 1937, la cifra había bajado a unos 350.000. En 1933, 37.000 judíos practicantes dejaron Alemania por el impacto del boicot del 1 de abril y de la ley de 7 de abril; un descenso en el número de emigrantes a 23.000 el año siguiente refleja la ausencia de acciones similares de alcance nacional en 1934. El número permaneció relativamente bajo en los años siguientes—21.000 en 1935, 25.000 en 1936 y 23.000 en 1937—. En tanto que europeos, la mayoría prefirió quedarse en otro país del mismo continente—un 73 por 100 de los judíos emigrantes de 1933 permanecieron dentro de Europa—mientras sólo el 8 por 100 viajó a ultramar hasta destinos como Estados Unidos. En 1933, a pesar de la relativa debilidad del sionismo en Alemania, no menos de un 19 por 100 se instaló en Palestina. En conjunto, entre 1933 y 1939 52.000 judíos alemanes fueron a Palestina. Una de las razones de este número sorprendentemente elevado se encuentra

en la firma de un pacto entre el gobierno nazi y representantes del movimiento sionista en Alemania y Palestina el 27 de agosto de 1933. El Acuerdo de Haavara, avalado personalmente por Hitler, comprometía al Ministerio de Economía alemán a permitir que los judíos que marchaban a Palestina transfirieran una porción importante de sus bienes—en total fue de unos 140 millones de marcos—mientras los que marchaban a otros países tenían que dejar atrás gran parte de sus propiedades.[98]

14. Emigración judía dentro de Europa, 1933-1938.

Las razones por las que los nazis dieron un trato más favorable a los emigrantes a Palestina son complejas. Por un lado, consideraban que el movimiento sionista era una parte significativa de la conspiración judía mundial a cuya destrucción habían consagrado sus vidas. Por otro, contribuir a la emigración judía a Palestina mitigaría las críticas internacionales contra las medidas antisemitas en el interior del país. Además, y fundamentalmente, el principal objetivo de los nazis en esos años era sacar a los judíos de Alemania y, preferentemente, de Europa; a pesar de la violencia intolerable que les habían aplicado, en ese estadio no pretendían, y todavía menos lo planeaban, exterminar a todos los judíos alemanes. Una Alemania libre de judíos sería, según los nazis, una Alemania más fuerte, preparada para dominar el resto de Europa y después el mundo. Sólo entonces se dedicarían los nazis a resolver el problema judío a escala mundial. Los sionistas, por su parte, estaban dispuestos a firmar un pacto con los nazis si el resultado era fortalecer la presencia judía en Palestina. Los judíos alemanes aportarían la especialización y la experiencia que tanto necesitaban; muchos líderes sionistas pensaban que también aportarían dinero y capital para invertir. A cambio, el Acuerdo de Haavara contemplaba como parte del intercambio la exportación de Palestina a Alemania de bienes tan necesarios como cítricos. Por lo tanto, el acuerdo fue, para ambos bandos, un matrimonio de conveniencia. Pero fue discutido con cada vez mayor intensidad dentro del mismo régimen nazi. El establecimiento de la División de Asuntos Judíos del Servicio de Seguridad de las SS en 1935 tuvo mucho que ver. Una de las secciones principales de la organización estaba dirigida por un grupo cada vez más radical de jóvenes oficiales, entre los cuales se encontraban Dieter Wisliceny, Theodor Dannecker y Adolf Eichmann. Éstos veían con creciente preocupación el hecho de que fomentar la partida de judíos hacia Palestina aceleraría la formación de un Estado judío, con peligrosas consecuencias para Alemania a largo plazo, o eso creían.[99]

Para los sionistas, la oleada de persecución y discriminación, sobre todo a partir del boicot del 1 de abril de 1933 y la subsiguiente ley sobre el funcionariado, tuvo cierto aspecto positivo, porque provocó una profunda división en Alemania que fomentó la unión de los judíos. Ya en 1932, a la

luz de los crecientes ataques antisemitas, las asociaciones judías regionales decidieron establecer una organización nacional, que se formó el 12 de febrero de 1933. Pero aparte de protestar porque ellos no tenían nada que ver con lo que los nazis describían como una campaña internacional de boicot de los productos alemanes, hicieron poca cosa. En septiembre de 1933, la organización se sumó a otros movimientos, incluidos los sionistas alemanes, en una nueva organización pantalla en la forma de la Representación de los Judíos Alemanes, bajo la dirección del rabino de Berlín Leo Baeck. Su objetivo era reagrupar y defender a los judíos en la nueva Alemania. Sus dirigentes exhortaron al diálogo con los nazis, tal vez con la vista puesta en un concordato como el que el Tercer Reich había firmado con los católicos. Recordaron el servicio patriótico que muchos judíos habían realizado para el Reich en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Los judíos no eran los únicos alemanes convencidos de que la violencia que acompañó la toma nazi del poder se disiparía pronto para dar paso a un gobierno más estable y ordenado. Leo Baeck incluso fomentó la preparación de un abultado dossier que ilustrara la contribución judía a la vida alemana.

Pero el dossier fue prohibido antes de que llegara a publicarse.[100] Las penalizaciones económicas impuestas a los judíos alemanes, la arianización de las empresas judías y el endurecimiento de las restricciones sobre la exportación de capitales y bienes hacía que los judíos alemanes encontraran cada vez más dificultades para encontrar refugio en los países cuyos gobiernos no querían inmigrantes si éstos iban a ser una carga para el sistema de asistencia social. Encontrar el dinero para pagar el pasaje para salir de Alemania también se había convertido en un problema. El hecho de que una proporción creciente de judíos alemanes se encontrara cerca o había superado ya la edad de jubilación empeoraba las cosas. Los inmigrantes judíos en edad de trabajar se encontraban con que, a consecuencia de la Depresión, el desempleo era muy alto en muchos países. Las organizaciones judías de los países receptores hicieron cuanto pudieron para ayudar y suministraron dinero y ofertas de trabajo y organizaron la

entrega de visados, etc., pero su ámbito de influencia sobre las políticas de los gobiernos era limitado y temían, además, fomentar el antisemitismo en sus países.[101]

El 6 de julio de 1938 se celebró en Evian, en la costa francesa del lago Leman, una conferencia con la participación de 32 países para discutir el creciente fenómeno internacional de las migraciones. La conferencia intentó imponer normas de conducta comunes, especialmente a la luz de la posible expulsión de cientos de miles de judíos de Polonia y Rumania. Pero puso mucho empeño en no ofender las sensibilidades alemanas en un momento en que las relaciones internacionales se estaban enfriando. El gobierno alemán no participó en la conferencia, alegando que los emigrantes judíos eran un asunto interno. Una delegación tras otra manifestó que su país no iba a liberalizar su política hacia los refugiados; en todo caso, se iban a endurecer las condiciones. Gran Bretaña y los estados europeos se consideraban países de tránsito, desde los que los emigrantes judíos se dispersarían rápidamente hacia otros destinos de ultramar. El sentimiento contrario a la inmigración en muchos países, expresado en la retórica sobre estar siendo «inundados» por gentes de culturas «ajenas», contribuyó a agrandar las reticencias.[102]

Al mismo tiempo, la situación ofrecía nuevas oportunidades a los funcionarios corruptos alemanes, que pedían con frecuencia dinero y bienes a cambio de estampar el tan buscado sello en los papeles de los aspirantes a emigrar. La tentación de enriquecerse era todavía mayor porque los emigrantes tenían que dejar en el país prácticamente todo lo que poseían. Un judío que solicitó los papeles para emigrar explicó que un funcionario le dijo lo siguiente tras completar las formalidades previas:

> «Bueno, piensa en mí cuando emigres, ¿eh?». Le dije que me dijera lo que quería y que haría lo que pudiera. Unas horas después, cuando estaba cenando en casa, sonó el timbre de la puerta y ahí estaba el funcionario (con su uniforme y un abrigo encima). Cuando abrí la puerta, sorprendido de verle allí, me dijo que sólo quería decirme lo mucho que le gustaría tener una mesa redonda y un mantel de dos por tres metros. Nuestros papeles de emigración estuvieron listos en un periodo de tiempo increíblemente breve.[103]

Para sortear problemas mayores y obtener de paso dinero, la Gestapo organizó transportes ilegales de emigrantes judíos, fletando barcos a Palestina por el Danubio y vía el Mar Negro y cobrando, como era de esperar, precios muy inflados por los pasajes.[104]

II

Los jefes de la comunidad judía organizaron nuevas estructuras institucionales para intentar aliviar la situación de los que se quedaron en Alemania. En la primavera de 1933 se crearon la Institución Central para la Ayuda Económica de los Judíos y el Comité para la Ayuda y la Reconstrucción. Estas organizaciones prestaban dinero a los judíos que atravesaban dificultades económicas, intentaban encontrar empleo para los judíos que habían perdido sus puestos de trabajo y organizaban cursillos de formación para los judíos que querían probar suerte en la agricultura o la artesanía (muchos de los cuales acabaron emigrando). Las organizaciones judías prestaban cada vez una mayor asistencia logística, burocrática y a veces financiera a los que querían emigrar. Hasta 1938, los judíos todavía podían disfrutar de ayudas de la beneficencia pública, de modo que la caridad judía constituía más un suplemento que un sustituto cuando se trataba de ayudar a los que se encontraban realmente en la indigencia; sin embargo, como fuera que la comunidad judía se fue empobreciendo rápidamente, la obra de las instituciones de caridad se fue volviendo más y más importante.[105]

El proceso de segregación tuvo un impacto especialmente severo sobre los niños judíos. En 1933 había en Alemania unos 60.000 niños judíos de edades comprendidas entre los siete años, edad en que empezaba formalmente la escolarización, y los catorce años, edad en que dejaba de ser obligatoria, y un número sustancial de judíos en institutos. La emigración, especialmente entre los judíos en edad de tener y criar hijos, redujo el número de jóvenes judíos entre los 6 y los 25 años de 117.000 en 1933 a 60.000 en 1938. Los niños tuvieron que hacer frente a un esfuerzo concertado por parte de los nazis para echarlos de las escuelas. La Ley contra la masificación de escuelas y universidades, promulgada el 25 de

abril de 1933, junto a sus órdenes de aplicación, imponía un porcentaje máximo de niños arios en las admisiones de todas las escuelas por encima del nivel primario del 1,5 por 100. Al mismo tiempo, la hostilidad fanática de la Liga Nazi de Estudiantes expulsó a la mayoría de estudiantes judíos de las universidades en un espacio muy corto de tiempo, de modo que en el semestre de otoño de 1933 sólo quedaban 590 por los 3.950 que había en el semestre de verano del año anterior. De modo similar, la hostilidad de los maestros nazis fanáticos y, cada vez más, de los activistas de las Juventudes Hitlerianas en las escuelas tuvieron un efecto muy poderoso sobre la presencia de los niños judíos en las aulas. En Württemberg, por ejemplo, el 11 por 100 de los alumnos judíos tuvo que abandonar la educación secundaria a causa de la ley, pero aproximadamente un 58 por 100 de éstos abandonó las aulas a resultas de la hostilidad de algunos profesores y de los otros niños. La presión era tan fuerte que incluso el ministro de Educación se quejó de ella en mayo de 1933 y repitió la censura en julio.

En algunas escuelas se hacía sentar a los niños judíos en «bancos judíos» especiales y se les prohibía entrar a las clases de alemán. Tenían que escuchar cómo sus maestros describían a los judíos como delincuentes y traidores. Y no se les permitía participar en ceremonias y festivales, conciertos y obras de teatro. Los maestros los humillaban deliberadamente y ponían malas notas a sus trabajos. Por supuesto, la atmósfera variaba pronunciadamente de escuela a escuela; en algunas áreas de clase trabajadora, los otros niños demostraron una solidaridad considerable con sus compañeros judíos, mientras en las ciudades pequeñas, los matones les arruinaban la vida y hacían que vivieran en un estado de miedo permanente a recibir una paliza. En Prusia esta presión se tradujo en un descenso del número de niños judíos en los institutos estatales de secundaria. En mayo de 1932 eran 15.000, al cabo de un año 7.000 y en 1934 un poco más de 4.000; son cifras que con toda seguridad subestiman la magnitud del declive, ya que sólo incluyen a los hijos de padres que practicaban la fe judía y no a los niños clasificados como judíos por el régimen por razones raciales. En 1938, sólo el 1 por 100 de los alumnos de los institutos estatales de secundaria de Prusia era judío y a partir de enero de ese año estos chicos

fueron excluidos oficialmente de presentarse al examen de acceso a la universidad. Los alumnos judíos que quedaban fueron expulsados sumariamente a finales del año.[106]

La expulsión de niños judíos de las escuelas alemanas exigía urgentemente que la comunidad judía les proporcionara oportunidades educativas sustitutivas. Los padres de la clase media culta judía miraban por encima del hombro a las escuelas judías alemanas en 1933; muchos consideraban que su nivel era bajo y no compartían su postura religiosa. Esta opinión se puede aplicar también a los muchos padres de fe cristiana que se encontraban de repente clasificados en términos raciales como judíos por el régimen y unidos a una comunidad que hasta entonces habían evitado estudiadamente. Muchas comunidades judías locales no disponían de instalaciones educativas. Los padres, horrorizados por el aislamiento a que estaban sometidos sus hijos a causa de la hostilidad con que se les trataba en las escuelas públicas, asumieron a menudo la responsabilidad de encontrarlas. En 1935 más de la mitad de los 30.000 niños judíos en edad de ir a la escuela primaria estaban matriculados en centros judíos, financiados en gran medida por las organizaciones judías. Encontrar maestros bien formados era una tarea difícil y las clases a menudo eran muy grandes, con más de cincuenta niños cada una, en instalaciones estrechas e inadecuadas. En las aulas de secundaria, sobre todo, se reunían en una misma aula niños de procedencias muy diferentes y con conocimientos y experiencias educativas muy diversos. El transporte era también un problema mayúsculo para muchos padres y niños. Ortodoxos, liberales y laicos, izquierda y derecha discutían agriamente sobre los programas educativos, disputas que sólo se calmaron cuando la discriminación y la represión crecientes hicieron que el currículo pareciera menos importante. A comienzos de 1937 había en Alemana 167 escuelas judías, a las que asistían cerca de 24.000 alumnos de un total de 39.000. La emigración redujo pronto la cifra; en octubre de 1939 en Alemania quedaban menos de 10.000 niños judíos en edad escolar, y había cerrado un buen número de escuelas judías. Su gran logro fue, tal vez, proporcionar a los niños un

entorno educativo libre del odio de raza, el militarismo y la fuerza física bruta que dominaba la gran mayoría de escuelas alemanas en ese momento.[107]

La ayuda mutua entre judíos también tuvo un papel importante en otras áreas. Después de ser expulsados de sus clubes en 1933, los y las deportistas judíos montaron su propia organización; en 1934, sus miembros sumaban no menos de 35.000. Un logro todavía más importante fue la Liga Judía de la Cultura, creada por el ex director adjunto de la Ópera de Berlín, Kurt Singer. A la Liga Judía de la Cultura pertenecían ocho mil artistas, músicos, intérpretes y escritores judíos; finalmente, se acabaron adhiriendo 180.000 judíos para poder aprovechar las ventajas que ofrecía. Su fundación fue aprobada oficialmente por Hermann Göring. Desde el punto de vista nazi, había que celebrar la completa separación de la vida cultural judía de la de la nación y, al mismo tiempo, asegurar a los demás alemanes que no se prohibía a los judíos escribir, pintar o actuar. Sin embargo, Singer fue apartado rápidamente y la Liga Judía de la Cultura pasó a ser dirigida por un nazi, Hans Hinkel. Trabajando a las órdenes de Göring, Hinkel había sido el responsable de la eliminación de los judíos de las instituciones culturales de Prusia, de modo que a Göring le pareció lógico que se encargara también de la Liga. Hinkel empezó pronto a prohibir que la Liga y sus miembros interpretaran obras alemanas: primero les prohibió las obras de teatro medievales y después Schiller (1934) y Goethe (1936). Los músicos judíos no podían tocar música de Richard Wagner y Richard Strauss; Beethoven fue añadido a la lista en 1937 y Mozart en 1938.[108]

Sin embargo, sólo en 1933-1934 la Liga puso en marcha 69 representaciones de ópera y 117 conciertos. Aunque algunos miembros destacados veían estas actividades como una oportunidad de demostrar la contribución que los artistas e intérpretes judíos podían hacer a la vida cultural alemana, la mayoría era consciente de que la Liga evidenciaba la sigilosa inclusión en un gueto de la cultura judía en Alemania. Los nazis restringieron gradualmente las actividades de la Liga y la empujaron inexorablemente hacia una situación en que sólo podía suministrar cultura «judía» a públicos formados tan sólo por judíos. El 10 de noviembre de 1938 culminó la conversión de la vida cultural de los judíos alemanes en un

gueto, cuando se les prohibió la entrada en teatros, cines, conciertos, conferencias, circos, cabarets, espectáculos de danza, exposiciones y cualquier otro acto cultural. El 1 de enero de 1939 todas las instituciones culturales judías—también las editoriales judías que quedaban—fueron fusionadas en la centralizada Liga Judía de la Cultura. Había muchas obras que ofrecer a los públicos judíos, entre otras, las obras de escritores y compositores judíos prohibidos por los nazis por razones de raza. Había exposiciones de pintores judíos y lecturas de escritores judíos. Los alemanes no judíos, por supuesto, tenían prohibido asistir a estos actos. Muchos, si no la mayoría, dudaban de que existiera una cultura judía alemana independiente y separada de la cultura no judía alemana; la mayoría de escritores, artistas y compositores judíos no contemplaban esa posibilidad, sino que se veían a sí mismos simplemente como alemanes.[109]

Paradójicamente, tal vez, mientras se iban adaptando a las nuevas restricciones impuestas en su vida, muchos judíos sentían que este proceso de guetización cultural era bastante tranquilizador. Como señaló críticamente más adelante uno de ellos: «Dentro de los límites que se habían establecido para ellos, los judíos estaban más o menos tranquilos. En la Liga Judía de la Cultura, en las escuelas judías, en las sinagogas, podían vivir como querían. Sólo era tabú y peligrosa la interferencia en la esfera de los arios».[110] Para los que se quedaron, en su mayoría los viejos y los pobres, se trataba de una necesidad psicológica. En 1933, el 20 por 100 de los ciudadanos alemanes de fe judía nacidos en Alemania tenía cincuenta años o más; en 1938, la proporción de judíos alemanes de cincuenta años o más había crecido hasta más del 48 por 100; un año más tarde, era de más de la mitad.[111] Muchos judíos se consideraban patriotas alemanes, sus familias tenían conexiones profundas en sus ciudades y comunidades desde hacía décadas, o siglos, de residencia, trabajo, cultura y tradición. Romper con todo eso era, para algunos, excesivo. Muchos dejaron Alemania con lágrimas en los ojos, deseando regresar cuando las cosas mejoraran. No es sorprendente que muchos judíos alemanes no quisieran emigrar o que, más bien, no vieran la necesidad de hacerlo. «¿Por qué tengo que emigrar?—respondió en 1937 un judío de mediana edad a los ansiosos ruegos de su hijo—. Perro ladrador, poco mordedor. Al fin y al cabo, vivimos en un

Estado de derecho. ¿Qué me puede pasar? Soy un antiguo soldado. Luché cuatro años por mi patria en el Frente Occidental, fui sargento y recibí la Cruz de Hierro de primera clase».[112]

III

Uno de los grupos de judíos que tendió a quedarse en el país estaba formado por aquellos que estaban casados con personas clasificadas por el régimen como arias. En 1933 había 35.000 matrimonios mixtos—es decir, matrimonios en que los dos miembros eran, respectivamente, de fe judía y cristiana—. La mayoría de estos matrimonios estaban formados por hombres judíos y mujeres cristianas. Las Leyes de Nuremberg redefinieron los matrimonios mixtos en términos raciales. En esa época, la mayoría de miembros de las parejas eran de religión cristiana. Las esposas no judías recibieron presión creciente por parte de la Gestapo para empezar los trámites de divorcio. Los tribunales habían empezado a permitir las peticiones de divorcio presentadas por esposas no judías basadas, por ejemplo, en que sólo se habían dado cuenta de los peligros de la profanación de la raza después de la llegada del nacionalsocialismo al poder. La expulsión de judíos de prácticamente todas las áreas de la vida pública y social, obligó a los maridos judíos de matrimonios mixtos a ceder la responsabilidad sobre los hijos, asuntos financieros, bienes, negocios, propiedades y prácticamente todo lo demás a sus esposas no judías. Al ver limitadas sus oportunidades económicas, las esposas de judíos se fueron convirtiendo en las principales suministradoras del sustento en las familias. El 28 de diciembre de 1938 Göring promulgó por orden de Hitler nuevas regulaciones sobre el estatus de los matrimonios mixtos. Para apaciguar la cólera potencial de los parientes arios, declaró que los matrimonios mixtos en que el marido fuera judío y los hijos hubieran sido criados en la fe cristiana, o en que la esposa fuera judía pero no hubiera hijos, debían ser clasificados como «privilegiados» y se les eximiría, parcialmente, de algunas de las leyes discriminatorias del régimen en los años siguientes.[113]

Los matrimonios mixtos en que el marido era judío y no había hijos, o en que la esposa se había convertido al judaísmo y los hijos habían sido criados en la fe judía, no tenían privilegios. La presión para que las esposas no judías que se encontraban en esta situación iniciaran los trámites de divorcio fue considerable y creció sostenidamente. Las leyes nazis de matrimonio, agrupadas sobre todo en la Ley de matrimonio de 6 de julio de 1938, definían el matrimonio como la unión entre dos personas sanas, de la misma raza y de sexos opuestos, unidas por un bien común y con el propósito de tener hijos sanos y criarlos para ser buenos camaradas de raza alemana. Los matrimonios mixtos se situaban claramente fuera de esta definición y, en efecto, a partir de septiembre de 1935 se prohibieron nuevos matrimonios con estas características. La nueva ley codificó recientes decisiones de tribunales sobre los matrimonios mixtos existentes y ejerció más presión sobre ellos. Según la ley, las personas de sangre alemana casadas con judíos podían solicitar la anulación del matrimonio solamente por motivos raciales. Además, un hombre judío que había perdido el sustento podía recibir una petición de divorcio de su esposa no judía por no cumplir con el deber de mantener a la familia. Una separación de tres años era también motivo de divorcio, de modo que si un marido judío había sido enviado a un campo de concentración o había partido al exilio por ese periodo de tiempo, su esposa no judía podía divorciarse de él sin ningún problema. Las crecientes dificultades económicas y de otro tipo ponían a estas parejas en serios apuros y, aunque no tuvieran que soportar la presión directa de la Gestapo o de otras agencias del partido, como sucedía a menudo, terminaban en divorcio. Se necesitaba una buena dosis de coraje, fidelidad y amor para mantener un matrimonio mixto bajo esas circunstancias.[114]

Sin embargo, en 1938, la población era consciente de que el divorcio no sólo significaría una penalidad adicional para un cónyuge judío, sino también posiblemente violencia, encarcelamiento y muerte. Cuando fallecía un cónyuge no judío, la Gestapo solía informar a las autoridades al día siguiente de la muerte y detener al marido o esposa judíos supervivientes. En efecto, la Gestapo empezó una campaña por la que invitaba a una charla amigable en los cuarteles de la policía a las mujeres arias casadas con

hombres judíos. ¿Por qué una mujer alemana de buen ver querría seguir casada con un judío en las presentes circunstancias? ¿No tendrían una vida mejor si se divorciaran? Sólo era necesario que ella dijera que el nacionalsocialismo había corregido su ignorancia sobre la amenaza judía para que el divorcio se llevara a cabo. Las promesas se mezclaban con amenazas. El divorcio permitiría que sus hijos tuvieran carreras brillantes, éstos serían reclasificados como alemanes y su familia mejoraría a nivel económico porque se habría librado de un esposo dependiente. El rechazo condenaría a sus hijos a una existencia gris, privados por culpa de su matrimonio de los beneficios y privilegios de ser un alemán puro. Si no se divorciaba, el Estado confiscaría sus propiedades. Sumidas en la desesperación, algunas mujeres alemanas casadas en matrimonios mixtos sin hijos se divorciaron para aferrarse a sus bienes materiales y siguieron viendo a sus maridos en secreto después de que éstos hubieran dejado el domicilio conyugal. Sin embargo, muchas resistieron a la presión y reaccionaron ultrajadas ante la sugerencia de que se divorciaran por motivos económicos: ¿qué daría esto a entender sobre las razones por las que se habían casado?, preguntaban.[115]

Una de estas mujeres era Eva, la esposa de Victor Klemperer, que permaneció con él durante todas las vicisitudes de los años treinta. En tanto que veterano de guerra y esposo de una aria, Klemperer pudo mantener su puesto de profesor de literatura francesa en la Universidad Técnica de Dresde, pero se le impidió examinar, no pudo encontrar editor para su último libro y sus clases estaban tan restringidas que la asistencia se vio extremadamente reducida y estuvo en peligro de ser considerado prescindible. Estaba consternado por las ilusiones que algunos de sus amigos judíos se hacían sobre el régimen; a su alrededor, colegas judíos estaban siendo despedidos y las jóvenes familias judías que conocía estaban emigrando a Palestina. En tanto que nacionalista alemán, se sentía afligido por la manera como otros amigos se estaban aferrando a la identidad judía y perdiendo su germanidad. Su opinión sobre el sionismo no era mejor que la que tenía sobre el nazismo. Veía que sus amigos judíos emigraban a Palestina, pero no tenía ninguna intención de irse como ellos—«Quien va allí cambia el nacionalismo y la estrechez por el nacionalismo y la

estrechez»—y, en cualquier caso, sentía que a su edad no podría adaptarse a otra vida. Él era, escribió, «un producto perfectamente inútil de la "hipercultura"».[116]

A comienzos de octubre de 1934, Klemperer y su esposa se mudaron a la casa que hacía tiempo se estaban construyendo en Dölzschen, un barrio tranquilo de Dresde.[117] Apenas habían puesto la casa en orden cuando su situación empezó a deteriorarse seriamente. En marzo de 1935 el ministro no nazi de Educación de Sajonia fue cesado y sus obligaciones pasaron a manos del jefe regional del Partido Nazi, Martin Mutschmann. «En todos los puntos de la destrucción de la cultura, de la persecución de los judíos, de la tiranía interior—confió Klemperer a su diario—gobierna Hitler con criaturas cada vez más deleznables».[118] El 30 de abril de 1935 recibió por correo la comunicación oficial de su despido, firmada por Mutschmann. Ninguno de sus colegas hizo nada por ayudarle; el único gesto de simpatía que recibió fue de una secretaria. Klemperer escribió a algunos colegas en el extranjero en busca de trabajo, pero no se materializó nada y, en cualquier caso, no creía que su esposa Eva, de salud frágil, fuera lo suficientemente fuerte como para afrontar los rigores del exilio. Con más de cincuenta años, sólo podía contar con una pensión de tan sólo la mitad de su salario anterior. Le salvó su hermano mayor, Gregor, un cirujano de éxito de setenta años y jubilado que había abandonado Alemania, que le prestó 6.000 marcos, préstamo que no fue el último que hacía a sus apurados parientes. Sin embargo, mientras tanto, los ultrajes antisemitas se hicieron más frecuentes y más notables. Klemperer escuchó una vez en medio de Dresde a un hombre gritando repetidas veces: «¡Quien compra a los judíos traiciona a la nación!». El 17 de septiembre de 1935 registró en su diario la aprobación de las Leyes de Nuremberg. «El asco le pone a uno enfermo».[119] Privado de sus clases, Klemperer siguió escribiendo tenazmente su historia de la literatura francesa del siglo XVIII, aunque las perspectivas de verla publicada eran mínimas. Entre tanto, pasaba buena parte del tiempo viajando en su nuevo coche y discutiendo con sus amigos la posibilidad—remota, concluyó—de que el Tercer Reich se derrumbara. Todo el mundo murmuraba, decía, pero nadie estaba dispuesto a hacer nada y muchos veían el Tercer Reich como un baluarte necesario frente al

comunismo. Klemperer empezó a sentir que sus opiniones cambiaban: «Nadie podrá quitarme mi germanidad, pero el nacionalismo y el patriotismo han desaparecido para siempre».[120]

Aun así, para algunos era más sencillo distinguir entre su entusiasmo por las políticas nacionalistas del Tercer Reich y su turbación por su antisemitismo. Cuando el mayor retirado Friedrich Solmitz asumió el cargo de delegado vecinal para la protección en caso de incursión aérea poco después de la llegada de los nazis al poder, él y su esposa parecían haberse adaptado confortablemente al Tercer Reich. Sin embargo, a comienzos de 1934 tuvo que escribir a Peter Schönau, jefe local del partido, dimitiendo su cargo de delegado vecinal a causa de la persistente hostilidad del último hacia su persona. En todas sus acciones, protestó Solmitz, había obedecido las órdenes del partido, incluyendo la aplicación del párrafo ario, es decir, excluyendo a los judíos de puestos de responsabilidad en los preparativos en caso de incursión aérea. No podía comprender por qué se le acusaba de crítico. Pero, increíblemente, la razón por la cual Solmitz estaba siendo sometido a presión era porque era judío.[121]

En lo que respectaba a la religión, la familia era cristiana y no tenía ningún contacto con la comunidad judía, lo que explica sin duda el porqué de que su esposa, Luise Solmitz, en la intimidad de su diario, apuntara en 1933 que en Hamburgo «ningún camisa parda hace nada contra los judíos, no se les insulta, la vida cotidiana en Hamburgo es como siempre, todo el mundo se ocupa de sus asuntos como siempre».[122] Luise Solmitz no tenía ancestros judíos. Aun así, encontró que el boicot nazi a las tiendas judías el 1 de abril de 1933 era motivo de preocupación, «una amarga broma del Día de los Inocentes». «Nuestra alma—lamentó—tenía como objetivo el alzamiento de Alemania, no esto». Sin embargo, reflexionó, por lo menos los judíos de la Europa oriental ya no molestaban («las criaturas infernales de Galitzia oriental parecen haber desaparecido por el momento»).[123] Un año más tarde empezaba a sentirse amargada por la discriminación que sufrían su marido judío y su hija medio judía. Se sentía triste al ver

> como Fr[iedrich] se encuentra a la merced de cualquier canalla deshonroso, como se le excluye de las SA y los Cascos de Acero, la Asociación Nacionalsocialista de Oficiales de Guerra y la Asociación Académica. Saber que Gis[ela] no podrá encontrar la felicidad, tanto en su vida

> profesional como afectiva. Estremecerse por cada palabra fortuita, por cada visita, por cada carta: ¿qué quiere la gente de nosotros?[124]

En 1935 Solmitz perdió sus derechos civiles a consecuencia de las Leyes de Nuremberg, aunque él y su esposa no judía fueron incluidos entre los matrimonios mixtos privilegiados porque habían criado a su hija en la fe cristiana. Las Leyes de Nuremberg, escribió el 15 de septiembre de 1935, habían sido su «sentencia de muerte civil». Esto significaba que, como en 1918, la familia ya no podría izar la bandera imperial (adornada ahora con la esvástica) y mucho más:

> Nuestra bandera negra, blanca y roja ha sido arriada por segunda vez. Cualquier hombre que se case con mi hija terminará en prisión, y ella con él. Tenemos que despedir a la doncella. [...] Nuestra hija es marginada, excluida, despreciada, inútil. ¿Quién es realmente consciente del aislamiento del pueblo, el desarraigo, de las mujeres relacionadas con judíos, en tanto que ella no recurra a sus propios medios con un desafiante «a pesar de todo estoy con vosotros», mi pueblo, mi patria? La mayoría de la gente rechazará todavía a los judíos, como yo; no tienen ninguna relación por este lado, ni la quieren. Nunca la han tenido, nunca han conocido a un judío. Y cuando estamos con nuestros camaradas de raza, cada palabra fortuita nos aterroriza, todos hacen evidente el abismo que nos separa.[125]

Ultrajados por el trato que se les dispensaba, los Solmitz escribieron una carta personal a Hitler. Fue remitida a la policía local y al Ministerio del Interior, que informaron a la pareja de que no se les podía eximir en ninguna circunstancia de las disposiciones de la ley.[126] A pesar de ello, Luise era optimista. El creciente aislamiento de su hija y su amargura por no haber sido admitida en la Liga de Muchachas Alemanas siguió siendo motivo de preocupación, pero la familia estaba bien instalada, y el orgullo nacional de la familia por los logros de Alemania bajo el Tercer Reich compensaba con creces unas molestias menores que en 1937 definió como «esas moscas pesadas que hay en verano en los lagos».[127]

IV

En efecto, a finales de 1935 la situación de los judíos en Alemania se destensó ligeramente. La razón era del todo inesperada y, por lo menos en un aspecto, fuera del control del régimen nazi. En 1936, a Alemania le

tocaba organizar los Juegos Olímpicos, una decisión tomada por el Comité Olímpico Internacional mucho antes de que los nazis hubieran alcanzado el poder. Los juegos de invierno debían celebrarse en la estación de esquí de Garmisch-Partenkirchen, los de verano en Berlín. Al comienzo, Hitler se mostró escéptico. El deporte, en sí mismo no resultaba nada atractivo para la ideología nazi, y encontraba que el internacionalismo del acontecimiento resultaba altamente sospechoso. Pero cuando se fraguó la campaña de boicot, especialmente en los Estados Unidos, por el trato del Tercer Reich a los judíos, se dio cuenta de que el traslado de los juegos a algún otro lugar sería extremadamente perjudicial y de que la celebración de los Juegos Olímpicos en Alemania sería una oportunidad única para influir sobre la opinión pública mundial a favor del Tercer Reich. En el equipo alemán no había judíos: bajo presión de evitar el boicot de Estados Unidos, los responsables del equipo alemán intentaron reclutar a algunos, pero la denegación del acceso a judíos a las instalaciones deportivas de alto nivel en Alemania desde 1933 hacía que no encontraran a deportistas judíos con el nivel suficiente. Se llamó a tres medio judíos a sumarse al equipo, todos fuera de Alemania en esos momentos: Helene Mayer, la esgrimidora rubia, entre ellos. Este gesto y la garantía de los alemanes de que cumplirían el espíritu olímpico parecieron suficiente para evitar un boicot internacional.[128]

Se hicieron muchos preparativos para mostrar al mundo la mejor cara de Alemania. El periódico berlinés de Goebbels, *Der Angriff*, dijo a los berlineses: «Debemos ser más encantadores que los parisienses, más relajados que los vieneses, más alegres que los romanos, más cosmopolitas que en Londres y más prácticos que en Nueva York».[129] Para dar una buena impresión se detuvo a las personas con historial delictivo, que o bien fueron expulsadas o bien encarceladas preventivamente. Se construyó un estadio enorme con capacidad para 110.000 espectadores en el centro de un vasto complejo deportivo en la zona noroeste de Berlín. Los juegos fueron retransmitidos por radio a todo el país y fueron televisados por primera vez, aunque sólo de forma experimental, ya que casi nadie tenía aparato de televisión. Utilizando la cobertura exhaustiva con cámaras tan efectiva en la filmación de la concentración de Nuremberg para *El triunfo de la voluntad*,

Leni Riefenstahl dirigió *Olimpia*, el que todavía se considera un filme olímpico clásico, una celebración de la destreza física humana que tanto encajaba con el ideal olímpico como con la ideología nazi. En todos los puntos de la ciudad se colgaron banderas nazis y olímpicas y Richard Strauss dirigió en la ceremonia de inauguración a un coro de 3.000 voces en una interpretación de su nuevo himno olímpico y del himno de Horst Wessel. Se encendió la llama olímpica, Hitler declaró abiertos los juegos y 5.000 atletas empezaron las competiciones.[130]

Hitler sólo era un invitado de los Juegos, organizados de hecho por el Comité Olímpico Internacional, y cuando empezó a hacer llamar a los atletas alemanes victoriosos a su palco para darles su felicitación, fue advertido severamente por el Comité de que no debía ofender el espíritu internacional de los juegos discriminando a los ganadores según su país de origen. Les debía felicitar a todos sin excepción o no debía felicitar a nadie. Poco sorprendentemente, escogió la segunda opción, aunque siguió felicitando en privado a los vencedores alemanes; pero este incidente, y el hecho de que abandonara el estadio durante la prueba de salto de altura tras la eliminación del último competidor alemán, dio alas a la posterior leyenda según la cual Hitler hizo un desaire a la estrella indiscutible de los Juegos, el cuatro veces medallista de oro Jesse Owens al rechazar estrechar su mano porque era negro y abandonando el estadio al quedar éste primero en una competición. Sin embargo, incluso Hitler era consciente de que haría algo más que arruinar la impresión que los Juegos estaban ejerciendo sobre la opinión internacional al comprometerse en una demostración petulante de este tenor. Como explicó más adelante Albert Speer, Hitler, en efecto, no estaba contento con las victorias de Owens, que atribuyó a la superior fuerza física del hombre primitivo: en el futuro, dijo en privado, se debían eliminar competiciones tan injustas y prohibir la participación de los no blancos. Impresionado por el éxito de los Juegos, Hitler ordenó a Speer el diseño de un nuevo estadio mucho mayor. Como estaba planeado, en 1940 los Juegos se celebrarían en Japón, pero después se celebrarían permanentemente en Berlín.[131]

«Temo que los nazis han logrado un éxito propagandístico—escribió el 16 de agosto de 1936 William L. Shirer al terminar los Juegos—. En primer lugar, han organizado unos Juegos a una escala sin precedentes, algo que ha gustado a los atletas. En segundo lugar, han ofrecido una impresión muy buena a los visitantes, especialmente a los grandes hombres de negocios», algunos de los cuales habían manifestado al corresponsal estadounidense su «impresión favorable» de la «organización» nazi. La historia había sido la misma en los Juegos de Invierno del mismo año, aunque Shirer había tenido problemas con el ministro de Propaganda por publicar que «los funcionarios nazis» se habían quedado «los mejores hoteles» y habían instalado a la prensa «en alojamientos poco adecuados», lo cual era cierto. Los nazis «han retirado de Garmisch todos los carteles contra la presencia de judíos (los hay en toda Alemania)» y «así se ha ahorrado a los visitantes olímpicos toda señal del trato que se inflige a los judíos en este país», informó Shirer a sus lectores estadounidenses.[132] Esto también era cierto. Hitler se distanció explícitamente de *Der Stürmer* en junio de 1936 en un gesto dirigido a la opinión internacional y se retiraron de la capital del Reich los ejemplares del diario durante los Juegos.[133] En sus discursos más importantes de 1936 apenas mencionó a los judíos.[134] El 13 de agosto de 1936 Victor Klemperer apuntó que, para el régimen nazi, los Juegos Olímpicos

> son una cuestión exclusivamente política. «Renacimiento alemán gracias a Hitler», leí hace poco. Incesantemente se inculca al pueblo y a los extranjeros que aquí se ve el auge, el esplendor, el nuevo espíritu, la unidad, la firmeza y la gloria, por supuesto también el espíritu de paz, que abarca amorosamente al mundo entero, del Tercer Reich. Los gritos a coro están prohibidos (el tiempo que dure la Olimpíada), la campaña antijudía, los tonos belicosos, todo lo que causa mala impresión ha desaparecido de los periódicos hasta el 16 de agosto, y aun así, están colgadas por todas partes, día y noche, las banderas con la cruz gamada.[135]

A pesar de ello, el lugarteniente de Hess, Martin Bormann, había recordado a los funcionarios del partido en febrero de 1936 que «el objetivo del NSDAP, excluir poco a poco a los judíos de todas las esferas del pueblo alemán» continuaba «inamovible». Que este objetivo no había sido modificado ni abandonado fue evidente casi inmediatamente después de la clausura de los Juegos de Verano.[136]

V

Mientras tanto, algunos miles de judíos que habían abandonado el país en 1933 habían regresado al país al parecer que la situación en las calles se había tranquilizado en comparación con la violencia desencadenada durante la asunción nazi del poder y que los dirigentes del régimen habían atemperado su retórica antisemita. Las restricciones impuestas por el gobierno francés al empleo de trabajadores extranjeros cuando la Depresión empezó a golpear duramente Francia en 1934 hicieron que muchos judíos alemanes exiliados regresaran a su patria. Al percibir la llegada de estos «elementos que deben ser tachados de indeseables» en los primeros meses de 1935, la Policía Política bávara decretó:

> Aunque digan que salieron del país para iniciar una nueva vida, hay que considerar que los no arios emigraron básicamente por motivos políticos. Los emigrantes de sexo masculino que regresen deben ser enviados al campo de concentración de Dachau; las mujeres irán al campo de concentración de Moringen.[137]

Se avecinaban medidas peores.[138] Además, fueran cuales fuesen los ajustes cosméticos hechos por los nazis en sus políticas antisemitas durante 1936, la arianización de las empresas judías siguió adelante durante todo el año y, en efecto, la promulgación del Plan Cuatrienal en otoño, como hemos visto, implicó una aguda aceleración del plan. Éste fue acompañado por una nueva oleada de boicots de intimidación en muchos puntos del país, un hecho que sugiere que muchos consumidores alemanes seguían comprando en tiendas judías y que la cúpula nazi a todos los niveles se sentía cada vez más frustrada por esta situación. La Gestapo lanzó una acción coordinada para terminar con la enraizada costumbre de muchos campesinos alemanes de tratar con comerciantes de ganado judíos para comprar y vender su ganadería. Los ganaderos que mantenían estos contactos tozudamente fueron amenazados con la retirada de las licencias de caza, la negación de la Ayuda Invernal y otras medidas, mientras que los comerciantes de ganado judíos fueron detenidos o expulsados físicamente de mercados y mataderos, y sus libros de contabilidad confiscados y entregados a rivales no judíos. A finales de 1937 habían sido expulsados del negocio.[139]

Sin embargo, la acción violenta a gran escala no se retomó hasta 1938. Fue dirigida de nuevo por la cúpula del Tercer Reich, con Hitler a la cabeza. A medida que el régimen se fue volviendo más agresivo en sus políticas militar y exterior, fue sintiendo menos necesario que antes preocuparse por las posibles reacciones extranjeras a la violencia antisemita. Llevada a cabo poco a poco, la arianización de la economía estaba a punto de completarse y no había ocurrido ningún desastre económico a consecuencia de la expulsión de los judíos de la vida económica. Se vislumbraba ya la guerra y, desde el punto de vista del régimen, era necesario reducir rápidamente el número de judíos en Alemania para minimizar la posibilidad de una repetición de la «puñalada por la espalda» que había costado a Alemania la Primera Guerra Mundial—no sería la última vez que esta fantasía desempeñaría un papel crucial en las políticas de Hitler y sus socios—. A la sombra de la guerra que se avecinaba, retratar a los judíos alemanes como el enemigo interno supondría un medio importante para preparar a la opinión pública para el conflicto. Esta nueva fase de violencia antisemita, la tercera tras las de 1933 y 1935, fue inaugurada por el mismo Hitler en la concentración del partido el 13 de septiembre de 1937, cuando dedicó una gran parte de su discurso a atacar a los judíos como seres «absolutamente inferiores», sin escrúpulos, subversivos, personas que hacían todo lo posible para socavar a la sociedad desde dentro, habían exterminado a los que eran más inteligentes que ellos y establecido un reino de terror bolchevique. El discurso fue seguido de disturbios antisemitas en Danzig y, más tarde, por una nueva ola de boicots de intimidación a las tiendas judías durante la temporada navideña. Refiriéndose a una larga conversación privada con Hitler mantenida el 29 de noviembre de 1937, Goebbels apuntó en su diario: «Los judíos deben salir de Alemania, e incluso de Europa. Nos tomará algún tiempo, pero puede y debe suceder así. El Führer está firmemente resuelto».[140]

La nueva fase de persecución trajo consigo una nueva aprobación de leyes y decretos que empeoraron todavía más significativamente la posición de los judíos alemanes. El 25 de julio de 1938, los 3.152 médicos judíos que quedaban perdieron sus licencias excepto 709; a éstos se les denegó el derecho de llamarse médicos pero pudieron seguir tratando a pacientes

judíos, que de otro modo se hubieran visto privados de cuidado médico. Un decreto del 27 de septiembre aplicó el mismo principio a los abogados judíos; pudieron seguir trabajando 172 de 1.753 y sólo para clientes judíos; el 17 de enero de 1939 les tocó el turno a los dentistas, veterinarios y farmacéuticos judíos. El 28 de marzo de 1938, una nueva ley sobre las asociaciones culturales judías las privó de su anterior estatus como corporaciones públicas con efecto desde el anterior 1 de enero, eliminando así una importante protección legal y sometiéndolas a impuestos más duros. Otras medidas aceleraron la arianización de la economía impidiendo que los judíos ejercieran otras profesiones, eliminando las exenciones de impuestos para los judíos con hijos, obligando al registro de las propiedades y más. El Ministerio del Interior empezó a esbozar una nueva ley, promulgada el 17 de agosto, que hacía obligatorio para todos los judíos llevar un nombre judío o, si no, añadir los nombres «Israel» y «Sara» a los suyos a partir del 1 de enero de 1939. Así, los judíos podían ser identificados inmediatamente a partir de los papeles de identidad que todos los alemanes, desde hacía tiempo, estaban obligados a llevar siempre encima y mostrarlos a las autoridades que se los pedían. Para muchos judíos, esta ley significaba la humillante prueba de que se les consideraba inferiores en todos los aspectos, señalados como una raza aparte. Enfrentada a la perspectiva insoslayable de que su marido Friedrich tuviera que llevar también el nombre de Israel, Luise Solmitz empezó a preocuparse por su deprimido estado de ánimo, que debió ser muy frecuente entre muchos de los que se encontraban en su misma situación: «La vergüenza que llegará inevitablemente el 1 de enero del 39 lo reconcome, este nombre adicional deshonroso y triste».[141]

Joseph Goebbels, también jefe regional del partido en Berlín, empezó a tener en mente la separación total de los judíos del resto de la sociedad en verano de 1938, a medida que fue reaccionando a las quejas de los jefes regionales de otros puntos de Alemania que, de visita a la capital del Tercer Reich, decían percibir un exceso de judíos en las calles de la ciudad. Goebbels encargó un informe al jefe de la policía de Berlín, el conde Helldorf, que recomendó la utilización de señales distintivas para los judíos y sus tiendas, una tarjeta de identidad especial para judíos, su expulsión de

todo tipo de profesiones, compartimientos especiales para judíos en los trenes, su confinamiento a barrios concretos de la ciudad y más. Estas ideas eran ya moneda común. El Servicio de Seguridad de Heydrich señaló que sería desaconsejable que Berlín fuera por su cuenta, aunque prácticamente una tercera parte de la población judía de Alemania vivía ahora allí; y, en cualquier caso, estas medidas no obedecían a un programa coherente de emigración judía. De modo que no cumplió las recomendaciones. Sin embargo, estas propuestas no fueron desatendidas del todo, y en el ínterin la policía de Berlín hizo una redada en un café bien conocido del Kurfürstendamm y detuvo a 300 clientes judíos, entre los cuales había muchos extranjeros. La policía anunció que entre los detenidos había muchos elementos criminales. Esto no fue suficiente para Goebbels, que hizo llamar a Helldorf para discutir la cuestión. «Objetivo: echar a los judíos de Berlín —escribió en su diario el 4 de junio de 1938—[...] y sin sentimentalismos», un propósito que también reveló a una audiencia formada por 300 oficiales de policía de Berlín el 10 de junio de 1938. Goebbels no actuaba por sí solo en esta materia. Unos días más tarde, más de 1.500 judíos fueron detenidos por orden directa de Hitler en el curso de una acción a gran escala contra «asociales», mendigos, desharrapados y similares. Estos judíos—conocidos de la policía por su historial delictivo previo, conformado, por supuesto, por violaciones de las leyes raciales—no fueron destinados al servicio laboral obligatorio, como sí lo fueron los «asociales» detenidos en la misma actuación. Su detención tenía como objetivo, más bien, presionarlos para que emigraran. En efecto, sólo eran puestos en libertad tras los arreglos pertinentes para emigrar, por medio de agencias judías. Esto al margen, la actuación policial buscaba equiparar a los judíos a los delincuentes a ojos de la opinión pública, una impresión subrayada diligentemente por las informaciones publicadas en la prensa diaria.[142]

Estos discursos, leyes, decretos y redadas policiales señalaron con claridad a la base del Partido Nazi que había llegado la hora de pasar una vez más a la acción violenta en las calles. El ejemplo de las escenas de violencia en Viena que siguieron a la anexión de Austria en marzo de 1938 fue otro incentivo.[143] Los nazis de Berlín fueron alentados por Goebbels y

por el jefe de policía Helldorf; se pintarrajeó la estrella de David en las tiendas, consultorios y bufetes de abogados judíos en toda la ciudad, se saqueó un buen número de negocios y despachos y se demolieron tres sinagogas. La violencia se propagó a otras ciudades, como Frankfurt y Magdeburg. Hitler detuvo la violencia el 22 de junio, en buena parte porque ésta afectó a muchos judíos extranjeros detenidos en la ciudad en un momento en que las relaciones con otros países se encontraban en un punto delicado. Sin embargo, esta última acción fue puramente táctica. El 25 de julio de 1938, Goebbels transcribió una conversación en que Hitler daba su aprobación a las acciones de Berlín. «Lo principal es que los judíos están siendo expulsados. En diez años tienen que estar fuera de Alemania». Cómo había que conseguirlo era una cuestión secundaria. Consideraciones de política exterior desaconsejaban por el momento la violencia abierta, pero ésta no fue desechada por principio.[144] Cambiando de táctica, la policía de Berlín distribuyó una lista confidencial de 76 puntos con medios de hostigamiento a los judíos sin quebrantar la ley: convocarlos a la comisaría de policía en el Sábath, aplicar minuciosamente las normas de higiene y seguridad a los locales judíos, retardar la tramitación de documentos legales (a menos que estuvieran relacionados con la emigración), etc. Sin embargo, la violencia prosiguió, a veces con pretextos legales, a veces sin ellos. Después de que las autoridades locales de Nuremberg y Munich ordenaran la demolición de las principales sinagogas de ambas ciudades, los nazis asaltaron sinagogas en como mínimo otras doce ciudades. En puntos de Württemberg se renovaron los ataques a locales judíos y los habitantes judíos fueron sacados de sus casas, golpeados, escupidos y echados de las ciudades donde residían. Gracias a las actuaciones sancionadas oficialmente de los meses anteriores, todas las tiendas y locales judíos habían sido señalados con toda evidencia, se habían entregado documentos especiales de identidad a hombres, mujeres y niños judíos, y sus domicilios fueron inscritos en un registro de la policía. Era muy fácil localizarlos.[145] En el Servicio de Seguridad de las SS se empezaron a discutir planes para detener a los judíos restantes en caso de que estallara la guerra. Finalmente, bajo una presión siempre creciente por parte de Hitler para financiar y entregar

más armamento, la organización del Plan Cuatrienal, con Hermann Göring a la cabeza, pensó en las propiedades y bienes judíos restantes con una urgencia cada vez mayor.[146]

La situación estaba provocando una vez más una atmósfera de pogromo, como en el verano de 1935. Mientras tanto, el régimen empezó a tomar medidas para expulsar a todos los judíos no alemanes del Reich. Los patronos arios recibieron en otoño de 1937 órdenes de despedir a los empleados que entraran en esta categoría, lo que se tradujo en la expulsión del país de más de un millar de judíos rusos, aunque el proceso se alargó más de lo planeado a causa de la actitud poco cooperante de las autoridades soviéticas.[147] El año siguiente, el Servicio de Seguridad de las SS dirigieron su atención hacia los 50.000 judíos polacos residentes en Alemania. El 40 por 100 de éstos había nacido en el país, pero desde el punto de vista de Heydrich eran una molestia porque ninguno de ellos estaba sujeto a las leyes antijudías alemanas. Preocupado por su posible retorno, la dictadura militar antisemita que gobernaba Polonia aprobó una nueva ley el 31 de marzo de 1938 por la que retiró la ciudadanía polaca a estos desafortunados, que se convirtieron en apátridas. Las negociaciones entre la Gestapo y la embajada polaca llegaron a un callejón sin salida y el 27 de octubre la policía alemana empezó a detener a trabajadores polacos, a veces junto a sus familias, metiéndolos en trenes precintados y estrechamente vigilados y dejándolos en la frontera con Polonia. Se transportó por este método a 18.000 personas, sin aviso, sin nada más que el equipaje mínimo y a menudo sin comida ni bebida para el viaje. Al llegar a la frontera, la policía que los custodiaba los sacaba de los trenes y los obligaba a golpes a pasar al otro lado. Las autoridades polacas cerraron rápidamente la frontera, de modo que los expulsados fueron abandonados en tierra de nadie hasta que el gobierno polaco finalmente cedió e instaló campos de refugiados a su lado de la frontera. Cuando las autoridades polacas ordenaron la expulsión de ciudadanos alemanes en la otra dirección de la frontera, la policía alemana terminó su campaña, era el 29 de octubre de 1938. Las negociaciones entre los dos gobiernos condujeron finalmente a que se permitiera a los deportados regresar a Alemania a recoger sus pertenencias antes de regresar a Polonia para siempre.[148]

LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

I

El 7 de noviembre de 1938, un polaco de diecisiete años, Herschel Grynszpan, criado en Alemania pero residente por entonces en París, descubrió que sus padres se encontraban entre los deportados de Alemania a Polonia. Grynszpan consiguió un revólver y se presentó en la embajada alemana, donde disparó al primer diplomático con quien se cruzó: un joven funcionario llamado Ernst vom Rath, que quedó gravemente herido y fue trasladado al hospital. La atmósfera política a comienzos de noviembre de 1938 estaba muy cargada de violencia antisemita, ya que el régimen y sus partidarios más activos seguían multiplicando la presión sobre los judíos alemanes para que emigraran. No es extraño que Goebbels decidiera convertir el incidente en un mayúsculo ejercicio de propaganda. El mismo día, el Ministerio de Propaganda dio instrucciones a la prensa para que dieran un lugar destacado al incidente. Debía describirse como un ataque de «la judería internacional» contra el Tercer Reich que acarrearía las «peores consecuencias» para los judíos alemanes. Era una clara invitación para que los leales al partido pasaran a la acción. Goebbels dio instrucciones al jefe regional de propaganda de Hesse para que lanzara ataques violentos contra las sinagogas y otros edificios de la comunidad judía para ver si era factible un pogromo más amplio. Mientras los camisas pardas pasaban a la acción, la SS y la Gestapo fueron persuadidos para apoyar la acción. En Kassel, los camisas pardas destrozaron la sinagoga local. En otras ciudades de Hesse, como en partes de la vecina Hannover, se registraron también ataques y conatos de incendio de sinagogas y de las casas y apartamentos de la población judía local. Estos actos de violencia expresaban, declaró la prensa orquestada el 9 de noviembre de 1938, la rabia espontánea del pueblo alemán contra el ultraje de París y sus instigadores. El contraste con el

asesinato en febrero de 1936 de un funcionario regional del partido, Wilhelm Gustloff, por el judío David Frankfurter, que no provocó reacciones de ningún tipo, ni violencia verbal ni física, por parte del partido a causa de la preocupación de Hitler por mantener acallada la opinión internacional en el año de los Juegos Olímpicos, no pudo ser mayor. El contraste demuestra que el asalto fue el pretexto para lo que siguió, no la causa.[149]

Dio la casualidad de que el disparo de Grynszpan el 7 de noviembre de 1938 coincidió con un discurso de Hitler ante los líderes regionales del Partido Nazi y otros veteranos del movimiento en Munich al día siguiente, víspera del aniversario del fracasado *putsch* de 1923. Visiblemente, Hitler no hizo mención al incidente de París en su discurso; estaba planeando la acción que llevar a cabo tras la muerte de Vom Rath, que no podía tardar en producirse. La tarde del 9 de noviembre, mientras los dirigentes del partido estaban haciendo su entrada al salón principal del ayuntamiento de Munich, Hitler fue informado por su médico personal, Karl Brandt, a quien había mandado a París a atender a Von Rath, de que el funcionario de embajada había fallecido a las cinco y media de la tarde a causa de las heridas. Así, la noticia no le llegó sólo a él, sino también a Goebbels y al Ministerio de Exteriores a última hora de la tarde del 9 de noviembre. Hitler dio inmediatamente instrucciones a Goebbels para un ataque masivo y coordinado a los judíos alemanes, junto a la detención de tantos judíos varones como fuera posible y su encarcelamiento en campos de concentración. Era la ocasión ideal para intimidar a tantos judíos como fuera posible para que dejaran Alemania, por medio de una terrorífica explosión de violencia y destrucción a escala nacional. La muerte de Vom Rath proporcionaba también la justificación propagandística para la expropiación final y total de los judíos alemanes y su absoluta segregación del resto de la economía, la sociedad y la cultura. Tras tomar estas decisiones, Hitler acordó con Goebbels simular ante los seguidores del partido que éstas obedecían a una reacción impulsiva al asesinato de Vom Rath, tomadas en un estado de choque y rabia.[150]

Concluida la cena en el ayuntamiento, donde podían ser observados por muchos de los participantes, un mensajero se aproximó a Hitler y Goebbels hacia las nueve de la noche para anunciarles lo que de hecho ya sabían desde última hora de la tarde, es decir, que Vom Rath había fallecido a causa de las heridas. Tras una breve e intensa conversación, Hitler partió para su apartamento más pronto de lo acostumbrado. Hacia las diez de la noche, Goebbels habló a los jefes regionales anunciándoles que Vom Rath había muerto. Un informe posterior de la máxima autoridad disciplinaria del partido reanudó la historia en este punto:

> La noche del 9 de noviembre de 1938 el jefe de propaganda del Reich, el camarada Dr. Goebbels, informó a los dirigentes del partido que se habían reunido en el viejo ayuntamiento de Munich para celebrar una velada de camaradería de que se habían registrado manifestaciones contra los judíos en las regiones de Hesse y Magdeburg-Anhalt, en el curso de las cuales se habían destruido comercios judíos e incendiado sinagogas. Al escuchar su informe, el Führer decidió que tales manifestaciones no debían ser preparadas ni organizadas por el partido, pero que no había que obstaculizarlas si se llevaban a cabo de forma espontánea. [...] Los dirigentes del partido presentes comprendieron que las instrucciones verbales del jefe de propaganda del Reich eran que el partido no debía aparecer públicamente como organizador de las manifestaciones, pero que en realidad las debía organizar y llevar a cabo. La mayoría de camaradas presentes transmitieron inmediatamente las instrucciones por teléfono—es decir, un buen rato antes del envío del primer telegrama—a sus oficinas regionales.[151]

En los cuarteles regionales del partido, los funcionarios al mando telefonearon a los comandantes de los camisas pardas y activistas del partido en las diversas localidades, transmitiendo a través de la cadena de mando la orden de quemar sinagogas y acabar con los comercios, casas y apartamentos judíos. Cuando Hitler y Himmler se encontraron en los aposentos de Hitler poco antes del tradicional juramento de medianoche de los reclutas de las SS, hablaron brevemente del pogromo. Después de la reunión, a cinco minutos de la medianoche, se distribuyó otra orden por télex, esta vez más formal. Era de Heinrich Müller, subordinado de Himmler y jefe de la Gestapo, y transmitía a los comandantes de policía de todo el país, la orden personal de Hitler, también registrada por Goebbels en su diario privado al día siguiente, de detener a grandes números de judíos alemanes:

> Muy pronto se llevarán a cabo acciones contra judíos, especialmente contra sus sinagogas, en toda Alemania. No deben ser interrumpidas. Sin embargo, se deben tomar medidas en cooperación con la Policía de Orden para prevenir saqueos y otros excesos [...]. En todo el Reich hay que detener a entre 20.000 y 30.000 judíos. Se debe escoger, sobre todo, a judíos con propiedades.[152]

Otro télex enviado por Heydrich a la 1:20 de la madrugada ordenaba a la policía y al Servicio de Seguridad de las SS no interponerse en la destrucción de propiedades judías ni evitar las acciones violentas contra judíos alemanes; también advertía de que no se permitiera el pillaje, no se tocara a los ciudadanos extranjeros aunque fueran judíos y se tomaran medidas para proteger los locales alemanes adyacentes a comercios judíos y sinagogas. Había que detener a tantos judíos como cupieran en los campos. A las 2:56 de la madrugada, un tercer télex, distribuido a instancias de Hitler desde las oficinas de su lugarteniente, Rudolf Hess, insistía en este último punto y añadía que se había ordenado «desde el más alto nivel» no incendiar tiendas judías a causa del potencial peligro para los locales alemanes colindantes.[153]

Para entonces, el pogromo estaba en pleno apogeo. Las órdenes iniciales comunicadas por teléfono desde Munich a los funcionarios de las oficinas regionales fueron repetidas por toda la cadena de mando. Un ejemplo típico fue el del jefe de las SA de la Marca Norte, Joachim Mayer-Quade, que se encontraba en Munich esa noche; escuchó el discurso de Goebbels y telefoneó a su jefe de gabinete en Kiel a las 23:30. Le dijo:

> Un judío ha disparado un tiro. Un diplomático alemán ha muerto. En Friedrichstadt, Kiel, Lübeck y en todas partes hay templos completamente superfluos. Esta gente todavía tiene tiendas entre nosotros. Ambos son superfluos. No debe haber saqueos. No debe haber maltratos. Los judíos extranjeros no se deben tocar. La acción se tiene que llevar a cabo de paisano y debe terminar a las cinco de la madrugada.[154]

Mayer-Quade había entendido el mensaje de Goebbels. Sus subordinados no tuvieron dificultades en comprender el significado. Ni los que recibieron órdenes parecidas en otros puntos. En toda Alemania, camisas pardas y activistas del partido se encontraban todavía celebrando el *putsch* de 1923 en sus cuarteles generales cuando llegaron las órdenes; muchos estaban borrachos y no precisamente inclinados a tomar seriamente las advertencias

sobre pillaje y violencia personal. Bandas de camisas pardas salieron resueltamente de sus casas y cuarteles, la mayoría vestidos de paisano y armados con tanques de gasolina, y se dirigieron a las sinagogas más cercanas. Pronto estaban en llamas prácticamente todas las casas judías de oración y culto que quedaban en el país. Alertados por los camisas pardas, los policías y bomberos locales no hicieron nada salvo proteger los edificios adyacentes. Agentes socialdemócratas estimaron posteriormente que se habían destruido 520 sinagogas en esta orgía de violencia, pero es probable que su información fuera incompleta, y la cifra real fuera de más de un millar. Después del 10 de noviembre de 1938 los judíos que quedaban en Alemania se vieron prácticamente imposibilitados de cumplir con normalidad sus actos religiosos de culto público.[155]

Junto a las sinagogas, los camisas pardas y los hombres de las SS también atacaron comercios y locales judíos. Rompieron los escaparates, dejando el pavimento cubierto por una gruesa capa de cristales rotos. Con su característico sentido del humor agrio, irónico y lleno de sobreentendidos, la gente de Berlín empezó pronto a referirse a la noche del 9 al 10 de noviembre como «Kristallnacht» o Noche de los Cristales Rotos. Pero los camisas pardas hicieron más que romper escaparates; en todas partes, irrumpieron en los locales judíos, destruyeron lo que contenían y saquearon cuanto pudieron.[156] Después se dirigieron hacia las casas y apartamentos de familias judías con las mismas intenciones. En Düsseldorf se informó de que los judíos fueron despertados por el temido golpe a la puerta de la Gestapo a primeras horas de la madrugada:

> Mientras la Gestapo registraba la casa, hombres de las SA en el exterior se entretenían rompiendo los cristales de ventanas y puertas. Entonces aparecieron las SS y entraron para llevar a cabo su trabajo. Casi en todas partes, todos los muebles fueron hechos añicos. Libros y bienes fueron desparramados, los inquilinos judíos amenazados y golpeados. Se llevaron a cabo escenas de auténtico espanto. Sólo de vez en cuando algún hombre de las SS decente afirmaba que sólo estaba llevando a cabo su deber porque había recibido órdenes de irrumpir en un apartamento o casa. Nos explicaron que dos estudiantes con uniforme de las SS rompieron cada uno un jarrón y después informaron a su superior: «¡Orden cumplida!».[157]

En muchas ciudades, grupos de camisas pardas profanaron cementerios judíos y arrancaron y rompieron las lápidas. En algunos lugares, las Juventudes Hitlerianas también participaron en el pogromo. En Esslingen, camisas pardas vestidos de paisano y armados con hachas y mazos irrumpieron en el orfanato judío entre medianoche y la una de la madrugada y destruyeron cuanto pudieron, tirando libros, símbolos religiosos y todo lo que fuera combustible en una pira que encendieron en el patio. Si no salían inmediatamente, dijo un camisa parda a los niños llorosos, también serían lanzados a la hoguera. Algunos niños tuvieron que ir andando hasta Stuttgart para encontrar alojamiento.[158] En toda Alemania se saquearon tiendas y casas y se robaron joyas, cámaras, electrodomésticos, radios y otros bienes de consumo. En conjunto se destruyeron 7.500 tiendas cuyos propietarios eran judíos de un total no superior a 9.000. La industria de seguros calculó que los daños provocados por el fuego sumaban 39 millones de marcos, los escaparates rotos sumaban 6,5 millones y los bienes saqueados 3,5 millones. La policía sólo hizo acto de presencia en la mañana del 10 de noviembre para vigilar que los locales saqueados no sufrieran más robos.[159]

Lo que sucedió en Treuchtlingen es típico de los acontecimientos en la antisemita Franconia. Justo después de la medianoche del 10 de noviembre de 1938, el comandante de las SA, Georg Sauber, recibió una llamada telefónica con órdenes de destruir las sinagogas locales en su área y detener a todos los hombres judíos. A las tres de la madrugada había llegado a Treuchtlingen y ordenado que se sacara de la cama a todos los camisas pardas de la localidad e informar a la estación de bomberos. Algunos se dirigieron a la sinagoga, donde se reunieron ante la puerta de la casa adyacente llamando a gritos al inquilino, el cantor de la sinagoga, Moses Kurzweil, que abriera la puerta o incendiarían la casa y él perecería dentro. Derribaron la puerta y pasaron de la casa a la sinagoga, a la que prendieron fuego. Al cabo de poco tiempo había sido destruida por completo. La brigada de bomberos llegó y empezó a rociar con agua las casas vecinas cuyos propietarios eran arios. Gente de la población acudió a ver la escena y, alentando a gritos a los camisas pardas, se dirigieron con ellos hacia una serie de comercios de judíos, donde les ayudaron a romper los escaparates y

saquear su contenido. Después se desplazaron hacia casas de judíos, irrumpieron en su interior y se desbocaron a placer. Un judío local, Moritz Mayer, explicó posteriormente que se despertó entre las cuatro y las cinco de la madrugada del 10 de noviembre al oír pisadas en su jardín: miró por la ventana y vio a ocho o diez camisas pardas armados con hachas, destrales, cuchillos y pistolas que estaban entrando en la casa y, en el tiempo que despertó a su familia, empezaban a destrozar lavabos, espejos, puertas, armarios y muebles. En la cocina, los camisas pardas destrozaron la vajilla y después, bajando al sótano, donde se había refugiado aterrorizada la familia de Mayer, obligaron a las mujeres a romper todas las botellas de vino y los potes de conservas. Tan pronto como se fueron, aparecieron en escena vecinos y jóvenes que saquearon cuanto pudieron. Mayer y su familia recogieron alguna ropa y huyeron, seguidos por las befas del gentío, hacia la estación, donde subieron a un tren rumbo a Munich junto a la mayoría de los 93 habitantes judíos de la población.[160]

II

La violencia extrema y las humillaciones intencionadas y degradantes a que se sometió a los judíos durante el pogromo recordaban la actitud de los camisas pardas en los primeres meses de 1933. Pero en esta ocasión llegó mucho más lejos, tuvo mucha más difusión y fue más destructiva. El pogromo demostró que el odio visceral a los judíos no sólo había calado entre los camisas pardas y los activistas radicales del partido, sino que se estaba extendiendo hacia otros sectores de la población, sobre todo, pero no sólo, los jóvenes, entre los cuales cinco años de nazismo en las escuelas y las Juventudes Hitlerianas habían surtido efecto.[161] Al salir a la calle en Hamburgo la mañana después del pogromo, Luise Solmitz se encontró con «personas asombradas que daban su aprobación silenciosa. Una atmósfera de odio. “Si van matando a nuestra gente por ahí, hay que tomar medidas como ésta”, ha decidido una mujer mayor».[162] Se decía que en el Sarre los judíos estaban demasiado atemorizados y que no salieron de sus casas en los días siguientes al pogromo:

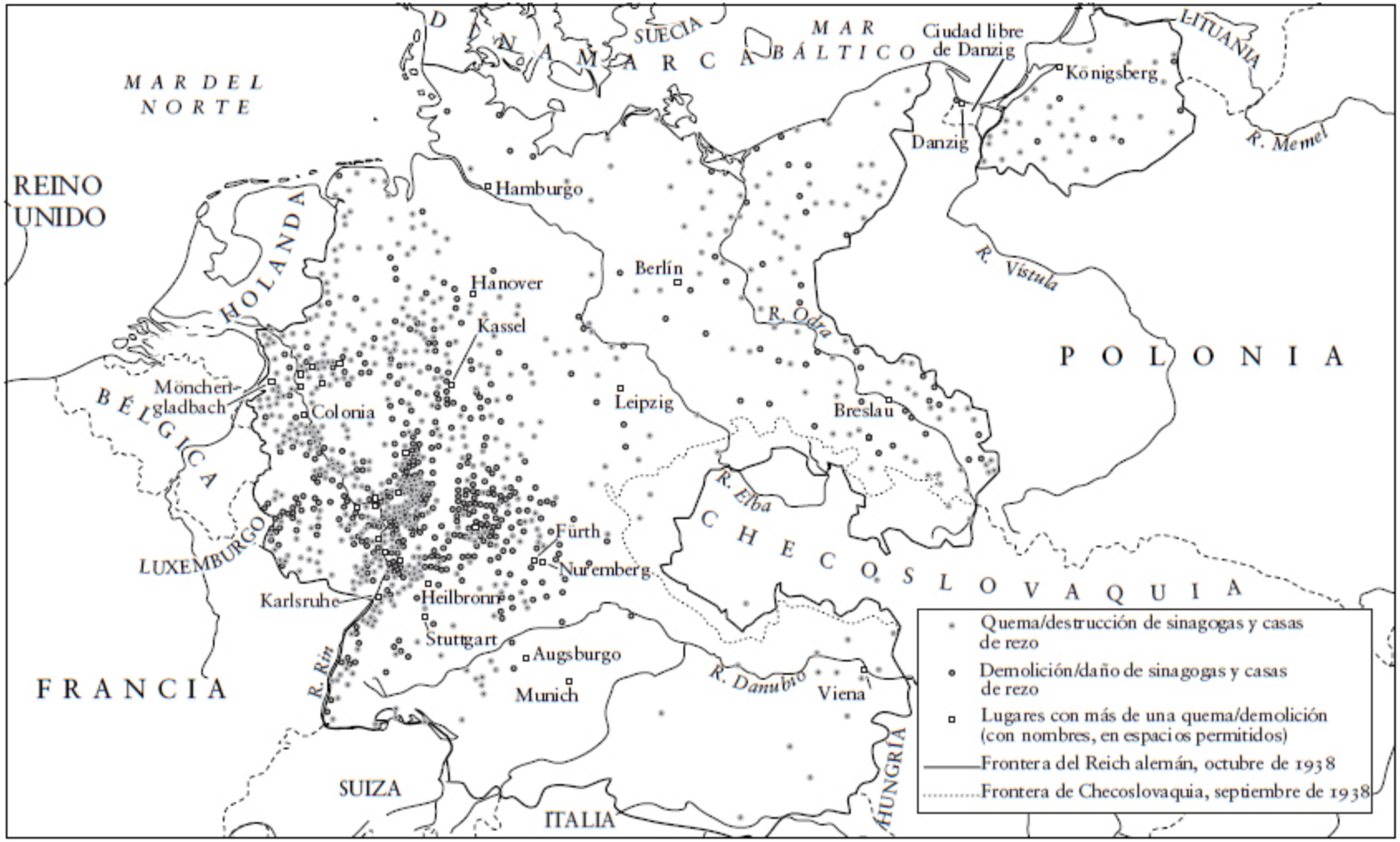
> Tan pronto como uno de ellos es visto en público, enjambres de niños corren tras él, le tiran porquerías y piedras o le hacen tropezar «picándole» en las piernas con palos. El judío que es perseguido de este modo no se atreve a decir nada; si no, sería acusado de amenazar a los niños. Los padres no tienen el coraje de contener a los niños porque temen que hacerlo les ocasione dificultades.[163]

A los niños, añadía el informe, les habían enseñado en la escuela a mirar a los judíos como si fueran delincuentes y no tenían remordimientos al saquear sus propiedades.[164] Sin embargo, mientras en Franconia, una zona especialmente antisemita, y otras áreas los jóvenes participaron de buena gana en el pogromo, en otros lugares de Alemania la historia fue a menudo bastante diferente. Un trabajador de transportes de Berlín fue escuchado diciéndole a un amigo el día después del pogromo: «Chico, que nadie me diga que esto lo ha hecho el pueblo. Yo he pasado la noche durmiendo y mis compañeros de trabajo también, y nosotros pertenecemos al pueblo, ¿no?».[165]

Tras ser testigo de los acontecimientos de la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 en Munich, Friedrich Reck-Malleczewen se sintió profundamente afectado por toda «esta miseria y esta vergüenza sin medida». Era incapaz de comprenderlo, admitió.[166] En otras partes existieron informes aislados de policías que habían avisado a judíos para que tuvieran tiempo de esconderse y evitar la violencia. Tras registrar a conciencia los incidentes en que la población local había participado en el pogromo, los socialdemócratas concluyeron que la reacción popular en muchos lugares había sido de horror. Se informó, por ejemplo, de que en Berlín la desaprobación popular «oscilaba entre una mirada de desprecio, una actitud de repulsa, y palabras de repugnancia e incluso de improperios subidos de tono».[167] El 10 de noviembre de 1938, el escritor y periodista Jochen Klepper, cuya esposa era judía, escribió en su diario:

> Nos llega desde los diversos barrios «judíos» de la ciudad el rechazo del pueblo hacia estas acciones organizadas. Es como si el antisemitismo, que tan presente estaba en 1933, hubiera desaparecido en gran medida desde los excesos de las Leyes de Nuremberg. Pero probablemente sea diferente con las Juventudes Hitlerianas, que engloba y educa a toda la juventud alemana. No sé hasta qué punto los padres pueden contrarrestarlas.[168]

Melita Maschmann recordó posteriormente que los comercios destruidos y el caos en las calles la pillaron por sorpresa al llegar a Berlín en la mañana del 10 de noviembre de 1938; al preguntar a un policía qué había pasado, supo que todos los locales destruidos pertenecían a judíos. «Me dije a mí misma: los judíos son los enemigos de la nueva Alemania. Esta noche han tenido un aperitivo de lo que esto significa». Y con eso, «expulsé de mi conciencia el recuerdo de ello tan pronto como pude».[169]



15. Sinagogas destruidas entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938.

Había muchos que pensaban como ella. Las instituciones que pretendían dar ejemplo moral permanecieron también en silencio. Algunos pastores criticaron individualmente la violencia y la destrucción, pero la Iglesia Confesional no se posicionó, y cuando al cabo de un tiempo tuvo que aludir a la situación de los judíos, sólo pidió a sus miembros que rogaran por los judíos que profesaban la fe cristiana.[170] Algunos sacerdotes católicos insinuaron su desaprobación al pogromo con cautela y de forma bastante oblicua al dar particular énfasis en sus sermones a los «componentes judíos de la doctrina y la historia cristianas», como advirtieron las autoridades de Baviera.[171] Un sacerdote, el preboste de Berlín Bernhard Lichtenberg, afirmó el 10 de noviembre de 1938 que la sinagoga incendiada durante la noche también era una casa del Señor. Pero los tiempos en que dignatarios de la Iglesia Católica como el cardenal Faulhaber se habían manifestado públicamente contra el hecho de que el orgullo por la propia raza degenerara en odio hacia otra raza parecían haberse desvanecido.[172] Algunos católicos de base temían ser los próximos. Un transeúnte se cruzó en Colonia con una muchedumbre concentrada ante la sinagoga todavía humeante. «Apareció un policía. "¡Circulen, circulen!". Ante eso, una mujer de Colonia dijo: "¿No se nos permite reflexionar sobre lo que se supone que hemos hecho?"».[173] Sin embargo, la persecución de los judíos por el Tercer Reich había hecho un salto cualitativo. Había desencadenado el estallido de una furia desenfrenada contra ellos sin oposición significativa. Ya fuera porque la población se había insensibilizado después de cinco años de incesante propaganda antisemita o porque sus instintos más humanos estaban inhibidos por el temor a que la violencia se volviera en contra de ellos si expresaban su condena al pogromo, el resultado fue el mismo: los nazis sabían que podían tomar los pasos que quisieran en contra de los judíos porque nadie iba a intentar detenerles.[174]

Mientras tanto, en Munich, Goebbels había disfrutado a fondo el saqueo y la destrucción descargadas contra la comunidad judía de la ciudad. «La *Stosstrup* [pelotón de asalto] Hitler sale inmediatamente a ordenar las cosas en Munich—apuntó en su diario sobre los acontecimientos de la noche del 9 al 10 de noviembre—. Sucede en seguida. Una sinagoga es

reducida a escombros. [...] La *Stosstrup* está causando muchos daños». Dirigida por Julius Schaub, un nazi de primera hora que había participado en el fracasado *putsch* de la cervecería en 1923 y ayudante personal de Hitler desde 1925, la violencia reflejó claramente la atmósfera reinante en el entorno inmediato de Hitler durante la noche. «Schaub está completamente entusiasmado —escribió Goebbels—: Ha revivido su antiguo pasado de *Stosstrup*».[175] Al recibir una llamada hacia las dos de la madrugada con noticias sobre la primera muerte de un judío, Goebbels replicó que «el hombre que nos ha informado no debería preocuparse por un judío muerto; en los próximos días van a pagar miles de judíos».[176] Apenas podía ocultar su júbilo:

> En Berlín, primero cinco sinagogas incendiadas, más tarde quince. La cólera del pueblo se está desatando. Esta noche no se puede hacer nada para detenerla. Y tampoco quiero hacer nada para detenerla. Hay que dejar que fluya. [...] Al ir hacia el hotel, oía el ruido de los escaparates al romperse. ¡Bravo! ¡Bravo! Las sinagogas arden en todas las grandes ciudades. La propiedad alemana no está en peligro.[177]

Al amanecer, sin embargo, empezó a consultar con Hitler, probablemente por teléfono, sobre cómo y cuándo detener la acción. «Llueven nuevos informes durante toda la mañana—escribió en la entrada del 10 de noviembre de 1938 de su diario—. Sopeso con el Führer qué medidas hay que tomar. Permitir que continúe el ataque o parar. Ésa es ahora la cuestión». Tras la conversación, Goebbels preparó un decreto para detener el pogromo y se lo llevó a Hitler, que estaba almorzando en el Osteria, su restaurante favorito de Munich. «Informo al Führer en el Osteria—escribió—. Está de acuerdo en todo. Sus opiniones son absolutamente radicales y agresivas. La acción ha sido llevada a cabo sin problemas». Hitler aprobó la redacción del decreto, que fue radiado esa misma tarde y publicado en portada en los diarios de la mañana siguiente. El pogromo había finalizado.[178]

Muchos judíos resultaron seriamente heridos en el curso de la violencia. Incluso el informe oficial de los nazis sobre el pogromo estimó que se habían producido 91 muertes de judíos. El número real probablemente no se sepa nunca; pero fue ciertamente mucho mayor, sobre todo si tenemos en cuenta los maltratos infligidos a los judíos varones tras

su detención, junto a un mínimo de 300 suicidios provocados por la desesperación; la cifra de muertes con toda seguridad fue de centenares y, probablemente, se sitúe entre mil y dos mil.[179] Además, para muchos judíos varones, la violencia continuó mucho más allá de la finalización del pogromo. A medida que la policía, los camisas pardas y las SS detenían a tantos judíos varones como encontraban por orden de Hitler, se registraban escenas pavorosas en las calles y plazas de todas las ciudades alemanas. En Saarbrücken los judíos fueron obligados a bailar y a arrodillarse ante la sinagoga y a cantar cánticos religiosos; la mayoría de ellos, vestidos en pijama o ropa de noche, fueron rociados con una manguera hasta quedar empapados. En Essen, los camisas pardas maltrataron a los judíos varones, a quienes encendieron las barbas. En Meppen tuvieron que besar el suelo delante del cuartel general de las SA mientras los camisas pardas les daban puntapiés. En muchos lugares les obligaron a colgarse del cuello carteles con lemas como «Somos los asesinos de Vom Rath». En Frankfurt am Main, los detenidos fueron despedidos en la estación de tren por una muchedumbre que gritaba, los escarnía y los golpeaba con porras y palos. En algunos lugares, se sacó a clases enteras de las aulas para que escupieran a los judíos.[180]

Entre el 9 y el 16 de noviembre se detuvo a unos 30.000 varones judíos, que fueron transportados a Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen. La población de Buchenwald se duplicó de unos 10.000 a mediados de septiembre de 1938 a 20.000 dos meses más tarde. Moritz Mayer fue atrapado en Munich junto a la mayoría del resto de varones judíos de Treuchtlingen y enviado a Dachau, donde tuvo que permanecer en posición de firmes en el frío del mes de noviembre junto a los otros, vestido tan sólo con una camisa, calcetines, pantalones y chaqueta. Aquel que se movía era golpeado por los guardas de las SS. Los hombres fueron embutidos en las barracas, de donde se habían retirado las camas en previsión y tuvieron que dormir sobre la paja. Estaba prohibido lavarse y sólo había dos letrinas improvisadas. Con la llegada masiva de judíos en los campos, detenidos sin ninguna otra razón ni pretexto que por ser judíos, la atmósfera cambió, y los guardas de las SS olvidaron las normas establecidas por Theodor Eicke unos años antes. Mayer presenció una paliza propinada por los guardas de

las SS de Dachau a un anciano porque éste había olvidado añadir la fórmula de «detenido en custodia preventiva» a su nombre en el recuento; las heridas fueron tan graves que el hombre murió. Otro anciano con la vejiga floja fue golpeado hasta morir tras pedir permiso a los SS durante un recuento para ir a las letrinas. Entre 1933 y 1936 la mortalidad en Dachau fue de entre 21 y 41 muertes al año; en septiembre de 1938 murieron 12 prisioneros, en octubre, 10. Tras la llegada de los prisioneros judíos, la cifra creció hasta 115 en noviembre y 173 en diciembre, sumando 276 en el conjunto del año.[181]

El Ministerio de Propaganda de Goebbels no tardó en presentar los acontecimientos como un estallido espontáneo de cólera justa por parte del pueblo alemán. «El golpe que nos ha asestado la judería internacional—afirmó a sus lectores el *Göttinger Tageblatt* el 11 de noviembre de 1938—era demasiado fuerte como para que nuestra reacción fuera sólo verbal. La furia contra los judíos, reprimida durante generaciones, se ha desencadenado. Los judíos pueden agradecérselo a su camarada de raza Grünspan [Grynszpan], a sus mentores espirituales y a sí mismos». Aun así, «los judíos estaban siendo tratados bastante bien durante los acontecimientos».[182] Con un desprecio a la verdad todavía superior al habitual en sus páginas, el principal periódico nazi, el *Völkischer Beobachter*, informó:

> En el oeste de Berlín, como en otros puntos de la capital donde los judíos todavía fanfarroneaban y se pavoneaban, no ha quedado intacto ni un solo escaparate de comercio judío. La cólera y la furia de los ciudadanos de Berlín, que han hecho gala de una gran disciplina a pesar de todo, se han mantenido dentro de límites definidos, de modo que se han evitado todos los excesos y no se ha tocado el pelo a ningún judío. Las mercancías expuestas en los escaparates, algunos de los cuales estaban decorados de modo bastante grandilocuente, no han sido tocadas.[183]

Con todavía más desfachatez, el Ministerio de Propaganda dio instrucciones a la prensa el 10 de noviembre para que afirmaran que se habían «roto» escaparates «aquí y allá»; que las sinagogas se habían «incendiado solas» o habían «estallado en llamas por alguna otra razón». Goebbels insistió en

que no debía darse demasiada relevancia a estas noticias en la prensa, que por supuesto se leía tanto fuera de Alemania como dentro, y en que no se publicaran imágenes de los daños.[184]

El 11 de noviembre de 1938 Goebbels criticó «la hostilidad a Alemania de la prensa extranjera, mayoritariamente judía», en el *Völkischer Beobachter* por haber reaccionado de forma exagerada ante el pogromo. En un artículo publicado simultáneamente en muchos otros periódicos, con destacados como «Último aviso a la judería internacional», Goebbels afirmó que tales informaciones eran falsas. La reacción espontánea del pueblo alemán al asesinato cobarde de Vom Rath obedecía a un «instinto saludable». «El pueblo alemán—afirmaba con orgullo—es un pueblo antisemita. A los alemanes no les gusta dejar que recorten sus derechos ni que la parasitaria raza judía provoque a su nación». El gobierno, concluía, había hecho todo cuanto estaba en su mano para detener las manifestaciones y el pueblo había obedecido. Alemania y los alemanes no tenían nada de qué avergonzarse.[185] Sin embargo, no era ésta la opinión de la prensa internacional, que reaccionó con una mezcla de conmoción e incredulidad. Para muchos observadores extranjeros, en efecto, los acontecimientos de la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 fueron un punto de inflexión en su opinión sobre el régimen nazi.[186]

III

Además de terminar la redacción del decreto de finalización del pogromo, Hitler y Goebbels también discutieron qué pasos dar a continuación en su encuentro en el restaurante Osteria de Munich durante la hora del almuerzo del 10 de noviembre de 1938. Hitler retomó la idea propuesta por él en el memorando de creación del Plan Cuatrienal en 1936: una ley que responsabilizara colectivamente a los judíos alemanes por cualquier daño causado al pueblo alemán por «individuos de este elemento criminal».[187] «El Führer—confió Goebbels a su diario—quiere tomar medidas muy duras contra los judíos. Éstos deberán poner sus asuntos en orden otra vez. Las compañías de seguros no les pagarán un céntimo. El Führer quiere una expropiación gradual de las empresas judías».[188] Estas medidas estaban ya

en marcha; el 14 de octubre de 1938, Goebbels había anunciado en una reunión confidencial que había llegado el momento de expulsar a los judíos de la economía. Dos semanas después, el 28 de octubre, los bancos advirtieron de que la Oficina de Control de Moneda Extranjera de Heydrich estaba preparando medidas para restringir el poder de los judíos de disponer sobre sus bienes. Como fuera que estos bienes habían sido registrados recientemente, la orden de «compensación» de Hitler pudo aplicarse de inmediato. La responsabilidad de seguir estos pasos recaía en Hermann Göring, en tanto que jefe del Plan Cuatrienal, y Hitler le telefoneó el 11 de noviembre de 1938 con la orden de organizar una conferencia a estos efectos. La conferencia tuvo lugar el 12 de noviembre. La presidió Göring, y entre el centenar de participantes había Goebbels, Heydrich, el ministro de Finanzas, Schwerin von Krosigk, el ministro de Economía, Walther Funk, y representantes de la policía, el ministerio de Asuntos Exteriores y las compañías de seguros. Se levantaron actas muy detalladas. Unas actas muy reveladoras de la actitud de la cúpula nazi hacia los judíos tras el pogromo.[189]

Göring empezó informando a los participantes de que Hitler le había ordenado por escrito y por teléfono coordinar la expropiación definitiva de los judíos. Se quejó, con un deje irónico, de que las «manifestaciones» de la noche del 9 al 10 de noviembre habían sido perjudiciales para la economía; bienes de consumo hechos por, y pertenecientes a, el pueblo habían sido destruidos. «Hubiera preferido—declaró—que hubiérais dado muerte a 200 judíos en lugar de destruir propiedades tan valiosas». Goebbels añadió que la economía no era la única área de la que había que expulsar a los judíos. Todavía era posible, afirmó, por ejemplo, que compartieran vagón con los alemanes en los trenes. Las actas siguen:

> Goebbels: [...] Se les dará un compartimiento separado tras asegurarse de que todos los alemanes tengan asiento. No deben mezclarse con alemanes, y si no queda espacio que viajen de pie en los pasillos.
>
> Göring: En ese caso, creo que sería más sensato darles compartimientos separados.
>
> Goebbels: No si el tren va lleno.

> Göring: Un momento. Sólo habrá un vagón para judíos. Si éste se llena, los otros judíos tendrán que quedarse en casa.
>
> Goebbels: Supón que no hay muchos judíos que viajen en el exprés a Munich, supón que sólo hay dos judíos en el tren y los otros compartimientos están llenos. Estos judíos tendrían un compartimiento entero para ellos solos. Los judíos sólo pueden tener asiento si los alemanes tienen.
>
> Göring: Yo daría un vagón o un compartimiento a los judíos. Y si se diera el caso que mencionas y el tren va lleno, no necesitamos una ley. Les echamos y sólo podrán sentarse en el lavabo.[190]

Goebbels también quería que se prohibiera el acceso a los judíos de todos los equipamientos públicos, parques y jardines, playas y centros de veraneo, en el caso de que ya no se hubiera hecho. La separación de los judíos del resto de la sociedad alemana debía ser total: y, en efecto, ese mismo día la Cámara de Cultura del Reich distribuyó una orden que prohibía a los judíos ir al cine, el teatro, conciertos y exposiciones. El Ministerio del Interior les ordenó entregar todas las armas de fuego y les prohibió llevar armas defensivas. Se dio a los ayuntamientos el derecho de prohibirles el paso por ciertas calles o barrios en horas determinadas. Himmler les retiró el permiso de conducir y los documentos de registro de vehículos. Otra orden, efectiva desde el 6 de diciembre de 1938, prohibía a los judíos utilizar los campos de deporte o de recreo, baños públicos y piscinas cubiertas o descubiertas.[191]

Por mucho que discutieran sobre detalles menores, Göring, Goebbels y los otros presentes en la reunión del 12 de noviembre de 1938 coincidieron unánimemente en promulgar una serie de decretos que concretaran los diversos planes de expropiación de los judíos discutidos durante las semanas y meses previos. El asesinato de Vom Rath, que el aparato de propaganda de Goebbels había atribuido a una conspiración judía, les daba la ocasión perfecta, pero si esta muerte no hubiera ocurrido cualquier otra cosa hubiera servido de pretexto. Hitler resolvió la cuestión de los compartimientos de los trenes tras discutirla con Göring en diciembre. El Führer decretó que no se dispusieran compartimientos especiales para judíos y que se les prohibiera el acceso a los compartimientos con literas y a los coches-restaurante en las líneas de larga distancia. Confirmó que se podía prohibir la entrada a los judíos en los restaurantes, hoteles de lujo, plazas públicas, las calles más concurridas y los barrios residenciales

elegantes. Mientras tanto también se había prohibido a los judíos el acceso a la universidad. El 30 de abril de 1939 se les retiraron sus derechos como arrendatarios de viviendas, abriendo así la veda a su inclusión forzada en guetos. Los propietarios los podían desahuciar sin aviso si les ofrecían un alojamiento alternativo, fuera lo miserable que fuera. Las autoridades municipales podían ordenar a los judíos subarrendar parte de su vivienda a otros judíos. Desde finales de enero de 1939 se retiraron a los judíos todas las exenciones de impuestos y las ayudas para los hijos; a partir de ahora, se les aplicaría el nivel de impuestos más alto.[192]

Una de las consecuencias inmediatas de la reunión del 12 de noviembre fue la imposición de una multa colectiva de 1.000 millones de marcos a los judíos para expiar el asesinato de Vom Rath. El 21 de noviembre se ordenó a todos los contribuyentes judíos pagar una quinta parte del valor de sus propiedades en cuatro plazos hasta el 15 de agosto de 1939. En octubre de 1939 se elevó el porcentaje a una cuarta parte con el pretexto de que no se había alcanzado la suma de 1.000 millones de marcos, aunque el total recogido no era menor a 1.127 millones. Además, se les ordenó recoger los destrozos causados por el pogromo y pagar las reparaciones de sus propiedades, aunque éstas hubieran sido completamente destrozadas por camisas pardas y ellos no tuvieran ninguna culpa. Los pagos de las aseguradoras a los propietarios judíos por el daño causado por los camisas pardas y sus colaboradores fue confiscado por el Estado. Esta última suma alcanzó la cifra de 225 millones de marcos, de modo que si la añadimos a la multa y a los impuestos sobre transacciones de capitales, la suma total del pillaje a la comunidad judía en Alemania en 1938-1939 superó con mucho los 2.000 millones de marcos, sin tener en cuenta los beneficios procedentes de la arianización.[193]

Otra medida aprobada el 12 de noviembre, el Primer Decreto sobre la Exclusión de los Judíos de la Vida Económica Alemana, prohibía a los judíos el acceso a cualquier trabajo remunerado en Alemania y ordenaba el despido de todos los empleados que quedaran sin compensación ni subsidio. Unas semanas más tarde, el 3 de diciembre de 1938, un Decreto sobre la Utilización de Posesiones Judías ordenaba la arianización de todas las empresas judías que quedaban, permitiendo al Estado la designación de

fiduciarios para completar el trabajo si era necesario. El 1 de abril de 1939, cerca de 15.000 de las 39.000 empresas judías que todavía quedaban en abril de 1938 fueron liquidadas, unas 6.000 habían sido arianizadas, 4.000 lo estaban siendo en ese momento y unas 7.000 se encontraban bajo investigación con el mismo propósito.[194] Todas estas medidas, afirmó triunfalmente la prensa de antemano el 12 de noviembre, eran «justas retribuciones por el cobarde asesinato del funcionario de Embajada Vom Rath».[195]

El 21 de febrero de 1939 se ordenó a los judíos depositar todo el dinero en efectivo, acciones y valores, incluyendo joyas (excepto anillos de boda), en cuentas especiales; para retirar algo de ellas se necesitaba permiso oficial. Estos permisos se concedieron raras veces, y el gobierno del Reich acabó quedándoselas sin ningún tipo de compensación. Por lo tanto, en la práctica, todos los judíos que quedaban en Alemania se encontraban prácticamente sin nada y eran cada vez más dependientes del apoyo de la caridad de la Asociación de Judíos de Alemania, que sucedió el 7 de julio de 1938 a la Representación del Reich, tenía una categoría inferior a ésta y era, por lo tanto, más dócil. Hitler ordenó explícitamente que se tolerara su existencia para evitar que el Reich se viera en la obligación de dar ayuda a los judíos, convertidos ahora en indigentes. Sin embargo, otros dirigentes nazis sostenían que los judíos ahora indigentes y desempleados que no habían llegado a la edad de la jubilación—cerca de la mitad de los que quedaban—debían ser puestos a trabajar para el Reich y no dejar que permanecieran ociosos. Antes del pogromo, en octubre de 1938, se había empezado a trabajar en proyectos en este sentido, que fueron aprobados en una reunión convocada por Göring el 6 de diciembre de 1938. El 20 de diciembre de 1938, la Agencia de Desempleo del Reich dio instrucciones a las oficinas regionales de empleo para garantizar que los judíos que se habían quedado sin empleo fueran puestos a trabajar, liberando a alemanes de trabajar en la producción de armamento.

El 4 de febrero de 1939, Martin Bormann repitió la misma instrucción. Los trabajadores judíos debían mantenerse separados del resto. Las empresas que les dieran trabajo no sufrirían desventajas. Algunos fueron asignados al trabajo en explotaciones agrícolas, otros en trabajos

domésticos de diversa índole. El Servicio Laboral se convirtió en el medio favorito de mantener lejos de las calles a los judíos sin recursos después de su expulsión del sistema público de asistencia social. En mayo de 1939, cerca de 15.000 desempleados judíos estaban empleados en planes de trabajo forzado, llevando a cabo tareas como recogida de basura, limpieza de calles y construcción de carreteras; como fuera que en esta última área era más fácil mantenerlos separados del resto de trabajadores, la mayoría fueron destinados a ella, y en verano de 1939 había unos 20.000 empleados judíos en la construcción de autopistas, trabajo para el que muchos no estaban preparados en absoluto. En 1939 el trabajo forzado de judíos permaneció a una escala relativamente baja, pero cuando llegó la guerra se evidenció que el trabajo forzado crecería hasta adquirir grandes proporciones, y pronto se empezaron a crear planes para la creación de campos de trabajo especiales destinados a judíos.[196]

IV

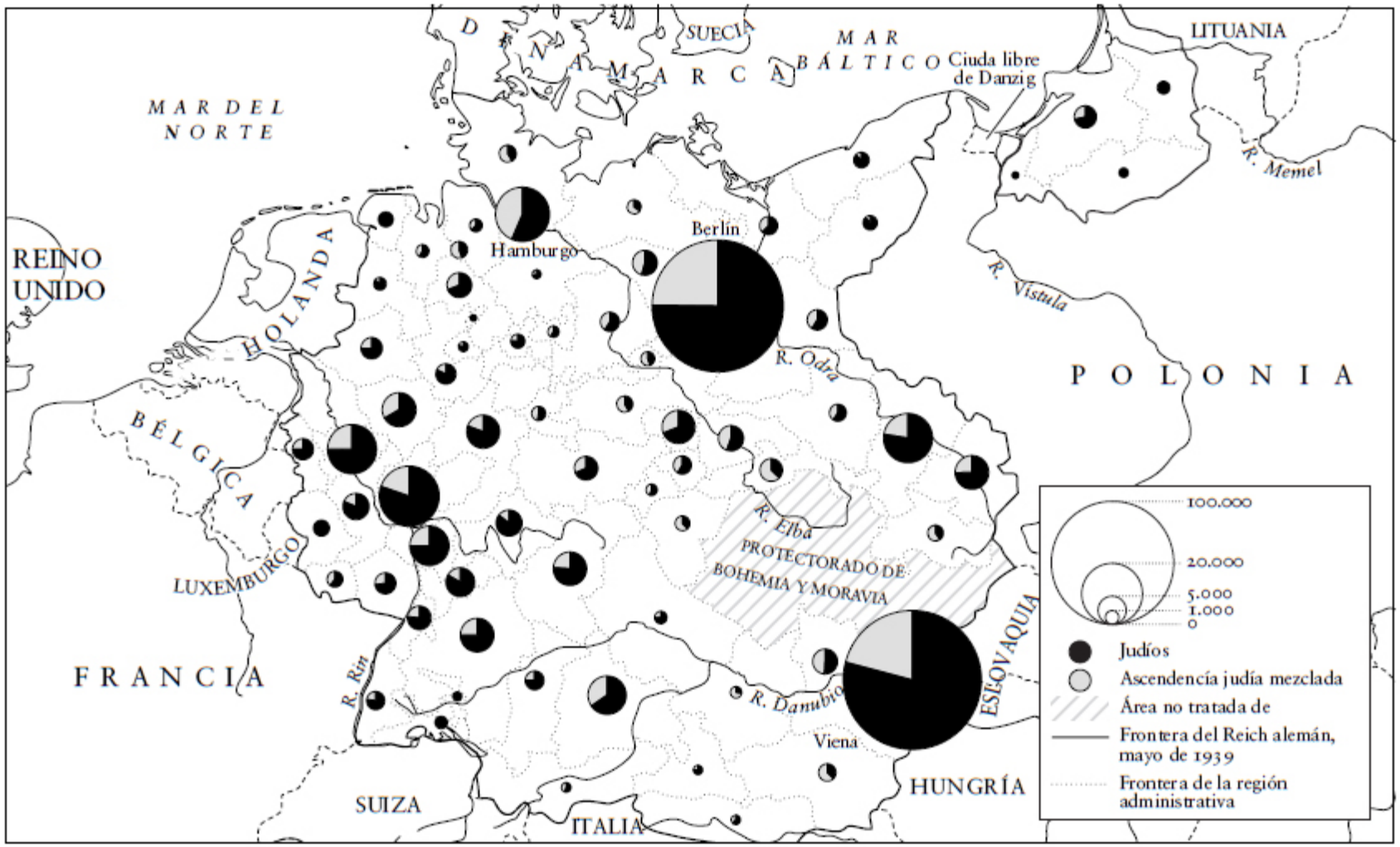
Cuando Heydrich ordenó finalmente poner freno a las detenciones de judíos varones en la estela del pogromo, no lo hizo con la intención de devolverlos a la sociedad para que continuaran su vida bajo el Tercer Reich, por llamarla de algún modo. Todos los judíos mayores de sesenta años, los enfermos y los impedidos y aquellos judíos implicados en procesos de arianización serían liberados inmediatamente. La liberación de los otros se condicionó en muchos casos a la promesa de abandonar el país. A la esposa de Moritz Mayer le dijeron que no pondrían en libertad a su marido hasta que sus hermanos y hermanas, que ya habían emigrado, le transfirieran sus acciones de sus propiedades; Mayer fue puesto en libertad a condición de vender su casa y su empresa. Tras entregar el control de las negociaciones a un hombre de negocios no judío, Mayer partió a Palestina con su hermano Albert y sus familias en febrero de 1939 para no volver jamás.[197] Como pone en evidencia su caso, el pogromo sólo se puede entender en el contexto de la intención del régimen de hacer emigrar a los judíos y, así, terminar con la existencia de judíos en Alemania. El Servicio de Seguridad de las SS informó al cabo de poco que la emigración judía había

> disminuido considerablemente y [...] está prácticamente paralizada a consecuencia de la postura defensiva de los países extranjeros y la falta de reservas suficientes de dinero. Un factor que ha contribuido a esta situación es la resignación absoluta de los judíos, cuyas organizaciones sólo llevan a cabo sus funciones bajo una presión creciente de las autoridades. En esta situación, la acción de noviembre ha supuesto un cambio fundamental.

La «acción radical contra los judíos en noviembre», continuaba el informe, había «aumentado el deseo de emigrar de la comunidad judía [...] en grado sumo». En los meses siguientes se tomaron medidas para intentar convertir este *deseo* en realidad.[198]

En enero de 1939 Heydrich dio un paso más: ordenó a las autoridades policiales de toda Alemania que liberaran a los prisioneros judíos de los campos de concentración que tuvieran papeles para emigrar y se les comunicara que regresarían de por vida a los campos si se les ocurría volver a Alemania. En ese momento todavía quedaban muchos varones judíos en los campos como consecuencia de las detenciones masivas del 9-10 de noviembre del año anterior, y les dieron tres semanas para abandonar el país tras su liberación.[199] Aun así, al mismo tiempo, las políticas nazis en el interior estaban dificultando la huida de los judíos. Las formalidades burocráticas que acompañaban el proceso de solicitudes para emigrar eran tan complicadas que hicieron prácticamente imposible que la mayoría de detenidos en noviembre de 1938 cumplieran el plazo de tres semanas. Hasta el 30 de enero de 1939, las agencias judías habían trabajado razonablemente bien con los funcionarios del Ministerio del Interior, a menudo antiguos nacionalistas o miembros del Partido del Centro, en la organización de la emigración pero, en ese momento, Göring, en tanto que jefe del Plan Cuatrienal, transfirió la responsabilidad sobre la emigración de judíos al Centro para la Emigración Judía del Reich, fundada el 24 de enero de 1939 y bajo control de Heydrich. Las cuentas de judíos estaban bloqueadas, de modo que no podían pagar el pasaje a América. Uno de los objetivos del Centro era «dar trato preferencial a la emigración de los judíos más pobres» ya que, como apuntaba una circular del Ministerio de Exteriores en enero de 1939, esto «aumentaría el antisemitismo en los países occidentales donde encuentran refugio los judíos [...]. Beneficia a los intereses alemanes acosar a los judíos más allá de las fronteras, ya que cuanto más pobre es el inmigrante, más es la carga para el país receptor».[200]

A pesar de todos los obstáculos, la emigración judía aumentó considerablemente tras el pogromo y las detenciones. Consternados y en estado de pánico, los judíos se agolpaban en las embajadas y consulados extranjeros en su desesperación para obtener visados de entrada a diversos países. Es casi imposible calcular el número de los que consiguieron obtenerlos, pero, según las estadísticas de las organizaciones judías, a finales de 1937 todavía había unos 324.000 alemanes de fe judía en el país, y 269.000 a finales de 1938. En mayo de 1939 la cifra había caído otra vez hasta poco menos de 188.000 y volvió a caer hasta 164.000 cuando estalló la guerra en septiembre de 1939. El censo oficial elaborado en ese momento muestra que en Alemania quedaban 233.646 personas definidas racialmente como judías. De éstas, 213.930 eran de confesión judía, y unos 20.000 pertenecían a alguna de las iglesias cristianas. Aproximadamente 26.000 del total eran judíos extranjeros, de modo que, de acuerdo con las cifras oficiales, en ese momento había unos 207.000 judíos alemanes, de los que unos 187.000 eran practicantes. Por lo tanto, las cifras aportadas por las organizaciones judías se aproximan bastante a las oficiales, ya que la cifra de judíos cristianos y extranjeros más o menos se compensan.[201]



16. Judíos en el censo racial nazi de 1939.

De acuerdo con una estimación, 115.000 judíos abandonaron Alemania en diez meses aproximadamente entre el 10 de noviembre de 1938 y el 1 de septiembre de 1939, de modo que el total de emigrados desde la asunción del poder por parte de los nazis fue de unos 400.000. La mayoría estaban distribuyéndose por países fuera del continente europeo: 132.000 en los Estados Unidos, unos 60.000 en Palestina, 40.000 en Gran Bretaña, 10.000 en Brasil y Argentina, 7.000 en Australia, 5.000 en Sudáfrica y 9.000 al puerto franco de Shangai, que demostró ser un refugio inesperadamente bueno. Muchos alemanes clasificados como judíos aunque no practicantes se añadieron al flujo de emigrantes. Huyó tanta gente aterrorizada sin tan siquiera un pasaporte o un visado a los estados vecinos, que se empezaron a instalar campos especiales. Antes del pogromo, la cuestión de si emigrar o no había sido tema de debate constante entre los judíos alemanes; después, no había ninguna duda. El régimen ya no pretendía que los judíos estarían protegidos por la ley; eran, en efecto, presa fácil para que cualquier activista o funcionario nazi les explotara, golpeara, detuviera o matara. Para muchos judíos, el impacto del pogromo fue profundo, destruyó cualquier ilusión que pudieran albergar de que su patriotismo, sus servicios de guerra, sus conocimientos, o incluso el hecho de ser seres humanos, les protegieran de los nazis.[202]

En la conferencia de Evian se había evidenciado ya que en Europa los xenófobos estaban presionando a sus gobiernos para detener la inmigración judía de Alemania y evitar que sus culturas se vieran «inundadas» —una perspectiva poco probable, dado que, dejando de lado otras consideraciones, la cifra de judíos alemanes era muy pequeña—. Sin embargo, por la misma razón, los niños judíos podían integrarse con relativa facilidad en los países receptores. El impacto que recorrió el mundo por los hechos del 9-10 de noviembre de 1938 y la drástica deterioración de la situación de los judíos que quedaban en Alemania estimuló una serie de proyectos para ofrecer nuevos hogares a niños judíos en el extranjero. Se envió a 1.700 niños a Holanda, y a más de 9.000 al Reino Unido. Pero el intento del clero protestante y católico de obtener permiso de entrada para 20.000 niños en los Estados Unidos chocó con la oposición de la opinión pública. El patrocinador de un proyecto de ley en ese sentido, Robert F.

Wagner, lo retiró cuando el Congreso insistió en que las 20.000 plazas se incluyeran en las existentes cuotas de inmigración, lo que habría significado rechazar la entrada a 20.000 adultos.[203] La emigración se volvió todavía más difícil a medida que se aproximaba la guerra: otro ejemplo de la naturaleza cada vez más irracional y contradictoria de las políticas del régimen nazi a gran escala.

Sin embargo, la experiencia de Victor Klemperer demuestra que permanecer en Alemania no era para nada la opción más fácil. A medida que la atmósfera antisemita se endurecía en el verano y la primavera de 1938, Klemperer tuvo que soportar el hostigamiento constante de las autoridades locales sobre minucias en la construcción y mantenimiento de su casa y su jardín en Dölzschen, en los alrededores de Dresde. En mayo de 1938 la mujer de la limpieza de los Klemperer dejó el trabajo después de que las autoridades locales la amenazaran con el despido de su hija si seguía trabajando para ellos. Al vivir fuera de la ciudad, los Klemperer escaparon de la violencia del 9-10 de noviembre de 1938, pero el 11 de noviembre dos policías efectuaron un registro en su casa (supuestamente en busca de armas): descubrieron en el desván el sable de Klemperer, recuerdo de la guerra, y se llevaron a Victor bajo custodia. Aunque lo trataron correctamente y lo dejaron en libertad sin cargos al cabo de unas horas, sufrió un impacto considerable. Un golpe todavía más duro fue cuando se prohibió oficialmente a Klemperer, a quien ya le habían negado la entrada a la sala de lectura el año anterior, poner los pies en la biblioteca local. El responsable de los préstamos, escribió Klemperer, lloraba mientras le notificaba la prohibición; quería asesinar a los nazis, decía («no matarlos sin más: torturarlos, torturarlos, torturarlos»).[204] El agudo incremento de la velocidad de la legislación antisemita tras el pogromo empezó a limitar la vida de Klemperer también en otros ámbitos. El 6 de diciembre de 1938 apuntó en su diario el nuevo decreto de Himmler que retiraba el permiso de conducir a los judíos y la prohibición de que los judíos acudieran al cine. Incapaz de continuar su trabajo sobre la literatura francesa del siglo XVIII al no poder visitar la biblioteca, se privaba ahora a Klemperer de sus dos entretenimientos favoritos. Como consecuencia también del pogromo, tuvo que hacer frente a un considerable pago a hacienda y temió que le

confiscaran pronto la casa. Intentos posteriores de emigrar terminaron en nada, aunque cada vez más personas de su entorno estaban dejando el país. Escritor compulsivo, Klemperer empezó ahora a escribir sus memorias y las entradas de su diario eran cada vez más largas. Seguía estando convencido de que los judíos alemanes eran primero alemanes y, en segundo lugar, judíos y seguía teniendo una concepción del sionismo poco mejor que la que tenía del nazismo. Pero la vida era cada vez más dura, y miraba al futuro con malos presentimientos.[205]

En el hogar de Luise Solmitz y su esposo judío se respiraba una parecida atmósfera de abatimiento. Inmediatamente después del pogromo, recibieron una visita de la Gestapo, que sólo desistió de detener a Friedrich después de que éste les enseñara sus medallas de guerra. Sin embargo, tuvo que entregar las armas que guardaba de la guerra («tocadas por el honor, entregadas vergonzosamente»). La multa impuesta sobre los judíos supuso un nuevo golpe. «Ahora Freddy también lo admite: nos han aniquilado». Sin embargo, el servicio prestado en la guerra volvió a proteger a Friedrich. Cuando los funcionarios de hacienda le preguntaron si quería emigrar, contestó: «Soy un oficial veterano, nací en Alemania y también moriré en Alemania». Los funcionarios le permitieron traspasar sus propiedades y bienes a su esposa para eludir la confiscación. Pero la prohibición a los judíos a asistir al teatro y otros actos públicos, y la amenaza de caer en la indigencia, pesaban en sus estados de ánimo. «Uno ya no se atreve a disfrutar de lo que posee—escribió Luise Solmitz—. Hoy en día, la casa ya no es un refugio, ya no nos protege».[206]

V

En el verano de 1939, como indican estas experiencias, los judíos que quedaban en Alemania se encontraban completamente marginados, aislados y privados de los principales medios por los que ganarse la vida. Sin embargo, esto no era suficiente para Heydrich. En la reunión del 12 de noviembre de 1938 Heydrich había admitido que no sería posible obligarles a todos a emigrar en un espacio corto de tiempo. Sugirió que, mientras tanto, se obligara a los judíos que se quedaran en Alemania a llevar una

insignia especial. «Pero, querido Heydrich—protestó Göring—, no puedes evitar la creación de guetos a gran escala en todas las ciudades. Debemos crear guetos».[207] Por el momento, según relató Göring el 6 de diciembre de 1938, el mismo Hitler vetó la propuesta de concentrar a los judíos en casas específicas y obligarlos a vestir una insignia amarilla en público a tenor de la opinión internacional, que había reaccionado con críticas al pogromo y a la legislación subsiguiente; también limitó las medidas contra los matrimonios mixtos y contra las personas mestizas según la definición de las Leyes de Nuremberg porque este trato tan severo haría crecer el descontento entre sus parientes no judíos. Sin embargo, en la práctica, la sociedad judía alemana se estaba concentrando de todos modos en guetos, aislándose del corriente principal de la vida cotidiana y desapareciendo de las conciencias de la mayoría de los alemanes.[208]

En ese momento, en la estela de la violencia ejercida sin oposición del 910 de noviembre y el encierro en campos de concentración de 30.000 judíos varones, aunque fuera tan sólo por unas semanas, sin que se le ofreciera una oposición seria, Hitler empezó por primera vez a amenazarlos con la aniquilación física. Durante los dos años anteriores se había contenido en sus declaraciones públicas de hostilidad hacia los judíos, en parte debido a consideraciones de política exterior, en parte por un deseo de distanciar su persona de lo que sabía constituía uno de los aspectos menos populares del régimen entre la gran mayoría del pueblo alemán. Fue debido a esta posición que se retiró de la reunión del partido del 9 de noviembre tras haber tomado la decisión de iniciar el pogromo.[209] Pero aunque se abstuvo relativamente de justificar públicamente las políticas antisemitas, Hitler no se retractaba en absoluto de su aplicación práctica. Las discutió en privado en numerosas ocasiones durante 1936 y 1937 y es muy probable que su discurso en la concentración del partido en septiembre de 1937 supusiera un deliberado estímulo para la intensificación del antisemitismo que empezó justo en ese momento.[210] Como era habitual en él, presentó el pogromo como la expresión de un odio universal y fanático a los judíos entre la población alemana que él hacía cuanto podía para contener. «¿Qué cree que pasaría en Alemania, señor Pirow—preguntó al ministro de Defensa sudafricano el 24 de noviembre—si yo retirara mi mano protectora

sobre los judíos? El mundo no se lo puede ni imaginar».[211] La amenaza velada que contenía esta afirmación era palpable. Hitler estaba ansioso por presionar a las potencias reunidas en Evian para que aceptaran más refugiados, y lo hizo en buena medida mostrando lo que pasaría a los judíos en Alemania si les rechazaban la entrada en otros países. El 21 de enero de 1939 le dijo al ministro de Exteriores checoslovaco: «Los judíos que viven entre nosotros serán aniquilados. Los judíos no han provocado en vano el 9 de noviembre; este día será vengado».[212]

El 30 de enero de 1939, Hitler repitió las amenazas en público y las amplió a escala europea. En un discurso ante el Reichstag en el sexto aniversario de su nombramiento como canciller, afirmó:

> En mi vida he sido a menudo profeta y he sido objeto de burlas por ello. En la época de mi lucha por el poder fue en primer lugar el pueblo judío quien recibió con chanzas mi profecía de que un día asumiría el liderazgo del Estado y, con ello, de todo el pueblo y entonces, entre muchas otras cosas, solucionaría el problema judío. Creo que a los judíos se les han atragantado las estruendosas risas de esos días.
>
> Hoy quiero volver a ser profeta: si la judería financiera internacional en Europa y más allá consigue sumir una vez más a los pueblos en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la Tierra ni la victoria de los judíos sino la aniquilación de la raza judía en Europa.[213]

Esta amenaza, emitida íntegramente por el noticiario semanal, no pudo ser más pública. Fue recordada y citada en numerosas ocasiones posteriores. Merece, por tanto, que la consideremos en toda su magnitud.

El pogromo de noviembre de 1938 reflejó la radicalización del régimen en los estadios finales de los preparativos de guerra.[214] Parte de estos preparativos consistían, en opinión de Hitler, en neutralizar lo que consideraba como la amenaza judía. Con un desprecio por la realidad característico de la paranoia antisemita, creía que las «finanzas internacionales» estaban cooperando con el comunismo internacional y que ambos estaban dirigidos entre bastidores por los judíos para ampliar esta guerra europea, que sabía que ganaría Alemania, a escala mundial, lo que sólo podía significar implicar a Estados Unidos. Ésta era la única oportunidad que tenían de ganar. Cuando esto sucediera, Alemania dominaría Europa y tendría la gran mayoría de los judíos del continente en sus garras. Anticipando ese momento, por lo tanto, Hitler estaba anunciando

que utilizaría a los judíos europeos como rehenes para disuadir a Estados Unidos de entrar en la guerra. Si Estados Unidos entraba en ella de parte de los enemigos de Alemania, los judíos, no sólo en Alemania, sino en toda Europa, serían asesinados. El terrorismo nazi había adquirido ahora una dimensión más: la práctica de la toma de rehenes a la escala más grande posible.[215]

VI

La radicalización del antisemitismo que tuvo lugar en 1938 formó parte del periodo previo a una guerra largo tiempo preparada para la dominación alemana y el reordenamiento racial de Europa. Expulsar o, en caso contrario, aislar a la población judía alemana era, en la ideología racista paranoica de los nazis, un requisito esencial para garantizar la seguridad interna y protegerse de la amenaza interior—una amenaza que, en realidad, sólo existía en su imaginación. En efecto, la radicalización de 1938 tuvo lugar en buena parte porque el proceso de conquista y reorganización ya había comenzado, empezando con la anexión de Austria. La población judía alemana había sido, en general, próspera, y su expropiación por parte del Estado, y por parte de numerosas empresas privadas, se aceleró en ese momento, en gran medida por la necesidad cada vez más desesperada de efectivos para pagar la factura cada vez más abultada de armamento. Es tentador describir la violencia antijudía en el Tercer Reich como una «regresión a la barbarie», pero hacerlo así es no entender su dinámica. Los boicots y expropiaciones de comercios y empresas judíos fueron llevados a cabo especialmente por pequeños hombres de negocios de clase media baja, desencantados por el fracaso del régimen a la hora de mejorar su posición económica por medios más convencionales. Pero la extinción social y económica de la comunidad judía alemana fue también ordenada desde arriba, como parte integrante de los preparativos para la guerra. Fue justificada por una ideología nacionalista radical conectada no a un concepto vago del regreso de Alemania a una suerte de remanso medieval,

sino, por el contrario, a una guerra tecnológicamente avanzada de dominación europea ligada a lo que en la época se consideraban los criterios más modernos y científicos de conveniencia y supremacía racial.

Que el antisemitismo en su apariencia racista era una ideología fundamentalmente moderna también puede verse en su manifestación en otros países de la Europa central y oriental en la misma época. En Polonia existía también un partido antisemita fanático, los Endeks de Roman Dmowski, que atrajeron a las clases medias a una ideología cada vez más fascista a lo largo de los años treinta. Después de 1935, en Polonia gobernaba una junta militar y los Endeks estaban en la oposición; sin embargo, organizaron boicots a tiendas y empresas judías acompañados a menudo de violencia considerable: una estimación afirma que entre diciembre de 1935 y marzo de 1939 fueron asesinados 350 judíos y 500 resultaron heridos en violentos incidentes antisemitas en más de 150 poblaciones polacas. Los Endeks presionaron por la privación de derechos de ciudadanía a los judíos, la prohibición de servir al Ejército, de acceder a las universidades, al mundo de los negocios, las profesiones liberales y más. Los judíos polacos—un 10 por 100 de la población, unos 3,5 millones—debían ser reunidos en guetos y obligados a emigrar. Estas presiones obligaron al gobierno, cada vez más débil y desorientado tras la muerte del dictador Pilsudski en 1935, a considerar tomar medidas antisemitas para intentar evitar que sus partidarios se pasaran en masa a los Endeks. Desde los años veinte, los judíos habían sido excluidos de empleo en el sector público y de obtener contratos con el gobierno. Ahora se impusieron límites muy estrictos en el acceso de los judíos a la enseñanza secundaria y superior y a la práctica médica y legal. Los estudiantes judíos en las universidades polacas descendieron del 25 por 100 en 1921-1933 al 8 por 100 en 1938-1939.[216]

Para entonces, los estudiantes polacos habían conseguido que sus compañeros polacos ocuparan «bancos gueto» separados en las aulas. Además, se impusieron restricciones cada vez más duras a las empresas de exportación y a los talleres de artesanía judíos—sostén principal de la vida económica judía en un país donde los judíos no se encontraban entre los sectores más acomodados de la sociedad—. En 1936 el gobierno ilegalizó

el sacrificio ritual de animales según la tradición judía, un ataque directo no sólo a la tradición religiosa sino al sustento de muchos judíos que se ganaban la vida con ello. La prohibición de abrir las tiendas en domingo supuso un golpe a los detallistas judíos, que se vieron obligados o bien a abrir en el sábath judío o bien a perder clientes al permanecer cerrados dos días a la semana. En 1938 el gobierno aprobó un programa de trece puntos sobre la cuestión judía, proponiendo diversas medidas que subrayaban el estatus de los judíos como extraños al Estado nacional polaco. En 1939 las profesiones liberales prohibieron la entrada a los judíos aunque dispusieran de título universitario. Así, cada vez más el partido en el gobierno estaba asumiendo políticas avanzadas por los nazis en Alemania: en enero de 1939, por ejemplo, algunos de sus diputados propusieron un equivalente polaco de las Leyes de Nuremberg.

Sin embargo, había una diferencia crucial. La gran mayoría de judíos polacos hablaban *yídish* en lugar de polaco y practicaban la religión judía. Tanto los nacionalistas polacos como la Iglesia Católica polaca los consideraban el principal obstáculo para la integración nacional. El nuevo Estado polaco los trataba en efecto como una minoría nacional. Así, el antisemitismo polaco era más religioso que racista, aunque los límites entre ambas consideraciones se difuminaron en la violencia de retórica antisemita y la imitación del ejemplo nazi.[217] A finales de los años treinta, el gobierno polaco presionaba a la comunidad internacional para que permitiera la emigración masiva desde su país—una razón principal para la reunión de la conferencia de Evian, como hemos visto—. Una idea, un lugar común de los antisemitas de muchos lugares de Europa desde finales del siglo XIX, era enviar a los judíos a la isla francesa de Madagascar, en la costa oriental africana. A finales de los años treinta se produjeron largas pero infructuosas negociaciones entre los gobiernos polaco y francés sobre esta cuestión.[218]

En otros países de la Europa central y oriental que estaban construyendo una nueva identidad nacional en esa época se pueden encontrar ideas y políticas similares, especialmente Rumania y Hungría.[219] Estos países tenían sus propios movimientos fascistas, la Guardia de Hierro en Rumania y la Cruz y la Flecha en Hungría, que en poco o nada se diferenciaban de los nacionalsocialistas alemanes en la virulencia de su

odio hacia los judíos; como en Alemania, el antisemitismo estaba aquí conectado con el nacionalismo radical, la creencia en que la nación no había alcanzado su realización total y que los principales culpables de ello eran los judíos. En Rumania había unos 750.000 judíos a comienzos de los años treinta, un 4,2 por 100 de la población y, como en Polonia, se les consideraba una minoría nacional. Bajo una presión creciente de la Guardia de Hierro, el rey Carol nombró un efímero gobierno de derechas que empezó a promulgar leyes antisemitas proseguidas por el rey cuando asumió el poder como dictador en 1938. En septiembre de 1939, un mínimo de 270.000 judíos fueron privados de la ciudadanía rumana; muchos habían sido expulsados de sus profesiones, entre ellas, el cuerpo judicial, la policía, la enseñanza y el cuerpo de oficiales, y todos estaban siendo sometidos a presión para emigrar.[220]

La situación de los 445.000 judíos de Hungría se parecía más a la de los judíos alemanes que a la de los polacos: es decir, hablaban húngaro y estaban muy integrados en la sociedad. La mayoría vivían en Budapest, la capital, y se consideraban a sí mismos húngaros en todos los aspectos. La preeminencia de los judíos en el efímero régimen comunista radical de Béla Kun en 1919 dio pábulo al antisemitismo de la derecha. El dirigente contrarrevolucionario del Estado, almirante Miklós Hórthy, alió a Hungría con la Alemania nazi a finales de los años treinta con la esperanza de recuperar el territorio perdido en beneficio de Checoslovaquia y Rumania en los tratados de paz de 1919. La alianza aumentó los partidarios de la Cruz y la Flecha, cuya popularidad intentó rebajar el gobierno en mayo de 1938 aprobando la primera Ley judía, que restringía la proporción de empleados judíos en las empresas, las profesiones y otros sectores. En el mismo año se aprobó una segunda Ley judía, efectiva desde mayo de 1939, que recortaba las cuotas del 20 por 100 al 6 por 100 y prohibía a los judíos dirigir diarios, cines y teatros, trabajar en la enseñanza, como funcionarios, la compra de tierras y servir como oficiales en el Ejército. Estas leyes, que reflejaban claramente la influencia de la Alemania nazi, eran raciales en gran medida y afectaban a los judíos que se habían convertido al

cristianismo después de 1919. Al mismo Hórthy le desagradaba este punto, pero fue incapaz de evitar que se aplicaran las cláusulas raciales de estas leyes.[221]

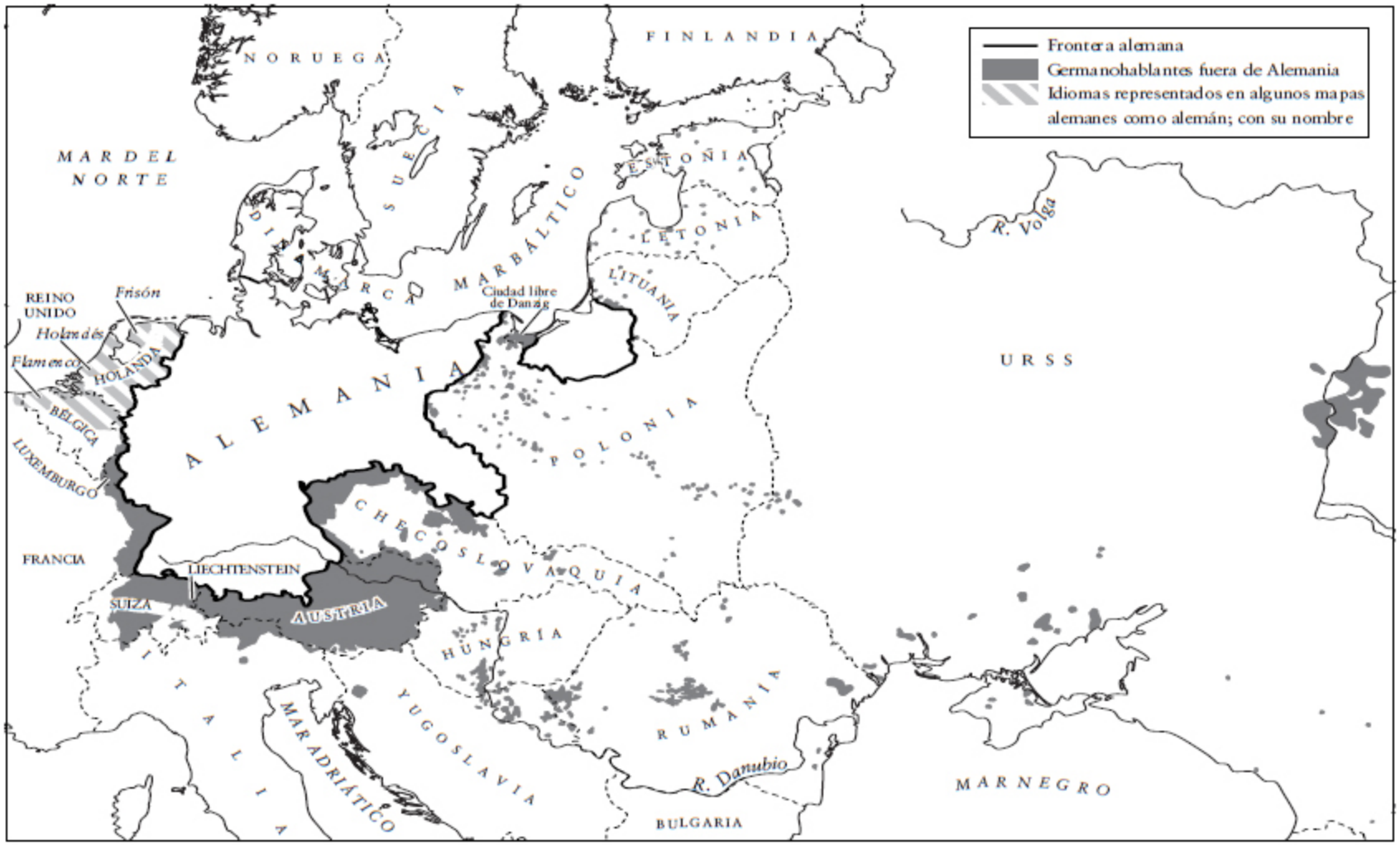
A una escala más amplia, todos los estados creados o refundados en la Europa central y oriental al final de la Primera Guerra Mundial sobre la base, enunciada por el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson, de la autodeterminación nacional contenían importantes minorías nacionales que intentaron asimilar en mayor o menor medida a la cultura nacional dominante. Pero los judíos de casi todos estos países soportaban la carga adicional de ser vistos por los nacionalistas extremistas como agentes de una conspiración mundial, aliados al comunismo ruso por un lado y a las finanzas internacionales por el otro, y amenazando así la independencia nacional mucho más que cualquiera de las otras minorías dentro de sus fronteras. Consideradas así en el contexto de otros países de la Europa central y oriental, las políticas adoptadas y llevadas a cabo por los nazis contra los judíos entre 1933 y 1939 no parecen tan insólitas. Alemania no fue el único país de la región en esa época en limitar los derechos de los judíos, privarles de su sustento económico, intentar que emigraran en grandes proporciones y en experimentar estallidos de violencia, destrucción y asesinato contra su población judía. Incluso en Francia existía una fuerte corriente de antisemitismo en la derecha, alimentado por la hostilidad al gobierno del Frente Popular de Léon Blum, judío y socialista, apoyado en la Asamblea Nacional por el Partido Comunista, que asumió el poder en 1936.

Aun así existían obviamente grandes diferencias, en parte por el hecho de que Alemania era mucho mayor, más poderosa y, a pesar de la crisis económica de principios de los años treinta, más próspera que los otros países de la región, en parte por el hecho de que la minoría judía alemana estaba mucho más integrada que las minorías judías de Polonia y Rumania. Sólo en Alemania se introdujeron y aplicaron leyes raciales en el área del matrimonio y las relaciones sexuales, aunque en Rumania se llegó a proponer; sólo en Alemania se robó sistemáticamente la propiedad, el empleo y el sustento de los judíos, aunque en los otros países también se impusieron restricciones en este sentido; sólo en Alemania el gobierno organizó un pogromo a escala nacional, aunque ciertamente se registraron

cientos de pogromos en otros lugares; y sólo en Alemania consiguieron los dirigentes del país obligar a exiliarse a más de la mitad de la población judía, aunque ciertamente hubo poderosos grupos políticos que deseaban hacer lo mismo en los otros países. Pero, por encima de todo, los nacionalistas extremistas sólo alcanzaron el poder en Alemania en los años treinta y no limitaron a ejercer una mera influencia, y sólo en Alemania el Estado y su partido dirigente veía la eliminación de la influencia judía como la base indispensable de un renacimiento del espíritu nacional y de la creación de una nueva sociedad humana racialmente pura. Las políticas antisemitas del Tercer Reich se convirtieron en una suerte de modelo para los antisemitas de otros países en esos años, pero en ningún otro lugar existió un régimen en el poder que las considerara tan cruciales como para querer imponerlas exhaustivamente y extenderlas en el conjunto de Europa. Todavía no había llegado la hora para que el Tercer Reich diera el paso definitivo. Sólo llegaría con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

7

CAMINO DE LA GUERRA



17. Habitantes de etnia alemana en Europa central y del este.

DE LA DEBILIDAD A LA FUERZA

I

Los hábitos de trabajo de Hitler eran irregulares. Nunca se sintió cómodo con la rutina. Tras acceder al poder, su vida se siguió caracterizando por un estilo algo bohemio. A menudo se quedaba viendo películas hasta la madrugada en su cine privado y, a la mañana siguiente, se solía levantar muy tarde. En general, solía empezar a trabajar hacia las diez de la mañana y se pasaba dos o tres horas escuchando los informes de Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich y principal contacto de Hitler con sus ministros, y Walther Funk, mano derecha de Goebbels en el Ministerio de Propaganda. Tras hacerse cargo de los asuntos administrativos, legislativos y propagandísticos del día, a menudo dedicaba un tiempo a consultas urgentes con ministros o con el secretario de Estado, Otto Meissner, que dirigía lo que en su día había sido la oficina del presidente. El almuerzo estaba listo a la una del mediodía, pero si Hitler llevaba retraso a veces se tenía que posponer. La mesa solía estar compuesta por el entorno más inmediato de Hitler: sus ayudantes, sus chóferes y su fotógrafo, Heinrich Hoffmann. Göring, Goebbels y Himmler asistían a los almuerzos con frecuencia desigual, y más adelante Albert Speer, pero la mayoría de ministros no solían participar en ellos. Si se les había retirado el favor, nunca eran admitidos en presencia de Hitler: a finales de los años treinta, por ejemplo, el ministro de Agricultura intentó sin éxito ver a Hitler durante más de dos años para debatir la situación del empeoramiento del suministro de alimentos. Tras almorzar, Hitler solía analizar la situación política internacional y los asuntos militares con asesores diversos o estudiar detenidamente planos arquitectónicos con Speer. Antes que perder el tiempo

leyendo montañas de papeles, Hitler siempre prefirió hablar con la gente, lo que solía hacer, y habitualmente sin que sus aduladores le interrumpieran, durante el almuerzo o la cena.[1]

Cuando Hitler visitaba su residencia de Obersalzberg, en los Alpes bávaros, su estilo de vida era todavía menos ordenado. La casa era originariamente un pequeño chalé en el punto más alto de una colina y fue reconstruida después de 1933 para formar un gran complejo de edificios conocidos conjuntamente como Berghof, con vistas impresionantes de las montañas desde un mirador, y una serie de construcciones en puntos más bajos de la colina para miembros de su entorno. Aquí Hitler no solía dejar sus habitaciones privadas hasta primera hora de la tarde, daba un paseo por la colina (al pie le esperaba un coche para llevarlo de vuelta), saludaba al flujo de ciudadanos corrientes que se afanaban montaña arriba, desfilaban en silencio ante él y se llevaban trozos del cercado de la casa como recuerdo, y tomaba refrescos en el mirador cuando hacía buen tiempo. Después de la cena solía ver películas viejas, y raras veces se iba a la cama antes de las dos o las tres de la madrugada. A menudo le acompañaba Eva Braun, una atractiva joven 23 años más joven que él y antigua empleada de Heinrich Hoffmann. La vida sexual de Hitler, objeto de especulaciones sensacionalistas tanto ahora como entonces, parece que fue absolutamente convencional, excepto por el hecho de que no quiso casarse ni admitir que tuviera ninguna relación en público por temor a comprometer el aura de poder e invulnerabilidad con que le había rodeado la propaganda. Antes, en 1931, su sobrina, Angela *Geli* Raubal, había muerto en un accidente que dio pábulo a una serie de rumores morbosos, pero infundados, acerca de la naturaleza de su relación. Eva Braun, chica inocente y sumisa, reverenciaba a Hitler y se sentía abrumada por sus atenciones. La relación fue aceptada rápidamente por el entorno de Hitler, pero mantenida en secreto ante el público. Rodeada de lujos y con pocas obligaciones, Eva Braun figuraba en el Berghof como la acompañante privada de Hitler, no como su consorte oficial.[2]

El estilo asistemático de liderazgo ejercido por Hitler, hacía que prestara poca atención al detalle de cuestiones en que no estaba interesado, como la gestión del trabajo y las finanzas, que dejó en manos de Schacht y

sus sucesores. Así, a veces podía firmar medidas que de otro modo hubieran sido archivadas a causa de la oposición de fuertes intereses, como en el caso de un decreto sobre el Frente del Trabajo promulgado en octubre de 1934.[3] También podía significar que aquellos que tenían acceso directo a su persona, o que controlaban el acceso directo a su persona, pudieran ejercer una influencia considerable. El acceso a Hitler se convirtió en un elemento de poder cada vez más importante. Sin embargo, que tuviera un estilo de vida bohemio, no significa que Hitler fuera perezoso o poco activo ni que abandonara la política interior después de 1933. Cuando la ocasión lo requería, podía intervenir poderosa y decisivamente. Albert Speer, muy próximo al Führer durante la segunda mitad de los años treinta, observó que aunque parecía que Hitler perdía una gran cantidad de tiempo, «solía dejar que un problema madurara durante semanas en que parecía completamente absorbido por asuntos triviales. Después, tras una "intuición repentina", se podía pasar días enteros trabajando intensamente en dar forma definitiva a esa solución».[4] En otras palabras, en sus hábitos de trabajo, Hitler era más errático que perezoso. Escribía sus propios discursos y a menudo se entregaba a largas y agotadoras giras por toda Alemania, hablando, reuniéndose con funcionarios y desempeñando sus funciones oficiales como jefe de Estado. En las áreas que le interesaban más, no dudaba en ejercer un liderazgo directo, incluso en los detalles. En arte y cultura, por ejemplo, era Hitler quien establecía la política que seguir, e inspeccionaba personalmente las imágenes seleccionadas para ser exhibidas o suprimidas. Sus prejuicios —contra el compositor Paul Hindemith, por ejemplo—, resultaban decisivos. Hitler también asumió la voz cantante en la política racial, y aceleró o aminoró la implementación de medidas antisemitas y similares según dictaran las circunstancias. En estas áreas, Hitler no se limitó a actuar por reacción a las iniciativas de sus subordinados, como se ha sugerido. Era Hitler quien dictaba los principios generales de la actividad política. Eran principios sencillos, claros y fáciles de comprender que habían sido inculcados en los cerebros y corazones de los activistas nazis desde los años veinte a través de su libro *Mi lucha*, sus discursos y la vasta y omnipresente maquinaria de propaganda construida por el partido antes de 1933 y por el Ministerio de Propaganda después de esta fecha. Hitler no obligaba a sus

subordinados a especular sobre lo que quería en cada situación: los principios que guiaban su conducta eran comprensibles para todos; todo lo que tenían que hacer era rellenar la letra pequeña. En momentos decisivos, como el boicot del 1 de abril de 1933 o el pogromo del 9-10 de noviembre de 1938, Hitler ordenó personalmente la acción que se debía llevar a cabo: evitaba los detalles, pero era imposible no comprender su alcance.[5]

Sin embargo, el área en que Hitler se interesó de modo más consistente y detallado fue sin lugar a dudas la política internacional y la preparación de la guerra. Sin duda alguna, fue personalmente Hitler quien llevó Alemania a la guerra desde el momento en que se convirtió en canciller del Reich, subordinando todas las otras vertientes de la política a este objetivo predominante y, como hemos visto, provocando en consecuencia una serie de presiones y cargas sobre la economía, la sociedad y el sistema político. La guerra que tenía en mente implicaría mucho más que una serie de conflictos limitados, diseñados para revisar las disposiciones territoriales del Tratado de Versalles. En una de tantas ocasiones parecidas, Hitler anunció el 23 de mayo de 1928 que su intención era «conducir a nuestro pueblo a la acción sangrienta, no sólo para ajustar sus fronteras, sino para *salvaguardarlo de cara al futuro más lejano* y asegurarle tanta tierra que en el futuro le sea devuelta con creces la sangre derramada».[6] Tras su llegada al poder, Hitler no cambió de intenciones. A comienzos de agosto de 1933, por ejemplo, comunicó a dos hombres de negocios estadounidenses de visita al país su deseo de anexionar a Alemania no sólo Austria, el corredor polaco y Alsacia-Lorena, sino las partes de habla alemana de Dinamarca, Italia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania. Esto significaba la dominación total de Europa por parte de Alemania.[7] A largo plazo, pretendía que Alemania dominara todo el mundo.[8] Pero para empezar, Hitler tuvo que lidiar con el problema de que Alemania se encontraba en una posición internacional sumamente débil, sus Fuerzas Armadas estaban fuertemente restringidas por el Tratado de Versalles, su economía en crisis y su constitución interna, desde el punto de vista de Hitler, era caótica y dividida y estaba acosada por el enemigo interno. Por lo tanto, el objetivo

inicial de Hitler que guió su política exterior durante los dos primeros años largos del Tercer Reich, fue mantener a raya a los enemigos potenciales de Alemania mientras rearmaba el país.[9]

En la práctica no le resultó difícil. Durante la primera mitad de los años treinta, Alemania contaba con simpatías internacionales. El idealismo con que se forjaron los acuerdos de paz de 1918-1919 había empezado a trabajar en contra de su estabilidad. El principio de autodeterminación nacional, invocado para dar la independencia a países como Polonia, fue denegado de modo manifiesto a Alemania, mientras que millones de ciudadanos de habla alemana de Austria, los sudetes checos, partes de Silesia (ahora parte de Polonia) y otros lugares vieron cómo se les negaba el derecho a formar parte del Reich. La sensación, muy extendida entre las elites británica y francesa, de que la Primera Guerra Mundial había sido la consecuencia desastrosa de una serie de accidentes y decisiones erróneas alimentó el sentimiento de culpa por la dureza de los términos de la paz y una incredulidad general hacia la cláusula que otorgaba la culpa de la guerra a Alemania. Las indemnizaciones fueron detenidas prematuramente en 1932, pero las restricciones sobre armamento continuaban, lo que a muchos les parecía injusto y absurdo, especialmente si se tenía en cuenta que los gobiernos de Hungría y Polonia eran beligerantes nacionalistas. Para Gran Bretaña y Francia, la Depresión significaba un cercenamiento de sus economías, y una gran reticencia a gastar mucho más dinero en armamento, especialmente a la luz de la necesidad acuciante de defender y mantener sus extensas colonias de ultramar, como India, África, Indochina, etc. En Francia, la Depresión se manifestó relativamente tarde, a mediados de los años treinta, lo que impidió el rearme rápido del país. La mayoría de miembros de la generación de políticos de la posguerra en Gran Bretaña y Francia eran figuras de segunda fila. Tras ver a los mejores y más brillantes miembros de su generación muertos en el frente en la Primera Guerra Mundial, estaban determinados en la medida de lo humanamente posible a evitar la repetición de una matanza semejante. Eran reticentes a prepararse para la guerra, y todavía menos a ir hacia la guerra, si los conflictos políticos europeos se podían resolver por otros medios con un mínimo de buena voluntad de todas las partes. Temían todo aquello que podía acarrear

otra guerra: no sólo nuevas carnicerías en las trincheras, sino también bombardeos aéreos masivos en las grandes ciudades, gran destrucción y pérdidas civiles y posiblemente también la revolución social.[10]

18. El plebiscito de Sarre y la remilitarización de las tierras del Rin.

Así, en realidad, lo único que tuvo que hacer Hitler en la primera y peligrosa fase del rearme fue apaciguar a la opinión internacional asegurando a todo el mundo que su único objetivo era corregir los errores de los acuerdos de paz, alcanzar un grado aceptable de autodeterminación para los alemanes, devolver a su país la posición de igualdad que le correspondía entre las naciones y dotarlo de los medios adecuados para defenderse contra potenciales agresores. Y esto, en esencia, es lo que hizo hasta mediados de 1938, con el respaldo no sólo de la Oficina de Política Exterior el Partido Nazi, dirigida por Alfred Rosenberg, sino también de los burócratas conservadores que todavía dominaban el Ministerio de Asuntos Exteriores, con el barón Konstantin von Neurath a la cabeza. Nacionalistas sin excepción, los funcionarios se habían sentido sumamente irritados por la política de «cumplimiento» del ministro de Exteriores Gustav Stresemann en los años veinte y dieron la bienvenida al cambio de rumbo impuesto por el canciller Heinrich Brüning, que en 1930 sustituyó a la mano derecha de Stresemann por el más agresivo Bernhard von Bülow en el cargo de secretario de Estado. Los diplomáticos dieron la bienvenida al nuevo régimen en enero de 1933, especialmente porque Neurath, que siguió en el cargo de ministro de Exteriores que ya ostentaba en el gobierno anterior por deseo expreso del presidente Hindenburg, era uno de los suyos. El 13 de marzo de 1933 Bülow entregó un memorando a Neurath y al ministro de Defensa, Blomberg, en que subrayaba que los objetivos a medio plazo de la política exterior, ahora que las reparaciones de guerra habían sido liquidadas y que los franceses, los británicos y los estadounidenses habían dado fin a la ocupación militar de Renania, tenían que concentrarse en la recuperación del territorio perdido en beneficio de los polacos en 1918-1919 y la incorporación de Austria al Reich. Sin embargo, en el futuro inmediato, aconsejó, Alemania debía evitar movimientos agresivos hasta que el rearme fuera suficiente.[11]

Pero el camino hasta alcanzar este punto estaba lleno de escollos. Las negociaciones internacionales de desarme iniciadas en Ginebra a comienzos de 1932 se habían encallado porque británicos y franceses no habían querido conceder un estatus de igualdad a los alemanes ni por medio de una reducción de sus propias Fuerzas Armadas ni permitiendo que los alemanes

aumentaran las suyas. Cada vez más ansioso por introducir el servicio militar obligatorio, sobre todo frente a la amenaza creciente que suponían los camisas pardas de Ernst Röhm en tanto que Ejército paralelo, el ministro de Defensa Blomberg, pasando por encima de Hitler y con el apoyo del Ministerio de Exteriores, animó a los representantes alemanes a que adoptaran una línea más dura frente a las constantes objeciones anglo francesas al levantamiento de las limitaciones sobre el Ejército alemán. Las negociaciones llegaron a un punto muerto y el 14 de octubre de 1933 Blomberg convenció a Hitler de que Alemania se retirara, subrayando el gesto retirándose también de la Sociedad de Naciones, el principal impulsor de las negociaciones.[12] El movimiento obedeció, según afirmó Hitler, «a las demandas irrazonables, humillantes y degradantes de las otras potencias». Manifestando su deseo de paz y su voluntad de desarmarse si las otras potencias hacían lo mismo, Hitler declaró en un largo discurso emitido por radio esa misma tarde que la degradación deliberada de Alemania no podía ser tolerada por más tiempo. Alemania había sido humillada por los acuerdos de paz y sumida en el desastre económico a causa de las indemnizaciones; el rechazo a conceder a Alemania un estatus de igualdad en las conversaciones sobre el desarme había sido demasiado. La decisión, anunció, sería sometida a plebiscito ante el pueblo alemán.[13] Celebrado unas semanas después, el plebiscito se saldó con la predecible mayoría abrumadora a favor de la decisión de Hitler, gracias en gran medida a la intimidación y a la manipulación electoral. Aunque es imposible decirlo con certeza, es probable que la mayoría de los votantes respaldasen la retirada en unas elecciones libres; si las elecciones hubiesen sido libres, sólo los antiguos comunistas y los socialdemócratas hubiesen votado *no* con probabilidad.[14]

La retirada de la Sociedad de Naciones fue el primer paso decisivo en la política exterior del Tercer Reich. Rápidamente le siguió otro movimiento que causó estupor general, tanto dentro de Alemania como fuera: un pacto de no agresión de diez años con Polonia, firmado el 26 de enero de 1934, forzado por Hitler a pesar de las serias reservas del Ministerio de Exteriores. Para Hitler, las ventajas del plan eran cubrir el vulnerable flanco oriental de Alemania durante el periodo de rearme

secreto, mejorar las relaciones de comercio, hasta entonces muy débiles, y dar cierta seguridad a la ciudad libre de Danzig, administrada por un gobierno local nazi bajo soberanía de la Sociedad de Naciones pero separada del resto de Alemania por un corredor al Báltico entregado a Polonia durante los acuerdos de paz. El pacto demostraría a Gran Bretaña y a las otras potencias que Alemania era una nación pacífica. Ni siquiera el tan admirado Gustav Stresemann, ministro de Exteriores durante la República de Weimar, había conseguido un «Locarno Oriental» ya que con el pacto de Locarno sólo había conseguido calmar la situación en el Oeste. Para los polacos, el acuerdo reemplazaba la seguridad suministrada antes por la Sociedad de Naciones y la alianza de 1921 con Francia, cuya política interna y situación económica la hacía cada vez más insatisfactoria en tanto que sustento defensivo frente a una agresión alemana (socavar la influencia francesa fue otro aliciente para Hitler, por supuesto). Sin embargo, para Hitler, el pacto era tan sólo un expediente temporal: un trozo de papel que cumplía un objetivo momentáneo y que sería rasgado sin ceremonias cuando ya no fuera necesario. Habría muchos más como éste.[15]

II

Hitler se concentró durante la mayor parte de 1934 en la política interna, especialmente en las tensiones que condujeron y siguieron a la purga de las SA llevada a cabo a finales de junio. Justo antes de la purga, Hitler hizo su primer viaje al extranjero como canciller alemán, una visita en Venecia al líder fascista italiano Mussolini para intentar obtener su comprensión por los acontecimientos que se iban a producir. La admiración de Hitler por Mussolini era sincera. Sin embargo, la atmósfera de la reunión fue fría. Mussolini recelaba de las intenciones de los alemanes en Austria, que entendía formaba parte de su esfera de influencia. Austria, un pequeño país de habla alemana rodeado de montañas en medio de los Alpes en la frontera con Italia, había sufrido constantes turbulencias políticas después del rechazo internacional a la propuesta de anexión con Alemania tras el derrumbe de la monarquía de los Habsburgo en 1918-1919. Pocos austriacos confiaban en la viabilidad de su Estado. La inflación galopante

de principios de los años veinte fue seguida por un periodo de deflación, seguido a su vez por la Depresión, como en Alemania. El país estaba dividido políticamente en dos grandes bloques, los socialistas, concentrados mayoritariamente en la clase obrera de la *rote* [roja] Viena, donde vivía cerca de un tercio de los siete millones de habitantes del país, y el católico Partido Socialcristiano, que extraía su fuerza de las clases medias vienesas, los agricultores conservadores y los votantes de las ciudades pequeñas de provincias. Las tensiones entre ambos estallaron en hostilidades abiertas en 1933, cuando el canciller socialcristiano, Engelbert Dollfuss, disolvió de forma permanente el parlamento y estableció un régimen autoritario. El creciente hostigamiento policial a los socialistas provocó un levantamiento armado en los distritos obreros de Viena en febrero de 1934. El Ejército austriaco sofocó brutalmente la revuelta. Los dirigentes socialistas, incluso su ideólogo más influyente, Otto Bauer, huyeron a través del famoso alcantarillado de la ciudad. Dollfuss ilegalizó a los socialistas. Miles fueron detenidos y puestos en prisión. El 1 de mayo de 1934 el dictador austriaco consiguió aprobar una nueva constitución para su país. Ésta abolía las elecciones y establecía, por lo menos sobre el papel, una versión descafeinada del Estado corporativo de Mussolini.[16]

A pesar de su aparente decisión, estos movimientos debilitaron a Dollfuss. La situación económica era peor que nunca. La numerosa clase trabajadora vienesa hervía de resentimiento. Los paramilitares de extrema derecha de las Brigadas de Defensa Interior, que ambicionaban un fascismo radical más claramente basado en el modelo italiano, causaban desórdenes. El antes insignificante Partido Nazi austriaco estaba creciendo rápidamente tanto de tamaño como de ambición. Su prohibición formal por parte de Dollfuss en julio de 1933 surtió poco efecto. Cuando fue prohibido, el partido contaba con cerca de 70.000 miembros entre artesanos y pequeños comerciantes de Viena y del interior, funcionarios de rango inferior, veteranos del Ejército, licenciados universitarios y elementos significativos de la policía y la gendarmería. En los meses siguientes ganó 20.000 más. Unidos, aunque siempre un tanto precariamente, por una virulenta marca de antisemitismo, fortificada por cierto anticlericalismo y anticatolicismo, tenían los ojos puestos en el pangermanismo de Georg Ritter von

Schönerer, cuyas ideas habían influenciado tan poderosamente al joven Adolf Hitler en Linz y Viena antes de 1914. Su principal objetivo era la unificación inmediata con el Tercer Reich. A medida que sus miembros escuchaban el flujo constante de propaganda nazi emitida por las emisoras de radio del otro lado de la frontera, se iban convenciendo de que la unificación era, en efecto, inminente. La violencia y el terror se convirtieron en sus principales medios para socavar el Estado austriaco y convertirlo en presa fácil del Tercer Reich.[17]

A principios de verano de 1934 parecía que había llegado el momento de pasar a la acción. Fridolin Glass, jefe del Estandarte 89 de las SS en Viena, resolvió derribar el gobierno austriaco. El 25 de julio de 1934, 150 de sus hombres, mayoritariamente desempleados y soldados expulsados del Ejército por nazis, se vistieron con uniformes del Ejército austriaco y entraron en la Cancillería. El gabinete ya había dejado el edificio, pero los hombres de las SS prendieron a Dollfuss mientras intentaba abandonarlo por una entrada lateral y lo mataron al instante de un disparo. Los golpistas se precipitaron hacia el cuartel general de la corporación de radio austriaca, se hicieron con un micrófono y anunciaron al país que el gobierno había dimitido. Los simpatizantes con que contaban dentro de la policía les facilitaron probablemente la entrada en el edificio. Pero sus apoyos no llegaban más allá. Las SA austriacas, cuyos líderes se hallaban reunidos en un hotel cercano, hicieron ver que no habían tenido conocimiento del *putsch* y rechazaron intervenir. No hacía ni cuatro semanas que las SS habían asesinado a los dirigentes alemanes de las SA y difícilmente podían olvidar lo pasado. Los levantamientos registrados en otros puntos del país, atizados, como estaba previsto, desde la radio por los golpistas, fueron sofocados por el Ejército, ayudado en algunos puntos por las Brigadas de Defensa Interior. Se produjeron centenares de muertos y heridos. Donde las SA organizaban un levantamiento, las SS rechazaban darles apoyo. Incluso oficiales nazis en el Ejército y la policía tomaron parte gustosamente en la supresión de la revuelta en muchos lugares. Los nazis austriacos resultaron estar poco entrenados y preparados para una aventura de estas características, confiaban demasiado en sí mismos, pero estaban incapacitados por las divisiones internas. En Viena, el ministro de Justicia,

Kurt von Schuschnigg, formó un nuevo gobierno y tras unas breves negociaciones con los golpistas los detuvo a todos. Hitler les abandonó a su suerte. Los dos responsables de los disparos fatales a Dollfuss fueron colgados en el patio del Tribunal Regional de Viena. Sus últimas palabras fueron «¡*Heil* Hitler!». El embajador alemán en Roma, implicado en el complot, intentó suicidarse, pero sin éxito. Aun antes de los acontecimientos, un nazi austriaco se había quejado de que «la capacidad de organización del austriaco medio es nula. En el campo organizativo necesita colaboración prusiana. [...] Sin la capacidad organizativa prusiana, los momentos decisivos siempre terminarán en el caos». El sangriento pero absurdo *putsch* parecía darle la razón. A partir de entonces, Schuschnigg pudo reconstruir la dictadura clerical-fascista sobre una base más firme, sometiendo a las Brigadas de Defensa Interior y enviando a los nazis a la clandestinidad, desde donde siguieron cometiendo actos de violencia y sabotaje contra las instituciones del Estado, por el momento sin mucho éxito.[18]

Sin lugar a dudas, Hitler estaba informado de antemano de estos acontecimientos. Los SS austriacos se habían entrenado para el *putsch* en el campo de concentración de Dachau. Tras la prohibición del Partido Nazi austriaco en junio de 1933, Theo Habicht, un diputado del Reichstag alemán designado por Hitler para comandar a los nazis austriacos, organizó sus actividades clandestinas desde el exilio en Munich. Habicht introdujo clandestinamente propaganda antisemita en Austria, acusando a Dollfuss de presidir un régimen controlado por los judíos. Fue en su apartamento de Munich donde los dirigentes nazis austriacos se reunieron poco antes del *putsch* para terminar los preparativos. Le comunicó los planes a Hitler y éste dio sus bendiciones a un levantamiento general—aunque en la creencia, evidentemente inspirada por el optimismo exagerado de Habicht sobre la oportunidad, de que el Ejército austriaco lo respaldaría—. Desde su exilio en Munich, Habicht estaba poco informado sobre el verdadero estado de cosas en Austria. No sólo fracasó el *putsch* y el Ejército permaneció al lado del gobierno, sino que Mussolini movilizó sus tropas en el paso fronterizo de Brenner y puso en evidencia su intención de intervenir de lado del gobierno austriaco si la situación se descontrolaba. Hitler estaba fuera

de sí, rabioso y desconcertado a la vez. Hitler hizo declaraciones sobre su desaprobación del *putsch*, que no convencieron a nadie, expulsó a Habicht y cerró la oficina del partido austriaco en Munich.[19]

En un aspecto, sin embargo, la catástrofe supuso una oportunidad. La rotura de relaciones con el vecino de Alemania era tan grave, le dijo Hitler a Von Papen, todavía bajo arresto domiciliario tras la Noche de los Cuchillos Largos, que se necesitaba un hombre de Estado experimentado para suavizar la situación: en tanto que amigo personal del canciller austriaco asesinado y notorio estadista católico, Papen era la persona ideal para calmar las aguas turbulentas de las relaciones austriaco germanas. Así, Hitler le nombró embajador en Viena. Consciente de que no tenía otra opción, Papen aceptó. Papen solicitó la liberación de su secretario, Günther von Tschirschky-Bögendorf, en prisión desde la acción del 30 de junio, y se lo llevó a Austria con él. El último político conservador e independiente dentro del gobierno ya no era un obstáculo para el régimen—una derivada inesperada del desafortunado *putsch*.[20]

III

El aislamiento diplomático de Alemania en invierno de 1934-1935 parecía absoluto.[21] La única luz en medio de las tinieblas surgió de los resultados del plebiscito convocado en el pequeño territorio del Sarre, al oeste del Rin, el 13 de enero de 1935. En las negociaciones de paz de 1919, los franceses, que tenían esperanzas evidentes de poder separar la región de Alemania, habían conseguido que la Sociedad de Naciones les concediera un mandato sobre el Sarre con el compromiso de celebrar un referéndum al cabo de quince años para que los habitantes de la región decidieran a qué país querían pertenecer. Los quince años se cumplían a finales de 1934. Los ciudadanos del Sarre, de habla alemana en su mayoría, nunca habían deseado la separación de Alemania: 445.000 habitantes del Sarre, cerca del 91 por 100 de los votantes, expresaron su deseo de convertirse en ciudadanos del Tercer Reich. Lo hicieron por una serie de motivos. La perspectiva de vivir en Francia como minoría lingüística de habla alemana no era muy tentadora: en Alsacia-Lorena, las autoridades francesas habían

llegado muy lejos en su intento de suprimir la lengua y la cultura alemanas de sus habitantes y discriminaban a aquellos que se mantenían leales a su tradición. En el Sarre, también, los dirigentes franceses habían tenido poco tacto y habían cometido abusos. No eran vistos en general como demócratas sino como imperialistas. En Alemania, las relaciones entre los nazis y los católicos no se habían deteriorado todavía lo suficiente como para que la Iglesia Católica, que representaba la gran mayoría de habitantes, aconsejara un mantenimiento del *status quo*, y todavía menos adherirse a Francia, donde el Partido Comunista parecía ganar fuerza por momentos. Los nazis disminuyeron la propaganda anticatólica en los momentos previos al plebiscito con el objetivo de que los sacerdotes aconsejaran a sus rebaños votar a favor de Alemania. El clero respondió dándoles su apoyo.[22]

Además, cuando el Partido del Centro se disolvió voluntariamente en Alemania en 1933 como un *quid pro quo* por el Concordato, había hecho lo mismo en el Sarre, aunque no era estrictamente necesario. Durante los años veinte había hecho campaña por el retorno del Sarre a Alemania—todos los partidos políticos del Sarre hicieron lo mismo—y en junio de 1934 se alineó con los nazis y los residuos de los nacionalistas y de otros partidos en la lucha por el *sí* en un «Frente Alemán» que proyectaría ante los votantes una idea de unidad por encima de la política. Sólo se quedaron al margen los socialdemócratas y los comunistas, pero como éstos también habían luchado durante muchos años por la reunificación, su súbito cambio de opinión confundió a sus partidarios y pocos lo interpretaron como un cambio sincero. A este punto, en efecto, los rituales patrióticos, los memoriales de guerra a los muertos alemanes, los festivales nacionales y otras manifestaciones, apoyados económicamente y por otros medios por nacionalistas entusiastas dentro de Alemania, habían contribuido a fortalecer la conciencia nacional alemana en el Sarre. Sus efectos no iban a deshacerse en un par de años. El Partido Nazi alemán ofreció también una variedad de inductores materiales a los habitantes del Sarre al pasar Ayuda Invernal a través de la frontera para ayudar a los necesitados, recordar a los maestros y a otros empleados del Estado las pensiones más elevadas de que dispondrían en Alemania y comparar la recuperación económica en el Reich con el deterioro de la situación en Francia. El Ministerio de Propaganda

emitía propaganda mediante la radio alemana y exportó grandes cantidades de *Volksempfänger* al Sarre para que la población pudiera recibir el mensaje. Imprentas renanas imprimieron millones de panfletos que se leían de inmediato por todo el Sarre; se colgaron 80.000 carteles urgiendo a la población a votar por Alemania. Se celebraron 1.500 mítines para convencer al pueblo de la justicia de la reunificación. En cuanto a las votaciones, se convocó a las urnas a 47.000 residentes del Reich nacidos en el Sarre, lo que reforzó todavía más el apoyo a los nacionalistas. En comparación, la campaña contra la reunificación apenas existió, frustrada por divisiones internas sobre si hacer campaña a favor de la continuación del *status quo* o de la absorción con Francia.[23]

En muchos puntos del Sarre, el Partido Nazi local ejerció la intimidación masiva y la violencia para disuadir a la oposición de votar contra la reunificación con Alemania. El terror que se desencadenó recordaba al de los primeros meses de 1933 en Alemania. Los mítines socialdemócratas eran reventados por camisas pardas que empuñaban barras de acero. Personas que distribuían propaganda contra la reunificación fueron agredidas con porras de caucho o incluso disparadas. Bares antifascistas fueron atacados y sus ventanas rotas a balazos. Los mítines de la oposición acababan en alborotos. La atmósfera se parecía a la de una guerra civil, como observó un habitante. Mientras todo esto sucedía, la policía local no intervenía. Mientras unidades alemanas de las SS eran enviadas al área para contribuir a aumentar el terror, los rumores expandidos por la campaña por el *sí* animaron a los votantes a creer que el voto no sería secreto, una sugestión lo suficientemente plausible visto lo que había sucedido en los plebiscitos y elecciones celebrados en Alemania. Se insinuó con fuerza que aquellos que votaran *no* serían enviados a campos de concentración tan pronto entraran los alemanes. La identidad de los comunistas y socialdemócratas era de sobras conocida, especialmente en las comunidades pequeñas, de modo que los antinazis eran conscientes de que la amenaza no carecía de contenido. Los observadores internacionales designados para supervisar el plebiscito reconocieron que la campaña había sido violenta y pidieron que se detuviera el terror, pero los soldados sobre el terreno estaban comandados por oficiales muy hostiles a los comunistas y

los socialdemócratas y no emprendieron ninguna acción.[24] No puede sorprender que la mayoría de antiguos votantes comunistas y socialdemócratas decidieran que lo mejor era la unidad con Alemania; todavía no habían experimentado la realidad del Tercer Reich y se sentían alemanes. En el Sarre el movimiento obrero siempre había sido débil, ya que, según apuntó un sindicalista alemán, el Estado prusiano había sido siempre el principal suministrador de empleo, uniformando a los mineros y disciplinando a los disidentes, y los grandes industriales habían ejercido una gran influencia. «La población del Sarre —concluía con resignación—se encuentra entre la población políticamente más atrasada de Alemania».[25] Hay que ser muy cauteloso a la hora de utilizar el plebiscito para extraer conclusiones sobre la actitud de la mayoría de alemanes acerca del Tercer Reich, especialmente si tenemos en cuenta el escaso tamaño de la población y su particular cultura política en tanto que región de frontera. Para la mayoría de ciudadanos del Sarre, el voto fue un *sí* a Alemania, con independencia de Hitler y de los nazis.[26]

El gobierno de Berlín se había visto obligado bajo presión a prometer que las leyes y prácticas alemanas sólo se introducirían en el Sarre gradualmente, y que los judíos en particular no estarían expuestos al tipo de violencia acostumbrada en el Reich desde finales de enero de 1933. Sin embargo, la población del Sarre no tardó en experimentar la realidad de la vida en el Tercer Reich. Para empezar, advenedizos «prusianos» se trasladaron a la región y ocuparon cargos y empleos, la Gestapo instaló su cuartel general en el viejo edificio de los sindicatos y las personas sospechosas de tener simpatías profrancesas fueron expulsadas sin ceremonias de sus empleos. Los comunistas y socialdemócratas destacados huyeron del país sin demora. Sin duda, la gran masa de la población corriente del Sarre nunca deseó votar otra cosa que no fuera la reunificación, pero ésta no les proporcionó las mejoras inmediatas prometidas. El desempleo no desapareció de la noche a la mañana y la escasez de alimentos empezó a afectar rápidamente a la región. En un primer momento, los judíos del Sarre pudieron emigrar en mejores condiciones que los del resto de Alemania, pero con la promulgación de las Leyes de Nuremberg en septiembre de 1935 se vieron expuestos a los

rigores del antisemitismo nazi. Se murmuraba, incluso se registraron huelgas, pero no hubo una resistencia real; las condiciones de esta sociedad rural y de ciudades pequeñas, con una débil tradición obrera, lo hacían prácticamente imposible.[27] No fue hasta 1938 que la recuperación económica, favorecida por el rearme, empezó a reconciliar a la población del Sarre con su suerte, y la constante lluvia de propaganda desde Berlín, la nazificación de la educación y la afiliación obligatoria a las Juventudes Hitlerianas empezaron a difundir la aceptación del Tercer Reich, especialmente entre los jóvenes.[28]

Pero todo esto no había sucedido todavía el 1 de marzo de 1935, día de la incorporación formal, cuando Hitler manifestó en Saarbrücken su alegría por la decisión de la población del Sarre. Era un gran día para Alemania, dijo, y un gran día para Europa. Demostraba el poder y la popularidad del Tercer Reich y de sus ideas entre todos los alemanes. «Al final—proclamó—, la sangre es más fuerte que el mero papel de los documentos. Lo que ha sido escrito en tinta será un día borrado por la sangre». Las implicaciones para las minorías de habla alemana en otros países europeos, especialmente Polonia y Checoslovaquia, eran inequívocas.[29] La maestra de Hamburgo Luise Solmitz celebró el «Día del regreso al hogar del Sarre» izando por última vez en su casa la bandera imperial negra, blanca y roja antes de levantar su nueva bandera, decorada con la esvástica.[30] En toda Alemania ondearon las banderas para celebrar el acontecimiento. Los resultados del plebiscito extendieron el desánimo entre la oposición socialdemócrata y comunista en la clandestinidad y dieron un empujón a la confianza de las bases nazis.[31]

También inyectó nuevo vigor al Führer en los asuntos exteriores. A Hitler le resultaba cada vez más difícil ocultar al mundo la velocidad y el alcance del rearme, y el plebiscito del Sarre espoleó nuevas demandas de los militares que, de cumplirse, serían absolutamente imposibles de ocultar en el extranjero. Parece que el éxito del plebiscito del Sarre precipitó su anuncio de la existencia de una Fuerza Aérea alemana y de la introducción del servicio militar obligatorio, realizado el 16 de marzo de 1935. El Ejército se expandiría a más de medio millón de hombres, cinco veces más de lo permitido por el Tratado de Versalles, afirmó. El día siguiente se

celebró un gran desfile militar en Berlín en que el ministro de Defensa, Werner von Blomberg, anunció que Alemania estaba preparada para volver a ocupar el lugar que le correspondía en el mundo.[32] Naturalmente, Hitler aseguró que lo único que deseaba Alemania era la paz. Muchos de sus simpatizantes de clase media le creyeron. «¡Volvemos a tener servicio militar obligatorio!», escribió triunfalmente en su diario Luise Solmitz:

> Esperábamos este día desde la desgracia de 1918. [...] Por la mañana, Francia tenía en el bolsillo su disputado servicio militar de dos años, por la tarde nosotros hemos obtenido en respuesta el servicio militar obligatorio. Nunca hubiera ocurrido un Versalles si siempre se hubieran llevado a cabo estas acciones, si se hubieran dado estas respuestas. [...] El servicio militar obligatorio no debe servir a la guerra sino al mantenimiento de la paz. Porque un país indefenso en medio de tantos pueblos armados debe ser necesariamente una invitación al maltrato, un territorio que invadir o que hundir. No hemos olvidado la invasión del Ruhr.[33]

Cuando se emitió por radio el anuncio formal, escribió Luise Solmitz: «Me levanté. El momento era demasiado grandioso y me superó. Tuve que escucharlo de pie».[34]

Pero el anuncio también sembró la inquietud entre muchos alemanes, especialmente aquellos que habían vivido la Primera Guerra Mundial. Muchos jóvenes se quejaron ante la perspectiva de ser reclutados después de haber pasado ya muchos meses en el servicio laboral. Sin embargo, al mismo tiempo, algunos viejos obreros saludaron la nueva obligatoriedad como un desahogo para el desempleo. Un informe habló de una mezcla entre la población de una «sensación de psicosis de guerra especialmente fuerte» y otra de satisfacción porque Alemania estaba recuperando finalmente el respeto internacional. «Es indudable—informó un agente socialdemócrata en Renania-Westfalia—que el constante ruido sobre el estatus de igualdad y la libertad de Alemania ha surtido efecto también entre las filas de la clase obrera antiguamente marxista y ha causado cierta confusión».[35]

La reacción internacional fue sosegada. Los gobiernos británico, francés e italiano respondieron con una reunión en Stresa, Italia, el 11 de abril de 1935, en que declararon su determinación de defender la integridad de Austria contra la amenaza alemana, evidente desde julio de 1934 y que parecía volver a asomar la cabeza. Menos de una semana después, la

Sociedad de Naciones censuró formalmente el programa de rearme alemán. Al cabo de poco, Francia llegó a un acuerdo con la Unión Soviética. Estos movimientos tuvieron un efecto más retórico que impacto real. La política continuada de negociaciones bilaterales empezó con el pacto con Polonia. Hitler había estado debatiendo un acuerdo naval con los británicos desde noviembre de 1934. Se daba cuenta de que faltaba mucho tiempo para que la renaciente Armada alemana igualara en tamaño a la enorme flota naval británica, y hasta entonces quería de todas formas tranquilizar a los británicos para que no interfirieran la consecución de la hegemonía alemana en el continente. Más adelante, según dijo al jefe de la Armada, almirante Raeder, en junio de 1935, la flota alcanzaría su potencia máxima y se podría girar en contra de Gran Bretaña, como Raeder y sus oficiales preveían; pero no por el momento. Ante los británicos Hitler se mostró tranquilizador y amenazante a la vez. Advirtió a los negociadores británicos de que el rearme alemán estaba muy avanzado, especialmente cuanto a las Fuerzas Aéreas (más, de hecho, de lo que realmente estaba). A largo plazo, Alemania necesitaría colonias para expandir su «espacio vital» (una amenaza apenas velada al extenso Imperio Británico). Pero Hitler declaró que su opción preferida era empezar el camino junto a Gran Bretaña y no en su contra, en la esperanza de limar las asperezas. Los británicos, dándose cuenta de que no conseguirían que Alemania volviera a la Sociedad de Naciones y preocupados por la creciente fuerza naval de Japón, se mostraron de acuerdo con lo que parecían unos términos absolutamente razonables, y el 18 de junio de 1935 se firmó el Acuerdo Naval Angloalemán, que permitía a los alemanes construir una Armada equivalente al 35 por 100 de la británica y la paridad en el número de submarinos. El acuerdo fue una puñalada por la espalda al acuerdo de Stresa, alcanzado tan sólo unos meses antes, y supuso un importantísimo triunfo diplomático para Hitler.[36]

El equipo negociador alemán en Londres estaba dirigido por un hombre que pronto subiría a lo más alto entre los dirigentes nazis: Joachim von Ribbentrop. Nacido en 1893 en Renania, hijo de un soldado profesional de origen burgués, en lugar de ir a la universidad, Ribbentrop pasó unos años desempeñando trabajos diversos en Gran Bretaña, Canadá y la Suiza

francófona, lo que le proporcionó el dominio del inglés y el francés y un buen número de contactos que le serían de gran utilidad en el futuro. En la Primera Guerra Mundial sirvió en el frente oriental y en el occidental, y obtuvo la Cruz de Hierro por su valentía. Al finalizar la guerra, fue enviado a la misión militar prusiana en Estambul, tras lo cual fue asignado al equipo militar que preparó la conferencia de paz. Así, tras dejar el Ejército en 1919, estos viajes y actividades forjaron en Ribbentrop un gran interés por las relaciones internacionales. Pero por el momento lo que hizo fue regresar al mundo de los negocios—primero se dedicó al algodón y luego al comercio de bebidas gracias a su matrimonio con Annelies Henkell, hija de un conocido productor de *Sekt*, vino espumoso alemán—. El matrimonio le proporcionó seguridad económica y el acceso a la alta sociedad. Adoptado por una tía suya de la rama aristocrática de su familia, pudo añadir el prefijo «von» a su nombre. Pero la operación no le salió del todo bien, porque se rumoreó que había pagado a su tía por el favor. Además, algunos observaron que mientras la complicada legislación sobre adopciones contemplaba el «von» como parte del nombre del padre adoptivo y por tanto se podía transferir al hijo adoptivo, insistía a la vez en que la transmisión del prefijo aristocrático no transfería estatus de nobleza al adoptado. El incidente era tan típico de las pretensiones sociales de Ribbentrop como lo era su torpeza social: en Londres, en los años treinta, se le solía llamar «von Ribbensnob».[37]

Ribbentrop estaba lejos de ser un nazi de primera hora. Durante la mayor parte de la República de Weimar había compartido el odio de la mayoría de alemanes de clase media hacia los acuerdos de paz, despreciaba el sistema parlamentario y se sentía considerablemente alarmado por la amenaza del comunismo, pero no empezó a gravitar en torno a la extrema derecha hasta 1932. Como miembro del exclusivo Herrenclub, el club berlinés frecuentado por la aristocracia, Papen y sus amigos, entre ellos, Ribbentrop, conoció a Hitler y se implicó en las complejas negociaciones que terminarían en su nombramiento como canciller del Reich en enero de 1933. Un poco como sucedía con el viejo amigo íntimo de Hitler, Putzi Hanfstaengl, el provinciano líder nazi tenía a Ribbentrop por un hombre de mundo, experimentado, viajado, plurilingüe y diestro en sociedad. Hitler

empezó a utilizarlo para misiones diplomáticas especiales, pasando por encima del Ministerio de Exteriores, más conservador y rutinario. Sin lugar a dudas con la aprobación de Hitler, Ribbentrop estableció una oficina independiente propia, parecida a la de Alfred Rosenberg, para desarrollar e influir en la política extranjera. En poco tiempo tenía ya un equipo formado por 150 personas, enfrentados en una especie de guerra de guerrillas institucional con los mandarines del Ministerio de Exteriores. El éxito de Ribbentrop en la negociación del Acuerdo Naval Angloalemán le proporcionó la reputación de llevarse bien con los británicos y, a finales del verano de 1936, Hitler le nombró embajador en Londres, con la misión de mejorar las relaciones y, si era posible, conseguir una alianza formal angloalemana.[38]

Lamentablemente, todo este capítulo estaba presidido por un error de cálculo. El estilo de Ribbentrop—brusco, perentorio, autoritario—pudo quizá atraer a Hitler, pero no encajaba entre los diplomáticos y en Londres el nuevo embajador recibió pronto otro mote burlesco: «von Brickendrop».* Al cabo de poco tiempo, se sentía profundamente resentido por los desaires de la alta sociedad británica. Muchos los había causado él mismo. En una recepción en palacio en 1937 se llegó al punto más bajo de sus relaciones, cuando asustó al tímido y tartamudo Jorge VI saludándolo con un golpe de tacones y el saludo nazi. De hecho, a Ribbentrop no le gustaban en absoluto ni Gran Bretaña ni los británicos. Cuando Sir John Simon, ministro de Exteriores británico, se refirió a la inusual franqueza de Ribbentrop durante las negociaciones navales, no lo quería decir, con toda probabilidad, como un cumplido. Ribbentrop no quería el destino en Londres, retrasó su incorporación tres meses y regresaba a Berlín tan a menudo que la revista satírica londinense *Punch* lo llamaba «el ario errante». Odiado y despreciado por los «viejos combatientes» de la cúpula nazi, Goebbels y Göring entre ellos, que tomaban a mal la influencia ejercida por quien consideraban un advenedizo, Ribbentrop necesitaba mantener su presencia en Berlín para que no lo marginaran. Pero desde Londres no le faltaba influencia sobre Hitler. Desde su destino lo bombardeaba constantemente con despachos en que proclamaba la absoluta incompatibilidad de objetivos entre Gran Bretaña y Alemania y pronosticaba la guerra entre las dos

potencias. Sin embargo, al mismo tiempo, también tenía en consideración la debilidad y las vacilaciones británicas y le decía repetidamente a Hitler que no se tomara demasiado en serio la posibilidad de una intervención británica en Europa. Hitler le escuchaba. Al final resultó ser un mal consejo.[39]

IV

Sin embargo, al comienzo parecía bastante plausible que Gran Bretaña no interviniera. Hacia finales de 1935 la situación internacional en Europa empezó a sufrir una serie de cambios dramáticos. Primero, en octubre de 1935 Mussolini lanzó una invasión de Abisinia, el último gran país africano no colonizado que quedaba, persiguiendo su sueño de crear un nuevo Imperio Romano, y en venganza por la humillación sufrida por el Ejército italiano en la derrota a manos de las fuerzas etíopes en la batalla de Adowa en 1896. Los abigarrados ejércitos feudales del emperador etíope Haile Selassie no fueron ningún obstáculo para las legiones mecanizadas de los italianos. Esta guerra breve demostró quizá por primera vez el potencial mortífero de la supremacía aérea. Sin oposición seria, los aviones italianos aniquilaron las fuerzas etíopes bombardeándolas sin cesar, utilizando no sólo explosivos para destruir a su vistosa y bien formada caballería sino gas venenoso para exterminar a unos soldados de infantería apenas entrenados. No fue un combate en igualdad de condiciones. Pero Abisinia era un país grande, y las fuerzas tardaron un tiempo en adentrarse en su territorio y ocuparlo. Haile Selassie hizo un dramático viaje a Ginebra, donde despertó simpatías con una conmovedora petición de ayuda a la Sociedad de Naciones. Por su parte, Mussolini había supuesto que ni los ingleses ni los franceses intervendrían, pero la opinión pública forzó la intervención del nuevo ministro de Exteriores británico, Anthony Eden, que dio su apoyo a la imposición de sanciones económicas a Italia por parte de la Sociedad. Aislado repentinamente, el dictador italiano buscó la ayuda de Hitler por medio de su yerno, el proalemán Galeazzo Ciano.[40]

Hitler entendió que se le ofrecía la oportunidad de romper el aislamiento diplomático de Alemania. El asesinato de Dollfuss había supuesto un punto muy bajo en sus relaciones con Mussolini, de quien había tomado tantas ideas y a quien todavía admiraba.[41] Ahora las cosas empezarían a mejorar. Sin embargo, el Ministerio de Exteriores alemán albergaba suspicacias muy profundas sobre los motivos de los italianos. Hitler llamó a consultas en Berlín al embajador alemán en Roma, Ulrich von Hassell, y le dijo en presencia del ministro de Exteriores Neurath que era hora de cerrar las tensiones de 1934 y de salir en defensa de Italia. «Debemos hacerlo todo—afirmó—para evitar que los numerosos oponentes a los sistemas autoritarios de gobierno que hay en todo el mundo se concentren en nosotros como su único objetivo». Si se destruía el fascismo italiano, Alemania se quedaría sola. Así, aunque Alemania se mantuvo formalmente neutral en el asunto de Abisinia, rechazó imponer sanciones a Italia. Agradecido por su apoyo, Mussolini hizo saber a Hitler que en lo que a él le concernía, Austria quedaba a partir de entonces dentro de la esfera de influencia alemana. Stresa, le dijo a Von Hassell, era papel mojado.[42] En cualquier caso, las sanciones no surtieron ningún efecto. Los italianos siguieron adelante con la guerra hasta su conclusión en mayo de 1936, mientras Gran Bretaña, Francia y la Sociedad de Naciones seguían vacilando. Estos acontecimientos sellaron el destino de la Sociedad, cuya ineficacia era ahora patente. También convencieron a Hitler y a Mussolini de que no tenían por qué temer a Gran Bretaña y Francia. De un modo más inmediato, la victoria italiana pareció proporcionar pruebas concretas de que la supremacía en el aire era la clave del éxito militar. Los británicos, que hasta el momento dominaban el Mediterráneo en virtud de su fuerza naval, parecían de repente más vulnerables. Para cimentar la nueva amistad con Alemania, Mussolini echó a su ministro de Exteriores profrancés y lo sustituyó el 9 de junio de 1936 por Ciano.[43]

Para entonces, también la posición de Francia en Europa se había debilitado dramáticamente, haciendo que los italianos consideraran de todos modos poco atractiva una alianza con el país. Británicos y franceses no se habían puesto de acuerdo en qué respuesta dar a la guerra de Etiopía. Las sacudidas internas en Francia que culminaron con la victoria electoral del

Frente Popular en mayo de 1936 parecían haber concentrado la atención de los políticos franceses sobre los asuntos domésticos. La comunidad internacional había demostrado una gran incapacidad para contener el imperialismo italiano. Y el acercamiento entre Italia y Alemania había aumentado la libertad de acción alemana. Todos estos factores coincidieron en convencer a Hitler de que Francia y Gran Bretaña no intentarían evitar que el Ejército británico se adentrara en Renania. La parte occidental de Alemania todavía era zona desmilitarizada, de acuerdo con las condiciones del Tratado de Versalles, incluso después de la marcha de las fuerzas de ocupación anglofrancesas a finales de los años veinte. Hitler había salido impune de su retirada de la Sociedad de Naciones. Había salido impune de su anuncio sobre el rearme alemán. Y la situación doméstica en Alemania era tan mala en la primavera de 1936, con escasez de comida, el empeoramiento del conflicto con la Iglesia Católica y un descontento generalizado, que se necesitaba un golpe de efecto diplomático para levantar de nuevo los ánimos de la población. La cúpula del Ejército ya había garantizado a Hitler que la operación era factible. Estaban de acuerdo en que era necesario establecer defensas adecuadas en el Oeste. Sin embargo, Blomberg y sus generales estaban extremadamente nerviosos, porque se daban cuenta de que si los franceses decidieran actuar el Ejército no sería obstáculo para ellos. También Hitler dudó, muy consciente del riesgo que estaba asumiendo. A principios de marzo, alentado por Ribbentrop, se había decidido. La cercana ratificación del pacto francosoviético por parte de la Asamblea francesa les proporcionaría la excusa. Las unidades del Ejército alemán que entraran en Renania estarían reforzadas por unidades de policía para hacerlas parecer más numerosas de lo que en realidad eran. La operación se debía preparar con el máximo secreto, con el desplazamiento de las tropas hacia el lugar determinado de antemano de la noche a la mañana. Al gabinete también se le informaría en el último minuto.[44]

El sábado 7 de marzo de 1936 Hitler hizo aparición en el Reichstag, convocado de urgencia para una sesión a mediodía en la Ópera Kroll. Sin que los diputados lo supieran, cuando empezó a hablar las tropas alemanas ya habían entrado en la zona desmilitarizada; a la una del mediodía habían

alcanzado el río. Hitler empezó con una invectiva contra el bolchevismo. Los franceses, continuó, habían firmado hacía poco un pacto con la Unión Soviética, ratificado el 4 de marzo. En vistas a eso, dijo al Reichstag, Alemania ya no se sentía ligada por el Pacto de Locarno de 1925, que había regulado sus relaciones con Francia. El periodista americano William L. Shirer, presente en la sesión, observó las escenas de histeria que siguieron:

> Los seiscientos diputados, todos ellos nombrados a dedo por Hitler, hombrecitos con grandes corpachones y anchos cuellos, el cabello cortado a cepillo y las barrigas redondas, con sus uniformes pardos y sus botas gruesas, hombrecitos de arcilla en sus hábiles manos, se levantan de un salto como autómatas, el brazo derecho extendido en el saludo nazi, y gritan «*heil*». [...] Hitler levanta la mano y pide silencio. [...] En un tono de voz profundo y resonante, dice: «¡Diputados del Reichstag alemán!». El silencio es total. «En este momento histórico en que las tropas alemanas caminan hacia sus futuras guarniciones de paz en las provincias occidentales del Reich, nos reunimos para realizar dos promesas solemnes». No puede seguir. Para la pandilla «parlamentaria», ésta es la primera noticia de que los soldados alemanes están entrando en Renania. [...] Brincan, chillan, aúllan. [...] Levantan los brazos en un saludo servil, sus caras se contorsionan de histeria, gritan con toda la boca, sus ojos arden de fanatismo y no se despegan del nuevo dios, el Mesías.[45]

Las dos promesas que hizo Hitler fueron muy propias de él: por un lado, que Alemania no se rendiría nunca a la fuerza, y, por el otro, que lucharía por la paz. Como ya había hecho con anterioridad, declaró que Alemania no tenía demandas territoriales en Europa. Y ofreció una serie de pactos de paz para tranquilizar a los vecinos de Alemania. Todo pura retórica. Para subrayar la trascendencia del momento, también disolvió el Reichstag y convocó elecciones, esta vez emparejadas a un plebiscito sobre la acción, para el 29 de marzo de 1936. El 12 de marzo pronunció el primer discurso de la campaña en Karlsruhe, a orillas del Rin, a un tiro de piedra de Francia.[46]

Las películas de propaganda y la prensa nazi mostraron imágenes de renanos en estado de éxtasis que daban la bienvenida a las tropas con el saludo hitleriano y sembraban su camino con flores. Luise Solmitz escribió:

> Me quedé completamente sobrecogida ante los acontecimientos [...], encantada de ver marchar a nuestros soldados, por la grandeza de Hitler y la fuerza de su lenguaje, la fuerza de ese hombre. [...] Cuando la subversión y la Entente nos dominaban, esperábamos este lenguaje, esta firmeza. Pero no nos hubiéramos atrevido a pensar en unos hechos como éstos. Una y otra vez, el Führer expone ante el mundo un *fait accompli*. [...] Si el mundo nos hubiera escuchado utilizar este

> lenguaje durante 2.000 años, sólo habríamos necesitado utilizarlo en ocasiones contadas, siempre habríamos sido comprendidos y nos podríamos haber ahorrado mucha sangre, lágrimas, pérdidas de territorio y humillaciones. [...] Las informaciones que llegan de todas partes hablan de una alegría sin precedentes.[47]

Sin embargo, los observadores socialdemócratas contaron otra historia. «Se ha contado que la ocupación de la zona del Rin—informó un agente—ha sido recibida con gran alegría por parte de toda la población. Pero los informes que llegan del Oeste coinciden en que sólo la han celebrado los nazis».[48]

Algunos hombres de negocios lo celebraron porque pensaban que así las cosas mejorarían para ellos. La mayoría de la población daba una aprobación tácita a la remilitarización. En algunos puntos del país, los jóvenes sí estaban realmente entusiasmados. «Al fin y al cabo, es nuestro país—afirmó un trabajador—. ¿Por qué no nos habrían de permitir tener allí a nuestros militares?».[49] Pero muchos temían también que la acción condujera a la guerra. Muchos nazis les respondían señalando las intenciones pacíficas de Hitler. Sólo unos pocos proclamaban que les gustaría que se desencadenara la guerra.[50] El pueblo estaba orgulloso de la recuperación de la soberanía nacional, pero al mismo tiempo estaba preocupado por los peligros de una guerra, la perspectiva del bombardeo masivo de las ciudades y de la repetición de la muerte y la destrucción de 1914-1918.[51] Las grandes precauciones contra las incursiones aéreas que acompañaron a la acción de remilitarización no disminuyeron los temores de la gran mayoría. «La gente —resumió un agente socialdemócrata—está muy exaltada. Temen una guerra, porque todos saben que Alemania la perdería y sería la ruina».[52]

19. La anexión de Austria, 1938.

En marzo de 1936, los alemanes contenían la respiración mientras 3.000 soldados se introducían en Renania, respaldados por otros 30.000 que se quedaron en la orilla oriental del Rin y en sus inmediaciones. Si los franceses hubieran decidido mandar a sus propias tropas, los alemanes hubieran sido expulsados al cabo de pocas horas, a pesar de que Hitler había ordenado presentar resistencia. Pero no lo hicieron. En la creencia de que la presencia militar alemana era diez veces superior de lo que en realidad era, e inmovilizado por el temor a la guerra entre la población en un momento en que se acercaban las elecciones generales, el gobierno francés escogió no intervenir. Los británicos apoyaron su posición y reaccionaron rápidamente para evitar una respuesta precipitada. Al fin y al cabo, lo que había sucedido era tan sólo una recuperación de soberanía por parte de Alemania sobre su propio territorio, y nadie pensó que valiera la pena arriesgarse al estallido de una guerra. En esos momentos nadie pensaba en Hitler de un modo muy distinto de cómo habían pensado de los anteriores jefes de Estado alemanes, y éstos nunca habían ocultado su deseo de volver a imponer sus tropas en Renania. En efecto, era tanta la indiferencia pública sobre la cuestión en Gran Bretaña que el gobierno incluso rechazó dar su apoyo a la idea de imponer sanciones a Alemania desde la Sociedad de Naciones por lo que, de hecho, era una violación de los tratados internacionales. Hitler había hecho su mayor apuesta y la había ganado.[53] El experimento, sancionado por las elecciones y el plebiscito manipulados celebrados el 29 de marzo de 1936, que se saldaron con un 98,9 por 100 de los votos a favor del Partido Nazi y de las acciones del gobierno, confirmaron a Hitler en la creencia de que no podía fracasar. Convencido del mito de su propia infalibilidad, empezó a acelerar la velocidad del camino de Alemania hacia el dominio de Europa y la conquista mundial. «Ni las amenazas ni las advertencias—declaró en Munich el 14 de marzo de 1936—evitarán que siga mi camino. Sigo el camino que me ha marcado la Providencia con la seguridad instintiva de un sonámbulo».[54]

LA CREACIÓN DE LA GRAN ALEMANIA

I

La remilitarización de Renania alteró profundamente el equilibrio de las relaciones internacionales en Europa. Hasta ese momento, los franceses habían sido capaces en potencia, como ya habían hecho en 1923, de hacer cumplir a Alemania sus deberes ocupando la mayor región industrial del país, el Ruhr, a través del Rin. A partir de ese momento ya no podían. A partir de 1936, la posición de Francia fue puramente defensiva, lo que entregó carta blanca al Tercer Reich para dirigirse contra los pequeños países de la Europa del Este. Asustados por un desarrollo de los acontecimientos que les hacía peligrosamente vulnerables, muchos de estos países, aliados previamente de Francia, intentaron mejorar sus relaciones con el Tercer Reich. Austria corría especial peligro, dadas las nuevas relaciones entre Alemania e Italia.[55] Además, las relaciones entre Hitler y Mussolini se hicieron pronto todavía más estrechas. Siguiendo la victoria de la izquierda en las elecciones españolas de febrero de 1936, oficiales de extrema derecha del Ejército organizaron un levantamiento coordinado en diversos puntos del país el 17 de julio de 1936 para derrocar la República y crear una dictadura militar. El levantamiento fracasó en la mayoría del país, y España se dirigió a una Guerra Civil desesperada y sangrienta. Funcionarios y hombres de negocios alemanes en España urgieron a Hitler para que diera apoyo a los rebeldes, y una de las figuras destacadas del levantamiento, el general Francisco Franco, suplicó directamente ayuda a Hitler. Los refuerzos no tardaron en llegar.[56]

Antes de finales de julio de 1936, llegaron a España aviones alemanes para transportar a las fuerzas rebeldes a los frentes clave, lo que contribuyó a que el levantamiento siguiera adelante. A partir de este comienzo más bien modesto, la intervención alemana iba a ir creciendo hasta adquirir

proporciones alarmantes. Los motivos principales de la intervención fueron tanto militares como políticos. A medida que la situación política en España se polarizaba con una intensidad sin precedentes, Hitler empezó a inquietarse por la posibilidad de que una victoria republicana pusiera el país en manos de los comunistas en un momento en que en Francia acababa de alcanzar el poder un gobierno de Frente Popular con el apoyo del Partido Comunista. Una unión entre los dos países supondría un obstáculo muy serio a sus planes expansionistas y de guerra en Europa, especialmente cuando éstos implicaran a la Unión Soviética, como finalmente sucedería. Además, pronto se dio cuenta de que la guerra suponía un campo de pruebas ideal para las nuevas Fuerzas Armadas y el equipamiento de Alemania.[57] Werner von Blomberg, ministro alemán de la Guerra, ascendido a mariscal de campo, se desplazó pronto a España para decir a Franco que Alemania entregaría más tropas y material si él empujaba la guerra con más vigor del que había demostrado hasta la fecha. En noviembre de 1936, aterrizaron en Cádiz 11.000 soldados alemanes y personal de apoyo, aprovisionados de aviones, artillería y blindados. A final de mes, el Tercer Reich reconoció oficialmente al régimen nacionalista como gobierno español. Las fuerzas alemanas se organizaron en una unidad eficaz con el nombre de Legión Cóndor.[58]

Hitler y sus generales eran conscientes de que la ayuda alemana a Franco no podía crecer indefinidamente sin granjearse la hostilidad de las otras potencias europeas. Gran Bretaña y Francia acordaron una política de no intervención, lo que no detuvo la llegada de suministros británicos, en particular al bando nacionalista. Sin embargo, sí significó que si había que mantener la ficción de una neutralidad general, las otras potencias debían tener cuidado sobre el alcance de su intervención. La asistencia de Mussolini a los rebeldes fue mucho mayor que la de Hitler, pero ambos se veían contrarrestados por la ayuda que llegaba al bando republicano por parte de la Unión Soviética. Voluntarios de muchos países se agruparon en torno a la bandera republicana para formar las Brigadas Internacionales; un número bastante más reducido de extranjeros luchó con los franquistas. En esta situación, parecía conveniente para todo el mundo evitar que el

conflicto escalara hasta convertirse en una guerra más amplia. Así, Hitler mantuvo a la Legión Cóndor como una fuerza de combate relativamente pequeña, si bien muy bien entrenada y profesional.[59]

Sin embargo, comandada por el general Hugo Sperrle, desempeñó un papel significativo en el esfuerzo de guerra nacionalista. Pronto, la Legión probaba sus nuevas baterías antiaéreas de 88 milímetros contra los aviones republicanos. Pero su contribución más eficaz fue con sus propios bombarderos, que tomaron parte en un avance coordinado en el País Vasco, emprendido por orden de Sperrle. El 31 de marzo de 1937 los aviones Junkers de la Legión bombardearon la población indefensa de Durango y mataron a 248 habitantes, incluidos diversos curas y monjas, la primera ciudad europea objeto de bombardeo intensivo. Sin embargo, fue mucho más devastadora la incursión que realizaron en Guernica el 26 de abril de 1937 en conjunción con cuatro nuevos bombarderos Heinkel III y algunos cazas Messerschmitt Bf-109 no probados. Fueron 43 aviones, incluido un pequeño número de aviones italianos, los que lanzaron sobre la población más de 45 toneladas de bombas incendiarias cargadas de metralla, mientras los cazas ametrallaban a los habitantes y refugiados en las calles. La población, de no más de 7.000 habitantes, se había engrosado por la llegada de refugiados, soldados republicanos en retirada y campesinos que acudían al mercado. Fueron asesinadas 1.600 personas y más de 800 quedaron heridas. El centro de la población quedó arrasado. La incursión confirmó los temores extendidos en Europa sobre los efectos devastadores de los bombardeos aéreos. Guernica, un símbolo de la agresión a la identidad vasca, obtuvo relevancia mundial gracias a Pablo Picasso, exiliado y partidario de la República, que dedicó a la población el mural que le habían encargado producir para la Exposición Internacional de París y realizó una pintura, el *Guernica*, que describe con una fuerza única y perdurable los sufrimientos de su gente.[60]

El furor internacional desatado por la incursión hizo que los alemanes y los nacionalistas españoles negaran cualquier responsabilidad. Durante años se dijo que los vascos habían hecho volar la población ellos mismos.[61] En privado, el coronel Wolfram von Richthofen, organizador de la incursión, concluyó con satisfacción que los nuevos aviones y bombas

habían demostrado su eficacia, aunque se mostró menos satisfecho porque los generales españoles no habían seguido la incursión con un golpe inmediato contra sus oponentes vascos.[62] Pero la Legión Cóndor no repitió este experimento asesino. Más adelante, el tradicionalista Franco vetó su apuesta por utilizar tanques de avance rápido en la fase final de la contienda. Sin embargo, los franquistas completaron su victoria a finales de marzo de 1939 gracias a la ayuda alemana e italiana, a sus fuerzas y estrategia superiores, unidad interna y a la neutralidad internacional. El 18 de mayo de 1939, dirigida por Richthofen, la Legión marchó orgullosa en el desfile de la victoria de Franco en Madrid.[63] Una vez más, la inactividad internacional había dado carta blanca a Hitler. La Guerra Civil española fue para él un ejemplo más de la pusilanimidad total de Gran Bretaña y Francia y, así, un estímulo para avanzar más rápidamente en el camino de llevar a cabo sus intenciones. En este sentido, el conflicto español aceleró, como mínimo, el camino de la guerra.[64]

Pero su efecto más inmediato fue cimentar la alianza entre Hitler y Mussolini. Ya en septiembre de 1936, Hans Frank había visitado Roma para iniciar negociaciones y, al mes siguiente, el ministro italiano de Exteriores Ciano había ido a Alemania para firmar un acuerdo secreto con Hitler. En noviembre de 1936 Mussolini se refirió abiertamente al «Eje Roma-Berlín». Ambas potencias habían acordado respetar sus respectivas ambiciones y aliarse contra la España republicana. Al mismo tiempo, a espaldas del ministro de Exteriores, Hitler dispuso que la oficina de Ribbentrop concluyera un Pacto Antikomintern con Japón, enfocando ambos acuerdos a una alianza defensiva contra la Unión Soviética. El último tuvo por el momento poca trascendencia, pero, junto con el Eje Roma-Berlín, contribuyó a la formación de las potencias expansionistas que adquirirían una dimensión tan devastadora durante la Segunda Guerra Mundial.[65] El intento de sumar a Gran Bretaña en el Pacto Antikomintern, apuntalado por la designación de Ribbentrop como embajador en Londres en agosto de 1936, nunca tuvo muchas probabilidades de fructificar; se fue a pique casi de inmediato por la falta de tacto del nuevo embajador, que amenazó a los británicos con la destrucción de su imperio en ultramar para chantajearlos—una amenaza que los británicos se tomaron muy en serio—. En lo que

respectaba a Hitler, además, sólo se permitiría desairar a los italianos si se conseguía llegar nada menos que a un acuerdo global con los británicos, dada la sustancial presencia de los británicos en el Mediterráneo. No abandonó del todo la idea de llegar a algún acuerdo con los británicos y siguió creyendo que Gran Bretaña se mantendría al margen de lo que sucediera en Europa, se desarrollaran éstos como se desarrollaran. Sin embargo, estos cálculos pasaron por el momento a un segundo plano en la persecución de sus objetivos inmediatos en el continente europeo.[66]

II

En la segunda mitad de 1936, estos objetivos estaban más cerca de cumplirse. El Plan Cuatrienal, diseñado para aumentar la fuerza militar de Alemania lo suficientemente rápido como para provocar una guerra generalizada a comienzos de los años cuarenta, estaba en marcha. El Eje Roma-Berlín, el Pacto Antikomintern, la marcha favorable de la Guerra Civil española y la voluntad de apaciguamiento del gobierno británico convencieron a Hitler de que podía acelerar la velocidad de su política exterior aunque no contara con una alianza con los británicos. Fue entonces cuando Hitler convocó la conferencia con Blomberg, Fritsch, Göring, Neurath y Raeder del 5 de noviembre de 1937 en que el coronel Hossbach anotó la intención del líder nazi de emprender acciones militares contra Austria y Checoslovaquia en un futuro no muy lejano.[67] Pero para entonces Hitler había empezado a sentirse paralizado por el obstruccionismo y la falta de entusiasmo de algunos de sus subordinados. En el invierno de 1937-1938 empezó a sustituirlos por hombres más dispuestos a avanzar más rápidamente hacia la guerra. Un buen número de altos responsables militares, apoyados por simpatizantes en el Ministerio de Exteriores, se mostraban extremadamente alarmados por la impaciencia cada vez mayor de Hitler. Quizá Alemania estaba preparada para tomar Austria y posiblemente Checoslovaquia, pero en su opinión el país no podría hacer frente a una guerra con Gran Bretaña y Francia si las acciones militares en la Europa central y del Este encendían una conflagración general. El ministro de Guerra, mariscal de campo Werner von Blomberg, el ministro

de Exteriores, Konstantin von Neurath, y el comandante en jefe del Ejército, Werner von Fritsch, expresaron serias dudas tras la reunión de noviembre de 1937. El jefe del Estado Mayor del Ejército, general Ludwig Beck, todavía estaba más alarmado y expresó su consternación por la irresponsabilidad de Hitler. Todos estos hombres creían que una guerra generalizada era inevitable e incluso deseable, pero también estaban convencidos de que lanzarla ahora era peligrosamente prematuro.[68]

A comienzos de 1938, un escándalo inesperado proporcionó a Hitler la oportunidad de mover ficha. El 12 de enero de 1938, Blomberg, un viudo solitario, se casó con una mujer 35 años más joven. La había conocido durante un paseo por el Tiergarten de Berlín. La nueva esposa de Blomberg, Margarethe Gruhn, era una joven sencilla de familia humilde. Hitler aprobó una relación que confirmaba la poca importancia de las distinciones sociales en el Tercer Reich. Así, también ejerció de testigo en la ceremonia de boda. Pero la procedencia de Gruhn estaba lejos de ser tan sencilla. Una llamada anónima informó a Fritsch de que la chica se había registrado una vez en la policía como prostituta, había posado para fotógrafos de pornografía y había sido condenada por robar a un cliente. La policía confirmó su identidad. El 24 de enero Göring se sintió obligado a mostrar su expediente policial a Hitler. Alarmado por el ridículo que sufriría si se hacía público que había sido testigo de la boda de una ex prostituta, Hitler se sumió en una profunda depresión. Era incapaz de dormir. La situación se empeoró para él por la revelación de que las fotografías pornográficas habían sido tomadas por un judío que vivía con Gruhn en aquella época. Goebbels escribió que ésta era la peor crisis en el régimen desde el asunto de Röhm. «El Führer—apuntó—está completamente destrozado». Goebbels pensaba que la única salida honorable para Blomberg era el suicidio. Blomberg rechazó la oferta de Göring de anular la boda y se vio obligado a dimitir como ministro de Defensa. El 27 de enero Hitler lo vio por última vez; al día siguiente, el mariscal de campo y su esposa partieron por unas vacaciones de un año a Italia.[69]

Pero su partida no supuso de ningún modo el final del asunto. Meditando sobre la posibilidad de que otros altos mandos pudieran estar manchados por algún escándalo, Hitler recordó repentinamente un

expediente que le habían enseñado sobre el coronel Fritsch en verano de 1936, con acusaciones de conducta homosexual dirigidas contra él por un gigoló berlinés, Otto Schmidt. Hitler había rechazado entonces las acusaciones y ordenó que se destruyera el expediente. Pero el meticuloso Heydrich lo había mantenido guardado bajo llave, y el 25 de enero de 1938 se lo entregó a Hitler. Horrorizado, el ayudante militar de Hitler, coronel Hossbach, se lo pasó a Fritsch, que declaró que las acusaciones eran absolutamente falsas. Tal vez, dijo Fritsch en una reunión convocada con precipitación donde se encontraban Hitler, Göring y Otto Schmidt, sacado de la prisión por la Gestapo para la ocasión, se referían a una vez en 1933-1934 en que almorzaba regularmente a solas con un miembro de las Juventudes Hitlerianas a quien le pagaba la comida. Si era así, podía asegurar a todos que la relación había sido completamente inocente. Hitler, que no tenía conocimiento de esta relación, se alarmó todavía más. La frialdad de Fritsch en su refutación de la historia de Schmidt tampoco fue de ayuda. Interrogado el 27 de enero por la Gestapo, Schmidt añadió más detalles circunstanciales de su supuesta relación con Fritsch. Al comandante del Ejército no le costó demasiado demostrar su falsedad. Pero el mal ya estaba hecho. Hitler le retiró la confianza. Consultado sobre la materia, el ministro de Justicia, Gürtner, opinó que Fritsch no había conseguido limpiar su nombre. Sumido en un abatimiento cada vez más profundo, Hitler canceló su discurso anual en el aniversario de su nombramiento como canciller del Reich el 30 de enero. El 3 de febrero de 1938 pidió a Fritsch que dimitiera.[70]

Por insistencia de Gürtner, Fritsch fue juzgado por un tribunal militar el 18 de marzo de 1938. Se le absolvió de todos los cargos mediante una fórmula ambigua: el tribunal concluyó que los delitos habían sido cometidos, pero por otra persona; el Fritsch en cuestión había sido otro. Con el acceso cortado a cualquier alto cargo militar, se presentó voluntario en el frente polaco y murió en acto de servicio el 22 de septiembre de 1939; Blomberg pasó la guerra en la retaguardia, retirado, y murió en una prisión aliada en marzo de 1946.[71] Mientras tanto, Hitler tenía que encontrar una salida a la crisis. Tras intensas discusiones con Goebbels, Hitler reaccionó. La caída de dos de los más altos mandos del Ejército se podía disfrazar

provechosamente como parte de una remodelación mucho más amplia. Hitler echó a no menos de catorce generales, seis de ellos de las Fuerzas Aéreas. Muchos de éstos eran conocidos por su tibieza ante el nacionalsocialismo. Se cambiaron las atribuciones de 46 oficiales de alto rango. Fritsch fue sustituido como comandante en jefe del Ejército por Walther von Brauchitsch, un oficial de artillería ascendido al rango de coronel-general. Brauchitsch no era nazi, pero admiraba a Hitler y se mostró mucho más servil que su predecesor. Hitler ignoró las pretensiones de Göring de ser nombrado ministro de Guerra. Su rango dentro del escalafón militar (capitán retirado) era demasiado bajo como para ser aceptable para los generales, y en cualquier caso el puesto le hubiera dado demasiado poder. Hitler se lo quitó de encima con el título de mariscal de campo.[72]

El Ministerio de Guerra seguía vacante. A partir de entonces, Hitler asumiría sus funciones en tanto que comandante supremo, creando ministerios subordinados para cada una de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, coordinados por un nuevo Alto Mando de las Fuerzas Armadas [*Oberkommando der Wehrmacht*, o OKW] dirigido por el general Wilhelm Keitel, el administrador militar de más alto rango en la estructura anterior. Al mismo tiempo, aprovechó la oportunidad para reemplazar a Neurath como ministro de Exteriores por su propio hombre, Joachim von Ribbentrop, en quien podía confiar mucho más. El conservador Ulrich von Hassell fue llamado de la embajada en Roma y sustituido por un embajador más dócil. Tras la dimisión de Schacht el 26 de noviembre de 1937, Hitler también anunció el nombramiento del leal Walther Funk como ministro de Economía. La versión oficial de los cambios fue que Blomberg y Fritsch se habían retirado por razones de salud, pero Hitler contó la historia verdadera tanto al gabinete, reunido por última vez el 5 de febrero de 1938, y a los generales unas horas antes el mismo día. Los oficiales del Ejército, convencidos por los detalles enumerados por Hitler, quedaron horrorizados. La integridad moral de la cúpula del Ejército estaba destrozada. Ahora estaba completamente a merced de Hitler. El 20 de febrero Hitler se dirigió

al Reichstag durante unas cuantas horas. Las Fuerzas Armadas, afirmó, estaban ahora «dedicadas al Estado nacionalsocialista con una fe y una obediencia ciegas».[73]

Los cambios proporcionaron a Hitler un poder ilimitado sobre las políticas exterior, militar y económica alemanas. Rodeado de acólitos que le reiteraban constantemente su admiración, no había nadie dispuesto a contenerle. Por esa época se había despojado también de los pocos amigos personales que conservaban algo que se pareciera a una opinión propia. Uno de ellos, Ernst *Putzi* Hanfstaengl, que había dado su apoyo a Hitler desde el primer momento, había recibido el título de jefe de prensa extranjera del Partido Nazi en 1932, un tanto vacío de contenido. Hanfstaengl nunca había sido capaz de desafiar el dominio de Goebbels en el área de la propaganda, y el mismo Hitler ya no le necesitaba. Los días poco dignos en que Hitler caminaba a grandes zancadas por el salón de Hanfstaengl agitando los brazos mientras su anfitrión tocaba música de Wagner al piano estaban lejos. Vanidoso y egocéntrico, nunca había sido un seguidor servil de Hitler. Hanfstaengl irritaba a la cúpula nazi con sus exageradas historias de valentía por haberse quedado en Nueva York durante la Primera Guerra Mundial después de que Estados Unidos hubieran entrado en guerra en 1917 en una época en que muchos de ellos estaban luchando en el frente. Cuando expresó su desprecio por el coraje de las tropas alemanas que luchaban en el bando franquista en la Guerra Civil española, Hitler y Goebbels decidieron darle una lección. En febrero de 1937 Hitler ordenó a Hanfstaengl ir a España para enlazar con los corresponsales de guerra alemanes en la retaguardia. Durante el vuelo, el piloto, siguiendo instrucciones de Hitler, informó a Hanfstaengl de que, de hecho, se le había enviado en misión secreta tras las líneas enemigas. Hanfstaengl, que no era el más valiente de los hombres, entró en estado de pánico. Finalmente, el piloto le dejó en una pista de aterrizaje cercana a Leipzig tras simular una avería del motor. Todo el episodio fue filmado por cámaras de Goebbels. El material resultante, escribió más adelante Goebbels en su diario, era como para morirse de risa. A Hanfstaengl no le hizo ninguna gracia. Convencido de haber sido objeto de un intento de asesinato, huyó a Suiza para no regresar.[74]

III

A principios de 1938, Hitler volvió a dirigir su atención hacia Austria. El 11 de julio de 1936 había alcanzado un acuerdo formal con el gobierno austriaco según el cual Austria aceptaba el principio de que era un Estado alemán, y el dictador austriaco, Kurt von Schuschnigg, se había conformado con la petición de Hitler de dar a la «oposición nacional» o, en otras palabras, al Partido Nazi austriaco, una participación en el gobierno. Pero mientras que para Schuschnigg el acuerdo significaba solucionar las dificultades que habían emergido en las relaciones austroalemanas tras el intento de golpe de dos años atrás, para Hitler sólo se trataba de un cierre en falso de un desencuentro político que terminaría con la entrega de la soberanía austriaca y la unión del país con Alemania.[75] Aun así, durante mucho tiempo Hitler pensó que todavía no era el momento de actuar. A lo largo de 1936 pidió cautela a los nazis austriacos para no crear alarma internacional mientras el resto de Europa digería la remilitarización de Renania y sus consecuencias. Siguió así durante buena parte de 1937. La cúpula de los nazis austriacos obedeció, y rebajó la hostilidad contra la Iglesia Católica que estaba creando tanta agitación entre sus vecinos. Austria era un Estado abrumadoramente católico, y era vital que la jerarquía católica se mantuviera o bien neutral o bien, en el mejor de los casos, simpatizara con la idea de la unificación con Alemania. Los militantes del movimiento estaban irritados con las restricciones que esta política imponía a su activismo, y el partido estaba seriamente dividido. Schuschnigg provocó otra fuente de tensiones al dar un cargo en el gobierno a Arthur Seyss-Inquart, un abogado pronazi. El enfado del Partido Nazi austriaco por esta absorción de una de sus figuras más destacadas por parte de la maquinaria política gubernamental fue tan mayúsculo que en octubre de 1937 expulsó a un miembro del equipo de Seyss-Inquart, Odilo Globocnik. Las SS austriacas, dirigidas por Ernst Kaltenbrunner, se mostraron especialmente activas en la propagación de actividades ilegales, en contra de los deseos de la cúpula del partido. A la luz de estas divisiones, había que abandonar la esperanza de que la anexión de Austria se lograra desde dentro.[76]

Sin embargo, mientras Hitler llamaba a la calma, Hermann Göring adoptó una línea más dura. En calidad de jefe del Plan Cuatrienal, estaba cada vez más ansioso por la creciente escasez de materias primas y de mano de obra industrial especializada en el camino del rearme y los preparativos de guerra. Austria poseía ambas cosas en abundancia. Göring anhelaba especialmente apropiarse de los ricos depósitos de mineral de hierro de Estiria. Evidenciando sus intenciones, en septiembre de 1937 Hitler mostró a Mussolini un mapa de Europa especialmente confeccionado con la incorporación de Austria a Alemania, y a la cúpula del Ministerio de Exteriores austriaco dos meses después. Göring interpretó el silencio de Mussolini como una aprobación tácita. La incorporación de Austria encajaba bien en la concepción geopolítica de Göring de una gran esfera económica dirigida por Alemania en la Europa central—el concepto tradicional, familiar desde principios del siglo XX, de *Mitteleuropa*—. Así, también presionó por una unión monetaria entre los dos países. La idea topó con una respuesta tibia del gobierno austriaco, que sospechaba que la unión monetaria conduciría inexorablemente a la unión política, dada la superioridad económica de Alemania. Esta política agresiva era excesivamente dura, dijo Hitler a Mussolini durante la visita del líder italiano a Alemania en septiembre de 1937. Sin embargo, no hizo nada para detener las iniciativas de Göring. En la práctica, Hitler se estaba moviendo hacia la posición de Göring y empezaba a pensar que la incorporación de Austria sería un hecho más pronto que tarde.[77]

La nueva sensación de urgencia que empezó a dominar a Hitler a comienzos de 1938 tenía diversas causas. El rearme alemán estaba progresando a una velocidad precipitada, pero otros países también estaban empezando a rearmarse y Alemania perdería pronto la ventaja que había conseguido. En ese momento, también, la experiencia parecía demostrar que Gran Bretaña y Francia seguían siendo reticentes a emprender acciones firmes contra la expansión alemana. Esta reticencia se vio subrayada por la sustitución el 21 de febrero de 1938 de Anthony Eden por el más conciliador Lord Halifax como ministro de Exteriores británico. Pero, ¿cuánto duraría la voluntad de apaciguamiento? Además, en 1937-1938 Hitler empezó a sentir que se le empezaba a agotar el tiempo. Se acercaba

su cincuenta aniversario y empezaba a preocuparse por su salud; en mayo de 1938 llegó a sospechar por un tiempo que tenía cáncer. De un modo más inmediato, y más crucial, una manera de distraer la atención de la crisis desatada en la cúpula del Ejército era emprender una acción espectacular en política exterior. Y aquí, sin que fuera ni la primera ni la última vez, los acontecimientos jugaron a favor de Hitler. El acercamiento entre Alemania e Italia había tenido como consecuencia, entre otras cosas, que Mussolini retirara sus objeciones al dominio de Alemania sobre Austria, un objetivo que Hitler, austriaco de nacimiento, había considerado desde el principio de su carrera política. Además, Schuschnigg, alentado por el embajador especial de Hitler en Viena, Franz von Papen, estaba ansioso por encontrarse con Hitler para intentar detener la violencia de los nazis austriacos, que, según temía, estaban planeando un golpe similar al fallido *putsch* que había terminado con la muerte de su predecesor en 1934. El encuentro sería trascendental.[78]

El gobierno de Schuschnigg se había ido debilitando desde 1936. Casi no había conseguido hacer progresos en su intento de mejorar la situación económica, que seguía sumida en las profundidades de la Depresión. Años de pobreza agobiante y desempleo masivo habían dejado a la mayoría de la población no sólo desencantada con el gobierno sino más convencida que nunca de que la pequeña república austriaca nunca conseguiría ser económicamente viable por sí sola. A lo largo de los años veinte todos los grandes partidos políticos se habían comprometido a reunificar Austria—parte de Alemania en sus diversas encarnaciones desde 1866—con el Reich. Aunque la toma nazi del poder había hecho que los socialistas austriacos, de orientación marxista, retiraran esta demanda de su programa en 1933, es indudable que muchos de ellos seguían creyendo que la reunificación era la mejor solución para los problemas del país; al fin y al cabo, pensaban, uniéndose al Tercer Reich sólo abandonaban una dictadura débil por otra más fuerte. Además, muchos socialistas, amargados por su supresión violenta a manos del gobierno y el Ejército en febrero de 1934, no estaban dispuestos bajo ninguna circunstancia a entregar su apoyo al tan odiado Schuschnigg, a quien hacían en parte responsable de la muerte de cientos de camaradas durante el conflicto. Desde un punto de vista más general, el

antisemitismo austriaco, apuntó un informe gubernamental en 1936, estaba «creciendo de forma continuada» porque el pueblo buscaba alguien a quien culpar. El antisemitismo venía fomentado no sólo por los nazis austriacos sino también por el pequeño pero cada vez más popular movimiento monárquico, liderado por el archiduque Otto de Habsburgo, heredero del trono de los Habsburgo. El intento de Schuschnigg de recuperar apoyos fundando su propio Frente Patriótico de corte fascista había fracasado completamente; los movimientos fascistas en Europa obtenían su fuerza utilizando el descontento popular, y una imitación patrocinada por un gobierno no convenció a nadie. En 1936, Schuschnigg prohibió las turbulentas Brigadas de Defensa Interior. El movimiento le privó de la única fuerza paramilitar que le habría ayudado a resistir una invasión alemana; la división paramilitar de los socialistas austriacos ya había sido ilegalizada por su predecesor Dollfuss. Miles de paramilitares descontentos empezaron a gravitar en torno al Partido Nazi austriaco, también prohibido por Schuschnigg.[79]

El 12 de febrero de 1938 Hitler y Schuschnigg se reunieron en Berchtesgaden en un encuentro organizado por Papen. Para intimidar al dictador austriaco, Hitler dispuso que las principales figuras militares alemanas estuvieran presentes en su retiro de montaña, incluido el comandante de la Legión Cóndor, Hugo Sperrle. Hitler había sido bien informado por Seyss-Inquart sobre la posición de Schuschnigg. Sin darle ninguna oportunidad de exponer sus argumentos, Hitler lanzó una diatriba furiosa. «La historia de Austria —dijo, en un tono delirante—constituye un constante acto de alta traición. Así fue en el pasado y así continúa siendo hoy. Esta paradoja histórica debe ser saldada ahora». Hitler aleccionó durante dos horas a Schuschnigg sobre su carácter invencible («he conseguido todo lo que me he propuesto hacer y me he convertido de este modo en tal vez el más grande alemán de toda la historia») y evidenció su intención de emprender acciones militares, que ninguna intervención extranjera impediría, si los austriacos no se plegaban a sus demandas («el Reich alemán es una gran potencia, y nadie podrá ni querrá interferir cuando empiece a ordenar las cosas en sus fronteras»).[80] Cuando Schuschnigg pidió tiempo para hacer unas consultas, Hitler hizo llamar al

salón al general Keitel, donde permaneció sentado durante diez minutos, en un gesto de amenaza implícita, antes de volver a salir. Para subrayar la amenaza, Keitel fue enviado a Berlín a la mañana siguiente para lanzar una serie de maniobras militares de intimidación en la frontera austriaca.[81]

Completamente intimidado, Schuschnigg accedió a todas las demandas de Hitler el 15 de febrero: concertar su política exterior con Alemania, legalizar el Partido Nazi austriaco dentro del Frente Patriótico, poner en libertad a los nazis que estuvieran en prisión y revocar todas las medidas contra ellos y emprender programas de colaboración militar y económica. A instancias de Hitler, Seyss-Inquart fue nombrado ministro del Interior. Muchos nazis austriacos odiaban a Seyss-Inquart porque entendían como una traición su disposición a comprometerse con el gobierno, y la respuesta de éstos fue romper todas las ventanas de la embajada alemana en Viena. El 21 de febrero de 1938, Hitler convocó a cinco máximos dirigentes del Partido Nazi austriaco en Berlín y los expulsó de la organización. A partir de entonces, afirmó, el partido tenía que seguir el camino legal. El camino adelante era la evolución por medio de la toma forzada del gobierno austriaco y no la revolución por medio de la violencia desde abajo, les dijo. Pero incluso así no pudo reprimir el radicalismo de algunos elementos del partido, que organizaban manifestaciones que superaban de lejos a las del Frente Patriótico. Cada vez más gente, se informó, utilizaba el saludo hitleriano y el emblema de la esvástica en público a pesar de los intentos de Seyss-Inquart de prohibirlos en su política de tomar el control del gobierno desde dentro. La policía rechazaba cumplir sus órdenes en este sentido, y el Ejército también se estaba acercando de forma visible a los nacionalsocialistas. Mientras que desde arriba se procuraba fomentar una dialéctica de moderación, desde abajo se ejercía una presión cada vez más fuerte. La claudicación de Schuschnigg a los términos impuestos por Hitler habían convertido a Austria en un satélite de Alemania; entre las expectativas crecientes de que la situación derivara en una rápida unión entre los dos países, se iba quedando sin apoyos y se desvanecía la ya frágil legitimidad del Estado austriaco.[82]

La mañana del 9 de marzo de 1938, en respuesta a esta situación cada vez más desesperada, Schuschnigg anunció repentinamente la celebración de un referéndum el 13 de marzo para preguntar a los votantes austriacos si estaban a favor de «una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida» y de «la libertad y el trabajo, la igualdad de todos los que se pronuncian por el pueblo y la patria». Para asegurar un *sí* clamoroso a esta pregunta tan cargada, se restringió el voto a las personas mayores de 24 años, dejando así al margen a buena parte del movimiento nazi, cuyos partidarios eran predominantemente muy jóvenes. Además, bajo las condiciones represivas de la dictadura clerical-fascista de Schuschnigg, no existían garantías de que el voto fuera libre o secreto y el canciller no se preocupó de tranquilizar al electorado en este sentido; la falta de un registro electoral adecuado abría la puerta a un fraude electoral masivo. Hitler montó en cólera por lo que entendió como una traición al acuerdo de Berchtesgaden. Convocó a Göring y Goebbels e inició una serie de discusiones febriles sobre cómo detener las votaciones. Mientras el Ejército organizaba precipitadamente planes de invasión, basados tan sólo en un estudio preparado ante la eventualidad de una restauración de los Habsburgo, Hitler envió un ultimátum a Schuschnigg a las diez de la mañana del 11 de marzo de 1938; el referéndum se tenía que posponer quince días y la formulación de la pregunta debía cambiarse por una similar a la del plebiscito del Sarre. En otras palabras, preguntar implícitamente al pueblo si aprobaba la unión con Alemania y no si se oponía a ella. Schuschnigg tendría que dimitir y ser sustituido por Seyss-Inquart. Schuschnigg accedió a posponer las votaciones pero rechazó dimitir. Göring tomó la iniciativa y telefoneó al nervioso y reticente Seyss-Inquart, a quien dijo que informara al jefe de Estado austriaco, Wilhelm Miklas, de que si no le nombraba canciller se produciría esa misma noche «una invasión de las tropas ya movilizadas en la frontera», lo que sería «el final de Austria». Y, añadió: «Debes soltar a los nacionalsocialistas en todo el país. Se les tiene que permitir ocupar las calles en todas partes».[83]

Al caer la tarde del 11 de marzo, los nazis austriacos estaban celebrando manifestaciones en todo el país, mientras un contingente de las SS ocupaba el cuartel general del gobierno provincial del Tirol. El líder

regional de la Alta Austria anunció a una muchedumbre extática de 20.000 personas en la plaza principal de Linz que Schuschnigg había dimitido, como en efecto había hecho a las 3:30 de la tarde bajo el impacto del segundo ultimátum de Göring. El plebiscito fue cancelado sumariamente. William L. Shirer, que se encontraba en Viena por casualidad, fue «arrastrado por una muchedumbre de nazis que gritaban histéricos». La policía, escribió, «miraba sin intervenir, sonriendo burlonamente». Algunos llevaban un brazalete con la esvástica. «Jóvenes machotes lanzaban adoquines a los escaparates de las tiendas judías. La muchedumbre rugía excitada». Cuando las manifestaciones se fueron multiplicando, Göring dijo a Seyss-Inquart que enviara una petición formal a las tropas alemanas para que restauraran el orden. Todavía no le habían nombrado canciller y dudó; en lugar de él, la petición debía ser enviada por Wilhelm Keppeler, el jefe de organización del Partido Nazi austriaco, que se encontraba en Viena. La petición se envió a las 21:10 del 11 de marzo de 1938. Mientras tanto, Hitler había enviado al príncipe Philip de Hesse ante Mussolini para garantizar su neutralidad. El príncipe telefoneó a Hitler a las 22:45 para decirle que todo estaba en orden. «Por favor, dile a Mussolini que nunca lo olvidaré—contestó Hitler—. Nunca, nunca, nunca, pase lo que pase». Los británicos también se declararon neutrales. A medianoche, el presidente austriaco se rindió y nombró canciller a Seyss-Inquart. De todos modos era demasiado tarde; alentado por Göring, que le había dicho que parecería débil si no se mostraba firme con independencia de que los austriacos aceptaran su ultimátum, Hitler ya había dado a Keitel la orden de iniciar la invasión. Antes, a última hora de la tarde, Schuschnigg había pronunciado un emotivo discurso por radio al pueblo austriaco, subrayando los términos del ultimátum y negando la existencia de desórdenes. «Incluso en una situación tan terrible, no estamos dispuestos a derramar sangre», afirmó. A las 5:30 de la madrugada del 12 de marzo de 1938, las tropas alemanas concentradas en Baviera durante los dos días anteriores cruzaron la frontera austriaca. No hallaron resistencia.[84]

IV

A medida que avanzaban lentamente a través de las principales ciudades austriacas, las tropas alemanas eran saludadas por muchedumbres extáticas al grito de «¡*Heil*!» y que lanzaban flores a sus pies. En todas partes, miembros del Partido Nazi austriaco en la clandestinidad revelaban abiertamente sus lealtades y mostraban de forma ostentosa los botones con la esvástica que hasta entonces habían escondido bajo las solapas de sus chaquetas.[85] Con la garantía dada por los comandantes del Ejército de que su vida no corría peligro, Hitler voló a Munich y luego pasó la frontera en un coche descapotado acompañado por una columna motorizada de sus guardias de corps de las SS. Al llegar a las 15:50 a su lugar de nacimiento, Braunau am Inn, fue saludado por una muchedumbre jubilosa que le aplaudía a lo largo del camino. A última hora de la tarde, tras un trayecto de cuatro horas por carretera interrumpido constantemente por el gentío entusiasta que se agolpaba en las calles, llegó a Linz, donde se añadió a un grupo de dirigentes nazis entre los que se encontraban Himmler y Seyss-Inquart. Mientras sonaban las campanas de las iglesias, Hitler dirigió unas palabras a la muchedumbre desde el balcón del ayuntamiento, interrumpido repetidas veces por gritos de «¡*Heil*!» y el cántico «un pueblo, un Reich, un Führer». «Cualquier intento de dividir este país en dos será a partir de ahora en vano», advirtió.[86] Después de depositar un ramo de flores en la tumba de sus padres en Leonding y de visitar su antiguo hogar, Hitler regresó a su hotel para reflexionar sobre la mejor manera de dar forma a la unión formal entre Austria y Alemania. En un primer momento pensó en convertirse simplemente en presidente de Austria y celebrar un plebiscito sobre la unión, lo que dejaría intactas la mayoría de instituciones existentes en Austria. Pero la recepción entusiasta que le acababan de dispensar le convenció de que se podía conseguir inmediatamente y sin oposición la incorporación total de Austria al Reich. «Esta gente son alemanes», dijo a un periodista británico.[87]

A última hora de la tarde del 13 de marzo, el gabinete austriaco reconstituido aprobó una ley sobre la anexión de Austria redactada por un alto funcionario del Ministerio del Interior desplazado desde Berlín y firmada por Hitler. La unión de los dos países creó la «Gran Alemania» [*Grossdeutschland*]. En un primer momento, Austria fue considerada una

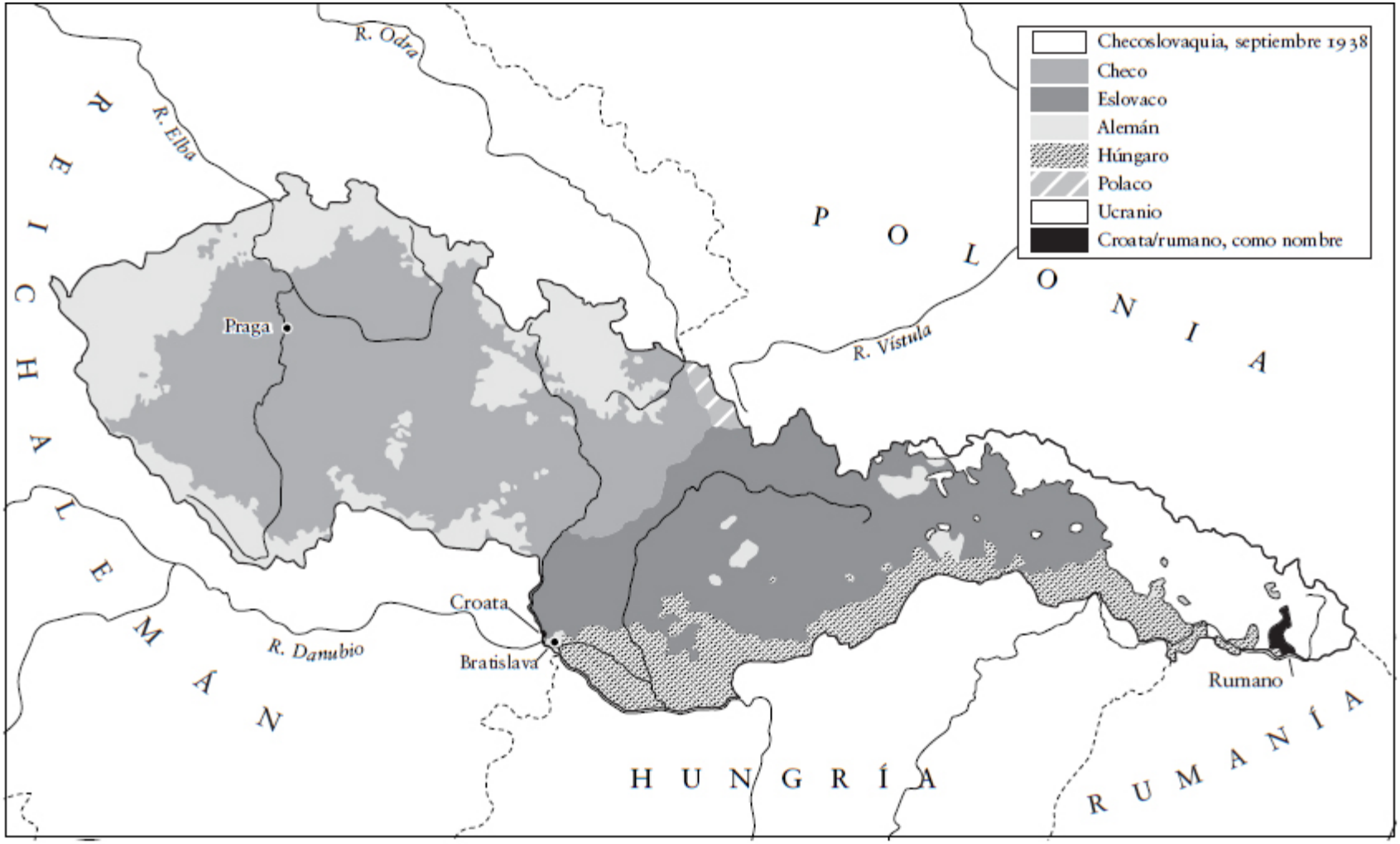
provincia, liderada por Seyss-Inquart; pero Hitler estaba ahora decidido a borrar la identidad austriaca y a degradar el estatus de Viena, la capital, que nunca le había gustado, a favor de las regiones. En abril de 1939, el jefe regional del Partido Nazi renano, Josef Bürckel, desplazado a Austria para ejercer como comisionado para la reunificación de Austria con el Reich, abolió las asambleas regionales y fusionó la administración regional con la del partido, aunque conservó, con algunas modificaciones, la identidad de las regiones. Austria se convirtió en la Marca Oriental [*Ostmark*]; y su identidad fue abolida completamente en 1942 cuando el país fue dividido en las regiones de los Alpes y el Danubio.[88] Esto no era lo que muchos austriacos, y especialmente los vieneses, esperaban; incluso los dirigentes del Partido Nazi se vieron amargamente decepcionados al ser marginados en beneficio de administradores importados de Alemania. Aun así, por lo menos en un primer momento, su entusiasmo era arrollador. El 14 de marzo de 1938 la caravana motorizada de Hitler se desplazó de Linz a Viena, otra vez interrumpida por las masas que lo querían saludar; tras hacer su llegada, tuvo que dirigirse al pueblo desde el balcón de su hotel porque la muchedumbre no tenía intención de calmarse hasta haberlo escuchado hablar. El retraso que llevaba había permitido que los nazis vieneses tuvieran tiempo de prepararse. Se cerraron las escuelas y los centros de trabajo para la ocasión y se desplazaron nazis y miembros de las Juventudes Hitlerianas en autobús desde el campo. El 15 de marzo, Hitler se dirigió en Viena a una gran masa de gente en estado de delirio de quizá un cuarto de millón de personas para anunciarles que la nueva misión histórica de Austria era convertirse en un baluarte contra la amenaza que venía del Este.[89]

La aceptación de la reunificación por parte de los austriacos venía asegurada no sólo por el desencanto larvado desde hacía tiempo entre los ciudadanos del país por su débil Estado, apenas viable, sino también por una preparación cuidadosa del terreno por parte de los nazis. Los socialistas eran tradicionalmente partidarios de la reunificación, y sólo se permitieron dudar a causa de la forma que tomó el gobierno alemán después de 1933, no por una cuestión identitaria. En cualquier caso, el partido había sido aplastado por Dollfuss durante el breve conflicto civil de febrero de 1934.

Sus dirigentes se encontraban mayoritariamente en el exilio, en prisión, en la oposición clandestina, por llamarla de algún modo, o inactivos desde el punto de vista político. Los nazis cortejaron cuidadosamente a los representantes del ala moderada del partido y convencieron a su dirigente, Karl Renner, de que manifestara públicamente que votaría *sí* en el plebiscito que se celebraría. Y en una reunión organizada por el infatigable Franz von Papen, el cardenal Innitzer, jefe de los católicos austriacos, aceptó las garantías ofrecidas por Hitler de que la Iglesia y sus instituciones, entre ellas las escuelas, no resultarían afectadas. Ya inclinado a ver el nazismo como la mejor defensa posible ante la amenaza bolchevique, Innitzer reunió el 18 de marzo a otros prelados destacados para publicar una declaración conjunta a favor de la anexión, a la que añadió un personal «*Heil*, Hitler» a pie de página.[90] Organizado por Josef Bürckel, el cerebro de las votaciones en el Sarre, el plebiscito fue acompañado de otra elección en que se sometía a los votantes la lista de candidatos del Führer para el Reichstag de la Gran Alemania. Se celebró el 10 de abril, con un elevado grado de manipulación e intimidación. Como era de prever, un 99,75 por 100 de los votantes austriacos dieron su apoyo a la anexión, aunque probablemente, por lo menos a juzgar por algunos informes de la Gestapo, sólo entre una cuarta parte y un tercio de los votantes vieneses comulgaban genuinamente con la idea de la unión.[91]

Los austriacos descubrieron pronto lo que significaba a efectos prácticos estar incorporado al Tercer Reich. El servicio postal, los ferrocarriles, el sistema bancario, la moneda y el resto de instituciones económicas fueron borradas a beneficio de sus equivalentes alemanes y ambos sistemas de impuestos fueron fusionados a partir de enero de 1940. Dos días después de la anexión, la economía austriaca fue incluida en el Plan Cuatrienal. Se desplazaron empresas alemanas para asumir el control de negocios austriacos, que los gestores económicos del Plan consideraban lentos e ineficaces. Algunas empresas austriacas ya eran de propiedad alemana, pero la anexión espoleó una nueva ola de compras. En Linz se instaló una nueva sede de la Hermann Göring Werke para aprovechar los grandes depósitos de mineral de hierro austriacos. Como resultado de la anexión, la producción de petróleo y de hierro creció sustancialmente. Las

considerables reservas de oro y moneda de Austria también fueron a parar al Reich, lo que dio un empujón temporal a las reservas alemanas. La extensión de la frontera alemana hacia el sudeste facilitó el comercio con los Balcanes. Austria también facilitó mano de obra al Plan Cuatrienal. La absorción por parte de la economía alemana proporcionó muchos beneficios a los austriacos; el desempleo descendió rápidamente y el flujo de soldados y administradores alemanes hacia Austria hizo aumentar la demanda local. Pero los problemas económicos austriacos no desaparecieron de la noche a la mañana y los salarios más altos que se ofrecían en Alemania demostraron ser un incentivo insuficiente para atraer a los trabajadores de la industria especializados de las provincias austriacas. Así, Göring decidió reclutar trabajadores a la fuerza para aliviar la falta de mano de obra en Alemania y reducir las estadísticas de desempleo en Austria. Con esta finalidad, el 22 de junio de 1938 se aprobó un decreto y, al año siguiente, 100.000 trabajadores austriacos habían sido reclutados para trabajar en lo que ahora se llamaba el «Viejo Reich», entre los cuales había 10.000 trabajadores especializados en maquinaria. Su traslado, la creación de nuevos empleos en Austria y la afiliación de todos los trabajadores austriacos al Frente Alemán del Trabajo y a la organización A la Fuerza a través de la Alegría amortiguó la oposición obrera.[92]



20. Grupos étnicos en Checoslovaquia, 1920-1937.

Pero los nazis obraban con cautela. Entre los primeros en llegar a Austria estaban Himmler y Heydrich, que se llevaron consigo a un equipo de oficiales de la Gestapo para eliminar a la oposición. Mientras muchos hombres destacados del régimen anterior huían al exilio, el ex canciller Schuschnigg rechazó marchar y fue detenido; pasó el resto del Tercer Reich bajo custodia. El secretario de Papen, Wilhelm von Ketteler, fue capturado por la Gestapo y su cuerpo sin vida fue hallado al cabo de poco en un canal. El antiguo jefe de las Brigadas de Defensa Interior, mayor Fey, que había tenido un papel destacado en el aplastamiento del levantamiento nazi de 1934, se suicidó con toda su familia; 2.555 oficiales fueron retirados a la fuerza del Ejército austriaco, y un número todavía mayor fue transferido a tareas administrativas. Las medidas afectaron a más del 40 por 100 del cuerpo de oficiales. El resto de efectivos fueron dispersados en el Ejército alemán, eliminando así todo rastro de identidad austriaca. El secretario de Estado de Seguridad, al cargo de la policía, fue sustituido por el jefe de las SS austriacas, Ernst Kaltenbrunner, mientras que el nuevo jefe de policía de Viena fue Otto Steinhäusl, que desempeñó un papel destacado en el fracasado *putsch* de 1934. Se reclutó a 600 policías alemanes como refuerzo, junto a un número sustancial de agentes de la Gestapo. Pero, en general, la policía austriaca no necesitaba una purga exhaustiva. Muchos de sus miembros eran nazis. Ellos mismos entregaron de buena gana las elaboradas y exhaustivas listas de elementos opositores elaboradas por orden de Dollfuss y Schuschnigg. La Gestapo pasó rápidamente a la acción, deteniendo a cualquiera de quien se pensara que podía representar una amenaza para el dominio nazi—21.000 personas en total—en la noche del 12 al 13 de marzo. Se tuvieron que disponer nuevas instalaciones en el campo de concentración de Dachau para albergarlos. La mayoría de los detenidos fueron puestos en libertad el mismo año; a finales de 1938 sólo quedaban entre rejas 1.500. En Austria no existió una resistencia significativa hasta el final de la guerra. Mientras tanto, Himmler estableció un nuevo campo en Mauthausen, cerca de Linz, donde prisioneros procedentes de todo el Reich extraerían piedra que sería utilizada en los proyectos arquitectónicos de Speer. Éste sería el más duro de todos los campos dentro del territorio de la Gran Alemania antes de la invasión de la

Unión Soviética en 1941. El Ayuntamiento de Viena dispuso las tierras necesarias a condición de poder utilizar piedra para arreglar las calles de la ciudad.[93]

Los peor parados fueron los judíos austriacos, la gran mayoría de los cuales—170.000 de 200.000—residían en Viena. Tras años en una situación de ilegalidad frustrante, los nazis austriacos habían acumulado un grado de agresividad reprimida que superaba cualquier cosa vista en el Viejo Reich. Los nazis de la línea dura no cabían en sí de gozo por lo que alguien denominó «la liberación de Viena y la Marca Oriental de la dominación judía» y proclamaron la «limpieza general de la Austria sometida a los judíos».[94] Las diversas etapas de la política y las acciones antisemitas que se habían desarrollado en Alemania a lo largo de los años se produjeron instantáneamente en Austria, magnificadas en un único estallido de odio y violencia fanáticos. Los nuevos dirigentes nazis del país introdujeron rápidamente toda la legislación antisemita del Viejo Reich, incluido el Párrafo Ario y (en mayo de 1938) las Leyes de Nuremberg. Los judíos fueron expulsados sumariamente del funcionariado y las profesiones liberales. Se creó una compleja estructura burocrática—la Oficina de Traspaso de Propiedades, con un equipo de 500 personas—para gestionar la arianización de las empresas de propiedad judía. Grandes cantidades de bienes y propiedades judíos fueron a parar de este modo a manos de antiguos nazis austriacos, que los pedían en compensación por los años de represión que habían sufrido bajo Schuschnigg (y de la que no tenía ningún sentido culpar a los judíos).[95] En mayo de 1938, 7.000 de las 33.000 empresas de propiedad judía de Viena habían sido cerradas; en agosto de 1938, 23.000 más. Las que quedaban habían sido arianizadas. Las acciones oficiales fueron precedidas en muchos casos por violencia extraoficial. Poco después de la anexión, los miembros de una banda de camisas pardas prendieron a Franz Rothenberg, presidente del consejo del Kreditanstalt, el más importante banco austriaco, lo introdujeron en un coche y lo empujaron a toda velocidad hasta provocar un choque que le provocó la muerte instantánea. Isidor Pollack, director general de una fábrica de dinamita,

recibió una paliza tan brutal por parte de los camisas pardas que murió en abril a causa de las heridas recibidas; I. G. Farben tomó el control de su empresa, mientras el Kreditanstalt cayó a manos del Deutsche Bank.[96]

Mientras tanto, los nazis austriacos asaltaban locales, casas y apartamentos de judíos, los saqueaban y echaban a sus moradores a la calle, donde eran sometidos a una lluvia de blasfemias y golpes y llevados a limpiar las pintadas antinazis en los edificios de la ciudad. Pronto se descubrió una nueva versión de este deporte: se hacía arrodillar a los judíos en la calle para limpiar cruces pintadas por patriotas austriacos en medio de las burlas y aplausos de los mirones. Mientras llevaban a cabo esta tarea humillante, les tiraban a menudo agua fría, los empujaban o les daban patadas. «Un día tras otro», escribió George Gedye, el corresponsal en Viena del periódico londinense *Daily Telegraph*,

> camisas pardas nazis, rodeados por una muchedumbre de «corazones dorados vieneses» que se agolpaban a empujones para burlarse y reírse, sacaban a los judíos de sus tiendas, oficinas y hogares. Fueran hombres o mujeres, les daban estropajos rociados de ácido y les hacían arrodillar para restregar durante horas e intentar eliminar la propaganda de Schuschnigg en lo que resultaba ser una tarea imposible. Yo lo pude observar desde la ventana de mi despacho, sobre la calle Graben. (Vi a nazis haciendo pintadas para que las limpiaran los judíos allí donde no había propaganda). [...] Cada mañana, en la Habsburgergasse se les decía a las escuadras de las SS cuántos judíos había que reunir ese día para realizar este tipo de trabajos. [...] La tarea favorita era hacerles limpiar las tazas de los baños de los cuarteles de las SS, algo que los judíos tenían que hacer con las manos.[97]

Los judíos ocupados en sus tareas diarias eran asaltados impunemente por la calle y les robaban las carteras y abrigos de piel antes de propinarles palizas.[98]

El 17 de marzo de 1938 Heydrich llegó a proponer que la Gestapo detuviera a los nazis responsables de estos actos. Pero la presión ejercida por estos incidentes no empezó a disminuir hasta el 29 de abril, cuando se amenazó con la expulsión a los dirigentes de los camisas pardas que permitían que prosiguieran estos ultrajes. Mientras tanto, los nazis habían empezado a confiscar oficialmente los apartamentos de propiedad judía en Viena: a finales de 1938 habían sido arianizados 44.000 de 70.000. También iniciaron la expulsión forzada de la población judía de un modo mucho más directo que en el Viejo Reich. En la pequeña región oriental de Burgenland,

en la frontera con Hungría, los nuevos dirigentes nazis confiscaron la propiedad de 3.800 miembros de la antigua comunidad judía, cerraron todas las empresas y negocios judíos, detuvieron a los jefes de la comunidad y utilizaron la creación de una zona de seguridad en la frontera como excusa para expulsar a toda la población judía. Muchos judíos fueron arrastrados hasta las comisarías de policía y golpeados hasta que firmaran unos documentos por los que entregaban todos sus bienes. La policía se los llevaba después hasta la frontera y los obligaba a cruzar. Sin embargo, los países vecinos los solían rechazar, y muchos judíos quedaron desamparados en tierra de nadie. Así, 51 judíos fueron lanzados sin contemplaciones en un islote árido y arenoso del Danubio en un incidente que suscitó la condena de la prensa internacional. La mayoría huyó a casa de amigos y parientes en Viena. A finales de 1938 ya no quedaba ni un judío en Burgenland. En parte como respuesta a esta huida masiva, la Gestapo de Viena detuvo a 1.900 judíos con antecedentes delictivos, aunque menores, entre el 25 y el 27 de mayo de 1938 y los envió a Dachau, donde fueron segregados del resto de los reclusos y maltratados de un modo particularmente brutal. La policía también detuvo y expulsó a todos los judíos extranjeros e incluso a los judíos alemanes residentes en Viena. En total, en noviembre de 1938 se había deportado de Austria a 5.000 judíos. En el mismo momento, los judíos que residían fuera de la capital fueron obligados a trasladarse a Viena. Todos estos acontecimientos provocaron el pánico entre la población judía austriaca. Cientos de judíos se suicidaron en actos de desesperación. Miles intentaron abandonar el país fuera como fuera. Las autoridades nazis crearon una Agencia Central para la Emigración Judía el 20 de agosto de 1938 con el objetivo de acelerar el proceso.[99]

La agencia estaba al mando de Adolf Eichmann, que se haría conocido más adelante por su papel en la exterminación de los judíos de Europa durante la guerra. Por este motivo, merece la pena detenerse a examinar su carrera en un momento, 1938, en que adquirió por primera vez cierta preeminencia, en buena parte porque los procedimientos que aplicó en esta Agencia Central iban a aplicarse a escala mucho más amplia más adelante. Originario de Renania, Eichmann nació en 1906 y residía en Austria desde el traslado de su familia a Linz el año antes del estallido de la Primera

Guerra Mundial. De clase media, Eichmann no tenía título universitario, pero había trabajado como representante comercial para una compañía petrolera durante los años veinte. En tanto que miembro de la reducida minoría protestante austriaca, se identificaba profundamente con el pangermanismo nacionalista, se afilió al movimiento juvenil independiente y se codeó con los nacionalistas de derechas, especialmente con los Kaltenbrunner, una familia pangermanista de clase media. Se afilió al Partido Nazi austriaco en 1932 y cayó bajo la influencia de Ernst Kaltenbrunner, un licenciado en Derecho de veintinueve años y antiguo activista de las hermandades estudiantiles. Activista antisemita, Kaltenbrunner se había afiliado a las SS austriacas en 1930 y en 1932 convenció a Eichmann de entrar en la organización. Eichmann perdió su trabajo durante la Depresión y se trasladó a Alemania en agosto de 1933, donde se sometió a un entrenamiento intensivo tanto físico como ideológico en las SS. Pronto entró en el Servicio de Seguridad de las SS de Heydrich, recogiendo información sobre los francmasones en Alemania. Su diligencia y eficacia le proporcionaron un ascenso rápido. En 1936 trabajaba en el departamento sobre asuntos judíos del Servicio de Seguridad, donde escribía informes sobre sionismo, emigración y temas similares y se embebió del ethos del departamento sobre el antisemitismo radical y «racional».[100]

Eichmann llegó a Viena el 16 de marzo de 1938, formando parte de una unidad especial equipada con una lista de judíos destacados a quienes detener. El Servicio de Seguridad era consciente de que la manera más ordenada de forzar la emigración de los judíos pasaba por contar con la colaboración de los jefes judíos, especialmente si había que incluir en el plan a los judíos más pobres, que no contaban con los medios necesarios para dejar el país e iniciar una nueva vida en otra parte. Eichmann entrevistó a los miembros más destacados de la comunidad judía detenidos y escogió a Josef Löwenherz, un abogado respetado, como la persona más adecuada a sus propósitos. Lo mandó de vuelta a su celda con la orden de que no se le pusiera en libertad hasta que hubiera diseñado un plan para la emigración masiva de los judíos austriacos. La petición de Löwenherz de un sistema coordinado de atención a las solicitudes que acabara con las

trampas y los retrasos deliberados habituales hasta entonces fue atendida rápidamente. Eichmann instituyó un método ordenado de atender las solicitudes y dispuso que los bienes confiscados de la comunidad judía y de sus miembros fueran utilizados por la Agencia Central para financiar la emigración de los judíos pobres. Empujados por las terribles historias que se contaban sobre los maltratos de judíos austriacos en Dachau, por los abusos e insultos sistemáticos de los funcionarios de la Agencia y por el terror continuado en las calles, los judíos de Austria hacían colas multitudinarias para obtener sus visados de salida. Löwenherz y otros judíos forzados a trabajar para la Agencia eran amenazados constantemente con la deportación a Dachau si no cumplían con sus cupos. El resultado, fanfarroneó más adelante Eichmann, fue que en mayo de 1939 habían emigrado legalmente unos 100.000 judíos austriacos, mientras que unos cuantos miles más habían cruzado ilegalmente la frontera, muchos de ellos alcanzando finalmente Palestina. Ascendido de nuevo como recompensa, y deleitándose en su nuevo poder, Eichmann se volvió rudo y brutal en su trato a los judíos. Su Agencia, con su manera de funcionar a modo de cadena de montaje, el saqueo de los bienes de los judíos para pagar la emigración de los más pobres y su utilización del terror y de colaboradores judíos se convirtió en el modelo que seguir por el Servicio de Seguridad de las SS en su trato a los judíos a partir de entonces.[101]

V

La incorporación de Austria al Tercer Reich, con los excesos antijudíos que la acompañaron, dio un empujón tremendo al antisemitismo en toda Alemania. Para empezar, la suma de 200.000 judíos a la población del Tercer Reich equilibraba con creces el número de judíos que los nazis habían conseguido expulsar de Alemania entre marzo de 1933 y marzo de 1938.[102] La incorporación hacía que el esfuerzo pareciera vano. De modo que los nazis redoblaron su determinación de acelerar el proceso de la emigración forzada. Sin el ejemplo austriaco y sin la sensación de triunfo e invulnerabilidad que provocó en los activistas del Partido Nazi, es imposible de entender el acceso de violencia antijudía que cruzó Alemania

en el verano de 1938 y culminó en el pogromo del 9 al 10 de noviembre. La onda expansiva del pogromo también se sintió en Austria. En Viena se incendiaron 42 sinagogas, la mayoría de tiendas judías que quedaban fueron destruidas y cerca de 2.000 familias judías fueron expulsadas sumariamente de sus casas y pisos. El 10 de noviembre, un destacamento de hombres de las SS destrozó el cuartel general de la comunidad judía y las oficinas sionistas. Eichmann lamentó que el pogromo alterara los conductos ordenados de la emigración, pero, de hecho, era muy consciente de que su intención fundamental era acelerar el proceso por medio de la aplicación repentina de un nivel espectacular de terror masivo, y éste, así es, fue el efecto que tuvo el pogromo tanto en Austria como en otros lugares.[103]

Igualmente impactante fue el impulso dado por la anexión de Austria y la expropiación de su comunidad judía a las ambiciones culturales de los dirigentes nazis. Éstos confiscaron muchas colecciones de arte importantes, incluida las de los Rothschild, que el Ministerio de Finanzas empezó finalmente a vender para cumplir con las últimas reformas fiscales. Antes de la celebración de la concentración anual del partido de 1938, el alcalde de Nuremberg consiguió la devolución de las joyas de la corona del Sacro Imperio Romano, extraídas de su ciudad con destino Viena en 1794. Los marchantes de arte empezaron a merodear alrededor de las colecciones saqueadas como buitres alrededor de un cadáver. Hermann Göring vetó la continuación de ventas y exportaciones con la intención de adquirir para sí algunas de las obras. Pero quien dirigió el pillaje fue Hitler. Durante una visita a Roma en mayo de 1938 se convenció de que la Gran Alemania también necesitaba una gran capital artística, y pensó en Linz, donde había pasado su infancia. El 26 de junio de 1939 ordenó a Hans Posse, historiador del arte y director del museo de Dresde, la creación de una colección para un museo con sede en Linz. El 24 de julio, Bormann informó a la administración austriaca dirigida por Bürckel de que todas las colecciones confiscadas tenían que ponerse a disposición de Posse o del mismo Hitler; en octubre, Posse consiguió también que se incluyeran entre éstas las colecciones de los Rothschild. El saqueo de la herencia cultural de Europa había empezado.[104]

Los alemanes desconocían, en general, estos actos de pillaje. Sus reacciones ante la anexión fueron diversas. El mismo patrón sirve para definir los acontecimientos anteriores, como la remilitarización del Rin en 1936: el orgullo nacional se mezclaba con el nerviosismo, incluso con el pánico, que provocaba el temor a una guerra. De acuerdo con algunos informes, la primera reacción a la crisis austriaca fue el miedo, pero éste se tornó bastante rápidamente en una suerte de entusiasmo nacionalista a medida que la pasividad de las demás potencias europeas hacía evidente que no se desencadenaría la guerra, por lo menos en esta ocasión. Que Hitler era «un genio de la política» era una opinión común; «sí, es verdaderamente un gran hombre de Estado, es más grande que Napoleón, porque está consiguiendo conquistar el mundo sin una guerra». La naturaleza pacífica de la anexión fue en esta ocasión un factor clave. A los obreros quizá les entristeció la ausencia de una oposición socialista («¿dónde está la Viena Roja?»), pero a muchos les seguía impresionando en gran medida el golpe de Hitler, sin derramamiento de sangre: «Es realmente un buen tipo», afirmaba uno de éstos.[105]

El discurso pronunciado en Viena por Hitler el 15 de marzo de 1938 fue celebrado con lo que un agente socialdemócrata admitió como

> un entusiasmo y una alegría absoluta por este éxito. [...] El júbilo prácticamente no conoció límites. [...] Incluso sectores de la sociedad que hasta el momento se habían mostrado fríos con respecto a Hitler o lo rechazaban abiertamente se vieron arrastrados por los acontecimientos y admitían que Hitler era, al fin y al cabo, un gran hombre de Estado, un tipo muy inteligente que haría renacer la grandeza y la consideración de Alemania tras la derrota de 1918.[106]

La anexión de Austria elevó la popularidad de Hitler a unas alturas sin precedentes. Los nacionalistas de clase media estaban eufóricos, fueran cuales fuesen sus reservas ante otros aspectos de las políticas del Tercer Reich.[107] La reunificación de Alemania y Austria era, según escribió Luise Solmitz en su diario, «un acontecimiento histórico»: «Es el cumplimiento de mi antiguo sueño alemán, una Alemania auténticamente unida gracias a un hombre que no teme a nada, no atiende a componendas ni se arredra ante los obstáculos ni las dificultades». Cada vez más alterada, escuchaba por la radio la narración de los acontecimientos, registrando cada movimiento, cada discurso, en un espíritu cada vez más extasiado a pesar de todos los

problemas que su familia sufría a causa de su composición racial mixta. «Todo es como un sueño—escribió—, una se siente absolutamente separada de su propio mundo y de sí misma. [...] Una debe recordar que ha sido excluida de la comunidad del pueblo como si fuera un delincuente o una persona degradada».[108] Victor Klemperer estaba desesperado: «No veremos el fin del Tercer Reich», escribió el 20 de marzo de 1938. Y también apuntó: «Desde ayer hay pegado en cada poste de nuestra cerca un gran papel amarillo con la estrella de David: "judío"».[109]

El éxito de la anexión hizo que Hitler se sintiera más confiado, que creyera que la Providencia le había escogido, que no podía equivocarse. Sus discursos de este momento están llenos de referencias a su condición divina de arquitecto del renacimiento alemán. Ahora nadie le podía detener. El Ejército, todavía en estado de choque, con algunos sectores del cuerpo de oficiales desencantados por el asunto Blomberg-Fritsch, no pudo reaccionar a este éxito mayúsculo. Incluso los oficiales convencidos ahora de que Hitler les acabaría conduciendo al abismo se sentían incapaces de emprender acciones directas, visto el alto grado de popularidad que había alcanzado el líder nazi. Incitado por Ribbentrop, que le había asegurado alegremente que Gran Bretaña no intervendría, Hitler ya estaba pensando en Checoslovaquia. La reacción de las demás potencias europeas ante la anexión de Austria había sido tan débil que no parecía haber razón para no llevar a cabo la absorción de Checoslovaquia, anunciada como objetivo a medio plazo por Hitler en la reunión registrada por el coronel Hossbach en 1937.[110]

En su discurso al Reichstag del 18 de marzo de 1938, Hitler ya se había referido en términos emotivos a «la brutal violación de millones de camaradas de raza alemana» en toda Europa. El 28 de marzo, en medio de una campaña de discursos y manifestaciones para las elecciones y el plebiscito que se celebrarían el 10 de abril, Hitler mantuvo una reunión secreta con el jefe del Partido de los Alemanes de los Sudetes, una organización respaldada por los nazis que pretendía representar la minoría alemana en Checoslovaquia. El partido, afirmó Hitler, tenía que evitar toda colaboración con el gobierno checoslovaco y, en lugar de ello, debía emprender una campaña para la «liberación total de los alemanes de los

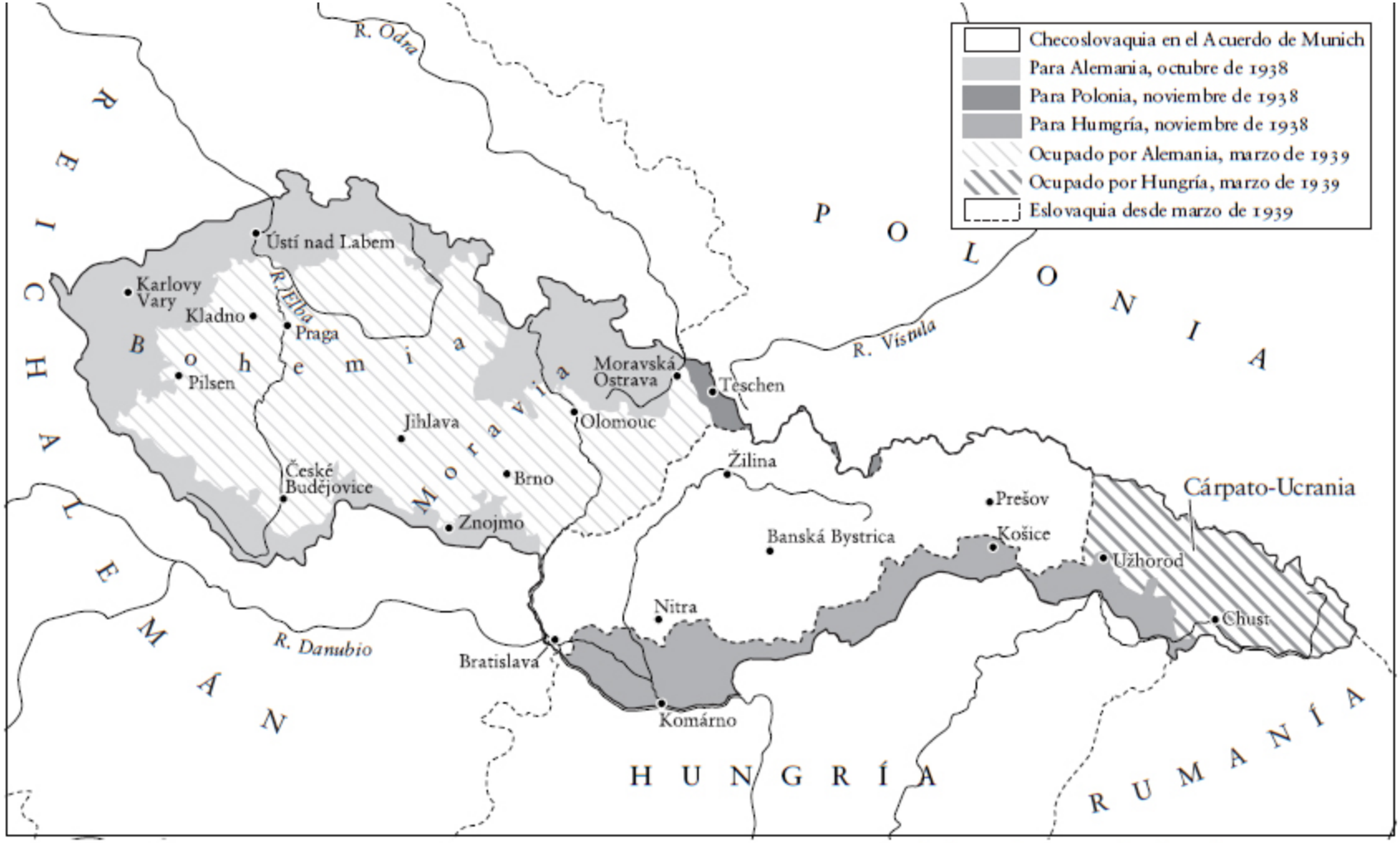
Sudetes».[111] La subversión de Checoslovaquia estaba en marcha. Su finalidad era la destrucción total del Estado checoslovaco y su absorción en el Reich alemán de una forma u otra. Sólo así se podrían reordenar las fronteras alemanas de tal manera que supusiera un trampolín para la invasión de Polonia y Rusia y la creación del «espacio vital» racialmente reconstituido para los alemanes en la Europa del Este que tanto deseaba Hitler. El 28 de mayo, Hitler dijo a sus generales y a los responsables del Ministerio de Exteriores que estaba «totalmente decidido a hacer desaparecer del mapa a Checoslovaquia». Dos días después, se presentaron nuevos planes militares para llevar a cabo su «decisión inalterable de destruir Checoslovaquia por medio de una acción militar en un futuro cercano».[112] Era la primera vez que Hitler se embarcaba en una carrera que no se podía explicar como un ajuste a las disposiciones injustas y punitivas de los acuerdos de paz de 1919. Las consecuencias de este paso serían trascendentales.

LA VIOLACIÓN DE CHECOSLOVAQUIA

I

La República de Checoslovaquia era una de las pocas democracias que quedaban en Europa en 1938. Sostenidos por tradiciones liberales fuertemente asentadas, los representantes checoslovacos en las negociaciones de paz de 1919 habían conseguido obtener la independencia de la monarquía de los Habsburgo, a la que habían pertenecido las antiguas Bohemia y Moravia. A diferencia de Austria, su vecino del sur, el nuevo Estado inició su andadura con perspectivas excelentes, incluida una fuerte base industrial. Sin embargo, como otros estados salidos de la antigua monarquía de los Habsburgo, en Checoslovaquia había importantes minorías nacionales, la más importante de las cuales constituida por unos tres millones de alemanes, concentrados en su mayoría en las áreas fronterizas del oeste, el noroeste y el sudoeste del país. Aunque el checo era la lengua oficial, cerca de nueve de cada diez ciudadanos de etnia alemana podían utilizar su lengua materna en los asuntos oficiales, se utilizaba el alemán en las escuelas de los distritos más importantes y la minoría alemana estaba representada en el parlamento checo. Los partidos alemanes participaban en los gobiernos de coalición. Los germanohablantes podían seguir carreras respetables, pero si querían entrar en el funcionariado necesitaban el checo. La etnia alemana, a la que se refería cada vez más como los Sudetes alemanes por el área donde vivía la mayoría, disfrutaba de plenos derechos de ciudadanía en un país donde las libertades civiles eran más respetadas que en la mayoría de países de Europa. Los derechos colectivos de la minoría de habla alemana no estaban garantizados, pero durante los años veinte se debatió la idea de concederles el estatus de segunda «comunidad» al lado de los checos.[113]

Dos factores vinieron a destruir a comienzos de los años treinta la coexistencia relativamente pacífica entre checos y alemanes. El primero fue la depresión económica mundial, que afectó especialmente a la población de habla alemana. Las industrias orientadas a la producción de bienes de consumo como el vidrio y el textil, concentradas en gran medida en las áreas de habla alemana, se derrumbaron. En 1933, la población de etnia alemana constituía dos tercios de los desempleados de la República. El sistema de asistencia social del Estado, sobrecargado, condenó a muchos a la pobreza y a la indigencia. En ese momento, entró en juego el segundo factor, la toma nazi del poder en Alemania, que hizo que un número creciente de los desesperados sudetes alemanes empezara a mirar al Tercer Reich a medida que la situación económica alemana se empezaba a recuperar bajo el impacto del rearme mientras ellos languidecían. En esas circunstancias, la población de habla alemana se concentró en torno al Partido de los Alemanes de los Sudetes, que demandaba mejoras económicas basadas en la autonomía regional, declaraba enérgicamente su lealtad al Estado checoslovaco y se mantenía a una discreta distancia de los nazis del otro lado de la frontera. El jefe del partido, el maestro de escuela Konrad Henlein, se vio sometido a una presión creciente por parte de los antiguos miembros de los ilegalizados grupos nacionalistas extremistas que se habían afiliado a su organización en 1933. En 1937, los éxitos en materia de política exterior de Hitler colocaron a los últimos en una posición de dominio. En las elecciones de 1936 el partido había obtenido un 63 por 100 del voto de la población de etnia alemana. A principios de 1937, el gobierno checo, consciente del peligro, hizo una serie de importantes concesiones económicas: flexibilizó el acceso al funcionariado de la población de habla alemana y firmó una serie de contratos del gobierno con empresas de los alemanes de los Sudetes. Pero ya era demasiado tarde. Desde Berlín llegaba dinero para las arcas del partido y, con esta ventaja económica, el gobierno alemán consiguió que Henlein adoptara en los Sudetes un proyecto de separación del Estado checoslovaco.[114]



21. El desmembramiento de Checoslovaquia, 1938-1939.

En la primavera de 1938, la impaciencia del Partido de los Alemanes de los Sudetes se vio acrecentada por la anexión de Austria y empezó a adoptar actitudes violentas. La intimidación masiva de sus oponentes en las elecciones municipales contribuyó a que sus votos aumentaran hasta un 75 por 100.[115] A medida que la presión de Berlín aumentaba, el gobierno checo concedió el principio de autonomía a los Sudetes y ofreció más ayudas económicas. Pero fue inútil.[116] Henlein estaba resuelto a conseguir la secesión, Hitler estaba resuelto a llegar a la guerra. Pero la invasión de Checoslovaquia, donde la gran mayoría de la población se oponía a Hitler, al nazismo y a la idea de una absorción alemana de un modo implacable, era una perspectiva completamente distinta a la de la invasión de Austria, donde una amplia mayoría de la población estaba, con distintos grados, a favor de todas o de buena parte de estas cosas. Checoslovaquia era un país más grande, más estable y más poderoso que Austria, con una mayor industria armamentística, incluida la factoría Skoda, uno de los mayores productores de armas de Europa. A diferencia del Ejército austriaco, pequeño, poco preparado para entrar en acción y con divisiones profundas en sus actitudes hacia Alemania, el Ejército checo constituía una fuerza de combate importante, disciplinada, equipada y unida en su determinación de hacer frente a la invasión alemana. Los generales alemanes ya se habían mostrado nerviosos con anterioridad ante la remilitarización del Rin y la anexión de Austria. Cuando conocieron la intención de Hitler de destruir Checoslovaquia entraron prácticamente en estado de pánico. No era sólo que los preparativos militares fueran inadecuados y que el rearme fuera todavía insuficiente, sino que la probabilidad de una intervención extranjera y de una guerra generalizada era mucho mayor que antes. Al fin y al cabo, Checoslovaquia estaba aliada formalmente con Francia; y la invasión no se podía presentar como otra cosa que un acto de agresión contra un Estado soberano sobre el cual—a diferencia de Austria—Alemania no podía reclamar nada a ojos del mundo.[117]

Es cierto que los generales no objetaban nada en principio a la absorción de Checoslovaquia, que se entrometía geográficamente en la nueva Gran Alemania de un modo peligroso desde el punto de vista estratégico. El odio y el desprecio hacia los eslavos y los demócratas se

sumaron a su fe en la creación de un imperio alemán en la Europa central y del Este. Además, la adquisición de la industria armamentística checa, de su mano de obra especializada y de sus fuentes de materias primas aliviarían la calamitosa situación del Tercer Reich en todos estos campos. Todo esto se añadía a la importancia estratégica que Hermann Göring, cuyo prestigio había crecido notablemente gracias a la anexión de Austria, otorgaba a Checoslovaquia. Aun así, tanto Göring como los generales no estaban convencidos de que ése fuera un buen momento para emprender acciones contra los checos. Les parecía una acción temeraria e imprudente que conllevaría el riesgo real de una guerra generalizada para la cual Alemania, en su opinión, no estaba preparada. Pensaban que sería mucho más prudente esperar, ejercer presión y asegurarse pequeñas concesiones. Cuando Goebbels empezó a lanzar una gran campaña de propaganda repleta de noticias horrorosas sobre los maltratos que infligían supuestamente los checos a los alemanes de los Sudetes, los altos comandantes del Ejército empezaron a ser presas de una aguda sensación de crisis.[118]

El 5 de mayo, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Ludwig Beck, informó a Hitler de que Alemania no estaba en disposición de ganar una guerra en caso de que Gran Bretaña interviniera para defender a los checos, algo que creía muy probable. Beck repitió sus advertencias con mayor insistencia en el mismo mes, y el 16 de julio envió un memorando a los generales en que advertía de las calamitosas consecuencias que podía acarrear la invasión. Beck llegó a sondear la posibilidad de una dimisión en masa de los generales en protesta por los planes de Hitler. Sin embargo, los demás generales seguían desmoralizados por el escándalo Blomberg-Fritsch. Se enrocaron en la tradición de creer que el deber de los soldados era obedecer órdenes y no mezclarse en política. Temían que romper el juramento de lealtad a Hitler sería un acto de deshonor. Eran demasiado conscientes del creciente prestigio y poder de Hitler tras la anexión de Austria. Y, en cualquier caso, no estaban en desacuerdo con el objetivo de Hitler de atacar Checoslovaquia, sólo lo estaban con el calendario. De modo que, aunque compartían muchas de las objeciones de Beck, esta vez no le apoyaron. Sin embargo, Hitler siguió creyendo necesario buscar el apoyo del cuerpo de oficiales en unas reuniones celebradas el 13 de junio y el 10

de agosto de 1938. El comandante en jefe del Ejército, general Brauchitsch, le dio su apoyo después de hacerle objeto de una larga invectiva cuando éste le entregó el memorando de Beck de 16 de julio de 1938. Mientras tanto, unos planes ordenados por el mismo Estado Mayor vinieron a segar la hierba bajo los pies de Beck en junio; los planes demostraban que se podía conquistar Checoslovaquia en once días, permitiendo el traslado rápido de tropas al Oeste para levantar una defensa contra la posible intervención militar británica y francesa. Las objeciones sobre la falta de condiciones del Muro Occidental toparon con otra invectiva de Hitler. Los británicos y los franceses no intervendrían, afirmó. Fritz Todt, a quien había puesto al frente de la construcción del Muro Occidental en mayo, tendría las fortificaciones listas a principios del invierno siguiente.[119]

Sintiéndose completamente aislado, Beck dimitió su cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército el 18 de agosto de 1938 y fue sustituido por el general Franz Halder, su lugarteniente. La elección era obvia, pero Halder no resultó ser como esperaba la cúpula nazi. Nacido en 1884, era un oficial de artillería procedente de una familia de militares de Franconia con fuertes tendencias conservadoras. Lejos de ser una herramienta fiable para la agresión nazi, compartía muchas de las reservas de Beck sobre la naturaleza arriesgada del proyecto de Hitler, al igual que una serie de oficiales y diplomáticos conservadores, especialmente el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la inteligencia militar, y Erwin von Witzleben, general de infantería y comandante del distrito militar de Berlín. Tan profunda era su desaprobación de la temeraria deriva de Hitler hacia la guerra que empezaron a bosquejar planes para derrocarlo. Unieron fuerzas con un grupo de jóvenes oficiales que ya habían planeado la caída de Hitler, especialmente Hans Oster, brigadier general del departamento de inteligencia de Canaris, y extendieron la conspiración para incluir a civiles que les servirían para formar un gobierno posnazi e incluyeron a figuras conservadoras que habían ido desarrollando reservas más o menos serias sobre la dirección que estaba tomando el régimen, como Schacht y Goerdeler, funcionarios del Ministerio de Exteriores, como el secretario de Estado Ernst von Weizsäcker y sus ayudantes Adam von Trott zu Solz y Hans-Bernd von Haeften, y altos funcionarios como Hans Bernd Gisevius,

antiguo secretario del Ministerio del Interior, y Peter Yorck von Wartenburg, de la oficina del comisionado de precios del Reich. Los conspiradores sondearon a otros conservadores alarmados y empezaron a elaborar detallados planes para el golpe, esbozando el desarrollo del despliegue de las tropas y debatiendo si había que matar a Hitler o simplemente había que ponerlo bajo custodia. Unos cuantos, especialmente Goerdeler, viajaron a otros países, sobre todo Gran Bretaña, para advertir en privado a políticos, ministros, funcionarios y a quien quisiera escucharlos sobre las intenciones belicosas de Hitler. Se encontraron con expresiones bien educadas de interés, pero no consiguieron promesas de ayuda, aunque es difícil dilucidar cómo se hubieran concretado esas promesas en ese estadio.[120]

El punto débil de la conspiración era que sus miembros, en general, no desaprobaban el objetivo de Hitler de desmembrar Checoslovaquia; sólo deploraban hacerlo en lo que consideraban una precipitación irresponsable en un momento en que la economía alemana y las Fuerzas Armadas todavía no estaban preparadas para la guerra europea a que conduciría la acción. Así, si Hitler conseguía su objetivo sin provocar una guerra generalizada, se encontrarían en un aprieto.[121] Además, los hombres implicados en la conspiración no contaban con apoyos dentro del Partido Nazi ni en el enorme aparato de organizaciones con que éste gobernaba Alemania. Tanto el cuerpo de oficiales como el Ministerio de Exteriores, los dos núcleos del complot, habían sido desacreditados repetidas veces en los meses anteriores, especialmente en Austria. El Ministerio de Guerra, dijo Göring a los oficiales en medio de la crisis, alberga un «espíritu pusilánime. Este espíritu—añadió—debe desaparecer».[122] Si Halder y sus compañeros de conspiración hubieran conseguido detener a Hitler, la imagen del Ejército, marcadamente reaccionaria por obra de Goebbels, hubiera suscitado poca adhesión popular incluso suponiendo que hubieran conseguido atraer a otros generales a su causa. De modo que era improbable que tuviera éxito. Pero, en cualquier caso, el complot se desechó pronto a causa de los acontecimientos en el frente diplomático.[123]

II

Los acontecimientos llegaron al punto culminante a comienzos de septiembre. A diferencia de la anexión de Austria, la absorción de Checoslovaquia requería una larga preparación en vistas a los grandes obstáculos militares e internacionales que se interponían en el camino de Hitler. A Hitler le costó diversos meses superar las objeciones de los generales y desarrollar la planificación militar, en la que se involucró personalmente ya que no confiaba en que los generales lo hicieran a su entera satisfacción. Durante el verano, el flujo incesante de propaganda anticheca emitida por Goebbels evidenció ante la comunidad internacional que en Berlín se estaba preparando una invasión. Día tras día, los periódicos publicaban grandilocuentes titulares sobre supuestas atrocidades cometidas por los checos, sobre el asesinato de inocentes alemanes de los Sudetes («mujeres y niños arrollados por coches blindados checos»), el terror a que la policía checa sometía a la población, la amenaza de ataques con gas sobre las poblaciones alemanas de los Sudetes, y las maquinaciones de los «pirómanos de todo el mundo reunidos en Praga», caballo de Troya del bolchevismo en la Europa central.[124] De hecho, los checos mantenían una alianza con la Unión Soviética, que, como descubrirían pronto, en la práctica no tendría mucha trascendencia. Mucho más importante era que un tratado firmado con Francia garantizaba la integridad de Checoslovaquia. Si Francia salía en defensa de los checos, Gran Bretaña se vería obligada a intervenir, como había hecho en el caso de Bélgica en circunstancias parecidas en 1914. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, era consciente de que Gran Bretaña, aunque se estaba rearmando rápidamente, no estaba en condiciones de participar en una gran guerra europea y estaba convencido de que la carga sobre las finanzas públicas sería insostenible. Además, una guerra general, pensaba, implicaría que las ciudades británicas se vieran sometidas a bombardeos aéreos que harían que lo sucedido en Guernica pareciera una reunión para tomar el té. No era tan sólo que no se pudieran defender de los bombardeos, sino que éstos, probablemente, utilizarían gas venenoso para atacar a gente indefensa, como habían hecho los italianos en Etiopía. En efecto, en el punto álgido de la crisis, el gobierno británico distribuyó máscaras antigás a la población y ordenó la evacuación de Londres. En cualquier caso, la estrategia global de Gran

Bretaña decía que el imperio—el mayor, de lejos, de todo el mundo—era lo primero y que Europa, en la que Reino Unido tenía poco interés directo, era, a mucha distancia, lo segundo. «Es increíble, horrible—afirmó Chamberlain en una emisión de la BBC hacia finales de septiembre de 1938—, que tengamos que empezar a cavar trincheras y a ponernos máscaras antigás sólo por culpa de una pelea en un país distante entre gente de la que no sabemos nada».[125]

En el mapa mental del pueblo británico y también en el de su primer ministro, Checoslovaquia se encontraba mucho más lejos que India, Sudáfrica y Australia. Por encima de todo, Chamberlain sabía que no podría obtener el apoyo público en una guerra contra Alemania sobre la cuestión de los Sudetes, aunque para entonces ya habían empezado a levantarse voces dentro del mundo político británico pidiendo detener la marcha de Hitler hacia la conquista de Europa.[126] Pero Chamberlain todavía no percibía que las intenciones de Hitler pasaban por conquistar Europa y no por corregir simplemente los errores del Tratado de Versalles y proteger a las minorías étnicas alemanas sitiadas. Si se le podía apaciguar en la cuestión de los Sudetes entonces quizá quedaría satisfecho y se podría evitar una guerra. Chamberlain decidió intervenir decididamente para evitar una guerra forzando la rendición de los checos. Después de que Hitler amenazara con la guerra si no se concedía la autodeterminación a los alemanes de los Sudetes en su discurso ante la concentración del partido en Nuremberg el 12 de septiembre de 1938, Chamberlain solicitó una reunión. Mientras los matones de Henlein lanzaban por orden de Hitler una ola de incidentes que provocaría una reacción de la policía checa que suministraría la excusa para la intervención alemana, Chamberlain voló en avión por primera vez en su vida—un agudo contraste con Hitler, que gustaba de utilizar los medios más modernos de transporte desde hacía años—y se desplazó a Munich. Durante una larga reunión cara a cara, de la que sólo fue testigo un intérprete, Chamberlain concedió revisar las fronteras checas para adaptarse a los deseos de los alemanes de los Sudetes. Pero esto no pareció satisfacer al líder alemán. Chamberlain reaccionó a las bravatas de

Hitler preguntándole por qué había querido reunirse con él si no pensaba admitir otra alternativa que no fuera la guerra. Encarado a este ultimátum, Hitler accedió, reticente, a reunirse de nuevo.[127]

Tras consultar sobre las concesiones al gabinete británico, Chamberlain voló otra vez a Alemania el 22 de septiembre de 1938 y se encontró con Hitler en el Hotel Dreesen, en Bad Godesberg, en el Rin. Los franceses, le aseguró a Hitler, estaban de acuerdo con sus términos. De modo que no habría ningún problema para llegar a un acuerdo. Sin embargo, para su asombro, Hitler le presentó una nueva colección de demandas. La reciente violencia vista en Checoslovaquia, afirmó Hitler, hacía que se viera obligado a ocupar los Sudetes prácticamente de inmediato. Además, Polonia y Hungría, ambas dirigidas por gobiernos militares autoritarios y nacionalistas que habían dejado un rastro de sangre en la atmósfera que rodeaba a las negociaciones, también habían presentado demandas sobre el territorio checo que hacía frontera con los suyos, y éstas también tenían que considerarse. Los frentes empezaban a recrudecerse. Consciente de la situación, el gobierno checo aceptó los términos de ingleses y franceses. Pero al mismo tiempo, en medio de la crisis, un nuevo gobierno militar se hizo con el poder en Praga. Éste evidenció que no se harían más concesiones. El gabinete británico rechazó las propuestas de Bad Godesberg, preocupado porque la opinión pública británica pudiera interpretar su aceptación como una humillación para el gobierno. Chamberlain envió una misión de alto nivel a Berlín para hacer entender a los alemanes que Gran Bretaña no toleraría acciones unilaterales. Furioso, Hitler invitó a Sir Horace Wilson, jefe de la delegación, a un discurso que iba a pronunciar en el Palacio de Deportes la noche del 26 de septiembre. El discurso culminó con una violenta invectiva contra los checos. William L. Shirer, presente en el mitin, apuntó que Hitler «gritaba y daba alaridos en el mayor estado de excitación que le haya visto jamás [...], con un fuego fanático en sus ojos». Enfervorizando a una multitud formada por 20.000 seguidores nazis, declaró que el genocidio checo de la minoría alemana no debía ser tolerado. Él mismo marcharía hacia el país comandando las tropas. La fecha sería el 1 de octubre.[128]

Mientras los británicos y los checos se preparaban para la guerra, fue finalmente Hitler quien cedió. De modo sorprendente, quizá, la figura más influyente de este episodio fue Hermann Göring, que se había mostrado mucho más agresivo en Austria. Como los generales, temía el riesgo de una guerra por una cuestión en que Alemania ya había obtenido básicamente lo que pedía. Así, a espaldas de Hitler, convocó una conferencia con los británicos, los franceses y, crucialmente, los italianos, que pidieron a Hitler que pospusiera la invasión hasta después de la conferencia. Hitler cedió: las fuertes reservas de Göring ante la posibilidad de una guerra le habían convencido y decidió utilizar la petición de retraso de Mussolini como una salida a la situación que le evitaba la humillación. La conferencia se reunió en Munich el 29 de septiembre de 1939, sin presencia de los checos, que no habían sido invitados. Göring había redactado previamente un acuerdo, traducido a términos formales por Weizsäcker en el ministerio de Asuntos Exteriores. Ribbentrop estaba absolutamente a favor de la guerra («tiene un odio ciego a Inglaterra», escribió Goebbels en su diario),[129] de modo que no se le informó sobre el documento, que fue entregado al embajador italiano; éste, a su vez, se lo dio a Hitler como si fuera obra de Mussolini. Tras trece horas de negociaciones sobre la letra pequeña, el 29 de septiembre de 1938 las cuatro potencias firmaron el Acuerdo de Munich. El día siguiente, Chamberlain presentó a Hitler una declaración donde se decía que Gran Bretaña y Alemania no volverían jamás a la guerra. Hitler la firmó sin demora. A su regreso a Inglaterra, Chamberlain esgrimió el documento ante la multitud desde la ventana del primer piso del número 10 de Downing Street. «Creo que es la paz para nuestro tiempo», les dijo. Parece que Chamberlain creyó genuinamente que había conseguido un acuerdo satisfactorio para todos, incluidos los checos, quienes, declaró, se habían salvado y encaraban un futuro mejor. Hitler, había dicho a su hermana tras su primera reunión con el Führer, era un hombre de palabra. Su experiencia durante la negociación tampoco pareció desencantarle.[130]

La sensación de alivio era palpable, tanto en Alemania como en Gran Bretaña. Desde el mes de mayo, la población alemana había vivido angustiada ante la posibilidad de una guerra, agudizada todavía más por la movilización militar del gobierno checo en el mismo mes. En ocasiones

anteriores, el pánico había sido efímero. Pero esta vez la crisis se arrastró durante meses. Incluso el Servicio de Seguridad de las SS admitió la existencia de una «psicosis de guerra» entre la población que se alargó hasta la firma del Acuerdo de Munich. «El derrotismo respecto a la superioridad del enemigo emergió, y éste derivó en las más duras críticas hacia la "arrojada política del Reich"». Mucha gente pensaba que la incorporación a Alemania de unos Sudetes sumidos en una crisis impondría una grave carga económica al Reich. En los momentos más tensos de la crisis, la gente, presa del pánico, empezó a retirar sus ahorros de los bancos; los habitantes de las áreas próximas a Checoslovaquia empezaban los preparativos para huir hacia el oeste. El Servicio de Seguridad se lamentaba de que muchos alemanes preferían informarse a través de las emisoras de radio extranjeras, lo que acrecentaba su pesimismo. El Servicio de Seguridad culpaba sobre todo a los intelectuales por esta tendencia.[131]

Pero no sólo estaban preocupados los intelectuales. Hasta entonces Hitler se había ganado el aplauso de la gran masa de alemanes porque había obtenido triunfos políticos en el extranjero sin derramamiento de sangre. Ahora que la posibilidad de un derramamiento de sangre parecía más cerca que nunca, las cosas se veían de un modo muy distinto. Agentes socialdemócratas apuntaron en mayo de 1938 que la angustia generalizada ofrecía un agudo contraste con el entusiasmo de agosto de 1914. Es cierto que la mayoría de la población creía que las demandas sobre los Sudetes estaban plenamente justificadas. Pero querían conseguirlas sin una guerra.[132] Nadie pensaba que Alemania pudiera ganar una guerra contra Gran Bretaña y Francia, informaron en julio. Algunos ex socialdemócratas, hastiados por la situación, esperaban que llegara la guerra porque una derrota les ayudaría a librarse de los nazis. Pero entre muchos trabajadores se había extendido también el fatalismo. Los jóvenes se habían visto arrastrados por la idea de la Gran Alemania, dominante y vencedora sobre el continente. Entre los ancianos reinaba la confusión, sentían que les faltaba información.[133] A medida que se intensificaban los preparativos de la guerra, crecía la ansiedad popular.[134] La «psicosis de guerra» entre la

población, apuntó Goebbels en su diario el 31 de agosto, estaba aumentando.[135] En el Ruhr, observadores socialdemócratas informaron de lo siguiente un poco antes del Acuerdo de Munich:

> Aquí reina una gran inquietud. La gente teme el estallido de una guerra y que Alemania se vaya a pique. En ningún lugar se encontrará ninguna manifestación de entusiasmo por la guerra. La gente sabe que una guerra contra la mayoría de Europa y contra América acabará con la derrota de Alemania. [...] Si estalla la guerra, ésta será en Alemania absolutamente impopular.[136]

A pesar de su entusiasmo por la Gran Alemania, también los jóvenes empezaban a angustiarse por la situación.[137]

Las clases trabajadoras y el entorno de los agentes socialdemócratas no eran los únicos que estaban inquietos. «Guerra, guerra, guerra—escribió Luise Solmitz en su diario el 13 de septiembre de 1938—. Vayas donde vayas, no se escucha otra cosa». Por una vez, el temor a la guerra pasó por encima de su patriotismo habitual. De repente, el año 1914 significaba otra cosa que un espíritu de unión nacional: «1914 ha renacido de un modo inquietante. Cada uno de los alemanes de los Sudetes asesinados es un Francisco Fernando».[138] Sin embargo, su marido judío, el patriota Friedrich Solmitz, todavía quiso hacer de voluntario con funciones militares en un momento en que su país le necesitaba. Su solicitud fue rechazada.[139] La confianza de la gran mayoría de la población en la capacidad de Hitler para obtener victorias en su política exterior sin derramamiento de sangre se vio más resentida que en ocasiones anteriores, como la remilitarización del Rin y la anexión de Austria, porque la crisis checa se alargó durante mucho más tiempo. Entre finales de verano y principios de otoño de 1938, aumentó de forma muy pronunciada el número de personas que pasaron por los Tribunales Especiales por criticar a Hitler.[140]

De modo que el alivio que sintió el país tras el anuncio del Acuerdo de Munich fue enorme. «Ahora podemos seguir viviendo tranquilos y felices. Nos hemos quitado de encima una terrible presión. [...] Una experiencia maravillosa y única: hemos obtenido los Sudetes en paz con Inglaterra y Francia».[141] En Danzig, según informó un agente socialdemócrata, casi todo el mundo veía el Acuerdo de Munich como un «éxito de Hitler al 100 por 100».[142] Una sensación comprensible, si se tiene en cuenta la situación

de la ciudad. Entre los obreros católicos del Ruhr, por el contrario, se creía que el éxito de Hitler implicaría una campaña todavía más implacable contra la Iglesia, según algunos informes. Sin embargo, todo el mundo se sentía aliviado, porque Hitler había obtenido más territorio para Alemania sin derramamiento de sangre. No es extraño que la gente aplaudiera a Chamberlain a su paso por las calles de Munich tras firmar el acuerdo. Todo el mundo estaba de acuerdo en que éste había fortalecido en gran medida el poder y el prestigio de Hitler. Sólo los opositores más intransigentes al régimen sintieron amargura por lo que veían como una traición de las democracias occidentales a los checos. Sólo los más pesimistas pensaban que la situación llegaría «mucho más lejos».[143]

El mismo Hitler estaba lejos de tener una sensación de triunfo por el resultado. Le habían estafado la guerra que había estado preparando. Se sentía resentido por la intervención de Göring. Desde ese momento, las relaciones entre ambos se enfriaron, lo que reforzó las posiciones de Ribbentrop, excluido de las negociaciones de Munich, y de Himmler, que compartía el deseo de Hitler de llegar a la guerra. Los generales del Ejército y sus compañeros de conspiración tuvieron que abandonar precipitadamente sus planes a la luz del resultado pacífico de la crisis, pero su posición respecto a Hitler también se vio debilitada. Además, los más radicales entre ellos se sentían traicionados por la intervención de Chamberlain. Por otro lado, Hitler era muy consciente del hecho de que la mayoría de los alemanes no deseaba la guerra a pesar de los esfuerzos del Tercer Reich para convencerlos de que ésta era deseable. El 27 de septiembre de 1938 organizó un desfile militar por Berlín en la hora en que los berlineses salían del trabajo para ir hacia casa, de modo que se podía esperar que se detuvieran en su camino para aplaudir el paso de camiones y tanques. Pero William L. Shirer informó de lo siguiente:

> La gente se esfumaba en dirección al metro, se negaba a quedarse a mirar, y los pocos que lo hacían se quedaban en el bordillo en un silencio absoluto, incapaces de encontrar una palabra de ánimo para la flor de su juventud dirigiéndose a la guerra gloriosa. Fue la manifestación contra la guerra más impactante que he visto jamás. Hitler reaccionó con furia. No hacía mucho que me encontraba en una esquina cuando llegó un policía desde la Cancillería por Wilhelmstrasse

> gritando a los pocos que nos encontrábamos en la acera que el Führer estaba en su balcón pasando revista a las tropas. Pocos se movieron del sitio. Yo bajé a echar un vistazo. Allí estaba Hitler, ante menos de 200 personas [...].[144]

Visiblemente contrariado y consternado, Hitler volvió adentro.

El 10 de noviembre de 1938 (inmediatamente después del pogromo antisemita, cuando se estaba deteniendo a los varones judíos en toda Alemania), Hitler manifestó su consternación ante una pequeña representación de la prensa alemana:

> Sólo pude obtener poco a poco la libertad del pueblo alemán y proporcionarle el armamento necesario para dar el siguiente paso enfatizando constantemente el deseo de paz de los alemanes y mis intenciones pacíficas. Es evidente que esta propaganda de paz, constante durante décadas, tiene también un aspecto cuestionable, porque puede provocar a muchos la impresión de que nuestro régimen se identifica con la resolución y la voluntad de preservar la paz bajo cualquier circunstancia. Sin embargo, esto llevaría a que la nación alemana albergara un espíritu derrotista a largo plazo en lugar de estar preparada para los acontecimientos que pudieran llegar, lo que restaría valor a los grandes logros del presente régimen.[145]

Hitler siguió despotricando contra los «intelectuales» que estaban socavando la voluntad de ir a la guerra. La función de la prensa, afirmó, era convencer a la población de la necesidad de la guerra. Se les debía inducir el convencimiento ciego de que las políticas del régimen eran correctas, aunque entre éstas se incluyera la guerra. Las dudas sólo conseguirían hacerles infelices. «Ahora es necesario reorientar psicológicamente al pueblo alemán poco a poco y hacerle entender que hay cosas que no se pueden obtener por medios pacíficos, sino que sólo se pueden conseguir por la fuerza».[146] Reconocer que en más de cinco años de adoctrinamiento y preparación a todos los niveles no se había conseguido este objetivo constituye una asombrosa admisión de fracaso. Según el punto de vista de Hitler, la gran mayoría de alemanes mostraba un apoyo deficiente al régimen, incluso en el área—la política exterior—que se suponía que contaba con más partidarios.[147]

III

El 1 de octubre de 1938 las tropas alemanas pasaron la frontera con Checoslovaquia mientras el muy bien equipado Ejército checo se retiraba de las posiciones que ocupaba en las regiones fronterizas, montañosas y fácilmente defendibles. Las escenas que siguieron a la anexión alemana de Austria se repitieron en los Sudetes. Los partidarios del Partido de los Alemanes de los Sudetes de Henlein se agolparon extáticos en las calles, saludando a su paso a los soldados alemanes, lanzándoles flores en su camino y levantando el brazo en el saludo hitleriano. Entre los que no simpatizaban con los nazis prevalecía un humor muy distinto. Más de 25.000 personas, la mayoría checos, habían abandonado ya los Sudetes hacia áreas predominantemente checas en septiembre. Entre la firma del Acuerdo de Munich y finales de 1938, les siguieron otras 150.000 personas del mismo territorio y de otras zonas fronterizas y casi 50.000 más durante los meses siguientes. Entre los refugiados se encontraban checos y alemanes considerados judíos por las Leyes de Nuremberg; sabían muy bien qué les esperaba si se quedaban. En mayo de 1939, el número de judíos en los Sudetes había caído de 22.000 a menos de 2.000. Una quinta parte de la población judía de las áreas fronterizas huyó. Casi una cuarta parte de la población alemana de los Sudetes se había opuesto al partido de Henlein y 35.000 de éstos también huyeron, la mayoría socialdemócratas y comunistas alemanes. El destino de los que se quedaron demuestra que marchar fue una decisión sabia. La Gestapo y el Servicio de Seguridad de las SS se trasladaron detrás de las tropas alemanas y detuvieron a unas 8.000 personas de etnia alemana y a unos 2.000 checos, todos opositores al nazismo, y envió a la mayoría a campos de concentración y a los menos a prisiones estatales después de un juicio formal. Al cabo de poco más de un mes, la violencia del pogromo del 9 al 10 de noviembre también se extendió a los Sudetes y los judíos que se habían quedado en la región fueron objeto de la violencia, el saqueo y la destrucción de sus propiedades. Se despidió a 50.000 empleados del Estado checoslovaco, en los ferrocarriles, correos, las escuelas y las administraciones locales, que fueron sustituidos por alemanes; los primeros partieron hacia lo que quedaba de la República Checo-Eslovaca, como se la denominaba ahora.[148]

Las áreas de habla predominantemente alemana del oeste y el norte de Bohemia, el norte de Moravia y el sur de Silesia fueron incorporadas al Tercer Reich con el nombre de Región de los Sudetes, mientras el sur de Bohemia pasó a formar parte de Baviera y el sur de Moravia se asignó a la antigua Austria. Henlein fue nombrado comisionado del Reich para la nueva región, dependiente del Ministerio del Interior, y se reclutó a funcionarios de otras partes de Alemania para ocupar las vacantes dejadas por los checos, los judíos y los izquierdistas. Sin embargo, la mayoría de administradores en todos los niveles eran alemanes de los Sudetes y—en agudo contraste con Austria—el régimen nazi tuvo mucho cuidado de perpetuar el sentimiento identitario de los Sudetes, dejando tan sólo a la Gestapo y a las SS (también su Servicio de Seguridad) en manos de hombres del Viejo Reich. Los alemanes de los Sudetes corrieron a afiliarse al Partido Nazi y a enrolarse a las SA. Pero pronto se desencantarían. Las antiguas asociaciones y clubes locales de voluntariado fueron disueltos o incorporados a las organizaciones del Partido Nazi dirigidas desde Berlín. Pronto empezó a expandirse el resentimiento contra los advenedizos del Viejo Reich, por pocos que fueran. El desempleo disminuyó de forma acentuada, pero los obreros industriales se encontraron con las largas jornadas y las escasas pagas, habituales por entonces en el Viejo Reich. El 22 por 100 de la producción industrial checa estaba localizada en las áreas anexionadas y pronto fue incorporada a la economía de guerra alemana, a lo que se sumó el traslado de empresas alemanas para aprovecharse de la alemanización y la arianización de las empresas checas y judías. I. G. Farben, Carl Zeiss Jena y los mayores bancos y compañías de seguros alemanes hicieron adquisiciones importantes, aunque las empresas alemanas de los Sudetes también se beneficiaron del saqueo. Los 410.000 checos que permanecieron en las áreas anexionadas se encontraron con la prohibición de su lengua en las gestiones oficiales, el cierre de sus escuelas secundarias y de sus asociaciones y clubes de voluntariado. Ahora eran ciudadanos de segunda clase.[149]

El Acuerdo de Munich fue también la señal esperada por las potencias pequeñas para hacerse con su parte del pastel checoslovaco. El 30 de septiembre de 1938 el gobierno militar de Polonia pidió la cesión de las

tierras que rodeaban Teschen, en la frontera norte de Checoslovaquia, con una importante población de lengua polaca; los checos no tuvieron más opción que ceder y las tropas polacas entraron en el país el 2 de octubre de 1938. El general checo que entregó la región dijo a su homónimo polaco que no iba a disfrutar esa posesión por mucho tiempo: Polonia sería seguramente la próxima. Pero el principio de mantener las fronteras establecidas por los acuerdos de paz de 1919 contaba poco a la luz del nacionalismo galopante de los coroneles polacos, que sujetaron a la región conquistada a las mismas políticas de polonización y gobierno autoritario que venían aplicando ya en su país.[150] A lo largo de la frontera sur de Checoslovaquia, el gobierno autoritario de Hungría, conducido por el almirante Horthy, también pidió una larga franja de tierra donde predominaba la minoría magiar. Sin embargo, sus Fuerzas Armadas estaban poco preparadas para una invasión y los húngaros tuvieron que recurrir a la negociación. La situación se complicó todavía más porque empezaron a emerger tensiones entre checos y eslovacos que reflejaban diferencias económicas, sociales, religiosas y culturales existentes desde hacía mucho tiempo entre los dos principales grupos de la República. El 7 de octubre de 1938, los dirigentes de los partidos políticos eslovacos establecieron una región autónoma dentro de lo que quedaba del Estado después del Acuerdo de Munich, por lo menos nominalmente. Finalmente, el 2 de noviembre de 1938 Italia intervino (con la aquiescencia alemana) para imponer un acuerdo entre eslovacos y húngaros, que tenían pretensiones equivalentes. El acuerdo daba a los húngaros un territorio adicional de 12.000 kilómetros cuadrados con más de un millón de habitantes, entre los cuales había una minoría considerable de 200.000 eslovacos. Era menos de lo que pedían originalmente, pero suficiente para satisfacerles por el momento. Además, Hitler evidenció que no les toleraría ninguna acción militar para garantizarse más territorios. La ausencia de Gran Bretaña y Francia en las negociaciones demostraba con una claridad alarmante hasta qué punto controlaban ahora las potencias del Eje esta parte de Europa.[151]

Conscientes de esta realidad tan brutal, los gobiernos de la región hicieron cuanto pudieron para adaptarse a los deseos de Alemania. En el nuevo Estado tripartito gobernado desde Praga, la derecha suprimió a los

comunistas y castigó severamente a los socialdemócratas. El gobierno militar del área checa hizo cuanto pudo para no ofender a los alemanes, que ahora rodeaban buena parte de su territorio. Las autoridades autónomas de Eslovaquia en Bratislava crearon un Estado de un solo partido y aplicaron sus políticas por medio de una fuerza paramilitar, la Guardia Hlinka, que pronto se ganó una justificada reputación de brutalidad. En la nueva región autónoma recién creada en el Este, conocida entonces como Cárpato-Ucrania, donde el cónsul alemán ejercía una influencia dominante, las minorías nacionales fueron rigurosamente suprimidas y el ucranio fue designado única lengua oficial. El 7 de diciembre de 1938 se firmó con Alemania un tratado de colaboración económica que daba al Tercer Reich el control de los recursos minerales del área. Los húngaros se unieron al Pacto Antikomintern y el gobierno de Rumania ofreció su amistad a Alemania; en ambos países los gobiernos habían agudizado sus posiciones de derechas: el rey Carol de Rumania llevó a cabo un golpe contra su propio gabinete. En Hungría, Polonia y Rumania se intensificaron las medidas antijudías. Todas estas medidas evidenciaban el pánico que se había extendido entre las pequeñas naciones de la Europa central y del Este. Durante muchos años, Francia había intentado consolidarlas como baluarte contra la expansión alemana. El Acuerdo de Munich acabó con esta pretensión.[152]

Para Hitler, Munich no era más que un revés temporal en sus planes para invadir y conquistar toda Checoslovaquia, dijeran lo que dijeran las potencias occidentales. Desde el punto de vista estratégico, la posesión de todo el país le suministraría el trampolín para saltar hacia Polonia, cuyo gobierno militar rechazaba constantemente las proposiciones de Hitler para sumarse al Pacto Antikomintern. El gobierno polaco también rechazaba hacer concesiones a Alemania con respecto a Danzig, una ciudad libre bajo soberanía de la Sociedad de Naciones, y el corredor que proporcionaba a Polonia acceso al Báltico y separaba la Prusia occidental y oriental del resto del Reich. La población alemana de Danzig se sintió atraída por la causa nazi, como había sucedido en otra ciudad en la frontera entre Prusia oriental y Lituania, Memel, entregada a los lituanos al finalizar la Primera Guerra Mundial: ahora Hitler quería que ambas ciudades volvieran a formar parte de Alemania y, después del fracaso final de las negociaciones con el

gobierno polaco, decidió empezar a aumentar la presión. Si ocupaba el resto del Estado checo-eslovaco proporcionaría mejores recursos económicos al Reich, ya que podría aprovechar el núcleo de la industria armamentística checa y los recursos minerales, de maquinaria, hierro y acero, textiles, vidrio y otras industrias muy significativas y los obreros especializados que trabajaban en ellas. Cuando la situación económica del Reich se deterioró en el invierno de 1938-1939, la adquisición de esas fuentes se volvió una perspectiva cada vez más tentadora. Los grandes y modernos depósitos de equipamiento militar del Ejército checo-eslovaco contribuirían a aliviar la escasez de suministros militares en Alemania. Las reservas checas de moneda también serían extremamente útiles. El 21 de octubre de 1938 Hitler ordenó a las Fuerzas Armadas preparar la liquidación del Estado checo-eslovaco y la ocupación de Memel y el territorio que la rodeaba. En los dos primeros meses de 1939 pronunció tres discursos ante grupos diversos de oficiales del Ejército, reunidos en sesiones cerradas, en que reiteró su visión de una potencia alemana que dominara Europa y su convicción de que había que solucionar el problema del «espacio vital» en la Europa del Este y que para alcanzar estos objetivos había que utilizar la fuerza militar.[153]

El rápido deterioro de las relaciones entre checos y eslovacos sobre la cuestión de los recursos financieros ofreció la oportunidad de hacer buenos los compromisos impuestos del Acuerdo de Munich. La riña creció de tono hasta convertirse en una crisis y la creencia errónea de que los eslovacos estaban dispuestos a proclamar la independencia provocó que el gobierno checo enviara sus tropas a ocupar Bratislava el 10 de marzo de 1939. En plena conmoción, los dirigentes eslovacos volaron a Berlín, donde les dieron a elegir entre declararse independientes bajo protección alemana o ser absorbidos por Hungría, a cuyo gobierno habían ya puesto al corriente de la situación. Se decidieron por la primera opción. El 14 de marzo de 1939 el parlamento eslovaco proclamó la independencia del país y, al día siguiente, sus dirigentes pidieron a regañadientes la protección del Tercer Reich después de que los cañoneros alemanes en el Danubio hubieran dirigido sus objetivos hacia los edificios gubernamentales de Bratislava. Enfrentado a la inminente disolución de su Estado, el presidente de Checo-

Eslovaquia, Emil Hácha, viajó a Berlín con su ministro de Exteriores, Franzisek Chvalkovsky, para encontrarse con Hitler. Al igual que Schuschnigg antes que él, en Berlín hicieron esperar a Hácha hasta altas horas (mientras Hitler veía una película). Luego, el líder alemán lo sometió a amenazas en presencia de altos funcionarios, oficiales del Ejército y otros personajes, como Göring y Ribbentrop. Las tropas alemanas ya estaban realizando movimientos, afirmó Hitler. Cuando Göring añadió que los bombarderos alemanes podían empezar a descargar sobre Praga al cabo de pocas horas, el presidente checo, anciano y enfermo, se desvaneció. Reanimado por el médico personal de Hitler, Hácha telefoneó a Praga y ordenó a sus tropas que no dispararan a los invasores alemanes y, después, poco antes de las cuatro de la madrugada del 15 de marzo de 1939, firmó un documento que permitía el establecimiento de un protectorado alemán en su país. «Entraré en la Historia como el alemán más grande de todos los tiempos», dijo un Hitler extático a sus secretarios al salir de las negociaciones.[154]

IV

A las seis de la madrugada, las tropas alemanas cruzaron la frontera checa. Llegaron a Praga a las nueve. Esta vez no les esperaban multitudes lanzándoles flores a su paso, sólo grupos de checos llenos de resentimiento que no hicieron nada más que levantar los puños en gesto de desafío. Era de esperar, observó Hitler más tarde; no se podía esperar que se mostraran entusiastas. Esa tarde, Hitler se desplazó en tren a la frontera y luego en un coche descapotado, a través de la nieve, saludando a las tropas alemanas a su paso. Cuando llegó a Praga, la ciudad estaba vacía. Las tropas checas estaban apostadas en sus cuarteles, entregando su armamento y equipamiento a los invasores alemanes; los civiles estaban en sus casas. Hitler pasó la noche en el castillo Hradschin, sede simbólica de la soberanía checa, donde cenó frugalmente—nadie había dispuesto nada para su llegada—y preparó los términos del decreto por el que se establecería el

protectorado alemán junto al ministro del Interior, Frick, y el secretario de Estado, Wilhelm Stuckart, autor de la redacción de los detalles de la administración posterior a la anexión de Austria.[155]

Ribbentrop leyó el decreto por la radio de Praga en la mañana del 16 de marzo de 1939: éste declaraba que los territorios checos serían conocidos a partir de ese momento como el Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia, los nombres de la época de la antigua monarquía de los Habsburgo. Las instituciones democráticas, entre ellas el parlamento, quedaban abolidas, pero permanecería una administración checa, por lo menos nominalmente, encabezada por Hácha como presidente y con un primer ministro y un comité de Solidaridad Nacional formado por cincuenta miembros designados. Unos 400.000 empleados y funcionarios del Estado checos conservaron sus puestos y se les añadieron 2.000 administradores importados de Alemania. Otras instituciones checas, entre ellas los tribunales, fueron preservadas; pero el Derecho checo sólo siguió siendo válido en relación a temas que no cubrían las leyes del Reich alemán, que pasaron a cubrir todo el Protectorado y predominaban en todos los aspectos. Los checos y las otras nacionalidades fueron sujetos a estas leyes y a los decretos promulgados por el Protectorado, pero los residentes alemanes, incluidos los habitantes de etnia alemana que ya vivían antes en la región, fueron considerados ciudadanos alemanes y sujetos, tan sólo, a la ley alemana. De modo crucial, a los checos no se les dio la ciudadanía alemana. Este hecho introdujo unas diferencias de derechos que más adelante se irían agrandando y tocarían a grupos de población más grandes.[156]

22. Las anexiones a Alemania antes de la guerra.

El poder real estaba en las manos del protector del Reich. El hombre designado por Hitler para ocupar el puesto fue Konstantin von Neurath, el antiguo ministro de Exteriores, un antiguo conservador con quien Hitler se sentía agradecido por el modo en que había resuelto la crisis de Munich el anterior mes de septiembre. Junto con oficiales del Ejército alemán como el comandante general en Bohemia, Johannes Blaskowitz, Neurath intentó seguir un rumbo relativamente moderado, mantener la disciplina entre los ocupantes y actuar con comedimiento ante los checos. Sin embargo, poco a poco, empezó a caer la máscara de moderación. Apoyado por Hermann Frank, su lugarteniente, responsable de las SS y de la policía del Protectorado, Neurath ordenó la detención de miles de comunistas, que eran interrogados por la Gestapo y la mayoría puestos en libertad, y de muchos exiliados alemanes, socialdemócratas entre ellos, atrapados por la invasión alemana en Praga. La mayoría de estos últimos fueron enviados a campos de concentración en Alemania. El 8 de junio de 1939, la Gestapo detuvo a todo el consejo municipal de la comunidad minera de Kladno después del asesinato de un policía alemán; sus miembros fueron maltratados brutalmente y algunos murieron. Al mismo tiempo, se disolvieron seis corporaciones municipales más en otros puntos, cuyos miembros fueron sustituidos por administradores alemanes. Siguieron leyes más represivas y se empezó a identificar a la población judía del Protectorado con la intención de aplicarles las Leyes de Nuremberg.[157]

Mientras tanto, llegaron a la zona ocupada unidades especiales para hacerse con grandes cantidades de equipamiento militar, armas y munición: más de 1.000 aviones, 2.000 piezas de artillería terrestre, más de 800 tanques, etc. Sin embargo, estas piezas sólo representaban una pequeña parte de las necesidades militares alemanas; en cualquier caso, se vendió una parte de lo aprehendido para obtener moneda. Las empresas judías fueron expropiadas inmediatamente y sus propiedades transferidas a empresas alemanas. Las reservas de oro del Estado checo fueron capturadas (en junio de 1939, el Banco de Inglaterra permitió, para irritación del gobierno británico, el traslado de 800.000 onzas de oro de la cuenta en Londres del gobierno checo a las nuevas autoridades de ocupación de Praga). Sin embargo, los representantes del Plan Cuatrienal y del Ministerio

de Economía del Reich trasladados a Praga el 15 de marzo tuvieron mucho cuidado de no socavar la economía checa ni enajenar a los hombres de negocios checos no judíos. Las empresas checas de alcance internacional, como por ejemplo el imperio del calzado Bata, reportaban beneficios valiosos y los ocupantes alemanes no restringieron seriamente sus actividades. Skoda, otras industrias pesadas y empresas de manufacturas siguieron produciendo bienes sobre todo para exportar a otros países que no eran Alemania. Sin embargo, al mismo tiempo, los alemanes introdujeron rápidamente medidas, en vigor ya en Alemania, sobre el reclutamiento y destino de la mano de obra. Los trabajadores del campo checos sin trabajo ya habían intentado escapar del desempleo realizando trabajos temporales para la economía alemana en expansión—más de 105.000 en 1938—y ahora los agentes alemanes se desplazaron sobre el terreno para reclutar a más. En el primer mes de ocupación, convencieron a 30.000 nuevos trabajadores, la mayoría operarios industriales especializados, para que fueran a trabajar al Viejo Reich.[158]

Basándose en la experiencia de la anexión de Austria, y extendiéndola por primera vez a un país visto por los nazis como un territorio extranjero conquistado, la ocupación de Checoslovaquia creó un número de instituciones que proporcionaron, más adelante, el modelo que seguirían otros países. Se permitió que las industrias nativas continuaran adelante bajo dirección alemana y con una implicación cada vez mayor por medio de las absorciones por parte de empresas alemanas, especialmente de los negocios judíos expropiados. Se dejó en el cargo a una burocracia nativa y a un gobierno nativo bajo el control de un administrador alemán, el Comisionado del Reich. Se integró la economía en la mayor esfera de influencia alemana, lo que implicaba una división del trabajo con Alemania —en este caso, se animó a la industria checa a exportar al sudeste de Europa mientras Alemania lo hacia al oeste—. Las propiedades del Estado y de la población judía fueron saqueadas a voluntad (las joyas de la corona checa fueron a parar a Alemania, donde llegarían, más adelante, muchas más riquezas).[159]

A los trabajadores checos enviados al Viejo Reich se les concedió un estatus legal inferior. Previamente, a causa de la necesidad de mantener buenas relaciones con sus estados de origen, se amenazaba a los trabajadores extranjeros en Alemania con la deportación si violaban la ley. Sin embargo, ahora se consideraba que esta amenaza no sólo era innecesaria, sino improductiva. El 26 de junio y el 4 de julio se promulgaron nuevas regulaciones que ordenaban la custodia preventiva en un campo de concentración para los trabajadores checos en Alemania que robaran, saquearan, se implicaran en actividades políticas, mostraran una actitud hostil al Estado nacionalsocialista o no quisieran trabajar. Todo esto les situaría efectivamente fuera de la ley. A pesar de ello, 18.000 trabajadores checos emigraron voluntariamente en busca de trabajo a otros puntos del Reich en marzo de 1939, y más de 16.000 en cada uno de los dos meses siguientes. A partir de ese momento, las cifras cayeron rápidamente. En ningún lugar las cifras eran suficientes para satisfacer la necesidad de mano de obra del Reich. La coerción se hacía cada vez más palpable. El 23 de junio de 1939, con la mente puesta en el próximo conflicto europeo, Göring observó: «Durante la guerra, desplazaremos desde las fábricas del Protectorado no ligadas a la economía de guerra a cientos de miles de personas en Alemania y las pondremos a trabajar especialmente en la agricultura».[160] Se abría la vía para la deportación y explotación sistemática de millones de europeos para los propósitos de la economía de guerra alemana.

El mismo patrón se anunciaba para Eslovaquia, incorporada también al imperio económico alemán. Alentados por Hitler, los húngaros, que habían dominado Eslovaquia durante siglos antes de que el Tratado de Versalles se la quitara de las manos, habían esperado recuperar el territorio. Ahora estaban irritados por la decisión de los eslovacos de declarar la independencia bajo protección alemana. Hitler intentó aplacar al regente húngaro, almirante Horthy, anunciándole el 12 de marzo que tenía carta blanca para anexionar la región de Cárpato-Ucrania, sobre la cual Hungría tenía viejas aspiraciones. Ambos gobiernos justificaron la medida señalando que el gobierno checo-eslovaco había finiquitado el 6 de marzo de 1939 la autonomía Cárpato-Ucrania, citando el abuso de poder de las autoridades;

ahora podían presentar la ocupación como un nuevo ejemplo de que la opresión checa requería intervenciones desde el exterior. Sólo un poco más del 12 por 100 de los 552.000 habitantes de la región eran magiares, pero el gobierno de Budapest creía que el área pertenecía a Hungría por derecho histórico. El 16 de marzo de 1939 movilizó sus tropas y desplazó unidades a la frontera eslovaca hasta que los alemanes les ordenaron detenerse.[161] Finalmente, en el último acto de esta rápida serie de acontecimientos, Ribbentrop dijo al ministro de Exteriores lituano, convocado a Berlín el 20 de marzo, que aviones alemanes bombardearían su capital, Kaunas, si el gobierno no retornaba Memel a Alemania como demandaba la comunidad alemana de la ciudad, dominada por los nazis. El destino de Checoslovaquia y de Cárpato-Ucrania era suficiente para hacer ceder a los lituanos, que firmaron el acuerdo de transferencia el 23 de marzo de 1939. Las tropas alemanas entraron en Memel el mismo día, y a primera hora de la tarde Hitler llegó a la ciudad en un barco de guerra para dirigirse a las multitudes enfervorizadas; esa misma noche regresó a Berlín.[162]

Una vez más había conseguido anexionar grandes territorios sin derramar sangre. La crisis de marzo de 1939 fue breve y no dio tiempo a que se expandiera la «psicosis de guerra» del verano del año anterior. La aprobación a la incorporación de Memel al Reich era prácticamente universal, incluso entre los antiguos socialdemócratas. Sin embargo, agentes socialdemócratas informaron de la ansiedad que causaban las posibles consecuencias de la invasión de Checo-Eslovaquia, en gran medida porque no se podían justificar como el rescate de la minoría alemana de la opresión a pesar de que la propaganda de Goebbels aseguraba que los checos habían abusado de la minoría alemana. «Creo—afirmó un obrero—que deberían dejar en paz a los checos, esto no acabará bien». La gente no empezó a aplaudir a Hitler por su último éxito hasta que se anunció que se había completado la ocupación sin pérdida de vidas. Se informó de que mucha gente, con la sensibilidad nacionalista enfriada por los éxitos previos en Austria y los Sudetes, se mostraba indiferente. Entre las clases medias existía la sensación de que no importaba una invasión más, en la medida que se evitara la guerra. Pero se informó también de que las dudas por este triunfo eran más frecuentes que en otras ocasiones. Fue la victoria menos

popular de Hitler hasta la fecha. «Años antes también ganábamos siempre —dijo cínicamente un obrero, pensando en la propaganda de la Primera Guerra Mundial—y todo terminó fatal».[163]

HACIA EL ESTE

I

La reacción internacional por la destrucción de Checoslovaquia intensificó, si era posible, las ansiedades de muchos alemanes por la cuestión de la guerra. El gobierno británico, encabezado por el primer ministro Neville Chamberlain, había creído que el difícil Acuerdo de Munich era un sacrosanto logro diplomático que resolvía todos los problemas de la Europa central. Chamberlain se había creído la palabra dada por Hitler de que ya no tenía más demandas territoriales por hacer. Ahora, el pedazo de papel que Chamberlain había esgrimido ante sus eufóricos partidarios como prueba de que había conseguido la «paz para nuestro tiempo» se había roto en mil pedazos. La opinión pública británica, reflejada en los bancos traseros de la Cámara de los Comunes, se volvió drásticamente en contra de los alemanes. Con vacilaciones, pero siguiendo el consejo del Ministerio de Exteriores, Chamberlain manifestó públicamente el 17 de marzo en un discurso su sospecha de que Hitler no buscaba corregir los errores de los acuerdos de paz de 1919 sino «dominar el mundo por la fuerza».[164]

Al día siguiente, el gabinete británico accedió abrir conversaciones con el gobierno polaco para encontrar la mejor manera de contener la amenaza de invasión alemana. Mientras Gran Bretaña y Francia redoblaban sus esfuerzos de rearme y continuaban las trepidantes conversaciones con los polacos, los diarios británicos publicaban el 29 de marzo más noticias desde Berlín sobre la amenaza alemana a Polonia. Chamberlain se comprometió inmediatamente en público a defender Polonia en el caso de que su independencia se viera amenazada. El compromiso buscaba disuadir a los alemanes, pero contenía una serie de cláusulas secretas que abrían la puerta a la continuación de la política de apaciguamiento. Para el gabinete británico, el compromiso sólo tendría efecto en el caso de que los polacos

no mostraran «una obstinación provocadora o estúpida» frente a las demandas alemanas sobre la devolución de Danzig y el corredor polaco. Por lo tanto, Chamberlain todavía pensaba en un convenio negociado: un convenio que dejaría a Polonia tan vulnerable como Checoslovaquia ante el Acuerdo de Munich. Al fin y al cabo, Polonia también era un país lejano. Además, el compromiso sólo entraría en efecto si las Fuerzas Armadas polacas se veían movilizadas a la fuerza a resistir una invasión alemana. Los británicos acompañaron esta condición con una serie de advertencias terribles—y completamente justificadas—a los polacos sobre las consecuencias de que esto sucediera. Por lo tanto, Chamberlain seguía pensando que la paz era posible mientras cambiaba de táctica, del apaciguamiento a una mezcla de apaciguamiento y resolución contenida.[165]

Desde el punto de vista alemán, el compromiso de Chamberlain carecía de credibilidad por una serie de motivos. Para empezar, ¿de qué modo saldría Gran Bretaña en defensa de Polonia si la guerra estallaba efectivamente?, ¿cómo resolverían los problemas geográficos y logísticos? La ambigüedad del compromiso y los constantes errores de Chamberlain sólo servían para dar fuerza a estas preguntas. Por encima de todo, la experiencia de los años anteriores, desde el Rin a Austria pasando por el Acuerdo de Munich, había introducido en la mentalidad de Hitler la firme convicción de que Gran Bretaña y Francia se lavarían las manos y no intervendrían. Para él, los dirigentes de ambos países eran seres cobardes y nulos.[166] Además, a diferencia de la situación del año anterior, el Ejército alemán y sus responsables no dudaban sobre enfrentarse a los polacos, a quienes—en contraste con los checos, más modernizados y bien armados—creían atrasados, mal dirigidos y mal equipados. A finales de marzo de 1939, Brauchitsch, informado por Hitler de que se emprenderían acciones militares contra Polonia si las negociaciones sobre Danzig y el corredor fracasaban, había esbozado un plan de invasión, cuyo nombre en clave era «Caso Blanco» [*Weissfall*]. Hitler aprobó el borrador, escribió la introducción, en que aseguraba que trataría de limitar el conflicto, y ordenó que todo el mundo estuviera preparado para la acción a principios de septiembre de 1939. Como había sucedido el año anterior, Berlín lanzó una furiosa campaña de propaganda contra el nuevo objeto de la atención hostil

de Alemania. El 20 de abril de 1939, cincuenta aniversario de Hitler, se aprovechó el desfile militar de celebración en Berlín para presentar «una representación brillante del poder y la fuerza alemanes», según escribió Goebbels en su diario. Y añadió: «Hemos mostrado por primera vez nuestra artillería pesada». Al cabo de una semana, el 28 de abril de 1939, Hitler anunció formalmente al Reichstag la derogación del Pacto de No Agresión con Polonia, firmado en 1934, y del Acuerdo Naval con Gran Bretaña, firmado al año siguiente. Un poco antes en el mismo mes de abril de 1939, Weizsäcker había informado a los polacos de que se había agotado el tiempo para las negociaciones sobre Danzig y el corredor.[167]

El 23 de mayo de 1939, Hitler dijo a un grupo de dirigentes militares, entre los que se encontraban Göring, Halder y Raeder, que no se podían obtener más éxitos «sin derramamiento de sangre». «No es Danzig lo que está en juego. El problema que se nos plantea es expandir nuestro espacio vital en el Este y garantizar el suministro de alimentos. [...] Si el destino nos empuja a un enfrentamiento decisivo con Occidente es mejor contar con grandes territorios en el Este». Así, era necesario atacar Polonia a la menor oportunidad. Hitler reconocía que Gran Bretaña y Francia podían salir en ayuda de Polonia. «Por tanto, Inglaterra es nuestra enemiga y el enfrentamiento con este país es una cuestión de vida o muerte». Si era posible, Polonia tenía que desaparecer sola y sin ayudas. Pero a largo plazo, la guerra con Inglaterra y Francia era inevitable. «Inglaterra es la fuerza motriz que se dirige contra Alemania». Era de esperar que la guerra fuera corta. Pero había que prepararse, afirmó, para una guerra que duraría como mínimo diez o quince años. «El tiempo se girará contra Inglaterra». Si se ocupaba Holanda, Bélgica y Francia, se bombardeaba las ciudades británicas y se bloqueaba el acceso de suministros por vía marítima, Inglaterra se desangraría hasta morir. Sin embargo, Alemania tardaría todavía unos cinco años más en estar preparada para el conflicto, añadió. Por tanto, la política alemana en 1939 tenía que dirigirse a aislar Polonia al máximo y a asegurarse de que las próximas acciones militares no derivaran inmediatamente en una guerra europea generalizada.[168] Estas divagaciones, en algún momento incoherentes, traicionaban las dudas de Hitler sobre las consecuencias de invadir Polonia. Sin embargo, fueron acompañadas de una

campaña diplomática para evitar que Polonia contara con apoyos. El 22 de mayo, la alianza alemana con Italia se transformó en un «Pacto de Acero» y se firmaron acuerdos de no agresión con Letonia, Estonia y Dinamarca. Un tratado firmado en marzo de 1939 proporcionaba a Alemania acceso a los recursos petrolíferos de Rumania en caso de guerra, mientras que se firmaron otros acuerdos comerciales, si bien menos decantados a favor de una de las partes, con Suecia y Noruega, con importantes recursos de mineral de hierro. Sin embargo, las negociaciones con Turquía, Yugoslavia y Hungría tuvieron menos éxito: se llegó a expresiones de buena voluntad, especialmente en el frente económico, pero a pocos resultados concretos.[169] La brecha más sorprendente fue la que se abrió con Moscú. En mayo, Hitler empezó a darse cuenta de que asegurarse la neutralidad benevolente de la Unión Soviética, cuya larga frontera con Polonia tenía una gran importancia estratégica, sería vital para el éxito de la invasión. Existía el peligro de que Gran Bretaña y Francia consiguieran el apoyo soviético a un intento de contener la agresión alemana. El 6 de junio de 1939, Hitler dejó de incluir en sus discursos las diatribas acostumbradas contra la amenaza del bolchevismo internacional. En su lugar, empezó a dirigir su fuego contra las democracias occidentales.[170] Entre bastidores, Ribbentrop empezó a labrar un pacto formal con los soviéticos. Se sentía alentado por un discurso de Stalin, pronunciado el 10 de marzo de 1939, en que había declarado su escasa disposición a salir en defensa de las potencias capitalistas en caso de conflicto con Alemania, ya que su política de apaciguamiento ante las demandas de Hitler había fortalecido el objetivo a largo plazo de Alemania de atacar la Unión Soviética. El 3 de mayo de 1939, Stalin envió una señal inequívoca a Berlín al cesar a Maxim Litvinov, su veterano ministro de Exteriores y partidario de entablar relaciones de beneficio mutuo con Occidente. Su sustituto fue Vyacheslav Molotov, un acólito de la línea dura. A nadie pasó por alto el detalle de que Litvinov era judío y que Molotov no lo era.[171]

En 1939, Stalin se encontraba en una situación difícil. Durante los años anteriores había llevado a cabo purgas violentas contra sus generales más destacados, los responsables de las fábricas de municiones y los altos oficiales del Ejército. En los niveles más altos del régimen quedaba poca

gente con una experiencia directa de la guerra. Los expertos técnicos más competentes habían sido detenidos y asesinados a miles. La preparación militar soviética era calamitosa.[172] Stalin era consciente desde junio de 1939 de las intenciones de Hitler de invadir Polonia a finales de agosto o principios de septiembre.[173] Necesitaba desesperadamente asegurarse de que la invasión no fuera más allá. Necesitaba tiempo para reagrupar y reconstruir el Ejército Rojo, reformar la producción de armamento y equipamientos y prepararse para el asalto que sabía que se produciría una vez culminada la conquista de Polonia por parte de Alemania. En cierto modo, Stalin dejó abierta la puerta a forjar una alianza con las potencias occidentales, pero éstas vacilaron porque no les inspiraba confianza. En cambio, Ribbentrop y el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán estaban impacientes por alcanzar un acuerdo, a pesar de las reservas de Hitler. A medida que se iban evidenciando las indirectas de Moscú, Ribbentrop aprovechó la oportunidad para sorprender a los británicos, a quienes todavía odiaba profundamente por las humillaciones que había recibido durante su época como embajador en Londres, y preparó un golpe que obtendría la gratitud y la aprobación eternas de Hitler. Las negociaciones para mejorar las relaciones comerciales entre Alemania y la Unión Soviética empezaron, encallaron y volvieron a empezar. Molotov y Ribbentrop señalaron que si se llegaba a un acuerdo económico, éste tendría que tener también una dimensión política que no tardaría en adquirir forma. A comienzos de agosto de 1939, Ribbentrop y Weizsäcker esbozaron, con la aprobación de Hitler, los planes para repartirse Polonia con la Unión Soviética. Aun así, Stalin vacilaba. Sin embargo, el 21 de agosto accedió finalmente a las peticiones cada vez más urgentes de Hitler para llegar a un pacto formal. Dejando de lado las débiles tentativas británicas de alcanzar un acuerdo, el dictador soviético invitó a Ribbentrop a Moscú. Llegó el 23 de agosto. A primera hora de la mañana siguiente se había firmado el Pacto de No Agresión.[174]

Una alianza formal entre dos potencias que se habían pasado los seis años anteriores vilipendiándose mutuamente en público y que habían apoyado, cada una, uno de los dos bandos enfrentados en la Guerra Civil española era, como mínimo, sorprendente.[175] Sin embargo, ambos lados

tenían poderosas razones para llegar a un acuerdo. Desde el punto de vista de Hitler, era necesario garantizar la aquiescencia soviética a la invasión alemana de Polonia; de lo contrario, el escenario de pesadilla de que la invasión derivara en una guerra europea en dos frentes tenía muchas posibilidades de realizarse. Desde la perspectiva de Stalin, el pacto suponía un respiro y abría la posibilidad seductora de que las potencias capitalistas europeas, Alemania, Francia y Gran Bretaña, se enfrentaran en una guerra de destrucción mutua. Además, mientras la versión pública del pacto comprometía a ambos estados a no declararse la guerra durante diez años, a resolver las disputas por medio del arbitrio de una tercera parte y a aumentar las relaciones comerciales, sus cláusulas secretas asignaban a Alemania y a la Unión Soviética áreas de influencia en la Europa central y del Este: Stalin controlaría la parte oriental de Polonia, Letonia, Lituania y Estonia, y Hitler, la parte occidental de Polonia. La significación de estas cláusulas era enorme. Tanto Hitler como Stalin se daban cuenta de que difícilmente el pacto duraría los años estipulados. En efecto, no duró ni dos años. Pero, a largo plazo, los límites que establecía en Polonia entre las esferas alemana y soviética iban a demostrar su pertinencia, mientras que la ocupación soviética de los estados bálticos se alargaría hasta finales del siglo XX.[176]

El pacto tuvo más consecuencias. La representación alemana planteó durante las negociaciones la cuestión de los refugiados políticos alemanes que se encontraban en la Unión Soviética. Stalin no estaba interesado en protegerles; en efecto, se mostraba extremadamente suspicaz con los extranjeros de todo tipo que habían encontrado un hogar en Rusia, y también con los rusos que mantenían contacto con ellos. De modo que accedió a enviarlos de vuelta al Tercer Reich. Tras la firma del pacto, las autoridades soviéticas reunieron a unos 4.000 alemanes, que fueron entregados a la Gestapo. Entre 1.000 y 1.200 eran comunistas alemanes. Algunos, como Margarete Buber-Neumann, ya habían sido encarcelados por la policía secreta de Stalin antes de ser enviados a un campo de concentración alemán; su marido, Heinz Neumann, había sido depurado de la cúpula del Partido Comunista alemán en 1932 porque había defendido un frente unido con los socialdemócratas para enfrentarse a la amenaza nazi;

enviado primero a España, luego a Moscú, fue detenido en 1937 y ejecutado. En 1940, su viuda fue deportada directamente de un campo de trabajo soviético al campo de concentración nazi de Ravensbrück. A los comunistas alemanes exiliados que además eran judíos les esperaba un destino todavía peor. Por ejemplo, al director y compositor Hans Walter David. Nacido en 1893, huyó en 1933 a París y luego, en 1935, a Moscú. Cayó víctima de la gran purga estalinista de 1937 y en 1939 fue enviado a un campo de trabajo por haber espiado supuestamente para los alemanes, un ejemplo de las suspicacias paranoicas de Stalin hacia los extranjeros que vivían en la Unión Soviética. En abril de 1940, se informó a David de que su condena había sido conmutada por una de deportación. El 2 de mayo de 1940 fue entregado a los alemanes y asesinado por las SS. En febrero de 1940, la embajada alemana en Moscú agradeció a las autoridades soviéticas su colaboración en la localización y entrega de un gran número de exiliados como él.[177]

Mientras tanto, los partidos comunistas de toda Europa se esforzaban por explicar el pacto a sus miembros, muchos de los cuales se habían afiliado porque parecían ofrecer la mejor garantía contra el fascismo. Después del desencanto, vino la desorientación. Muchos se sentían traicionados. Aun así, al cabo de poco tiempo, la mayoría de comunistas se habían hecho a la idea de que el pacto no podía ser tan malo, al fin y al cabo. Años de entrenamiento en la disciplina de partido facilitaban la aceptación de este sorprendente giro de 180 grados. Algunos pensaban que el pacto podía derivar en la legalización del Partido Comunista en Alemania; muchos creían que, de todos modos, una guerra entre las potencias comunistas tampoco iba con ellos; todos reverenciaban a Stalin como un gran pensador y un maestro de la táctica política, un genio que siempre sabía qué decisiones tomar.[178] También algunos nazis dudaban sobre la sensatez del pacto. El anticomunismo era un dogma central de la ideología nazi, y ahora Hitler parecía traicionarlo. A la mañana siguiente de la firma del pacto, el jardín delantero de la Casa Parda, el cuartel general del Partido Nazi en Munich, amaneció cubierto de insignias del partido lanzadas por seguidores del partido descontentos. El archianticomunista Alfred Rosenberg culpó del pacto a la ambición de Ribbentrop. Hubiera

sido preferible una alianza con Gran Bretaña, pensaba. Sin embargo, como la mayoría de los nazis, estaba tan acostumbrado a aceptar sin discusión las decisiones de Hitler que acabó mostrándose de acuerdo. Muchos eran conscientes de que el acercamiento a la Unión Soviética era meramente táctico. «El Líder ha hecho un movimiento brillante», escribió un admirado Goebbels en su diario.[179]

II

La creciente sensación de urgencia de Hitler en los últimos días y semanas antes de la firma del pacto derivaba en buena medida del hecho de que la invasión de Polonia ya había sido fijada para el 26 de agosto de 1939.[180] Mientras tanto, Hitler había dado pasos para evitar la repetición de la «psicosis de guerra» que había intranquilizado a la gran mayoría de alemanes corrientes durante la crisis checoslovaca del verano anterior. Hitler insistió en comportarse en público como si no sucediera nada extraordinario: hizo un viaje por los lugares donde había transcurrido su infancia en Austria, fue al Festival de Bayreuth, participó en una gran demostración de arte y cultura alemanes en Munich y se retiró unas semanas a su refugio de montaña en Obersalzberg. Anunció que la concentración anual del partido en Nuremberg sería una «concentración de paz» y que empezaría a comienzos de septiembre (para entonces tenía previsto que el Ejército alemán hubiera entrado ya en Polonia). E insistió también en enfocar las referencias públicas a Polonia sobre la situación de Danzig. En realidad, ésta era una cuestión secundaria, poco más que un pretexto, si llegaba a serlo. Pero a partir de mayo, las instrucciones diarias de Goebbels a la prensa desarrollaron una campaña de odio contra Polonia que pretendía apuntalar la idea de que los habitantes de etnia alemana en el país, y sobre todo los de Danzig, se encontraban amenazados constantemente por el peligro de que los polacos los trataran violentamente. «Los habitantes de etnia alemana huyen del terror polaco», atronaban los titulares. «Casas alemanas allanadas con hachas», «Aterrorizados por los polacos durante semanas», «Los polacos detienen a cientos de refugiados». Supuestamente, los polacos estaban asesinando a las personas de etnia alemana, disparando a los transeúntes alemanes en Danzig y

amenazándolos con arruinar sus vidas. Aunque la política del gobierno polaco hacia la minoría de etnia alemana era considerablemente menos liberal y tolerante que la de Checoslovaquia, estas noticias eran exageraciones grotescas, si no pura invención. Por su parte, los nazis, que dominaban la escena política de Danzig, mantenían alta la presión por medio de la provocación de incidentes para que los explotara la prensa alemana, como por ejemplo atacar violentamente a los funcionarios de aduanas polacos y hacer correr historias atroces sobre los funcionarios que trataban de defenderse.[181]

Pero la lluvia de propaganda lanzada por Goebbels hacía que la cuestión polaca pareciera una repetición de los Sudetes y que lo único que buscaba Hitler era la incorporación de Danzig al Reich y algún acuerdo sobre el corredor polaco, tal vez con la participación, otra vez, de Gran Bretaña y Francia. Incluso los socialdemócratas reconocían que la gran mayoría de la población alemana, también los obreros, despreciaba a los polacos, a quienes veía como personas sucias y atrasadas y como competidores baratos en el mercado laboral. Los enfrentamientos que habían tenido lugar en Silesia al final de la Primera Guerra Mundial no habían perdido su amarga actualidad al cabo de veinte años. Aun así, la mayoría esperaba que la situación se resolviera de un modo pacífico. Que «Danzig [...] es, al fin y al cabo, una ciudad alemana. ¿Quién puede estar en contra de que Alemania quiera reunirse consigo misma? La cuestión de Danzig es mucho más sencilla que la situación a que se llegó con Checoslovaquia» eran opiniones recogidas por simpatizantes socialdemócratas. Inglaterra y Francia lo entenderían.[182]

Estos sentimientos también eran frecuentes entre los simpatizantes nazis. «Ninguno de nosotros—recordaba más adelante Melita Maschmann — dudaba de que, si estaba en sus manos, Hitler nos ahorraría la guerra».[183] Al fin y al cabo, ya lo había hecho antes en muchas ocasiones. Hitler era un genio de la diplomacia y creían en su palabra de que él era un hombre de paz.[184] En un informe del 30 de junio de 1939 sobre la actitud que la población rural del distrito bávaro de Ebermannstadt mostraba hacia la crisis, un funcionario local concluía con franqueza: «El deseo de paz es más fuerte que el deseo de guerra. Por tanto, la abrumadora mayoría de la

población sólo se mostrará a favor de la solución de la cuestión de Danzig si ésta se resuelve sin derramamiento de sangre, como ha sucedido en las anteriores anexiones».[185] La idea de que Hitler deseaba una solución pacífica al problema de Danzig no sólo tenía como objetivo aplacar la ansiedad de la población alemana; el 11 de agosto de 1939, Hitler se reunió a petición suya en Obersalzberg con el alto comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig, el diplomático suizo Carl Burckhardt, para comunicarle su disposición a negociar con los británicos. Pero, al mismo tiempo, Hitler se encargó también de estropear esta actitud razonable tan calculada al gritar que destruiría Polonia si su gobierno no cedía ante sus demandas.[186]

Ninguno de los movimientos diplomáticos de Hitler surtió gran efecto con respecto a las posturas de los demás participantes internacionales en este juego mortal, ni tan siquiera el anuncio del pacto con la Unión Soviética. El gobierno polaco siempre se había mostrado suspicaz y lleno de resentimiento hacia la Unión Soviética, con quien Polonia se había enfrentado en una dura guerra a comienzos de los años veinte, de modo que, desde su punto de vista, el pacto carecía de importancia. Los disturbios en Danzig y otros similares ocurridos en Silesia sólo conseguían fortalecer la determinación polaca de resistirse a cualquier trato, ya que sólo podía pasar por entregarse a Alemania del mismo modo que el Acuerdo de Munich había entregado a los checos. Pero, en cualquier caso, era improbable que se llegara a un pacto. Los gobiernos británico y francés insistieron en que el pacto germanosoviético no podía alterar su determinación de salir en defensa de Polonia, como decía una carta de Chamberlain entregada a Hitler en Obersalzberg por el embajador británico, el proalemán Sir Nevile Henderson, el 23 de agosto de 1939. Al recibir la carta, Hitler sometió a Henderson a una diatriba salvaje contra los británicos, quienes, le dijo en tono acusador, estaban decididos a exterminar Alemania en beneficio de las razas inferiores. Sin embargo, el 25 de agosto de 1939, de regreso a Berlín, Hitler adoptó otra actitud y ofreció a Henderson un acuerdo general en términos bastante vagos con Gran Bretaña una vez se hubiera resuelto la cuestión polaca. Mientras Henderson volaba de regreso a Londres, Hitler se enteró de que los británicos acababan de firmar una alianza militar con

Polonia. La escasa reputación de Ribbentrop en Gran Bretaña estaba frustrando sus intentos de convencer a Chamberlain. Marginando temporalmente a su ministro de Asuntos Exteriores, Hitler recurrió a Göring, que siempre había disfrutado de mejor reputación en Londres. El amigo sueco de Göring Birger Dahlerus fue enviado a la capital británica y consiguió obtener una respuesta, dada por Henderson el 28 de agosto de 1939: el gobierno británico estaba dispuesto a garantizar los límites entre Alemania y Polonia negociados pacíficamente y a apoyar la devolución de las colonias alemanas bajo mandato de la Sociedad de Naciones tras los acuerdos de paz de 1919, pero los británicos todavía seguían comprometidos a apoyar a Polonia por la fuerza de las armas si los alemanes invadían el país.[187]

El 22 de agosto de 1939 Hitler había reunido a los altos comandantes de las Fuerzas Armadas en Obersalzberg para comunicarles que la invasión iba adelante. Llegaron sin uniforme, vestidos de paisano, para evitar sospechas. El pacto con Stalin estaba a punto de firmarse, y se mostraba confiado. Había tomado la decisión de invadir Polonia en primavera, les dijo. «Antes pensaba que me dirigiría primero hacia Occidente en el plazo de unos cuantos años y que sólo después lo haría hacia el Este». Pero la secuencia de los acontecimientos le había hecho cambiar de opinión. La situación polaca se había vuelto intolerable. Había llegado el momento de golpear. «Inglaterra y Francia han adquirido compromisos que no están en condiciones de cumplir. En Inglaterra no hay un rearme real, sólo propaganda». De modo que, si invadía Polonia, no iba a ver una guerra generalizada. Los riesgos eran demasiado elevados para las democracias occidentales. Al mismo tiempo, la conquista del Este abriría la vía de nuevos suministros de cereales y materias primas que frustrarían cualquier intento de bloqueo en el futuro. «Hemos empezado con la destrucción de la hegemonía de Inglaterra». «Nuestros enemigos—añadió—son gente de poca monta. Lo comprendí en Munich».[188] Durante la comida, una serie de oficiales presentes a la reunión manifestaron su inquietud. Muchos pensaban que Hitler se engañaba al pretender que Inglaterra y Francia no intervendrían. Para apuntalar su resolución, Hitler se volvió a dirigir a los presentes por la tarde. «Todos debemos creer que hemos sido escogidos

para enfrentarnos a las potencias occidentales. Es una lucha a vida o muerte». Los líderes occidentales eran «débiles». Aunque declararan la guerra, no podían hacer mucho a corto plazo. «La prioridad sigue siendo la destrucción de Polonia», concluyó.[189]

Hitler seguía creyendo que Inglaterra no intervendría; la amenaza a largo plazo de la potencia estadounidense, creía, pondría al país en disposición de aliarse con Alemania.[190] Pero la intención de iniciar la invasión el 26 de agosto, comunicada a los generales en esa ocasión, fue frustrada por Mussolini, que se sentía afrentado porque, a pesar de las garantías contenidas en el Pacto de Acero, Hitler había decidido prescindir de su confianza en la cuestión polaca. Para los italianos, las noticias de los planes de invasión, comunicados a Ciano por Ribbentrop un poco antes, fueron una sorpresa total. El 24 de agosto de 1939, Hitler escribió personalmente a Mussolini solicitándole el apoyo de Italia. Las tropas ya habían recibido orden de avanzar el 25 de agosto de 1939 cuando llegó la respuesta de Mussolini a la Cancillería del Reich: ya se habían cerrado los aeropuertos alemanes, se había cancelado la concentración anual en Nuremberg y se había anunciado el racionamiento de alimentos a partir del 27 de agosto. Mussolini decía a Hitler que Italia no estaba en posición de ofrecer ayuda militar en caso de guerra. «Los italianos se comportan como hicieron en 1914», vociferó Hitler. Anuló la orden de avanzar y se detuvo la invasión justo antes de llegar a la frontera polaca.[191]

Había llegado el momento decisivo. Superando el enfado que tenía con los italianos, que intensificaron la ofensa al ofrecerse a convocar una conferencia con los británicos y los franceses para imponer un acuerdo similar al de Munich, Hitler hizo un último esfuerzo para obtener la neutralidad anglofrancesa. Las reuniones que había mantenido con Henderson no habían dado como resultado que los británicos cambiaran su posición en la cuestión crucial del compromiso con Polonia en caso de conflicto armado. La mayoría de lo que Hitler tenía por decir, incluida la oferta de un plebiscito en el corredor que acompañara el retorno de Danzig a Alemania, no era más que una actuación de cara a la opinión pública alemana, a quien había que convencer de que había hecho todo cuanto estaba en su mano para mantener la paz. Cuando Ribbentrop comunicó la

oferta a Henderson en la Cancillería del Reich en la medianoche del 29 de agosto de 1939 lo hizo a una velocidad tan alta que el embajador no pudo tomar notas y, después, la lanzó sobre la mesa añadiendo que, de todas formas, la oferta ya había caducado. El intérprete explicó más adelante que la atmósfera era tan tensa que pensó que los dos hombres acabarían a golpes. A última hora de la tarde del 30 de agosto de 1939, Hitler emitió su oferta por la radio alemana y culpó a los británicos y a los polacos, a quienes habían solicitado el envío de un emisario a Berlín en el último minuto, de su fracaso. Esta vez, se había dado nuevas órdenes al Ejército de avanzar hacia Polonia en las primeras horas del 1 de septiembre de 1939.[192]

Actuando según unos planes esbozados un tiempo atrás por Heydrich, un grupo de hombres de las SS vestidos de paisano montaron un asalto simulado a la emisora de radio alemana de Gleiwitz, en la Alta Silesia. El personal también estaba formado por otro destacamento de las SS. Para enseñar pruebas de que este asalto sangriento había sido cometido supuestamente por polacos, mataron con inyecciones letales a dos internos del campo de concentración de Sachsenhausen y los dejaron en la emisora de radio para que los fotografiaran los medios de comunicación alemanes. Las órdenes del asalto, aprobadas por Hitler en persona, se referían a estos hombres como «conservas». Un tercer hombre, Franz Honiok, un ciudadano alemán propolaco, fue detenido el 30 de agosto de 1939 en tanto que se le podía identificar plausiblemente como guerrillero polaco. Los SS de Gleiwitz lo sacaron de la comisaría de la policía al día siguiente, lo sedaron con una inyección, lo dejaron dentro de la emisora y le dispararon estando inconsciente. Para dar mayor autenticidad a la acción, los hombres de las SS de habla polaca gritaron eslóganes antialemanes por los micrófonos antes de salir. Normalmente, la emisora sólo se utilizaba para dar partes meteorológicos de emergencia, de modo que era difícil que alguien estuviera escuchándola. Hombres de las SS disfrazados con uniformes del Ejército polaco organizaron dos incidentes más en otros lugares. Un SS que salía de una caseta de aduanas alemana que acababa de destrozar tropezó con unos cadáveres vestidos con uniforme polaco. Más

adelante explicó que sus cabezas estaban afeitadas, las caras destrozadas para que fueran irreconocibles y sus cuerpos estaban completamente rígidos.[193]

A las cinco menos cuarto de la madrugada del 1 de septiembre de 1939, el acorazado alemán Schleswig-Holstein abrió fuego contra la guarnición y el depósito de municiones polaco de Westerplatte, una península del estuario del Vístula, que controlaba la entrada al puerto de Danzig, mientras bombarderos Stuka sobrevolaban la ciudad. Unidades de policía atacaron a funcionarios polacos de ferrocarriles y correos y se declararon tiroteos en diversos puntos. Albert Foster, jefe regional del Partido Nazi en Danzig, puso al comisionado de la Sociedad de Naciones, Burckhardt, bajo arresto domiciliario y le dio dos horas para marchar. Burckhardt hizo las maletas y partió hacia Lituania. A lo largo de la frontera entre Polonia y Alemania, unidades de las Fuerzas Armadas alemanas levantaron las barreras y entraron en territorio polaco, mientras aviones de las Fuerzas Aéreas alemanas se introducían en el espacio aéreo polaco cargados con bombas que lanzarían sobre los ferrocarriles, carreteras, puentes, bases del Ejército, pueblos y ciudades polacos. A las diez de la mañana, Hitler se dirigió a un Reichstag reunido de urgencia. Exhausto y sobreexcitado por las negociaciones frenéticas de los días previos, Hitler estaba nervioso y confuso, se equivocó varias veces y dio una impresión dubitativa poco habitual en él. Los polacos habían cometido no menos de catorce violaciones graves de la frontera la noche anterior, afirmó (en alusión a los incidentes provocados por los hombres de Heydrich). Era necesario emprender represalias por estos y otros ultrajes. «De ahora en adelante, cada bomba será vengada con una bomba. Quien utiliza veneno recibirá gas venenoso en respuesta. Quien se separa de las normas de conducta humana en una guerra, sólo puede esperar que nosotros hagamos lo mismo». Después del discurso, los diputados votaron solemnemente incorporar Danzig al Reich. Pero no antes de que Hitler hiciera una proclama no sólo llena de pronósticos, sino también de profecías. Estaba dispuesto a hacer todos los sacrificios, afirmó. «Ahora no quiero ser nada más que el primer soldado del Reich alemán. Por eso me he puesto este

ropaje que siempre ha sido el más sagrado para mí, el más querido. No me lo sacaré hasta que la victoria sea nuestra, y si no es así, no viviré para verlo». Ya tenía en mente la idea del suicidio en caso de derrota.[194]

III

En Gran Bretaña y en Francia, como en Polonia, las Fuerzas Armadas se habían estado preparando para la guerra desde el comienzo de la crisis. El gobierno británico ordenó la movilización general el 31 de agosto y, temiendo ataques aéreos, empezó a evacuar a mujeres y niños de las ciudades. Se empezaron a apilar bolsas de arena fuera de los edificios gubernamentales, se dio orden de apagar toda iluminación por la noche y Chamberlain empezó a debatir la formación de un gabinete de guerra con opositores de la política de apaciguamiento como Winston Churchill. Pero las frenéticas idas y venidas de finales de agosto habían vuelto a convencer a Chamberlain de que era posible hallar una solución pacífica. En el gabinete británico estallaron furiosas discusiones. Mientras Chamberlain vacilaba, su ministro de Exteriores, Lord Halifax, seguía negociando con franceses, italianos y alemanes. Las negociaciones no fueron a ningún lado. Ignorando los argumentos a favor de un retraso, la mayoría del gabinete apoyó presentar una «advertencia final» a Hitler. A última hora de la tarde del 1 de septiembre de 1939, Henderson dijo al gobierno alemán que la conferencia propuesta por los italianos sobre la cuestión polaca, basada en la oferta de Hitler del 29 de agosto, sólo se podría celebrar si las fuerzas alemanas cesaban el fuego y se retiraban.[195]

El 2 de septiembre de 1939, después de horas de conversaciones telefónicas entre el Ministerio de Exteriores británico, los franceses y los italianos, Chamberlain se enfrentó a una repleta Cámara de los Comunes. Era poco antes de las ocho de la tarde. Empezó diciendo que no había recibido respuesta a la última advertencia a Hitler, presentada el día anterior. «Puede ser—prosiguió—que el retraso se deba a que están considerando una propuesta presentada por el gobierno italiano de cese de las hostilidades e inicio inmediato de una conferencia entre las cinco potencias: Gran Bretaña, Francia, Polonia, Alemania e Italia». No hizo

mención al plazo de tiempo dado a la respuesta ni referencia alguna a la carnicería y la devastación en marcha en Polonia contra el Ejército y los civiles polacos a manos de los alemanes por tierra y aire. Sus palabras equívocas hacían pensar otra vez en Munich. Pero el estado de ánimo de la elite política, como en el país en general, había cambiado mucho desde marzo de 1939. Ahora la gran mayoría estaba convencida de que el Tercer Reich ambicionaba la dominación de toda Europa, si no del mundo entero, y de que había llegado la hora de ponerle freno. Una ola de furia recorrió la Cámara. Cuando Arthur Greenwood se levantó para ofrecer la réplica de la oposición, fue interrumpido con malas maneras. «En nombre de Partido Laborista», empezó Greenwood. «¡En nombre de Inglaterra!», gritó Leo Amery desde los bancos conservadores. El sentimiento era compartido por toda la Cámara.[196]

La respuesta de Greenwood estuvo a la altura de las circunstancias. «Estoy muy inquieto—afirmó—. Hace 38 horas se produjo un acto de agresión. [...] Me pregunto hasta cuándo podemos vacilar en un momento en que están en peligro Gran Bretaña, todo lo que representa Gran Bretaña y la civilización humana». Chamberlain se hundió ante la hostilidad provocada por sus palabras. Un visitante que se encontraba entre el público lo describió más adelante como un «viejo vacilante, con las manos y la voz temblorosas». Espantados por la reincidencia de Chamberlain, algunos miembros del gabinete celebraron una reunión informal inmediatamente después sin él. Decidieron que presentara un ultimátum a los alemanes. Halifax y Chamberlain temían por el derrumbe del gobierno si no lo hacían así. La opinión pública británica estaba a favor de acciones firmes. Mientras se desencadenaba una gran tormenta sobre Londres, el gabinete se reunía a las 11:20 de la noche para tomar una decisión. A las nueve de la mañana del día siguiente, 3 de septiembre de 1939, Henderson entregó un ultimátum al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Si los alemanes no cesaban el fuego y se retiraban en dos horas, Gran Bretaña declararía la guerra a Alemania.[197]

Los alemanes respondieron por medio de un largo documento, ya preparado, entregado a Henderson poco después de que expirara el ultimátum, a las 11 de la mañana. El documento decía que lo único que

quería Alemania era corregir las injusticias del Tratado de Versalles y culpaba a Gran Bretaña de alentar la agresión polaca. A mediodía, los franceses presentaron un ultimátum similar, si bien algo más largo. Éste también fue rechazado entre garantías de que Alemania no tenía intención de invadir Francia. Para entonces, Chamberlain ya se había dirigido por radio al pueblo británico. Al no recibir una respuesta satisfactoria al ultimátum, el país se hallaba «en guerra con Alemania». «Todo aquello por lo que he trabajado—dijo poco después ante la Cámara de los Comunes—, todo lo que he esperado, todo aquello en lo que he creído en mi vida pública se ha visto arruinado». A primera hora de la tarde, se emitió por radio el anuncio de guerra a la nación alemana en una serie de proclamas hechas por Hitler. Había hecho todo cuanto había podido para mantener la paz, afirmó, pero el deseo de guerra británico lo había hecho imposible. No había que culpar al pueblo británico, sino a su plutocracia judía. Hitler fue más directo con los miembros del Partido Nazi. «Nuestro enemigo global judío ha conseguido poner al pueblo inglés en guerra con Alemania—les dijo, y añadió—: No se repetirá otro año 1918».[198]

Otros no estaban tan seguros. Los conservadores que se habían reunido durante la crisis de Munich del año anterior para oponerse a las intenciones de guerra de Hitler empezaron a inquietarse todavía más cuando éste dirigió su atención hacia Polonia. Habían intentado establecer contacto con los gobiernos británico y francés de distintas maneras, pero sus mensajes eran confusos—unos exhortaban a mantener la firmeza, otros a llegar a un acuerdo a escala europea—y no se los tomaron muy en serio.[199] Cuando Hitler anuló la primera orden para la invasión de Polonia, unos pocos, Schacht, Oster y Canaris entre ellos, pensaron por un momento que este revés a su prestigio acabaría con él. Pero, en esta ocasión, los generales ya no les apoyaban. La confianza de los altos oficiales en su superioridad militar frente a los polacos, plenamente justificada, sus ambiciones largamente alimentadas de infligir un golpe a los polacos, los meses de intimidaciones del líder nazi y su sorpresa y alivio por el desmembramiento exitoso de Checoslovaquia habían superado cualquier reserva que pudieran albergar ante el empuje de las políticas de Hitler. Un año después de la crisis de Munich, las Fuerzas Armadas se encontraban mucho mejor

preparadas; la Unión Soviética estaba neutralizada; y ni británicos ni franceses podían hacer nada para rescatar a Polonia del desastre. Hitler había querido ir a la guerra en septiembre de 1938 y la intervención de ingleses y franceses había frustrado sus intenciones en el último minuto. Esta vez, su resolución era todavía mayor. A pesar de todas las tergiversaciones de los últimos días de agosto de 1939, su determinación de invadir Polonia, incluso a riesgo de una guerra europea generalizada, no se tambalearía por nada. Cuando Göring, en un intento de evitar el conflicto con los británicos, le sugirió el 29 de agosto de 1939 que no era necesario «jugárselo todo», Hitler replicó: «Yo, en mi vida, siempre me he jugado el todo por el todo».[200]

El ir a por todas no era algo que atrajera a la masa de la población alemana. El 29 de agosto de 1939 se percibía un alto grado de alarma. El estado de ánimo en el distrito rural bávaro de Ebermannstadt, según informó un funcionario, era «considerablemente triste». «Aunque no se encuentran señales de temor a la guerra [...] tampoco hay entusiasmo. El recuerdo de la guerra mundial y sus consecuencias está todavía demasiado fresco como para que se registre un estado de ánimo patriotero». El estallido de la guerra, añadía otro informe de unas semanas más tarde, causaba «desánimo» generalizado entre la población.[201] Los observadores socialdemócratas coincidían: la guerra no despertaba «entusiasmos».[202] A mediodía del 3 de septiembre, William L. Shirer escuchó el anuncio de la declaración de guerra por parte de los británicos a través de los altavoces de la Wilhelmplatz junto a un grupo de unas 250 personas. «Cuando terminó el anuncio—escribió—no se escuchaba ni un murmullo». Shirer decidió investigar un poco más cuál era el estado de ánimo: «Caminé por las calles —prosiguió—, en las caras de la gente había asombro, tristeza. [...] Creo que, en 1914, la excitación en Berlín el primer día de la Guerra Mundial fue tremendo. Hoy en día, no hay excitación, no hay “hurras”, no hay aplausos, nadie lanza flores, no hay fiebre de guerra, no hay histeria de guerra». En septiembre de 1939, no renació el legendario espíritu de 1914. La propaganda de guerra pensada para que los alemanes se sintieran llenos de odio hacia sus nuevos enemigos había fracasado.[203]

Cuando Alemania entró en estado de guerra, las emociones más frecuentes fueron la aprensión y la angustia. En Hamburgo, Luise Solmitz se sentía desesperada. «¿Quién va a hacer el milagro?—se preguntaba el 29 de agosto de 1939—. ¿Quién va a ayudar a la humanidad torturada a escapar de la guerra? La respuesta es sencilla: nada ni nadie. [...] Una carnicería todavía no vista por la humanidad está comenzando».[204] La razón principal del desánimo generalizado era el temor a los bombardeos sobre las ciudades alemanas. Las elaboradas precauciones a que se veían obligados a colaborar por los delegados vecinales profundizaban todavía más los temores. «"Las incursiones aéreas—dijo un conocido del marido de Luise Solmitz el 31 de agosto de 1939—no son tan terribles, si nos sacrificamos un poquito. Los bombardeos van a restar presión al frente". ¿Va a sentirse aliviado el frente, respondió Fr[iedrich], si los padres, esposas, hijos y casas de los soldados son aniquilados?».[205] Sin muchas esperanzas de que sirvieran de protección, Luise Solmitz cosió sacos de arena para ponerlos delante de sus ventanas. «Es un mundo lleno de sangre y atrocidades—escribió cuando estalló la guerra—. Entramos en la época que hemos temido tanto, una época en comparación con la cual la Guerra de los Treinta Años parecerá una excursión escolar. [...] Ahora que las heridas de Europa habían sido curadas después de 21 años, Occidente será aniquilado».[206]

IV

La guerra fue el objetivo del Tercer Reich y de sus dirigentes desde el momento en que alcanzaron el poder en 1933. Desde ese momento y hasta el estallido de las hostilidades en septiembre de 1939, habían dedicado todos sus esfuerzos, implacablemente, a preparar a la nación para un conflicto que supondría el dominio alemán de Europa y, finalmente, del mundo. La megalomanía de esas ambiciones se habían evidenciado en el gigantismo de los proyectos desarrollados por Hitler y Speer en Berlín, que tendría que convertirse en Germania, la nueva capital del mundo. Y la escala sin límites del camino emprendido por los nazis para la conquista y dominio del resto del mundo implicaba un intento igualmente global de remodelación de la mentalidad, el alma y el cuerpo de los alemanes para

hacerlos capaces y merecedores del papel de nueva raza dominante que les esperaba. La «coordinación» implacable de las instituciones sociales alemanas que dio al Partido Nazi un monopolio casi absoluto de la organización de la vida cotidiana a partir de 1933 sólo fue el principio. Ciertamente, Hitler y los dirigentes nazis habían proclamado en 1933-1934 que querían combinar lo mejor de la vieja y de la nueva Alemania en la creación del Tercer Reich, mezclar tradición y revolución y tranquilizar a las elites conservadoras tanto como trataron de encauzar el ímpetu de su propio movimiento en la construcción de la nueva Alemania. A finales de junio de 1934, en efecto, las demandas de los nazis más radicales a favor de la revolución permanente fueron aplastadas sin piedad en la Noche de los Cuchillos Largos, al mismo tiempo que se advertía con sangre a los conservadores de que el Tercer Reich no iba a suponer el regreso al viejo orden de la época anterior.

Aun así, la síntesis de lo viejo y lo nuevo que parecía restaurar el baño de sangre del 30 de junio de 1934 ya estaba siendo socavada. De modo desigual, pero sin duda alguna eficaz, la balanza se estaba decantando a favor de lo nuevo. A diferencia de otros regímenes fundados tras la derrota de una revolución marxista, como en Hungría, el Tercer Reich comportó algo más que una mera contrarrevolución. Sus ambiciones iban mucho más allá de la restauración de un *status quo* auténtico, imaginado, saneado o mejorado. Casi de inmediato, el régimen nazi empezó el intento de «coordinar» las grandes instituciones que, por razones tácticas, no había intentado todavía llevar bajo su égida al comienzo del Tercer Reich: el Ejército, las iglesias y los negocios. Ésta fue una tarea complicada, ya que la prioridad dada al rearme exigía cautelas en lo que se refería a los negocios y al brazo militar, mientras el asalto a las creencias religiosas más profundas de la población provocaron tal vez la oposición más abierta y manifiesta con que se encontraron los nazis después de la supresión del movimiento obrero. Aun así, en 1939 se había avanzado un buen trecho. El mundo de la empresa, inicialmente entusiasta ante los beneficios que se podían hacer con la recuperación y el rearme, demostró ser demasiado poco patriótico desde el punto de vista nazi, y a partir de 1936 fue cada vez más violentado, reglamentado y superado por los flancos en una deriva dirigida

por el Estado en pos de la preparación para la guerra que relegaría la búsqueda de beneficios a un asunto de importancia secundaria. La gestión económica de Schacht, osada, imaginativa pero finalmente convencional, fue echada por la borda en 1937-1938, cuando empezó a poner límites a la veloz deriva hacia la guerra. Las Fuerzas Armadas se habían puesto a disposición de Hitler en 1934, y colaboraron gustosamente en el rearme durante los tres siguientes años. Pero cuando altos oficiales como Beck, Blomberg y Fritsch empezaron a resultar un estorbo durante la precipitación de los acontecimientos en 1938, fueron sustituidos, como lo fue el ministro de Asuntos Exteriores, Neurath; los que todavía albergaban dudas se vieron silenciados por el momento con la exitosa anexión de los Sudetes por parte de Hitler en septiembre de 1938.

Para entonces, el régimen también se había impuesto sin ambigüedades en la esfera de la política cultural, evidenciando su opinión sobre el arte moderno en la *Exposición de arte degenerado* organizada en Munich en julio de 1937. Y había empezado a imponer una política implacable de eugenesia social que dejó a un lado la moral cristiana tradicional en su búsqueda de una raza aria perfecta en lo físico y lo espiritual. A este respecto, las políticas radicales se introdujeron desde un principio, con la esterilización forzada de los supuestamente degenerados y con los primeros compases de la expulsión de los judíos del funcionariado, las profesiones liberales, la vida económica y, con la promulgación de las Leyes de Nuremberg de 1935, de la vida sexual de los alemanes. Sin embargo, en este punto, el proceso se aceleró notablemente en 1938, con nuevas leyes sobre matrimonio y divorcio diseñadas para garantizar que sólo podrían procrear los alemanes adecuados desde el punto de vista de la raza, y las parejas sin hijos fueron alentadas a separarse en interés de la raza. La violencia antisemita del pogromo del 9 al 10 de noviembre de 1938, la expropiación final de la comunidad judía de Alemania y su expulsión de las áreas social y cultural donde todavía podían actuar, sólo fueron las expresiones más dramáticas de esta aceleración. La transformación de los campos de concentración en 1937-1938 de lugares de confinamiento y coacción de los restos de la oposición socialdemócrata y comunista, ahora completamente derrotada, a vertederos para los

indeseables desde el punto de vista de la raza, utilizados cada vez más como mano de obra esclava en canteras y otros trabajos diseñados en último término para matarlos fue menos evidente, pero sus consecuencias para los afectados no fueron menos graves.

Los nazis no tenían ninguna intención de volver al pasado en ninguno de estos campos. Por el contrario, su apasionamiento por la modernidad se evidenció rápidamente en todas las esferas. No sólo estaba presente en los departamentos de diseño de las fábricas de armamento, los astilleros, las empresas de construcción de aviones, las cadenas de producción de municiones, los laboratorios de investigación médica y las empresas químicas. La eugenesia y la esterilización forzada eran comúnmente aceptadas por los científicos y los analistas en todo el mundo como la cara más moderna de las políticas sociales. Para aquellos que se adhirieron a ella, la creencia en la centralidad de la raza en los asuntos humanos también extraía su legitimidad de lo que consideraban como los últimos descubrimientos de la ciencia moderna. La modernidad también adquirió una forma concreta, material, en el Tercer Reich. Nuevas drogas, sustitutos sintéticos para el petróleo, el caucho y las fibras naturales, nuevos medios de comunicación como la televisión, nuevos tipos de aleaciones de metales, cohetes espaciales—el Estado apoyó todas estas cosas y muchas más con entusiasmo por medio de institutos de investigación financiados por el gobierno y de ayudas económicas a investigación y desarrollo a las grandes empresas—. La cara pública de la modernidad nazi se hacía evidente en las autopistas, en su empeño por abrir montañas y superar profundos valles con construcciones brillantes, limpias y modernas, y en edificios nazis como los *Ordensburgen*, la sede de las concentraciones del partido en Nuremberg y la nueva Cancillería del Reich en Berlín, donde se emplearon las últimas técnicas revestidas con el estilo neoclásico que constituía el último grito en la arquitectura pública en todo el mundo. Incluso en el arte, terreno en el que Hitler se aseguró de que se retiraran de las galerías y museos de Alemania todos los productos de los principales movimientos modernos de la época, las figuras macizas y musculosas esculpidas por Arno Breker y sus imitadores no representaban formas humanas tradicionales sino un nuevo tipo de hombre, físicamente perfecto y dispuesto a la acción violenta.

Tampoco las escenas campestres pintadas por la escuela «sangre y suelo» no hablaban de un regreso a un mundo rural ligado al pasado jerárquico y aferrado a la tradición, sino de un nuevo orden donde el campesino era independiente, próspero y orgulloso y proporcionaba el alimento que sostendría Alemania en los conflictos que se avecinaban. Para millones de alemanes, el Tercer Reich, con la distribución masiva, real o proyectada, de maravillas tecnológicas como el Receptor del Pueblo o el Volkswagen, significaba modernidad y progreso para todos.[207]

En la mentalidad de los dirigentes nazis, la modernidad estaba ligada al conflicto y a la guerra. El darwinismo social, el principio sancionado científicamente que apuntalaba el pensamiento nazi, postulaba un mundo en que las naciones y las razas se enfrentaban a una lucha permanente por la supervivencia. Así, según Hitler y los dirigentes nazis era de vital importancia preparar para Alemania y a los alemanes para el combate. A medida que aumentó la urgencia de esta necesidad, sobre todo a partir de finales de 1937, aumentó el radicalismo y el comportamiento implacable del régimen.[208] La moderación tradicional fue apartada. La minuciosidad y el carácter implacable del intento nazi de remodelar Alemania y los alemanes prácticamente no tienen paralelos. Todos los aspectos de la vida intelectual y cultural estaban dedicados a servir al propósito de preparar a la población para la guerra. Las escuelas y las universidades se fueron convirtiendo cada vez más en campos de entrenamiento, en detrimento de la enseñanza. En efecto, en todas partes aparecieron campos de entrenamiento que afectaron prácticamente todas las áreas de la vida cotidiana, y no sólo la de los jóvenes. El Tercer Reich se convirtió en un vasto experimento de ingeniería humana, tanto física como espiritual, que no conoció límites en su penetración en el cuerpo y el alma de los individuos, a quienes trató de reconfigurar en una masa coordinada que actuara y sintiera como un solo hombre. Desde un buen comienzo, la coacción y el miedo fueron parte de este proceso tanto como la propaganda y la persuasión. Si un Estado merece el apelativo de totalitario, éste es el Tercer Reich.

En todas estas esferas, el Tercer Reich se aproximó de modo apreciable a sus objetivos en los seis años y medio que separan sus inicios en la primavera de 1933 y el estallido de la guerra en otoño de 1939. Y, aun así,

seis años y medio no es mucho tiempo; apenas lo suficiente para alcanzar la escala y la profundidad de las transformaciones que pretendían los nazis. En una área tras otra, el impulso totalitario se vio obligado a pactar con el carácter intratable de la naturaleza humana. La escala y la severidad de la represión recluyó a las personas en la esfera privada, donde se sentían relativamente seguras para hablar libremente sobre política. En público, cumplían sus deberes para con el régimen, pero, para la mayoría, eso era todo. Las políticas e instituciones domésticas más populares del régimen fueron las que suministraron a la población sus aspiraciones y deseos privados: A la Fuerza a través de la Alegría, Asistencia Popular Nacionalsocialista, la creación de empleo, la reducción del desempleo, una sensación general de estabilidad y orden tras los desórdenes de los años de Weimar. La gran mayoría de la población adulta, cuyas mentalidades y creencias se habían formado antes del Tercer Reich, mantuvieron sus valores más o menos intactos; algunas veces, éstos se solaparon con los de los nazis y otras veces no. El objetivo de los nazis era, sobre todo, la juventud. A largo plazo, a medida que el Tercer Reich avanzara a paso seguro hacia sus mil años de existencia, las reservas de los mayores no importarían. El futuro residía en los jóvenes, y el futuro sería nazi.

También los jóvenes, por supuesto, deseaban mantener sus placeres privados, y cuanto más sentían que se los estafaban por medio de la movilización constante en las Juventudes Hitlerianas, la escuela y la universidad, más murmuraban contra la vida bajo el Tercer Reich. Algunos maestros y profesores de universidad consiguieron distanciarse de la ideología nazi, aunque las alternativas que ofrecían rara vez se diferenciaban mucho de las ideas suministradas por los nazis. El contenido de entretenimiento que ofrecían los medios de comunicación, el cine, la radio, las revistas, el teatro, etc., fue creciendo a medida que empezó a evidenciarse el aburrimiento que la propaganda directa provocaba entre jóvenes y mayores. La educación y la cultura consiguió sobrevivir, pero sólo por medio de compromisos. A pesar de ello, seis años y medio de propaganda incesante surtieron efecto. Todos los analistas, fuera cual fuese su punto de vista, coincidían en que las generaciones jóvenes, los nacidos a partir de mediados de los años veinte, estaban en general más imbuidos de

las ideas y creencias nazis de lo que estaban sus mayores. Por ejemplo, los que participaron en el pogromo del 9 al 10 de noviembre de 1938 en la estela de los camisas pardas y los SS que encendieron la violencia fueron sobre todo jóvenes, también niños, mientras los mayores se mantuvieron al margen en muchos lugares, horrorizados por el caos. Pero incluso los mayores estuvieron lejos de quedar completamente inmunes: el antisemitismo se propagó con tanta insistencia que, por mucho que deploraran la violencia del pogromo de noviembre de 1938 o simpatizaran con individuos judíos a quienes conocían personalmente, la gente empezó a utilizar el lenguaje del antisemitismo casi sin darse cuenta y a pensar en los judíos como una raza aparte.

Pero por encima de todo, lo que persuadió a la mayoría de la gente fue el nacionalismo de los nazis. Por mucha que fuera la preocupación ante la guerra, es indudable que los logros de Hitler para librarse del universalmente odiado yugo de Versalles despertaron el orgullo y satisficieron a la gran mayoría de alemanes, también a muchos antiguos socialdemócratas y, con toda probabilidad, a no pocos ex comunistas. La salida de la Sociedad de Naciones, el plebiscito del Sarre, la remilitarización del Rin, la anexión de Austria, la incorporación de los Sudetes, la recuperación de Memel, la absorción de Danzig: para los alemanes, esto significó acabar con la vergüenza de los acuerdos de paz de 1919, devolver a Alemania su lugar en el mundo, reclamar para Alemania el derecho a la autodeterminación que tantas otras naciones habían obtenido al final de la Primera Guerra Mundial.

Todo esto era, para los alemanes, la obra de un hombre, Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich. La imagen propagandística de Hitler como un hombre de Estado que había devuelto el orgullo a los alemanes casi en solitario no se correspondía del todo con la realidad, por supuesto. Incluso en el terreno de la política exterior se produjeron ocasiones, especialmente la anexión de Austria, en que Hitler siguió el liderazgo de otros (en ese caso, de Göring) o, en la crisis de Munich, fue forzado en contra de su voluntad a inclinarse ante la presión internacional. Otros, especialmente Ribbentrop, ejercieron también una influencia considerable en la toma de decisiones en momentos clave. Sin embargo, fue en efecto Hitler quien, a

veces alentado por su entorno inmediato y a veces no, condujo Alemania hacia la guerra entre 1933 y 1939. Él estableció las líneas generales de la política y la ideología para que otros las aplicaran al detalle. En los momentos cruciales, tomó el mando, algunas veces con incertidumbre y vacilaciones, pero empujando siempre hacia el objetivo final: la guerra. La historia del Tercer Reich entre 1933 y 1939 no fue una historia de radicalización incesante empujada por la inestabilidad inherente de su sistema de mando o por una competición constante por el poder entre sus sátrapas y favoritos en la que la política más radical era siempre la que más probabilidades tenía de ser aplicada. Por muy irracional e inestable que fuera, el Tercer Reich fue dirigido en primer lugar desde arriba, por Hitler y sus secuaces, sobre todo Göring y Goebbels, a los que más adelante se sumó Ribbentrop. Cuando Hitler decidía reducir la velocidad de una política concreta, por ejemplo en el caso del antisemitismo durante los Juegos Olímpicos de 1936, no tuvo dificultades en hacerlo. Esto no significa que todo lo que sucedió en el Tercer Reich fuera ordenado por Hitler, sino que él fue el piloto que determinó la dirección de los acontecimientos.

Hitler no tenía dudas sobre su importancia central en todo lo que sucedía en la Alemania nazi. A medida que pasaba el tiempo, sus éxitos en el campo de la política exterior empezaron a convencerle de que era, como dijo en más de una ocasión hacia finales de los años treinta, el alemán más importante de la historia: un hombre predestinado, un jugador que ganaba todas las rondas, un sonámbulo guiado por la Providencia. Mucho antes de 1939 él ya creía en su propio mito. Aquellos que intentaban contenerle eran apartados. Hasta ese momento, su creciente fe inquebrantable en sí mismo había demostrado estar más que justificada. Sin embargo, en septiembre de 1939 protagonizó su primer error de cálculo serio. A pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de las garantías de Ribbentrop, a pesar de la intervención de Göring, a pesar de los errores de último minuto de Chamberlain, los británicos le declararon la guerra. Sin embargo, por el momento, Hitler no se preocupó demasiado. Los primeros meses del conflicto vieron tan poca actividad en el flanco oeste que pronto se los llamó la «drôle de guerre». La guerra de verdad se estaba produciendo en el Este. La guerra iniciada contra

Polonia el 1 de septiembre de 1939 fue, desde un principio, una guerra de conquista, subyugación y exterminación racial. «Cerrad vuestros corazones a la piedad—dijo Hitler a sus generales el 22 de agosto de 1939—: ¡Actuad brutalmente! Hay ochenta millones de personas que deben conseguir lo que tienen derecho a tener. Hay que garantizar su existencia. ¡El más fuerte, el más implacable, tiene la razón!».[209] Brutalidad e implacabilidad, muerte y destrucción: éste fue el significado de la guerra para millones de personas en el conflicto que acababa de empezar.

BIBLIOGRAFÍA

ABEL, KARL-DIETRICH, *Presselenkung im NS-Staat: Eine Studie zur Geschichte der Publizistik in der nationalsozialistischen Zeit*, Berlín, 1990 (1968).

ABELLA, IRVING M.yHAROLD TROPER, *None Is Too Many: Canada and the Jews of Europe, 1933-1948*, Nueva York, 1983.

ABELSHAUSER, WERNER, «Germany: Guns, Butter, and Economic Miracles», en Harrison (ed.), *The Economics of World War* II, pp. 122-176.

—, «Kriegswirtschaft und Wirtschaftswunder. Deutschlands wirtschaftliche Mobilisierung für den Zweiten Weltkrieg und die Folgen für die Nachkriegszeit», *VfZ*, n.º 47, 1999, pp.503-538.

—, *The Dynamics of German Industry: The German Road Towards the New Economy and the American Challenge*, Nueva York, 2005.

ABELSHAUSER, WERNER *et al*., *German Industry and Global Enterprise: BASF: The History of a Company*, *Cambridge*, 2004.

ABELSHAUSER, WERNER y ANSELM FAUST (eds.), Wirtschafts-und *Sozialpolitik: Eine nationalsozialistische Revolution*?, Tubinga, 1983.

ABENDROTH, HANS-HENNING, *Hitler in der spanischen Arena: Die deutschspanischen Beziehungen im Spannungsfeld der europäischen Interessenpolitik vom Ausbruch des Bürgerkrieges bis zum Ausbruch des Weltkrieges*, *1936-1939*, Paderborn, 1973.

—, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte*, pp.471-488.

ABRAMS, LYNN, *Workers' Culture in Imperial Germany: Leisure and Recreation in the Rhineland and Westphalia*, Londres, 1992.

ACH, MANFRED y CLEMENS PENTROP (eds.), Hitlers *«Religion»*: *Pseudoreligiöse Elemente im nationalsozialistischen Sprachgebrauch*, Munich, 1991 (1979).

ACKERMANN, JOSEF, *Heinrich Himmler als Ideologe*, Gotinga, 1970.

ADAM, PETER, *The Arts of the Third Reich*, Londres, 1992. [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992.]

ADAM, UWE DIETRICH, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Dusseldorf, 1972.

—, «How Spontaneous Was the Pogrom?», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp.73-94.

ADAMTHWAITE, ANTHONY, «France and the Coming of War», en Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, pp.78-89.

ADLER-RUDEL, SALOMON, *Jüdische Selbsthilfe unter dem Naziregime 1933-1939*, *im Spiegel der Berichte der Reichsvertretung der Juden in Deutschland*, Tubinga, 1974.

AKADEMIE DER KÜNSTE, Berlin (ed.), *Zwischen Anpassung und Widerstand: Kunst in Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1978.

ALBRECHT, DIETER (ed.), *Der Notenwechsel zwischen dem Heiligen Stuhl und der Deutschen Reichsregierung*, 3 vols., Maguncia, 1965-1980.

ALBRECHT, DIETER *et al*. (eds.), *Politik und Konfession: Festschrift für Konrad Repgen zum 60. Geburtstag*, Berlín, 1983.

ALBRECHT, GERD, *Nationalsozialistische Filmpolitik: Eine soziologische Untersuchung über die Spielfilme des Dritten Reichs*, Stuttgart, 1969.

—, *Der Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Karlsruhe, 1979.

ALLEN, WILLIAM SHERIDAN, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, Nueva York, 1984 (1965).

—, «Social Democratic Resistance against Hitler and the European Tradition of Underground Movements», en Nicosia y Stokes (eds.), *Germans Against Nazism*, pp.191-204.

ALTER, REINHARD, *Gottfried Benn: The Artist and Politics* (1910-1934), Frankfurt, 1976.

ALTE SYNAGOGE, (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe: Zur Geschichte der Juden in Essen unter dem Nationalsozialismus*, Essen, 1994.

ALTGELD, WOLFGANG, *Katholizismus, Protestantismus, Judentum: Über religiös begründete Gegensätze und nationalreligiöse Ideen in der Geschichte des deutschen Nationalismus*, Maguncia, 1992.

—, «Religion, Denomination and Nationalism in Nineteenth-Century Germany», en Smith (ed.), *Protestants*, *Catholics*, *and Jews*, pp.49-65.

ANDERL, GABRIELE y DIRK RUPNOW, *Die Zentralstelle für jüdische Auswanderung als Beraubungsinstitution*, Viena, 2004.

ANGERMUND, RALPH, *Deutsche Richterschaft 1919-1945: Krisenerfahrung*, *Illusion*, *politische Rechtsprechung*, Frankfurt, 1990.

APPLEBAUM, ANNE, *Gulag: A History of the Soviet Camps*, Londres, 2003.[Hay trad. cast.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona, 2004.]

APPLEGATE, CELIA, «The Past and Present of *Hausmusik* in the Third Reich», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp.136-149.

ARENDT, HANNAH, *The Origins of Totalitarianism*, Londres, 1973 (1955). [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 1998.]

ARETIN, KARL OTMAR VON, «Der bayerische Adel von der Monarchie zum Dritten Reich», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 513-568.

ARETIN, KARL OTMAR VON y KARL BUCHHEIM (eds.), *Krone und Ketten: Erinnerungen eines bayerischen Edelmannes*, Munich, 1955.

ARNDT, KARL, «Die Münchener Architekturszene 1933/34 als ästhetisch-politisches Konfliktfeld», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, III vol., pp. 443-512.

—, *Nationalsozialismus und «Entartete Kunst»: Die «Kunststadt» München 1937*, Munich, 1988.

—, «Das "Haus der deutschen Kunst" - ein Symbol der neuen Machtverhältnisse», en Schuster (ed.), *Die «Kunststadt» München*, pp.61-82.

—, «Paul Ludwig Troost als Leitfigur der nationalsozialistischen Räpresentationsarchitektur», en Lauterbach (ed.), *Bürokratie und Kult*, pp.147-156.

ARNTZ, H. DIETER, *Ordensburg Vogelsang 1934-1945: Erziehung zur politischen Führung im Dritten Reich*, Euskirchen, 1986.

AROLD, STEFAN, *Die technische Entwicklung und rüstungswirtschaftliche Bedeutung des Lokomotivbaus der Deutschen Reichsbahn im Dritten Reich (1933-1945)*, Stuttgart, 1997.

ARONSON, SHLOMO, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD*, Stuttgart, 1971.

ASTER, SIDNEY, «"Guilty Men": The Case of Neville Chamberlain», en Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, pp.62-77.

AYASS, WOLFGANG, *«Asoziale» im Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1995.

AYÇOBERRY, PIERRE, *The Nazi Question: An Essay on the Interpretations of National Socialism (1922-1975)*, Nueva York, 1981.

BACHARACH, WALTER ZWI, «The Catholic Anti-Jewish Prejudice, Hitler and the Jews», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.415-430.

BACKES, KLAUS, *Hitler und die bildenden Künste: Kulturverständnis und Kunstpolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1988.

BAHR, EHRHARD, «Nazi Cultural Politics: Intentionalism V. Functionalism», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.5-22.

BAIRD, JAY W., «From Berlin to Neubabelsberg: Nazi Film Propaganda and Hitler Youth Quex», *Journal of Contemporary History*, 18, 1983, pp.495-515.

—, *To Die for Germany: Heroes in the Nazi Pantheon*, Bloomington, Ind. 1990.

BAJOHR, FRANK, «Gauleiter in Hamburg. Zur Person und Tätigkeit Karl Kaufmanns», *VfZ*, 43, 1995, pp.27-95.

—, «The "Aryanization" of Jewish Companies and German Society: The Example of Hamburg», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.226-245.

—, *Parvenüs und Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Frankfurt, 2001.

—, *«Aryanization» in Hamburg: The Economic Exclusion of Jews and the Confiscation of their Property in Nazi Germany*, Nueva York, 2002 (1997).

—, (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1993.

BAJOHR, FRANK y JOACHIM SZODRZYNSKI, «"Keine jüdische Hautcreme mehr benutzen". Die antisemitische Kampagne gegen die Hamburger Firma Beiersdorf», en Herzig (ed.), *Die Juden in Hamburg*, pp.15-26.

BAJOHR, STEFAN, «Weiblicher Arbeitsdienst im "Dritten Reich". Ein Konflikt zwischen Ideologie und Okonomie», *VfZ*, 28, 1980, pp.331-357.

BANKIER, DAVID, *The Germans and The Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992.

—, (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941*, Jerusalem, 2000.

BARANOWSKI, SHELLEY, *The Confessing Church*, *Conservative Elites*, *and the Nazi State*, Nueva York, 1986.

—, «East Elbian Landed Elites and Germany's Turn to Fascism: The *Sonderweg* Controversy Revisited», *European History Quarterly*, 26, 1996, pp.209-240.

—, *Strength Through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Nueva York, 2004.

BARBIAN, JAN-PIETER, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen*, *Kompetenzen*, *Betätigungsfelder*, Munich, 1995 (1993).

BARBIAN, PETER, «Literary Policy in the Third Reich», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.155-196.

BARKAI, AVRAHAM, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews 1933-1943*, Hanover, 1989 (1988).

—, «Die deutschen Unternehmer und die Judenpolitik im "Dritten Reich"», *Geschichte und Gesellschaft*, 15, 1989, pp.235-237.

—, *Nazi Economics: Ideology, Theory, and Policy*, Oxford, 1990 (1988).

—, «German Interests in the Haavara-Transfer Agreement 1933-1939», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 35, 1990, pp.254-266.

—, «The Fateful Year 1938: The Continuation and Acceleration of Plunder», en Pehle (ed.), *November* 1938, pp.95-122.

—, «Jewish Life under Persecution», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, pp. 231-257.

—, «Shifting Organizational Relationships», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, pp.259-282.

—, «Self-Help in the Dilemma: "To Leave or to Stay?"», en Meyer (ed.), *German Jewish History*, pp.313-332.

BARKER, THEO (ed.), *The Economic and Social Effects of the Spread of Motor Vehicles: An International Centenary Tribute*, Londres, 1988.

BARLACH, ERNST, *Die Briefe*, ed. Friedrich Dross, 2 vols., Munich, 1968-1969.

BARNETT, VICTORIA, *For the Soul of the People: Protestant Protest against Hitler*, Oxford, 1992.

BARRON, STEPHANIE (ed.), *Degenerate Art: The Fate of the Avant-Garde in Nazi Germany*, Los Angeles, 1991.

—, «The Galerie Fischer Auction», en *ibid*., pp. 135-171.

BÄRSCH, CLAUS-EKKEHARD, *Die politische Religion des Nationalsozialismus: Die religiöse Dimension der NS-Ideologie in der Schriften von Dietrich Eckhard, Joseph Goebbels, Alfred Rosenberg und Adolf Hitler*, Munich, 1998.

BARTETZKO, DIETER, *Zwischen Zucht und Ekstase: Zur Theatralik von NS-Architektur*, Berlín, 1985.

BARTH, KARL, *Karl Barth zum Kirchenkampf: Beteiligung, Mahnung, Zuspruch*, Munich, 1956.

—, *The German Church Conflict*, Londres, 1965.

BÄSTLEIN, KLAUS, «Sondergerichte in Norddeutschland als Verfolgungsinstanz», en Bajohr (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus*, pp.218-238.

BATESON, GREGORY, «An Analysis of the Nazi Film *Hitlerjunge Quex»*, en Mead y Métraux (eds.), *The Study of Culture at a Distance*, pp.302-314.

BAUER, GERHARD, *Sprache und Sprachlosigkeit im «Dritten Reich»*, Colonia, 1990 (1988).

BAUER, YEHUDA, *My Brother's Keeper: A History of the American Jewish Joint Distribution Committee, 1929-1939*, Filadelfia, 1974.

BAUMANN, ANGELIKA y ANDREAS HEUSLER (eds.), *München «arisiert»: Entrechtung und Enteignung der Juden in der NS-Zeit*, Munich, 2004.

BAUMANN, JÜRGEN, *Paragraph 175: Über die Möglichkeit, die einfache, nichtjugendgefährdende und nichtöffentliche Homosexualität unter Erwachsenen straffrei zu lassen*, Berlín, 1968.

BAUMEISTER, STEFAN, *NS-Führungskader: Rekrutierung und Ausbildung bis zum Beginn des Zweiten Weltkriegs, 1933-1939*, Constanza, 1997.

BAUMGART, WINFRIED, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939. Eine quellenkritische Untersuchung», *VfZ*, 16, 1968, pp. 120-149.

—, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939: Eine Erwiderung», *VfZ*, 19, 1971, pp.301-304.

BAUMGÄRTNER, RAIMUND, *Weltanschauungskampf im Dritten Reich: Die Auseinandersetzung der Kirchen mit Alfred Rosenberg*, Maguncia, 1977.

BAYLES, WILLIAM D., *Caesars in Goosestep*, Nueva York, 1940.

BECHSTEDT, MARTIN, «"Gestalthafte Atomlehre" -Zur "Deutschen Chemie" im NS-Staat», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp.142-165.

BECK, JOHANNES *et al*. (eds.), *Terror und Hoffnung in Deutschland*, *1933-1945: Leben im Faschismus*, Reinbek, 1980.

BECKER, WOLFGANG, *Film und Herrschaft; Organisationsprinzipien und Organisationsstrukturen der nationalsozialistischen Filmpropaganda*, Berlín, 1973.

BEER, HELMUT, *Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Nürnberg 1933-1945*, Nuremberg, 1976.

BEHNKEN, KLAUS (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands* (*Sopade*) *1934-1940*, 7 vols., Frankfurt, 1980.

BEHNKEN, KLAUS y FRANK WAGNER, *Inszenierung der Macht: Ästhetische Faszination im Faschismus*, Berlín, 1987.

BEHRENBECK, SABINE, *Der Kult um die toten Helden: Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole 1923 bis 1945*, Vierow bei Greifswald, 1996.

BELL, PHILIP M. H., *The Origins of the Second World War in Europe*, Londres, 1986.

BELLON, BERNARD P., *Mercedes in Peace and War: German Automobile Workers*, *1903-1945*, Nueva York, 1990.

BENJAMIN, WALTER, «Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit», en *ibid*, *Gesammelte Schriften*, I/II, ed. Rolf Tiedermann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt, 1974.

BENN, GOTTFRIED, *Gesammelte Werke*, ed. Dieter Wellershoff, 4 vols., Wiesbaden, 1961.

BENNECKE, HEINRICH, *Die Reichswehr und der «Röhm-Putsch»*, Munich, 1964.

BENNHOLD, MARTIN (ed.), *Spuren des Unrechts: Recht und Nationalsozialismus. Beiträge zur historischen Kontinuität*, Colonia, 1989.

BENTLEY, JAMES, *Martin Niemöller*, *1892-1984*, Oxford, 1984.

BENZ, UTE y WOLFGANG BENZ, *Sozialisation und Traumatisierung: Kinder in der Zeit des Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1992.

BENZ, WOLFGANG (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945. Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Munich, 1988.

—, «The Ritual and Stage Management of National Socialism. Techniques of Domination and the Public Sphere», en Milfull (ed.), *The Attractions of Fascism*, pp. 273-288.

—, «The Relapse into Barbarism», en Pehle (ed.), *November 1938*.

—, (ed.), *KZ-Aussenlager - Geschichte und Errinerung*, Dachau, 1999.

—, *Flucht aus Deutschland: Zum Exil im 20. Jahrhundert*, Munich, 2001.

BERADT, CHARLOTTE, *Das Dritte Reich des Traums*, Frankfurt, 1981 (1966).

BERENBAUM, MICHAEL, *A Mosaic of Victims: Non Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Nueva York, 1990.

BERGEN, DORIS L., *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, N. C., 1996.

BERGER, STEFAN *et al*. (eds.), *Writing National Histories: Western Europe since 1800*, Londres, 1999.

BERGHOFF, HARTMUT, *Zwischen Kleinstadt und Weltmarkt: Hohner und die Harmonika 1857-1961: Unternehmensgeschichte als Gesellschaftsgeschichte*, Paderborn, 1997.

BERGSDORF, WOLFGANG, «Sprachlenkung im Nationalsozialismus», en Greiffenhagen (ed.), *Kampf um Wörter*?, pp.65-74.

BERLINER GESCHICHTSWERKSTATT (ed.), *Alltagskultur*, *Subjektivität und Geschichte: zur Theorie und Praxis von Alltagsgeschichte*, Munster, 1994.

Berliner Illustrierte Nachtausgabe (1933-1939).

BERNETT, HAJO, *Der jüdische Sport im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1938*, Schorndorf, 1978.

BERNHARD, HANS JOACHIM *et al*. (eds.), *Der Reichstagsbrandprozess und Georgi Dimitroff: Dokumente*, 2 vols., Berlín, 1981-1989.

BESSEL, RICHARD, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany 1925-1934*, Londres, 1984.

—, (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford, 1987.

—, (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts*, Cambridge, 1996.

—, *Nazism and War*, Londres, 2004.

BESSEN, DOROTHEA, «Der Jüdische Kulturbund Rhein-Ruhr 1933-1938», en Alte Synagoge (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe*, pp.43-65.

BETHGE, EBERHARD, *Dietrich Bonhoeffer: Theologe, Christ, Zeitgenosse*, Munich, 1967. [Hay trad. cast.: *Dietrich Bonhoeffer: teólogo, cristiano, hombre actual*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1970.]

BEYERCHEN, ALAN D., *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in the Third Reich*, New Haven, Conn., 1977.

BILLSTEIN, REINHOLD *et al*., *Working for the Enemy: Ford, General Motors, and Forced Labor in Germany during the Second World War*, Nueva York, 2000.

BLAAZER, DAVID, «Finance and the End of Appeasement: The Bank of England, the National Government and the Czech Gold», *Journal of Contemporary History*, 40, 2005, pp.25-40.

BLACK, PETER, «Ernst Kaltenbrunner: Chief of the Reich Security Main Office», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.133-143.

—, *Ernst Kaltenbrunner: Vassall Himmlers: Eine SS-Karriere*, Paderborn, 1991.

BLACKBOURN, DAVID, *Populists and Patricians: Essays in Modern German History*, Londres, 1987.

BLACKBURN, GILMER W., *Education in the Third Reich: A Study of Race and History in Nazi Textbooks*, Albany, N. Y., 1985.

BLAICH, FRITZ, «Die bayerische Industrie 1933-1939. Elemente von Gleichschaltung, Konformismus und Selbstbehauptung», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, II, pp. 237-280.

—, *Wirtschaft und Rüstung im «Dritten Reich»*, Dusseldorf, 1987.

—, «Why Did the Pioneer Fall Behind? Motorization in Germany between the Wars», en Barker (ed.), *The Economic and Social Effects of the Spread of Motor Vehicles*, pp.149-155.

BLASCHKE, OLAF (ed.), *Konfessionen im Konflikt: Deutschland zwischen 1800 und 1970: Ein zweites konfessionelles Zeitalter*, Gotinga, 2002.

BLASIUS, DIRK, «Die Ausstellung "Entartete Musik" von 1938. Ein Beitrag zum Kontinuitätsproblem der deutschen Geschichte», en Haberl y Korenke (eds.), *Politische Deutungskulturen*, pp.199-211.

BLASIUS, RAINER A., *Für Grossdeutschland-gegen den grossen Krieg: Staatssekretär Ernst Frhr. von Weizsäcker in den Krisen um die Tschechoslowakei und Polen 1938/39*, Colonia, 1981.

BLAU, BRUNO, *Das Ausnahmerecht für die Juden in Deutschland 1933-1945*, Dusseldorf, 1954 (1952).

BLEUEL, HANS PETER, *Strength Through Joy: Sex and Society in Nazi Germany*, Londres, 1973 (1972).

BLUMENBERG, WERNER, *Kämpfer für die Freiheit*, Berlín, 1959.

BOAK, HELEN L., «The State as an Employer of Women in the Weimar Republic», en Lee y Rosenhaft (eds.), *The State and Social Change in Germany*, pp. 61-98.

BOAS, JACOB, «German-Jewish Internal Politics under Hitler 1933-1939», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29, 1984, pp.2-25.

BOBERACH, HEINZ (ed.), *Berichte des SD und der Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk in Deutschland 1934-1944*, Maguncia, 1971.

—, *Meldungen aus dem Reich, 1938-1945: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*, 17 vols., Herrsching, 1984.

BOCK, GISELA, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986.

—, «Antinatalism, Maternity and Paternity in National Socialist Realism», en Crew (ed.), *Nazism*, pp.110-140.

BOCK, HELMUT *et al*. (eds.), *Sturz ins Dritte Reich: Historische Miniaturen und Porträts 1933/35*, Leipzig, 1983.

BOELCKE, WILLI A., *Die deutsche Wirtschaft 1930-1945: Interna des Reichswirtschaftsministeriums*, Dusseldorf, 1983.

—, *Die Kosten von Hitlers Krieg: Kriegsfinanzierung und finanzielles Kriegserbe in Deutschland 1933-1948*, Paderborn, 1985.

BOESE, ENGELBRECHT, *Das öffentliche Bibliothekswesen im Dritten Reich*, Bad Honnef, 1987.

BOHLEBER, WERNER y JÖRG DREW, *«Gift, das du unbewusst eintrinkst...». Der Nationalsozialismus und die deutsche Sprache*, Bielefeld, 1994 (1991).

BÖHM, HERMANN, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *VfZ*, 19, 1971, pp.294-300.

BOHN, ROBERT y UWE DANKER, *«Standgericht der inneren Front»: Das Sondergericht Altona/Kiel 1932-1945*, Hamburgo, 1998.

BÖHNERT, GUNNAR C., «An Analysis of the Age and Education of the SS *Führerkorps* 1925-1939», *Historical Social Research*, 12, 1979, pp.4-17.

BOLCHOVER, RICHARD, *British Jewry and the Holocaust*, Cambridge, 1993.

BOLLMUS, REINHARD, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: Studien zum Machtkampf im nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Stuttgart, 1970.

—, «Alfred Rosenberg: National Socialism's "Chief Ideologue"?», en Smelser y Zitelman (eds.), *The Nazi Elite*, pp.183-193.

BONHOEFFER, DIETRICH, *Gesammelte Schriften*, Munich, 1958.

BORK, SIEGFRIED, *Missbrauch der Sprache: Tendenzen nationalsozialistischer Sprachregelung*, Munich, 1970.

BORKIN, JOSEPH, *The Crime and Punishment of I. G. Farben*, Nueva York, 1978.

BORMANN, ALEXANDER VON, «Das nationalsozialistische Gemeinschaftslied», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.256-280.

BORNSCHEUER, KARL-DIETER (ed.), *Justiz im Dritten Reich: NS-Sondergerichtsverfahren in Rheinland-Pfalz: Eine Dokumentation*, 3 vols., Frankfurt, 1994.

BORRMANN, NORBERT, *Paul Schultze-Naumburg, 1869-1949: Maler, Publizist, Architekt: Vom Kulturreformer der Jahrhundertwende zum Kulturpolitiker im Dritten Reich*, Essen, 1989.

BÖTTCHER, ROBERT, *Kunst und Kunsterziehung im neuen Reich*, Breslau, 1933.

BOTZ, GERHARD, *Die Eingliederung Österreichs in das deutsche Reich: Planung und Verwirklichung des politisch-administrativen Anschlusses (1938-1940)*, Linz, 1972.

—, *Wohnungspolitik und Judendeportation in Wien 1938 bis 1945: Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik*, Viena, 1975.

—, *Der 13. März 38 und die Anschlussbewegung: Selbstaufgabe, Okkupation und Selbstfindung Osterreichs 1908-1945*, Viena, 1978.

—, *Wien, vom «Anschluss» zum Krieg: Nationalsozialistische Machtübernahme und politisch-soziale Umgestaltung am Beispiel der Stadt Wien 1938/39*, Viena, 1978.

BOVERI, MARGRET, *Wir lügen alle: Eine Hauptstadtzeitung unter Hitler*, Olten, 1965.

BOYER, CHRISTOPH, *Nationale Kontrahenten oder Partner? Studien zu den Beziehungen zwischen Tschechen und Deutschen in der Wirtschaft der CSR*, Munich, 1999.

BRACHER, KARL DIETRICH *et al*., *Die nationalsozialistische Machtergreifung: Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/34*, 3 vols., Frankfurt, 1974 (1960). [Hay trad. cast.: *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Alianza, Madrid, 1974.]

—, *et al*. (eds.), *Deutschland 1933-1945: Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Bonn, 1993 (1992).

BRACHT, HANS-GÜNTHER, *Das höhere Schulwesen im Spannungsfeld von Demokratie und Nationalsozialismus: Ein Beitrag zur Kontinuitätsdebatte am Beispiel der preussischen Aufbauschule*, Frankfurt, 1998.

BRACKMANN, KARL-HEINZ y RENATE BIRKENHAUER, *NS-Deutsch: Selbstverständliche Begriffe und Schlagwörter aus der Zeit des Nationalsozialismus*, Straelen, 1988.

BRAHAM, RANDOLPH L., *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, 2 vols., Nueva York, 1980.

—, *Perspectives on the Holocaust*, Boston, 1983.

—, (ed.), *Jewish Leadership during the Nazi Era: Patterns of Behavior in the Free World*, Nueva York, 1985.

BRAKELMANN, GÜNTER, «Hoffnungen und Illusionen evangelischer Prediger zu Beginn des Dritten Reiches: gottesdienstliche Feiern aus politischen Anlässen», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.129-148.

—, «Nationalprotestantismus und Nationalsozialismus», en Jansen *et al*. (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit*, pp.337-350.

BRAMSTED, ERNEST KOHN, *Goebbels and National Socialist Propaganda*, *1925-1945*, East Lansing, Mich., 1965.

BRAND-CLAUSSEN, BETTINA (ed.), *Beyond Reason: Art and Psychosis: Works from the Prinzhorn Collection*, Londres, 1996.

BRANDES, DETLEF, «Die Politik des Dritten Reiches gegenüber der Tschechoslowakei», en Funke (ed.), Hitler, *Deutschland und die Mächte*, pp.508-523.

—, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat*, 2 vols., Munich, 1967-1975.

BRANDES, DETLEF *et al*., *Erzwungene Trennung: Vertreibungen und Aussiedlungen in und aus der Tschechoslowakei, 1938-1947 im Vergleich mit Polen, Ungarn und Jugoslawien*, Essen, 1999.

BRANDES, DETLEF y VACLAV KURAL (eds.), *Der Weg in die Katastrophe: Deutschtschechoslowakische Beziehungen 1938-1947*, Essen, 1994.

BRANDT, HARM-HINRICH y MATTIS STICKLER (eds.), *«Der Burschen Herrlichkeit»: Geschichte und Gegenwart des studentischen Korporationswesens*, Wurzburgo, 1998.

BRÄUTIGAM, PETRA, *Mittelständische Unternehmer im Nationalsozialismus: Wirtschaftliche Entwicklungen und soziale Verhaltensweisen in der Schuh-und Lederindustrie Badens und Württembergs*, Munich, 1997.

BRECHTKEN, MAGNUS, *«Madagaskar für die Juden»: Antisemitische Idee und politische Praxis 1885-1945*, Munich, 1997.

BREITMAN, RICHARD y ALAN KRAUT, *American Refugee Policy and European Jewry, 1933-1945*, Bloomington, Ind., 1987.

BREITSCHNEIDER, HEIKE, *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in München 1933 bis 1945*, Munich, 1968.

BREKER, ARNO, *Im Strahlungsfeld der Ereignisse 1925-1965*, Preussisch Oldendorf, 1972.

BRENNER, HILDEGARD, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*, Reinbek, 1963.

BRENNER, PETER J., *Reisekultur in Deutschland: Von der Weimarer Republik zum «Dritten Reich»*, Tubinga, 1997.

BREYVOGEL, WILFRIED y THOMAS LOHMANN, «Schulalltag im Nationalsozialismus», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.199-221.

BRIDENTHAL, RENATE y CLAUDIA KOONZ, «Beyond *Kinder*, *Küche*, *Kirche*: Weimar Women in Politics and Work», en Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny*, pp.33-65.

BRIDENTHAL, RENATE, *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984.

BRINKMANN, REINHOLD, «The Distorted Sublime: Music and National Socialist Ideology -A Sketch», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 42-63.

BRINTZINGER, KLAUS-RAINER, *Die Nationalökonomie an den Universitäten Freiburg, Heidelberg und Tübingen 1918-1945: Eine institutionenhistorische, vergleichende Studie der wirtschaftswissenschaftlichen Fakultäten und Abteilungen südwestdeutscher Universitäten*, Frankfurt, 1996.

BRODER, HENRYK M. y EIKE GEISEL (eds.), *Premiere und Pogrom: Der Jüdische Kulturbund 1933-1941: Texte und Bilder*, Berlín, 1992.

BROOK-SHEPHERD, GORDON, *The Austrians: A Thousand-year Odyssey*, Londres, 1996.

BROSZAT, MARTIN, «Die memeldeutschen Organisationen und der Nationalsozialismus 1933-1939», *VfZ*, 5, 1957, pp.273-278.

—, *Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Munich, 1969.

—, «The Concentration Camps 1933-1945», en Krausnick *et al*., *Anatomy*, pp.397-496.

—, *Zweihundert Jahre deutsche Polenpolitik*, Frankfurt, 1972 (1963).

—, «Politische Denunziationen in der NS-Zeit: Aus Forschungserfahrungen im Staatsarchiv München», *Archivalische Zeitschrift*, 73, 1977, pp.221-238.

BROSZAT, MARTIN, *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 6 vols., Munich, 1977-1983.

BROSZAT, MARTIN y HORST MÖLLER (eds.), *Das Dritte Reich: Herrschaftsstruktur und Geschichte*, Munich, 1986 (1983).

BROSZAT, MARTIN y KLAUS SCHWABE (eds.), *Die Deutschen Eliten und der Weg in den Zweiten Weltkrieg*, Munich, 1989.

BROWDER, GEORGE C., *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, Lexington, Ky., 1990.

—, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Nueva York y Oxford, 1996.

BRÜCKS, ANDREA, «Zwangssterilisation gegen "Ballastexistenzen"», en Frahm *et al*. (eds.), *Verachtet - verfolgt - vernichtet*, pp.103-108.

BRUMME, MARTIN F., «"Prachtvoll fegt der eiserne Besen durch die deutschen Lande". Die Tierärzte und das Jahr 1933», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp. 173-182.

BRUNCK, HELMA, *Die Deutsche Burschenschaft in der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus*, Munich, 1999.

BRUNNER, CLAUDIA, *Arbeitslosigkeit im NS-Staat: Das Beispiel München*, Pfaffenweiler, 1997.

BRUNNER, OTTO y DIETRICH GERHARD (eds.), *Europa und Übersee: Festschrift für Egmont Zechlin*, Hamburgo, 1961.

BRUNS-WÜSTEFELD, ALEX, *Lohnende Geschäfte: Die «Entjudung» der Wirtschaft am Beispiel Göttingens*, Hanover, 1997.

BUBER-NEUMANN, MARGARETE, *Under Two Dictators*, Londres, 1949.

BUCHHEIM, CHRISTOPH, «Zur Natur des Wirtschaftsaufschwungs in der NS-Zeit», en *ibid. et al*. (eds.), *Zerrissene Zwischenkriegszeit: Wirtschaftshistorische Beiträge: Knut Borchardt zum 65. Geburtstag*, Baden-Baden, 1994, pp.97-119.

—, «Die Wirtschaftsentwicklung im Dritten Reich -mehr Desaster als Wunder. Eine Erwiderung auf Werner Abelshauser», *VfZ*, 49, 2001, pp.653-654.

BUCHHEIM, HANS, «Command and Compliance», en Krausnick *et al*., Anatomy, pp. 303-396.
—, «The SS: Instrument of Domination», en Krausnick *et al*., *Anatomy*, pp.127-301.
BUCHHEIT, GERT, *Ludwig Beck*, *ein preussischer General*, Munich, 1964.
BUCHWITZ, OTTO, *50 Jahre Funktionär der deutschen Arbeiterbewegung*, Stuttgart, 1949.
BUDRASS, LUTZ, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918-1945*, Dusseldorf, 1998.
BUKEY, EVAN B., «Popular Opinion in Vienna after the Anschluss», en Parkinson (ed.), *Conquering the Past*, pp.151-164.
BULLEN, R. J. *et al*. (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880-1950*, Londres, 1984.
BURCKHARDT, CARL JACOB, *Meine Danziger Mission*, 1937-1939, Munich, 1960.
BURLEIGH, MICHAEL, *Germany Turns Eastwards: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988.
—, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany c.1900-1945*, Cambridge, 1994.
—, *The Third Reich: A New History*, Londres, 2000. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich*, Taurus, Madrid, 2002.]
BURLEIGH, MICHAEL y WOLFGANG WIPPERMANN, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, 1991.
BURRIN, PHILIPPE, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Londres, 1994 (1989).
—, «Political Religion. The Relevance of a Concept», *History and Memory*, 9, 1997, pp. 321-349.
BUSCH, EBERHARD, *Karl Barths Lebenslauf: Nach seinen Briefen und autobiographischen Texten*, Munich, 1975.
BUSSEMER, THYMIAN, *Propaganda und Populärkultur: Konstruierte Erlebniswelten im Nationalsozialismus*, Wiesbaden, 2000.
BUSSMANN, GEORG, *German Art of the Twentieth Century*, Munich, 1985.
BUSSMANN, WALTER, «Zur Entstehung und Überlieferung der "Hossbach Niederschrift"», *VfZ*, 16, 1968, pp.373-378.
BÜTTNER, URSULA (ed.), *Die Deutschen und die Judenverfolgung im Dritten Reich*, Hamburgo, 1992.
—, «"The Jewish Problem becomes a Christian Problem": German Protestants and the Persecution of the Jews in the Third Reich», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 431-459.
—, (ed.), *Das Unrechtsregime: Internationale Forschung über den Nationalsozialismus: Festschrift für Werner Jochmann zum 65. Geburtstag*, 2 vols., Hamburgo, 1986.
CAPLAN, JANE, «Bureaucracy, Politics and the National Socialist State», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp.234-256.
—, «"The Imaginary Unity of Particular Interests": The "Tradition" of the Civil Service in German History», *Social History*, 4, 1978, pp.299-317.
—, *Government Without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988.
CARON, VICKI, *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis, 1933-1942*, Stanford, 1999.
CARR, EDWARD HALLETT, *The Twilight of Comintern, 1930-1935*, Londres, 1982. [Hay trad. cast.: *El ocaso de la Comintern, 1930-1935*, Alianza, Madrid, 1986.]
CARROLL, BERENICE A., *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968.
CARSTEN, F. L., *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler*, Londres, 1977.
—, *The German Workers and the Nazis*, Londres, 1995.
CASTELLAN, GEORGES, *L'Allemagne de Weimar*, *1918-1933*, París, 1969.

CASTELL RÜDENHAUSEN, ADELHEID GRÄFIN ZU, «"Nicht mitzuleiden, mitzukämpfen sind wir da!" Nationalsozialistische Volkswohlfahrt im Gau Westfalen Nord», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.223-244.

CEBULLA, FLORIAN, *Rundfunk und ländliche Gesellschaft 1924-1945*, Gotinga, 2004.

CECIL, ROBERT, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Londres, 1972.

CESARANI, DAVID, *The Making of Modern Anglo-Jewry*, Oxford, 1990.

—, *Eichmann: His Life and Crimes*, Londres, 2004.

CHAMBERLAIN, NEVILLE, *The Struggle for Peace*, Londres, 1939.

CHILDERS, THOMAS y JANE CAPLAN (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993.

CHROUST, PETER, *Giessener Universität und Faschismus: Studenten und Hochschullehrer, 1918-1945*, 2 vols., Munster, 1994.

CIENCIALA, ANNA M., «Poland in British and French Policy in 1939: Determination to Fight -or Avoid War?», *Polish Review*, 34, 1989, pp.199-226.

CLARK, CHRISTOPHER, *The Politics of Conversion: Missionary Protestantism and the Jews in Prussia, 1728-1941*, Oxford, 1995.

CLAY, CATRINE y MICHAEL LEAPMAHN, *Master Race: The Lebensborn Experiment in Nazi Germany*, Londres, 1995.

CONQUEST, ROBERT, *The Great Terror: A Reassessment*, Londres, 1992 (1968). [Hay trad. cast.: *El gran terror*, Caralt Editores, Barcelona, 1974.]

CONRADI, PETER, *Hitler's Piano Player: The Rise and Fall of Ernst Hanfstaengl, Confidant of Hitler, Ally of FDR*, Nueva York, 2004.

CONWAY, JOHN S., *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968.

CONZE, ECKART, *Von deutschem Adel: Die Grafen von Bernstorff im zwanzigsten Jahrhundert*, Stuttgart, 2000.

CORNELISSEN, CHRISTOPH, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. Jahrhundert*, Dusseldorf, 2001.

CORNI, GUSTAVO, *Hitler and the Peasants: Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, Princeton, N. J., 1990 (1989).

—, «Richard Walther Darré: The Blood and Soil Ideologue», en Smelser y Zitelmann (eds.), The Nazi Elite, pp. 18-27.

CORNI, GUSTAVO y HORST GIES, *Brot, Butter, Kanonen: Die Ernährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers*, Berlín, 1997.

CREW, DAVID F., *Germans on Welfare: From Weimar to Hitler*, Nueva York, 1998.

—, (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres, 1994.

CUOMO, GLENN R., «Purging an "Art-Bolshevist": The Persecution of Gottfried Benn in the Years 1933-1938», *German Studies Review*, 9, 1986, pp.85-105.

—, (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, Nueva York, 1995.

CZARNOWSKI, GABRIELE, «"The Value of Marriage for the *Volksgemeinschaft*": Policies towards Women and Marriage under National Socialism», en Bessel (ed.), *Fascist Italy*, pp.94-112.

DAHM, VOLKER, «Kulturelles und geistiges Leben», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp.75-267.

—, «Nationale Einheit und partikulare Vielfalt. Zur Frage der kulturpolitischen Gleichschaltung im Dritten Reich», *VfZ*, 43, 1995, pp.221-265.

DAMMER, SUSANNA, «Kinder, Küche, Kriegsarbeit -Die Schulung der Frauen durch die NS-Frauenschaft», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp.215-245.

DAVID, HENRY P. *et al*., «Abortion and Eugenics in Nazi Germany», *Population and Development Review*, 14, 1988, pp.81-112.

DEBUS, KARL H., «Die Reichskristallnacht in der Pfalz», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 129, 1981, pp.445-515.

DEISCHMANN, HANS, *Objects: A Chronicle of Subversion in Nazi Germany*, Nueva York, 1995.

DEIST, WILHELM, «The Rearmament of the Wehrmacht», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany*, I: *The Build-up of German Aggression*, pp.373-540.

DENKLER, HORST y KARL PRÜMM (eds.), *Die deutsche Literatur im Dritten Reich: Themen, Traditionen, Wirkungen*, Stuttgart, 1976.

DESCHNER, GÜNTHER, «Reinhard Heydrich: Security Technocrat», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.85-96.

DEUTSCH, HAROLD C., *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War*, Minneapolis, 1968.

DE WITT, THOMAS E., «"The Struggle Against Hunger and Cold": Winter Relief in Nazi Germany, 1933-1939», *Canadian Journal of History*, 12, 1978, pp. 361-381.

DIELS, RUDOLF, *Lucifer ante Portas: Es spricht der erste Chef der Gestapo*, Stuttgart, 1950.

DIERKER, WOLFGANG, «"Niema's Jesuiten, Niema's Sektierer": Die Religionspolitik des SD 1933-1941», en Wildt (ed.), *Nachrichtendienst*, pp.86-117.

DIETRICH, RICHARD y GERHARD OESTREICH (eds.), *Forschungen zu Staat und Verfassung: Festgabe für Fritz Hartung*, Berlín, 1958.

DIEWALD-KERKMANN, Gisela, *Politische Denunziation im NS-Regime oder die kleine Macht der «Volksgenossen»*, Bonn, 1995.

—, «Denunziantentum und Gestapo. Die freiwilligen "Helfer" aus der Bevölkerung», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.288-305.

DIEWALD-KERKMANN, Gisela *et al.*, *Vor braunen Richtern: Die Verfolgung von Widerstandshandlungen, Resistenz und Sogenannter Heimtücke durch die Justiz in Bielefeld 1933-1945*, Bielefeld, 1992.

DILKS, DAVID, «"We Must Hope for the Best and Prepare for the Worst": the Prime Minister, the Cabinet and Hitler's Germany 1937-1939», en Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, pp.43-61.

DILLER, ANSGAR, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich*, Munich, 1980.

DIMITROFF, GEORGI, *Reichstagsbrandprozess: Dokumente, Briefe und Aufzeichnungen*, Berlín, 1946.

DISTEL, BARBARA y RUTH JAKUSCH, *Konzentrationslager Dachau*, *1933-1945*, Munich, 1978.

DITHMAR, REINHARD, «Literaturunterricht und Kriegserlebnis im Spiegel der nationalsozialistischen Programmatik», en Hohmann (ed.), *Erster Weltkrieg*, pp.54-74.

DITT, KARL, *Sozialdemokraten im Widerstand: Hamburg in der Anfangsphase des Dritten Reiches*, Hamburgo, 1984.

DOHMS, PETER, *Flugschriften in Gestapo-Akten: Nachweis und Analyse der Flugschriften in den Gestapo-Akten des Hauptstaatsarchivs*, Siegburg, 1977.

DOMARUS, MAX (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations, 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship*, 4 vols., Londres, 1990 (1962-1063).

DÖRNER, BERNWARD, «Alltagsterror und Denunziation. Zur Bedeutung von Anzeigen aus der Bevölkerung für die Verfolgungswirkung des nationalsozialistischen "Heimtücke-Gesetzes" in Krefeld», en Berliner Geschichtswerkstatt (ed.), *Alltagskultur, Subjektivität und Geschichte: Zur Theorie und Praxis der Alltagsgeschichte*, Munster, 1994, pp.254-271.

—, «Gestapo und "Heimtücke". Zur Praxis der Geheimen Staatspolizei bei der Verfolgung von Verstössen gegen das "Heimtücke-Gesetz"», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.325-343.

—, *«Heimtücke»: Das Gesetz als Waffe: Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland, 1933-1945*, Paderborn, 1998.

—, «NS-Herrschaft und Denunziation. Anmerkungen zu Defiziten in der Denunziationsforschung», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp.55-69.

DÖSCHER, HANS-JÜRGEN, *«Reichs kristallnacht»: Die November-Pogrome 1938*, Frankfurt, 1988, pp.57-76.

DRECHSLER, NANNY, *Die Funktion der Musik im deutschen Rundfunk, 1933-1945*, Pfaffenweiler, 1988.

DREWNIAK, BOGUSLAW, *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte, 1933-1945*, Dusseldorf, 1983.

—, *Der deutsche Film 1938-1945: Ein Gesamtüberblick*, Dusseldorf, 1987.

—, «The Foundations of Theater Policy in Nazi Germany», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.67-94.

DROBISCH, KLAUS, «Theodor Eicke. Verkörperung des KZ-Systems», en Bock *et al*. (eds.), *Sturz ins Dritte Reich*, pp.283-289.

—, «Alltag im Zuchthaus Luckau 1933 bis 1939», en Eichholtz (ed.), *Verfolgung*, *Alltag*, *Widerstand*, pp.242-272.

—, «Frühe Konzentrationslager», en Giebeler *et al*. (eds.), *Die frühen Konzentrationslager in Deutschland*, pp.41-60.

DROBISCH, KLAUS y GÜNTHER WIELAND, *System der NS-Konzentrationslager 1933-1939*, Berlín, 1993.

DU BOIS, JOSIAH E., Jr, *The Devil's Chemists: 24 Conspirators of the International Farben Cartel Who Manufacture Wars*, Boston, Mass., 1952.

DUHNKE, HORST, *Die KPD von 1933 bis 1945*, Colonia, 1972.

DÜLFFER, JOST, *Weimar, Hitler und die Marine: Reichspolitik und Flottenbau, 1920-1939*, Dusseldorf, 1973.

—, «Zum "decision-making process" in der deutschen Aussenpolitik 1933-1939», en Funke (ed.), Hitler, *Deutschland und die Mächte*, pp.186-204.

—, «Grundbedingungen der nationalsozialistischen Aussenpolitik», en Haupts y Mölich (eds.), *Strukturelemente*, pp.61-88.

—, «Albert Speer: Cultural and Economic Management», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.212-223.

—, (ed.), *Banned by the Nazis: Entartete Musik: The Exhibition of Düsseldorf, 1938 in Texts and Documents*, Londres, 1995 (1988).

DÜLFFER, JOST *et al*., *Hitlers Städte: Baupolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1978.

DÜMLING, ALBRECHT, «The Target of Racial Purity: The "Degenerate Music" Exhibition in Düsseldorf, 1938», en Etlin (ed.), *Art*, pp.43-72.

DÜMLING, ALBRECHT y PETER GIRTH (eds.), *Entartete Musik: Eine kommentierte Rekonstruktion zur Düsseldorfer Ausstellung von 1938*, Dusseldorf, 1988.

DUSIK, BÄRBEL (ed.), *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1933*, 5 vols., Munich, 1992-1998.

DÜSING, BERNHARD, *Die Geschichte der Abschaffung der Todesstrafe in der Bundesrepublik Deutschland unter besonderer Berücksichtigung ihres parlamentarischen Zustandekommens*, Schwenningen/Neckar, 1952.

DÜWELL, KURT, «Jewish Cultural Centers in Nazi Germany: Expectations and Accomplishments», en Reinharz y Schatzberg (eds.), *The Jewish Response*, pp.294-316.

DWORK, DEBORAH y ROBERT JAN VAN PELT, *Holocaust: A History*, Nueva York, 2002. [Hay trad. cast.: *Holocausto, una historia*, Algaba Ediciones, Madrid, 2004.]

ECKERT, RAINER, «Gestapo-Berichte. Abbildungen der Realität oder reine Spekulation?», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.200-218.

ECKHARDT, KARL AUGUST, *Die Grundschulbildung*, Dortmund, 1938.

EDINGER, LEWIS JOACHIM, *German Exile Politics: The Social Democratic Executive Committee in the Nazi Era*, Berkeley, 1956.

EGGERS, KURT, *Deutsche Gedichte*, Munich, 1938.

EHRKE-ROTERMUND, Heidrun, and Rotermund, Erwin, *Zwischenreiche und Gegenwelten: Texte und Vorstudien zur «Verdeckten Schreibweise» im «Dritten Reich»*, Munich, 1999.

EICHER, THOMAS *et al*., *Theater im «Dritten Reich»: Theaterpolitik, Spielplanstruktur, NS-Dramatik*, Seelze-Velber, 2000.

EICHHOLTZ, DIETRICH, «Zum Anteil des IG Farben Konzerns an der Vorbereitung des Zweiten Weltkrieges», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1969, pp.83-105.

—, (ed.), *Verfolgung, Alltag, Widerstand: Brandenburg in der NS-Zeit: Studien und Dokumente*, Berlín, 1993.

EICHHORN, ERNST *et al*., *Kulissen der Gewalt: Das Reichsparteitagsgelände in Nürnberg*, Munich, 1992.

EICHLER, VOLKER, «Die Frankfurter Gestapo-Kartei. Entstehung, Struktur, Funktion, Überlieferungsgeschichte und Quellenwert», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.178-199.

EIDENBENZ, MATHIAS, *«Blut und Boden»: Zu Funktion und Genese der Metaphern des Agrarismus und Biologismus in der nationalsozialistischen Bauernpropaganda R. W. Darrés*, Bern, 1993.

EILERS, ROLF, *Die nationalsozialistische Schulpolitik: Eine Studie zur Funktion der Erziehung im totalitären Staat*, Colonia, 1963.

EKSTEINS, MODRIS, *The Limits of Reason: The German Democratic Press and the Collapse of Weimar Democracy*, Oxford, 1975.

EMMERICH, WOLFGANG, «Die Literatur des antifaschistischen Widerstandes in Deutschland», en Denkler y Prümm (eds.), Die deutsche Literatur, pp. 427-458.

EMMERSON, JAMES THOMAS, *The Rhineland Crisis*, *7 March 1936: A Critical Study in Multilateral Diplomacy*, Londres, 1977.

ERICKSEN, ROBERT P., *Theologians under Hitler: Gerhard Kittel, Paul Althaus, and Emanuel Hirsch*, New Haven, Conn., 1985.

—, «A Radical Minority: Resistance in the German Protestant Church», en Nicosia y Stokes (eds.), *Germans Against Nazism*, pp.115-136.

ERICKSON, JOHN, *The Soviet High Command: A Military-Political History*, *1918-1941*, Londres, 2001 (1962).

ERKER, PAUL, *Industrieeliten in der NS-Zeit: Anpassungsbereitschaft und Eigeninteresse von Unternehmen in der Rüstungs-und Kriegswirtschaft, 1936-1945*, Passau, 1993.

ESCHENBURG, THEODOR, «Streiflichter zur Geschichte der Wahlen im Dritten Reich», *VfZ*, 3 (1955), pp. 311-316.

ESENWEIN-ROTHE, INGEBORG, *Die Wirtschaftsverbände von 1933 bis 1945*, Berlín, 1965.

ETLIN, RICHARD A. (ed.), *Art, Culture, and Media under the Third Reich*, Chicago, 2002.

EULER, FRIEDERIKE, «Theater zwischen Anpassung und Widerstand. Die Münchner Kammerspiele im Dritten Reich», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 91-173.

EVANS, RICHARD J., *The Feminist Movement in Germany*, *1894-1933*, Londres, 1976.

—, *The German Peasantry: Conflict and Community in Rural Society from the Eighteenth to the Twentieth Centuries*, Londres, 1986.

—, *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years*, *1830-1910*, Oxford, 1987.
—, (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger politischen Polizei 1892-1914*, Reinbek, 1989.
—, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford, 1996.
—, *Lying About Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial*, Nueva York, 2001.
—, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.]
EVANS, RICHARD J. y DICK GEARY (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich*, Londres, 1987.
EVANS, RICHARD J. y WILLIAM ROBERT LEE (eds.), *The German Family: Essays on the Social History of the Family in Nineteenth-and Twentieth-Century Germany*, Londres, 1981.
EXNER, PETER, *Ländliche Gesellschaft und Landwirtschaft in Westfalen, 1919-1969*, Paderborn, 1997.
FACKLER, GUIDO, *«Des Lagers Stimme»: Musik im KZ: Alltag und Häftlingskultur in den Konzentrationslagern 1933 bis 1936*, Bremen, 2000.
FALLADA, HANS, *Kleiner Mann -was nun*?, Reinbek, 1978 (1932).
—, *Wer einmal aus dem Blechnapf frisst*, Reinbek, 1980 (1934).
—, *Wir hatten mal ein Kind: Eine Geschichte und Geschichten*, Reinbek, 1980 (1934).
—, *Altes Herz geht auf die Reise*, Munich, 1981 (1936).
—, *Der eiserne Gustav: Roman*, Berlín, 1984 (1938).
—, *Der Trinker/Der Alpdruck*, Berlín, 1987 (1950).
—, *Wolf unter Wölfen*, Reinbek, 1991 (1937).
—, *Little Man -What Now*?, traducido por Susan Bennett, Londres, 1996. [Hay trad. cast.: *Pequeño hombre – ¿Y ahora qué*?, Juventud, Barcelona, 1942 y 1951.]
FALLOIS, IMMO VON, *Kalkül und Illusion: Der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934*, Berlín, 1994.
FARQUHARSON, JOHN E., *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany 1928-1945*, Londres, 1976.
FAULENBACH, BERND, «Tendenzen der Geschichtswissenschaft im "Dritten Reich"», en Knigge-Tesche (ed.), *Berater der Braunen Macht*, pp.26-52.
FAULHABER, MICHAEL VON, *Judaism, Christianity and Germany: Advent Sermons Preached in St Michael's*, *Munich*, *in 1933*, Londres, 1934.
FAUST, ANSELM (ed.), *Verfolgung und Widerstand im Rheinland und in Westfalen, 1933-1945*, Colonia, 1992.
FEILCHENFELD, WERNER, *et al*., *Haavara-Transfer nach Palästina und Einwanderung deutscher Juden 1933-1939*, Tubinga, 1972.
FEITEN, WILLI, *Der Nationalsozialistische Lehrerbund: Entwicklung und Organisation: Ein Beitrag zum Aufbau und zur Organisationsstruktur des nationalsozialistischen Herrschaftssystems*, Weinheim, 1981.
FELDMAN, GERALD D., *Allianz and the German Insurance Business*, *1933-1945*, Cambridge, 2001.
FERGUSON, NIALL, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation*, *1897-1927*, Cambridge, 1995.
FEST, JOACHIM C., *The Face of the Third Reich*, Londres, 1979 (1963).
—, *Plotting Hitler's Death: The Story of the German Resistance*, Londres, 1996 (1994).
FICHTL, FRANZ *et al*., *«Bambergs Wirtschaft Judenfrei»: Die Verdrängung der jüdischen Geschäftsleute in den Jahren 1933 bis 1939*, Bamberg, 1998.

FIEBERG, GERHARD (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus: Katalog zur Ausstellung des Bundesministers der Justiz*, Colonia, 1989.

FIGES, ORLANDO y BORIS KOLINITSKII, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven, Conn., 1999. [Hay trad. cast.: *Interpretar la revolución rusa, el lenguaje y los símbolos de 1917*, Universidad de Valencia, Valencia, 2001.]

FINGS, KAROLA y SPARING, FRANK, *z. Zt. Zigeunerlager: Die Verfolgung der Düsseldorfer Sinti und Roma im Nationalsozialismus*, Colonia, 1992. [Hay trad. cast.: *De la «ciencia de las razas» a los campos de exterminio: Sinti y Roma bajo el régimen nazi*, Presencia Gitana, Madrid, 1999.]

—, *et al*., *From «Race Science» to the Camps: The Gypsies during the Second World War*, Hatfield, 1997.

FINNEY, PATRICK (ed.), *The Origins of the Second World War*, Londres, 1997.

FISCHER, ALBERT, «Jüdische Privatbanken im "Dritten Reich"», *Scripta Mercaturae: Zeitschrift für Wirtschafts-und Sozialgeschichte*, 28, 1994, pp.1-54.

—, *Hjalmar Schacht und Deutschlands Judenfrage': Der «Wirtschaftsdiktator» und die Vertreibung der Juden aus der deutschen Wirtschaft*, Colonia, 1995.

—, «The Minister of Economics and the Expulsion of the Jews from the German Economy», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.213-225.

FISCHER, WOLFRAM, *Deutsche Wirtschaftspolitik 1918-1945*, Opladen, 1968.

FISS, KAREN A., «In Hitler's Salon: The German Pavilion at the 1937 Paris Exposition Internationale», en Etlin (ed.), *Art*, pp.316-442.

FLESSAU, KURT-INGO, *Schule der Diktatur: Lehrpläne und Schulbücher des Nationalsozialismus*, Munich, 1977.

—, *et al*. (eds.), *Erziehung im Nationalsozialismus: «...und sie werden nicht mehr frei ihr ganzes Leben!»*, Colonia, 1987.

FLIEDNER, HANS-JOACHIM, *Die Judenverfolgung in Mannheim 1933-1945*, Stuttgart, 1971.

FOERTSCH, HERMANN, *Schuld und Verhängnis: Die Fritsch-Krise im Frühjahr 1938 als Wendepunkt in der Geschichte der nationalsozialistischen Zeit*, Stuttgart, 1951.

FOITZIK, JAN, *Zwischen den Fronten: Zur Politik, Organisation und Funktion linker politischer Kleinorganisationen im Widerstand 1933 bis 1939/40*, Bonn, 1986.

FORMAN, PAUL, «Physics and Beyond: Historiographic Doubts: Encounters and Conversations with Werner Heisenberg», *Science*, 172, 14 de mayo de 1971, pp. 687-678.

FORSCHBACH, EDMUND, *Edgar J. Jung: Ein konservativer Revolutionär. 30. Juni 1934*, Pfullingen, 1984.

FOX, JOHN P., *Germany and the Far Eastern Crisis, 1931-1938: A Study in Diplomacy and Ideology*, Oxford, 1982.

FRAENKEL, ERNST, *The Dual State: Law and Justice in National Socialism*, Nueva York, 1941.

FRAHM, KLAUS *et al*. (eds.), *Verachtet - verfolgt - vernichtet: Zu den vergessenen Opfern des NS-Regimes*, Hamburgo, 1986.

FRANK, HARTMUT (ed.), *Faschistische Architekturen: Planen und Bauen in Europa, 1930 bis 1945*, Hamburgo, 1985.

FRANK, WILLARD C., «The Spanish Civil War and the Coming of the Second World War», *International History Review*, 9, 1987, pp.368-409.

FRANZ, GÜNTHER (ed.), *Bauernschaft und Bauernstand 1500-1970: Büdinger Vorträge 1911-1972*, Limburgo, 1975.

FRAUENGRUPPE FASCHISMUSFORSCHUNG (ed.), *Mutterkreuz und Arbeitsbuch: Zur Geschichte der Frauen in der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1981.

FREI, NORBERT, *Nationalsozialistische Eroberung der Provinzpresse: Gleichschaltung, Selbstanpassung und Resistenz in Bayern*, Stuttgart, 1980.

—, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State 1933-1945*, Oxford, 1993 (1987).

FREI, NORBERT y JOHANNES SCHMITZ, *Journalismus im Dritten Reich*, Munich, 1989.

FRESE, MATTHIAS, *Betriebspolitik im «Dritten Reich»: Deutsche Arbeitsfront, Unternehmer und Staatsbürokratie in der westdeutschen Grossindustrie*, *1933-1939*, Paderborn, 1991.

FREUND, FLORIAN, «Mauthausen -zu Strukturen von Haupt-und Aussenlagern», en Benz (ed.), *KZ-Aussenlager*, pp.254-272.

FRIEDLÄNDER, SAUL, *Pius XII and the Third Reich*, Londres, 1966. [Hay trad. cast.: *Pío XII y el III Reich*, Nova Teoría, Barcelona, 1965.]

—, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution 1933-1939*, Nueva York, 1997.

FRIEMERT, CHUP, *Schönheit der Arbeit: Produktionsästhetik im Faschismus*, Munich, 1980.

FRITZSCHE, PETER, «Nazi Modern», *Modernism/Modernity*, 3, 1996, pp.1-21.

FRÖHLICH, ELKE (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, I: Aufzeichnungen 1923-1941*, 9 vols.; II, *Diktate 1941-1945*, 15 vols., Munich, 1993-2000.

—, «Die drei Typen der nationalsozialistischen Ausleseschulen», en Leeb (ed.), *Wir waren*, pp.192-210.

FROMMANN, EBERHARD, *Die Lieder der NS-Zeit: Untersuchungen zur nationalsozialistischen Liedpropaganda von den Anfängen bis zum Zweiten Weltkrieg*, Colonia, 1999.

FROSCHAUER, HERMANN, «Streicher und "Der Stürmer"», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp.41-48.

FROSCHAUER, HERMANN y RENATE GEYER, *Quellen des Hasses: Aus dem Archiv des «Stürmer» 1933-1945*, Nurembergo, 1988.

FRÜH, ECKHART, «Terror und Selbstmord in Wien nach der Annexion Österreichs», en Kreissler (ed.), *Fünfzig Jahre danach*, pp.216-226.

FUCHS, KONRAD, *Ein Konzern aus Sachsen: Das Kaufhaus Schocken als Spiegelbild deutscher Wirtschaft und Politik 1901 bis 1953*, Stuttgart, 1990.

FUNKE, MANFRED (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte: Materialien zur Aussenpolitik des Dritten Reiches*, Dusseldorf, 1976.

—, «Nationalsozialistische Tschechenpolitik im Protektorat Böhmen und Mähren», en Manfred Funke y Vaclav Kural (eds.), *Der Weg in die Katastrophe: Deutschtschechoslowakische Beziehungen 1938-1947*, Essen, 1994.

—, *et al*. (eds.), *Demokratie und Diktatur: Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa: Festschrift für Karl Dietrich Bracher*, Dusseldorf, 1987.

GACKENHOLZ, HERMANN, «Reichskanzlei 5. November 1937: Bemerkungen über "Politik und Kriegführung" im Dritten Reich», en Dietrich y Oestreich (ed.), *Forschungen zu Staat und Verfassung*, pp.459-484.

GADBERRY, GLEN W., *Theatre in the Third Reich, the Prewar Years: Essays on Theatre in Nazi Germany*, Westport, Conn., 1995.

GAILUS, MANFRED, *Protestantismus und Nationalsozialismus: Studien zur nationalsozialistischen Durchdringung des protestantischen Sozialmilieus in Berlin*, Colonia, 2001.

GALL, LOTHAR, «Franz Schnabel (1887-1966)», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp. 155-165.

—, *Krupp: Der Aufstieg eines Industrieimperiums*, Berlín, 2000.

—, «Richard Strauss und das "Dritte Reich" oder: Wie der Künstler Strauss sich missbrauchen liess», en Krellmann (ed.), *Wer war Richard Strauss*?, pp.123-136.

GALL, LOTHAR y MANFRED POHL (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland: Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Munich, 1999.

GAMM, HANS-JOCHEN, *Der braune Kult: Das Dritte Reich und seine Ersatzreligion. Ein Beitrag zur politischen Bildung* (Hamburg, 1962.).

—, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Munich, 1990 (1963).

GANSSMÜLLER, CHRISTIAN, *Die Erbgesundheitspolitik des Dritten Reiches: Planung, Durchführung und Durchsetzung*, Colonia, 1987.

GARBE, DETLEF, *Zwischen Widerstand und Martyrium: Die Zeugen Jehovas im «Dritten Reich»*, Munich, 1993.

GATZEN, HELMUT, *Novemberpogrom 1938 in Gütersloh: Nachts Orgie der Gewalt, tags organisierte Vernichtung*, Gütersloh, 1993.

GEDYE, GEORGE E. R., *Fallen Bastions: The Central European Tragedy*, Londres, 1939.

GEIGER, THEODOR JULIUS, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, Stuttgart, 1967 (1932).

GELLATELY, ROBERT, *The Politics of Economic Despair: Shopkeepers and German Politics 1890-1914*, Londres, 1974.

—, «The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files», *Journal of Modern History*, 60, 1988, pp.654-694.

—, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, 1990. [Hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003.]

—, «Allwissend und allgegenwärtig? Entstehung, Funktion und Wandel des Gestapo-Mythos», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.47-72.

—, «Die Gestapo und die deutsche Gesellschaft: Zur Entstehungsgeschichte einer selbstüberwachenden Gesellschaft», en Schmiechen-Ackermann (ed.), *Anpassung*, *Verweigerung*, *Widerstand*, pp.109-121.

—, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001.

GELLATELY, ROBERT y NATHAN STOLTZFUS (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, N. J., 2001.

GENSCHEL, HELMUT, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich*, Gotinga, 1966.

GEREKE, GÜNTHER, *Ich war königlich-preussischer Landrat*, Berlín, 1970.

GERLACH, WOLFGANG, *Als die Zeugen schwiegen: Bekennende Kirche und die Juden*, Berlín, 1993 (1987).

«Germany's Economic Recovery», *The Economist*, 10 de agosto de 1935, pp.271-272.

GERSDORFF, URSULA VON, *Frauen im Kriegsdienst 1914-1945*, Stuttgart, 1969.

GESTIER, MARKUS, *Die christlichen Parteien an der Saar und ihr Verhältnis zum deutschen Nationalstaat in den Abstimmungskämpfen 1935 und 1955*, St Ingbert, 1991.

GEYER, MICHAEL, «Das Zweite Rüstungsprogramm (1930-1934): Eine Dokumentation», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 17, 1975, pp.125-172.

—, *Deutsche Rüstungspolitik 1860-1980*, Frankfurt, 1984.

GEYER, MICHAEL y HARTMUT LEHMANN (eds.), *Religion und Nation: Nation und Religion: Beiträge zu einer unbewältigten Geschichte*, Gotinga, 2004.

GIEBELER, KARL *et al*. (eds.), *Die frühen Konzentrationslager in Deutschland: Austausch zum Forschungsstand und zur pädagogischen Praxis in Gedenkstätten*, Bad Boll, 1996.

GIES, HORST, *R. Walther Darré und die nationalsozialistische Bauernpolitik in den Jahren 1930 bis 1933*, Frankfurt, 1966.

—, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *VfZk*, 15, 1967, pp.341-367.
—, «Die nationalsozialistische Machtergreifung auf dem agrarpolitischen Sektor», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 16, 1968, pp.210-232.
—, «Der Reichsnährstand: Organ berufsständischer Selbstverwaltung oder Instrument staatlicher Wirtschaftslenkung?», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 21, 1973, pp.216-233.
—, «Revolution oder Kontinuität? Die personelle Struktur des Reichsnährstandes», en Franz (ed.), *Bauernschaft und Bauernstand*, pp.323-330.
—, «Aufgaben und Probleme der nationalsozialistischen Ernährungswirtschaft 1933-1939», *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 22, 1979, pp. 466-499.
—, «Die Rolle des Reichsnährstandes im Nationalsozialistischen Herrschaftssystem», en Hirschfeld y Kettenacker (eds.), *The «Führer State»*, pp.270-304.
—, «Landbevölkerung und Nationalsozialismus. Der Weg in den Reichsnährstand», *Zeitgeschichte*, 13, 1986, pp.123-141.
GILBERT, MARTIN, *The Roots of Appeasement*, Londres, 1966.
GILES, GEOFFREY J., «The Rise of the National Socialist Students' Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp.160-185.
—, *Students and National Socialism in Germany*, Princeton, N. J., 1985.
—, «"The Most Unkindest Cut of All": Castration, Homosexuality and Nazi Justice», *Journal of Contemporary History*, 27, 1992, pp.41-61.
—, «The Institutionalization of Homosexual Panic in the Third Reich», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, pp.233-255.
GILLESSEN, GÜNTHER, *Auf verlorenem Posten: Die Frankfurter Zeitung im Dritten Reich*, Berlín, 1986.
GIMBEL, JOHN, Science, *Technology, and Reparations: Exploitation and Plunder in Postwar Germany*, Stanford, Calif., 1990.
GLANTZ, DAVID M., *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, Kans., 1998.
GLASER, HERMANN y AXEL SILENIUS (eds.), *Jugend im Dritten Reich*, Frankfurt, 1975.
GODAU, MARION, «Anti-Moderne?», en Weissler (ed.), *Design in Deutschland*, *1933-1945*, pp.74-87.
GOHL, BEATE, *Jüdische Wohlfahrtspflege im Nationalsozialismus: Frankfurt am Main 1933-1943*, Frankfurt, 1997.
GOLCZEWSKI, FRANK, *Kölner Universitätslehrer und der Nationalsozialismus: Personengeschichtliche Ansätze*, Colonia, 1988.
GOLÜCKE, FRIEDHELM, *Korporationen und Nationalsozialismus*, Schernfeld, 1989.
GORDON, SARAH ANN, *Hitler*, *Germans, and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984.
GÖTZ, MARGARETE, *Die Grundschule in der Zeit des Nationalsozialismus: Eine Untersuchung der inneren Ausgestaltung der vier unteren Jahrgänge der Volksschule auf der Grundlage amtlicher Massnahmen*, Bad Heilbrunn, 1997.
GRAEB-KÖNNEKER, SEBASTIAN, *Autochthone Modernität: Eine Untersuchung der vom Nationalsozialismus geförderten Literatur*, Opladen, 1996.
GRAF, CHRISTOPH, «Kontinuitäten und Brüche. Von der Politischen Polizei der Weimarer Republik zur Geheimen Staatspolizei», en Paul y Malimann (eds.), *Die Gestapo*, pp.73-83.

GRAML, HERMANN, «Wer bestimmte die Aussenpolitik des Dritten Reiches? Ein Beitrag zur Kontroverse um Polykratie und Monokratie im NSHerrschaftssystem», en Funke *et al*. (eds.), *Demokratie und Diktatur*, pp.223-236.

—, «Grundzüge nationalsozialistische Aussenpolitik», en Broszat y Möller (eds.), *Das Dritte Reich*, pp.104-126.

—, *Reichskristallnacht: Antisemitismus und Judenverfolgung im Dritten Reich*, Munich, 1988. [Hay trad. ingl.: *Anti-Semitism in the Third Reich*, Cambridge, Mass., 1992].

—, «Integration und Entfremdung: Inanspruchnahme durch Staatsjugend und Dienstpflicht», en Benz y Benz (eds.), *Sozialisation und Traumatisierung*, pp. 74-79.

GRASBERGER, FRANZ (ed.), *Der Strom der Töne trug mich fort: Die Welt um Richard Strauss in Briefen*, Tutzing, 1967.

GRAVENHORST, LERKE y CARMEN TATSCHMURAT (eds.), *Töchter-Fragen: NSFrauengeschichte*, Freiburgo, 1990.

GREENBAUM, ALFRED A. (ed.), *Minority Problems in Eastern Europe between the World Wars with Emphasis on the Jewish Minority*, manuscrito, Universidad Hebrea de Jerusalén, Institute for Advanced Studies, Jerusalén, 1988.

GREGOR, A. JAMES, *Fascism: The Classic Interpretations of the Interwar Period*, Morristown, N. J., 1983.

GREGOR, NEIL, *Daimler-Benz in the Third Reich*, Londres, 1998.

GREIFFENHAGEN, MARTIN (ed.), *Kampf um Wörter? Politische Begriffe im Meinungsstreit*, Munich, 1980.

GRIMM, REINHOLD, «Im Dickicht der inneren Emigration», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.406-426.

GRITSCHNEIDER, OTTO, *«Der Führer hat Sie zum Tode verurteilt...»: Hitlers «Röhm Putsch» - Morde vor Gericht*, Munich, 1993.

GROCEK, FERDINAND, «Ein Staat im Staate — der IG-Farben Konzern», *Marxistische Blätter*, 4, 1966, pp.41-48.

GROSSMANN, KURT RICHARD, *Ossietzky, ein deutscher Patriot* Frankfurt, 1973 (1963).

GRUCHMANN, LOTHAR, «Die bayerische Justiz im politischen Machtkampf 1933/34: Ihr Scheitern bei der Strafverfolgung von Mordfällen in Dachau», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, II, pp. 415-428.

—, *Justiz im Dritten Reich, 1933-1940: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gärtner*, Munich, 1988.

—, «"Blutschutzgesetz" und Justiz: Entstehung und Anwerdurg des Nürnberger Gesetzes vom 15 September 1935», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp.49-60.

GRUNBERGER, RICHARD, *A Social History of the Third Reich*, Harmondsworth, 1974 (1971). [Hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.]

GRUNDMANN, FRIEDRICH, *Agrarpolitik im «Dritten Reich»: Anspruch und Wirklichkeit des Reichserbhofgesetzes*, Hamburgo, 1979.

GRUNER, WOLF, «Die Reichshauptstadt und die Verfolgung der Berliner Juden 1933-1945», en Rürup *et al*. (ed.), *Jüdische Geschichte*, pp.229-266.

—, *Der geschlossene Arbeitseinsatz deutscher Juden: Zur Zwangsarbeit als Element der Verfolgung 1938-1943*, Berlín, 1997.

—, «Public Welfare and the German Jews under National Socialism», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.78-105.

GRÜTTNER, MICHAEL, *Studenten im Dritten Reich*, Paderborn, 1995.

—, «Die Korporationen und der Nationalsozialismus», en Brandt y Stickler (eds.), *«Der Burschen Herrlichkeit»*, pp.125-143.

GUENTHER, IRENE, *Nazi Chic?: Fashioning Women in the Third Reich*, Oxford, 2004.

GUENTHER, PETER, «Three Days in Munich, July 1937», en Barron (ed.), *Degenerate Art*, pp.33-43.

GULICK, CHARLES ADAMS, *Austria from Habsburg to Hitler*, Berkeley, Calif., 1948.

GUTMAN, YISRAEL (ed.), *Encyclopedia of the Holocaust*, 4 vols., Nueva York, 1990.

—, *The Jews of Poland between Two World Wars*, Hanover, N. H., 1989.

GUTSCHE, WILLIBALD y JOACHIM PETZOLD, «Das Verhältnis der Hohenzollern zum Faschismus», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 29, 1981, pp.917-939.

GUTTSMAN, W. L., *Workers' Culture in Weimar Germany: Between Tradition and Commitment*, Oxford, 1990.

HAACK, HANNA, «Arbeitslose in Deutschland. Ergebnisse und Analyse der Berufszählung vom 16. Juni 1933», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1986, pp. 36-69.

HAAR, INGO, *Historiker im Nationalsozialismus: Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Gotinga, 2002.

HAARMANN, HERMANN *et al*. (eds.), *«Das war ein Vorspiel nur —»: Bücherverbrennung in Deutschland 1933: Voraussetzungen und Folgen. Ausstellung der Akademie der Künste vom 8. Mai bis 3. Juli 1983*, Berlín, 1983.

HABERL, OTHMAR N. y TOBIAS KORENKE (eds.), *Politische Deutungskulturen: Festschrift für Karl Rohe*, Baden-Baden, 1999.

HACHTMANN, RÜDIGER, *Industriearbeit im «Dritten Reich»: Untersuchungen zu den Lohn-und Arbeitsbedingungen in Deutschland, 1933-1945*, Gotinga, 1989.

—, «Bürgertum, Revolution, Diktatur — zum vierten Band von Hans-Ulrich Wehlers "Gesellschaftsgeschichte"», *Sozial-Geschichte*, 19, 2004, pp.60-87.

HAERDTER, MICHAEL (ed.), *Wohnsitz: Nirgendwo: Vom Leben und vom Überleben auf der Strasse*, Berlín, 1982.

HAFFNER, SEBASTIAN, *Defying Hitler: A Memoir*, Londres, 2002 (2000).

HAFTMANN, WERNER, *Verfemte Kunst: Bildende Künstler der inneren und äusseren Emigration in der Zeit des Nationalsozialismus*, Colonia, 1986.

HAGEMANN, JÜRGEN, *Die Presselenkung im Dritten Reich*, Bonn, 1970.

HAGEN, WILLIAM W., «Before the "Final Solution": Toward a Comparative Analysis of Political Anti-Semitism in Interwar Germany and Poland», *Journal of Modern History*, 68, 1996, pp.351-381.

HAHN, FRED (ed.), *Lieber Stürmer! Leserbriefe an das NS-Kampfblatt 1924-1945*, Stuttgart, 1978.

HALE, ORON J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, N. J., 1964.

HAMANN, BRIGITTE, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth*, Munich, 2002.

HÄNDLER-LACHMANN, BARBARA Y THOMAS WERTHER, *Vergessene Geschäfte, verlorene Geschichte: Jüdisches Wirtschaftsleben in Marburg und seine Vernichtung im Nationalsozialismus*, Marburgo, 1992.

HANKE, PETER, *Zur Geschichte der Juden in München zwischen 1933 und 1945*, Munich, 1967.

HANSEN, ERNST W. *et al*. (eds.), *Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit: Beiträge zur neueren Geschichte Deutschlands und Frankreichs: Festschrift für Klaus-Jürgen Müller*, Munich, 1995.

HARDY, ALEXANDER G., *Hitler's Secret Weapon: The «Managed» Press and Propaganda Machine of Nazi Germany*, Nueva York, 1968.

HARRISON, EDWARD D. R., «The Nazi Dissolution of the Monasteries: A Case Study», *English Historical Review*, 109, 1994, pp.323-355.

HARRISON, MARK (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.

HARTMANN, CHRISTIAN y SERGEJ SLUTSCH, «Franz Haider und die Kriegsvorbereitungen im Frühjahr 1939. Eine Ansprache des Generalstabschefs des Heers», *VfZ*, 45, 1997, pp.467-495.

HASE-MIHALIK, EVA VON y DORIS KREUZKAMP, *Du kriegst auch einen schönen Wohnwagen: Zwangslager für Sinti und Roma während des Nationalsozialismus in Frankfurt am Main*, Frankfurt, 1990.

HASS, KURT, *Jugend unterm Schicksal: Lebensberichte junger Deutscher 1946-1949*, Hamburgo, 1950.

HAUNER, MILAN, «Did Hitler Want a World Dominion?», *Journal of Contemporary History*, 13, 1978, pp.15-32.

HAUPT, HEINZ-GERHARD (ed.), *Die radikale Mitte: Lebensweisen und Politik von Kleinhändlern und Handwerkern in Deutschland seit 1848*, Munich, 1985.

HAUPTS, LEO y GEORG MÖHLICH (eds.), *Strukturelemente des Nationalsozialismus: Rassenideologie, Unterdrückungsmaschinerie, Aussenpolitik*, Colonia, 1981.

HAUSEN, KARIN, «Mother's Day in the Weimar Republic», en Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny*, pp.131-152.

—, «The "German Mother's Day" 1923-1933», en Medick y Sabean (eds.), *Interest and Emotion*, pp.371-413.

HAY, GERHARD, «Rundfunk und Hörspiel als "Führungsmittel" des Nationalsozialismus», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.366-381.

HAYES, PETER, «Fritz Roessler and Nazism: The Observations of a German Industrialist, 1930-37», *Central European History*, 20, 1987, pp.58-83.

—, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Nueva York, 1987.

—, «Zur umstrittenen Geschichte der I. G. Farbenindustrie AG», *Geschichte und Gesellschaft*, 18, 1992, pp.405-417.

—, «Polycracy and Policy in the Third Reich: The Case of the Economy», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp.190-210.

—, «Big Business and "Aryanization" in Germany 1933-1939», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 3, 1994, 254-281.

—, *From Cooperation to Complicity: Degussa in the Third Reich*, Nueva York, 2005.

HAYES, PETER y IRMTRUD WOJAK (eds.), *«Arisierung» im Nationalsozialismus: Volksgemeinschaft, Raub und Gedächtnis*, Frankfurt, 2000.

HEER, HANNES, *Ernst Thalmann in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, 1975.

HEHEMANN, RAINER, *Die Bekämpfung des Zigeunerunwesens' im Wilhelminischen Deutschland und in der Weimarer Republik, 1871-1933* Frankfurt, 1987.

HEHL, ULRICH VON *et al*. (eds.), *Priester unter Hitlers Terror: Eine biographische und statistische Erhebung*, 2 vols., Maguncia, 1996 (1984).

HEIBER, HELMUT, «Der Fall Grünspan», *VfZ*, 5, 1957, pp.134-172.

—, *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des neuen Deutschlands*, Stuttgart, 1966.

—, (ed.), *Goebbels-Reden*, 2 vols., Dusseldorf, 1971-1972.

HEILBRONNER, ODED, *Die Achillesferse des deutschen Katholizismus*, Gerlingen, 1998.

HEIM, SUSANNE, «The German-Jewish Relationship in the Diaries of Victor Klemperer», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.312-325.

—, *Kalorien, Kautschuk, Karrieren: Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten 1933-1945*, Gotinga, 2003.

HEINEMAN, ELIZABETH D., *What Difference Does a Husband Make? Women and Marital Status in Nazi and Postwar Germany*, Londres, 1999.

HEINONEN, REIJO E., *Anpassung und Identität: Theologie und Kirchenpolitik der Bremer Deutschen Christen 1933-1945*, Gotinga, 1978.

HEINRICH-HAMPF, VRONI, «Über Gartenidylle und Gartenarchitektur im Dritten Reich», en Frank (ed.), *Faschistische Architekturen*, pp.271-281.

HEINZELMANN, HERBERT, «Die Heilige Messe des Reichsparteitage. Zur Zeichensprache von Leni Riefenstahls "Triumph des Willens"», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp.163-168.

HEISENBERG, WERNER, *Der Teil und das Ganze: Gespräche im Umkreis der Atomphysik*, Munich, 1969. [Hay trad. cast.: *La parte y el todo conversando en torno a la física atómica*, El logo Ediciones, Castellón de la Plana, 2004.]

HELLER, CELIA S., *On the Edge of Destruction: Jews of Poland between the Two World Wars*, Nueva York, 1977.

HELMREICH, ERNST C., *The German Churches under Hitler: Background, Struggle, and Epilogue*, Detroit, Mich., 1979.

HEMMER, WILLI, *Die «unsichtbaren» Arbeitslosen: Statistische Methoden, soziale Tatsachen*, Zeulenroda, 1935.

HENKE, JOSEF, *England in Hitlers politischem Kalkül 1935-1939*, Boppard, 1973.

HENTSCHEL, KLAUS (ed.), *Physics and National Socialism: An Anthology of Primary Sources*, Basle, 1996.

HERBERT, ULRICH, «"Die guten und die schlechten Zeiten". Überlegungen zur diachronen Analyse lebensgeschichtlicher Interviews», en Niethammer (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht»*, pp.67-96.

—, *Arbeit, Volkstum, Weltanschauung: Über Fremde und Deutsche im 20. Jahrhundert*, Frankfurt, 1995.

—, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997 (1985).

—, *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur*, 2 vols., Gotinga, 1998.

—, «Von der Gegenerbekämpfung zur "rassischen Generalprävention". "Schutzhaft" und Konzentrationslager in der Konzeption der Gestapo-Führung 1933-1939», en *ibid*., I vol., pp. 60-81.

—, «Die nationalsoziallistischen Konzentrationslager: Geschichte, Erinnerung, Forschung», en *ibid*., I vol., pp. 17-40.

HERBST, LUDOLF, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945: Die Entfesselung der Gewalt: Rassimus und Krieg*, Frankfurt, 1996.

HERBST, LUDOLF y THOMAS WEIHE (eds.), *Die Commerzbank und die Juden 1933-1945*, Munich, 2004.

HERLEMANN, BEATRIX, *Die Emigration als Kampfposten: Die Anleitung des kommunistischen Widerstandes in Deutschland aus Frankreich, Belgien und den Niederlanden*, Königstein im Taunus, 1982.

—, *«Der Bauer klebt am Hergebrachten»: Bäuerliche Verhaltensweisen unterm Nationalsozialismus auf dem Gebiet des heutigen Landes Niedersachsen*, Hanover, 1993.

HERZIG, ARNO (ed.), *Die Juden in Hamburg 1590 bis 1990: Wissenschaftliche Beiträge der Universität Hamburg zur Ausstellung «Vierhundert Jahre Juden in Hamburg»*, Hamburgo, 1991.

—, *et al*. (eds.), *Verdrängung und Vernichtung der Juden in Westfalen*, Munster, 1994.

HERZIG, ARNO y INA LORENZ (eds.), *Verdrängung und Vernichtung der Juden unter dem Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1992.

HERZSTEIN, ROBERT EDWIN, *The War that Hitler Won: The Most Infamous Propaganda Campaign in History*, Londres, 1979.

HESKE, HENNING, «*...und morgen die ganze Welt»: Erdkundeunterricht im Nationalsozialismus*, Giessen, 1988.

HESKETT, JOHN, «Modernism and Archaism in Design in the Third Reich», en Taylor y Van der Will (eds.), *The Nazification of Art*, pp.110-127.

HETZER, GERHARD, «Die Industriestadt Augsburg. Eine Sozialgeschichte der Arbeiteropposition», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 1-234.

—, «Ernste Bibelforscher in Augsburg», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 621-644.

HEUMOS, PETER, *Die Emigration aus der Tschechoslowakei nach Westeuropa und dem Nahen Osten 1938*, Munich, 1989.

HILDEBRAND, KLAUS, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945*, Munich, 1969.

—, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, 1973 (1970).

—, *Das vergangene Reich: Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler, 1871-1945*, Stuttgart, 1995.

—, «Die Deutsche Reichsbahn in der nationalsozialistischen Diktatur 1933-1945», en Gall y Pohl (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland*, pp.163-243.

HILDESHEIMER, ESRIEL, *Jüdische Selbstverwaltung unter dem NS-Regime: Der Existenzkampf der Reichsvertretung und Reichsvereinigung der Juden in Deutschland*, Tubinga, 1994.

HILL, LEONIDAS E. (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Frankfurt, 1974.

HILLGRUBER, ANDREAS, «Grundzüge der nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1945», *Saeculum*, 24, 1973, pp.328-345.

—, *Deutsche Grossmacht-und Weltpolitik im 19. und 20. Jahrhundert*, Dusseldorf, 1979.

HIRSCH, MARTIN *et al*. (eds.), *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus: ausgewählte Schriften, Gesetze und Gerichtsentscheidungen von 1933 bis 1945*, Colonia, 1984.

HIRSCHFELD, GERHARD y LOTHAR KETTENACKER (eds.), *The «Führer State»: Myth and Reality: Studies on the Structure and Politics of the Third Reich*, Stuttgart, 1981.

HITLER, ADOLF, *Mein Kampf*, Londres, 1969 (1925-1927). [Hay trad. cast.: *Mi lucha*, M. E. Editores, Madrid, 1994.]

—, *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939: An English Translation of Representative Passages*, Nueva York, 1981.

HOCKERTS, HANS GÜNTER, *Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester 1936/37: Eine Studie zur nationalsozialistischen Herrschaftstechnik und zum Kirchenkampf*, Maguncia, 1971.

—, «Die Goebbels-Tagebücher 1932-1941: Eine neue Hauptquelle zur Erforschung der nationalsozialistischen Kirchenpolitik», en Albrecht *et al*. (eds.), *Politik und Konfession: Festschrift für Konrad Repgen zum 60. Geburtstag*, Berlín, 1983, pp. 359-392.

HOENSCH, JÖRG K., *A History of Modern Hungary, 1867-1986*, Londres, 1988 (1984).

HOFFMANN, HILMAR, (ed.), *The Triumph of Propaganda: Film and National Socialism*, 1933-1945, Providence, R. I., 1996.

HOFFMANN, PETER, «Generaloberst Ludwig Becks militärpolitisches Denken», *Historische Zeitschrift*, 234, 1981, pp.101-121.

—, *Widerstand — Staatsstreich — Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler*, Munich, 1985.

—, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg und seine Brüder*, Stuttgart, 1992.
HOHMANN, JOACHIM S., *Geschichte der Zigeunerverfolgung in Deutschland*, Frankfurt, 1981.
—, (ed.), *Erster Weltkrieg und nationalsozialistische 'Bewegung' im deutschen Lesebuch 1933-1945*, Frankfurt, 1988.
—, *Verfolgte ohne Heimat: Die Geschichte der Zigeuner in Deutschland*, Frankfurt, 1990.
—, *Robert Ritter und die Erben der Kriminalbiologie: «Zigeunerforschung» im Nationalsozialismus und in Westdeutschland im Zeichen des Rassismus*, Frankfurt, 1991.
—, (ed.), *Keine Zeit für gute Freunde: Homosexuelle in Deutschland 1933-1969 — Ein Lese- und Bilderbuch*, Berlín, 1982.
HOHMANN, JOACHIM S. y HERMANN LARGER, *«Stolz, ein Deutscher zu sein...»: Nationales Selbstverständnis in Schulaufsätzen, 1914-1945*, Frankfurt, 1995.
HÖHNE, HEINZ, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Londres, 1972 (1966). [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.]
—, *Mordsache Röhm: Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft, 1933-1934*, Reinbek, 1984.
—, *Die Zeit der Illusionen: Hitler und die Anfänge des Dritten Reiches 1933-1936*, Dusseldorf, 1991.
HOJER, ERNST, *Nationalsozialismus und Pädagogik: Umfeld und Entwicklung der Pädagogik Ernst Kriecks*, Würzburg, 1996.
HOMBURG, HEIDRUN, *Rationalisierung und Industriearbeit: Arbeitsmarkt — Management — Arbeiterschaft im Siemens-Konzern Berlin 1900-1939*, Berlín, 1991.
—, «Warenhausunternehmen und ihre Gründer in Frankreich und Deutschland oder: eine diskrete Elite und mancherlei Mythen», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1992, pp.183-219.
HOMZE, EDWARD L., *Arming the Luftwaffe: The Reich Air Ministry and the German Aircraft Industry*, 1919-1939, Lincoln, Nebr., 1976.
HOPSTER, NORBERT y ULRICH NASSEN, *Literatur und Erziehung im Nationalsozialismus: Deutschunterricht als Körperkultur*, Paderborn, 1983.
HORN, DANIEL B., «The Hitler Youth and Educational Decline in the Third Reich», *History of Education Quarterly*, 16, 1976, pp.425-447.
HORN, GERD-RAINER, «Radicalism and Moderation within German Social Democracy in Underground and Exile, 1933-1936», *German History*, 15, 1997, pp.200-220.
HORNE, JOHN N. y ALAN KRAMER, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, Conn., 2001.
HÖPFNER, HANS-PAUL, *Die Universität Bonn im Dritten Reich: Akademische Biographien unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Bonn, 1999.
HÖSS, RUDOLF, *Commandant of Auschwitz: The Autobiography of Rudolf Hoess*, Londres, 1959 (1951).
HOSSBACH, FRIEDRICH, *Zwischen Wehrmacht und Hitler, 1934-1938*, Gotinga, 1965 (1949).
HUBER, ENGELBERT, *Das ist Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1933.
HUBER, ERNST RUDOLF, *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches*, Hamburgo, 1939.
HUCK, GERHARD (ed.), *Sozialgeschichte der Freizeit: Untersuchungen zum Wandel der Alltagskultur in Deutschland*, Wuppertal, 1980.
HULL, DAVID STEWART, *Film in the Third Reich: A Study of the German Cinema, 1933-1945*, Berkeley, Calif., 1969.
—, «On the Trail of Missing Masterpieces: Modern Art from German Galleries», en Barron (ed.), *Degenerate Art*, pp.121-133.
HÜTTENBERGER, PETER, «Heimtückefälle vor dem Sondergericht München 1933-1939», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 435-526.

IBER, HARALD, *Christlicher Glaube oder rassischer Mythus: Die Auseinandersetzung der Bekennenden Kirche mit Alfred Rosenbergs «Der Mythus des 20. Jahrhunderts»*, Frankfurt, 1987.

IGGERS, GEORG G. (ed.), *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Leamington Spa, 1985.

—, «Introduction», en *ibid*., pp.1-48.

INFIELD, GLENN B., *Leni Riefenstahl: The Fallen Film Goddess*, Nueva York, 1976.

Institut für die Geschichte der Arbeiterbewegung (ed.), *In den Fängen des NKWD: Deutsche Opfer des stalinistischen Terrors in der UdSSR*, Berlín, 1991.

JACOBSEN, HANS ADOLF, *Nationalsozialistische Aussenpolitik, 1933-1938*, Frankfurt, 1968.

—, *et al*. (*eds*.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus, 1933-1945*, 3 vols., Bielefeld, 1961.

JÁDI, Inge *et al. Beyond Reason: Art and Psychosis. Works from the Prinzhorn Collection*, Londres, 1996.

JAMES, HAROLD, «Die Deutsche Bank und die Diktatur 1933-1945», en Lothar Gall *et al*., *Die Deutsche Bank 1870-1995*, Munich, 1993, pp.315-408.

—, «Innovation and Conservatism in Economic Recovery: The Alleged "Nazi Recovery" of the 1930s», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp.114-138.

—, *The Deutsche Bank and the Nazi Economic War against the Jews: The Expropriation of Jewish-owned Property*, Cambridge, 2001.

—, *The Nazi Dictatorship and the Deutsche Bank*, Cambridge, 2004.

JANDA, ANNEGRET, «The Fight for Modern Art: The Berlin Nationalgalerie after 1933», en Barron (ed.), *Degenerate Art*, pp.105-118.

—, (ed.), *Das Schicksal einer Sammlung: Aufbau und Zerstörung der Neuen Abteilung der Nationalgalerie im ehemaligen Kronprinzen-Palais: Unter den Linden 1918-1945*, Berlín, 1986.

JANSEN, CHRISTIAN, *Professoren und Politik: Politisches Denken und Handeln der Heidelberger Hochschullehrer 1914-1935*, Gotinga, 1992.

—, *et al*. (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit: Politische Verantwortung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert: Festschrift für Hans Mommsen zum 5. November 1995*, Berlín, 1995.

JANSSEN, KARL-HEINZ, «Eine Welt brach zusammen», en Glaser y Silenius (eds.), *Jugend im Dritten Reich*, pp.88-90.

JANSSEN, KARL-HEINZ y FRITZ TOBIAS, *Der Sturz der Generäle: Hitler und die Blomberg-Fritsch Krise 1938*, Munich, 1994 (1938).

JARAUSCH, KONRAD H., *Deutsche Studenten 1800-1970*, Frankfurt, 1984.

—, *The Unfree Professions: German Lawyers, Teachers, and Engineers, 1900-1950*, Nueva York, 1990.

JASKOT, PAUL B., *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 2000.

JAWORSKI, RUDOLF, *Vorposten oder Minderheit?: Der sudetendeutsche Volkstumskampf in den Beziehungen zwischen der Weimarer Republik und der CSR*, Stuttgart, 1977.

JELAVICH, BARBARA, *Modern Austria: Empire and Republic, 1815-1986*, Cambridge, 1987.

JELLONNEK, BURKHARD, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung von Homosexuellen in Dritten Reich*, Paderborn, 1990.

—, «Staatspolizeiliche Fahndungs- und Ermittlungsmethoden gegen Homosexuelle. Regionale Differenzen und Gemeinsamkeiten», en Paul y Malimann (eds.), *Die Gestapo*, pp.343-356.

JOACHIMSTHALER, ANTON, *Hitlers Liste: Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, Munich, 2003.

JOHN, ECKHARD, *Musikbolschewismus: Die Politisierung der Musik in Deutschland, 1918-1938*, Stuttgart, 1994.

JOHNSON, ERIC A., *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999. [Hay trad. cast.: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002.]

JUNG, OTMAR, *Plebiszit und Diktatur: Die Volksabstimmungen der Nationalsozialisten: Die Fälle «Austritt aus dem Völkerbund» (1933), «Staatsoberhaupt» (1934) und «Anschluss Üsterreichs» (1938)*, Tubinga, 1995.

JUPPER, ALFONS (ed.), *Staatliche Akten über die Reichskonkordatsverhandlungen 1933*, Maguncia, 1969.

KAFTAN, KURT GUSTAV, *Der Kampf um die Autobahnen: Geschichte der Autobahnen in Deutschland 1907-1935*, Berlín, 1955.

KAIENBURG, HERMANN, «Funktionswandel des KZ-Kosmos? Das Konzentrationslager Neuengamme 1938-1945», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.259-284.

—, *«Vernichtung durch Arbeit»: Der Fall Neuengamme: Die Wirtschaftsbestrebungen der SS und ihre Auswirkungen auf die Existenzbedingungen der KZ-Gefangenen*, Bonn, 1990.

KAISER, ERNST, y KNORN, MICHAEL, *«Wir lebten und schliefen zwischen den Toten»: Rüstungsproduktion, Zwangsarbeit und Vernichtung in den Frankfurter Adlerwerken*, Frankfurt, 1994.

KAISER, FRITZ, *Führer durch die Ausstellung Entartete Kunst*, Berlín, 1937.

KAISER, JOCHEN-CHRISTOPH, «Protestantismus, Diakonie und "Judenfrage" 1933-1941», *VfZ*, 37, 1989, pp.673-714.

KALSHOVEN, HEDDA (ed.), *Ich denk so viel an Euch: Ein deutsch-holländischer Briefwechsel 1920-1949*, Munich, 1995 (1991).

KAPLAN, MARION A., *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998.

KAPPELER, ALPHONS, *Ein Fall von «Pseudologia phantastica» in der deutschen Literatur: Fritz Reck-Malleczewen*, 2 vols., Gopinga, 1975.

KARLSCH, RAINER y RAYMOND G. Stokes, *Faktor Öl: Die Geschichte der Mineralölwirtschaft in Deutschland 1859-1974*, Munich, 2003.

KAROW, YVONNE, *Deutsches Opfer: Kultische Selbstauslöschung auf den Reichsparteitagen der NSDAP*, Berlín, 2997.

KASCHUBA, WOLFGANG, *Lebenswelt und Kultur der unterbürgerlichen Schichten im 19. und 20. Jahrhunderi*, Munich, 1990.

—, *Dörfliches Überleben: Zur Geschichte materieller und sozialer Reproduktion ländlicher Gesellschaft im 19. und frühen 20. Jahrhundert*, Tubinga, 1982.

KASCHUBA, WOLFGANG y CAROLA LIPP, «Kein Volk steht auf, kein Sturm bricht los. Stationen dörflichen Lebens auf dem Weg in den Faschismus», en Beck *et al*. (eds.), *Terror und Hoffnung*, pp.111-155.

KATER, MICHAEL H., «Die ernsten Bibelforscher im Dritten Reich», *VfZ*, 17, 1969, pp. 181-218.

—, «Die deutsche Elternschaft im nationalsozialistischen Erziehungssystem. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte der Familie», *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 67, 1980, pp.484-512.

—, «Medizin und Mediziner im Dritten Reich», *Historische Zeitschrift*, 244, 1987, pp. 299-352.

—, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, N. C., 1989.

—, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York, 1992.

—, *The Twisted Muse: Musicians and their Music in the Third Reich*, Nueva York, 1997.
—, *Composers of the Nazi Era: Eight Portraits*, Nueva York, 2000.
—, *Hitler Youth*, Cambridge, Mass., 2004.
KATER, MICHAEL H. y ALBRECHT RIETHMÜLLER (eds.), *Music and Nazism: Art under Tyranny, 1933-1945*, Laaber, 2003.
KEHRL, HANS, *Krisenmanager im Dritten Reich: 6 Jahre Frieden, 6 Jahre Krieg: Erinnerungen*, Dusseldorf, 1973.
KEIM, WOLFGANG, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, 2 vols., Darmstadt, 1995-1997.
KEINEMANN, FRIEDRICH, *Vom Krummstab zur Republik: Westfälischer Adel unter preussischer Herrschaft 1802-1945*, Bochum, 1997.
KEITZ, CHRISTINE, «Die Anfänge des modernen Massentourismus in der Weimarer Republik», *Archiv für Sozialgeschichte*, 33, 1993, pp.179-209.
KELLER, BERNHARD, *Das Handwerk im faschistischen Deutschland: Zum Problem der Massenbasis*, Colonia, 1980.
KERSHAW, IAN, «Antisemitismus und Volksmeinung. Reaktionen auf die Judenverfolgung», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp.280-348.
—, «The Persecution of the Jews and German Popular Opinion in the Third Reich», *Leo Baeck Institute Year Book*, 26, 1981, pp.261-289.
—, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983.
—, «How Effective Was Nazi Propaganda?», en Welch (ed.), *Nazi Propaganda*, pp. 180-205.
—, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.]
—, «Der Überfall auf Polen und die öffentliche Meinung in Deutschland», en Hansen *et al*. (eds.), *Politischer Wandel*, pp.237-250.
—, *Hitler, 1889-1936: I Hubris*, Londres, 1998. [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002.]
—, *Hitler, 1936-1945: II Nemesis*, Londres, 2000. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.]
—, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, 2000 (1985).
KERSTEN, FELIX, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Londres, 1956 (1952).
KESSLER, HARRY GRAF, *Tagebücher, 1918-1937*, ed. Wolfgang Pfeiffer-Belli, Frankfurt, 1982 (1961).
KETELSEN, UWE-KARSTEN, *Literatur und Drittes Reich*, Schernfeld, 1992.
KIAULEHN, WALTHER, *Mein Freund der Verleger — Ernst Rowohlt und seine Zeit*, Reinbek, 1967.
KIEFFER, FRITZ, *Judenverfolgung in Deutschland — eine innere Angelegenheit? Internationale Reaktionen auf die Flüchtlingsproblematik 1933-1939*, Stuttgart, 2002.
KIEMEIER, KLAUS, *The Ufa Story: A History of Germany's Greatest Film Company 1918-1945*, Nueva York, 1996.
KIMMEL, GÜNTHER, «Das Konzentrationslager Dachau: Eine Studie zu den nationalsozialistischen Gewaltverbrechen», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 349-413.
KIRCHBERG, PETER, «Typisierung in der Kraftfahrzeugindustrie und der Generalbevollmächtigte für das Kraftfahrwesen», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1969, pp.117-142.
Kirchliches Jahrbuch für die Evangelische Kirche in Deutschland 1933-1944, Gütersloh, 1948.
KIRKPATRICK, CLIFFORD, *Women in Nazi Germany*, Londres, 1939.
KITCHEN, MARTIN, *The Coming of Austrian Fascism*, Londres, 1980.
KITTEL, MANFRED, «Konfessioneller Konflikt und politische Kultur in der Weimarer Republik», en Blaschke (ed.), *Konfessionen im Konflikt*, pp.243-298.

KLEE, ERNST, *Die SA Jesu Christi: Die Kirchen im Banne Hitlers*, Frankfurt, 1989.

KLEIBER, LORE, «"Wo ihr seid, da soll die Sonne scheinen!" — Der Frauenarbeitsdienst am Ende der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp.188-214.

KLEIN, BURTON H., *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, Mass., 1959.

KLEIN, THOMAS (ed.), *Die Lageberichte der Geheimen Staatspolizei über die Provinz Hessen-Nassau, 1933-1936*, Colonia, 1986.

KLEINE, GEORGE H., «Adelsgenossenschaft und Nationalsozialismus», *VfZ*, 26, 1978, pp.100-143.

KLEMPERER, KLEMENS VON, *German Resistance Against Hitler: The Search for Allies Abroad, 1938-1945*, Oxford, 1992.

KLEMPERER, VICTOR, *LTI: Notizbuch eines Philologen*, Leipzig, 1975 (1947). [Hay trad. cast.: *LTI: la lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filósofo*, Minúsculo, Barcelona, 2004.]

—, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-1941*, Londres, 1998 (1995). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003]

—, *Tagebücher 1933-1934* (*Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten: Tagebücher 1933-1945*, I), Berlín, 1999 (1995).

KLEPPER, JOCHEN, *Unter dem Schatten Deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1956.

KLESSMANN, CHRISTOPH, «Osteuropaforschung und Lebensraumpolitik im Dritten Reich», en Lundgreen (ed.), *Wissenschaft im Dritten Reich*, pp.350-383.

KLEY, STEFAN, *Hitler, Ribbentrop und die Entfesselung des Zweiten Weltkriegs*, Paderborn, 1996.

KLING, WILLI, *Kleine Geschichte der IG Farben — der Grossfabrikant des Todes*, Berlín, 1957.

KLINGEMANN, CARSTEN, «Social-scientific Experts — No Ideologues: Sociology and Social Research in the Third Reich», en Turner y Käsler (eds.), *Sociology Responds to Fascism*, pp.127-154.

—, *Soziologie im Dritten Reich*, Baden-Baden, 1996.

KLINKSIEK, DOROTHEE, *Die Frau im NS-Staat*, Stuttgart, 1982.

KLÖNNE, ARNO, *Jugend im Dritten Reich: Die Hitler-Jugend und ihre Gegner*, Colonia, 1999 (1982).

KLÖSS, ERHARD (ed.), *Reden des Führers: Politik und Propaganda Adolf Hitlers, 1922-1945*, Munich, 1967.

KLOTZBACH, KURT, *Gegen den Nationalsozialismus: Widerstand und Verfolgung in Dortmund 1930-1945: Eine historisch-politische Studie*, Hanover, 1969.

KNAUER, WILFRIED (ed.), *Nationalsozialistische Justiz und Todesstrafe: Eine Dokumentation zur Gedenkstätte in der Justizvollzugsanstalt Wolfenbüttel*, Braunschweig, 1991.

KNIGGE-TESCHE, RENATE (ed.), *Berater der Braunen Macht: Wissenschaft und Wissenschaftler im NS-Staat*, Frankfurt, 1999.

KNIPPING, FRANZ, y KLAUS-JÜRGEN MÜLLER, *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Paderborn, 1984.

KOCH, HANS-JÖRG, *Das Wunschkonzert im NS-Rundfunk*, Colonia, 2003.

KOCHAN, LIONEL, «Martin Niemöller», en Gutman (ed.), *Encyclopedia of the Holocaust*, vol. III, p. 1.061.

KOCKA, JÜRGEN (ed.), *Theorien in der Praxis des Historikers*, Gotinga, 1977.

KOHLRAUSCH, EDUARD (ed.), *Deutsche Strafgesetze vom 19. Dezember 1932 bis 12. Juni 1934*, Berlín, 1934.

KOMJATHY, ANTHONY T. y REBECCA STOCKWELL, *German Minorities and the Third Reich: Ethnic Germans of East Central Europe between the Wars*, Nueva York, 1980.

KÖNIG, ULRICH, *Sinti und Roma unter dem Nationalsozialismus: Verfolgung und Widerstand*, Bochum, 1989.

KÖNIGSEDER, ANGELIKA y JULIANE WETZEL, «Die "Bilderverbrennung" 1939 — ein Pendant?», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 5, 2003, pp.439-446.

KOONZ, CLAUDIA, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Politics*, Londres, 1988 (1987).

KOPF, PAUL y MAX MILLER (eds.), *Die Vertreibung von Bischof Joannes Baptista Sproll von Rottenburg, 1938-1945: Dokumente zur Geschichte des kirchlichen Widerstands*, Maguncia, 1971.

KOPPER, CHRISTOPHER, «Die "Arisierung" jüdischer Privatbanken im Nationalsozialismus», *Sozialwissenschaftliche Information für Unterricht und Studium*, 20, 1991, pp.11-16.

—, «Privates Bankwesen im Nationalsozialismus. Das Bankhaus M. M. Warburg & Co»., en Werner Plumpe y Christian Kleinschmidt (eds.), *Unternehmen zwischen Markt und Macht: Aspekte deutscher Unternehmens- und Industriegeschichte im 20 Jahrhundert*, Essen, 1992, pp.61-73.

—, *Zwischen Marktwirtschaft und Dirigismus: Bankenpolitik im «Dritten Reich», 1933-1939*, Bonn, 1995.

KÖRBER, ROBERT, *Rassensieg in Wien, der Grenzfeste des Reiches*, Viena, 1939.

KORNRUMPF, MARTIN, *HAFRABA e. V.: Deutsche Autobahn-Planung 1926-1934*, Bonn, 1990.

KOSTHORST, ERICH y BERND WALTER, *Konzentrations und Strafgefangenenlager im Dritten Reich: Beispiel Emsland*, 3 vols., Dusseldorf, 1983.

KOWOWSKI, ALBERT S., *Polens Politik gegenüber seiner deutschen Minderheit, 1919-1939*, Wiesbaden, 1998.

KRACAUER, SIEGFRIED, *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film*, Princeton, N. J., 1947. [Hay trad. cast.: *De Caligari a Hitler una historia psicológica del cine alemán*, Paidós, Barcelona, 1995.]

KRACIK, JÖRG, *Die Politik des deutschen Aktivismus in der Tschechoslowakei, 1920-1938*, Frankfurt, 1999.

KRAMER, DAVID, «Jewish Welfare Work under the Impact of Pauperization», en Paucker *et al*. (eds.), *The Jews in Nazi Germany*, pp.173-188.

KRAMER, HELGARD, «Frankfurt's Working Women: Scapegoats or Winners of the Great Depression?», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, pp. 108-141.

KRATZSCH, GERHARD, *Der Gauwirtschaftsapparat der NSDAP: Menschenführung — Arisierung' — Wehrwirtschaft im Gau Westfalen-Süd: Eine Studie zur Herrschaftspraxis im totalitären Staat*, Munster, 1989.

—, «Die "Entjudung" der mittelständischen Wirtschaft im Regierungsbezirk Arnsberg», en Herzig *et al*. (eds.), *Verdrängung und Vernichtung*, pp.91-114.

KRAUL, MARGRET, *Das deutsche Gymnasium 1780-1980*, Frankfurt, 1984.

KRAUSNICK, HELMUT *et al*., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968 (1965).

KREIMEIER, KLAUS, *The Ufa Story: A History of Germany's Greatest Film Company, 1918-1945*, Nueva York, 1996.

KREISSTER, FELIX (ed.), *Fünfzig Jahre danach — der «Anschluss» von innen gesehen*, Viena, 1989.

KRELLMANN, HANSPETER (ed.), *Wer war Richard Strauss?: Neunzehn Antworten*, Frankfurt, 1999.

KREUTZER, HEIKE, *Das Reichskirchenministerium im Gefüge der nationalsozialistischen Herrschaft*, Dusseldorf, 2000.

KROLL, GERHARD, *Von der Weltwirtschaftskrise zur Staatskonjunktur*, Berlín, 1958.

KROPAT, WOLF-ARNO, *Kristallnacht in Hessen: Der Judenpogrom vom November 1938: Eine Dokumentation*, Wiesbaden, 1997 (1988).

—, *«Reichskristallnacht»: Der Judenpogrom vom 7. bis 10. November 1938 Urheber, Täter, Hintergründe*, Wiesbaden, 1997.

—, (ed.), *Justiz und Judenverfolgung*, 2 vols., Wiesbaden, 1975.

KRUDENER, JÜRGEN VON, «Zielkonflikte in der nationalsozialistischen Agrarpolitik: Ein Beitrag zur Diskussion des Leistungsproblems in zentralgelenkten Wirtschaftssystemen», *Zeitschrift für Wirtschafts-und Sozialwissenschaften*, 94, 1974, pp.335-361.

KRÜGER, HARDY, «Von der Ordensburg nach Babelsberg», en Leeb (ed.), *«Wir waren»*, pp.49-55.

KRÜGER, PETER, *Die Aussenpolitik der Republik von Weimar*, Darmstadt, 1985.

KRÜGER-CHARLÉ, MICHAEL, «Carl Goerdelers Versuche der Durchsetzung einer alternativen Politik 1933 bis 1937», en Schmädeke y Steinback (eds.), *Der Widerstand*, pp.383-404.

KUCERA, JAROSLAV, *Minderheit im Nationalstaat: Die Sprachenfrage in den tschechisch-deutschen Beziehungen 1918-1938*, Munich, 1999.

KUBE, ALFRED, *Pour le mérite und Hakenkreuz: Hermann Göring im Dritten Reich*, Munich, 1987 [(1986).

—, «Hermann Goering: Second Man in the Third Reich», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.62-73.

KÜHL, STEFAN, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism*, Nueva York, 1994.

KÜHNL, REINHARD, «Reichsdeutsche Geschichtswissenschaft», en Tröger (ed.), *Hochschule*, pp.92-104.

KULKA, OTTO DOV, «Die Nürnberger Rassengesetze und die deutsche Bevölkerung im Lichte geheimer NS-Lage-und Stimmungsberichte», *VfZ*, 32, 1984, pp.582-624.

—, (ed.) *Deutsches Judentum unter dem Nationalsozialismus*, I: *Dokumente zur Geschichte der Reichsvertretung der deutschen Juden 1933-1939*, Tubinga, 1997.

KUPPER, ALFONS (ed.), *Staatliche Akten über die Reichskonkordatsverhandlungen 1933*, Maguncia, 1969.

KWIET, KONRAD, «Nach dem Pogrom: Stufen der Ausgrenzung», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp.545-659.

—, «To Leave or Not to Leave: The German Jews at the Crossroads», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp.139-153.

—, «"Wenn einer ein Herz im Leibe hat, der lässt sich von einem deutschen Arzt behandeln" — Die "Entjudung" der Essener Wirtschaft von 1933 bis 1941», en Alte Synagoge (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe*, pp.12-30.

KWIET, KONRAD y HELMUT ESCHWEGE (eds.), *Selbstbehauptung und Widerstand: Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945*, Hamburgo, 1984.

LAAK, DIRK VAN, «Die Mitwirkenden bei der "Arisierung". Dargestellt am Beispiel der rheinisch-westfälischen Industrieregion, 1933-1940», en Büttner (ed.), *Die Deutschen*, pp.231-257.

LÄCHELE, RAINER, *Ein Volk, ein Reich, ein Glaube: Die Deutschen Christen in Württemberg 1925-1960*, pp. Stuttgart, 1993.

LADWIG-WINTERS, SIMONE, *Wertheim, ein Warenhausunternehmen und seine Eigentümer: Ein Beispiel der Entwicklung der Berliner Warenhäuser bis zur Arisierung'*, Munster, 1997.

—, «The Attack on Berlin Department Stores (*Warenhäuser*) after 1933», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.246-267.

LAMBERT, PETER, «From Antifascist to Volkshistoriker: *Demos* and *Etnos* in the Political Thought of Fritz Rörig, 1921-45», en Berger *et al*. (eds.), *Writing National Histories*, pp.137-149.

LAMMERS, BRITTA, *Werbung im Nationalsozialismus: Die Kataloge der «Grossen Deutschen Kunstausstellung», 1937-1944*, Weimar, 1999.

LANE, BARBARA MILLER, *Architecture and Politics in Germany, 1918-1945*, Cambridge, Mass., 1968.

LANGE, SABINE, *«... wir haben nicht nur das Chaos, sondern wir stehen an einem Beginn...». Hans Fallada 1945-1946*, Neubrandenburg, 1988.

LANGELÜDDEKE, ALBRECHT, *Die Entmannung von Sittlichkeitsverbrechern*, Berlín, 1963.

LAQUA, CARSTEN, *Wie Micky unter die Nazis fiel: Walt Disney und Deutschland*, Reinbek, 1992.

LAQUEUR, WALTER, *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography*, Nueva York, 1976.

LARGE, DAVID CLAY (ed.), *Contending with Hitler: Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Washington, D. C., 1991.

LÄRMER, KARL, *Autobahnbau in Deutschland 1933 bis 1945: Zu den Hintergründen*, Berlin, 1975.

LARSEN, STEIN U. *et al*. (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen, 1980.

LAUTERBACH, IRIS (ed.), *Bürokratie und Kult: Das Parteizentrum der NSDAP am Königsplatz in München: Geschichte und Rezeption*, Munich, 1995.

LAUTMANN, RÜDIGER, *Seminar: Gesellschaft und Homosexualität*, Frankfurt, 1977.

—, «Gay Prisoners in Concentration Camps as Compared with Jehovah's Witnesses and Political Prisoners», en Berenbaum (ed.), *A Mosaic of Victims*, pp.200-206.

LEE, W. ROBERT y EVE ROSENHAFT (eds.), *The State and Social Change in Germany 1880-1980*, Oxford, 1990.

LEEB, JOHANNES (ed.), *«Wir waren Hitlers Eliteschüler»: Ehemalige Zöglinge der NS-Ausleseschulen brechen ihr Schweigen*, Hamburgo, 1998.

LEHMANN, HARTMUT y JAMES VAN HORN MELTON (eds.), *Paths of Continuity: Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*, Cambridge, 1994.

LEHMANN, HARTMUT y OTTO GERHARD OEXLE (eds.), *Nationalsozialismus in den Kulturwissenschaften*, 2 vols., Gotinga, 2004-2005.

LEHMANN, JOACHIM, «Mecklenburgische Landwirtschaft und «Modernisierung» in den dreissiger Jahren», en Bajohr (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus*, pp.335-346.

LEHMBRUCH, HANS, «Acropolis Germaniae. Der Königsplatz-Forum der NSDAP», en Lauterbach (ed.), *Bürokratie und Kult*, pp.17-46.

LEHNERT, DETLEF, *Sozialdemokratie zwischen Protestbewegung und Regierungspartei 1848 bis 1983*, Frankfurt, 1983.

LEIMKUGEL, FRANZ, «Antisemitische Gesetzgebung in der Pharmazie, 1933-1939», en Meinet y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp.230-35.

LEISER, ERWIN, *Nazi Cinema*, Londres, 1974 (1968).

LEITZ, CHRISTIAN, «Nazi Germany's Intervention in the Spanish Civil War and the Foundation of HISMA/ROWAK», en Preston y Mackenzie (eds.), *The Republic Besieged*, pp.53-85.

LENGER, FRIEDRICH, *Sozialgeschichte der deutschen Handwerker seit 1800*, Frankfurt, 1988.

LENZ, RUDOLF, *Karstadt: Ein deutscher Warenhauskonzern 1920-1950*, Stuttgart, 1995.

LEVI, ERIK, *Music in the Third Reich*, Nueva York, 1994.

LEVINE, HERBERT S., *Hitler's Free City: A History of the Nazi Party in Danzig, 1925-39*, Chicago, 1973.

—, «The Mediator: Carl J. Burckhardt's Efforts to Avert a Second World War», *Journal of Modern History*, 45, 1973, pp.439-453.

LEWY, GUENTER, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964.

—, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Nueva York, 2000.

LEY, MICHAEL y JULIAN H. SCHOEPS, *Der Nationalsozialismus als politische Religion*, Bodenheim, 1997.

LEY, ROBERT, *Soldaten der Arbeit*, Munich, 1938.

LIDTKE, VERNON L., *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Nueva York, 1985.

LINDNER, HELMUT, «"Deutsche" und "gegentypische" Mathematik. Zur Begründung einer "arteigenen Mathematik" im "Dritten Reich" durch Ludwig Bieberbach», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp.88-115.

LINGELBACH, KARL CHRISTOPH, *Erziehung und Erziehungstheorien im nationalsozialistischen Deutschland: Ursprünge und Wandlungen der 1933-1945 in Deutschlands vorherrschenden erziehungstheoretischen Strömungen: Ihre politischen Funktionen und ihr Verhältnis zur ausserschulischen Erziehungspraxis des «Dritten Reiches»*, Frankfurt, 1987 (1970).

LINSMAYER, LUDWIG, *Politische Kultur im Saargebiet 1920-1932: Symbolische Politik, verhinderte Demokratisierung, nationalisiertes Kulturleben in einer abgetrennten Region*, St Ingbert, 1992.

LÖFFLER, PETER (ed.), *Bischof Clemens August Graf von Galen: Akten, Briefe und Predigten 1933-1946*, I: *1933-1939*, Maguncia, 1988.

LOHALM, UWE, «Local Administration and Nazi Anti-Jewish Policy», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.109-146.

LONDON, JOHN, *Theatre under the Nazis*, Manchester, 2000.

LONDON, LOUISE, «Jewish Refugees, Anglo-Jewry and British Government Policy», en Cesarani (ed.), *The Making of Modern Anglo-Jewry*, pp.163-190.

—, *Whitehall and the Jews, 1933-1948: British Immigration Policy, Jewish Refugees, and the Holocaust*, Cambridge, 2000.

LONGERICH, PETER, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA*, Munich, 1989.

—, «Nationalsozialistische Propaganda», en Bracher *et al*. (eds.), *Deutschland 1933-1945*, pp.291-314.

—, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Munich, 1998.

—, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlösung»*, Munich, 2001.

LORENTZ, BERNHARD, «Die Commerzbank und die "Arisierung" im Altreich. Ein Vergleich der Netzwerkstrukturen und Handlungsspielräume von Grossbanken in der NS-Zeit», *VfZ*, 50, 2002, pp.237-268.

LORENZ, SASKIA, «Die Zerstörung der Synagogen unter dem Nationalsozialismus», en Herzig (ed.), *Verdrängung und Vernichtung*, pp.153-172.

LÖWENTHAL, RICHARD, *Die Widerstandsgruppe «Neu Beginnen»*, Berlín, 1982.

LÖWENTHAL, RICHARD y PATRICK VON ZUR MÜHLEN (eds.), *Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945*, Berlín, 1982.

LOWRY, STEPHEN, *Pathos und Politik: Ideologie in Spielfilmen des Nationalsozialismus*, Tubinga, 1991.

LUCASSEN, LEO, *Zigeuner: Die Geschichte eines polizeilichen Ordnungsbegriffes in Deutschland, 1700-1945*, Colonia, 1996.

LUDEWIG, HANS-ULRICH y DAVID KUESSNER, *«Es sei also jeder gewarnt»: Das Sondergericht Braunschweig 1933-1945*, Braunschweig, 2000.

LUDWIG, JOHANNES, *Boykott — Enteignung — Mord: Die «Entjudung» der deutschen Wirtschaft*, Hamburgo, 1989.

LUNDGREEN, PETER (ed.), *Wissenschaft im Dritten Reich*, Frankfurt, 1985.

LUTHER, HANS, *Vor dem Abgrund, 1930-1933: Reichsbankpräsident in Krisenzeiten*, Berlín, 1964.

LÜTTICHAU, MARIO-ANDREAS VON, «"Deutsche Kunst" and "Entartete Kunst": Die Münchner Ausstellungen 1937», en Schuster (ed.), *Die «Kunststadt» München*, pp. 12-36.

—, «"*Entartete Kunst*", Munich, 1937: A Reconstruction», en Barron (ed.), *Degenerate Art*, pp.45-81.

MACARTNEY, CARLILE A. y ALAN PALMER, *Independent Eastern Europe: A History*, Londres, 1966.

MACK SMITH, Denis, *Mussolini's Roman Empire*, Londres, 1976.

—, *Modern Italy: A Political History*, New Haven, Conn., 1997 (1959).

MACRAKIS, KRISTIE, *Surviving the Swastika: Scientific Research in Nazi Germany*, Nueva York, 1993.

MAIER, HANS, *Politische Religionen: Die totalitären Regime und das Christentum*, Freiburgo, 1995.

MAIER, HELMUT (ed.), *Rüstungsforschung im Nationalsozialismus: Organisation, Mobilisierung und Entgrenzung der Technikwissenschaften*, Gotinga, 2002.

MAIRGÜNTHER, WILFRED, *Reichskristallnacht*, Kiel, 1987.

MAIWALD, KLAUS-JÜRGEN, *Filmzensur im NS-Staat*, Dortmund, 1983.

MALINOWSKI, STEPHAN, *Vom König zum Führer: Sozialer Niedergang und politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat*, Berlín, 2003.

MALIMANN, KLAUS-MICHAEL y PAUL GERHARD, *Das zersplitterte Nein: Saarländer gegen Hitler*, Bonn, 1989.

—, *Herrschaft und Alltag: Ein Industrierevier im Dritten Reich*, Bonn, 1991.

—, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance», en Crew (ed.), *Nazism*, pp.166-196.

—, *Milieus und Widerstand. Eine Verhaltensgeschichte der Gesellschaft im Nationalsozialismus*, Bonn, 1995.

MANCHESTER, WILLIAM, *The Arms of Krupp, 1587-1968*, Nueva York, 1970 (1968).

MANDELL, RICHARD D., *The Nazi Olympics*, Londres, 1972 (1971).

MANN, REINHARD, *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Grossstadt*, Frankfurt, 1987.

MARCON, HELMUT, *Arbeitsbeschaffungspolitik der Regierungen Papen und Schleicher: Grundsteinlegung für die Beschäftigungspolitik im Dritten Reich*, Bern, 1974.

MARCUS, JOSEPH, *Social and Political History of the Jews in Poland, 1919-1939*, Berlín, 1983.

MARSCHALCK, PETER, *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt, 1984.

MARSHALL-CORNWELL, JAMES *et al*. (eds.), *Akten zur deutschen auswärtigen Politik, 1918-1945: Aus den Akten des Deutschen Auswärtigen Amtes*, series A-E, Baden-Baden, 1951-1995.

MARSSOLEK, INGE, «Radio in Deutschland 1923-1960: Zur Sozialgeschichte eines Mediums», *Geschichte und Gesellschaft*, 27, 2001, pp.207-239.

—, «"Die Zeichen an der Wand". Denunziation aus der Perspective des jüdischen Alltags im "Dritten Reich"», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp.204-218.

—, *Radiozeiten: Herrschaft, Alltag, Gesellschaft* (1924-1960), Potsdam, 1999.

MARSSOLEK, INGE y ADELHEID VON SALDERN (eds.), *Zuhören und Gehörtwerden*, I: *Radio im Nationalsozialismus: Zwischen Lenkung und Ablenkung*, Tubinga, 1998.

MARTENS, STEFAN, «Die Rolle Hermann Görings in der deutschen Aussenpolitik 1937/1938», en Knipping y Müller (eds.), *Machtbewusstsein*, pp.75-82.

—, *Hermann Göring: «Erster Paladin des Führers» und «Zweiter Mann im Reich»*, Paderborn, 1985.
MARXEN, KLAUS, *Das Volk und sein Gerichtshof: Eine Studie zum nationalsozialistischen Volksgerichtshof*, Frankfurt, 1994.
MASCHMANN, MELITA, *Account Rendered: A Dossier on My Former Self*, Londres, 1964.
MASON, TIMOTHY W., «The Primacy of Politics — Politics and Economics in National Socialist Germany», en Woolf (ed.), *The Nature of Fascism*, pp.165-195.
—, «The Legacy of 1918 for National Socialism», en Nicholls y Matthias (eds.), *German Democracy*, pp.215-240.
—, (ed.), *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft: Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939*, Opladen, 1975.
—, «The Workers' Opposition in Nazi Germany», *History Workshop Journal*, vol. II, 1987, pp.120-137.
—, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Providence, R. I., 1993 (1977).
—, «The Domestic Dynamics of Nazi Conquests: A Response to Critics», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp.161-189.
—, *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge, 1995.
—, «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare and Work», en idem, *Nazism, Fascism and the Working Class*, pp.131-211.
MASTNY, VOJTECH, *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942*, Londres, 1971.
MATTHIAS, ERICH, *Mit dem Gesicht nach Deutschland*, Dusseldorf, 1968.
MATZERATH, HORST (ed.), «*...vergessen kann man die Zeit nicht, das ist nicht möglich...*»*: Kölner erinnern sich an die Jahre 1929-1945* Cologne, 1985.
MATZERATH, HORST y HEINRICH VOLKMANN, «Modernisierungstheorie und Nationalsozialismus», en Kocka (ed.), *Theorien*, pp.86-116.
MAURER, TRUDE, «The Background for Kristallnacht: The Expulsion of Polish Jews», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp.44-72.
MAXWELL, DAVID G., «Ernst Hanfstaengl: Des "Führers" Klavierspieler», en Smelser *et al*. (eds.), *Die braune Elite*, II: *21 weitere biographische Skizzen*, pp.137-149.
MAYER, PAUL (ed.), *Ernst Rowohlt in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbeck, 1968.
MCKEE, ILSE, *Tomorrow the World*, Londres, 1960.
MCLEOD, HUGH, *Piety and Poverty: Working-Class Religion in Berlin, London, and New York, 1870-1914*, Nueva York, 1996.
—, *Religion and the People of Western Europe, 1789-1989*, Oxford, 1997 (1981).
MEAD, MARGARET y RHODA MÉTRAUX (eds.), *The Study of Culture at a Distance*, Chicago, 1953.
MEDICK, HANS y DAVID SABEAN (eds.), *Interest and Emotion: Essays in the Study of Family and Kinship*, Cambridge, 1984.
MEEHAN, PATRICIA, *The Unnecessary War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, Londres, 1992.
MEHL, STEFAN, *Das Reichsfinanzministerium und die Verfolgung der deutschen Juden, 1933-1943*, Berlín, 1990.
MEHRTENS, HERBERT, «Entartete Wissenschaft? Naturwissenschaften und Nationalsozialismus», en Siegele-Wenschkewitz y Stuchlik (eds.), *Hochschule*, pp. 113-128.
—, «Kollaborationsverhältnisse: Natur- und Technikwissenschaften im NS-Staat und ihre Historie», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp.13-32.

MEHRTENS, HERBERT y STEFFEN RICHTEr (eds.), *Naturwissenschaft, Technik und NS-Ideologie: Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte des Dritten Reichs*, Frankfurt, 1980.

MEIER, KURT, *Die Deutschen Christen: Das Bild einer Bewegung im Kirchenkampf des Dritten Reiches*, Gotinga, 1964.

MEIER-BENNECKENSTEIN, PAUL (ed.), *Dokumente der deutschen Politik*, IV: *Deutschlands Aufstieg zur Grossmacht 1936*, Berlín, 1937.

MEINEL, CHRISTOPH y PETER VOSWINCKEL (eds.), *Medizin, Naturwissenschaft, Technik und Nationalsozialismus: Kontinuitäten und Diskontinuitäten*, Stuttgart, 1994.

MELTON, JAMES VAN HORN, «Continuities in German Historical Scholarship, 1933-1960», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp.1-18.

MELZER, EMANUEL, «The Polish Authorities and the Jewish Question, 1930-1939», en Greenbaum (ed.), *Minority Problems*, pp.77-81.

MENDELSOHN, EZRA, *The Jews of East Central Europe Between the World Wars*, Bloomington, Ind., 1983.

MENDES-FLOHR, PAUL, «Jewish Cultural Life under National Socialism», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, pp.283-312.

MENSING, BJÖRN, *Pfarrer und Nationalsozialismus: Geschichte einer Verstrickung am Beispiel der Evangelisch-Lutherischen Kirche in Bayern*, Gotinga, 1998.

MENZ, EGON, «Sprechchor und Aufmarsch. Zur Entstehung des Thingspiels», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.330-346.

MERKER, REINHARD, *Die bildenden Künste im Nationalsozialismus: Kulturideologie, Kulturpolitik, Kulturproduktion*, Colonia, 1983.

MERKL, PETER H., *Political Violence under the Swastika: 581 Early Nazis*, Princeton, N. J., 1975.

MERSON, ALLAN, *Communist Resistance in Nazi Germany*, Londres, 1985.

MESSERSCHMIDT, MANFRED, «Foreign Policy and Preparation for War», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany*, pp.541-717.

MEYER, BEATE, *«Jüdische Mischlinge»: Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung 1933-1945*, Hamburgo, 1999.

—, «The Mixed Marriage: A Guarantee of Survival or a Reflection of German Society during the Nazi Regime?», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.54-77.

MEYER, MICHAEL, *The Politics of Music in the Third Reich*, Nueva York, 1991.

MEYER, MICHAEL A. (ed.), *German-Jewish History in Modern Times*, 4 vols., Nueva York, 1998 (1996).

MEYHOFF, ANDREAS, *Blohm und Voss im «Dritten Reich»: Eine Hamburger Grossfwerft zwischen Geschäft und Politik*, Hamburgo, 2001.

MEYNERT, JOACHIM, *Was vor der «Endlösung» geschah: Antisemitische Ausgrenzung und Verfolgung in Minden-Ravensberg, 1933-1945*, Munster, 1988.

MEZGER, EDMUND, *Kriminalpolitik auf kriminologischer Grundlage*, Stuttgart, 1934.

MICHAELIS, HERBERT, y SCHRAEPLER, ERNST (eds.), *Ursachen und Folgen: Vom deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart*, 25 vols., Berlín, 1965-1679.

MICHALKA, WOLFGANG, «Conflicts within the German Leadership on the Objectives and Tactics of German Foreign Policy 1933-9», en Mommsen y Kettenacker (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, pp.48-60.

—, *Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik, 1933-1940: Aussenpolitische Konzeptionen und Entscheidungsprozesse im Dritten Reich*, Munich, 1989 (1980).

—, «Joachim von Ribbentrop: From Wine Merchant to Foreign Minister», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.165-172.

MILFULL, JOHN (ed.), *The Attractions of Fascism: Social Psychology and Aesthetics of the «Triumph of the Right»*, Nueva York, 1990.

MILITÄRGESCHICHTLICHES FORSCHUNGSAMT (ed.), *Germany and the Second World War*, 10 vols., Oxford 1990-(1979).

MILLER, SUSANNE y HEINRICH POLTHOFF, *A History of German Social Democracy: From 1848 to the Present*, Leamington Spa, 1986.

MILTON, SYBIL, «The Expulsion of Polish Jews from Germany October 1938 to July 1939: A Documentation», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29, 1984, pp.169-200.

—, «Die Konzentrationslager der dreissiger Jahre im Bild der in-und ausländischen Presse», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.135-147.

—, «"Gypsies" as Social Outsiders in Nazi Germany», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, pp.212-232.

MILWARD, ALAN S., «Fascism and the Economy», en Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, pp.409-453.

MINUTH, KARL-HEINZ (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, 2 vols., Boppard, 1983.

MOCKLER, ANTHONY, *Haile Selassie's War*, Oxford, 1984.

MOELLER, FELIX, *Der Filmminister: Goebbels und der Film im Dritten Reich*, Berlín, 1998.

MÖLLER, HORST, «Nationalsozialistische Wissenschaftsideologie», en Tröger (ed.), *Hochschule*, pp.65-76.

MOLTMANN, GÜNTER, «Weltherrschaftsideen Hitlers», en Brunner y Gerhard (eds.), Europa und Übersee, pp. 197-240.

MOMMSEN, HANS, *Beamtentum im Dritten Reich: Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik*, Stuttgart, 1976.

MOMMSEN, HANS y MANFRED GRIEGER, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, Dusseldorf, 1996.

MOMMSEN, HANS y SUSANNE WILLEMS (eds.), *Herrschaftsalltag im Dritten Reich: Studien und Texte*, Dusseldorf, 1988.

MOMMSEN, WOLFGANG J. y LOTHAR KETTENACKER, (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, 1983.

MONTEFIORE, SIMON SEBAG, *Stalin: The Court of The Red Tsar*, Londres, 2003.

MORSCH, GÜNTER, «Oranienburg-Sachsenhausen, Sachsenhausen-Oranienburg», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.111-134.

MORSE, ARTHUR D., *While Six Million Died: A Chronicle of American Apathy*, Nueva York, 1967.

MOSER, JONNY, «Depriving Jews of Their Legal Rights in The Third Reich», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp.127-132.

MOSSE, GEORGE L. (ed.), *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*, Londres, 1966. [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973.]

—, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, 1975. [Hay trad. cast.: *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid, 2005.]

—, (ed.), *International Fascism: New Thoughts and New Approaches*, Londres, 1979.

MOSSE, WERNER E., *The German-Jewish Economic Elite, 1820-1935: A Socio-Cultural Profile*, Oxford, 1989.

MÜHLEN, PATRICK VON ZUR, *«Schlagt Hitler an der Saar!»: Abstimmungskampf, Emigration und Widerstand im Saargebiet, 1933-1935*, Bonn, 1979.

MÜLLER, CHRISTIAN, *Das Gewohnheitsverbrechergesetz vom 24. November 1933. Kriminalpolitik als Rassenpolitik*, Baden-Baden, 1997.

—, «"Modernes" Strafrecht im Nationalsozialismus: Das Gewohnheitsverbrechergesetz vom 24. 11. 1933», en Franz-Josef Düwell y Thomas Bormbaum (eds.), *Themen juristischer Zeitgeschichte*, III, Baden-Baden, 1999, pp.46-70.

MÜLLER, FRANZ, *Ein «Rechtskatholik» zwischen Kreuz und Hakenkreuz: Franz von Papen als Sonderbevollmächtigter Hitlers in Wien 1934-1938*, Frankfurt, 1990.

MÜLLER, HANS, *Deutsches Bauerntum zwischen Gestern und Morgen*, Witzburg, 1940.

MÜLLER, INGO, «Nationalsozialistische Sondergerichte. Ihre Stellung im System des deutschen Strafverfahrens», en Bennhold (ed.), *Spuren des Unrechts*, pp.17-34.

MÜLLER, JOACHIM, *Sterilisation und Gesetzgebung bis 1933*, Husum, 1985.

MÜLLER, KLAUS-JÜRGEN, *Das Heer und Hitler: Armee und nationalsozialistisches Regime 1933-1940*, Stuttgart, 1969.

—, (ed.), *General Ludwig Beck: Studien und Dokumente zur politischmilitärischen Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933-1938*, Boppard, 1980.

—, «Militärpolitik nicht Militäropposition!», *Historische Zeitschrift*, 235, 1982, pp. 355-371.

MÜLLER-WALDECK, GUNNAR y ROLAND ULRICH, *Hans Fallada: Sein Leben in Bildern und Briefen*, Berlín, 1997.

MÜNKEL, DANIELA, *Bauern und Nationalsozialismus: Der Landkreis Celle im Dritten Reich*, Bielefeld, 1991.

—, «Hakenkreuz und "Blut und Boden". Bäuerliches Leben im Landkreis Celle 1933-1939», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 40, 1992, pp. 206-247.

—, *Nationalsozialistische Agrarpolitik und Bauernalltag*, Frankfurt, 1996.

—, *Der lange Abschied vom Agrarland: Agrarpolitik, Landwirtschaft und ländliche Gesellschaft zwischen Weimar und Bonn*, Gotinga, 2000.

MUSKALLA, DIETER, *NS-Politik an der Saar unter Josef Bürckel: Gleichschaltung — Neuordnung — Verwaltung*, Saarbrücken, 1995.

MUSSGNUG, DOROTHEE, *Die Reichsfluchtsteuer 1931-1933*, Berlín, 1993.

NELLES, DIETER, «Jan Valtins "Tagebuch der Hölle" — Legende und Wirklichkeit eines Schlüsselromans der Totalitarismustheorie», *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 9, 1994, pp.11-45.

—, «Organisation des Terrors im Nationalsozialismus», *Sozialwissenschaftliche Literatur-Rundschau*, 25, 2002, pp.5-28.

—, «Die Rehabilitation eines Gestapo-Agenten: Richard Krebs/Jan Valtin», *Sozial Geschichte*, 18, 2003, pp.148-158.

NEUGEBAUER, WOLFGANG, (ed.), *Widerstand und Verfolgung im Burgenland: Eine Dokumentation*, Viena, 1979.

NEUHÄUSLER, JOHANN, *Kreuz und Hakenkreuz: Der Kampf des Nationalsozialismus gegen die katholische Kirche und der kirchliche Widerstand*, Munich, 1946.

NEURATH, PAUL MARTIN, *Die Gesellschaft des Terrors: Innenansichten der Konzentrationslager Dachau und Buchenwald* Frankfurt, 2004.

NEVILLE, PETER, *Appeasing Hitler: The Diplomacy of Sir Nevile Henderson, 1937-39*, Basingstoke, 1999.

NEWMAN, SIMON, *March 1939: The British Guarantee to Poland: A Study in the Continuity of British Foreign Policy*, Oxford, 1976.

NICHOLAS, LYNN H., *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War*, Nueva York, 1994. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros de Europa en el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 1996.]

NICHOLLS, ANTHONY J. y ERICH MATTHIAS (eds.), *German Democracy and the Triumph of Hitler: Essays in Recent German History*, Londres, 1971.

NICOSIA, FRANCIS R., *The Third Reich and the Palestine Question*, Londres, 1985.

—, «Ein nützlicher Feind: Zionismus im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1939», *VfZ*, 37, 1989, pp.367-400.

NICOSIA, FRANCIS R. y LAWRENCE D. STOKES (eds.), *Germans Against Nazism: Nonconformity, Opposition and Resistance in the Third Reich: Essays in Honour of Peter Hoffmann*, Oxford, 1990.

NIEDHART, GOTTFRIED y GEORGE BRODERICK, *Lieder in Politik und Alltag des Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1999.

NIEMANN, HARRY y ARMIN HERMAN, (eds.), *Die Entwicklung der Motorisierung im Deutschen Reich und den Nachfolgestaaten*, Stuttgart, 1995.

NIEMÖLLER, MARTIN, *From U-boat to Pulpit*, Londres, 1936 (1934).

—, *Dahlemer Predigten 1936/37*, Munich, 1981.

NIERMANN, HANS-ECKHARD, *Die Durchsetzung politischer und politisierter Strafjustiz im Dritten Reich*, Dusseldorf, 1995.

NIETHAMMER, LUTZ (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll»: Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet: Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960*, Berlín, 1983.

NIPPERDEY, THOMAS, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 vols., Munich, 1990.

NIVEN, WILLIAM, «The Birth of Nazi Drama? *Thing* Plays», en Londres (ed.), *Theatre under the Nazis*, pp.54-95.

NOAKES, JEREMY, «The Oldenburg Crucifix Struggle of November 1936: A Case Study of Opposition in the Third Reich», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp.210-233.

—, «Nazism and Revolution», en Noel O'Sullivan (ed.), *Revolutionary Theory and Political Reality*, Londres, 1983, pp.73-100.

—, «Nazism and Eugenics: The Background to the Nazi Sterilization Law of 14 July 1933», en Bullen *et al*. (eds.), *Ideas into Politics*, pp.75-94.

—, «Wohin gehören die "Judenmischlinge"? Die Entstehung der ersten Durchführungsverordnungen zu den Nürnberger Gesetzen», en Büttner (ed.), *Das Unrechtsrregime*, vol. II, pp. 69-89.

—, «The Origins, Structure and Function of Nazi Terror», en O'Sullivan (ed.), *Terrorism, Ideology and Revolution*, pp.67-87.

—, «Social Outcasts in the Third Reich», en Bessel (ed.), *Life in the Third Reich*, pp. 183-196.

—, «The Development of Nazi Policy towards the German-Jewish "Mischlinge", 1933-1945», *Leo Baeck Institute Year Book*, 34, 1989, pp.291-354.

NOAKES, JEREMY y GEOFFREY PRIDHAM (eds.), *Nazism 1919-1945*, 4 vols., Exeter, 1983-1998 (1974).

NITSCHKE, PETER, «Polizei und Gestapo. Vorauseilender Gehorsam oder polykratischer Konflikt?», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.306-322.

NOAM, ERNST y WOLF-ARNO KROPAT (eds.), *Justiz und Judenverfolgung*, 2 vols., Wiesbaden, 1975.

NOTHNAGEL, HANS y EWALD DÄHN, *Juden in Suhl: Ein geschichtlicher Überblick*, Constanza, 1995.

NOVICK, PETER, *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience*, Londres, 2000.

NYE, DAVID E. (ed.), *Technologies of Landscape: From Reaping to Recycling*, Amherst, Mass., 1999.
OBENAUS, HERBERT, «The Germans: "An Antisemitic People". The Press Campaign after 9 November 1938», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.147-180.
OBERKROME, WILLI, *Volksgeschichte: Methodische Innovation und völkische Ideologisierung in der deutschen Geschichtswissenschaft 1918-1945*, Gotinga, 1992.
OBST, DIETER, *Reichskristallnacht: Ursachen und Verlauf des antisemitischen Pogroms vom November 1938*, Frankfurt, 1991.
OEHLER, CHRISTIANE, *Die Rechtsprechung des Sondergerichts Mannheim 1939-1945*, Berlín, 1997.
OGAN, BERND y WOLFGANG W. WEISS, *Faszination und Gewalt: Zur politischen Ästhetik des Nationalsozialismus*, Nuremberg, 1992.
O'NEILL, ROBERT J., *The German Army and the Nazi Party 1933-1939*, Londres, 1968 (1966).
ORTH, KARIN, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999.
ORTMEYER, BENJAMIN, *Schulzeit unterm Hitlerbild: Analysen, Berichte, Dokumente*, Frankfurt, 1996.
OSTERROTH, FRANZ y DIETER SCHUSTER, *Chronik der deutschen Sozialdemokratie*, Hanover, 1963.
O'SULLIVAN, NOEL (ed.), *Terrorism, Ideology and Revolution*, Brighton, 1986.
OVERY, RICHARD J., «Cars, Roads, and Economic Recovery in Germany, 1932-1938», *Economic History Review*, 2nd series, 28, 1975, pp.466-483.
—, «The German Pre-war Production Plans: November 1936-April 1939», *English Historical Review*, 90, 1975, pp.778-797.
—, «The German Motorisierung and Rearmament: A Reply», *Economic History Review*, 32, 1979, pp.107-113.
—, «Heavy Industry in the Third Reich: The Reichswerke Crisis», *European History Quarterly*, 15, 1985, pp.313-339.
—, «Unemployment in the Third Reich», *Business History*, 29, 1987, pp.253-282.
—, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.
—, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Nueva York, 2004.
PADOVER, SAUL K., *Experiment in Germany: The Story of an American Intelligence Officer*, Nueva York, 1946.
PAHL-WEBER, ELKE y DIRK SCHUBERT, «Myth and Reality in National Socialist Town Planning and Architecture: Housing and Urban Development in Hamburg, 1933-45», *Planning Perspectives*, 6, 1991, pp.161-188.
PAPEN, FRANZ VON, *Memoirs*, Londres, 1952.
PARET, PETER, *An Artist Against the Third Reich: Ernst Barlach, 1933-1938*, Cambridge, 2003.
PARKER, ROBERT A. C., *Chamberlain and Appeasement: British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993.
—, «Alternatives to Appeasement», en Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, pp.206-221.
—, *Churchill and Appeasement*, Londres, 2000.
PARKINSON, FRED (ed.), *Conquering the Past: Austrian Nazism Yesterday and Today*, Detroit, Mich., 1959.
PÄTZOLD, KURT y IRENE RUNGE, *Pogromnacht 1938*, Berlín, 1988.
PAUCKER, ARNOLD *et al*. (eds.), *The Jews in Nazi Germany, 1933-1945*, Tubinga, 1986.
PAUL, GERHARD, *«Deutsche Mutter — heim zu Dir!»: Warum es misslang, Hitler an der Saar zu schlagen: Der Saarkampf 1933-1935*, Colonia, 1984.
—, *Aufstand der Bilder: Die NS-Propaganda vor 1933*, Bonn, 1990.

—, *Milieus und Widerstand: Eine Verhaltensgeschichte der Gesellschaft im Nationalsozialismus*, Bonn, 1995.

—, (eds.), *Die Gestapo: Mythos und Realität*, Darmstadt, 1995.

PAUL, GERHARD y KLAUS-MICHAEL MALLMANN, «Auf dem Wege zu einer Sozialgeschichte des Terrors: Eine Zwischenbilanz», en idem (eds.), *Die Gestapo*, pp.3-18.

PAULEY, BRUCE F., *Hitler and the Forgotten Nazis: A History of Austrian National Socialism*, Chapel Hill, N. C., 1981.

—, *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*, Chapel Hill, N. C., 1992.

PEHLE, WALTER H., *November 1938: From 'Reichskristallnacht' to Genocide*, Nueva York, 1991.

PENTZLIN, HEINZ, *Hjalmar Schacht: Leben und Wirken einer umstrittenen Persönlichkeit*, Berlín, 1980.

PERKINS, JOHN, «Nazi Autarchic Aspirations and the Beet-Sugar Industry, 1933-39», *European History Quarterly*, 29, 1990, pp.497-518.

PERRY, MARVIN y FREDERICK M. SCHWEITZER, *Jewish-Christian Encounters over the Centuries: Symbiosis, Prejudice, Holocaust, Dialogue*, Nueva York, 1994.

PETACH, JOACHIM, «Architektur als Weltanschauung: Die Staats-und Parteiarchitektur im Nationalsozialismus», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, 197-204.

PETER, KAREN (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit: Edition und Dokumentation*, V: *1937*, Munich, 1998; VI: *1938*, Munich, 1999.

PETERSON, AGNES. F. *et al*. (eds.), *Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945*, Frankfurt, 1974.

PETERSON, EDWARD N., *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, N. J., 1969.

PETRICK, FRITZ, «Eine Untersuchung zur Beseitigung der Arbeitslosigkeit unter der deutschen Jugend in den Jahren von 1933 bis 1935», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1967), pp. 287-300.

PETROPOULOS, JONATHAN, «A Guide through the Visual Arts Administration of the Third Reich», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.121-53.

—, *Art as Politics in the Third Reich*, Chapel Hill, N. C., 1996.

—, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany*, Nueva York, 2000.

—, «From Seduction to Denial: Arno Breker's Engagement with National Socialism», en Etlin (ed.), *Art*, pp.205-229.

PETSCH, JOACHIM, «Architektur und Städtebau im Dritten Reich-Anspruch und Wirklichkeit», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 175-198.

PETZINA, DIETMAR, «Hauptprobleme der deutschen Wirtschaftspolitik 1932/33», *VfZ*, 15, 1967, pp.18-55.

—, *Autarkiepolitik im Dritten Reich: Der nationalsozialistische Vierjahresplan (1936-42)*, Stuttgart, 1968.

—, *Die deutsche Wirtschaft in der Zwischenkriegszeit*, Wiesbaden, 1977.

—, «The Extent and Causes of Unemployment in the Weimar Republic», en Stachura (ed.), *Unemployment*, pp.29-48.

—, *et al*. (eds.), *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch*, III: *Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1945*, Munich, 1978.

PETZOLD, JOACHIM, *Franz von Papen: Ein deutsches Verhängnis*, Munich, 1995.

PEUKERT, DETLEV J. K., *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933 bis 1945*, Wuppertal, 1980.

—, «Working-Class Resistance: Problems and Options», en Large (ed.), *Contending with Hitler*, pp.35-48.

—, «The Genesis of the "Final Solution" from the Spirit of Science», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp.234-252.

PEUKERT, DETLEV J. K. y JÜRGEN REULECKE (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, 1981.

PEUSCHEL, HARALD, *Die Männer um Hitler: Braune Biographien — Martin Bormann, Joseph Goebbels, Hermann Göring, Reinhard Heydrich, Heinrich Himmler und andere*, Dusseldorf, 1982.

PHILLIPS, MARCUS S., «The Nazi Control of the German Film Industry», *Journal of European Studies*, 1971, pp.37-68.

PICKER, HENRY (ed.), *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-42*, Bonn, 1951.

PIEKALKIEWICZ, JANUSZ, *Polenfeldzug: Hitler und Stalin zerschlagen die Polnische Republik*, Bergisch Gladbach, 1982.

PIKARSKI, MARGOT y GÜNTER UEBEL (eds.), *Die KPD lebt! Flugblätter aus dem antifaschistischen Widerstandskampf der KPD 1933-1945*, 3 vols., Berlín, 1980-1989.

—, *Gestapo-Berichte über den antifaschistischen Widerstandskampf der KPD 1933 bis 1945*, 3 vols., Berlín, 1989-1990.

PINE, LISA, «The Dissemination of Nazi Ideology and Family Virtues through School Textbooks», *History of Education*, 25, 1996, pp.91-110.

—, *Nazi Family Policy, 1933-1945*, Oxford, 1997.

PINGEL, FALK, *Häftlinge unter SS-Herrschaft: Widerstand, Selbstbehauptung und Vernichtung im Konzentrationslager*, Hamburgo, 1978.

—, «Konzeption und Praxis der nationalsozialistischen Konzentrationslager 1933 bis 1938. Kommentierende Bemerkungen», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.148-166.

PLACHE, BRUNO, *Das Raumgefüge der Welt: Erdkundebuch für Schulen mit höheren Lehrzielen*, I: *Deutschland*, Gotinga, 1939.

PLANT, RICHARD, *The Pink Triangle: The Nazi War against Homosexuals*, Edimburgo, 1987 (1986).

PLATNER, GEERT (ed.), *Schule im Dritten Reich, Erziehung zum Tod? Eine Dokumentation*, Munich, 1983.

PLUM, GÜNTER, «Wirtschaft und Erwerbsleben», en Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945*, pp.268-313.

PLUMPE, GOTTFRIED, *Die I. G. Farbenindustrie AG: Wirtschaft, Technik und Politik 1904-1945*, Berlín, 1990.

—, «Antwort auf Peter Hayes», *Geschichte und Gesellschaft*, 18, 1992, pp.526-532.

PLUMPE, WERNER y CHRISTIAN KLEINSCHMIDT (eds.) *Unternehmen zwischen Markt und Macht: Aspekte deutscher Unternehmens-und Industriegeschichte im 20. Jahrhundert*, Essen, 1992.

PÖGGELER, FRANZ, «Politische Inhalte in Fibeln und Lesebüchern des "Dritten Reiches"», en Hohmann (ed.), *Erster Weltkrieg*, pp.75-104.

POHLE, HEINZ, *Der Rundfunk als Instrument der Politik: Zur Geschichte des Rundfunks von 1923 bis 1928*, Hamburgo, 1955.

POIS, ROBERT A., *National Socialism and the Religion of Nature*, Londres, 1986.

POLIAKOV, LÉON y JOSEF WULF, (eds.), *Das Dritte Reich und seine Denker: Dokumente*, Berlín, 1959.

POLLER, WALTER, *Arztschreiber in Buchenwald: Bericht des Häftlings 996 aus Block 36*, Hamburgo, 1946.

POLSTER, BERND, *Swing Heil: Jazz im Nationalsozialismus*, Berlín, 1989.

POMMERIN, REINER, *«Sterilisierung der Rheinlandbastarde»: Das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-1937*, Dusseldorf, 1979.

POTTER, PAMELA M., «The Nazi "Seizure" of the Berlin Philharmonic, or the Decline of a Bourgeois Musical Institution», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.39-65.

—, *Most German of the Arts: Musicology and Society from the Weimar Republic to the End of Hitler's Reich*, New Haven, Conn., 1998.

PRANTL, HELMUT (ed.), *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1943*, V: *Regierungsbezirk Pfalz 1933-1940*, Maguncia, 1978.

PRESTON, PAUL, *The Spanish Civil War, 1936-39*, Londres, 1986. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.]

—, *Franco: A Biography*, Londres, 1993. [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998.]

PRESTON, PAUL y ANNE L. MACKENZIE (eds.), *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edimburgo, 1996.

PRIEBERG, FRED K., *Musik im NS-Staat*, Frankfurt, 1982.

—, *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler in the Third Reich*, Londres, 1991 (1986).

PRINZ, MICHAEL, *Vom neuen Mittelstand zum Volksgenossen: Die Entwicklung des sozialen Status der Angestellten von der Weimarer Republik bis zum Ende der NS-Zeit*, Munich, 1986.

PRINZHORN, HANS, *Bildnerei der Geisteskranken: Ein Beitrag zur Psychologie und Psychopathologie der Gestaltung*, Berlín, 1922.

PROBST, VOLKER, *Der Bildhauer Arno Breker*, Bonn, 1978.

PROCTOR, ROBERT N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Londres, 1988.

—, *The Nazi War on Cancer*, Princeton, N. J., 1999.

PRÜMM, KARL, «Das Erbe der Front. Der antidemokratische Kriegsroman der Weimarer Republik und seine nationalsozialistische Fortsetzung», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.138-164.

PRZYREMBEL, ALEXANDRA, *«Rassenschande»: Reinheitsmythos und Vernichtungslegitimation im Nationalsozialismus*, Gotinga, 2003.

PYTA, WOLFRAM, *Dorfgemeinschaft und Parteipolitik, 1918-1933: Die Verschränkung von Milieu und Parteien in den protestantischen Landgebieten Deutschlands in der Weimarer Republik*, Dusseldorf, 1996.

QUINE, MARIA S., *Population Politics in Twentieth-Century Europe: Fascist Dictatorships and Liberal Democracies*, Londres, 1996.

RABINBACH, ANSON G., «Toward a Marxist Theory of Fascism and National Socialism», *New German Critique*, 1, 1974, pp.127-153.

—, «The Aesthetics of Production in the Third Reich», en Mosse (ed.), *International Fascism*, pp.189-222.

RABINOVICI, DORON, «Expediting Expropriation and Expulsion: The Impact of the «Vienna Model» on Anti-Jewish Policies in Nazi Gemany, 1938», *Holocaust and Genocide Studies*, 14, 2000, pp.390-414.

—, *Instanzen der Ohnmacht: Wien 1938-1945: Der Weg zum Judenrat*, Frankfurt, 2000.

RAINBIRD, SEAN (ed.), *Max Beckmann*, Nueva York, 2003.

RAITZ VON FRENTZ, CHRISTIAN, *A Lesson Forgotten: Minority Protection under the League of Nations: The Case of the German Minority in Poland, 1920-1934*, Munster, 2000.

RAMMSTEDT, OTTHEIN, «Theorie und Empirie des Volksfeindes. Zur Entwicklung einer "deutschen Soziologie"», en Lundgreen (ed.), *Wissenschaft*, pp.253-313.

RAVE, PAUL ORTWIN, *Kunstdiktatur im Dritten Reich*, Hamburgo, 1949.

READ, ANTHONY y DAVID FISHER, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin, and the Nazi Soviet Pact, 1939-1941*, Londres, 1988.

—, *Kristallnacht: Unleashing the Holocaust*, Londres, 1989.

REBENTISCH, DIETER, «Die "politische Beurteilung" als Herrschaftsinstrument der NSDAP», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.107-128.

RECK, FRIEDRICH, *Bockelson: Geschichte eines Messenwahns*, Stuttgart, 1968 (1937).

—, *Diary of a Man in Despair*, Londres, 2000 (1966).

REESE, DAGMAR y CAROLA SACHSE, «Frauenforschung zum Nationalsozialismus. Eine Bilanz», en Gravenhorst y Tatschmurat (eds.), *Töchter-Fragen*, pp.73-106.

REGGE, JÜRGEN y WERNER SCHUBERT (eds.), *Quellen zur Reform des Straf- und Strafprozessrechts, 2. Abteilung: NS-Zeit (1933-1939) -Strafgesetzbuch*, I: *Entwürfe eines Strafgesetzbuchs*; II: *Protokolle der Strafrechtskommission des Reichsjustizministeriums*, 2 vols., Berlín, 1988-1989.

REICH, SIMON, *The Fruits of Fascism: Postwar Prosperity in Historical Perspective*, Ithaca, N. Y., 1990.

REICHEL, PETER, *Der schöne Schein des Dritten Reiches: Faszination und Gewalt des Faschismus*, Munich, 1992.

—, «"Volksgemeinschaft" und Führer-Mythos», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp.137-150.

REICHT, JOHANNES M., *Das Thingspiel. Über den Versuch eines nationalsozialistischen Lehrstück-Theaters (Euringer — Heynick — Möller)*, Frankfurt, 1998.

REICHSJUGENDFÜHRUNG, *HJ im Dienst, Ausbildungsvorschrift für die Ertüchtigung der deutschen Jugend*, Berlín, 1935.

REIF, HEINZ, *Adel im 19. und 20. Jahrhundert*, Munich, 1999.

—, (ed.), *Adel und Bürgertum in Deutschland*, II: *Entwicklergslinien und Wendepunkte im 20. Jahrhundert*, Berlín, 2001.

REINHARZ, JEHUDA y WALTER SCHATZBERG (eds.), *The Jewish Response to German Culture: From the Enlightenment to the Second World War*, Hanover, N. H., 1985.

REMANE, HORST, «Conrad Weygand und die "Deutsche Chemie"», en Meinet y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp.183-191.

REMY, STEVEN P., *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University*, Cambridge, Mass., 2002.

RENTSCHLER, ERIC, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and its Afterlife*, Cambridge, Mass., 1996.

RESSE, DAGMAR, «Bund Deutscher Mädel. Zur Geschichte der weiblichen deutschen Jugend im Dritten Reich», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp.163-187.

REUBAND, KARL-HEINZ, «Denunziation im Dritten Reich. Die Bedeutung von Systemunterstützung und Gelegenheitsstrukturen», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp.219-234.

REUTH, RALF GEORG, *Goebbels: Eine Biographie*, Munich, 1990.

REYNOLDS, DAVID, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2004.

RHEINLAND-PFALZ, Ministerium der Justiz (ed.), *Justiz im Dritten Reich: NS-Sondergerichtsverfahren in Rheinland-Pfalz: Eine Dokumentation*, 3 vols., Frankfurt, 1994.

RHODES, JAMES M., *The Hitler Movement: A Modern Millenarian Revolution*, Stanford, 1980.

RIBBE, WOLFGANG (ed.), *Die Lageberichte der Geheimen Staatspolizei über die Provinz Brandenburg und die Reichshauptstadt Berlin 1933 bis 1936*, I: *Der Regierungsbezirk Potsdam*, Colonia, 1998.

RIBBENTROP, JOACHIM VON, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954 (1953). [Hay trad. cast.: *Entre Londres y Moscú*, Destino, Barcelona, 1955.]

RIBHEGGE, WILHELM, *Geschichte der Universität Münster: Europa in Westfalen*, Munster, 1985.

RICHARDI, HANS-GÜNTER, *Schule der Gewalt: Das Konzentrationslager Dachau 1933-1934*, Munich, 1983.

RICHARDS, DONALD RAY, *The German Bestseller in the Twentieth Century: A Complete Bibliography and Analysis, 1915-1940*, Berna, 1968.

RICHARZ, MONIKA, *Jüdisches Leben in Deutschland: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, 3 vols., Stuttgart, 1982.

RICHTER, STEFFEN, «Die "Deutsche Physik"», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp.116-141.

RIEFENSTAHL, LENI, *Memoiren 1902-1945*, Berlín, 1990 (1987). [Hay trad. cast.: *Memorias*, Lumen, Barcelona, 1991.]

RIETHMÜLLER, ALBRECHT, «Stefan Zweig and the Fall of the Reich Music Chamber President Richard Strauss», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 269-291.

RIGG, BRYAN MARK, *Hitler's Jewish Soldiers: The Untold Story of Nazi Racial Laws and Men of Jewish Descent in the German Military*, Lawrence, Kans., 2002.

RINSER, LUISE, *Saturn auf der Sonne*, Frankfurt, 1994.

RITCHIE, JAMES M., *Gottfried Benn: The Unreconstructed Expressionist*, Londres, 1972.

—, *German Literature under National Socialism*, Londres, 1983.

RITSCHL, ALBRECHT, *Deutschlands Krise und Konjunktur 1924-1934: Binnenkonjunktur, Auslandsverschuldung und Reparations problem zwischen Dawes-Plan und Transfersperre*, Berlín, 2002.

RITTER, GERHARD, «Die deutschen Historikertage», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 4, 1953, pp.513-521.

ROBBINS, KEITH, *Munich 1938*, Londres, 1968.

ROBERTS, GEOFFREY K., *The Unholy Alliance: Stalin's Pact with Hitler*, Londres, 1991.

ROHDE, HORST, «Hitler's First Blitzkrieg and Its Consequences for North-eastern Europe», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany*, vol. II, pp. 67-150.

RÖHR, WERNER, «Über die Initiative zur terroristischen Gewalt der Gestapo — Fragen und Einwände zu Gerhard Paul», en Werner Röhr y Brigitte Berlekamp (eds.), *Terror, Herrschaft und Alltag im Nationalsozialismus. Probleme der Sozialgeschichte des deutschen Faschismus*, Munster, 1995, pp.211-224.

ROOS, HANS, *A History of Modern Poland: From the Foundation of the State in the First World War to the Present Day*, Londres, 1966 (1961). [Hay trad. cast.: *Historia de la nación polaca*, International Book Creation, Bilbao, 1968.]

ROSENBERG, ALFRED, *Blut und Ehre: Ein Kampf für deutsche Wiedergeburt: Reden und Aufsätze von 1919-1933*, Munich, 1934.

—, *Der Mythos des 20. Jahrhunderts: Eine Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit*, Munich, 1935.

ROSENKRANZ, HERBERT, *Verfolgung und Selbstbehauptung: Die Juden in Österreich 1938-1945*, Viena, 1978.

ROSENSTOCK, WERNER, «Exodus 1933-1939: A Survey of Jewish Emigration from Germany», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 1956, pp.373-390.

RÖSGEN, HANS JÜRGEN, *Die Auflösung der katholischen Studentenverbände im Dritten Reich*, Bochum, 1995.

ROSS, DIETER, *Hitler und Dollfuss. Die deutsche Österreich-Politik, 1933-1934*, Hamburgo, 1966.

ROSSMEISSL, DIETER, *«Ganz Deutschland wird zum Führer halten...». Zur politischen Erziehung in den Schulen des Dritten Reiches*, Frankfurt, 1985.

ROSTOCK, JÜRGEN y FRANZ ZADNICEK, *Paradiesruinen: Das KdF-Seebad der Zwanzigtausend auf Rügen*, Berlín, 1997 (1992).

ROTHFELS, HANS, *Ostraum Preussentum und Reichsgedanke: Historische Abhandlungen, Vorträge und Reden*, Leipzig, 1935.

RÜGER, MARIA (ed.), *Kunst und Kunstkritik der dreissiger Jahre: 29 Standpunkte zu künstlerischen und ästhetischen Prozessen und Kontroversen*, Dresden, 1990.

RUHNAU, RÜDIGER, *Die Freie Stadt Danzig, 1919-1939*, Berg am See, 1979.

RUNZHEIMER, JÜRGEN, «Der Überfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939», *VfZ*, 10, 1962, pp.408-416.

RÜRUP, REINHARD (ed.), *Jüdische Geschichte in Berlin*, Berlín, 1995.

SACHSE, CAROLA, *Industrial Housewives: Women's Social Work in the Factories in Nazi Germany*, Londres, 1987.

SAFRIAN, HANS, *Die Eichmann-Männer*, Viena, 1992.

—, «Expediting Expropriation and Expulsion: The Impact of the "Vienna Model" on Anti-Jewish Policies in Nazi Germany, 1938», *Holocaust and Genocide Studies*, 14, 2000, pp.390-414.

SALDERN, ADELHEID VON, *Mittelstand im «Dritten Reich»: Handwerker — Einzelhändler — Bauern*, Frankfurt, 1985 (1979).

—, «"Alter Mittelstand" im "Dritten Reich". Anmerkungen zu einer Kontroverse», *Geschichte und Gesellschaft*, 12, 1986, pp.135-143.

—, «Victims or Perpetrators? Controversies about the Role of Women in the Nazi State», en Crew (ed.), *Nazism*, pp.141-165.

—, «"Art for the People": From Cultural Conservatism to Nazi Cultural Policies», en *ibid*., *The Challenge of Modernity*, pp.299-347.

—, *The Challenge of Modernity: German Social and Cultural Studies, 1890-1960*, Ann Arbor, 2002.

SALEWSKI, MICHAEL, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945*, 3 vols., Frankfurt, 1970-1975.

SÄNGER, FRITZ, *Politik der Täuschungen. Missbrauch der Presse im Dritten Reich. Weisungen, Informationen, Notizen, 1933-1939*, Viena, 1975.

SASULY, RICHARD, *IG Farben*, Nueva York, 1947.

SAUER, PAUL, (ed.), *Die Schicksale der jüdischen Bürger Baden-Württembergs während der nationalsozialistischen Verfolgungszeit 1933-1945*, Stuttgart, 1969.

SAUERBRUCH, FERDINAND, *Das war mein Leben*, Bad Wörishofen, 1951.

SBACCHI, ALBERTO, *Legacy of Bitterness: Ethiopia and Fascist Italy, 1935-1941*, Lawrenceville, N. J., 1997.

SCHAAFHAUSEN, FREDERICK W., *Das Auslandsdeutschtum*, Colonia, 1934.

SCHAARY, DAVID, «The Romanian Authorities and the Jewish Communities in Romania between the Two World Wars», en Greenbaum (ed.), *Minority Problems*, pp.89-95.

SCHACHT, HJALMAR H. G., *My First Seventy-Six Years: The Autobiography of Hjalmar Schacht*, Londres, 1955.

SCHADT, JÖRG (ed.), *Verfolgung und Widerstand unter dem Nationalsozialismus in Baden: Die Lageberichte der Gestapo und des Generalstaatsanwalts Karlsruhe, 1933-1940*, Stuttgart, 1976.

SCHÄFER, HANS DIETER, *Das gespaltene Bewusstsein: Über deutsche Kultur und Lebenswirklichkeit 1933-1945*, Munich, 1982.

SCHAUSBERGER, NORBERT, *Der Griff nach Österreich: Der Anschluss*, Viena, 1978.

—, «Wirtschaftliche Aspekte des Anschlusses Österreichs an das Deutsche Reich (Dokumentation)», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 8, 1970, pp.133-164.

SCHEMM, HANS, *Hans Schemm spricht: Seine Reden und sein Werk*, Bayreuth, 1941 (1935).

SCHENKENDORF, LEOPOLD VON y HEINRICH HOFFMANN, *Kampf um's dritte Reich: Eine historische Bilderfolge*, Altona-Bahrenfeld, 1933.

SCHERER, KLAUS, *«Asoziale» im Dritten Reich: Die vergessenen Verfolgten*, Munster, 1990.

SCHIRACH, BALDUR VON, *Die Hitler Jugend: Idee und Gestalt*, Leipzig, 1938 (1934).

SCHLEIER, HANS, «Die *Historische Zeitschrift* 1918-1943», en Streisand (ed.), *Studien über die deutsche Geschichtswissenschaft*, vol. II, pp. 51-302.

—, «German Historiography under National Socialism: Dreams of a Powerful Nation-state and German Volkstum Come True», en Berger *et al*. (eds.), *Writing National Histories*, pp.176-188.

SCHLEIERMACHER, SABINE, *Sozialethik im Spannungsfeld von Sozial-und Rassenhygiene: Der Mediziner Hans Harmsen im Centralausschuss für die Innere Mission*, Husum, 1998.

SCHLIEBS, SIEGFRIED, «Verboten, verbrannt, verfolgt... Wolfgang Herrmann und seine "Schwarze Liste: Schöne Literatur" vom Mai 1933. Der Fall des Volksbibliothekars Dr Wolfgang Herrmann», en Haarmann *et al*. (eds.), «*Das war ein Vorspiel nur...*», pp. 442-454.

SCHLOTTERBECK, FRIEDRICH, *The Darker the Night, The Brighter The Stars: A German Worker Remembers (1933-1945)*, Londres, 1947.

SCHLÜTER, HOLGER, *Die Urteilspraxis des nationalsozialistischen Volksgerichtshofs*, Berlín, 1995.

SCHMÄDEKE, JÜRGEN y PETER STEINBACH, (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler*, Munich, 1986.

SCHMEER, KARLHEINZ, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich*, Munich, 1956.

SCHMID, HANS-DIETER, «"Anständige Beamte" und "üble Schläger". Die Staatspolizeileitstelle Hannover», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.133-160.

SCHMIDL, ERWIN A., *März 38: Der deutsche Einmarsch in Österreich*, Viena, 1987.

SCHMIDT, HERBERT, *«Beabsichtige ich die Todesstrafe zu beantragen»: Die nationalsozialistische Sondergerichtsbarkeit im Oberlandesgerichtsbezirk Düsseldorf 1933-1945*, Essen, 1998.

SCHMIDT, JÜRGEN, *Martin Niemöller im Kirchenkampf*, Hamburgo, 1971.

SCHMIDT, UTA C., «Der Volksempfänger: Tabernakel moderner Massenkultur», en Marssolek y Von Saldern (eds.), *Radiozeiten*, pp.136-159.

SCHMIDT-SCHÖNBECK, CHARLOTTE, *300 Jahre Physik und Astronomie an der Kieler Universität*, Kiel, 1965.

SCHMIECHEN-ACKERMANN, DETLEF, *Anpassung, Verweigerung, Widerstand: Soziale Milieus, politische Kultur und der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Deutschland im regionalen Vergleich*, Berlín, 1997.

—, *Kooperation und Abgrenzung: Bürgerliche Gruppen, evangelische Kirchengemeinden und katholisches Sozialmilieu in der Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus in Hannover*, Hanover, 1999.

—, «Der "Blockwart". Die unteren Parteifunktionäre im nationalsozialistischen Terror-und Überwachungsapparat», *VfZ*, 48, 2000, pp.575-602.

SCHMOLDT, BENNO (ed.), *Schule in Berlin: Gestern und heute*, Berlín, 1989.

SCHMUHL, HANS-WALTER, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung 'lebensunwerten Lebens', 1890-1945*, Gotinga, 1987.

SCHMUTZER, REINHARD, «Der Wahlsieg der Sudetendeutsche Partei: Die Legende von der faschistischen Bekenntniswahl», *Zeitschrift für Ostforschung*, 41, 1992, pp. 345-384.

SCHNASS, FRANZ, *Nationalpolitische Heimat-und Erdkunde, eine lebensnahe Methodik*, Osterwieck am Harz, 1938.

SCHNEIDER, CHRISTIAN *et al.*, *Das Erbe der NAPOLA: Versuch einer Generationengeschichte des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1996.

SCHNEIDER, MICHAEL, «The Development of State Work Creation Policy in Germany, 1930-1933», en Stachura (ed.), *Unemployment*, pp.163-186.

—, *«Unterm Hakenkreuz»: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939*, Bonn, 1999.

SCHNEIDER, THOMAS MARTIN, *Reichsbischof Ludwig Müller: Eine Untersuchung zu Leben, Werk und Persönlichkeit*, Gotinga, 1993.

SCHNEIDER, TOBIAS, «Bestseller im Dritten Reich. Ermittlung und Analyse der meistverkauften Romane in Deutschland 1933-1944», *VfZ*, 52, 2004, pp.77-97.

SCHNELL, RALF, *Literarische innere Emigration: 1933-1945*, Stuttgart, 1976.

SCHNORBACH, HERMANN, *Lehrer und Schule unterm Hakenkreuz: Dokumente des Widerstands von 1930 bis 1945*, Königstein im Taunus, 1983.

SCHOENBAUM, DAVID, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Londres, 1967.

SCHOLDER, KLAUS, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, I: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen 1918-1934*, Frankfurt, 1977.

—, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, II: *Das Jahr der Ernüchterung 1934: Barmen und Rom*, Berlín, 1985.

SCHOLTZ, HARALD, *NS-Ausleseschulen: Internatsschulen als Herrschaftsmittel des Führerstaates*, Gotinga, 1973.

SCHÖNBERGER, ANGELA, *Die neue Reichskanzlei von Albert Speer: Zum Zusammenhang von nationalsozialistischer Ideologie und Architektur*, Berlín, 1981.

SCHÖNHAGEN, BENIGNA, *Tübingen unterm Hakenkreuz: Eine Universitätsstadt in der Zeit des Nationalsozialismus*, Tubinga, 1991.

SCHÖNWÄLDER, KAREN, *Historiker und Politik. Geschichtswissenschaft im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1992.

SCHOPF, ROLAND, «Von Nibelungentreue, Märtyrertod und verschwörerischer Verschwiegenheit», en Hohmann (ed.), *Erster Weltkrieg*, pp.194-214.

SCHOPPMANN, CLAUDIA, *Days of Masquerade: Life Stories of Lesbian Women during the Third Reich*, Nueva York, 1996 (1993).

SCHÖTTLER, PETER, *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft 1918-1945*, Frankfurt, 1997.

SCHRÖDER, GERALD, «Die "Wiedergeburt" der Pharmazie — 1933 bis 1934», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp.166-188.

SCHUBERT, DIRK, «"... Ein neues Hamburg entsteht...". Planungen in der "Führerstadt"Hamburg zwischen 1933-1945», en Hartmut Frank (ed.), *Faschistische Architekturen*, pp.299-318.

SCHUBERT, GISELHER, «The Aesthetic Premises of a Nazi Conception of Music», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp.64-74.

SCHUKER, STEPHEN A., «France and the Remilitarization of the Rhineland, 1936», *French Historical Studies*, 14, 1986, pp.299-338. (También en Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, pp.222-244.)

SCHULTE-SASSE, LINDA, *Entertaining the Third Reich: Illusions of Wholeness in Nazi Cinema*, Durham, N. C., 1996.

SCHULTHEIS, HERBERT, *Die Reichskristallnacht in Deutschland nach Augenzeugenberichten*, Bad Neustadt an der Saale, 1985.

SCHULZ, GÜNTHER, *Die Angestellten seit dem 19. Jahrhundert*, Munich, 2000.

SCHULZE, WINFRIED, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Munich, 1989.

—, «German Historiography from the 1930s to the 1950s», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp.19-42.

SCHUMANN, HANS GERD, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung: Die Vernichtung der deutschen Gewerkschaften und der Aufbau der «Deutschen Arbeitsfront»*, Hanover, 1958.

SCHUSCHNIGG, KURT *et al*., *Austrian Requiem*, Londres, 1947.

SCHUSTER, PETER-KLAUS (ed.), *Die «Kunststadt» München 1937: Nationalsozialismus und «entartete Kunst»*, Munich, 1988.

SCHÜTZ, ERHARD H. y ECKARD GRUBER, *Mythos Reichsautobahn: Bau und Inszenierung der «Strassen des Führers» 1933-1941* Berlín, 1996.

SCHWABE, KLAUS, «Change and Continuity in German Historiography from 1933 into the Early 1950s: Gerhard Ritter (1888-1967)», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp.82-108.

SCHWARTZ, MICHAEL, «Bauern vor dem Sondergericht. Resistenz und Verfolgung im bäuerlichen Milieu Westfalens», en Faust (ed.), *Verfolgung und Widerstand*, pp. 113-123.

—, *Sozialistische Eugenik: Eugenische Sozialtechnologien in Debatten und Politik der deutschen Sozialdemokratie 1890-1933*, Bonn, 1995.

SCHWARZWÄLLER, WULF C., *The Unknown Hitler: His Private Life and Fortune*, Bethesda, Md., 1989 (1986).

SCHWEITZER, ARTHUR, «Der ursprüngliche Vierjahresplan», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 160, 1956, pp.348-396.

—, *Big Business in the Third Reich*, Bloomington, Ind., 1964.

SCHWINGL, GEORG, *Die Pervertierung der Schule im Nationalsozialismus: Ein Beitrag zum Begriff «Totalitäre Erziehung»*, Regensburg, 1993.

SCOBIE, ALEX, *Hitler's State Architecture: The Impact of Classical Antiquity*, Filadelfia, Pa., 1990.

SEEGER, ANDREAS, «Vom bayerischen "Systembeamten" zum Chef der Gestapo. Zur Person und Tätigkeit Heinrich Müllers (1900-1945)», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp.255-267.

SEIDLER, FRANZ WILHELM, *Fritz Todt: Baumeister des Dritten Reiches*, Munich, 1986.

—, «Fritz Todt: From Motorway Builder to Minister of State», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.245-256.

SEIER, HELLMUT, «Der Rektor als Führer. Zur Hochschulpolitik des Reichserziehungsministeriums 1934-1945», *VfZ*, 12, 1964, pp.105-146.

SEIER, HELLMUT, «Nationalsozialistisches Wissenschaftsverständnis und Hochschulpolitik», en Siegele-Wenschkewitz y Stuchlik (eds.), *Hochschule*, pp.5-21.

SEMMENS, KRISTIN A., *Seeing Hitler's Germany: Tourism in The Third Reich*, Londres, 2005.

SERENY, GITTA, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995.

SERVICE, ROBERT, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004. [Hay trad. cast.: *Stalin: una biografía*, S. XXI, Madrid, 2006.]

SETON-WATSON, HUGH, *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*, Nueva York, 1967 (1945).

SHAND, JAMES, «The *Reichsautobahn*: Symbol for the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, 19, 1984, pp.189-200.

SHAPIRO, PAUL A., «Prelude to Dictatorship in Romania: The National Christian Party in Power, December 1937-February 1938», *Canadian-American Slavic Studies*, 8, 1974, pp.45-88.

SHERMAN, A. JOSHUA, *Island Refuge: Britain and Refugees from the Third Reich, 1933-1939*, Londres, 1973.

—, «A Jewish Bank during the Schacht Era: M. M. Warburg & Co., 1933-1938», en Paucker (ed.), *The Jews in Nazi Germany 1933-1943*, pp.16-76.

SHIRER, WILLIAM L., *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Londres, 1970 (1941).

SIEGELE-WENSCHKEWITZ, LEONORE y GERDA STUCHLIK, *Hochschule und Nationalsozialismus: Wissenschaftsgeschichte und Wissenschaftsbetrieb als Thema der Zeitgeschichte*, Frankfurt, 1990.

SIEGERT, TONI, «Das Konzentrationslager Flossenbürg, gegründet für sogenannte Asoziale und Kriminelle», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 429-493.

SIEMSEN, HANS, *Die Geschichte des Hitlerjungen Adolf Goers*, Dusseldorf, 1947.

SILVERMAN, DAN P., «A Pledge Unredeemed: The Housing Crisis in Weimar Germany», *Central European History*, 3, 1970, pp.119-120.

—, *Hitler's Economy: Nazi Work Creation Programs, 1933-1936*, Londres, 1998.

SKRENTNY, WERNER, *Hamburg zu Fuss: 20 Stadtteilrundgänge durch Geschichte und Gegenwart*, Hamburgo, 1986.

SMELSER, RONALD M., *The Sudeten Problem, 1933-1938: Volkstumspolitik and the Formulation of Nazi Foreign Policy*, Folkestone, 1975.

—, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader*, Oxford, 1988.

—, «Robert Ley: The Brown Collectivist', en Werner Röhr y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.144-154.

—, *et al*. (eds.), *Die Braune Elite*, II: *21 weitere biographische Skizzen*, Darmstadt, 1993.

SMELSER, RONALD M. y ZITELMANN, RAINER (eds.), *The Nazi Elite*, Basingstoke, 1993 (1989).

SMITH, BRADLEY F., «Die Überlieferung der Hossbach-Niederschrift im Lichte neuer Quellen», *VfZ*, 38, 1990, pp.329-336.

SMITH, BRADLEY F. y AGNES F. PETERSON (eds.), *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933-1945*, Frankfurt, 1974.

SMITH, HELMUT WALSER, *German Nationalism and Religious Conflict: Culture, Ideology, Politics, 1870-1914*, Princeton, N. J., 1995.

—, (ed.), *Protestants, Catholics, and Jews in Germany, 1800-1914*, Oxford, 2001.

SNEERINGER, JULIA, *Winning Women's Votes: Propaganda and Politics in Weimar Germany*, Chapel Hill, N. C., 2002.

SOFSKY, WOLFGANG, *Die Ordnung des Terrors: Das Konzentrationslager*, Frankfurt, 1993.

SOLMITZ, LUISE, *Tagebach* (Staatsarchiv der Freien-und Hansestadt Hamburg, 622-1, 111511-13: Familie Solmitz; transcripciones en Forschungsstelle für Zeitgemschichte, Hamburgo.

SOMARY, FELIX, *The Raven of Zürich: The Memoirs of Felix Somary*, Londres, 1986.

SOMMER, THEO, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten, 1935-1940: Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt: Eine Studie zur diplomatischen Vorgeschichte des Zweiten Weltkriegs*, Tubinga, 1962.

SONTAG, SUSAN, «Fascinating Fascism», en Taylor y Van der Will (eds.), *The Nazification of Art*, pp.204-218.

SOUTHWORTH, HERBERT R., *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda, and History*, Berkeley, Calif., 1977.

SOWADE, HANNO, «Otto Ohlendorf: Non-conformist, SS Leader and Economic Functionary», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp.155-164.

SPARING, FRANK, «The Gypsy Camps: The Creation, Character and Meaning of an Instrument for the Persecution of Sinti and Romanies under National Socialism», en Fings *et al*., *From «Race Science» to the Camps*, pp.39-70.

—, «Zwangskastration im Nationalsozialismus. Das Beispiel der Kriminalbiologischen Sammelstelle Köln», en Peter Busse y Klaus Schreiber (eds.), *Kriminalbiologie*, Dusseldorf, 1997.

SPEER, ALBERT, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 1971 (1970).

SPEKTOROWSKI, ALBERTO y ELISABETH MIZRACHI, «Eugenics and the Welfare State in Sweden: The Politics of Social Margins and the Idea of a Productive Society», *Journal of Contemporary History*, 39, 2004, pp.333-352.

SPENCELEY, GEOFFREY, «R. J. Overy and the Motorisierung: A Comment», *Economic History Review*, 32, 1979, pp.100-106.

SPIESS, ALFRED y HEINER LICHTENSTEIN, *Das Unternehmen Tannenberg: Der Anlass zum Zweiten Weitkrieg*, Wiesbaden, 1979.

SPIKER, JÜRGEN, *Film und Kapital: Der Weg der deutschen Filmwirtschaft zum nationalsozialistischen Einheitskonzern*, Berlín, 1975.

SPLITT, GERHARD, *Richard Strauss 1933-1935: Ästhetik und Musikpolitik zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft*, Pfaffenweiler, 1987.

SPODE, HASSO, «"Der deutsche Arbeiter reist": Massentourismus im Dritten Reich», en Huck (ed.), *Sozialgeschichte der Freizeit*, pp.281-306.

—, «Ein Seebad für zwanzigtausend Volksgenossen: Zur Grammatik und Geschichte des Fordistischen Urlaubs», en Brenner (ed.), *Reisekultur in Deutschland*, pp.7-47.

SPONHEUER, BERND, «The National Socialist Discussion on the "German Quality" in Music», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp.32-42.

SPOTTS, FREDERIC, *Bayreuth: A History of the Wagner Festival*, New Haven, Conn. 1994.

—, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002.

STACHURA, PETER D. (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978.

— (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Londres, 1986.

STAHLMANN, MICHAEL, *Die erste Revolution in der Autoindustrie: Management und Arbeitspolitik von 1900-1940*, Frankfurt, 1993.

STARITZ, EKKEHART, *Deutsches Volk und deutscher Raum: Vom alten Germanien zum Dritten Reich: Vom after Germanien zum Dritten Reich*, Berlín, 1938.

STASIEWSKI, BERNHARD (ed.), *Akten deutscher Bischöfe über die Lage der Kirche, 1933-1945*, 6 vols., Maguncia, 1968-1985.

Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich, 59, (Berlín, 1941-1942).

STAUFFER, PAUL, *Zwischen Hofmannsthal und Hitler: Carl J. Burckhardt: Facetten einer aussergewöhnlichen Existenz*, Zurich, 1991.

STEER, GEORGE L., *Caesar in Abyssinia*, Londres, 1936.

STEIGMANN-GALL, *Richard, The Holy Reich: Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945*, Cambridge, 2003.

—, «Was National Socialism a Political Religion or a Religious Politics?», en Geyer y Lehmann (eds.), *Religion und Nation: Nation und Religion*, pp.386-408.

STEIN, LEO, *I Was in Hell with Niemoeller*, Londres, 1942.

STEINBERG, HANS-JOSEF, *Widerstand und Verfolgung in Essen, 1933-1945*, Hanover, 1969.

STEINBERG, MICHAEL STEPHEN, *Sabers and Brown Shirts: The German Students' Path to National Socialism, 1918-1935*, Chicago, 1977.

STEINBERG, ROLF, *Nazi-Kitsch*, Darmstadt, 1975.

STEINHAUS, HUBERT, *Hitlers pädagogische Maximen: «Mein Kampf» und die Destruktion der Erziehung im Nationalsozialismus* Frankfurt, 1981.

STEINWEIS, ALAN E., «Weimar Culture and the Rise of National Socialism: The Kampfbund für deutsche Kultur», *Central European History*, 24, 1991, pp.402-423.

—, *Art, Ideology and Economics in Nazi Germany: The Reich Chambers of Music, Theater, and the Visual Arts*, Chapel Hill, N. C., 1993.

—, «Cultural Eugenics: Social Policy, Economic Reform, and the Purge of Jews from German Cultural life», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp.23-37.

STEPHENSON, JILL, *Women in Nazi Society*, Londres, 1975.

—, «The Nazi Organisation of Women, 1933-1939», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp. 186-209.

—, «*Reichsbund der Kinderreichen*: The League of Large Families in the Population Policy of Nazi Germany», *European Studies Review*, 9, 1979, pp.350-375.

—, *The Nazi Organization of Women*, Londres, 1981.

—, «Women's Labor Service in Nazi Germany», *Central European History*, 15, 1982, pp. 241-265.

STERNBERGER, DOLF, *Aus dem Wörterbuch des Unmenschen*, Dusseldorf, 1968 (1957).

STIBBE, MATTHEW, *Women in the Third Reich*, Londres, 2003.

STIEG, MARGARET F., *Public Libraries in Nazi Germany*, Tuscaloosa, Ala., 1992.

STITES, RICHARD, *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism 1860-1930*, Princeton, N. J., 1978.

—, *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*, Cambridge, 1992.

STOAKES, GEOFFREY, *Hitler and the Quest for World Dominion*, Leamington Spa, 1986.

STOKES, LAWRENCE D., *Kleinstadt und Nationalsozialismus: Ausgewählte Dokumente zur Geschichte von Eutin, 1918-1945*, Neumünster, 1984.

STOKES, RAYMOND G., «From the IG Farben Fusion to the Establishment of BASF AG (1925-1952)», en Abelshauser *et al*., *German Industry*, pp.206-361.

STOLLMANN, RAINER, «Faschistische Politik als Gesamtkunstwerk. Tendenzen der Asthetisierung des politischen Lebens im Nationalsozialismus», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.83-101.

STOLTZFUS, NATHAN, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Nueva York, 1996.

STOMMER, RAINER, «"Da oben versinkt einem der Alltag...". Thingstätten im Dritten Reich als Demonstration der Volksgemeinschaftsideologie», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.149-173.

—, (ed.), *Reichsautobahn: Pyramiden des Dritten Reichs: Analysen zur Ästhetik eines unbewältigten Mythos*, Marburgo, 1982.

—, *Die inszenierte Volksgemeinschaft: Die «Thing-Bewegung» im Dritten Reich*, Marburgo, 1985.

STONE, MARLA, *The Patron State: Culture and Politics in Fascist Italy*, Princeton, N. J., 1998.

STOREK, HENNING, *Dirigierte Öffentlichkeit: Die Zeitung als Herrschaftsmittel in den Anfangsjahren der nationalsozialistischen Regierung*, Opladen, 1972.

STÖVER, BERND, *Volksgemeinschaft im Dritten Reich: Die Konsensbereitschaft der Deutschen aus der Sicht sozialistischer Exilberichte*, Dusseldorf, 1993.

—, (ed.), *Berichte über die Lage in Deutschland: Die Meldungen der Gruppe Neu Beginnen aus dem Dritten Reich 1933-1936*, Bonn, 1996.

STRAUMANN, LUKAS y DANIEL WILDMANN, *Schweizer Chemieunternehmen im «Dritten Reich»*, Zurich, 2001.

STRAUSS, HERBERT A., «Jewish Emigration from Germany: Nazi Policies and Jewish Responses», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 25, 1980, pp.313-361; y 26, 1981, pp. 343-409.

—, «The Drive for War and the Pogroms of November 1938: Testing Explanatory Models», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 35, 1990, pp.267-278.

STRAUSS, WERNER, «"Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung": Aufzeichnungen von Dr. Bernhard Lösener», *VfZ*, 9, 1961, pp.264-313.

STREISAND, JOACHIM (ed.), *Studien über die deutsche Geschichtswissenschaft von 1871 bis 1945*, 2 vols., Berlín, 1965, 1969.

STROBL, GERWIN, *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain*, Cambridge, 2000.

STROHMEYER, KLAUS, *Warenhäuser: Geschichte, Blüte und Untergang im Warenmeer*, Berlín, 1980.

STROTHMANN, DIETRICH, *Nationalsozialistische Literaturpolitik: Ein Beitrag zur Publizistik im Dritten Reich*, Bonn, 1960.

STRUVE, WALTER, *Aufsteig und Herrschaft des Nationalsozialismus in einer industriellen Kleinstadt: Osterode am Harz 1918-1945*, Essen, 1992.

STUDNITZ, CECILIA VON, *Es war wie ein Rausch: Fallada und sein Leben*, Dusseldorf, 1997.

STÜMKE, HANS-GEORG, «Vom "unausgeglichenen Geschlechtshaushalt": Zur Verfolgung Homosexueller», en Frahm *et al*. (eds.), *Verachtet*, pp.46-63.

STÜMKE, HANS-GEORG y RUDI FINKLER, *Rosa Winkel, rosa Listen: Homosexuelle und «Gesundes Volksempfinden» von Auschwitz bis heute*, Reinbek, 1981.

SUHLING, LOTHAR, «Deutsche Baukunst. Technologie und Ideologie im Industriebau des "Dritten Reiches"», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp. 243-281.

SUHR, ELKE, *Die Emslandlager: Die politische und wirtschaftliche Bedeutung der emsländischen Konzentrations-und Strafgefangenlager, 1933-1945*, Bremen, 1985.

SWATEK, DIETER, *Unternehmenskonzentration als Ergebnis und Mittel nationalsozialistischer Wirtschaftspolitik*, Berlín, 1972.

SYDNOR, CHARLES W., *Soldiers of Destruction: The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton, N. J., 1990 (1977).

SYWOTTEK, JUTTA, *Mobilmachung für den totalen Krieg: Die propagandistische Vorbereitung der deutschen Bevölkerung auf den Zweiten Weltkrieg*, Opladen, 1976.

SZCZESNY, GERHARD, *Als die Vergangenheit Gegenwart war: Lebensanlauf eines Ostpreussen*, Berlín, 1990.

TAL, URIEL, *Structures of German «Political Theology» in the Nazi Era*, Tel Aviv, 1979.

TAMPKE, JÜRGEN, *Czech-German Relations and the Politics of Central Europe: From Bohemia to the EU*, Londres, 2003.

TANNENBAUM, EDWARD R., *The Fascist Experience: Italian Society and Culture, 1922-1945*, Nueva York, 1972. [Hay trad. cast.: *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Alianza, Madrid, 1975.]

TARNOWSKI, WOLFGANG, *Ernst Barlach und der Nationalsozialismus: Ein Abendvortrag, gehalten am 20. Oktober 1988 in der Katholischen Akademie Hamburg*, Hamburgo, 1989.

TAYLOR, ALAN J. P., *The Origins of the Second World War*, Harmondsworth, 1964 (1961).

TAYLOR, BRANDON y WILFRIED VAN DER WILL, (eds.), *The Nazification of Art: Art, Design, Music, Architecture, and Film in the Third Reich*, Winchester, 1990.

TAYLOR, ROBERT R., *The Word in Stone: The Role of Architecture in the National Socialist Ideology*, Berkeley, Calif., 1974.

TEICH, MIKULÁS (ed.), *Bohemia in History*, Cambridge, 1998.

TEICHOVA, ALICE, «The Protectorate of Bohemia and Moravia (1939-1945): The Economic Dimension», en Teich (ed.), *Bohemia in History*, pp.267-305.

TEMIN, PETER, *Lessons from the Great Depression*, Cambridge, Mass., 1989. [Hay trad. cast.: *Lecciones de la Gran Depresión*, Alianza, Madrid, 1995.]

TENFELDE, KLAUS, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 320-337.

TENNSTEDT, FLORIAN, «Wohltat und Interesse. Das Winterhilfswerk des Deutschen Volkes. Die Weimarer Vorgeschichte und ihre Instrumentalisierung durch das NS-Regime», *Geschichte und Gesellschaft*, 13, 1987, pp.157-180.

TESSNER, MAGNUS, *Die deutsche Automobilindustrie im Strukturwandel von 1919 bis 1938*, Colonia, 1994.

TEUT, ANNA, *Architektur im Dritten Reich, 1933-1945*, Frankfurt, 1967.

THAMER, HANS-ULRICH, «Von der "Ästhetisierung der Politik": Die Nürnberger Parteitage der NSDAP», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 95-103.

THIES, JOCHEN, *Architekt der Weltherrschaft: Die «Endziele» Hitlers*, Dusseldorf, 1976.

—, «Nazi Architecture — A Blueprint for World Domination: The Last Aims of Adolf Hitler», en Welch (ed.), *Nazi Propaganda*, pp.45-64.

THOMAE, OTTO, *Die Propaganda-Maschinerie: Bildende Kunst und Öffentlichkeitsarbeit im Dritten Reich*, Berlín, 1978.

THOMANN, KLAUS-DIETER, «"Krüppel sind nicht minderwertig". Körperbehinderte im Nationalsozialismus», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp.208-220.

THOMAS, HUGH, *The Spanish Civil War*, Londres, 1986 (1961). [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil Española*, Grijalbo, Barcelona, 1983.]

THOMAS, WALTER, *Bis der Vorhang fiel*, Dortmund, 1947.

—, *Richard Strauss und seine Zeitgenossen*, Munich, 1964.

THYSSEN, FRITZ, *I Paid Hitler*, Londres, 1941.

TODT, FRITZ, «Der Strassenbau im nationalsozialistischen Staat», en Hans Heinrich Lammers y Hans Pfundtner (eds.), *Grundlagen, Aufbau und Wirtschaftsordnung des national sozialistischen Staates*, Berlín, 1937, vol. III: *Die Wirtschaftsordnung des nationalsozialistischen Staates*.

TOEPSER-ZIEGERT, GABRIELE (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit: Edition und Dokumentation*, vol. I: *1933*; vol. II: *1934*; vol. III: *1935*; vol. IV: *1936*, Munich, 1984-1993.

TOMASCEWSKI, JERZY, «Economic and Social Situation of Jews in Poland, 1918-1939», Greenbaum (ed.), *Minority Problems*, pp.101-106.

TOOZE, J. ADAM, *Statistics and the German State, 1900-1945: The Making of Modern Economic Knowledge*, Cambridge, 2001.

TOWNSHEND, CHARLES, *Terrorism: A Very Short Introduction*, Oxford, 2002.

TRAPP, JOACHIM, *Kölner Schulen in der NS-Zeit*, Colonia, 1994.

TREUE, WILHELM, «Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10 November 1938)», *VfZ*, 6, 1958, pp.175-191.

—, (ed.), «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *VfZ*, 3, 1955, pp.184-203.

Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg, 14 November 1945-1 October 1946, Nuremberg, 1948.

TRÖGER, ANNEMARIE, «Die Frau im wesensgemässen Einsatz», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp.246-272.

—, «The Creation of a Female Assembly-Line Proletariat», en Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny*, pp.237-270.

TRÖGER, JÖRG, *Forschung als Waffe: Rüstungsforschung in der Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft und das KWI für Metallforschung 1900 bis 1947*, Gotinga, 2005.

—, (ed.), Hochschule und Wissenschaft im Dritten Reich, Frankfurt, 1984.

TUCHEL, JOHANNES, *Konzentrationslager: Organisationsgeschichte und Funktion der «Inspektion der Konzentrationslager», 1934-1938*, Boppard, 1991.

—, «Gestapa und Reichssicherheitshauptamt. Die Berliner Zentralinstitutionen der Gestapo», en Paul y Malimann (eds.), *Die Gestapo*, pp.84-100.

—, «Planung und Realität des Systems der Konzentrationslager 1934-1938», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.43-59.

TURNER, HENRY ASHBY, JR, «Fritz Thyssen and "I Paid Hitler"», *VfZ*, 19, 1971, pp. 225-244.

—, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985.

—, «Fallada for Historians», *German Studies Review*, 36, 2003, pp.477-492.

—, «Fascism and Modernization», en idem (ed.), *Reappraisals of Fascism*, pp.117-139. (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, 1975.

TURNER, STEPHEN P. y DIRK KÄSLER (eds.), *Sociology Responds to Fascism*, Londres, 1992.

TYRELL, ALBRECHT (ed.), Führer befiehl *...Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» des NSDAP: Dokumentation und Analyse*, Dusseldorf, 1969.

UEBERHORST, HORST (ed.), *Elite für die Diktatur: Die Nationalpolitischen Erziehungsanstalten 1933-1945: Ein Dokumentarbericht*, Dusseldorf, 1969.

—, «Feste, Fahnen, Feiern: Die Bedeutung politischer Symbole und Rituale im Nationalsozialismus», en Voigt (ed.), *Symbole der Politik*, pp.157-178.

UEBERSCHÄR, GERD R. y WINFRIED VOGEL, *Dienen und Verdienen: Hitlers Geschenke an seine Eliten*, Frankfurt, 1999.

UHLIG, HEINRICH, *Die Warenhäuser im Dritten Reich*, Colonia, 1956.

UNVERRICHT, ELSBETH, *Unsere Zeit und Wir: Das Buch der deutschen Frau*, Gauting, 1932.

VAGET, HANS RUDOLF, «Hitler's Wagner: Musical Discourse as Cultural Space», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp.15-31.

VAGO, BELA, *The Shadow of the Swastika: The Rise of Fascism and Anti-Semitism in the Danube Basin, 1936-1939*, Londres, 1975.

VALTIN, JAN (Richard Krebs), *Out of the Night*, Londres, 1941. [Reimpreso con epílogo de Lyn Walsh *et al*., London, 1988.] [Hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Caralt Editores, Barcelona, 1966.]

VOEGELIN, ERIC, *The New Science of Politics: An Introduction*, Chicago, 1952. [Hay trad. cast.: *La nueva ciencia política: una introducción*, Juan Pablo Díaz Charne, Madrid, 2006.]

VOGEL, ROLF, *Ein Stempel hat gefehlt: Dokumente zur Emigration deutscher Juden*, Munich, 1977.

VOIGT, RÜDIGER (ed.), *Symbole der Politik: Politik der Symbole*, Opladen, 1989.

VOLK, LUDWIG, *Bayerns Episkopat und Klerus in der Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus 1930-1934*, Maguncia, 1965.

Völkischer Beobachter, 1933-1939.

VOLKMANN, HANS-ERICH, *Das Russlandbild im Dritten Reich*, Colonia, 1994.

—, «The National Socialist Economy in Preparation for War», en Militärgeschichtliches Forschungsant (ed.), *Germany and the Second World War*, pp.157-372.

VOLKOGONOV, DMITRI, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1995 (1989).

VOLLMER, BERNHARD (ed.), *Volksopposition im Polizeistaat: Gestapo-und Regierungsberichte 1934-1936*, Stuttgart, 1957.

VOLLNHALS, CLEMENS, «Jüdische Selbsthilfe bis 1938», en Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland*, pp.314-411.

VONDUNG, KLAUS, *Magie und Manipulation: Ideologischer Kult und politische Religion des Nationalsozialismus*, Gotinga, 1971.

—, «Der literarische Nationalsozialismus. Ideologische, politische und sozialhistorische Wirkungszusammenhänge», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.44-65.

VORLÄNDER, HERWART, «NS-Volkswohlfahrt und Winterhilfswerk des deutschen Volkes», *VfZ*, 34, 1986, pp.341-380.

—, *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation*, Boppard, 1988.

VOSSKAMP, WILHELM, «Kontinuität und Diskontinuität: Zur deutschen Literaturwissenschaft im Dritten Reich», en Lundgreen (ed.), *Wissenschaft*, pp.140-162.

WACHSMANN, NIKOLAUS, «From Indefinite Confinement to Extermination:"Habitual Criminals" in the Third Reich», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, pp.165-191.

—, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven, Conn., 2004.

WADDINGTON, GEOFFREY T., «Hitler, Ribbentrop, die NSDAP und der Niedergang des Britischen Empire 1935-1938», *VfZ*, 40, 1992, pp.273-306.

WAGNER, CAROLINE, *Die NSDAP auf dem Dorf: Eine Sozialgeschichte der NSMachtergreifung in Lippe*, Munster, 1998.

WAGNER, KURT, *Leben auf dem Lande im Wandel des Industrialisierung: «Das Dorf war früher auch keine heile Welt»: Die Veränderung der dörflichen Lebensweise und der politischen Kultur vor dem Hintergrund der Industrialisierung, am Beispiel des nordhessischen Dorfes Körle*, Frankfurt, 1986.

WAGNER, KURT y GERHARD WILKE, «Dorfleben im Dritten Reich: Körle in Hessen», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.85-106.

WAGNER, PATRICK, «"Vernichtung der Berufsverbrecher". Die vorbeugende Verbrechensbekämpfung der Kriminalpolizei bis 1937», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp.87-110.

—, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher: Konzeptionen und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1996.

WAGNER, WALTER F., *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat*, Stuttgart, 1974.

WAIWALD, KLAUS-JÜRGEN, *Filmzensur im NS-Staat*, Dortmund, 1983.

WALDENFELS, ERNST VON, *Der Spion, der aus Deutschland kam: Das geheime Leben des Seemanns Richard Krebs*, Berlín, 2003.

WALTER, MICHAEL, *Hitler in der Oper: Deutsches Musikleben 1919-1945*, Stuttgart, 1995.

WALTON, JOHN K., *The British Seaside: Holidays and Resorts in the Twentieth Century*, Manchester, 2000.

WASSERSTEIN, BERNARD, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Oxford, 1979.

—, «Patterns of Jewish Leadership in Great Britain during the Nazi Era», en Braham (ed.), *Jewish Leadership during the Nazi Era*, pp.29-43.

WATT, DONALD CAMERON, «German Plans for the Reoccupation of the Rhineland: A Note», *Journal of Contemporary History*, 1, 1966, pp.193-199.

—, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War*, *1938-1939*, Londres, 1989.

WEBER, HERMANN, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus: Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik*, Frankfurt, 1971 (edición resumida) (1969).

—, «Die KPD in der Illegalität», en Löwenthal y Von zur Mühlen (eds.), *Widerstand*, pp.83-101.

—, *«Weisse Flecken» in der Geschichte: Die KPD-Opfer der Stalinistischen Säuberungen und ihre Rehabilitierung*, Frankfurt, 1990.

WEBER, ROSCO G. S., *The German Student Corps in the Third Reich*, Nueva York, 1986.

WECKBECKER, GERD, *Zwischen Freispruch und Todesstrafe: Die Rechtsprechung der nationalsozialistischen Sondergerichte Frankfurt a. M. und Bromberg*, Baden-Baden, 1998.

Weekly Report of the German Institute for Business Research (with Supplements), Institut für Konjunkturforschung, Berlín, 1933-1939.

WEEKS, JEFFREY, *Sex, Politics, and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Londres, 1981.

WEHLER, HANS-ULRICH, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, IV: *Vom Beginn des ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914-1949*, Munich, 2003.

WEHNER, HEINZ, «Die Rolle des faschistischen Verkehrswesens in der ersten Periode des zweiten Weltkrieges», *Bulletin des Arbeitskreises Zweiter Weltkrieg*, 2, 1966, pp.37-61.

WEINBERG, GERHARD L., «Hitler's Private Testament of May 2, 1938», *Journal of Modern History*, 27, 1955, pp.415-419.

—, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, I: *Diplomatic Revolution in Europe, 1933-1936*, Londres, 1970.

—, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, II: *Starting World War II, 1937-1939*, Chicago, 1980.

WEINBERG, JESHAJAHU *et al*., *The Holocaust Museum in Washington*, Nueva York, 1995.

WEINDLING, PAUL, *Health, Race and German Politics Between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989.

WEISS, HERMANN, «Ideologie der Freizeit im Dritten Reich: Die NS-Gemeinschaft "Kraft durch Freude"», *Archiv für Sozialgeschichte*, 33, 1993, pp.289-303.

WEISSLER, SABINE (ed.), *Design in Deutschland, 1933-45: Ästhetik und Organisation des Deutschen Werkbundes im «Dritten Reich»*, Giessen, 1990.

WEITZ, ERIC D., *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997.

WELCH, DAVID (ed.), *Nazi Propaganda: The Power and the Limitations*, Londres, 1983.

—, *Propaganda and the German Cinema, 1933-1945*, Oxford, 1983.

—, *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, 2002.

WENNING, NORBERT, «Das Gesetz gegen die Überfüllung deutscher Schulen und Hochschulen vom 25. April 1933 — ein erfolgreicher Versuch der Bildungsbegrenzung?», *Die deutsche Schule*, 78, 1986, pp.141-160.

WERNER, KARL FERDINAND, *Das NS-Geschichtsbild und die deutsche Geschichtswissenschaft*, Stuttgart, 1967.

WERNER, KURT y KARL-HEINZ BIERNAT, *Die Köpenicker Blutwoche, Juni, 1933*, Berlín, 1958.

WESSEL, HORST A., *Thyssen & Co., Mülheim an der Ruhr: Die Geschichte einer Familie und ihrer Unternehmung*, Stuttgart, 1991.

WESSLING, BERNDT WILHELM, *Wieland Wagner, der Enkel: Eine Biographie*, Colonia, 1997.

WEST, SHEARER, *The Visual Arts in Germany 1890-1937: Utopia and Despair*, Manchester, 2000.

WESTHEIM, PAUL, *Paul Westheim: Kunstkritik aus den Exil*, ed. Tanja Frank, Hanau, 1985.

WESTPHAL, UWE, *Werbung im Dritten Reich*, Berlín, 1989.

WETZEL, JULIANE, «Auswanderung aus Deutschland», en Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland*, pp.413-498.

WETZEL, KRAFT y PETER HAGEMANN, *Zensur: Verbotene deutsche Filme 1933-1945*, Berlín, 1978.

WETZEN, RICHARD F., *Inventing the Criminal: A History of German Criminology, 1880-1945*, Chapel Hill, N. C., 2000.

WEYRATHER, IRMGARD, «Numerus Clausus für Frauen - Studentinnen im Nationalsozialismus», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp. 131-162.

—, *Muttertag und Mutterkreuz: Der Kult um die «deutsche Mutter» im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1993.

WHEALEY, ROBERT H., *Hitler and Spain: The Nazi Role in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Lexington, Ky., 1989.

WHEELER-BENNETT, JOHN W., *The Nemesis of Power: The German Army in Politics, 1918-1945*, Londres y Nueva York, 1953.

—, *et al*. (eds.), *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, 13 vols., Londres, 1950-1970.

WICKERT, CHRISTL, «Popular Attitudes to National Socialist Antisemitism: Denunciations for "Insidious Offenses" and "Racial Ignominy"», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.282-295.

WIELAND, GÜNTHER, *Das war der Volksgerichtshof: Ermittlungen, Fakten, Dokumente*, Pfaffenweiler, 1989.

WIESEMANN, FALK, «Juden auf dem Lande: die wirtschaftliche Ausgrenzung der jüdischen Viehhändler in Bayern», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp.381-396.

WILDT, MICHAEL, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», en Bankier (ed.), *Probing*, pp.181-212.

—, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002.

—, (ed.), *Nachrichtendienst, politische Elite, Mordeinheit: Der Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS*, Hamburgo, 2003.

WILKE, GERHARD, «The Sins of the Fathers: Village Society and Social Control in the Weimar Republic», en Evans y Lee (eds.), *The German Peasantry pp*. 174-204.

—, «Village Life in Nazi Germany», en Bessel (ed.), *Life in the Third Reich*, pp. 17-24.

WILKE, GERHARD y KURT WAGNER, «Family and Household: Social Structures in a German Village Between the Two World Wars», en Evans y Lee (eds.), *The German Family*, pp.120-147.

WILLIAMS, JENNY, *More Lives Than One: A Biography of Hans Fallada*, Londres, 1998.

WILLRICH, WOLFGANG, *Säuberung des Kunsttempels: Eine kunstpolitische Kampfschrift zur Gesundung deutscher Kunst im Geiste nordischer Art*, Munich, 1937.

WINGFIELD, NANCY M., *Minority Politics in a Multinational State: The German Social Democratic Party 1918-1938*, Nueva York, 1989.

WINKLER, DÖRTE, *Frauenarbeit im «Dritten Reich»*, Hamburgo, 1977.

WINKLER, HANS JOACHIM, *Legenden um Hitler: Schöpfer der Autobahnen*, Berlín, 1963.

WINKLER, HEINRICH AUGUST, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus: Die politische Entwicklung von Handwerk und Kleinhandel in der Weimarer Republik*, Colonia, 1972.

—, «Der entbehrliche Stand. Zur Mittelstandspolitik im "Dritten Reich"», *Archiv für Sozialgeschichte*, 17, 1977, pp.1-40.

—, «Ein neuer Mythos vom alten Mittelstand. Antwort auf eine Antikritik», *Geschichte und Gesellschaft*, 12, 1986, pp.548-557.

—, *Der Weg in die Katastrophe: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933*, Berlín, 1987.

—, (ed.), *Die deutsche Staatskrise 1930-1933: Handlungsspielräume und Alternativen*, Munich, 1992.

WINKLER, KLAUS, *Fernsehen unterm Hakenkreuz: Organisation — Programm — Personal*, Colonia, 1994.

WINKLER, KURT, «Inszenierung der Macht: Weltausstellung 1937. Das "Deutsche Haus" als Standarte», en Behnken y Wagner (eds.), *Inszenierung*, pp.217-225.

WINKLER-MAYERHÖFER, ANDREA, *Starkult als Propagandamittel? Studien zum Unterhaltungsfilm im Dritten Reich*, Munich, 1992.

WIPPERMANN, WOLFGANG, *Zur Analyse des Faschismus: Die sozialistischen und kommunistischen Faschismustheorien 1921-1945*, Frankfurt, 1981.

—, *Das Leben in Frankfurt zur NS-Zeit*, 4 vols., Frankfurt, 1986.

—, «Das Berliner Schulwesen in der NS-Zeit. Fragen, Thesen und methodische Bemerkungen», en Schmoldt (ed.), *Schule in Berlin*, pp.57-73.

WIPPERMANN, WOLFGANG y UTE BRUCKER-BOROUJERDI, «Nationalsozialistische Zwangslager in Berlin III: Das "Zigeunerlager Marzahn"», *Berliner Forschungen*, 2, 1987, pp.189-194.

WISKEMANN, ELIZABETH, *The Rome-Berlin Axis: A History of the Relations Between Hitler and Mussolini*, Londres, 1949.

WISOTZKY, KLAUS, *Der Ruhrbergbau im Dritten Reich: Studien zur Sozialpolitik im Ruhrbergbau und zum sozialen Verhalten der Bergleute in den Jahren 1933 bis 1939*, Dusseldorf, 1983.

WISSMANN, SYLVELIN, *Es war eben unsere Schulzeit: Das Bremer Volksschulwesen unter dem Nationalsozialismus*, Bremen, 1993.

WITETSCHEK, HELMUT (ed.), *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1945*, 7 vols., Maguncia, 1966-1971.

WITTE, KARSTEN, «Die Filmkomödie im Dritten Reich», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp.347-365.

—, *Lachende Erben, toller Tag: Filmkomödie im Dritten Reich*, Berlín, 1995.

WÖHLERT, MEIKE, *Der politische Witz in der NS-Zeit am Beispiel ausgesuchter SDBerichte und Gestapo-Akten*, Frankfurt, 1997.

WOJAK, IRMTRUD *et al.*, *«Arisierung» im Nationalsozialismus: Volksgemeinschaft, Raub und Gedächtnis*, Frankfurt, 2000.

WOLBERT, KLAUS, *Die Nackten und die Toten des «Dritten Reiches»: Folgen einer politischen Geschichte des Körpers in der Plastik des deutschen Faschismus*, Giessen, 1982.

WOLF, NORBERT, *Ernst Ludwig Kirchner 1880-1938: On the Edge of the Abyss of Time*, Colonia, 2003.

WOLFFSOHN, MICHAEL, «Arbeitsbeschaffung und Rüstung im nationalsozialistischen Deutschland 1933», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 22, 1977, pp.9-19.

WOLLENBERG, JÖRG (ed.), *The German Public and the Persecution of Jews, 1933-1945: «No One Participated, No One Knew»*, Atlantic Highlands, N. J., 1996 (1989).

WOLLSTEIN, GÜNTER, «Eine Denkschrift des Staatssekretärs Bernhard von Billow vom März 1933», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 1, 1973, pp.77-94.

—, *Vom Weimarer Revisionismus zu Hitler: Das Deutsche Reich und die Grossmächte in der Anfangsphase der nationalsozialistischen Herrschaft in Deutschland*, Bonn, 1973.

WOLSCHKE-BULMAHN, JOACHIM y GERT GRÖNING, «The National Socialist Garden and Landscape Ideal: Bodenständigkeit (Rootedness in the Soil)», en Etlin (ed.), *Art*, pp.73-97.

WOOLF, STUART J. (ed.), *The Nature of Fascism*, Londres, 1968.

WOYCKE, JAMES, *Birth Control in Germany, 1871-1933*, Londres, 1988.

WRIGHT, JONATHAN y PAUL STAFFORD, «Hitler, Britain and the Hossbach Memorandum», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 42, 1987, pp.77-123.

WULF, JOSEPH, *Die bildenden Künste im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963.

—, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963.

—, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963.

—, *Musik im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963.

—, *Theater und Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963.

WULFF, BIRGIT, *Arbeitslosigkeit und Arbeitsbeschaffungsmassnahmen in Hamburg 1933-1939: Eine Untersuchung zur nationalsozialistischen Wirtschafts- und Sozialpolitik*, Frankfurt, 1987.

—, «The Third Reich and the Unemployed: National Socialist Work-creation Schemes in Hamburg, 1933—4», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, pp.281-302.

WÜLLENWEBER, HANS, *Sondergerichte im Dritten Reich: Vergessene Verbrechen der Justiz*, Frankfurt, 1990.

WYMAN, DAVID S., *Paper Walls; America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, Amherst, Mass., 1968.

WYNOT, JAMES D., JR, «"A Necessary Cruelty": The Emergence of Official Anti-Semitism in Poland, 1935-39», *American Historical Review*, 76, 1971, pp.1.035-1.058.

ZABEL, JAMES A., *Nazism and the Pastors: A Study of the Ideas of Three Deutsche Christen Groups*, Missoula, Mont., 1976.

ZEIDLER, MANFRED, *Das Sondergericht Freiberg: Zu Justiz und Repression in Sachsen, 1933-1940*, Dresde, 1998.

ZEILE, CHRISTINE, «Ein biographischer Essay», en Friedrich R. Reck-Malleczewen, *Tagebuch eines Verzweifelten*, Frankfurt, 1994, pp.251-298.

ZEINHEFER, SIEGFRIED, «Die Reichsparteitage der NSDAP», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp.79-94.

ZELDIN, THEODORE (ed.), *Conflicts in French Society: Anticlericalism, Education and Morals in the Nineteenth Century: Essays*, Londres, 1970.

ZELLER, THOMAS, «"The Landscape's Crown": Landscape, Perception, and Modernizing Effects of the German Autobahn System, 1934-1941», en Nye (ed.), *Technologies of Landscape*, pp.218-240.

ZELNHEFER, SIEGFRIED, *Die Reichsparteitage der NSDAP: Geschichte, Struktur und Bedeutung der grössten Propagandafeste im nationalsozialistischen Feierjahr*, Neustadt an der Aisch, 1991.

ZELNHEFER, SIEGFRIED y RUDOLF KäS (eds.), *Kulissen der Gewalt: Das Reichsparteitagsgelände in Nürnberg*, Munich, 1992.

ZEMAN, ZBYNEK. A. B., *Nazi Propaganda*, Oxford, 1973.

ZERNER, RUTH, «German Protestant Responses to Nazi Persecution of the Jews», en Braham (ed.), *Perspectives on the Holocaust*, pp.57-68.

—, «Martin Niemöller, Activist as Bystander: The Oft-Quoted Reflection», en Perry y Schweitzer (eds.), *Jewish-Christian Encounters over the Centuries*, pp. 327-340.

ZIEGLER, DIETER, «Die Verdrängung der Juden aus der Dresdner Bank 1933-1938», *VfZ*, 47, 1999, pp.187-216.

ZIEGLER, HANS SEVERUS, *Entartete Musik: Eine Abrechnung*, Dusseldorf, 1938.

ZIEGLER, WALTER (ed.), *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1943*, IV: *Regierungsbezirk Niederbayern und Oberpfalz 1933-1945*, Maguncia, 1973.

ZIMMERMANN, MICHAEL, «Ausbruchshoffnungen: Junge Bergleute in den dreissigen Jahren», en Niethammer (ed.), *Die Jahre weiss man nicht*, pp.97-132.

—, *Verfolgt, vertrieben, vernichtet: Die nationalsozialistische Vernichtungspolitik gegen Sinti und Roma*, Essen, 1989.

—, *Rassenutopie und Genozid: Die nationalsozialistische «Lösung der Zigeunerfrage»*, Hamburgo, 1996.

ZIMMERMANN, PETER, «Die Bildsprache des Nationalsozialismus im Plakat», en Rüger (ed.), *Kunst*, pp.223-236.

ZIMMERMANN, VOLKER, *Die Sudetendeutschen im NS-Staat: Politik und Stimmung der Bevölkerung im Reichsgau Sudetenland (1938-1945)*, Essen, 1999.

ZIPFEL, FRIEDRICH, «Gestapo and SD: A Sociographic Profile of the Organisers of the Terror», en Larsen *et al*. (eds.), *Who Were the Fascists*?, pp.301-311.

ZITELMANN, RAINER, *HITLER: The Policies of Seduction*, Londres, 1999 (1987).

ZOFKA, ZDENEK, *Die Ausbreitung des Nationalsozialismus auf dem Lande: Eine regionale Fallstudie zur politischen Einstellung der Landbevölkerung in der Zeit des Aufstiegs und der Machtergreifung der NSDAP 1928-1936*, Munich, 1979.

—, «Dorfeliten und NSDAP. Fallbeispiele der Gleichschaltung aus dem Kreis Günzburg», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 383-434.

ZOLLING, PETER, *Zwischen Integration und Segregation: Sozialpolitik im «Dritten Reich» am Beispiel der «Nationalsozialistischen Volkswohlfahrt» (NSV) in Hamburg*, Frankfurt, 1986.

ZOLLITSCH, WOLFGANG, «Adel und adlige Machteliten in der Endphase der Weimarer Republik. Standespolitik und agrarische Interessen», en Winkler (ed.), *Die deutsche Staatskrise*, pp.239-256.

ZUSCHLAG, CHRISTOPH, «An "Educational Exhibition". The Precursors of Entartete Kunst and Its Individual Venues», en Barron (ed.), *Degenerate Art*, pp.83103.

—, *«Entartete Kunst»: Ausstellungsstrategien in Nazi-Deutschland*, Worms, 1995.

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Discurso de Hitler con motivo del Primero de Mayo en el prado de Tempelhof, Berlín, 1935.
2. El líder de los camisas pardas Ernst Röhm en su despacho, 1933.
3. Henrich Himmler en el campo de tiro de la policía de Berlín-Wannsee, 1934.
4. Hitler en un desfile de la policía de orden público durante una concentración del partido en Nuremberg en septiembre de 1937.
5. Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS.
6. Prisioneros del campo de concentración de Flossenbürg.
7. Leni Riefenstahl durante el rodaje de *El triunfo de la voluntad* en la concentración del partido en Nuremberg de 1934.
8. Anuncio del receptor doméstico de radio Volksempfänger [‘la radio del pueblo’].
9. El actor Emil Jannings y el ministro de propaganda Joseph Goebbels en el Festival de Salzburgo de 1938.
10. Memorial de la Guerra de Magdeburgo, de Ernst Barlach, 1929.
11. La escultura *Alerta*, de Arno Breker, exhibida en la Gran Exposición de Arte Alemán de 1938.
12. El pabellón alemán de la Exposición Internacional de París 1937, de Albert Speer.
13. Portada del opúsculo de la exposición *Música degenerada*.
14. Monseñor Caccia Dominoni, *Maestro di Camera* del Papa, y Hermann Göring antes de la audiencia con el pontífice Pío XI el 12 de abril de 1933.
15. Anuncio que urgía a los padres a sacar a sus hijos de las escuelas dirigidas por la Iglesia.
16. Niños en un aula de primaria, 1939.

17. El ministro de educación Bernhard Rust, fotografiado el 3 de agosto de 1935.
18. Póster de 1936 de una campaña de reclutación de las Juventudes Hitlerianas.
19. Campamento de las Juventudes Hitlerianas en Nuremberg, 8 de agosto de 1934.
20. Un puente de carretera, años treinta.
21. Fritz Todt reparte gratificaciones a los obreros de las fortificaciones del Muro Occidental.
22. Anuncio de la empresa de automóviles Daimler-Benz, 1936.
23. Una pareja de jóvenes alemanes en un *Escarabajo* de Volkswagen, el coche de «A la Fuerza a través de la Alegría».
24. Ilustración de portada del número de 11 de marzo de 1934 de *Simplicissimus* que ponía de relieve la debilidad defensiva de Alemania.
25. Una familia come el guiso dominical obligatorio; ilustración de un libro de texto de primaria, 1939.
26. Salón de Carinhalle, la mansión de caza de Hermann Göring.
27. La vida idílica de una familia de campesinos: *Cosecha*, de Alexander Flügel, exhibido en la Gran Exposición de Arte Alemán de 1938.
28. Mineros del carbón de Penzberg, Baviera, rindiendo tributo a Hitler.
29. Un póster de 1935 muestra a un alemán sano y fuerte asumiendo la carga de encerrar a los enfermos mentales en instituciones.
30. Una ilustración de propaganda urgiendo a los alemanes a tener más hijos, 1933.
31. Exhibición de una pareja acusada de «contaminación de la raza».
32. Trabajo de campo con fines raciales en un campamento gitano, 1933.
33. «¡Los judíos entran por su cuenta y riesgo!», advierte un cartel en la carretera que conduce a Rottach-Egern, en el lago Tegern, Baviera, 1935.
34. La mañana después del pogromo de la Noche de los Cristales Rotos, 10 de noviembre de 1938.
35. El lugarteniente de Hitler Rudolf Hess y Martin Bormann en Berlín, 1935.

36. Las repercusiones del plebiscito del Sarre, 1935: un grupo de niños hace el saludo nazi en una calle decorada con esvásticas.
37. Un grupo de renanos saluda al Ejército alemán a su entrada a la zona desmilitarizada el 7 de marzo de 1936.
38. Miembros de la Legión Cóndor en el puerto de Gijón, abandonando España camino a Alemania, 3 de junio de 1939.
39. Un soldado alemán saludado por la multitud en Viena, 21 de marzo de 1938.
40. Judíos vieneses obligados a limpiar pintadas proaustriacas en las calles, marzo de 1938.
41. Stalin y Ribbentrop se dan la mano en el Pacto Germano-Soviético, 24 de agosto de 1939.

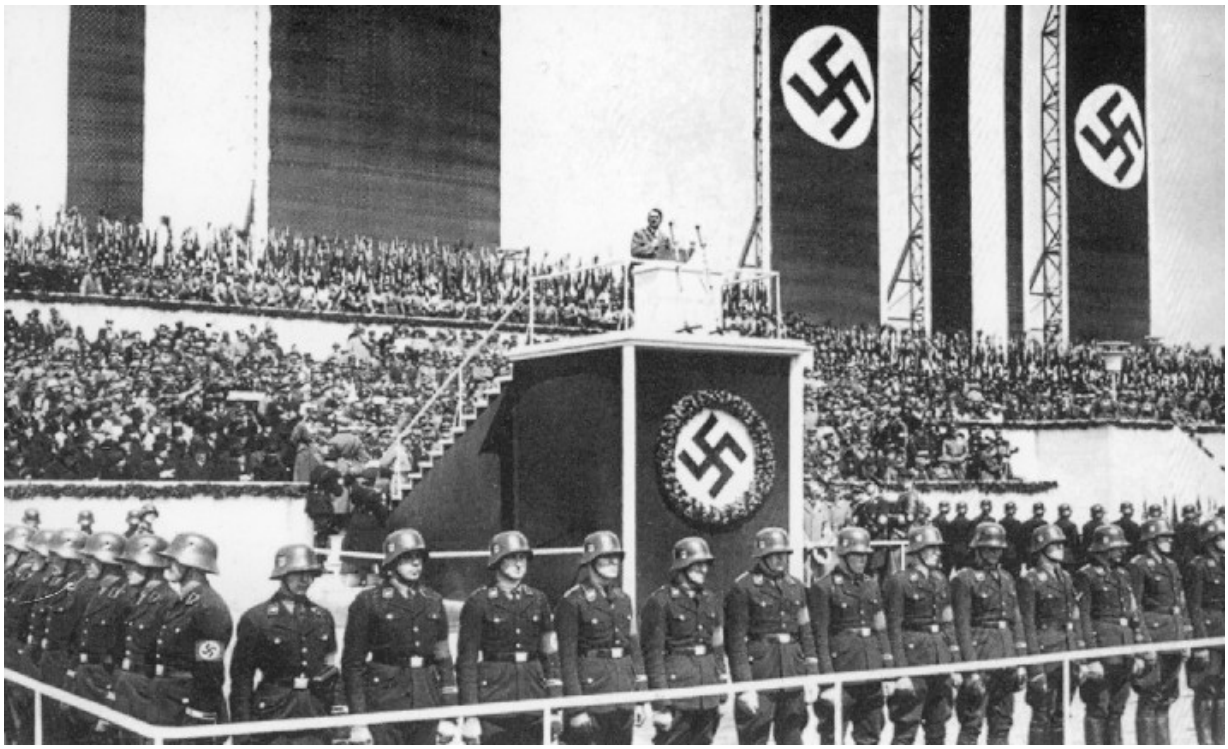
Créditos de las ilustraciones

AKG, Londres: ilustraciones 3, 4, 9, 14, 35, 37; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: ilustraciones 13, 26, 34, 40, 41; Bundesarchiv, Koblenz: ilustraciones 8, 15, 18, 23, 32; Corbis: ilustraciones 2, 5, 7, 17, 19, 21, 36, 38, 39; Kunstverlag Peda: ilustración 10; Arno Breker por Marco-VG (Museo Arno Breker, Bonn): ilustración 11; Staatsarchiv, Munich: ilustración 28; Wiener Library, Londres: ilustración 16.

Se ha intentado localizar a todos los propietarios de los derechos de las imágenes, pero no siempre ha sido posible. En caso de recibir notificación, los editores rectificarán toda omisión en cuanto sea posible.

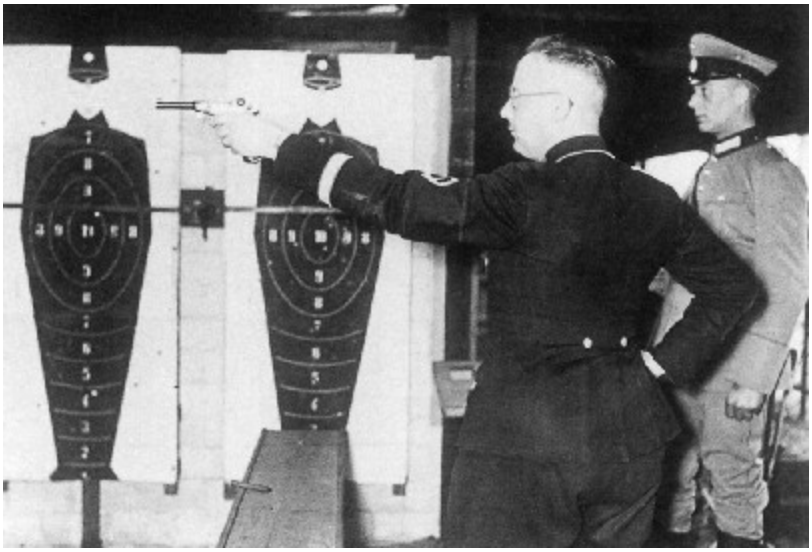
LISTA DE MAPAS

1. División por regiones del Partido Nazi durante el Tercer Reich, 1935
2. Campos de concentración en agosto de 1939
3. El plebiscito del 12 de noviembre de 1933
4. Posesión de radios entre la población en julio de 1938
5. Exposiciones de arte degenerado
6. Filiación religiosa en 1936
7. Escuelas de la elite nazi
8. El declive de las universidades alemanas, 1930-1939
9. Red de carreteras
10. La disminución del desempleo, 1930-1938
11. Mayores exportadores al Tercer Reich
12. Granjas vinculadas al Reich
13. Emigración judía a ultramar, 1933-1938
14. Emigración judía dentro de Europa, 1933-1938
15. Sinagogas destruidas entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938
16. Judíos en el censo racial nazi de 1939
17. Habitantes de etnia alemana en Europa central y del Este, 1937
18. El plebiscito del Sarre y la remilitarización de Renania, 1935-1936
19. La anexión de Austria, 1938
20. Grupos étnicos en Checoslovaquia, 1920-1937
21. El desmembramiento de Checoslovaquia, 1938-1939
22. Las anexiones a Alemania antes de la guerra

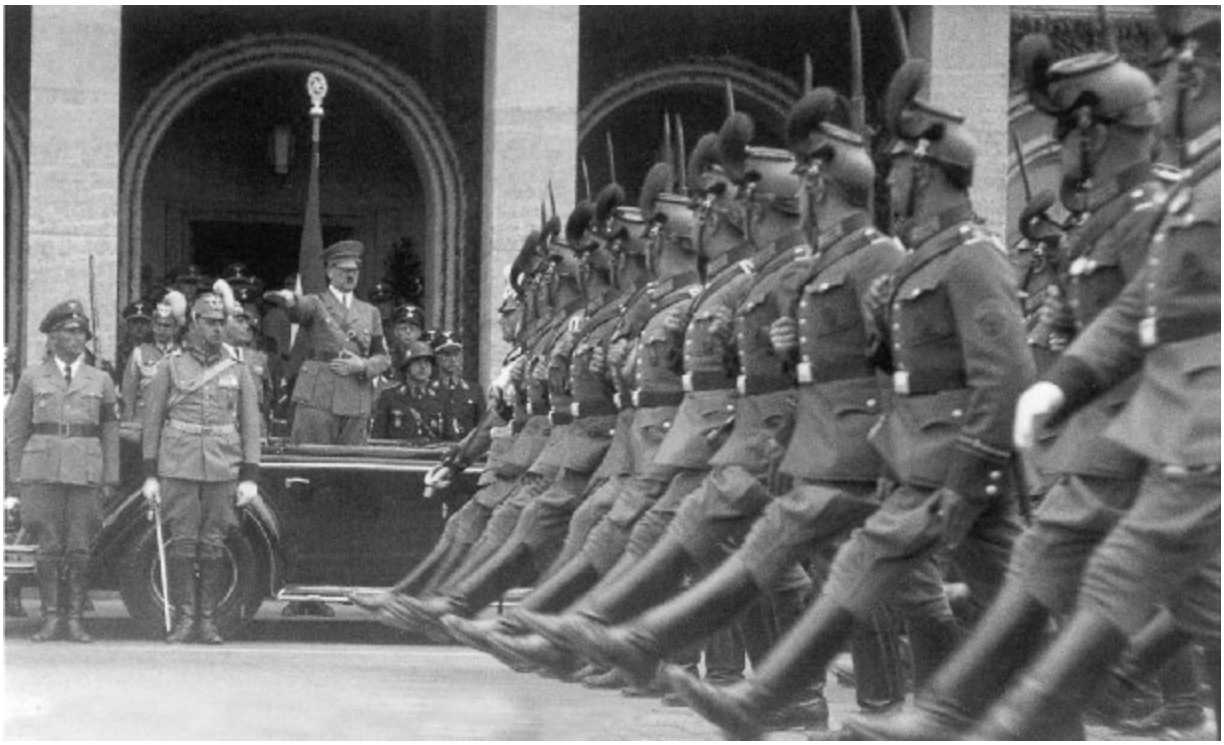


1. Discurso de Hitler con motivo del Primero de Mayo en el prado de Tempelhof, Berlín, 1935.

2. El líder de los camisas pardas Ernst Röhm en su despacho, 1933.



3. Henrich Himmler en el campo de tiro de la policía de Berlín-Wannsee, 1934.



4. Hitler en un desfile de la policía de orden público durante una concentración del partido en Nuremberg en septiembre de 1937.

5. Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS.

6. Prisioneros del campo de concentración de Flossenbürg.

7. Leni Riefenstahl durante el rodaje de *El triunfo de la voluntad* en la concentración del partido en Nuremberg de 1934.

8. Anuncio del receptor doméstico de radio Volksempfänger [‘la radio del pueblo’].

9. El actor Emil Jannings y el ministro de propaganda Joseph Goebbels en el Festival de Salzburgo de 1938.

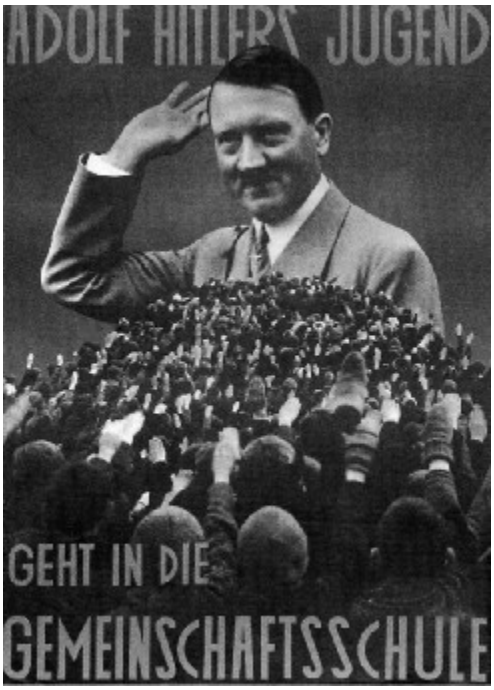
10. Memorial de la Guerra de Magdeburgo, de Ernst Barlach, 1929.

11. La escultura *Alerta*, de Arno Breker, exhibida en la Gran Exposición de Arte Alemán de 1938.

12. El pabellón alemán de la Exposición Internacional de París 1937, de Albert Speer.

13. Portada del opúsculo de la exposición *Música degenerada*.

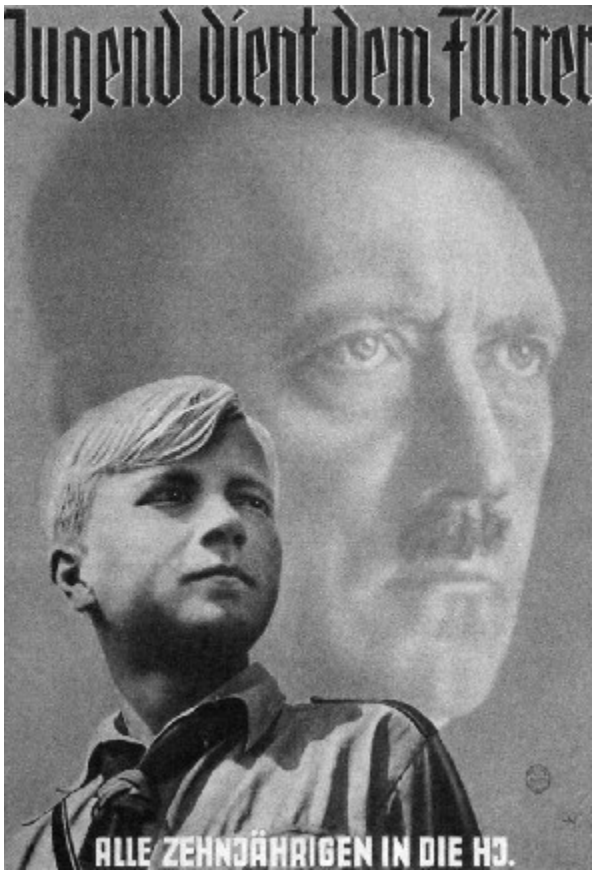
14. Monseñor Caccia Dominoni, *Maestro di Camera* del Papa, y Hermann Göring antes de la audiencia con el pontífice Pío XI el 12 de abril de 1933.



15. Anuncio que urgía a los padres a sacar a sus hijos de las escuelas dirigidas por la Iglesia.

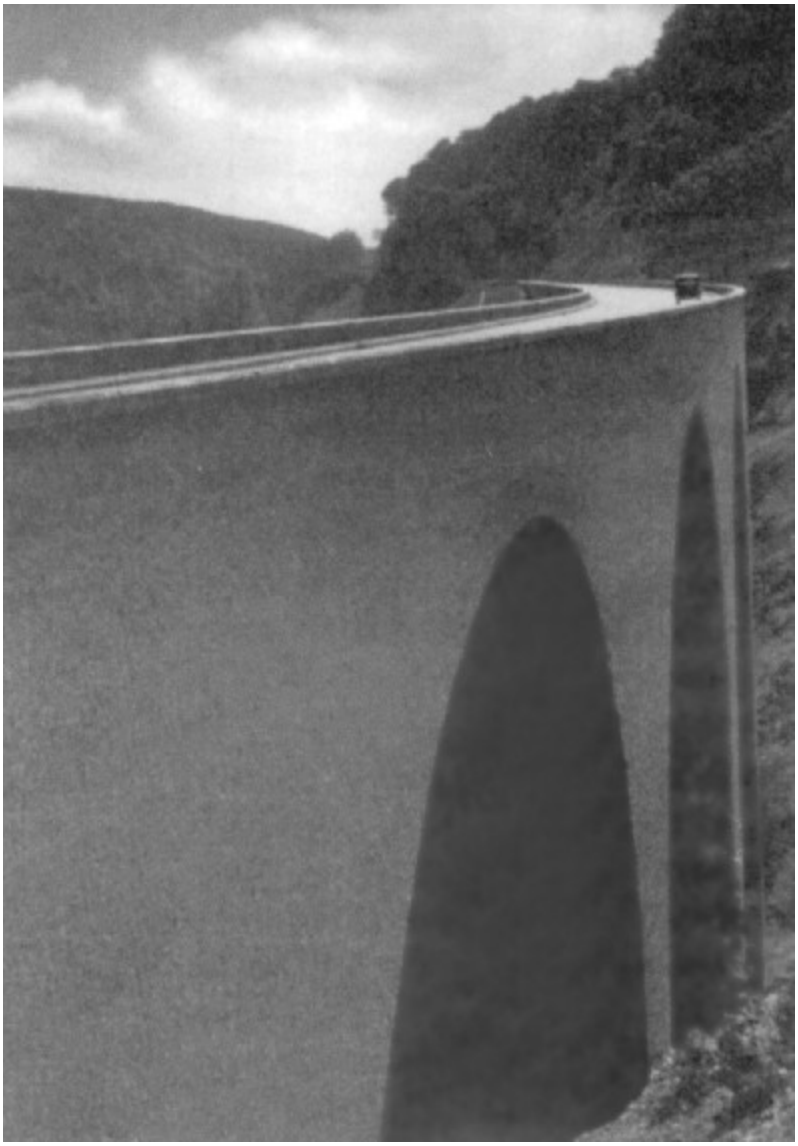
16. Niños en un aula de primaria, 1939.

17. El ministro de educación Bernhard Rust, fotografiado el 3 de agosto de 1935.



18. Póster de 1936 de una campaña de reclutación de las Juventudes Hitlerianas.

19. Campamento de las Juventudes Hitlerianas en Nuremberg, 8 de agosto de 1934.

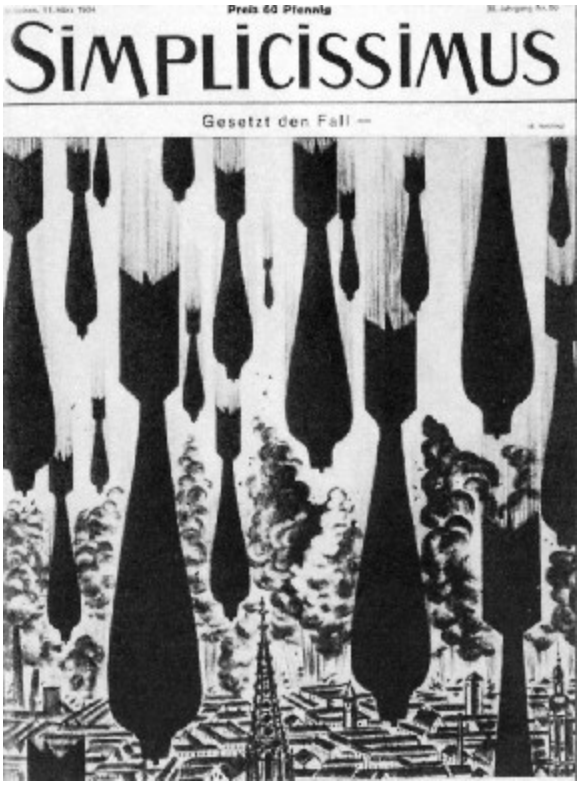


20. Un puente de carretera, años treinta.

21. Fritz Todt reparte gratificaciones a los obreros de las fortificaciones del Muro Occidental.

22. Anuncio de la empresa de automóviles Daimler-Benz, 1936.

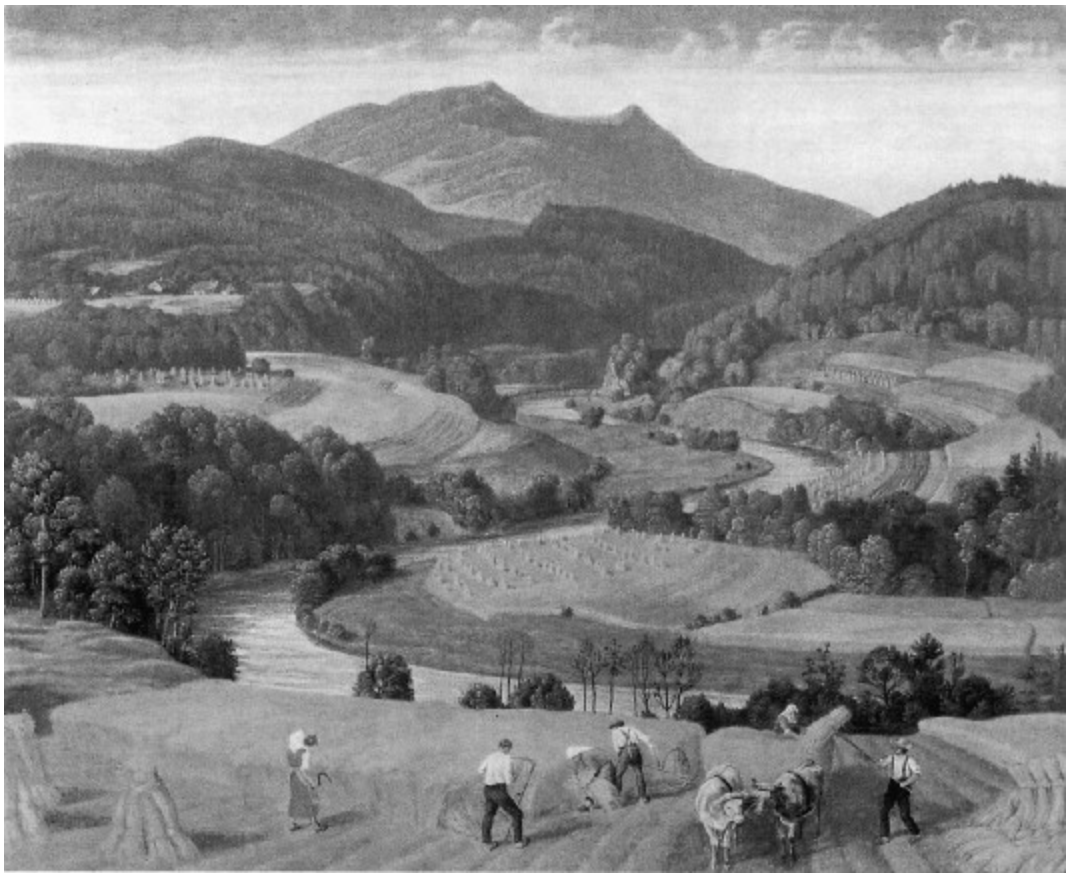
23. Una pareja de jóvenes alemanes en un *Escarabajo* de Volkswagen, el coche de «A la Fuerza a través de la Alegría».



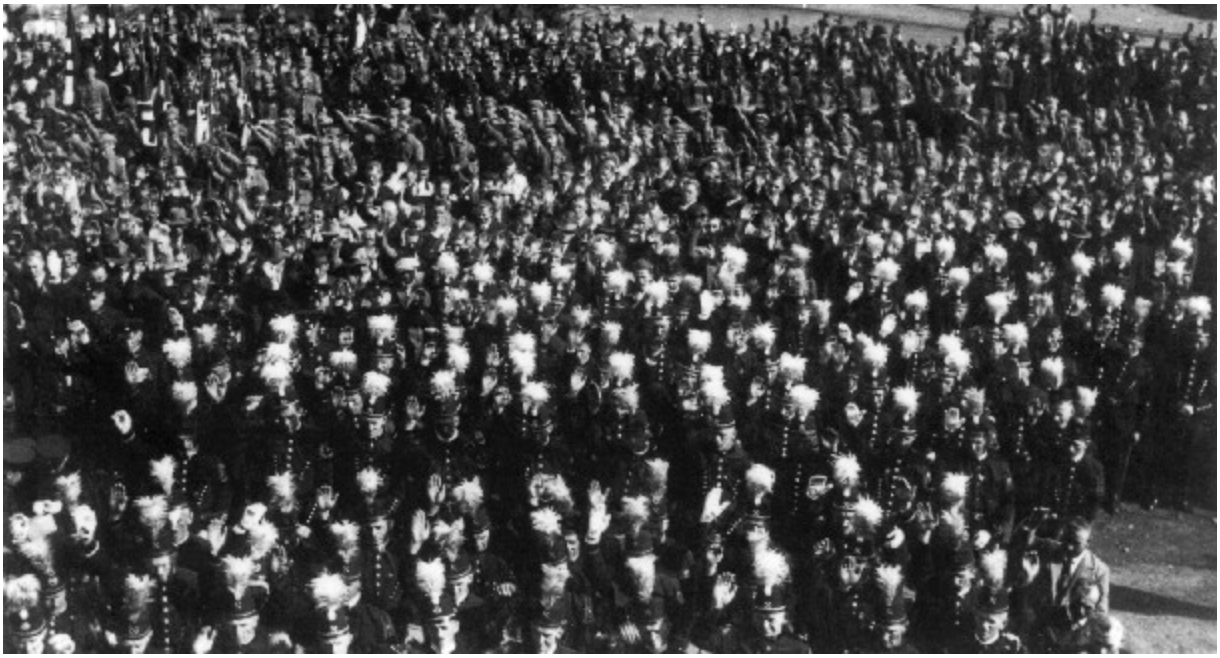
24. Ilustración de portada del número de 11 de marzo de 1934 de *Simplicissimus* que ponía de relieve la debilidad defensiva de Alemania.

25. Una familia come el guiso dominical obligatorio; ilustración de un libro de texto de primaria, 1939.

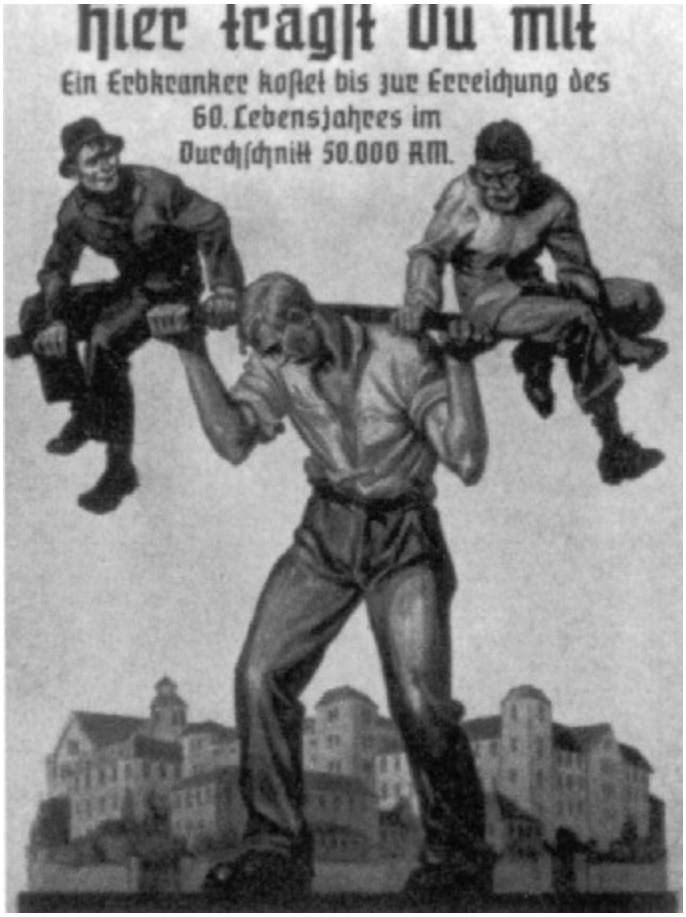
26. Salón de Carinhalle, la mansión de caza de Hermann Göring.



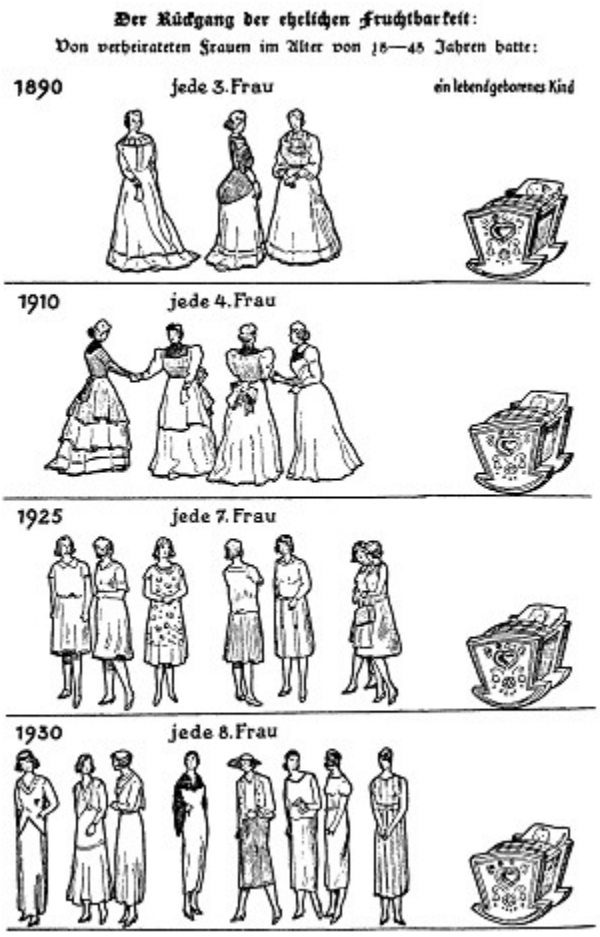
27. La vida idílica de una familia de campesinos: *Cosecha*, de Alexander Flügel, exhibido en la Gran Exposición de Arte Alemán de 1938.



28. Mineros del carbón de Penzberg, Baviera, rindiendo tributo a Hitler.



29. Un póster de 1935 muestra a un alemán sano y fuerte asumiendo la carga de encerrar a los enfermos mentales en instituciones.



30. Una ilustración de propaganda urgiendo a los alemanes a tener más hijos, 1933.

31. Exhibición de una pareja acusada de«contaminación de la raza».

32. Trabajo de campo con fines raciales en un campamento gitano, 1933.

33. «¡Los judíos entran por su cuenta y riesgo!», advierte un cartel en la carretera que conduce a Rottach-Egern, en el lago Tegern, Baviera, 1935.

34. La mañana después del pogromo de la Noche de los Cristales Rotos, 10 de noviembre de 1938.

35. El lugarteniente de Hitler Rudolf Hess y Martin Bormann en Berlín, 1935.

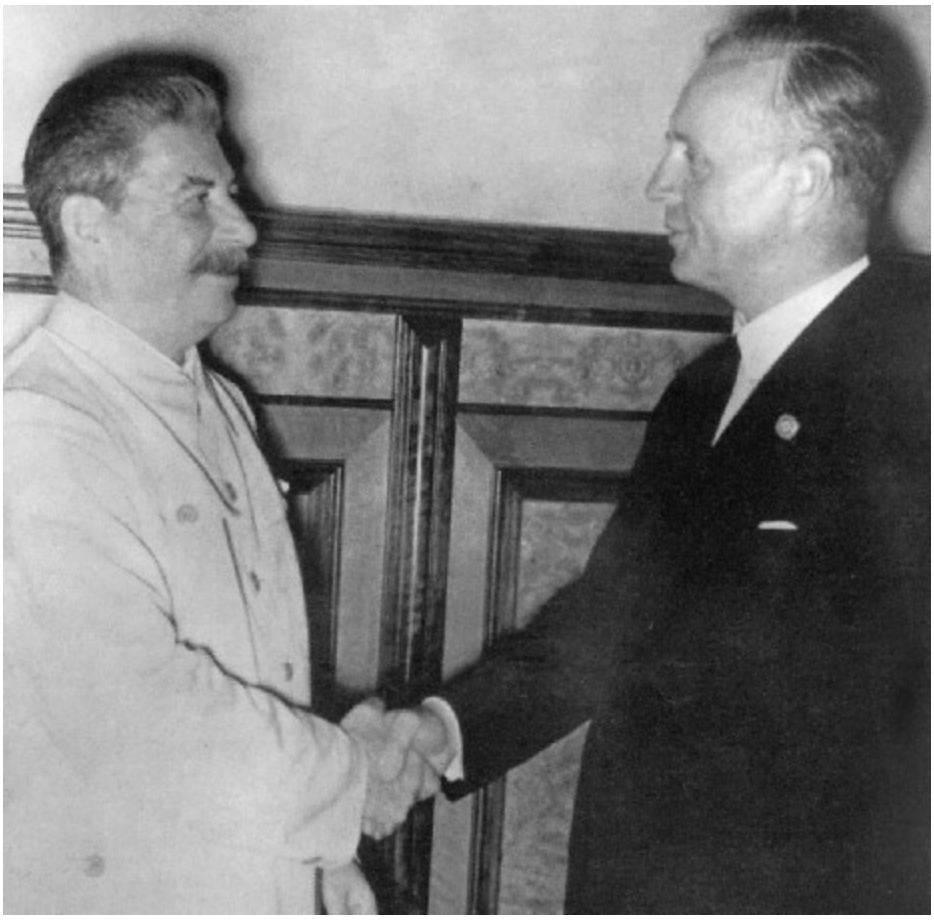
36. Las repercusiones del plebiscito del Sarre, 1935: un grupo de niños hace el saludo nazi en una calle decorada con esvásticas.

37. Un grupo de renanos saluda al Ejército alemán a su entrada a la zona desmilitarizada el 7 de marzo de 1936.

38. Miembros de la Legión Cóndor en el puerto de Gijón, abandonando España camino a Alemania, 3 de junio de 1939.

39. Un soldado alemán saludado por la multitud en Viena, 21 de marzo de 1938.

40. Judíos vieneses obligados a limpiar pintadas proaustríacas en las calles, marzo de 1938.



41. Stalin y Ribbentrop se dan la mano en el Pacto Germano-Soviético, 24 de agosto de 1939.

Notas

1. Karl-Heinz Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, 2 vols., Boppard, 1983, vol. I, pp. 630-631 (la cita combina dos fuentes distintas para el discurso).

2. Kurt Werner y Karl-Heinz Biernat, *Die Köpenicker Blutwoche, Juni 1933*, Berlín, 1958.

3. Citado en Martin Broszat, *Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Munich, 1969, pp. 251-252.

4. Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003, pp. 344-349. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

5. Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany* 1925-1934, Londres, 1984, p. 97; Peter Longerich, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA*, Munich, 1989, p. 184.

6. Bessel, *Political Violence*, pp. 119-122; para los antecedentes, véase Wolfgang Sauer, «*Die Mobilmachung der Gewalt*», Karl Dietrich Bracher *et al*., *Die nationalsozialistische Machtergreifung: Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/34*, 3 vols., Frankfurt, 1974 (1960) vol. III, pp. 255-324.

7. Peter H. Merkl, *Political Violence under the Swastika: 581 Early Nazis*, Princeton, 1975, pp. 472-473, citando el testimonio de Abel, n.º 58.

8. Norbert Frei, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State 1933-1945*, Oxford, 1993 (1987), p. 13.

9. *Ibid*., p. 126.

10. Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 179-188.

11. Heinz Höhne, *Mordsache Röhm: Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft, 1933-1934*, Reinbek, 1984, pp. 127-128.

12. John W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945*, Londres, 1953, p. 761.

13. Immo von Fallois, *Kalkül und Illusion: Der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934*, Berlín, 1994, pp. 105-108.

14. Höhne, *Mordsache Röhm*, 59-122, para las ambiciones de ascenso de Röhm, y pp. 177-206, para el creciente descontento con la jefatura del Ejército. Véase también Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 316-317.[Haytrad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

15. Fallois, *Kalkül*, p. 131; Robert J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party 1933-1939*, Londres, 1966, pp. 38-42.

16. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. I, pp. 156-158.

17. Bessel, *Political Violence*, pp. 130-132, citando el archivo sobre Max Heydebreck en el antiguo Berlin Document Centre, ahora en el Bundesarchiv Berlin.

18. Heinrich Bennecke, *Die Reichswehr und der «Röhm-Putsch»*, Munich, 1964, pp. 43-44; Sauer, *Die Mobilmachung*, destaca la imprecisión y la falta de contenidos políticos serios en el concepto de revolución de Röhm pp. 338-339; véase también Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 207-226.

19. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. II, 1, p. 393.

20. Frei, *National Socialist Rule*, pp. 15-16; Edmund Forschbach, *Edgar J. Jung: Ein konservativer Revolutionär 30. Juni 1934*, Pfullingen, 1984.

21. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, part I: *Aufzeichnungen 1924-1941*, Munich, 1987-1996, vol. II, p. 472, 21 de mayo de 1934.

22. Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 227-238.

23. Klaus Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940*, 7 vols., Frankfurt, 1980, vol. I, 1934, pp. 99-117 y 187.

24. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. II, 1, pp. 197-200; Max Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship*, 4 vols., Londres, 1990-(1962-1963), vol. I, pp. 442-446.

25. Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 218-224.

26. Domarus, *Hitler*, vol. I, p. 447.

27. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/II, pp. 472-473, 29 de junio de 1934.

28. Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, pp. 307-311; Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus*, 3 vols., Bielefeld, 1961. [Hay trad. cast.: *Segunda guerra mundial, fotografías y documentos*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.].

29. Domarus, *Hitler*, vol. I, pp. 463-464.

30. Papen, *Memoirs*, pp. 310-311.

31. Wheeler-Bennett, *Nemesis*, pp. 319-320; Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 239-246.

32. Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 215-216.

33. Domarus, *Hitler*, vol. I, p. 466.

34. O'Neill, *The German Army*, pp. 72-76; Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 215-217; Ian Kershaw, *Hitler*, I: *1889-1936: Hubris*, Londres, 1998, pp. 510-512 [Hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001]; Domarus, *Hitler*, vol. I, pp. 466-467; Bessel, *Political Violence*, pp. 131-133; Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 239-246.

35. Ralf Georg Reuth, *Goebbels: Eine Biographie*, Munich, 1990, p. 313.

36. Domarus, *Hitler*, vol. I, pp. 468-469.

37. Herbert Michaelis y Ernst Schraepler (eds.), *Ursachen und Folgen: Vom deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart*, X: *Das Dritte Reich: Die Errichtung des Führerstaates, die Abwendung von dem System der kollektiven Sicherheit*, Berlín, 1965, pp. 168-172, documento n.º 2.378 (memorias de Erich Kempka, publicadas por primera vez en Alemania en la revista ilustrada *Quick*, 1954, n.º 24).

38. Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 216-217; Domarus, *Hitler*, vol. I, pp. 470-471.

39. Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 217-18; Domarus, *Hitler*, vol. I. pp. 472-477; Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 513-514 [Hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001]; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, pp. 194-195; las órdenes de Hitler a las SA en *Völkischer Beobachter*, Sondernummer, 1 de julio de 1934, primera página; sobre el asesinato de Röhm véase Karl Buchheim y Karl Otmar von Aretin (eds.), *Krone und Ketten: Erinnerungen eines bayerischen Edelmannes*, Munich, 1955, pp. 365-366, selección de fragmentos y traducción en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. I, p. 10.

40. Relato detallado en Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 247-296.

41. Reportaje sobre Schleicher en *Erste Beilage der Germania*, 180, 2 de julio de 1934: «Schleicher und sieben SA-Führer erschossen»; detalles en Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 247-296, también en los párrafos siguientes.

42. Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 247-296.

43. Bessel, *Political Violence*, pp. 133-137.

44. Göring declaró posteriormente que «a largo plazo mi trabajo como huelguista fue también contra los insatisfechos». Que esto lo hizo espontáneamente y por propia iniciativa, considerando lo sucedido en Munich, como los historiadores han mantenido, debería ponerse en duda teniendo en cuenta el resto de acciones que preparó, y la vehemencia con que Hitler denunció a Papen y sus socios sólo unos días antes. Para los que opinan que la acción fue «improvisada», véase Longerich, *Die braunen Bataillone*, p.218 (que sostiene que la principal evidencia, el gobierno de Göring, no demuestra que él decidiera «extender» su tarea espontáneamente y sin consultarlo; que necesitaba explicarse es obvio, teniendo en cuenta que la justificación por la purga provenía de las supuestas actividades de Röhm, no de Schleicher y Papen); para pruebas del prudente desarrollo del plan, véase Bessel, *Political Violence*, pp. 133-137. Más detalles en Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 512-515 [Hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001]; y Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Londres, 1972 (1966), pp. 85-121. [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.] Sauer, *Die Mobilmachung*, pp. 334-364, es notable el trabajo sistemático de preparación de Hitler y el líder del partido desde abril en adelante, acentuando la propaganda ofensiva contra Röhm y la SA, especialmente desde dentro del partido. Para Ballerstedt, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 181.[Haytrad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.] Para Ludendorff, véase Harald Peuschel, *Die Männer um Hitler: Braune Biographien, Martin Bormann, Joseph Goebbels, Hermann Göring, Reinhard eydrich, Heinrich Himmlerund andere*, Dusseldorf, 1982.

45. «Goebbels erstattet Bericht: Diegrosse Rede des Reichspropagandaministers», *Berliner Tageblatt*, 307, 2 de julio de 1934, p. 3.

46. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. I, pp. 354-358; crónica periodística en *Berliner Tageblatt*, 310, 4 de julio de 1934, primera página.

47. *Erste Beilage der Germania*, 180, 2 de julio de 1934; *ibid*., 181, 3 de julio de 1934; *Berliner Tageblatt*, 306, 1 de julio de 1934, p. 2; sobre la «purga», véase especialmente la declaración de Göring, reportaje periodístico en *ibid*., p. 3, y *Völkischer Beobachter*, 182/183, 1/2 de julio de 1934, primera página.

48. Domarus, *Hitler*, vol. I, p. 498.

49. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 517-522. [Hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001.] Los intentos tras la guerra de llevar ante la justicia a los asesinos supervivientes están documentados en Otto Gritschneider, «*Der Führer hat Sie zum Tode verurteilt*'...»: *Hitlers «Röhm-Putsch» — Morde vor Gericht*, Munich, 1993.

50. Bernd Stöver (ed.), *Berichte über die Lage in Deutschland: Die Meldungen der Gruppe Neu Beginnen aus dem Dritten Reich 1933-1936*, Bonn, 1996, pp. 169-185, para algunos ejemplos.

51. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, pp. 197-203; Martin Broszat *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 6 vols., Munich, 1977-1983, vol. I, p. 71 (Bekirksamt Ebermannstadt, Halbmonatsbericht, 14 de julio de 1934); Thomas Klein (ed.), *Die Lageberichte der Geheimen Staatspolizei über die Provinz Hessen-Nassau 1933-1936*, Colonia, 1986, p. 117; Wolfgang Ribbe (ed.), *Die Lageberichte der Geheimen Staatspolizei über die Provinz Brandenburg und die Reichshauptstadt Berlin 1933 bis 1936*, I: *Der Regierungsbezirk Potsdam*, Colonia, 1998, pp. 141-142; *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 151, 2 de julio de 1934, primera página, para la muchedumbre; *ibid*., 153, 4 de julio de 1934, primera página, para las advertencias de la policía; para el ministro de Propaganda, véase Gabriele Toepser-Ziegert (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit: Edition und Dokumentation*, II: *1934*, Munich, 1985, p. 264, 3 de julio de 1934.

52. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 83-95. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

53. Jochen Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955, p. 194.

54. Staatsarchiv Hamburg 622-1, 11/511-13: Familie Solmitz: Luise Solmitz geb. Stephan, 1889-1973, Tagebuch: vols. 28 y 29, entradas para el 21 de marzo de 1933, el 3 de abril de 1933, el 30 de junio de 1934 (las transcripciones se conservan en el Forschungsstelle für Zeitgeschichte en Hamburgo).

55. Véase la lista en Höhne, *Mordsache Röhm*, pp. 319-321.

56. Longerich, *Die braunen Bataillone*, p. 223; Bessel, *Political Violence*, pp. 147-148.

57. Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 227-230.

58. Höhne, *The Order*, p. 113 y 118 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977], citando *Der Spiegel*, 15 de mayo de 1957, p. 29, y Bennecke, *Die Reichswehr und der «Röhm-Putsch»*, 65, pp. 87-88; Peter Hoffmann, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg und seine Brüder*, Stuttgart, 1992, p. 132; Hermann Foertsch, *Schuld und Verhängnis: Die Fritsch-Krise im Frühjahr 1938 als Wendepunkt in der Geschichte der nationalsozialistischen Zeit*, Stuttgart, 1951, pp. 57-58.

59. Ferdinand Sauerbruch, *Das war mein Leben*, Bad Wörishofen, 1951, pp. 519-520; para fechar la visita, véase Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 748, n.º 144. [Hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001.] Papen, *Memoirs*, p. 334, desmiente esto.

60. Tagebuch Luise Solmitz, 2 de agosto de 1934; Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. II, 1, pp. 384-390. De hecho, Hitler utilizó el título «Presidente del Reich» en otra ocasión, cuando designó a Dönitz como sucesor en su «Testamento Político». Esto ilustra la hipocresía de sus referencias a que los títulos «indisolubles» ligados a Hindenburg; la realidad fue que el título de «líder» fue «indisoluble» en relación con Hitler y derivaba solamente de su persona. Véase Hans Buchheim, «The SS — Instrument of Domination», en Helmut Krausnick *et al., Anatomy of the SS State*, Londres, 1968 (1965), pp. 127-301, en 137.

61. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. I, 1, p. 385 n. 6.

62. O'Neill, *The German Army*, pp. 85-91.

63. *Ibid*., pp. 85-91; para Beck, véase Gert Buchheit, *Ludwig Beck, ein preussischer General*, Munich, 1964, p. 46.

64. O'Neill, *The German Army*, p. 87.

65. Buchheim, «The SS», pp. 127-132, citando a Ernst Rudolf Huber, *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches*, Hamburgo, 1939. Para los planes de *putsch* de Boxheim, véase *The Coming of the Third Reich*, p. 274.

66. *Ibid*., pp. 454-456.

67. Ernst Fraenkel, *The Dual State: Law and Justice in National Socialism*, Nueva York, 1941.

68. Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. I, p. 648 (Lammers a Hess, 11 de julio de 1933).

69. Victor Klemperer, *Tagebücher 1933-1934* (*Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten: Tagebücher 1933-1945*, I), Berlín, 1999 (1995), pp. 42-43, 20 de julio de 1933.

70. Reeditado y traducido en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 39-40; véase también el siguiente comentario y los documentos, *ibid*., pp. 41-64.

71. *Ibid*., pp. 39-51; Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 244-273, pp. 301-325; para Bormann y Hess, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 176-177 y 219-220. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

72. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 52-64.

73. *Ibid*., p. 57.

74. Alfred Kube, «Hermann Göring: Second Man in the Third Reich», en Ronald Smelser y Rainer Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, Basingstoke, 1993 (1989), pp. 62-73, en pp. 65-66; de forma más general Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz: Hermann Göring im Dritten Reich,* Munich, 1987 (1986), y Stefan Martens, *Hermann Göring: «Erster Paladin des Führers» und «Zweiter Mann im Reich»*, Paderborn, 1985.

75. Buchheim, «The SS», pp. 142-143; Höhne, *The Order*, pp. 70-76; Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 226-230. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

76. Höhne, *The Order*, pp. 124-128. [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.].

77. *Ibid*., pp. 121-132.

78. *Ibid*., pp. 131-136; Josef Ackermann, *Heinrich Himmler als Ideologe*, Gotinga, 1970, pp. 253-254.

79. Hans Peter Bleuel, *Strength Through Joy: Sex and Society in Nazi Germany*, Londres, 1973 (1972), p. 199.

80. Gunnar C. Böhnert, «An Analysis of the Age and Education of the SS *Führerkorps* 1925-1939», *Historical Social Research*, 12, 1979, pp. 4-17; Friedrich Zipfel, «Gestapo and SD: A Sociographic Profile of the Organisers of the Terror», en Stein U. Larsen *et al*. (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen, 1980, pp. 301-311.

81. Hanno Sowade, «Otto Ohlendorf: Non-conformist, SS Leader and Economic Functionary», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 155-164, en 155-158. Para los antecedentes, véase Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002, pp. 41-208.

82. Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Londres, 1979 (1963), pp. 152-170, y Günther Deschner, «Reinhard Heydrich: Security Technocrat», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 85-96, proporciona un esbozo contrastado de los personajes.

83. Höhne, *The Order*, pp. 147-157. [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.].

84. Shlomo Aronson, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD*, Stuttgart, 1971.

85. Para su propia versión de su renuncia, véase Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas: Es spricht der erste Chef der Gestapo*, Stuttgart, 1950. Para la complicada historia de todos estos hechos, véase Christoph Graf, «Kontinuitäten und Brüche. Von der Politischen Polizei der Weimarer Republik zur Geheimen Staatspolizei», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo — Mythos und Realität*, Darmstadt, 1995, pp. 73-83, y Johannes Tuchel, «Gestapa und Reichssicherheitshauptamt. Die Berliner Zentralinstitutionen der Gestapo», en *ibid*., pp. 84-100.

86. George C. Browder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, Lexington, Ky., 1990; *ibid*., *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Nueva York y Oxford, 1996; y Peter Nitschke, «Polizei und Gestapo. Vorauseilender Gehorsam oder polykratischer Konflikt?», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 306-322.

87. La más reciente narración de estos acontecimientos es de Michael Schneider, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939*, Bonn, 1999, pp. 34-120; véase también Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 316-349 y 355-361. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

88. Para una breve introducción general, véase Detlev J. K. Peukert, «Working Class Resistance: Problems and Options», en David Clay Large (ed.), *Contending with Hitler: Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Washington, D. C., 1991, pp. 35-48.

89. Werner Blumenberg, *Kämpfer für die Freiheit*, Berlín, 1959.

90. Detalles en Gerhard Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg. Eine Sozialgeschichte der Arbeiteropposition», en Martin Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 1-234, en 182-200; Helmut Beer, *Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Nürnberg 1933-1945*, Nuremberg, 1976; Heike Breitschneider, *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in München 1933 bis 1945*, Munich, 1968; Kurt Klotzbach, *Gegen den Nationalsozialismus: Widerstand und Verfolgung in Dortmund 1930-1945: Eine historisch-politische Studie*, Hanover, 1969; Hans-Josef Steinberg, *Widerstand und Verfolgung in Essen 1933-1945*, Hanover, 1969; Karl Ditt, *Sozialdemokraten im Widerstand: Hamburg in der Anfangsphase des Dritten Reiches*, Hamburgo, 1984, y numerosos estudios locales y regionales; de forma más general, Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 928-962.

91. Otto Buchwitz, *50 Jahre Funktionär der deutschen Arbeiterbewegung*, Stuttgart, 1949, pp. 156-163.

92. Erich Matthias, *Mit dem Gesicht nach Deutschland*, Dusseldorf, 1968, pp. 215-225; traducción inglesa de las partes más destacadas en Susanne Miller y Heinrich Potthoff, *A History of German Social Democracy: From 1848 to the Present*, Leamington Spa, 1986, pp. 265-267.

93. Gerd-Rainer Horn, «Radicalism and Moderation within German Social Democracy in Underground and Exile, 1933-1936», *German History*, 15, 1997, pp. 200-220; Detlef Lehnert, *Sozialdemokratie zwischen Protestbewegung und Regierungspartei 1848 bis 1983*, Frankfurt, 1983, pp. 155-164.

94. Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg», ofrece una vívida impresión de estos desacuerdos. Véase también Lewis J. Edinger, *German Exile Politics: The Social Democratic Executive Committee in the Nazi Era,* Berkeley, Calif., 1956.

95. William Sheridan Allen, «Social Democratic Resistance against Hitler and the European Tradition of Underground Movements», en Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (eds.), *Germans Against Nazism: Nonconformity, Opposition and Resistance in the Third Reich: Essays in Honour of Peter Hoffmann*, Oxford, 1990, pp. 191-204.

96. Hans Gerd Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung: Die Vernichtung der deutschen Gewerkschaften und der Aufbau der Deutschen Arbeitsfront*, Hanover, 1958, pp. 128-130.

97. Franz Osterroth y Dieter Schuster, *Chronik der deutschen Sozialdemokratie,* Hanover, 1963, p. 389; Ditt, *Sozialdemokraten*, pp. 87-88; Allen, «Social Democratic Resistance», pp. 191-192; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 1.065-1.069.

98. Francis L. Carsten, *The German Workers and the Nazis*, Londres, 1995; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 866, 887-889 y 1.004-1.008; Richard Löwenthal, *Die Widerstandsgruppe «Neu Beginnen»*, Berlín, 1982; Jan Foitzik, *Zwischen den Fronten: Zur Politik, Organisation und Funktion linker politischer Kleinorganisationen im Widerstand 1933 bis 1939/40*, Bonn, 1986; Stöver (ed.), *Berichte*, pp. XIX-XXXIX.

99. Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus: Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik*, edición abreviada, Frankfurt, 1971 (1969), pp. 245-246.

100. Eric D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997, pp. 286-289.

101. Horst Duhnke, *Die KPD von 1933 bis 1945*, Colonia, 1972; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 902-926; de forma más general, Margot Pikarski and Günter Uebel (eds.), *Gestapo-Berichte: Über den antifaschistischen Widerstandskampf der KPD 1933 bis 1945*, 3 vols., Berlín, 1989-1990. Para los panfletos, véase Peter Dohms (ed.), *Flugschriften in Gestapo-Akten: Nachweis und Analyse der Flugschriften in den Gestapo-Akten des Hauptstaatsarchivs Düsseldorf*, Siegburg, 1977, y Margot Pikarski y Günter Uebel (eds.), *Die KPD lebt! Flugblätter aus dem antifaschistischen Widerstandskampf der KPD, 1933-1945*, Berlín, 1980.

102. Detlev J. K. Peukert, *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr, 1933 bis 1945*, Wuppertal, 1980, pp. 106-109.

103. Allan Merson, *Communist Resistance in Nazi Germany*, Londres, 1985, p. 127.

104. Véase el pesimista informe en Stöver (ed.), *Berichte*, pp. 34-35 y 87-90.

105. Edward H. Carr, *Twilight of the Comintern, 1930-1935*, Londres, 1982 [Hay trad. cast.: *El ocaso de la Comintern, 1930-1935*, Alianza, Barcelona, 1986]; Beatrix Herlemann, *Die Emigration als Kampfposten: Die Anleitung des kommunistischen Widerstandes in Deutschland aus Frankreich, Belgien und den Niederlanden*, Königstein im Taunus, 1982; Hermann Weber, «Die KPD in der Illegalität», en Richard Löwenthal y Patrick von zur Mühlen (eds.), *Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945*, Berlín, 1982, pp. 83-101.

106. Weitz, *Creating German Communism*, pp. 292-300.

107. Merson, *Communist Resistance*, pp. 124-152; Peukert, *Die KPD im Widerstand*; Eric A. Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999, pp. 161-194. [Hay trad. cast.: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002.].

108. Weitz, *Creating German Communism*, pp. 289-291.

109. Véase por ejemplo Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg», pp. 150-178.

110. Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 1.061-1.064.

111. Anne Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* Londres, 2003 [Hay trad. cast.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona, 2004], y el clásico de Robert Conquest *The Great Terror: A Reassessment*, Londres, 1992 (1968) [Hay trad. cast.: *El gran terror*, Caralt Editores, Barcelona, 1974]; Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003 (pp. 121-138 para el asesinato de Kirov) [Hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Crític, Barcelona, 2004].

112. Weber, *Die Wandlung*, pp. 357-358; *ibid*., *«Weisse Flecken»inder Geschichte: Die KPD-Opfer der Stalinistischen Säuberungen und ihre Rehabilitierung*, Frankfurt, 1990; y Institut für die Geschichteder Arbeiterbewegung (ed.), *Inden Fängendes NKWD: Deutsche Opferdes stalinistischen Terrorsinder UdSSR*, Berlín, 1991.

113. Richard J. Evans, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford, 1996, pp. 620-623. El principio en cuestión es conocido por los juristas como *nulla poena sine lege*.

114. Günther Wieland, *Das war der Volksgerichtshof: Ermittlungen, Fakten, Dokumente*, Pfaffenweiler, 1989, pp. 15-18; Evans, *Rituals*, pp. 622-624 y 576-577.

115. Hans Joachim Bernhard *et al*. (eds.), *Der Reichstagsbrandprozess und Georgi Dimitroff: Dokumente*, 2 vols., Berlín, 1981-1989; Georgi Dimitroff, *Reichstagsbrandprozess: Dokumente, Briefe und Aufzeichnungen*, Berlín, 1946.

116. *Völkischer Beobachter*, 24 de diciembre de 1934, citado en Wieland, *Das war der Volksgerichtshof*, 15.

117. Gerhard Fieberg (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus: Katalog zur Ausstellung des Bundesministers der Justiz*, Colonia, 1989, p. 267.

118. Wieland, *Das war der Volksgerichtshof*, pp. 22-29; Hannes Heer, *Ernst Thälmann in Selbszeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, 1975, pp. 119-127.

119. Wieland, *Das war der Volksgerichtshof*, 45; véase también especialmente Klaus Marxen, *Das Volk und sein Gerichtshof: Eine Studie zum nationalsozialistischen Volksgerichtshof*, Frankfurt, 1994, y Walter Wagner, *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat*, Stuttgart, 1974.

120. Marxen, *Das Volk*, pp. 57-61 y 79-87; Holger Schlüter, *Die Urteilspraxis des nationalsozialistischen Volksgerichtshofs*, Berlín, 1995.

121. Ingo Müller, «Nationalsozialistische Sondergerichte. Ihre Stellung im System des deutschen Strafverfahrens», en Martin Bennhold (ed.), *Spuren des Unrechts: Recht und Nationalsozialismus. Beiträge zur historischen Kontinuität*, Colonia, 1989, pp. 17-34; Hans Wüllenweber, *Sondergerichte im Dritten Reich: Vergessene Verbrechen der Justiz*, Frankfurt, 1990. Hay numerosos estudios locales, véase especialmente Robert Bohn y Uwe Danker (eds.), *«Standgericht der inneren Front»: Das Sondergericht Altona/Kiel 1932-1945*, Hamburgo, 1998; Karl-Dieter Bornscheuer (ed.), *Justiz im Dritten Reich: NS-Sondergerichtsverfahren in Rheinland-Pfalz: Eine Dokumentation*, 3 vols., Frankfurt, 1994 (una colección de documentos ejemplar); Gisela Diewald-Kerkmann *et al., Vor braunen Richtern: Die Verfolgung von Widerstandshandlungen, Resistenz und sogenannter Heimtücke durch die Justiz in Bielefeld 1933-1945*, Bielefeld, 1992; Christiane Oehler, *Die Rechtsprechung des Sondergerichts Mannheim 1933-1945*, Berlín, 1997; Herbert Schmidt, *«Beabsichtige ich die Todesstrafe zu beantragen»: Die nationalsozialistische Sondergerichtsbarkeitim Oberlandesgerichtsbezirk Düsseldorf 1933 bis 1945*, Essen, 1998; Gerd Weckbecker, *Zwischen Freispruch und Todesstrafe: Die Rechtsprechung der nationalsozialistischen Sondergerichte Frankfurt a. M. und Bromberg*, Baden-Baden, 1998.

122. Evans, *Rituals*, pp. 643-644, 659 y 662; Bernhard Düsing, *Die Geschichte der Abschaffung der Todesstrafe in der Bundesrepublik Deutschland unter besonderer Berücksichtigung ihres parlamentarischen Zustandekommens*, Schwenningenl Neckar, 1952, pp. 210-211.

123. Citado en Anthony McElligott, «Das Altonaer Sondergericht und der Prozess vom Blutsonntag» (Vortrag im Rahmen der Veranstaltung des Stadtteilarchivs Ottensen, der Bezirksversammlung und der Kulturbehörde, Hamburgo-Altona, 3 de junio de 1992), pp. 20-21. Estas sentencias, a Bruno Tesch, de treinta años, y tres más, fueron anuladas retrospectivamente en noviembre de 1992.

124. Evans, *Rituals*, pp. 644-645.

125. Jan Valtin (pseudónimo de Richard Krebs), *Out of the Night*, Londres, 1941, reimpreso con epílogo de Lyn Walsh *et al*., Londres, 1988, pp. 318-320. [Hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Caralt Editores, Barcelona, 1966.].

126. Lothar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich, 1933-1940: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner*, Munich, 1988, pp. 897-898; Martin Hirsch *et al*. (eds.), *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus: Ausgewählte Schriften, Gesetze und Gerichtsentscheidungenvon 1933 bis 1945*, Colonia, 1984, pp. 421-556; Eduard Kohlrausch (ed.), *Deutsche Strafgesetze vom 19. Dezember 1932 bis 12. Juni 1934*, Berlín, 1934; Evans, *Rituals*, pp. 624-650; y especialmente Bernward Dörner, *«Heimtücke»: Das Gesetz als Waffe: Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland, 1933-1945*, Paderborn, 1998. Para los jueces, véase Ralph Angermund, *Deutsche Richterschaft 1919-1945: Krisenerfahrung, Illusion, politische Rechtssprechung*, Frankurt, 1990.

127. Edmund Mezger, *Kriminalpolitik auf kriminologischer Grundlage*, Stuttgart, 1934, v.

128. Gruchmann, *Justiz*, pp. 822-924; Jürgen Regge y Werner Schubert (eds.), *Quellen zur Reform des Strafund Strafprozessrechts*,

129. «Rede des Reichsrechtsführers Reichsminister Dr. Frank auf dem zweiten Empfangsabend des Wirtschaftsrates der Deutschen Akademie in Berlin über die Grundlagen der nationalsozialistischen Rechtsauffassung», 21 de enero de 1936: documento n.º 59, en Paul Meier-Benneckenstein (ed.), *Dokument der deutschen Politik*, 6 vols., Berlín, 1935-1939, IV: *Deutschlands Aufstieg zur Grossmacht 1936*, pp. 337-346.

130. Klaus Drobisch, «Alltag im Zuchthaus Luckau 1933 bis 1939», en Dietrich Eichholtz (ed.), *Verfolgung, Alltag, Widerstand: Brandenburg in der NS-Zeit: Studien und Dokumente*, Berlín, 1993, pp. 247-272, en pp. 269-270.

131. Citado en Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven, 2004, p. 179.

132. *Ibid*., pp. 165-183.

133. *Ibid*., momentos del mitin de 1937 se recogen en Fieberg (ed.), *Justiz*, pp. 160-161.

134. Düsing, *Die Geschichte*, pp. 10-11; Evans, *Rituals*, pp. 915-916; véase también Wilfried Knauer (ed.), *Nationalsozialistische Justiz und Todesstrafe: Eine Dokumentation zur Gedenkstätte in der Justizvollzugsanstalt Wolfenbüttel*, Braunschweig, 1991.

135. Para un informe exhaustivo de la distintas herencias, y las herencias parciales o con reservas de las teorías criminales de este periodo, véase Richard Wetzell, *Inventing the Criminal: A History of German Criminology 1880-1945*, Chapel Hill, N. C., 2000, pp. 179-232.

136. Christian Müller, *Das Gewohnheitsverbrechergesetz vom 24. November 1933: Kriminalpolitik als Rassenpolitik*, Baden-Baden, 1997; *ibid*., «»Modernes» Strafrecht im Nationalsozialismus: Das Gewohnheitsverbrechergesetz vom 24. 11. 1933», en Franz-Josef Düwell y Thomas Bormbaum (eds.), *Themen juristischer Zeitgeschichte*, vol. III, Baden-Baden, 1999, pp. 46-70.

137. Nikolaus Wachsmann, «From Indefinite Confinement to Extermination: “Habitual Criminals” in the Third Reich», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, 2001, pp. 165-191, en pp. 171-172; Wachsmann, *Hitler’s Prisons*, pp. 128-135.

138. *Ibid*., p. 67.

139. *Ibid*., pp. 90-114; Erich Kosthorst y Bernd Walter, *Konzentrationsund Strafgefangenenlager im Dritten Reich: Beispiel Emsland*, 3 vols., Dusseldorf, 1983; Elke Suhr, *Die Emslandlager: Die politische und wirtschaftliche Bedeutung der emsländischen Konzentrationsund Strafgefangenenlager 1933-1945*, Bremen, 1985.

140. Friedrich Schlotterbeck, *The Darker the Night, The Brighter the Stars! A German Worker Remembers (1933-1945)*, Londres, 1947, pp. 61-62.

141. *Ibid*.

142. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 78-88.

143. Wachsmann, «From Indefinite Confinement», p. 174.

144. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 69-71 y figura 1.

145. *Ibid*., p. 70.

146. Gruchmann, *Justiz*, pp. 897-898.

147. Michael Haerdter (ed.), *Wohnsitz: Nirgendwo: Vom Leben und Überleben auf der Strasse*, Berlín, 1982; Wolfgang Ayass, *«Asoziale» im Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1995; Klaus Scherer, *«Asoziale» im Dritten Reich: Die vergessenen Verfolgten*, Munster, 1990; Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*.

148. Citado en Patrick Wagner, «“Vernichtung der Berufsverbrecher”. Die vorbeugende Verbrechensbekämpfung der Kriminalpolizei bis 1937», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur*, 2 vols., Gotinga, 1998, vol. I, pp. 87-110, en 101.

149. *Ibid*. (útil informe sobre la literatura en el vol. I, pp. 17-40); Johannes Tuchel, *Konzentrationslager: Organisationsgeschichte und Funktion der «Inspektion der Konzentrationslager» 1934-1938*, Boppard, 1991, y Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999.

150. *Ibid*., pp. 23-26; Klaus Drobisch y Günther Wieland, *System der NSKonzentrationslager 1933-1939*, Berlín, 1993, pp. 71-75; Klaus Drobisch, «Frühe Konzentrationslager», en Karl Giebeler *et al*. (eds.), *Die frühen Konzentrationslager in Deutschland: Austausch zum Forschungsstand und zur pädagogischen Praxis in Gedenkstätten*, Bad Boll, 1996, pp. 41-60; Falk Pingel, *Häftlinge unter SS-Herrschaft: Widerstand, Selbstbehauptung und Vernichtung im Konzentrationslager*, Hamburgo, 1978, pp. 30-49.

151. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 345. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

152. Martin Broszat, «The Concentration Camps 1933-1945», en Krausnick *et al*., *Anatomy of the SS State*, pp. 397-496, en pp. 408-431.

153. Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz: The Autobiography of Rudolf Hoess*, Londres, 1959 (1951), p. 263; véase también Klaus Drobisch, «Theodor Eicke. Verkörperung des KZ-Systems», en Helmut Bock *et al*. (eds.), *Sturz ins Dritte Reich: Historische Miniaturen und Porträts 1933/35*, Leipzig, 1983, pp. 283-289; Charles W. Sydnor, *Soldiers of Destruction: The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton, N. J., 1990 (1977), pp. 3-36; y, de forma más general, Hans-Günter Richardi, *Schule der Gewalt: Das Konzentrationslager Dachau, 1933-1934*, Munich, 1983, pp. 119-126, para Eicke.

154. Véase Barbara Distel y Ruth Jakusch, *Konzentrationslager Dachau, 1933-1945*, Munich, 1978, pp. 68-69; para la sustitución de los primeros campos por sistemas organizados, véase también Johannes Tuchel, «Planung und Realität des Systems der Konzentrationslager 1934-1938», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp. 43-59; y Giebeler *et al*. (eds.), *Die frühen Konzentrationslager*.

155. Höss, *Commandant*, pp. 83-84.

156. *Ibid*., pp. 74-75.

157. Broszat, «Concentration Camps», pp. 429-445.

158. *Ibid*., p. 436; Pingel, *Häftlinge*, p. 50; de forma más general, Tuchel, *Konzentrationslager*, pp. 121-158.

159. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 113; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 326.

160. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 128.

161. Günther Kimmel, «Das Konzentrationslager Dachau: Eine Studie zu den nationalsozialistischen Gewaltverbrechen», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 349-413, especialmente pp. 351-372*; Orth, Das System*, pp. 33-35; Ulrich Herbert, «Von der Gegenerbekämpfung zur «rassischen Generalprävention». «Schutzhaft» und Konzentrationslager in der Konzeption der Gestapo-Führung 1933-1939», en *ibid. et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp. 60-81.

162. Tuchel, «Planung und Realität»; Herbert, «Von der Gegnerbekämpfung zur “rassischen Generalprävention”», pp. 60-86.

163. Günter Morsch, «Oranienburg-Sachsenhausen, Sachsenhausen-Oranienburg», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp. 111-134, en pp. 127-129.

164. Pingel, *Häftlinge*, pp. 80-87; Orth, *Das System*, p. 53.

165. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 378-380. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

166. Ayass, *«Asoziale»*, pp. 22-24; Pingel, *Häftlinge*, p. 27.

167. Patrick Wagner, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher: Konzeptionen und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus,* Hamburgo, 1996, p. 271.

168. Ayass, *«Asoziale»,* pp. 140-165.

169. Citado en *ibid*., p. 153.

170. *Ibid*.

171. Paul B. Jaskot, *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 2000, pp. 21-24.

172. Ayass, *«Asoziale»*, pp. 169-172; Orth, *Das System*, pp. 46-54.

173. Broszat, «Concentration Camps», pp. 446-459; Toni Siegert, «Das Konzentrationslager Flossenbürg, gegründet für sogenannte Asoziale und Kriminelle», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 429-493; Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, pp. 167-173; Jeremy Noakes, «Social Outcasts in the Third Reich», en Richard Bessel (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 183-196.

174. Orth, *Das System*, pp. 48-49; Pingel, *Häftlinge*, pp. 35-39; Hermann Kaienburg, «Funktionswandel des KZ-Kosmos? Das Konzentrationslager Neuengamme 1938-1945», en Herbert *et al*. (eds.), *Konzentrationslager*, pp. 259-284; *ibid*., *«Vernichtung durch Arbeit»: Der Fall Neuengamme: Die Wirtschaftsbestrebungen des SS und ihre Auswirkungen auf die Existenzbedingungen der KZ-Gefangenen,* Bonn, 1990.

175. Orth, *Das System*, pp. 56-59. Para estas normas y leyes que los situaban en distintas categorías en los campos, véase también abajo, capítulo 6; para las categorías, véase también Paul Martin Neurath, *Die Gesellschaft des Terrors: Innenansichten der Konzentrationslager Dachau und Buchenwald*, Frankfurt, 2004, pp. 86-112. El libro de Neurath originalmente fue presentado como una tesis doctoral para la Universidad de Columbia, Nueva York, en 1951.

176. Walter Poller, *Arztschreiber in Buchenwald: Bericht des Häftlings 996 aus Block 39*, Hamburgo, 1946, pp. 9-22.; citando sobre pp. 21-22.

177. Orth, *Das System*, pp. 59-61; Poller, *Arztschreiber*, pp. 23-74; de forma más general, Wolfgang Sofsky, *Die Ordnung des Terrors: Das Konzentrationslager*, Frankfurt, 1993, pp. 27-40.

178. Poller, *Arztschreiber*, pp. 75-105; para la música, véase Guido Fackler, *«Des Lagers Stimme»: Musik im KZ: Alltag und Häftlingskultur in den Konzentrationslagern 1933 bis 1936*, Bremen, 2000.

179. Leo Stein, *I Was in Hell with Niemöller*, Londres, 1942, pp. 113-147.

180. Neurath, *Die Gesellschaft*, pp. 44-86.

181. *Ibid*., pp. 113-132; Hans Buchheim, «Command and Compliance», en Krausnick *et al., Anatomy*, pp. 303-396.

182. Poller, *Arztschreiber*, p. 227.

183. Lothar Gruchmann, «Die bayerische Justiz im politischen Machtkampf 1933/34: Ihr Scheitern bei der Strafverfolgung von Mordfällen in Dachau», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 415-428.

184. Véanse los diversos reportajes periodísticos incluidos en Kimmel, «Das Konzentrationslager», pp. 356-358.

185. Sybil Milton, «Die Konzentrationslager der dreissiger Jahre im Bild der inund ausländischen Presse», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, pp. 135-147; Falk Pingel, «Konzeption und Praxis der nationalsozialistischen Konzentrationslager 1933 bis 1938. Kommentierende Bemerkungen», en *ibid*., pp. 148-166, especialmente pp. 157-160.

186. Citando diversas fuentes contemporáneas en Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Societyand Resistance», en David F. Crew (ed.), *Nazism and German Society 1933-1945*, Londres, 1994, pp. 166-196, especialmente pp. 167-169; y Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, 1990, especialmente pp. 4-8. [Haytrad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003.].

187. Mallmann y Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent?», pp. 174-177.

188. Höhne, *The Order*, pp. 162-163 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977]; Andreas Seeger, «Vom bayerischen "Systembeamten" zum Chef der Gestapo. Zur Person und Tätigkeit Heinrich Müllers (1900-1945)», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 255-267.

189. Höhne, *The Order*, pp. 167-169 [Hay trad. cast.: *Ordendelacalavera*, Plazay Janés, Barcelona, 1977]; Volker Eichler, «De Frankfurter Gestapo-Kartei. Entstehung, Struktur, Funktion, Überlieferungsgeschichte und Quellenwert», en Pauly Malimann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 178-199; Rainer Eckert, «Gestapo-Berichte. Abbildungen der Realität oder reine Spekulation?», en *ibid*., pp. 200-218.

190. Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on My Former Self*, Londres, 1964, pp. 43-45.

191. Valtin, *Out of the Night*, pp. 448-473. [Hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Caralt Editores, Barcelona, 1966.] Para las realidades históricas tras las fantasías de Krebs sobre su propia vida, véase Ernst von Waldenfels, *Der Spion, der aus Deutschland kam: Das geheime Leben des Seemanns Richard Krebs*, Berlín, 2003, para estos acontecimientos pp. 179-209.

192. Valtin, *Out of the Night*, p. 487. [Hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Caralt Editores, Barcelona, 1966.].

193. Waldenfels, *Der Spion*, pp. 210-258.

194. Valtin, *Out of the Night*, pp. 512-551 [Hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Caralt Editores, Barcelona, 1966]; Dieter Nelles, «Jan Valtins "Tagebuch der Hölle" — Legende und Wirklichkeit eines Schlüsselromans der Totalitärismustheorie», *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 9, 1994, pp. 1145, proporciona una versión hostil que corrige la narración de Krebs en muchos detalles, pero también le corrige el enorme retrato de Waldenfels con un enfoque más equilibrado.

195. Para una explicación más completa, véase Waldenfels, *Der Spion*, pp. 209-258, especialmente p. 214, 220 y 237; véase también la detallada pero no del todo convincente crítica de este libro por Dieter Nelles, «Die Rehabilitation eines Gestapo-Agenten: Richard Krebs/Jan Valtin», *Sozial-Geschichte*, 18, 2003, pp. 148-158.

196. Mallmann y Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent?».

197. *Ibid*.; Gellately, *The Gestapo*, pp. 144-158 [Hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003]; Robert Gellately, «The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files», *Journal of Modern History*, 6, 1988, pp. 654-694; Martin Broszat, «Politische Denunziationen in der NS-Zeit: Aus Forschungserfahrungen im Staatsarchiv München», *Archivalische Zeitschrift*, 73, 1977, pp. 221-238; análisis de porcentajes en Reinhard Mann, *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft in Alltag einer rheinischen Grossstadt*, Frankfurt, 1987, p. 295; véase también Gisela Diewald-Kerkmann, *Politische Denunziation im NSRegime oder die kleine Macht der «Volksgenossen»*, Bonn, 1995, e *ibid*., «Denunziantentum und Gestapo. Die freiwilligen "Helfer" aus der Bevölkerung», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 288-305 (para el desagrado de la Gestapo por ellos, que fueron denunciados por motivos personales).

198. Weckbecker, *Zwischen Freispruch und Todesstrafe*, p. 77, 388 y 779-800; Manfred Zeidler, *Das Sondergericht Freiberg: Zu Justiz und Repression in Sachsen, 1933-1940*, Dresden, 1998; Oehler, *Die Rechtsprechung*; Hans-Ulrich Ludewig y Dietrich Kuessner, *«Es sei also jeder gewarnt»: Das Sondergericht Braunschweig 1933-1945*, Braunschweig, 2000; Klaus Bästlein, «Sondergerichte in Norddeutschland als Verfolgungsinstanz», en Frank Bajohr (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1993, pp. 218-238.

199. Peter Hüttenberger, «Heimtückefälle vor dem Sondergericht München 1933-1939», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 435-526.

200. *Ibid*., especialmente pp. 452-457 y 473-492.

201. Helmut Prantl (ed.), *Die kirchliche Lagein Bayernnachden Regierungspräsidentenberichten 1933-1943*, V: *Regierungsbezirk Pfalz 1933-1940*, Maguncia, 1978, pp. 157-158 (Monatsbericht der Regierung Speyer, 6 de marzo de 1937); Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, *Herrschaft und Alltag: Ein Industrierevier im Dritten Reich*, Bonn, 1991, pp. 327-353.

202. Huttenberger, «Heimtückefälle», p. 512; Mallmann y Paul, *Herrschaft*, pp. 175-245.

203. Bernward Dörner, «NS-Herrschaft und Denunziation. Anmerkungen zu Defiziten in der Denunziationsforschung», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp. 55-69, en 58-61.

204. Mann, *Protest und Kontrolle*, p. 292; las fuentes de información de la Gestapo no se han encontrado en un 13 por 100 de los casos.

205. Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg», pp. 146-150.

206. *Ibid*., pp. 146-150. Para los pubs como centros de comunicación y socialización, véase Richard J. Evans (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914*, Reinbek, 1989.

207. Victor Klemperer, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-1941*, Londres, 1998 (1995), p. 29. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona.].

208. Friedrich Reck-Malleczewen, *Diary of a Man in Despair*, Londres, 2000 (1947), pp. 52-53.

209. Hans-Jochen Gamm, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Munich, 1990 (1963), p. 41 y 52.

210. *Ibid*., p. 37.

211. *Ibid*., p. 42.

212. Citado en Meike Wöhlert, *Der politische Witz in der NSZeit am Beispiel ausgesuchter SD-Berichte und Gestapo-Akten*, Frankfurt, 1997, pp. 150-151. Wöhlert afirma que puede ponerse en duda que la mayoría de bromas fueron contadas en público, aunque, desde que se contó esto en privado pocas veces llamó la atención de la SS o el Servicio de Seguridad, cuyos informes eran la base de su trabajo.

213. Klepper, *Unter dem Schatten*, p. 194.

214. Wöhlert, *Der politische Witz*, pp. 156-163.

215. *Ibid*., p. 44.

216. Klemperer, *Tagebücher 1933-34*, p. 9, 10 de marzo de 1933.

217. *Ibid*., p. 19, 2 de abril de 1933.

218. Charlotte Beradt, *Das Dritte Reich des Traums*, Frankfurt, 1981 (1966); p. 7, para este sueño en particular.

219. *Ibid*., pp. 19-22, 40 y 74.

220. *Ibid*., p. 5. La declaración de Ley se puede encontrar en Robert Ley, *Soldaten der Arbeit*, Munich, 1938, p. 71.

221. Detlef Schmiechen-Ackermann, «Der «Blockwart». Die unteren Parteifunktionäre im nationalsozialistischen Terrorund Überwachungsapparat», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (*VfZ*) 48, 2000, pp. 575-602; también Dieter Rebentisch, «Die «politische Beurteilung» als Herrschaftsinstrument der NSDAP», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, 1981, pp. 107-128, sobre los partidos locales como instrumentos de vigilancia y control.

222. Bernward Dörner, «Alltagsterror und Denunziation. Zur Bedeutung von Anzeigen aus der Bevölkerung für die Verfolgungswirkung des nationalsozialistischen «Heimtücke-Gesetzes» in Krefeld», en Berliner Geschichtswerkstatt (ed.), *Alltagskultur, Subjektivität und Geschichte: Zur Theorie und Praxis der Alltagsgeschichte*, Munster, 1994, pp. 254-271.

223. Ulrich Herbert, «»Die guten und die schlechten Zeiten». Überlegungen zur diachronen Analyse lebensgeschichtlicher Interviews», en Lutz Niethammer (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll»*: *Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*, Berlín, 1983, pp. 67-96, entrevista con Willi Erbach en pp. 73-76.

224. Karl Dietrich Bracher, *Stufen der Machtergreifung* (vol. I, Bracher *etal*., *Dienationalsozialistische Machtergreifung*), pp. 475-477; Otmar Jung, *Plebiszit und Diktatur: Die Volksabstimmungender Nationalsozialisten. Die Fälle «Austritt aus dem Völkerbund» (1933), «Staatsoberhaupt» (1934) und «Anschluss Österreichs» (1938)*, Tubinga, 1995.

225. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 36, 23 de octubre de 1933. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

226. Bracher, *Stufen*, pp. 475-485. Para el plebiscito, véase más adelante, pp. 618-619.

227. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1934, pp. 347-349; Bracher, *Stufen*, pp. 485-498. Los judíos todavía tenían permitido votar en estas elecciones. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001, pp. 14-16, toma estos resultados «fabricados» como evidencias «remarcables» del «soporte popular» al régimen nazi. Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, IV: *Vom Beginn des ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914-1949*, Munich, 2003, . p. 614, llega todavía más lejos hasta afirmar, sin tener en cuenta las evidencias, que los plebiscitos reflejan el punto de vista real de los alemanes, «hasta que una estrategia sistemática de manipulación no lo persiguió», una afirmación hecha con referencia al plebiscito de 1933 pero también (p. 652) implícitamente a las posteriores «elecciones». Para la drástica reducción de la importancia del componente terrorífico del nazismo por Wehler, véase Rüdiger Hachtmann, «Bürgertum, Revolution, Diktatur — zum vierten Band von Hans-Ulrich Wehlers "Gesellschaftsgeschichte"», *Sozial-Geschichte*, 19, 2004, pp. 60-87, en pp. 77-83.

228. Tagebuch Luise Solmitz, 19 de agosto de 1934.

229. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, 79, 21 de agosto de 1934. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.] Klemperer y su mujer votaron «no», como en el plebiscito anterior.

230. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 415-426; Theodor Eschenburg, «Streiflichter zur Geschichte der Wahlen im Dritten Reich», *VfZ*, 3, 1955, pp. 311-316; la historia de la leche descremada está recogida en Höhne, *The Order*, p. 201 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977]; para el obispo, véase Paul Kopf y Max Miller (eds.), *Die Vertreibung von Bischof Joannes Baptista Sproll von Rottenburg 1938-1945: Dokumente zur Geschichte des kirchlichen Widerstands*, Maguncia, 1971. Para un buen estudio local sobre los plebiscitos y las elecciones de 1933 a 1938, véase Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg», pp. 137-146. En 1936 ya se había conseguido un 98 por 100 de los votos.

231. Tagebuch Luise Solmitz, 29 de marzo de 1936. Para detalles sobre el terror sin precedentes y las argucias en estas elecciones, véase Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. III, 1936, pp. 407-460.

232. Jeremy Noakes, «The Origins, Structure and Function of Nazi Terror», en Noel O'Sullivan (ed.), *Terrorism, Ideology and Revolution*, Brighton, 1986, pp. 67-87, defiende que hasta después de 1933 el terror era más una amenaza que una realidad; para la teoría que dice que esto era así porque los alemanes habían aprendido el espectáculo del exterior conforme con los dictados del régimen, véase también, pp. 495-497.

233. Robert G. Gellately, «Die Gestapo und die deutsche Gesellschaft: Zur Entstehungsgeschichte einer selbstüberwachenden Gesellschaft», en Detlef Schmiechen-Ackermann (ed.), *Anpassung, Verweigerung, Widerstand: Soziale Milieus, Politische Kultur und der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Deutschland im regionalen Vergleich*, Berlín, 1997, pp. 109-121; *ibid*., «Allwissend und allgegenwärtig? Entstehung, Funktion und Wandel des Gestapo-Mythos», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 47-72, en 67.

234. Werner Röhr, «Über die Initiative zur terroristischen Gewalt der Gestapo — Fragen und Einwände zu Gerhard Paul», en *ibid*. y Brigitte Berlekamp (eds.), *Terror, Herrschaft und Alltag im Nationalsozialismus*: *Probleme der Sozialgeschichte des deutschen Faschismus*, Munster, 1995, pp. 211-224.

235. Diewald-Kerkmann, *Politische Denunziation*, p. 63.

236. Para un ejemplo de las últimas tendencias que trivializan la brutalidad y la responsabilidad ideológica de la Gestapo, véase Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann, «Auf dem Wege zu einer Sozialgeschichte des Terrors: Eine Zwischenbilanz», en *ibid*. (eds.), *Die Gestapo*, pp. 3-18 (atacando «la imagen del oficial de la Gestapo como un demonio brutal, criminal-psicótico, con un abrigo de piel negro», p. 11). Ejemplos de la buena disposición de algunos oficiales de la Gestapo para utilizar la violencia psicológica y la tortura se recogen en Hans-Dieter Schmid, «"Anständige Beamte" und "üble Schläger". Die Staatspolizeileitstelle Hannover», en *ibid*., pp. 133-160.

237. Dörner, «NS-Herrschaft», pp. 61-68.

238. Gellately, «Allwissend und Allgegenwärtig?».

239. Para una afirmación impactante sobre esto, y puntos semejantes, véase Michael Burleigh, *The Third Reich. A New History*, Londres, 2000, pp. 149-215.

240. Bernward Dörner, «Gestapo und “Heimtücke”. Zur Praxis der Geheimen Staatspolizei bei der Verfolgung von Verstössen gegen das “Heimtücke-Gesetz”», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 325-343, en 341.

241. Charles Townshend, *Terrorism: A Very Short Introduction*, Oxford, 2002, pp. 36-52.

242. Dieter Nelles, «Organisation des Terrors im Nationalsozialismus», *Sozialwissenschaftliche Literatur-Rundschau*, 25, 2002, pp. 5-28; Karl-Heinz Reuband, «Denunziation im Dritten Reich. Die Bedeutung von Systemunterstützung und Gelegenheitsstrukturen», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp. 219-234.

243. Herbert, «“Die guten und die schlechten Zeiten”», entrevista con Willi Erbach, en pp. 73-76.

1. Helmut Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, 2 vols., Dusseldorf, 1971-1972, vol. I: *193-239*, pp. 131-141, Berlín, Grosser Saal der Philharmonie — Eröffnung der Reichskulturkammer, 15. 11. 33, y pp. 82-107, Berlín, Haus des Rundfunks — Ansprache an die Intendanten und Direktoren der Rundfunkgesellschaften, 25. 3. 33, en p. 82, 88 y 131-134.

2. *Ibid*., pp. 92-93.

3. Josef Wulf, *Die bildenden Künste im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, p. 94, reproduce el decreto.

4. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 392-461, para la revolución cultural de 1933. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

5. Citado en Zbynek Zeman, *Nazi Propaganda*, Oxford, 1973, p. 38, citando a Karlheinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich,* Munich, 1956, p. 28.

6. Werner Skrentny, «Terrassen, Hochhäuser und die 13 Läden: Hoheluft und Eimsbüttel», en *ibid*. (ed.), *Hamburg zu Fuss: 20 Stadtteilrundgänge durch Geschichte und Gegenwart*, Hamburgo, 1986, p. 133. Para la creación de la Adolf Hitler-Platz en Mittlerweilersbach, en Baviera, por ejemplo, véase Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 69. De forma más general, véase Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, Harmondsworth, 1974 (1971), pp. 101-122. [Hay trad. cast.: *Historiasocial de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.].

7. Ernest Kohn Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda 1925-1945*, East Lansing, Mich., 1965, pp. 203-218.

8. Discurso del ministro de Educación bávaro Hans Schemm, citado en *Münchner Neueste Nachrichten*, 21 de abril de 1933, citado y traducido en Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 58-59. [Haytrad. cast.: *Elmito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

9. Tagebuch Luise Solmitz, 17 de agosto de 1934.

10. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, p. 60. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

11. *Ibid*., pp. 48-60.

12. *Ibid*., pp. 67-69 y 84-95; Peter Reichel, *Der schöne Schein des Dritten Reiches: Faszination und Gewalt des Faschismus*, Munich, 1991, pp. 138-156.

13. Peter Reichel, «“Volksgemeinschaft” und Führer-Mythos», en Bernd Ogan and Wolfgang W. Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt: Zur politischen Ästhetik des Nationalsozialismus*, Nuremberg, 1992, pp. 137-150, en pp. 138-142.

14. Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002, pp. 56-72. Véase de forma más general en Wolfgang Benz, «The Ritual and Stage Management of National Socialism. Techniques of Domination and the Public Sphere», en John Milfull (ed.), *The Attractions of Fascism: Social Psychology and the Aesthetics of the «Triumph of the Right»*, Nueva York, 1990, pp. 273-288. Para banderas, estandartes y otros símbolos, véase Horst Ueberhorst, «Feste, Fahnen, Feiern: Die Bedeutung politischer Symbole und Rituale im Nationalsozialismus», en Rüdiger Voigt (ed.), *Symboleder Politik, Politikder Symbole*, Opladen, 1989, pp. 157-178. Paraelcultoal sacrificio, véase Jay W. Baird, *To Die for Germany: Heroes in the Nazi Pantheon*, Bloomington, Ind., 1990.

15. William L. Shirer, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent 1934-1941*, Londres, 1970 (1941), pp. 22-27.

16. Hilmar Hoffmann, *The Triumph of Propaganda: Film and National Socialism 1933-1945*, Providence, R. I., 1996, pp. 151-157; Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 116-138; Yvonne Karow, *Deutsches Opfer: Kultische Selbstauslöschung auf den Reichsparteitagen der NSDAP*, Berlín, 1997; Siegfried Zelnhefer, *Die Reichsparteitage der NSDAP: Geschichte, Strukturund Bedeutungdergrössten Propagandafeste im nationalsozialistischen Feierjahr*, Neustadtander Aisch, 1991; *ibid*., «Die Reichsparteitageder NSDAP», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 79-94; Hans-Ulrich Thamer, «Von der "Ästhetisierung der Politik": Die Nürnberger Parteitage der NSDAP», en *ibid*., pp. 95-103.

17. Para un buen análisis, véase David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945*, Oxford, 1983, pp. 147-159.

18. Longerich, *Diebraunen Bataillone*, pp. 227-230; Zelnhefer, «Die Reichsparteitage», señala que las SS acordonaron la zona de tolerancia del distrito de Nuremberg durante el Rally. Véase también más adelante, p. 40.

19. Para un análisis más de tallado, enfatizando los aspectos pseudo religiosos del Rally, véase Herbert Heinzelmann, «Die Heilige Messe des Reichsparteitages. Zur Zeichensprache von Leni Riefenstahls "Triumph des Willens"», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 163-168.

20. Welch, *Propaganda*, pp. 158-159; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 69-70 [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003]; véase también Siegfried Kracauer, *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film*, Princeton, 1947, pp. 300-303. [Hay trad. cast.: *De Caligari a Hitler: una historia psicológica del cine alemán*, Barcelona, Paidós, 1995.].

21. Leni Riefenstahl, *Memoiren 1902-1945*, Berlín, 1990 (1987), especialmente pp. 185-231. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Editorial Lumen, Barcelona, 1991.] Para un ensayo crítico muy valorado sobre el trabajo de Riefenstahl, véase Susan Sontag, «Fascinating Fascism», en Brandon Taylor y Wilfried van der Will (eds.), *The Nazification of Art: Art, Design, Music, Architecture and Film in the Third Reich*, Winchester, 1990, pp. 204-218; de forma más general, Glenn B. Infield, *Leni Riefenstahl: The Fallen Film Goddess*, Nueva York, 1976.

22. Discurso en el Kaiserhof, 28 de marzo de 1933, reimpreso por Gerd Albrecht (ed.), *Der Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Karlsruhe, 1979, pp. 26-31, traducido integramente en David Welch (ed.), *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, 2002, pp. 185-189.

23. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 82-107, en p. 95 (discurso del 25 de marzo de 1933).

24. Entrevista de Goebbels para la revista *Licht-Bild-Bühne*, 13 de octubre de 1933, repitiendo una frase utilizada por vez primera en el discurso del 19 de mayo de 1933, citado en *Völkischer Beobachter*, 20 de mayo de 1933, ambos citados en Welch, *Propaganda*, pp. 76-77.

25. *Ibid*., pp. 75-88.

26. *Ibid*., pp. 88-93. Para un análisis de una película parecida, *Hitler Youth Quex*, véase Eric Rentschler, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and its Afterlife*, Cambridge, Mass., 1996, pp. 53-69; Jay W. Baird, «From Berlin to Neubabelsberg: Nazi Film Propaganda and Hitler Youth Quex», *Journal of Contemporary History*, 18, 1983, pp. 495-515, y la interesante discusión entre dos reconocidos antropólogos, Gregory Bateson, «An Analysis of the Nazi Film *Hitlerjunge Quex*», en Margaret Mead and Rhoda Métraux (eds.), *The Study of Culture at a Distance*, Chicago, 1953, pp. 302-314.

27. Welch, *Propaganda*, p. 31; Boguslaw Drewniak, *Der deutsche Film 1938-45: Ein Gesamtüberblick*, Dusseldorf, 1987, p. 621 y ss. Para estadísticas sobre la industria del cine.

28. Welch, *Propaganda*, pp. 159-164; Marcus S. Phillips, «The Nazi Control of the German Film Industry», *Journal of European Studies*, 1, 1971, pp. 37-68, en p. 53; también Baird, *To Die For Germany*, pp. 172-201.

29. Welch, *Propaganda*, pp. 11-14; Andrea Winkler-Mayerhöpfer, *Starkult als Propagandamittel: Studien zum Unterhaltungsfilm im Dritten Reich*, Munich, 1992.

30. Carsten Laqua, *Wie Micky unter die Nazis fiel: Walt Disney und Deutschland*, Reinbek, 1992, pp. 15-35, 45 y 56-61. La «e» se cayó en el nombre de Mickey en Alemania, porque alteraba la pronunciación original.

31. *Ibid*., pp. 65-71, 81, 86-87 y 93-96.

32. Welch, *Propaganda*, pp. 11-13; también Wolfgang Becker, *Film und Herrschaft: Organisationsprinzipien und Organisationsstrukturen der nationalsozialistischen Filmpropaganda*, Berlín, 1973, especialmente pp. 32-67, y 67-98 en la censura; véase también Kraft Wetzel y Peter Hagemann, *Zensur*: *verbotene deutsche Filme 1933-1945*, Berlín, 1978, y Klaus-Jürgen Waiwald, *Filmzensur im NS-Staat*, Dortmund, 1983.

33. Jürgen Spiker, *Film und Kapital: Der Weg der deutschen Filmwirtschaft zum nationalsozialistischen Einheitskonzern*, Berlín, 1975, especialmente pp. 168-182; Klaus Kremeier, *The Ufa Story: A History of Germany's Greatest Film Company 1918-1945*, Nueva York, 1996, pp. 205-265.

34. Welch, *Propaganda*, pp. 17-24 y 30-38; Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 180-207.

35. Welch, *Propaganda*, p. 43; Karsten Witte, «Die Filmkomödie im Dritten Reich», en Horst Denkler y Karl Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur im Dritten Reich: Themen, Traditionen, Wirkungen,* Stuttgart, 1976, pp. 347-365; véase también Erwin Leiser, *Nazi Cinema*, Londres, 1974 (1968).

36. Joseph Wulf, *Theater und Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, p. 329, citando *Film-Kurier*, 29 de septiembre de 1933; véase también *ibid*., p. 330; también de forma más general, Felix Moeller, *Der Filmminister: Goebbels und der Film im Dritten Reich*, Berlín, 1998, y Stephen Lowry, *Pathos und Politik: Ideologie in Spielfilmen des Nationalsozialismus*, Tubinga, 1991.

37. Véase de forma más general David S. Hull, *Film in the Third Reich: A Study of the German Cinema 1933-1945*, Berkeley, Calif., 1969; Gerd Albrecht, *Nationalsozialistische Filmpolitik: Eine soziologische Untersuchung über die Spielfilme des Dritten Reichs*, Stutgart, 1969, especialmente pp. 284-311; Karsten Witte, *Lachende Erben, Toller Tag: Filmkomödie im Dritten Reich*, Berlín, 1995; y Linda Schulte-Saase, *Entertaining the Third Reich: Illusions of Wholeness in Nazi Cinema*, Durham, N. C., 1996, discutiendo sobre el significado político del cine nazi.

38. Welch, *Propaganda*, pp. 191-203, Hoffmann, *The Triumph*, pp. 192-210.

39. Welch, *The Third Reich*, pp. 38-41; Joseph Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, pp. 315-318; Grunberger, *A Social History*, pp. 506-511 [Hay trad. cast.: *Historia social de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976]; Inge Marssolek, «Radio in Deutschland 1923-1960: Zur Sozialgeschichte eines Mediums», *Geschichte und Gesellschaft*, 27, 2001, pp. 207-239, en p. 217; las fábricas fueron requisadas por la Cámara de Radio del Reich en 1934 y pasaron a depender del ministro de Economía del Reich (*ibid*., pp. 4041). La Cámara se fusionó en noviembre de 1939 en la Compañía de Radio del Reich (Wulf, *Presse und Funk*, pp. 299-304). Véase también Inge Marssolek y Adelheid von Saldern (eds.), *Zuhören und Gehörtwerden*, I: *Radio im Nationalsozialismus: Zwischen Lenkung und Ablenkung*, Tubinga, 1998, y Florian Cebulla, *Rundfunk und ländliche Gesellschaft 1924-1945*, Gotinga, 2004, especialmente pp. 209-246.

40. Klepper, *Unter dem Schatten*, 59 (25 de mayo de 1933), 65-66 (7 de junio de 1933), 85 (10 de julio de 1933); véase también Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 408-409. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.] El editor fue la Institución de Publicaciones Alemana (*Deutsche Verlags-Anstalt*).

41. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 91-94.

42. Marssolek, «Radio», p. 217.

43. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 91-94.

44. Welch, *The Third Reich*, pp. 40-42; Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, vol. I, pp. 144-145, 162 y 189; Grunberger, *A Social History*, p. 507 [Hay trad. cast.: *Historia social de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976]; Norbert Frei y Johannes Schmitz, *Journalismus im Dritten Reich*, Munich, 1989, pp. 86-87; cifras de Hans Pohle, *Der Rundfunk als Instrument der Politik: Zur Geschichte des Rundfunksvon 1923 bis 1928*, Hamburgo, 1955, pp. 327-329; de forma más general, Ansgar Diller, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich*, Munich, 1980; Nanny Drechsler, *Die Funktion der Musik im deutschen Rundfunk 1933-1945*, Pfaffenweiler, 1988; Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 159-179; Gerhard Hay, «Rundfunk und Hörspiel als "Führungsmittel" des Nationalsozialismus», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 366-381; Hans-Jörg Koch, *Das Wunschkonzert im NSRundfunk*, Colonia, 2003, pp. 168-271; Uta C. Schmidt, «Der Volksempfänger: Tabernakel moderner Massenkultur», en Inge Marssolek y Adelheid von Saldern (eds.), *Radiozeiten: Herrschaft, Alltag, Gesellschaft (1924-1960)*, Potsdam, 1999, pp. 136-159. La televisión sólo era un escenario experimental en 1930; el programa se hacía para los receptores locales que se encontraban en los escaparates de las tiendas: véase Klaus Winker, *Fernsehen unterm Hakenkreuz: Organisation, Programm, Personal*, Colonia, 1994.

45. Heinz Boberach (ed.), *Meldungenausdem Reich, 1938-1945: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstesder SS*, 17 vols., Herrsching, 1984, vol. II, pp. 277-278.

46. Alan E. Steinweis, «Weimar Culture and the Rise of National Socialism: The *Kampfbund für deutsche Kultur*», *Central European History*, 24, 1991, pp. 402-423.

47. Véase Reinhard Bollmus, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: Studien zum Machtkampf im nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Stuttgart, 1970.

48. Hildegard Brenner, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*, Reinbek, 1963, pp. 7-21 y 73-86, proporciona una buena narración.

49. Reuth, *Goebbels*, p. 226.

50. Spotts, *Hitler*, pp. 3-9 y 74-75; Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 83-100.

51. Welch, *The Third Reich*, pp. 30-32; Alan E. Steinweis, «Cultural Eugenics: Social Policy, Economic Reform, and the Purge of Jews from German Cultural Life», en Glenn R. Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, Nueva York, 1995, pp. 23-37; Jonathan Petropoulos, «A Guide through the Visual Arts Administration of the Third Reich», en *ibid*., pp. 121-153; Brenner, *Die Kunstpolitik*, pp. 53-63.

52. Spotts, *Hitler*, pp. 76-77; Alan E. Steinweis, *Art, Ideology, and Economics in Nazi Germany: The Reich Chambers of Music, Theater, and the Visual Arts*, Chapel Hill, N. C., 1993, pp. 4-6, 34-49 y 83-102; Jonathan Petropoulos, *Art as Politics in the Third Reich*, Chapel Hill, N. C., 1996, pp. 34-38 y 64-70.

53. *Ibid*., pp. 51-56.

54. Erik Levi, *Music in the Third Reich*, Nueva York, 1994, pp. 14-23; Spotts, *Hitler*, p. 74; Petropolous, *Art*, pp. 38-40.

55. Steinweis, «Cultural Eugenics», pp. 28-29.

56. Modris Eksteins, *The Limits of Reason: The German Democratic Press and the Collapseof Weimar Democracy*, Oxford, 1975, pp. 25-28, 125-133, 167-172, 215 y 251-254.

57. *Ibid*., pp. 260, 268-269, 272-273, 275, 277-279, 283-286, 290 y 303; Günther Gillessen, *Auf verlorenem Posten: Die Frankfurter Zeitung im Dritten Reich*, Berlín, 1986, pp. 44-63.

58. *Ibid*., pp. 329-369 y 537; Frei y Schmitz, *Journalismus*, pp. 51-52; para las hostilidades nazis con el *Feuilleton*, véase Wulf, *Presse und Funk*, pp. 197-208.

59. Numerosos ejemplos en Gillessen, *Auf verlorenem Posten*.

60. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, 525 (noviembre de 1935), 551-553 (diciembre de 1935); Gillessen, *Auf verlorenem Posten*, pp. 342-343.

61. *Ibid*., p. 383.

62. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, 574 (enero de 1936).

63. Citado en Eksteins, *The Limits of Reason*, p. 291.

64. Gillessen, *Auf verlorenem Posten*, p. 146; La contundente defensa de Gillessen de su papel y el personal (pp. 527-538)no puede ocultar la extensión de los compromisos que ellos habían tomado con el régimen; véase el análisis por lo general pesimista del veredicto en Frei y Schmitz, *Journalismus*, pp. 51-53. Para un caso paralelo, el periódico de carácter liberal *Berlin Daily News-Sheet* (*Berliner Tageblatt*), véase la edición documental , mezclando recuerdos personales, de Margret Boveri, *Wir lügen alle: Eine Hauptstadtzeitung unter Hitler,* Olten, 1965.

65. Eksteins, *The Limits of Reason*, pp. 202-204; Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, N. J., 1964, pp. 289-299; Bramsted, *Goebbels*, pp. 124-142.

66. Welch, *The Third Reich*, pp. 43-46; Hale, *The Captive Press*, pp. 143-168; Eksteins, *The Limits of Reason*, pp. 281-311; Wulf, *Presse und Funk*, p. 39. La propiedad del *Frankfurt Newspaper*, de forma ininterrumpida por I. G. Farben desde 1938 fue un testimonio imprescindible de la enorme influencia que ejerció sobre la corporación en el Tercer Reich. Véase más adelante, pp. 370-371 y 375-376.

67. Welch, *The Third Reich*, p. 46; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 193-195; el texto de la ley en Wulf, *Presse und Funk*, pp. 72-76. Para ver cómo el asunto nazi no ofendía las «sensibilidades religiosas» 1933, véase más adelante.

68. Norbert Frei, *Nationalsozialistische Eroberung der Provinzpresse: Gleichschaltung, Selbsanpassung und Resistenz in Bayern*, Stutgart, 1980, especialmente pp. 164-167 y 322-324; Hale, *The Captive Press*, pp. 102-142, para el partido y la industria de la publicidad a nivel nacional y del *Gau*.

69. Grunberger, *A Social History*, pp. 492-506 [Hay trad. cast.: *Historia social de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976]; Hermann Froschauer y Renate Geyer, *Quellen des Hasses: Aus dem Archiv des «Stürmer» 1933-1945*, Nuremberg, 1988; Fred Hahn (ed.), *Lieber Stürmer! Leserbriefe an das NS-Kampfblatt 1924-1945*, Stutgart, 1978.

70. Wulf, *Presse und Funk*, pp. 87-99. Para una edición reciente, véase Gabriele Toepser-Ziegert (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Editionund Dokumentation*, I: *1933*; II: *1934*; III: *1935*; IV: *1936*; y los siguientes volúmenes: V: *1937*; VI: *1938*, ed. Karen Peter, Munich, 1985-1998. Para la clase obrera y la política, Karl-Dietrich Abel, *Presselenkung im NS-Staat: Eine Studie zur Geschichte der Publizistik in der nationalsozialistischen Zeit*, Berlín, 1990 (1968).

71. Véase de forma más general en Jürgen Hagemann, *Die Presselenkung im Dritten Reich*, Bonn, 1970, especialmente pp. 25-60; Fritz Sanger, *Politik der Täuschungen: Missbrauch der Presse im Dritten Reich: Weisungen, Informationen, Notizen, 1933-1939*, Viena, 1975; y Henning Storek, *Dirigierte Öffentlichkeit: Die Zeitung als Herrschaftsmittel in den Anfangsjahren der nationalsozialistischen Regierung*, Opladen, 1972.

72. Gillessen, *Auf verlorenem Posten*, p. 224; para las campañas contra la prensa católica del régimen, véase Hale, *The Captive Press*, pp. 169-189, y más adelante, p. 235.

73. Welch, *The Third Reich*, p. 47; Grunberger, *A Social History*, p. 504. [Hay trad. cast.: *Historia social de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.].

74. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, pp. 244-245; Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, vol. I, pp. 144-145 (Regierungspräsident Potsdam, agosto de 1934).

75. Wulf, *Presse und Funk*, p. 84 y 279, citado y traducido en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 202.

76. David Bankier, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992, pp. 20-27; Hale, *The Captive Press*, p. 57, 145-163 y 231.

77. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 174-205 (Berlín: Sitzungssaal des ehemaligen Preussischen Herrenhauses — 1. Reichspressetag des Reichsverbandes der Deutschen Presse, 18. 11. 34), en las pp. 184-186.

78. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II: *Diktate*, VIII, 101 (14 de abril de 1943).

79. Hans Fallada, *Kleiner Mann — was nun*?, Reinbek, 1978 (1932); traducción inglesa de Susan Bennett, *Little Man — What Now*?, Londres, 1996. [Hay trad. cast.: *Y ahora qué*?, Editorial Juventud, Barcelona, 1951.].

80. Jenny Williams, *More Lives than One: A Biography of Hans Fallada*, Londres, 1998, especialmente pp. 107-109 y 127. De forma más general, véase Cecilia von Studnitz, *Es war wie ein Rausch: Fallada und sein Leben*, Dusseldorf, 1997, y el incisivo ensayo de Henry Ashby Turner, Jr, «Fallada for Historians», *German Studies Review*, 26, 2003, pp. 477-492.

81. Williams, *More Lives*, pp. 135-149; Hans Fallada, *Wer einmal aus dem Blechknapf frisst*, Reinbek, 1980 (1934).

82. Williams, *More Lives*, p. 149, 175-176 y 188. Paul Mayer (ed.), *Ernst Rowohlt in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, 1968; Walter Kiaulehn, *Mein Freund der Verleger — Ernst Rowohlt und seine Zeit*, Reinbek, 1967; Rowohlt sobrevivió a la guerra y se convirtió en un destacado editor en la Alemania Federal de la posguerra.

83. *Ibid*., pp. 150-162; Hans Fallada, *Wir hatten mal ein Kind: Eine Geschichte und Geschichten*, Reinbek, 1980 (1934).

84. Williams, *More Lives*, pp. 173-267 y 284 n.18 (Rudolf Ditzen a Elizabeth Ditzen, 22 de diciembre de 1946); Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/V, p. 15 y 126 (31 de enero de 1938); Hans Fallada, *Altes Herz geht auf die Reise*, Munich, 1981 (1936); *Wolf unter Wölfen*, Reinbek, 1991 (1937); *Der eiserne Gustav: Roman*, Berlín, 1984 (1938); *Der Trinker/Der Alpdruck*, Berlín, 1987 (1950). Véase también Gunnar Müller-Waldeck y Roland Ulrich (eds.), *Hans Fallada: Sein Leben in Bildern und Briefen*, Berlín, 1997. Para la accidentada historia de la breve carrera en la posguerra de Fallada/Ditzen, véase Sabine Lange, «*...wir haben nicht nur das Chaos, sondern wir stehen an einem Beginn*»*...Hans Fallada 1945-1946*, Neubrandenburg, 1988.

85. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 409-412. [Haytrad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, elascensodelos nazis alpoder*, Península, Barcelona, 2005.].

86. Kurt R. Grossmann, *Ossietzky. Ein deutscher Patriot*, Frankfurt, 1973 (1963), pp. 278-318; Josef Wulf, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, pp. 259-261; Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 120, 136, 409 y 429. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

87. Wolfgang Emmerich, «Die Literatur des antifaschistischen Widerstandes in Deutschland», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 427-458.

88. James M. Ritchie, *German Literature under National Socialism*, Londres, 1983, pp. 111-122; Ralf Schnell, *Literarische innere Emigration: 1933-1945*, Stuttgart, 1976, pp. 113-132, en la p. 121 para la cita; Peter Barbian, «Literary Policy in the Third Reich», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp. 155-196; Reinhold Grimm, «Im Dickicht der inneren Emigration», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 406-426.

89. Ritchie, *German Literature*, pp. 123-129; Friedrich P. Reck-Malleczewen, *Bockelson: Geschichte eines Massenwahns*, Stuttgart, 1968 (1937); véase también más adelante, pp. 414-416; y de forma más general, Heidrun Ehrke-Rotermund y Erwin Rotermund, *Zwischenreiche und Gegenwelten: Texte und Vorstudien zur «Verdeckten Schreibweise» im «Dritten Reich»* Munich, 1999, pp. 315-193 y 527-546, sobre Reck y Jünger.

90. Klaus Vondung, «Der literarische Nationalsozialismus. Ideologische, politische und sozialhistorische Wirkungszusammenhänge», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 44-65; Karl Prümm, «Das Erbe der Front. Der antidemokratische Kriegsroman der Weimarer Republik und seine nationalsozialistische Fortsetzung», en *ibid*., pp. 138-164 (y otras contribuciones en el mismo volumen).

91. Heiber (ed.), *Goebbelys-Reden*, vol. I, pp. 131-141, en la p. 137.

92. Kurt Eggers, *Deutsche Gedichte*, Munich, 1934, p. 8, en Wulf, *Literatur*, p. 286; Alexander von Bormann, «Das nationalsozialistische Gemeinschaftslied», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 256-280; Gottfried Niedhart y George Broderick (eds.), *Liederin Politikund Alltagdes Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1999; y Eberhard Frommann, *Die Lieder der NSZeit: Untersuchungen zur nationalsozialistischen Liedpropaganda vonden Anfängen biszum Zweiten Weltkrieg*, Colonia, 1999.

93. Wulf, *Literatur*, p. 366, reeditado por Fritz Sotke, «So ist es», en *Wille und Macht*, 15 de enero de 1934, p. 1.

94. Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 323-335; de forma más general, Sebastian Graeb Könneker, *Autochthone Modernität: Eine Untersuchung der vom Nationalsozialismus geforderten Literatur* Opladen, 1996, y Uwe-Karsten Ketelsen, *Literatur und Drittes Reich*, Schernfeld, 1992; véase también Baird, *To Die For Germany*, pp. 130-154, sobre el poeta Gerhard Schumann.

95. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 417-418. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

96. Wulf, *Literatur*, pp. 113-123; Ritchie, *German Literature*, pp. 48-54; *ibid*., *Gottfried Benn: The Unreconstructed Expressionist*, Londres, 1972, — véase especialmente su traducción de «To the Literary Emigrés: A Reply», de Benn, pp. 89-96; Reinhard Alter, *Gottfried Benn: The Artist and Politics (1910-1934)*, Frankfurt, 1976, especialmente pp. 86-144.

97. Wolfgang Willirich a Gottfried Benn, 27 de agosto de 1937, reeditado por Wulf, *Literatur*, pp. 120-122.

98. Glenn R. Cuomo, «Purging an «Art-Bolshevist»: The Persecution of Gottfried Benn in the Years 1933-1938», *German Studies Review*, 9, 1986, pp. 85-105; véase también Gottfried Benn, *Gesammelte Werke*, ed. Dieter Wellershoff, 4 vols., Wiesbaden, 1961, vol. I, pp. 440-452, «Der neue Staat und die Intellektuellen», defendiendo la toma de poder de los nazis.

99. Jan-Pieter Barbian, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen*, *Kompetenzen, Betätigungsfelder*, Munich, 1995 (1993), pp. 54-66 para las primeras purgas; pp. 66-156 para un comprensible y detallado estudio de las instituciones de censura. Véase también el estudio de Dietrich Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik: Ein Beitrag zur Publizistik im Dritten Reich*, Bonn, 1960, con detalles sobre los trabajos prohibidos; y Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 426-431. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

100. Wulf, *Literatur*, pp. 160-164; Ritchie, *German Literature*, pp. 71-74. Véase también Siegfried Schliebs, «Verboten, verbrannt, verfolgt... Wolfgang Herrmann und seine «Schwarze Liste: Schöne Literatur» vom Mai 1933. Der Fall des Volksbibliothekars Dr Wolfgang Hermann», en Hermann Haarmann *et al*. (eds.), *«Das war ein Vorspiel nur...»: Bücherverbrennung in Deutschland 1933*: *Voraussetzungen und Folgen. Ausstellung der Akademie der Künste vom 8. Mai bis 3. Juli 1983m*, Berlín, 1983, pp. 442-454; Barbian, *Literaturpolitik*, pp. 217-319, para el comercio del libro, pp. 319-363 para las bibliotecas; Engelbrecht Boese, *Das öffentliche Bibliothekswesen im Dritten Reich*, Bad Honnef, 1987; y Margaret F. Stieg, *Public Libraries in Nazi Germany*, Tuscaloosa, Ala., 1992; Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik*, pp. 222-224, y Grunberger, *A Social History*, pp. 452-453 [Hay trad. cast.: *Historia social de Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976], para los autores extranjeros.

101. Brenner, *Die Kunstpolitik*, p. 51.

102. Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 336-345; Boguslaw Drewniak, «The Foundations of Theater Policy in Nazi Germany», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp. 167-194; más detalles sobre el negocio del teatro por el mismo autor en *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte 1933-1945*, Dusseldorf, 1983, con un debate sobre el destino de los clásicos en las pp. 167-189; más en el compendio de Thomas Eicher *et al*., *Theater im «Dritten Reich»: Theaterpolitik, Spielplanstruktur, NS-Dramatik*, Seelze-Velber, 2000; extractos documentados en Wulf, *Theater und Film*; ensayos sobre aspectos concretos en Glen W. Gadberry (ed.), *Theater in the Third Reich, the Prewar Years: Essays on Theater in Nazi Germany*, Westport, Conn., 1995.

103. Steinweis, *Art*, pp. 134-137.

104. Véase Wulf, *Theater und Film*, para detalles.

105. Friederike Euler, «Theater zwischen Anpassung und Widerstand: Die Münchner Kammerspiele im Dritten Reich», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 91-173; Grunberger, *A Social History*, pp. 457-474. [Hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.].

106. William Niven, «The Birth of Nazi drama?: *Thing* Plays», en John London (ed.), *Theatre under the Nazis*, Manchester, 2000, pp. 54-95, especialmente p. 73; más detalles en Rainer Stommer, *Die inszenierte Volksgemeinschaft: Die «Thing Bewegung» im Dritten Reich*, Marburgo, 1985, y un breve estudio de Johannes M. Reichl, *Das Thingspiel: Über den Versuch eines nationalsozialistischen Lehrstück Theaters, Euringer — Heynick — Wille*, Frankfurt, 1998, especialmente pp. 1433; los orígenes del movimiento se estudian en Egon Menz, «Sprechchor und Aufmarsch. Zur Entstehung des Thingspiels», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 330-346; Brenner, *Die Kunstpolitik*, pp. 95-106, y Rainer Stommer, «"Da oben versinkt einem der Alltag...". Thingstätten im Dritten Reich als Demonstration der Volksgemeinschaftsideologie», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 149-173.

107. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 168-172, Berlín, Sportpalast, «Woche des deutschen Buches», 5. 11. 34, en p. 177.

108. Donald R. Richards, *The German Bestseller in the Twentieth Century: A Complete Bibliography and Analysis 1915-1940,* Berne, 1968, (en la tabla B, las entradas de los autores, en la tabla A, la lista de *best sellers*); cifras revisadas en Tobias Schneider, «Bestseller im Dritten Reich. Ermittlung und Analyse der meistverkauften Romane in Deutschland 1933-1944», *VfZ*, 52, 2004, pp. 77-97.

109. Hans Hagemeyer, discurso en el Reichsarbeitsgemeinschaft für deutsche Buchwerbung el 28 de agosto de 1935, en Wulf, *Literatur*, pp. 243-244; véase también el discurso de Goebbels del 5 de noviembre de 1934 (n. 107, más adelante).

110. Wilhelm Baur, citado en *ibid*., ilus. 8, p. 145; también pp. 274-277.

111. Schneider, «Bestseller», pp. 80-85.

112. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 15-17. [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002.].

113. Hans Dieter Schäfer, *Das gespaltene Bewusstsein: Über deutsche Kultur und Lebenswirklichkeit 1933-1945*, Munich, 1982, especialmente pp. 7-54; Thymian Bussemer, *Propaganda und Populärkultur. Konstruierte Erlebniswelten im Nationalsozialismus,* Wiesbaden, 2000, especialmente pp. 76-115.

114. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 122-124 y 413-416. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

115. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, Munich, 2004, I/I, p. 293 (29 de agosto de 1924).

116. Peter Paret, *An Artist against the Third Reich: Ernst Barlach, 1933-1938*, Cambridge, 2003, pp. 17-18 y 23-69; Shearer West, *The Visual Arts in Germany 1890-1937: Utopia and Despair*, Manchester, 2000, pp. 93-99; Brenner, *Die Kunstpolitik*, pp. 65-71; Wolfgang Tarnowski, *Ernst Barlach und der Nationalsozialismus: Ein Abendvortrag, gehalten am 20. Oktober 1988 in der Katholischen Akademie Hamburg*, Hamburgo, 1989, pp. 41-45; Joseph Wulf, *Die bildenden Künste im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, p. 32. Véase también Akademie der Künste, Berlín (ed.), *Zwischen Anpassung und Widerstand: Kunst in Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1978.

117. Paret, *An Artist*, pp. 23-25, 38-43 y 59; un título más oportuno para el excelente libro de Paret quizás habría sido *The Third Reich against an Artist*.

118. Ernst Barlach, *Die Briefe*, ed. Friedrich Dross, 2 vols., Munich, 1968-1969, vol. II, p. 414 (Barlach a Leo Kestenberg, 13 de noviembre de 1933).

119. *Ibid*., vol. II, p. 374 (Ernst Barlach a Hans Barlach, 2 de mayo de 1933).

120. Citado en Paret, An Artist, p. 171 n. 33, y reeditado en Alfred Rosenberg, *Blut und Ehre: Ein Kampf für deutsche Wiedergeburt: Reden und Aufsätze von 1919-1933*, Munich, 1934, p. 250.

121. Paret, *An Artist*, pp. 78-79, citando a Barlach, *Die Briefe*, vol. II, pp. 388-389 (Barlach a Alois Schardt, 23 de julio de 1933) y p. 425 (Barlach a Carl Albert Lange, 25 de diciembre de 1933).

122. Sobrevivió a la guerra y actualmente se encuentra detrás de la catedral.

123. Maschmann, *Account Rendered*, p. 25.

124. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/III, p. 56 (4 de abril de 1936).

125. Barlach, *Briefe*, vol. II, p. 735 (Barlach a Heinz Priebatsch, 23 de octubre de 1937).

126. Paret, *An Artist*, p. 137.

127. Peter Adam, *The Arts of the Third Reich*, Londres, 1992, pp. 196-201. [Hay trad. cast.: El arte del Tercer Reich, Tusquets Editores, Barcelona, 1992.].

128. Jonathan Petropoulos, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany*, Nueva York, 2000, pp. 218-253; *ibid*., «From Seduction to Denial: Arno Breker's Engagement with National Socialism», en Richard A. Etlin (ed.), *Art*, *Culture, and Media under the Third Reich*, Chicago, 2002, pp. 205-229; Wulf, *Die bildenden Künste*, p. 252; Volker Probst, *Der Bildhauer Arno Breker*, Bonn, 1978. Breker en sus memorias, publicadas después de la guerra, se defiende a sí mismo y a su arte: véase Arno Breker, *Im Strahlungsfeld der Ereignisse, 1925-1965*, Preussisch Oldendorf, 1972.

129. Klaus Backes, *Hitler und die bildenden Künste: Kulturverständnis und Kunstpolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1988, pp. 10-56.

130. Erhard Klöss (ed.), *Reden des Führers: Politik und Propaganda Adolf Hitlers 1922-1945*, Munich, 1967, pp. 108-120.

131. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 413-416. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

132. Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War*, Nueva York, 1994, pp. 9-15. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros de Europa en el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 1996.].

133. Petropoulos, *The Faustian Bargain*, pp. 13-25; de forma más general, Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 356-370.

134. Adam, *Arts*, pp. 121-123 [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992]; West, *The Visual Arts*, pp. 188-189. Para un estudio sobre los artistas prohibidos, véase Werner Haftmann, *Verfemte Kunst: Bildende Künstler der inneren und äusseren Emigration in der Zeit des Nationalsozialismus*, Colonia, 1986, especialmente Beckmann, pp. 47-67, Klee, p. 1 y 112-125, Kirchner pp. 126-132, y Schlemmer, pp. 37-13.

135. Petropoulos, Art, p. 57.

136. Spotts, *Hitler*, pp. 151-164. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/II, 5 de junio de 1935; Backes, *Hitler*, pp. 57-70; para las exposiciones anteriores, véase Christoph Zuschlag, «An "Educational Exhibition". The Precursors of *Entartete Kunst* and its Individual Venues», en Stephanie Barron (ed.), «*Degenerate Art»: The Fate of the Avant-Garde in Nazi Germany*, Los Angeles, 1991, pp. 83-103, y para más detalles, en Christoph Zuschlag, *«Entartete Kunst»: Ausstellungsstrategien in Nazi Deutschland*, Worms, 1995, pp. 58-168 (protestas en 1933 en la p. 329).

137. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 140-144.

138. Petropoulos, *The Faustian Bargain*, p. 25; Reinhard Merker, *Die bildenden Künste im Nationalsozialismus: Kulturideologie, Kulturpolitik, Kulturproduktion*, Colonia, 1983, pp. 143-145; Annegret Janda, The Fight for Modern Art: The Berlin Nationalgalerie after 1933', en Barron (ed.), *«Degenerate Art»*, pp. 105-118.

139. Annegret Janda (ed.), *Das Schicksal einer Sammlung: Aufbau und Zerstörung der Neuen Abteilung der Nationalgalerie im ehemaligen Kronprinzen Palais Unter den Linden 1918-1945*, Berlín, 1986, p. 16.

140. Inge Jádi *et al*., *Beyond Reason: Art and Psychosis: Works from the Prinzhorn Collection*, Londres, 1996, y Hans Prinzhorn, *Bildnerei der Geisteskranken: Ein Beitrag zur Psychologie und Psychopathologie der Gestaltung,* Berlín, 1922.

141. Fritz Kaiser, *Führer durch die Ausstellung Entartete Kunst*, Berlín, 1937, pp. 24-28.

142. Merker, *Die bildenden Künste*, pp. 148-152. La orden no parece que fuera llevada a cabo.

143. Kaiser, *Führer*, pp. 2-22. El folleto se reproduce en Barron (ed.), *«Degenerate Art»*, pp. 359-390; véase también Mario-Andreas von Lüttichau, «"*Entartete Kunst*", Munich, 1937: A Reconstruction», en *ibid*., pp. 45-81, y un informe detallado en Zuschlag, *«Entartete Kunst»*, pp. 169-204 y 222-299.

144. Robert Böttcher, *Kunst und Kunsterziehung im neuen Reich*, Breslau, 1933, p. 41; Wolfgang Willrich, *Säuberung des Kunsttempels: Eine kunstpolitische Kampfschrift zur Gesundung deutscher Kunst im Geiste nordischer Art,* Munich, 1937, p. 6.

145. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 319-320, 324 y 327-333; para la orquestación publicitaria de la prensa, véase Karen Peter (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit: Edition und Dokumentation*, V: 1937, Munich, 1998, p. 579, 587, 590, 631 y 701.

146. *Berliner Morgenpost*, 172, 20 de julio de 1937, primera página; *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 25 de febrero de 1938.

147. Peter Guenther, «Three Days in Munich, July 1937», en Barron (ed.), *«Degenerate Art»*, pp. 33-43; reacciones de Carola Roth *et al*. en Paul Ortwin Rave, *Kunstdiktatur in Dritten Reich*, Hamburgo, 1949; telegrama en Zuschlag, *«Entartete Kunst»*, p. 331; información en Peter-Klaus Schuster (ed.), *Die «Kunststadt» München 1937: Nationalsozialismus und «Entartete Kunst»*, Munich, 1987, pp. 103-104; también contiene una reproducción facsímil del folleto de la exposición pp. 183-216.

148. Sean Rainbird (ed.), *Max Beckmann*, Londres, 2003, pp. 274-247.

149. Backes, *Hitler*, pp. 71-77, para un breve estudio de calidad.

150. Norbert Wolf, *Ernst Ludwig Kirchner 1880-1938: On the Edge of the Abyss of Time*, Colonia, 2003, pp. 86-90.

151. Kaiser, *Führer*, pp. 24-28.

152. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 118-127. La crítica literaria sufrió un destino similar (Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik*, pp. 258-300).

153. Citado y traducido en Adam, *The Arts*, p. 123. [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992.].

154. Wulf, *Die bildenden Künste*, p. 337 (copia de la Ley).

155. Adam, *The Arts*, pp. 121-122 [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992]; Merker, *Die bildenden Künste*, pp. 155-156 (también para las citas anteriores).

156. Brenner, *Die Kunstpolitik*, p. 159.

157. Adam, *The Arts*, pp. 122-127. [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992.].

158. Merker, *Die bildenden Künste*, pp. 155-156; Zuschlag, *«Entartete Kunst»*, pp. 205-221; Petropoulos, *Art*, pp. 76-81. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 340-341 para reportajes de prensa y el anuncio de una subasta.

159. Stephanie Barron, «The Galerie Fischer Auction», en Barron (ed.), *«Degenerate Art»*, pp. 135-169.

160. Angelika Königseder y Juliane Wetzel, «Die “Bilderverbrennung” 1939 — ein Pendant?», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 51, 2003, pp. 439-446, señalar que mientras hay abundante documentación que demuestra la propuesta de quemar obras de arte, no hay evidencias de que esto se llevara a cabo, o testigo ocular alguno. Sólo hay una fuente que recoge la historia, llamado Rave, *Kunstdiktatur*. Sin embargo, ni uno de los trabajos que se proponía quemar en la lista ha vuelto a verse desde el 20 de marzo de 1939. Véase también Andreas Hüneke, «On the Trail of Missing Masterpieces: Modern Art from German Galleries», en Barron (ed.), *«Degenerate Art»*, pp. 121-133; Petropoulos, *Art*, pp. 8283 y p. 338 n. 50; y Georg Bussmann, *German Art of the Twentieth Century*, Munich, 1985, pp. 113-124.

161. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 325-326.

162. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, p. 275.

163. *Ibid*., p. 115.

164. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 96-110.

165. Nicholas, *The Rape*, p. 13. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros de Europa en el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 1996.].

166. Wulf, *Die bildenden Künste*, pp. 113-117.

167. *Ibid*., pp. 172-174, 181-184 y 190-194.

168. Backes, *Hitler*, pp. 77-83.

169. Klaus Wolbert, *Die Nackten und die Toten des «Dritten Reiches»: Folgen einer politischen Geschichte des Körpers in der Plastik des deutschen Faschismus*, Giessen, 1982, pp. 34-60, 188-192 y 235-236.

170. Merker, *Die bildenden Künste*, pp. 163-166. Para un resumen de este reportaje periodístico, véase Otto Thomae, *Die Propaganda-Maschinerie: Bildende Kunst und Öffentlichkeitsarbeit im Dritten Reich*, Berlín, 1978, pp. 37-69.

171. Merker, *Die bildenden Künste*, p. 165 (con distintas ilustraciones); Petropoulos, *Art*, p. 57.

172. Guenther, «Three Days in Munich», pp. 33-43, en pp. 33-34; véase también Mario-Andreas von Lüttichau, «“Deutsche Kunst” und “Entartete Kunst”: Die Münchner Ausstellungen 1937», en Schuster (ed.), *Die «Kunststadt» München*, pp. 83-118.

173. Adelheid von Saldern, «“Art for the People”: From Cultural Conservatism to Nazi Cultural Policies», en *ibid*., *The Challenge of Modernity: German Social and Cultural Studies, 1890-1960*, Ann Arbor, Mich., 2002, pp. 299-347.

174. Karl Arndt, «Das “Haus der deutschen Kunst” — ein Symbol der neuen Machtverhältnisse», en Schuster (ed.), *Die«Kunststadt» München*, pp. 61-82; *ibid*., «Paul Ludwig Troost als Leitfigur der nationalsozialistischen Räpresentationsarchitektur», en Iris Lauterbach (ed.), *Bürokratie und Kult: Das Parteizentrum der NSDAP am Königsplatz in München: Geschichte und Rezeption*, Munich, 1995, pp. 147-156; para el trasfondo del encargado de la construcción, el diseño y la construcción, véase Karl Arndt, «Die Münchener Architekturszene 1933/34 als ästhetischpolitisches Konfliktfeld», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 443-512, especialmente pp. 443-484.

175. Citado en Wulf, *Die bildenden Künste*, p. 220.

176. Rolf Badenhausen, «Betrachtungen zum Bauwillen des Dritten Reiches», *Zeitschrift für Deutschkunde*, 1937, pp. 222-223, pasajes seleccionados en Wulf, Die bildenden Künste, pp. 223-224; Hans Lehmbruch, «Acropolis Germaniae. Der Königsplatz — Forum der NSDAP», en Lauterbach (ed.), *Bürokratie und Kult*, pp. 1746; de forma más general, Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 287-311; para las deudas con el clasicismo, véase Alex Scobie, *Hitler's State Architecture: The Impact of Classical Antiquity*, Philadelphia, Pa., 1990, especialmente pp. 56-68; para la cultura nazi de la muerte, véase Sabine Behrenbeck, *Der Kult um die toten Helden: Nationalsozialistische Mythen: Riten und Symbole 1923 bis 1945*, Vierow bei Greifswald, 1996, especialmente pp. 343-446; para las ceremonias acompañando el traslado de los cuerpos de los mártires, véase Baird, *To Die for Germany*, pp. 41-72.

177. Barbara Miller Lane, *Architecture and Politics in Germany*, *1918-1945*, Cambridge, Mass., 1968, pp. 169-184.

178. Norbert Borrmann, *Paul Schultze-Naumburg, 1869-1949. Maler — Publizist — Architekt: Vom Kulturreformer der Jahrhundertwende zum Kulturpolitiker im Dritten Reich*, Essen, 1989, especialmente pp. 198-220; de forma más general, Joachim Petsch, «Architektur und Städtebau im Dritten Reich — Anspruch und Wirklichkeit», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 175-198, y Elke Pahl-Weber y Dirk Schubert, «Myth and Reality in National Socialist Town Planning and Architecture: Housing and Urban Development in Hamburg, 1933-45», *Planning Perspectives*, 6, 1991, pp. 161-188.

179. Jochen Thies, «Nazi Architecture — A Blueprint for World Domination: The Last Aims of Adolf Hitler», en David Welch (ed.), *Nazi Propaganda: The Power and the Limitations*, Londres, 1983, pp. 45-64, en p. 52; documentación para Berlín, Hamburgo, Linz, Munich y Nuremberg en Jost Dülffer *et al*. (eds.), *Hitlers Städte: Baupolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1978; véase también Dirk Schubert, «...Ein neues Hamburg entsteht... Planungen in der «Führerstadt» Hamburg zwischen 1933-1945», en Hartmut Frank (ed.), *Faschistische Architekturen: Planen und Bauen in Europa 1930 bis 1945*, Hamburgo, 1985, pp. 299-318; Backes, *Hitler*, pp. 117-193.

180. Adam, *The Arts*, pp. 245-259 [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992]; también Dieter Bartetzko, *Zwischen Zucht und Ekstase: Zur Theatralik von NS-Architektur*, Berlín, 1985; Robert R. Taylor, *The Word in Stone: The Role of Architecture in the National Socialist Ideology*, Berkeley, Calif., 1974, pp. 250-269; Anna Teut, *Architektur im Dritten Reich 1933-1945*, Frankfurt, 1967; Jochen Thies, *Architekt der Weltherrschaft: Die «Endziele» Hitlers*, Düsseldorf, 1976, pp. 62-164; Merker, *Die bildenden Künste*, pp. 186-238.

181. 181. Paul Giesler, «Bauen im Dritten Reich», *Die Kunst im Dritten Reich*, septiembre de 1939, citado en Adam, *The Arts*, p. 256 [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992]; detallada investigación ilustrada de Angela Schönberger, *Die neue Reichskanzlei von Albert Speer: Zum Zusammenhang von nationalsozialistischer Ideologie und Architektur*, Berlín, 1981, pp. 37-173.

182. Thies, *Architekt*, pp. 62-104.

183. Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 1971 (1970), pp. 45-46.

184. Jost Dülffer, «Albert Speer: Cultural and Economic Management», en Ronald Smelser y Rainer Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, Londres, 1993 (1989), pp. 212-223; para el vandalismo de Goebbels, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 398. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.] En contra de la invención de la «catedral de la luz» se posicionaron, sin embargo, Walter Frentz y Leni Riefenstahl (Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995, p. 129).

185. Siegfried Zelnhefer y Rudolf Käs (eds.), *Kulissen der Gewalt: Das Reichsparteitagsgelände in Nürnberg*, Munich, 1992, especialmente pp. 31-48 (Siegfried Zelnhefer, «Bauen als Vorgriff auf den Sieg. Zur Geschichte des Reichsparteitagsgeländes»).

186. Karen A. Fiss, «In Hitler's Salon: The German Pavilion at the 1937 Paris Exposition Internationale», en Etlin (ed.), *Art*, pp. 316-342, en pp. 318-319, citando a Paul Westheim, *Paul Westheim: Kunstkritik aus dem Exil*, ed. Tanja Frank, Hanau, 1985, p. 151; véase también Kurt Winkler, «Inszenierung der Macht: Weltausstellung 1937. Das «Deutsche Haus» als Standarte», en Klaus Behnken y Frank Wagner (eds.), *Inszenierung der Macht: Ästhetische Faszination in Faschismus*, Berlín, 1987, pp. 217-225. El enorme peso del pabellón alemán en contra del número de los soviéticos fue deliberado; Speer obtuvo los planes de la estructura soviética por adelantado (Fies, «In Hitler's Salon», pp. 321-323).

187. Speer, *Inside*, pp. 117-122 y 195-220.

188. Dülffer, «Albert Speer», pp. 213-215; Joachim Petach, «Architektur als Weltanschauung: Die Staatsund Parteiarchitektur im Nationalsozialismus», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 197-204.

189. Speer, *Inside*, p. 197; Sereny, *Albert Speer*, pp. 126-131.

190. Gerhard Splitt, *Richard Strauss 1933-1935: Ästhetik und Musikpolitik zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft*, Pfaffenweiler, 1987, pp. 42-59, se habla de las posibles motivaciones de Strauss en un detallado estudio de los hechos que usa un innecesario tono enojado de condena moral; para una visión más equilibrada, véase Michael H. Kater, *Composers of the Nazi Era: Eight Portraits*, Nueva York, 2000, pp. 220-223.

191. Kater, *Composers*, pp. 225-227.

192. *Ibid*., pp. 211-212; Franz Grasberger (ed.), *Der Strom der Töne trug mich fort: Die Welt um Richard Strauss in Briefen*, Tutzing, 1967, pp. 171-172; Walter Thomas, *Richard Strauss und seine Zeitgenossen*, Munich, 1964, p. 218.

193. Harry Graf Kessler, *Tagebücher 1918-1937*, ed. Wolfgang Pfeiffer-Belli, Frankfurt, 1982 (1961), p. 563 (14 de junio de 1928); Kater, *Composers*, pp. 213-216.

194. *Ibid*., pp. 217-225.

195. *Ibid*., pp. 229-246; Fred K. Prieberg, *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich*, Londres, 1991 (1986), pp. 166-169.

196. Fred K. Prieberg, *Musik im NS-Staat*, Frankfurt, 1982, pp. 207-208; Josef Wulf, *Musik im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, pp. 182-183; Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, I: *The Years of Persecution 1933-1939*, Londres, 1997, pp. 130-135; Albrecht Riethmüller, «Stefan Zweig and the Fall of the Reich Music Chamber President, Richard Strauss», en Michael H. Kater y Albrecht Riethmüller (eds.), *Music and Nazism: Art under Tyranny, 1933-1945*, Laaber, 2003, pp. 269-291. Para el *best seller* de Stefan Zweig, véase Richards, *The German Bestseller*, pp. 252-253; uno de los libros de Zweig vendió 300.000 copias desde 1927 a 1931, y un par más 170.000 cada uno desde 1922 a 1933 y desde 1931 a 1933 respectivamente.

197. Strauss, «Geschichte der schweigsamen Frau», y Strauss a Hitler, 13 de julio de 1935, ambos en Wulf, *Musik*, pp. 183-184.

198. Kater, *Composers*, pp. 247-259; Prieberg, *Musik*, pp. 208-215; Lothar Gall, «Richard Strauss und das “Dritte Reich” oder: Wie der Künstler Strauss sich missbrauchen liess», en Hanspeter Krellmann (ed.), *Wer war Richard Strauss? Neunzehn Antworten*, Frankfurt, 1999, pp. 123-136.

199. Levi, *Music*, pp. 57-70 y 94-98; Michael H. Kater, *The Twisted Muse: Musicians and Their Music in the Third Reich*, Nueva York, 1997, pp. 77-79; Prieberg, *Musik*, pp. 277-282; Wulf, *Musik*, pp. 414-423 (extractos del *Lexikon* y trabajos antisemitas similares en pp. 386-391).

200. Dirk Blasius, «Die Ausstellung “Entartete Musik” von 1938. Ein Beitrag zum Kontinuitätsproblem der deutschen Geschichte», en Othmar N. Haberly Tobias Korenke (eds.), *Politische Deutungskulturen: Festschriftfür Karl Rohe*, Baden-Baden, 1999, pp. 199-211. No hubo tiempo para preparar un catálogo para la exposición *Entartete Musik*, pero en el decimoquinto aniversario, una exposición conmemorativa organizó una reconstrucción: véase Albrecht Dümling y Peter Girth (eds.), *Entartete Musik: Einekommentierte Rekonstruktion zur Düsseldorfer Ausstellungvon 1938*, Dusseldorf, 1988; la inauguración de Ziegler se encuentra en las pp. 128-143; también Albrecht Dümling, «The Target of Racial Purity: The «Degenerate Music» Exhibition in Düsseldorf, 1938», en Etlin (ed.), *Art*, pp. 43-72; *ibid*. (ed.), *Banned by the Nazis: Entartete Musik: The Exhibition of Düsseldorf 1938/88 in Texts and Documents*, Londres, 1995; Eckhard John, *Musikbolschewismus: Die Politisierung der Musik in Deutschland 1918-1938*, Stuttgart, 1994, pp. 367-381; y, discutiendo sobre la impopularidad de la música moderna en la República de Wiemar, Pamela M. Potter, «The Nazi “Seizure” of the Berlin Philharmonic, or the Decline of a Bourgeois Musical Institution», en Cuomo (ed.), *Nazi Cultural Policy*, pp. 39-65. Véase también Hans Severus Ziegler, *Entartete Musik: Eine Abrechnung*, Dusseldorf, 1938.

201. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. I/V, p. 323, 29 de mayo de 1938.

202. Zuschlag, *«Entartete Kunst»*, pp. 315-320.

203. Levi, *Music*, pp. 70-73; Prieberg, *Musik*, pp. 144-164; Wulf, *Musik*, p. 407; Potter, «The Nazi "Seizure"», p. 54.

204. Levi, *Music*, pp. 74-81.

205. *Ibid*., pp. 98-102.

206. Levi, *Music*, pp. 104-105; Prieberg, *Musik*, pp. 225-234. La *Piano Sonata opus 1* de Berg fue interpretada el 29 de noviembre de 1944 en un recital de poesía en Viena, con un intermezzi musical organizado por Anton von Webern (*ibid*., p. 299).

207. *Ibid*., pp. 104-107; Prieberg, *Musik*, pp. 137-138.

208. Levi, *Music*, pp. 107-111; Kater, *Composers*, pp. 31-36.

209. Levi, *Music*, pp. 111-114; Wulf, *Musik*, pp. 337-340 (para las citas). Véase también Giselher Schubert, «The Aesthetic Premises of a Nazi Conception of Music», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 64-74.

210. Wulf, *Musik*, p. 341.

211. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/III, p. 140, 27 de julio de 1936. Wahnfried estuvo en la casa familiar de Wagner en Bayreuth.

212. Kater, *The Twisted Muse*, pp. 197-201; Levi, *Music*, pp. 199-201; Potter, «The Nazi "Seizure"», pp. 39-65. Véase también de forma más general Michael Meyer, *The Politics of Music in the Third Reich*, Nueva York, 1991.

213. Levi, *Music*, pp. 114-116.

214. Bernd Sponheuer, «The National Socialist Discussion on the “German Quality” in Music», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 32-42; Reinhold Brinkmann, «The Distorted Sublime: Music and National Socialist Ideology — A Sketch», en *ibid*., pp. 43-63.

215. Kater, *Composers*, pp. 3-30. El verdadero nombre de Egk era Mayer; le disgustaba mucho lo normal y por este motivo utilizaba un pseudónimo basado en el nombre de su mujer, «Elisabeth, geborene Karl» ("Elisabeth, née Karl"). Los que no le gustaban alegaban que él realmente quería posicionarse como «Ein grosser Komponist» ("un gran compositor"). Véase también Michael Walter, *Hitler in der Oper: Deutsches Musikleben 1919-1945*, Stuttgart, 1995, pp. 175-212.

216. *Ibid*., pp. 111-143; véase también la autobiografía de la mujer de Orff, Luise Rinser, *Saturn auf der Sonne*, Frankfurt, 1994, pp. 94-95.

217. Frederic Spotts, *Bayreuth: A History of the Wagner Festival,* New Haven, 1994, especialmente pp. 159-188; Brigitte Hamann, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth*, Munich, 2002; Hans Rudolf Vaget, «Hitler's Wagner: Musical Discourse as Cultural Space», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 15-31.

218. Spotts, *Hitler*, pp. 223-263; *idem*, *Bayreuth*, pp. 165-175.

219. Speer, *Inside*, pp. 103-105.

220. Levi, *Music*, pp. 192-193.

221. Levi, *Music*, pp. 217-218; de forma más general, Volker Dahm, «Nationale Einheit und partikulare Vielfalt. Zur Frage der kulturpolitischen Gleichschaltung im Dritten Reich», *VfZ*, 43, 1995, pp. 221-265. Para la difícil relación de Pfitzner con los dirigentes nazis, véase Kater, *Composers*, pp. 144-182. Pfitzner se enfureció porque algunos compositores modernistas se mostraron a favor del régimen. Entrevistado acerca de lo que pensaba sobre la música moderna, respondió con desprecio: «Egk mich am Orff!» (Berndt W. Wessling, *Wieland Wagner: Der Enkel*, Colonia, 1997, p. 257); véase también John, *Musikbolschewismus*, pp. 58-89, para el papel de Pfitzner en la cristalización de la hostilidad de las derechas a la «música bolchevique» en la República de Weimar.

222. Wulf, *Musik*, p. 403, citando a Karl Grunsky, «Gedanken über Mendelssohn», *Westdeutscher Beobachter*, 10 de marzo de 1935.

223. Celia Applegate, «The Past and Present of *Hausmusik* in the Third Reich», en Kater y Riethmüller (eds.), *Music and Nazism*, pp. 136-149.

224. Steinweis, *Art*, pp. 141-142.

225. Para las teorías nazis sobre la música, véase Pamela M. Potter, *Most German of the Arts: Musicology and Society from the Weimar Republic to the End of Hitler's Reich*, New Haven, 1998, especialmente pp. 200-234.

226. Walter Thomas, *Bis der Vorhang fiel: Berichtet nach Aufzeichnungen aus den Jahren 1940 bis 1945*, Dortmund, 1947, p. 241.

227. Kater, *Composers*, pp. 86-110; *idem*, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York, 1992, pp. 29-56; *idem*, *The Twisted Muse*, pp. 233-239; Wulf, *Musik*, pp. 346-358; también Bernd Polster (ed.), *Swing Heil: Jazz im Nationalsozialismus*, Berlín, 1989.

228. Kater, *Different Drummers*, pp. 90-95; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/III, pp. 161-162 (2 de junio de 1937), pp. 165-166 (5 de junio de 1937), p. 293 (7 de octubre de 1937), p. 326 (5 de noviembre de 1937) y p. 346 (26 de noviembre de 1937).

229. Kater, *Different Drummers*, pp. 101-110; Arno Klönne, *Jugend im Dritten Reich: Die Hitler-Jugend und ihre Gegner*, Dusseldorf, 1982, pp. 241-246.

230. Hartmut Berghoff, *Zwischen Kleinstadt und Weltmarkt: Hohner und die Harmonika 1857-1961. Unternehmensgeschichte als Gesellschaftsgeschichte*, Paderborn, 1997, p. 311, 360-361, 375 y 615.

231. *Ibid*., p. 375, 412-419 y 445-446.

232. Reichel, *Der schöne Schein*, p. 371.

233. Gerhard Paul, *Aufstand der Bilder: Die NS-Propaganda vor 1933*, Bonn, 1990; Peter Zimmermann, «Die Bildsprache des Nationalsozialismus im Plakat», en Maria Rüger (ed.), *Kunst und Kunstkritik der dreissiger Jahre: 29 Standpunkte zu künstlerischen und ästhetischen Prozessen und Kontroversen*, Dresden, 1990, pp. 223-236; Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 289-291. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

234. Véase por ejemplo Marla S. Stone, *The Patron State: Culture and Politics in Fascist Italy*, Princeton, N. J., 1998; Edward Tannenbaum, *The Fascist Experience: Italian Society and Culture, 1922-1945*, Nueva York, 1972, especialmente pp. 213-302 [Hay trad. cast.: *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Alianza, Madrid, 1975]; Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven, 1999, especialmente pp. 30-103 y 153-186 [Hay trad. cast.: *Interpretar la revolución rusa, el lenguaje y los símbolos de 1917*, Universidad de Valencia, Valencia, 2001], y Richard Stites, *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*, Cambridge, 1992; recogido en Richard J. Overy, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Nueva York, 2004, pp. 349-391. Para los comentarios nazis sobre la exposición futurista, véase Willrich, *Säuberung*, p. 32.

235. Como una tendencia en, por ejemplo, Spotts, *Hitler*, o Ehrhard Bahr, «Nazi Cultural Politics: Intentionalism v. Functionalism», en Cuomo (ed.), *National Socialist Cultural Policy*, pp. 5-22.

236. Dahm, «Nationale Einheit», saluda el crecimiento de la prevalencia de los entretenimientos sobre la propaganda como una evidencia del crecimiento de la libertad por parte de los productores de cultura, particularmente a un nivel local y regional; pero obviamente esto fue así en rigurosa consonancia con la apertura cultural del régimen.

237. Jutta Sywottek, *Mobilmachung für den totalen Krieg: Die propagandistische Vorbereitung der deutschen Bevölkerung auf den Zweiten Weltkrieg*, Opladen, 1976.

238. Véase también más adelante, pp. 465-467, para el programa cultural de la organización Strength Through Joy, y pp. 563-565 para la cultura judía en el Tercer Reich.

239. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 219-228 (Hamburgo, Musikhalle — Eröffnung der 2 Reichs-Theaterfestwoche, 17. 4. 35) y 219-228, en p. 220.

240. Rainer Stollmann, «Faschistische Politik als Gesamtkunstwerk. Tendenzen der Asthetisierung des politischen Lebens im Nationalsozialismus», en Denkler y Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur*, pp. 83-101 (demasiado teórico); el concepto original de la estética de la política viene de Afterword hasta el célebre ensayo de Walter Benjamin «Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit», en *idem*, *Gesammelte Schriften*, vols. I/II, ed. Rolf Tiedemann y Hermann Schweenhäuser, Frankfurt, 1974, p. 508.

241. Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. I, pp. 219-228 (Hamburgo, Musikhalle—Eröffnung der 2 Reichs-Theaterfestwoche, 17. 6. 35), en las pp. 220, 224 y 227.

242. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p.109, 27 defebrero de 1935 [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003]; Tagebuch Luise Solmitz, vol. 30, 5 de julio de 1935-16 de junio de 1937, *passim*.

243. John Heskett, «Modernism and Archaism in Design in the Third Reich», en Taylor y Van der Will (eds.), *The Nazification of Art*, pp. 110-127.

244. Uwe Westphal, *Werbung im Dritten Reich*, Berlín, 1989, especialmente pp. 50-72. Pero véase también Hans Deischmann, *Objects: A Chronicle of Subversion in Nazi Germany*, Nueva York, 1995.

245. Victor Klemperer, *Tagebücher*, p. 14, 22 de marzo de 1933.

246. Rolf Steinberg (ed.), *Nazi-Kitsch*, Darmstadt, 1975 (un breve catálogo de ilustraciones de estos objetos); para el rompecabezas, véase p. 23.

247. Marion Godau, «Anti-Moderne?», en Sabine Weissler (ed.), *Design in Deutschland 1933-45: Ästhetik und Organisation des Deutschen Werkbundes im «Dritten Reich»*, Giessen, 1990, pp. 74-87.

248. Joachim Wolschke-Bulmahn y Gert Gröning, «The National Socialist Garden and Landscape Ideal: *Bodenständigkeit* (Rootedness in the Soil)», en Etlin (ed.), *Art*, pp. 73-97; y Vroni Heinrich Hampf, «Über Gartenidylle und Gartenarchitektur im Dritten Reich», en Frank (ed.), *Faschistische Architekturen*, pp. 271-281.

249. Leopoldvon Schenkendorf y Heinrich Hoffmann (ed.), *Kampf um's Dritte Reich: Eine Historische Bilderfolge*, Altona-Bahrenfeld, 1933.

250. *Die Kunst im Dritten Reich*, 1937, p. 160, citado en Britta Lammers, *Werbung im Nationalsozialismus: Die Kataloge der «Grossen Deutschen Kunstausstellung»*, *1937-1944*, Weimar, 1999, p. 9.

251. Reichel, *Der schöne Schein*, pp. 373-375; para la ocultación de las construcciones modernas con fachadas pseudo arcaicas, véase Lothar Suhling, «Deutsche Baukunst. Technologie und Ideologie im Industriebau des "Dritten Reiches"», en Herbert Mehrtens y Steffen Richter (eds.), *Naturwissenschaft, Technik und NS-Ideologie: Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte des Dritten Reichs*, Frankfurt, 1980, pp. 243-281.

252. Zeman, *Nazi Propaganda*, p. 177; Robert E. Herzstein, *The War that Hitler Won: The Most Infamous Propaganda Campaign in History*, Londres, 1979; Alexander D. Hardy, *Hitler's Secret Weapon: The «Managed» Press and Propaganda Machine of Nazi Germany*, Nueva York, 1967.

253. Victor Klemperer, *LTI. Notizbuch eines Philologen*, Leipzig, 1975 (1947) [Hay trad. cast.: *LTI*: la lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filósofo, Minúscula, Barcelona, 2004]; véase también Gerhard Bauer, *Sprache und Sprachlosigkeit im «Dritten Reich»*, Colonia, 1990 (1988); Wolfgang Bergsdorf, «Sprachlenkung im Nationalsozialismus», en Martin Greiffenhagen (ed.), *Kampf um Wörter? Politische Begriffe im Meinungsstreit*, Munich, 1980, pp. 65-74; Werner Bohleber y Jörg Drews (ed.), *«Gift, das du unbewusst eintrinkst...». Der Nationalsozialismus und die deutsche Sprache*, Bielefeld, 1994 (1991); Siegfried Bork, *Missbrauch der Sprache: Tendenzen nationalsozialistischer Sprachregelung*, Munich, 1970; Karl-Heinz Brackmann y Renate Birkenhauer, *NS-Deutsch*: *«Selbstverständliche» Begriffe und Schlagwörter aus der Zeit des Nationalsozialismus*, Straelen, 1988; Dolf Sternberger *et al., Aus dem Wörterbuch des Unmenschen*, Dusseldorf, 1968 (1957).

254. Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, p. 162.

255. *Ibid*., p. 189, también p. 246.

256. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV (1937), 1, pp. 224-225 (14 de octubre de 1937). De forma parecida, en *ibid*., vol. III, 1936, 1, pp. 109-110.

257. Bankier, *The Germans*, pp. 14-20 y 28-34.

258. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, especialmente pp. 48-147. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

259. Ian Kershaw, «How Effective was Nazi Propaganda?», en David Welch (ed.), *Nazi Propaganda: The Power and the Limitations*, Londres, 1983, pp. 180-205; de forma general, Peter Longerich, «Nationalsozialistische Propaganda», en Karl Dietrich Bracher *et al*. (eds.), *Deutschland 1933-1945: Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Dusseldorf, 1992, pp. 291-314.

1. Doris L. Bergen, *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, N. C., 1996, pp. 101-118; Manfred Kittel, «Konfessioneller Konflikt und politische Kultur in der Weimarer Republik», en Olaf Blaschke (ed.), *Konfessionen im Konflikt: Deutschland zwischen 1800 und 1970: ein zweites konfessionelles Zeitalter*, Gotinga, 2002, pp. 243-297.

2. Para una perspectiva general, véase Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 vols., Munich, 1990; I: *Arbeitswelt und Bürgergeist*, pp. 468-507. Más detalles en Wolfgang Altgeld, *Katholizismus, Protestantismus, Judentum: Über religiös begründete Gegensätze und nationalreligiöse Ideen in der Geschichte des deutschen Nationalismus,* Maguncia, 1992; *idem*, «Religion, Denomination and Nationalism in Nineteenth-Century Germany», en Helmut Walser Smith (ed.), *Protestants, Catholics and Jews in Germany, 1800-1913*, Oxford, 2001, pp. 49-65; Helmut Walser Smith, *German Nationalism and Religious Conflict: Culture*, *Ideology, Politics, 1870-1914*, Princeton, N. J., 1995; John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities 1914: A History of Denial*, New Haven, 2001, pp. 157-158; Manfred Gailus, *Protestantismus und Nationalsozialismus: Studien zur nationalsozialistischen Durchdringung des protestantischen Sozialmilieus in Berlin*, Colonia, 2001, pp. 40-51. Para las divisiones políticas y religiosas en la República de Weimar, véase Georges Castellan, *L'Allemagne de Weimar 1918-1933*, París, 1969, pp. 209-240, todavía una de las pocas historias generales sobre la República de Weimar que se toma la religión seriamente. Para el Día de Potsdam, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 350-351. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

3. Martin Niemöller, *From U-Boat to Pulpit*, Londres, 1936 (1934), p. 143.

4. *Ibid*., pp. 180-183 y 187; James Bentley, *Martin Niemöller*, Oxford, 1984, pp. 2030 y 39-40.

5. *Ibid*., pp. 42-68.

6. Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, vol. I, pp. 507-528, para la secularización en el siglo xix; Hugh McLeod, *Religion and the People of Western Europe 1789-1989*, Oxford, 1997 (1981), especialmente pp. 118-131, ofrece una buena investigación general; *idem*, *Piety and Poverty: Working—Class Religion in Berlin, London, and New York 1870-1914*, Nueva York, 1996, es una detallada explicación comparativa.

7. Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich: Nazi Conceptions of Christianity 1919-1945*, Cambridge, 2003, pp. 13-19 y 68; Gailus, *Protestantismus*, pp. 29-40 y 643-644; véase también Günter Brakelmann, «Hoffnungen und Illusionen evangelischer Prediger zu Beginn des Dritten Reiches: Gottesdienstliche Feiern aus politischen Anlässen», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 129-148.

8. Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 134-140.

9. Günter Brakelmann, «Nationalprotestantismus und Nationalsozialismus», en Christian Jansen *et al*. (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit: Politische Verantwortung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert: Festschrift für Hans Mommsen zum 5. November 1995*, Berlín, 1995, pp. 337-350.

10. Detlef Schmiechen-Ackermann, *Kooperation und Abgrenzung: Bürgerliche Gruppen, evangelische Kirchengemeinden und katholisches Sozialmilieu in der Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus in Hannover*, Hanover, 1999, especialmente pp. 138-160; Ernst Klee, *«Die SA Jesu Christi»: Die Kirche im Banne Hitlers*, Frankfurt, 1989, especialmente pp. 11-81; Björn Mensing, *Pfarrer und Nationalsozialismus: Geschichte einer Verstrickung am Beispiel der Evangelisch Lutherischen Kirche in Bayern*, Gotinga, 1998, especialmente pp. 147-179; Robert P. Ericksen, *Theologians under Hitler: Gerhard Kittel, Paul Althaus, and Emanuel Hirsch*, New Haven, 1985.

11. Rainer Lächele, *Ein Volk, ein Reich, ein Glaube: Die Deutschen Christen in Württemberg 1925-60*, Stuttgart, 1993; Thomas M. Schneider, *Reichsbischof L. Müller: Eine Untersuchung zu Leben, Werk und Persönlichkeit*, Gotinga, 1993; Reijo E. Heinonen, *Anpassung und Identität: Theologie und Kirchenpolitik der Bremer Deutschen Christen 1933-1945*, Gotinga, 1978, especialmente pp. 19-47; Kurt Meier, *Die Deutschen Christen: Das Bild einer Bewegung im Kirchenkampf des Dritten Reiches*, Gotinga, 1964, especialmente pp. 1-37; James A. Zabel, *Nazism and the Pastors: A Study of the Ideas of Three Deutsche Christen Groups*, Missoula, Mont., 1976.

12. Citado en Bracher, *Stufen*, p. 448.

13. Gailus, *Protestantismus*, pp. 139-195.

14. Citado en Bracher, *Stufen*, p. 451.

15. Klaus Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, I: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen 1918-1934*, Frankfurt, 1977, segunda parte, capítulos 4-7, 10 y 12, proporciona una magistral y detallada narración de los hechos.

16. Gailus, *Protestantismus*, pp. 640-646. Bergen, *Twisted Cross*, pp. 61-81.

17. *Ibid*., p. 103, 145 y 166; Scholder, *Die Kirchen*, pp. 702-705.

18. Eberhard Bethge, *Dietrich Bonhoeffer: Theologe, Christ, Zeitgenosse*, Munich, 1967, pp. 321-326 y 363-365 [Hay trad. cast.: *Dietrich Bonhoeffer: teólogo*, *cristiano, hombre actual*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1970]; Jürgen Schmidt, *Martin Niemöller im Kirchenkampf*, Hamburgo, 1971, pp. 121-178; de forma más general sobre el protestantismo y el antisemitismo en este periodo, Jochen Christoph Kaiser, «Protestantismus, Diakonie und "Judenfrage" 1933-41», *VfZ*, 37, 1989, pp. 673-714.

19. Gailus, *Protestantismus*, pp. 647-653. Estos números derivan de la Iglesia Confesional a mediados de 1930 (véase el siguiente párrafo).

20. Eberhard Busch, *Karl Barths Lebenslauf: Nach seinen Briefen und autobiographischen Texten*, Munich, 1975. Los escritos de Barth sobre la Iglesia Confesional se encuentran en *Karl Barth zum Kirchenkampf: Beteiligung — Mahnung — Zuspruch*, Munich, 1956, especialmente pp. 213-236; véase también Karl Barth, *The German Church Conflict*, Londres, 1965.

21. Bracher, *Stufen*, pp. 441-462; John S. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968, p. 191; Bergen, *Twisted Cross*, pp. 17-18.

22. Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, vol. I, p. 385, Lagebericht, Dec., 1935; Helmut Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1945*, vol. II: *Regierungsbezirk Oberund Mittelfranken*, Maguncia, 1967, p. 66 (Lagesonderbericht der Regierung, 9 de diciembre de 1935, n.º 54); para Niemöller, véase Gailus, *Protestantismus*, pp. 327-331, y Martin Niemöller, *Dahlemer Predigten 1936/37*, Munich, 1981.

23. Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, p. 231.

24. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, p. 365, Lagebericht, Dec., 1935.

25. Para una detallada narración de los acontecimientos de otoño de 1934, véase Scholder, *Die Kirchen*, II: *Das Jahre der Ernüchterung 1934. Barmen und Rom*, Berlín, 1985, pp. 11-118, 159-220 y 269-356.

26. Para Meiser, véase Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. II, pp. 34-59.

27. Bonhoeffer a Sutz, 28 de abril de 1934, en Dietrich Bonhoeffer, *Gesammelte Schriften*, ed. Eberhard Bethge, Munich, 1958, vol. I, pp. 39-40 (citado en Bergen, *Twisted Cross*, p. 140).

28. Gailus, *Protestantismus*, pp. 654-656 y 661-662.

29. Bentley, *Martin Niemöller*, pp. 67-69; Gailus, *Protestantismus*, pp. 656-658. Wolfgang Gerlach, *Als die Zeugen schwiegen: Bekennende Kirche und die Juden*, Berlín, 1993.

30. Gailus, *Protestantismus*, p. 658.

31. Klepper, *Unter dem Schatten*, 41 (8 de marzo de 1933, 11 de marzo de 1933), 46-47 (30 de marzo de 1933); Christopher Clark, *The Politics of Conversion: Missionary Protestantism and the Jews in Prussia, 1728-1941*, Oxford, 1995, especialmente las pp. 285-298.

32. Robert P. Ericksen, «A Radical Minority: Resistance in the German Protestant Church», en Nicosia y Stokes (eds.), *Germans Against Nazism*, pp. 115-136; Shelley Baranowski, *The Confessing Church, Conservative Elites, and the Nazi State*, Nueva York, 1986; Scholder, *Die Kirchen*, vol. I, pp. 701-742; Steigmann Gall, *The Holy Reich*, pp. 184-185; Ruth Zerner, «German Protestant Responses to Nazi Persecution of the Jews», en Randolph Braham (ed.), *Perspectives on the Holocaust*, Boston, 1983, pp. 57-68, citando un sermón de Niemöller en la p. 63; Victoria Barnett, *For the Soul of the People: Protestant Protestagainst Hitler*, Oxford, 1992, especialmentepp.60-103; para el Párrafo de Aryan, Bergen, *Twisted Cross*, p. 57; para la Iglesia Confesional y antisemitismo, véase Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 44-45; para dar un ejemplo de la confrontación entre estos dos pastores de la cristiandad alemana y la persuasión de la confesión sobre el Párrafo de Aryan, véase Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, pp. 110-111 (Aus Monatsbericht der Gendarmerie—Station Heiligenstadt, 25 denoviembre de 1937).

33. Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, p. 231.

34. *Ibid*., p. 230.

35. Bracher, *Stufen*, pp. 458-462.

36. Bergen, *Twisted Cross*, pp. 189-190.

37. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 116-139.

38. *Ibid*., pp. 202-214; Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, pp. 243-244; Bentley, *Martin Niemöller*, pp. 92-130.

39. Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 185-187 (una desagradable narración, omitiendo todos los detalles del maltrato de Niemöller); Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 212-213 y 433 n. 24; Bentley, *Martin Niemöller*, pp. 143-147. Niemöller fue escogido junto con Otto Dibelius, otro personaje importante, si bien menos conocido en la Iglesia, que también fue absuelto.

40. Stein, *I Was in Hell*, pp. 147-151, citas en p. 148 y 151.

41. Bentley, *Martin Niemöller*, pp. 147-157.

42. Gailus, *Protestantismus*, pp. 329-331 y 333-344.

43. Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience*, Londres, 2000, p. 221; el texto autorizado por la viuda de Niemöller, Sibylle Niemöller, se cita completamente (en alemán) en Ruth Zerner, «Martin Niemöller, Activist as Bystander: The Oft-Quoted Reflection», en Marvin Perry y Frederick M. Schweitzer (eds.), *Jewish-Christian Encounters over the Centuries: Symbiosis, Prejudice, Holocaust, Dialogue*, Nueva York, 1994, pp. 327-340, en p. 336 n 7.

44. Las manipulaciones subsiguientes de la declaración de Niemöller, en la *Encylopedia of the Holocaust* y en otros sitios, colocó a los judíos en el primer lugar de la lista; otros, incluido el US Holocaust Memorial Museum en Washington, D. C., omitió absolutamente a los comunistas. Véase Lionel Kochan, «Martin Niemöller», en Yisrael Gutman (ed.), *Encyclopedia of the Holocaust,* 4 vols., Nueva York, 1990, vol. III, 1, p. 61; Jeshajahu Weinberg y Rina Elieli, *The Holocaust Museum in Washington*, Nueva York, 1995, p. 163. En 1946, Niemöller puntualizó en un sermón después de la guerra que él había reconocido en 1933 que los comunistas estaban siendo recluidos en campos de concentración, Jesucristo también había sido un prisionero, y estando a su lado, tal vez las cosas habrían sido diferentes (Bentley, *Martin Niemöller*, p. 165).

45. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, traducido por Ralph Manheim, Londres, 1969 (1925-1927), p. 393 [Hay trad. cast.: *Mi lucha*, M. E. Editores, Madrid, 1994]; de forma más general, véase Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 29-46 y 51-84.

46. *Ibid*., pp. 133-134.

47. Véase Oded Heilbronner, *Die Achillesferse des deutschen Katholizismus,* Gerlingen, 1998. Para las críticas católicas a los nazis, véase Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964, pp. 3-24.

48. Alfons Kupper (ed.), *Staatliche Akten über die Reichskonkordatsverhandlungen 1933*, Maguncia, 1969, proporciona una amplia documentación sobre la Iglesia.

49. Scholder, *Die Kirchen*, vol. I, pp. 627-662, citas en la p. 630 y 632; Lewy, *The Catholic Church*, pp. 115-150. Para detalles de la diversidad de posiciones dentro de la Iglesia sobre estas tácticas, véase Ludwig Volk, *Bayerns Episkopat und Klerus in der Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus 1930-1934*, Maguncia, 1965; y Saul Friedländer, *Pius XII and the Third Reich*, Londres, 1966. [Hay trad. cast.: *Pío XII y el II Reich*, Nova Terra, Barcelona, 1965.].

50. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 67-71 y 89-90.

51. *Ibid*., pp. 78-81.

52. *Ibid*., pp. 90-94; Lewy, *The Catholic Church*, pp. 168-175; véase más adelante, pp. 32-36, para los hechos de 1934.

53. Alfred Rosenberg, *Der Mythus des 20. Jahrhunderts: Eine Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit*, Munich, 1935, especialmente pp. 607-636; Robert Cecil, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Londres, 1972, especialmente pp. 82-104, todavía es uno de los mejores estudios sobre las ideas de Rosenberg.

54. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, p. 270 (Lagebericht, mayo de 1935); Lewy, *The Catholic Church*, pp. 151-168.

55. Bernhard Stasiewski (ed.), *Akten deutscher Bischöfe über die Lage der Kirche 1933-1945*, vol. II: *1934-1935*, Maguncia, 1976, pp. 299-300 (Hirtenwort des deutschen Episkopats, 23 de agosto de 1935).

56. Peter Löftier (ed.), *Bischof Clemens August Graf von Galen: Akten, Briefe und Predigten 1933-1946*, I: *1933-1939*, Maguncia, 1988, pp. lxiv-lxvii y 168-184.

57. *Ibid*., pp. 188-189 (Galen a Hitler, 7 de abril de 1935).

58. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 107-112; Klein (ed.), *Die Lageberichte*, p. 193, 207-208, 235, 246-248, 270 y 282.

59. *Ibid*., p. 319; Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 157-160.

60. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, p. 364.

61. *Ibid*., p. 208 y 222-223.

62. Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, I: *Regierungsbezirk Oberbayern*, Maguncia, 1966, p. 145, 150 y 153 (informes del 9 de junio y 7-10 de julio de 1936).

63. *Ibid*., p. 251 (Monatsbericht der Regierung Oberbayern, julio de 1937).

64. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. I/III, pp. 353-354 (31 de enero de 1937); véase de forma más general Hans Günter Hockerts, «Die Goebbels— Tagebücher 1932-1941: Eine neue Hauptquelle zur Erforschung der nationalsozialistischen Kirchenpolitik», en Dieter Albrecht *et al*. (eds.), *Politik und Konfession: Festschrift für Konrad Repgen zum 60. Geburtstag*, Berlín, 1983, pp. 359-392.

65. Jeremy Noakes, «The Oldenburg Crucifix Struggle of November 1936: A Case Study of Opposition in the Third Reich», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 210-233. Para un incidente similar en Cham, Bavaria, véase Walter Ziegler (ed.), *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1943*, IV: *Regierungsbezirk Niederbayern und Oberpfalz 1933-1945*, Maguncia, 1973, p. 229 (Monatsbericht der Regierung Regensburg, 8 de mayo de 1939); para los documentos sobre el estado de la Iglesia en Aachen, véase Bernhard Vollmer (ed.), *Volksopposition im Polizeistaat: Gestapo und Regierungsberichte 1934 bis 1936*, Stuttgart, 1957; para Baden, véase Jörg Schadt (ed.), *Verfolgung und Widerstand unter dem Nationalsozialismus in Baden: Die Lageberichte der Gestapo und des Generalstaatsanwalts Karlsruhe 1933-1940*, Stuttgart, 1975.

66. Heinz Boberach (ed.), *Berichte des SD und der Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk in Deutschland 1934-1944*, Maguncia, 1971: «Lageberichte des Chefs des Sicherheitsamtes des Reichsführers SS, Mai/Juni 1934», pp. 3-63, en las pp. 25-31; *ibid*.: «Das katholische Vereinswesen: Die Organisation der katholischen Jugendvereine. Sonderbericht des Chefs des Sicherheitshauptamtes des Reichsführers SS, September 1935», pp. 118-151 (citado en la p. 125); *ibid*.: «Lagebericht der Zentralabteilung II/1 des Sicherheitshauptamtes des Reichsführers SS für Januar 1938», pp. 274-278.

67. Steinweis, *Art*, pp. 137-138.

68. Dieter Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel zwischen dem Heiligen Stuhl und der deutschen Reichsregierung*, 3 vols., Maguncia, 1965-1980, vol. I: *Von der Ratifizierung des Reichskonkordats bis zur Enzyklika «Mit brennender Sorge»*, especialmente p. 6 (Denkschrift des erzbischöflichen Ordinariats München-Freising, 2 de octubre de 1933), pp. 3-8 y 37-44 y la respuesta del Gobierno alemán en 15 de enero de 1934 (Promemoria des Heiligen Stuhls an die deutsche Reichsregierung 31 de enero de 1934), pp. 47-72, etc.

69. *Ibid*., p. 61.

70. Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, III: *Regierungsbezirk Schwaben*, Maguncia, 1971, da una particular visión positiva de los miles de luchas locales; véase también Ziegler (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. IV, p. xxxv; Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, N. J., 1969, pp. 301-304; e Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983, pp. 185-223.

71. Ambas versiones de la encíclica reeditadas en Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel*, vol. I, pp. 404-443.

72. *Ibid*., 410; una traducción inglesa contemporánea en *On the Condition of the Church in Germany*, Londres, 1937; véase también Ernst C. Helmreich, *The German Churches under Hitler: Background, Struggle and Epilogue*, Detroit, Mich., 1979, pp. 279-283; Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 164-147.

73. Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel*, vol. I, p. 421.

74. *Ibid*., II: *1937-1945*, respuesta del embajador alemán a Pacelli, 12 de abril de 1937 (1-5) y la correspondencia posterior; también Witetschek, *Die kirchliche Lage*, vol. II, pp. 166-171 (Monatsbericht der Regierung Ansbach, 6 de abril de 1937).

75. Boberach (ed.), *Berichte* (Lagebericht der Zentralabteilung II/1 des Sicherheitshauptamtes des Reichsführers SS für Januar 1938), pp. 274-278.

76. Edward D. R. Harrison, «The Nazi Dissolution of the Monasteries: A Case Study», *English Historical Review*, 109, 1994, pp. 323-355; Witetschek (ed.), *Die Kirchliche Lage*, vol. I, pp. 244-246, 252-253 y 299 (informes del Polizeidirektion 7 de julio de 1937, 7 de agosto de 1937, informe de 10 de noviembre de 1938).

77. Ulrich von Hehl *et al*. (eds.), *Priester unter Hitlers Terror: Eine biographische und statistische Erhebung*, 2 vols., Maguncia, 1996 (1984).

78. *Völkischer Beobachter*, 212 (31 de julio de 1935), p. 2; *ibid*., p. 337, Ausgabe A/Nord-deutsche Ausgabe, Berlín, 3 de diciembre de 1935, primera página.

79. *Ibid*., p. 345, 11 de diciembre de 1935, p. 2; *Nachtausgabe*, p. 121, 26 de mayo de 1936.

80. *Berliner Morgenpost*, 102, 29 de abril de 1937, primera página; para los sacerdotes y monjes acusados de abusos sexuales a jovencitas, véase Ziegler (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. IV, pp. 173-175 (Monatsbericht der Regierung Regensburg, 8 de diciembre de 1937).

81. *12-Uhr Blatt*, Berlín, 102, 29 de abril de 1937, primera página.

82. *Ibid*., 128, 29 de mayo de 1937, primera página.

83. Hans Günter Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse gegenkatholische Ordensangehörige und Priester 1936/37: Eine Studie zur nationalsozialistischen Herrschaftstechnik und zum Kirchenkampf*, Maguncia, 1971, pp. 78-112; citado de *Völkischer Beobachter*, 12 de junio de 1936, en la p. 91.

84. Citado en Reuth, *Goebbels*, p. 361.

85. *12-Uhr-Blatt*, *Berlin*, 128, 29 de mayo de 1937, pp. 1-2; *Nachtausgabe*, 122, 29 de mayo de 1937, p.3; *Völkischer Beobachter*, 159, 30 de mayo de 1937, pp. 3-4; Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse*, pp. 113-118.

86. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 168-191; Bertram citado en la p. 179; Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse*, pp. 132-146. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 107.

87. *Völkischer Beobachter*, 145, 25 de mayo de 1937, p. 3.

88. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 168-195; Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. II, p. 300 n. 2; George L. Mosse (ed.), *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*, Nueva York, 1975, pp. 250-255 [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973], citando una lista de las quejas del obispo Theophil Wurm en Württemberg de junio de 1939, en Joachim Beckmann (ed.), *Kirchliches Jahrbuch für die evangelische Kirche in Deutschland 1933-1944*, Gütersloh, 1948, pp. 343-347; Rolf Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*: *Eine Studie zur Funktion der Erziehung im totalitären Staat*, Colonia, 1963, pp. 2228 y 85-92 para estadísticas; un buen estudio regional de Franz Sonnenberger, «Der neue "Kulturkampf ". Die Gemeinschaftsschule und ihre historischen Voraussetzungen», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 235-327.

89. Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, I: 283 (Monatsbericht der Regierung Oberbayern, 9 de diciembre de 1937).

90. Helmut Prantl (ed.), *Die kirchliche Lagein Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1945*, V: *Regierungsbezirk Pfalz 1933-1940*, Maguncia, 1978, p. lv.

91. Ziegler (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. IV, p. 201 (Monatsbericht der Regierung Regensburg, 8 de junio de 1938).

92. Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel*, vol. II, *passim*.

93. Citando a Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 216-217.

94. *Ibid*., pp. 218-219; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 105-120. [Haytrad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.] Para el maestro del pueblo como una importante fuerza en la lucha contra la Iglesia, iniciado por el sacerdote del pueblo, véanse los estudios sobre la organización de profesores nazis en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, 1, pp. 549-551.

95. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 13-14 [Haytrad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Denis Mack Smith, *Modern Italy: A Political History*, New Haven, 1997 (1959), pp. 83-85, 91-92 y 200-201; Theodore Zeldin (ed.), *Conflicts in French Society: Anticlericalism, Education and Morals in the Nineteenth Century*, Londres, 1970.

96. Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 91-101.

97. Para una reivindicación exagerada de la influencia de Rosenberg, véase por ejemplo Robert A. Pois, *National Socialism and the Religion of Nature*, Londres, 1986, especialmente la p. 42.

98. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-42*, Bonn, 1951, p. 275 (11 de abril de 1942); Fest, *The Face*, pp. 254-255.

99. Reinhard Bollmus, «Alfred Rosenberg: National Socialism's "Chief Ideologue"?», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 183-193, en la p. 187; y de forma más general, Harald Iber, *Christlicher Glaube oder rassischer Mythus: Die Auseinandersetzung der Bekennenden Kirche mit Alfred Rosenbergs «Der Mythus des 20. Jahrhunderts»*, Frankfurt, 1987, especialmente las pp. 170-181; y Raimund Baumgärtner, *Weltanschauungskampf im Dritten Reich: Die Auseinandersetzung der Kirchen mit Alfred Rosenberg*, Maguncia, 1977, especialmente las pp. 106-134 y 153.

100. Promemoria des Heiligen Stuhls an die Deutsche Reichsregierung, 13 de mayo de 1934, en Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel*, pp. 125-164, en las pp. 134-137, también citado y traducido en Conway, *The Nazi Persecution*, p. 109.

101. Johann Neuhäusler, *Kreuz und Hakenkreuz: Der Kampf des Nationalsozialismus gegen die katholische Kirche und der kirchliche Widerstand*, Munich, 1946, p. 251, citado en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, p. 241. [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973.].

102. Documento Nuremberg PS-3751, en Wulf, *Literatur*, pp. 299-300. Para más ejemplos, véase Gilmer W. Blackburn, *Education in the Third Reich: A Study of Race and History in Nazi Textbooks*, Albany, N. Y., 1985, pp. 75-92, en la p. 85.

103. Reck-Malleczewen, *Diary*, 33. Para la un tanto cuestionable fiabilidad de las anécdotas de Reck, no obstante, véase más adelante, p. 416.

104. Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 126-127; Albrecht (ed.), *Der Notenwechsel*, vol. I, pp. 134-137.

105. Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, pp. 101-104.

106. Ackermann, *Heinrich Himmler*, pp. 253-254; Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), *Heinrich Himmler-Geheimreden 1933-1945 und andere Ansprachen*, Frankfurt, 1974, pp. 160-161; Hans-Jochen Gamm, *Der braune Kult: Das Dritte Reich und seine Ersatzreligion: Ein Beitrag zur politischen Bildung*, Hamburgo, 1962, especialmente pp. 78-89 y 156-190; Manfred Ach y Clemens Pentrop (eds.), *Hitlers «Religion»: Pseudoreligiöse Elemente im nationalsozialistischen Sprachgebrauch*, Munich, 1991 (1979).

107. Klein (ed.), *Die Lageberichte*, vol. I, p. 195; (Übersicht der Staatspolizeistelle Kassel über die politische Lage im November 1934); Steigmann-Gall, *The Holy Reich*, p. 222.

108. *Ibid*., pp. 87-91.

109. *Ibid*., pp. 219-228.

110. *Ibid*., pp. 230-240.

111. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 213-222; Heike Kreutzer, *Das Reichskirchenministerium im Gefüge der nationalsozialistischen Herrschaft*, Düsseldorf, 2000, especialmente en las pp. 100-130.

112. Gailus, *Protestantismus*, pp. 664-666.

113. Detlef Garbe, *Zwischen Widerstand und Martyrium: Die Zeugen Jehovas im «Dritten Reich»*, Munich, 1993; Michael H. Kater, «Die ernsten Bibelforscher im Dritten Reich», *VfZ*, 17, 1969, pp. 181-218; Zeidler, *Das Sondergericht Freiberg*, pp. 4955; Gerhard Hetzer, «Ernste Bibelforscher in Augsburg», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 621-643. Un buen estudio local en Walter Struve, *Aufstieg und Herrschaft des Nationalsozialismus in einer industriellen Kleinstadt: Osterode am Harz 1918-1945,* Essen, 1992, pp. 242-274.

114. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 125-128; Hans-Ulrich Ludewig y Dietrich Kuessner, *«Es sei also jeder gewarnt»: Das Sondergericht Braunschweig 1933-1945*, Braunschweig, 2000, pp. 89-90.

115. Hans Eckhard Niermann, *Die Durchsetzung politischer und politisierter Strafjustiz im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1995, pp. 295-305; Schmidt, «*Beabsichtige ich, die Todesstrafe zu beantragen*», pp. 105-107; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 180-183.

116. Höss, *Commandant*, pp. 94-98 y 151-152.

117. Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, p. 230 (Lagebericht der Staatspolizeistelle Potsdam für Februar 1935).

118. Höhne, *The Order*, pp. 131-136 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977]; Ackermann, *Heinrich Himmler*, pp. 253-254; Steigmann Gall, *The Holy Reich*, p. 120, 122, 132 y 149-153. Para la visión de Hitler sobre las ideas religiosas de Himmler, véase Speer, *Inside*, pp. 94-95 y 122. Para el desasosiego público sobre la presunta «hostilidad de la SS hacia los cristianos», véase Ribbe (ed.), *Die Lageberichte*, p. 429 (Lagebericht der Staatspolizeistelle Potsdam für den Monat Februar 1936). Véase también Wolfgang Dierker, «"Niema's Jesuiten, Niema's Sektierer": Die Religionspolitik des SD 1933-1941», en Michael Wildt (ed.), *Nachrichtendienst, politische Elite, Mordeinheit: Der Sicherheitsdienst des Reichsführers SS*, Hamburgo, 2003, pp. 86-117.

119. Domarus, *Hitler*, vol. III, 1, pp. 145-147 (traducción corregida).

120. Klaus Vondung, *Magie und Manipulation: Ideologischer Kult und politische Religion des Nationalsozialismus*, Gotinga, 1971; Eric Voegelin, *The New Science of Politics: An Introduction*, Chicago, 1952 [Hay trad. cast.: *La nueva ciencia política: una introducción*, Juan Pablo Díaz Charne, Madrid, 2006]; James M. Rhodes, *The Hitler Movement: A Modern Millenarian Revolution*, Stanford, 1980; Uriel Tal, *Structures of German «Political Theology» in the Nazi Era*, Tel Aviv, 1979; Claus Ekkehard Bärsch, *Die politische Religion des Nationalsozialismus: Die religiöse Dimension der NS-Ideologie in den Schriften von Dietrich Eckart, Joseph Goebbels*, *Alfred Rosenberg und Adolf Hitler*, Munich, 1998; Michael Ley y Julius H. Schoeps (eds.), *Der Nationalsozialismus als politische Religion*, Bodenheim, 1997; Hans Maier, *Politische Religionen: Die totalitären Regime und das Christentum*, Freiburgo, 1995.

121. Numerosos ejemplos en Blackburn, *Education*, capítulo 4 («The Secular Religious Character of National Socialist History», pp. 75-92); para un comentario contemporáneo sobre los usos del lenguaje religioso en relación con Hitler, véase Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 39 (11 de noviembre de 1933). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

122. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 833.

123. Gailus, *Protestantismus*, pp. 664-665; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 106-108. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

124. Philippe Burrin, «Political Religion. The Relevance of a Concept», *History and Memory*, 9, 1997, pp. 321-349, proporciona más ejemplos del lenguaje religioso en la retórica nazi, pero pasa por alto con demasiada facilidad sobre la hostilidad de Hitler al restablecimiento del paganismo pseudo alemán: Richard Steigmann-Gall, «Was National Socialism a Political Religion or a Religious Politics?», en Michael Geyer y Hartmut Lehmann (eds.), *Religion und Nation: Nation und Religion. Beiträge zu einer unbewältigten Geschichte*, Gotinga, 2004, pp. 386-408, proporciona más ejemplos de la hostilidad de algunos representantes nazis hacia la pseudo religión pagana.

125. George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, 1975, especialmente las pp. 207-217. [Hay trad. cast.: *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid, 2005.].

126. Blackburn, *Education*, p. 87.

127. Detlev J. K. Peukert, «The Genesis of the “Final Solution” from the Spirit of Science», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 234-252.

128. «Aus dem Jahresbericht des Direktors der Grossen Stadtschule (Gymnasium und Oberrealschule) zu Wismar über das Schuljahr 1933/34», n. 105 en Joachim S. Hohmann y Hermann Langer (eds.), *«Stolz, ein Deutscher zu sein…»*. *Nationales Selbstverständnis in Schulaufsätzen 1914-1945*, Frankfurt, 1995, p. 208.

129. *Ibid*., p. 226, n. 118: «Adolf Hitler als Knabe: Aus dem Schreibheft von A. Sch., Weingarten, o. J».

130. *Ibid*., p. 257, n. 142: «Waren unsere germanischen Vorfahren Barbaren? Aufsatz des Schülers M. K., Volksschule Tiefensee, 22 September 1937».

131. *Ibid*., pp. 276-277, n.156: «Totengedenken. Aufsatzentwurf des 14 jährigen Schülers M. K., Volksschule Tiefensee, vom November 1938».

132. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, p. 203.

133. Hohmann y Langer (eds.), *«Stolz»*, pp. 270-271, n. 153: «Die Judenfrage ist eine Rassenfrage. Aufsatzentwurf von M. K., Schüler der 8. Klasse an der Volksschule in Tiefensee, Kreis Eilenburg, 1938»; más ejemplos de trabajos escolares de este periodo en Dieter Rossmeissl, *«Ganz Deutschland wird zum Führer halten...»*. *Zur politischen Erziehung in den Schulen des Dritten Reiches*, Frankfurt, 1985, pp. 110-166.

134. Blackburn, *Education*, pp. 34-74; Mosse (ed.), *Nazi Culture* pp. 283-284 [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973], citando *The Times* (Londres), 29 de enero de 1935. Véase también Kurt-Ingo Flessau, *Schule der Diktatur: Lehrpläne und Schulbücher des Nationalsozialismus*, Munich, 1977, pp. 59-62 y 76-82.

135. Hohmann y Langer, *«Stolz»*, p. 209; Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 13-15.

136. Ilustraciones reproducidas en Lisa Pine, *Nazi Family Policy*, *1933-1945*, Oxford, 1997, p.59; véase de forma más general Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, pp. 171-180.

137. *Deutsches Lesebuch für Volksschulen: Fünftes und sechstes Schuljahr*, Braunschweig, n. d., pp. 365-366, citado en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, pp. 291-293. [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973.].

138. Franz Pöggeler, «Politische Inhalte in Fibeln und Lesebüchern des “Dritten Reiches”», en Joachim S. Hohmann (ed.), *Erster Weltkrieg und Nationalsozialistische «Bewegung» im deutschen Lesebuch 1933-1945*, Frankfurt, 1988, pp. 75-104.

139. Para un ejemplo de las ilustraciones de un libro escolar, véase Hohmann y Langer, *«Stolz»*, 234; también Lisa Pine, «The Dissemination of Nazi Ideology and Family Values through School Textbooks», *History of Education*, 25, 1996, pp. 91-110; y las ilustraciones en *idem*, *Nazi Family Policy*, pp. 61-63.

140. Sylvelin Wissmann, *Es war eben unsere Schulzeit: Das Bremer Volksschulwesen unter dem Nationalsozialismus*, Bremen, 1993, 52; de forma más general, véase Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 28-30, y Flessau, *Schule der Diktatur*, pp. 66-73.

141. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, pp. 197-198. Para los directivos oficiales, véase Margarete Götz, *Die Grundschule in der Zeit des Nationalsozialismus: Eine Untersuchung der inneren Ausgestaltung der vier unteren Jahrgänge der Volksschule auf der Grundlage amtlicher Massnahmen*, Bad Heilbrunn, 1997, especialmente en las pp. 40-140. Para el uso no oficial de los panfletos nazis y los materiales de enseñanza distribuidos en las escuelas antes de que los libros de texto revisados fueran distribuidos, véase Benjamin Ortmeyer, *Schulzeit unterm Hitlerbild. Analysen, Berichte, Dokumente*, Frankfurt, 1996, pp. 50-54; de forma más general, véase Joachim Trapp, *Kölner Schulen in der NS-Zeit*, Colonia, 1994, pp. 1-112.

142. Kurt-Ingo Flessau, «Schulen der Partei (lichkeit)? Notizen zum allgemeinbildenden Schulwesen des Dritten Reichs», en *idem et al*. (eds.), *Erziehung im Nationalsozialismus: «...und sie werden nicht mehr frei ihr ganzes Leben!»*, Colonia, 1987, pp. 65-82; *idem*, *Schule der Diktatur*, pp. 13-20; Wissmann, *Es war eben unsere Schulzeit*, p. 162 y 193, para los pósters y los tableros de anuncios; Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 31-37: la muestra de películas en las escuelas se convirtió en un tema de discusión típico entre el ministro de Propaganda y el ministro de Educación (*ibid*., p. 32). La escuela de la radio tuvo en esta época poca importancia (*ibid*., pp. 32-33). Para los festivales, véase Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, pp. 69-76.

143. Wolfgang Keim, *Erziehungunterder Nazi-Diktatur*, II: *Kriegsvorbereitung, Kriegund Holocaust*, Darmstadt, 1997, pp. 34-56; Reinhard Dithmar, «Literaturunterricht und Kriegserlebnis im Spiegel der nationalsozialistischen Programmatik», en Hohmann (ed.), *Erster Weltkrieg*, pp. 54-74; Roland Schopf, «Von Nibelungentreue, Märtyrertodundverschwörerischer Verschwiegenheit», en *ibid*., pp. 194-214; Eilers, *Dienationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 85-98.

144. Norbert Hopster y Ulrich Nassen, *Literaturund Erziehungim Nationalsozialismus: Deutschunterrichtals Körperkultur*, Paderborn, 1983, pp. 31-40; Flessau, *Schule der Diktatur*, pp. 58-59.

145. *Ibid*., pp. 140-143.

146. Ortmeyer, *Schulzeit*, pp. 55-78, para la nazificación de una gran variedad de cuestiones; también Geert Platner (ed.), *Schule im Dritten Reich: Erziehung zum Tod? Eine Dokumentation*, Munich, 1983, pp. 42-54 y 246-255, para el racismo, y pp. 55-62 y 203-245, para el militarismo.

147. Flessau, *Schule der Diktatur*, pp. 82-84 y 143-154.

148. Citado en Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. VI, 1939, p. 329; ejemplos también en Wissmann, *Es war eben unsere Schulzeit*, pp. 59-69.

149. Franz Schnass, *Nationalpolitische Heimatund Erdkunde*, Osterwieck am Harz, 1938, especialmente en las pp. 54-55; Bruno Plache, *Das Raumgefüge der Welt. Erdkundebuch für Schulen mit höheren Lehrzielen*, I: *Deutschland*, Gotinga, 1939, especialmente en la p. 2. Hans-Gunther Bracht, *Das höhere Schulwesen im Spannungsfeld von Demokratie und Nationalsozialismus: Ein Beitrag zur Kontinuitätsdebatte am Beispiel der preussischen Aufbauschule*, Frankfurt, 1998, pp. 603-617, hace demasiado énfasis en la resistencia de estos temas a reelaborarse en los términos de la ideología nazi.

150. Flessau, *Schule der Diktatur*, pp. 82-83.

151. Henning Heske, *«...und morgen die ganze Welt...». Erdkundeunterricht im Nationalsozialismus*, Giessen, 1988, pp. 188-250; ejemplos incluidos Ekkehart Staritz, *Deutsches Volk und deutscher Raum: Vom alten Germanien zum Dritten Reich*, Berlín, 1938, y Friedrich W. Schaafhausen, *Das Auslandsdeutschtum*, Colonia, 1934. Para un buen compendio sobre la enseñanza nazi, véase Margret Kraul, *Das deutsche Gymnasium 1780-1980*, Frankfurt, 1984, pp. 157-165.

152. Flessau, *Schule der Diktatur*, 99, pp. 138-139.

153. Karl August Eckhardt, *Die Grundschulausbildung*, Dortmund, 1938, p. 90.

154. Platner (ed.), *Schule*, pp. 121-123. Sin embargo, los recuerdos de los alemanes más conocidos en esta colección, como el último canciller federal Helmut Kohl (pp. 82-83), subestiman la extensión en las escuelas, que penetró con el racismo y el militarismo en este periodo; los fragmentos del libro de texto reproducidos posteriormente (pp. 203-265) proporcionan una rectificación implícita.

155. Trapp, *Kölner Schulen*, pp. 39-40 y 51-55.

156. «Six Years Education in Nazi Germany», de autor anónimo, escrito entre 1945 y 1946; texto en el Leonard Nachlass, Caja 12, Carpeta «Englische Untersuchungen ueber die Deutschen zu verschiedenen Fragen der Schulpolitik», Georg-Eckert Institut für Schulbuchforschung, Braunschweig. Agradezco a Riccarda Torriani que me facilitara una copia de este documento.

157. Véase Bracht, *Das höhere Schulwesen*, para un buen estudio del equilibrio entre libertad y coacción en la enseñanza en una gran escuela. Hermann Schnorbach (ed.), *Lehrer und Schule unterm Hakenkreuz: Dokumente des Widerstandsvon 1930 bis 1945*, Königsteinim Taunus, 1983, es destacable la falta de documentos sobre la resistencia de los profesores y alumnos durante el Tercer Reich. Véase también Michael H. Kater, *Hitler Youth*, Cambridge, Mass., 2004, pp. 42-44, acerca del aumento de la politización y la resistencia de los profesores. Para los alumnos judíos, véase más adelante, pp. 562-563.

158. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 66-69 (números en la p. 68 n. 140).

159. Wolfgang Wippermann, «Das Berliner Schulwesen in der NS-Zeit. Fragen, Thesen und methodische Bemerkungen», en Benno Schmoldt (ed.), *Schule in Berlin: Gestern und heute*, Berlín, 1989, pp. 57-73, en las pp. 61-63; y Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, 1991, p. 208, dibuja en este y otros artículos las fuentes de la historia local.

160. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 98-99.

161. *Ibid*., pp. 3-6 y 69-75.

162. *Ibid*., p. 6, 72-75 y 76-85; Willi Feiten, *Der nationalsozialistische Lehrerbund: Entwicklung und Organisation: Ein Beitrag zum Aufbau und zur Organisationsstruktur des nationalsozialistischen Herrschaftssystems*, Weinheim, 1981, pp. 177-184 (números en p. 181); Wolfgang Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur, I: Antidemokratische Potentiale, Machtantritt und Machtdurchsetzung*, Darmstadt, 1995, pp. 97-112. Schemm murió en 1935 y su sucesor Wächtler corrigió la fecha de la fundación retrospectivamente de 1927 a 1929. Véase Schnorbach (ed.), *Lehrer und Schule*, pp. 26-27; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV (1937), pp. 874-875; y Trapp, *Kölner Schulen*, pp. 28-47.

163. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, p. 203; Wilfried Breyvogel y Thomas Lohmann, «Schulalltag im Nationalsozialismus», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 199-221, en las pp. 215-216.

164. Breyvogel y Lohmann, «Schulalltag», pp. 216-218; ejemplos de castigo corporal en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 208-209.

165. Broszat *et al*., *Bayern*, vol. I, p. 543 («Bericht NSLB, Kreis Garmisch Partenkirchen, Gau München-Oberbayern», 2 de junio de 1938); Trapp, *Kölner Schulen*, p. 39.

166. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 531-532.

167. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 205-212, y vol. III, 1936, pp. 205-207, probablemente exagerando la extensión de maestros con principios opuestos al régimen. Más comentarios sobre la disminución del número de profesores en *ibid*., vol. VI, 1939, pp. 322-326.

168. Las estadísticas oficiales, seleccionadas y comentadas, en *ibid*., vol. VI, 1939, pp. 319-320.

169. *Ibid*., vol. I, 1934, p. 580.

170. *Ibid*., vol. III, 1936, pp. 190-192.

171. *Ibid*., vol. VI, 1939, p. 321.

172. *Ibid*., vol. I, 1934, p. 568.

173. *Ibid*., vol. II, 1935, p. 202; Wissmann, *Es war eben unsere Schulzeit*, p. 173.

174. Behnken (ed.) *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, p. 1 y 48-49; Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, pp. 47-50.

175. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 54-66.

176. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 567-574.

177. *Ibid*., vol. III, 1936, p. 192.

178. Kater, *Hitler Youth*, p. 16; Arno Klönne, *Jugend im Dritten Reich: Die Hitler Jugend und ihre Gegner*, Colonia, 1999 (1982), pp. 33-34. Para un ejemplo de un ensayo sobre el tema de «Warum bin ich nicht in der Hitlerjugend?» del 25 de abril de 1934, véase Hohmann y Langer (eds.), *«Stolz»*, pp. 222-223 (n. 113: Aufsatz von M. S.: el estudiante prometió unir inmediatamente).

179. Klönne, *Jugend*, pp. 15-42, mesa de miembros en 33 (las cifras para 1939 incluyen Austria y territorios del sur). Para los días sin escuela, véase Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p. 552, y Trapp, *Kölner Schulen*, pp. 67-72 (también para las licencias denegadas). Sobre el joven Hitler, véase más recientemente a Kater, *Hitler Youth*.

180. Véase Hubert Steinhaus, *Hitlers pädagogische Maximen: «Mein Kampf» und die Destruktion der Erziehung im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1981, pp. 6575, y Flessau, *Schule der Diktatur*, pp. 22-31.

181. Hitler, *Mein Kampf*, p. 380, 383 y 389. [Hay trad. cast.: *Mi lucha*, M. E. Editores, Madrid, 1994.].

182. Karl Christoph Lingelbach, *Erziehung und Erziehungstheorien im nationalsozialistischen Deutschland: Ursprünge und Wandlungen der 1933-1945 in Deutschland vorherrschenden erziehungstheoretischen Strömungen; ihre politischen Funktionen und ihr Verhältnis zur ausserschulischen Erziehungspraxis des «Dritten Reiches»*, Frankfurt, 1987 (1970), pp. 25-33, 65-80 y 162-187; Ernst Hojer, *Nationalsozialismus und Pädagogik: Umfeld und Entwicklung der Pädagogik Ernst Kriecks,* Würzburg, 1996, pp. 5-33 (sobre Hitler).

183. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 701 (14 de septiembre de 1935); unas líneas adicionales.

184. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, p. 316.

185. Klönne, *Jugend*, pp. 57-62.

186. Citado en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 361.

187. *Ibid*., p. 362.

188. *Ibid*., vol. I, 1934, p. 554.

189. Klönne, *Jugend*, pp. 133-134; para un buen ejemplo; véase también Hermann Graml, «Integration und Entfremdung: Inanspruchnahme durch Staatsjugend und Dienstpflicht», en Ute Benz y Wolfgang Benz (eds.), *Sozialisation und Traumatisierung: Kinder in der Zeit des Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1992, pp. 70-79, en las pp. 74-79.

190. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 19-20.

191. *Ibid*., pp. 27-28; véase de forma más general Dagmar Resse, «Bund Deutscher Mädel — Zur Geschichte der weiblichen deutschen Jugend im Dritten Reich», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz und Arbeitsbuch: Zur Geschichteder Fraueninder Weimarer Republikundim Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1981), pp. 163-187.

192. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p. 554; de forma más general, véase Klönne, *Jugend*, pp. 121-127.

193. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p. 555.

194. *Ibid*., vol. III, 1936, pp. 313-314; recuerdos personales para el mismo efecto en Hans Siemsen, *Die Geschichte des Hitlerjungen Adolf Goer*, Düsseldorf, 1947, p. 49.

195. Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. IV, 1937, pp. 842-844.

196. Klönne, *Jugend*, p. 57; Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, pp. 77-89 (para las colecciones).

197. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 556-557.

198. Véase Reichsjugendführung (ed.), *HJ im Dienst: Ausbildungsvorschrift für die Ertüchtigung der deutschen Jugend*, Berlín, 1935.

199. Baldur von Schirach, *Die Hitler-Jugend: Idee und Gestalt*, Leipzig, 1938 (1934), pp. 57-65.

200. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 559-560; *ibid*., vol. II, 1935, pp. 219-220; *ibid*., vol. III, 1936, pp. 314-316 y 323; más ejemplos en *ibid*., vol. IV, 1937, pp. 839-842; más ejemplos de brutalidad en Kater, *Hitler Youth*, pp. 30-31.

201. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 366.

202. *Ibid*., p. 378 y 391-392.

203. *Ibid*.; también *ibid*., vol. III, 1936, pp. 324-326; y «Six Years Education in Nazi Germany», 4 (n. 156, más adelante).

204. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 379.

205. Kurt Hass (ed.), *Jugend unterm Schicksal — Lebensberichte junger Deutscher 1946-1949*, Hamburgo, 1950, pp. 61-62, citado en Klönne, *Jugend*, pp. 142-143.

206. Karl-Heinz Janssen, «Eine Welt brach zusammen», en Hermann Glaser y Axel Silenius (eds.), *Jugend im Dritten Reich*, Frankfurt, 1975, pp. 88-90.

207. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 391.

208. *Ibid*., vol. V, 1938, p. 403.

209. *Ibid*., vol. III, 1936, p. 320-322; Kater, *Hitler Youth*, p. 38, para un ejemplo de un joven Hitler denunciando a su padre a la Gestapo por criticar a Hitler.

210. Schirach, *Die Hitler-Jugend*, p. 104.

211. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 403-405.

212. *Ibid*., vol. III, 1936, pp. 322-323; para un ejemplo similar, véase Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 195 (31 de diciembre de 1936). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona.].

213. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 564-566.

214. *Ibid*., vol. V, 1938, p. 392, 395, 398 y 400; más ejemplos en *ibid*., vol. II, 1935, pp. 692-694.

215. *Ibid*., vol. V, 1938, p. 396; *ibid*., vol. III, 1936, pp. 317-319, para más escándalos sexuales; también Siemsen, *Die Geschichte*, pp. 172-173.

216. Kater, *Hitler Youth*, pp. 61-62, 151-152.

217. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, p. 845.

218. *Ibid*., vol. IV, 1937, p. 836, también en las pp. 876-877; de forma más general, Daniel B. Horn, «The Hitler Youth and Educational Decline in the Third Reich», *History of Education Quarterly*, 16, 1976, pp. 425-447.

219. Wissmann, *Es war eben unsere Schulzeit*, p. 52.

220. Michael Zimmermann, «Ausbruchshoffnungen: Junge Bergleute in den dreissiger Jahren», en Niethammer (ed.), *«Die Jahreweissmannicht»*, pp. 97-132, en laspp.99-100.

221. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, p. 286 (Vierteljahreslagebericht 1939 des Sicherheitshauptamtes).

222. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p.574; Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 121-126. Véase también, de forma más general, Ortmeyer, *Schulzeit*, pp. 61-64, y Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, pp. 5457.

223. Trapp, *Kölner Schulen*, p. 39.

224. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 50-54 y 111-114; Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. VI, 1939, p. 332.

225. *Ibid*., pp. 313-314; Trapp, *Kölner Schulen*, pp. 113-115.

226. Harald Scholtz, *NS-Ausleseschulen: Internatsschulen als Herrschaftsmittel des Führerstaates*, Gotinga, 1973, pp. 29-49 y 57-69; Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 41-42.

227. Elke Fröhlich, «Die drei Typen der nationalsozialistischen Ausleseschulen», en Johannes Leeb (ed.), *«Wir waren Hitlers Eliteschüler»: Ehemalige Zöglinge der NS-Ausleseschulen brechen ihr Schweigen*, Hamburgo, 1998, pp. 192-210, en las pp. 194-196 y 200.

228. *Ibid*., p. 201; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 386.

229. Fröhlich, «Die drei Typen», pp. 196-197.

230. Scholtz, *NS-Ausleseschulen*, p. 69; Horst Ueberhorst (ed.), *Elite für die Diktatur: Die Nationalpolitischen Erziehungsanstalten 1933-1945: Ein Dokumentarbericht*, Düsseldorf, 1969; véanse también los recuerdos en Leeb (ed.), *«Wir waren»*, pp. 19-21 y 76-77.

231. Fröhlich, «Die drei Typen», pp. 202-203; Kraul, *Das deutsche Gymnasium*, pp. 173-176, enfatizando la situación ambivalente de Napolas, entre las escuelas de elite y los centros de adoctrinamiento. Véase también Stefan Baumeister, *NSFührungskader. Rekrutierung und Ausbildung bis zum Beginn des Zweiten Weltkriegs 1933-1939*, Constanza, 1997, pp. 22-47. Kater, *Hitler Youth*, p. 52, exagerando un poco su eficacia; sobre esto, véase también Christian Schneider *et al., Das Erbe der NAPOLA: Versuch einer Generationengeschichte des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1996, especialmente en las pp. 33-91 y 189-192.

232. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, p. 112.

233. Scholtz, *NS-Ausleseschulen*, pp. 162-180; Kraul, *Das deutsche Gymnasium*, pp. 176-178.

234. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 387; Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 46-47.

235. Scholtz, *NS-Ausleseschulen*, p. 245.

236. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, p. 47; Fröhlich, «Die drei Typen», pp. 203-207; Baumeister, *NS-Führungskader*, pp. 48-66; véase también Kater, *Hitler Youth*, pp. 48-51.

237. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 387-388.

* Nombre por el que se conoce a los nobles alemanes, especialmente a los de la aristocracia prusiana.

238. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 48-49; Baumeister, *NSFührungskader*, pp. 67-76.

239. Hans-Dieter Arntz, *Ordensburg Vogelsang 1934-1945: Erziehung zur politischen Führung im Dritten Reich*, Euskirchen, 1986, p. 104, 180-182.

240. Hardy Krüger, «Von der Ordensburg nach Babelsberg», en Leeb (ed.), *«Wir waren»*, pp. 49-55.

241. Fröhlich, «Die drei Typen», pp. 208-210; Baumeister, *NS-Führungskader*, pp. 81-85; Scholtz, *NS-Ausleseschulen*, pp. 299-324.

242. Baumeister, *NS-Führungskader*, pp. 88-90; Scholtz, *NS-Ausleseschulen*, p. 288.

243. Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 21-22.

244. Industrieund Handelskammer Saarbrücken, citado en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 317, con más ejemplos.

245. Hans Schemm, *Hans Schemm spricht: Seine Reden und sein Werk*, Bayreuth, 1941 (1945), pp. 243-247, citado en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, pp. 282-283 [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973]; también Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, pp. 868-869; *ibid*., pp. 51-54.

246. *Ibid*., vol. I, 1934, p. 575.

247. Trapp, *Kölner Schulen*, 67, pp. 12-23.

248. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, p. 866.

249. *Ibid*., vol. IV, 1937, p. 878.

250. «Aus Tätigkeitsbericht des NSLB, Gau Mainfranken, Fachschaft II (Höhere Schulen), für das 2. und 3. Vierteljahr 1937», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, pp. 542-543.

251. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, p. 834. Véase también Georg Schwingl, *Die Pervertierungder Schuleim Nationalsozialismus: Ein Beitrag zum Begriff «Totalitäre Erziehung»*, Regensburg, 1993, pp. 159-164 («Schule als vormilitärische Institution»).

252. Michael Grüttner, *Studenten im Dritten Reich*, Paderborn, 1995, pp. 8792; Hellmut Seier, «Der Rektor als Führer. Zur Hochschulpolitik des Reichserziehungsministeriums 1934-1945», *VfZ*, 12, 1964, pp. 105-146. Paraeldiscursode Hitler, véase Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 744. Tradicionalmente, el de rector de barco había sido un cargo más ceremonial que oficial: para más ejemplos véase Frank Golczewski, *Kölner Universitätslehrer und der Nationalsozialismus: Personengeschichtliche Ansätze*, Colonia, 1988, pp. 248-260.

253. Citado en Grüttner, *Studenten*, p. 93.

254. *Ibid*., pp. 94-100. Para una reciente historia de la National Socialist German Students' League, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 214-215 y 429-431.[Haytrad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

255. Grüttner, *Studenten*, pp. 1-2; véase también, de forma más general, Michael S. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts: The German Students' Path to National Socialism, 1918-1935*, Chicago, 1977, pp. 72-103.

256. Grüttner, *Studenten*, pp. 245-259, citado en la p. 254; véase también Geoffrey J. Giles, *Students and National Socialism in Germany*, Princeton, N. J., 1985, pp. 136-150.

257. Grüttner, *Studenten*, pp. 259-260 y 324.

258. *Ibid*., pp. 287-316, citado en la p. 307; Helma Brunck, *Die Deutsche Burschenschaft in der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus,* Munich, 1999, especialmente en las pp. 330-359; Friedhelm Golücke (ed.), *Korporationen und Nationalsozialismus*, Schernfeld, 1989; Michael Grüttner, «Die Korporationen und der Nationalsozialismus», en Harm-Hinrich Brandt y Matthias Stickler (eds.), *«Der Burschen Herrlichkeit». Geschichte und Gegenwart des studentischen Korporationswesens*, Würzburg, 1998, pp. 125-143; Steinberg, *Sabers*, pp. 154-172; Giles, *Students*, pp. 175-186; Rosco G. S. Weber, *The German Student Corps in the Third Reich*, Londres, 1986, pp. 102-169 (informativo, pero exagerando un poco las dimensiones de la resistencia de las fraternidades al nazismo). Las fraternidades se disolvieron también incluidos los grupos católicos no beligerantes: véase Hans Jürgen Rösgen, *Die Auflösung der katholischen Studentenverbände im Dritten Reich*, Bochum, 1995, especialmente en las pp. 105-146.

259. Grüttner, *Studenten*, pp. 101-102 y 487. En ésta y en las estadísticas siguientes, las cifras de 1939 son de *Altreich*, i. e. no incluyen Austria y la parte anexionada de Checoslovaquia.

260. *Ibid*., pp. 126-135 y 490.

261. Eilers, *Nationalsozialistische Schulpolitik*, pp. 18-21.

262. Grüttner, *Studenten*, p. 491 y 109-126; Irmgard Weyrather, «Numerus Clausus für Frauen — Studentinnen im Nationalsozialismus», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp. 131-162; Jill Stephenson, *Women in Nazi Society*, Londres, 1975, pp. 130-146.

263. Grüttner, *Studenten*, pp. 102-103; Norbert Wenning, «Das Gesetz gegen die Oberfüllung deutscher Schulen und Hochschulen vom 25. April 1933 — ein erfolgreicher Versuch der Bildungsbegrenzung?», *Die deutsche Schule*, 78, 1986, pp. 141-160.

264. Domarus, *Hitler*, vol. II, pp. 251-252; véase también Wilhelm Treue, «Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10 November 1938)», *VfZ*, 6, 1958, pp. 175-191, el discurso completo reimpreso; *Völkischer Beobachter*, 10 de noviembre de 1938 («Adolf Hitlers Rede an Grossdeutschland»).

265. Para un buen ejemplo, véase Peter Chroust, *Giessener Universität und Faschismus. Studenten und Hochschullehrer 1918-1945*, 2 vols., Munster, 1994, vol. I, p. 187.

266. Grüttner, *Studenten*, pp. 104-109.

267. *Ibid*., pp. 227-229, citado en las pp. 227-228.

268. Gerhard Szczesny, *Als die Vergangenheit Gegenwart war: Lebensanlauf eines Ostpreussen*, Berlín, 1990, p. 90, citado junto con otros, parecidos, recuerdos en Grüttner, *Studenten*, pp. 230-231.

269. *Ibid*., pp. 229-237.

270. *Ibid*., pp. 260-271 y 341-348.

271. *Ibid*., pp. 317-331, citas en la p. 329 y 331; conclusiones semejantes en Konrad H. Jarausch, *Deutsche Studenten 1800-1970*, Frankfurt, 1984, pp. 197-198; y Geoffrey J. Giles, «The Rise of the National Socialist Students Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp. 160-185, en pp. 180-181; véase también Steinberg, *Sabers*, pp. 141-153 y Giles, *Students*, pp. 186-201.

272. «Eine nötig gewordene Klarstellung», *Der Student in Mecklenburg Lübeck*, 15 de diciembre de 1936, 9, citado en Grüttner, *Studenten*, p. 156.

273. *Ibid*., pp. 155-167.

274. *Ibid*., pp. 168-178, citado en p. 174 n. 99.

275. *Ibid*., pp. 331-340.

276. *Ibid*., pp. 178-193; citado en p. 174 n. 99.

277. Para el punto de vista que defiende que la influencia nazi fue grande y profunda en las universidades alemanas, véase Steven P. Remy, *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University*, Cambridge, Mass., 2002, pp. 50-84; pero sus argumentos están basados en una selección simple de los profesores nazis y sus investigaciones, una explicación de aspectos de la vida universitaria como los nombramientos para los títulos honoris causa, la fundación de nuevos centros de investigación, edición de revistas u otras publicaciones, en última instancia temas secundarios, y casi completamente desatendidos por los profesores. También trata de la extensión de las ideas conservadoras anteriores al nazismo, como si hubieran sido importadas a las universidades por los nazis. Véase también Christian Jansen, *Professoren und Politik: Politisches Denken und Handeln der Heidelberger Hochschullehrer 1914-1935*, Gotinga, 1992, especialmente las pp. 230-236, demostrando el giro de los profesores de Heidelberg hacia posiciones anti-Weimar pero no contrarias al nazismo entre 1930-1935.

278. Léon Poliakovy Josef Wulf, *Das Dritte Reichund seine Denker: Dokumente*, Berlín, 1959, p. 73; Wilhelm Ribhegge, *Geschichte der Universität Münster: Europa in Westfalen*, Munster, 1985, p. 194.

279. Golczewski, *Kölner Universitätslehrer*, pp. 338-349.

280. Grüttner, *Studenten*, pp. 198-205; Krieck en la p. 204; Giles, *Students*, pp. 151-162; véase el intento de establecer un equilibrio por Hellmut Seier, «Nationalsozialistisches Wissenschaftsverständnis und Hochschulpolitik», en Leonore Siegele-Wenschkewitz y Gerda Stuchlik (eds.), *Hochschule und Nationalsozialismus: Wissenschaftsgeschichte und Wissenschaftsbetrieb als Thema der Zeitgeschichte*, Frankfurt, 1990, pp. 5-21.

281. Hans-Paul Höpfner, *Die Universität Bonnin Dritten Reich: Akademische Biographien unter nationalsocialistischer Herrschaft*, Bonn, 1999, pp. 540-544.

282. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, p. 83 (Jahreslagebericht 1938 des Sicherheitshauptamtes).

283. Alan D. Beyerchen, *Scientists under Hitler. Politics and the Physics Community in the Third Reich*, New Haven, Conn., 1977, pp. 79-85.

284. *Ibid*., pp. 85-102; cita (93) de las memorias no publicadas de Lenard, citado en Charlotte Schmidt Schönbeck, *300 Jahre Physik und Astronomie an der Kieler Universität*, Kiel, 1965, p. 119.

285. Beyerchen, *Scientists*, pp. 103-116.

286. Grüttner, *Studenten*, pp. 194-198; Beyerchen, *Scientists*, pp. 63-64 y 116-140; Werner Heisenberg, *Der Teil und das Ganze: Gespräche im Umkreis der Atomphysik*, Munich, 1969, pp. 206-212 [Hay trad. cast.: *La parte y el todo*: *conversando en torno a la física atómica*, El logo Ediciones, Castellón de la Plana, 2004]; pero véase también Paul Forman, «Physics and Beyond: Historiographic Doubts: Encounters and Conversations with Werner Heisenberg», *Science*, 172, 14 de mayo de 1971, pp. 687-688; y Steffen Richter, «Die "Deutsche Physik"», en Herbert Mehrtens y Steffan Richter (eds.), *Naturwissenschaft, Technik und NSIdeologie: Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte des Dritten Reichs*, Frankfurt, 1980, pp. 116-141, enfatiza la naturaleza política de la física de Aryan y sus fracasos para hacer una contribución real a la teoría de la ciencia o la experimentación.

287. Beyerchen, *Scientists*, pp. 141-167.

288. Helmut Lindner, «“Deutsche” und “gegentypische” Mathematik. Zur Begründung einer “arteigenen Mathematik” im “Dritten Reich” durch Ludwig Bieberbach», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp. 88-115, especialmente en las pp. 105-108.

289. Martin Bechstedt, «“Gestalthafte Atomlehre”— Zur “Deutschen Chemie” im NS-Staat», en *ibid*., pp. 142-165; también Horst Remane, «Conrad Weygand und die “Deutsche Chemie”», en Christoph Meinel y Peter Voswinckel (eds.), *Medizin, Naturwissenschaft, Technikund Nationalsozialismus. Kontinuitäten und Diskontinuitäten*, Stuttgart, 1994, pp. 183-191.

290. Herbert Mehrtens, «Entartete Wissenschaft? Naturwissenschaften und Nationalsozialismus», en Siegele Wenschkewitz y Stuchlik (eds.), *Hochschule und Nationalsozialismus*, pp. 113-128.

291. Beyerchen, *Scientists*, pp. 71-78; Remy, *The Heidelberg Myth*, pp. 55-56; Horst Moller, «Nationalsozialistische Wissenschaftsideologie», en Jörg Tröger (ed.), *Hochschuleund Wissenschaftim Dritten Reich*, Frankfurt, 1984, pp. 65-76, especialmente en las pp. 74-76; y Klaus Hentschel (ed.), *Physics and National Socialism: An Anthology of Primary Sources*, Basle, 1996, pp. 116-118 (reimprimiendo un artículo anónimodelarevista *Nature*, 136, 14 de diciembre de 1935, pp. 927-928, sobre «el nacionalsocialismo y la ciencia internacional».

292. Helmut Maier (ed.), *Rüstungsforschung im Nationalsozialismus: Organisation, Mobilisierung und Entgrenzung der Technikwissenschaften*, Gotinga, 2002, particularmente útil en compañía delasinvestigacionesyla evolución; *idem*, *Forschungals Waffe: Rüstungsforschung inder Kaiser-Wilhelm Gesellschaftunddas KWI für Metallforschung 1900 bis 1947*, Gotinga, 2005; Susanne Heim, *Kalorien, Kautschuk, Karrieren. Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten 1933-1945*, Gotinga, 2003; Herbert Mehrtens, «Kollaborationsverhältnisse: Naturund Technikwissenschaften im NS-Staat und ihre Historie», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp. 13-32.

293. Kristie Macrakis, *Surviving the Swastika: Scientific Research in Nazi Germany*, Nueva York, 1993, especialmente las pp. 84-186 y 199-205; John Gimbel, *Science, Technology and Reparations: Exploitation and Plunder in Postwar Germany*, Stanford, Calif., 1990, p. 22.

294. Véase en general Hartmut Lehmann y Otto Gerhard Oexle (eds.), *Nationalsozialismus in den Kulturwissenschaften*, 2 vols., Gotinga, 2004.

295. Karen Schönwälder, *Historiker und Politik: Geschichtswissenschaft im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1992, pp. 75-88, cita en la p. 77 y 311 n. 85; Helmut Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des neuen Deutschlands*, Stuttgart, 1966, para un estudio extremadamente detallado; Winfried Schulze, «German Historiography from the 1930s to the 1950s», en Hartmut Lehmann y James Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity: Central European Historiography from the 1930 s to the 1950s*, Cambridge, 1994, pp. 19-42, en las pp. 24-25; más detalles en *idem*, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Munich, 1989, especialmente en las pp. 31-45; véase también Bernd Faulenbach, «Tendenzen der Geschichtswissenschaft im "Dritten Reich"», en Renate Knigge-Tesche (ed.), *Berater der braunen Macht: Wissenschaft und Wissenschaftler im NS-Staat*, Frankfurt, 1999, pp. 26-52, especialmente en las pp. 36-37 y 45-47; Peter Lambert, «From Antifascist to *Volkshistoriker: Demos* and *Ethnos* in the Political Thought of Fritz Rörig, 1921-45», en Stefan Berger *et al*. (eds.), *Writing National Histories: Western Europe Since 1800*, Londres, 1999, pp. 137-149.

296. Schönwälder, *Historiker*, p. 87; véase también el útil estudio sobre la Alemania del Este (que puede utilizarse con las habituales reservas) de Hans Schleier, «Die *Historische Zeitschrift* 1918-1943», en Joachim Streisand (ed.), *Studien über die deutsche Geschichtswissenschaft von 1871 bis 1945*, 2 vols., Berlín, 1965, 1969, vol. II, pp. 251-302, y del mismo autor un breve estudio más reciente, «German Historiography under National Socialism: Dreams of a Powerful Nationstate and German *Volkstum* Come True», en Berger *et al*. (eds.), *Writing National Histories*, pp. 176-188.

297. Schönwälder, *Historiker*, pp. 85-86; Gerhard Ritter, «Die deutschen Historikertage», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 4, 1953, pp. 513-521, en la p. 517.

298. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, p. 86 (Jahreslagebericht 1938 des Sicherheitshauptamtes).

299. Véase de forma másgeneral Ingo Haar, *Historikerim Nationalsozialismus: Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Gotinga, 2002; Michael Burleigh, *Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988; Christoph Klessmann, «Osteuropaforschung und Lebensraumpolitik im Dritten Reich», en Peter Lundgreen (ed.), *Wissenschaft im Dritten Reich*, Frankfurt, 1985, pp. 350-383; Karl Ferdinand Werner, *Das NSGeschichtsbild und die deutsche Geschichtswissenschaft*, Stuttgart, 1967, especialmente en las pp. 9-23.

300. James Van Horn Melton, «Continuities in German Historical Scholarship, 1933-1960», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp. 1-18, en la p. 5; Georg G. Iggers, «Introduction», en *idem* (ed.), *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Leamington Spa, 1985, pp. 1-48, en la p. 17. Franz Schnabel fue uno de los pocos despedidos en 1933, un historiador católico liberal y autor de una gran obra, de varios volúmenes, sobre la historia del siglo xix en Alemania (Lothar Gall, «Franz Schnabel (1887-1966)», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp. 155-165).

301. Hans Rothfels, *Ostraum, Preussentum und Reichsgedenke: Historische Abhandlungen. Vorträge und Reden*, Leipzig, 1935, p. vi; Schönwälder, *Historiker*, pp. 78-79 y 91-104.

302. *Ibid*., pp. 77-80. Véase también Peter Schöttler (ed.), *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft 1918-1945*, Frankfurt, 1997; Willi Oberkrome, *Volksgeschichter: Methodische Innovation undvölkische Ideologisierunginder deutschen Geschichtswissenschaft 1918-1945*, Gotinga, 1992, especialmente en las pp. 102-170; y Reinhard Kühnl, «Reichsdeutsche Geschichtswissenschaft», en Tröger (ed.), *Hochschule*, pp. 92-104.

303. Christoph Cornelissen, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. Jahrhundert*, Dusseldorf, 2001, pp. 230-246 (cita en la p. 245, de Gerhard Ritter, *Friedrich der Grosse. Ein historisches Profil*, Leipzig, 1936, pp. 252-253); véase también Klaus Schwabe, «Change and Continuity in German Historiography from 1933 into the Early 1950s: Gerhard Ritter (1888-1967)», en Lehmann y Melton (eds.), *Paths*, pp. 82-108.

304. Carsten Klingemann, *Soziologie im Dritten Reich,* Baden-Baden, 1996, para un estudio de los distintos institutos y universidades de Alemania; véase también *idem*, «Social-Scientific Experts — No Ideologues: Sociology and Social Research in the Third Reich», en Stephen P. Turner y Dirk Käsler (eds.), *Sociology Responds to Fascism*, Londres, 1992, pp. 127-154; Otthein Rammstedt, «Theorie und Empirie des Volksfeindes. Zur Entwicklung einer "deutschen Soziologie"», en Lundgreen (ed.), *Wissenschaft*, pp. 253-313; también Klaus Brintzinger, *Die Nationalökonomie an den Universitäten Freiburg, Heidelberg und Tübingen 1918-1945: Eine institutionshistorische, vergleichende Studie der wirtschaftswissenschaftlichen Fakultäten und Abteilungen südwestdeutscher Universitäten,* Frankfurt, 1996.

305. Wilhelm Vosskamp, «Kontinuität und Diskontinuität: Zur deutschen Literaturwissenschaft im Dritten Reich», en Lundgreen (ed.), *Wissenschaft*, pp. 140-162.

306. Höpfner, *Die Universität Bonn*, pp. 34-38 y 146-217. Véase de forma más general en Lehmann y Oexle (eds.), *Nationalsozialismus*.

307. Michael H. Kater, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, 1989, pp. 111-120.

308. *Ibid*., pp. 22-25 y 120-121.

309. *Ibid*., pp. 120-126 y 147. Höpfner, *Die Universität Bonn*, pp. 271-330. Según Kater, el 17 por 100 de los doctores de Alemania en 1933 eran judíos, y la proporción de profesores universitarios de medicina era sin duda muy alta (Kater, *Doctors*, p. 139).

310. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 35 (9 de octubre de 1933). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona.].

311. Kater, *Doctors*, pp. 172-173.

312. Robert N. Proctor, *The Nazi War on Cancer*, Princeton, N. J., 1999, pp. 198-203.

313. *Ibid*., pp. 6-7.

314. Kater, *Doctors*, pp. 174-176.

1. Spotts, *Hitler*, pp. 386-389; Martin Kornrumpf, *HAFRABA e. V.: Deutsche Autobahn-Planung 1926-1934*, Bonn, 1990; Kurt Gustav Kaftan, *Der Kampf um die Autobahnen: Geschichte der Autobahnen in Deutschland 1907-1935*, Berlín, 1955.

2. Franz Wilhelm Seidler, «Fritz Todt: From Motorway Builder to Minister of State», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 245-256, en las pp. 245-249; más detalles en *idem*, *Fritz Todt: Baumeister Dritten Reiches*, Berlín, 1987 (1986).

3. Fritz Todt, «Der Strassenbau in nationalsozialistischen Staat», en Hans Heinrich Lammers y Hans Pfundtner (eds.) *Grundlagen, Aufbau und Wirtschaftsordnung des nationalsozialistischen Staates*, 3 vols., Berlín, 1937, vol. III: *Die Wirtschaftsordnung des nationalsozialistischen Staates*; véase también James Shand, «The *Reichsautobahn*: Symbol for the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, 19, 1984, pp. 189-200; y Erhard Schütz y Eckhard Gruber, *Mythos Reichsautobahn: Bau und Inszenierung der «Strassen des Führers» 1933-1941*, Berlín, 1996.

4. Spotts, *Hitler*, pp. 391-393; Rainer Stommer (ed.), *Reichsautobahn: Pyramiden des Dritten Reiches*, Marburgo, 1982, p. 107; Thomas Zeller, «"The Landscape's Crown": Landscape, Perception, and Modernizing Effects of the German Autobahn System, 1934-1941», en David E. Nye (ed.), *Technologies of Landscape: From Reaping to Recycling*, Amherst, Mass., 1999, pp. 218-240.

5. Spotts, *Hitler*, pp. 393-394; Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945: Die Entfesselung der Gewalt: Rassismus und Krieg*, Frankfurt, 1996, pp. 97-8; Hans-Joachim Winkler, *Legenden um Hitler*, Berlín, 1963, pp. 7-14; Dan P. Silverman, *Hitler's Economy: Nazi Work Creation Programs 1933-1936*, Cambridge, Mass., 1998, pp. 147-157.

6. Richard J. Overy, «Cars, Roads, and Economic Recovery in Germany, 1932-1938», *Economic History Review*, 2a serie, 28, 1975, pp. 466-483, reimpreso en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994, pp. 68-89.

7. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, pp. 250-251.

8. Overy, «Cars, Roads, and Economic Recovery»; *Weekly Report of the German Institute for Business Research* (Institut für Konjunkturforschung, Berlin), vol. 7, n.º 10 (7 de marzo de 1934), pp. 53-55.

9. Gerhard Kroll, *Von der Weltwirtschaftskrise zur Staatskonjunktur*, Berlín, 1958, p. 462 y 505; también Harry Niemann y Armin Hermann (eds.), *Die Entwicklung der Motorisierung im Deutschen Reich und den Nachfolgestaaten*, Stuttgart, 1995.

10. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 153 (traducción corregida). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

11. *Ibid*., p. 158 (traducción corregida).

12. Geoffrey Spencely, «R. J. Overy and the Motorisierung: A comment», *Economic History Review*, 32, 1979, pp. 100-106; Richard J. Overy, «The German *Motorisierung* and Rearmament. A Reply», *Economic History Review*, 32, 1978, pp. 207-213.

13. Heinz Wehner, «Die Rolle des faschistischen Verkehrswesens in der ersten Periode des zweiten Weltkrieges», *Bulletin des Arbeitskreises Zweiter Weltkrieg*, 2, 1966, pp. 37-61, en las pp. 41-42, citado en Hans-Erich Volkmann, «The National Socialist Economy in Preparation for War», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany and the Second World War*, 10 vols., Oxford, 1990-(1979-), vol. I: *The Build-up of German Aggression*, Oxford, 1990, pp. 157-372, en las pp. 228-229.

14. Klaus Hildebrand, «Die Deutsche Reichsbahn in der nationalsozialistischen Diktatur 1933-1945», en Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland. Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Munich, 1999, pp. 165-243, en las pp. 176-177; véase también Stefan Arold, *Die technische Entwicklung und rüstungswirtschaftliche Bedeutung des Lokomotivbaus der Deutschen Reichsbahn im Dritten Reich (1933-1945)*, Stuttgart, 1997. El característico gigantismo conceptual de Hitler incluso se hizo sentir aquí, con su propósito de crear, un nuevo ferrocarril mucho más grande que el que ya existía (*ibid*., p. 97).

15. Fritz Blaich, *Wirtschaft und Rüstung im «Dritten Reich»*, Dusseldorf, 1987, pp. 15-20; Simon Reich, *The Fruits of Fascism: Postwar Prosperity in Historical Perspective*, Ithaca, N. Y., 1990, p. 151.

16. Hans Mommsen y Manfred Grieger, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, Dusseldorf, 1996, pp. 52-113; para la organización Strength Through Joy, véase más adelante, pp. 465-475.

17. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 488.

18. Shelley Baranowski, *Strength Through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Nueva York, 2004, pp. 240-241; Reich, *The Fruits*, pp. 147-201; en 1938 la producción de Ford y Opel fue el 52 por 100 de todos los vehículos fabricados y vendidos en Alemania (*ibid*., p. 159).

19. Karl Lärmer, *Autobahnbau in Deutschland 1933 bis 1945: Zu den Hintergründen*, Berlín, 1975, pp. 54-57; Silverman, *Hitler's Economy*, p. 261.

20. Richard J. Overy, «Unemployment in the Third Reich», en *idem*, *War and Economy*, pp. 37-67, en las pp. 37-42 (originalmente publicado con el mismo título en *Business History*, 29, 1987, pp. 253-282); Dietmar Petzina, «The Extent and Causes of Unemployment in the Weimar Republic», en Peter D. Stachura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Londres, 1986, pp. 29-48.

21. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, p. 234.

22. Willi A. Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft 1930—1945: Interna des Reichswirtschaftsministeriums*, Dusseldorf, 1983, pp. 13-29.

23. Avraham Barkai, *Nazi Economics: Ideology, Theory, and Policy*, Oxford, 1990 (1988), pp. 28-35; Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 29-38; Wolfram Fischer, *Deutsche Wirtschaftspolitik 1918-1945*, Opladen, 1968, pp. 52-55.

24. Michael Schneider, «The Development of State Work Creation Policy in Germany, 1930-1933», en Stachura (ed.), *Unemployment*, pp. 163-186; Helmut Marcon, *Arbeitsbeschaffungspolitik der Regierungen Papen und Schleicher. Grundsteinlegung für die Beschäftigungspolitik im Dritten Reich*, Bern, 1974.

25. Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, pp. 95-96; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 256-262.

26. Overy, «Unemployment», pp. 63-65; *Weekly Report of the German Institute for Business Research*, vol. 7, n.º 17 (3 de mayo de 1934), pp. 77-82.

27. Extracto de la Ley traducido en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 257; Pine, *Nazi Family Policy*, p. 17.

28. Helen L. Boak, «The State as an Employer of Women in the Weimar Republic», en William Robert Lee y Eve Rosenhaft (eds.), *The State and Social Change in Germany, 1880-1980*, Oxford, 1990, pp. 61-98; de forma más general, Renate Bridenthal y Claudia Koonz, «Beyond *Kinder, Küche, Kirche*: Weimar Women in Politics and Work», en Renate Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984, pp. 33-65.

29. Julia Sneeringer, *Winning Women's Votes: Propaganda and Politics in Weimar Germany*, Chapel Hill, N. C., 2002.

30. *Frankfurter Zeitung*, 9 de septiembre de 1934, citadoen Noakesy Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 255-256.

31. Goebbels, *Michael*, p. 41 (edición de 1934), citado en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, p. 41. [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973.].

32. Engelbert Huber, *Das ist Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1933, pp. 121-122, citado en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, p. 47. [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973.].

33. Clifford Kirkpatrick, *Women in Nazi Germany*, Londres, 1939, p. 121.

34. Helgard Kramer, «Frankfurt's Working Women: Scapegoats or Winners of the Great Depression?», en Richard J. Evans y Dick Geary (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich*, Londres, 1987, pp. 108-141.

35. Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, pp. 89-91; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 59-64. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

36. Werner Abelshauser, «Kriegswirtschaft und Wirtschaftswunder. Deutschlands wirtschaftliche Mobilisierung für den Zweiten Weltkrieg und die Folgen für die Nachkriegszeit», *VfZ*, 47, 1999, pp. 503-538; versión inglesa, de un tamaño enorme, en *idem*, «Germany: Guns, Butter, and Economic Miracles», en Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, pp. 122-176.

37. Harold James, «Innovation and Conservatism in Economic Recovery: The Alleged «Nazi Recovery» of the 1930s», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp. 114-138; Peter Marschalck, *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt, 1984, pp. 67-71 y 148.

38. Silverman, *Hitler's Economy*, p. 244 y 359 n. 68, criticando las estadísticas proporcionadas por Overy, «Unemployment», p. 65; sin embargo, las cifras de la República de Weimar no son admirables en ningún caso: véase también Dan P. Silverman, «A Pledge Unredeemed: The Housing Crisis in Weimar Germany», *Central European History*, 3, marzo de 1970, pp. 112-139, en las pp. 119-120. Véase también Blaich, *Wirtschaft*, pp. 15-21.

39. «Germany's Economic Recovery», *The Economist*, 10 de agosto de 1935, pp. 271-272.

40. Willi Hemmer, *Die «unsichtbaren» Arbeitslosen. Statistische Methoden — Soziale Tatsachen*, Zeulenroda, 1935, p. 189; también Christoph Buchheim, «Zur Natur des Wirtschaftsaufschwungs in der NS-Zeit», en *idem et al*. (eds.), *Zerrissene Zwischenkriegszeit: Wirtschaftshistorische Beiträge: Knut Borchardt zum 65. Geburtstag*, Baden-Baden, 1994, pp. 97-119, en las pp. 105-107.

41. Birgit Wulff, «The Third Reich and the Unemployed: National Socialist Workcreation Schemes in Hamburg, 1933-4», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, pp. 281-302; Timothy W. Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»,* Providence, R. I., 1993 (1977), pp. 109-128; Fritz Petrick, «Eine Untersuchung zur Beseitigung der Arbeitslosigkeit unter der deutschen Jugend in den Jahren von 1933 bis 1935», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1967, pp. 287-300; Claudia Brunner, *Arbeitslosigkeit im NS-Staat: Das Beispiel München*, Pfaffenweiler, 1997, pp. 337-340.

42. Birgit Wulff, *Arbeitslosigkeit und Arbeitsbeschaffungsmassnahmen in Hamburg 1933-1939: Eine Untersuchung zur nationalsozialistischen Wirtschaftsund Sozialpolitik*, Frankfurt, 1987, especialmente en las pp. 269-82; detalles de otras áreas en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 123-129 y 214-225.

43. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 786-787; Silverman, *Hitler's Economy*, pp. 10-27 y 164-174; Bernhard Vollmer (ed.), *Volksopposition im Polizeistaat*, pp. 96-97.

44. Christoph Buchheim, «Die Wirtschaftsentwicklung im Dritten Reich — mehr Desaster als Wunder. Eine Erwiderung auf Werner Abelshauser», *VfZ*, 49, 2001, pp. 653-654; de un enorme tamaño *idem*, «Zur Natur».

45. «Germany's Economic Recovery», *The Economist*, 10 de agosto de 1935, pp. 271-272, y 17 de agosto de 1935, pp. 316-317; *Weekly Report of the German Institute for Business Research*, vol. 8, n.º 22/23, 8 de junio de 1935, pp. 45-47; *ibid*., n.º 32/33, 22 de agosto de 1935, pp. 64-66; «Unemployment in Germany», *The Economist*, 31 de agosto de 1935, p. 421.

46. Karl-Heinz Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler*, 1933-1934, vol. I, pp. 49-51; también en Blaich, *Wirtschaft*, pp. 55-56 (Ministerbesprechung vom 8. 2. 1933).

47. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 221-222; Dietmar Petzina, «Hauptprobleme der deutschen Wirtschaftspolitik 1932/33», *VfZ*, 15, 1967, pp. 1855, en la p. 40; Günther Gereke, *Ich war königlich-preussischer Landrat*, Berlín, 1970, pp. 157-158.

48. Spotts, *Hitler*, pp. 393-394.

49. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, pp. 250-251.

50. Blaich, *Wirtschaft*, pp. 15-26.

51. Neil Gregor, *Daimler-Benz in the Third Reich*, Londres, 1998, p. 54; Fritz Blaich, «Why Did the Pioneer Fall Behind? Motorization in Germany between the Wars», en Theo Barker (ed.), *The Economic and Social Effects of the Spread of Motor Vehicles: An International Centenary Tribute*, Londres, 1988, pp. 148-164; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 480-485; Mommsen y Grieger, *Das Volkswagenwerk*, pp. 179-202 (cifras en la p. 197).

52. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 228-229.

53. Robert J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party, 1933-1939*, Londres, 1968 (1966), pp. 65-66, citando las memorias no publicadas de Field-Marshal von Weichs.

54. «Sitzung des Ausschusses der Reichsregierung für Arbeitsbeschaffung vom 9. 2. 1933», en Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler, 1933-1934*, vol. I, pp. 58-69, y Blaich, *Wirtschaft*, pp. 56-58. A pesar de las apariencias la noticia no escapó a los observadores extranjeros. En 1935, un corresponsal británico recogía en un reportaje sobre el Reich Bureau of Statistics: «Reducciones en el «trabajo-creación», esto se muestra en dicho reportaje, *incluidas* las reducciones en el armamento» (*The Economist*, 10 de agosto de 1935, p. 280; cursiva en el original).

55. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 223-224; Michael Geyer, *Deutsche Rüstungspolitik 1860-1980*, Frankfurt, 1984, pp. 139-140; *idem*, «Das Zweite Rüstungsprogramm (1930-1934): Eine Dokumentation', *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 17, 1975, pp. 125-172, en la p. 134 y 158; véase también Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 29-33.

56. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 228-234; también Peter Kirchberg, «Typisierung in der Kraftfahrzeugindustrie und der Generalbevollmächtigte für das Kraftfahrwesen», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1969, pp. 117-142; véase también Edward L. Homze, *Arming the Luftwaffe: The Reich Air Ministry and the German Aircraft Industry, 1919-1939*, Lincoln, Nebr., 1976. Muchas publicaciones relacionadas con esto subestiman la extensión del rearme desde el principio del Tercer Reich y el papel del Estado, y descuida el imperativo militar tras muchas medidas de creación de trabajo aparentemente civiles: véase por ejemplo Overy, «Cars, Roads and Economic Recovery»; *idem*, «Hitler's War Plans and the German Economy, 1933-1939», en *idem*, *War and Economy*, pp. 177-204; Michael Wolffsohn, «Arbeitsbeschaffung und Rüstung im nationalsozialistischen Deutschland 1933», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 22, 1978, pp. 9-22; o Burton H. Klein, *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, Mass., 1959; para algunoscomentarioscríticos, véase Barkai, *Nazi Economics*, pp. 217-224, y Berenice A. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968. Sauer puso énfasis en la primacía del rearmamento, *Die Mobilmachung*, pp. 140-164.

57. Wilhelm Deist, «The Rearmament of the Wehrmacht», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany*, vol. I, pp. 373-540, en la p. 487.

58. *Ibid*., pp. 456-457; O'Neill, *The German Army*, pp. 134-135.

59. Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, p. 171.

60. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 234-238; Hans Luther, *Vor dem Abgrund 1930-1933: Reichsbankpräsident in Krisenzeiten*, Frankfurt, 1964, especialmente en el último capítulo, pp. 302-308.

61. Hjalmar Schacht, *My First Seventy-Six Years: The Autobiographyof Hjalmar Schacht*, Londres, 1955, pp. 10-154.

* Moneda introducida en 1923 para obtener la hiperinflación.

62. *Ibid*., pp. 155-306.

63. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 234-241; véase también Willi A. Boelcke, *Die Kosten von Hitlers Krieg: Kriegsfinanzierung und finanzielles Kriegserbe in Deutschland 1933-1948*, Paderborn, 1985; Fischer, *Deutsche Wirtschaftspolitik*, pp. 66-71; Dietmar Petzina, *Diedeutsche Wirtschaftinder Zwischenkriegszeit*, Wiesbaden, 1977, pp. 117-124.

64. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 173-200; Blaich, *Wirtschaft*, p. 28.

65. Gustavo Corni y Horst Gies, *Brot, Butter, Kanonen. Die Ernährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers*, Berlín, 1997, pp. 75-250, actualmente es el trabajo más concienzudo sobre el Reich Food Estate. Véase también Horst Gies, «Der Reichsnährstand: Organ berufsständischer Selbstverwaltung oder Instrument staatlicher Wirtschaftslenkung?», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 21, 1973, pp. 216-33; y *idem*, «Die Rolledes Reichsnährstandesim Nationalsozialistischen Herrschaftssystem», en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *The «Führer State»: Myth and Reality: Studies on the Structure and Politics of the Third Reich*, Stuttgart, 1981, pp. 270-304.

66. Horst Gies, «Aufgaben und Probleme der nationalsozialistischen Ernährungswirtschaft 1933-1939», *Vierteljahrschrift für Sozialund Wirtschaftsgeschichte*, 22, 1979, pp. 466-499.

67. Blaich, *Wirtschaft*, p. 27; Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 245-272.

68. Blaich, *Wirtschaft*, pp. 23-24 y 27; Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 258-262; Michael Krüger-Charlé, «Carl Goerdelers Versuche der Durchsetzung einer alternativen Politik 1933 bis 1937», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler*, Munich, 1986, pp. 383-404.

69. Gies, «Die Rolle»; véase también *idem*, «Der Reichsnährstand»; *idem*, «Revolution oder Kontinuität? Die personelle Struktur des Reichsnährstandes», en Günther Franz (ed.), *Bauernschaft und Bauernstand 1500-1970: Büdinger Vorträge 1911-1972*, Limburgo, 1975, pp. 323-330; John E. Farquharson, *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany 1928-45*, Londres, 1976, pp. 161-182.

70. Gies, «Die Rolle»; Jürgen von Krudener, «Zielkonflikte in der nationalsozialistischen Agrarpolitik: Ein Beitrag zur Diskussion des Leistungsproblems in zentralgelenkten Wirtschaftssystemen», *Zeitschriftfür Wirtschafts-und Sozialwissenschaften*, 94, 1974, pp. 335-361; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 488-498; Gustavo Corni, *Hitler and the Peasants: Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, Princeton, N. J., 1990 (1989), pp. 245-268; Beatrix Herlemann, *«Der Bauer klebt am Hergebrachten»: Bäuerliche Verhaltensweisen unterm Nationalsozialismus auf dem Gebiet des heutigen Landes Niedersachsen*, Hanover, 1993, pp. 74-77 y 145-153; Farquharson, *The Plough*, pp. 71-106.

71. Véase Corni, *Hitler and the Peasants*, pp. 220-244; Farquharson, *The Plough*, pp. 183-202; Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 154-171.

72. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 293-300 y 350-354.

73. John H. Farquharson, *The Plough*, pp. 169-170; para un buen ejemplo sobre la triunfante transición a la autarquía en este área, véase John Perkins, «Nazi Autarchic Aspirations and the Beet-Sugar Industry, 1933-39», *European History Quarterly*, 20, 1990, pp. 497-518; de forma más general, véase Corni, *Hitler and the Peasants*, pp. 156-183.

74. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 624-642; para un concienzudo estudio de la producción de alimentos y la regulación de los mercados, véase Corni y Gies, *Brot*, pp. 251-395.

75. El punto de vista de Peter Temin queda recogido en *Lessons from the Great Depression*, Cambridge, Mass., 1989, pp. 109-111 [Hay trad. cast.: *Lecciones de la Gran Depresión*, Alianza, Madrid, 1995], que argumenta que la economía del Tercer Reich fue una economía socialista porque fue dirigida por el Estado, que intervino continuamente y también dedicó recursos sustanciales a proyectos de asistencia; según este criterio de hecho todas las economías modernas serían socialistas (Buchheim, «Zur Natur», pp. 99-100).

76. Para el trasfondo de esto, véase Peter Hayes, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Nueva York, 1987, pp. 36-47 y 114-120.

77. Homze, *Arming the Luftwaffe*, pp. 192-193.

78. Dieter Swatek, *Unternehmenskonzentration als Ergebnis und Mittel nationalsozialistischer Wirtschaftspolitik*, Berlín, 1972; Ingeborg Esenwein Rothe, *Die Wirtschaftsverbände von 1933 bis 1945*, Berlín, 1965.

79. Para el ejercicio de ministerio de Hugenberg, véase Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 47-65.

80. Gerald D. Feldman, *Allianz and the German Insurance Business, 1933-1945*, Cambridge, 2001, pp. 1-50.

81. *Ibid*., pp. 51-78.

82. *Ibid*., pp. 78-105; Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 65-76.

83. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 204-215; Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. II, pp. 72-78.

84. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 242-244; «The Balance of Trade in Germany», suplemento del *Weekly Report del German Institute for Business Research*, Berlín, 11 de abril de 1934.

85. «The Transfer Problem and Germany's Foreign Exchange Reserves», *Weekly Report of the German Institute for Business Research*, 7, Berlín, 6 de junio de 1934; «German Foreign Exchange Control and Foreign Trade», suplemento del *Weekly Report of the German Institute for Business Research*, Berlín, 31 de octubre de 1934; Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, pp. 160-162.

86. «A Review of the First Year of German Foreign Trade Under the “New Plan”», *Weekly Report of the German Institute for Business Research*, 8, Berlín, 2 de octubre de 1935.

87. «The German Moratorium», *The Economist*, 23 de junio de 1934, 1, pp. 378-379; de forma más general sobre el primer periodo en la oficina de Schacht, véase Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 77-82.

88. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 245-247, citando un memorándum del 3 de mayo de 1935 por Schacht.

89. Blaich, *Wirtschaft*, p. 27; Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 100-117.

90. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 262-272; Fischer, *Deutsche Wirtschaftspolitik*, pp. 71-76.

91. El memorándum del Plan del Cuarto Año está recogido por Blaich en, *Wirtschaft*, pp. 60-67, y Wilhelm Treue (ed.), «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *VfZ*, 3, 1955, pp. 184-210, y la traducción completa en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 86-93. Véase también Arthur Schweitzer, «Der ursprüngliche Vierjahresplan», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 160, 1956, pp. 348-396; y Dietmar Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich: Der nationalsozialistische Vierjahresplan*, 1936-42, Stuttgart, 1968.

92. Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 362-377 (con tendencia a las disculpas, contiene muchas omisiones y afirmaciones engañosas).

93. Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938*, Gotinga, 1965 (1949), pp. 217-220, y Hermann Gackenholz, «Reichskanzlei 5. November 19 37: Bemerkungen über "Politik und Kriegführung" im Dritten Reich», en Richard Dietrich y Gerhard Oestreich (ed.), *Forschungen zu Staat und Verfassung: Festgabe für Fritz Hartung*, Berlín, 1958, pp. 459-484.

94. Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler*, p. 186; Walter Bussmann, «Zur Entstehung und Überlieferung der "Hossbach-Niederschrift"», *VfZ*, 16, 1968, pp. 373-384; Bradley F. Smith, «Die Überlieferung der Hossbach-Niederschrift im Lichte neuer Quellen», VfZ, 38, 1990, pp. 329-336; Jonathan Wright y Paul Stafford, «Hitler, Britain and the Hossbach Memorandum», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 42, 1987, pp. 77-123. Estos estudios dejan claro que el escepticismo acerca de la autenticidad de los documentos expresada por Alan J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Londres, 1964 (1961), pp. 21-22 y 131-134.

95. Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 362-377 (para ser utilizados con la habitual precaución); Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 95-98 y 357-358.

96. Blaich, *Wirtschaft*, p. 26, 83 y 91-94; Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 386-394. Equilibrio presupuestario en Albrecht Ritschl, *Deutschlands Krise und Konjunktur 1924-1934: Binnenkonjunktur, Auslandsverschuldung und Reparations problem zwischen Dawes-Plan und Transfersperre*, Berlín, 2002, tabla A9; las cifras de los ingresos nacionales en *ibid*., tabla A12.

97. O'Neill, *The German Army*, pp. 63-66, citando las memorias no publicadas de Field Marshal von Weichs; Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 395-414; de forma más general, Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 273-286.

98. *Ibid*., pp. 300-309 y 356; Fischer, *Deutsche Wirtschaftspolitik*, pp. 77-82; Petzina, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 124-139. Para la «jungla de organización», véase Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich. 6 Jahre Frieden — 6 Jahre Krieg: Erinnerungen*, Dusseldorf, 1973, pp. 74-86 y 98-117. Sobre el fracaso de los planes y la incapacidad del régimen de recoger y procesar estadísticas adecuadas, véase J. Adam Tooze, *Statistics and the German State, 1900-1945: The Making of Modern Economic Knowledge*, Cambridge, 2001, pp. 215-245.

99. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 309-315.

100. *Ibid*., pp. 354-372.

101. Wilhelm Deist, «The Rearmament of the Wehrmacht», pp. 374-540, en las pp. 456-504; Homze, *Arming the Luftwaffe*; Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945*, 3 vols., Frankfurt, 1970-75; Jost Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine: Reichspolitik und Flottenbau 1920-1939*, Dusseldorf, 1973; Lutz Budrass, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918-1945*, Dusseldorf, 1998, es el estudio exhaustivo más reciente.

102. Volkmann, «The National Socialist Economy», pp. 300-309.

103. Richard J. Overy, «The German Pre-war Production Plans: November 1936-April 1939», *English Historical Review*, 90, 1975, pp. 778-797.

104. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 614-624.

105. «Schreiben des Stellvertreters des Führers, Entscheidung, dass Frauen weder Richter noch Anwalt werden sollen, 24 August 1936», reimpreso como el documento 108 en Ursula von Gersdorff, *Frauen im Kriegsdienst 1914-1945*, Stuttgart, 1969, p. 282.

106. Matthew Stibbe, *Women in the Third Reich*, Londres, 2003, pp. 84-91; Tim Mason, «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare and Work», en *idem*, *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge, 1995, pp. 131-211 (ensayo original publicado en *History Workshop Journal*, 1, 1976, pp. 74-133, y 2, 1976, pp. 5-32; Dörte Winkler, *Frauenarbeit im «Dritten Reich»*, Hamburgo, 1977; Annemarie Träger, «The Creation of a Female Assembly-Line Proletariat», en Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny*, pp. 237-270; Carola Sachse, *Industrial Housewives: Women's Social Work in the Factories of Nazi Germany*, Londres, 1987; Stephenson, *Women in Nazi Society*, pp. 75-115 (estadísticas de los doctores en la p. 166).

107. Lore Kleiber, «“Wo ihr seid, da soll die Sonne scheinen!” — Der Frauenarbeitsdienst am Ende der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp. 188-214; Jill Stephenson, «Women’s Labor Servicein Nazi Germany», *Central European History*, 15, 1982, pp. 241-265; Stefan Bajohr, «Weiblicher Arbeitsdienst im “Dritten Reich”. Ein Konflikt zwischen Ideologie und Ökonomie», *VfZ*, 28, 1980, pp. 331-357.

108. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 31-36.

109. Elizabeth D. Heineman, *What Difference Does a Husband Make? Women and Marital Status in Nazi and Postwar Germany*, Londres, 1999, pp. 40-41, también para los siguientes detalles.

110. Stibbe, *Women*, p. 88; Annemarie Träger, «Die Frau im wesensgemässen Einsatz», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp. 246-272.

111. Timothy W. Mason, «The Legacy of 1918 for National Socialism», en Anthony Nicholls y Erich Matthias (eds.), *German Democracy and the Triumph of Hitler: Essays in Recent German History*, Londres, 1971, pp. 215-239.

112. Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997 (1985), pp. 27-60; véase también más adelante, pp. 686-687.

113. Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, pp. 160-177.

114. Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler*, p. 186.

115. Josiah E. DuBois, Jr, *The Devil's Chemists: 24 Conspirators of the International Farben Cartel who Manufacture Wars*, Boston, Mass., 1952; Joseph Borkin, *The Crime and Punishment of I. G. Farben*, Nueva York, 1978; Richard Sasuly, *IG Farben*, Nueva York, 1947; Dietrich Eichholtz, «Zum Anteil des IG Farben Konzerns an der Vorbereitung des Zweiten Weltkrieges», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1969, pp. 83-105; Ferdinand Grocek, «Staat im Staate — der IG-Farben Konzern», *Marxistische Blätter*, 4, 1966, pp. 41-48; Willi Kling, *Kleine Geschichte der IG Farben — der Grossfabrikant des Todes*, Berlín, 1957; de forma más general, Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, Bloomington, Ind., 1964.

116. Para un buen estudio de estos trabajos, véase Pierre Ayçoberry, *The Nazi Question: An Essay on the Interpretations of National Socialism (1922-1975)*, Nueva York, 1981; A. James Gregor, *Fascism: The Classic Interpretations of the Interwar Period*, Morristown, N. J., 1983; Wolfgang Wippermann, *Zur Analyse des Faschismus: Die sozialistischen und kommunistischen Faschismustheorien, 1921-1945*, Frankfurt, 1981; y Anson G. Rabinbach, «Toward a Marxist Theory of Fascism and National Socialism», *New German Critique*, 1, 1974, pp. 127-153.

117. Timothy Mason, «The Primacy of Politics — Politics and Economics in National Socialist Germany», en Stuart J. Woolf (ed.), *The Nature of Fascism*, Londres, 1968, pp. 165-195.

118. Alan S. Milward, «Fascism and the Economy», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography*, Nueva York, 1976, pp. 409-453.

119. Las memorias del negro de Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Londres, 1941, son poco fidedignas; véase Henry Ashby Turner, Jr, «Fritz Thyssen und "I Paid Hitler"», *VfZ*, 19, 1971, pp. 225-244; véase también Horst A. Wessel, *Thyssen & Co., Mülheim an der Ruhr: Die Geschichte einer Familie und ihrer Unternehmung*, Stuttgart, 1991, p. 48 y 171.

120. Richard J. Overy, «Heavy Industry in the Third Reich: The Reichswerke Crisis», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, pp. 93-118, publicado por primera vez en la *European History Quarterly*, 15, 1985, pp. 313-339.

121. Richard J. Overy, «“Primacy Always Belongs to Politics”: Gustav Krupp and the Third Reich», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, pp. 119-143, en las pp. 119-125.

122. Felix Somary, *The Raven of Zürich: The Memoirs of Felix Somary*, Londres, 1986, p. 175; de forma más general, Overy, «“Primacy”», pp. 126-134; Henry Ashby Turner, Jr, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985, pp. 338-339.

123. Overy, «“Primacy”», pp. 135-143; Lothar Gall, *Krupp: Der Aufstieg eines Industriemperiums*, Berlín, 2000; William Manchester, *The Arms of Krupp 1587-1968*, Nueva York, 1970 (1968), pp. 499-511, 645—647 y 743.

124. Hayes, *Industry and Ideology*, pp. 125-211.

125. *Ibid*., pp. 158-159 y 180-183; Raymond G. Stokes, «From the IG Farben Fusion to the Establishment of BASF AG (1925-1952)», en Werner Abelshauser *et al*., *German Industry and Global Enterprise. BASF: The History of a Company*, Cambridge, 2004, pp. 206-361, en las pp. 262-263 y 273-289. Gottfried Plumpe, *Die I. G. Farbenindustrie AG. Wirtschaft, Technik und Politik 1904-1945*, Berlín, 1990, en gran medida seguido por Hayes, aunque en muchos aspectos menos crítico: véase Peter Hayes, «Zur umstrittenen Geschichte der I. G. Farbenindustrie AG», *Geschichte und Gesellschaft*, 18, 1992, pp. 405-417; la respuesta de Plumpe no es convincente: véase Gottfried Plumpe, «Antwort auf Peter Hayes», *Geschichte und Gesellschaft*, 18, 1992, pp. 526-532.

126. Harold James, «Die Deutsche Bank und die Diktatur 1933-1945», en Lothar Gall *et al*., *Die Deutsche Bank 1870-1995*, Munich, 1993, pp. 315-408; véase también Harold James, *The Nazi Dictatorship and the Deutsche Bank*, Cambridge, 2004.

127. Detalles en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 511-516.

128. *Ibid*., pp. 611-613.

129. Simone Ladwig-Winters, «The Attack on Berlin Department Stores (*Warenhäuser*) after 1933», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941*, Jerusalén, 2000, pp. 246-267, en las pp. 246-250; *idem*, *Wertheim — Ein Warenhausunternehmen und seine Eigentümer: Ein Beispiel der Entwicklung der Berliner Warenhäuser bis zur «Arisierung»*, Munster, 1997; Klaus Strohmeyer, *Warenhäuser: Geschichte, Blüte und Untergang in Warenmeer*, Berlín, 1980; Heidrun Homburg, «Warenhausunternehmen und ihre Gründer in Frankreich und Deutschland oder: eine diskrete Elite und mancherlei Mythen», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1992, pp. 183-219. Rudolf Lenz, *Karstadt. Ein deutscher Warenhauskonzern 1920-1950*, Stuttgart, 1995; Werner E. Mosse, *The German-Jewish Economic Elite 1820-1935: A Socio-Cultural Profile*, Oxford, 1989, pp. 18-20, 29-31, 70-78, 103-105, 111-113 y 140-142; véase también Konrad Fuchs, *Ein Konzern aus Sachsen: Das Kaufhaus Schocken als Spiegelbild deutscher Wirtschaft und Politik, 1901 bis 1953*, Stuttgart, 1990.

130. Ladwig-Winters, «The Attack», p. 251.

131. Robert J. Gellately, *The Politics of Economic Despair. Shopkeepers and German Politics, 1890-1914*, Londres, 1974, pp. 141-143.

132. Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl ...Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeif» der NSDAP: Dokumentation und Analyse*, Dusseldorf, 1969, p. 24.

133. Traducido y reimpreso en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. I, p.76.

134. Heinrich Uhlig, *Die Warenhäuser im Dritten Reich*, Colonia, 1956, pp. 78-79 y 88-127.

135. Uhlig, *Warenhäuser*, pp. 115-119; Ladwig-Winters, «The Attack», pp. 255-256; Johannes Ludwig, *Boykott — Enteignung — Mord: Die «Entjuding» der deutschen Wirtschaft*, Hamburgo, 1989, pp. 104-127.

136. Ladwig-Winters, «The Attack», pp. 25-62 (cita en la p. 262). Para la Factory Cell Organization, véase también, pp. 456-460.

137. Ladwig-Winters, «The Attack», pp. 263-267; para un buen ejemplo local de la campaña contra los grandes almacenes, véase Franz Fichtl *et al*., *«Bambergs Wirtschaft Judenfrei»: Die Verdrängung der jüdischen Geschäftsleute in den Jahren 1933 bis 1939*, Bamberg, 1998, pp. 66-72.

138. Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Munich, 1998, pp. 46-54; Helmut Genschel, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich*, Gotinga, 1966, pp. 78-87; Gerhard Kratzsch, *Der Gauwirtschaftsapparat der NSDAP: Menschenführung —«Arisierung» — Wehrwirtschaft im Gau Westfalen Süd*, Munster, 1989, p. 117; Fichtl *et al*., *«Bambergs Wirtschaft»*, pp. 101-110; el mejor estudio general es todavía el de Avraham Barkai, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews 1933-1943*, Hanover, N. H., 1989 (1988).

139. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 65 (13 de junio de 1934). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

140. Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 234-235.

141. Joachim Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah. Antisemitische Ausgrenzung und Verfolgung in Minden-Ravensburg, 1933-1945*, Munster, 1988, pp. 82-99.

142. Citado en Longerich, *Politik*, 55.

143. *Ibid*.

144. *Ibid*., pp. 55-56 y 70-88.

145. Todas citadas en *ibid*., pp. 97-98; recogido y traducido en *The Economist*, 24 de agosto de 1935, p. 36. Para las afirmaciones de Schacht sobre la oposición al antisemitismo, véase Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 467-478; esto fue un enorme trago para sus primeros biógrafos serios, Heinz Pentzlin, *Hjalmar Schacht: Leben und Wirken einer umstrittenen Persönlichkeit*, Berlín, 1980. Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 117-128 y 210-217, proporciona una útil introducción sobre la Aryanization, pero es demasiado amable para Schacht.

146. Schacht, *My First Seventy-Six Years*, p. 357.

147. Albert Fischer, «The Minister of Economics and the Expulsion of the Jews from the German Economy», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 213-225; véase también *idem*, *Hjalmar Schacht und Deutschlands Judenfrage*': *Der «Wirtschaftsdiktator» und die Vertreibung der Juden aus der deutschen Wirtschaft*, Colonia, 1995.

148. Petra Bräutigam, *Mittelständische Unternehmer im Nationalsozialismus: Wirtschaftliche Entwicklungen und soziale Verhaltensweisen in der Schuhund Lederindustrie Badens und Württembergs*, Munich, 1997, pp. 167-173 y 297-336.

149. Frank Bajohr, «The “Aryanization” of Jewish Companies and German Society: The Example of Hamburg», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 226-245, en las pp. 227-234. Para las tradicionales actitudes mercantiles, véase Richard J. Evans, *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910*, Oxford, 1987, especialmente en las pp. 33-39 y 392-394; y Niall Ferguson, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation 1897-1927*, Cambridge, 1995, pp. 60-64.

150. Bajohr, «The “Aryanization”», pp. 235-238; más detalles en *idem*, *«Aryanization» in Hamburg: The Economic Exclusion of Jews and the Confiscation of their Property in Nazi Germany*, Nueva York, 2002 (1997), capítulo 4.

151. Bajohr, «The “Aryanization”», pp. 234-241; el empresario de mayor edad provisto de un cargo equivalente en el cuartel general del Partido Regional del sur de Westfalia: véase Gerhard Kratzsch, «Die “Entjudung” der mittelständischen Wirtschaft im Regierungsbezirk Arnsberg», en Arno Herzig *et al*. (eds.), *Verdrängung und Vernichtung der Juden in Westfalen,* Munster, 1994, pp. 91-114, en la p. 97. Las oficinas del Estado se afirmaban de modos más vigorosos, por contraste, en otras áreas: véase por ejemplo, Hans-Joachim Fliedner, *Die Judenverfolgung in Mannheim 1933-1945*, Stuttgart, 1971, p. 114, y Kratzsch, *Der Gauwirtschaftsapparat*, p. 151 y 180; también Dirk van Laak, «Die Mitwirkenden bei der “Arisierung”. Dargestellt am Beispiel der rheinisch-westfälischen Industrieregion, 1933-1940», en Ursula Büttner (ed.), *Die Deutschen und die Judenverfolgung im Dritten Reich*, Hamburgo, 1992, pp. 231-257.

152. Bajohr, «The “Aryanization”», p. 237, criticando a Fraenkel, *The Dual State* (véase más adelante, p. 45), y Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Dusseldorf, 1972, p. 359.

153. Fischer, *Hjalmar Schacht*, p. 187; Longerich, *Politik*, p. 124; Stefan Mehl, *Das Reichsfinanzministerium und die Verfolgung der deutschen Juden, 1933-1943*, Berlín, 1990; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, 1, p. 291.

154. Fichtl *et al*., «*Bambergs Wirtschaft*» pp. 63-97 y 111-132.

155. Treue (ed.), «Hitlers Denkschrift», p. 204 y 210.

156. Longerich, *Politik*, pp. 124-126; Bajohr, *«Aryanization»*, pp. 185-221; Dorothee Mussgnug, *Die Reichsfluchtsteuer 1931-1933*, Berlín, 1993.

157. Hans Nothnagel y Ewald Dähn, *Juden in Suhl: Ein geschichtlicher Überblick*, Constanza, 1995, pp. 129-131.

158. Albert Fischer, «Jüdische Privatbanken im “Dritten Reich”», *Scripta Mercaturae. Zeitschrift für Wirtschaftsund Sozialgeschichte*, 28, 1994, pp. 1-54; Christopher Kopper, «Die “Arisierung” jüdischer Privatbanken im Nationalsozialismus», *Sozialwissenschaftliche Informationen für Unterricht und Studium*, 20, 1991, pp. 11-16.

159. Véase Christopher Kopper, «Privates Bankwesen im Nationalsozialismus. Das Bankhaus M. M. Warburg & Co»., en Werner Plumpe y Christian Kleinschmidt (eds.), *Unternehmen zwischen Markt und Macht: Aspekte deutscher Unternehmens-und Industriegeschichte im 20 Jahrhundert*, Essen, 1992, pp. 61-73; y A. Joshua Sherman, «A Jewish Bank during the Schacht Era: M. M. Warburg & Co., 1933-1938», en Arnold Paucker (ed.), *The Jews in Nazi Germany 1933-1943*, Tubinga, 1986, pp. 167-172.

160. Barkai, *From Boycott*, p. 70.

161. Longerich, *Politik*, pp. 126-127; Avraham Barkai, «The Fateful Year 1938: The Continuation and Acceleration of Plunder», en Walter H. Pehle (ed.), *November 1938: From «Reichskristallnacht» to Genocide*, Nueva York, 1991 (1988), pp. 95-122, en las pp. 97-99. Cifras aplicadas al *Altreich*.

162. Genschel, *Die Verdrängung*, p. 126; véase de forma más general Günter Plum, «Wirtschaft und Erwerbsleben», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945 Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Munich, 1988, pp. 268-313, en las pp. 292-304; para un estudio local, véase Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 156-177.

163. Longerich, *Politik*, p. 128; Barbara Händler-Lachmann y Thomas Werther, *Vergessene Geschäfte, verlorene Geschichte: Jüdisches Wirtschaftsleben in Marburg und seine Vernichtung im Nationalsozialismus*, Marburgo, 1992; Axel Bruns Wüstefeld, *Lohnende Geschäfte. Die «Entjudung» der Wirtschaft am Beispiel Göttingens*, Hanover, 1997; también Benigna Schönhagen, *Tübingen unterm Hakenkreuz: Eine Universitätsstadt in der Zeit des Nationalsozialismus*, Tubinga, 1991.

164. Barkai, «The Fateful Year», pp. 97-113; Longerich, *Politik*, pp. 126-130, 159-161 y 165-169. A menos que se indique otra cosa, estas estadísticas incluyen sólo el *Altreich*; las estadísticas de 1938 de Aryanization también incluyen Austria. Más detalles en Plum, «Wirtschaft», pp. 304-313. Véase también de forma más general Peter Hayes y Irmtrud Wojak (eds.), *«Arisierung» im Nationalsozialismus: Volksgemeinschaft, Raub und Gedächtnis*, Frankfurt, 2000. Entre otros muchos útiles estudios locales, véase también en particular Dirk van Laak, «"Wenn einer ein Herz im Leibe hat, der lässt sich von einem deutschen Arzt behandeln" — Die "Entjudung" der Essener Wirtschaft von 1933 bis 1941», en Alte Synagoge (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe: Zur Geschichte der Juden in Essen unter dem Nationalsozialismus*, Essen, 1994, pp. 12-30.

165. Barkai, «The Fateful Year», citando a Peter Hanke, *Zur Geschichte der Juden in München zwischen 1933 und 1945*, Munich, 1967, pp. 154-155.

166. Avraham Barkai, «Die deutschen Unternehmer und die Judenpolitik im “Dritten Reich”», *Geschichte und Gesellschaft*, 15, 1989, pp. 227-247. Bajohr, «The “Aryanization”», pp. 241-242; para un estudio local que revela la enorme variedad de tipos y medidas de las empresas implicadas, véase Angelika Baumann and Andreas Heusler (eds.), *München «arisiert»: Entrechtung und Enteignung der Juden in der NS-Zeit*, Munich, 2004.

167. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 750.

168. *Ibid*., vol. VI, 1939, p. 599; que resonaba en Genschel, *Die Verdrängung*, p. 213.

169. Harold James, The *Deutsche Bank and the Nazi Economic War against the Jews: The Expropriation of Jewish-owned Property*, Cambridge, 2001, pp. 36-48.

170. Dieter Ziegler, «Die Verdrängung der Juden aus der Dresdner Bank 1933-1938», *VfZ*, 47, 1999, pp. 187-216; Stokes, «From the IG Farben Fusion», pp. 291-292. Para los bancos, véase de forma más general Christopher Kopper, *Zwischen Marktwirtschaft und Dirigismus: Bankenpolitik im «Dritten Reich» 1933-1939*, Bonn, 1995.

171. Paul Erker, *Industrieeliten in der NS-Zeit: Anpassungsbereitschaft und Eigeninteresse von Unternehmern in der Rüstungs-und Kriegswirtschaft 1936-1945*, Passau, 1993, pp. 7-14.

172. Feldman, *Allianz*, pp. 125-139.

173. Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 234-236.

174. Kratzsch, *Der Gauwirtschaftsapparat*, pp. 217-218 y 506.

175. James, *The Deutsche Bank*, pp. 36-48.

176. Barkai, *From Boycott*, p. 75.

177. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 176-179.

178. Bräutigam, *Mittelständische Unternehmer*, pp. 332-336; para el negocio del zapato Tack, véase Ludwig, *Boykott*, pp. 128-153.

179. Feldman, *Allianz*, pp. 147-149.

180. James, *The Deutsche Bank*, pp. 49-50; Peter Hayes, «Big Business and «Aryanization» in Germany 1933-1939», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 3, 1994, pp. 254-281, en la p. 267. I. G. Farben parece que juega un poco o en parte con algunas adquisiciones: véase Stokes, «From the IG Farben Fusion», p. 291.

181. Bernhard Lorentz, «Die Commerzbank und die “Arisierung” im Altreich. Ein Vergleich der Netzwerkstrukturen und Handlungsspielräume von Grossbanken in der NS-Zeit», *VfZ*, 50, 2002, pp. 237-268; Ludolf Herbst y Thomas Weihe (eds.), *Die Commerzbank und die Juden 1933-1945*, Munich, 2004.

182. Ludwig, *Boykott*, pp. 154-174.

183. Bajohr, «The “Aryanization”», pp. 242-245; Peter Hayes, «Fritz Roessler and *Nazism*: The Observations of a German Industrialist, 1930-37», *Central European History*, 20, 1987, pp. 58-83; de un tamaño enorme, véase también Peter Hayes, *From Cooperation to Complicity. Degussa in the Third Reich*, Nueva York, 2005.

184. Frank Bajohr y Joachim Szodrzynski, «“Keine jüdische Hautcreme mehr benutzen” Die antisemitische Kampagne gegen die Hamburger Firma Beiersdorf», en Arno Herzig (ed.), *Die Juden in Hamburg 1590-1990*, Hamburgo, 1991, pp. 515-526.

185. Longerich, *Politik*, p. 127; Bajohr, «The “Aryanization”», pp. 242-247.

186. Rainer Karlsch y Raymond G. Stokes, *Faktor Öl: Die Geschichte der Mineralölwirtschaft in Deutschland, 1859-1974*, Munich, 2003, pp. 161-163; Lukas Straumann y Daniel Wildmann, *Schweizer Chemieunternehmen im «Dritten Reich»*, Zurich, 2001, pp. 68-69.

187. Reinhold Billstein *et al*., *Working for the Enemy: Ford, General Motors and Forced Labor in Germany during the Second World War*, Nueva York, 2000.

188. Frank Bajohr, *Parvenüs und Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Frankfurt, 2001, pp. 99-105.

189. *Ibid*., pp. 104-118; *idem*, «Gauleiter in Hamburg. Zur Person und Tätigkeit Karl Kaufmanns», *VfZ,* 43, 1995, pp. 27-95.

190. Bajohr, Parvenüs, pp. 117-121; Saul K. Padover, *Experiment in Germany: The Story of an American Intelligence Officer*, Nueva York, 1946, p. 57.

191. Gerd R. Ueberschär y Winfried Vogel, *Dienen und Verdienen: Hitlers Geschenke an seine Eliten*, Frankfurt, 1999, pp. 35-55; Bajohr, *Parvenüs*, pp. 17-21.

192. Ueberschär y Vogel, *Dienen und Verdienen*, pp. 55-69.

193. *Ibid*., pp. 77-78.

194. *Ibid*., pp. 90-93; Bajohr, *Parvenüs*, pp. 34-36; véase también Wulf C. Schwarzwäller, *The Unknown Hitler: His Private Life and Fortune*, Bethesda, Md., 1989 (1986), y «Der Nazi-Diktator zahlte nicht mal Steuern», *Die Welt*, 17 de diciembre de 2004.

195. Bajohr, *Parvenüs*, pp. 21-26. Este sistema inspiró la broma de que el NSDAP significaba «Na, suchst du auch Pöstchen?» («Porque tú estás también mirando por las pequeñas posiciones del Estado») (Gamm, *Der Flüsterwitz*, p. 77).

196. Bajohr, *Parvenüs*, pp. 27-33.

197. Herbert, «“Die guten und die schlechten Zeiten”», entrevista con Willi Erbach.

198. Steinberg, *Sabers*, pp. 142-144.

199. Bajohr, *Parvenüs*, pp. 49-55.

200. *Ibid*., pp. 63-68.

201. *Ibid*., pp. 69-70.

202. *Ibid*., pp. 71-74.

203. *Ibid*., pp. 75-94; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, pp. 549-553.

204. *Ibid*., pp. 514-518.

205. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, pp. 84-85, 27 de septiembre de 1934. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

206. Grunberger, *A Social History*, pp. 419-425 y 468-469 [Haytrad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976]; Gamm, *Der Flüsterwitz*, p. 88 y 90; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 96-104. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.] Finck posteriormente fue puesto en libertad pero fue expulsado de la Cámara de Cultura del Reich y encontró muchas trabas en su trabajo, aunque hizo una reaparición en un escuadrón de entretenimiento durante la guerra (Grunberger, *A Social History*, p. 469 [Hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.]).

207. Richard J. Overy, «Germany, “Domestic Crisis”, and War in 1939», en *idem*, *Warand Economy*, pp. 205-232, en laspp. 214-215.

208. Peter Hayes, «Polycracy and Policy in the Third Reich: The Case of the Economy», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating*, pp. 190-210. Sobre el siguiente lugar para las maniobras y los hombres de Estado en 1939, véase Fritz Blaich, «Die bayerische Industrie 1933-1939. Elemente von Gleichschaltung, Konformismus und Selbstbehauptung», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 237-280.

209. Tim Mason, «The Domestic Dynamics of Nazi Conquests: A Response to Critics», en Childers y Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, pp. 161-189.

210. Benhken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 643-649; Overy, «“Domestic Crisis”», p. 216, table 7.1.

1. Friedrich Reck-Malleczewen, *Diary of a Man in Despair*, Londres, 1995 (1966), pp. 36-39, 59, 85-86 y 95.

2. *Ibid*., p. 63.

3. *Ibid*., p. 78.

4. *Ibid*., p. 52.

5. *Ibid*., pp. 84-85.

6. *Ibid*., p. 85.

7. Christine Zeile, «Ein biographischer Essay», en Friedrich Reck, *Tagebuch eines Verzweifelten*, Frankfurt, 1994, pp. 251-298. Norman Stone, en su Introducción a la edición inglesa, no se cuestiona el título de Reck (*Diary*, pp. 5-15, en la p. 12); tampoco lo hace su traductor (Prefacio del traductor, pp. 17-20, en la p. 18). Burleigh, *The Third Reich*, p. 5, también les describe como un «aristócrata»; Gellately, *The Gestapo*, p. 131 [Hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003], le llama «noble del sur de Alemania». Para una detallada disección de sus fantasías, véase Alphons Kappeler, *Ein Fall von «Pseudologia phantastica» in der deutschen Literatur: Fritz Reck-Malleczewen*, 2 vols., Göppingen, 1975, vol. I, pp. 5179.

8. Kappeler, *Ein Fall*, vol. II, pp. 482-492.

9. Heinz Reif, *Adel im 19. und 20. Jahrhundert*, Munich, 1999, p. 54, 112 y 117; Georg H. Kleine, «Adelsgenossenschaft und Nationalsozialismus», *VfZ*, 26, 1978, pp. 100-143; Shelley Baranowski, «East Elbian Landed Elites and Germany's Turn to Fascism: The *Sonderweg* Controversy Revisited», *European History Quarterly*, 26, 1996, pp. 209-240; Willibald Gutsche y Joachim Petzold, «Das Verhältnis der Hohenzollern zum Faschismus», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 29, 1981, pp. 917-939; Wolfgang Zollitsch, «Adel und adlige Machteliten in der Endphase der Weimarer Republik. Standespolitik und agrarische Interessen», en Heinrich August Winkler (ed.), *Die deutsche Staatskrise 1930-1933: Handlungsspielräume und Alternativen*, Munich, 1992, pp. 239-262; Karl Otmar von Aretin, «Der bayerische Adel von der Monarchie zum Dritten Reich», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. III, pp. 513-568, en la p. 525, 542 y 554-556. Stephan Malinowski, *Vom König zum Führer. Sozialer Niedergang und politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat*, Berlín, 2003, pp. 321-475, proporciona un buen estudio de los clubes aristocráticos y los grupos de presión.

10. Höhne, *The Order*, pp. 142-148 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977]; Gutsche y Petzold, «Das Verhältnis»; Reif, *Adel*, p. 54; de forma más general, Martin Broszat y Klaus Schwabe (eds.), *Die deutschen Eliten und der Weg in den Zweiten Weltkrieg*, Munich, 1989.

11. Malinowski, *Vom König*, pp. 560-578. Véase también los estudios en Heinz Reif (ed.), *Adel und Bürgertum in Deutschland*, II: *Entwicklungslinien und Wendepunkte im 20. Jahrhundert*, Berlín, 2001, y un detallado ejemplo en Friedrich Keinemann, *Vom Krummstab zur Republik: Westfälischer Adel unter preussischer Herrschaft 1802-1945*, Bochum, 1997, y Eckart Conze, *Von deutschem Adel: Die Grafen von Bernstorff im zwanzigsten Jahrhundert,* Stuttgart, 2000.

12. Tyrell, *Führer befiehl* ..., p. 24; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. I, p. 61.

13. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 369-373 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Corni, *Hitler and the Peasants*, pp. 39-65; Petzina, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 115-116.

14. Matthias Eidenbenz, *«Blut und Boden»: Zu Funktion und Genese der Metaphern des Agrarismus und Biologismus in der nationalsozialistischen Bauernpropaganda R. W. Darrés*, Bern, 1993; Oswald Spengler fue el primero en aportar un par de palabras al respecto, aunque unas eran contrarias a las siguientes (*ibid*., pp. 23).

15. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 228 y 334 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Gustavo Corni, «Richard Walther Darré: The Blood and Soil Ideologue», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 18-27; Horst Gies, *R. Walther Darré und die nationalsozialistische Bauernpolitik 1930 bis 1933*, Frankfurt, 1966; *idem*, «Die nationalsozialistische Machtergreifung auf dem agrarpolitischen Sektor», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 16, 1968, pp. 210-232; Horst Gies, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *VfZ*, 15, 1967, pp. 341-367; Farquharson, *The Plough*, pp. 13-73; Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 53-73.

16. Horst Gies, «Die nationalsozialistische Machtergreifung», pp. 210-232; *idem*, «Landbvevölkerung und Nationalsozialismus. Der Weg in den Reichsnährstand», *Zeitgeschichte*, 13, 1986, pp. 123-141.

17. Farquharson, *The Plough*, pp. 107-140.

18. Corni, *Hitler and the Peasants*, p. 121; Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler*, 1933-1934, vol. I, pp. 399-401.

19. Corni, *Hitler and the Peasants*, pp. 116-142; Farquharson, *The Plough*, pp. 141-160.

20. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p. 52 (abril/mayo).

21. *Ibid*., p. 52.

22. *Ibid*., p. 741 (noviembre/diciembre, estudio sobre el sur de Bavaria); de forma más general, Friedrich Grundmann, *Agrarpolitk im «Dritten Reich»: Anspruch und Wirklichkeit des Reichserbhofgesetzes*, Hamburgo, 1979; Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 127-145.

23. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, 741-742.

24. *Ibid*., p. 232 (también para el siguiente pasaje); de forma más general, véase el estudio de Corni, *Hitler and the Peasants*, pp. 143-155.

25. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 232-233; véase también Michael Schwartz, «Bauern vor dem Sondergericht. Resistenz und Verfolgung im bäuerlichen Milieu Westfalens», en Anselm Faust (ed.), *Verfolgung und Widerstand im Rheinland und in Westfalen 1933-1945*, Colonia, 1992, pp. 113-123.

26. Véase por ejemplo Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 226-229.

27. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, 1, pp. 98-140; ejemplos en la p. 1, 100 y 1, 103.

28. Wolfram Pyta, *Dorfgemeinschaft und Parteipolitik 1918-1933: Die Verschränkung von Milieu und Parteien in der protestantischen Landgebieten Deutschlands in der Weimarer Republik*, Dusseldorf, 1996, pp. 470-473.

29. Zdenek Zofka, *Die Ausbreitung des Nationalsozialismus auf dem Lande: Eine regionale Fallstudie zur politischen Einstellung der Landbevölkerung in der Zeit des Aufstiegs und der Machtergreifung der NSDAP 1928-1936*, Munich, 1979; Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 77-88.

30. Zdenek Zofka, «Dorfeliten und NSDAP. Fallbeispiele der Gleichschaltung aus dem Kreis Günzburg», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 383-434, en la p.429 (Aus dem Schreibendes Landratsvon Bad Aibling an die zuständige Behörde der US-Militärregierung vom 12. Dezember 1945).

31. *Ibid*., p. 431 (Aus einem Schreiben des Bezirksamts Erding an die Kreisleitung Erding vom 5. März 1937).

32. *Ibid*., p. 432 (Aus der Stellungnahme des Bezirksamtes München vom 27. September 1938).

33. Caroline Wagner, *Die NSDAP auf dem Dorf: Eine Sozialgeschichte der NSMachtergreifung in Lippe*, Munster, 1998.

34. Gerhard Wilke, «Village Life in Nazi Germany», en Richard Bessel (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 17-24. Véase también el completo estudio de Kurt Wagner, *Leben auf dem Lande im Wandel der Industrialisierung: «Das Dorf war früher auch keine heile Welt»: Veränderung der dörflichen Lebensweise und der politischen Kultur vor dem Hintergrund der Industrialisierung am Beispiel des nordhessischen Dorfes Körle (1800-1970)*, Frankfurt, 1986.

35. Gerhard Wilke y Kurt Wagner, «Family and Household: Social Structures in a German Village Between the Two World Wars», en Richard J. Evans y William Robert Lee (eds.), *The German Family: Essays on the Social History of the Family in Nineteenth-and Twentieth-century Germany*, Londres, 1981, pp. 120-147; Grunberger, *A Social History*, p. 200 [Hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976], citando Hans Müller, *Deutsches Bauerntum zwischen Gestern und Morgen*, Witzburgo, 1940, p. 28.

36. Gerhard Wilke, «The Sins of the Fathers: Village Society and Social Control in the Weimar Republic», en Richard J. Evans y W. R. Lee (eds.), *The German Peasantry: Conflict and Community in Rural Society from the Eighteenth to the Twentieth Centuries*, Londres, 1986, pp. 174-204.

37. Para conclusiones similares sobre Lippe, véase Wagner, Die NSDAP, *passim*.

38. Kurt Wagner y Gerhard Wilke, «Dorfleben im Dritten Reich: Körle in Hessen», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 85-106. Para otro estudio comparable, véase Wolfgang Kaschuba y Carola Lipp, «Kein Volk steht auf, kein Sturm bricht los. Stationen dörflichen Lebens auf dem Weg in den Faschismus», en Johannes Beck *et al*. (eds.), *Terror und Hoffnung in Deutschland 1933-1945: Leben im Faschismus*, Reinbek, 1980, pp. III-55, y *idem*, *Dörfliches Überleben: Zur Geschichte materieller und sozialer Reproduktion ländlicher Gesellschaft im 19. und frühen 20. Jahrhundert*, Tubinga, 1982, pp. 232-259. Para una evaluación más general, véase también Wolfgang Kaschuba, *Lebenswelt und Kultur der unterbürgerlichen Schichten im 19. und 20. Jahrhundert*, Munich, 1990, pp. 47-49.

39. Daniela Münkel, *Nationalsozialistiche Agrarpolitik und Bauernalltag*, Frankfurt, 1996, pp. 192-320; véase también *idem*, *Bauern und Nationalsozialismus: Der Landkreis Celle im Dritten Reich*, Bielefeld, 1991; y *idem*, «Hakenkreuz und "Blut und Boden": Bäuerliches Leben im Landkreis Celle 1933-1939», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 40, 1992, pp. 206-247.

40. Véase también la discusión en Herlemann, *«Der Bauer»*, pp. 88-119.

41. Münkel, *Nationalsozialistische Agrarpolitik*, pp. 278-280, 319-320 y 466-481; Wagner, *Die NSDAP*, sin embargo, enfatiza la relevancia de los altos niveles de denuncias en muchos pueblos de Lippe. Para el fracaso de la agricultura moderna, véase Peter Exner, *Ländliche Gesellschaft und Landwirtschaft in Westfalen, 1919-1969*, Paderborn, 1997; Joachim Lehmann, «Mecklenburgische Landwirtschaft und "Modernisierung" in den dreissiger Jahren», en Frank Bajohr (ed.), *Norddeutschland*, pp. 335-346; y Daniela Münkel (ed.), *Der lange Abschied vom Agrarland: Agrarpolitik, Landwirtschaft und ländliche Gesellschaft zwischen Weimar und Bonn*, Gotinga, 2000. Para una breve evaluación del Harvest Thanksgiving Festival, see Herlemann, *«Der Bauer»*, p. 223.

42. Véase especialmente Heinz-Gerhard Haupt (ed.), *Die radikale Mitte: Lebensweisen und Politik von Kleinhändlern und Handwerkern in Deutschland seit 1848*, Munich, 1985; David Blackbourn, «Between Resignation and Volatility: The German Petty Bourgeoisie in the Nineteenth Century», en *idem*, *Populists and Patricians: Essays in Modern German History*, Londres, 1987, pp. 84-113; Heinrich August Winkler, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus: Die politische Entwicklung von Handwerk und Kleinhandel in der Weimarer Republik* (Cologne, 1972); Adelheid von Saldern, *Mittelstand im «Dritten Reich»: Handwerker — Einzelhändler — Bauern,* Frankfurt, 1979.

43. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Londres, 1967, pp. 136-137; Saldern, *Mittelstand, passim*; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol VI, 1939, pp. 228-232.

44. Friedrich Lenger, *Sozialgeschichte der deutschen Handwerker seit 1800*, Frankfurt, 1988, pp. 195-203. Para el Frente Laborista, véase también, pp. 459-465.

45. Blaich, *Wirtschaft*, pp. 19-20; Petzina, *Die deutsche Wirtschaft*, p. 142.

46. Lenger, *Sozialgeschichte*, pp. 132-137 y 163-202; Bernhard Keller, *Das Handwerk im faschistischen Deutschland: Zum Problem der Massenbasis*, Colonia, 1980, pp. 68-84 (uno de los textos más útiles a pesar del acercamiento entre el marxismo-leninismo).

47. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, pp. 136-143 y 147-150; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 251-254.

48. Lenger, *Sozialgeschichte*, pp. 195-203; Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, pp. 136-143 y 147-150. La responsabilidad de Adelheid von Saldern en que el comercio artesanal consiguiera más de lo que deseaba es sólo convincente en parte incluso para el periodo entre 1933 y 1936 y no para todo el periodo posterior: véase Heinrich August Winkler, «Der entbehrliche Stand. Zur Mittelstandspolitik im "Dritten Reich"», *Archiv für Sozialgeschichte*, 17, 1977, pp. 1-4; Adelheid von Saldern, *Mittelstand*; *idem*, «"Alter Mittelstand" im "Dritten Reich". Anmerkungen zu einer Kontroverse», *Geschichte und Gesellschaft*, 12, 1986, pp. 235-243; Heinrich August Winkler, «Ein neuer Mythos vom alten Mittelstand. Antwort auf eine Antikritik», *Geschichte und Gesellschaft*, 12, 1986, pp. 548-557.

49. Gerald Schröder, «Die “Wiedergeburt” der Pharmazie —1933 bis 1934», en Mehrtens y Richter (eds.), *Naturwissenschaft*, pp. 166-188; Franz Leimkugel, «Antisemitische Gesetzgebung in der Pharmazie, 1933-1939», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp. 230-235.

50. Martin F. Brumme, «“Prachtvoll fegt der eiserne Besen durch die deutschen Lande”. Die Tierärzte und das Jahr 1933», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp. 173-182.

51. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, pp. 144-146.

52. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, pp. 49-50.

53. *Ibid*., pp. 111-112.

54. *Ibid*., vol. II, 1935, pp. 453-460.

55. *Ibid*., 1, pp. 334-354.

56. *Ibid*., vol. VI, 1939, pp. 868-898.

57. Günther Schulz, *Die Angestellten seit dem 19. Jahrhundert*, Munich, 2000, pp. 36-37; Michael Prinz, *Vom neuen Mittelstand zum Volksgenossen: Die Entwicklung des sozialen Status der Angestellten von der Weimarer Republik bis zum Ende der NS-Zeit*, Munich, 1986, pp. 92-143 y 229.

58. Prinz, *Vom neuen Mittelstand*, pp. 334-335.

59. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, pp. 732-733.

60. Konrad H. Jarausch, *The Unfree Professions: German Lawyers, Teachers, and Engineers, 1900-1950*, Nueva York, 1990, pp. 142-169.

61. Kater, *Doctors*, pp. 35-36.

62. Véase más adelante, pp. 317-318.

63. Kater, *Doctors*, pp. 35-40.

64. *Ibid*., pp. 25-34 y 54-74; véase también *idem*, «Medizin und Mediziner im Dritten Reich», *Historische Zeitschrift*, 244, 1987, pp. 299-352.

65. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 692.

66. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, p. 281 (Vierteljahrslagebericht 1939 des Sicherheitshauptamtes Band 2).

67. Jane Caplan, *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988, pp. 215-259.

68. Document printed in Hans Mommsen, *Beamtentum im Dritten Reich: Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik*, Stuttgart, 1976, pp. 146-148.

69. Caplan, *Government*, pp. 321-325.

70. Jane Caplan, «“The Imaginary Unity of Particular Interests”: The “Tradition” of the Civil Service in German History», *Social History*, 4, 1978, pp. 299-317; *idem*, «Bureaucracy, Politicsandthe National Socialist State», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp. 234-256.

71. Hedda Kalshoven, *Ich denk so vielan Euch: Eindeutsch-holländischer Briefwechsel 1920-1949*, Munich, 1995 (1991), pp. 151-152.

72. *Ibid*., p. 152.

73. *Ibid*., p. 161 (3 de febrero de 1933).

74. *Ibid*., p. 169 (10 de marzo de 1933).

75. *Ibid*., pp. 177-178 (14 de marzo de 1933).

76. *Ibid*., pp. 182-184 (22 de marzo de 1933).

77. *Ibid*., p. 187 (30 de marzo de 1933).

78. *Ibid*., p. 189 (6 de abril de 1933).

79. *Ibid*., p. 199 (17 de mayo de 1933).

80. *Ibid*., también p. 198 (12 de mayo de 1933).

81. *Ibid*., pp. 202-203 (25 de mayo de 1933).

82. *Ibid*., p. 202 (25 de mayo de 1933).

83. *Ibid*., pp. 175-176 (14 de marzo de 1933).

84. *Ibid*., p. 180 (14 de marzo de 1933).

85. *Ibid*., p. 189 (6 de abril de 1933).

86. *Ibid*., pp. 189-190 (6 de abril de 1933).

87. *Ibid*., p. 216 (18 de octubre de 1933).

88. *Ibid*., pp. 212-213 (*Braunschweigische Landeszeitung*, 19 October 1933).

89. *Ibid*., p. 236 (14 de julio de 1934); en la misma página también la carta de su hija del 7 de julio.

90. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 425. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

91. Kalshoven, *Ich denk*, pp. 17-31. No hay ninguna razón para suponer que la familia dejara de hablar de política en sus cartas por temor a ser interceptados por la Gestapo, auque esto es todavía una posibilidad.

92. Hanna Haack, «Arbeitslose in Deutschland. Ergebnisse und Analyse der Berufszählung vom 16. Juni 1933», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1986, pp. 36-69; un breve resumen muy útil en Heinrich August Winkler, *Der Weg in die Katastrophe: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933*, Berlín, 1987, pp. 93-99; véase también el estudio clásico de Thedor Julius Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, Stuttgart, 1967 (1932). La categoría de las «actividades económicas» (*Erwerbspersonen*) incluye a los desempleados registrados en este sector así como a las personas que todavía tenían un empleo (*Erwerbstätige*).

93. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 333-349 y 355-361. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

94. Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft*, pp. 68-69. Hans-Gerd Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung: Die Vernichtung der deutschen Gewerkschaften und der Aufbau der «Deutschen Arbeitsfront»*, Hanover, 1958, p. 63; Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader*, Oxford, 1988, pp. 117-125; Mason, *Social Policy*, pp. 63-108.

95. Smelser, *Robert Ley*, pp. 126-134.

96. Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung*, pp. 63-65.

97. Ronald Smelser, «Robert Ley: The Brown Collectivist», en *idem* y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 144-154, en las pp. 144-145; también, el enorme trabajo de Smelser, *Robert Ley*, pp. 6-16.

98. *Ibid*., pp. 17-69.

99. *Ibid*. pp. 125-134.

100. *Ibid*., pp. 135-139.

101. Timothy W. Mason, «The Workers Opposition in Nazi Germany», *History Workshop Journal*, 11, 1987, pp. 120-137.

102. Smelser, *Robert Ley*, pp. 140-142; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 149; Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, pp. 91-98.

103. Citado en Broszat, *Der Staat Hitlers*, p. 190 (nota).

104. Heidrun Homburg, *Rationalisierung und Industriearbeit. Arbeitsmarkt — Management — Arbeiterschaft im Siemens-Konzern Berlin 1900-1939,* Berlín, 1991, pp. 681-682.

105. Smelser, *Robert Ley*, pp. 98-116; Speer, *Inside*, p. 217; Felix Kersten, *The Kersten Memoirs 1940-1945*, Londres, 1956 (1952) (no siempre fidedigno); Hans Peter Bleuel, *Strength Through Joy: Sex and Society in Nazi Germany*, Londres, 1973 (1972), p. 3.

106. Bajohr, *Parvenüs*, pp. 55-62.

107. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. IV, 1937, pp. 538-540.

108. Shelley Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 11-51; véase también Hermann Weiss, «Ideologie der Freizeit im Dritten Reich: Die NS-Gemeinschaft “Kraft durch Freude”», *Archiv für Sozialgeschichte*, 33, 1993, pp. 289-303.

109. Citado en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 463.

110. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 51-66; también Von Saldern, «Art for the People», pp. 322-329; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 228-229.

111. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 158.

112. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 118-142; Schneider, Unterm Hakenkreuz, pp. 230-234.

113. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 142-154.

114. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, p. 176; un estudio semejante en *ibid*., pp. 846-847.

115. *Ibid*., vol. VI, 1939, p. 468.

116. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 165-167; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 464-468.

117. Jürgen Rostock y Franz Zadnicek, *Paradiesruinen: Das KdF-Seebad der Zwanzigtausend auf Rügen*, Berlín, 1997 (1992); Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 155-161 y 231; Hasso Spode, «Ein Seebad für zwanzigtausend Volksgenossen: Zur Grammatik und Geschichte des Fordistischen Urlaubs», en Peter J. Brenner (ed.), *Reisekultur in Deutschland: Von der Weimarer Republic zum «Dritten Reich»*, Tubinga, 1997, pp. 7-47; para una comparación, John K. Walton, *The British Seaside: Holidays and Resorts in the Twentieth Century*, Manchester, 2000. El centro turístico tenía un paralelo cotidiano en «Strength-Through-Joy Town», construido para acomodar a los trabajadores de la nueva planta de Volkswagen: véase Mommsen y Grieger, *Das Volkswagenwerk*, pp. 250-282.

118. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 66-74; Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. II, 1935, p. 175; más informes en *ibid*., vol. V, 1938, pp. 165-175, y vol. VI, 1939, pp. 468-485 y 879-887.

119. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 166-175.

120. *Ibid*., pp. 162-175; Mason, *Social Policy*, p. 160 y n. 20; William D. Bayles, *Caesars in Goosestep*, Nueva York, 1940; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. I, 1934, p. 524; *ibid*., vol. VI, 1939, p. 479.

121. *Ibid*., 1936, p. 884.

122. Hasso Spode, «“Der deutsche Arbeiter reist”: Massentourismus im Dritten Reich», en Gerhard Huck (ed.), *Sozialgeschichte der Freizeit: Untersuchungen zum Wandel der Alltagskultur in Deutschland*, Wuppertal, 1980, pp. 281-306; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 670-678; Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. I, 1934, pp. 523-527.

123. Mason, *Social Policy*, p. 159.

124. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 474.

125. *Ibid*., vol. V, 1938, p. 172.

126. Mason, *Social Policy*, pp. 158-164.

127. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 468.

128. Herbert, «“Die guten und die schlechten Zeiten”», pp. 67-96.

129. Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, p. 676; Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. VI, 1939, p. 474.

130. *Ibid*., vol. II, 1935, 1, pp. 455-456.

131. *Ibid*., p. 849.

132. Para un importante estudio de este proceso, véase Lynn Abrams, *Workers' Culture in Imperial Germany: Leisure and Recreation in the Rhineland and Westphalia*, Londres, 1992; para la tradición cultural de los movimientos laborales véase, entre otros muchos estudios, Vernon L. Lidtke, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Nueva York, 1985, y W. L. Guttsman, *Workers' Culture in Weimar Germany: Between Tradition and Commitment,* Oxford, 1990.

133. Baranowski, *Strength Through Joy*, p. 165.

134. Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, p. 672; Christine Keitz, «Die Anfänge des modernen Massentourismus in der Weimarer Republik», *Archiv für Sozialgeschichte*, 33, 1993, pp. 179-209, en la p. 192.

135. Véase Kristin A. Semmens, *Seeing Hitler's Germany: Tourism in the Third Reich*, Londres, 2005.

136. Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 75-117; Chup Friemert, *Schönheit der Arbeit: Produktionsästhetik im Faschismus*, Munich, 1980; y Anson G. Rabinbach, «The Aesthetics of Production in the Third Reich», en George L. Mosse (ed.), International Fascism: *New Thoughts and New Approaches*, Londres, 1979, pp. 189-222. Para un ejemplo, véase Matthias Frese, *Betriebspolitik im «Dritten Reich»: Deutsche Arbeitsfront, Unternehmer und Staatsbürokratie in der westdeutschen Grossindustrie, 1933-1939*, Paderborn, 1991, pp. 383-395; más informes en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, pp. 886-887, y vol. V, 1938, pp. 173-175.

137. *Ibid*., vol. VI, 1939, p. 463.

138. *Ibid*., vol. II, 1935, p. 846.

139. Citado en Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, p. 678.

140. Blaich, *Wirtschaft*, pp. 19-20.

141. «Upswing Without Prosperity? Some Notes on the Development in the Lower Income Classes in Germany», *Supplement to the Weekly Report of the German Institute for Business Research*, Berlín, 24 de febrero de 1937.

142. Rüdiger Hachtmann, *Industriearbeit im «Dritten Reich»: Untersuchungen zu den Lohn-und Arbeitsbedingungen in Deutschland 1933-1945*, Gotinga, 1989, pp. 156-159; Dietmar Petzina *et al*. (eds.), *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch*, III: *Materialien zur Statistik des Reiches 1914-1945*, Munich, 1978, p. 98; Mason, Social Policy, pp. 128-133.

143. Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 546-552.

144. Petzina *et al*. (eds.), *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch*, vol. III, p. 103.

145. Klaus Wisotzky, *Der Ruhrbergbau im Dritten Reich: Studien zur Sozialpolitik im Ruhrbergbau und zum sozialen Verhalten der Bergleute in den Jahren 1933 bis 1939*, Dusseldorf, 1983, pp. 81-87; Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. V, 1938, pp. 311-312.

146. Véase, por ejemplo, Michael Stahlmann, *Die erste Revolution in der Autoindustrie: Management und Arbeitspolitik von 1900-1940*, Frankfurt, 1993, pp. 85-88 (en la fábrica Opel); Magnus Tessner, *Die deutsche Automobilindustrie im Strukturwandel von 1919 bis 1938*, Colonia, 1994, pp. 205-206; y Homburg, *Rationalisierung, passim*.

147. Timothy Mason, *Arbeiterklasse und Volkgemeinschaft: Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939*, Opladen, 1975, pp. 669-670; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 163-167; para la disciplina de la mano de obra en la industria automovilística, véase Ernst Kaiser y Michael Knorn, *«Wir lebten und schliefen zwischen den Toten»: Rüstungsproduktion*, *Zwangsarbeit und Vernichtung in den Frankfurter Adlerwerken*, Frankfurt, 1994, pp. 39-48.

148. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 159-160.

149. Mason, *Arbeiterklasse*, pp. 198-203.

150. Bernard P. Bellon, *Mercedes in Peace and War: German Automobile Workers, 1903-1945*, Nueva York, 1990, p. 227.

151. Mason, *Social Policy*, pp. 181-194.

152. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, VI, 1939, pp. 167-168 y 338-346.

153. Mason, *Social Policy*, pp. 266-274; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, 1, pp. 86-94; vol. VI, 1939, pp. 352-356; véase también, para un ejemplo detallado, Andreas Meyhoff, *Blohm und Voss im «Dritten Reich»: Eine Hamburger Grosswerft zwischen Geschäft und Politik*, Hamburgo, 2001.

154. Herbert, «“Die guten und die schlechten Zeiten”», p. 93; para la tesis que contribuye a los conflictos de clase de este tipo a la crisis anterior a la guerra, véase Timothy Mason, «Arbeiteropposition im nationalsozialistischen Deutschland», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 293-314; Mason, *Social Policy*, pp. 275-331; evaluación equilibrada en Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, pp. 752-765; detallado estudio local sobre la comunidad minera en Klaus Tenfelde, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 1-382, en las pp. 320-337.

155. Hitler, *Mein Kampf*, pp. 27-28. [Hay trad. cast.: *Mi lucha*, M. E. Editores, Madrid, 1994.].

156. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 140-145 y 378-380 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; David F. Crew, *Germans on Welfare: From Weimar to Hitler*, Nueva York, 1998, p. 6 y 212-215.

157. Florian Tennstedt, «Wohltat und Interesse. Das Winterhilfswerk des Deutschen Volkes. Die Weimarer Vorgeschichte und ihre Instrumentalisierung durch das NSRegime», *Geschichte und Gesellschaft*, 13, 1987, pp. 157-180.

158. Thomas E. de Witt, «“The Struggle Against Hunger and Cold”: Winter Relief in Nazi Germany, 1933-1939», *Canadian Journal of History*, 12, 1978, pp. 361-381.

159. Herwart Vorländer, Die NSV: *Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation*, Boppard, 1988, pp. 4-5 y 44-62.

160. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, p. 430, y vol. V, 1938, pp. 7-115; De Witt, «The Struggle».

161. De Witt, «The Struggle»; también Herwart Vorländer, «NS-Volkswohlfahrt und Winterhilfswerk des deutschen Volkes», *VfZ*, 34, 1986, pp. 341-380; y *idem*, *Die NSV*, 230, pp. 53-54.

162. De Witt, «“The Struggle”»; Speer, *Inside*, pp. 179-180; Vorländer, *Die NSV*, pp. 51-52.

163. *Ibid*., pp. 6-37.

164. *Ibid*., p. 214.

165. Citado en Adelheid Gräfin zu Castell Rüdenhausen, «“Nicht mitzuleiden, mitzukämpfen sind wir da!” Nationalsozialistische Volkswohlfahrt im Gau Westfalen-Nord», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 223-244, en las pp. 224-225.

166. Gamm, *Der Flüsterwitz*, p. 90; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 421-447; Castell Rüdenhausen, «“Nicht mitzuleiden”»; véase también Peter Zolling, *Zwischen Integration und Segregation: Sozialpolitik im «Dritten Reich» am Beispiel der «Nationalsozialistischen Volkswohlfahrt» (NSV) in Hamburg*, Frankfurt, 1986.

167. Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, vol. II, 1935, pp. 447-455; véase también *ibid*., vol. I, 1934, pp. 42-48.

168. Maschmann, *Account Rendered*, p. 13.

169. *Ibid*., pp. 10-18.

170. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 64-65 y 73-77. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

171. William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town 1922-1945*, Nueva York, 1984 (1965), pp. 266-273.

172. *Ibid*.

173. *Ibid*.

174. *Ibid*., pp. 274-291. Véase también el lujosamente detallado aunque más orientado políticamente estudio local de Struve, *Aufstieg*, y la colección de documentos editada por Lawrence D. Stokes, *Kleinstadt und Nationalsozialismus: Ausgewählte Dokumente zur Geschichte von Eutin, 1918-1945*, Neumünster, 1984 (ambos del norte de Alemania).

175. Bernd Stöver, *Volksgemeinschaft im Dritten Reich: Die Konsensbereitschaft der Deutschen aus der Sicht sozialistischer Exilberichte*, Dusseldorf, 1993, pp. 115-203 y 421.

176. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, pp. 415-417.

177. *Ibid*., vol. II, p. 892.

178. *Völkischer Beobachter*, 29 de septiembre de 1935, citado en Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, p. 67.

179. Véase más adelante, p. 268 y 300-301; para el punto de vista de Reck, véase *Diary*, pp. 63-64.

180. Tagebuch Luise Solmitz, 28 de abril de 1933.

181. Para una comparación selectiva, véase Overy, *The Dictators*, pp. 218-264; para la teoría que defiende que el Tercer Reich modernizó a la sociedad alemana con la política económica de Keyne y la destrucción de las instituciones sociales tradicionales como los gremios, véase Werner Abelshauser y Anselm Faust, *Wirtschafts-und Sozialpolitik: Eine nationalsozialistische Revolution*?, Tubinga, 1983.

182. Henry Ashby Turner, Jr, «Fascism and Modernization», en *idem* (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, 1975, pp. 117-139.

183. Véase la útil discusión en Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, 2000 (1985), pp. 161-182; Horst Matzerath y Heinrich Volkmann, «Modernisierungstheorie und Nationalsozialismus», en Jürgen Kocka (ed.), *Theorien in der Praxis des Historikers*, Gotinga, 1977, pp. 86-116; Jeremy Noakes, «*Nazism* and Revolution», en Noel O'Sullivan (ed.), *Revolutionary Theory and Political Reality*, Londres, 1983, pp. 73-100. Para el punto de vista que defiende que el nazismo no buscaba deliberadamente modernizar a la sociedad alemana, véase Rainer Zitelmann, *Hitler: The Politics of Seduction*, Londres, 1999 (1987). Esto no ha sido comúnmente aceptado, por lo menos, no de la forma que dice Zitelmann.

1. Paul Weindling, *Health*, *Race and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989, pp. 60-84; Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 35-36 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Londres, 1988, p. 47.

2. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 34-38 y 377-378 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens»*, 1890-1945, Gotinga, 1987, pp. 49-105.

3. Weindling, *Health*, pp. 489-503.

4. Longerich, *Politik*, pp. 47-50.

5. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 37, 145 y 377-380 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 10-104 (p. 95 para el comité de Frick); Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 154-168; Christian Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik des dritten Reiches: Planung, Durchführung und Durchsetzung*, Colonia 1987, pp. 34-115; Jeremy Noakes, «Nazism and Eugenics: The Background to the Nazi Sterilization Law of 14 July 1933», en Roger Bullen *et al*. (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880-1950*, Londres, 1984, pp. 75-94.

6. Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Frauenpolitik und Rassenpolitik*, Opladen, 1986, 230-232.

7. Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 45-46: otros 40.000 fueron esterilizados en áreas cercanas a Alemania entre 1938 y 1939.

8. Michael Burleigh, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany c.1900-1945*, Cambridge, 1994, pp. 56-66.

9. Citado en Andrea Brücks, «Zwangssterilisation gegen “Ballastexistenzen”», en Klaus Frahm *et al*. (eds.), *Verachtet — verfolgt — vernichtet: Zu den «vergessenen» Opfern des NS-Regimes*, Hamburgo, 1986, pp. 103-108.

10. Longerich, *Politik*, pp. 61-62.

11. Joachim Müller, *Sterilisation und Gesetzgebung bis 1933*, Husum, 1985; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 151.

12. Michael Schwartz, *Sozialistische Eugenik: Eugenische Sozialtechnologien in Debatten und Politik der Deutschen Sozialdemokratie 1890-1933*, Bonn, 1995.

13. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 149-156.

14. Klaus-Dieter Thomann, «“Krüppel sind nicht minderwertig”. Körperbehinderte im Nationalsozialismus», en Meinel y Voswinckel (eds.), *Medizin*, pp. 208-220, en las pp. 208-212, citando a Wilhelm Frick, «Bevölkerungs-und Rassepolitik», en Elsbeth Unverricht (eds.), *Unsere Zeit und Wir: Das Buch der deutschen Frau*, Gauting, 1933, pp. 97-109, en la p. 103.

15. Thomann, «“Krüppel”», pp. 213-216.

16. Rossmeissl, *«Ganz Deutschland»*, p. 134.

17. Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 95-101; Stefan Kühl, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism*, Nueva York, 1994.

18. Alberto Spektorowski y Elisabeth Mizrachi, «Eugenics and the Welfare State in Sweden: The Politics of Social Margins and the Idea of a Productive Society», *Journal of Contemporary History*, 39, 2004, pp. 333-352; Alex Duval Smith y Maciej Zeremba, «Outcasts from Nordic Super-Race», *Observer*, 24 de agosto de 1997, p. 6.

19. Proctor, *Racial Hygiene*, p. 171; para la política de bienestar de los protestantes, véase Sabine Schleiermacher, *Sozialethik im Spannungsfeld von Sozial-und Rassenhygiene Der Mediziner Hans Harmsen im Centralausschuss für die Innere Mission*, Husum, 1998.

20. Proctor, *Racial Hygiene*, p. 123.

21. James Woycke, *Birth Control in Germany 1871-1933*, Londres, 1988, p. 154; Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 375-378 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; Stibbe, *Women*, p. 43; Henry P. David *et al*., «Abortion and Eugenics in Nazi Germany», *Population and Development Review*, 14, 1988, pp. 81-112.

22. Citado en Proctor, *Racial Hygiene*, p. 124.

23. Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany* 1894-1933, Londres, 1976, pp. 255-260; *idem*, *The Coming of the Third Reich*, pp. 185-186.

24. Stibbe, *Women*, pp. 34-40; Jill Stephenson, *The Nazi Organization of Women*, Londres, 1981, pp. 97-125; *idem*, «The Nazi Organisation of Women, 1933-1939», en Stachura (ed.), *The Shaping*, pp. 186-209. Unos de los once hijos de Scholtz-Klink no sobrevivió a la infancia.

25. Irmgard Weyrather, *Muttertag und Mutterkreuz: Die Kult um die «deutsche Mutter» im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1993; Susanna Dammer, «Kinder, Küche, Kriegsarbeit — Die Schulung der Frauen durch die NSFrauenschaft», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz*, pp. 215-245; Karin Hausen, «Mother's Day in the Weimar Republic», en Renate Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny*, pp. 131-152; *idem*, «The "German Mother's Day" 1923-1933», en Hans Medick y David Sabean (eds.), *Interest and Emotion: Essays in the Study of Family and Kinship*, Cambridge, 1984, pp. 371-413.

26. Stibbe, Women, pp. 34-40; Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, Londres, 1988 (1987), pp. 177-219; Stephenson, *The Nazi Organization*, pp. 130-177; Pine, Nazi Family Policy, pp. 4781; Michael Kater, «Die deutsche Elternschaft im nationalsozialistischen Erziehungssystem. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte der Familie», *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 67, 1980, pp. 484-512; Dammer, «Kinder, Küche, Kriegsarbeit».

27. Pine, *Nazi Family Policy*, pp. 88-116; Dorothee Klinksiek, *Die Frau im NSStaat*, Stuttgart, 1982, p.93; Jill Stephenson, *«Reichsbund der Kinderreichen*: The League of Large Families in the Population Policy of Nazi Germany», *European Studies Review*, 9, 1979, pp. 350-375.

28. Marschalck, *Bevölkerungsgeschichte*, p. 158.

29. Gisela Bock, «Antinatalism, Maternity and Paternity in National Socialist Realism», en Crew (ed.), *Nazism*, pp. 110-140, en la p. 124.

30. Marschalck, *Bevölkerungsgeschichte*, p. 159.

31. Proctor, *Racial Hygiene*, p. 126.

32. Stibbe, *Women*, pp. 53-54; Bock, *Zwangssterilisation*, pp. 166-167.

33. Pine, *Nazi Family Policy*, pp. 16-18; Gabriele Czarnowski, «"The Value of Marriage for the *Volksgemeinschaft*": Policies towards Women and Marriageunder National Socialism», en Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts*, Cambridge, 1996, pp. 94-112, enlaspp.107-108; Stephenson, *Women in Nazi Society*, pp. 41-43.

34. Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 132-147.

35. Höhne, *The Order*, pp. 130-146 [Hay trad. cast.: *Ordendelacalavera*, Plazay Janés, Barcelona, 1977]; Pine, *Nazi Family Policy*, pp. 38-46; Catrine Clay y Michael Leapman, *Master Race: The Lebensborn Experiment in Nazi Germany*, Londres, 1995.

36. Irene Guenther, *Nazi Chic? Fashioning Women in the Third Reich*, Oxford, 2004, pp. 91-141.

37. *Ibid*., pp. 91-141 y 167-201.

38. El mayordebate de 1980, entre Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland*, enfatizando la creación de un refugio doméstico y la complicidad de las mujeres, quizá incluso su aliento, con la violencia y el odio perpetrado por los hombres en las esferas públicas, y Bock, *Anti-Natalism*, poniendo énfasis en la victimización de las mujeres por el mayor control estatal y las políticas violentas y negativas hacia las mujeres como madres, está basada en un malentendido: véase Adelheid von Saldern, «Victims or Perpetrators? Controversies about the Role of Women in the Nazi State», en Crew (ed.), *Nazism*, pp. 141-165; y Dagmar Reese y Carola Sachse, «Frauenforschung zum Nationalsozialismus. Eine Bilanz», en Lerke Gravenhorst y Carmen Tatschmurat (eds.), *Töchter-Fragen: NS-Frauengeschichte*, Freiburg, 1990, pp. 73-106.

39. Maria S. Quine, *Population Politics in Twentieth-Century Europe: Fascist Dictatorships and Liberal Democracies*, Londres, 1996; Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, N. J., 1978.

40. Sybil H. Milton, «“Gypsies” as Social Outsiders in Nazi Germany», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, pp. 212-232, coloca sus cifras mucho más arriba, hasta los 35.000 (p. 212). Como Guenter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Nueva York, 2000, pp. 1-14, señala que se convirtió en algo habitual en Alemania referirse a los gitanos por sus nombres tribales (Sinti y Roma, los grupos más pequeños, los Lalleri, normalmente, y de forma inexplicable, fueron omitidos), pues los nazis utilizaban el término *Zigeuner* (gitanos) para referirse a ellos de forma colectiva. Los argumentos en contra del uso del término se enumeran en Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, p. 113. Sin embargo, el hecho de que los nazis utilizaran este término no lo convirtió en algo peyorativo, y realmente, como dice Lewy, «muchos escritores gitanos insistieron en no dejar de usar el término para mantener la continuidad histórica y expresar solidaridad con los que fueron perseguidos por serlo» (p. ix). Como dice Lewy, el término «gitano» servía para igualar.

41. Evans, «Social Outsiders»; Michael Zimmermann, *Verfolgt, vertrieben, vernichtet: Die nationalsozialistische Vernichtungspolitik gegen Sinti and Roma*, Essen, 1989, pp. 14-42; *idem*, *Rassenutopie and Genozid: Die nationalsozialistische «Lösung der Zigeunerfrage»*, Hamburgo, 1996; Rainer Hehemann, *Die Bekämpfung des Zigeunerunwesens' im Wilhelminischen Deutschland and in der Weimarer Republik, 1871-1933*, Frankfurt, 1987; Joachim S. Hohmann, *Geschichte der Zigeunerverfolgung in Deutschland*, Frankfurt, 1981; Leo Lucassen, *Zigeuner: Die Geschichte eines polizeilichen Ordnungsbegriffes in Deutschland, 1700-1945*, Colonia, 1996; Joachim S. Hohmann, *Verfolgte ohne Heimat: Die Geschichte der Zigeuner in Deutschland*, Frankfurt, 1990. La ley bávara se encuentra en parte en Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, pp. 114-115.

42. Wolfgang Wippermann y Ute Brucker-Boroujerdi, «Nationalsozialistische Zwangslager in Berlin, III: Das "Zigeunerlager Marzahn"», *Berliner Forschungen*, 2, 1987, pp. 189-201; Eva von Hase-Mihalik y Doris Kreuzkamp, *«Du kriegst auch einen schönen Wohnwagen»: Zwangslager für Sinti und Roma während des Nationalsozialismus in Frankfurt am Main*, Frankfurt, 1990; Karola Fings y Frank Sparing, *«z. Zt. Zigeunerlager»: Die Verfolgung der Düsseldorfer Sinti und Roma im Nationalsozialismus*, Colonia, 1992 [Hay trad. cast.: *De la «ciencia de las razas» a los campos de exterminio: Sinti y Roma bajo el régimen nazi*, Presencia Gitana, Madrid, 1999]; Frank Sparing, «The Gypsy Camps: The Creation, Character and Meaning of an Instrument for the Persecution of Sinti and Romanies under National Socialism», en Karola Fings *et al*., *From «Race Science» to the Camps: The Gypsies during the Second World War*, Hatfield, 1997, pp. 39-70.

43. Lewy, *The Nazi Persecution*, pp. 24-49; Joachim S. Hohmann, *Robert Ritter und die Erben der Kriminalbiologie: «Zigeunerforschung» im Nationalsozialismus und in Westdeutschland im Zeichen des Rassismus*, Frankfurt, 1991. El decreto en Burleigh and Wippermann, *The Racial State*, pp. 120-121.

44. Lewy, *The Nazi Persecution*, pp. 47-55; Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 214-215; Herbert Heuss, «German Policies of Gypsy Persecution», en Fings *et al*., *From «Race Science»*, pp. 15-37; Karola Fings, «Romanies and Sinti in the Concentration Camps», en *ibid*., pp. 71-109; véase también Ulrich König, *Sinti und Roma unter dem Nationalsozialismus: Verfolgung und Widerstand*, Bochum, 1989, pp. 75-82, y Wolfgang Wippermann, *Das Leben in Frankfurt am Main zur NS-Zeit*, II: *Die nationalsozialistische Zigeunerverfolgung*, Frankfurt, 1986, pp. 19-27.

45. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 186-187. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

46. Reiner Pommerin, *«Sterilisierung der Rheinlandbastarde»: Das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-1937*, Dusseldorf, 1979, pp. 56-77; Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 112-114.

47. Pommerin, *«Sterilisierung»*, pp. 77-84.

48. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 127-128 y 375-376. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

49. Burkhard Jellonek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung von Homosexuellen in Dritten Reich*, Paderborn, 1990, pp. 19-50; Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals*, Edimburgo, 1987 (1986), pp. 72-104; Smith y Peterson (eds.), *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933-1945*, pp. 90-91 y 115-123; Geoffrey J. Giles, «The Institutionalization of Homosexual Panic in the Third Reich», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, pp. 233-255.

50. Claudia Schoppmann, *Days of Masquerade: Life Stories of Lesbian Women During the Third Reich*, Nueva York, 1996 (1993).

51. Jellonnek, *Homosexuelle*, pp. 51-94; Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 212-214.

52. Jellonnek, *Homosexuelle*, pp. 95-110; Hans-Georg Stümke, «Vom«unausgeglichenen Geschlechtshaushalt». Zur Verfolgung Homosexueller», en Frahm *et al*. (eds.), *Verachtet — verfolgt — vernichtet*, pp. 46-63.

53. Citado en Hans-Georg Stümke y Rudi Finkler, *Rosa Winkel, rosa Listen: Homosexuelle und «Gesundes Volksempfinden» von Auschwitz bis heute*, Reinbek, 1981, pp. 217-221.

54. Jürgen Baumann, *Paragraph 175: Über die Möglichkeit, die einfache, nichtjugendgefährdende und nichtöffentliche Homosexualität unter Erwachsenen straffrei zu lassen (zugleich ein Beitrag zur Säkularisierung des Strafrechts)*, Berlín, 1968, p. 66.

55. Jellonnek, *Homosexuelle*, pp. 12-13.

56. Jeffrey Weeks, Sex, *Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Londres, 1981, pp. 239-240; Joachim S. Hohmann (ed.), *Keine Zeit für gute Freunde: Homosexuelle in Deutschland 1933-1969 — Ein Leseund Bilderbuch*, Berlín, 1982.

57. Rüdiger Lautmann, *et al*., «Der rosa Winkel in den nationalsozialistischen Konzentrationslager», en *idem* (ed.), *Seminar: Gesellschaft und Homosexualität*, Frankfurt, 1977, pp. 325-365, en la pp. 332-333.

58. Rüdiger Lautmann, «Gay Prisoners in Concentration Camps as Compared with Jehovah's Witnesses and Political Prisoners», en Michael Berenbaum (ed.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Londres, 1990, pp. 200-206.

59. Albrecht Langelüddecke, *Die Entmannung von Sittlichkeitsverbrechern*, Berlín, 1963; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 140-141; Geoffrey Giles, «"The Most Unkindest Cut of All". Castration, Homosexuality and Nazi Justice», *Journal of Contemporary History*, 27, 1992, pp. 41-61; Jellonnek, *Homosexuelle*, pp. 140-171; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 139-149 y 368. El total alcanzaba los 2.300 en 1945 (Longerich, *Politik*, p. 62).

61. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 400-401; Frank Sparing, «Zwangskastration im Nationalsozialismus. Das Beispiel der Kriminalbiologischen Sammelstelle Köln», en Peter Busse y Klaus Schreiber (eds.), *Kriminalbiologie*, Dusseldorf, 1997, pp. 169-212.

62. Burkhard Jellonnek, «Staatspolizeiliche Fahndungs-und Ermittlungsmethoden gegen Homosexuelle. Regionale Differenzen und Gemeinsamkeiten», en Paul y Mallmann (eds.), *Die Gestapo*, pp. 343-356.

63. Para una buena introducción a la situación de los judíos en Alemania en 1933-1945, véase Michael A. Meyer (ed.), *German-Jewish History in Modern Times*, IV: *Renewal and Destruction, 1918-1945*, Nueva York, 1998, pp. 195-388; Marion A. Kaplan, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998. Para el antisemitismo nazi y sus antecedentes, véase también Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 21-34, 164-165 y 431-440. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

64. Longerich, *Politik*, p. 59.

65. Para los boicots económicos, véase más adelante, pp. 382-386.

66. Hermann Froschauer, «Streicher und “Der Stürmer”», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 41-48; Hahn (ed.), *Lieber Stürmer*!.

67. Bankier, *The Germans*, pp. 28-37.

68. Longerich, *Politik*, pp. 70-74; Bankier, *The Germans*, pp. 14-20.

69. Bankier, *The Germans*, pp. 28-29; Longerich, *Politik*, pp. 74-78 y 94-95; Longerich argumenta de forma convincente en contra del punto de vista de muchos historiadores que el atroz antisemitismo de 1935 fueron acciones espontáneas de las bases del partido para presionar a la jefatura a tomar acciones legislativas (Adam, *Judenpolitik*, pp. 114-116; Herbst, *Dasnationalsozialistische Deutschland*, pp. 153-155; Ian Kershaw, «The Persecution of the Jews and German Popular Opinion in the Third Reich», *Leo Baeck Institute Year Book*, 26, 1981, pp. 261-289, en la p. 265; Hermann Graml, *Reichskristallnacht: Antisemitismus und Judenverfolgung im Dritten Reich,* Munich, 1988, p. 143. Para el argumento que defiende que las acciones antisemitas de 1935 fueron principalmente instrumentales, véase Hans Mommsen y Dieter Obst, «Die Reaktion der deutschen Bevölkerung auf die Verfolgung der Juden 1933-1943», en Hans Mommsen y Susanne Willems (eds.), *Herrschaftsalltag im Dritten Reich: Studien und Texte*, Dusseldorf, 1988, pp. 374-421, en la p. 385.

70. Ilustraciones en Ian Kershaw, «Antisemitismus und Volksmeinung. Reaktionen auf die Judenverfolgung», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 281-348, en las pp. 302-308.

71. Longerich, *Politik*, pp. 86-90; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 920-933.

72. *Ibid*., pp. 933-937; Longerich, *Politik*, pp. 86-90 y 100; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 137-139.

73. Longerich, *Politik*, pp. 85-94; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, p. 923, agosto de 1935.

74. *Ibid*., p. 922, agosto de 1935, citado en Longerich, *Politik*, p. 93.

75. *Ibid*., pp. 94-101; Lothar Gruchmann, «“Blutschutzgesetz” und Justiz: Entstehung und Anwendung des Nürnberger Gesetzes von 15. September 1935», en Ogan y Weiss (eds.), *Faszination und Gewalt*, pp. 49-60. Para detalles sobre la atroz violencia antisemita en las últimas semanas de agosto, véase Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, 1, pp. 26-45, y a principios de septiembre, Longerich, *Politik*, p. 107. Para las discusiones que presagiaron las leyes de Nuremberg de 1933 en adelante, véase Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 118-123.

76. «Die Reichstagsrede des Führers», *Berliner Tageblatt*, 438, 16 de septiembre de 1935, p. 2. Longerich, *Politik*, pp. 102-105, y Bankier, *The Germans*, pp. 41-66, deja claro que las leyes de Nuremberg no fueron una improvisación; véase también Werner Strauss, «"Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung": Aufzeichnungen von Dr. Bernhard Lösener», *VfZ*, 9, 1961, pp. 264-313; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 141-150; y Hermann Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 133-156.

77. «Göring begründet die Gesetze', *Berliner Tageblatt*, 438, 16 de septiembre de 1935, p. 2.

78. Longerich, *Politik*, pp. 105-106.

79. Beate Meyer, «The Mixed Marriage: A Guarantee of Survival or a Reflection of German Society during the Nazi Regime?», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 54-77; Friedländer, *Nazi Germany*, p.151, para las estadísticas, y también el fundamental estudio de Beate Meyer, *«Jüdische Mischlinge»: Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung 1933-1945*, Hamburgo, 1999, p. 25 y 162-165. El primer recuento de judíos procede del Censo de 1939 (*Statistisches Jahrbuchfürdas Deutsche Reich*, 59, Berlín, 1941-1942, p.27:«Die Judenundjüdische Mischlinge in den Reichsteilen und nach Gemeindegrössenklassen 1939»).

80. Jeremy Noakes, «The Development of Nazi Policy towards the German-Jewish "*Mischlinge*" 1933-1945», *Leo Baeck Institute Year Book*, 34, 1989, pp. 291-354; *idem*, «Wohin gehören die "Judenmischlinge"? Die Entstehung der ersten Durchführungsverordnungen zu den Nürnberger Gesetzen», en Ursula Büttner (ed.), *Das Unrechtsrregime: Internationale Forschung über der Nationalsozialismus: Festschrift für Werner Jochmann zum 65. Geburtstag*, 2 vols., Hamburgo, 1986, vol. II, pp. 69-89; Longerich, *Politik*, pp. 112-115; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 151-167; Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 247-251; Meyer, *Jüdische Mischlinge*, pp. 29-31 y 96-104; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, pp. 74-93.

81. Toepser-Ziegert (ed.), *NS-Presseanweisungen*, vol. II: 1935, p. 586 (16 de septiembre de 1935).

82. Meyer, *«Jüdische Mischlinge»*, 230-237.

83. Bryan M. Rigg, *Hitler's Jewish Soldiers: The Untold Story of Nazi Racial Laws and Men of Jewish Descent in the German Military*, Lawrence, Kans., 2002, pp. 51-109. El título es poco apropiado: no había soldados «judíos» en ninguna parte; de hecho los medio judíos eran más alemanes que judíos para lo que concernía al Ejército. Rigg cree que 150.000 soldados alemanes mestizos sirvieron entre 1933 Y 1945, aunque parece una tremenda exageración, ya que de hecho en el censo de 1939 se contaron un total de 114.000 mestizos de ambos sexos y de todas las edades en Alemania y Austria.

84. Recogido en Longerich, *Politik*, pp. 106-111; originales en Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, 2 vols., 1935, vol. I, pp. 26-31 y 45, y 1936, vol. III, pp. 20-55; véase también Otto Dov Kulka, «Die Nürnberger Rassengesetze und die deutsche Bevölkerung im Lichte geheimer NS-Lage-und Stimmungsberichte», *VfZ*, 32, 1964, pp. 582-624.

85. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, pp. 26-27.

86. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 40-41.

87. *Ibid*., p. 30.

88. *Ibid*., p. 30, 40-41, 45-47, 49-51 y 56.

89. Longerich, *Politik*, pp. 108-109, argumenta de forma persuasiva en contra del punto de vista de Bankier (*The Germans*, pp. 76-80) que «la gran mayoría de la población aprobaba las leyes de Nuremberg porque se identificaban con la política racista» y que «en la mayoría de los casos [...] las objeciones eran producto de intereses personales».

90. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 158; Ernst Noam y Wolf-Arno Kropat (eds.), *Justiz und Judenverfolgung*, 2 vols., Wiesbaden, 1975, vol. I, *Juden vor Gericht 1933-1945*, pp. 109-168; Inge Marssolek, «"Die Zeichen an der Wand". Denunziation aus der Perspektive des jüdischen Alltags im "Dritten Reich"», *Historical Social Research*, 26, 2001, pp. 204-218.

91. Gruchmann, «“Blutschutzgesetz”», p. 53.

92. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 162 y 180.

93. Walter Poller, *Medical Block Buchenwald: The Personal Testimony of Inmate 996, Block 36*, Londres, 1988 (1946), pp. 128-136.

94. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, p. 36 y 40-41.

95. Gellately, *The Gestapo*, pp. 165-179 [Hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003]; véase también Christi Wickert, «Popular Attitudes to National Socialist Antisemitism: Denunciations for "Insidious Offenses" and "Racial Ignominy"», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 282-295, y Wolfgang Wippermann, *Das Leben in Frankfurt zur NSZeit*, I: *Die nationalsozialistische Judenverfolgung*, Frankfurt, 1986, pp. 68-83.

96. Gellately, *The Gestapo*, pp. 197-198 [Hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003], persuasivo rechazo de la teoría de Sarah Gordon, *Hitler, Germans and the «Jewish Question»*, Princeton, N. J., 1984. Véase también Alexandra Przyrembel, *«Rassenschande»*: *Reinheitsmythos und Vernichtungslegitimation im Nationalsozialismus*, Gotinga, 2003.

97. Oliver Pretzel, Epílogo, en Sebastian Haffner, *Defying Hitler: A Memoir*, Londres, 2002 (2000), pp. 241-250.

98. Werner Rosenstock, «Exodus 1933-1939: A Survey of Jewish Emigration from Germany», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 1, 1956, pp. 373-390; Herbert A. Strauss, «Jewish Emigration from Germany: Nazi Policies and Jewish Responses», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 25, 1980, pp. 313-361, y 26, 1981, pp. 343-409; Avraham Barkai, «German Interests in the Haavara-Transfer Agreement 1933-1939», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 35, 1990, pp. 254-266; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 60-65; «Jüdische Bevölkerungsstatistik», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945: Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Munich, 1988, p. 733, de acuerdo con éste había aproximadamente 100.000 judíos no alemanes en Alemania en 1933 junto con los 437.000 alemanes miembros de la fe judía contabilizados en las estadísticas oficiales. En mayo de 1939 había todavía más de 25.000 judíos no alemanes viviendo en Alemania. En 1939 las cifras incluyen Austria; las de 1938 no. Para las tasas de emigración, véase más adelante, pp. 389-390. Para un estudio local, véase Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 178-207.

99. Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question*, Londres, 1985, pp. 29-49; también *idem*, «Ein nützlicher Feind: Zionismus im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1939», *VfZ*, 37, 1989, pp. 367-400; Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 131-132; Juliane Wetzel, «Auswanderung aus Deutschland», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 413-498, en las pp. 446-477; los agradecimientos están reimpresos con otro material relevante en Rolf Vogel, *Ein Stempel hat gefehlt: Dokumente zur Emigration deutscher Juden*, Munich, 1977, pp. 107-153. Para las considerables dificultades a las que se tuvieron que enfrentar los judíos alemanes que llegaron a Palestina, véase Wolfgang Benz, *Flucht aus Deutschland: Zum Exil im 20. Jahrhundert*, Munich, 2001, pp. 120-150, y Werner Feilchenfeld *et al*., *Haavara-Transfer nach Palästina und Einwanderung deutscher Juden 1933-1939*, Tubinga, 1972.

100. Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 60-62 y 65; Jacob Boas, «German-Jewish Internal Politics under Hitler 1933-1939», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29, 1984, pp. 2-25; Longerich, *Politik*, pp. 56-58.

101. Yehuda Bauer, *My Brother's Keeper: A History of the American Jewish Joint Distribution Committee 1929-1939*, Filadelfia, Pa., 1974; Louise London, «Jewish Refugees, Anglo-Jewry and British Government Policy», en David Cesarani (ed.), *The Making of Modern Anglo-Jewry*, Oxford, 1990, pp. 163-190; Bernard Wasserstein, «Patterns of Jewish Leadership in Great Britain during the Nazi Era», en Randolph L. Braham (ed.), *Jewish Leadership during the Nazi Era: Patterns of Behaviorin the Free World*, Nueva York, 1985, pp. 29-43. Richard Bolchover, *British Jewry and the Holocaust*, Cambridge, 1993, es apasionado pero tendencioso.

102. Louise London, *Whitehall and the Jews 1933-1948: British Immigration Policy and the Holocaust*, Cambridge, 2000, pp. 16-57; A. Josua Sherman, *Island Refuge: Britain and Refugees from the Third Reich*, *1933-1939*, Londres, 1973; Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Oxford, 1979; Vicki Caron, *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis, 1933-1942*, Stanford, Calif., 1999; Fritz Kieffer, *Judenverfolgung in Deutschland — eine innere Angelegenheit? Internationale Reaktionen auf die Flüchtlingsproblematik 1933-1939*, Stuttgart, 2002. Para Polonia y Rumania, véase más adelante, pp. 606-610.

103. Citado en Wetzel, «Auswanderung», p. 428.

104. Paul Sauer, *Die Schicksale der jüdischen Bürger Baden Württembergswährendder nationalsozialistischen Verfolgungszeit, 1933-1945*, Stuttgart, 1969, pp. 138-139; véase de forma más general Salomon Adler-Rudel, *Jüdische Selbsthilfe unter dem Naziregime 1933-1939 im Spiegel der Berichte der Reichvertretung der Juden in Deutschland*, Tubinga, 1974, pp. 72-120.

105. David Kramer, «Jewish Welfare Work under the Impact of Pauperization», en Arnold Paucker (ed.), *The Jews in Nazi Germany*, Tubinga, 1986, pp. 173-188; Beate Gohl, *Jüdische Wohlfahrtspflege im Nationalsozialismus: Frankfurt am Main 1933-1943*, Frankfurt, 1997; Avraham Barkai, «Jewish Life under Persecution», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, pp. 231-257; y *idem*, «Shifting Organizational Relationships», en *ibid*., pp. 259-282.

106. Clemens Vollnhals, «Jüdische Selbsthilfe bis 1938», en Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland*, pp. 314-411, en las pp. 330-341, también en el párrafo anterior.

107. *Ibid*., pp. 341-363; véase también Wolf Gruner, «Public Welfare and the German Jews under National Socialism», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 78-105; y Adler-Rudel, *Jüdische Selbsthilfe*, pp. 19-46 y 121-182.

108. Vollnhals, «Jüdische Selbsthilfe»; Volker Dahm, «Kulturelles und geistiges Leben», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 75-267, en las pp. 83-124; Esriel Hildesheimer, *Jüdische Selbstverwaltung unter dem NS-Regime: Der Existenzkampf der Reichsvertretung und Reichsvereinigung der Juden in Deutschland*, Tubinga, 1994; Longerich, *Politik*, p. 44 y 133; Dorothea Bessen, «Der Jüdische Kulturbund Rhein-Ruhr 1933-1938», en Alte Synagoge (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe*, pp. 43-65; y Paul Mendes-Flohr, «Jewish Cultural Life under National Socialism», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, vol. IV, pp. 283-312.

109. Henryk M. Broder y Heike Geisel, *Premiere und Pogrom: Der Jüdische Kulturbund 1933-1941. Texte und Bilder*, Berlín, 1992; Hajo Bernett, *Der jüdische Sport im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1938*, Schorndorf, 1978; Kurt Düwell, «Jewish Cultural Centers in Nazi Germany: Expectations and Accomplishments», en Jehuda Reinharz y Walter Schatzberg (eds.), *The Jewish Response to German Culture: From the Enlightenment to the Second World War*, Hanover, N. H., 1985, pp. 294-316; Wetzel, «Auswanderung», pp. 438-441; un buen resumen en Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 65-68.

110. Michael Meyer, 1941, citado en Wetzel, «Auswanderung», p. 418, después de la emigración ilegal a Palestina el año anterior.

111. *Ibid*., pp. 413-498, y el Apéndice estadístico, p. 733. Estas cifras son para el llamado «*Altreich*», y no incluyen Austria y el sur.

112. Citado en Monika Richarz (ed.), *Jüdisches Leben in Deutschland: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, vol. III, Stuttgart, 1982, p. 339.

113. Meyer, «The Mixed Marriage», pp. 54-61; *idem*, *«Jüdische Mischlinge»*, pp. 6876; Nathan Stoltzfus, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Nueva York, 1996, pp. 43-49.

114. Meyer, «The Mixed Marriag».

115. Stoltzfus, *Resistance*, pp. 106-108.

116. Klemperer, *Tagebücher 1933/34*, pp. 38-39 (9 de julio de 1933); la cita no es de la edición inglesa.

117. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 33 (9 de octubre de 1933), 60 (5 de abril de 1934), 66 (13 de junio de 1933), 71 (14 de julio de 1933), 77 (4 de agosto de 1934). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona.].

118. *Ibid*., p. 111 (23 de marzo de 1935).

119. *Ibid*., p. 114 (30 de abril de 1935), 114-116 (2 de mayo de 1935), 117 (7 de mayo de 1935), 119 (30 de mayo 1935), 124 (11 de agosto de 1935), 126 (16 de septiembre de 1935), 128 (17 de septiembre de 1935), 129 (6 de octubre de 1935); también p. 179 (29 de agosto de 1936) y 191 (24 de noviembre de 1936).

120. *Ibid*., p. 260 (9 de octubre de 1938).

121. Tagebuch Luise Solmitz, 1934, manuscrito, fol. 120-121.

122. *Ibid*., 25 de marzo de 1933.

123. *Ibid*., 31 de marzo y 1 de abril de 1933.

124. *Ibid*., 8 de marzo de 1934.

125. *Ibid*., 15 y 19 de septiembre de 1935.

126. *Ibid*., 8 y 9 de marzo y 17 de septiembre de 1936.

127. *Ibid*., 9 y 12 de febrero de 1937.

128. Heinz Höhne, *Die Zeit der Illusionen: Hitler und die Anfänge des Dritten Reiches 1933-1936*, Dusseldorf, 1991, pp. 333-351.

129. Citado por el *New York Times*, 6 de julio de 1936, p. 6, en Richard D. Mandell, *The Nazi Olympics*, Londres, 1972 (1971), p. 140.

130. *Ibid*., pp. 122-158.

131. Speer, *Inside*, p. 119 y 129; Mandell, *The Nazi Olympics*, pp. 227-229.

132. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 44-45 y 57-58.

133. Friedländer, *Nazi Germany*, p. 125.

134. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 236-237. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

135. Klemperer, *Tagebücher 1935-1936*, p. 123; véase también *idem*, *I Shall Bear Witness*, p. 293. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

136. Longerich, *Politik*, pp. 116-121.

137. Citado en Wetzel, «Auswanderung», p. 498.

138. *Ibid*., p. 420.

139. Falk Wiesemann, «Juden auf dem Lande: Die wirtschaftliche Ausgrenzung der jüdischen Viehhändler in Bayern», en Peukert y Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen*, pp. 381-396; Longerich, *Politik*, pp. 122-123.

140. Longerich, *Politik*, pp. 155-159; Domarus, *Hitler*, vol. II, pp. 939-940; Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur Endlösung*, Munich, 2001, pp. 53-56; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/IV, p. 429 (29 de noviembre de 1937).

141. Longerich, *Politik*, pp. 159-160 y 170-187; Tagebuch Luise Solmitz, 14 de septiembre de 1938.

142. Longerich, *Politik*, pp. 170-180; véase también Wolf Gruner, «Die Reichshauptstadt und die Verfolgung der Berliner Juden 1933-1945», en Reinhard Rürup (ed.), *Jüdische Geschichte in Berlin: Bilder und Dokumente*, Berlín, 1995, pp. 229-266, en las pp. 229-242; y Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, p. 340 (11 de junio de 1938).

143. Véase más adelante, pp. 657-661.

144. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, p. 393 (25 de julio de 1938).

145. Michael Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 191-194.

146. Longerich, *Politik*, pp. 181-195; Wolf-Arno Kropat, *«Reichskristallnacht»: Der Judenpogrom vom 7. bis lo. November 1938 —Urheber, Täter, Hintergründe*, Wiesbaden, 1997, pp. 36-49.

147. Longerich, *Politik*, pp. 161-162.

148. *Ibid*., p. 116 y 195-197; Trude Maurer, «The Background for Kristallnacht: The Expulsion of Polish Jewsx», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp. 44-72; Sybil Milton, «The Expulsion of Polish Jews from Germany October 1938 to July 1939: A Documentation», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29, 1984, pp. 169-200; estudios actuales en Behnken (ed.), *Deutschland-Bericbte*, 5 vols., 1938, vol. I , pp. 181-186.

149. Helmut Heiber, «Der Fall Grünspan», *VfZ*, 5, 1957, pp. 134-172.; Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 9-16; Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 50-55; Hans-Jürgen Döscher, *«Reichskristallnacht»: Die November-Pogrome 1938*, Frankfurt, 1988, pp. 5776, con documentos y fotografías. Para la campaña de prensa, véase Wolfgang Benz, «The Relapse into Barbarism», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp. 1-43, en las pp. 38; Hagemann, *Die Presselenkung*, p. 148; y Peter (ed.), *NS-Presseanweisungen*, *VI: 1938*, Munich, 1999, p. 47 y 50-54. Para los hechos en Hesse, véase Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 56-78, y *idem*, *Kristallnacht in Hessen: Der Judenpogrom vom November 1938: Eine Dokumentation*, Wiesbaden, 1997 (1988), pp. 19-50. Para una teoría general, Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 60-61.

150. Explicaciones sólidas en Wolfgang Benz, «The Relapse into Barbarism», pp. 3-15; también *idem*, «Der Novemberpogrom 1938», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 499-544; el papel de Hitler se describe en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 61-64; las evidencias sobre los orígenes del pogromo están muy bien expuestas por Longerich, *Politik*, pp. 198-202 y en las notas finales; véase también Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 79-89 y 172-181. Para los propósitos de Hitler desatando el pogromo, véase Domarus (ed.), *Hitler*, 2 vols., vol. I, pp. 235-242. Muchos de los acontecimientos que caracterizaron el pogromo se improvisaron en los últimos minutos, o se atribuyen exclusivamente a Goebbels, sin relacionarlas con las evidencias o los acontecimientos que tuvieron lugar durante las semanas y los meses precedentes: para muchas teorías, véase por ejemplo Dieter Obst, *«Reichskristallnacht»: Ursachen und Verlauf des antisemitischen Pogroms vom November 1938*, Frankfurt, 1991; Uwe Dietrich Adam, «How Spontaneous Was the Pogrom?», en Pehle (ed.), noviembre de 1938, pp. 73-94; Döscher, *«Reichskristallnacht»*, pp. 77-80. Véase también, Hermann Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 17-19; Ulrich Herbert, «Von der "Reichskristallnacht" zum "Holocaust". Der 9. November und das Ende des "Radau-Antisemitismus"», en *idem*, *Arbeit, Volkstum, Weltanschauung: Über Fremde und Deutsche im 20. Jahrhundert*, Frankfurt, 1995, pp. 59-78; Barkai, *From Boycott to Annihilation*, pp. 133-138; Kurt Pätzold y Irene Runge, *Pogromnacht 1938*, Berlín, 1988; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, pp. 119-144; y Kropat, *«Reichskristallnacht»*, para una selección de los documentos fundamentales.

151. Documento Nuremberg PS 3063 (Informe del Tribunal Superior del Partido, 13 de febrero de 1939), en *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg, 14 November 1945-1 October 1946*, Nuremberg, 1948, p. XXXII y 20-29.

152. Müller a todo el Stapostellen and Stapoleitstellen, 9 de noviembre de 1939, en *Trial of the Major War Criminals*, p. XXV y 376-380, en la p. 377 (ND 374-PS); Hermann Graml, *Anti Semitism in the Third Reich*, Cambridge, Mass., 1992, p. 13; para el miting de Hitler junto a Himmler, véase Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 883 n. 56. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.].

153. Citado y debatido, con otros documentos, en Richard J. Evans, *Lying About Hitler. History, Holocaust and the David Irving Trial*, Nueva York, 2001, pp. 5261; véase también Longerich, *Politik*, pp. 198-202; Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 2022; y Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 89-108.

154. Citado en Longerich, *Politik*, pp. 199-200.

155. Saskia Lorenz, «Die Zerstörung der Synagogen unter dem Nationalsozialismus», en Arno Herzig (ed.), *Verdrängung*, pp. 153-172; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 187.

156. Para buenas muestras de la participación de las SS, véase Michael Zimmermann, «Die "Reichskristallnacht" 1938 in Essen», en Alte Synagoge (ed.), *Entrechtung und Selbsthilfe*, pp. 66-97.

157. Behnken (ed.), *Deutschland Berichte*, 5 vols., 1938, vol. I, p. 188.

158. Sauer, *Die Schicksale*, p. 420.

159. Avraham Barkai, «The Fateful Year», pp. 95-122; Longerich, *Politik*, p. 203. Para más detalles véase por ejemplo Karl H. Debus, «Die Reichskristallnacht in der Pfalz», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 129, 1981, pp. 445-515; Joachim Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 208-222; Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 22-49; Fichtl *et al*., *«Bambergs Wirtschaft»*, pp. 135-189; Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 109-118; *idem*, *Kristallnacht in Hessen*, pp. 51-136; y Wippermann, *Das Leben*, pp. 97-107. Herbert Schultheis, *Die Reichskristallnacht in Deutschland nach Augenzeugenberichten* (Bad Neustadt an der Saale, 1985), reimpreso en una colección contemporánea con testigos presenciales.

160. Wildt, «Violence», pp. 191-200.

161. Longerich, *Politik*, pp. 203-205 y 642-643, n. 231; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 269-279.

162. Tagebuch Luise Solmitz, de noviembre de 1938.

163. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, 5 vols., 1938, vol. I, p. 191.

164. *Ibid*.

165. *Ibid*., vol I., p. 208.

166. Reck-Malleczewen, *Diary*, p. 80.

167. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, 5 vols., 1938, vol. I, p. 207.

168. Klepper, *Unter den Schatten*, p. 675.

169. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 56-57. Distintas reacciones de alemanes no judíos se citan y discuten en Benz, «Der Novemberpogrom», pp. 525-528; Bankier, *The Germans*, pp. 85-88; Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 153-169; *idem*, *Kristallnacht in Hessen*, pp. 241-246; y Helmut Gatzen, *Novemberpogrom 1938 in Gütersloh: Nachts Orgie der Gewalt, tags organisierte Vernichtung*, Gütersloh, 1993, pp. 63-67. Jörg Wollenberg (ed.), *The German Public and the Persecution of the Jews 1933-1945: «No One Participated, No One Knew»*, Atlantic Highlands, N. J., 1996 (1989) con documentos y informes, de distintos valores.

170. Friedländer, *Nazi Germany*, p. 297.

171. Witetschek (ed.), *Die kirchliche Lage*, vol. I, p. 300 (n.º 122, *Regierung Oberbayern*, 10 de diciembre de 1938).

172. Michael Faulhaber, *Judaism, Christianity, and Germany: Advent Sermons Preached in St Michael's, Munich in 1933*, Londres, 1934, pp. 1-6, 13-16 y 107-110, reimpreso en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, pp. 256-261 [Hay trad. cast.: *La cultura nazi*, Grijalbo, Barcelona, 1973]; Friedländer, *Nazi Germany*, p. 297; Walter Zwi Bacharach, «The Catholic Anti-Jewish Prejudice, Hitler and the Jews», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 415-430.

173. Horst Matzerath (ed.), «*...vergessen kann man die Zeit nicht, das ist nicht möglich...*». Kölner erinnern sich an die Jahre 1929-1945, Colonia, 1985, p. 172; véase también Ursula Büttner, «"The Jewish Problem becomes a Christian Problem": German Protestants and the Persecution of the Jews in the Third Reich», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 431-459.

174. Longerich, *Politik*, p. 206.

175. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, pp. 180-181 (10 de noviembre de 1938).

176. *Trial of the Major War Criminals*, p. XXXII y 29 (ND 3063-PS).

177. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, p. 181 (10 de noviembre de 1938).

178. *Ibid*., p. 182 (11 de noviembre de 1938); véase «Keine weiteren Aktionen mehr», *Berliner Volks-Zeitung*, 534, 11 de noviembre de 1938, primera página; «Keine Einzel-Aktionen gegen das Judentum», *Berliner Morgenpost*, 270, 2 de noviembre de 1938, primera página; etc.

179. Longerich, *Politik*, p. 204; para los suicidios, véase Konrad Kuriet y Helmut Eschwege (eds.), *Selbstbehauptung und Widerstand: Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945*, Hamburgo, 1984, 202.

180. Obst, *Reichskristallnacht*, pp. 284-285 y 297-307; Wildt, «Violence», pp. 201-202; Zimmermann, «Die “Reichskristallnacht”», p. 77.

181. Wildt, «Violence», p. 204; Pingel, *Häftlinge*, p. 94; Anthony Read y David Fisher, *Kristallnacht: Unleashing the Holocaust*, Londres, 1989, pp. 121-135; Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 138-141; *idem*, *Kristallnacht in Hessen*, pp. 167-179.

182. Citado en Benz, «The Relapse», p. 17.

182. *Völkischer Beobachter*, 11 de noviembre de 1938 (edición del norte de Alemania), p. 2; Benz, «The Relapse», p. 18.

184. Peter (ed.), *NS-Presseanweisungen*, 4 vols., 1938, vol. I, pp. 60-61.

185. Reimpreso en *Berliner Morgenpost*, 271, 12 de noviembre de 1938, primera página. Para un análisis más profundo, véase Herbert Obenaus, «The Germans: "An Antisemitic People". The Press Camapaign after 9 November 1938», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 147-180.

186. Read y Fisher, *Kristallnacht*, pp. 166-179.

187. Treue (ed.), «Hitlers Denkschrift», p. 210.

188. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, p. 182 (11 de noviembre de 1938).

189. Barkai, «The Fateful Year», pp. 119-120; largo extracto de las actas de Wilfried Mairgünther, *Reichkristallnacht*, Kiel, 1987, pp. 90-130.

190. *Trial of the Major War Criminals*, p. XXVIII, 499-540, en las pp. 509-510.

191. Bruno Blau (ed.), *Das Ausnahmerecht für die Juden in Deutschland, 1933-1945*, Dusseldorf, 1954 (1952), pp. 54-62; «Dr. Goebbels: Theater, Kinos, Konzerte für Juden verboten», *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 266, 12 de noviembre de 1938, primera página; Longerich, *Politik*, pp. 208-209; Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 127-134. Para una crítica convincente de la leyenda que dice que Göring y Himmler desaprobaban el pogromo en un primer momento, véase Graml, *Reichskristallnacht*, p. 177, y Kropat, *«Reichskristallnacht»*, pp. 119-127.

192. Jonny Moser, «Depriving Jews of Their Legal Rights in the Third Reich», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp. 123-138; véase también, de forma más general, Kropat, *'Reichskristallnacht'*, pp. 134-138.

193. Barkai, «The Fateful Year», pp. 119-120; «Beratung über die Massnahmen gegen Juden: Die Aufbringung der Sühne von 1 Milliarde», *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 267, 14 de noviembre de 1935, primera página.

194. Genschel, *Die Verdrängung*, p. 206; ejemplos locales en Fichtl *et. al*., *«Bambergs Wirtschaft»*, pp. 183-197.

195. «Dr. Goebbels über die Lösung der Judenfrage», *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 267, 14 de noviembre de 1938, p. 2; para una lista completa de sus medidas, véase Longerich, *Politik*, pp. 208-219; también Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 280-305.

196. Barkai, «The Fateful Year», pp. 121-122; Moser, «Depriving Jews», 123-138, en laspp.126-134; Konrad Kwiet, «Nach dem Pogrom: Stufender Ausgrenzung», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 545-659; Longerich, *Politik*, pp. 218-219; Wolf Gruner, *Der geschlossene Arbeitseinsatz deutscher Juden: Zur Zwangsarbeit als Element der Verfolgung, 1938-1943*, Berlín, 1997; para un ejemplo local, véase Uwe Lohalm, «Local Administration and Nazi Anti-Jewish Policy», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 109-146, y Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 230-233. Para la Reich Association, véase Otto Dov Kulka (ed.), *Deutsches Judentum unter dem Nationalsozialismus*, I: *Dokumente zur Geschichte der Reichsvertretung der deutschen Juden 1933-1939*, Tubinga, 1997, pp. 410-428.

197. Wildt, «Violence», pp. 204-208.

198. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, pp. 21-26, 221-222.

199. Wetzel, «Auswanderung», p. 420.

200. Citado en Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Londres, 1973 (1955), p. 269, n. 2; véase también Wetzel, «Auswanderung», p. 426 y 429; y Avraham Barkai, «Self-Help in the Dilemma: "To Leave or to Stay?"», en Meyer (ed.), *German-Jewish History*, vol. IV, pp. 313-332. Para los orígenes del Reich Centre, véase más adelante, pp. 659-661.

201. Sin contar con Austria y el sur (*Statistisches Jahrbuch für das deutsche Reich*, 59 (1941/42), 27: «Die Juden und jüdischen Mischlinge in den Reichsteilen und nach Gemeindegrössenklassen 1939»).

202. «Jüdische Bevölkerungsstatistik», en Benz (ed.), *Die Juden*, p. 733. Estas cifras proceden del recuento total anual de cerca de 26.000 judíos extranjeros de Wetzel. Otras estadísticas las proporciona Konrad Kwiet, «To Leave or Not to Leave: The German Jews at the Crossroads», en Pehle (ed.), *November 1938*, pp. 139-153.

203. Wetzel, «Auswanderung», pp. 423-425; Arthur D. Morse, *While Six Million Died: A Chronicle of American Apathy*, Nueva York, 1967; David Wyman, *Paper Walls: America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, Amherst, Mass., 1968; Richard Breitman y Alan Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry, 1933-1945*, Bloomingtom 1987; véase también Irving Abella y Harold Troper, *None Is Too Many: Canada and the Jews of Europe, 1933-1948*, Toronto, 1983.

204. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p.241 (20 de marzo de 1938), 247 (23 de mayo de 1938), 251 (12 de julio de 1938), 252-253 (10 de agosto de 1938), 263-264 (27 de noviembre de 1938) y 266 (3 de diciembre de 1938). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

205. *Ibid*., pp. 267-278 (6 de diciembre de 1938), 269 (15 de diciembre de 1938), 279 (10 de enero de 1939). Véase también Susanne Heim, «The German-Jewish Relationship in the Diaries of Victor Klemperer», en Bankier (ed.), *Probing*, pp. 312-325; y, de forma más general, Meynert, *Was vor der «Endlösung» geschah*, pp. 223-229.

206. Tagebuch Luise Solmitz, 12 de noviembre de 1938, 13 de noviembre de 1938, 15 de noviembre de 1938, 22 de noviembre de 1938, 1 de diciembre de 1938, 14 de marzo de 1939, 29 de agosto de 1939.

207. *Trial of the Major War Criminals*, p. XXVIII y 534 (ND 1816-PS). Para el mitin del 6 de diciembre, véase Longerich, *Politik*, pp. 210-212.

208. Longerich, *Politik*, p. 206; Friedlander, *Nazi Germany*, pp. 288-292 y 298-299.

209. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 235-239. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

210. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 55-57.

211. *Ibid*., p. 67; James Marshall-Cornwell *et al*. (eds.), *Akten zur deutschen auswärtigen Politik, 1918-1945: Aus den Akten des Deutschen Auswärtigen Amtes*, Series A-E, Baden-Baden, 1951-1995, Series D, vol. IV, pp. 291-295, en la p. 293 («Aufzeichnung des Legationsrats Hewel, Berchtesgaden», 24 de noviembre de 1938).

212. «Aufzeichnung des Legationsrats Hewel», 21 de enero de 1939, en Marshall Cornwell *et al*. (eds.), *Akten*, Series D, vol. IV, pp. 167-171, en la p. 170.

213. Domarus, *Hitler*, 2 vols., vol. I, pp. 55-58.

214. Herbert A. Strauss, «The Drive for War and the Pogroms of November 1938: Testing Explanatory Models», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 35, 1990, pp. 267-278.

215. Longerich, *Politik*, pp. 220-221; Philippe Burrin, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Londres, 1994 (1989), pp. 61-63. Para el punto de vista que defiende que las amenazas de Hitler no eran para tomarlas en serio, y que no fueron seguidas de ninguna forma por parte de Estados Unidos, véase Graml, *Reichskristallnacht*, pp. 105-106.

216. Friedlander, *Nazi Germany*, pp. 111-124; William W. Hagen, «Before the "Final Solution": Toward a Comparative Analysis of Political Anti-Semitism in Interwar Germany and Poland», *Journal of Modern History*, 68, 1996, pp. 351-381; Joseph Marcus, *Social and Political History of the Jews in Poland, 1919-1939*, Berlín, 1983 —no siempre preciso en los detalles; Celia S. Heller, *On the Edge of Destruction: Jews of Poland between the two World Wars*, Nueva York, 1977; Yisrael Gutman, The Jews of Poland between Two World Wars, Hanover, N. H., 1989; James D. Wynot, Jr, «"A Necessary Cruelty": The Emergence of Official Anti-Semitism in Poland, 1935-39», *American Historical Review*, 76, 1971, pp. 35-58.

217. Emanuel Melzer, «The Polish Authorities and the Jewish Question, 1930-1939», en Alfred A. Greenbaum (ed.), *Minority Problems in Eastern Europe between the World Wars, with Emphasis on the Jewish Minority*, Hebrew University of Jerusalem, Institute for Advanced Studies, manuscrito, Jerusalén, 1988, pp. 77-81; Jerzy Tomascewski, «Economic and Social Situation of Jews in Poland, 1918-1939», en *ibid*., pp. 101-106; Ezra Mendelsohn, *The Jews of East Central Europe between the World Wars*, Bloomington, Ind., 1983, pp. 11-83.

218. Magnus Brechtken, *«Madagaskar far die Juden»: Antisemitische Idee and politische Praxis 1885-1945*, Munich, 1997, pp. 81-164.

219. Mendelsohn, *The Jews*; Bela Vago*, The Shadow of the Swastika: The Rise of Fascism and Anti-Semitism in the Danube Basin, 1936-1939*, Londres, 1975.

220. Mendelsohn, *The Jews*, pp. 171-211; David Schaary, «The Romanian Authorities and the Jewish Communities in Romania between the Two World Wars», en Greenbaum (ed.), *Minority Problems*, pp. 89-95; Paul A. Shapiro, «Prelude to Dictatorship in Romania: The National Christian Party in Power, December 1937-February 1938», *Canadian-American Slavic Studies*, 8, 1974, pp. 45-88.

221. Mendelsohn, *The Jews*, pp. 85-128; véanse también las secciones introductorias de Randolph H. Braham, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, 2 vols., Nueva York, 1980.

1. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 484-486 y 531-536. [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002.].

2. Anton Joachimsthaler, *Hitlers Liste: Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, Munich, 2003; Semmery, *Seeing Hitler's Germany*, p. 56.

3. Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 537. [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002.].

4. Speer, *Inside*, pp. 194-195.

5. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 434 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; más adelante, p. 168, 172, 177, 180 y 581-582.

6. *Völkischer Beobachter*, 25 de mayo de 1928, citado en Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, I: *Diplomatic Revolution in Europe 1933-1936*, Londres, 1970, p. 22 (traducción adaptada); original en Bärbel Dusik (ed.), *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1933*, 5 vols., Munich 1992-1998, vol. II, pp. 845-849, en al p. 856 (cursiva en el original).

7. Citado en Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, p. 163; para el trasfondo, véase Anthony Komjathy y Rebecca Stockwell, *German Minorities and the Third Reich: Ethnic Germans of East Central Europe between the Wars*, Nueva York, 1980.

8. Véase la teoría general en Thies, *Architekt der Weltherrschaft*; más directamente, véase Milan Hauner, «Did Hitler Want a World Dominion?», *Journal of Contemporary History*, 13, 1978, pp. 15-32; Günter Moltmann, «Weltherrschaftsideen Hitlers», en Otto Brunner y Dietrich Gerhard (eds.), *Europa und Übersee: Festschrift für Egmont Zechlin*, Hamburgo, 1961, pp. 197-240; y Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion*, Leamington Spa, 1986.

9. Para un útil debate introductorio, véase Hermann Graml, «Grundzüge nationalsozialistische Aussenpolitik», en Martin Broszat y Horst Möller (eds.), *Das Dritte Reich: Herrschaftsstruktur und Geschichte*, Munich, 1986 (1983), pp. 104-126; *idem*, «Wer bestimmte die Aussenpolitik des Dritten Reiches? Ein Beitrag zur Kontroverse um Polykratie und Monokratie im NS-Herrschaftssystem», en Manfred Funke *et al*. (eds.), *Demokratie und Diktatur: Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa: Festschrift für Karl Dietrich Bracher*, Dusseldorf, 1987, pp. 223-236; Wolfgang Michalka, «Conflicts within the German Leadership on the Objectives and Tactics of German Foreign Policy 1933-9», en Wolfgang J. Mommsen y Lothar Kettenacker (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, 1983, pp. 4860; y Andreas Hillgruber, «Grundzüge der nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1945», *Saeculum*, 24, 1973, pp. 328-345.

10. Para el ámbito de los puntos de vista de la política de Exteriores en Inglaterra y Francia en década de 1930, véase David Dilks, «"We Must Hope for the Best and Prepare for the Worst": The Prime Minister, the Cabinet and Hitler's Germany, 1937-1939», en Patrick Finney (ed.), *The Origins of the Second World War*, Londres, 1997, pp. 43-61; Sidney Aster, «"Guilty Men": The Case of Neville Chamberlain», en *ibid*., pp. 62-77; Anthony Adamthwaite, «France and the Coming of War», en *ibid*., pp. 78-89; Robert A. C. Parker, «Alterative to Apeasment», en *ibid*., pp. 206-221.

11. Günter Wollstein, «Eine Denkschrift des Staatssekretärs Bernhard von Billow vom März 1933», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 1, 1973, pp. 77-94; para el trasfondo, véase Peter Krüger, *Die Aussenpolitik der Republik von Weimar*, Darmstadt, 1985; Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik 1933-1939*, Frankfurt, 1968, pp. 20-89 y 319-347; Jost Dülffer, «Grundbedingungen der nationalsozialistischen Aussenpolitik», en Leo Haupts y Georg Mölich (eds.), *Strukturelemente des Nationalsozialismus. Rassenideologie, Unterdrückungsmaschinerie*, *Aussenpolitik*, Colonia, 1981, pp. 61-88; *idem*, «Zum "decision-making process" in der deutschen Aussenpolitik 1933-1939», en Manfred Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte: Materialien zur Aussenpolitik des Dritten Reiches*, Dusseldorf, 1976, pp. 186-204.

12. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 490-495 [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002]; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 159-179; para las continuidades e interrupciones a principios de la década de 1930, véase Günter Wollstein, *Vom Weimarer Revisionismus zu Hitler: Das Deutsche Reich und die Grossmächte in der Anfangsphase der nationalsozialistischen Herrschaft in Deutschland*, Bonn, 1973.

13. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, pp. 364-375.

14. Véase más adelante, pp. 109-110.

15. Herbert S. Levine, *Hitler's Free City. A History of the Nazi Party in Danzig*, *1925-39*, Chicago, 1973; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 184-194; Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, 1973 (1970), pp. 24-33 (poniendo énfasis en la coherencia de Hitler a largo plazo, acercándose paso a paso); Manfred Messerschmidt, «Foreign Policy and Preparation for War», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany*, pp. 541-717, en las pp. 590-593; Klaus Hildebrand, *Das vergangene Reich: Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler, 1871-1945*, Stuttgart, 1995, pp. 586-592.

16. Martin Kitchen, *The Coming of Austrian Fascism*, Londres, 1980, pp. 36-110; Bruce F. Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis. A History of Austrian National Socialism*, Chapel Hill, N. C., 1981, pp. 3-15; George E. R. Gedye, *Fallen Bastions: The Central European Tragedy*, Londres, 1939, pp. 9-126. Charles A. Gulick, *Austria from Habsburg to Hitler*, 2 vols., Berkeley, Calif., 1948, una narración muy detallada, hoy bastante anticuado.

17. Francis L. Carsten, *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler*, Londres, 1977, pp. 229-270, todavía la narración autorizada; Kitchen, *The Coming*, pp. 173-262; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, pp. 16-103, poniendo énfasis en la desunión interna del partido; para Schönerer, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 42-44 y 163-164 [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005]; también de forma más general Bruce F. Pauley, *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*, Chapel Hill, N. C., 1992.

18. Carsten, *Fascist Movements*, pp. 254-292 (p. 254 para la cita); Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 101-143; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, pp. 104-154; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 593-599.

19. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 522-524 [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002]; entre los trabajos más antiguos, véase también Dieter Ross, *Hitler und Dollfuss: Die deutsche Österreich-Politik*, 1933-1934, Hamburgo, 1966.

20. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. I, pp. 504-507.

21. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 578-586.

22. Patrick von zur Mühlen, *«Schlagt Hitler an der Saar!» Abstimmungskampf*, *Emigration und Widerstand im Saargebiet, 1933-1945*, Bonn, 1979, pp. 230-232; Gerhard Paul, *«Deutsche Mutter — heim zu Dir!» Warum es misslang, Hitler an der Saar zu schlagen: Der Saarkampf 1933 bis 1935*, Colonia, 1984, pp. 376-401.

23. Mühlen, *«Schlagt Hitler»*, pp. 73-74, 195 y 229; Paul, *«Deutsche Mutter»*, pp. 102-132; Markus Gestier, *Die christlichen Parteien an der Saar und ihr Verhältnis zum deutschen Nationalstaat in den Abstimmungskämpfen 1935 und 1955*, St Ingbert, 1991, pp. 48-69; Ludwig Linsmayer, *Politische Kultur im Saargebiet 1920-1932: Symbolische Politik, verhinderte Demokratisierung, nationalisiertes Kulturleben in einer abgetrennten Region*, St Ingbert, 1992, p. 447; Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, *Milieus und Widerstand: Eine Verhaltensgeschichte der Gesellschaft im Nationalsozialismus*, Bonn 1995, pp. 203-223; Dieter Muskalla, *NS-Politik an der Saar unter Josef Bürckel: Gleichschaltung — Neuordnung — Verwaltung*, Saarbrücken, 1995, p. 71.

24. Mühlen, *«Schlagt Hitler»*, pp. 204-207 y 230-231; Paul, *«Deutsche Mutter»*, pp. 214-232; Linsmayer, *Politische Kultur*, p. 447.

25. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 9-15 (citado en la p. 10).

26. Mallmann y Paul, *Herrschaft*, pp. 26-32.

27. Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, *Das zersplitterte Nein: Saarländer gegen Hitler*, Bonn, 1989, pp. vi-vii; *idem*, *Herrschaft*, pp. 39-54; *idem*, *Milieus*, pp. 530-535; Muskalla, *NS-Politik*, p. 187, 551-596 y 600-601.

28. Mallmann y Paul, *Herrschaft*, pp. 55-64 y 114-134.

29. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, pp. 643-648, en la p. 644; Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 117-120 y 154-157.

30. Tagebuch Luise Solmitz, 1 de marzo de 1935.

31. Stöver (ed.), *Berichte*, p. 336.

32. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 203-206.

33. Tagebuch Luise Solmitz, 1935, 16 de marzo de 1935.

34. *Ibid*.

35. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. II, 1935, pp. 409-414. La narración de William L. Shirer (*Berlin Diary*, 32-34), que recoge el entusiasmo, de nuevo expresado en su *The Rise and Fall of the Third Reich*, donde decía que todos los alemanes eran «militaristas de corazón».

36. Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 556-558 [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002]; Dülffer, *Weimar*, pp. 256-267 y 325-354; Geoffrey T. Waddington, «Hitler, Ribbentrop, die NSDAP und der Niedergang des Britischen Empire 1935-1938», *VfZ*, 40, 1992, pp. 274-306; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 600-604.

37. Fest, *The Face*, pp. 265-282; Wolfgang Michalka, «Joachim von Ribbentrop: From Wine Merchant to Foreign Minister», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 165-172.

38. Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, pp. 298-318.

* Juego de palabras entre «brick» ('ladrillo') y «drop» ('gota').

39. Fest, *The Face*, pp. 271-276; Michalka, «Joachim von Ribbentrop», pp. 166-168; Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, pp. 252-318; Wolfgang Michalka, *Ribbentrop and die deutsche Weltpolitik 1933-1940: Aussenpolitische Konzeptionen and Entscheidungsprozesse im Dritten Reich*, Munich, 1989 (1980); un reciente estudio en Stefan Kley, *Hitler, Ribbentrop and die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges*, Paderborn, 1996.

40. Para la guerra en Etiopía véase George L. Steer, *Caesar in Abyssinia*, Londres, 1936; Alberto Sbacchi, *Legacy of Bitterness: Ethiopia and Fascist Italy, 1935-1941*, Laurenceville, N. J., 1997, y Anthony Mockler, *Haile Selassie's War*, Oxford, 1984; trasfondo en Denis Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, Londres, 1976.

41. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 184-185. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich, el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.].

42. «Memorandum by the Ambassador in Italy (20 January 1936)», en John W. Wheeler Bennett *et al*. (eds.), *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, 13 vols., Londres, 1950-1970, series C, IV: *The Third Reich: First Phase*, Londres, 1962, pp. 13-16.

43. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 207-238.

44. *Ibid*., pp. 239-263.

45. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 49-51.

46. *Ibid*., pp. 54-56; Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, pp. 787-790.

47. Tagebuch Luise Solmitz, 1936, 7 de marzo.

48. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. III, 1936, p. 303.

49. *Ibid*., p. 468.

50. *Ibid*., pp. 300-320 y 460-478 («Rheinlandbesetzung und Kriegs-Angst»).

51. Stöver, *Volksgemeinschaft*, pp. 418-419.

52. Behnken (ed.), *DeutschlandBerichte*, vol. III, 1936, p. 302; véase también Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 124-129. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

53. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 239-263; Donald Cameron Watt, «German Plans for the Reoccupation of the Rhineland: A Note», *Journal of Contemporary History*, 1, 1966, pp. 193-199; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 604-617; James T. Emmerson, *The Rhineland Crisis, 7 March 1936: A Critical Study in Multilateral Diplomacy*, Londres, 1977.

54. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 790; Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 590-591. [Hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002.].

55. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 264-284. La cuestión, muy debatida por los historiadores, sobre cuándo fue el momento exacto para detener a Hitler no es un tema, desde que los gobiernos virtuales no europeos lo dejaron antes de 1939. Es sólo el escenario imaginario que informa las conclusiones de Stephen A. Schuker, «France and the Remilitarization of the Rhineland, 1936», *French Historical Studies*, 14, 1986, pp. 299-338, que demuestra que 1936 no fue el momento decisivo (también en Finney (ed.) *The Origins of the Second World War*, pp. 222-244).

56. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. I, pp. 284-293, algunas consideraciones económicas exageradas; más detalles en *idem*, *The Foreign Policy of Nazi Germany*, II: *Starting World War II, 1937-1939*, Chicago, 1980, pp. 142-166; véase también Paul Preston, *The Spanish Civil War 1936-69*, Londres, 1986, pp. 80-81. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.].

57. Paul Preston, *Franco: A Biography*, Londres, 1993, pp. 158-161 [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998]; Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, 1986 (1961), pp. 579-580 [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil Española*, Grijalbo, Barcelona, 1983]; Christian Leitz, «Nazi Germany's Intervention in the Spanish Civil War and the Foundation of HISMA/ROWAK», en Paul Preston y Ann L. Mackenzie (eds.), *The Republic Besieged: Civil War in Spain, 1936-1939*, Edimburgo, 1996, pp. 53-85; Hans-Henning Abendroth, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Manfred Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte*, pp. 471-488.

58. Preston, *Franco*, pp. 203-209 [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998]; de forma más general Hans-Henning Abendroth, *Hitler in der spanischen Arena: Die deutsch-spanischen Beziehungen im Spannungsfeld der europäischen Interessenpolitik vom Ausbruch des Bürgerkrieges bis zum Ausbruch des Weltkrieges (1936-1939)*, Paderborn, 1973; Robert H. Whealey, *Hitler and Spain: The Nazi Role in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Lexington, Ky., 1989.

59. Preston, *Franco*, pp. 243-244. [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998.].

60. Thomas, *The Spanish Civil War*, pp. 623-631.

61. Herbert R. Southworth, *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Propaganda and History*, Berkeley, Calif., 1977.

62. Preston, *Franco*, p. 246. [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998.].

63. *Ibid*., p. 303 y 329-330.

64. Willard C. Frank, «The Spanish Civil War and the Coming of the Second World War», *International History Review*, 9, 1987, pp. 368-409.

65. Hildebrand, *The Foreign Policy*, p. 45; Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, pp. 177-183; Elizabeth Wiskemann, *The Rome-Berlin Axis: A History of the Relations between Hitler and Mussolini*, Londres, 1949; John P. Fox, *Germany and the Far Eastern Crisis, 1931-1938: A Study in Diplomacy and Ideology*, Oxford, 1982; Theo Sommer, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1935-1940: Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt: Eine Studie zur diplomatischen Vorgeschichte des Zweiten Weltkrieges*, Tubinga, 1962; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 167-191.

66. Hildebrand, *The Foreign Policy*, pp. 38-50; Josef Henke, *England in Hitlers politischem Kalkül, 1935-1939*, Boppard, 1973; Klaus Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945*, Munich, 1969, pp. 491-348; de forma más general, Wolfgang Michalka, *Ribbentrop*.

67. Véase más adelante, pp. 358-360.

68. O'Neill, *The German Army*, pp. 178-195; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 49-51 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Klaus-Jürgen Müller, *Das Heer und Hitler: Armee undnationalsozialistisches Regime 1933-1940*, Stuttgart, 1988 (1969) p. 244.

69. El trabajo clásico sobre estos hechos es de Karl-Heinz Janssen y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generäle: Hitler und die Blomberg-Fritsch Krise 1938*, Munich, 1994. Para una breve narración nítida, de este y los siguientes acontecimientos, véase Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 51-57. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.] Goebbels citado en Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, p. 117 (27 de enero de 1938) y 118-120 (28 de enero de 1938).

70. Janssen y Tobias, *Der Sturz*, p. 140.

71. *Ibid*., pp. 173-184 sobre el juicio de Fritsch, pp. 245-251 sobre su muerte, y pp. 253-258 sobre el destino de Blomberg después de la guerra; véase algo O'Neill, *The German Army*, pp. 196-204.

72. Janssen y Tobias, *Der Sturz*, pp. 197-233, en las pp. 197-199.

73. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 1, 25 (el discurso completo se reproduce en parte, resumido parcialmente, p. 1 y 19-340).

74. David G. Maxwell, «Ernst Hanfstaengl: Des “Führers” Klavierspieler», en Ronald Smelser *et al*. (eds.), *Die braune Elite*, vol. II: *21 weitere biographische Skizzen*, Darmstadt, 1993, pp. 137-149, una síntesis del autor de, «Unwanted Exile: A Biography of Dr Ernst “Putzi” Hanfstaengl» (SUNY, Binghampton, 1988). Véase también el popular y útil estudio de Peter Conradi, *Hitler's Piano Player: The Rise and Fall of Ernst Hanfstaengl, Confidant of Hitler, Ally of FDR*, Nueva York, 2004.

75. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 63-66 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Gerhard L. Weinberg, «Hitler's Private Testament of May 2, 1938», *Journal of Modern History*, 27, 1955, pp. 415-419; Gerhard Botz, *Der 13. März und die Anschluss-Bewegung: Selbstaufgabe, Okkupation und Selbstfindung Österreichs 1918-1945*, Viena, 1978, pp. 5-14; Carsten, *Fascist Movements*, pp. 299-301.

76. *Ibid*., pp. 293-314; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 144-216.

77. Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz: Hermann Göring im Dritten Reich*, Munich, 1986, pp. 233-243; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 618-651, también para lo siguiente; Stefan Martens, «Die Rolle Hermann Görings in der deutschen Aussenpolitik 1937/38», en Franz Knipping y Klaus-Jürgen Müller (eds.), *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Paderborn, 1984, pp. 75-82, para el papel de Göring; Kley, *Hitler*, pp. 35-49, para el papel de Ribbentrop.

78. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 63-64 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; también Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 261-312; Weinberg, «Hitler's Private Testament».

79. Carsten, *Fascist Movements*, pp. 271-288; Barbara Jelavich, *Modern Austria: Empire and Republic 1800-1986*, Cambridge, 1987, pp. 192-216; Behnken (ed.) *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 236-249.

80. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 1 y 13-14; Kurt von Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Londres, 1947, pp. 13-32, en las p. 21 y 25; Jelavich, *Modern Austria*, pp. 217-218. Para Papen, véase Franz Müller, Ein *«Rechtskatholik» zwischen Kreuz und Hakenkreuz: Franz von Papen als Sonderbevollmächtigter in Wien 1934-1938*, Frankfurt, 1990; y Joachim Petzold, *Franz von Papen: Ein deutsches Verhängnis*, Munich, 1995, pp. 239-251.

81. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 70-72 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 217-235; Erwin A. Schmidl, *März 38: Der deutsche Einmarsch in Österreich*, Viena, 1987, pp. 31-42, para los preparativos militares alemanes.

82. Carsten, *Fascist Movements*, pp. 315-323; Schmidl, *März 38*, pp. 1-29 y 43-68.

83. «Generalfeldmarschall Göring mit Seyss-Inquart, 11.3.1938», en *International Military Tribunal*, XXXI, pp. 360-362; también, Jelavich, *Modern Austria*, pp. 218-221; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 236-277; y Ralf Georg Reuth (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, pp. 197-201 (10-11 de marzo de 1938); Schmidl, *März 38*, pp. 69-109; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, pp. 155-192.

84. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 76-78 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Carsten, *Fascist Movements*, p. 323; Shirer, *Berlin Diary*, pp. 80-85; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 278-299; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, pp. 202-206 (12-13 de marzo de 1938); Schmidl, *März 38*, pp. 111-134, para la toma del poder en las provincias; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, pp. 193-215.

85. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 84-86, para un ejemplo.

86. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 1 y 49-50; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 79-82. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.].

87. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 1 y 51 (entrevista con Ward Price, 12 de marzo de 1938); Schmidl, *März* 38, pp. 211-238; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/V, pp. 204-212. (13-16 de marzo de 1938); Gerhard Botz, *Die Eingliederung Österreichs in das deutsche Reich: Planung und Verwirklichung des politisch-administrativen Anschlusses (1938-1940)*, Linz, 1972, pp. 22-39, para las primeras ideas y propósitos. Para la razones del retraso de Hitler en Viena, erróneamente atribuido a la obstrucción de las carreteras por los tanques y camiones alemanes averiados, véase Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 868, n. 115. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.].

88. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 1 y 52-55; Botz, *Die Eingliederung*, pp. 61-72, para la ley del 13 de febrero de 1938; pp. 73-115 para los últimos descubrimientos.

89. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 1 y 55-57; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, pp. 216-222.

90. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 1 y 59; Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, p. 217; Gerhard Botz, *Wien vom «Anschluss» zum Krieg: Nationalsozialistische Machtübernahme und politisch-soziale Umgestaltung am Beispiel der Stadt Wien 1938/39*, Viena, 1978, pp. 117-146.

91. Botz, *Wien*, pp. 175-185. En muchas zonas electorales el número de «sí» fue más elevado que el número de electores. Para los métodos habitualmente aplicados con los votos durante el Third Reich, véase también, pp. 109-113. Véase también Evan B. Bukey, «Popular Opinion in Vienna after the Anschluss», en Fred Parkinson (ed.), *Conquering the Past: Austrian Nazism Yesterday and Today*, Detroit, Mich., 1989, pp. 151-164.

92. Hans-Erich Volkmann, «The National Socialist Economy in Preparation for War», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (eds.), *Germany*, pp. 157-372, en las pp. 323-327; Norbert Schausberger, «Wirtschaftliche Aspekte des Anschlusses Österreichs an das Deutsche Reich (Dokumentation)», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 8, 1970, pp. 133-164; *idem*, *Der Griff nach Österreich: Der Anschluss*, Viena, 1978.

93. Gordon Brook-Shepherd, *The Austrians: A Thousand-Year Odyssey*, Londres, 1996, pp. 341-343; Botz, *Wien*, pp. 55-58 y 255-259; Schmidl, *März 38*, pp. 232-237; Florian Freund, «Mauthausen -zu Strukturen von Haupt-und Aussenlagern», en Wolfgang Benz (ed.), *KZ-Aussenlager — Geschichte und Erinnerung*, Dachau, 1999, pp. 254-272.

94. Robert Körber, *Rassesieg in Wien, der Grenzfeste des Reiches*, Viena, 1939, p. 271 y 281.

95. Longerich, *Politik*, pp. 162-165. Véase también Herbert Rosenkranz, *Verfolgung und Selbstbehauptung: Die Juden in Österreich 1938-1945*, Viena, 1978.

96. Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 241-244.

97. Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 308-309.

98. *Ibid*.; Botz, *Wien*, pp. 93-105.

99. Longerich, *Politik*, pp. 163-164; Wolfgang Neugebauer (ed.), *Widerstand und Verfolgung im Burgenland: Eine Dokumentation*, Viena, 1979; Gerhard Botz, *Wohnungspolitik und Judendeportation in Wien, 1938 bis 1945: Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik*, Viena, 1975; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 300-306 y 360-362; Eckart Früh, «Terror und Selbstmord in Wien nach der Annexion Österreichs», en Felix Kreissler (ed.), *Fünfzig Jahre danach — Der «Anschluss» von innen geschen*, Viena, 1989, pp. 216-226.

100. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Londres, 2004, pp. 18-60; véase también Peter Black, «Ernst Kaltenbrunner: Chief of the Reich Security Main Office», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 133-143, y *idem*, *Ernst Kaltenbrunner: Vassall Himmlers: Eine SS-Karriere*, Paderborn, 1991.

101. *Ibid*., pp. 61-76; Doron Rabinovici, *Instanzen der Ohnmacht: Wien 1938-1945: Der Weg zum Judenrat*, Frankfurt, 2000; Hans Safrian, *Die Eichmann-Männer*, Viena, 1993; *idem*, «Expediting Expropriation and Expulsion: The Impact of the "Vienna Model" on Anti-Jewish Policies in Nazi Gemany, 1938», *Holocaust and Genocide Studies*, 14, 2000, pp. 390-414; Gabriele Anderl y Dirk Rupnow, *Die Zentralstelle für jüdische Auswanderung als Beraubungsinstitution*, Viena, 2004; Friedländer, *Nazi Germany*, pp. 243-248; Debórah Dwork y Robert Jan Van Pelt, *Holocaust: A History*, Londres, 2002, pp. 95-98 y 121-125 [Hay trad. cast.: *Holocausto, una historia*, Algaba Ediciones, Madrid, 2004]; Botz, Wien, pp. 243-254.

102. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 381.

103. Cesarani, *Eichmann*, pp. 70-71; Botz, *Wien*, pp. 397-411.

104. Nicholas, *The Rape*, pp. 37-46 [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros de Europa en el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 1996]; Petropoulos, *The Faustian Bargain*, pp. 170-185.

105. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 260.

106. *Ibid*., p. 264.

107. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 129-132. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

108. Tagebuch Luise Solmitz, 11 de marzo de 1938, 12 de marzo de 1938, 13 de marzo de 1938.

109. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p. 241 (20 de marzo de 1938). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

110. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 90-91. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.].

111. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II pp. 1 y 61-76.

112. Citado en *ibid*., pp. 100-101.

113. Jürgen Tampke, *Czech-German Relations and the Politics of Central Europe: From Bohemia to the EU*, Londres, 2003, pp. 25-44; Rudolf Jaworski, *Vorposten oder Minderheit? Der Sudetendeutsche Volkstumskampf in den Beziehungen zwischen der Weimarer Republik und der CSR*, Stuttgart, 1977; Jaroslav Kucera, *Minderheit im Nationalstaat: Die Sprachenfrage in den tschechisch-deutschen Beziehungen 1918-1938*, Munich, 1999.

114. Tampke, *Czech-German Relations*, pp. 45-53; Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars 1918-1941*, Nueva York, 1967 (1945), pp. 277-283; Carlile A. Macartney y Alan W. Palmer, *Independent Eastern Europe: A History*, Londres, 1966, pp. 156-159 y 190-198 y 363-386; *Christoph Boyer, Nationale Kontrahenten oder Partner? Studien zu den Beziehungen zwischen Deutschen und Tschechen in der Wirtschaft der CSR*, Munich, 1999; Ronald M. Smelser, *The Sudeten Problem 1933-1938: Volkstumpolitik and the Formulation of Nazi Foreign Policy*, Folkestone, 1975; Gedye, *Fallen Bastions*, pp. 363-450; Jörg Kracik, *Die Politik des deutschen Aktivismus in der Tschechoslowakei 1920-1938*, Frankfurt, 1999.

115. Nancy M. Wingfield, *Minority Politics in a Multinational State: The German Social Democratic Party 1918-1938*, Nueva York, 1989, p. 169, pero véase también Reinhard Schmutzer, «Der Wahlsieg der Sudetendeutschen Partei: Die Legende von der faschistischen Bekenntniswahl», *Zeitschrift für Ostforschung*, 41, 1992, pp. 345-385.

116. Tampke, *Czech-German Relations*, pp. 53-54.

117. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 87-108 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Klaus-Jürgen Müller, *General Ludwig Beck: Studien und Dokumente zur politisch-militärischen. Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933-1938*, Boppard, 1980; criticado por Peter Hoffmann, «Generaloberst Ludwig Becks militärpolitisches Denken», *Historische Zeitschrift*, 234, 1981, pp. 101-121; respuesta convincente en KlausJürgen Müller, «Militärpolitik nicht Militäropposition!», *Historische Zeitschrift*, 235, 1982, pp. 355-371.

118. O'Neill, *The German Army*, pp. 211-222; Müller, *Das Heer*, pp. 300-344.

119. Müller (ed.), *General Ludwig Beck*, p. 287.

120. Joachim Fest, *Plotting Hitler's Death: The Story of the German Resistance*, Londres, 1996 (1994), pp. 71-101, proporciona una narración dramática del complot; Klemens von Klemperer, *German Resistance against Hitler: The Search for Allies Abroad 1938-1945*, Oxford, 1992, pp. 86-110, y Patricia Meehan, *The Unnecessary War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, Londres, 1992. Véase también Harold C. Deutsch, *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War*, Minneapolis, 1968, y Peter Hoffmann, *Widerstand — Staatsstreich — Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler*, Munich, 1985 (1969).

121. Véase Müller, «Militärpolitik», para la controversia sobre los motivos de Beck, y Rainer A. Blasius, *Für Grossdeutschland — gegen den grossen Krieg: Staatssekretär Ernst Frhr. von Weizsäcker in den Krisen um die Tschechoslowakei und Polen 1938/39*, Colonia, 1981, para los motivos de Weizsäcker. Para Halder, véase O'Neill, *The German Army*, pp. 224-231.

122. Citado de las memorias del general Weichs, en *ibid*., p. 226.

123. Para los siguientes, véase la narración de Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 651-666, y Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 313-464.

124. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, p. 559 y 823-825; Shirer, *Berlin Diary*, p. 111; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, pp. 80-81 (10 de septiembre de 1938), 95 (17 de septiembre de 1938) *et seq*.

125. *The Times*, 28 de septiembre de 1938. La política de apaciguamiento de Chamberlain ha generado una vasta y controvertida literatura. Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement*, Londres, 1966, es un primer intento de conseguir el equilibrio; Robert A. C. Parker, *Chamberlain and Appeasement: British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993, es un buen estudio detallado; Keith Robbins, *Munich 1938*, Londres, 1968 sigue siendo el mejor estudio sobre la crisis.

126. Robert A. C. Parker, *Churchill and Appeasement*, Londres, 2000, pp. 167-189; David Reynolds, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2004, pp. 91-110.

127. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 108-113 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Robbins, *Munich 1938*, pp. 268-280.

128. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. II, p. 1 y 181-194; Shirer, *Berlin Diary*, p. 116; Robbins, *Munich 1938*, pp. 288-302; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, pp. 94-116 (17-27 de septiembre de 1938).

129. *Ibid*., p. 119 (29 de septiembre de 1938).

130. Robbins, *Munich 1938*, pp. 303-319; *The Times*, 1 de octubre de 1938; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 113-123 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; también Kley, *Hitler*, pp. 49-146.

131. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. II, pp. 72-73.

132. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 367-390.

133. *Ibid*., pp. 681-699.

134. *Ibid*., pp. 809-841.

135. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, p. 65 (31 de agosto de 1938).

136. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 915-918.

137. *Ibid*., pp. 913-939.

138. Tagebuch Luise Solmitz, 13 y 14 de septiembre 1938.

139. *Ibid*., 16 de septiembre de 1938.

140. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 132-139. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

141. Tagebuch Luise Solmitz, 1939; 30 de septiembre.

142. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. V, 1938, pp. 944-946.

143. *Ibid*., p. 947.

144. Shirer, *Berlin Diary*, p. 117.

145. Domarus, *Hitler*, vol. II, p. 1 y 245 (traducción adaptada).

146. *Ibid*., p. 1 y 244-255 (traducción adaptada).

147. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 123-124. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

148. Tampke, *Czech-German Relations*, p. 57; Volker Zimmermann, *Die Sudetendeutschen im NS-Staat. Politik und Stimmung der Bevölkerung im Reichsgau Sudetenland (1938-1945)* (Essen, 1999), 79—82; Peter Heumos, *Die Emigration aus der Tschechoslowakei nach Westeuropa und dem Nahen Osten 1938-1945*, Munich, 1989, pp. 15-27; Detlef Brandes *et al*. (eds.), *Erzwungene Trennung: Vertreibungen und Aussiedlungen in und aus der Tschechoslowakei 1938-1947 im Vergleich mit Polen, Ungarn und Jugoslawien*, Essen, 1999. Algunos refugiados emigraron posteriormente a Inglaterra y otros lugares.

149. Tampke, *Czech-German Relations*, pp. 57-59; Zimmermann, *Die Sudetendeutschen*, pp. 183-209; Hayes, *Industry and Ideology*, pp. 232-243; Feldman, *Allianz*, pp. 302-304; Alice Teichova, «The Protectorate of Bohemia and Moravia (1939-1945): The Economic Dimension», en Mikulás Teich (ed.), *Bohemia in History*, Cambridge, 1998, pp. 267-305, en las pp. 267-269.

150. Hans Roos, *A History of Modern Poland from the Foundation of the State in the First World War to the Present Day*, Londres, 1966 (1961), pp. 154-156 [Hay trad. cast.: *Historia de la nación polaca*, International Book Creation, Bilbao, 1968]; Macartney y Palmer, *Independent Eastern Europe*, pp. 387-388.

151. *Ibid*., pp. 388-389; Jörg K. Hoensch, *A History of Modern Hungary 1867-1986*, Londres, 1988 (1984), pp. 131-141.

152. Macartney y Palmer, *Independent Eastern Europe*, pp. 388-397.

153. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 157-168. [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002.].

154. *Ibid*., pp. 168-171; Macartney y Palmer, *Independent Eastern Europe*, pp. 398-399; Donald Cameron Watt, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939*, Londres, 1989, pp. 141-154; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 666-678; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 465-534; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, pp. 285-287 (15 de marzo de 1939).

155. Vojtech Mastny, *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-42*, Londres, 1971, pp. 45-64; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, P. 289 (17 de marzo de 1939).

156. Teichova, «The Protectorate», pp. 274-275.

157. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, p. 125 (2 de octubre de 1928); Mastny, *The Czechs*, p. 56; Detlef Brandes, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat*, I: *Besatzungspolitik, Kollaboration und Widerstand im Protektorat Böhmen und Mähren bis Heydrichs Tod*, Munich, 1968; *idem*, «Die Politik des Dritten Reiches gegenüber der Tschechoslowakei», en Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte*, pp. 508-523; *idem*, «Nationalsozialistische Tschechenpolitik im Protektorat Böhmen und Mähren», en *idem* y Vaclav Kural (eds.), *Der Weg in die Katastrophe: Deutsch-tschechoslowakische Beziehungen 1938-1947*, Essen, 1994, pp. 39-56.

158. Brandes, *Die Tschechen*, pp. 154-155; Mastny, *The Czechs*, pp. 65-85; Teichova, «The Protectorate», pp. 277-280; David Blaazer, «Finance and the End of Appeasement: The Bank of England, the National Government and the Czech Gold», *Journal of Contemporary History*, 40, 2005, pp. 25-40.

159. Nicholas, *The Rape*, pp. 43-44 [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros de Europa en el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Destino, Barcelona, 1996]; Mastny, *The Czechs*, pp. 80-82.

160. Detalles, incluida la cita de Göring (traducción adaptada), en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p. 57; véase «Sitzungsbericht zur 2. Sitzung des Reichsverteidigungsrabes», en *International Military Tribunal*, XXXIII, pp. 147-160, en las pp. 153-154.

161. Hoensch, *Modern Hungary*, pp. 142-143; Macartney y Palmer, *Independent Eastern Europe*, pp. 400-401.

162. Watt, *How War Came*, pp. 156-157; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 175-176 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; véase también Martin Broszat, «Die memeldeutschen Organisationen und der Nationalsozialismus 1933-1939», *VfZ*, 5, 1957, pp. 273-278.

163. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 275-293; citas en la p. 283; Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 139-140. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

164. Neville Chamberlain, *The Struggle for Peace*, Londres, 1939, p. 418; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. VI/VI, pp. 291-292 (19 de marzo de 1939).

165. Anna M. Cienciala, «Poland in British and French Policy in 1939: Determination to Fight -or Avoid War?», *Polish Review*, 34, 1989, pp. 199-226; Watt, *How War Came*, pp. 162-187; Parker, *Chamberlain and Appeasement*, pp. 204-206; Simon Newman, *March 1939: The British Guarantee to Poland: A Study in the Continuity of British Foreign Policy*, Oxford, 1976; Philip M. H. Bell, *The Origins of the Second World War in Europe*, Londres, 1986, pp. 250-255.

166. Véase en general Andreas Hillgruber, *Deutsche Grossmachtund Weltpolitik im 19. und 20. Jahrhundert*, Düsseldorf, 1979 (1977), pp. 180-197.

167. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 177-190 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Christian Hartmann y Sergej Slutsch, «Franz Haider und die Kriegsvorbereitungen im Frühjahr 1939: Eine Ansprache des Generalstabschefs des Heers», *VfZ,* 45, 1997, pp. 467-495; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VI, p.323 (21 de abril de 1939); Watt, *How War Came*, pp. 188-198; Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 519-596.

168. *Ibid*., pp. 616-624.

169. Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 192-248.

170. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, p. 633.

171. Watt, *How War Came*, pp. 232-234; Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954 (1953), pp. 109-115. [Hay trad. cast.: *Entre Londres y Moscú*, Destino, Barcelona, 1955.].

172. David M. Glantz, *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, Kans., 1998; John Erickson, *The Soviet High Command: A Military-Political History*, *1918-1941*, Londres, 2001 (1962).

173. Dmitri Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1995 (1989), p. 357.

174. Watt, *How War Came*, pp. 447-461; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 189-205 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 601-611; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VII, p. 73 (23 de agosto de 1939); más detalles en Anthony Read and David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin, and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941*, Londres, 1988; Geoffrey K. Roberts, *The Unholy Alliance: Stalin's Pact with Hitler*, Londres, 1991, pp. 221-226.

175. Véase Hans-Erich Volkmann (ed.), *Das Russlandbild im Dritten Reich*, Colonia, 1994.

176. Robert Service, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004, pp. 395-403 [Hay trad. cast.: *Stalin: una biografía*, S. XXI, Madrid, 2006]; Roberts, *The Unholy Alliance*, pp. 267-268, para los protocolos adicionales secretos.

177. Weber, *«Weisse Flecken»*, pp. 36-37; Institut für Geschichte der Arbeiterbewegung (ed.), *In den Fängen des NKWD: Deutsche Opfer des stalinistischen Terrors in der UdSSR*, Berlín, 1991; Margarete Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, Londres, 1949, pp. 159-175.

178. Peukert, *Die KPD im Widerstand*, pp. 326-333.

179. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 205-206 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VII, p. 73 (23 de agosto de 1939).

180. Kley, *Hitler*, pp. 201-224.

181. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, pp. 546-560; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 197-201 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Levine, *Hitler's Free City*; Rüdiger Ruhnau, *Die Freie Stadt Danzig, 1919-1939*, Berg am See, 1979; Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 525-627, para una amplia narración de la crisis; Albert S. Kowowski, *Polens Politik gegenüber seiner deutschen Minderheit 1919-1939*, Wiesbaden, 1998; y Martin Broszat, *Zweihundert Jahre deutsche Polenpolitik*, Frankfurt, 1972 (1960), pp. 173-233, para una evaluación sobria de las condiciones de los alemanes en Polonia; Christian Raitz von Frentz, *A Lesson Forgotten: Minority Protection under the League of Nations: The Case of the German Minority in Poland, 1920-1934*, Munster, 2000, para la dimensión internacional.

182. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 561.

183. Maschmann, *Account Rendered*, p. 58.

184. Ilse McKee, *Tomorrow the World,* Londres, 1960, p. 27; de forma más general, Ian Kershaw, «Der Überfall auf Polen und die öffentliche Meinung in Deutschland», en Ernst W. Hansen *et al*. (eds.), *Politischer Wandel*, *organisierter Gewalt und nationale Sicherheit: Beiträge zur neueren Geschichte Deutschlands und Frankreichs: Festschrift für Klaus-Jürgen Müller*, Munich, 1995, pp. 237-250.

185. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 131 (Aus Monatsbericht des Bezirksamts, 30. 6. 1939); véase también Kershaw, *The «Hitler Myth»*, p. 142. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003.].

186. Carl J. Burckhardt, *Meine Danziger Mission 1937-1939*, Munich, 1960, pp. 337-353; Watt, *How War Came*, pp. 322-327 y 433-440; Herbert S. Levine, «The Mediator: Carl J. Burckhardt's Efforts to Avert a Second World War», *Journal of Modern History*, 45, 1973, pp. 439-453; y Paul Stauffer, *Zwischen Hofmannsthal und Hitler: Carl J. Burckhardt: Facetten einer aussergewöhnlichen Existenz*, Zurich, 1991.

187. Watt, *How War Came*, pp. 462-478; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 211-214 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; para Henderson, véase Neville, *Appeasing Hitler*.

188. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 663-667; para las esperanzas de Hitler sobre la neutralidad británica, véase Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VII, p. 75 (24 de agosto 1939).

189. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 668-669; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 206-210 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; véase también Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939. Eine quellenkritische Untersuchung», *VfZ*, 16, 1968, pp. 120-149; Hermann Böhm, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *VfZ*, 19, 1971, pp. 294-300; y Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939: Eine Erwiderung», *VfZ*, 19, 1971, pp. 301-304.

190. Gerwin Strobl, *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain*, Cambridge, 2000, pp. 202-216.

191. Watt, *How War Came*, pp. 479-528.

192. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 218-223 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 700-742; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 678-704.

193. Höhne, *The Order*, pp. 238-244 [Hay trad. cast.: *Orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977]; Jürgen Runzheimer, «Der Überfall auf den Sender Gleiwitzim Jahre 1939», *VfZ*, 1962, pp. 408-426; Watt, *HowWarCame*, pp. 530-534; Alfred Spiess y Heiner Lichtenstein, *Das Unternehmen Tannenberg: Der Anlass zum Zweiten Welturieg*, Wiesbaden, 1979, pp. 74-84 y 132-135.

194. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 744-757 (traducción adaptada); relato político-militar en Horst Rohde, «Hitler's First Blitzkrieg and Its Consequences for Northeastern Europe», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Germany and the Second World War*, II: *Germany's Initial Conquests in Europe*, Oxford, 2000 (1991), pp. 67-150; sobre los polacos en Janusz Piekalkiewicz, *Polenfeldzug: Hitlerund Stalinzerschlagen die Polnische Republik*, Bergisch Gladbach, 1982; informe detallado sobre el final de la crisis en Weinberg, *The Foreign Policy*, vol. II, pp. 628-655; y Kley, *Hitler*, pp. 225-320.

195. Watt, *How War Came*, pp. 530-589; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vols. I/VII, pp. 82-88 (29 de agosto-1 de septiembre de 1939).

196. Parker, *Churchill and Appeasement*, pp. 253-257.

197. Watt, *How War Came*, pp. 590-604.

198. *Ibid*.; Domarus (ed.), Hitler, vol. III, pp. 758-791; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. I/VII, pp. 90-92 (3-4 de septiembre de 1939).

199. Klemperer, *German Resistance*, pp. 110-134.

200. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 224-230 [Hay trad. cast.: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; Leonidas E. Hill (ed.), *DieWeizsäcker-Papiere 1933-1950*, Frankfurt, 1974), p. 162.

201. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, pp. 133-134 (Aus Monatsbericht des GendarmerieKreisführers, 29. 8. 1939; Aus Monatsbericht des Bezirksamts, 30. 9. 1939).

202. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VI, 1939, p. 980.

203. Sywottek, *Mobilmachung*, pp. 238-241; Shirer, *Berlin Diary*, pp. 158-160.

204. Tagebuch Luise Solmitz, 1939: 29 de agosto.

205. *Ibid*., 31 de agosto de 1939.

206. *Ibid*., 1 de septiembre de 1939.

207. Véase en general Peter Fritszche, «Nazi Modern», *Modernism/Modernity*, 3, 1996, pp. 1-121.

208. Richard Bessel, *Nazism and War,* Londres, 2004, especialmente pp. 32-89.

209. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, pp. 668-669.

El Tercer Reich en el poder
Richard J. Evans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Third Reich in Power 1933-1939*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Sr. García

© Richard J. Evans, 2005.
Todos los derechos reservados

© de la traducción, Isabel Obiols Penelas, 2007

Mapas al cuidado de Andras Bereznay

© de las fotografías: ARG, Londres: fotos 3, 4, 91 14, 35, 37; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 13, 26, 34, 40, 41; Bundesarchiv, Coblenza: 8, 15, 18, 23, 32; Corbis: 2, 5, 7, 17, 19, 21, 36, 38, 39; Kunstverlag Peda: 10; Arno Breker por Marco VG (Museum Arno Breker, Bonn): 11; Staatsarchiv, Munich: 28; The Weiner Library, Londres: 16.

Se ha intentado localizar a todos los propietarios de los derechos de las imágenes, pero no siempre ha sido posible. En caso de recibir notificación, los editores rectificarán toda omisión en cuanto sea posible.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S. L.U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-9942-584-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com